

Thomas Pynchon

CONTRALUZ



El mineral transparente llamado espato de Islandia posee la curiosa propiedad óptica de la doble refracción: duplica en paralelo la imagen del objeto que se mira a través de él. Si, desde cierta altura, se contemplara el planeta por una lámina de ese espato, la realidad no se distorsionaría, pero cabe sospechar que la imagen duplicada no sería exactamente la esperada. En un juego semejante se embarca Thomas Pynchon en *Contraluz* al recrear un mundo en descomposición, el que va de la Exposición Universal de Chicago de 1893 a los años inmediatamente posteriores a la primera guerra mundial. Cientos de tramas entrelazadas trasladan al lector de los conflictos laborales en las minas de Colorado al Nueva York finisecular, para pasearlo después por lugares tan dispares como Londres y Gotinga, Venecia y Viena, los Balcanes, Siberia durante el misterioso incidente de Tunguska, el México revolucionario, el París de posguerra o el Hollywood de la era del cine mudo. Por ese laberinto de palacios y burdeles, callejones insalubres y desiertos gélidos se mueve una abigarrada galería de personajes: anarquistas, aeronautas, jugadores, matemáticos, canes parlantes, científicos locos, chamanes, videntes y magos, espías, detectives y pistoleros a sueldo, que se codean con personajes reales como Bela Lugosi o Groucho Marx.

El hilo conductor de muchas de las historias es la peculiar familia Traverse: Webb Traverse, minero sindicalista, muere a manos de los esbirros del magnate Scarsdale Vibe, y altera las vidas de sus cuatro hijos. Cáustico, misterioso y enciclopédico como siempre, pero más legible que nunca, Pynchon parodia todos los géneros literarios, en un festín narrativo en el que no falta nada: conspiraciones, prácticas sexuales peculiares, cancioncillas, mapas secretos, venganzas, saltos en el tiempo y el espacio. Y pese al vértigo de este frenético discurrir hacia el abismo, resulta un libro extrañamente luminoso, que se aferra a la dolorosa certidumbre de la cita que lo encabeza: «*Siempre es de noche, si no, no necesitaríamos luz*».

Thomas Pynchon

CONTRALUZ





Thomas Pynchon

Contraluz

ePub r1.1
orhi 07.04.2022

Título original: *Against the Day*

Thomas Pynchon, 2006

Traducción: Vicente Campos González

Diseño de cubierta: Editorial

Editor digital: orhi

Primer editor: Castroponce (r1.0) 12.02.16

Corrección de erratas: JasonValencia ePub base r2.1

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html





Siempre es de noche; si no, no necesitaríamos luz.

Thelonious Monk

NOTA SOBRE LA EDICIÓN

Se han respetado, hasta donde ha sido posible, las peculiaridades ortográficas, tipográficas y léxicas del autor: el uso intencionado de mayúsculas y cursivas, las expresiones en otras lenguas con grafía no siempre ortodoxa, y la toponimia de fuentes, tradiciones y épocas diversas. Se han marcado siempre entre comillas simples (‘’) las palabras y expresiones que en la obra aparecen en español y cursiva. Como en el original, se ha evitado añadir notas explicativas al pie y traducir las expresiones en otros idiomas, así como la mayoría de los nombres propios.

Uno
La luz sobre las cumbres

—¡Aligeren cabos!

—Ahora con brío..., con tiento... ¡Muy bien! ¡Preparados para largar!

—¡Ciudad del Viento, allá vamos!

—¡Hurra! ¡Arriba!

Entre tan animadas exclamaciones, la aeronave de hidrógeno *Inconvenience*, con la góndola envuelta en banderitas patrióticas y una tripulación de cinco jóvenes, miembros del famoso club aeronáutico conocido como los Chicos del Azar, ascendió con agilidad hacia la mañana y no tardó en aprovechar el viento del sur.

Cuando la nave alcanzó altitud de crucero y todos los detalles dejados atrás, en el suelo, se habían empequeñecido a tamaño casi microscópico, Randolph St. Cosmo, el comandante, ordenó:

—Disuelvan el Piquete de Maniobra de Despegue.

Y los chicos, todos pulcramente vestidos con el uniforme de verano compuesto por blazer de rayas rojas y blancas y pantalones azul celeste, obedecieron alegremente.

Ese día se dirigían a la ciudad de Chicago, a la Exposición Mundial Colombina que se había inaugurado hacía poco. Desde que habían recibido la orden, el «runrún» que corría entre la excitada y curiosa tripulación había versado casi exclusivamente sobre la fabulosa «Ciudad Blanca», su gigantesca noria, los templos de alabastro del comercio y la industria, los lagos chispeantes, y sobre las mil maravillas más, de naturaleza tanto científica como artística, que les aguardaban allí.

—¡Ay va! —exclamó Darby Suckling, inclinado sobre los andariveles para contemplar cómo el corazón del país giraba en un remolino verde y borroso allá abajo, mientras sus mechones bicolores se agitaban al viento por fuera de la góndola como una bandera a sotavento. (Darby, como mis fieles lectores recordarán, era el «niño» de la tripulación y hacía las veces de factótum y de *mascotte*; además, cantaba las difíciles partes del tiple cada vez que a estos aeronautas adolescentes les resultaba imposible reprimir sus ganas de cantar).

—¡Me muero de ganas! —exclamó.

—Por lo que se ha ganado usted cinco puntos negativos más —le recriminó una severa voz pegada a su oreja mientras se veía bruscamente agarrado por la espalda y alzado por encima de los andariveles—. ¿O deberían ser diez? ¿Cuántas veces —prosiguió Lindsay Noseworth, segundo de a bordo y reputado por su impaciencia con todas las manifestaciones de la desidia— se le ha advertido, Suckling, contra el habla descuidada?

Con una destreza que se adquiere sólo tras mucha práctica, puso a Darby boca abajo y lo sostuvo por los tobillos, y el chico, un peso mosca, se balanceó en el espacio vacío —pues la *terra firma* quedaría ya a casi un kilómetro allá abajo—; entonces procedió a sermonearle sobre los numerosos males del descuido en la expresión personal, entre los cuales no era el menor la facilidad con que podía

desembocar en la blasfemia, y en cosas peores aún. Pero, visto que Darby no paraba de chillar aterrorizado, no está claro cuántos de aquellos útiles consejos llegaron a su destino.

—Eh, basta ya, Lindsay —le advirtió Randolph St. Cosmo—. El chico tiene trabajo que hacer, y si lo asusta tanto no va a servir de gran cosa.

—Muy bien, menudillo, démosle la vuelta —murmuró Lindsay, y de mala gana volvió a poner de pie al aterrorizado Darby.

En sus funciones de Oficial a cargo de la disciplina a bordo de la nave, Lindsay realizaba su trabajo con una severidad arisca que un observador imparcial podría haber tomado fácilmente por monomanía. Pero teniendo en cuenta la facilidad con que la fogosa tripulación encontraba excusas para desmandarse —lo que más de una vez daba lugar al tipo de situaciones que acaban con un «salvados por los pelos» y que son el terror de los aeronautas—, Randolph solía permitir que su segundo pecara de vehemencia.

Desde el extremo más alejado de la góndola llegó un estrépito prolongado, seguido de un murmullo destemplado que hizo que Randolph, como siempre, frunciera el ceño y se llevara las manos al estómago.

—¡Sólo he tropezado con una de esas cestas de picnic! —gritó el Aprendiz Miles Blundell—, la que tenía toda la vajilla, o eso parece... Me temo que no la vi, Profesor.

—Tal vez el exceso de familiaridad —sugirió Randolph quejumbroso— la volvió temporalmente invisible para usted.

Su reproche, aunque bordease lo cáustico, estaba más que fundado porque Miles, por mucho que tuviera buenas intenciones y el mejor corazón de todo el grupo, sufría esporádicamente cierta confusión en sus funciones motoras, lo que de vez en cuando tenía consecuencias divertidas, pero con igual frecuencia ponía en peligro la integridad física de la tripulación. Mientras Miles recogía las piezas de la vajilla dañada, le dio la risa a un tal Chick Counterfly, el miembro más reciente de la tripulación, que, apoyado en un estay, le observaba.

—¡Ja, ja, ja! —rió el joven Counterfly—, ¡eres el tipo más patoso que he conocido en mi vida! ¡Ja, ja, ja!

Una réplica irritada saltó a los labios de Miles, pero se contuvo, recordándose a sí mismo que, dado que la provocación y el insulto surgían de manera natural en la clase de la que procedía el recién llegado, había que atribuir los malos modos del mozalbete a su malsano pasado.

—¿Por qué no me das alguna pieza de esa lujosa vajilla, Blundell? —prosiguió el joven Counterfly—. Y cuando lleguemos a Chicago busquemos una casa de empeños y...

—Te recuerdo —replicó educadamente Miles— que toda la vajilla que lleve la insignia de los Chicos del Azar es propiedad de la Organización y que debe mantenerse a bordo de la nave para utilizarla en las comidas oficiales.

—Como si estuviéramos en la catequesis —murmuró el joven diablillo.

En un extremo de la góndola, completamente ajeno al trajín de la cubierta, dando con el rabo expresivos golpes contra la tablazón y con el hocico metido entre las páginas de un volumen del señor Henry James, estaba tumbado un perro de raza indeterminada, absorto, parecía, en las páginas del texto que tenía delante. Desde que los Chicos, en el curso de una misión secreta en La Capital de Nuestra Nación (véase *Los Chicos del Azar y el perverso Halfwit*), rescataron a *Pugnax*, por aquel entonces un simple cachorro, de una feroz batalla bajo la sombra del Monumento a Washington entre dos jaurías rivales de perros salvajes del Distrito, había adquirido la costumbre de investigar las páginas de cuanto material impreso llegara a bordo del *Inconvenience*, desde tratados teóricos de artes aeronáuticas hasta materiales a menudo mucho menos apropiados, como las novelas baratas, «de diez centavos», aunque sus preferencias se decantaban más bien hacia relatos sentimentales sobre su propia especie, antes que hacia aquellos que mostraban los excesos del comportamiento humano, se diría que demasiado escabrosos para su gusto. Con la rapidez característica de los canes, había aprendido a pasar las páginas con suma delicadeza utilizando el hocico o las patas, y quien lo observara concentrado en la lectura no dejaría de percibir las expresiones cambiantes de su rostro, sobre todo las de unas cejas excepcionalmente articuladas que contribuían a dar una impresión general de interés, empatía y —la conclusión difícilmente puede eludirse— comprensión.

Ahora, convertido ya en un viejo lobo de los cielos, *Pugnax*, como el resto de la tripulación, también había aprendido a responder a las «llamadas de la naturaleza» satisfaciéndolas en el costado a favor del viento de la góndola, lo que daba lugar a sorpresas entre las gentes de la superficie, aunque no con la frecuencia ni la notoriedad suficientes para que alguien de abajo intentara dejar constancia, ni mucho menos coordinar algún informe sobre estas agresiones escatológicas caídas de los cielos. Así que pasaron a formar parte del folclore, de la superstición o, si uno no tiene reparos en estirar la definición, de lo religioso.

Darby Suckling, tras recuperarse de su reciente excursión atmosférica, abordó al estudioso can:

—Y yo me digo, *Pugnax*, ¿qué estás leyendo ahora, viejo amigo?

—Rr Rff-rff Rr-rr-rff-rrf —respondió *Pugnax* sin levantar la vista, y Darby, que, como los demás tripulantes, se había acostumbrado a la voz de *Pugnax* (ciertamente más fácil de entender que algunos acentos regionales americanos que los chicos escuchaban durante sus viajes), lo interpretó como «*La princesa Casamassima*».

—Ah. Una de esas... novelas románticas italianas, ¿me equivoco?

—Su tema —le informó con presteza el siempre alerta Lindsay Noseworth, que había oído sin querer la conversación— es la inexorable marea del Anarquismo Mundial, que, mire por dónde, se encuentra especialmente difundido en nuestro

inmediato destino, una siniestra enfermedad a la que ruego que no tengamos ocasión de vernos expuestos de manera más directa que la que puede experimentarse, como hace *Pugnax* en este momento, sin mayor peligro, entre las páginas de ficción de un libro. —Aplicó a la palabra «libro» un énfasis despectivo que sólo podrían igualar, tal vez, los Consejeros de Administración de las Grandes Empresas.

Pugnax olisqueó brevemente en dirección a Lindsay, intentando detectar la combinación de «notas» olfativas que había aprendido a distinguir en otros humanos. Pero, como siempre, ese aroma le fue esquivo. Debía de haber alguna explicación, aunque no estaba convencido de que tuviera que empeñarse en encontrarla. Por lo que sabía, las explicaciones no eran algo que los perros buscaran o a lo que tuvieran derecho. En especial los que, como *Pugnax*, pasaban tanto tiempo aquí arriba, en los cielos, muy por encima del inagotable entramado de olores que había en la superficie del planeta de abajo.

El viento, que hasta entonces se había mantenido estable en su aleta de estribor, empezó a cambiar. Dado que las órdenes recibidas les indicaban que se dirigieran a Chicago sin demora, Randolph, tras estudiar una carta aeronáutica del país que se extendía bajo sus pies, exclamó:

—Suckling, arriba con el anemómetro; Blundell y Counterfly, quédense junto a la Hélice —refiriéndose con ese término a un dispositivo de propulsión aeronáutica que los más científicos de nuestros jóvenes lectores recordarán de aventuras anteriores de los chicos (*Los Chicos del Azar en el Krakatoa*, *Los Chicos del Azar en busca de la Atlántida*) y que servía para aumentar la velocidad de crucero del *Inconvenience*, inventado por su viejo amigo el Profesor Heino Vanderjuice de New Haven, alimentado por un ingenioso motor de turbina cuya caldera se calentaba quemando el gas hidrógeno sobrante extraído de la envoltura mediante una distribución especial de las válvulas, aunque el invento fue, como era de prever, menospreciado por los numerosos rivales del Doctor Vanderjuice, que lo consideraban una simple máquina de movimiento perpetuo, en flagrante violación de la ley de la termodinámica.

Miles, con sus reducidas dotes de coordinación, y Chick, con una falta de presteza igual de perceptible, ocuparon sus puestos ante los paneles de control del aparato, mientras Darby Suckling subía gateando por los flechastes y los obenques de la gigantesca envoltura elipsoidal de la que pendía la góndola, hasta la misma cima, donde el flujo de aire no se interrumpía nunca, con la intención de leer, en un anemómetro de Robinson, las medidas precisas del viento, como referencia para conocer la velocidad a la que se desplazaba la nave, y después transmitir la información al puente mediante una nota escrita que se introducía en una pelota de tenis y seguidamente se hacía bajar en un trozo de cabo. Se recordará que este método de transmitir información lo adoptó la tripulación durante su breve aunque inútil viaje «al sur de la frontera», donde lo habían visto en práctica entre los elementos de baja estofa que malgastaban sus vidas apostando sobre los resultados de los partidos de ‘pelota’. (Para los lectores que se acerquen por primera vez a nuestra

pandilla de jóvenes aventureros, debe subrayarse enseguida que —tal vez con la excepción del todavía insuficientemente conocido Chick Counterfly— ninguno habría entrado jamás en la atmósfera moralmente ponzoñosa del *'frontón'*, como se denominan esos antros por allá abajo, de no haber sido esencial para las actividades de recolección de información de los Chicos para las que habían sido contratados entonces por el Ministerio del Interior del Presidente Porfirio Díaz. Para más detalles de sus hazañas, véase *Los Chicos del Azar en el Viejo México*).

Aunque el riesgo extremo era obvio para todos, el entusiasmo de Darby por la tarea encomendada había creado, como siempre, una capa mágica alrededor de su figura de duendecillo que parecía protegerle, aunque no de los sarcasmos de Chick Counterfly, que ahora le gritaba a la *mascotte* en plena ascensión:

—¡Eh, Suckling! ¡Sólo un bobo se jugaría la vida para ver a qué velocidad sopla el viento!

Al oírlo, Lindsay Noseworth frunció el ceño con perplejidad. Asumiendo incluso su poco ortodoxo pasado —una madre, se decía, que había desaparecido cuando él todavía era un bebé; un padre que llevaba una mala vida, a la deriva por la Vieja Confederación—, la propensión de Counterfly al insulto gratuito había empezado a suponer un riesgo en su periodo de prueba con los Chicos del Azar, por no mencionar el peligro que, de hecho, entrañaba para la moral del grupo.

Dos semanas antes, junto a un río de aguas negras del Profundo Sur, mientras los Chicos intentaban saldar una lamentable «cuenta» todavía pendiente de la Rebelión de hacía treinta años —un asunto que aún no es recomendable poner sobre papel—, Chick se había presentado una noche en su campamento presa del pánico, perseguido por una banda de jinetes nocturnos con túnicas blancas y siniestras capuchas puntiagudas, que los jóvenes reconocieron inmediatamente como el temido «Ku Klux Klan».

Su historia, según lo que pudieron desentrañar entre los bruscos cambios de registro que caracterizan la voz adolescente, exacerbados en este caso por la peligrosidad de la situación, era la que sigue: el padre de Chick, Richard, al que todos conocían como «Dick», procedía del Norte, pero había vivido varios años en la Vieja Confederación, emprendiendo diversos negocios, ninguno de los cuales, desgraciadamente, había salido adelante, es más, bastantes le habían llevado, como solía decirse por aquellos lares, a las puertas de la penitenciaría. Finalmente, ante la inminente llegada de un pelotón de ciudadanos armados que se habían enterado de su plan para vender el estado de Mississippi a un misterioso consorcio chino con sede en Tijuana, México, «Dick» Counterfly se había evaporado rápidamente en la noche, dejando a su hijo tan sólo con un bolsillo lleno de calderilla y un tierno consejo: «Lárgate, chaval, y escríbeme si encuentras trabajo». Desde entonces, Chick había vivido a salto de mata, hasta que, en la ciudad de Thick Bush, no lejos del campamento de los Chicos, alguien lo reconoció como el hijo del mal afamado y muy

buscado «politicastro del Norte», y sugirió la aplicación inmediata de alquitrán y plumas a su persona.

—Por más que sintamos inclinación a ofrecer nuestra protección —había informado Lindsay al alterado joven—, aquí, en el suelo, nos vemos constreñidos por nuestra Carta, que nos prohíbe terminantemente interferir en los usos legales de ninguna localidad en la que hayamos aterrizado.

—Ustedes no son de por aquí —replicó Chick con cierta brusquedad—. Cuando estos mendas van a por alguien, la legalidad no pinta nada, o corres que te las pelas o te pelan.

—En el habla educada —se apresuró a corregirle Lindsay—, «no tiene nada que ver» es preferible a «no pinta nada».

—¡Noseworth, por piedad! —exclamó Randolph St. Cosmo, que había estado mirando con angustia a las figuras encapuchadas y con túnicas que se mantenían al otro lado del perímetro del campamento; las antorchas llameantes que sostenían iluminaban cada pliegue y cada arruga de su tosco ropaje con una precisión casi teatral y proyectaban extrañas sombras sobre los tupelos, los cipreses y los nogales americanos—. No hay nada más que discutir, a este hombre se le va a conceder asilo y, si lo desea, se le hará miembro provisional de nuestra unidad. Lo que está claro es que aquí abajo no tiene ningún futuro.

Fue una noche de insomne precaución, por si las chispas de las antorchas de la turba, llevadas por el viento, se acercaban un poco siquiera al aparato generador de hidrógeno, con la consecuente devastación. Sin embargo, en un momento dado, aquellos rústicos ominosamente embozados, tal vez por miedo supersticioso a la propia maquinaria, se dispersaron y regresaron a sus casas y guaridas. Y Chick Counterfly, para bien o para mal, se quedó con ellos...

El dispositivo Hélice no tardó en acelerar la nave hasta una velocidad que, añadida a la del viento que daba a popa, la volvió prácticamente invisible desde el suelo.

—Avanzamos a más de una milla por minuto —comentó Chick Counterfly desde la consola de control, incapaz de disimular el asombro en su voz.

—Eso nos pondrá en Chicago antes de que anochezca —admitió Randolph St. Cosmo—. ¿Está bien, Counterfly?

—¡Pistonudo! —exclamó Chick.

Como le ocurría a la mayoría de los «novatos», al principio Chick había tenido dificultades para acostumbrarse no tanto a la velocidad cuanto a la altitud y a los cambios en la presión del aire y la temperatura que conllevaba. Las primeras veces que voló cumplió con sus deberes sin queja, pero un día lo pillaron revolviendo sin permiso una taquilla que contenía diversas piezas de ropa ártica. Cuando le abordó Lindsay Noseworth, el chico sólo pudo tartamudear en su defensa:

—¡F-f-f-frío!

—Ni se le pase por la cabeza —le instruyó Lindsay— la idea de que al subir a bordo del *Inconvenience* haya escapado a un reino de lo contrafactual. Puede que aquí no haya manglares ni se aplique la ley de Lynch, pero aun así debemos vivir con las constricciones del mundo existente, entre las cuales destaca el descenso de la temperatura a medida que se asciende. Con el tiempo, su sensibilidad al respecto debería moderarse y, mientras tanto —añadió lanzándole una capa impermeable de piel de cabra negra japonesa con la leyenda PROPIEDAD DE CH. DEL A. estarcida en amarillo brillante en la espalda—, esto debe considerarse un atuendo de transición, hasta que llegue el momento en que se haya adaptado a estas altitudes y, si ha habido suerte, haya aprendido las lecciones de una estancia imprevista en ellas.

—Se lo voy a decir en pocas palabras —le confió más tarde Randolph—: subir es como ir hacia el norte. —Se quedó inmóvil, parpadeando, como si esperara algún comentario.

—Pero —se le ocurrió por fin a Chick— si uno va hacia el norte mucho tiempo, y al final pasa el Polo, entonces vuelve a ir hacia el sur.

—Sí. —El comandante de la aeronave se encogió de hombros con incomodidad.

—Así que... si fuésemos lo bastante arriba, ¿acabaríamos volviendo a bajar?

—¡Chisss! —le reconvino Randolph St. Cosmo.

—¿Nos acercaríamos, tal vez, a la superficie de *otro planeta*? —insistió Chick.

—No exactamente. No. Sería otra «superficie», pero terrestre, en cualquier caso. Con frecuencia, para nuestra desdicha, demasiado terrestre. Dicho lo cual, soy reticente a dar más...

—Éstos son los misterios de nuestra profesión —supuso Chick.

—Ya lo descubrirá. A su debido tiempo, claro.

Mientras descendían sobre los Mataderos, salió a su encuentro el olor, el olor y el alboroto de carne que descubría su mortalidad, cual oscuro precipitado de una ficción diurna que ellos, como parecía cada vez más probable, habían contribuido a promocionar volando hasta allí. En algún rincón de allá abajo estaba la Ciudad Blanca que prometían los folletos de la Exposición Colombina, entre las chimeneas que no paraban de vomitar humo negro y grasiento, los efluvios de la matanza incesante, bajo los que leguas de edificios de la ciudad que quedaban a favor del viento se retiraban, como niños sumiéndose en un sueño que no les proporcionaba el menor descanso de la jornada. En los Mataderos, los trabajadores que acababan turno, la inmensa mayoría de fe católica, capaces de distanciarse de la tierra y la sangre durante unos breves y preciosos segundos, levantaron asombrados la vista hacia la aeronave, imaginándose un destacamento de ángeles que no tenían por qué ser amables.

Bajo la mirada embobada de los Chicos del Azar, rodaban calles y callejones dispuestos en una cuadrícula cartesiana, esbozada en sepia, milla tras milla.

—La Gran Ciudad Bovina del Mundo —susurró un maravillado Lindsay.

Ciertamente, el número de lomos de ganado superaba con creces el de copas de sombreros humanos. Desde esa altura era como si los Chicos, que, en sus aventuras pasadas, a menudo habían contemplado enormes manadas de ganado vagando por las llanuras del Oeste en formaciones que parecían nubes siempre cambiantes, vieran cómo esa libertad sin una forma definida se racionalizaba ante sus ojos en un movimiento único de líneas y ángulos rectos, que reducían progresivamente las posibilidades, hasta el giro final a través de la última puerta que conducía los animales a la sala de sacrificio.

Cerca del anochecer, al sur de la ciudad, mientras el *Inconvenience* se agitaba bajo una brisa inconstante por encima del enorme prado donde esa misma semana se celebraría la gran reunión internacional de aeronautas a la par que la Feria Universal, el «Profesor» St. Cosmo, que divisó por fin una parcela de prado entre la amplia población de aeronaves que ya habían atracado, dio la orden:

—Preparados para descender.

El estado de limitada atención en el que parecía haberse sumido se vio interrumpido de pronto por Lindsay, que le advirtió bilioso:

—Como seguramente no habrá escapado a su atención, la ineptitud de Blundell con la Válvula Principal, la cual me temo que se ha vuelto incorregible, ha aumentado la velocidad de nuestro descenso hasta un punto llamativo, por no decir alarmante.

Y así era, puesto que el bienintencionado pero nada hábil Miles Blundell se las había apañado para liarse al pie el cabo de labor que iba hasta el mecanismo de la válvula, y se le veía, con una expresión de desconcierto grabada en su rostro amplio y honesto, moviendo la extremidad adelante y atrás, con la esperanza de que gracias a

ese gesto la válvula de muelles volviera, no se sabe cómo, a cerrarse, pues a esas alturas ya había dejado escapar una ingente cantidad de hidrógeno de la envoltura en una repentina bocanada, lo cual había provocado que la nave cayera en picado hacia la orilla del lago como un juguete arrojado por un pilluelo cósmico.

—¡Blundell! ¡¿Pero qué hace, en el nombre del Cielo?! —exclamó Randolph—. ¡Va a matarnos a todos!

—Es que me he enredado, Profesor —declaró Miles tirando en vano de los rollos de cáñamo, que se enmarañaban todavía más ante sus esfuerzos.

Soltando un involuntario y aun así inocuo juramento, Lindsay había saltado al lado del joven Blundell y lo había agarrado por su amplia cintura con la pretensión de levantarlo, esperando que eso destensaría el cabo de labor y se cerraría la válvula.

—Venga aquí, Counterfly —le espetó el segundo de a bordo a Chick, que, divertido y jovial, ganduleaba junto a una taquilla con equipo—. Tómese la molestia de levantarse un momento y écheme una mano con Blundell.

El torpe de Blundell, que además tenía cosquillas, había empezado a chillar y revolvearse para librarse del agarrón de Lindsay. Chick Counterfly se levantó con indolencia y se acercó con cierta cautela a la pareja, que ahora daba tumbos, sin saber muy bien qué parte de Blundell agarrar, no fuera a alterarlo más todavía.

Mientras el gas vital seguía saliendo a chorros de la válvula, al tiempo que emitía un pitido inquietante sobre sus cabezas y la aeronave se precipitaba cada vez a mayor velocidad hacia la Tierra, Randolph, mirando el inútil forcejeo de sus tripulantes, vio claramente que la responsabilidad del desastre que ya casi se les venía encima era, como siempre, exclusivamente suya, en esta ocasión por haber delegado tareas en los tripulantes menos hábiles...

De sus cavilaciones lo sacó Darby, que se acercó corriendo y tiró de la manga de su blazer:

—¡Profesor! ¡Profesor! Lindsay acaba de hacer un comentario difamatorio sobre la madre de Miles, cuando siempre se mete conmigo precisamente por utilizar «jerga», ¿es eso justo?

—Tantas monsergas de insubordinado, Suckling —afirmó con severidad Lindsay—, servirán para que un día se gane el cabezazo que entre la marinería de más baja estofa se conoce como un «beso de Liverpool», mucho antes de que haya recibido uno de la variedad más convencional, con la excepción, quizá, de esas raras ocasiones en las que su madre, sin duda en un aciago momento de distracción, se vio capaz de ofrecer esa asombrosa aunque, me temo (pobre mujer), mal dirigida muestra de cariño.

—¡¿Ve, ve?! —chilló Darby—, hasta se mete con la madre de un compañero...

—¡Ahora no! —gritó Randolph liberándose del inoportuno agarrón de la joven *mascotte* y asustándole de verdad—. ¡Counterfly, el lastre, hombre! ¡Deje en paz a ese zoquete espástico y suelte los sacos de arena, o estamos perdidos!

Chick se encogió de hombros, soltó a Miles y se acercó tranquilamente a la borda más próxima para desatar los sacos de lastre, lo cual provocó que Lindsay, sin tiempo para compensar el peso añadido, cayera ruidosamente sobre el puente con un grito de pánico, mientras el casi histérico Miles Blundell lo aplastaba. Con un ruido agudo que bien podría haber sido el de la trompeta del Juicio Final, el cabo que tenía enredado en el pie se soltó de su enganche en la Válvula Principal, no sin que antes el muelle que servía para recolocarla en la posición de cierre de seguridad hubiera sobrepasado su límite de elasticidad. La válvula seguía entreabierta: ¡la boca misma del Infierno!

—¡Suckling! ¡Arriba, y rápido!

El pequeño y ágil joven trepó rápidamente por las cuerdas, mientras Randolph, ensimismado en la crisis y tambaleándose por la cubierta, tropezó con Lindsay Noseworth, que intentaba sacarse de encima la masa retorcida de Miles Blundell, y se unió bruscamente a sus compañeros de nave horizontales. Miró hacia arriba y vio que Darby Suckling, a su vez, lo miraba desde las alturas con expresión inquisitiva.

—¿Para qué he subido hasta aquí, Profesor? —preguntó la ingenua *mascotte*.

Mientras lágrimas de frustración empezaban a asomar a los ojos de Randolph, Lindsay, que percibió en su comandante una apatía ya familiar, a la que en esta ocasión se añadía el habla temporalmente sofocada por el codo de Miles, se apresuró —o más bien se arrastró— a ocupar el vacío de autoridad.

—¡Gire la válvula manualmente! —le gritó a Darby—, ¡hasta la posición de cerrado! —Y añadió, aunque en una voz casi inaudible—: Pequeño imbécil.

Darby, cuyo uniforme se agitaba bajo el chorro de gas, se apresuró a obedecer con gallardía.

—¿Quiere que suelte algunos paracaídas, Noseworth? —preguntó Chick con voz cansina.

—Señor Noseworth —le corrigió Lindsay—. No, Counterfiy, creo que no, apenas si hay tiempo y, además, la complejidad que requeriría embutir a Blundell en la parafernalia necesaria pondría a prueba el genio topológico de Herr Riemann en persona.

La ironía pasó inadvertida, tanto para Chick como para su objetivo, quien, habiendo recuperado al fin la verticalidad, iba dando tumbos con serena despreocupación hacia la borda, aparentemente para echar un vistazo al escenario. Por encima de él, Darby, con un triunfal «¡Hurra!», consiguió cerrar la válvula y, en consecuencia, la enorme aeronave frenó su caída en picado hasta una velocidad no más ominosa que la de una hoja en otoño.

—Bien, sin duda hemos asustado a los de ahí abajo, Profesor —comentó Miles, mirando por un lado—, al tirar todos esos sacos de arena. Me apostaría algo.

—¿Eh? —profirió Randolph, que iba recuperando su flemática competencia—, ¿cómo?

—Han echado a correr como lameculos —prosiguió Miles— y, vaya, uno de ellos ni siquiera lleva nada puesto, ¡o eso es lo que parece! —De una taquilla de instrumentos cercana, extrajo un potente catalejo y lo enfocó hacia los objetos de su curiosidad.

—Vamos, Blundell —dijo Randolph levantándose de donde se había caído—, ya hay bastante que hacer ahora mismo como para que encima usted nos venga con trolas ociosas que... —Lo interrumpió un jadeo aterrorizado de Miles.

—¡Profesor! —gritó el chico mirando con incredulidad por el pulido cilindro—, la figura sin vestir de la que le hablaba no es la de un hombre, qué va, sino la de... ¡una dama!

Siguió una «entusiasta estampida» hacia la borda, así como una tentativa conjunta de arrancarle el telescopio a Miles, quien, sin embargo, se aferraba a él testarudamente. Y mientras tanto, todos forzaban la mirada o entrecerraban los ojos con avidez intentando distinguir la aparición de la que Miles había informado.

Por el tapiz herbáceo de abajo, a la luz menguante, entre las siluetas estrelladas más brillantes de los sacos de lastre reventados, corriendo casi a ciegas, como por un firmamento terrenal, se apresuraba un robusto caballero con una chaqueta Norfolk y bombachos, agarrándose con una mano el sombrero de paja que llevaba pegado a la nuca mientras con la otra mantenía equilibrada sobre su hombro una cámara fotográfica con su trípode. Detrás, muy cerca de él, iba la acompañante femenina a la que se había referido Blundell con un hatillo de atuendos femeninos, aunque sin llevar encima en ese momento nada más que una diadema floral, encantadoramente torcida entre mechones de cabello rubio. El dúo parecía encaminarse hacia unas arboledas cercanas, lanzando a cada poco miradas aprensivas hacia arriba, hacia la enorme bolsa de gas del *Inconvenience*, que descendía como si se tratara de un globo ocular gigantesco, tal vez el de la propia Sociedad, siempre vigilante desde las alturas, con un espíritu de censura constructiva. Cuando Lindsay pudo arrancar el instrumento óptico de las manos húmedas de Miles Blundell e inducir al consecuentemente contrariado joven a que arrojara los rezones y ayudara a Darby a amarrar la gran aeronave a la «Madre Tierra», la indecorosa pareja se había desvanecido entre la fronda, como se desvanecería también esta zona de la República en la creciente oscuridad.

Darby se columpió como un monito al descender, agarrándose sucesivamente con una sola mano a la cuerda del ancla, llegó al suelo y, con movimientos ligeros por debajo del *Inconvenience*, atrapó hábilmente cada una de las amarras que Miles Blundell le lanzaba desde arriba. Ayudándose de un mazo, clavó una por una las sólidas estacas de madera a través de las gazas de las cuerdas de cáñamo, y pronto había conseguido que el gigantesco vehículo, como hechizado por un diminuto

domador de bestias para que se volviera dócil, quedara amarrado e inmóvil encima de él.

La escala de cuerda cayó estrepitosamente por la borda, y tras ella, al instante, en dubitativo descenso, Miles, cargado con una gigantesca saca de ropa sucia. En el cielo, hacia el oeste, ya sólo perduraba un resplandor crepuscular de un púrpura intenso, contra el cual se recortaba la silueta de Miles, así como las de las cabezas de los otros chicos, asomadas por encima del borde curvo de la góndola.

Una alegre y variopinta multitud de aeromaniacos de picnic se había pasado el día planeando, desde por la mañana temprano, antes de las primeras luces, hasta mucho después de la puesta del sol, disfrutando del atardecer estival del Medio Oeste, aunque la mayoría estuviera demasiado ocupada para captar la melancolía de su luz evanescente, con las alas de sus aparatos ora inmóviles, ora batiendo, alas que recordaban las de gaviotas, albatros y murciélagos, alas de badana y de bambú, alas intrincadamente ornamentadas con plumas de celuloide, y en un vasto parpadeo celeste llegaban, cargando con todas las clases imaginables de aviador, desde el escéptico de laboratorio al ascensionista arrebatado por Jesús, acompañados a menudo por «perros del cielo», que habían aprendido a sentarse inmóviles, apretujados junto a ellos en las cabinas de sus pequeñas aeronaves, observando los paneles de instrumentos y ladrando si se percataban de algo que se le había escapado al piloto, si bien a otros se los veía en las bordas y los puentes de vuelo, con la cabeza asomada a la corriente de aire, miradas de dicha en sus caras. De vez en cuando, los aeronautas se saludaban unos a otros por medio de megáfonos, y el atardecer se llenó, como los árboles de muchas calles en la ciudad cercana, con los gorjeos de sus cumplidos aéreos.

Los chicos se apresuraron a montar la tienda del comedor, recoger leña y encender una pequeña hoguera en el fogón de la cocina, protegidos del viento por el *Inconvenience* y su aparato generador de hidrógeno. Miles se metió en la minúscula cocina, y al poco les había freído un «rancho» de siluro, pescado esa misma mañana y conservado todo el día en hielo, que había tardado en fundirse debido a la gelidez de la altitud. A su alrededor, otros grupos de hermanos del cielo se afanaban en sus propios pistos culinarios, y la carne asada, las cebollas fritas y el pan cocido desprendían deliciosos olores que se esparcían por todos los rincones del enorme campamento.

Tras la cena y la Revista Vespertina, los chicos dedicaron unos momentos a cantar, de la misma manera que un grupo de creencias diferentes se habría consagrado a la oración. Desde sus escapadas hawaianas de hacía unos años (*Los Chicos del Azar y la maldición del gran Kahuna*), Miles se había convertido en un apasionado ukelelista, así que esa noche, tras cerrar la trascocina y devolver los suelos del comedor a su estado inmaculado habitual, sacó uno de los muchos instrumentos de cuatro cuerdas que guardaba en su baúl del cielo y, tras rasguear una breve introducción, acompañó a los demás chicos en la canción.

Hay hombres que viven en pueblos,
y otros que viven en granjas,
y nunca se alejan
de las sonrisas y los brazos acogedores,
siempre saben quiénes son
y cómo serán sus vidas;
pero también hay chicos como nosotros, que dicen
adiós antes que hola,
porque somos los
Ases de las Alturas,
los Vagabundos del Vacío...
Cuando otros se acobardan aterrorizados,
nosotros ni nos inmutamos.
Que los vientos rompan la Escala de Beaufort,
y las noches sean tan oscuras como quieran,
que el relámpago centellee
y que el trueno retumbe,
¡nosotros tenemos corazones jóvenes y alegres!
Porque...
el Chico del Azar es un alma valerosa,
que nunca gimoteará ni gritará,
¡porque su sangre es tan roja y su espíritu tan puro
como inmaculadas son las rayas de su blazer!

Aquella noche, Chick y Darby, que constituían la guardia de puerto de la tripulación, debían quedarse vigilando, mientras que Miles y Lindsay disfrutaban de «permiso en tierra» en Chicago. Cada uno excitado a su modo ante la perspectiva de visitar la Exposición, los dos chicos se despojaron rápidamente de sus ropas y se pusieron el uniforme, aunque a Miles le costó tanto atarse las polainas, anudarse el pañuelo de cuello con la simetría requerida y abrocharse correctamente los cuarenta y cuatro botones de su pechera postiza, uno por cada estado de la Unión, que Lindsay, tras aplicarse unas gotas de aceite de Macasar a los mechones y peinárselos cuidadosamente, se vio obligado a acudir en ayuda de su torpe compañero de tripulación.

Cuando Miles quedó tan elegante como era posible para afrontar las miradas del populacho de «La Ciudad del Viento», los dos chicos, bien uniformados, se pusieron rápidamente firmes colocándose, a intervalos en el círculo de luz de la lumbre a la espera de la revista, y *Pugnax* se les unió, con la cola inmóvil, la mirada expectante. Randolph salió de su tienda vestido de paisano, tan acicalado en todos los detalles como su sección de permiso, pues también él tenía cosas que hacer en tierra; su

uniforme de vuelo de los Chicos del Azar había sido sustituido por un traje de cáñamo con elegantes cuadros y una corbata Ascot, coronado el *conjunto* con un elegante sombrero fedora.

—Vaya, Randolph —dijo Darby—, ¡cualquiera pensaría que tiene usted una cita con una chica!

Pero, como el tono guasón no dejaba de traslucir un matiz de admiración masculina, Randolph optó por no responder a la insinuación con la réplica airada que de otro modo habría merecido, y se limitó a decir:

—No tenía conocimiento de que los jovencitos de su edad supieran reconocer la menor diferencia entre los sexos.

Con lo cual consiguió que Lindsay soltara una risita de aprobación antes de recuperar con presteza la seriedad moral.

—En los márgenes —recordó Randolph a los que partían de permiso— de cualquier reunión de la escala de esta Exposición suelen merodear elementos envilecidos y corruptos cuyo único propósito es aprovecharse de los incautos. No pienso dignificarlo mencionando el nombre del siniestro barrio donde es más probable toparse con ese tipo de peligros. La propia vulgaridad de su aspecto, en especial por la noche, habla por sí sola y disuade a todos, salvo a los más temerarios, de demorarse en la contemplación, y sobre todo en la exploración, de los poco lucrativos placeres que allí se ofrecen. Un consejo para los sensatos... o, en este caso, para... hrrumph, hummm, como sea..., buen permiso, chicos, y... y buena suerte.

Dicho lo cual, Randolph saludó, se dio la vuelta y se desvaneció silenciosamente en la intensa y fragante oscuridad.

—Le toca a usted hacer guardia, Suckling —le advirtió Lindsay antes de marcharse—; ya conoce el castigo por dormirse, pero encárguese de que se le quede grabado a su compañero de servicio Counterfly, que tiene tendencia, sospecho, a la galbana. Comprobación del perímetro cada hora, así como una lectura de la tensión del gas dentro de la envoltura, corregida, casi no hace falta que lo diga, por las temperaturas nocturnas, que son más bajas.

Se dio la vuelta y se dirigió a zancadas hacia Miles, mientras *Pugnax*, cuya cola había recuperado su animación habitual, se quedó para vigilar las lindes del campamento, buscando rastros de otros perros y sus dueños que pretendieran entrar sin autorización.

Darby, que se quedó solo junto al resplandor del fuego de la guardia, se dedicó, con su vivacidad habitual, a la reparación de la válvula de hidrógeno principal, cuya alteración mecánica poco antes había resultado casi fatal. El desagradable recuerdo, al igual que los daños en la máquina bajo los dedos ágiles de Darby, no tardaría en desvanecerse... como si sólo fuera un suceso que el imberbe hubiera leído en algún libro de aventuras juveniles..., como si esa página de sus crónicas hubiera sido pasada para siempre y la orden de «media vuelta» hubiera sido pronunciada por un

poderoso aunque invisible Comandante de los Días Terrestres, hacia el que Darby, en gesto de afable obediencia, se había vuelto otra vez...

Acababa de terminar la reparación cuando, al levantar la vista, vio a Chick Counterfly junto a la hoguera, preparando café.

—¿Quieres un poco? —le ofreció Chick—, ¿o todavía no te dejan beber de esto?

Algo en aquel tono indicaba que se trataba tan sólo del tipo de burla amistosa que un chico de la edad de Darby debía esperar y sobrellevar.

—Gracias, no me vendría mal una taza.

Se sentaron ante el fuego durante un rato, callados como un par de vaqueros acampados en la pradera del oeste. Finalmente, para sorpresa de Darby, Chick le confió de sopetón:

—Echo de menos a mi padre.

—Supongo que debe de ser muy duro para ti, Chick. Yo casi no puedo recordar al mío.

Chick contempló fija y melancólicamente el fuego. Al cabo de un rato, dijo:

—Lo que pasa es que creo que él habría aguantado. Si hubiera podido. Éramos socios, ¿sabes? Siempre teníamos algo entre manos. Sabía muy bien cómo buscarse la vida. No siempre a gusto del sheriff, pero sacaba lo bastante para ganarse los garbanzos. No me molestaban los traslados a medianoche, pero jamás pude acostumbrarme a aquellos juzgados de pueblo. El juez nos echaba una mirada, el martillo subía y, ¡pum!, solíamos salir pitando por la puerta y estar en la calle principal antes de que hubiera bajado.

—Buen ejercicio, no me cabe duda.

—Sí, pero el caso es que papá parecía estar perdiendo su agilidad. Me pregunto si sería por mí. Ya sabes, los problemas por duplicado y todo eso.

—Más bien parece que se debiera a todo ese lío de los chinos que mencionaste —dijo Darby—, no fue culpa tuya. Ten, ¿fumas de esto? —preguntó encendiendo una especie de cigarrillo y ofreciéndole otro a Chick.

—¡Por mi tía abuela Petunia! —exclamó Chick—, ¿a qué huele eso?

—Es pimienta de Java. Sólo para uso medicinal. El tabaco no está permitido a bordo, como debes de recordar de cuando prestaste juramento para ser miembro de los Chicos del Azar.

—¿Que yo presté juramento? Debía de estar totalmente confuso. ¡Nada de tabaco! Así que también tenemos aquí la maldita Cura de Keeley. ¿Cómo se os hacen llevaderos los días?

De repente se oyó ladrar furiosamente a una perrera entera, o eso parecía.

—*Pugnax* —explicó Darby al ver la expresión de alarma de Chick.

—Él ¿y cuántos más?

—Sólo el viejo *Pugnax*. Es uno de sus muchos talentos. Supongo que será mejor que echemos un vistazo.

Encontraron a *Pugnax* erguido sobre las patas, tenso y alerta, vigilando con intensidad la oscuridad exterior y, por lo que los chicos veían, preparado para lanzar un contraataque masivo contra todo aquello que se aproximara a su perímetro.

—Ahí tienes —dijo una voz invisible—, ¡buen perrito!

Pugnax se mantuvo firme pero ya había dejado de ladrar, como si hubiera juzgado nasalmente aceptables a los visitantes. Mientras Darby y Chick observaban, de la noche surgió un bistec, que se elevó en el aire rotando lentamente y fue a parar al suelo casi exactamente entre las patas delanteras de *Pugnax*, que se lo quedó mirando un momento, con una ceja levantada y, se diría, casi con desdén.

—Eh, ¿hay alguien ahí?

En el círculo de luz de la hoguera aparecieron dos chicos y una chica con cestas de picnic y vestidos con uniformes de vuelo de alpaca y mohair añil, con raya diplomática color púrpura, y unas gorras que no conseguían reproducir la sencilla geometría del famoso fez Shriner, pues estaban mucho más ornamentadas e, incluso para esos tiempos, podía afirmarse que no con el mejor de los gustos. Tenían, por ejemplo, una punta demasiado grande que salía por arriba, al estilo alemán, y varias plumas teñidas en un color verde eclipse claro.

—¡Qué tal, Darb! ¿Cómo va por las alturas y las bajuras?

Darby, al reconocerlos como miembros del Club Aeronáutico de los Vagabundos del Cielo, un club de ascensionistas de Oregón con quienes los Chicos del Azar habían volado a menudo en maniobras conjuntas, esbozó una sonrisa de bienvenida, sobre todo dedicada a la señorita Penelope («Penny») Black, cuya apariencia de duendecillo disimulaba un espíritu intrépido y una voluntad inquebrantable, y por la que él había estado «colado» desde que podía recordar.

—Hola, Riley, Zip..., Penny —añadió tímidamente.

—Para ti, «Capitán». —La joven levantó la manga para mostrar cuatro galones dorados, en cuyos bordes podían verse todavía los restos de la costura reciente. Los Vagabundos del Cielo eran conocidos y respetados por aceptar al sexo locuaz en estricto pie de igualdad con los varones, incluidas plenas oportunidades de ascenso—. Sí —Penny sonrió—, me dieron el *Tzigane*; acabo de traer la vieja carraca hasta aquí desde Eugene, la amarre un poco más allá de aquel bosquecillo, sin que nadie saliera malparado.

—¡Guau! ¡Tu primer mando! ¡Es espléndido! —Darby se dio cuenta de que se removía nervioso y no tenía ni la menor idea de qué hacer con las manos.

—¡Anda, bésame! —dijo ella—, es la tradición y eso.

Ni siquiera el tono burlón del coro de silbidos que estas palabras levantaron en los demás hizo que Darby se cuestionara si merecía la pena la fugaz caricia de la pecosa mejilla femenina en sus labios. Después de las presentaciones, Chick y Darby sacaron sillas plegables, los Vagabundos del Cielo abrieron sus cestas llenas de exquisiteces y los colegas se acomodaron para pasar una velada de cotilleos, charlas sobre el trabajo e historias de los cielos.

—Al venir hacia aquí, cuando pasábamos por encima de «Egipto», al sur de Illinois, por si no te sitúas, Darb, nos pilló un viento ascendente que surgía de un maizal en Decatur, y era tan fuerte que creí que acabaríamos en la maldita luna..., perdón —hizo una pausa para sonarse—, se nos helaban los mocos como carámbanos hasta las hebillas de los cinturones, y nos quedamos azules a la luz de aquel fluido eléctrico que se arremolinaba alrededor de nuestras cabezas... ¡Ahh-chuuss!

—*Gesundheit*, Riley —dijo Zip—, pero la última vez que contaste esa historia, lo que había era voces extrañas, entre otras cosas...

—Nosotros recogimos un poco de halo galvánico mientras nos aproximábamos aquí —dijo Chick—, por la velocidad y demás.

—Bah, ¡eso no es nada! —exclamó Riley—, ¡nosotros nos hemos pasado casi todo el día esquivando tornados! Chicos, si queréis electricidad de la buena, id por Oklahoma alguna vez; para colmo, vuestras orejas pasarán un buen rato y seguro que no oiréis ninguna voz extraña.

—Hablando de voces —dijo Penny—, ¿sabéis algo de esos... «avistamientos» de los que informan a cada momento? No sólo los han visto tripulaciones en el aire, sino a veces también civiles en el suelo.

—¿Te refieres a algo fuera de lo habitual —dijo Darby—, fatas morganas, auroras boreales y todo eso?

—Es algo distinto —dijo Zip con voz grave y ominosa—; hay luces, pero también sonido. Sobre todo en altitudes superiores, donde en pleno día el cielo se pone azul oscuro. Voces que gritan a la vez. En todas direcciones. Como un coro escolar, sólo que sin canción, simplemente unas...

—Advertencias —dijo Riley.

Darby se encogió de hombros.

—Ahora me entero. En el *Inconvenience* no somos más que los mindundis de la Organización, los últimos monos, nadie nos cuenta nunca nada, se limitan a darnos órdenes, nosotros las cumplimos, y se acabó.

—Pues, mira, íbamos muy por encima del monte Etna, en la primavera pasada —dijo Penny—, y te acuerdas, espero, de los Garçons del 71...

Para información de Chick, Darby explicó que esa unidad se había formado hacía más de veinte años, durante los Asedios de París, cuando los globos tripulados eran a menudo la única forma de entrar y salir de la ciudad. A medida que avanzaba la terrible experiencia, para algunos de aquellos aeronautas se hizo evidente, al observar la situación desde las alturas y hallarse en constante peligro de muerte, hasta qué punto la supervivencia del Estado moderno dependía del mantenimiento de una situación de *asedio permanente*, mediante el cerco sistemático de las poblaciones, la inanición de cuerpos y espíritus, la implacable degradación de la cortesía, hasta que unos ciudadanos se volvían contra otros y llegaban al extremo de cometer atrocidades como las perpetradas por los infames *pétroleurs* de París. Cuando terminaron los Asedios, los aeronautas optaron por seguir volando, liberados ya de las ilusiones

políticas que reinaban como nunca en el suelo, y se juraron lealtad sólo los unos a los otros, comportándose como si se encontraran bajo un estado de sitio eterno y a escala mundial.

—Hoy en día —dijo Penny— vuelan dondequiera que se les necesite, muy por encima de los muros de las fortalezas y de las fronteras nacionales, salvando bloqueos, alimentando a los hambrientos, dando refugio a los enfermos y los perseguidos..., de manera que, claro, se ganan enemigos allí por donde pasan, les disparan desde tierra, a todas horas. Pero lo que te cuento fue distinto. Resulta que aquel día estábamos con ellos allá arriba, y ocurrió algo de lo más extraño. Nadie vio ningún proyectil, pero había... una especie de fuerza..., una energía que percibíamos, que nos apuntaba directamente...

—Había alguien allí afuera —dijo Zip con solemnidad—. Un espacio vacío, pero habitado.

—¿Te está poniendo nervioso la historia, Chick? —se burló Darby.

—Qué va. Me estaba preguntando si alguien quería el último buñuelo de manzana que queda.

Mientras tanto, Miles y Lindsay habían ido a la Feria. El transporte tirado por caballos al que se habían subido los llevó a las calles atestadas del sur de Chicago. Miles lo miraba todo con viva curiosidad, pero Lindsay contemplaba la escena con una mirada irritada.

—Parece taciturno, Lindsay.

—¿Yo? No, en absoluto; aparte de la inevitable aprensión que me produce pensar en que Counterfly se ha quedado a cargo de la nave sin nadie que lo supervise, estoy tan animado como un jilguero.

—Pero Darby está con él.

—Por favor... La influencia que Suckling pueda ejercer sobre un tipo tan depravado sería, en el mejor de los casos, insignificante.

—Oh, vamos —comentó el bondadoso Miles—, Counterfly parece un buen chaval, y apuesto a que pronto le cogerá el tranquillo a la situación.

—Como Oficial encargado de la disciplina —murmuró Lindsay, tal vez sólo para sí—, la opinión que me merece la naturaleza humana es necesariamente menos optimista.

Finalmente, el coche los dejó en la esquina de una calle; el conductor les aseguró que desde allí hasta el recinto de la Feria no había más que un breve paseo o, como dijo entre risas, «dependiendo de lo tarde que sea, una ágil carrera», y después siguió su camino entre el estrépito de metal contra metal y el repiqueteo de los cascos. A cierta distancia, los chicos veían en el cielo el resplandor eléctrico de la Feria, pero a su alrededor todo estaba en sombras. Al poco encontraron un agujero en la valla y una puerta de admisiones que tenía algo de improvisada, iluminada por un solitario cabo de vela, y cuyo encargado, un ceñudo enano asiático, aunque más que dispuesto a recibir las monedas de cincuenta centavos que le ofrecían, tuvo que ser presionado por el escrupuloso Lindsay para que les entregara el pertinente recibo. El diminuto centinela extendió la palma de la mano como si esperara una propina, gesto que los chicos pasaron por alto.

—¡Rácanos! —chilló a modo de introducción a la celebración del cuarto centenario del advenimiento de Colón a nuestras costas.

Desde algún lugar más adelante, demasiado a oscuras para distinguirlo, llegaba la música de una pequeña orquesta, extrañamente sincopada, que se fue haciendo más alta, hasta que vieron una pequeña pista de baile al aire libre, casi sin iluminar, donde bailaban parejas y alrededor de la cual una densa muchedumbre se movía por todas partes, envuelta en olores de cerveza, ajo, humo de tabaco y perfume barato; y todavía de más lejos, desde el Espectáculo del Salvaje Oeste de Buffalo Bill, les llegó también el inconfundible aroma del ganado encerrado.

Los observadores de la Feria habían comentado que, cuando uno recorría arriba y abajo la Avenida principal, más europeas, civilizadas y..., bueno, francamente, más *blancas* parecían las exposiciones cuanto más cerca se encontraban del centro de la

«Ciudad Blanca», mientras que cuanto más lejos se aventuraba uno de aquella Metrópolis de alabastro, más evidentes se hacían los signos de las tinieblas culturales y el salvajismo. A los chicos les daba la impresión de que se movían por un mundo separado, sin luces, al otro lado de un oscuro umbral, con su propia vida económica, sus códigos y hábitos sociales, consciente de sí mismo como si tuviera poco, por no decir nada, que ver con la Feria oficial... Como si la penumbra que reinaba en esta periferia quizá todavía sin cartografiar no fuera debida a una simple carencia de farolas, sino buscada a propósito en aras de la misericordia, como un velo necesario que cubriese los rostros que por ahí pululaban mostrando unas necesidades se diría que demasiado apremiantes para la plena luz del día y para aquellos inocentes visitantes americanos con sus Kodaks y sombrillas que pudieran tropezarse con el lugar. Ahí, entre las sombras, los rostros que pasaban sonreían, hacían muecas o miraban directamente a Lindsay y Miles como si los conocieran, como si la larga serie de aventuras de los chicos en rincones exóticos del mundo hubiera ido acumulando, sin que ellos lo supieran, un depósito de malentendidos, ofensas asumidas, deudas contraídas, que aquí se materializaban en un extraño Limbo que ellos debían atravesar, esperando que en cualquier momento se produjese un «altercado» con algún enemigo de un tiempo pasado, antes de alcanzar la seguridad de las luces que divisaban a lo lejos.

«Gorilas» armados, contratados entre las filas de la policía de Chicago, patrullaban incansablemente las sombras. Una compañía zulú de teatro reconstruía la masacre de las tropas británicas en Isandhlwana. Unos pigmeos cantaban salmos cristianos en dialecto pigmeo, grupos judíos de música klezmer llenaban la noche con solos de clarinete sobrenaturales, indios brasileños dejaban que se los tragaran anacondas gigantescas, para después salir de ellas, sin haber sido digeridos y sin que, aparentemente, hubieran incomodado a la serpiente. Swamis hindúes levitaban, bóxers chinos fintaban, soltaban patadas y se abalanzaban unos sobre otros.

La tentación, para gran disgusto de Lindsay, se cernía sobre ellos a cada paso. Los pabellones de esa zona, más que a naciones del mundo, parecían representar los diversos Pecados Capitales. Los voceadores, esforzándose por persuadirlos, casi agarraban a los jóvenes paseantes de las solapas.

—¡Exóticas costumbres de fumar procedentes de todo el mundo, de gran valor antropológico!

—¡Aquí tenéis una exposición científica, chicos: las últimas mejoras en la jeringuilla hipodérmica y sus numerosos usos!

Ahí estaban los waziris de Waziristán haciendo exhibiciones de diversas técnicas para retener viajeros, actividad que en aquel país se consideraba una fuente importante de ingresos... Indios tarahumaras del norte de México se agazapaban, hasta donde se podía ver totalmente desnudos, dentro de reproducciones confeccionadas con listones y yeso de las cuevas de su Sierra Madre nativa, simulando que comían cactus que producían delirios y espectaculares convulsiones

apenas distinguibles de las que padecía el «poseído» ya familiar desde hace mucho para los americanos que asistían a carnavales... Pastores tunguses de renos hacían gestos hacia arriba señalando un rótulo gigantesco que rezaba: ESPECTÁCULO ESPECIAL DE RENOS, y llamaban en su lengua nativa a los mirones congregados delante, mientras un par de mujeres jóvenes bastante ligeras de ropa —y que, al ser rubias y demás, no parecían, en realidad, compartir muchos rasgos raciales con los tunguses— giraban junto a un reno macho muy paciente, acariciándolo con una intimidad escandalosa, y abordaban a los paseantes con frases muy sugerentes que vendrían a decir algo así como: «¡Entre y aprenda docenas de maneras de divertirse en Siberia!» y «¡Vea lo que pasa de verdad durante las largas noches de invierno!».

—Esto no parece —dijo Lindsay oscilando entre la fascinación y la incredulidad — demasiado... auténtico, no sé.

—Acérquense, muchachos, la primera vez es gratis, si descubren el rojo, ¡un guiño del ojo!, si descubren el negro, ¡ni un céntimo pal suegro! —dijo un jovial negro con un sombrero «chato» que había al lado, tras una mesa plegable, disponiendo unas cartas sobre el tablero y luego levantándolas.

—Yo diría que es uno de esos juegos de trileros —murmuró Lindsay reprimiendo educadamente su desaprobación.

—No, jefe, es un antiguo método de adivinación africano, le permite a uno cambiar su destino.

El fullero que les había hablado empezó a mover las cartas a una velocidad pasmosa. A veces había demasiadas cartas que tener en cuenta; otras, ninguna era visible, como si se hubieran desvanecido en una dimensión mucho más allá de la tercera, aunque bien podía ser todo un efecto de la luz.

—¡Muy bien! Tal vez sea vuestra noche de suerte, decidnos dónde está la roja, ahora. —Había tres cartas boca abajo ante ellos.

Tras un momento de silencio, fue Miles el que anunció con voz clara y firme:

—Las cartas que ha puesto sobre la mesa son todas negras. Su «roja» es el nueve de diamantes, la llamada «maldición de Escocia», y está aquí. —Alargó la mano para levantar el sombrero del fullero, se lo quitó de la cabeza y exhibió el naípe en cuestión.

—Dios sea misericordioso, la última vez que me ocurrió algo así acabé en la cárcel de Cook County, donde pasé unas largas vacaciones. Tenga, un reconocimiento a su aguda vista, joven, y todo olvidado —dijo extendiendo un billete de diez dólares.

—Oh, eso es... —empezó tímidamente Lindsay, pero Miles ya se había metido el regalo en el bolsillo y se despidió con amabilidad mientras se alejaban:

—Enas noches, señor.

En el rostro de Lindsay era visible una expresión de sorpresa.

—Eso ha estado... bien, muy bien, Blundell. ¿Cómo sabía dónde estaba el naípe?

—A veces —dijo Miles con una nota extrañamente aprensiva en la voz— me rodean esas peculiares sensaciones, Lindsay..., como cuando se siente la electricidad,

como si pudiera verlo todo tan claro como el día, veo cómo todo... encaja en su sitio, se relaciona. Pero la sensación no dura mucho. Al poco vuelvo a tener los pies en el suelo, tropezándome como siempre.

En ese momento ya veían los haces de los proyectores que barrían los cielos desde el techo del inmenso Edificio de las Manufacturas y las Artes Liberales —una ciudad en miniatura, anidada dentro de la ciudad-dentro-de-la-ciudad que era la Exposición misma—, y empezaron a ver Guardias Colombinos con capa de patrulla, una visión tranquilizadora, al menos para Lindsay.

—Vamos, Lindsay —dijo Miles blandiendo el billete que habían conseguido tan inesperadamente—, mientras nos dure este dinero caído del cielo, tomemos algún refresco y también unas Cracker Jack. ¡Vaya, quién lo diría! ¡Estamos aquí! ¡Estamos en la Feria!

Mientras tanto, Randolph St. Cosmo, aunque sin el uniforme, seguía de servicio. La agencia de detectives que buscaba se hallaba en una sórdida manzana del distrito New Levee, entre un salón de variedades y un fabricante de cigarros puros explosivos. El rótulo rezaba: WHITE CITY INVESTIGATIONS. Randolph bajó un poco más el ala de su sombrero, recorrió con la mirada la calle en penumbra llena de basura y se metió en la entrada. Una joven mecanógrafa que se las ingeniaba para comportarse recatada y descaradamente a la vez levantó la mirada de su máquina con apliques florales.

—Ya ha pasado la hora de acostarse, pequeñín.

—La puerta estaba abierta.

—Sí, pero no sé si te has fijado que esto no es la sede de la Liga Juvenil Metodista.

—¿El señor Privett no tenía una cita conmigo?

—¡Nate! —chilló la joven sobresaltando a Randolph. Su sonrisa no dejaba de ser traviesa—. ¿Has traído una nota de tus papás, chico?

En el despacho de Nate había una combinación de aparador, estantería y archivador con diversas botellas de whisky, una especie de diván en el rincón, un par de sillas con asiento de mimbre, un buró con persiana y unas mil casillas, una ventana con vistas al bar alemán de enfrente, galardones y cartas de agradecimiento de los negocios locales en las paredes de paneles oscuros, junto con fotografías de clientes notables, en algunas posando con el propio Nate, entre ellas una con Doc Holliday, en la calle delante del Occidental Saloon de Tombstone, en la que se veía a Doc y Nate apuntándose sendos Colt 44 a sus respectivas cabezas y simulando que fruncían amenazadoramente el ceño. La fotografía llevaba una inscripción: SOY ALGO MÁS QUE UN PISTOLERO, RECUERDOS, DOC.

—Desde la bomba de Haymarket —explicaba Nate— hemos tenido más trabajo del que podemos asumir, y la cosa va a ponerse todavía más frenética si el

Gobernador decide indultar a esa banda de asesinos anarquistas. Sólo Dios sabe qué va a suponer eso para Chicago, para la Feria en particular. La seguridad antiterrorista será esencial, más que nunca a partir de ahora. Y bueno, ustedes, muchachos tienen la única perspectiva que anhelamos todos los que formamos parte de la comunidad de sabuesos «observadores», a saber: la visión desde arriba. No podemos pagarles tanto como los Pinkerton, pero tal vez lleguemos a un acuerdo de pago aplazado, con un pequeño porcentaje de los beneficios futuros en lugar de dinero en efectivo en mano. Por no mencionar las propinas u otros ingresos informales que pudieran caerles.

—Eso es un tema que debe usted tratar con nuestra Oficina Nacional —supuso Randolph—, porque a nivel de la Unidad, la compensación que recibamos no puede superar nuestros gastos legítimos.

—Me parece descabellado. Pero le pediremos a nuestro personal jurídico que redacte algo que satisfaga a todos, ¿qué le parece? —Ahora observaba a Randolph con esa mezcla de desprecio y compasión que los Chicos despertaban tarde o temprano en sus contactos con la población del suelo. Randolph estaba acostumbrado, pero también resuelto a seguir con su estilo profesional.

—¿En qué consistirían exactamente los servicios que solicita?

—¿Tiene sitio en su nave para otro pasajero?

—Hemos transportado hasta una docena de adultos bien alimentados sin que se percibiera ninguna pérdida apreciable de capacidad de sustentación —respondió Randolph, a cuya mirada le costaba no demorarse en el barrigón del señor Privett.

—Llevar a nuestro hombre en un par de breves excursiones, eso será prácticamente todo cuanto tenga que hacer. —El sabueso-detective parecía ahora más taimado—. Por la Feria, tal vez también por los Mataderos; pan comido.

A la mañana siguiente, paseando entre las aeronaves, bajo un cielo circense que poco a poco se iba atestando de aparatos de todas clases conforme éstos alzaban el vuelo, y mientras reanudaban las relaciones con muchos en cuya compañía, para bien o para mal, habían compartido alguna aventuras, a los Chicos los abordó una pareja a la que no tardaron en reconocer como la compuesta por el fotógrafo y la modelo a quienes habían bombardeado sin darse cuenta la noche anterior.

El atlético hombre de la lente se presentó como Merle Rideout.

—Y mi bella acompañante es..., esperad un momento...

—Cerebro de guisante. —La joven soltó una grácil patada que, sin embargo, no carecía del todo de afecto, y dijo—: Soy Chevrolette McAdoo, y estoy tremendamente encantada de conoceros, chicos, aunque ayer casi nos mandáis al otro mundo con los sacos de arena.

Vestida de pies a cabeza, parecía recién salida de una revista femenina, y esa mañana lucía un conjunto a la vanguardia de la moda de verano, a tono con el resurgir de la manga de pernil, que había dado lugar a una profusión de blusas con hombros translúcidos, «grandes como globos, por toda la ciudad» —como diría Chick Counterfly, atento observador de la forma femenina—, y, en el caso de la señorita McAdoo, saturado de un magenta vivo y acompañado de una larga boa de plumas de avestruz teñida en el mismo tono. Su sombrero, pícaramente ladeado, con plumas de garceta que se mecían al compás de los movimientos de su cabeza, habría fascinado incluso al más entusiasta de los conservacionistas amantes de las aves.

—Muy bien conjuntado —comentó Chick asintiendo admirativamente.

—Pues porque no has visto todavía el número que presenta en el Pabellón de los Mares del Sur —afirmó con galantería Merle Rideout—; hace que a su lado La Pequeña Egipcia parezca una beata.

—¿Es usted artista, señorita McAdoo?

—Bailo la Danza de Lava-Lava, la diosa del volcán —respondió.

—Admiro mucho la música de esa región —dijo Miles—, el ukelele en particular.

—Pues hay varios ukelelistas en mi orquesta —dijo la señorita McAdoo—, tenor, barítono y soprano.

—¿Y tocan música nativa auténtica?

—Más bien es un popurrí, me parece, que incluye temas hawaianos y filipinos y acaba con una adaptación muy respetuosa de la maravillosa *Bacanal* de Monsieur Saint-Saëns, tal como se ha tocado recientemente en la Opera de París.

—No soy más que un aficionado, claro —dijo con humildad Miles, aunque era miembro desde hacía mucho de la prestigiosa Academia Internacional de Ukelelistas —, y me pierdo de vez en cuando. Pero si me comprometiera a volver a estudiar solfeo, ¿le parece que me dejarían acompañarlos sin tocar?

—No dudes que intercederé por ti —dijo Chevrolette.

Merle Rideout había traído consigo una cámara de mano y tomaba «instantáneas» de las máquinas voladoras, tanto en el aire como aparcadas en el suelo, que seguían llegando y despegando aparentemente al mismo ritmo.

—Menuda reunión social, vaya que sí. Parece que hayan venido todos los profesores de vuelo de aquí a Tombuctú.

El humo de las hogueras para el desayuno se elevaba fragante por el aire. Se oía el grito de los bebés, tanto de queja como de júbilo. El viento traía los sonidos remotos del tráfico ferroviario y la navegación por el lago. Contra el sol, todavía bajo en la otra orilla del lago, las alas, con bordes luminosos por el rocío, proyectaban largas sombras. Había aparatos de vapor, eléctricos, máquinas giratorias Maxim, naves impulsadas por reciprocadores de algodón pólvora y motores de nafta, y hélices elevadoras eléctricas de extraño diseño hiperboloide para perforar el aire hacia arriba, y aeróstatos alados, de formas aerodinámicas, y prodigios de la orniturgia que aleteaban. Uno no sabía muy bien adónde mirar al cabo de un rato...

—¡Papá! —Una preciosa niña de cuatro o cinco años con un cabello de un pelirrojo encendido corría hacia ellos a toda prisa—. ¡Eh, papá! ¡Quiero beber algo!

—Dally, mi comadreja —la saludó Merle—, me temo que el licor de maíz se ha acabado, así que tendrás que volver al viejo zumo de vaca, lo siento mucho —dijo revolviendo en una fiamblera de charol llena de hielo. Mientras tanto, la niña, que había visto a los Chicos con sus uniformes de verano, se quedó mirándolos, con los ojos muy abiertos, como si estuviera decidiendo hasta qué punto debía portarse bien.

—¿Ha estado envenenando a este *ángel indefenso* con bebidas fuertes? —gritó Lindsay Noseworth—. Señor, ¡debo expresar mi protesta!

Dally, intrigada por la reacción de Lindsay, se acercó corriendo, se puso delante de él y levantó la vista como si esperara la segunda parte de un chiste muy complicado.

Lindsay parpadeó.

—No puede ser —murmuró—, los niños me odian.

—Una niña preciosa, señor —dijo Randolph desbordando paternalismo—; usted debe de ser el orgulloso abuelo, claro.

—¡Ja! ¿Has oído eso, cabeza de zanahoria? Se cree que soy tu abuelo. Gracias, chico, pero estoy orgulloso de poder decir que ésta es mi hija, Dahlia. Su madre, ay de mí... —Suspiró y su mirada se perdió en la lejanía.

—Nuestras más sinceras condolencias —se apresuró a decir Randolph—, pero el Cielo, en su inescrutabilidad...

—El Cielo..., yo más bien diría el infierno —se carcajeó Merle Rideout—; anda por Estados Unidos, quién sabe dónde, con un artista de variedades especializado en hipnotismo con el que se fugó, un tal Zombini el Misterioso.

—Lo conozco, ¡Dios! —exclamó Chick Counterfly asintiendo con energía—. ¡Hace desaparecer a su chavala por un embudo de cocina normal y corriente!

«*Imbottigliata!*», se dice así, ¿no?, y luego hace florituras con la capa, ¿no? ¡Lo vi en Nueva Orleans con mis propios ojos! ¡Un número asombroso, no lo duden!

—El mismo —exclamó radiante Merle—, y la bella ayudante del ilusionista es probable que fuera la buena de Erlys en persona, pero ¿no te parece que deberías cerrar el pico, zagal, no te vaya a entrar alguna mosca?

La despreocupada mención al adulterio había producido en el rostro de Randolph tal grado de estupefacción que uno se resistía a calificarlo de característico. Chick Counterfly, menos afectado, demostró tener cintura al comentar:

—Bueno..., una dama simplemente admirable, quienquiera que fuese.

—Tomo nota de tu admiración, y ahora podéis examinar a la pequeña Dahlia aquí presente, la viva imagen de su mamá, que me fulminen si miento; y si vais a seguir dando vueltas por ahí diez o doce años más, volved luego, echad otra mirada, haced una oferta: ninguna cantidad me parecerá tan pequeña o insultante como para no tenerla en cuenta. O si preferís esperar, adquirid una opción de compra ahora, quedáosla hoy y mañana por un dólar noventa y ocho, es una oferta especial, con su sonrisa que parte el corazón y todo. Ajá, ahí está, fijaos, no hay otra igual. Y os regalo una gorra, soy un tipo razonable, y en cuanto sople las velitas de sus tiernos dieciséis, la subo al tren y os la envío allá donde estéis.

—Parece que falta todavía mucho, ¿no cree? —dijo con malicia Chick Counterfly.

—Bueno, supongo que podría aceptar venderla a los quince años —siguió Merle, guiñándole un ojo a Lindsay Noseworth, que ni respiraba de indignación—, pero entonces tendréis que pagar en oro y venir a recogerla por vuestra cuenta... Y ahora, ¿os importaría que os hiciera una fotografía a todos delante de esa hélice de Trouvé de ahí?

Los chicos, siempre fascinados por las ciencias modernas, entre ellas la fotografía, accedieron con gusto. Chevrolette se las ingenió para apaciguar incluso a Lindsay pidiéndole prestado su sombrero de paja, que sostuvo coquetamente delante de sus caras, como si ocultara un beso furtivo, mientras el jugueteón Darby Suckling, sin cuyas animadas «payasadas» ninguna foto de grupo podía considerarse completa, amenazaba a la pareja con un bate de béisbol y una expresión cómica que pretendía transmitir su cándido concepto de lo que era un ataque de celos.

Llegó la hora de comer y, con ella, el anuncio de Lindsay de que el permiso era inminente.

—¡Hurra! —exclamó Chick Counterfly—. El bueno de Suckling y yo, la sección de permiso de estribor, nos pasaremos por la Avenida Plaisance, para echar un vistazo al Pequeño Egipto y a esa exposición polinesia y, si tenemos tiempo, también a algunas de esas Amazonas africanas...; oh, no te preocupes, chaval, si no entiendes algo, me lo preguntas.

—Vamos, chicos —Chevrolette McAdoo les hacía señas con un cigarrillo al que le había puesto una boquilla con incrustaciones de diamantes falsos—, ahora tengo

que ir a trabajar, así que también puedo franquearos la entrada a los camerinos de los Mares del Sur.

—Uy, uy. —La nariz de Darby empezó a moquear.

—¿*Sucklinggg*? —gritó Lindsay, en vano.

Multitudes de aeronautas con atuendos coloristas se habían interpuesto entre ellos a medida que las naves iban llegando y despegando, y en el magnífico aeródromo improvisado bullían distracciones y encuentros casuales...

Es más, acababa de llegar, a bordo de un majestuoso aparato semirrígido de diseño italiano, nada menos que el antiguo amigo y mentor de los chicos, el Profesor Heino Vanderjuice, de la Universidad de Yale, con una expresión de terror apenas disimulada en sus rasgos, angustiosamente empeñado durante el descenso de la nave en mantener sobre la cabeza una chistera cuyas abolladuras, muescas e irregular forma cilíndrica delataban, con tanta elocuencia como su peculiar estilo pasado de moda, una larga y aventurera vida.

—¡Bolsas de gas galopantes, era capital que os viera otra vez, amigos! —los saludó el Profesor—. Lo último que sé es que no os fueron bien las cosas en Nueva Orleans, seguro que por llevar encima más caimanes *à l'étouffée* de los que el viejo *Inconvenience* podía cargar.

—Oh, puede que pasáramos un par de horas malas —admitió Randolph, con una expresión facial que delataba recuerdos gástricos—. Díganos, Profesor, ¿cómo va su trabajo? ¿Qué maravillas han emergido últimamente del Laboratorio Sloane?

—Bien, el Profesor Gibbs tiene un estudiante cuyo trabajo merece la pena seguir, el joven De Forest, un verdadero mago de la electricidad..., junto con un visitante japonés, el señor Kimura..., pero, a ver, ¿dónde pueden un pedagogo hambriento y su piloto degustar por aquí cerca un par de esos famosos bistecs de Chicago? Chicos, me gustaría presentaros a Re Ipso, sin quien yo estaría todavía en los arrabales de Indianápolis, esperando algún transporte interurbano que nunca llega.

»Sólo os he echado en falta una vez, chicos, allá, en aquel lío de Jartum —les informó el genial aeronauta—, cuando intentaba salir de la ciudad un par de pasos por delante del ejército del Mahdi y os vi navegando por encima; no sabéis cuánto me hubiera gustado estar a bordo, pero no me quedó más remedio que saltar al río y esperar a que amainase la tormenta.

—Pues lo que pasó —rememoró Lindsay, el Historiador de la Unidad— fue que cogimos un viento contrario y fuimos a parar al Transjuba, en medio de un desagradable caos, en lugar de descender en Alejandría, donde contábamos con pasar unas semanas de asueto educativo en una atmósfera, no hace falta mencionarlo, más saludable.

—Vaya, ¡que me parta un rayo —exclamó el Profesor— si no es Merle Rideout en persona!

—Siempre tramando algo —dijo radiante Merle.

—Veo que no hacen falta presentaciones —observó Lindsay.

—Qué va, somos cómplices en el delito, desde los viejos tiempos en Connecticut, mucho antes de que aparecierais, chicos. Yo le hacía algunos trabajillos de vez en cuando. ¿No os parece que uno de vosotros podría sacarnos una foto juntos?

—¡Faltaría más! —se ofreció Miles.

Fueron a comer a un restaurante de carne cercano. Aunque los encuentros con el Profesor eran siempre amenos y agradables, en esta ocasión había algo distinto, como una intranquilidad otoñal latente bajo la calidez de la celebración, que causó punzadas psicogástricas a Randolph, quien sabía por experiencia que no podía pasarlas por alto sin correr un gran riesgo.

Habiendo asistido en varias ocasiones útiles simposios para comandantes de aeronaves sobre técnicas para evitar que se les notara la irritación, Randolph detectó que la mente del Profesor era presa de alguna inquietud. En una curiosa desviación de su habitual «estilo», caracterizado por la bonhomía, los comentarios de Vanderjuice durante la comida eran cada vez más parcos, peor aún, a veces casi bordeaban lo lacónico, y en cuanto el pastel *à la mode* hizo acto de presencia, pidió la cuenta.

—Lo siento, chicos —dijo con el ceño fruncido y haciendo grandes aspavientos para sacar y consultar su anticuado reloj ferroviario—; me encantaría quedarme y charlar un poco más, pero tengo unos asuntos pendientes.

Se levantó de golpe, como hizo Re Ipso, que se encogió de hombros en un gesto de complicidad con los muchachos, le susurró a Randolph al oído: «No le quitaré ojo», y siguió al eminente sabio de Yale; éste, una vez fuera, se apresuró a llamar a un carruaje, enseñar un billete y exigir máxima velocidad, y así se fueron y llegaron a Palmer House, donde el funcionario sentado tras el mostrador los saludó inclinando el ala de un sombrero inexistente.

—Suite del ático, Profesor. Suba en aquel ascensor, sólo hace una parada. Le están esperando. —Si hubo un matiz de desdén irónico en su voz, el Profesor Vanderjuice estaba demasiado preocupado para percibirlo.

A Re Ipso pronto le quedó claro que su amigo había venido a la ciudad para sellar un trato con fuerzas que, sin temor a exagerar, podrían describirse como maléficas. En la suite del piso superior, encontraron pesadas cortinas corridas contra la festiva ciudad, lámparas dispersas en una penumbra perpetua de humo de tabaco, sin flores ni plantas en macetas, y un silencio puntuado muy esporádicamente por palabras que, además, eran pronunciadas casi siempre por teléfono.

Difícilmente habría esperado nadie que un magnate tan conocido como Scarsdale Vibe no asistiera a la Exposición Universal Colombina. Más allá del obvio atractivo de sus miles de posibilidades comerciales, daba la casualidad de que la Feria de Chicago también ofrecía una inmensa marea de anonimato, un lugar donde uno podía reunirse y hacer negocios sin que tuviera necesariamente que ser visto. Ese mismo día, horas antes, Vibe se había apeado de su tren privado, el *Juggernaut*, en un andén de la Union Station reservado para él, tras haber salido la noche anterior de la Grand Central Station en Nueva York. Como siempre, iba disfrazado, acompañado de

guardaespaldas y secretarias. Llevaba un bastón de ébano, cuya empuñadura era una esfera de oro y plata engastada que representaba un globo del mundo preciso y detallado, y en cuya vara se ocultaban un muelle, un pistón y un dispositivo cilíndrico para comprimir una carga de aire que propulsaba una bala de pequeño calibre hacia cualquiera que pudiera ofenderle. Un vehículo blindado y motorizado le esperaba, y fue trasladado como por una fuerza sobrenatural al majestuoso establecimiento diseñado por State, Monroe y Wabash. Cuando cruzaba el vestíbulo, una anciana, vestida respetablemente pero sin ostentación, se acercó a él gritando: «¡Si yo hubiera sido tu madre, te habría estrangulado en la cuna!». Con parsimonia, Scarsdale Vibe asintió con la cabeza, levantó su bastón de aire comprimido de ébano, lo amartilló y apretó el gatillo. La anciana se inclinó, se balanceó y se vino abajo como un árbol.

—Díganle al médico de la casa que la bala está en la pierna —dijo servicial Scarsdale Vibe.

Nadie se ofreció a recoger el sombrero del Profesor Vanderjuice, así que lo sostuvo aferrado sobre el regazo, como haría un joven actor inseguro con una pieza de atrezo.

—¿Le tratan bien en el Stockmen's Hotel? —preguntó el magnate.

—Bueno, en realidad me alojo en el Packer's Inn, en la esquina de la Cuarenta y siete con Ashland. Justo en medio de los Mataderos y eso...

—A ver —intervino un individuo corpulento y de aspecto criminal, que había estado tallando la imagen de una locomotora en un trozo de leña con uno de esos cuchillos que en todas las prisiones de nuestra tierra se conocen como «palillo de dientes de Arkansas»—, usted no será de creencias vegetarianas, espero.

—Le presento a Foley Walker —dijo Scarsdale Vibe—, en quien su madre asegura ver virtudes que no son demasiado aparentes para los demás.

—Supongo que podrá escuchar todo ese alboroto desde donde se aloja —prosiguió Foley—. Sepa que hay huéspedes a los que, según se dice, les produce insomnio, ¿eh?, pero hay otros tantos a los que les resulta extrañamente tranquilizador. Si se piensa un poco, en Palmer House viene a pasar lo mismo. El nivel de alboroto es muy parecido.

—Y también se dedican al mismo tipo de actividades —dijo en voz baja Re Ipso.

Estaban reunidos alrededor de una mesa de mármol, en una especie de salón, con puros y whisky. La charla derivó hacia los excedentes de riqueza.

—Conozco a un tipo de Nueva Jersey —dijo Scarsdale Vibe— que colecciona ferrocarriles. No sólo material rodante, fíjense, sino también estaciones, naves, vías, depósitos, personal, todo el tinglado.

—Un hobby muy caro —comentó maravillado el Profesor—. ¿De veras hay gente así?

—Debería hacerse una idea de la cantidad de dinero ocioso que corre por ahí. No todo pueden ser donaciones a la iglesia que uno elija, mansiones, yates y canódromos pavimentados con oro o lo que sea. No, en cierto momento todo eso se ha acabado, tiene que olvidarse..., y aun así continúa habiendo una inmensa montaña de riquezas sin gastar, que crece cada día, más y más alta, y, ay Dios, qué va a hacer un hombre de negocios con todo eso, no sé si me entiende.

—Joder, que me lo dé a mí —metió baza Re Ipso—, o a alguien que lo necesite de verdad, porque seguro que hay muchos de éstos.

—La cosa no funciona así —dijo Scarsdale Vibe.

—Por eso la plutocracia no para de quejarse.

—Por una creencia, muy comprensible, de que el mero hecho de necesitar una suma no significa que se la merezca.

—Con la salvedad de que, en estos tiempos, la «necesidad» emana directamente de las actividades delictivas de los ricos, así que se «merece» cuanto dinero haga falta para expiarlas. ¿Le ha quedado claro?

—Usted es un socialista, caballero.

—Como está obligado a serlo cualquiera que no viva aislado por la riqueza, ajeno a las inquietudes del mundo, señor.

Foley interrumpió el tallado y levantó la vista como si se sintiera interesado y ofendido.

—Por favor, Re —le reprendió el Profesor—, hemos venido a hablar de electromagnetismo, no de política.

Vibe se rió tranquilizadamente.

—El Profesor teme que usted me ahuyente con comentarios radicales como ése. Pero yo no soy un alma tan sensible; me guío siempre por la Segunda Epístola a los Corintios.

Recorrió la mesa con una mirada atenta para evaluar el grado de conocimiento de las Escrituras.

—Soportar a los necios es inevitable —dijo Re Ipso—, pero no me pida que me «alegre» por ello.

Los vigilantes que holgazaneaban junto a la puerta parecieron tensarse. Foley se levantó y se acercó a la ventana. Scarsdale entrecerró los ojos, sin saber muy bien si interpretar aquellas palabras como una afrenta a su fe.

Re recogió su sombrero y se levantó.

—No pasa nada, estaré abajo, en el bar. —Cuando cruzaba la puerta añadió—: Rezando por la sabiduría.

Abajo, en el elegante Pabellón de la Fuente, Re se encontró con Merle Rideout y Chevrolet McAdoo, que habían «venido a dar una vuelta por la ciudad» gracias a una afortunada apuesta que Merle había hecho ese mismo día.

Parejas con flores en los ojales y sombreros de pluma de avestruz paseaban seguras de sí mismas entre las palmeras enanas o se detenían junto a la Fuente

Italiana como si estuvieran pensando en zambullirse en ella. En algún lugar, una pequeña orquesta de cuerda interpretaba un arreglo de *Old Zip Coon*.

Re Ipso contemplaba la superficie de su cerveza.

—Estos días parece cambiado. ¿Tú has notado algo raro?

Merle asintió.

—Algo falla. Antes se enardecía por cualquier cosa... Si estábamos haciendo un diseño y nos quedábamos sin papel, se quitaba el cuello de la camisa y lo usaba para garabatear.

—Últimamente se guarda para sí las ideas, como si por fin se hubiera dado cuenta de lo valiosas que son. Sabe Dios que lo he visto bastantes veces. Este gran desfile de invenciones modernas que no son más que fanfarrias, el público que se queda boquiabierto diciendo oooh y aaah..., pero en algún sitio, fuera del alcance de la vista, hay siempre algún abogado o contable marcando el compás como un reloj y dirigiendo el cotarro.

—¿Alguien quiere bailar? —preguntó Chevrolette.

Arriba, en su suite del ático, Scarsdale había ido al grano.

—La pasada primavera, el Doctor Tesla fue capaz de conseguir lecturas en su transformador de hasta un millón de voltios. No hace falta ser profeta para comprender hacia dónde se encamina esto. En privado, ya está hablando de algo que él denomina «Sistema Mundial» para producir cantidades ingentes de energía eléctrica, de la que cualquiera podría aprovecharse gratuitamente, en cualquier lugar del mundo, porque utiliza el planeta como elemento de un gigantesco circuito resonante. Es tan ingenuo que cree que puede conseguir financiación para el proyecto, de Pierpont, o de mí, o de un par más. Su poderoso intelecto no ha caído en el detalle de que nadie puede ganar dinero con una invención como ésta. Invertir dinero para la investigación de un sistema de energía gratuita sería como tirarlo, y violar, qué mierda, traicionar la esencia misma de lo que se supone que debería ser la historia moderna.

El Profesor estaba sufriendo literalmente un ataque de náuseas. Era el efecto previsible cada vez que se mencionaba el nombre de Tesla. Vómitos. La audacia y el alcance de los sueños del inventor siempre devolvían tambaleándose a Heino Vanderjuice a su oficina en el Laboratorio Sloane, sintiéndose no tanto un fracasado cuanto alguien que había tomado el desvío equivocado en el laberinto del Tiempo y que ya no podía volver atrás, al momento en que lo tomó.

—Si algo así se llega a crear —decía Scarsdale Vibe—, significará el fin del mundo, no sólo «tal como nosotros lo conocemos» sino como lo conoce cualquiera. Es un arma, Profesor, sin duda lo entenderá, el arma más terrible que haya existido, diseñada no para destruir ejércitos o equipo militar, sino la naturaleza misma del intercambio, la larga lucha de nuestra Economía para evolucionar desde la anarquía

de una lonja, del todos contra todos, hasta los sistemas de control racionales cuyas bendiciones disfrutamos en el presente.

—Pero... —había demasiado humo en el aire, no tardaría mucho en tener que disculparse y salir de allí—, no veo cómo podría ayudarle.

—¿Me permite hablarle sin rodeos? Invente un contra-transformador para nosotros. Un aparato que detecte una de esas torres de Tesla en funcionamiento y que luego emita algo equivalente y contrario que neutralice sus efectos.

—Ummm. Me ayudaría ver los gráficos y cálculos del Doctor Tesla.

—Precisamente por eso Pierpont se ha metido en esta historia. Por eso y por su acuerdo con Edison..., pero ya estoy aireando otra vez secretos. Financiando a Tesla, Morgan ha conseguido acceder a todos sus secretos de ingeniería. Y tiene agentes sobre el terreno, preparados noche y día para mandarnos a toda prisa copias fotográficas de cuanto necesitemos saber.

—Bueno, en teoría no veo ningún obstáculo insalvable. Se trata simplemente de una inversión de fase, aunque podrían darse fenómenos no lineales cuya escala no seamos capaces de predecir hasta que no construyamos un Dispositivo que funcione...

—Ya me contará los detalles más adelante. Ahora, dígame... ¿cuánto cree que algo así podría —bajó la voz—... costar?

—¿Costar? Bueno, yo no sabría..., es decir, no debería...

—Vamos, Profesor —tronó Foley Walker, que sostenía una licorera de whisky del hotel como si tuviera intención de beber a morro—, millón arriba, millón abajo, dé una cifra a ojo.

—Umm..., bueno..., como cifra de partida..., aunque sólo sea por mor de la simetría..., díganme, ¿cuánto le saca el Hermano Tesla al señor Morgan?

—Vaya, ¿quién lo hubiera dicho? —En los ojos de Vibe asomó un brillo de desprecio que, como habían descubierto sus colegas, significaba que tenía lo que quería—. Y yo que pensaba que ustedes se pasaban el rato vagando con sus pensamientos muy, muy lejos... Ya veo que usted, Profesor, no es más que un chalán sin la menor piedad. Supongo que tengo que llamar a mi equipo de abogados, si no quiero encontrarme colgado en el escaparate de una pollería, a un paso de convertirme en pepitoria. Foley, ¿serías tan amable de dar por nosotros a la manivela y poner una conferencia a larga distancia con Sombre, Strool & Fleshway? A ver si nos dan algunas ideas sobre la mejor manera de «apoquinar», tratándose de un proyecto de esta escala.

La llamada se hizo inmediatamente y Scarsdale, disculpándose, se retiró a un aparato en otra parte de la suite. Al Profesor lo dejaron solo, mirando en las profundidades de su antiguo sombrero, como si fuera una expresión ataviaria de su situación actual. En las últimas semanas, cada vez más, se había sentido casi como un cilindro vacío, sólo ocupado de manera discontinua por un pensamiento inteligente. ¿Lo que iba a hacer era lo correcto? ¿Debía siquiera estar ahí? La criminalidad era

casi palpable en ese salón. A Re ciertamente le importaba muy poco, y hoy los chicos, incluso con su habitual falta de realismo, le habían mirado con algo que parecía aprensión. ¿Cualquier suma que sugirieran los abogados de Nueva York compensaría la pérdida de esa amistad?

A los Chicos del Azar no podría haberseles concedido forma más apropiada de «permiso en tierra» que la Feria de Chicago, pues en la gran celebración nacional lo ficticio se daba en el grado exacto para permitir el acceso y la participación de los muchachos. El áspero mundo de la no ficción aguardaba más allá de los límites de la Ciudad Blanca, mantenido a distancia durante este breve verano, lo que convertía en real y onírico a la vez todo el periodo de conmemoraciones junto al lago Michigan.

Si se estaban tramando conspiraciones para poner bombas o cometer otros atentados contra la Feria, el *Inconvenience* no sólo era ideal para vigilar el recinto de valla a valla, sino también para mantenerse alerta frente a un posible ataque marítimo que se urdiera desde las orillas del lago. Los visitantes veían la aeronave sobre sus cabezas pero a la vez no la veían, porque ese verano en la Feria, donde los milagros se esperaban como el pan de cada día, nada era demasiado grande, ni demasiado rápido ni demasiado extravagante para impresionar a nadie durante más de minuto y medio antes de que apareciese la siguiente maravilla. Y el *Inconvenience* encajaba allí a la perfección, como un número más cuyo único propósito fuese entretener.

Los chicos emprendieron rondas de vigilancia regulares al día siguiente. El «sabueso» de White City Investigations se presentó al alba, con un equipo dotado de un telescopio que era digno de un pequeño observatorio astronómico.

—Se me rompió en la Noria —dijo—, pero no sabía cómo compensar el movimiento. Se pone borroso y todo eso.

Lew Basnight parecía un joven sociable, aunque no tardó en quedar claro que, hasta ese momento, ni siquiera había oído hablar de los Chicos del Azar.

—Pero si todo el mundo conoce a los Chicos del Azar —afirmó con perplejidad Lindsay Noseworth—. ¿Qué es lo que leías de pequeño?

Lew amablemente intentó recordar.

—El Salvaje Oeste, exploradores de África, las historias habituales de aventuras. Pero vosotros, chicos, no sois personajes de un libro de cuentos. —Entonces se lo pensó—: ¿Verdad que no?

—Ni más ni menos que gente como Wyatt Earp o Nellie Bly —supuso Randolph—. Aunque cuanto más tiempo aparece el nombre de alguien en las revistas, más difícil resulta distinguir la ficción de lo que no lo es.

—Me temo que, más que nada, leo las páginas de deportes.

—¡Perfecto! —exclamó Chick Counterfly—, al menos así no tendremos que volver a la cuestión anarquista.

Lo cual ya le iba bien a Lew, que ni siquiera estaba muy seguro de qué eran exactamente los anarquistas, y eso que la palabra sin duda flotaba en el ambiente. No se dedicaba al negocio detectivesco por creencias políticas. La verdad es que había ido a parar a esa profesión por casualidad, debido a un pecado que supuestamente había cometido en el pasado. En cuanto a los detalles de ese desliz, bien, buena suerte. Lew no recordaba qué había hecho o dejado de hacer, ni siquiera cuándo. Y

los que tampoco lo sabían se mostraban todavía desconcertados, como si él lanzara rayos de iniquidad. Los que afirmaban saber de sobras qué había hecho no dejaban de mirarle con una tristeza que pronto —estando como estaban en Illinois— se avinagró hasta convertirse en lo que se conoce como horror moral.

Le denunciaron en la prensa local. Los repartidores de periódicos se inventaron morbosos titulares sobre él, que gritaron por todos los lugares públicos día y noche, tomándose incluso la molestia de pronunciar su nombre irrespetuosamente. Las mujeres con sombreros intimidantes le clavaban una mirada de repugnancia.

Llegó a ser conocido como la Bestia del Norte y el Sur.

No le habría venido mal recordar algo, pero lo único que era capaz de traer a su memoria era aquella peculiar bruma. Los expertos a los que acudió en busca de consejo no le dijeron gran cosa. «Vidas pasadas», aseguraron unos. «Vidas futuras», dijeron otros swamis seguros de sí mismos. «Alucinación espontánea», diagnosticaron los más científicos de todos. «Tal vez», sugirió un risueño oriental, «fuese usted mismo el producto de la alucinación».

—Me ha ayudado mucho, gracias —murmuró Lew, e intentó salir de allí, pero la puerta no se abría.

—Se trata de una mera formalidad. Me han devuelto muchas letras de cambio sin pagar.

—Aquí tiene, en efectivo. ¿Puedo marcharme ahora?

—Cuando su ira se haya apaciguado; piense en lo que le he dicho.

—No me ha servido de nada.

Huyó entre los rascacielos de Chicago, tras dejar una nota en el trabajo en la que decía que volvería enseguida. No coló. Un colega le siguió, se enfrentó a él y le denunció públicamente quitándole el sombrero con que se cubría y arrojándolo de una patada en medio de Clark Street, donde le pasó por encima un carro de cerveza.

—No me merezco esto, Wensleydale.

—Tú mismo has mancillado tu nombre.

Y sin decir una palabra más, el hombre se dio la vuelta allí mismo, en medio del tráfico de la ciudad, se alejó y al instante se desvaneció en la estival confusión de ruido y luz.

Lo peor de todo fue que la adorada esposa de Lew, la joven Troth, al descubrir su despreocupada nota, se encaminó directamente al interurbano y fue a Chicago, con la intención de suplicarle que volviera, pero cuando se apeó en la Union Station sus reflexiones al ritmo de los raíles habían surtido efecto.

—Nunca más, Lewis, ¿me oyes?, nunca más viviremos bajo el mismo techo, jamás.

—Pero ¿qué dicen que he hecho? Te juro, Troth, que no me acuerdo.

—Si te lo dijera tendría que escucharlo otra vez, y con una ya he tenido más que suficiente.

—¿Y dónde voy a vivir?

Durante su larga discusión habían estado caminando, paseantes por la urbe ignota, y habían llegado a una zona remota y desconocida de la ciudad, a un barrio enorme cuya existencia ni siquiera había sospechado ninguno de los dos.

—Me da igual. Vuelve con alguna de tus otras esposas.

—¡Dios! ¿Y cuántas se supone que tengo?

—Por mí como si quieres quedarte en Chicago. Esta barriada en la que estamos ahora te vendría pintiparada, y sé que yo jamás volveré por aquí.

Sumido en una ignorancia tan negra como la noche, lo único que sabía era que le había hecho mucho daño a Troth, y que ni su comprensión ni su contrición los salvarían. A esas alturas, ya no podía soportar más el dolor de la joven, aquellas lágrimas angustiosas que, como por arte de magia, permanecían petrificadas en los párpados inferiores, aunque en realidad era porque ella no permitía que cayeran, no hasta que lo hubiera perdido de vista.

—En ese caso buscaré algún sitio en la ciudad; buena idea, Troth, gracias...

Pero ella ya había parado un cabriolé de alquiler, al que se subió sin mirar atrás, y desapareció de allí rápidamente.

Lew miró a su alrededor. ¿Era eso Chicago todavía? Al empezar a caminar otra vez, lo primero que le llamó la atención fue que en aquella zona eran muy pocas las calles que seguían el plano en cuadrícula del resto de la ciudad: todo estaba torcido, las callejuelas irradiaban en forma de estrella desde pequeñas plazas, los rieles de tranvía trazaban curvas muy cerradas que llevaban bruscamente a los pasajeros de vuelta, en dirección inversa a la que ellos habían tomado para llegar hasta allí, aumentando las posibilidades de accidentes de tráfico, y no había un solo nombre que pudiera reconocer en los rótulos de las calles, ni siquiera los de las vías más transitadas...; parecían escritos en idiomas extranjeros. No era la primera vez que experimentaba esa especie de *desvanecimiento despierto*, que, más que alejarlo, le permitía acceder a un espacio urbano, *parecido* al mundo que acababa de dejar pero diferente en detalles que no tardaban demasiado en revelarse por sí solos.

De vez en cuando, una calle se abría a una pequeña plaza, o confluía con otras calles, donde los titiriteros habían montado sus puestos, y había música y danza, vendedores que ofrecían de todo —libros de adivinación, pichones a la parrilla en tostadas, ocarinas y mirlitones, mazorcas de maíz tostadas, gorras de verano y sombreros de paja, gaseosa y granizados de limón—, algo nuevo allá donde se mirara. En un pequeño patio dentro de otro patio, se topó con un grupo de hombres y mujeres absortos en un lento movimiento ritual, una especie de danza campesina, aunque Lew, que se paró a mirar, no sabía decir del campo de qué país. Al poco, ellos le miraban también, como si le conocieran y estuvieran al tanto de sus desvelos. Cuando acabaron, le invitaron a sentarse a una mesa bajo un toldo, donde, de repente, ante refrescos y patatas fritas Saratoga, Lew se vio confesándolo «todo», lo que, en realidad, no era mucho.

—Lo que tengo que hacer es descubrir cómo expiar lo que sea que haya hecho. No puedo seguir viviendo así...

—Podemos enseñarle —dijo uno de ellos, el que parecía estar al mando y que se presentó sólo como Drave.

—Aunque...

—El remordimiento sin objeto es una puerta a la liberación.

—Sin duda, pero no puedo pagaros, ni siquiera tengo un sitio donde vivir.

—¡Pagar por eso! —A los adeptos que llenaban la mesa les divirtió el comentario—. ¡Pagar! ¡Claro que puedes pagar! ¡Todo el mundo puede!

—Tendrá que seguir no sólo hasta que aprenda el método —informaron a Lew—, sino hasta que *nosotros* estemos seguros de usted. Hay un hotel aquí cerca, el Esthonia, que utilizan los penitentes que acuden a nosotros. Diga que va de nuestra parte, le harán un buen descuento.

Lew fue a registrarse al alto y desvencijado hotel Esthonia. Los recepcionistas del vestíbulo y los botones de servicio se comportaron como si lo estuvieran esperando. El formulario que le dieron para rellenar era extraordinariamente largo, sobre todo la sección titulada «Razones para una Residencia Ampliada», y las preguntas eran bastante personales, incluso íntimas, y aun así le apremiaron para que fuera lo más expresivo posible, peor aún, según una nota legal en cuerpo grande en la parte superior del formulario, cualquier cosa que no fuera una confesión total podía acarrearle *consecuencias penales*. Intentó responder con sinceridad, pese a la resistencia que le ofrecía la pluma que se empeñaron que utilizara, la cual iba dejando borrones y manchas por todo el formulario.

Cuando la solicitud, tras haber sido enviada a través de un tubo neumático a una recepción invisible que debía de encontrarse en la otra punta, por fin regresó con una serie de golpes secos y el sello de «Aprobado» estampado, a Lew le dijeron que uno de los botones le conduciría a su habitación. No esperaban que fuera capaz de encontrarla solo.

—Pero si no he traído nada, ningún equipaje, ni siquiera dinero..., por cierto, ¿cómo voy a pagarlo?

—Está todo arreglado, señor. Por favor, ahora acompañe a Hershel y procure recordar el camino, porque no volverá a enseñárselo.

Hershel era corpulento para su profesión, parecía más un ex púgil que un jockey uniformado. Los dos juntos apenas si cabían en el diminuto ascensor eléctrico, que daba más miedo que la peor atracción de feria a la que se hubiera subido Lew. El arco azul que surgía de unos cables oscilantes casi sueltos, cuyo aislamiento estaba deshilachado y cubierto de una espesa capa de polvo grasiento, llenaba el espacio de un fuerte olor a ozono. Hershel tenía ideas propias acerca de la etiqueta en los ascensores, e intentó entablar conversación sobre la política nacional, la agitación laboral e incluso sobre controversias religiosas, temas que, de empezar siquiera a abordarse, habrían alargado el ascenso durante horas, hasta regiones superiores que

todavía no había osado hollar ningún pionero de la escalada. Más de una vez se vieron forzados a bajarse en pasillos llenos de desperdicios, salvar escaleras de hierro, cruzar peligrosas pasarelas invisibles desde la calle, sólo para acabar subiendo de nuevo al diabólico aparato en otra de sus paradas, y eso que en ocasiones ni siquiera se desplazaba verticalmente, hasta que por fin llegaron a una planta con una habitación, erigida como un voladizo al viento, que, soplando desde el lago Michigan, ese día era otoñal e incesante.

Cuando la puerta se abrió de par en par, Lew vio una cama, una silla y una mesa, y se fijó en la llamativa ausencia de más muebles, algo que en otras circunstancias le habría entristecido, pero que ahí fue capaz de reconocer, al instante, como perfecto.

—Hershel, no sé cómo voy a darte la propina.

Hershel sacó un billete y dijo:

—Propina inversa. Tráigame una botella de Old Gideon y un poco de hielo. La vuelta, se la queda. Aprenda a ser frugal. ¿Empieza a entender el acuerdo?

—¿Pago con mis servicios?

—Eso, y puede que también con algo de ilusionismo. Desaparece como un elfo por no se sabe dónde, cuanto más profesionalmente mejor, y cuando reaparece tiene el licor, por no mencionar el hielo; fácil de entender.

—¿Dónde estarás tú?

—Soy un botones, señor Basnight, no un huésped. Un huésped no puede estar en muchos sitios, pero un botones puede andar por cualquier parte del establecimiento.

Encontrar el bourbon para Hershel fue coser y cantar, lo vendían en todas las puertas que daban a la calle, desde las tiendas de artículos de confección hasta las consultas de dentistas, y todos rechazaron con aspavientos el billete de Hershel, extrañamente encantados de que Lew abriera cuenta con ellos. Cuando por fin encontró al botones, el hielo se había fundido. No se sabe cómo, la noticia llegó a Drave, quien se divirtió de lo lindo, se diría casi que como un desquiciado, golpeando repetidamente a Lew con una «vara del recuerdo». Tomandoselo como una señal de que lo aceptaban, Lew siguió cumpliendo las tareas que le asignaban, algunas normales y corrientes, otras tan raras que no resultaba fácil comprenderlas, tramitadas en idiomas que no siempre entendía, hasta que empezó a sentir que algo se le aproximaba, desde el límite de su conciencia, como un tranvía en la lejanía de la ciudad, y que le hacían una invitación fatídica, tal vez peligrosa, a subir y dejarse llevar a zonas desconocidas...

A lo largo de todo el invierno, que se asemejó a cualquier invierno de Chicago, es decir, una versión bajo cero del Infierno, Lew vivió tan frugalmente como le fue posible, observando cómo menguaba hacia la nada su cuenta bancaria, asaltado, tanto en el sueño como en la vigilia, por visiones excepcionalmente vívidas de Troth, teñidas todas ellas de una ternura que nunca había percibido durante su vida real juntos. Por la ventana, en la lejanía, contradiciendo la llanura, se elevaba un espejismo del centro de Chicago, convertido en una especie de acrópolis chillona,

cuya luz, combada hacia el rojo del espectro, parecía proceder de una inmolación nocturna que ardía en ascuas como si en cualquier momento fuese a estallar en llamas vivas.

De vez en cuando, sin anunciarse, se presentaba Drave para comprobar los avances de Lew.

—En primer lugar —le avisó—, no puedo hablar en nombre de Dios, pero su esposa no va a perdonarle. Nunca volverá. Si por un momento ha creído que ésa sería su recompensa por estar aquí, tendrá que replantearse las cosas.

A Lew empezaron a dolerle las plantas de los pies, como si quisieran que las llevaran hasta el centro de la Tierra.

—¿Y si estuviera dispuesto a hacer lo que fuera para recuperarla?

—¿Se refiere a una penitencia? La cumplirá de todos modos. ¿No es usted católico, señor Basnight?

—Soy presbiteriano.

—Mucha gente cree que hay una correlación matemática entre el pecado, la penitencia y la redención. A más pecado, más penitencia, y así sucesivamente. Nosotros siempre hemos sostenido que esa relación no existe. Todas las variables son independientes. Uno no hace penitencia por haber pecado, sino porque es su destino. Uno no se redime por haber hecho penitencia, sino porque sucede; o no sucede.

»No se trata de nada sobrenatural. La mayoría de la gente tiene una rueda rodando en lo alto, sobre un cable, o unos rieles en la calle, una especie de guía o surco, que los mantiene moviéndose en el sentido de su destino. Pero usted se empecina en ir dando bandazos a su aire. Evita la penitencia y, por tanto, la definición.

—He perdido mi tranvía, y ando desnortado. Y usted intenta ayudarme a volver al modo en que vive la mayoría, ¿se trata de eso?

—«La mayoría» —repitió Drave sin levantar la voz, aunque Lew se sobresaltó como si lo hubiera hecho— es obediente y boba como un buey. *Delirium* significa literalmente salirse del surco que uno ha estado arando. Considérelo como una especie de delirio productivo.

—¿Y qué hago con eso?

—¿Es que no lo quiere?

—¿Usted lo querría?

—No sabría decirle. Tal vez.

Llegó la primavera, en las calles y parques apareció gente sobre ruedas, con chillonas medias de rayas y gorras «Scorcher» de largo pico. Los vientos del lago eran suaves. Reaparecieron los parasoles y las miradas de reojo. Troth hacía mucho que se había ido; al parecer, se había vuelto a casar en cuanto se dictó la sentencia definitiva de divorcio, y se rumoreaba que vivía en Lake Shore Drive, en algún punto al norte de Oak Street. Con un vicepresidente de algo.

Una mañana suave y anodina de un día de entre semana en Chicago, Lew se encontró por casualidad en un transporte público, con la cabeza y los ojos inclinados hacia nada en particular, cuando se sumió, por un fugaz instante, en un estado que no recordaba haber buscado, y que más tarde consideraría como un estado de gracia. A pesar de la aciaga historia del tránsito rápido en esta ciudad, del abandono empresarial y de la alta probabilidad de colisión, herida y muerte, la obertura de aquella mañana laborable resonaba tan estruendosa como siempre. Los hombres se acicalaban los bigotes con dedos enguantados en gris. Un paraguas cerrado abollaba un bombín, se intercambiaban palabras. Las jóvenes amanuenses lucían pequeños sombreros de paja Leghorn y blusas de rayas con enormes hombreras que ocupaban más espacio en el tranvía del que hubieran soñado las alas de los ángeles, y tenían sentimientos contradictorios sobre lo que les esperaba en las plantas más altas de los recién estrenados «rascacielos» de estructura de acero. Los caballos se movían por su propio tiempo y espacio. Unos pasajeros resoplaban, se rascaban y leían el periódico, a veces todo a la vez, mientras otros imaginaban que podían volver a sumirse en una especie de sueño vertical. Lew vio a su alrededor una luminosidad hasta entonces desconocida para él, ni siquiera entrevista en sueños, que no podía atribuirse de buenas a primeras al sol desvaído por el humo que empezaba a iluminar Chicago.

Comprendió que las cosas eran exactamente lo que eran. Y eso le pareció más de lo que podía soportar.

Debió de apearse y entrar en un estanco. Era esa hora temprana en la que, en los estancos de toda la ciudad, los chicos recogen los ladrillos que han dejado toda la noche empapándose en cubos de agua y los colocan en las vitrinas para mantener humidificado el inventario. Un individuo gordo y pulcro estaba en la tienda comprando puros nacionales. Miró a Lew un rato, casi examinándole, antes de preguntar haciendo un gesto con la cabeza hacia lo expuesto:

—A esa caja del estante de abajo... ¿cuántos colorado-claros le quedan? Responda sin mirar, a ver.

—Diecisiete —respondió Lew sin que el otro pudiera detectar la menor vacilación.

—Ya sabrá que no todo el mundo es capaz de hacer eso.

—¿El qué?

—Fijarse en las cosas. ¿Qué era lo que acaba de pasar por delante del escaparate?

—Pequeño cabriolé negro y brillante, tres ballestas, accesorios de bronce, caballo castrado bayo de unos cuatro años, caballero corpulento con sombrero flexible y guardapolvo amarillo, ¿por qué?

—Asombroso.

—No tanto, en realidad. Lo que pasa es que nunca lo pregunta nadie.

—¿Ha desayunado?

En la cafetería de al lado, la multitud que acudía a primera hora ya se había ido. Ahí, un día normal, todo el mundo conocía a Lew, reconocía su cara, pero esa

mañana, transfigurada, pareció que nadie lo identificaba.

Su compañero se presentó como Nate Privett, director de personal de White City Investigations, una agencia de detectives.

En las cercanías y también a lo lejos, unas explosiones, que no siempre serían identificadas en los periódicos del día siguiente, producían despreocupadamente desgarrones en el tejido de la jornada, y Nate Privett fingía prestarles atención.

—El Sindicato de los metalúrgicos —dijo asintiendo—. Después de escuchar unos cuantos, uno desarrolla el oído y los distingue. —Eché almíbar sobre una altísima pila de tortas de las que rezumaba mantequilla derretida—. Mire, no se trata de ladrones de cajas fuertes, malversadores, asesinos, cónyuges huidos, nada de ese rollo de novela barata, quítese todo eso de la cabeza. Aquí, en Chicago, este año de nuestro Señor, todo gira en torno a los sindicatos, o comoquiera que prefiramos llamarlos, la escoria anarquista —dijo Nate Privett.

—No tengo la menor experiencia con nada de eso.

—Pues he de decir que usted parece cualificado. —La boca de Nate esbozó una fugaz mueca maliciosa—. Me cuesta creer que Pinkerton no le haya tanteado con el trabajo, la paga que ofrecen es casi demasiado buena para que un hombre no la acepte.

—No sé. Demasiada economía moderna para mí; porque seguro que en la vida hay algo más que salarios.

—¿Ah, sí? ¿Como qué?

—Bueno, déjeme pensarlo un rato.

—Si piensa que trabajar para el Ojo de Pinkerton es una vida de miseria moral, debería hacernos una visita.

Lew asintió y le tomó la palabra. Casi sin darse cuenta, estaba en nómina, y se fijó en que cada vez que entraba en un despacho, uno de sus colegas le comentaba ostentosamente a otro: «¡Genial, alguien podría ser *asesinado* ahí fuera!». Cuando por fin aprendió a descodificar ese cumplido, Lew ya no se dejó impresionar. Sus habilidades tanto en el despacho como sobre el terreno no eran las peores de la agencia, pero sabía que lo que le distinguía era una desarrollada comprensión de lo invisible.

En White City Investigations, la invisibilidad era un estado sagrado, plantas enteras de edificios de oficinas se dedicaban a su arte y ciencia: recursos para disfrazarse que superaban a los de cualquier camerino al oeste del Hudson; hileras de cómodas y espejos que se extendían hasta las remotas sombras; kilómetros de disfraces; bosques de perchas para sombreros que podrían constituir un verdadero Museo de Historia del Sombrero; incontables armarios llenos hasta los topes de alas, barbas postizas, masilla, polvos, kohl y colorete; tintes para la piel y el cabello; luz de gas regulable en cada espejo para simular tanto la iluminación de una fiesta en el jardín de la casa de campo de un millonario en Newport como, con tan sólo un pequeño retoque en un par de válvulas, la de una cantina de mala muerte a

medianoche. A Lew le divertía pasear por allí probándose distintos accesorios, como si todos los días fueran Halloween, pero al cabo de un tiempo comprendió que no debía hacerlo. Había aprendido a apartarse a un lado del día. Dondequiera que entrara, el lugar tenía su propia historia, vasta e incomprensible, sus peligros y éxtasis, su potencial para el amor imprevisto y para los funerales prematuros, pero cuando él estaba allí, no parecía sencillo que nadie más en «Chicago» conociese con certidumbre su paradero. No se trataba exactamente de invisibilidad. Una excursión.

Nate se presentó un día ante la mesa de Lew con una gruesa carpeta que tenía una especie de blasón real, el cual representaba un águila bicéfala.

—Yo no —dijo Lew apartándose.

—El Archiduque austriaco está en la ciudad, alguien tiene que protegerlo.

—¿La gente como él no lleva guardaespaldas propios?

—Sin duda, por allá los llaman «Trabanten», pero que algún abogado te explique qué es la responsabilidad civil, Lew, yo no soy más que un viejo detective, lo único que sé es que en los Mataderos trabajan un par de miles de miserables emigrantes de Europa central que se han venido para acá con el corazón lleno de odio hacia este pájaro y su familia, y tal vez por buenas razones. Si se tratara sólo de las exposiciones didácticas de los terrenos de la Feria y alrededores, vaya, no me preocuparía demasiado, pero lo que pasa con la agenda del joven Francisco Fernando es que prefiere nuestro New Levee y los barrios de mala vida como ése. De manera que cada callejón, cada sombra lo bastante larga para ocultar a un artista de la navaja que le guarde rencor, es una amable invitación a reescribir la historia.

—¿Contaré con ayuda, Nate?

—Puedo prescindir de Quirkel.

—¡No he dicho nada! —fingió gritar Lew con afabilidad.

F.F., como se le denominaba en el expediente, estaba realizando una gira mundial cuyo objetivo oficialmente declarado era «conocer a los pueblos extranjeros». En qué medida Chicago se ajustaba al programa estaba a punto de verse con más claridad. El Archiduque había hecho acto de presencia en el Pabellón Austriaco, había aguantado el espectáculo del Salvaje Oeste de Buffalo Bill entero con cierta impaciencia y se había demorado en la exposición del Campamento de Plata de Colorado, donde, suponiendo que los campamentos debían de incluir necesariamente su cupo de cantineras, procedió a dirigir a su séquito en una animada búsqueda de damas de mala reputación que habría puesto a prueba los talentos del más curtido detective, ni que decir tiene los de un pipiolo como Lew: recorriendo el recinto de arriba abajo y finalmente también por fuera, hasta la Avenida, abordando a actores aficionados que nunca habían estado al oeste de Joliet con desvaríos intraducibles en dialecto vienés y una gesticulación que fácilmente podría haber sido —bueno, que de hecho fue— malinterpretada. Comerciantes uniformados, que se toqueteaban incansablemente los bigotes, miraban a todas partes salvo al enloquecido principito. Lew se deslizaba como una serpiente de un artificio arquitectónico al siguiente, y todos los días acababa con la ropa manchada de blanco de tanto frotarse contra el «*staff*», una mezcla de yeso y fibras de cáñamo, ubicuas aquella temporada en la Ciudad Blanca, que pretendían imitar alguna piedra blanca inmortal.

—Lo que en realidad estoy buscando en Chicago —llegó por fin a confesar el Archiduque— es algo nuevo e interesante que matar. En casa matamos verracos,

osos, ciervos, lo normal, mientras que aquí, en América, o eso me han dicho, hay enormes *manadas de bisontes*, ¿ja?

—Lamento decir, Su Alteza, que ya no quedan cerca de Chicago —respondió Lew.

—Ah. Pero en la actualidad, trabajando en su famoso distrito de los Mataderos..., sí hay muchos... húngaros, ¿no es verdad?

—Eh, tal vez. Tendría que revisar las cifras —dijo Lew intentando esquivar la mirada directa de su cliente.

—En Austria —explicaba el Archiduque— tenemos bosques de caza y cientos de ojeadores que conducen a los animales hacia los cazadores, quienes, como yo mismo, estamos esperando para abatirlos. —Sonrió radiante a Lew, como si retuviera maliciosamente la última frase de un chiste. A Lew empezaron a escocerle las orejas—. Los húngaros ocupan el escalón más bajo de la existencia animal —afirmó Francisco Fernando—; comparado con ellos, el cerdo salvaje muestra refinamiento y nobleza... ¿Le parece posible que nos alquilen los Mataderos de Chicago a mí y a mis amigos para un fin de semana de diversión? Por descontado, compensaríamos a los propietarios por cualquier pérdida de ingresos.

—Su Alteza Real, descuide que preguntaré sobre el particular, y alguien le dirá algo.

A Nate Privett le pareció que se trataba sólo de un chiste malo.

—Y ese tipo será Emperador un día de éstos, ver para creer.

—¿Es que no hay bastantes húngaros en su país para mantenerlo ocupado? —se preguntaba Lew.

—Bien mirado, lo cierto es que nos hace un favor.

—¿Cómo es posible, jefe?

—Con más anarquistas extranjeros al sur de la calle Cuarenta y siete de los que puedas tener apuntados con un Mannlicher —se rió entre dientes Nate—, seguro que quedarán algunos menos de los que preocuparse, ¿no?

Sintiendo curiosidad por saber quién sería su homólogo en el lado austriaco de ese ejercicio, Lew fisgoneó y se enteró de un par de datos. El joven Max Khäutsch, recién ascendido a capitán en los Trabanten, cumplía aquí su primera misión en el extranjero, como jefe sobre el terreno del «Servicio Especial de Seguridad K&K», tras haber demostrado en su país su valía como asesino, y especialmente letal, según parecía. El protocolo habitual de los Habsburgo habría llevado a quitarlo de en medio, destinándolo a un cargo de utilidad menguante que hubieran acordado, pero nadie tuvo muchas ganas de intentarlo. Pese a su juventud, se decía que daba la impresión de ser capaz de acceder a recursos que excedían sus posibilidades, de sentirse cómodo moviéndose en la sombra, de carecer totalmente de principios, y de mostrar un desprecio inflexible por cualquier distinción entre vida y muerte. Enviarlo a América parecía apropiado.

Lew lo encontró simpático..., los planos oblicuos de su cara revelaban un origen en algún punto de la inmensidad eslava de Europa, por aquel entonces apenas visitada por el viajero ocioso... Adoptaron la costumbre de tomar un café a primera hora de la mañana en el Pabellón Austriaco, acompañado de un surtido de alimentos cocidos.

—Y éste puede ser de especial interés para usted, señor Basnight, teniendo en cuenta la muy conocida *Kuchenteigs-Verderbtheit* o depravación repostera del detective americano...

—Bueno, nosotros..., nosotros procuramos no hablar del tema.

—So? Pues en Austria se comenta mucho.

Pese a las aptitudes policiales del joven Khäutsch, el Archiduque conseguía, no se sabe cómo, darle esquinazo una y otra vez.

—Quizá soy demasiado listo para manejar con eficiencia la estupidez de los Habsburgo —decía pensativo Khäutsch.

Una noche que parecía que Francisco Fernando se había caído del mapa del Gran Chicago, Khäutsch descolgó el teléfono y empezó a llamar a toda la ciudad, hasta llegar finalmente a White City Investigations.

—Iré a echar un vistazo —dijo Lew.

Tras una prolongada búsqueda que incluyó algunos de sus establecimientos favoritos más obvios, como el Silver Dollar y la Everleigh House, Lew encontró por fin al Archiduque en el Boil Weevil Lounge, un bar de negros en el treinta y tantos de South State, el corazón del por aquel entonces barrio de los vodeviles y las diversiones para negros, abriéndose paso a gritos hacia una noche que prometía, en el mejor de los casos, un par de momentos fastidiosos. Organillo, cerveza verde, un par de mesas de billar, chicas en las habitaciones del piso de arriba, humo de puros de esos que van a dos por penique...

—¡Sórdido! —chillaba el Archiduque—. ¡Me encanta!

Hasta cierto punto, Lew también se lo pasaba bien en esta parte de la ciudad, a diferencia de algunos de los agentes de White City, a los que atemorizaban un tanto los negros, que últimamente habían ido llegando en cantidades crecientes desde el Sur. Había algo en aquel barrio que le atraía, tal vez la comida —sin duda era el único sitio en Chicago donde un hombre podía encontrar un fofato de naranja decente—, aunque en aquel preciso instante la atmósfera no pudiera considerarse precisamente acogedora.

—¿Qué está mirando? ¿Acaso quiere robar *eine... Wassermelone*?

—¡Ooooh! —exclamaron varios de los presentes que lo oyeron.

El ofendido, un individuo corpulento y de aspecto peligroso, no daba crédito a lo que había escuchado. La boca empezó a abrirse lentamente mientras el príncipe austriaco proseguía:

—Algo sobre... tu..., espera..., *deine Mutti*, como dirían ustedes, tu..., tu madre, que juega de tercera base en los White Stockings de Chicago, *nicht wahr*? —dijo mientras los parroquianos empezaban a dirigirse tímidamente hacia las salidas—, una

mujer poco agraciada, de hecho es tan gorda que para ir de sus tetas a su culo uno tiene que subirse al Ferrocarril Elevado. Una vez intentó entrar en la Exposición, y le dijeron: no, no, señora, esto es la Feria Mundial, no la Fea Mundial.

—Ándate con cuidado, idiota, hablando así te voy a pelar el culo, ¿de dónde coño eres, de *Inglaterra* o una mierda por el estilo?

—Esto..., Su Alteza Real —murmuró Lew—, si pudiéramos hablar un momento...

—¡No pasa nada! ¡Sé cómo hablarle a esta gente! ¡He estudiado su cultura! Escuche..., 'st los, *Hund*? Boogie-boogie, *ja*?

Lew, al que se suponía instruido en los métodos del Este, no se permitía el lujo del pánico, pero a veces, como en ese momento, podría haberse tomado una dosis homeopática, aunque sólo fuera para mantener activa su inmunidad.

—Completamente loco —anunció agitando el pulgar hacia F.F.—; en sus buenos tiempos se escapó de los manicomios más lujosos de Europa, y le queda muy poco del seso con el que nació, salvo, seguramente... —bajó la voz—: ¿Cuánto dinero lleva encima, Alteza?

—Ah, entiendo —murmuró el imperial bribón. Se volvió hacia los presentes y dijo—: ¡Cuando Francisco Fernando bebe —gritó—, todo el mundo bebe!

Lo que ayudó a restaurar cierto grado de civismo en el salón y, al poco, casi de alegría, a medida que las elegantes corbatas se empapaban de espuma, el pianista salía de debajo de la barra y volvía a su puesto, y los clientes reanudaban el baile *two-steps* sincopado. Poco después alguien empezó a cantar *Todos los macarras me parecen iguales*, y la mitad del salón lo acompañó. Sin embargo, Lew, al percatarse del modo en que el Archiduque avanzaba lenta, sigilosa pero inequívocamente hacia la puerta de la calle, pensó que lo más sensato sería imitarlo. Como era de esperar, justo antes de deslizarse fuera, Der F.F. esbozó una sonrisa demoníaca y chilló:

—¡Y cuando Francisco Fernando paga, todo el mundo paga!

Dicho lo cual, desapareció, y fue casi una hazaña que Lew saliera de allí con las nalgas intactas.

Fuera se encontraron al Trabant Khäutsch con un taxi de dos caballos listo para salir al instante, y el Mannlicher de dos cañones del propio Archiduque apoyado despreocupada pero visiblemente sobre su hombro. Mientras se alejaban a toda prisa esquivando vehículos de arrastre, carruajes privados, furgones de policía con sus gongs resonando y demás, Khäutsch comentó distraídamente:

—Si alguna vez pasa por Viena y por cualquier razón necesita un favor, no dude en llamarme.

—En cuanto aprenda a bailar el vals me pondré en camino.

El Archiduque, que esbozaba una mueca digna de un niño al que han interrumpido en su travesura, no dijo nada.

Lew estaba a punto de salir hacia Kinsley para tomarse un bistec de última hora cuando Nate le convocó al despacho y, estirando el brazo, cogió un nuevo expediente.

—El bueno de F.F. se irá de la ciudad dentro de un par de días, Lew, pero mientras tanto aquí tienes algo para esta noche.

—Creí que podría dormir un poco.

—La anarquía nunca duerme, hijo. Se reúnen en la línea del ferrocarril elevado a un par o tres de paradas de aquí, quizá te interese echar un vistazo. Hasta puede que aprendas algo, quién sabe.

Al principio, Lew creyó que era una iglesia —por los ecos, por el olor—, aunque en realidad, al menos durante los fines de semana, se hacía servir como pequeño teatro de variedades. Sobre el escenario había ahora un atril flanqueado por un par de lámparas de gas con manguitos incandescentes, tras el cual se encontraba un individuo alto con mono de trabajo, que se identificó al instante como el predicador ambulante anarquista Reverendo Moss Gatlin. El público —Lew sólo había esperado ver un puñado de descontentos— era numeroso, y al cabo de un rato llegó incluso a desbordarse por la calle. Parados de fuera de la ciudad, exhaustos, sin bañar, flatulentos, sombríos..., estudiantes tanteando las posibilidades de armar follón... Mujeres en cantidad sorprendente, con las señales visibles de sus oficios —cicatrices de las cuchillas de las empaquetadoras de carne, bizqueras de las labores de aguja prolongadas más allá de las fronteras del sueño bajo una luz pésima sin horario—, mujeres con pañoletas, con tocados de croché, con sombreros extravagantemente floreados, sin ningún sombrero, mujeres que sólo buscaban poner los pies en alto después de demasiadas horas de cargar, descargar y recorrer las avenidas del desempleo, soportando los insultos de la jornada...

Había un italiano con un acordeón. Los presentes empezaron a cantar, del *Workers' Own Songbook*, aunque casi sin recurrir al texto, fragmentos corales que incluían la reciente versión de Hubert Parry del *Jerusalén* de Blake, considerada no sin buenas razones como un gran himno anticapitalista disfrazado de pieza coral, con un ligero retoque en el último verso: «En esta *nuestra* verde y agradable tierra».

Y otra que decía:

Feroces como la tormenta invernal,
fríos como la nieve que todo lo cubre,
muelen los molinos de la Avaricia.
Alto vuela el enemigo de ojos crueles...
¿Dónde está la mano de la misericordia,
dónde está el rostro amable,
dónde, en esta matanza indiferente,
encontraremos el lugar prometido?

Sudados, despreciados y sin hogar,
insultados bajo la bota del banquero,
nos helamos ante sus escaparates cubiertos de escarcha,
mientras ellos acarician el botín que han comprado con sangre...
El amor nunca perdonó a un pecador,
el odio nunca curó a un santo,
pronto llegará la noche del ajuste de cuentas,
y entonces que no desmaye vuestro corazón,
enséñanos a salir de nuestro refugio,
enséñanos a amar el frío,
la vida es para los libres y los audaces,
la muerte, para los mezquinos y los vendidos.

... pasando del modo menor con el que se había venido cantando desde el principio al mayor, y acabando con una cadencia tercera de Picardía que, si no llegó a quebrar exactamente el corazón de Lew, sí abrió una delgada grieta, la cual, con el tiempo, iba a demostrarse incurable...

Porque hubo algo que le chocó y que no podría denominarse de otro modo que raro. Ni Nate Privett, ni la plantilla entera del WCI, ni, huelga decirlo, la mayoría de los clientes de la Agencia tenían muy buena opinión de los sindicatos de trabajadores, y menos aún de los anarquistas de cualquier tipo, si es que llegaban a ver alguna diferencia entre ellos. En la oficina se daba por sentado que los obreros y las obreras eran todos malvados en mayor o menor medida, seguramente víctimas de los engaños, y que no eran del todo americanos, posiblemente ni siquiera del todo humanos. Pero ahí estaba esa sala llena de americanos, de eso no cabía duda, incluso lo eran los nacidos en el extranjero, a poco que uno pensara de dónde venían y lo que habían esperado encontrarse aquí, y todo lo demás; en cualquier caso, americanos en sus oraciones, y sí, es posible que algunos llevaran cierto tiempo sin afeitarse, pero era evidente que ninguno de ellos se ajustaba, ni de lejos, a la descripción del Rojo barbudo, de ojos desorbitados y amante de las bombas; es más, si se les daba una buena noche de sueño y un par de comidas como era debido, incluso a un detective veterano le habría costado distinguirlos de los americanos normales. Aun así, ahí estaban, manifestando las ideas más subversivas como la gente normal charlaría sobre las cosechas o el partido de la noche anterior. Lew se dio cuenta de que este asunto no terminaría como siempre, con él saliendo por la puerta, de noche, camino de la parada del Tren Elevado y de su siguiente misión.

Debió de ser por aquel Archiduque austriaco. Proteges a un miembro de una familia real, y todo el mundo empieza a hacer suposiciones. Dado que en estos tiempos los anarquistas y los jefes de Estado se definen por ser enemigos naturales, la

lógica dictaba que Lew se convirtiera en el agente ideal para disparar a los anarquistas cada vez que asomaran en la galería de tiro de la historia cotidiana. Sobre su mesa empezaron a ir a parar con cierta regularidad notas relacionadas con anarquistas. Y así se encontró junto a vallas de fábricas, inhalando humo de carbón, recorriendo las líneas de piquetes huelguistas ataviado con alguno de los miles de disfraces de WCI, aprendiendo lo suficiente de varias lenguas esclavas para ser creíble en los tugurios donde, desesperados, se reunían los descontentos, los veteranos de los Mataderos con dedos amputados, los soldados irregulares del ejército del dolor, los profetas que habían visto América tal como debía ser en visiones que los guardianes de América no podían tolerar.

Al poco, junto con las docenas de archivadores llenos con la información que había ido acumulando, Lew se mudó a su propio despacho, ante cuyo umbral aparecieron al instante funcionarios del gobierno y magnates de la industria que, tras haber entregado sus sombreros en el antedespacho, le pedían respetuosamente un consejo de cuyo valor de mercado Nate Privett se cuidaba de estar al tanto. Como era de esperar, esto dio lugar a murmuraciones en el negocio, sobre todo por parte de los agentes de Pinkerton, habiendo dado por supuesto que el anarquismo americano era su tarro de galletas exclusivo, se preguntaban cómo la advenediza White City osaba aspirar a algo más que migajas. El malestar también se hizo patente en la propia sede de White City, a medida que el Ojo que No Duerme empezó a robarle personal, pronto en mayor número del que Nate podía permitirse perder. Un día entró saltando en el despacho de Lew rodeado por un nimbo de alegría tan falsa como una de esas colonias de ron de laurel a cinco centavos el cuarto:

—Buenas noticias, agente Basnight, ¡acabas de subir otro peldaño en la escalera de tu carrera! ¿Qué te parece... «Director Regional»?

Lew levantó la mirada con cara de póquer.

—¿Qué «región» es esa a la que me mandan de una patada, Nate?

—¡Lew, no te hagas el gracioso! ¡Un poco de seriedad!

WCI había decidido abrir una oficina en Denver, le explicó Nate, y, con más anarquistas por metro cuadrado de los que podían contarse, ¿quién mejor que Lew para dirigir la operación?

Como si no fuera una pregunta retórica, Lew empezó a proponer una retahíla de nombres de colegas, todos con más antigüedad que él, hasta que el ceño de Nate se frunció más de lo necesario.

—Muy bien, jefe, ya lo he entendido. No depende de usted, ¿no iba a decir eso?

—Lew, ahí fuera hay minas de oro y plata. Pepitas a patadas para el que las quiera recoger. Favores a los que puedes poner el precio que quieras.

Lew cogió una panetela y la encendió. Tras dos o tres lentas caladas, dijo:

—¿Ha salido alguna vez de trabajar en esta ciudad cuando todavía hay luz en el cielo y las farolas acaban de encenderse por las grandes avenidas y en la orilla del lago, y las chicas salen de las oficinas y las tiendas y van camino de sus casas, y los

restaurantes hacen ruidosos preparativos para el negocio vespertino, y las lunas brillan, con las calesas alineadas frente a los hoteles, y...?

—No —respondió Nate mirándole con impaciencia—, no muy a menudo. Trabajo hasta muy tarde para eso.

Lew exhaló un anillo de humo, seguido de otros concéntricos.

—Bien, a la mierda, Nate. Vayamos, pues.

No sabía por qué, pero a Lew le incomodaba contarles a los Chicos del Azar lo de su traslado. En el breve tiempo que llevaba viajando con ellos, casi había llegado a sentirse más en casa a bordo del *Inconvenience* que en la Agencia.

La visibilidad era hoy ilimitada, el lago que brillaba con un millón de reflejos, las pequeñas lanchas y góndolas eléctricas, el gentío en las plazas contiguas a los descomunales edificios de la Exposición, la blancura de aquel lugar, casi insoportable... Débiles tintineos de música ascendían desde los pabellones de la Avenida, un bombo latía allí abajo como el pulso de una criatura colectiva.

El Profesor Vanderjuice había subido ese día, tras concluir los asuntos que le hubieran retenido en Chicago. Los reflejos de detective de Lew le avisaron de que en aquel académico bien parecido había algo profundamente evasivo, algo que, suponía, también habían percibido los chicos, y que, en cualquier caso, ellos debían aclarar. Su presencia no facilitaba a Lew la tarea de dar la noticia, pero al final acertó a soltar:

—Maldita sea, voy a echar esto de menos.

—Todavía faltan unas semanas para que cierre la Feria —dijo Randolph.

—Para entonces ya me habré ido. Me envían al oeste, amigos, y me parece que para mucho tiempo.

Randolph le miró con comprensión.

—Al menos, le han dicho adonde le envían. Después de las ceremonias del día de clausura, nuestro futuro es una página en blanco.

—Puede que no sea el Oeste que usted se espera —intervino el Profesor Vanderjuice—. El pasado julio, mi colega Freddie Turner vino de Harvard y dio una conferencia a un puñado de antropólogos que celebraban una convención en la ciudad y, de paso, claro, para la Exposición. La charla trataba de que la frontera del Oeste, que todos creíamos conocer por las canciones y los relatos, ya no estaba en los mapas sino que había desaparecido, había sido absorbida, carecía del menor interés.

—Para mostrarle a qué se refiere el Profesor —dijo Randolph, que tomó el timón e hizo que el *Inconvenience* virase tierra adentro, rumbo al noroeste, hacia los Mataderos.

—Sí, aquí —prosiguió el Profesor señalando con la cabeza hacia los Mataderos mientras los sobrevolaban—, aquí es donde por fin termina la gran cañada, junto con el Cowboy Americano que solía vivir en ella y de ella. Da igual cuán immaculado haya mantenido su nombre, a cuántos malvados haya sobrevivido indemne, cómo

haya tratado a sus caballos, a qué chicas haya besado pudorosamente o les haya cantado serenatas con su guitarra, o con cuáles haya salido y montado la de Dios, todo eso está ahí, en el sendero de polvo, y ya nada importa, pues ahí abajo encontrará usted la húmeda convergencia y la gran escena final de su relato de penurias y sequías y de su ingrata vocación, es como el Espectáculo del Salvaje Oeste de Buffalo Bill invertido: los espectadores invisibles y silenciosos, nada que celebrar ni conmemorar, las únicas armas a la vista son los instrumentos de Blitz y los punzones de Wackett para derribar a los animales, junto con las cuchillas que todo el mundo lleva, claro, y los payasos del rodeo farfullan en una jerga incomprensible no para distraer a la bestia, sino más bien para espabilarla y mantener su atención en la única tarea que importa, llevarla hacia esas últimas puertas, con los dispositivos aturdidores esperando dentro, la carnicería y la sangre justo detrás del último vertedero; y al cowboy le espera un destino semejante. Mire. —Le pasó a Lew unos gemelos—. ¿Ve ese pequeño carro de pasajeros ahí, girando en la calle Cuarenta y siete?

Mientras la aeronave descendía y se acercaba, Lew observó que el vehículo abierto se detenía tras las puertas de Halstead Street para descargar su pasaje, y comprendió, con cierta perplejidad, que era un grupo de excursión, gente que había venido a la ciudad para hacer un *tour* por las salas de sacrificio y las de embutidos, a pasar una instructiva hora viendo degüellos, decapitaciones, desolladuras, destripamientos y desmembramientos. «¡Eh, mamá, ven a ver a esos pobres desgraciados!», y seguían al ganado en su tétrico trayecto desde su llegada en vagones, entre olores de mierda y productos químicos, grasa rancia y tejidos enfermos, agonizantes y muertos, y un estridente coro de fondo de terror animal y de griterío en lenguas humanas que pocos habían oído antes, hasta que por fin, en majestuoso desfile, la cadena móvil traía las reses muertas colgadas de ganchos a las cámaras frías. A la salida, los visitantes encontraban una tienda de recuerdos, donde podían adquirir diapositivas estereoscópicas, postales con fotografías y latas de carne «Top Gourmet Grade», famosas porque solían incluir dedos y otras partes del cuerpo de trabajadores descuidados.

—No crea que por eso voy a dejar de comer bistecs —dijo Lew—, pero, sí, hace que uno piense en lo alienados que deben de estar esos tipos de ahí abajo.

—De eso se trata —asintió el Profesor—. Acaba la frontera y empieza la alienación. ¿Causa y efecto? ¿Cómo demonios voy a saberlo? Me pasé los años de mi juventud alocada allá donde usted se dirige, en Denver, Cripple Creek y Colorado Springs; cuando todavía existía una frontera, uno sabía en todo momento dónde estaba y cómo llegar a ella, y no siempre se encontraba entre nativos y extranjeros ni entre anglos y mexicanos ni entre la caballería y los indios. Pero uno la sentía, inequívocamente, como una línea de separación, y sabía que si se paraba a mear el líquido correría en dos sentidos a la vez.

Pero si la Frontera había desaparecido, ¿significaba eso que Lew también estaba a punto de alienarse? ¿Que sería enviado al exilio, a un silencio más allá del silencio, como justo castigo por un crimen remoto y antiguo siempre a un paso de ser recordado, en un estado casi de aturdimiento, en una semivigilia semejante al nudo de un cirujano hecho con habilidad en el tejido del tiempo y ceñido con fuerza, entregado al control de poderosos agentes que no le querían bien?

Los chicos regalaron a Lew un alfiler de miembro honorario de los Chicos del Azar de oro y esmalte para llevar debajo de la solapa; al enseñarlo a cualquier rama de la Organización en cualquier parte del mundo, tendría derecho a todos los privilegios de los visitantes provistos de él que estipulaban los Estatutos de los Ch. del A. A cambio, Lew les dio un telescopio de detective en miniatura disimulado como un reloj de cadena, que también contenía una bala del calibre 22 que podía dispararse en caso de emergencia. Los chicos se lo agradecieron con bastante sinceridad, pero esa noche, tras la Revista Vespertina, discutieron hasta tarde sobre la cuestión recurrente de introducir armas de fuego a bordo del *Inconvenience*. En el caso del regalo de Lew, la solución era bastante sencilla: mantenerla descargada. Pero la cuestión general seguía abierta.

—En este momento puede que todos seamos amigos y hermanos —supuso Randolph—, pero históricamente el arsenal de toda nave implica un riesgo indeterminado de problemas potenciales: una atracción para posibles amotinados, sin ir más lejos. Ahí está, esperando que llegue su hora, ocupando un espacio que, sobre todo en una aeronave, podría ser destinado a funciones más útiles.

Resultaba más difícil tratar abiertamente el otro riesgo, y todos —con la posible excepción de *Pugnax*, cuyos pensamientos no era fácil adivinar— se encontraron hablando con eufemismos. Pues se conocían casos, comentados en voz baja durante los servicios, pero que eran más verosímiles que los rumores ociosos o los cuentos del cielo, en los que el cumplimiento prolongado de un deber había impuesto exigencias tan tremendas sobre la moral que, de vez en cuando, incapaz de seguir adelante, un desdichado Chico del Azar había decidido poner fin a su vida, y la elección abrumadoramente mayoritaria entre los diversos métodos posibles había sido la «zambullida a medianoche», sencillamente saltar por la borda durante un vuelo nocturno; aun así, para aquellos que preferían depender menos de la altitud, cualquier arma de fuego a bordo supondría un atractivo irresistible.

Últimamente el ánimo jovial, tomado al principio casi como una condición natural de la vida en el *Inconvenience*, se iba revelando poco a poco como un bien precario. A los chicos les daba la impresión de que estaban retenidos bajo el influjo de un hechizo secreto. El otoño penetraba profundamente entre las desoladas manzanas de la ciudad, algo inquietante se percibía en el runrún de la vida aquí, invisible a veces y furtivo como los tacones desgastados de unas botas perdiéndose

tras las esquinas de los majestuosos pórticos que frecuentaban los chicos, en grandes salas desvencijadas, entre los olores de grasa animal rancia y de amoníaco por el suelo, con mesas de vapor acristaladas que ofrecían tres tipos de sándwich —cordero, jamón o ternera—, todos cargados de grasa y ternilla, malos olores, mujeres de ceño fruncido que abofeteaban la carne y el pan para hacer los sándwiches, un cucharón tembloroso que golpeaba la salsa de carne, tan harinosa que parecía yeso, con las miradas bajas todo el día, y detrás de ellas, ante el espejo, se elevaba una pirámide de botellas en miniatura, muy baratas, conocidas por aquí como «Mickeys» y que ofrecían tres tipos de vino: tinto, blanco y moscatel.

Cuando no iban tambaleándose por ahí casi tan torpemente como un borracho, los chicos se reunían a cenar esos espantosos sándwiches húmedos y secos, bebían el vino barato y comentaban con humor contrariado lo rápidamente que parecía engordar cada uno ante la vista de los demás.

—¡Un momento, colegas! —protestó Randolph—, tenemos que procurar salir de esto.

Empezaron a imaginarse, cada uno por su cuenta pero también colectivamente, un salvador que entraba en los espacios de la tripulación, se movía entre ellos, sopesaba, elegía; una criatura imaginaria que devolvería a cada cual su inocencia, que los ayudaría a renunciar a su cuerpo, tan poco digno de confianza, y les restituiría su valentía perdida, la que habían demostrado durante tantos años; sin embargo, por más admiración unánime que despertara en la tripulación, resultó que ese salvador no era Lew Basnight. Él había seguido su camino, como tantos otros en sus vidas, y ellos continuaban sumidos en un ensueño fragmentado que, según habían aprendido, a menudo anunciaba algún cambio.

Y, como era de esperar, una mañana los chicos encontraron, metidos sin miramientos entre dos ramales de las amarras, como siempre sin guardar la menor relación con nada que hubieran imaginado de antemano, órdenes que habían sido entregadas discretamente por la noche.

—Hacia el este es casi lo único que dice —comentó Randolph con contenida consternación—, este cuarta al sudeste.

Lindsay sacó las cartas. Las especulaciones empezaron a ocupar la jornada. En el pasado bastaba con conocer los vientos y saber cómo soplaban en cada estación del año para hacerse una idea aproximada de hacia dónde se dirigían. Pero en la actualidad, como el *Inconvenience* empezaba a disfrutar de sus propias fuentes de energía, había otras corrientes mundiales que tener en cuenta: líneas electromagnéticas de fuerza, avisos de tormentas de Éter, movimientos de población y capital. Nada que ver con la profesión aerostática que los chicos habían aprendido.

Más adelante, después de la jornada de clausura, mientras el otoño se intensificaba sobre la corrupta pradera, mientras el denostado Halcón, millas más

arriba, ensayaba invisiblemente su repertorio ártico de descenso rápido, asalto implacable y éxtasis de almas, las estructuras abandonadas de la Exposición acabarían alojando a los desempleados y a los hambrientos que siempre habían estado allí, incluso durante el momento cumbre de la temporada de prodigios que acababa de finalizar. El Campamento de Minas de Plata de Colorado, como las otras exposiciones, fue ocupado por vagabundos, ilegales, madres con bebés de pecho, camorristas contratados para controlar la Exposición que ahora, cuando su valor de mercado había desaparecido, regresaban a los consuelos de la bebida, perros y gatos que preferían la compañía de los de su propia especie, algunos de los cuales todavía conservaban recuerdos de *Pugnax* y sus conversaciones y de las excursiones que habían hecho. Todos se acercaban cada vez más a las hogueras encendidas con los escombros de la Exposición, que antes habían sido la sustancia misma de la maravilla, a medida que las temperaturas bajaban.

Poco después de que Erlys se fugara con Zombini el Misterioso, Merle Rideout soñó que estaba en un gran museo, un compuesto de todos los museos posibles, entre estatuas, cuadros, loza, amuletos tradicionales, maquinaria arcaica, aves y animales disecados, instrumentos musicales obsoletos y pasillos enteros llenos de objetos que no podría ver. Estaba allí con un pequeño grupo de gente a la que no conocía, aunque, en el sueño, le parecía que sí. De repente, ante una vitrina de armas japonesas, un empleado con ropa de calle hecha jirones, sin afeitarse, desconfiado, amargado y desabrido, que podría o no ser un guardia del museo, le agarró, reteniéndolo con la sospecha de que había robado algún pequeño objeto artístico, y le exigió que se vaciara los bolsillos, así como la abultada y envejecida cartera de cuero que llevaba. A su alrededor se congregó una multitud, entre ella el grupo conocido-desconocido con el que había ido, y todos miraban en silencio. La cartera era por sí sola una especie de museo a pequeña escala, un museo de su vida, llena de viejos tickets picados, recetas, notas para sí mismo, nombres y direcciones de personas medio olvidadas, u olvidadas por completo, de su pasado. En medio de todos aquellos desechos biográficos, apareció *un retrato en miniatura de ella*. Se despertó y comprendió al instante que el único propósito del sueño era recordarle, con un diabólico circunloquio, a Erlys Mills.

Su nombre nunca desapareció del todo de las charlas cotidianas. Casi desde el mismo momento en que aprendió a hablar, Dally había sido muy buena planteando todo tipo de interesantes preguntas.

—Y, entonces, ¿qué fue lo primero que te atrajo de ella?

—No se escapó corriendo cuando le dije lo que sentía.

—Amor a primera vista, ¿algo así?

—Me imaginé que no tenía sentido ocultarlo. Minuto y medio más tarde se lo habría imaginado de todos modos.

—Y...

—Para empezar, ¿qué pintaba yo en Cleveland?

Y así, fragmentariamente, era como Dally oía hablar de su madre. Un día Merle había leído un artículo en el *Hartford Courant* sobre una pareja de profesores del Case Institute de Cleveland que planeaban un experimento para ver cuál era el efecto, si es que tenía alguno, del movimiento de la Tierra sobre la velocidad de la luz a través del Éter luminífero. Él ya había oído hablar vagamente sobre el Éter, aunque, con su propensión a centrarse en el aspecto práctico de las cosas, no le veía mucho uso. Existe, no existe, qué tiene que ver eso con el precio de los nabos. Y, para empezar, cualquier cosa que sucediera a la velocidad de la luz implicaría demasiadas incógnitas, sería algo más próximo a la religión que a la ciencia. Habló un día del tema con su amigo de Yale el Profesor Vanderjuice, que acababa de salvar otro de los contratiempos de laboratorio que lo habían hecho famoso y, como siempre, olía a sal de amoníaco y llevaba el pelo chamuscado.

—Una pequeña confrontación con la Máquina electrostática de Töpler, nada de que preocuparse.

—Supongo que será mejor que vaya a echar un vistazo. Probablemente sea otra vez el tren del engranaje.

Pasearon entre las sombras de los olmos, comiendo sándwiches y manzanas que llevaban en una bolsa de papel, un «picnic peripatético», como el Profesor lo denominaba, cayendo ahí también en su estilo de conferenciante.

—Tiene razón, por descontado, el Éter siempre ha sido una cuestión religiosa. Algunos no creen en él, otros sí, nadie convencerá a nadie; por el momento, todo es una cuestión de fe. Lord Salisbury dijo que no era más que un nombre para el verbo «ondular». Sir Oliver Lodge lo definió como «una sustancia continua que llenaba todo el espacio, que puede hacer vibrar la luz... y dividirse en electricidad positiva y negativa», y así sucesivamente, en una lista casi tan larga como el Credo de los Apóstoles. Ciertamente todo depende de la creencia en la ondulación de la luz: si la luz estuviera compuesta de partículas, podría salir disparada a través del espacio vacío sin necesidad de ningún Éter que la transportara. La verdad es que en el carácter del devoto Eterista se reconoce una propensión hacia lo continuo frente a lo separado. Por no mencionar una inmensa paciencia con todos los diminutos remolinos que la teoría ha acabado requiriendo.

—¿Cree que merece la pena ir a Cleveland por eso?

—Señor Rideout, en este momento nos desplazamos a través de una especie de crepúsculo voraginoso, sosteniendo en alto el faro de las Ecuaciones de Campo de Maxwell y entrecerrando los ojos para encontrar nuestro camino. Michelson ya realizó este experimento, en Berlín, pero sin demasiado cuidado. Este de ahora podría ser la gigantesca lámpara de arco que necesitamos para iluminar nuestros pasos en el siglo venidero. No conozco al hombre personalmente, pero de todos modos le escribiré una carta de presentación, daño no le hará.

Merle había nacido y se había criado en el noroeste de Connecticut, una región de fabricantes de relojes, armeros e inspirados caldereros, de manera que ese viaje a la Reserva del Oeste era tan sólo una versión personal de la migración yanqui en general. Esta franja de Ohio justo al oeste del río Connecticut había sido considerada desde hacía años, desde antes de la independencia americana, parte de la concesión de tierra original de Connecticut. De ahí que, pese a los días y noches de viaje, Merle tuviese la extraña sensación de que no había salido del estado: las mismas casas sencillas de fachada de gablete, las mismas agujas blancas de las iglesias congregacionalistas, incluso las mismas vallas de piedra...; más Connecticut, sólo que desplazada hacia el oeste.

Merle llegó a la «Ciudad del Bosque» y la encontró obsesionada con la persecución del simpático bandido Blinky Morgan, al que buscaban por haber asesinado presuntamente a un agente del orden cuando intentaba rescatar a un miembro de su banda que había sido detenido, acusado de un robo de pieles. Los

chicos que vendían la prensa contaban la historia a gritos, y los rumores corrían como los insectos en verano. Los policías se pavoneaban por todas partes, sus rígidos sombreros negros brillaban como los yelmos de los guerreros de la antigüedad. Los matones uniformados de azul del jefe Schmitt estaban deteniendo y sometiendo a largos y básicamente inútiles interrogatorios a cualquiera cuyo aspecto no les hiciera gracia, lo que abarcaba a una gran parte de la población, incluido Merle, al que pararon en Rockville Street cuando se dirigía hacia el Case Institute.

—¿Qué llevas en la carreta, hijo?

—Nada raro. Pueden mirar lo que quieran.

—Vaya, esto es nuevo, por lo general nos sueltan chistes de Blinky.

Merle se enredó en una larga y confusa descripción del experimento Michelson-Morley, y de su interés por él, que no era precisamente compartido por los policías, quienes empezaron a mostrarse primero distantes y, al poco, truculentos.

—Por lo visto, tenemos aquí otro candidato para Newburgh.

—Bien, comprobemos. ¿Bizquera, lengua protuberante, sombrero de Napoleón?

Los agentes estaban hablando del Manicomio del norte de Ohio, situado unos kilómetros al sur de la ciudad, en el que en la actualidad se alojaban algunos de los más incordiantes científicos excéntricos que últimamente atestaban Cleveland, entusiastas llegados de todos los rincones de la nación, incluso del extranjero, ansiosos por bañarse en el resplandor del famoso experimento de Desviación del Éter que se estaba llevando a cabo en Case. Algunos eran inventores de motores solares ligeros que podían impulsar una bicicleta durante todo el día pero al anochecer se detenían de golpe, haciendo que la bicicleta se cayera con el que la montaba, si no se tenía cuidado. Otros sostenían que la luz tenía conciencia y personalidad, e incluso que se podía charlar con ella y que a menudo revelaba sus más profundos secretos a aquellos que la abordaban de la manera apropiada. Al amanecer se veían grupos de esos sujetos en Monumental Park, sentados bajo el rocío en incómodas posturas, moviendo los labios inaudiblemente. Había quienes seguían una dieta caprichosa, que se autoproclamaban lucitarianos y afirmaban vivir sólo de la luz, y hasta montaban laboratorios que imaginaban como cocinas donde preparaban comidas con recetas de luz: luz frita, fricandó de luz, luz *à la mode*, que requerían diversos tipos de filamentos de lámpara y de ampollas de cristal de colores, cuando por entonces la lámpara de Edison era lo último y más reciente pero no por ello el único modelo en estudio. Había adictos a la luz que, a la llegada del crepúsculo, empezaban a sudar y a sufrir picores y se encerraban en lavabos con linternas eléctricas portátiles. Algunos pasaban la mayor parte del tiempo en las oficinas de telégrafos, mirando fijamente y con los ojos entornados largos rollos de «partes meteorológicos» que llegaban misteriosamente y que no hablaban del tiempo en la atmósfera sino en el Éter luminífero.

—Sí, todo está ahí —dijo Ed Addle, uno de los clientes del Oil Well Saloon—: velocidad del viento del Éter, presión etérica, hay instrumentos que miden esos datos,

incluso una analogía de temperatura que depende de los vórtices ultramicroscópicos y de cómo interactúan energéticamente...

Merle volvió con otra ronda de cervezas.

—¿Y qué pasa con la humedad?

—Es una cuestión controvertida —dijo Ed—: ¿qué podría ocupar, en el Éter, el lugar del vapor de agua en el aire? Algunos de nosotros creemos que es el Vacío. Diminutas gotas de absolutamente nada, mezcladas en el predominante medio etérico. Hasta que, por descontado, se alcanza el punto de saturación. Entonces se produce la condensación, y tormentas compuestas no de lluvia sino de un precipitado de la nada barren una zona determinada, con sus ciclones y anticiclones, por todas partes, no sólo en puntos concretos de la superficie planetaria sino también más allá, a través del espacio cósmico.

—¿Hay algún Departamento del Gobierno estadounidense que informe de todo eso? —se preguntó Roswell Bounce, que se ganaba la vida como fotógrafo por cuenta propia—, ¿alguna red de estaciones? ¿Barcos y globos?

Ed se puso en guardia.

—¿Se trata de la típica pregunta de aguafiestas o de verdad quieres saberlo?

—Si existiera un exposímetro fiable —dijo Roswell—, podría decirnos algo sobre cómo se transmite la luz, eso es todo.

Conformaban una especie de pequeña comunidad eterista, y tal vez fue lo más cerca que estuvo Merle de unirse a una Iglesia en su vida. Pasaban el rato en las cantinas de Whiskey Hill, donde eran tolerados, aunque no demasiado apreciados, por los clientes habituales, operarios con poca paciencia para las formas radicales de creencia, salvo para el anarquismo, claro.

A esas alturas, Merle también estaba perdiendo mucho tiempo, por no mencionar dinero, en un par de hermanas llamadas Madge y Mia Culpepper, que trabajaban en el local de Hamilton Street de la amiguita de Blinky Morgan, Nelly Lowry. De hecho, había atisbado a Blinky, que vestía como un hortera, un par de veces, entrando y saliendo, seguramente como la propia policía, pues el local estaba sometido a una estrecha vigilancia, si bien la atención al deber era algo negociable esos días, y había intervalos de invisibilidad que cualquiera podía pagarse.

Merle se hallaba con mucha frecuencia entre dos fuegos, intentando calmar a los peligrosamente vehementes, encontrar trabajo a los que se quedaban sin medios, subir a la gente a la carreta cuando los caseros se ponían mezquinos, a la vez que procuraba mantenerse razonablemente aparte de planes para ganar dinero que, francamente, aunque abundantes como las setas después de la lluvia, rayaban casi siempre en la excentricidad impracticable..., «dado que la cantidad de luz en el universo es finita y disminuye tan rápido que el almacenamiento, la desviación, el racionamiento, por no mencionar la contaminación, se convierten en una posibilidad, como el derecho al agua, pero distinto, y sin duda habrá una disputa internacional para *acaparar la luz*. Disponemos del conocimiento, de los ingenieros y mecánicos con más inventiva del

mundo, lo único que tenemos que hacer es llegar al punto de poder atrapar los flujos dominantes...».

—¿Aeronaves?

—Algo mejor. Antigraedad psíquica.

Los eteristas obsesionados hasta ese punto solían acabar ingresados en Newburgh, de donde era necesario sacarlos. Al cabo de un tiempo, Merle se había convertido en el hombre con el que había que contactar, tras establecer buenas relaciones con miembros del personal del manicomio a los que no les importaba que hubiera una fuga de vez en cuando, vista la carga de trabajo que tenían.

—¡Fugado!

—Ed, van a oírte. Procura no gritar tanto...

—¡Libre! ¡Libre como un pájaro!

—¡Chisss! ¿Quieres hacer el favor de...? —Momento en que, unos guardias uniformados se acercaron a un paso que podríamos denominar moderado.

Sin saber muy bien por qué, a Merle se le metió en la cabeza que el experimento Michelson-Morley y la búsqueda de Blinky Morgan estaban relacionados. Que si Blinky llegaba a ser detenido, se descubriría que el Éter no existía. No se trataba exactamente de que un hecho causara el otro, sino de que ambos eran expresiones diferentes del mismo principio.

—Esto es charlatanería de primitivos —objetó Roswell Bounce—, por mí igual podrías adentrarte en la espesura de la jungla y aclararlo con los árboles, porque en esta ciudad ese tipo de pensamiento no cuela, no señor, en absoluto.

—Pero tú has visto su retrato en los periódicos.

Cada ojo de Blinky, según las noticias de la prensa, veía el mundo desde una perspectiva diferente, pues el izquierdo había sufrido un extraño traumatismo, ya fuera por una prematura detonación durante el robo de una caja fuerte o a causa de un obús naval mientras luchaba en la Rebelión. Blinky contaba varias historias al respecto.

—Un interferómetro andante, como tú dirías —sugirió Ed Addle.

—Ya puestos, un birrefractor.

—Ahí lo tenéis: en cualquier caso se trata de una asimetría con respecto a la luz.

Un día Merle descubrió la asombrosa verdad, aunque cierto es que se había pasado la mayor parte de la noche yendo de una cantina de Whiskey Hill a otra, bebiendo. ¿Cómo no lo había visto antes? ¡Era tan obvio! El Profesor Edward Morley y Charles «Blinky» Morgan ¡eran una y la misma persona! Separados por dos o tres letras en el nombre como si se birrefractaran alfabéticamente, por así decirlo...

—Y, además, los dos son greñudos y tienen grandes bigotes pelirrojos.

—No, no puede ser: Blinky se viste con coquetería, mientras que el atuendo del Profesor Morley, según se dice al menos, muestra cierta propensión a la

informalidad...

—Sí, sí, sí, pero suponed, suponed que cuando dividan ese rayo de luz, una de las mitades es de Michelson y la otra de su socio Morley, que resulta ser la mitad que vuelve con las fases perfectamente coincidentes; pero, en condiciones levemente distintas, con axiomas alternativos, podría haber otro par que *no* coincidiera, ¿entendéis?, de hecho, millones de pares, de los que a veces puede responsabilizarse al Éter, claro, pero otras veces puede que la luz vaya *a otro sitio*, se desvíe y por eso aparezca más tarde y en desfase, porque fue donde estaba Blinky cuando era invisible y...

A finales de junio, al tiempo que Michelson y Morley realizaban sus últimas observaciones, Blinky Morgan fue detenido en Alpena, Michigan, una ciudad turística levantada sobre un cementerio indio.

—Como Blinky *emergió de la invisibilidad* y, en el momento en que volvió a entrar en el mundo que contenía a Michelson y Morley, el experimento no podía tener más que un resultado negativo, el Éter estaba condenado...

Corría la voz de que Michelson y Morley no habían encontrado la menor diferencia en la velocidad de la luz al ir, venir o pasar de lado con relación a la Tierra desplazándose a lo largo de su órbita. Si había Éter ahí, en movimiento o en reposo, no tenía el menor efecto sobre la luz que transportara. El humor en las cantinas frecuentadas por los eteristas se tornó cada vez más sombrío. Como si tuviera la misma sustancia que una invención o una batalla, el resultado negativo ocupó su propio lugar en la historia de Cleveland, como otro de los misterios revelados de la luz.

—Es como esos cultos que creen que el mundo acabará el día tal y tal —comentó Roswell—, se deshacen de todas sus posesiones terrenales y se dirigen en grupo a la cima de alguna montaña a esperar, y entonces el fin del mundo no llega. El mundo sigue girando. ¡Menuda decepción! Todos tienen que descender aprisa la montaña con el rabo espiritual entre las piernas, salvo uno o dos idiotas incurablemente sonrientes que lo ven como una oportunidad para empezar una nueva vida, a partir de cero, sin estorbos, de hecho, para renacer.

—Y eso ocurrió con el resultado de Michelson-Morley. Todos hemos invertido mucha fe. Y parece que el Éter, tanto en movimiento como inmóvil, sencillamente no existe. ¿Qué hacemos ahora?

—Mantener la opinión contraria —dijo O.D. Chandrasekhar, que había venido a Cleveland desde Bombay, India, y no hablaba mucho, pero cuando lo hacía, nadie tenía la menor idea de qué quería decir—. Este resultado nulo puede interpretarse igual de fácilmente como *una prueba de la existencia* del Éter. Ahí no hay nada, pero la luz viaja. La ausencia de un medio que transporte la luz es el vacío de lo que en mi religión se llama *akasa*, que es la base o el fundamento de cuanto imaginamos que «existe».

Todo el mundo guardó silencio un momento, como reflexionando sobre sus palabras.

—Lo que me preocupa —dijo Roswell por fin— es que el Éter acabe siendo algo parecido a Dios. Si podemos explicar cuanto queremos explicar sin él, entonces, ¿por qué conservarlo?

—A menos... —señaló Ed— que sea Dios.

Eso dio lugar a que la discusión degenerase hasta convertirse en una bronca generalizada, en la que el mobiliario y la vajilla no salieron mejor parados que los participantes humanos, un comportamiento muy raro entre los eteristas, pero lo cierto es que todo el mundo se había sentido un poco confuso últimamente.

Para Merle se trató de una especie de deriva sin dirección, lo que Mia Culpepper, una fanática de la astrología, llamaba «luna fuera de curso», y que se alargó hasta mediados de octubre, cuando hubo un incendio en el manicomio de Newburgh, donde Merle se encontraba casualmente esa noche, aprovechando un baile de los internos para sacar de allí a Roswell Bounce, que había ofendido a un policía sacándole una fotografía cuando salía del local de juego equivocado. El manicomio se sumió en el caos. Los locos y los guardianes corrían gritando por todas partes. Era el segundo incendio importante en Newburgh en los últimos quince años, y el horror del primero todavía no se había extinguido. Multitudes de mirones del vecindario se congregaron para presenciar el espectáculo. Chispas y brasas saltaban y llovían alrededor. Ráfagas de abrasadora luz incandescente barrían el recinto, reflejando con brillo intenso globos oculares desorbitados por la desesperación, mientras las sombras huían por todas partes, cambiando de forma y tamaño. Merle y Roswell bajaron hasta el arroyo y se unieron a la brigada que pasaba cubos, se tendieron mangueras desde las bocas de incendios y más tarde llegaron algunos coches de bomberos desde Cleveland. Cuando el incendio estuvo por fin controlado, el agotamiento y la confusión eran tales que nadie se fijó en que Merle y Roswell se escapaban.

De vuelta en Whiskey Hill, fueron derechos al Morty Vicker's Saloon.

—¡Qué noche infernal! —dijo Roswell—. Podría haber estado en la capilla donde se desató el incendio durante el baile. Supongo que me has salvado el pellejo.

—Paga la siguiente ronda y estaremos en paz.

—Te ofrezco algo mejor. Mi aprendiz huyó cuando se presentaron los polis. ¿Te gustaría aprender los más profundos secretos del oficio de fotógrafo?

Dado que Roswell sólo había pasado un par de días en el manicomio, encontraron su equipo intacto, a salvo de los carroñeros locales o el casero. Merle no era ningún pardillo en el tema: había visto cámaras antes, e incluso había tomado un par de fotografías. Siempre le había parecido un poco idiota aquel juego: alinearlos, colocar la bombilla, cobrar el dinero. Como cualquier otro, claro, se había preguntado qué sucedía durante la misteriosamente oculta transición de la placa a la copia impresa, pero nunca le había atraído tanto como para atravesar el umbral prohibido de un cuarto oscuro y echar un vistazo. Como mecánico, respetaba cualquier cadena

sencilla de causa y efecto que uno pudiera ver o controlar, pero las reacciones químicas como ésa descendían a una región demasiado remota para que la controlara nadie, eran algo que tenías que esperar y dejar que sucediera, que resultaba tan interesante como ver crecer el maíz.

—Muy bien, allá vamos. —Roswell encendió una lámpara rubí en el cuarto oscuro. Extrajo una placa seca de una caja portátil—. Sostén esto un momento. —Empezó a verter líquidos de dos o tres botellas distintas, sin dejar de balbucear palabras que Merle apenas podía entender—. Pirogálico, nosequé cítrico, bromuro potásico..., amoniaco... —Tras removerlo todo en una cubeta de precipitación, colocó la placa en una bandeja de revelado y vertió la mezcla encima—. Ahora, mira. —Y Merle vio aparecer la imagen. Salida de la nada. Salida del pálido Invisible, para entrar en este mundo explicable, más claro que real. Resultó que era una imagen del manicomio de Newburgh, con dos o tres internos en primer término, mirando fijamente. Merle lo contempló con inquietud. Había algo que no encajaba en aquellas caras. Los blancos de los ojos eran de un gris oscuro. El cielo por detrás de la silueta alta y mellada del tejado era casi negro; las ventanas, que deberían haber tenido colores vivos, se veían oscuras. Como si, por hechizo, la luz hubiera sido transformada en su contrario...

—¿Qué es esto? Parecen espíritus o espectros, o algo así.

—Es un negativo. Cuando saquemos la copia, todo volverá a ser normal. Primero tenemos que fijarlo. Alcánzame esa botella de fijador de ahí.

Y así fue transcurriendo la noche, cuya mayor parte pasaron lavando cosas en distintas soluciones y luego esperando a que se secaran. Cuando el sol se elevó sobre las Shaker Heights, Roswell Bounce ya había presentado a Merle a la fotografía.

—Fotografía, te presento a Merle, Merle...

—Muy bien, vale. ¿Y me juras que esto está hecho de plata?

—Igualita que la que llevas en el bolsillo.

—No últimamente.

Maldita sea.

—Haz una más. —Sabía que parecía un paleta en una exposición, pero no podía evitarlo. Aunque se tratara tan sólo de un juego de manos, puramente secular, quería aprenderlo.

—Es lo mismo que ha percibido la gente desde la primera quemadura solar —dijo Roswell encogiéndose de hombros—, a saber: que la luz hace que las cosas cambien de color. Los profesores lo llaman fotoquímica.

La iluminación que Merle había experimentado esa noche se prolongó en un ineludible resplandor que le mantenía en vela. Dejó la carreta aparcada en un solar vacío en Murray Hill y se dispuso a estudiar todo lo que se conocía por entonces de los misterios del retrato con luz, para lo cual recabó información hurgando sin la menor vergüenza allá donde podía, de Roswell Bounce a la Biblioteca de Cleveland, que, como Merle no tardó en descubrir, había dado el revolucionario paso de abrir al

público sus fondos diez años atrás, de manera que cualquiera podía entrar y pasarse el día entero leyendo lo que necesitara para lo que quisiera.

Tras estudiar todos los posibles compuestos de plata, Merle pasó a las sales de oro, el platino, el cobre, el níquel, el uranio, el molibdeno y el antimonio, al poco abandonó las combinaciones metálicas por las resinas, los insectos aplastados, los tintes de alquitrán mineral, el humo de puros, los extractos de flores silvestres, orina de varias criaturas, incluido él mismo, y reinvertía el poco dinero que ganaba con los retratos en lentes, filtros, placas de cristal, ampliadoras, de manera que la carreta no tardó en convertirse en un laboratorio fotográfico rodante. Captaba imágenes de cuanto se le ponía al alcance, sin preocuparle el qué ni molestarse en enfocar: calles atestadas de gente, laderas de colinas iluminadas por nubes donde nada parecía moverse, vacas pastando que no le hacían el menor caso, ardillas enloquecidas que se molestaban en acercarse a la lente y hacían muecas, gente de picnic en Rocky River, carretillas abandonadas, tensores de alambre de espino oxidándose bajo el cielo, relojes en paredes, fogones en cocinas, farolas encendidas y apagadas, policías que corrían hacia él blandiendo porras, chicas cogidas del brazo mirando escaparates durante las horas del almuerzo o paseando después del trabajo bajo la brisa junto al lago, pequeños vehículos eléctricos, cisternas de lavabos, dínamos de tranvías de 1200 voltios y otras maravillas de la edad moderna —el nuevo Viaducto en construcción, juguistas de fin de semana en el embalse—, y, casi sin darse cuenta, habían pasado el invierno y la primavera y él se había independizado e intentaba ganarse la vida como fotógrafo ambulante, a veces desplazándose en la carreta, otras ligero de equipaje, con una cámara de mano y una docena de placas, viajando en los interurbanos, de Sandusky a Ashtabula, de Brooklyn a Cuyahoga Falls y Akron, jugando, en consecuencia, un montón de veces al *euchre* en el tren y sacando un pequeño beneficio en cada viaje.

Agosto le pilló casualmente en Columbus, donde los periódicos venían llenos de noticias sobre la inminente ejecución de Blinky Morgan en la penitenciaría del estado y sobre los diversos esfuerzos desesperados por evitarlo. Un sonambulismo sofocante se había apoderado de la ciudad. Resultaba imposible conseguir una comida decente, ni siquiera un bocado, en ningún sitio; tortitas quemadas y bistecs vulcanizados eran lo más apetitoso que se encontraba. También se hizo evidente desde el primer momento —horrorosamente evidente— que nadie en la ciudad sabía preparar café, como si hubiera una especie de estulto consenso, o incluso una ordenanza municipal, para que nadie se despertara nunca. Las barandillas del puente estaban atestadas de gente que miraba el Scioto fluir lentamente. Las cantinas estaban llenas de bebedores silenciosos, que bebían muy despacio hasta que se derrumbaban, por lo general a eso de las ocho de la noche, que, según parecía, era la hora de cierre por allí. Día y noche, miles de peticionarios se arremolinaban a las puertas del Capitolio buscando que les dejaran acceder al ahorcamiento. Improvisados puestos de recuerdos realizaban un provechoso negocio con barajas de póquer y juegos de mesa de Blinky, leontinas y

cortapuros, relicarios y amuletos, loza y papel pintado conmemorativo, juguetes de Blinky, entre ellos muñecos de Blinky ahorcados en sus patíbulos en miniatura, y el favorito de todos, los folioscopios Blinky, cuyas páginas, que mostraban escenas artísticas a todo color de los sangrientos asesinatos en Ravenna, pasadas rápidamente con el pulgar daban la impresión de movimiento. Durante un tiempo, Merle paseó fascinado entre las casetas y la cháchara de los vendedores; plantaba la cámara preparada y tomaba placa tras placa de esos recuerdos de Blinky, exhibidos en docenas idénticas, hasta que alguien le preguntó por qué no intentaba fotografiar la ejecución.

—Pues, ¿sabe? —dijo como si recobrara la conciencia—, no lo sé.

Conocía a gente en el *Plain Dealer* a la que suponía que podía haber enviado un telegrama, cobrarles algún favor tal vez... Alarmado ante lo que parecía una escalada peligrosamente morbosa, expuso todas las placas que había tomado y las dejó en un solar vacío a la luz del sol, para que recuperaran la oscuridad y la inocencia.

Como si la luz del Cielo hubiera actuado de forma similar sobre su cerebro, Merle comprendió que nunca, si podía evitarlo, debía volver a poner un pie en ese lugar.

—Si Estados Unidos fuera una persona —le gustaría decir más adelante— y se *sentara*, Columbus, Ohio, quedaría sumida inmediatamente en la oscuridad.

Merle no llegó a utilizar la carta de presentación del Profesor Vanderjuice para Michelson. Cuando volvió a encarrilarse —así lo habría denominado él—, el experimento de la desviación del Éter ya había pasado por escrito a las publicaciones científicas y Michelson se había ido a enseñar a la Clark University y se había hecho tan famoso que ya no daba ni la hora a técnicos itinerantes.

Y así, inesperadamente, como si una etapa de locura juvenil hubiera llegado a su fin, pareció el momento de seguir adelante: Madge y Mia habían encontrado sendos novios ricos; la policía se interesaba por el anarquismo en el sindicato de los trabajadores de tranvías; los blinkytas habían dejado la ciudad, muchos de ellos hacia el cercano condado de Lorain, donde se rumoreaba que Blinky y su banda habían enterrado un gran tesoro; los eteristas y demás obsesionados por la luz se habían dispersado para recuperar los desequilibrios mentales que los hubieran llevado allí, entre ellos Roswell Bounce, que debía comparecer en un tribunal de Pittsburgh por algo que tenía que ver con la disputa de una patente. Y fue precisamente en ese dichoso momento de calma en la confusión cotidiana cuando Merle conoció a Erlys Mills Snidell, y se encontró de golpe a muchos kilómetros de distancia en una carretera desconocida, como si en la oscuridad hubiera dado con una bifurcación que no aparecía en el mapa.

—Puede que el Éter fuera todavía una cuestión abierta —le contó a Dally años más tarde—, pero nunca hubo la menor duda con respecto a la tal Erlys.

—Entonces...

—Entonces, ¿por qué se fue? A ver, mi berenjenita, ¿cómo quieres que lo sepa? Volví a casa un día y ella se había marchado, eso fue todo. Tú en la cama dichosamente sumida en el primer sueño sin cólicos de tu joven vida...

—Espera, espera. ¿Ella me producía el cólico?

—No he dicho eso. ¿He dicho yo eso? No se trató más que de una coincidencia, estoy seguro. Tu madre aguantó todo lo que pudo, Dally, y también fue muy valiente, teniendo en cuenta la vida que intentábamos llevar: ayudantes del juzgado con citaciones mucho antes del desayuno, abogados de patentes, vigilantes con armas de fuego y, lo peor de todo, aquellas señoras de la ciudad, una verdadera plaga de langostas, que nunca se cansaban, montaban manifestaciones con antorchas agitando pancartas que decían cosas como «Bestia desvergonzada»... Ella podía sobrellevar que los hombres me persiguieran, pero lo de aquellas mujeres indignadas, vaya, no lo llevó nada bien; y es que cuando las mujeres desconfían de las mujeres, las cosas se ponen feas de verdad. Oh, pero discúlpame, tú estás a punto de convertirte en una, así que lo siento...

—Espera, espera, retrocede un poco, cuéntame otra vez cómo encaja ese pájaro de Zombini en esta historia.

—Oh, él. Ojalá pudiera decir que fue el malvado intruso que entró a saco y se escapó con ella, con la alienación de afecto correspondiente y todo lo demás, pero supongo que ya eres lo bastante mayor para que te cuente la verdad, eso, claro, si yo la supiera, dado que tendría que hablar por tu madre, hasta de sus sentimientos más profundos, algo que no sólo sería injusto para ella sino imposible para mí...

—Muy bien, papá. No te agobies. Puedo esperar a preguntarle a ella en persona algún día.

—Quiero decir que...

—No pasa nada, de verdad. Otro día será.

Sin embargo, fragmento a fragmento, ella reconstruyó parte de la historia. Por aquellos años, Luca Zombini llevaba una modesta carrera profesional en los escenarios como mago, actuando en los circuitos regionales de variedades del Medio Oeste. Un día, en East Fullmoon, Iowa, su ayudante, Roxana, se fugó con un saxo tenor de la orquesta de la ópera local y le dejó con pocas esperanzas de encontrar una sustituta en el horizonte de aquel remoto pueblo perdido. Entonces, para colmo de desgracias, uno de los artilugios magnéticos que Luca utilizaba en escena se rompió. Sin saber qué hacer, dispuesto a tomarse cualquier cosa como un golpe de suerte, divisó la carreta de Merle aparcada en los lindes del pueblo. Erlys levantó la vista del calcetín que estaba zurciendo y lo vio apoyado en el umbral, con el sombrero en la mano.

—No lo creo, pero ¿por casualidad no le sobraría un rollo de cable eléctrico?

Merle había estado en la ópera y le reconoció.

—Eche un vistazo y coja lo que necesite, ¿para qué lo quiere?

—Para el Efecto Misterioso Hong Kong. Le enseño el truco si quiere.

—Prefiero que me asombre. Nos disponíamos a comer, si quiere acompañarnos...

—Huele a minestrone.

—Me parece que así lo llamaban en Cleveland, cuando me enseñaron a prepararlo. Consiste, básicamente, en freírlo todo primero.

—En Murray Hill, ¿verdad? Tengo primos allí.

Ambos hombres eran conscientes del silencio que se había abatido audiblemente sobre Erlys, aunque cada uno lo interpretaba a su manera. A Merle ni se le pasó por la cabeza que Zombini el Misterioso fuera la causa, sobre todo teniendo en cuenta que no mostraba ninguna de las señales de peligro clásicas de los italianos: rizos, ojos oscuros brillantes, gentileza pringosa..., ni uno solo de esos rasgos; era un hombre de aspecto corriente que, se diría, ni siquiera había reparado en la presencia de Erlys hasta que surgió la cuestión del puesto vacante de ayudante de mago, momento en el que se volvió inesperadamente hacia ella, hirviendo a fuego lento como una olla de sopa en la punta de la mesa:

—Discúlpeme, signora, puede que le parezca una pregunta extraña, pero... ¿no habrá sentido alguna vez el deseo de desaparecer, incluso en una habitación llena de gente, así... —sacudió las manos para simular humo que se desvanecía—, desaparecer por las buenas?

—¿Yo? A todas horas, ¿por qué?

—¿Es capaz de permanecer absolutamente inmóvil mientras alguien le lanza cuchillos?

—Se me conoce por quedarme quieta en peores situaciones —respondió desviando la mirada hacia Merle. En ese punto de la historia, Dally se despertó como si hubiera estado siguiendo el hilo de la conversación y hubiera escogido a propósito ese instante.

—Ya me ocupo yo de ella —dijo Merle al irse sigiloso, la voz apenas un murmullo, dolorosamente consciente de la belleza que se había apoderado de la joven, algo que ocurría de vez en cuando, siempre inesperadamente, como una sombra galvánica, de su cara sobre todo, mientras su largo cuerpo no brillaba sino que adquiría una vibrante y oscura densidad, una dimensión que uno tenía que observar directamente, con cuidado, aunque fuera lo último que le apeteciera hacer. No sabía qué estaba pasando. Sí lo sabía.

Roxana, posiblemente a petición del saxo, se había llevado el traje consigo, de manera que para la velada de esa noche Erlys tuvo que componer uno, pidiéndole las mallas prestadas a una de las bailarinas y un vestido corto de lentejuelas a una de las acróbatas. Cuando apareció bajo la luz del escenario, Merle sintió que el deseo y la desesperación lo vaciaban del cuello a la ingle. Tal vez fuera sólo por el carmín, pero creyó atisbar en ella una sonrisa, casi cruel, que no había visto antes: segura de sí misma como siempre, sin duda, pero ahora también, resuelta; una sonrisa que no renunciaba a asumir un destino propio. De sus ojos, con los párpados y pestañas oscurecidos minuciosamente con hollín de chimenea y petrolato, no podía colegir

nada. Al día siguiente, sin palabras místicas ni ningún equipo especial, el mago y ella habían desaparecido, y Dally se quedó con una nota sujeta a su manta: «*Volveré por ella cuando pueda*». Nada de «Buena suerte» o «Siempre te querré, Erlys», ni de lejos.

Merle esperó en East Fullmoon cuanto pudo, esperó correspondencia, un telegrama, un jinete, una paloma mensajera que descendiera en círculo desde los cielos invernales, y mientras tanto aprendió lo sencillo que podía ser todo, hasta ocuparse de su bebé, en tanto no se agobiara por el futuro o por ninguna necesidad que hubiera creído tener que satisfacer para realizar planes más ambiciosos — además, con Erlys fuera, cualquier cosa por el estilo había desaparecido por entero del horizonte—, y en tanto se contentara con seguir aspirando y espirando suavemente, manteniéndose dentro de los contornos de lo importante en cada momento; la vida con la pequeña Dahlia proporcionaba muy escasas y nimias ocasiones para la queja, la amargura o nada similar.

Tras la clausura de la Exposición Colombina, una vez fuera de Chicago y en camino de nuevo, Dally y Merle empezaron a ver refugiados de las exposiciones «nacionales» que se habían distribuido a lo largo de la Avenida Plaisance, toda esa diversidad humana que no era del Medio Oeste, algunos en grupos, otros solos. Merle corría a buscar una cámara para captar una instantánea, pero para cuando la había preparado ya se habían ido. Bajo la nevada, Dally creyó ver tiros de perros y esquimales en silencioso retroceso siempre hacia el norte, y llamó la atención de Merle para que se fijase en los pigmeos que los miraban asomándose entre los troncos de los bosques de abedules. En las cantinas de las orillas de los ríos, los tatuadores de la Isla de los Mares del Sur, cuyos rostros le resultaban vagamente familiares a Dally, grababan los bíceps de los marinos de río con imágenes hieráticas que algún día, cuando menos se esperara, serían útiles para pequeños pero cruciales actos de magia. Dally supuso que esos vagabundos, ellos también, habían sido expulsados sin causa justificada de la Ciudad Blanca, convirtiéndolos a ella y a su padre en tan sólo un tipo distinto de esquimal, eso era todo, y que el país que recorrían nunca llegaría a ser otra cosa que un lugar de exilio. De ciudad en ciudad, St. Louis, Wichita, Denver, Dally se sorprendía siempre esperando que en cualquier parte, en un barrio al final de alguna línea eléctrica, estaría esperándola la verdadera Ciudad Blanca otra vez, iluminada, toda espectral y elegante por la noche y resplandeciente por el día con la refulgente humedad de su red de canales, con las lanchas eléctricas desplazándose silenciosas por las vías navegables, con sus damas con parasoles y sus hombres con sombreros de paja y sus niños con trozos de palomitas Cracker Jack enganchados en el pelo.

A medida que pasaban los años, la imagen acabó pareciéndole casi el recuerdo de una vida anterior, deformado, disfrazado, con fragmentos olvidados, esa capital de los

sueños en la que había vivido, en la que incluso había figurado entre su legítima nobleza. Al principio le había suplicado a Merle, llorando como sólo ella sabía llorar, que por favor regresaran, por favor, y él nunca supo cómo explicarle que a esas alturas seguramente la mayor parte del recinto ferial había sido reducido a cenizas, desmantelado, trasladado a vertederos, soldado, destrozado, con el *staff* y las estructuras de madera a merced de los elementos, de los malos tiempos, traídos por la mano humana, que se habían abatido sobre Chicago y la nación. Al cabo de unos meses, sus lágrimas sólo reflejaban la luz, pero ya no caían, y ella se sumía en el silencio, y éste también, poco a poco, fue perdiendo su matiz de resentimiento.

Hileras de cultivos, alineados junto a las carreteras, giraban a su paso como radios gigantescos, uno tras otro. El cielo se veía interrumpido por oscuras nubes grises de tormenta que fluían como piedra fundida, arrastrándose líquidas, y la luz que podía filtrarse a través de ellas se perdía en los campos oscuros pero recobraba su brillo a lo largo de la pálida carretera, de manera que por momentos lo único visible era la carretera y el horizonte al que se enfilaba. A veces Dally se sentía abrumada por el verdor de la vida que pasaba en tal turbulencia, con demasiadas cosas que ver, y todas y cada una reclamando que la miraran. Hojas aserradas, espatuladas, largas y delgadas, con dientes romos, cubiertas de venas y aterciopeladas, aceitosas y polvorientas al final del día, flores en campanas y racimos, púrpuras y blancas o amarillas como la mantequilla, helechos con forma de estrella en los rincones húmedos y oscuros, millones de velos verdes tendidos ante los secretos nupciales en el musgo y bajo la hojarasca rozaban las ruedas, que chirriaban y eran golpeadas por piedras en las rodadas, despidiendo chispas sólo visibles en la sombra fugaz que pasara de largo, una afanosa configuración de pequeñas formas junto al camino desplomándose con una precisión que, por fuerza, tenía que ser deliberada, hierbas cuyos nombres y precios de mercado conocían los recolectores de plantas silvestres pero cuyas propiedades mágicas sólo conocían las mujeres silenciosas que moraban en las estribaciones de las montañas, homólogas con quienes los recolectores casi nunca llegaban a cruzarse, ya que ambos grupos vivían para futuros distintos, si bien eran la mitad secreta de un todo y no cabía la menor duda de que la fascinación que se daba entre ellos se iluminaba de gracia.

Merle había dedicado bastante tiempo a ese ingrato trabajo, había discutido con los intermediarios botánicos delante de los almacenes y aprendido un par de las indicaciones, pero nunca había creído poseer el talento de los verdaderos recolectores de hierbas silvestres, los pies infalibles, la nariz certera.

—Ahí, ¿lo hueles?

Un aroma en el filo de la memoria de Dally, fantasmal como si una presencia de una vida anterior acabara de pasar... Erlys.

—Lirio de los valles, o algo parecido.

—Es ginseng. Se vende muy caro, así que vamos a poder comer durante un tiempo. ¿Ves esas pequeñas bayas rojas?

—¿Por qué susurramos? —preguntó ella asomándose por debajo del ala de su gorra floreada.

—Los chinos creen que la raíz es una persona pequeña que puede oír cómo te acercas y todo eso.

—¿Somos chinos?

Él se encogió de hombros como si no lo tuviera muy claro.

—No quería decir que fuera verdad.

—Y pese a lo que saquemos de las plantas o de lo que sea, no vamos a utilizar el dinero para buscar a mamá, ¿verdad que no?

Debía habérselo esperado.

—No.

—¿Y entonces cuándo?

—Ya te llegará el momento. Mi soldadita valiente. Antes de lo que crees.

—¿Me lo prometes?

—No soy yo quién para prometer nada. Pero las cosas son así.

—Bueno, no parece que te alegre demasiado.

Por la mañana salieron a los campos que se extendían hasta el horizonte, el Mar Interior Americano, donde las gallinas se movían en bancos, como arenques, los cerdos y vaquillas buscaban comida y ramoneaban como meros y bacalaos, y los tiburones solían trabajar fuera de Chicago o Kansas City; las granjas y las ciudades emergían a lo largo del trayecto como islas, con chicas en todas y cada una de ellas, detalle en el que inevitablemente reparó Merle y que le llevó a divagar sobre las promesas cumplidas con generosidad de las chicas de las islas, esas que ahora veía subidas a las líneas de tranvía que unían las acogedoras ciudades, o repartiendo tranquilamente cartas en las cantinas ribereñas, trabajando de camareras en cafeterías a las que se bajaba por unas escaleras desde las calles de ladrillo rojo, mirando a través de mosquiteras en Cedar Rapids, chicas en vallas ante largos campos bajo una luz amarillenta, Lizas y Chastinas, chicas de las llanuras y de primaveras pródigas en flores que tal vez nunca existieran, cocinando para los trilladores hasta muy tarde, a veces durante noches enteras de cosecha, mirando el ir y venir de los tranvías, soñando con oficiales de caballería que descendían de las cumbres, bebiendo a sorbos el tónico cerebral local, atendiendo bañeras hirvientes llenas de mazorcas de maíz en las esquinas de las calles, con ojos radiantes siempre en movimiento, en el patio de Ottumwa sacudiendo una alfombra, esperando en las noches espesadas de mosquitos del sur de Illinois, esperando junto al poste de la cerca donde los azulejos anidaban a que regresara por fin a casa un hermano díscolo, asomándose por una ventana en Albert Lea mientras los trenes pasaban pitando a coro.

En las ciudades, las ruedas con borde de hierro de los carruajes resonaban sobre los adoquines, y Dally recordaría un día en que los caballos habían girado la cabeza y le habían guiñado un ojo. En los parques, las enredaderas marrones subían y bajaban silbando por los troncos de los árboles. Bajo los puentes, los puntales retumbaban

cuando los barcos fluviales tocaban las sirenas. A veces se quedaban un tiempo, a veces seguían camino antes de que el sol hubiera recorrido un minuto de arco, tras haber brillado sobre las barandillas de los puentes y las vías del tranvía ennegrecidas de hollín, los relojes en lo alto de las fachadas de los edificios, que era cuanto ellos necesitaban saber..., aunque al cabo de un tiempo a ella dejaron de importarle hasta las grandes ciudades, y estuvo incluso dispuesta a perdonarles que no fueran Chicago; disfrutaba de las tiendas del centro que olían a ropa usada y jabón con fenol, y tenían parqué de linóleo negro; bajaba por los peldaños de piedra arenisca para que le cortaran el pelo en las fragantes barberías del sótano de los hoteles, iluminadas con potencia para resistir los días tormentosos, que olían a todas las clases de puros existentes, en cuyas trastiendas se destilaba y elaboraba hamamelis, y tenían sillones tapizados en cuero con viejos y primorosos reposapiés forjados en el entrelazado de capullos de rosa y azulejos del siglo que estaba a punto de acabar, como si hicieran equilibrios entre las hélices espinosas de las enredaderas... Sin darse cuenta, le habían cortado el pelo, un cepillo por su espalda y nubes de polvo aromático en el aire. Una palma extendida esperando propina.

Cuando Merle velaba su sueño, siempre le sorprendía una calidez poco viril en los glóbulos oculares. Sus cabellos rojizos formaban una descuidada maraña infantil. Ella vagaría por aquellos campos peligrosos y oscuros, y tal vez incluso se encontraría allí alguna versión de él mismo, o de Erlys, de las que él nunca se enteraría, entre las tristes verdades, se perdería, volvería a su camino, volaría, viajaría a lugares tan detallados que no podían ser sino reales, se enfrentaría al enemigo, moriría y renacería una y otra vez... Él quería encontrar un modo de acompañarla en esos caminos, o de cuidarla al menos, de evitarle lo peor, si podía...

Esperándoles cada amanecer, verde y húmedo, o sin hojas y helado, estaba siempre el mapa en el que se entrecruzaban cimas, carreteras y caminos que iban de granjas a mercados, esperando que se les abrieran los párpados irritados y los miraran desde arriba, como si hubiesen ascendido a los cielos naranjas del alba y planearan escudriñando como curtidos halcones la siguiente jornada laboral, que, cada vez con más frecuencia, resultaba ser una sesión fotográfica en una esquina de una calle en otra pequeña ciudad de las praderas que les reportaría un par de comidas más. A medida que pasaban los años, la película era cada vez más rápida, los tiempos de exposición menores, las cámaras más ligeras. Premo sacó una película de celuloide que permitía tomar doce fotos a la vez, mejorando sin duda las placas de cristal, y Kodak empezó a vender su «Brownie», una pequeña cámara con forma de cubo que no pesaba casi nada. Merle podía utilizarla en cualquier parte siempre que mantuviera todo inmóvil en el encuadre, y para entonces —los antiguos modelos plegables de placas de cristal pesaban hasta un kilo y medio, placas aparte— ya había aprendido a respirar con tanta calma como un francotirador de élite, y eso se apreciaba en las

imágenes: fijas, profundas, a veces, convenían Dally y Merle, más reales, aunque nunca llegaron a serlo demasiado.

Siempre había mucho trabajo de instalador de timbres —por todo el Medio Oeste, se había disparado una repentina y enorme demanda de timbres eléctricos, timbres de puertas, avisadores de hotel, timbres de ascensor, alarmas de fuego y de robo—, que se vendían e instalaban en el acto, y luego uno se alejaba por el camino contando la comisión que se llevaba mientras el cliente se quedaba allí con el dedo pegado al timbre, como si no se cansara del sonido. Y había también trabajo colocando tablillas en paredes, o reparando cercas, y nunca faltaban cables que tender en las ciudades lo bastante grandes para tener tranvías, ni maquinaria que revisar en las centrales eléctricas y los depósitos de vehículos... Un verano, Merle trabajó como vendedor de pararrayos, pero dejó el empleo después de verse incapaz de tergiversar tan vergonzosamente como sus colegas la naturaleza de la electricidad.

—Cualquier tipo de rayo, amigos, tanto de horquilla, cadena, calor o lámina, el que sea, lo devolvemos a la tierra a la que pertenece.

—Rayo en bola —dijo alguien tras un breve silencio—. Ése es el tipo de rayo que nos preocupa por aquí. ¿Qué tiene para eso?

Merle se puso serio inmediatamente.

—¿Han tenido rayos en bola por aquí?

—Sólo tenemos de éstos, son nuestra especialidad, somos la capital de los rayos en bola de Estados Unidos.

—Creía que era East Moline.

—¿Está pensando en quedarse un tiempo por aquí?

Antes de acabar la semana, Merle tuvo su primer y, tal como fueron las cosas, último trabajo con rayos en bola. El fenómeno eléctrico estaba rondando la primera planta de una granja, persistente como un fantasma. Merle llevaba consigo todo el equipo que se le ocurrió: barra de descarga en cobre, cables y una jaula aislante, que montó en el acto y enganchó a una pila de sal amoniacal para intentar atrapar la criatura dentro.

El rayo en bola se movía por las habitaciones, recorría el pasillo arriba y abajo, y él lo vigilaba atenta y pacientemente. Merle no hizo movimientos amenazadores. Le recordaba a un animal nocturno salvaje que fuera especialmente cauteloso en la cercanía de humanos. Poco a poco se fue aproximando, hasta que al fin lo tuvo ante las narices, girando despacio, y entonces ambos se quedaron así un rato, en la pequeña casa de madera, cerca, como si estuvieran aprendiendo a confiar el uno en el otro. Tras la ventana con cortinas, la larga hierba silbaba como todos los días. Las gallinas picoteaban por el patio y comparaban notas. Merle creyó que sentía un poco de calor y, como era de esperar, se le había erizado el pelo. Tenía ciertas dudas acerca de si debía entablar conversación, pues no parecía que ese rayo en bola pudiera hablar, al menos no como los humanos. Por fin decidió probar y dijo:

—Mira, no pretendo hacerte ningún daño, y espero que me devuelvas el favor.

Para su sorpresa, el rayo en bola respondió, aunque no en voz alta:

—Me parece justo. Me llamo *Skip*, ¿y tú?

—Encantado, *Skip*. Yo me llamo Merle —dijo Merle.

—No me mandes al suelo, ahí no hay diversión.

—Muy bien.

—Y olvídate de esa jaula.

—Trato hecho.

Poco a poco se hicieron colegas. Desde entonces, el rayo en bola, o *Skip*, nunca andaba muy lejos de Merle. Éste comprendió que ahora tenía que respetar un código de comportamiento cuyos detalles se le escapaban casi por completo. Cualquier pequeña infracción que disgustara a *Skip* podía alejar al fenómeno eléctrico, tal vez para siempre, tal vez no sin antes freír a Merle en el sitio, no lo sabía. Al principio, a Dally le pareció que su padre había perdido la cabeza y no se le ocurría cómo iba a recuperarla.

—Otros niños tienen hermanas y hermanos —comentó con cautela—, ¿qué es esto?

—Un poco lo mismo, aunque...

—Diferente, sí, pero...

—Si le dieras una oportunidad, él...

—¿«Él»? Ya, claro, tú siempre has querido un chico.

—Tiro errado, Dahlia. Y no tienes ni idea de lo que siempre he querido.

Ella tuvo que reconocer que el pequeño *Skip* era un tipo atento: les encendía los fogones en un abrir y cerrar de ojos, le encendía los puros a Merle, se metía en el farol ferroviario que colgaba de la parte de atrás de la carreta cuando tenían que viajar en la oscuridad. Al cabo de un tiempo, algunas noches, cuando ella se quedaba leyendo hasta tarde, ahí estaba *Skip*, a su lado, iluminándole la página, oscilando suavemente, como si él también siguiera la lectura.

Hasta que una noche, durante una feroz tormenta eléctrica que se abatió en algún lugar de Kansas...

—Me están llamando —dijo *Skip*—, tengo que irme.

—¿Tu familia? —aventuró Dally.

—Resulta difícil de explicar.

—Estabas empezando a caerme bien. ¿Hay alguna posibilidad de...?

—¿De que vuelva? Uno es como si se sumiera en el todo, así va la cosa, de manera que, de hecho, ya no existirá.

—Supongo que entonces más vale que te mande un beso, ¿verdad?

Durante los meses siguientes, ella pasó más tiempo que nunca pensando en hermanos y hermanas, y en si Erllys y Zombini el Misterioso habrían tenido algún hijo más, y cuántos, y cómo se viviría en ese hogar. Nunca se le pasó por la cabeza no compartir esos pensamientos con su padre.

—Mira —dijo Merle sacando un tarro de encurtidos y echando dentro una moneda de veinticinco centavos—, fíjate, cada vez que me comporte como un idiota, echaré otra. En algún momento reuniremos la cantidad que te lleve a donde ella esté.

—No tardaremos más de un par de días, calculo.

En uno de sus últimos días en las praderas, el viento soplaba en el alto pasto indio, y su padre dijo:

—Ahí tienes tu oro, Dahlia, el verdadero.

Como siempre, ella le lanzó una mirada inquisitiva, sabedora a esas alturas de que era un alquimista, y de que nadie en ese escurridizo círculo hablaba con claridad, sus palabras significaban siempre alguna otra cosa, a veces incluso porque esa «alguna otra cosa» estaba más allá de las palabras, tal vez del mismo modo en que las almas que han partido están más allá del mundo. Ella observó la fuerza invisible en marcha entre los millones de tallos altos como un jinete a caballo, ondulando a lo largo de kilómetros bajo los soles otoñales, más grande que el aliento, que las canciones de cuna de la marea, los ritmos necesarios de un mar oculto a cuantos lo buscaran.

Al poco cruzaron la frontera de Colorado y entraron en el país del carbón, en dirección a la cordillera de Sangre de Cristo, y siguieron hacia el oeste hasta que un día llegaron a las montañas de San Juan, y Dally entró caminando por alguna puerta, Merle levantó la vista y vio que la joven estaba cambiada y supo que era sólo cuestión de tiempo que saltara al ruedo y le complicara la vida a cualquier payaso de rodeo que se cruzara en su camino.

Y por si fuera poco, un día, en Denver, Merle entró por casualidad en un estanco y, en un expositor de revistas, se fijó en un *Dishforth's Illustrated Weekly*, una publicación del este de hacía unos meses, que traía un artículo sobre el famoso mago Luca Zombini y su encantadora esposa, que había sido su ayudante en el escenario, y los hijos de ambos, en su acogedor y maravilloso hogar de Nueva York. No llevaba los bolsillos precisamente llenos de plata en ese momento, pero encontró la suficiente para comprar un ejemplar, se olvidó del panetela cubano que había pensado fumarse y optó por un puro nacional de tres centavos, se lo encendió y salió a leer el artículo. En la mayoría de las fotografías, impresas mediante lo que parecía ser un nuevo método de grabado, con un grano tan fino que, por más que entornara los ojos, no encontraba el rastro de la trama, aparecía Erlys rodeada por lo que se diría que sumaba una docena, más o menos, de niños. Se quedó en la esquina de un callejón, a resguardo apenas de un viento más incordiante que cualquiera que recordara desde Chicago, cargado de cristales de hielo e intenciones hostiles, y se imaginó que el viento le decía que despertara. No se engañaba acerca de lo que podía conseguirse en el cuarto oscuro para mejorar una imagen humana, pero Erlys, que siempre había sido hermosa, estaba ahora radiante. Años de amargura por lo poco que ella le había amado se desintegraron de repente y Merle comprendió, a destiempo, la sencilla

verdad de que Erlys nunca había sido más «suya» que del desdichado Bert Snidell, y que empeñarse en seguir creyéndolo era hacer números para entrar en la Academia del Ridículo.

Su siguiente idea fue: más vale que Dally no lo vea; y luego, al instante: sí, ya, claro, Merle, buena suerte. Y cuando la vio acercándose en ese mismo momento por la calle, con el cabello al viento como un estandarte agitado por la única fuerza a la que él había jurado lealtad, añadió con reticencia: y tendré que ser yo el que se lo diga.

Ella reaccionó con elegancia, evitó cuidadosamente herir los sentimientos de su padre, se leyó el artículo de arriba abajo, y aunque él no volvió a ver la revista, supo que ella la había puesto a buen recaudo entre sus cosas. Y a partir de ese momento, como una carga que se va acumulando lentamente en un condensador, sólo era cuestión de tiempo que ella partiera a Nueva York impulsada por una irresistible e inmensa oleada de energía.

En Colorado encontraron los restos de una granja, abandonada años atrás, cuando la explotación decayó y la casa sufrió un incendio que dejó tan sólo una nave inmensa e inútil. Merle se dedicó a llenarla hasta el techo de material fotográfico o, si lo prefieren, de objetos de alquimistas: todo tipo de recipientes que abarcaban desde latas abolladas de verduras hasta tarros y botellas que contenían líquidos o polvos de diferentes colores, pasando por vasijas de barro barnizado, de doscientos litros o más, que uno podría levantar vacías pero no tendría por qué, o tubos de cristal de esmeradas curvas y rollos de cobre esparcidos por todas partes, una pequeña forja en un rincón, un generador eléctrico enganchado a una vieja bicicleta, pilas secas y húmedas, electroimanes, quemadores, un horno de recocado, una mesa de trabajo cubierta de lentes, cubetas de revelado, exposímetros, bandejas de secado, lámparas de flash de magnesio, una máquina de bruñir giratoria de gas y otros chismes que Merle casi había olvidado que tenía. Enredaderas cargadas de bayas crecían en las grietas, y las arañas adornaban los marcos de las ventanas con telarañas que, cuando la luz de primera hora de la mañana incidía correctamente, hacían que te quedaras pasmado mirándolas. La mayoría de los que pasaban por allí creían que tenía un alambique; a los chicos del Sheriff les gustaba presentarse a horas intempestivas, y a veces, dependiendo de cómo fuera el día, Merle les endilgaba una farragosa charla científica, lo que los hipnotizaba hasta que se marchaban, decepcionados como siempre. Otros días, los visitantes se veían polarizados en el sentido inverso, por decirlo en términos legales.

—No pude evitar oler lo que estaban preparando aquí. A decir verdad, lo he oído desde la cumbre de la montaña, al otro lado del arroyo. Ahí hay nitro, ¿no?

Merle había visto ya bastante locura rural como para no quitarle ojo a la escopeta que guardaba bajo la mesa.

—Casi. Forma parte de la familia de la nitro. Un pariente lejano, el tipo de pariente al que le pagas para que ni se acerque.

—De vez en cuando me tropiezo con él en mi trabajo.

—Que es...

—Digamos que soy una especie de ingeniero de minas. No tan bien pagado, pero el concepto es el mismo. ¿Le suena la explotación Little Hellkite, de Telluride?

Iba al grano y, que Merle supiera, no llevaba armas de fuego; pasó a presentarse como Webb Traverse.

Dally entró con el ceño fruncido, tras algún encuentro entre la maleza que la había puesto de mal humor.

—Vaya, papá, no tenía ni idea de que hubiera invitados. Déjame que prepare un poco de té y traiga unas galletas, sólo tardaré un momento.

—Oh, no —dijo Webb mirándola con recelo—, en qué estaría pensando, usted debe de estar ocupado...

—Qué va, estaba distraído, acabando el trabajo de la semana. Quédese, veo que su curiosidad es legítima —dijo Merle resplandeciendo como un predicador itinerante ante un pecador prometedor.

Webb hizo un gesto hacia un tarro de azogue comprado en una tienda que había sobre la mesa.

—He visto mucho de eso en el laboratorio —dijo cautelosamente, como si esperara que Merle lo corroborara.

—Los antiguos —dijo Merle, cauteloso también— creían que si se extraía del mercurio todo cuanto no fuera esencial, es decir, el oropel de metal líquido, el brillo, el tacto grasiento, el peso, en fin, todo lo que lo convierte en «mercurio», quedaría esa forma pura sobrenatural para la que todavía no se ha hecho ninguna copela que pueda contenerla, algo que haría que esto de aquí pareciera tan mortecino como la roca trapeana. Mercurio Filosófico, así lo llamaban, que no se encuentra entre los metales de la metalurgia, los elementos de la tabla periódica, los catálogos de la industria, aunque muchos afirman que en realidad no es más que una figura retórica, como la famosa Piedra Filosofal, que supuestamente representaba a Dios o el Secreto de la Felicidad o la Unión con el Todo, y demás. Cuentos chinos. Pero lo cierto es que estas cosas llevan ahí desde siempre, son cosas materiales reales, sólo que no es fácil alcanzarlas, aunque los alquimistas no cejan en su empeño, y es lo que hacemos.

—«Alquimia», ¿es eso lo que se trae entre manos aquí? Pero, hablando del mercurio, hay un compuesto interesante con el que me encuentro a menudo, fulminato me parece que se llama...

—Ingrediente básico del detonador Du Pont, por no mencionar de nuestro bien conocido calibre 44. También hay fulminato de plata, que no es exactamente lo mismo que la «plata fulminante», que estallaría con sólo rozarla con una pluma. Igual que el oro fulminante, si es que tiene gustos más caros.

—¿Cuesta mucho prepararlo?

—Básicamente, tome oro y amoniaco, o plata y ácido nítrico, o mineral de mercurio y ácido fulmínico, que no es más que el viejo ácido prúsico, el amigo del

suicida, patriarca de la familia del cianuro, con un oxígeno añadido, y cuyos gases son igual de venenosos si se aspiran.

Webb negó con la cabeza, como consternado ante el mundo y sus ironías, pero Merle había visto un brillo de gallinero sin vigilar en sus ojos.

—¿Quiere decir que el oro y la plata, esos brillantes y maravillosos metales, fundamento de todas las economías del mundo..., que usted entra en el laboratorio, juguetea un rato con ellos, les echa un poco de ácido y todo lo demás, y obtiene un explosivo de gran potencia que, si estornuda en el momento inoportuno, pues ‘*adiós muchachos*’?

Merle, con una idea precisa de hacia dónde derivaba la conversación, asintió.

—Visto así, podría decirse que ésa es la vertiente *infern*al de la historia.

—Casi le hace a uno pensar que, si existe una Piedra Filosofal, ¿acaso no sería posible que existiera también...?

—Cuidado —dijo Merle.

Webb le miró, casi divertido.

—¿Es algo de lo que a ustedes no les gusta hablar?

—De lo que no podemos hablar. O, al menos, ésa es la tradición.

—Supongo que eso lo pone más fácil.

—¿Para quién?

Webb pudo captar cierta cautela en su tono, pero continuó:

—Por si acaso algún hombre se sintiera tentado...

—Hum. ¿Quién dice que alguien no lo haya hecho ya?

—Ni idea. —Siguió un momento de reflexión, como si fuera incapaz de dejar de pensar—. Pero si la una es una figura de la retórica para Dios y la salvación y todas esas historias, ¿la otra por qué no iba a...?

—Muy bien. Pero háganos un favor a todos, diga «Anti-Piedra». Tiene otro nombre, pero si lo pronunciamos en voz alta tendremos problemas. Claro, probablemente hay tantas almas en pena buscándola como alquimistas verdaderos. Si se piensa en el poder que puede proporcionar, vaya, es casi imposible resistirse a la recompensa.

—Pero usted está resistiéndose, ¿verdad?

—Si usted lo dice.

—No es nada personal. —Webb recorrió con la mirada el pequeño cobertizo.

—Esto es sólo temporal —explicó Merle—, la mansión tiene ratones y nuestros agentes nos están buscando una nueva.

—Ya, y si un camisón para un elefante cuesta dos centavos —intervino Dally—, ¿no podríamos comprar unos pañales para una hormiga meada?

—¿Sabe algo de azogue? ¿Ha trabajado alguna vez de amalgamador?

—De vez en cuando —dijo Merle con cautela—. En Leadville, y en un par de sitios más: divertido mientras dura, pero no creo que pueda considerarse una carrera.

—En Little Hellkite están buscando un amalgamador, visto lo que pasa con la altitud y la aspiración de esos vapores; al actual se le metió en la cabeza que es el Presidente.

—Vaya, ¿el Presidente de...?

—Digámoslo así, un chiquillo con una armónica le sigue a todas partes tocando *Hail to the Chief*. Desafinando. Lanza largas peroratas que nadie entiende, la semana pasada le declaró la guerra al estado de Colorado. Hay que sustituirlo, y rápidamente, pero nadie quiere recurrir a la fuerza, dado que se dice que este tipo de gente tiene poderes sobrehumanos.

—No lo sabe usted bien. Eso sería por Telluride, me ha dicho.

—Es un pueblo precioso, con iglesias, escuelas, un entorno saludable para una jovencita.

Dally resopló.

—Pues a mí me suena más bien al infierno con luz eléctrica, y la escuela tampoco es que sea mi cerveza preferida, caballero, si quisiera perder el tiempo preferiría buscar trabajo de ayudante de dinamitero, créame.

—Pues seguro que pueden conseguirse —dijo Webb—, pero no hace falta que mencionen mi nombre en Little Hellkite, ¿entendido? Allí no se me considera precisamente el minero del mes ahora mismo.

—No se preocupe —dijo Merle—, siempre y cuando la parte de la alquimia tampoco se comente por ahí.

Los dos hombres se miraron, cada uno de ellos bastante seguro de quién era el otro.

—Los ingenieros de minas lo ven con malos ojos —intentó explicar Merle—, todo eso de la antigua superstición de la Edad Oscura, ni por asomo tan científica como la metalurgia moderna. —Hizo una pausa como si quisiera recuperar el aliento—. Pero si se fija en la historia, verá que la química moderna sólo empieza a sustituir a la alquimia casi al mismo tiempo que el capitalismo se pone en marcha definitivamente. Extraño, ¿verdad? ¿Qué le parece?

Webb asintió mostrando su acuerdo.

—Tal vez el *capitalismo* decidió que ya no le hacía falta la vieja magia. —Un énfasis cuyo desprecio intencionado no escapó a la atención de Merle—. ¿Por qué preocuparse? Inventó su propia magia, y les va bien, gracias; en lugar de transformar el plomo en oro, podían exprimir el sudor de los pobres y convertirlo en billetes de banco, y así se guardaban el plomo para mantener el orden.

—Y el oro y la plata...

—Una maldición que ni se imaginan, tal vez. Acumulados ahí, en la cámara acorazada, esperando a...

—¡No lo diga!

Pero Webb se marchó con esa espléndida posibilidad repicándole en la cabeza como un latido: la Anti-Piedra. La Anti-Piedra. Magia útil que podría funcionar

mejor que el tan admirado principio mexicano de la química al servicio de la política. Y no es que la vida no fuera ya bastante peculiar en esas montañas, pero ahí estaba este mago del azogue de lengua suelta, con noticias frescas que tal vez, con suerte, serían incluso mejores, y anunciarían que el día de la riqueza compartida y la promesa, una vez hechos añicos los templos de Mammón —los pobres en marcha, un ejército más numeroso que el de Coxey avanzando entre los escombros—, estaba mucho más cerca. O se volvería tan loco como el actual amalgamador de Little Hellkite, quien al poco tiempo pasó a ser el «antiguo» amalgamador, ya que la siguiente ocasión en que Webb pasó por allí, se enteró de que «el Presidente» había sido sustituido, claro, por Merle Rideout.

Y así fue como Merle y Dally, tras una larga racha yendo de empleo en empleo, acabaron en el condado de San Miguel durante los dos años siguientes, que resultarían ser de los peores en la historia de esas desdichadas montañas. Más adelante, Merle tendría la extraña sensación de que «la fotografía» y «la alquimia» eran sencillamente dos medios para llegar a lo mismo: redimir la luz de la inercia de los metales preciosos. Y tal vez el largo camino que Dally y él habían recorrido por esos mundos no era la consecuencia de una deriva ociosa, sino que se debía a un imperativo secreto, como la fuerza de la gravedad, a causa de toda la plata que había utilizado para revelar las fotografías a lo largo de esos años, como si la plata estuviera viva, poseyera alma y voz propias, y él hubiera trabajado para ella tanto como ella para él.

El 4 de Julio empezó caluroso y se fue haciendo más caluroso todavía, la luz que a primera hora de la mañana iluminaba los picos descendió, invasora; había unas pocas nubes brillantes, estilizadas, sin asomo de promesa de lluvia; la nitro empezaba a rezumar de los cartuchos de dinamita mucho antes de que el sol hubiera dejado atrás la cordillera. Entre los ganaderos y los jinetes del rodeo, la jornada era conocida como «Navidad del Cowboy», pero para Webb Traverse se trataba más bien de la Fiesta Nacional de la Dinamita, aunque muchos católicos sostenían que ésa debía celebrarse el 4 de Diciembre, fiesta de Santa Bárbara, patrona de los artilleros, los armeros y, sin forzar mucho la imaginación, también de los dinamiteros.

Hoy todo el mundo, vaqueros y camareros, empleados de oficina y curtidos rufianes, amables ancianos y atolondrados jóvenes boquiabiertos, acabarían dejándose llevar por la manía dinamitera imperante. Cogían pequeños fragmentos de un cartucho, sujetaban la cápsula detonante y la mecha, los encendían y se los tiraban unos a otros, o los arrojaban a un estanque y tenían fritura de pescado a cualquier hora, o con las explosiones dibujaban en el paisaje formas pintorescas que al día siguiente habrían casi desaparecido, o los metían encendidos en barriles de cerveza vacíos que arrojaban rodando por las laderas de las montañas, y apostaban sobre cuánto se acercarían a la ciudad antes de que todo saltara hecho pedazos...; un día perfecto, ideal, para esa historia de la Propaganda por el Hecho, que se fundía perfectamente con toda la demás percusión.

Webb se levantó de su petate, tambaleándose tras otra noche en la que, más que dormir, había pasado las horas intermitentemente consciente del tiempo. Ya se oían las primeras explosiones por todo el valle. Hoy sería una jornada de trabajo bastante rutinaria, y Webb ansiaba ya pasar un rato en la cantina cuando hubiera acabado. *Zarzuela* esperaba junto a la valla; conocía a Webb desde hacía ya el tiempo suficiente para imaginarse lo que le esperaba ese día: habría explosiones, a las que la potra estaba acostumbrada y que incluso esperaba con ganas.

Webb recorrió el valle y luego subió por el Red Mountain Pass, con las cigarras chirriando a su lado como ecos prolongados de rebotes de balas. Al detenerse al cabo de un rato a buscar agua, se topó con un mulero con guantes y zahones y un sombrero con el ala vuelta hacia abajo, con su perro y una recua de burritos sin atar, conocidos por allí como «Canarios de las Montañas Rocosas». Los encantadores animales, cargados de cajas de dinamita, cápsulas detonantes y mechas, ramoneaban por allí flores silvestres. Webb sintió una especie de vértigo y que le faltaba el aliento, debido a algo que poco tenía que ver con la altitud. Podía oler la gloria en esa nitro. Ningún chino estaba tan familiarizado con su opio como Webb con la sustancia química delicadamente allí preparada. Dejó que su caballo bebiera un poco de agua, pero con la turbadora presencia del deseo nasal, poco dispuesto a fiarse demasiado de su propia voz, se quedó erguido sobre la silla, con semblante serio y anhelante. El mulero también se dio por satisfecho con un simple asentimiento de cabeza,

prefiriendo reservar la voz para la recua. Cuando Webb siguió su camino, el perro se levantó y ladró un rato, no como advertencia ni tampoco irritado, sólo por mostrarse profesional.

Como habían acordado, Veikko estaba esperando junto a una pila de desechos de la vieja mina de Eclipse Union. Webb, que era capaz de juzgar a casi cien metros de distancia el grado de desquiciamiento del finlandés en un determinado día, se fijó en una cantimplora de ocho litros, sin duda llena del licor de patata de elaboración casera que tanto gustaba a todos, colgada del arzón de su silla. También parecían salirle llamas de la cabeza, pero Webb rechazó esa posibilidad atribuyendo el fenómeno a una mala pasada de la luz. Por el aspecto de su rostro, Webb adivinó signos de un inminente dolor de cabeza a causa de la dinamita, después de haber andado mucho tiempo por ahí inhalando vapores de nitro.

—Llegas tarde, Hermano Traverse.

—Yo también preferiría estar de picnic —dijo Webb.

—Estoy de muy mal humor.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Tú eres el que normalmente lo empeoras.

Mantenían conversaciones parecidas una o dos veces por semana. Esa irritación les ayudaba a ambos a llevarse bien, como si fuera un lubricante social.

Veikko era un veterano de los centros de detención de Coeur d'Alene y de la huelga en Cripple Creek por la jornada de ocho horas. No había tardado en ser conocido por todos los niveles de la justicia de la zona, convirtiéndose en uno de los favoritos de la milicia estatal, a cuyos miembros les gustaba comprobar cuántos golpes podía aguantar. Por último fue detenido durante una operación de limpieza general y, con otras dos docenas de mineros sindicalistas, le encerraron en un furgón y le llevaron al sur en el tren Denver & Rio Grande, al otro lado de la invisible frontera de Nuevo México. En el techo iban sentados guardias con ametralladoras, y los presos tenían que mear donde buenamente podían, a veces en la oscuridad, los unos encima de los otros. En plena noche, en el interior del sureño San Juan, el tren se detuvo y oyeron golpes metálicos encima de sus cabezas. La puerta se abrió.

—Fin de trayecto para todos vosotros —dijo una voz hostil, y pocos tuvieron el ánimo de interpretar las palabras más que en el peor sentido. Pero sólo los iban a soltar, para que se marcharan a pie, aunque, en otro gesto innecesario de mezquindad, les quitaron las botas y les advirtieron que se mantuvieran lejos de Colorado, a no ser que la próxima vez quisieran dejarlo en una caja. Resultó que habían ido a parar cerca de una reserva apache y los indios fueron tan amables de acoger a Veikko y algunos otros un tiempo, por no mencionar su buena disposición a compartir una inacabable provisión de cerveza de cactus. A los apaches les parecía gracioso que unos hombres blancos se comportaran tan mal con otros blancos, tratándolos casi como si fueran indios, y algunos llegaron a creer que Colorado, dada su forma, había sido de hecho creado como una reserva para blancos. Alguien sacó un viejo libro escolar de

geografía con un mapa del estado, incluidos los límites de la propia reserva, en el que Colorado aparecía como un rectángulo, de siete grados de longitud de ancho por cuatro grados de latitud de alto; cuatro líneas rectas sobre el papel marcaban las fronteras que a Veikko le habían prohibido cruzar, pero había ríos y montañas donde seguro que la milicia no le aguardaba para dispararle en cuanto pusiera el pie, por lo que pensó que, dado que el exilio de Colorado era algo tan abstracto, mientras se mantuviera alejado de las carreteras podía volver a entrar en el estado cuando quisiera y seguir haciendo lo mismo que antes.

Con Veikko uno tenía básicamente dos opciones de conversación: las técnicas de detonación o su remoto país y la precaria situación que atravesaba, y, sin ir más lejos, Webb nunca le había visto levantar un vaso sin brindar por la caída del Zar ruso y de su malvado virrey el General Bobrikov. Pero a veces Veikko hablaba un poco más y se ponía filosófico. Nunca había percibido grandes diferencias entre el régimen zarista y el capitalismo americano. Luchar contra uno, pensaba, era luchar contra el otro. Una especie de perspectiva universal. «Tal vez incluso fue un poco peor para nosotros llegar a Estados Unidos después de haber oído hablar tanto de “la tierra de los libres”». Creyó que se había escapado de algo y se topó con que la vida aquí era tan miserable y fría como allí, con la misma riqueza sin conciencia, la misma pobre gente en la miseria, el ejército y la policía campando a sus anchas para cometer crueldades en nombre de los patronos, y los patronos dispuestos a cualquier cosa para proteger lo que habían robado. La principal diferencia que veía era que la aristocracia rusa, tras siglos de no creer en nada más que en sus propios derechos, se había ido volviendo débil, neurasténica.

—Pero la aristocracia americana no tiene ni siquiera un siglo de antigüedad, está en plenitud de forma para el combate, curtida por el esfuerzo que le costó adquirir su riqueza, todo un reto. Un buen enemigo.

—¿Crees que son demasiado poderosos para los trabajadores?

Momento en que los ojos de Veikko palidecían y se iluminaban desde dentro, y su voz surgía de una barba abundante y descuidada que delataba, incluso en sus días más calmados, un fanatismo demente: «Nosotros somos su fuerza, sin nosotros son impotentes, nosotros somos ellos», y así sucesivamente. Webb había aprendido que si se quedaba callado y esperaba, esos accesos acababan pasando, y al poco el finlandés volvía a su yo habitual, impasible como siempre, y de nuevo buscaba el vodka con gesto sociable.

Sin embargo, en ese momento Webb se fijó en que Veikko había estado sentado leyendo una y otra vez para sí una ajada postal de Finlandia, con una expresión preocupada en el rostro mientras un rubor aparecía lentamente alrededor de sus ojos.

—Mira. Éstos no son sellos auténticos —dijo Veikko—, son dibujos de sellos. Los rusos ya no permiten los sellos finlandeses, tenemos que usar los suyos. ¿Estos matasellos? Tampoco son auténticos. Son dibujos de matasellos. Éste, el 14 de agosto

de 1900, fue el último día que pudimos utilizar nuestros sellos para mandar correo al extranjero.

—Así que ésta es una postal con un dibujo de lo que eran las postales antes de los rusos. ¿Es eso lo que significa *Minneskort*?

—Tarjeta de memoria. Un recuerdo de un recuerdo. —Era una postal que le enviaba su hermana desde Finlandia—. Nada en particular. Lo censuran todo. Nada que pueda causar problemas a nadie. Noticias de la familia; de mi desquiciada familia. —Le pasó a Webb la cantimplora de vodka.

—Esperaré.

—Yo no.

Veikko, que era el tipo de dinamitero al que le gustaba ver la explosión, había traído consigo una caja magnética de roble y una gran bobina de cable, mientras que Webb, más prudente y prefiriendo mantenerse lo más lejos posible, tendía a optar por el dispositivo de dos dólares Ingersoll o de efecto retardado. Su objetivo era un puente del ferrocarril sobre un pequeño cañón, en un apartadero entre la línea principal y Relámpagos, una ciudad minera al nordeste de Silverton. Un trabajo bastante sencillo: cuatro caballetes de diferentes alturas sostenían algunos puntales de hierro Fink. Webb y Veikko se enzarzaron en la discusión habitual sobre si volar el armatoste en ese mismo momento o esperar a que pasase un tren.

—Ya sabes cómo son los propietarios —dijo Veikko—, vagos hijos de puta que no se molestan en ensillar, toman trenes para ir a cualquier parte. Volamos el tren y a lo mejor nos llevamos un par de ellos por delante.

—No me voy a pasar el día entero aquí sentado esperando a un tren que, probablemente, hoy no funcione, son tres días de fiesta seguidos.

—*Aitisi nai poroja* —replicó Veikko, un cumplido ya rutinario desde hacía mucho, y que venía a significar «tu madre jode renos».

Lo más delicado de todo, creía Webb desde hacía tiempo, era la elección de los objetivos, pues resultaba muy difícil encontrar el tiempo requerido para pensárselo bien, bajo la presión de las cargas cotidianas del deber y el trabajo duro y, con más frecuencia de lo que se podría imaginar, del pesar. Sabía Dios que los propietarios y los administradores de minas merecían volar por los aires, pero habían aprendido a protegerse bien. La posibilidad de ir a por sus propiedades, como fabricas o minas, tampoco era una idea muy brillante, pues, dada la naturaleza de la codicia empresarial, en esos lugares se trabajaba en tres turnos, y los hombres que probablemente acabaran muriendo serían mineros, incluidos los niños que trabajaban como ayudantes y entibadores, los mismos que mueren cuando carga el ejército. Y a ningún propietario le importaban media mierda las vidas de los trabajadores, ni que decir tiene, salvo para definirlos como Víctimas Inocentes en cuyo nombre esbirros uniformados salían a abatir a los Monstruos que Realizaron el Acto.

Y lo que era peor aún, y podía irritar de verdad a un auténtico dinamitero, es que algunas de esas explosiones, las más letales de hecho, ni siquiera las provocaban los

anarquistas sino los mismos propietarios. Imagínenselo. Ahí estaba la nitro, el medio de la verdad, utilizado por esos cabrones criminales para contar sus mentiras. Mierda. La primera vez que Webb vio pruebas contundentes de que pasaba eso, se sintió como un niño a punto de llorar. Llorar por que el mundo supiera tan poco lo que le convenía.

Y eso dejaba pocos objetivos preciosos, salvo el ferrocarril. Lo cual ya le parecía bien a Webb, pues el ferrocarril siempre había sido el principal enemigo, desde hacía generaciones. Granjeros, ganaderos, indios cazadores de bisontes, chinos que tendían los raíles, pasajeros en los accidentes de tren, fueras quien fueras por aquí, tarde o temprano tenías un encontronazo con el ferrocarril. A lo largo de los años, había trabajado como peón lo suficiente como para saber al menos dónde emplazar las cargas para que hicieran el mayor bien.

Cogieron cuerda y ataron juntos los cartuchos. Webb era un decidido partidario de la gelatina, que te permitía dar forma a la carga y dirigir mejor la explosión, pero eso sólo tenía sentido con un tiempo más frío. Con un ojo avizor a las serpientes, siguieron el camino por el riachuelo de aguas poco profundas, colocando las cargas a la sombra siempre que podían y amontonando rocas y tierra a su alrededor. Era un día tranquilo, sin viento. Un gavilán colirrojo, posado cerca, parecía mirarlos, lo que los situaba en la misma categoría de los roedores campestres. Y lo que a su vez situaba al halcón en la misma categoría de un administrador de minas... Webb sacudió la cabeza con gesto de irritación. No se tenía en gran estima cuando desvariaba de ese modo. Era siempre cuestión de no bajar la guardia un instante, de ir paso a paso, ya había visto a demasiados buenos hermanos y hermanas morder el polvo o acabar en la oscuridad insondable del fondo de algún pozo como pago por su falta de atención. La verdad, si hubiera sabido lo que costaba, el coste total, extendido a lo largo de una vida entera, a veces no sabía si se habría apuntado.

La trayectoria de Webb hacia la comunión del trabajo, que había ocupado hasta tal punto su vida, empezó en Cripple Creek, que por aquellos días florecía como una deliciosa flor venenosa entre sus escoriales, cuadras, cantinas y salones de juegos. Era una época en que, en Cripple y Victor, en Leadville y Creede, los hombres buscaban el camino hacia las vetas indestructibles de su propia naturaleza secreta, aprendiendo los verdaderos nombres del deseo, que, al pronunciarse, o eso soñaban, abrirían paso a través de las montañas hacia todo lo que les había sido negado. Sobre todo en sueños fragmentarios e interrumpidos a destiempo antes del alba, Webb se encontraba de pie, en una línea divisoria, mirando hacia el oeste en medio de un gran torrente promisorio, algo parecido a un viento, o puede que a la luz, libre de las esperanzas frustradas y del humo pestilente que venía del este; humo sacrificial, es posible, pero que no ascendía al Cielo, sino que sólo se elevaba lo suficiente para ser inhalado, hacer enfermar y acortar incontables vidas, para cambiar el color de la luz del día y hurtar a los paseantes nocturnos las estrellas que recordaban de tiempos más juveniles. Luego se despertaba al nuevo día y sus terrores. El sendero de vuelta a ese

lugar elevado y la promesa luminosa no pasaba por Cripple, aunque Cripple serviría, no había más remedio, pero las esperanzas se corroerían hasta desmenuzarse: noches de whisky, hijas de esclavos, partidas de faro amañadas, damas que se ganaban peligrosamente la vida.

Una noche, en los Billares de Shorty, un jugador había golpeado su bola blanca en la apertura, tal vez con demasiada fuerza y sin mucho efecto, contra el triángulo de bolas brillantes, que estaban confeccionadas con una variedad recién patentada de celuloide. Al ser golpeada, la primera bola estalló, iniciando una cadena de explosiones por toda la mesa. Confundiendo los estallidos con disparos, varios de los clientes sacaron sus pistolas sin pararse a pensar y contribuyeron a aumentar la confusión. «Bonita tacada», se oyó comentar a alguien antes de que el ruido fuera ensordecedor. Webb, paralizado de terror, pospuso la posibilidad de tirarse al suelo y ponerse a cubierto hasta que todo hubo acabado, y al cabo de un rato se dio cuenta de que había permanecido de pie en una sala llena de plomo volante sin que le alcanzara ni una sola bala. ¿Cómo era posible? Ya en la calle, caminando sin sombrero y confuso, se topó con el Reverendo Moss Gatlin, que en ese momento bajaba tambaleándose un largo tramo de escaleras de madera, tras una estancia en Fleurette's Cloudtop Retreat, y no iba lo que se dice buscando almas extraviadas, lo cual no impidió que Webb, en una torrencial explicación, le contara al Reverendo todo sobre su milagrosa supervivencia.

—Hermano, somos las bolas rayadas y lisas en la mesa de billar de la existencia mundana —explicó el Reverendo—, y Dios y sus ángeles son los tramposos que nos mantienen siempre en movimiento.

En lugar de despreciar el comentario como la monserga de predicador que seguramente era, Webb, en lo que uno tendría que denominar un estado de receptividad acrecentada, se quedó allí pasmado, como si estuviera rodeado de minas, durante un cuarto de hora después de que el Reverendo se hubiera marchado, sin que nadie en el pernicioso bullicio de Myers Street se fijara en él, y al domingo siguiente se le vio en la trastienda del garito de faro donde el Reverendo Gatlin predicaba, escuchando como si algo verdaderamente importante, puede que todo, dependiera del sermón, que se basaba en Mateo 4, 18 y 19:

—Y Jesús, caminando junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andrés, lanzando una red al mar, pues eran pescadores.

»Y les dijo: seguidme y os convertiré en pescadores de hombres.

»Y Jesús —explicó Moss— camina junto a un lago americano, algún estanque en las montañas, ve a Billy y a su hermano Pete lanzando cartuchos de dinamita al lago, pues son dinamiteros, para recoger cuanto queda luego flotando en la superficie. ¿Qué piensa Jesús y qué les dice? ¿De qué los hará pescadores?

»Porque la dinamita es tanto la maldición del minero, el signo exterior y audible de su esclavitud a la extracción del mineral, como el arma letal del trabajador americano, su agente de liberación, con que sólo se atreviera a usarla... Cada vez que

estalla un cartucho al servicio de los propietarios, una explosión convertible, al final de una cadena contable, en sumas de dólares que ningún minero verá jamás, tendrá que haber una entrada correspondiente en la otra página del libro de contabilidad de Dios, convertible en la libertad humana que ningún propietario está dispuesto a conceder.

»Habréis escuchado la idea de que no hay burgués inocente. La expresó uno de esos anarquistas franceses, un tal Émile Henry, cuando iba camino de la guillotina, aunque otros dicen que fue Vaillant cuando le juzgaron por poner una bomba en la Cámara de Diputados. Respondamos a la cuestión: ¿cómo puede alguien hacer estallar una bomba que se cobrará vidas inocentes?

—¡Con una mecha larga! —gritó alguien servicialmente.

—¡Es más fácil con un temporizador!

—Consideradlo —dijo cuando los comentarios se hubieron apagado— como el Pecado Original, sólo que con excepciones. Haber nacido no te convierte automáticamente en inocente. Pero cuando llegas a un momento en tu vida en que entiendes quién te está jodiendo, perdóname, Señor, quién se aprovecha y quién no, entonces tienes que decidir cuánto estás dispuesto a aceptar. Si no consagras hasta el último aliento de cada día, durmiendo y despierto, a destruir a aquellos que masacran a los inocentes con la misma facilidad con que firman un cheque, entonces, ¿hasta qué punto puedes considerarte inocente? Y es a partir de esos términos absolutos como debe negociarse el día a día.

El sermón habría supuesto algo así como un renacimiento para Webb, de no ser porque él nunca había sido muy religioso, ni tampoco ningún miembro de su familia, un viejo clan originario del sur de Pensilvania, cerca de la línea Mason-Dixon. La Guerra de Secesión, que consumió buena parte de la infancia de Webb, también dividió la familia, de manera que poco después de acabado el conflicto se encontró al fondo de una carreta que se dirigía al oeste, aproximadamente en la misma época en que otros Traverse, rebeldes irreductibles, optaban por encaminarse hacia México. Pero, bueno, tanto da.

En la otra orilla del Ohio, en una ciudad montañosa cuyo nombre no tardó en olvidar, había una chica de cabello moreno de la edad de Webb, cuyo nombre, Teresa, nunca olvidaría. Un día paseaban junto a las rodadas de las carretas, al otro lado de una cerca las colinas se perdían en la lejanía, el cielo estaba anubarrado, puede que fuera un paseo entre dos chaparrones, y el joven Webb se disponía a descargar su corazón, que, como el cielo, estaba a punto de revelar algo que le desbordaba. Casi se lo dijo. Ambos parecían verlo venir, y más tarde, cuando se dirigía hacia el oeste, llevó consigo aquel silencio que habían tendido entre sí hasta que ya nada tuvo sentido. Debería haberse quedado, saltado a hurtadillas de las carretas, corrido de vuelta hacia ella. Ella podría haber encontrado un modo de seguirle, también es verdad, pero eso no era más que un sueño, aunque él no sabía, ni sabría nunca, lo que ella sentía.

La deriva hacia el oeste se prolongó otros nueve o puede que diez años más, sobre la pradera ondulada, a través de las espiguillas colgantes, entre urogallos de las artemisas que levantaban el vuelo, por los pavorosos silencios cuando los cielos se ennegrecían en medio de la vasta llanura, huyendo a la carrera de ciclones e incendios en las praderas, zigzagueando cuesta arriba por la vertiente oriental de las Rocosas a través de prados de orejas de mula y botones de plata, salvando más tarde la gran cumbre mellada, para llegar al final a estas impías montañas en las que Webb se hizo hombre y que no había abandonado desde entonces, en cuyas profundidades se había aventurado a la búsqueda de oro y plata, en cuyas cimas siempre había luchado, sin descanso, por respirar.

A esas alturas sus padres habían muerto, y le habían dejado poco más que el viejo Colt Confederado de doce cilindros de su tío Fletcher, cuyo metal se cuidaba de mantener bruñido, y por el que había tenido que soportar comentarios como «Es más grande que tú, Webbie», aunque él no dejaba de practicar siempre que podía, hasta que un día descubrió que acertaba a más de la mitad de todas las hileras de latas de alubias.

En Leadville, el año en que llegó el alumbrado de gas, vio a Mayva Dash bailando sobre la barra del Saloon de Pap Wyman con botas altas y cuentas azabache, mientras transportistas, peones y temporeros de las minas de barbas grasientas gritaban cada vez que levantaba una pierna o hacía una pirueta, llegando incluso a quitarse el puro de la boca antes de chillar.

—Sí, hijos, puede que os parezca raro, pero vuestra madre era una corista cuando nos conocimos.

—Les estás dando una idea equivocada —fingió quejarse ella—. Siempre he trabajado por mi cuenta.

—Tú le pagabas a aquel camarero.

—Todos le pagábamos.

—Tal como él lo veía, eso significaba trabajar para él.

—¿Te lo dijo él?

—No, Adolph no, sino el otro, ¿Ernst?

—¿Aquel del bigote esmirriado, que hablaba como un extranjero?

—Ése.

—Estaba solo, nada más. Se creía que todas íbamos a ser sus concubinas, lo que por lo visto era un acuerdo habitual, según él, allá de donde procedía.

La ciudad, fundada hacía poco, ya se estaba ennegreciendo con la escoria; en todos los callejones y hasta el campo de los alrededores se la veía acumulándose en grandes montañas envenenadas. No era precisamente un lugar donde uno esperaría que floreciera el amor, pero, casi sin darse cuenta, estaban casados y vivían en la Quinta Este, en el barrio finlandés, entre pilas de desperdicios. Una noche, cuando había acabado su turno de trabajo, Webb oyó un estruendo tremendo en la callejuela conocida como St. Louis Avenue, y allí estaba Veikko Rautavaara, sosteniendo

firmermente una jarra de vodka con una mano mientras se peleaba con varios guardias del campamento con la otra. Para tratarse de un tipo enclenque, Webb podía ser una fuerza formidable en esos bretes, pero cuando se metió, el trabajo más duro estaba ya hecho: Veikko sangraba pero se mantenía firme sobre sus pies, mientras los mercenarios yacían cuan largos eran sobre la acera o se alejaban cojeando. Cuando Webb lo llevó de vuelta a casa, Mayva arqueó una ceja:

—Me alegra comprobar que la vida de casado no te ha ablandado, cariño.

Ella siguió trabajando en la cantina de Pap Wyman hasta que no le cupo duda de que Reef estaba de camino. Los niños fueron todos bebés de la fiebre de la plata, por entonces en su momento álgido, pero ya camino del desastre de la Abrogación.

—Me han dado un full de mano —le gustaba decir a Webb—, de jotas y reinas, a no ser que cuentes a tu madre como as de picas.

—La carta de la muerte —murmuraba ella—, muchas gracias.

—Pero, amada mía —replicaba Webb, todo ingenuidad—, ¡lo he dicho como un cumplido!

Pasaron tal vez uno o dos años que no fueron demasiado agobiantes. Webb se los llevó a todos a Denver y le compró a Mayva una elegante pipa de escaramujo que reemplazó la ajada mazorca de maíz que solía fumar. Comían helados en un café bar. Fueron a Colorado Springs, se hospedaron en el Antlers Hotel y subieron al ferrocarril de cremallera hasta Pike's Peak.

Aunque es posible que a lo largo de un par de años, mientras trabajaba esporádicamente en el ferrocarril, Webb viera algún rayo de luz del sol, siempre acababa regresando abajo, a algún agujero de alguna montaña, a limpiar escoria, o entibar, o lo que le saliera. Leadville, creyéndose la beneficiaria elegida por Dios cuando se redescubrió el antiguo filón en 1892, quedó casi devastada por la Abrogación, y otro tanto le pasó a Creede, que se vio golpeada a traición después de una semana entera de jarana con ocasión del funeral de Bob Ford. Las ciudades del ferrocarril, como Durango, Grand Junction, Montrose y demás, resultaban bastante más convencionales en comparación, y de ellas Webb recordaba sobre todo la luz del sol. Telluride era más bien como una excursión a un perverso centro de diversión, donde el alumbrado eléctrico nocturno, con su extremada e implacable blancura, generaba un barrio de mala fama, poblado de sueños plateados, con partidas de póquer interminables, prácticas eróticas en solares de chabolas, fumaderos de opio chinos que la mayoría de los chinos de la ciudad tenían la sensatez de no frecuentar, extranjeros desquiciados que chillaban y se lanzaban cuesta abajo en la oscuridad con la idea fija de demoler algo.

En 1893, después de que la nación entera, de un modo u otro, hubiera superado con un agotador ejercicio moral la abrogación del Acta de la Plata, que acabó con el Estándar Oro recuperando su antigua tiranía, siguieron tiempos más tranquilos, y Webb y su familia viajaron constantemente de un sitio a otro, hasta llegar al condado de Huérfano, donde se trabajaba en la extracción de carbón, cuando Ed Farr era

todavía sheriff, antes de que lo mataran ladrones de ferrocarriles cerca de Cimarrón, y Webb volvía a casa con la cara ennegrecida y tan irreconocible que los niños o se partían de risa o huían de él gritando. Más tarde, en Montrose, vivieron todos en una pequeña chabola, en parte tienda de campaña, en parte cobertizo, en el solar trasero de una pensión que, de hecho, era poco más que una choza. Lake ayudaba en las tareas domésticas, Reef y Frank traían sacos de patatas de la carreta, aunque a veces también trabajaban en el turno de noche de las cocinas o, a medida que los campamentos de oro empezaron a recuperarse, descendían a cualquiera de aquellos yacimientos en las laderas de las montañas; Reef, antes de irse de casa para siempre, trabajó una temporada en el mismo turno que su padre, recogiendo el mineral suelto, cargándolo en vagonetas que empujaba hasta el montacargas, una y otra vez. No tardó en aborrecer ese trabajo, y Webb, que lo entendía, nunca se lo recriminó. Cuando Webb y los chicos trabajaban en turnos distintos, Mayva casi no paraba las veinticuatro horas del día, cocinando empanadillas de Cornualles a docenas para que se las llevaran al agujero, empanadillas a las que las esposas de Cornualles de Jacktown le habían enseñado a añadir rodajas de manzana, aparte de la carne y las patatas; luego les preparaba algo caliente cuando regresaban, hambrientos como osos.

A medida que Webb ascendía de peón de carga a barrenero y, más tarde, a ayudante del capataz, iba aprendiendo los arcanos de la dinamita, hasta conocerlos todos. O al menos eso creía. Incluso en su tiempo libre se lo pasaba en grande jugando con aquel material deprimente, lo que desquiciaba a Mayva, aunque ninguna de sus quejas tuvo el menor efecto, pues él siempre estaba fuera, en algún prado de hierba alta o en la parte trasera de algún vertedero, agachado detrás de una roca, con aquel brillo de zorro en la mirada, temblando, esperando alguna de sus preciosas explosiones. Cuando creyó que habían alcanzado la edad apropiada, empezó a llevarse consigo a los niños, uno por uno, y cada uno se lo tomó a su manera. No había forma de adivinar, sólo por las reacciones que veía, cuál de ellos se convertiría en un buen dinamitero. Y lo cierto era que Webb tampoco tenía muy claro si quería que alguno se metiera muy a fondo en el mundo de la dinamita.

Reef no decía gran cosa, pero sus ojos adoptaban una bizquera que, cuando la veías, aprendías a andarte con cuidado. Frank era más curioso, al modo de los niños atraídos por la ingeniería, y procuraba volar cualquier configuración del terreno que le dejara Webb, sólo por ver si había alguna regla general. Cuando fue el turno del pequeño Kit, al niño ya le hacía gracia por lo que había visto en un espectáculo de una verbena en Olathe, donde un titiritero cargado de dinamita había saltado por los aires y salido de la explosión como si nada, de lo cual coligió que podía volarse a cualquiera una y otra vez y que lo peor que podía pasarles es que resultaran cómicamente ridiculizados, así que tras la primera lección estaba resuelto a ir corriendo a dinamitar maestros de escuela, jefes de turno, dueños de almacén y a cualquiera que en algún momento le pudiera incordiar, y requirió una vigilancia especial para mantenerlo alejado de la serie de pequeños arsenales de explosivos de

Webb. Lake, bendita sea, no puso mala cara ni se tapó los oídos, ni suspiró aburrida ni hizo nada de lo que los chicos imaginaban que haría. Entendió el funcionamiento al instante, y la primera vez provocó una espléndida onda expansiva de gran radio, creando varias toneladas de roca trapeana..., tal vez sonriendo para sus adentros del modo en que ya había empezado a sonreír.

La cuestión de qué partido debía tomar —en oposición al que de hecho tomaba— había atormentado a Webb durante buena parte de su vida, desde los tiempos de los Billares de Shorty en Cripple, una cuestión que, en realidad, nunca llegó a resolver del todo. Si hubiera disfrutado del lujo del tiempo, y no hubiera tenido nada más que hacer que apoyar los pies en la barandilla de madera de un porche, liar un cigarrillo, contemplar las colinas, dejar que la brisa le acariciara, claro que lo habría resuelto; pero tal como fue su vida, no dispuso ni de un minuto que no perteneciera a otra persona. Cualquier discusión sobre temas más profundos, como en qué seguir insistiendo, qué pasar por alto, cuánto debía a quién, sólo pudo plantearla sobre la marcha, con gente de la que, como mucho, esperaba que no le delatara.

—No tengo claro si a veces no hubiera estado mejor sin todas esas obligaciones familiares —reconoció en una ocasión ante el Reverendo Moss, quien carecía de autoridad para absolver los pecados de su rebaño de dinamiteros, pero lo compensaba con un apetito sin fin de escuchar sus lamentos—. Poder trabajar solo —murmuró Webb—, con margen de maniobra.

—Tal vez no. —Y el Reverendo soltó su teoría y práctica de la resistencia al poder—. Si llevaras una vida clandestina, irían a por ti. Odian a los solitarios. Los huelen. El mejor disfraz es no disfrazarse. Debes formar parte del mundo normal, cotidiano, estar en él, ser de él. Un hombre como tú, con mujer e hijos, es el último de quien sospecharían, porque tienes demasiado que perder; nadie, ni siquiera el más duro, puede ser tan duro, es lo que creen, nadie está dispuesto a arriesgarse a perder tanto.

—Pues no se equivocan, yo no lo estoy.

El Reverendo se encogió de hombros.

—Entonces no seas más de lo que pareces.

—Pero es que no puedo...

El Reverendo, que casi nunca sonreía, estaba a punto de esbozar una sonrisa en ese momento.

—No, no puedes —dijo asintiendo—. Y Dios te bendiga por eso, hermano de clase.

—¿Le importaría decirme cuándo voy a dormir?

—¿Dormir?, pues cuando te duermas. ¿Es eso lo único que te preocupa?

—Lo que pasa es que no me gustaría dormir donde pudieran pillarme, necesito una cama segura en algún sitio.

—Algún lugar secreto. La palabrita otra vez... Si quieres aparentar que eres normal no puedes tener demasiados secretos, ¿verdad?

Y sin embargo, ¿qué seguridad podía ofrecer el Mundo Normal de Colorado, con la muerte acechando en cada esquina, cuando todo podía perderse en un suspiro, con tanta rapidez como una avalancha? No se trataba de que el Reverendo quisiera el Paraíso, se habría dado por satisfecho con algún sitio donde los hombres no tuvieran que enzarzarse como perros en una refriega por empleos que destruían los pulmones y que reportaban, en el mejor de los casos, tres benditos dólares y cincuenta centavos al día, un lugar donde se cobraran salarios dignos y existiera el derecho a organizarse, porque un hombre solo era una mula trastabillando por el filo del sendero montañoso de la vida, a punto de ser aplastada o empujada a patadas al vacío.

Resultó que el Reverendo era una víctima más de la Rebelión.

—Y así encontramos de nuevo nuestro querido y viejo Sur, aunque no exactamente el tipo de redención en el que pensábamos. En lugar de la vieja plantación, esta vez era más probable que se tratase de una mina de plata, y los esclavos Negros éramos ahora nosotros. Los propietarios descubrieron que podían explotarnos igual, peor aún, incluso con menos piedad, nos ridiculizaban y asustaban tanto como nuestros padres habían hecho con los esclavos una generación antes, y la gran diferencia radicaba en que si huíamos, ellos con toda seguridad no correrían a perseguirnos, no les harían falta leyes de fugas, simplemente dirían: pues muy bien, ahí os podréis, siempre encontraremos a otros que trabajarán barato...

—Eso es cruel, Reverendo.

—Es posible, pero tenemos lo que merecemos.

En Colorado, aquellos días la atmósfera estaba tan viciada que los propietarios estaban predispuestos a creerse cualquier cosa de cualquiera. Contrataban lo que denominaban «detectives», quienes empezaron a redactar informes sobre personas sospechosas. La práctica rápidamente se convirtió en costumbre. Tal como funcionaban las técnicas burocráticas, no se trató de un paso muy radical, ni siquiera la primera vez que se dio, y antes de que nadie se percatara, se había convertido en un ejercicio rutinario y casi invisible.

Y de ese modo, Webb pasó rápidamente a los expedientes, aunque ¿qué era lo que a primera vista lo volvía tan peligroso? No parecía más que un soldado raso en la Federación Occidental de Mineros, pero puede que aquellos bastardos anarquistas ocultaran sus antecedentes. Podría estar conspirando *en secreto*. Juramentos a medianoche, tinta invisible. No sería ni el primero ni el único. Y parecía desplazarse mucho, demasiado para un hombre con familia, se diría, y siempre tenía dinero, no grandes sumas, pero más de lo que se esperaría encontrar en los bolsillos de alguien que cobra un salario de minero... Un buen trabajador, no de los que son despedidos una y otra vez, no, siempre era él el que abandonaba el empleo, iba de campamento en campamento, y de algún modo con él siempre llegaban los problemas. Bueno, no siempre, la verdad. Pero ¿cuántas veces hacían falta para que algo dejara de ser una coincidencia y se considerara una pauta?

Así que empezaron a incordiarlo. Poca cosa. Avisos del jefe de turno. Convocatorias a entrevistas en el despacho. Humillaciones por cargar poco peso o incumplir los horarios. Expulsiones de las cantinas y cuentas bruscamente cerradas en las tiendas. Tareas en vertientes rocosas y túneles menos cómodas e incluso peligrosas. Los niños crecieron viendo cómo echaban a Webb de los sitios, cada vez con mayor frecuencia a medida que pasaban los años, a menudo estando ellos presentes, sobre todo Frank. Le recogían el sombrero, le ayudaban a recuperar la verticalidad. Dado que sabía que tenía público, Webb procuraba que pareciera lo más divertido posible.

—¿Por qué lo hacen, papá?

—Oh, tal vez tenga alguna intención educativa. ¿Has llevado la cuenta, como te pedí, de quién lo hace?

—Almacenes, cantinas y casas de comida básicamente.

—¿Y de los nombres y las caras? —Y ellos le decían lo que recordaban—. ¿Y os habéis fijado en que algunos dan excusas inventadas y otros sencillamente dicen sal de una puta vez de aquí?

—Sí, pero...

—Pues bien, eso merece que le prestéis una atención detenida, niños. Son variedades de hipócrita. Es como aprender las diferentes clases de plantas venenosas, unas matarán el ganado, otras os matarán a vosotros, pero si las usáis como es debido, algunas, lo creáis o no, os curarán. No hay nada vegetal ni humano que no tenga su utilidad, acordaos de lo que os digo. Salvo, quizás, los propietarios de las minas y los cerdos de sus soplones.

Siempre que disponía de un minuto, procuraba transmitirles lo que creía que deberían saber, aunque nunca había tiempo.

—Mirad. Esto es lo más precioso que poseo. —Sacó de la cartera el carné del sindicato y se lo enseñó, uno por uno—. Estas palabras de aquí —añadió señalando el lema escrito en el dorso del carné— resumen a lo que se reduce todo; no las escucharéis en la escuela, donde a lo mejor os hablan del Discurso de Gettysburg, la Declaración de Independencia y cosas así, pero si no aprendéis otra cosa, aprendeos al menos esto de memoria, lo que aquí reza: «El trabajo produce toda la riqueza. Por tanto, la riqueza pertenece al productor». Palabras sencillas y directas. Nada de dobles sentidos como las de los plutócratas, porque con ellos siempre tenéis que entender lo contrario de lo que dicen. Que dicen «libertad», pues entonces es el momento de que os andéis con más cuidado: cuando empiezan a deciros lo libres que sois, es que pasa algo; sin que os deis cuenta las puertas se han cerrado de golpe, y ahí está el Capitán mirándoos raro. ¿«Reforma»? más cerdos metiendo el hocico en el pesebre. «Compasión» significa que la población de hambrientos, sin techo y muertos está a punto de multiplicarse. Y así sucesivamente. Se podría escribir un libro entero de expresiones extranjeras sólo con lo que los Republicanos tienen que decir.

Frank siempre había tomado a Webb por lo que parecía ser: un minero decente y aplicado, exprimido hasta la última gota, que nunca recibía más que una mínima fracción de lo que en realidad valía su trabajo. Desde muy pronto, Frank había resuelto por sí solo hacerlo mejor, tal vez licenciarse algún día como ingeniero, ser capaz de controlar un poco más su propio futuro, o al menos de no tener que trabajar tan incansablemente. En esa idea no le parecía que hubiera nada malo, y Webb no tenía corazón para discutir con él.

Reef, por su parte, había captado desde muy pronto que detrás de aquella afable pose de hombre de familia recto y trabajador se ocultaba la rabia, que no le resultaba ajena a él mismo, y empezó a desear desesperadamente, a medida que los insultos se multiplicaban, poseer la capacidad de destruir con la sola fuerza de su deseo, que le bastara señalar o mirar con la suficiente ferocidad a cualquiera de los mercenarios de los propietarios para hacerlos saltar en brillantes, y preferiblemente ruidosas, explosiones en llamas. Acabó convenciéndose de que Webb poseía, si no exactamente la facultad de aplicar una justicia instantánea, sí al menos una vida secreta en la que, al caer la noche, se ponía, digamos, un sombrero y un guardapolvo mágicos que lo tornaban invisible e iba por los caminos, lúgubre y concentrado, para hacer la obra del hombre, por no decir la de Dios, dos fuerzas que, según el Reverendo Gatlin, tienen la misma voz. O incluso que poseía algún poder sobrenatural, como por ejemplo multiplicarse para estar en varios sitios a la vez... Pero a Reef no se le ocurría cómo hablar de nada de eso con Webb. Le habría suplicado que le dejase trabajar con él como aprendiz y cómplice, aceptando cualquier trabajo pesado, pero Webb solía hacer oídos sordos a las súplicas, a veces, de hecho, con malas maneras.

—No supliques nunca, ¿me entiendes? No supliquéis ninguno de vosotros, joder, jamás, ni a mí ni a nadie, por nada. —Una palabrota introducida oportunamente en la lección formaba parte de la teoría de la educación de Webb.

Pero lo que dificultaba todavía más la intención de Reef de llegar a convertirse en el compadre de medianoche de su papá era su propia reticencia a dejarse llevar por una de esas rabietas imponentes que eran privilegio exclusivo de los padres, y que él a veces era capaz de reconocer como una mediocre interpretación puesta en escena por comodidad, pero, conocedor de las verdaderas profundidades de la ira de Webb, todavía no se veía con ánimo para enfrentarse a ellas. De manera que optó por aprovechar las confidencias que accidentalmente se le escapaban de vez en cuando.

—Hay una lista negra —les comunicó Webb un día—, en Washington D.C., con todos los que ellos creen que no hacen nada bueno; la lleva el Servicio Secreto de Estados Unidos.

—Creía que esos chicos se dedicaban a impedir que dispararan al Presidente —dijo Reef.

—Según la ley, a eso se dedican, y a perseguir falsificadores. Pero no hay ninguna ley que diga que no puedan prestar sus agentes a cualquiera que necesite, pongamos,

un tipo secreto de individuo. Así que esos agentes federales están de hecho por todas partes, y en ningún sitio hay tantos por metro cuadrado como en Colorado.

—Anda ya, papá, ¿dónde estamos, en Rusia?

—Más te vale que abras bien los ojos, que vas camino de un precipicio.

Se trataba de algo más que las habituales advertencias en broma. Webb estaba preocupado, y Reef supuso que era por aparecer en esa lista. Cuando Webb no sonreía, circunstancia que cada vez más se alargaba durante días, parecía más viejo. Por supuesto, cuando sonreía, las orejas puntiagudas, la nariz, la barbilla, las arrugas de un lado al otro de la cara, las cejas alegremente enmarañadas, todo revelaba un encanto zorruno que se acompañaba siempre de confidencias bien guardadas, consejos ofrecidos con generosidad, rondas pagadas sin vacilación. Pero siempre conservaba, Reef lo notaba, una parte de sí reprimida, a la que los demás no podían llegar. Ese otro Webb vivía por la noche, invisible. Él quería decirle: ¿no te vuelve loco, papá, no te entran ganas de matar a algunos de ellos, y de seguir matando, y no te desquicia que todo el mundo les deje salirse con la suya? Empezó a ir por ahí con conocidos dinamiteros aficionados de su edad y también un poco mayores, cuyo concepto de diversión incluía merodear por los escoriales, beber whisky de garrafa y lanzarse unos a otros un cartucho encendido de dinamita, calculando el tiempo para no estar demasiado cerca cuando estallara.

Alarmada, Mayva le explicó el juego a Webb, que se limitó a encogerse de hombros.

—No es más que el viejo juego de pasarse la dinamita de toda la vida, no hay condado donde no se juegue. Reef sabe lo suficiente para andarse con cuidado con el material, me fío de él.

—Aunque sólo sea para tranquilizarme un poco...

—Claro, hablaré con él.

Encontró a Reef junto a una de las zonas de avalanchas, cerca de Ouray, sentado allí como si esperara algo.

—Me han dicho que tú, Otis y los demás habéis descubierto el juego de Cargar con el Muerto. Es divertido, ¿verdad?

—Hasta ahora. —La sonrisa forzada de Reef era tan falsa que hasta Webb se dio cuenta.

—¿Y no te asusta, hijo?

—No. Un poco. No mucho, diría —añadió con una de esas risas tontas con las que los adolescentes reaccionan a la torpeza de su lengua.

—Pues a mí sí me asusta.

—Ya, ya, claro. —Miró a su padre esperando el resto del chiste.

Webb comprendió que, independientemente de lo en serio que Reef llegara a tomarse aquello algún día, él nunca podría tomarse la dinamita tan a la ligera como su hijo. Miró a Reef con envidia casi manifiesta, pero sin ser capaz, ni de lejos, de reconocer el lado más oscuro, el deseo, la desesperada necesidad de crear un radio de

aniquilación que, si no podía abarcar a aquellos que lo merecían, bien podría alcanzarle a él mismo.

Webb no era un profesor, sólo podía repetir porfiadamente a sus hijos las mismas viejas lecciones, señalar las mismas obvias injusticias, esperar que algo de todo aquello fructificara, y continuar con su propia obra sumido en el más absoluto silencio, con cara de póquer y en solitario, dejando que su rabia alimentara una carga de presión hasta que estuviera lista para hacer algún trabajo útil. Si para eso se requería dinamita, bien, qué se le iba a hacer..., y si requería volverse un extraño para esos niños y parecer una especie de bobo gritón cada vez que se presentaba en casa, y luego, algún día, tarde o temprano, perderlos, perder sus jóvenes miradas limpias, su amor y su confianza, la fe incondicional con la que pronunciaban su nombre, todo cuanto puede romper el corazón de un padre, bien, los niños crecen, y había que aceptar que eso iba incluido en el precio, junto con el tiempo en prisión, los centros de detención, las palizas, los cierres patronales y todo lo demás. Así son las cosas. Webb tendría que dejar aparte sus sentimientos, no sólo el sensiblero cariño a los bebés, sino el tremebundo y real nudo de vacío que se formaba en el centro de su cuerpo cuando se paraba a pensar en todo lo que significaría perderlos. Cuando tenía tiempo de pararse a pensar. Y también eran buenos chicos. Lo único que sabía hacer era ir dando tumbos y soltando golpes, impotente, corriendo el riesgo de que pensarán que estaban dirigidos a ellos, y sin contar con Mayva para que le sacara del apuro, puesto que ella era también el blanco, con mucha frecuencia; en definitiva, no sabía cómo explicárselo a ninguno de ellos. Y tampoco es que fueran a creerle si lo hiciera. No, hacía ya mucho que tal cosa había dejado de ser posible.

—¿Estamos listos?

Veikko se encogió de hombros y alcanzó la palanca del desatascador de la caja magnética.

—Pues acabemos.

Cuatro explosiones muy cercanas, grietas en el tejido del aire y del tiempo, inmisericordes, que rasgueaban los huesos. Respirar parecía una estupidez. Nubes de un amarillo sucio se elevaban cargadas de astillas de madera, sin que soplara ningún viento que se las llevara a ninguna parte. Los raíles y el armazón se combaron hasta caer en el arroyo ahogado en polvo.

Webb y Veikko lo miraban desde el otro lado de un prado de espuelas de caballero y colas de borrego, y a sus espaldas un pequeño arroyo descendía por la ladera de una colina.

—Las he visto peores —dijo Webb asintiendo al cabo de un rato.

—¡Ha sido hermosa! ¿Qué querías, el fin del mundo?

—Basta a cada día su propio mal —dijo Webb encogiéndose de hombros—, claro.

Veikko servía vodka.
—Feliz 4 de Julio, Webb.

Durante años, en Colorado se contarían historias de la asombrosa noche de la víspera del 4 de Julio de 1899, que lo puso todo patas arriba. Al día siguiente habría rodeos, bandas de música y explosiones de dinamita por doquier, pero esa noche lo que hubo fue rayos artificiales, caballos que se volvían locos kilómetros adentro de la pradera debido a la electricidad que les subía en oleadas a través del metal de sus herraduras, unas herraduras que, cuando finalmente cayeron, se guardaron para usarlas en el tejo de los cowboys y en competencias celebradas en importantes ferias, de Fruita a Cheyenne Wells, pues volaban directamente a engancharse en el clavo que había en el suelo o en cualquier otra cosa cercana que fuera de hierro o acero, eso si no estaban recogiendo recuerdos en su vuelo por los aires, sacando las pistolas de los pistoleros de sus fundas y las navajas de debajo de las perneras, las llaves de las habitaciones de hotel a las damas viajeras y las de las cajas fuertes de los despachos, así como chapas de mineros, clavos de vallas, horquillas, todos buscando el recuerdo magnético de aquella antigua visita. Los Veteranos de la Rebelión que se preparaban para desfilar fueron incapaces de conciliar el sueño, pues los elementos metálicos reverberaban a través de sus torrentes sanguíneos. Se encontró a niños que bebieron la leche de las vacas que pastaban cerca apoyados en postes de telégrafos escuchando el tráfico que corría a toda velocidad por los cables tendidos encima de sus cabezas, o yendo a trabajar a despachos de corredores de Bolsa donde, asimétricamente familiarizados con la variación diaria de los precios, pudieron amasar fortunas antes de que nadie se percatara.

Resultó que el joven Kit Traverse participaba en el experimento de alto voltaje que lo había causado todo, pues ese verano trabajaba en Colorado Springs, para el doctor Tesla. A esas alturas, Kit se consideraba un vectorista, habiendo llegado a esa creencia matemática no por ninguna ruta abstracta sino, como la mayoría hasta entonces, por la vía de la Electricidad y su introducción práctica durante la infancia, a un ritmo progresivamente frenético, en vidas previamente ajenas a ella.

Por aquellos días, era un aprendiz de electricista ambulante —«Supongo que podrían llamarme un trotamundos del *circuito*»—, e iba de un valle de las montañas a otro, cuidando de no bajar nunca más a una mina, aceptando cualquier empleo que se le ofreciera, siempre que tuviera algo que ver, aunque fuera remotamente, con la electricidad. La electricidad hacía furor en el sudoeste de Colorado, y casi todos los cursos de agua se cruzaban tarde o temprano con una planta eléctrica privada que alimentaba la maquinaria de una mina o de una fábrica o el alumbrado de las ciudades, plantas que consistían básicamente en un generador de turbina situado bajo uno de los muchos saltos de agua que, dada la altitud de la región, abundaban allá donde uno se tomara la molestia de mirar. Kit era bastante corpulento para su edad y los capataces estaban dispuestos a contratarle fuera cual fuese la edad que hiciera constar en los formularios, eso en el caso de que los hubiera.

Algo, cierta fidelidad o necesidad, que entre los obreros menos cualificados de aquellos días se empezaba a manifestar en forma de lealtad sindical, predisponía a otros estudiantes de ingeniería un poco mayores que él, que solían ir a pasar allí el verano desde el este, de Cornell, Yale u otras universidades, a ayudar a Kit, a dejarle libros que necesitaba, el *Treatise on Electricity and Magnetism*, de 1873, de Maxwell, el más reciente (1893) *Electromagnetic Theory*, de Heaviside, etcétera. En cuanto Kit le cogió el tranquillo a la notación, lo que no le costó mucho tiempo, se puso manos a la obra.

Por lo que sabía, podría haber sido una religión: ahí estaba el dios de la Corriente, transportando la luz, prometiendo la muerte al observador descuidado; ahí estaban las Escrituras, los mandamientos y la liturgia, todo explicado en su sacerdotal lenguaje vectorial, cuyos textos tenía que comprender a medida que llegaban a sus manos, estudiarlos cuando debería estar durmiendo, a la luz de candiles de minero o lámparas de aceite de carbón y a menudo bajo la incandescencia del mismo misterio eléctrico que estaba estudiando, y que alcanzaba a comprender un poco al azar, sólo por su anhelo, a lo largo de la jornada laboral, de *ver* —directamente, sin ecuaciones, del modo en que lo había hecho Faraday, según, al menos, la leyenda— qué pasaba dentro de los circuitos con los que estaba obligado a trabajar. Lo que le parecía muy bien. Al cabo de un tiempo, de vez en cuando ya era él quien daba explicaciones a los universitarios más brillantes —no explicaciones de todo, claro, ellos lo sabían todo—, puede que un detalle aquí y allá, manipulando símbolos de vectores que representaban invisibles —aunque fácil y a veces peligrosamente perceptibles— fenómenos eléctricos, lo que no implicaba una tarea muy complicada cuando la hacía después de dedicarse a colocar cajas de engranajes bajo las cataratas, a nivelar y sustentar sólidamente turbinas, a retocar ligeramente las formas de sus hojas, a forcejear para encajar compuertas, tubos de succión, cajas de engranajes y lo que se terciara, todo o casi todo lo cual suponía sudor, músculos doloridos y discusiones con los capataces, o a recorrer penosamente el terreno para encontrar fijaciones y montar poleas, por no mencionar, cuando era necesario, un poco de albañilería, carpintería, remachado y soldadura, sin tiempo para dormir y aguantando broncas a gritos; pero nada de aquello le resultaba demasiado misterioso, hasta que una noche, al oeste de Rico, se abrió para él una ventana hacia lo Invisible, y una voz, o algo parecido a una voz, le susurró: «El agua cae, la electricidad fluye, un flujo se transforma en el otro, y de ahí la luz». O unas palabras por el estilo, bueno, puede que no fueran palabras exactamente... Y de golpe se encontró mirando fijamente el siempre cegador resplandor del filamento de una lámpara, que le pareció esta vez inexplicablemente vacilante, como una luz que pasara por la rendija de una puerta entreabierta invitándole a entrar a una casa acogedora. Con el curso de agua en cuestión rugiendo en descenso soberano a sólo unos metros. No había sido un sueño, ni tampoco el tipo de iluminación que, como se enteraría más adelante, había experimentado Hamilton en Brougham Bridge, Irlanda, en 1845, pero representaba un salto de un sitio a otro,

con quién sabe qué peligrosa brecha de éter abriéndose entre un punto y otro y por debajo. Él lo vio. Las expresiones vectoriales de los libros, las integrales de superficie y las funciones potenciales y demás serían a partir de ese momento repeticiones más toscas de la verdad que ahora poseía en su interior, una verdad cierta e inquebrantable.

Un día corrió la voz entre los electricistas de que el famoso doctor Nikola Tesla estaba de camino a Colorado Springs para instalar una estación experimental. Jack Gigg, el colega de Kit, fue incapaz de mantener la calma. No le dejaba en paz:

—Eh, Kit, ¿no estás listo todavía?, vamos, Kit, acamparemos allí, habrá montones de empleos para trabajadores con experiencia como nosotros.

—Jack, recuerda que tenemos diecisiete años.

—Si eso es lo que digo. ¡Pike's Peak o nada!

Kit recordó su visita a Colorado Springs de jovencito. Tranvías y un edificio de siete plantas. Crepúsculos de un rojo violento por detrás del Pike's Peak. El vagón del tren cremallera con el techo del mismo color. La estación en la cumbre y, por encima, la plataforma del mirador con forma de telaraña; tan nervioso se puso Frank por tener que subir allí arriba que su temor fue objeto de burla por siempre jamás.

Encontraron la instalación de Tesla montada a casi dos kilómetros de la ciudad, cerca de la Casa de los Impresores. Los recibió un hosco personaje con cierto aire de ex convicto de Cañon City, que se presentó como Foley Walker. Kit y Jack supusieron que se encargaba de la contratación. Más tarde descubrirían que era un asistente especial del famoso financiero Scarsdale Vibe y que estaba allí para no perder de vista cómo se gastaba el dinero, buena parte del cual procedía del señor Vibe.

Al día siguiente, de camino a la tienda-comedor, Foley abordó a Kit.

—Debes de estar bastante loco, me parece —comentó este representante de la Riqueza—, para irte de casa y no hacer otra cosa que no sea seguir pringando, ¿voy desencaminado?

Era el tipo de frase que se usaba con las chicas, pensó Kit..., que la utilizó más adelante, pero nunca le funcionó.

—Hace ya unos años que me fui de casa, como usted dice —susurró.

—No es nada personal —dijo Foley—; sólo quería saber si has oído hablar del Programa de Becas para Tenientes de la Industria financiado por el señor Vibe.

—Claro. En el último garito donde entré a beber no se hablaba de otra cosa.

Foley le explicó con paciencia que el Programa buscaba chicos con talento potencial para la ingeniería con la intención de financiarles la carrera.

—¿La Escuela de Minas o algo así? —preguntó Kit, interesado a su pesar.

—Algo mucho mejor —dijo Foley—. ¿A qué te suena Yale?

—A pijadas como: «Señor Merriwell, tenemos que anotar este ensayo» —dijo Kit con un pasable acento del este.

—Lo digo en serio.

—¿Matrícula? ¿Alojamiento y manutención?

—Todo incluido.

—¿Automóvil? ¿Entregas de champán a cualquier hora del día o de la noche? ¿Un jersey con una gran Y estampada?

—Puedo conseguirlo.

—Gansadas. Sólo el poderoso Scarsdale Vibe en persona podría, caballero.

—Yo soy él.

—Usted no es «él». Leo los periódicos y miro las revistas, y usted ni siquiera se parece a «él».

—Permíteme que te lo aclare.

Foley se vio obligado una vez más a contar su historia de Sustitución en la Guerra de Secesión, una tarea que, con los años, se le hacía cada vez más pesada. Durante la Rebelión, poco después de Antietam, cuando empezaba su segundo curso en New Haven, Scarsdale Vibe, que acababa de cumplir la edad requerida, había recibido la orden de incorporación. Siguiendo la práctica habitual, su padre había comprado a un sustituto para que sirviera en su lugar, suponiendo que tras el cobro de un recibo debidamente firmado por trescientos dólares pondría fin al asunto. Imagínense la sorpresa de propios y extraños cuando, dos décadas más tarde, Foley se presentó un día en los antedespachos de la Vibe Corporation afirmando ser el mismísimo sustituto reclutado y exhibiendo documentos que lo corroboraban. «Soy un hombre ocupado», podría haber dicho Scarsdale, o: «¿Cuánto quiere? ¿Aceptaría un cheque?». Pero, curiosamente, decidió recibirlo en persona.

Foley tenía un aspecto bastante vulgar, pues todavía no había adquirido el aire amenazador que el paso de los años, con su peculiar piedad, le confirió más adelante; lo que podría haber parecido excepcional era su forma de presentarse y su concepto de conversación banal.

—Recibí una bala Rebelde en su lugar, señor —fue lo primero que salió de su boca—. Encantado de conocerle, por supuesto.

—¿Una bala? ¿Dónde?

—En Cold Harbor.

—Sí, pero ¿dónde?

Foley se dio unos golpecitos en la sien izquierda.

—Cuando me alcanzó ya estaba bastante desgastada por el tiempo, no me atravesó del todo y nadie ha sabido cómo extraérmela. Solían congregarse a mi alrededor, como si yo no estuviera, y hablar del Cerebro y sus Misterios. Si uno podía mantener los oídos abiertos, era como ir a la facultad de medicina sin pagar. El hecho es que, guiado sólo por lo que recordaba de aquellas conferencias impartidas en la

cabecera de mi cama, llegué a realizar algunas operaciones cerebrales de cirugía menor.

—¿Y sigue ahí?

—Una bala Minié, a juzgar por las heridas de los demás por aquellos tiempos.

—¿Le ha causado alguna molestia?

Su sonrisa, de tan satisfecha, le pareció terrible hasta a alguien como Scarsdale.

—Yo no lo llamaría molestias. Le asombraría saber lo que puedo ver.

—Y también... ¿oír?

—Digamos que se trata de comunicaciones que proceden de lejos, muy lejos.

—¿La pensión que recibe del ejército le ayuda? ¿Necesita algo que no tenga?

Foley contempló las manos de Scarsdale, que parecían disponerse a coger algo, ya fuera una pistola o una chequera.

—¿Sabe lo que creen los indios del oeste? Que si uno le salva la vida a otra persona, ésta se convierte en su responsabilidad para siempre.

—No se preocupe. Sé cuidar de mí mismo. Tengo todos los guardaespaldas que necesito.

—No me han dado instrucciones para cuidar precisamente de su bienestar *físico*.

—Ah, ya, claro, esas voces que oye. Bien, ¿y qué le dicen, señor Walker?

—¿Se refiere a últimamente? Me hablan mucho sobre cierta empresa de queroseno de Cleveland. La verdad es que no pasa un día sin que me cuenten algo. Usted lo sabrá mejor que yo. ¿La Standard Oil? Se supone que está «ampliando su capital», signifique eso lo que signifique. Las voces dicen que ahora es un buen momento para comprar.

—¿Va todo bien, señor Vibe?

—Todo bien, Bruno, muy bien, gracias. Complazcamos a este caballero, por favor. Compremos cien acciones de esa empresa de queroseno, en el caso de que exista, y veamos qué pasa.

—Las voces dicen que sería mejor comprar quinientas.

—¿Ha desayunado ya, señor Walker? Acompañale al comedor de la empresa, Bruno, si eres tan amable.

El consejo de Foley Walker supuso una aceleración crítica en el crecimiento de la legendaria fortuna de Vibe. El tipo se zampó medio tocino y la producción del día del gallinero de la empresa, ubicado en la azotea de la Sede Central, además de una hogaza de pan y cuarenta litros de café, taza arriba taza abajo, antes de que Bruno, que esperaba no volver a verle en la vida, consiguiera acompañarle hasta la puerta y ponerlo en la calle mientras Foley soltaba bocanadas de humo de uno de los habanos de segunda que le había dado Scarsdale. Una semana más tarde, después de una frenética búsqueda por varios fumaderos de opio y cantinas-concierto, fue localizado y contratado como «asesor investigador» y, a partir de ese momento, Scarsdale se mostró cada vez más reacio a realizar ningún movimiento de naturaleza empresarial sin consultárselo antes; con el paso del tiempo, amplió sus consultas a los resultados

de los combates de boxeo, los partidos de béisbol y, sobre todo, las carreras de caballos, en las cuales el consejo de Foley raramente fallaba.

A los Gemelos Vibe, como no tardaron en ser conocidos, solía vérselos juntos en Monmouth Park y en Sheepshead Bay, así como en otros hipódromos más lejanos, ataviados con conjuntos a juego de tela a cuadros amarillo canario y añil, chillando y agitando los puños llenos de boletos de apuestas, eso cuando no estaban corriendo a velocidades excesivas por las avenidas de Manhattan en un faetón marrón cuyos latón y níquel se mantenían tan pulidos que su brillo cegaba, el uno junto al otro con sus abrigos claros, dando la impresión al espectador desprevenido de que eran tan ineluctables como cualquier Jinete del Apocalipsis.

—Así que puedes creer —concluyó Foley— que soy más Scarsdale Vibe que el propio Scarsdale Vibe.

Kit escuchó con respeto, pero no pareció convencido.

—Espero que entienda cuál es el problema desde mi punto de vista. ¿Supone que voy a creerme que recibiré algún tipo de pago, puntualmente todos los meses, durante tres o cuatro años seguidos? Con ese tipo de fe, bien podría estar en una iglesia manoseando serpientes y haciéndome famoso *de verdad*.

En ese momento se vio pasar rápidamente de izquierda a derecha al célebre inventor.

—*Izvinite*, ahí, doctor Tesla! —gritó Foley—, ¿le importa que usemos su telégrafo?

—Está en el despacho —dijo por encima del hombro la voz aflautada del serbio, que corría ligero a afrontar la siguiente inextricable dificultad que le presentara el día.

—*Hvala!* Ven, vaquero, y prepárate, que esto te va a dejar pasmado.

En el cobertizo de Tesla, Foley no tardó un segundo en alcanzar el manipulador del telégrafo y en ponerse en contacto con las oficinas de Vibe en el Este. Al cabo de unos momentos, como si se acordara de la presencia de Kit, dijo:

—¿Qué adelanto te convencería?

—¿Cómo dice?

—¿Bastarían quinientos dólares por el momento? —El dedo de Foley empezó a toquetear otra vez el aparato y lo aporreaba tan rápido que la mirada no podía seguirlo; después se produjo un silencio atento mientras se esperaba el resultado de la charla—. Muy bien, todo arreglado. La suma estará mañana en el Banco de Colorado Springs, a tu nombre. Sólo tienes que ir y firmar.

Kit mantenía cara de póquer.

—Nos espera una larga noche por delante.

Más larga de lo esperado. A eso de las ocho, explotó una bobina secundaria de uno de los transmisores, tras haber sido repetidamente embestida por un alce enloquecido, en algún punto de los kilómetros de cable requeridos por las bajas frecuencias de las ondas usadas. Casi a medianoche, un par de tornados de las praderas se acercaron rugiendo como si buscaran en la torre de transmisiones de

sesenta metros un acompañante en la depravación eléctrica, y a eso de las dos de la madrugada, a mitad de la guardia de media, un par de sobreestimulados transportistas de Leadville se enzarzaron en una discusión y acabaron a tiros, que, para variar, no tuvieron consecuencias debido a que los campos magnéticos a su alrededor eran tan potentes y erráticos que desviaban los cañones de las pistolas de su blanco. Estridentes estallidos de luz verde, roja y azul, acompañados de truenos artificiales, mantuvieron los cielos ocupados hasta el amanecer. Los niños de la contigua Escuela de Ciegos y Sordos dijeron haber oído y visto frecuencias de las que nunca se había tenido noticia hasta entonces en la ciencia médica de la época.

Por la mañana, tras un café de pote, Kit ensilló y cabalgó hasta el banco, donde todo estaba tal como le había prometido Foley. Un cajero con una especie de visera de celuloide verde en la frente levantó la mirada hacia Kit con un interés que pocos habían demostrado antes.

—Otro de los chicos del Doc Tesla, ¿eh?

Kit, que no había dormido en las últimas treinta y seis horas de frenesí voltaico y de extraños comportamientos humanos y animales, lo interpretó como un mensaje procedente tal vez de más allá de donde, de hecho, procedía. De regreso, en algún lugar de East Platte Street, mientras se orientaba mediante la torre con su esfera de cobre de un metro de diámetro, que reflejaba el sol del otro extremo de la pradera, Kit se vio asaltado de repente por un anhelo, o al menos eso creería después —la claridad de un deseo—, de pertenecer a aquella pandilla de aventureros del Éter y sus misterios, de convertirse, de *‘por vida’*, en uno de los chicos del Doc Tesla. Cuando ya había recorrido casi dos kilómetros de regreso a la estación de prueba, se sintió, sin poder explicarlo, dispuesto a aceptar el plan de Foley para su vida.

—Cuando acabe la universidad tendré que trabajar para el señor Vibe hasta que salde la deuda, ¿es así?

—Así es, y si me firmas esto, que es tan sólo una cesión estándar... Claro, considéralo una conscripción pagada. Nosotros, los abuelos de los tiempos de la Rebelión, tendemos a creer que así funciona el mundo: un elemento de la sociedad desea librarse de algún trámite desagradable, en tu caso, tener que aprender todo ese rollo en la universidad, así que paga a otro elemento para que lo reemplace. Un tipo de acuerdo muy básico. Los que están arriba consiguen ganar un tiempo de tranquilidad y sin molestias; nosotros, los de abajo, recibimos nuestro dinero contante y sonante al momento y, dependiendo del empleo, hasta es posible que un poco de emoción de vez en cuando.

—Pero después de la Guerra, como ha dicho, pensaba que su hombre todavía estaba en deuda con usted.

—Pudo deberse al hecho de haber observado cómo el señor Vibe y otras notables almas rescatadas de su época habían disfrutado de libertad para actuar como les venía en gana. Por no mencionar la curva de beneficios a su favor, mientras se dedicaban a bailar; algunos de ellos ni siquiera hoy son capaces todavía de imaginar ningún apuro

concreto en la vida. Nosotros, que fuimos a la guerra y tuvimos que pasar por más apuros de los que podíamos soportar, creímos que debíamos buscar compensaciones, como si los daños sufridos en nuestro cuerpo y nuestro espíritu fueran el debe de toda su buena fortuna, si puede decirse así.

—Si fuera socialista, podría —supuso Kit.

—Claro, ¿y no es eso el sistema de clases para ti? Juventud eterna comprada con la enfermedad y la muerte de otros. Llámalo como quieras. Si vuelves al Este, puedes encontrarte con más que piensan en ese sentido, así que, si te incomoda ahora, más vale que lo digas y nos replantearemos el acuerdo.

—No, no, estaré bien.

—Eso es lo que piensa el señor Vibe también.

—No me conoce.

—Eso cambiará.

Más tarde, ya en el cobertizo, Kit se topó con Tesla, que fruncía el entrecejo ante un esbozo a lápiz.

—Vaya, lo siento. Estaba buscando...

—Este toroide es la forma incorrecta —dijo Tesla—. Ven, míralo un momento.

Kit echó un vistazo.

—Tal vez haya una solución de vector.

—¿Cómo?

—Sabemos qué aspecto queremos que tenga el campo en cada punto, ¿no? Bien, tal vez podamos generar una superficie que nos dé ese campo.

—La ves —casi preguntó Tesla mirando a Kit con cierta curiosidad.

—Veo algo —respondió Kit encogiéndose de hombros.

—Lo mismo empezó a pasarme a mí cuando tenía tu edad —recordó Tesla—. Cuando encontraba tiempo para sentarme tranquilo, me venían imágenes. Pero todo se reduce a encontrar el tiempo, ¿no es siempre así?

—Claro, siempre hay algo... Tareas por hacer, algo.

—Es el diezmo —dijo Tesla—, la deuda que hay que pagar al día.

—No me estaba quejando de las horas que paso aquí, nada por el estilo, señor.

—¿Y por qué no? Yo me quejo a todas horas. De que nunca son bastantes, sobre todo.

Cuando Kit volvió de Colorado Springs, enardecido con la noticia de la oferta de Foley, Webb lo cortó en seco.

—¿Te has vuelto loco? Me encargaré de que alguien les escriba diciéndoles que no.

—No te lo han preguntado a ti.

—Es a mí a quien persiguen, hijo.

—Allí no te conocen —razonó Kit.

—Tienen minas aquí. ¿Crees que no estoy en su lista? Estoy en la de todos. Están intentando comprar a mi familia. Y si el oro no funciona, tarde o temprano pasarán al plomo.

—No creo que lo entiendas.

—Todo el mundo ignora algo. En mi caso, eso de la electricidad. En el tuyo, según parece, cómo son los ricos.

—Ellos pueden permitírselo. ¿Y tú?

Todo se desmoronaba. Webb sabía que en esa discusión tenía todas las de perder, que estaba perdiendo a su hijo. Con demasiada precipitación, preguntó:

—¿Y a cambio de qué?

—Tengo que trabajar para la Vibe Corp. cuando me licencie. ¿Qué tiene de malo? Webb se encogió de hombros.

—Ellos son tus dueños.

—Significará un trabajo estable, no como...

—No como aquí. —Kit se limitó a devolverle la mirada fijamente. Todo había acabado, supuso Webb—. Pues muy bien, qué le vamos a hacer. O eres mi chico o eres el suyo, no puedes ser ambas cosas a la vez.

—¿Es ésa la elección?

—No vas a ir, Kit.

—No me digas. —Se le escapó, y en ese tono de voz, antes de que pudiera siquiera pensarlo, y tampoco fue capaz de captar en toda su intensidad la pena que anegó el rostro de Webb, que miraba hacia arriba debido a la altura de Kit, quien todavía estaba creciendo.

—En ese caso —dijo Webb fingiendo que hojeaba unos papeles del jefe de turno—, vete cuando quieras. Tanto me da.

A partir de ese momento convirtieron en costumbre no mirarse a los ojos, algo que, tal como fueron las cosas, no volvería a suceder jamás, al menos no aquí, en la desolada orilla protegida del viento que es la antesala de la muerte.

—Has sido un poco duro con él —le pareció a Mayva.

—¿También tú? ¿Lo has visto últimamente, May? Ya no es un crío, maldita sea. Uno no puede seguir consintiéndolo todo hasta que no haya nada que hacer.

—Pero es nuestro niño, Webb.

—De niño nada. Ya es lo bastante mayor, además de lo bastante grande, para entender qué está en juego. Qué implica ese acuerdo.

Pasó cierto tiempo, hasta que Kit se hubo marchado y las emociones perdieron algo de su filo cortante, antes de que Webb empezara a recordar las veces que él y su propio padre, Cooley, habían discutido como el perro y el gato, e igual de alto, e igual de estúpidamente, y ni siquiera recordaba cuál había sido el motivo, al menos no en todas las ocasiones. Y aunque Webb era más joven cuando murió Cooley, nunca se le había ocurrido, desde aquel día hasta éste, que Cooley podría haberse sentido igual que ahora se sentía él. Se preguntó si eso duraría el resto de su vida; no había llegado

a hacer las paces con su padre, y ahora, como una condenada maldición, estaba pasando lo mismo con su hijo...

Mayva fue a despedir a Kit a la estación, pero fue una partida fría, y sin asomo de esperanza. Él fingía no entender por qué no se había presentado nadie más, ni uno solo de los hombres. Ella llevaba puesto su sombrero de misa, y como la «misa» se había celebrado con mucha frecuencia al aire libre, el viejo terciopelo marrón había acumulado varios años de polvo del camino y se había desteñido bajo el sol a lo largo de sus muchas crestas en miniatura. No hacía tanto, él era demasiado bajo para poder verlo desde arriba y fijarse. Ella no paraba de recorrer inquieta la estación, cerciorándose de que el reloj daba bien la hora, enterándose cuanto podía del paradero del tren por medio de la telegrafista y su ayudante, preguntándole más de una vez a Kit si creía que le había preparado suficiente comida para el viaje. Empanadas de Cornualles y demás.

—No me voy para siempre, mamá.

—No, claro que no. Soy yo, que me siento, no sé...

—Es posible que ni siquiera salga bien. De hecho, es lo más probable.

—Sólo tienes que preocuparte de escribir bien. En la escuela siempre tuviste muy buena letra.

—Te escribiré con frecuencia, mamá, para que veas mi letra —intentó tranquilizarla Kit.

Una agitación recorrió la hilera de ociosos que venían a la estación a ver los trenes, como si hubieran captado señales desde la distancia invisible en aquel sueño despierto que compartían, o tal vez, juraban algunos, como si hubieran visto moverse las vías, sólo una pizca, mucho antes de atisbar el primer humo sobre la colina u oír los pitidos del vapor en la lejanía.

«No volveré a verte nunca.» No. Ella no dijo eso. Pero podría haberlo dicho, bien fácil era. Una mirada de él. Cualquier pequeño gesto de quebranto en su cuidadosa pose de joven que lo devolviese al niño que ella, después de todo, quería conservar.

La llamada la habían recibido hacía tan sólo una semana, durante la guardia de media, que los Chicos, incluso en estos tiempos en que había caído en desuso, seguían haciendo sin falta cada noche. Un niño con cara de ángel de cuadro antiguo bajo un gorro holgado con la visera inclinada se había presentado con un aparato telefónico cuyo cable salía por la puerta y se perdía en la oscuridad tenuemente iluminada. Podría haber sido alguien que se acostaba muy tarde y al que le daba por gastar bromas. Al día siguiente, ante unos copos de avena aguados, tocino y los posos del café del día anterior, la opinión estaba dividida. No disponían de cartas de navegación que los orientaran para encontrar el camino. Sus únicas instrucciones eran virar al sudoeste y aguardar la corrección del rumbo que les marcaría una estación sin nombre, ubicada a una distancia indeterminada, que se pondría en contacto con ellos mediante el nuevo dispositivo de Tesla para la aeronave, que había permanecido en silencio desde el día de su instalación, aunque se mantuvo electrificado e impecablemente calibrado en todo momento.

Resultó muy difícil atribuir un origen en la esfera física a las voces que les llegaron a lo largo de los siguientes días. Incluso el prosaico Lindsay Noseworth informó de que un delicado pero continuo escalofrío le recorría los hombros cada vez que el instrumento empezaba a emitir sus roncós susurros.

Al poco, habían alcanzado los vientos del oeste que los transportarían con precisión casi geométrica a dos islas deshabitadas y casi desconocidas del océano Índico, Amsterdam y St. Paul, recientemente anexionadas por Francia.

Se desplazaban a pocas docenas de pies de altitud, por encima de un mar hostil y picado, sembrado de islas de roca negra y pelada, desiertas y sin vegetación.

—En el pasado —relató Miles Blundell—, en los tiempos de los primeros exploradores, a cada una de las islas, sin importar lo diminuta que fuera, se le dio un nombre, por lo asombrosa que resultaba su abundancia en el mar, por lo agradecidos a Dios que se sentían sus descubridores ante cualquier tipo de recalada que se les presentara..., pero hoy en día, cuando se han perdido esos nombres, este mar está volviendo a caer en el anonimato, y cada isla que emerge de él no es más que otro oscuro desierto.

Y, olvidado el nombre, uno por uno, aquellos islotes fueron desvaneciéndose de las cartas náuticas, y un día desaparecieron también del mundo iluminado para unirse de nuevo a lo invisible.

En algunas de aquellas rocas asoladas por el viento, los Chicos vieron grupos de trabajadores, amarrados con cuerdas de seguridad, que gateaban sobre superficies húmedas con el espacio justo para que descendieran todos, moviéndose ágil y resueltamente, aunque no había nada a la vista, ni siquiera guano, por lo que mereciera la pena correr ningún riesgo. Los barcos anclados en las cercanías eran del diseño más avanzado y parecían transportar armamento del que sólo podían disponer las Potencias Europeas. Su presencia en estas aguas, apenas insinuada en los extensos

comunicados que recibían los jóvenes desde su Cuartel General, era un misterio tan oscuro como el paisaje marino iluminado por las tormentas.

La última isla en la que pudieron aprovisionarse de víveres perecederos, como leche, fue St. Masque, que al principio, cuando aterrizaron, creyeron deshabitada. Luego, poco a poco, de uno en uno o por parejas, empezó a aparecer gente, hasta que los Chicos no tardaron en verse rodeados de una población considerable, con su correspondiente ciudad, como si hubiera estado allí desde siempre, esperando su llegada...; se trataba de una ciudad de cierto tamaño, donde se hablaba inglés y que era tan limpia y tenía tan poca basura que todos andaban descalzos, independientemente de lo formales que fueran ataviados —trajes de paseo, vestidos para tomar el té; tanto daba—, así que era el visitante con sus zapatos quien centraba todas las miradas. En el centro de la ciudad se estaba construyendo una inmensa edificación subterránea, y la gente se situaba en pasos elevados y pasarelas a mirar los fosos de cemento llenos de maquinaria de vapor, animales de tiro y escombros. Cuando les preguntaban qué era, fruncían el ceño, asombrados, como si no hubieran escuchado la pregunta de los visitantes. «Es nuestra casa», respondían algunos, «sí, casa. ¿Cuál es su casa en su lugar de procedencia?». Pero se alejaban antes de que ninguno de los chicos pudiera responder.

En una taberna de marineros junto a los muelles, uno de esos antros de baja estofa que él encontraba por puro instinto adondequiera que fueran, Chick Counterfly conoció a un tenebroso pecio humano que afirmaba ser un superviviente de la fragata *H.M.S. Megaera*, la cual había naufragado en la isla de Amsterdam hacía casi treinta años.

—Un lugar asqueroso. Tardaron meses en rescatarnos. Pero tampoco es que fuera muy distinto al servicio en el mar..., oh, claro, la ausencia de movimiento, un poco más de pescado en la dieta como supondrás... Uno seguía haciendo guardias y compartía el espacio con la misma gente cuya compañía apenas había aprendido a aguantar, o a odiar, o ambas cosas a la vez, lo que, desde el punto de vista de la pura supervivencia, supuso una bendición, pues imagínate que la vieja *Meg* hubiera sido un buque de pasajeros lleno de desconocidos: la mitad de nosotros habría asesinado a la otra mitad al cabo de una semana y puede que hasta nos hubiéramos devorado. Pero cuatrocientos pudimos sobrevivir.

—Qué curioso —dijo Chick—, ésa es aproximadamente la población que he calculado que tiene St. Masque.

Sólo unas horas después de dejar atrás esos fragmentos desbautizados en el vacío reafirmado del mar, alcanzaron el volcán, oscuro y ruinoso, que era su destino. La misión consistía en observar qué sucedería en el punto de la Tierra que era los antípodas de Colorado Springs durante los experimentos que realizaba el doctor Tesla. Los Servicios Logísticos de los Chicos del Azar les habían proporcionado, sin

que nadie lo pidiera, pero siempre puntuales, una serie de instrumental eléctrico muy caro, que reunía cuantos avances técnicos se conocían por entonces, material entregado sin facturar por trabajadores orientales que entraban y salían en masa del campamento, turno tras turno, bajo pesos a menudo asombrosos. La zona no tardó en estar sembrada de palés y clavos de las cajas abiertas. Restos de paja caídos poco a poco de los sombreros de los culis se habían ido amontonando hasta la altura de los tobillos. Bichos traídos a la costa con la carga, a veces desde la misma California, salieron arrastrándose de los buques y encontraron refugio en las laderas del volcán; sólo se aventuraban hasta el campamento para realizar incursiones nocturnas en los fogones.

Acabada la mayor parte de la estibación, los equipos de trabajadores itinerantes fueron sacados silenciosamente de allí en barcas, hacia el buque sin bandera que esperaba junto a la costa, para que sus cuerpos trabajaran a destajo en algún otro punto del hemisferio. En Sudáfrica, muy probablemente. Y así dejaron solos a los chicos, bajo el volcán que transpiraba mefíticamente, elevándose a casi trescientos metros sobre sus cabezas, en una playa tan intensamente iluminada por el sol que parecía casi incolora, tan cegadora como el corazón de un diamante, mientras las olas del océano batían imponentes una tras otra, acompasadas como la respiración de una divinidad local. Al principio, a nadie se le ocurría nada que decir, aunque es dudoso que hubiera sido posible oír algo por encima de las descargas del oleaje.

Últimamente había reinado la tensión durante las comidas a causa de la inestabilidad política, y todo por una discusión sobre la elección de un nuevo mascarón de proa para la nave. El anterior, que representaba el busto del Presidente McKinley, había resultado gravemente dañado en una colisión accidental con un rascacielos de Chicago que, por lo que los chicos sabían, no estaba allí el día anterior.

Chick Counterfly y Darby Suckling habían presionado para que se colocase una mujer desnuda.

—Y con cuantas más curvas, mejor —repetía Darby en todas y cada una de sus frecuentes reuniones ad hoc, lo que llevaba a los labios de Lindsay Noseworth un reproche que a esas alturas ya no era nada reflexivo:

—Suckling, Suckling..., tu lista de puntos negativos crece a un ritmo desalentadoramente vertiginoso.

—Y ni uno solo ha servido más que para fastidiar las relaciones a bordo —protestó Darby, con el ceño fruncido y enrojecido. Como le había cambiado la voz, su encantador tono insubordinado, antes tolerable, había sido sustituido por un tono más oscuro y reflexivo y, en ese sentido, inquietante. El que antes era poco más que una alegre *mascotte* había pasado, tras un breve periodo de incertidumbre adolescente, de la inocencia política a una desconfianza frente a la autoridad que rayaba en el Nihilismo. Sus compañeros de tripulación, incluso el gracioso de Chick Counterfly,

se lo pensaban ahora dos veces antes de pronunciar la tontería más banal en presencia de Suckling, no fuera a tomárselo a mal.

En cuanto a la elección del mascarón de proa, Randolph St. Cosmo promovía el Ave Nacional, una opción segura y patriótica. Por su parte, a Miles Blundell le daba igual lo que el mascarón representara en tanto fuera algo comestible, mientras que Lindsay, como si le ofendiera la mundanidad de esas elecciones, defendía siempre la abstracción pura:

—Podríamos poner uno de los poliedros platónicos, tal vez.

—Este paleta —decía Darby entre risitas burlonas— nunca se ha sacado el «muñequito» para nada más que mear. ¡Te lo aseguro!

—¡Nadie querría ni verlo! —se carcajeó Chick con desprecio.

El debate sobre el mascarón, que al principio se reducía a una mera cuestión de gustos sobre decoración, se había ido volviendo más complejo y enconado, y rápidamente alcanzó una intensidad que asombró a todos. Viejos agravios rejuvenecieron a patadas, se buscaron pretextos para justificar empujones y, con frecuencia, incluso golpes. Un rótulo en tipografía Clarendon muy grande apareció en la zona del comedor:

¡NO SE PERMITIRÁN
ACTOS DE TOCA PELOTAS EN LA
«COLA DEL RANCHO»!
LOS INCUMPLIMIENTOS SE CASTIGARÁN
CON DIEZ SEMANAS DE GUARDIA
¡CADA UNO!
Por orden del Segundo de a bordo.
P.S.: Sí, ¡dice SEMANAS!

Pese a todo, siguieron arrastrando los pies y murmurando, sacando bolas del tamaño de un dedo de la *mouse* de espárragos, del gumbo al estilo criollo o del puré de nabos, cada vez que creían que el Oficial encargado de la disciplina no miraba, y no para comérselas sino para arrojárseles unos a otros a escondidas, esperando una reacción. Miles Blundell, como Comisario del Barco, lo contemplaba con afable desconcierto.

—¡Sanblidi bongbong! —exclamaba dando ánimos mientras la comida volaba por los aires—. ¡Ala, ala!

Con sus vagabundeos por los pasillos de lo espectral, Miles había empezado a alarmar cada vez más a sus compañeros de tripulación. Las comidas se estaban convirtiendo en ejercicios de incertidumbre profunda, incluso letal, dependiendo de dónde hubiese ido Miles ese día a procurarse los ingredientes. A veces el menú era auténtico *cordon bleu*; otras veces, incomible, debido a las excursiones del espíritu, cuya polaridad nunca era previsible de un día para otro. No es que Miles se

propusiera deliberadamente arruinar la sopa o quemar las tajadas de carne..., pues raramente lo hacía de manera demasiado visible, se trataba más bien de omisiones por olvido o de malas interpretaciones de la cantidad y el tiempo.

—Si hay un proceso irreversible, ¡ése es el cocinar! —sermoneaba el Oficial de Termodinámica Chick Counterfly con intención de ayudar, aunque nunca podía disimular cierto nerviosismo—. Uno no puede des-asar un pavo, o des-mezclar una salsa fallida, el tiempo es algo intrínseco en toda receta, y si uno no lo respeta debe asumir sus riesgos.

A veces Miles contestaba:

—Gracias, Chick, es un consejo sensato... Amigos..., estáis siendo asombrosamente pacientes conmigo, y haré cuanto esté en mi mano para mejorar. —Y otras veces gritaba—: ¡Oh, el metagorgorito de blibflox sip! —haciendo aspavientos con su toca de chef y la cara iluminada por una enigmática sonrisa.

El único comensal de la tripulación que nunca se había sentido decepcionado era *Pugnax*, cuya escrupulosa dieta Miles, independientemente de su humor, siempre había respetado. Además de una gran variedad de preferencias humanas que abarcaban desde el champán vintage y la sopa de tortuga hasta los espárragos en salsa holandesa, *Pugnax* insistía en que le sirvieran cada plato en servicios distintos, los cuales debían ser de porcelana china de cierta antigüedad y de origen certificado, dándole así un nuevo sentido a la expresión «comida de perros».

En Estados Unidos era casi el 4 de Julio, lo que significaba que esa noche, según el reglamento, tenía que haber celebración a bordo, tanto si les apetecía como si no.

—Luces y ruido, para mantenernos brincando como babuinos amaestrados —fue la opinión de Darby.

—Cualquiera con un mínimo de educación —se quejó Lindsay— sabe que los fuegos artificiales del 4 de Julio son los símbolos patrióticos de destacados episodios de explosión militar en la historia de nuestra nación, considerados necesarios para mantener la integridad de la tierra americana contra las amenazas lanzadas desde todas partes por un mundo hostil y traicionero.

—Una explosión sin objetivo —afirmó Miles Blundell— es política en su forma más pura.

—Si no nos andamos con cuidado —opinó el Oficial Científico Counterfly—, la gente va a confundirnos con Anarcosindicalistas.

—Pues ya sería hora —gruñó Darby—. Yo digo que esta noche disparemos nuestras salvas en honor de la bomba de Haymarket, bendita sea, un punto de inflexión en la historia de América, y el único modo en que los trabajadores conseguirán jamás un trato justo en este mezquino sistema económico... ¡gracias a las maravillas de la química!

—¡Suckling! —exclamó un perplejo Lindsay Noseworth procurando mantener la compostura—. ¡Ese comentario ha sido de un flagrante antiamericanismo!

—Eehhyhh, y tu madre es una Pinkerton, mira tú.

—Vaya comunista que estás...

—Me gustaría saber sobre qué estáis discutiendo —se quejó Randolph St. Cosmo sin dirigirse a nadie en concreto. Tal vez, en esos lejanos parajes, al viento.

Pero la pirotecnia de esa noche fue, después de todo, algo más que una explosión. A medida que, una tras otra, las violentas candelas romanas eclosionaban ensordecedoramente sobre el volcán en ruinas, Miles rogó a la compañía, con un tono de apremio que raramente se le oía, que reflexionara sobre la naturaleza de la ascensión de un cohete, en concreto sobre la extensión oculta de la estela visible, después de que la carga propulsora se extinga pero antes de que la mecha lenta haya encendido el fuego artificial, ese momento implícito de pasaje hacia arriba, por el cielo oscuro, un continuo lineal de puntos invisible pero presente, justo antes de que aparezcan cientos de luces...

—¡Basta, para ya! —gritó Darby apretándose las orejas cómicamente—. ¡Parece chino!

—Fueron los chinos quienes inventaron los fuegos artificiales —coincidió Miles —; pero ¿qué os sugiere eso sobre las trayectorias de vuestras propias vidas? ¿A alguien le sugiere algo? ¡Pensad, grandílocuos, pensad!

Se aproximaba la hora del gran experimento en la otra punta del mundo. Olores que no procedían precisamente de la cocina se espesaban al abrigo del destrozado volcán, como si un largo proceso químico hubiera sido repetidamente incapaz de dar un resultado concluyente. Los electrodos chisporroteaban y soltaban llamaradas, y las bobinas del gigantesco transformador zumbaban afligidamente, casi con tonos humanos, alimentadas por generadores eléctricos cuyo vapor proporcionaban las aguas termales locales. Se habían instalado antenas transmisoras y receptoras para el equipo sin cables alrededor del cono de lava, y ya había comenzado la comunicación, mientras, casi exactamente en los antípodas de la Tierra, el personal de radio de los Chicos del Azar aguardaba en la cabaña impermeabilizada situada en la cima del Pike's Peak, aunque las opiniones sobre la naturaleza de la conexión divergían: ¿la señal daba la vuelta al planeta o lo atravesaba, o en absoluto se trataba de una progresión lineal y todo sucedía simultáneamente en cada parte del circuito?

Cuando el *Inconvenience* estuvo preparado para partir una vez más a los cielos, la discusión sobre el mascarón de proa se había resuelto amistosamente —los chicos habían llegado al compromiso de poner un personaje femenino cubierto, puede que más maternal que erótico—; se intercambiaron disculpas, reiteradas hasta aburrirlos a todos, y entonces se requirieron nuevas disculpas por esas reiteraciones, y las jornadas laborales se saturaron de formalismos celestes. Con el paso del tiempo, los

chicos recordarían el episodio del mismo modo que otros recuerdan un periodo de enfermedad o de locura juvenil. Como se encargaba Lindsay Noseworth de repetirles, ese tipo de dificultades siempre surgen por una buena razón, a saber: proporcionar lecciones edificantes.

—¿Como por ejemplo cuál? —se burló Darby—, ¿«ser amable»?

—Se ha supuesto siempre (quién lo supone no está tan claro) que debemos estar por encima de ese comportamiento —afirmó lúgubrementemente el segundo de a bordo—, literalmente por encima. Ese tipo de rencillas puede que sean propias de la gente del suelo, pero no de nosotros.

—No estoy tan seguro, a mí casi me divertía —dijo Darby.

—Pese a todo, debemos esforzarnos siempre por minimizar la contaminación procedente de lo secular —afirmó Lindsay.

Cada uno de los chicos se tomó el comentario a su manera.

—Nos hemos salvado por los pelos, amigos —dijo Randolph St. Cosmo.

—Establezcamos unos protocolos —añadió Chick Counterfly— para evitar que se repitan estos incidentes.

—Gloimbrugnitz cidfusp —asintió enérgicamente Miles.

¿Puede sorprender a alguien que, a la primera oportunidad, como no tardaría en ocurrir, los chicos aprovecharan irreflexivamente la ocasión de trascender «lo secular», incluso a costa de traicionar a su organización, a su país y hasta a la mismísima humanidad?

Las órdenes habían llegado con la habitual falta de ceremonia o de simple cortesía siquiera, vía el Caldo de Ostras que preparaba tradicionalmente los jueves como Plat du Jour Miles Blundell, quien esa mañana, mucho antes de que saliera el sol, había visitado el mercado de marisco en las callejuelas estrechas y atestadas de la ciudad vieja de Surabaya, en Java Oriental, donde los chicos disfrutaban de unos días de permiso en tierra. Allí, un caballero de origen japonés y excepcional capacidad persuasiva había abordado a Miles y le había vendido, a lo que ciertamente pareció un precio muy atractivo, dos cubos llenos de lo que él describió repetidamente como «Ostra Especial Japonesa», palabras estas que, a fuerza de ser sinceros, serían las únicas en inglés que Miles recordaría que había pronunciado el citado caballero. Miles no recordó el encuentro hasta que el rancho del mediodía se vio interrumpido por un grito agónico de Lindsay Noseworth, seguido por medio minuto de atípico blasfemar. En la bandeja del rancho que tenía ante él, en el punto donde acababa de escupir enérgicamente, había una perla de un tamaño e iridiscencia poco comunes; de hecho, parecía resplandecer desde dentro, y los chicos, reunidos alrededor, la reconocieron inmediatamente como una comunicación de la Jerarquía Superior de los Chicos del Azar.

—No me imagino que, siquiera por casualidad, consiguieras el nombre o la dirección de ese vendedor de ostras —dijo Randolph St. Cosmo.

—Sólo tengo esto. —Miles enseñó una pequeña tarjeta comercial, llena de texto en japonés, lengua que, lamentablemente, ninguno de los chicos sabía leer.

—Menuda ayuda —se burló Darby Suckling—. Pero qué más da, a estas alturas ya sabemos cómo va esto.

Chick Counterfly ya había sacado de su taquilla un artilugio óptico de peculiar apariencia, con prismas, lentes, lámparas de Nernst y tornillos de reglaje, y dentro del receptáculo apropiado del artilugio colocó cuidadosamente la perla. Lindsay, que seguía apretando la mandíbula en incómoda postura dental y murmurando agraviado, bajó las persianas del comedor para resistir la marea luminosa del mediodía tropical, y los chicos concentraron su atención en una pantalla reflectante dispuesta en un mamparo, donde, al instante, como una imagen fotográfica que emergiese de su solución, empezó a aparecer un mensaje impreso.

Mediante un proceso técnico altamente secreto, desarrollado en Japón por la misma época en que el doctor Mikimoto producía sus primeras perlas cultivadas, porciones de la aragonita original —que formaban las capas nacaradas de la perla— habían sido selectivamente cambiadas aquí y allá mediante un «paramorfismo inducido», como lo denominaban los taimados hijos de Nipón, lo que las había transformado en una forma distinta de carbonato cálcico, es decir, en cristales microscópicos de la calcita birrefringente conocida como espato de Islandia. La luz normal, al atravesar este mineral, se dividía en dos rayos distintos, llamados «ordinario» y «extraordinario», una propiedad que los científicos japoneses habían explotado para crear un canal suplementario de comunicación óptica allá donde en la estructura de capas de la perla hubiera uno de los miles de diminutos cristales astutamente dispuestos. Iluminándola de cierto modo y proyectando sobre una superficie apropiada la luz intrincadamente refractada, cualquier perla modificada podía utilizarse para transmitir un mensaje.

Para una mente tan diabólica como la oriental, no supuso más que un paso trivial combinar esta codificación paramórfica con el proceso de Mikimoto, y a partir de ese momento cada ostra que aparecía en los mercados del mundo se convirtió de la noche a la mañana en una potencial portadora de información secreta. Si las perlas así tratadas se utilizaban más tarde para la joyería, razonaron los ingeniosos japoneses, entonces los cuellos y los lóbulos de las mujeres ricas del Occidente industrial podrían proporcionar un medio incluso menos piadoso que el mar, a cuyas corrientes veleidosas todavía se arrojaban y abandonaban mensajes de anhelo o llamadas de socorro sellados en botellas. ¿En qué grado sería entonces posible liberarse de las maldades infinitas de las perlas, y a cambio de qué ofrenda votiva?

El mensaje de la Jerarquía Superior ordenaba a la tripulación que despegara de inmediato y se dirigiera, a través del Interior Telúrico, a las regiones polares del norte, donde tenían que interceptar la goleta *Étienne-Louis Malus* e intentar

convencer a su comandante, el Doctor Alden Vormance, de que abandonara la expedición que había emprendido, utilizando para ello cualquier medio salvo la fuerza, la cual, sin estarles estrictamente prohibida a los Chicos del Azar, daba un tono de Mal Gusto, algo que, por una antigua tradición, todo Chico había jurado, no sin grandes esfuerzos, evitar.

Algunas de las mentes más preclaras de la historia de la ciencia, entre ellas las de Kepler, Halley y Euler, habían especulado con la posibilidad de la existencia de una supuesta «Tierra hueca». Algún día, o eso esperaban, la técnica del «atajo» intraplanetario, a punto de ser puesta en práctica por los chicos, sería una simple rutina, tan útil a su modo como el canal de Suez o el de Panamá lo habían sido para la navegación de superficie. Sin embargo, en la época de la que hablamos, todavía tuvo nuestra pequeña tripulación ocasión para el asombro, cuando el *Inconvenience* dejó el reino de luz solar del océano índico Septentrional, bordeó el continente antártico y empezó a atravesar una inmensa extensión de blancura interrumpida por imponentes cordilleras negras, hacia el vasto y tenebroso interior que respiraba majestuosamente a lo largo de kilómetros ante ellos.

No obstante, había algo raro.

—La navegación no es tan sencilla esta vez —reflexionó Randolph, inclinado sobre la mesa de cartas con cierta perplejidad—. Noseworth, seguro que tú te acuerdas de los viejos tiempos. Sabíamos por dónde íbamos con horas de adelanto.

Los aeronautas solían ver bandadas de aves de la región apartándose en largas curvas helicoidales, como si escaparan para no verse arrastrados en un vórtice, perceptible sólo para ellas, hacia el interior del planeta; también veían el retroceso, ante la llegada del clima más templado de dentro, de las nieves perpetuas, a las que sustituían primero la tundra, luego las praderas, árboles, plantaciones e incluso, finalmente, uno o dos asentamientos humanos, justo al Borde, como ciudades fronterizas, donde en tiempos pasados se habían celebrado mercados anuales, cuando los moradores del interior salían a comerciar con peces luminosos, cristales gigantes con propiedades geománticas, minerales sin refinar de diversos metales útiles y setas desconocidas para los micólogos del mundo de la superficie, que antaño acudían regularmente con grandes esperanzas de descubrir nuevas especies con sorprendentes propiedades para la mejora de la intensidad visionaria.

Sin embargo, en este viaje, el hielo polar persistía hasta bastante cerca del gran portal, que por su parte parecía haberse *empequeñecido visiblemente*, envuelto en una extraña especie de bruma glacial, casi del color del paisaje de la superficie, que se cernía sobre él y hacia abajo y el interior, y que pronto se volvió tan densa que durante un breve momento la tripulación del *Inconvenience* llegó a volar a ciegas, guiada tan sólo por su sentido del olfato, entre los olores de la combustión sulfurosa, los cultivos de hongos y la transpiración resinosa de los vastos bosques de coníferas que bien podrían ser píceas y que emergían intermitentemente de la bruma.

Con los motores zumbando enérgicamente, la aeronave penetró en el interior del planeta. Las antenas y los aparejos pronto quedaron perfilados sobre un brillo azul claro mucho más perceptible que en los tránsitos anteriores.

—Incluso con el invierno austral —informó Chick Counterfly, que había estado tomando lecturas fotométricas—, está mucho más oscuro aquí que otras veces, lo que resulta coherente con una vía de entrada más pequeña que admite menos luz procedente de la superficie.

—Me pregunto a qué se deberá —frunció el ceño Randolph—, no puedo decir que me haga mucha gracia.

—Atención desmedida de las latitudes medias —afirmó Miles, con una especie de desmayado arrebató profético en la voz—; cuando el interior se siente amenazado, es un reflejo de autoprotección, todos los seres vivos lo tienen de una forma u otra...

Muy «abajo», a través del crepúsculo intraplanetario, pudieron distinguir sobre la gran concavidad interior, extendiéndose en la lejanía, las cadenas y redes fosforescentes de los poblados que se esparcían por sombrías tierras vírgenes todavía sin hollar por la agricultura, mientras, tan silenciosamente como permitían los motores de nitrolicopodio de la nave, los aeronautas proseguían su avance.

—¿Crees que saben que estamos aquí? —susurró Lindsay, como siempre hacía en estos pasajes, mirando por sus anteojos nocturnos.

—Hasta el momento, en ausencia de cualquier otro signo de tráfico aéreo —se encogió de hombros Randolph—, ésa parece una cuestión puramente académica.

—Si cualquiera de los que anda por ahí abajo dispusiera de armamento de largo alcance —insinuó maliciosamente Chick—, rayos destructores o algo así, o lentes para enfocar la energía auroral sobre nuestra vulnerable envoltura, sólo tendría que esperar a que nos pusiéramos a tiro.

—En ese caso, tal vez deberíamos declarar el estado de alerta superior —propuso Lindsay Noseworth.

—Eenhhyhh, menuda pandilla de nenazas —se mofó Darby Suckling—. Sigán charlando sobre el tema, queridas damas, tal vez consigan asustarnos tanto que esto acabe en un desastre de verdad.

—Hay actividad en el dispositivo de Tesla —avisó en un tono cercano al susurro Miles, que había estado atendiendo el aparato sin cables del *Inconvenience*.

—¿Cómo lo sabes, cerebro de mosquito?

—Escucha —dijo Miles sonriendo tranquilamente con lo que podría ser fácilmente interpretado por alguien más implicado en lo terrenal como una provocación; luego alcanzó una serie de interruptores de cuchilla y los arrojó sobre el panel que tenía delante, y un amplificador de sonido eléctrico chisporroteó cobrando vida.

Al principio, el «ruido» no parecía más que el conjunto de perturbaciones magnético-atmosféricas a las que los chicos hacía ya mucho que se habían acostumbrado, tal vez un poco intensificadas aquí por el espacio ampliamente

resonante en el que se estaban adentrando. Pero al poco la emisión empezó a fundirse en timbres y ritmos humanos, no tanto palabras cuanto música, como si las poblaciones crepusculares que pasaban por debajo se comunicaran mediante el canto.

Lindsay, que era Oficial de Comunicaciones, mantenía la oreja pegada al dispositivo de Tesla, con los ojos entrecerrados y atentos, pero al cabo se apartó y negó con la cabeza.

—Es un galimatías.

—Están pidiendo socorro —afirmó Miles—, más claro el agua, y con desesperación. Dicen que están siendo atacados por una horda de gnomos hostiles, y han dispuesto lámparas de señales rojas en círculos concéntricos.

—¡Ahí están! —gritó Chick Counterfly, señalando por encima de la cubierta de estribor.

—Entonces no hay más que hablar —afirmó Randolph St. Cosmo—. Debemos aterrizar y prestarles ayuda.

Descendieron sobre un campo de batalla que era un hormiguero de diminutos combatientes con sombreros puntiagudos y armados con lo que resultaron ser ballestas eléctricas, desde las que a cada poco descargaban rayos de una intensa luz verdosa, lo cual revelaba intermitentemente el escenario con la morbidez de una estrella agonizante.

—No podemos atacar a esta gente —protestó Lindsay—, porque son más bajos que nosotros y las Normas de Combate afirman con toda claridad que...

—En caso de emergencia, esa decisión queda a discreción del Comandante —replicó Randolph.

Ahora sobrevolaban a poca altura los torreones y parapetos metálicos de una especie de castillo donde ardían las luces púrpuras de la aflicción. Abajo podían distinguir figuras que levantaban la mirada hacia el *Inconvenience*. Observándolos por un anteojo nocturno, Miles estaba en la torreta de mando paralizado por la visión de una mujer asomada en una terraza alta.

—¡Palabra que es encantadora! —exclamó por fin.

Su fatídica decisión de aterrizar los enredaría inmediatamente en la política bizantina de la región y, con el tiempo, se encontrarían bordeando peligrosamente la flagrante violación de las Directivas relacionadas con la No Interferencia y la Insalvable Discrepancia, que fácilmente habría dado lugar a una audiencia oficial, y tal vez incluso a la pérdida de su condición de miembros de la Organización Nacional. Para un relato detallado de sus subsiguientes huidas por los pelos de las cada vez más delirantes atenciones que les dispensaba la Legión de los Gnomos, de las confabulaciones poco escrupulosas de cierto cartel minero internacional, de la perversidad sensual que impregnaba la corte real de Chthonica, la Princesa de Plutonia, y de la casi irresistible fascinación que la monarca subterránea llegaría a ejercer, como Circe, sobre las mentes de la tripulación del *Inconvenience* (sobre Miles en particular, como ya hemos visto), se remite a los lectores a *Los Chicos del*

Azar en las entrañas de la Tierra, por raro que parezca, una de las entregas menos atractivas de esa serie, como lo atestiguan cartas procedentes de puntos tan remotos como Tunbridge Wells, en Inglaterra, que expresan su desagrado, con frecuencia muy intenso, hacia mi pequeño e inofensivo scherzo intraterrestre.

Tras su precipitada huida de las hordas hostiles de los achaparrados indígenas durante otro día y otra noche, tal como se mide el tiempo en la superficie, los Chicos recorrieron el interior de la Tierra y salieron finalmente por su portal Septentrional, que vieron acercarse como un diminuto y lejano círculo de brillo. De nuevo, todos comentaron el menguado tamaño de la salida planetaria. Fue preciso un pilotaje muy cuidadoso, al salir, para dar con el lugar exacto de la circunferencia luminosa, que se dilataba rápidamente, donde podrían encontrarse con la menor pérdida de tiempo en la cercanía de la goleta *Étienne-Louis Malus*, que llevaba a la Expedición de Vormance hacia un destino que pocos de sus miembros habrían elegido voluntariamente.

Dos Espato de Islandia

Además de estar ojo avizor desde el puente volante, Randolph St. Cosmo había colocado vigías con los prismáticos más potentes de la nave a popa y a proa. Aquí, al norte del Círculo Polar Ártico, la directiva reglamentaria para todas las aeronaves de los Chicos del Azar rezaba: «El tráfico aéreo desconocido se considerará hostil hasta que se demuestre lo contrario». Ahora se libraban escaramuzas a diario, pero ya no por territorios o mercancías sino por información electromagnética, en una carrera internacional cuyo objetivo era medir y cartografiar con la mayor precisión los coeficientes de campo en cada punto de aquella misteriosa retícula matemática que por entonces se creía que cubría la Tierra. Del mismo modo que la Era de la Navegación había dependido de la cartografía de los mares y las costas del globo, y de los vientos de la rosa de los vientos, ahora sería la medición de las nuevas variables lo que determinaría la historia que iba a desarrollarse aquí, entre acantilados de anomalía magnética, canales de menor impedancia, restallantes tormentas de rayos que salían del sol y a las que todavía ni siquiera se les había dado nombre. Se había desencadenado una «Fiebre del rayo»: la luz y el magnetismo, así como toda clase de rayos extrahertzianos, estaban ahí para el primero que los quisiera captar, y habían acudido en masa los buscadores, incluidos muchos espabilados usurpadores de derechos de propiedad profesionales que pretendían sacar algo por la fuerza; muy pocos eran capaces de rastrear rayos de todas las frecuencias, la mayoría no estaban especialmente dotados ni eran unos desaprensivos, sencillamente se encontraban atrapados en una contagiosa y resuelta huida de la razón, tan enfermiza como la de los buscadores de oro y plata del pasado. Aquí, en el borde superior de la atmósfera, se hallaba la nueva frontera sin domesticar, y los pioneros llegaban en aeronaves en lugar de en carretas, y se enzarzaban en disputas sobre la propiedad destinadas a prolongarse durante generaciones. La aurora boreal, que los había sacado de sus camas infantiles en latitudes inferiores tantas noches frías de invierno, mientras a sus padres les provocaba oscuros sentimientos de pavor, podía contemplarse aquí a cualquier hora desde su mismo interior, en altitud, en forma de latidos de color inmensos como el cielo, de densas cortinas, oleadas y columnatas de luz y corriente en incesante transfiguración.

En pequeños rincones recónditos del planeta a los que nadie prestaba mucha atención, entre facciones de las que nadie sabía mucho, la guerra no declarada y en gran medida oculta se llevaba librando desde hacía años. A lo largo y ancho de las latitudes septentrionales, se habían desplegado transmisores clandestinos entre cumbres de hielo, en explotaciones mineras abandonadas, en patios secretos de antiguas fortalezas de la Edad del Hierro, habitadas o no, solitarias y sobrenaturales en la claridad del horizonte que reflejaba el fulgor del hielo. En riscos que arañaban las nubes, y que podían estar compuestos tanto de guano congelado de aves marinas como de piedra, los exploradores del Campo Magnético de la Tierra, desesperados, insomnes, interrogaban los horizontes buscando cualquier signo de su relevo, que a

veces tardaba años en llegar... Y, de hecho, para algunos de ellos la noche Polar se alargaría para siempre, abandonarían la Tierra en medio de un esplendor inefable, con la aurora del cielo recorriendo violentamente, de punta a punta, espectros visibles e invisibles. Almas atadas a las líneas de fuerza planetarias serían arrastradas de un polo al otro y también a través de las legendarias regiones interiores...

Maniobrando en aeronaves camufladas con «pintura de deslumbramiento» al estilo naval, que permitía que zonas de la estructura aparecieran y desaparecieran entre nubes de centelleos cromáticos, los científicos aeronautas reunían aplicadamente sus datos, todos del mayor interés para las organizaciones empresariales reunidas abajo, en los centros de información de la superficie, como el Instituto del Grupo de Laboratorio de Observación Opticomagnética (IGLOO), una cámara de compensación para la radiación situada en el norte de Alaska, que por esos días más parecía una Lloyd's del espectro superior, donde todo el mundo esperaba impaciente el siguiente tañido fatal de la campana Lutine.

—Últimamente las condiciones son peligrosas.

—Mierda, me entran ganas de lanzarme a la carga contra el mundo, pero de verdad, como los indios.

—Te digo que la cosa no puede seguir así.

Se volvieron algunas cabezas, aunque la nota quejumbrosa no era nueva.

—Granuja pretencioso, qué sabrás tú si ni siquiera habías nacido en el último eclipse.

Era una sala de reuniones oscura, con las ventanas cerradas mediante contras de hierro, iluminada a trechos por lámparas eléctricas y de gas con pantalla verde, sumida en una penumbra apenas mitigada por el leve destello de las cadenas de los relojes, que colgaban de chalecos oscuros, o el de las plumillas, monedas, cubiertos, vasos y botellas. Fuera, en las calles batidas por la nieve, los lobos se aventuraban en busca de comida muy lejos de sus territorios, aullando casi con elocuencia.

—Sí, en estos tiempos hay demasiada gente de tu edad en la profesión. Pasos irreflexivos, consecuencias nefastas, ni la menor atención a la historia de los sacrificios de aquellos que os precedieron, y así sucesivamente...

—Pues como ha pasado siempre, abuelo veterano.

—El otro día casi freís a un puñado de mis chicos. ¿Te importaría explicármelo?

—La zona estaba bien señalizada. Habían sido advertidos de sobra. Ya sabe que no se sacan naves al aire los días de pruebas.

—Es todo lo contrario, para variar. Uno no hace pruebas cuando hay naves en el aire, ni siquiera cuando se trata de un cúter pequeño e indefenso...

—¡Indefenso, dice! Pero si iba pertrechado como buque de ataque, señor.

—... que navegaba tranquila e inocentemente como nave de recreo, hasta que vosotros la atacasteis con vuestros rayos infernales.

—El cúter hizo un Movimiento Furtivo. Simplemente nos atuvimos al protocolo.

—¡Toma, a ver si te parece esto furtivo!

—¡Chicos, chicos, por favor!

Discusiones como ésta eran tan frecuentes que apenas sorprendió a Randolph que el gong del telégrafo del puente de vigía de popa, cuyo transmisor estaba sujeto a la cola de *Pugnax*, empezara a sonar con un clamor.

—Rápido, los prismáticos... Veamos qué centellas tenemos aquí.

La nave, en la lejanía, se distinguía por una envoltura con la forma y casi las dimensiones de cebolla de una cúpula de una iglesia ortodoxa oriental, sobre cuya brillante superficie se veía, en negro, el blasón de los Romanov, y encima, en caracteres cirílicos dorados, la leyenda BOL'SHAIA IGRA o, lo que es lo mismo, «El Gran Juego». Así que fue de inmediato reconocida como la nave insignia del misterioso homólogo ruso de Randolph —y también con demasiada frecuencia su némesis—, el Capitán Igor Padzhitnov; con quien ya habían tenido «altercados» (véase en especial *Los Chicos del Azar y los Piratas del Hielo* y *Los Chicos del Azar casi se estrellan en el Kremlin*) que despertaban en los chicos vivos y angustiosos recuerdos.

—Me pregunto qué se traerá entre manos el viejo Padzhy —dijo Randolph en voz baja—. Se están aproximando tremendamente rápido.

La organización paralela de San Petersburgo, conocida como los Tovarishchi Slutchainyi, era tristemente famosa por sembrar la discordia en el lugar del mundo que les apeteciera, por motivos casi siempre opacos para los chicos, y la especialidad de Padzhitnov era dejar caer ladrillos y mampostería, siempre procedentes de manzanas de cuatro plantas de altura —que se habían acabado convirtiendo en su «firma»—, sobre los objetivos designados por sus superiores. Los letales escombros los recogían de entre las paredes maestras de anteriores blancos que se habían puesto a tiro.

—Nos sobran razones para evitar a estos colegas —comentó Lindsay asintiendo con gravedad—. Sin duda creerán que hemos invadido otra vez su «espacio celeste». Dado el más que considerable grado de dislocación nasal que causó aquel *contretemps* polaco (que en ningún caso fue responsabilidad nuestra), en esta ocasión más vale que tengamos claro cuál es nuestra versión de la historia *antes* de que ellos nos intercepten, algo que, da la impresión, puede ocurrir en cualquier momento... Eh, es más... —De repente, un violento e inesperado topetazo estremeció de punta a punta la estructura del *Inconvenience*; la nave rusa se había situado a su lado sin ningún miramiento, por decirlo de algún modo.

—Oh, lo que faltaba —murmuró Randolph.

—¡Ah de la nave! ¡Chicos del globo! —El Capitán Padzhitnov era muy rubio, atlético y decididamente alegre, sin duda más de lo que requerían los asuntos aéreos corrientes—. ¡Os habéis adelantado otra vez! ¿Qué me pasa? ¿Me estoy haciendo viejo?

Su sonrisa, que tal vez no habría llamado la atención sobre la superficie de la Tierra, allí, entre, digamos, una reunión de desquiciados, a miles de pies de altura y

muy lejos de cualquier puesto avanzado de la Razón, parecía aún más ominosa que la falange de fusiles, aparentemente Mauser turcos de último modelo, así como otras armas más difíciles de identificar, con las que su tripulación apuntaba ahora al *Inconvenience*.

—*Na sobrat' ya po nevo!* —le saludó Randolph con el aire más despreocupado que le fue posible fingir.

—¿Hacia dónde se dirigen? —tronó el comandante ruso a través de una bocina de plata china.

—Hacia el sur, como ve.

—Las autoridades acaban de declararlo Zona de Emergencia —dijo Padzhitnov abarcando con un movimiento del brazo un amplio sector del terreno helado que había abajo—. Tal vez prefieran desviarse.

—¿Las autoridades? —preguntó Lindsay, como si le hubieran dicho el nombre de un íntimo amigo.

—El IGLOO —respondió el comandante ruso encogiéndose de hombros—. Nosotros no les hacemos el menor caso, pero puede que ustedes sí.

—¿De qué clase de emergencia —preguntó Randolph— hablaron?

Los aeronautas moscovitas fueron presa de un incontenible y siniestro ataque de risa.

—En la región de Rusia donde me crié —pudo por fin decir el Capitán Padzhitnov—, todos los animales tenían nombre, sin importar lo peligrosos que fueran: osos, lobos, tigres siberianos... Todos salvo uno. Una criatura a la que temían los demás animales, incluidos los humanos, porque si se topaba con ellos los devoraba, y no siempre los mataba antes. Le gustaba el dolor. El dolor era como... la sal. Sazonaba la vida. A esa criatura nunca le dimos nombre. Jamás. ¿Lo entiende?

—Por Dios —le susurró Lindsay a su jefe—, si sólo hemos hecho una pregunta.

—Gracias —respondió Randolph—, proseguiremos con especial cautela. ¿Necesitan reabastecerse? ¿Les hace falta algo?

—Mis respetos a su inocencia ciega —sonrió su colega del otro bando; y no era la primera vez que lo decía, pues se había convertido en una despedida ritual. El *Bol'shaia Igra* empezó a alejarse, mientras su capitán y demás mandos permanecían junto a la barandilla del puente, conferenciando sin apartar la vista del *Inconvenience*. Cuando las naves casi estaban fuera del alcance del oído, el Capitán Padzhitnov se despidió con la mano y, en la inmensidad del cielo ártico, gritó con voz débil y quejumbrosa—: Bon voyage!

—¿De qué iba todo eso? Si lo que pretendían era advertirnos de que no...

—Ni ha mencionado al grupo de Vormance, ¿te has fijado?

—Se trataba de algo más —dijo Miles Blundell, el único de la tripulación que parecía haberse tomado en serio la advertencia, mientras reemprendía la preparación de la comida, a la par que los demás chicos reanudaban sus actividades y *Pugnax*

volvía a meter el hocico entre las páginas de un *roman-feuilleton* de M. Eugène Sue, que al parecer leía en el francés original.

Y así entraron en la Zona de Emergencia, manteniendo el oído atento al dispositivo de Tesla y escrutando cuidadosamente las tierras yermas e incoloras de abajo. Y durante horas, hasta bien pasada la cena, su enigmático rival, el *Bol'shaia Igra*, se mantuvo alejado pero porfiadamente presente a estribor, rojizo como un rubí maldito que representara el tercer ojo en la frente de un ídolo de lo incomprensible.

Tras no haber podido interceptar el vapor de la Expedición en Isafjörður, los chicos viraron otra vez hacia el norte prosiguiendo la persecución, pero el buque se les escapaba a cada paso que daban, ya fuera a causa de un viento contrario, de un informe erróneo recibido por radio o de un retraso en el puerto debido a la incorporación tardía de un miembro de la tripulación, que resultó ser en el mejor de los casos espectral: el «hombre de más» del mito ártico. Una historia bien conocida ahí arriba. Pero no por mítica menos inquietante, pues, en efecto, de vez en cuando parecía que había un miembro de más en la tripulación del *Inconvenience*, aunque jamás quedó constancia al pasar revista por la mañana. A veces uno de los chicos se daba cuenta —demasiado tarde, claro— de que la cara con la que estaba hablando no era una cara de verdad, ni siquiera una que reconociera.

Un día el *Inconvenience* sobrevoló un pequeño asentamiento cuyas calles y callejones parecían llenas de figuras de cera, de tan inmóviles como se habían quedado todos contemplando el gigantesco vehículo que se cernía sobre sus cabezas.

Randolph St. Cosmo decidió conceder permiso en tierra.

—Son gente del norte, recordadlo —les advirtió—. No es probable que nos tomen por dioses ni nada por el estilo, a diferencia de aquellos individuos de las Antillas.

—¡Aquello fue el paraíso! —exclamó Darby Suckling.

Una vez que la nave aterrizó y fue amarrada, los chicos saltaron a tierra, ansiosos por gastarse la paga en cualquier cosa.

—¿Es turquesa?

—Nosotros lo llamamos Ébano Azul. Son huesos conservados de mamuts históricos reales, no la bonzolina teñida que se ve más al sur.

—Ésta...

—Ésta es una copia en miniatura de un inukshuk erigido sobre una montaña tierra adentro; son rocas amontonadas que conforman toscamente la figura de un hombre, pero no para amenazar al extranjero, sino para guiarle en un territorio donde los hitos o son muy escasos o son demasiado numerosos para orientarle.

—Casi como uno de mis días normales.

—Tal vez por eso se venden tanto estas copias. Porque cualquier día, incluso en las ciudades del Sur, en un momento dado, puede tornarse un territorio desconocido.

De vez en cuando, en los difíciles días que siguieron, cada uno de los chicos iba a mirar la enigmática miniatura que había adquirido, la cual representaba una remota disposición de rocas que seguramente nunca llegaría a ver, e intentaba atisbar, por más indirectamente que fuera, alguna expresión de la verdad más allá de lo secular.

El *Étienne-Louis Malus* se llamaba así en honor del físico e ingeniero militar napoleónico que, a finales de 1808, al contemplar a través de un trozo de espato de Islandia la puesta de sol que reflejaba una ventana del Palacio de Luxemburgo, descubrió la luz polarizada. Era una nave de roble y hierro, de 376 pies y 6 pulgadas de eslora, con cubiertas de abrigo y de botes, dos mástiles, dos puntales de carga y una única chimenea negra y alta. Los cables tensores de docenas de antenas emisoras y receptoras descendían hasta enganches distribuidos por toda la cubierta de intemperie. La proa retrocedía un poco de la línea de flotación, casi hasta la vertical, como si fuera a abrirse paso a través del hielo.

Mientras el barco se dirigía al norte en su largo viaje a las costas de «Islandia», hacia los acantilados de hielo deshabitados, quienes no estaban de guardia o dormidos se sentaban en el saliente de popa a contemplar cómo se perdían en la lejanía las latitudes inferiores, y tocaban mandolinas y pequeñas concertinas de ébano, y cantaban:

No habrá más chicas
que las de Islandia,
no habrá más noches
que las de frío...
Pues navegamos
sin saber si habremos de regresar,
con vientos
que helarán el alma...

Hacían correr rumores: el Capitán se había vuelto loco otra vez, los piratas de los hielos perseguían al *Malus* como balleneros y, si lo atrapaban, su tripulación sería tratada aún con menos piedad que los cetáceos... Algunos creían que la expedición buscaba una nueva fuente de espato de Islandia tan puro como los cristales legendarios de Helgustaðir, más puro que cuanto se extraía esos días de Misuri o de Guanajuato..., aunque ésa era sólo una de las muchas hipótesis. Puede que, al fin y al cabo, no se tratara del espato.

Un buen día, las paredes de hielo verde, casi invisibles en el ocaso boreal, empezaron a deslizarse. El buque se acercaba a un cabo verde, con paredes de hielo verde puro, de un verdor más vivo cuanto más cerca del agua, tanto que parecía casi un *aroma*, un intenso olor marino a descomposición y reproducción.

Desde su hogar ancestral en una isla situada al otro lado del promontorio de la ciudad, Constance Penhallow, que ha pasado a la leyenda aunque ni siquiera ambicionara el respeto local, observó la llegada del *Malus*. Cuando se lo pedían, era capaz de posar con el más noble porte contra el luminoso fulgor del hielo, como si se asomara con ansiedad fuera del marco de un retrato, con ojos que no reclamaban ayuda sino comprensión, los tendones del cuello ribeteados de blanco titanio, una vista de tres cuartos desde atrás que mostraba en escorzo la cara sólo como un creciente, la umbría del cabello cepillado y la altura del cráneo, la sombra de cobre graciosamente vuelta hacia una estantería abierta con libros, sin puerta de cristal que reflejara las imágenes de un rostro, sólo esta irreversibilidad dorsal. Así la había pintado su nieto Hunter, de pie, con un vestido holgado y sencillo con un estampado de mil flores verdes y amarillas, vista como a través del polvo, polvo de otro país observado a una hora avanzada del día, levantado por el viento o por caballos en una calle al otro lado del jardín amurallado...; al fondo, una casa que tenía partes de madera, con gabletes muy inclinados de muchos ángulos que retrocedían hasta formar una imbricación de lagarto de pizarra gris, brillantes como si lloviera...; las tierras salvajes de los tejados, lugares inalcanzables e inexplorados, que se extendían hacia la puesta de sol...

Aquí sobrevivían relatos del primer milenio, como el del primer puñado de fugitivos, que todavía no estaban obsesionados por ninguna promesa del regreso de Cristo y sólo pensaban en los vengadores que los perseguían blandiendo hachas, y así partieron hacia el oeste, presas de una alegría suicida, casi sin importarles nada...; relatos de Harald el Despiadado, hijo del Rey Sigurd, navegando hacia el norte, impulsado por un deseo inexplicable, a cada ocaso alejándose más de toda comodidad, de toda bondad, hacia la sima pavorosa, a escasos golpes de remo de precipitarse al abismo sin luz de Ginnungagap, divisado entre las tinieblas septentrionales y del que a lo largo de los años habían venido informando pescadores extraviados, merodeadores, fugitivos poseídos por Dios... Harald soltó el timón, los hombres retiraron los remos, la circunferencia fatal rodó a su lado a través de la bruma, y Harald Hårdråde, que había virado justo a tiempo, comprendió, gracias a ese instante de misericordia no buscada, con el fin del mundo ahora a sus espaldas, comprendió, quizá más de lo que hubiera querido, lo que era el deseo y la renuncia a él por sometimiento a los deberes que imponían la historia y la sangre. Algo le había llamado desde aquella vaporosa inmensidad, y él había acudido a la llamada, en un sueño, y en el último instante había despertado y regresado. Pues en la antigua lengua de los hombres del Norte, «*Gap*» no significaba sólo ese abismo concreto, el caos de hielo del que surge, gracias al gigante Ymir, la Tierra y cuanto en ella existe, sino también la boca humana abierta de par en par, gritando y respondiendo con un chillido mortal.

Eso cuenta Adam de Bremen en la *Historia Hammaburgensis Ecclesiae*.

Y la expedición actual, aunque su misión oficial no sea dirigirse a Ginnungagap, debe, pese a todo, reconocer su presencia allá adelante, entre la bruma, en el posible oscurecimiento de un futuro cielo de agua ante el reflejo de un Interior mítico, reconocer la posibilidad, en este día y época, de navegar más allá de la superficie del Mundo, arrastrado hacia otra distribución toroidal, topológicamente más pertinente que cualquier sencillo disco o esferoide.

En los tiempos de Harald Hårdråde, el espeluznante vacío del pasado era ya apenas un resto, un residuo vaporoso de la creación del mundo y el drama de la época de Ymir-Audumla, no era ya la intersección del hielo de Niflheim y el fuego de Muspellheim, sino los escombros de un nacimiento calamitoso.

Aunque los antepasados de Penhallow podrían haber emprendido una expedición similar, hasta ahora todos habían encontrado motivos para no hacerlo. Incluso se insinuaba una conspiración de ancestros contra el futuro, sin duda alguna contra este viaje... El dinero de los Penhallow procedía del espato de Islandia, del que poseían inmensos depósitos por todo el Ártico; habían sido magnates del cristal desde que los primeros Penhallow se instalaran en Islandia a finales del siglo XVII, atraídos por la fiebre de la calcita que había desatado la famosa llegada del mineral birrefringente a Copenhague de manos de un marinero que lo descubrió cerca de la bahía de Røerford.

Cuando llegó la Expedición de Vormance, el nieto de Constance, Hunter Penhallow, iba al continente en ferry cada día, ausentándose en delirantes novillos: abandonaba los pinceles y el caballete, y se ponía a trabajar en cualquier chapuza que le saliera por los muelles para aquellos científicos con sus extraños acentos de las latitudes ochentaypocas. Sus padres, en una fecha demasiado temprana de su vida como para que él lo recordara, se habían «retirado» al sur, a aquella región de cuentos y excentricidades dudosas que contaban los marineros, y Constance — precipitadamente, incapaz de negarse, pese a saber, en el estilo oracular que se esperaba de ella, que en cuanto pudiera el niño seguiría el ejemplo de sus padres, aunque no exactamente sus pasos— se había convertido en su único hogar. Claro que él se iría, no hacía falta adivinar el futuro para saberlo, pero eso no afectaría al amor de la abuela. Se embarcaría de polizón en el *Malus*, zarparía con la Expedición de Vormance, como Constance había sabido y temido que haría algún día, en algún barco. Nadie de la tripulación ni ningún científico intentó impedirselo: ¿no era ya una costumbre en estas expediciones que se les unieran los nativos de confianza, a menudo en funciones casi de *mascotte*? Cuando Hunter por fin dobló el Cabo y salió a mar abierto, lo hizo para cargar consigo, primero hacia el norte y luego de regreso a latitudes inferiores, la maldición de la gran lucha silenciosa sobre la cual se fundaba la historia de este lugar, al menos desde el descubrimiento de la primera cueva cuajada de cristales.

Construido hacía sólo unos años, con revestimiento de tablillas de un color crema vivo y tejado de tejuelas grises un tono o dos más claras que los afloramientos y las paredes de piedra que lo rodeaban, el hotel Borealis, donde la Expedición había establecido su cuartel general, tenía en una esquina una curiosa especie de torreón abierto, cuyas esbeltas columnas blancas soportaban balcones semicirculares en la primera y la segunda plantas, por encima de las cuales ascendía un tejado cónico, casi una aguja, con un alto florón que sostenía una veleta y también algunas antenas sin cables. En la parte de atrás, se elevaba una empinada ladera. La bruma hervía y se deslizaba por todas partes. Al final de la calle empezaba el fiordo, inesperado y profundo.

Hunter colocó su caballete al otro lado de la calle e intentó pintar el lugar, pese a las gotas microscópicas de bruma salada que envolvían el gris de Payne y el amarillo de Nápoles sin mezclarse del todo con ellos; en los años venideros, a medida que los pequeños lienzos de este periodo recorrían el mundo aumentando su valor, esa mezcla no consumada generó modelados, sombras, redefiniciones del espacio que, aunque físicamente estaban allí, Hunter no había visto en su momento, y tendría que esperar a sus posteriores periodos «Venecia» y «Londres» para reconocer tales variaciones.

Durante toda la noche, oían el hielo en el gran fiordo, se despertaban, se adormilaban, las voces del hielo se introducían en sus sueños, dictaban lo que veían, qué le sucedería a cada ojo durmiente cuando, impotente, mirara. Un poco más al norte se alzaba un glaciar que se perdía en la lejanía, el único en estos dominios glaciales al que nunca se le había puesto nombre, como en temeroso reconocimiento de su antigua nobleza, de su seguimiento aparentemente consciente de un plan...

—No podemos pasar aquí el invierno, tendremos que irnos mientras todavía podemos zarpar.

—Por mí, perfecto. No creo que pudiera aguantar una semana más aquí. La comida...

—Intuyo que no te pirras por el FiletOlaf.

—¿No puede hacerse nada?

—Bueno, se supone que está reservada para casos de emergencia, pero, visto lo visto, éste puede considerarse como tal. —Abrió un maletín negro y miró dentro un momento—. Ten. —Le pasó una antigua botella artesana de vidrio soplado cuya etiqueta, cuidadosamente grabada e impresa en un espectro de colores tropicales que todavía no se habían desvaído, mostraba un volcán en erupción, un loro con una sonrisa desdeñosa y la leyenda ‘¡CUIDADO, CABRÓN! SALSA EXPLOSIVA LA ORIGINAL’—. Con sólo un par de gotas te bastará para animar ese FiletOlaf, y no lo digo por racanería, entiéndeme. Me la legó mi padre, como su padre se la había legado a él, y

todavía no ha bajado ni siquiera medio centímetro, así que sólo te digo que la uses con cautela.

Como era de esperar, hizo caso omiso del consejo, y durante la siguiente comida la botella fue pasando por la mesa y todos se echaron salsa en abundancia. La noche consiguiente fue recordada por su histeria y recriminaciones.

El mundo exuberante del loro de la etiqueta, en apariencia lo más remoto de este austero paisaje helado que pudiera imaginarse, estaba en realidad separado de él apenas por las más finas membranas. Para pasar de uno a otro sólo había que fijar la atención sin descanso en la imagen del pájaro, rebajándose mientras tanto ante su desprecio, y repetir «*¡Cuidado, cabrón!*», preferiblemente con acento de loro, hasta que la frase perdiera sentido, aunque en la práctica, claro, se sabía que el número de repeticiones llegaba a varios millones, y acababa con la paciencia de los oyentes. De ese modo adquiría algo de la fuerza de un molinillo de oraciones tibetano, y se creía que el ejercicio servía también como un ábrete sésamo al país de Tsangpo-Brahmaputra, un detalle sobre el que los miembros más veteranos de la Expedición no eran reacios a hablar.

A primera vista, parecía un salón lleno exclusivamente de caballeros barbados con trajes oscuros y chalecos a juego, pero estos científicos abarcaban gran parte del espectro internacional de motivos y excentricidades. El doctor Vormance disfrutaba de un periodo sabático de la Universidad Candlebrow, donde dirigía habitualmente el Departamento de Mineralogía. El doctor V. Ganesh Rao, renombrado cuaternionista de la Universidad de Calcuta, estaba buscando una puerta a lo Ulterior, como a él le gustaba decir, tras llegar a la conclusión de que lo sensato era sencillamente buscar el silencio y permitir que las Matemáticas y la Historia siguieran a su aire. Por su parte, el bandido y cliente habitual de tabernas baratas americanas Dodge Flannelette estaba ahí sobre todo por los usos prácticos que pudiera darse a cualquiera de los descubrimientos, tras haber sido informado en privado de que, por ejemplo, el espato de Islandia era indispensable para el desarrollo de los medios para enviar imágenes en movimiento a miles de kilómetros, por no decir a todos los rincones del mundo. Y el joven caballero Fleetwood Vibe había acudido a petición de su padre, la eminencia de Wall Street Scarsdale Vibe, quien de hecho financiaba la Expedición. Una de las tareas de Fleetwood consistía en observar y anotar casos de dinero imprudentemente malgastado, lo que permitiría al viejo Vibe vengarse algún día como era debido.

—Pero a lo que hay que estar más atento —dijo el magnate mirando a diversas distancias entre las que no caía su hijo, un elocuente tic que Fleetwood y sus hermanos habían aprendido muy pronto a identificar: significaba que Scarsdale no se fiaba plenamente de ellos y no les contaría toda la historia, ni de lejos— es a si el terreno es apropiado para el ferrocarril. Mientras hablamos, el Hermano Harriman está comprando todas las existencias de científicos disponibles, movilizándolos para una especie de viaje por Alaska con todos los gastos pagados. Él y el viejo Schiff, para variar, son uña y carne. Casi con toda seguridad le están dando vueltas a un plan

para un enlace ferroviario a lo largo del estrecho de Bering, de Alaska a Siberia, que luego seguiría hasta el Trans-Sib y desde ahí sabe Dios adónde. Dejando aparte las tremebundas condiciones que se encontraría un tren al intentar cruzar un puente de ferrocarril sobre el estrecho de Bering.

La explicación tenía todo el aire de una franca confidencia de los profundos secretos de los negocios, pero lo único que significaba era que su padre le ocultaba datos importantes, que Fleetwood, si quería más información, tendría que investigar por su cuenta.

—Así que... quieres ganarle.

—Ganarles —le corrigió Scarsdale—. Un trepa más un judío. No es de extrañar que el mundo se vaya al infierno.

El Grupo de Discusión Transnoccial se reunió en uno de los salones del sótano del hotel, situado muy lejos del alcance del oído de otros huéspedes que, sin ir más lejos, podían querer dormir. El tema anunciado para esa noche era «La Naturaleza de las Expediciones».

—En el pasado aprendimos cómo domar caballos y cabalgar largas distancias, a bordo de transatlánticos dejamos las superficies planas y entramos en el espacio de Riemann, atravesamos tierra firme y mares profundos y colonizamos cuanto encontramos —dijo el Doctor Vormance—. Ahora estamos dando los primeros aleteos de lo que nos permitirá colonizar el Cielo. En algún punto ahí arriba, Dios mora en su Ciudad Celestial. ¿Cuán lejos habremos de viajar por ese territorio inexplorado y sin cartografiar antes de encontrarle? ¿Se retirará Él ante nuestro avance y seguirá retirándose hasta el Infinito? ¿Nos enviará Agentes divinos, para ayudarnos, engañarnos, alejarnos? ¿Dejaremos asentamientos fijos en el Cielo, a lo largo de nuestras rutas de invasión, u optaremos por ser nómadas, levantando el campamento cada mañana, sin darnos por satisfechos con nada que no sea Sión mismo? ¿Y la posibilidad de colonizar otras dimensiones más allá de la tercera? Colonizar el Tiempo, ¿por qué no?

—Porque, caballero —objetó el Doctor Templeton Blope, de la Universidad de las Hébridas Exteriores—, estamos limitados a tres.

—Cháchara de cuaternionistas —gritó su némesis académica, Hastings Throyle—. Si todo, tanto lo carnal como lo espiritual, está investido de las tres dimensiones dadas, ¿para qué serviría entonces tener más de tres, como dice la famosa pregunta de su Profesor Tate?

—No sabe cuánto lo siento, una vez más. El mundo dado, por si no se había fijado. El Planeta Tierra.

—Del que hace no tanto se creía que era una superficie plana.

Y así sucesivamente. Una discusión recurrente. En esta época, el Cuaternionismo disfrutaba todavía de la luz y la calidez de un animado mediodía. Podían aceptar

sistemas rivales de vez en cuando, casi siempre debido a alguna propiedad tenida por engorrosa, pero los seguidores de la fe hamiltoniana se sentían tan inmunes que consideraban que nunca serían cuestionados, como niños que imaginan que vivirán eternamente, si bien el considerable grupo de hamiltonianos que viajaba a bordo del *Malus* no acababa de ver muy claro qué quería decir el fuertemente custodiado Documento de la Misión cuando, al describir el viaje, afirmaba que había sido emprendido «en ángulos rectos con respecto al flujo del tiempo».

—El tiempo se mueve en un solo eje —advirtió el doctor Blope—, del pasado al futuro; los únicos giros posibles son de ciento ochenta grados. En los Cuaterniones, un sentido de noventa grados correspondería a un *eje adicional* cuya unidad es $\sqrt{-1}$. Un giro en cualquier otro ángulo requeriría como unidad un número complejo.

—Pero las aplicaciones en las que un eje lineal se convierte en curvilíneo, las funciones de una variable compleja como $w=e^z$, en la que una línea recta en el plano z tiene por imagen un círculo en el plano w —dijo el Doctor Rao—, indican la posibilidad de que el tiempo lineal se convierta en circular y, de ese modo tan sencillo, o no sé si decir complejo, se consiga el eterno retorno.

El humo de puros baratos espesaba el aire, y las botellas de aquavit danés importado de quince centavos se habían acabado y habían sido sustituidas por un producto destilado local que almacenaban en vasijas de barro terroso de gran tamaño. Fuera, en la oscuridad, el hielo no paraba de crujir, y parecía que quisiera expresar sus propias opiniones.

Como si al irse haciendo tarde la hora hubiera desvelado por sí sola cierta misteriosa fatalidad, la discusión pasó al tema del Éter luminífero, en el que los intercambios de opiniones —en gran medida solamente basadas en la fe, como los Cuaterniones— a menudo no evitaban cierta vehemencia.

—¡Pandilla de cenutrios! —gritó el Doctor Blope, que pertenecía a la escuela británica, surgida en la estela del experimento Michelson-Morley, que suponía la existencia de cierto Agente Secreto en la Naturaleza que conspiraba para impedir cualquier medición de la velocidad de la Tierra a través del Éter. Si esa velocidad producía, como sostenía Fitzgerald, una contracción de la dimensión en la misma dirección, resultaba imposible medirla, porque el dispositivo de medición también se encogería—. ¡Es obvio que Algo no quiere que lo conozcamos!

—Lo cual es lo que podía esperarse que dijera un nativo de Albión —replicó pensativamente el Doctor Vormance—. La mitad de las unidades de vivienda de esa isla han sido visiblemente hechizadas en un momento u otro. Ven fantasmas, ven hadas debajo de todas las setas, comestibles y no comestibles. Creen en la proyección astral, en la presciencia, en la reencarnación y en otras pruebas de inmunidad al Tiempo.

—¿Está hablando de mí?

—No, faltaba más, Blope, en absoluto.

Todos se rieron entre dientes con condescendencia, salvo, claro, el Doctor Blope.

—Lo que no puede resolverse dentro de la psique —intervino Otto Ghloix, el alienista de la Expedición— debe entrar en el mundo exterior y devenir físicamente, objetivamente, «real». Por ejemplo, uno que no pueda aceptar la, llamémosla así, *sinistra incognoscibilidad* de la Luz, proyecta un Éter, real en todos los sentidos, salvo en uno: no es detectable.

—Pues parece una propiedad importante como para pasarla por alto, ¿no cree? Lo sitúa en la misma clase que Dios o el alma...

—Hadas debajo de champiñones —dijo un alborotador entre el grupo, al que nadie, por extraño que parezca, pudo localizar.

Sin embargo, los islandeses poseían una larga tradición autóctona de fantasmas que hacía parecer un modelo de racionalismo a los originarios de Albión. Poco antes, los miembros de la Expedición habían visitado la gran Biblioteca de Islandia, cuyas paredes verdes y transparentes daban al mar iluminado por el sol. Algunos de esos espacios eran talleres o comedores, otros, centros de operaciones, amontonados sobre la cima del gran acantilado, repartidos en una docena de niveles, es posible que más. En las estanterías de la biblioteca podía encontrarse *El Libro del espato de Islandia*, al que solía describirse como «el *Ynglingasaga*, pero distinto», que contenía historias de familias que se retrotraían al descubrimiento y a la primera explotación del mineral epónimo y llegaban hasta la actualidad, así como un registro de cada jornada de esa misma Expedición ahora en marcha, incluso de *días todavía no transcurridos*.

—¡Adivinación del futuro! ¡Eso es imposible!

—A menos que aceptemos que ciertos textos están...

—Fuera del tiempo —sugirió uno de los Bibliotecarios.

—La Sagrada Escritura y demás.

—En cualquier caso, sí guardan una relación diferente con el tiempo. Tal vez deban leerse a través, o mediados por, una lente del mismo tipo de calcita que, según los rumores, ustedes han venido a buscar aquí.

—Otra Búsqueda de otro maldito Cristal Mágico. Gansadas, diría. Ojalá lo hubiera sabido antes de enrolarme. Díganme, ¿no serán unos de esos petroanimistas?

La conciencia mineral era, incluso en aquella época, motivo de burla; si hubieran sabido qué les esperaba en ese sentido..., qué les esperaba e iría en su contra, las sonrisas se habrían helado y las risitas transformado en toses de gargantas secas.

—Por descontado —dijo el Bibliotecario—, encontrarán espato de Islandia en cualquier lugar del mundo, a menudo junto a zinc o plata, y buena parte de él podrá utilizarse en instrumentos ópticos. Pero aquí arriba está la esencia, aislada, sin compartir espacio con ningún otro mineral. Es el elemento genuino y la subestructura de la realidad. El duplicado de la Creación, cada imagen nítida y verosímil... Y como ustedes son caballeros matemáticos, difícilmente habrá escapado a su atención que su curioso advenimiento al mundo sucedió pocos años después del descubrimiento de los Números Imaginarios, que también proporcionaron un duplicado de la Creación matemática.

»Pues esto no es sólo la Islandia geográfica, sino también una de las varias convergencias entre los mundos que se descubren de vez en cuando detrás de las apariencias, como esos pasajes subterráneos bajo la superficie que recorren las cuevas del espato, ciegamente, entre cristales que la luz no ha tocado y tal vez nunca tocará. Abajo, allí donde vive el “Pueblo Oculto”, dentro de sus moradas de roca, donde los humanos que las visitan pueden quedar encerrados y no encontrar jamás la salida. El espato de Islandia es lo que oculta al Pueblo Oculto, lo que les permite moverse por el mundo que se considera a sí mismo “real”, lo que proporciona la curva esencial de noventa grados a su luz, de manera que pueden coexistir con nuestro mundo pero sin ser vistos. Ellos y otros, visitantes procedentes de algún lugar desconocido, de aspecto no humano.

»Llevan generaciones cruzando hasta aquí, saltando de un mundo a otro. Nuestros antepasados los conocían. Si nos remontamos mil años atrás, hubo un tiempo en que sus incursiones en nuestras costas acabaron convergiendo, como en un punto de fuga, con las de los primeros visitantes nórdicos.

»Llegaron aquí con mentalidad criminal, muy parecida a la de aquellos antiguos nórdicos que o bien huían del castigo por los delitos cometidos en la tierra de la que procedían, o bien buscaban nuevas costas que saquear. Aquellos que, en nuestro exceso de civilización, nos parecen hoy bárbaros, incapaces de mostrar piedad. Sin embargo, comparados con estos otros Intrusos, son la encarnación misma de la cortesía.

El sol salió como una mancha funesta en el cielo, no informe del todo sino de hecho asumiendo el aspecto de un dispositivo inmediatamente reconocible aunque todavía innombrable, tan extrañamente familiar que la imposibilidad de darle nombre pasó de la simple frustración al pavor, cuya complejidad crecía por momentos...; su nombre era una palabra sinónima de poder, de las que no se pronuncian en voz alta, ni se recuerdan siquiera en silencio. Alrededor, por todas partes, el hielo traicionero tendía emboscadas, había presencias latentes que rondaban cualquier transacción, todas ellas semejantes al círculo infinitesimal convergente a cero para el cual los matemáticos encuentran algún uso de tarde en tarde. Una salida plateada y gris, inodora y silenciosa del mundo superior... El sol quizá fuera visible de vez en cuando, con o sin nubes, pero el cielo tenía una densidad neutra más gris que azul. Sobre el promontorio crecía un follaje de textura uniforme, que bajo esa luz era de un verde llameante, casi sin sombras, y, rompiendo a los pies del cabo, estaba el mar verde mar, el mar verde hielo, verde cristal.

Hunter se había pasado el día fuera con su bloc de dibujo, anotando cuanto podía, para llevárselo consigo. Esa noche era la última que pasaría con Constance antes de su partida.

—Me hubiera gustado que fuera una fiesta de bon voyage —dijo ella—, pero aquí no hay nada que comer.

—Puedo acercarme a Narvik.

—Es tarde. Hielo traicionero pasada la medianoche.

—Esta noche no es muy oscura, abuela. No tardaré.

En la orilla solía haber barqueros que aceptaban pasajeros durante la noche después de que los transbordadores de línea regular hubieran atracado; su tráfico era continuo, aunque no excesivo, como si en el continente hubiera algún lugar oscuramente glamuroso conocido sólo por unos pocos entendidos. Con el invierno a las puertas, era más difícil encontrar vías navegables de aguas abiertas. La lustrosa y pequeña embarcación de vapor vibraba adelante y atrás como un perro de caza frustrado, y los pilotos se llamaban unos a otros por encima de los témpanos a la deriva. Cierta fosforescencia en el hielo mantenía la noche bien iluminada.

Pero esta noche el pueblo era un lugar melancólico. No pasaba gran cosa. La inminente partida del *Malus* parecía haber dejado a todos sin saber qué hacer. Había luces encendidas por todas partes, como si se celebraran recepciones invisibles. El insomnio envolvía el pueblo como una manta empapada en sudor. Las bandas de pequeños delincuentes pasaban por las calles de vez en cuando, sin cometer delito más grave que mirar mal. Como improvisados posaderos, los residentes insomnes invitaban a los recién llegados a los salones de sus casas, donde se sentaban sin hablar, y raramente ofrecían alcohol dado su precio desorbitado, que pagaban de noche sólo con billetes, pues el ruido de las monedas viajaba muy lejos, sin apagarse, por los inmensos silencios.

El único lugar donde servían comidas a esa hora de la noche era el restaurante Platos Nórdicos Para Llevar En Trineo del señor Narvik, atestado a todas horas, por lo general con cola ante la puerta. Hunter se preparó para una larga espera. La cola no sólo era insoportablemente lenta —podía quedarse parada durante quince minutos—, sino que, cuando se movía, avanzaba bruscamente apenas *una fracción del espacio* que ocupaba un único cuerpo. Como si algunos de los que esperaban estuvieran de algún modo presentes sólo en una fracción de sí mismos.

En paralelo a la cola reptante, en sentido contrario, un ingenioso tren de vapor con vagones del tamaño de una cazuela pasaba continuamente, para recordar a quienes esperaban cuál era el menú del día: grasa cocida con moras boreales, huevos de págalo en cualquier estilo, chuleta de morsa y *parfaits* de nieve, por no mencionar el muy alabado FiletOlaf, que era el Plato de la Semana —de hecho, de todas las semanas—; el trenecillo chirriaba por detrás del escaparate, a unos centímetros de la babeante clientela, aunque, dada la carencia de control de sus impulsos por la que eran tristemente famosos los nativos, seguramente no lo bastante protegido. Además de por el robo de bocados, la espera se veía amenizada por los que se colaban, los que se arrojaban comida, los que difamaban a madres y los que realizaban excursiones imprevistas a la punta del muelle de Narvik.

El propio Narvik, del que se rumoreaba que nunca dormía, no paraba de moverse arriba y abajo durante toda la noche, saludando a los clientes, sacando platos de la cocina, cobrando y, en general, procurando animar con humor ártico a los que hacían cola.

—¿Qué pide un canadiense cuando entra en un bar?: Un dedo de hielo con dos cubos de whisky. «¿Por qué compras en el almacén de ese ladrón siciliano?», le preguntan a un buscador de oro italiano en el Yukón; «Perque el signore ma fía». ¿Cuál es la frase favorita para ligar en Alaska?: «Guf, guf».

—Un par de esos FiletOlaf, me parece —dijo por fin Hunter—, y también ensalada de col para acompañar; ah, ¿y puede ser la Salsa Misteriosa aparte?

Regresó a la isla en plena noche, una noche ya fría y deshabitada como promesa del invierno que se avecinaba, en un peligroso tránsito a través de bancas de hielo que, como si tuvieran mala intención y conciencia, buscaban llevarse al fondo al despistado, cual arenas movedizas, sin previo aviso.

Y en la incesante deriva del hielo, en los incontables desplazamientos y rotaciones, derretimientos y congelaciones, por un momento, puede que dos, las formas y los tamaños de las masas aquí, en esta «Venecia del Ártico», serían exactamente los mismos que los de la secular Venecia y las islas de su periferia. Por descontado, no todas esas islas eran tierra firme, algunas eran hielo, pero, consideradas como espacios multiconectados, ambas serían lo mismo: Murano, Burano, San Michele, el Gran Canal, cada pequeño canal hasta el más mínimo detalle; y por ese breve instante sería posible pasar de una versión a la otra. Durante toda su infancia, Hunter Penhallow había estado esperando alerta el fatídico momento, había rezado por el estruendoso asalto a su sensorio, por el desplazamiento inmediato a kilómetros y a años de aquí, a la verdadera Ciudad del Silencio y Reina del Adriático. Se «despertaba», pero se sentía como si acabara de llegar, tras un viaje inconsciente, a una habitación del Bauer-Grünwald, con un tenor en pleno grito desgarrador acompañado por una concertina justo debajo de su ventana, y el sol poniéndose detrás de Mestre.

Pero el hielo siempre volvía a hurtadillas a sus sueños nocturnos. Los canales helados. La seguridad del hielo. El regreso al hielo cada noche, como si volviera a casa. Recostarse, horizontal como el hielo, bajo la superficie, entrar en el sueño sin puertas, irrompible, tanto tiempo buscado... Perderse allá, en el otro mundo de la infancia y de los sueños, donde los osos polares no se movían ya con torpeza ni mataban, sino que, una vez en el agua, nadaban bajo el hielo y se convertían en grandes criaturas marinas anfibias y blancas, gráciles como un delfín.

Cuando su abuela era niña, según le contó una vez, las hermanas anunciaron un día en el colegio que el tema de estudio serían las Criaturas Vivientes.

—Yo sugerí el hielo. Me echaron de clase.

A media mañana, Constance subió a la cima del acantilado, miró pendiente abajo, a las peladas colinas, y vio que el barco en miniatura que antes había anclado allí, sujeto tan sólo por el más ligero anclote al fondo de la bahía, y que a veces parecía estremecerse por el deseo de marcharse, había zarpado por fin, con rumbo a mares más esmeraldas, vientos aromáticos, hamacas en la cubierta. Desde allí arriba, la vista del mar seguía siendo tan gris como siempre, el viento no soplaba más frío de lo habitual, tal vez la vegetación era mínima y austera, en tonos blanco, ante y gris, hierbas pálidas que visiblemente no conseguían llegar a verdes, doblegándose juntas al viento, un millón de tallos, todos en el mismo ángulo exacto, que ningún instrumento científico mediría. Contempló todos los horizontes, tomándose su tiempo, reservándose el sur para el final. Ni una voluta de humo, ni el lejano pitido de una sirena de vapor ahogado por el viento, sólo la carta de despedida que le esperaba esa mañana en su mesa de trabajo y que llevaba ahora como un pañuelo arrugado en el bolsillo, en la que él le abría su corazón, pero que ella no podía desdoblar y leer otra vez por temor a que una magia terrible que nunca había sabido contrarrestar la hubiera convertido, al final, en una página en blanco.

De los Diarios del señor Fleetwood Vibe:

No se trató de ninguna Embriaguez del Norte ni nada por el estilo. Pregúntele a cualquiera que estuviera allí. Desembarcaban. Conversaban. Compartían sus cestas de picnic. Paté de foie gras en gelatina, faisán con trufas, pudín a la Nesselrode, un champán del 96 que conservaban en hielo...

De lo primero que nos dimos cuenta fue del canto. En esos casos, tiene que descartarse en principio la demencia colectiva, aunque nadie del grupo convendría siquiera en *qué se estaba cantando*. Sólo después de largos barridos con los prismáticos en la dirección de la que procedía aquella música escalofriante y desconocida, uno de nosotros distinguió un punto oscuro, situado bajo un cielo helado, que iba aumentando lentamente de tamaño, incluso mientras la inepta coral, paradójica pero piadosamente, parecía irse apagando, aunque no antes de que la canción quedara grabada en todos los cerebros. Datada alrededor de 1897, conmemoraba la reaparición en la costa septentrional de Noruega de Fridtjof Nansen y Frederik Hjalmar Johansen, tras un periplo de tres años por el silencio Polar, unas semanas después del regreso del barco en el que habían zarpado, el valiente *Fram*. Aunque sólo sea por mor de la objetividad científica, me creo obligado a reproducirla aquí.

El mundo se ha vuelto loco,
cantando
a Nansen y Johansen,
los robustos chicos del Polooo.

Oh, Dios, hay legiones
asediando
a estos intrépidos noruegos
doquiera que vayan por la regiooón.

Hace tres años
zarparon en el *Fram*,
ahora que han vuelto,
la vida es magdalenas y jamooón.

Todos están
nerviosos, y
para Nansen y Johansen
bailan como locooos.

Nos quedamos aturridos ante la inmensidad del vehículo que finalmente acabó deteniéndose encima de nosotros. Apenas éramos bastantes para recoger los cabos que nos lanzaban. Corriendo debajo, debíamos de parecerles insectos indistinguibles.

—No estamos en peligro —les aseguramos repetidas veces— ni, de hecho, nos hace falta ninguna ayuda.

—Corren un peligro *mortal* —afirmó su Oficial Científico, el Doctor Counterfly, un tipo con aspecto de estudioso, barbado y muy abrigado, como los demás, con los ojos escondidos tras un par de ingeniosas gafas cuyas lentes resultaron ser pares a juego de prismas de Nicol, que podían rotarse para controlar con precisión la cantidad de luz que recibía cada ojo—. Tal vez han estado demasiado cerca para verlo... Por nuestra parte, poco más hemos visto desde que pasamos el Paralelo Ochenta. Se ha declarado una Zona de Emergencia de un radio de cientos de kilómetros. El pico en cuya vertiente han establecido al abrigo del viento su puesto de mando es de forma demasiado regular para ser el *nunatak* que imaginan. ¿Es que ninguno de ustedes sospechó que era una estructura artificial? De hecho, no estaba situada ahí por casualidad, y no podrían haber elegido un emplazamiento más peligroso.

—Ya —parpadeó el Doctor Vormance—, y no me diga que ustedes pueden ver a través de la nieve hasta la base.

—Como bien sabe, señor, en estos tiempos hay Rayos y Rayos, y pueden inventarse rápidamente frecuencias de onda distintas de las de la luz para que atraviesen y se desplacen incluso por los medios más reticentes.

Un *nunatak*, que en la lengua esquimal significa literalmente «tierra conectada», es un pico montañoso lo bastante alto para elevarse sobre los yermos de hielo y nieve que cubren el terreno. Se cree que todos ellos, cada uno con su propio espíritu guardián, están vivos; son como un arco que acoge a cuantos líquenes, musgos, flores, insectos e incluso pájaros puedan arrastrar hasta ellos los vientos de la Región. Durante la última Edad del Hielo, muchas de nuestras montañas de Estados Unidos, conocidas y hasta famosas hoy en día, eran *nunataks*, que se elevaban del mismo modo sobre aquella antigua extensión helada, manteniendo vivas las llamas de las especies hasta que llegara el tiempo en que el hielo retrocediera y la vida recuperara su dominio.

Tras su invitación, procedimos a atestar la amplia cabina de control de la inmensa aeronave, donde el material científico ocupaba hasta el último centímetro cúbico —quién sabe si hipercúbico— de espacio disponible. Entre fantásticas envolturas de cristal y bobinas de cable de oro tan incomprensibles para nosotros como los paneles de control de ebonita esculpulosamente pulida que reflejaba el cielo ártico, fuimos capaces de reconocer aquí y allá algunos objetos más mundanos: aquí, las cajas de resistencia de Manganina y las bobinas de Tesla; allá, las pilas Leclanché y los imanes solenoidales; además de cables eléctricos revestidos de gutapercha de poca calidad por todas partes.

Dentro, el techo era mucho más alto de lo que cabía esperar, y los mamparos apenas se distinguían en la luz mortecina a través de tres lentes de Fresnel colgantes; el manguito incandescente que había detrás de cada una resplandecía en un color primario diferente, a causa de las llamas sensibles que siseaban en frecuencias distintas. Sonidos extraños, armonías y disonancias complejas, resonantes, silbantes y percutientes a la vez, controladas desde algún lugar Exterior lejano, eran emitidas desde una inmensa bocina de metal, con tubos y llaves de cobre tan intrincados como los que pueden encontrarse en una banda de música americana y que se extendían desde allí hasta un gran panel de control donde se alineaban varios indicadores de medidas cuyas agujas, con delicadas puntas de flecha al estilo Breguet, temblaban al alzarse y descender a lo largo de las cifras en cursiva. El resplandor de las bobinas eléctricas se filtraba más allá de los cilindros de cristal que las encerraban, y las manos que se les acercaban parecían sumergirse en un polvo de tiza azul. Un Telegráfono de Poulsen grababa los datos que se recibían moviéndose constantemente adelante y atrás a lo largo de un reluciente trozo de cable de acero que a cada poco era extraído y reemplazado por otro.

—Impulsos etéricos —explicaba el Doctor Counterfly—. Para la estabilización del vórtice necesitamos una membrana lo bastante sensible para responder a los remolinos más leves. Utilizamos amnios humano: un «velo», como lo llaman algunos.

—¿La gente cree que un niño nacido con un velo tiene poderes de segunda visión? —preguntó el Doctor Vormance.

—Exacto. Y un barco con un velo a bordo nunca se hundirá... o, en nuestro caso, no se estrellará.

—Para conseguir un velo se han llegado a hacer cosas —añadió oscuramente un Oficial, el señor Suckling— de las que ni siquiera se puede hablar.

—Qué interesante. ¿Cómo consiguieron el suyo?

—Es una larga historia, de cierta complejidad.

En ese momento, el Oficial Científico Counterfly nos avisó de que el Generador de Rayo Especial había alcanzado la velocidad necesaria y nos permitía contemplar el «*nunatak*» a una luz distinta, por así decirlo. Nos condujo a un compartimento contiguo, donde pantallas transparentes resplandecían con distintos colores e intensidades, y se sentó ante un panel.

—Bien, ajustemos aquí la ganancia... Bien. ¿Lo ven? Miren en la lámina reflectora, justo debajo del cuarzo.

Tardamos un momento en interpretar lo que aquella curiosa *cámara lúcida* estaba revelando. Al principio no era más que un borroso caos verde amarillento, en el que manchas de luz y oscuridad se desplazaban en bulliciosa agitación y parecían, en su lenta efervescencia, que se penetraban, a la par que se envolvían, unas a otras. Pero una vez sumidos en aquella hipnosis serpentina, nos dimos cuenta de que el marco de visibilidad se movía siempre hacia abajo, incluso cuando el torbellino glauco empezó,

aquí y allá, a concentrarse en una serie de inscripciones que pasaban precipitadamente hacia arriba, demasiado rápido para leerlas aunque hubiéramos conocido el idioma.

—Creemos que son advertencias —comentó el Comandante de la aeronave, el Profesor St. Cosmo—, tal vez con respecto al emplazamiento de alguna tumba sagrada..., un sepulcro de algún tipo...

—Una alusión inquietante —se rió entre dientes el Doctor Vormance—; ¿no tendrá que ver con las recientes desventuras que acaecieron a ciertos egiptólogos tan imprudentes que penetraron en *aquellos* reinos de descanso eterno?

—Más bien se trata de una precaución necesaria —replicó el Doctor Counterfly—, por respeto a las probabilidades.

Hizo un gesto hacia la imagen que transmitían los prismas del instrumento, que se había ido volviendo más nítida poco a poco, como un amanecer fatal que nadie esperase con impaciencia. Al momento descubrimos que ya no podíamos apartar la mirada. Aunque todavía era difícil distinguir los detalles, la Figura parecía reclinada sobre uno de sus costados, una especie de odalisca de las nieves —aunque más valía no plantearse la cuestión de a qué placeres era dada—, y nosotros ni siquiera coincidíamos en cuanto al aspecto de los rasgos «faciales» que veíamos: algunos los describían como «mongoloides», otros como «serpentinós». Sus ojos, sobre todo, si es que aquello eran ojos, permanecían abiertos, y su mirada no se dirigía a nada concreto, aunque todos éramos presa de un terror compartido a la espera del momento en que *se hiciera consciente de nuestro interés* y volviera suavemente su espantosa cabeza para mirarnos directa y fijamente.

Por extraño que parezca, cuestiones como si estaba «viva» o era «consciente» nunca se plantearon a la hora de tomar la decisión de rescatarla. ¿A qué profundidad se encontraba?, quisimos saber. ¿Había nieve hasta el fondo o nos toparíamos con rocas? Asuntos prácticos. Un enfoque muscular. Ni un solo soñador en nuestro grupo, ni, para ser sinceros, una sola persona con propensión a las pesadillas, cuya presencia, al menos de uno de ellos, en el futuro sería obligada por ley en cualquier expedición de este tipo. Fuera lo que fuese lo que creyéramos haber distinguido en el instrumento de visión, a esas alturas, con silencioso miedo, ya lo habíamos descartado.

Los eruditos de los Edda, que los habían estudiado detenidamente hacía poco en su forma original en la Biblioteca de Islandia, sugerirían más tarde —demasiado tarde— una posible comparación con Buri, el abuelo de Odín y de los primeros dioses, congelado en el hielo de Niflheim desde tiempos inmemoriales, hasta que lo despertaron los lametones de la lengua de la vaca mítica Audumla. ¿Quién de nosotros, inconscientes como niños en un parque de atracciones, no habría realizado un análogo servicio a nuestro propio Visitante congelado? ¿Qué dioses, qué razas, qué mundo estaban a punto de nacer?

Los alpinistas que nos acompañaban describieron el rescate como un viaje no más arduo que un descenso por una grieta. La tripulación de la gran aeronave, tras

habernos advertido cuanto creían necesario, se mantenía distante. Su responsabilidad no parecía ir más allá de la advertencia: sacudían las cabezas con tristeza, nos miraban desde lo alto, asomados a la barandilla de su góndola, pero ni interfirieron ni movieron un dedo para ayudarnos. Y nosotros, intrépidos inocentes, descendimos a aquellas sombras, abandonando bruscamente el viento, a medida que las inodoras paredes de nieve se elevaban a nuestro alrededor, y seguimos bajando la pendiente nada escarpada de lo que tontamente continuábamos denominando el «*nunatak*», en busca de nuestro destino. Los esquimales se habían mostrado impacientes, a veces incluso demasiado, por acelerar nuestro trabajo. Pero cada vez que nos acercábamos a un grupo de ellos que estuviese conversando, guardaban silencio y no reanudaban la conversación hasta que sabían que ya no podíamos oírles. Pronto, uno por uno, según una agenda privada que no supimos descifrar, se fueron marchando, mascullando, deslizándose sobre el hielo y perdiéndose para siempre en el resplandor amarillento.

Entramos en una fase de euforia acrítica, que iba en paralelo a la sumisión a un destino común de celebridad y fortuna. Intercambiábamos sentimientos tópicos: «Incluso el tiempo colabora», «Me alegro de que todos tengamos contrato», «Los Vibe lo venderán, sea lo que sea, en cuanto lo vean». Trabajábamos en la oscuridad polar, nuestras caras azotadas por las terribles llamaradas naranjas de la luz de la Aurora. De vez en cuando, los perros enloquecían, se quedaban rígidos, con miradas fijas y aterrorizadas, salían corriendo e intentaban ocultarse o morder a cuanto se les acercara. A veces eso podía explicarse con hechos reales: un oso polar o una morsa olisqueados a kilómetros de distancia. Pero otras no había explicación. Fuera lo que fuese, era invisible.

Y de vez en cuando no ladraban cuando debían hacerlo. Un día se nos acercó caminando sobre la llanura blanca una figura vestida con pieles de oso que no era de la región y que, extraña e inquietantemente, *venía del norte*. El señor Dodge Flannelette ya estaba echando mano impulsivamente a su rifle cuando el señor Hastings Throyle, creo que fue él, gritó algo en tungús y añadió:

—Pero si es el viejo Magyakan. Lo conocí en Siberia.

—No puede haber venido a pie desde allí —comentó escéptico el Doctor Vormance.

—De hecho, lo más probable es que viniera volando, y no sólo está aquí para visitarnos sino que también, y simultáneamente, no me cabe la menor duda, está en la cuenca del Yeniséi con su pueblo.

—Empieza a preocuparme usted, Throyle.

Throyle explicó el misterioso poder chamánico llamado bilocación, que permite a aquellos que tienen el don estar literalmente en dos o más lugares, a menudo muy separados, a la vez.

—Dice que nos trae un mensaje.

—Parece asustado por algo.

—Histeria ártica —dijo el Doctor Ghloix, el Oficial Psicomédico de la Expedición—, una especie de melancolía del Norte, con mucha frecuencia un presagio de suicidio.

Magyakan rechazó la comida pero aceptó una taza de té y un puro habano, se sentó, entornó los ojos y empezó a hablar; Throyle traducía sus palabras.

—A lo mejor no quieren hacernos daño. A lo mejor hasta es posible que nos amen a su manera. Pero no tiene más capacidad de elección que vuestros perros de trineo, en esta terrible, y para ellos desierta, tierra que han elegido invadir, donde los humanos son la única fuente de alimento. Se nos permite vivir y trabajar hasta que caigamos agotados. Pero ellos sufren tanto como nosotros. Sus voces serán amables, sólo infligirán dolor si no les queda más remedio, y cuando saquen las armas, objetos que nunca hemos visto, las miraremos fijamente, silenciosos como perros, no las reconoceremos, tal vez las tomaremos por juguetes o algo para divertirnos...

Se calló, se sentó, fumó y al instante se quedó dormido. Pasada la medianoche se despertó, se levantó y se alejó caminando hacia el vacío ártico.

—¿Fue una especie de profecía o algo así? —preguntó el Doctor Vormance.

—No en el sentido en que nosotros la entendemos —respondió Throyle—. Para nosotros se trata de la simple facultad de ver el futuro, basada en nuestra concepción lineal del tiempo, una línea recta y sencilla que, desde el pasado, a través del presente, se proyecta hacia el futuro. Tiempo cristiano, si así quiere llamarlo. Pero para los chamanes es distinto. Su noción del tiempo se extiende no en una única dimensión sino en muchas, que existen, todas, en un único instante atemporal.

Empezamos a vigilar a los perros más de cerca. A menudo los veíamos en compañía de otro perro grande, sin más rasgos llamativos, que había volado hasta aquí con la tripulación de la nave. Los perros de trineo se reunían a su alrededor formando un círculo ordenado, como si él, de algún modo, les hablara.

Lo que más les preocupaba era tener que tirar del improvisado trineo que utilizábamos para transportar el objeto sobre el hielo hasta el barco. Bien podría haber sido un sindicato canino. Tal vez, guiados por *Pugnax*, que así se llamaba el perro de la nave, era eso mismo, un sindicato, ni más ni menos.

Llevar de vuelta al barco lo que rescatamos resultó ser sólo la primera de nuestras ordalías. Estibar el objeto en la bodega fue un trabajo maldito desde el principio. Los intentos fallidos se sucedían uno tras otro —si un agarradero no dejaba espacio, una guindaleza, independientemente del tamaño, se encallaba sin remedio—, pero una y otra vez, misteriosamente, se evitaba la caída y posible destrucción del objeto..., como si estuviera *destinado a sobrevivir* a nuestros más desatinados esfuerzos. En nuestra tentativa de que cupiera en el barco lo medimos en repetidas ocasiones, y cada vez las dimensiones que resultaban eran distintas, y no por poca diferencia. No parecía haber forma humana de introducir el objeto por ninguna de las compuertas del barco. Al final tuvimos que recurrir a nuestros sopletes. Durante todo ese tiempo, la cosa nos estuvo mirando con lo que más adelante, cuando empezamos a

comprender la gama de sus emociones, podríamos haber reconocido sin dudar como una forma de desprecio. Con sus «ojos», situados uno al lado del otro, cerca, como los de los humanos y otros depredadores binoculares; y su mirada había permanecido fija, clavada personalmente en cada uno de nosotros, sin importar dónde nos colocáramos o si nos movíamos.

Del viaje de regreso al sur, deberíamos haber recordado más detalles: nuestras guardias de vigilia sucediéndose rápidamente; el susurro melódico de la ocarina de un tripulante en un pasillo enmarcado en madera con pernos de acero; el olor a café en el desayuno; la presencia gibosa de la aeronave que había acudido a advertirnos, persistente a popa, a la derecha, como una luna fuera de su sitio, hasta que al fin, como si asumiera nuestra carencia de sentido común, se marchó despidiéndose con unas bengalas, gesto no exento del todo de ironía.

¿Quién de nosotros deseaba volver, mirar el futuro a la cara, amotinarse si era necesario para obligar al Capitán a virar y devolver la cosa al lugar donde la habíamos encontrado? A cada campanada del barco se iba perdiendo el último vestigio de nuestra pobre inocencia. Aunque no pudiéramos predecir con detalle lo que iba a pasar, no había ni uno solo de nosotros, ni siquiera los más prosaicos, que no sintiera que algo, allí abajo, bajo nuestros pies, bajo la línea de flotación, donde eso esperaba paciente y desheliéndose, estaba pasando y era terrible, y pronto lo sería más.

De regreso por fin a la bahía, al principio no nos alarmamos mucho cuando empezaron los primeros gemidos profundos, como de metal rozando metal. Ahí, en ese gran puerto marino, como en cualquier otro, ser invisibles era lo mismo, o eso creíamos, que estar a salvo; invisibles en medio del bullicio impersonal del Comercio, el ir y venir de las calesas en Whitehall, los mástiles y chimeneas erizadas, las junglas de aparejos, los conocimientos de embarque, las visitas rutinarias de mecánicos, veleros, agentes de seguros, funcionarios del puerto, estibadores y, por último, de una delegación del Museo para llevarse lo que habíamos traído, y que no nos hicieron el menor caso, casi ni repararon en nuestra presencia.

Tal vez con sus prisas por librarse de nosotros se les pasó por alto, como se nos había pasado a nosotros, cuán *imperfectamente contenido* estaba el objeto en realidad. Como si fuera la encarnación de un «campo» recién descubierto y hasta el momento sólo groseramente calculado, allí yacía nuestro pecado original, el fracaso repetido, allá en el norte de donde veníamos, a la hora de determinar la distribución de su peso en un espacio normal, lo cual debería habernos dado un indicio evidente, a cualquiera que le hubiera querido consagrar un minuto de reflexión, de que una fracción del total tenía que librarse necesariamente del confinamiento. El que esa parte liberada no hubiera sido ni detectada ni medida equivalía a decir que ninguna parte había sido contenida, y que nosotros, en nuestra nube de ofuscación y ensoñación, la habíamos traído *ya suelta* a casa.

Los que afirman haberla oído hablar cuando huía están ahora a buen recaudo, internados en el manicomio de Matteawan, recibiendo los cuidados más modernos. «Nada articulado, sólo siseos, una serpiente vengativa, implacable», desvariaban. Otros aseguraban haber oído lenguas muertas, desaparecidas ya hace mucho del mundo, aunque curiosamente conocidas por quienes lo afirmaban. «La luz a la que da forma el hombre no te liberará», habría dicho supuestamente, y «Las llamas siempre fueron vuestro destino, hijos míos». *Sus hijos...* ¿Merece la pena que alguien dedique su tiempo a recorrer esos pasillos con forma de estrella de mar donde sufren, cada uno detrás de su puerta de roble y hierro, la penitencia por haber presenciado aquel espanto?

Habiendo cumplido mi papel en la fatal transmisión, o eso imaginaba, había pretendido dirigirme inmediatamente en tren a la Capital de la Nación, dejando que otros se disputaran la fama y la recompensa. Dado que, en cualquier caso, estaba obligado a informar a una Entidad Washingtoniana, preví que no me costaría redactar al menos un resumen durante el viaje al sur. ¡Vana ilusión! Una vez se desató el terror, sólo llegar a la estación ya fue una Odisea.

Porque en las calles reinaba un desorden enloquecido. Una banda de soldados irregulares, con sombreros y pantalones rojos al estilo zuavo, sobre monturas confusas y aterrorizadas, daban vueltas impotentes, y no hacía falta más que un insignificante aumento de la ansiedad para que empezaran a dispararse entre ellos, por no mencionar a civiles inocentes. Las sombras de los altos edificios se proyectaban en picado a la luz enrojecida por las llamas. Las damas, y en muchos casos los caballeros, gritaban sin cesar, y sin sentido aparente. Los vendedores callejeros, los únicos que mostraban una mínima compostura, corrían por todas partes intentando vender reconstituyentes alcohólicos y amoniaco, ingeniosos cascos que protegerían de la inhalación de humos, mapas ilustrados que pretendían mostrar túneles secretos, subsótanos y otros refugios improvisados, así como rutas seguras que salían de la ciudad. El ómnibus que yo había tomado apenas avanzaba, las distantes astas de banderas sobre la estación se demoraban remotas contra el firmamento, tan inalcanzables como el Paraíso. Los chicos que vendían periódicos corrían de un lado a otro, agitando últimas ediciones melladas con titulares exclamativos.

Llegado por fin a la estación, me uní a una masa de ciudadanos que intentaban, sin excepción, subir a cualquiera de los trenes que saliera de la ciudad. En la entrada, la anárquica masa de gente se vio forzada, sin saber muy bien cómo, a formar una única fila delgada como un hilo para seguidamente enhebrarse con ominosa lentitud por el laberinto de mármol de dentro, sin poder ver el destino final. Instructores sin uniformar, por su aspecto se diría que matones callejeros en ropa de trabajo, se cercioraban de que nadie infringiera las normas, que ya parecían demasiadas. Fuera, los tiroteos continuaban de manera intermitente.

Los relojes en las alturas, muy por encima de nuestras cabezas, giro tras giro, nos decían lo tarde, cada vez más tarde, que llegaríamos.

Hoy, en el Club de Exploradores, el menos de moda, buscando refugio de las lluvias pestilentes del Distrito, todos se mezclaban en las antesalas, esperando que los pigmeos con librea trajeran sus gongs chinos de bronce y anunciaran la comida, el renombrado Ágape Gratuito de Mediodía. Si alguien me vio estremeciéndome de vez en cuando, sin duda debió de atribuirlo a la habitual fiebre de la maleza.

—Buenas tardes, General..., señora...

—Pero hombre, ¿si es el viejo 'Wood! ¿Todavía no han acabado contigo los negros? Creía que andabas por África.

—Y por allí he estado. No sé qué pinto aquí.

—Desde la pequeña aventura del Doctor Jim, por aquí las cosas se han puesto peliagudas, ¿no? La guerra estallará en cualquier momento, no sería ninguna sorpresa.

Empezó entonces a citar el verso conmemorativo del laureado poeta británico, aquello de «huir a la carrera por la pradera», con la más que discutible rima de «*pelt*» y «*veldt*».

He empezado a notar, sobre todo entre los trabajadores del África meridional, este lenguaje vulgar de desasosiego y alucinación. ¿Se trata de la creciente tensión política en el Transvaal y de las ingentes cantidades de dinero que cambian de manos con el tráfico de oro y diamantes? ¿Debería invertir algo en acciones de Rand?

Durante la comida me vi inmerso en una graciosa charla sobre el mal civilizado en las tierras remotas.

—Tal vez los trópicos —dijo alguien—, pero nunca la Región Polar; allí arriba todo es demasiado blanco, demasiado matemático.

—Pero en nuestro negocio siempre hay nativos, y allí también los hay, ¿no lo entiende? Nosotros y los nativos. Toda tribu concreta, todos sus detalles, se pierden en la cuestión general: quién trabaja para provecho de quién, por así decirlo.

—Ahí no hay cuestión ninguna. Las máquinas, los edificios, todas las estructuras industriales las hemos llevado nosotros. Ellos las ven, aprenden a manejarlas, acaban comprendiendo lo poderosas que son. Lo letales que son. Lo letales que somos. La maquinaria puede aplastarlos. Los trenes pueden atropellarlos. En el Rand, algunos pozos de nuestras minas descienden hasta mil doscientos metros.

—Ahora que lo recuerdo, 'Wood, ¿no corría por allá una historia sobre ti, algo sobre cargarte a un culi con una Borchardt?

—Me miraba de una manera rara —dije. Es lo máximo que he contado de esa historia.

—¿Qué quieres decir con eso, 'Wood? ¿De una manera rara? ¿Qué quieres decir?

—La verdad es que no le pregunté qué quería, ¿cómo iba a hacerlo? Era chino.

Los presentes, inquietos, alterados, la mitad con algún tipo de fiebre, se encogieron de hombros y cambiaron nerviosos de tema.

—En el 95, el plan de Nansen en su viaje hacia el norte definitivo se redujo finalmente, a medida que aligeraba la carga, a ir matando a los perros de trineo uno por uno para alimentar a los demás. Al principio, como contó él mismo, los otros perros se negaban a comer carne de sus congéneres, pero poco a poco fueron aceptándola.

»Imaginad que nos pasara a nosotros algo así, en el mundo civilizado. Si “otra forma de vida” decidiera utilizar a los humanos para propósitos similares y, habiendo salido en *una misión desesperada comparable*, a medida que menguasen sus recursos, nosotros, las bestias humanas, fuéramos simplemente sacrificadas, una por una, y aquellos que vivieran se vieran obligados, en cierto sentido, a comer su carne.

—Oh, por favor. —La esposa del General dejó los cubiertos sobre la mesa y se quedó mirando el plato.

—Señor, eso es repugnante.

—No me refiero de manera literal..., pero nosotros nos utilizamos los unos a los otros, a menudo hasta la muerte, con la misma anulación del sentimiento, de la conciencia..., sabedores todos de que, en cierto momento, nos llegará también el turno. Sin ningún sitio al que huir más que a un desolado yermo hostil y sin vida.

—Se refiere a la situación actual del mundo bajo el capitalismo y los Trusts.

—No parece que haya gran diferencia. ¿Cómo, si no, podríamos haber llegado a esto?

—Por la evolución. El simio se transforma en hombre, bueno, ¿cuál es el paso siguiente? ¿El hombre se transforma en... qué? Algún *organismo compuesto*, por ejemplo la Empresa Americana, a la que hasta el Tribunal Supremo ha reconocido personalidad jurídica, una nueva especie viviente que puede mejorar con creces cualquier cosa que un individuo haga por sí solo, sin importar lo inteligente o poderoso que sea.

—Si le sirve de consuelo, créaselo. Yo creo más bien en la incursión desde otro lugar. Ellos se han distribuido entre nosotros a lo largo de un frente muy amplio, no sabemos «cuándo» llegaron, el mismo Tiempo se vio trastocado, una concienzuda e implacable abjuración del Tiempo tal como lo habíamos conocido, tal como había ido haciendo tictac, para nosotros instante tras instante, sin correr peligro alguno, con una inocencia que ellos supieron burlar...

En cierto momento, todos los presentes comprendieron que estaban hablando de los desgraciados acontecimientos del norte, del mal sueño del que todavía intento despertar, la gran ciudad sobre la que se abatió el dolor y la ruina.

Dejando atrás los yermos árticos, el *Inconvenience* se dirigió presuroso hacia el sur, utilizando cuanto combustible se atrevían, tras arrojar por la borda todo el peso del que podían prescindir, en una desesperada tentativa de llegar a la ciudad antes que el vapor *Étienne-Louis Malus*.

—Me pregunto qué les pasará a esos pobres desgraciados —reflexionó lúgubre Chick Counterfly.

El paisaje marrón y sombrío del norte de Canadá, perforado por miles de lagos, pasaba veloz una legua por debajo de ellos.

—¡Un sitio estupendo para comprar una finca a la orilla del lago! —exclamó Miles.

Los científicos de la Expedición de Vormance habían seguido creyendo que lo que llevaban era un meteorito, como Peary y otros recientes héroes de la ciencia. Dada la larga historia de impactos de meteoritos en las regiones septentrionales, más de una reputación se había hecho a base de barcos alquilados, nóminas aplazadas y unas cuantas semanas con la ilusión de no sufrir tormentas allá arriba, probablemente navegando entre el fulgor blanco del hielo reflejado en las nubes. Justo antes del descubrimiento, el equipo de Vormance examinó el cielo y descubrió señales más que suficientes. Pero ¿quién habría previsto que el objeto caído en los remotos lares no sólo ocultaba una conciencia sino también un propósito antiguo y un plan que llevar a cabo?

—Nos engañó para que lo *catalogáramos* como meteorito, mire...

—¿El objeto?

—El visitante.

—¿Su Expedición entera fue hipnotizada por una piedra? ¿Es eso lo que nos está pidiendo que creamos?

La Comisión de Investigación estaba reunida en las salas superiores del Museo de Museología, dedicado a la historia de la recuperación, clasificación y exposición institucionales. La decisión de racionar la provisión de whisky sólo había acelerado el descenso a los malos modos, sobre el que se explayarían todos los periódicos, independientemente de cuál fuera su relación con el poder, durante los días siguientes. Desde las ventanas de los torreones se contemplaban fragmentos aislados de la ciudad, aquí y allá, perdiéndose en el horizonte: árboles chamuscados que todavía humeaban, salientes de acero caídos o peligrosamente inclinados, las calles cercanas a los puentes y los muelles atascadas con el caos de carruajes, carretas y tranvías mediante los cuales la población había intentado huir de allí al principio y que habían acabado abandonados, y todavía ahora yacían sin que nadie los reclamara, volcados, dañados por los choques y el fuego, enganchados a caballos que llevaban meses muertos y que nadie había retirado.

Antes del desastre, las caras con bigotes de esta larga mesa curvada, que expresaban tal superioridad ofendida, pertenecían tan sólo a los designados por un

Alcalde no más deshonesto de lo que permitían los estándares de la época: criaturas corruptas al estilo de Tammany Hall, capaces de conseguir votos cuando se les pedía, pero sólo a una escala que se correspondiese con la pertenencia a esta advenediza Comisión de Supervisores del museo. A diferencia de los que se sentaban en comisiones de instituciones más eminentes, aquí ninguno poseía fortuna ni pedigrí familiar: eran gente de la ciudad, así que pocos de ellos habían visto algo más que una estrella estacionaria, ni que decir tiene una de las que caen. Testigos científicos eminentes, que antes de los Acontecimientos habrían tenido en nula consideración a estos politicastros, ahora no podían soportar sus miradas firmes y, de vez en cuando, inquisitoriales. Hoy se habían convertido sin excepción en Arcángeles de la venganza municipal, sobre todo porque no había nadie más disponible para esa función, pues el Alcalde y la mayoría de los miembros del ayuntamiento se contaban entre las primeras víctimas de la incendiaria Figura, los grandes bancos y las cámaras de comercio seguían todavía sumidos en un considerable caos, y la Guardia Nacional, huida, estaba con la moral por los suelos y comprometida a reagruparse en un futuro indeterminado en Nueva Jersey. Las únicas unidades organizadas para afrontar los momentos inmediatamente posteriores fueron las Alas Blancas, que, con un arrojo ejemplar, continuaban lanzándose a la inconcebible tarea de limpieza con los mismos ánimo y disciplina habituales. De hecho, hoy mismo, los únicos signos de movimiento humano que podían verse desde allí arriba en toda la desolada extensión posturbana eran un pequeño grupo de esos guerreros tocados con salacots, acompañados por una carreta de la basura y uno de los últimos caballos que quedaban con vida en el área Metropolitana.

A veces esta comisión de investigación celebraba sesiones nocturnas, y entonces entraban a zancadas por la puerta lateral, adonde los desamparados y debilitados habían aprendido a acudir y a esperar tanto como fuera necesario. Por la noche, el Museo ofrecía una imagen de contrafuertes toscos, imponentes y sin iluminar, puertas secretas entre crujías, varias terrazas en miniatura de cervecerías situadas a la altura de la calle que abrían hasta tarde gracias a la amabilidad y sensatez de la policía del distrito: una manzana tras otra de mampostería inclinada, de un amarillo hollinoso en la creciente oscuridad, un color borroso, como si hubiera sido impreso fuera de registro.

—Los esquimales creen que en su territorio todos los objetos tienen un soberano invisible, en general nada amistoso, que se encarga de hacer respetar antiguas, de hecho prehumanas, leyes, y que por tanto existe un Poder al que hay que persuadir, mediante diversas formas de soborno, para que no castigue a los hombres. —Ante la mención de la rancia y consagrada práctica, se vio que las orejas comisionadas desarrollaban afiladas puntas y se inclinaban hacia delante—. Y, en este sentido, no era tanto el objeto visible lo que buscábamos y queríamos entregar al Museo cuanto su invisible *elemento de poder*. Desde el punto de vista esquimal, alguien de nuestro grupo, al no cumplir con las prácticas debidas, mostró una gran falta de respeto, lo

que provocó que el Poder siguiera su inclinación natural y se vengara como correspondía.

—¿Como correspondía? Dadas las grandes pérdidas económicas, por no mencionar las vidas inocentes... ¿como correspondía a qué, señor?

—A la civilización urbana. Porque nosotros arrancamos a la criatura de su territorio. Las sanciones habituales (hielo traicionero, ventiscas, fantasmas perversos) ya no eran posibles. Así que el castigo asumió un carácter más ajustado al nuevo entorno: incendios, daños en los edificios, multitudes sumidas en el pánico, caos en los servicios públicos.

La noche se había vuelto desapacible. Esta ciudad, incluso en sus mejores tiempos, siempre se había distinguido por un rumor de ansiedad de fondo. Todo el que viviera aquí sabía que podía apostar a que, día sí y día también, cualquier cosa que sucediera, pasara lo que pasase, lo haría lo bastante despacio como para permitir al menos una consulta con alguien, a que «siempre habría tiempo», como decían los propios ciudadanos. Pero ese anochecer sin cuartel, los acontecimientos se sucedieron demasiado rápido para seguirlos, no digamos ya para examinarlos, analizarlos o, de hecho, para hacer nada más que huir a la carrera y salir del trago sin ser asesinado. Y eso fue lo que hicieron más o menos todos los habitantes de la ciudad, muy inoportunamente a la vez, dominados por el miedo Pánico. A lo largo de los años de prosperidad y corrupción, se les había advertido, repetidamente, de esa posibilidad. La ciudad era cada vez más vertical, la población más densa, todos podían convertirse en rehenes ante una incursión así... ¿Quién, fuera de la ciudad, habría imaginado que se convertirían en víctimas tomadas por sorpresa? O, ya puestos, ¿quién lo habría imaginado dentro de la misma ciudad? Aunque muchos, justo después, adoptaran esa fingida pose para sacar provecho.

Sólo algunos hechos habían sido esclarecidos. Al centro mismo de la ciudad, por donde todavía corría un estrecho canal navegable desde hacía mucho tiempo, había llegado un carguero en cuya bodega, retenida con medios más bienintencionados que efectivos, se agitaba una Figura con poderes sobrenaturales, que nadie en esta historia no escrita supo jamás cómo domeñar. En la ciudad, todos parecían saber lo que era la criatura, haberlo sabido desde el principio, un relato tan conocido de antemano que, cuando se hizo realidad, era lo último que esperaban, incluyendo lo que sus poderes inmisericordes supondrían para cualquier población sobre la que se desataran; mientras que, por extraño que parezca, ninguno de los hombres de ciencia que la habían llevado hasta allí, los viejos marinos polares, quienes habían convivido con ella a sólo unos pasillos de metal durante todo el viaje hacia el sur, habían llegado siquiera a imaginarlo.

Pues bien, conociendo perfectamente el momento de la llegada y tras haberse calentado por sí sola a la temperatura necesaria, procedió, metódica e implacablemente, a salir a fuego de su encierro. Los que habían preferido permanecer a bordo del barco tanto como fuera posible, uno tras otro, como impulsados por una

especie de agotamiento moral, cedieron, huyeron tambaleándose, subieron por las escaleras, salieron por las escotillas, se alejaron por las gradas y se perdieron por las calles de la ciudad. Pero, cuando por momentos parecía que la historia normal estaba llegando a su fin, ¿dónde podría haber encontrado alguno de ellos abrigo a tiempo? Ninguna escolta de los matones del Tenderloin, ningún refugio de seguridad de los privilegiados, por más profundamente que estuviera encajado en las anclas de cualquiera de los grandes puentes, ningún túnel ferroviario o submarino podrían haber protegido ni a uno solo de esos refugiados impuros de lo que iba a suceder.

El fuego y la sangre estaban a punto de abatirse como un destino aciago sobre las confiadas multitudes. Justo a la hora punta de la tarde, la electricidad se cortó en toda la ciudad, y mientras las conducciones de gas se inflamaban y los miles de vientos que asolaban la urbe, distintos en cada esquina, confundían cualquier posible predicción, los adoquines salían disparados hacia el cielo y caían a unas manzanas de distancia formando dibujos raros pero bellos. Todas las tentativas de contraatacar o de rehuir siquiera a la Figura fracasaron. Más tarde, las alarmas de incendio quedaron sin respuesta y los bomberos de primera línea se encontraron rápidamente abandonados a su suerte, sin refuerzos ni la esperanza de recibirlos. El ruido era espantoso e incesante, y hasta para los más voluntariosos incrédulos se hizo evidente que no había escapatoria.

La movilización se extendió por toda la ciudad a medida que corrían rumores sobre negociaciones con anónimos visitantes, se cancelaban los permisos a los militares, se interrumpían a la mitad las funciones de ópera —las arias, incluso las famosas, se saltaban enteras— para permitir que el público saliera antes, las estaciones de tren se llenaban de los ecos de los movimientos de las tropas, las partidas de cartas y de dados en los callejones del Tenderloin se interrumpían bruscamente y, por lo general, en momentos críticos, entre la población se propagaba a toda velocidad el miedo a la cercanía del crepúsculo, a las caras borrosas, a las ventanas altas y a lo que podría, por vez primera en la memoria ciudadana, entrar por ellas...

En días posteriores, se discutió qué le habría pasado al Alcalde. Huido, muerto, enloquecido..., las teorías proliferaron en su ausencia. Su cara apareció en carteles colocados en todas las vallas de madera de los solares vacíos, en las partes traseras de los tranvías; su bien conocida estructura ósea brillaba con la inolvidable simplicidad de un cráneo. «Permanezcan en sus casas», advertían folletos con su firma colocados sobre las paredes carbonizadas. «Esta noche no serán bienvenidos en mis calles, tanto si son muchos como si son pocos».

A medida que la luz del día abandonaba la ciudad esa noche, las farolas no daban ni un ápice de su habitual brillo velado. Era difícil distinguir nada con claridad. Las restricciones sociales habituales dejaban ahora mucho que desear o brillaban por su ausencia. Los gritos, que de día habían sido pasados por alto como murmullo de fondo, se prolongaron durante toda la noche y, sin el clamor del tráfico callejero,

habían adquirido un tono de urgencia y desesperación: un coro de dolor a punto de pasar desde el reino de lo invisible al de lo real, algo a lo que habría que enfrentarse. Figuras que a una hora avanzada de la noche aparecían sólo en tonos grises daban la impresión de poseer ahora color, pero no los tonos elegantes del día sino rojos sangrientos, amarillos de morgue, verdes venenosos.

En una metrópolis donde los Exteriores eran a menudo el principio, el final y la historia entera del medio, la presencia de un arroyo subterráneo bajo la Catedral de la Prefiguración, que alimentaba sus tres fuentes bautismales, se había considerado hasta este inexplicable advenimiento una suficiente, aunque no para todos milagrosa, defensa. Pero ahora, bajo el alumbrado de arco, en el punto más alto de la iglesia, las autoridades habían empezado a proyectar una imagen tridimensional a todo color, no exactamente de Cristo sino de alguien con la misma barba, túnica y capacidad para emitir luz, como si, de suceder lo peor, pudieran renunciar por entero a cualquier lealtad cristiana y así facilitar los cambios de espíritu que se revelaran necesarios para llegar a un acuerdo con el invasor. Cada noche, al crepúsculo, la declaración luminosa se ponía a prueba, y se comprobaba la continuidad temporal, el nivel de potencia, la precisión de los colores y todo lo demás. Se prepararon lámparas de repuesto, pues a todos les obsesionaba la posibilidad de que el dispositivo de proyección fallara en el momento crítico. «Nadie se aventuraría de noche por un vecindario de conocidos vampiros sin llevar una cruz encima», como había afirmado el Arzobispo, «¿verdad que no? Claro que no, y lo mismo puede decirse de éste, Nuestro Protector», quien, cautelosamente, no había sido nombrado.

A pesar de su reciente incorporación, a los barrios más alejados se les permitió que disfrutaran de unos años honorables más de naturaleza y calma pastoral, tras haber escapado, al menos por un tiempo, al estulto garabateo de constructores y promotores que esos días se vendía como sueño. Sin embargo, ¿qué futuro esperaba al «territorio al otro lado del puente» sino el de acabar sufriendo tarde o temprano una historia y una cultura suburbanas de triste zona residencial?

Así la ciudad se convirtió en la expresión material de una pérdida de la inocencia particular —no de la inocencia política ni la sexual sino de la de un sueño compartido de lo que podría llegar a ser una urbe en su apogeo—, y de ese modo sus habitantes se tornaron, y siguen siéndolo, una raza amnésica y amargada, herida pero incapaz de recordar el momento de la herida, incapaz de evocar el rostro de su agresor.

De aquella noche y aquel día de ira desenfrenada, la gente habría esperado que una ciudad, si sobrevivía, saliera completamente renovada, renacida, purificada por las llamas, una vez superadas la codicia, la especulación inmobiliaria, el politiquero local..., pero en vez de eso, ahí estaba esa viuda llorosa, una especie de comisión de duelo constituida por una única mujer enlutada que seguía escatimando, anotando primorosamente y resintiéndose despiadadamente por cada maldita lágrima perdida que tenía que llorar, y con los años las compensaría convirtiéndose en la ciudad más

mezquina y cruel, incluso comparada con otras ciudades no precisamente famosas por su amabilidad.

Pese a su apariencia resuelta, aventurera y viril, el núcleo urbano no podía superar aquella terrible violación que se había prolongado durante toda la noche, cuando «él» se vio obligado a someterse, a rendirse, de una manera inadmisibile y vilmente femenina, al abrazo del Fuego del Infierno de «su» amada. Después se pasó muchos años olvidando, fabulando e intentando recuperar su amor propio. Pero en su interior, muy dentro, «él» siguió sintiéndose el catamita del Infierno, la basura a disposición de todos los ciudadanos, la zorra vestida con ropa de hombre.

Así, con la esperanza de librarse de más sufrimiento y como demostración de lealtad al Destructor, la ciudad había erigido a modo de altar votivo varias estructuras propiciatorias. Muchas de ellas fueron incendiadas deliberadamente, pues se intentaba ennegrecer las estilizadas ruinas de manera estética e interesante. Se puso especial atención en el centro de la ciudad, que se mantuvo envuelto en un plasma de ignorancia protectora que llegaba hasta las enormes murallas de silencio situadas a lo largo de sus lindes, límite del mundo conocido más allá del cual se extendía un reino del que el resto de la ciudad no podía hablar, como si incluso hubiera renunciado, como parte de un trato plutoniano, al lenguaje para hacerlo. Siendo la gran era de la construcción de arcos en la ciudad, normalmente del tipo triunfal, se decidió erigir, en un punto de transición al reino prohibido, otro gran Portal, en el que se grabó: POR MÍ SE VA A LA CIUDAD DOLIENTE. DANTE, encima del cual, cada aniversario de aquel espantoso acontecimiento, abarcando el cielo sobre la bahía, aparecía un panorama nocturno —no exactamente una reconstrucción conmemorativa, sino más bien una serie abstracta de luces móviles multicolores contra un fondo oscuro azul, con algo de marino— donde el espectador podía ver lo que quisiera.

La noche en cuestión, Hunter Penhallow se disponía a abandonar la ciudad cuando, al sentir algo a su espalda, se dio la vuelta para presenciar la tragedia que se desplegaba a lo largo del horizonte, y que no pudo dejar de recordarle una pesadilla demasiado antigua como para que fuera sólo suya, mientras sus ojos quedaban deslumbrados por imágenes de una nitidez inmisericorde en matices llameantes, tan brillantes que sus órbitas y pómulos recogieron parte del exceso ardiente.

De golpe se encontró perdido en una parte desconocida de la ciudad; la cuadrícula de calles numeradas que Hunter creía entender dejó de tener sentido. La cuadrícula, de hecho, se había distorsionado y ahora constituía la expresión de otra historia de necesidades ciudadanas: las calles perdieron la secuencia numérica, se cruzaban en ángulos inesperados, se estrechaban en largos callejones informes que se perdían en la nada, subían y bajaban pronunciadas pendientes de colinas cuya existencia había pasado inadvertida hasta entonces. Él siguió adelante, imaginando que si avanzaba lo suficiente saldría a algún cruce que reconociera, pero todo le resultaba cada vez más extraño. En cierto momento entró en algún sitio, una especie de patio abierto, un caparazón ruinoso lleno de escombros amarillentos y de un rojo herrumbroso que

alcanzaban diez o doce plantas de altura. Una especie de puerta monumental, inexplicablemente más antigua y extranjera que todo lo conocido en la ciudad. A esas alturas, las calles se habían vuelto íntimas, casi pasillos. Sin pretenderlo, se encontró caminando por salones deshabitados. En la punta de un vestíbulo casi vacío vio una reunión. Había gente sentada alrededor de una chimenea, con vasos y copas, ceniceros y escupideras, pero se trataba de algo más que de una reunión social. Tanto los hombres como las mujeres seguían con los abrigos y los sombreros puestos. Hunter se aproximó cautelosamente.

—Creo que estamos de acuerdo en que tenemos que salir de la ciudad.

—¿Todo el mundo ha hecho las maletas? ¿Están listos los niños?

La gente se puso de pie, preparándose para marcharse. Alguien se dio cuenta de la presencia de Hunter.

—Si quiere venir, hay sitio.

Qué estupefacto debía de haber parecido. Aturdido, siguió al grupo por un tramo de escaleras de caracol metálicas hasta una plataforma con iluminación eléctrica donde otras personas, en gran número de hecho, subían a un curioso vehículo de transporte de masas, de hierro liso pintado en un matiz oscuro de gris industrial, limpio y lustroso, con múltiples tubos de escape y luces encendidas por todas partes. Subió, encontró asiento. El vehículo empezó a moverse, avanzó entre espacios fabriles, generadores de energía, inmensas instalaciones de maquinaria cuyo propósito no estaba muy claro —a veces las ruedas giraban, los vapores salían disparados de válvulas de seguridad, mientras otras fábricas permanecían inertes, rodeadas de un misterio sin iluminar—, y luego penetró en un sistema de túneles y, una vez en las profundidades, empezó a acelerar. El sonido del movimiento, una mezcla de zumbidos y ecos de ventisca, aumentó de volumen y se volvió de algún modo más tranquilizador, como si subyagara la confianza en su velocidad y dirección. No parecía haber intención de parar, sólo de seguir a cada vez mayor velocidad. De vez en cuando, a través de las ventanas, inexplicablemente, tenían atisbos de la ciudad que pasaba por encima de sus cabezas, aunque era imposible saber a qué profundidad viajaban. O bien el camino subía aquí y allá para salir a la superficie, o bien la superficie realizaba excursiones hacia abajo, profundas, incluso heroicas, para encontrarlos. Cuanto más avanzaban, más «futurista» se tornaba el paisaje. Hunter iba camino de un refugio, fuera lo que fuese lo que significase ahora eso, en este mundo desmoronado.

Kit no conoció a su benefactor hasta el fin de semana del partido Yale-Harvard, un día encapotado y sin viento de finales de noviembre, en un salón del hotel Taft. Los presentó oficialmente Foley Walker, que vestía un traje ligero confeccionado con una especie de manta de montar de tela escocesa de vibrantes colores naranja y añil, y estaba tocado con un sombrero de copa *a juego*, mientras que el magnate iba vestido más bien como un empleado de una empresa de alimentación de alguna región considerablemente al sur de aquí, y probablemente también al oeste. Llevaba asimismo «anteojos» ahumados y un sombrero de paja cuya amplia ala inevitablemente hacía pensar en un disfraz, con hilachas ondeando de la cabeza a los pies.

—Servirá —saludó a Kit.

Olvídate de mí, pensó Kit.

Fue un *tête-à-tête* que distó mucho de ser íntimo. Licenciados de ambas universidades se arremolinaban por todas partes, dentro y fuera del vestíbulo; hacían descuidados gestos con jarras de cerveza espumeante y llevaban sombreros deportivos y abrigos largos vívidamente teñidos con variada intensidad con los colores de las universidades rivales. Cada cinco minutos entraba velozmente un botones diciendo:

—¡Señor Rinehart! ¡Llamada para el señor Rinehart! ¡Oh, señor Rinehart!

—Un hombre popular, el tal Rinehart —comentó Kit.

—Un cumplido de Harvard de hace ya unos cuantos años —explicó Scarsdale Vibe—, que no da signos de haber caído en desuso. Pronunciado repetidamente, como ahora, resulta cansino, es verdad, pero ¿y entonado por un coro de cien voces masculinas una noche estival, con el Patio de Harvard como cámara de eco? Bueno..., según el principio del molinillo de oraciones tibetano, repítalo lo bastante y en algún momento algo indeterminado pero milagroso acabará sucediendo. Harvard, en pocas palabras, si quiere que le diga.

—Allí enseñan Cuaterniones en lugar de Análisis Vectorial —comentó servicial Kit.

Antes del partido, las pasiones ya empezaban a desbordarse. Venerables profesores de Lingüística que nunca habían tenido en las manos una pelota habían recordado seriamente a sus alumnos que, a través del antiguo sánscrito *krimi* y del posterior árabe *qírmiz*, ambos nombres del insecto del que se derivó el color, «carmesí» está emparentado con «quermes». Los jóvenes, con bufandas de rayas tejidas por novias que habían incluido, como era debido, hileras de bolsillos del tamaño de una petaca, corrían arriba y abajo con un repiqueteo metálico, adelantándose a la diversión etílica que se impondría en las tribunas.

—Esperaba que mi hijo se dignara pasar por aquí un momento, pero me temo que no lo hará. Estará entretenido en alguna orgía, sin duda. Ciertamente, contemplar

cómo tu alma máter se sume en esta ciénaga saturnal de iniquidad se cuenta entre las formas más fascinantes de la tristeza humana.

—Creo que está jugando un partido de estudiantes de primero intramuros esta mañana —dijo Kit—. Debería entrar en la selección universitaria.

—Sí, y es una pena que no haya fútbol profesional, porque tendría la carrera asegurada. Colfax es el último de una camada que, por más que les quiera, prometen a mi pesar dar un nuevo sentido a la irresponsabilidad para las generaciones venideras. Se trata de la vieja maldición capitalista: las aptitudes que más importan, como tener cabeza para los negocios, no pueden transmitirse.

—Oh, pero en el campo, señor, muestra toda la iniciativa que un magnate de la industria podría desear.

—Déjeme que se lo explique. Colfax trabajaba para mí en las oficinas de Pearl Street durante las vacaciones de verano, cincuenta centavos la hora, mucho más de lo que merecía. Yo le enviaba a pagar algunos sobornos: «Ven, llévale esto al Concejal tal. No mires dentro». El idiota, tan literal como obediente, *nunca miraba*. A medida que pasaba el tiempo, con menos esperanzas y más inquieto, seguía enviándolo a la calle una y otra vez, y cada vez se lo ponía más fácil, hasta el punto de que dejaba asomar las puntas de los billetes verdes en el maletín y demás, pero la ingenuidad del cachorro lo resistió también. Finalmente, Dios me perdone, recurrí a la policía, con la esperanza de que un buen susto abriera los ojos de mi pequeño imbécil al Mundo de la Realidad. Seguiría languideciendo en la prisión de Tombs hasta el día de hoy si yo no hubiera renunciado al empeño y empezado a buscar un heredero más allá de los límites de la consanguinidad. ¿Me sigue?

—Con todos mis respetos, señor, creo que leí algo parecido en una novela barata una vez, vaya, qué estoy diciendo, más de una, y ya sabe cómo reblandece el cerebro esa literatura...

—No tanto, espero, como a la pandilla de zoquetes que he engendrado. Lo que le estoy proponiendo es una oferta grandiosa.

—Que es lo que me temía, señor.

Kit se mantuvo firme sobre los pies y se sintió capaz de devolver con calma la mirada a los ojos fijos y cada vez más perplejos de Scarsdale.

—Aprovecharse de un cuantioso fondo de fideicomiso y heredar millones incontables cuando muera, ¿no le va nada, joven?

—Mis disculpas, pero sin tener ni idea de cómo ha ganado usted el dinero, no podría incrementarlo gran cosa, y lo más probable es que me pasara el resto de mi vida en los tribunales enzarzado con los buitres, que no es precisamente como tenía pensado ocupar mis años adultos.

—No me diga. Así que tiene un plan alternativo. Admirable, señor Traverse. Cuéntemelo, me interesa mucho.

Kit repasó en silencio la lista de temas que más valía no comentar con Scarsdale, empezando por Tesla y su proyecto de energía universal gratuita para todos,

siguiendo por los encantos del Vectorismo, la bondad y el genio de Willard Gibbs... Así que no le quedó mucho de que hablar. Y además había otra cosa... El hombre lo había estado mirando de una manera extraña. No con una expresión paternal, ni siquiera de padrastro. No, se trataba —Kit casi se ruborizó al pensarlo— de deseo. Lo deseaba, por razones que escapaban a lo poco que entendía, para empezar, de esta decadente ciénaga de lujuria y holganza de la Costa Este.

A pesar de haber entrado determinado a no condenar el lugar de buenas a primeras, Kit había tardado poco en ver Yale tal como era. La parte de estudio libresco, dos o tres buenos compañeros todavía no muy tullidos por la cautela reflexiva y arisca que requeriría regir la nación, eso era fenomenal, y casi compensaba el resto. Kit era en ese momento un joven motivado, de ojos brillantes y entusiasta, que abordaba a las dependientes desconocidas todavía los sábados por la noche en Chapel Street para darles clases sobre Vectorismo —Gibbsiano, Hamiltoniano y demás—, pues ese sistema tan milagroso le parecía destinado a mejorar la vida de cualquiera al que pudiera hacérselo conocer, aunque las chicas no parecieran siempre tan convencidas.

—Las espantas, Kit. —'Fax estaba a punto de acudir a una «cita» e inspeccionaba su atuendo en el espejo de las habitaciones que compartían—. Mi primo conoce a un montón de chicas a las que no les importaría jugar al parchís contigo de vez en cuando, pero las intimidas con ese rollo de aritmética.

—No es aritmética.

—Exactamente, ¿ves? A eso me refería. Las chicas no conocen la diferencia y, peor aún, les da igual.

—Para variar, 'Fax, me someto a tus conocimientos en todo lo que tenga que ver con el deporte.

No pretendía, ni siquiera podía, ser sarcástico al respecto. A los dieciocho años, Colfax Vibe se había convertido ya en un clásico «corintio» de la época, reconocido como experto —de vez en cuando hasta campeón— esquiador, jugador de polo, corredor de larga distancia, tirador de pistola y rifle, cazador, aeronauta...; la lista era tan larga que resultaba deprimente para cualquier observador con habilidades corrientes. Cuando por fin hizo su primera aparición en un campo de fútbol americano de la Ivy League, durante los últimos minutos del partido Yale-Princeton, 'Fax tomó la pelota desde el fondo más alejado de su propio campo y la llevó corriendo hasta conseguir un ensayo ganador, superando y salvando a los mejores defensas rivales, por no mencionar ciertas molestias involuntarias de su propio equipo. Walter Camp lo calificaría como «la más espléndida exhibición de una carrera en zigzag de punta a punta en la historia del fútbol de Yale», y los negros que vivían en Princeton durmieron un poco más tranquilos ese sábado por la noche, sabedores de que se habían librado al menos durante una semana de las pandillas de chicos de Princeton que solían bajar aullando por Witherspoon Street a hacer pedazos sus porches para encender la hoguera de la victoria.

—Joder, me estaba entumeciendo —explicaría 'Fax—. Necesitaba una buena carrera.

Como era de esperar, los gustos sobre el ocio de 'Fax tendían a converger hacia las áreas que suponían más riesgo para la vida, y en el año que hacía que se conocían, Kit y él habían congeniado. Kit procuraba aferrarse a cualquier fragmento del mundo exterior y sólido, como si fueran pecios en una furiosa turbulencia de símbolos, operaciones y abstracciones, y a 'Fax, que todos los días cantaba himnos al esfuerzo rooseveltiano, la vinculación semirreligiosa de Kit al Vectorismo le parecía algo muy serio y, por lo que sabía, incluso una oportunidad para librarse de lo que él temía que fuera una vida ociosa y superficial en la que era muy posible que irrumpiera la figura del fracaso.

Se había dicho muchas veces de la progeñe de Vibe que estaban locos como cabras. Cragmont, hermano de 'Fax, se había fugado con una trapecista, luego volvió con ella a Nueva York, se casaron y la boda se celebró *en el trapecio*: el novio y el padrino, con fracs y sombreros de muelle de seda sostenidos con gomas, balanceándose boca abajo enganchados por detrás de las rodillas, en perfecta sincronía a través del peligroso éter, para encontrarse con la novia y su padre, un «encargado» o concesionario de atracción de feria, en simétrica excursión desde su lado de la arena, con las damas de honor muy cerca, suspendidas en el aire, girando alrededor de sus barbillas en nubes de lentejuelas, una docena de metros por encima de los rostros de los invitados, con plumas teñidas de un oscuro verde ácido que agitaban y disipaban el humo de los puros que se elevaba desde la multitud. Cragmont Vibe no tenía más que trece años aquel verano de circo en que se convirtió en marido y fundó una familia que llegaría a ser, incluso para los parámetros de la época, numerosa.

El tercer hermano, Fleetwood, padrino en aquella ceremonia, también se había ido pronto de casa, engatusando a todos para que lo dejaran participar en una expedición a África. Se mantuvo tan aparte de los juegos políticos como de toda verdadera investigación científica, prefiriendo tomarse literalmente el título de «Explorador», y no se dedicó a nada más que a explorar. A Fleetwood no le vino nada mal un cuantioso fondo de fideicomiso de Vibe para pagar las facturas por salacots a medida, pastillas de carne y demás. Kit lo conoció un fin de semana de primavera en la mansión de Vibe en Long Island.

—Vaya, pero si nunca has estado en nuestra cabaña —dijo 'Fax un día después de clase—. ¿Qué haces este fin de semana? A no ser que haya otra obrerita o princesa de pizzería por ahí.

—¿He usado yo ese tono de voz sobre el material de las Siete Hermanas, la carne de facultad femenina en la que te especializas?

—No tengo nada en contra de las razas más nuevas —se quejó 'Fax—. Pero seguro que te gustaría conocer a mi prima Dittany.

—La que está en Smith.

—En Mount Holyoke, de hecho.

—No veo el momento.

Llegaron con un cielo encapotado y arisco. Incluso con una iluminación más animada, la mansión de Vibe habría pasado por un lugar que más valía evitar: cuatro plantas de altura, cuadrada, sin ornamentación alguna, fachada de una piedra oscura que parecía mucho más antigua que la fecha conocida de construcción. A pesar de su aspecto de abandono, todavía seguía inquietantemente ocupada, tal vez por alguna rama colateral de los Vibe..., no estaba claro. Y además, el misterio de la primera planta. Allí sólo podían acceder los sirvientes. «Pertenece», de un modo que nadie parecía tener muchas ganas de concretar, a moradores anteriores.

—¿Vive alguien ahí?

—Sí, hay alguien.

... de vez en cuando, se cerraba de golpe una puerta atisbada apenas desde una escalera trasera, o se oía una pisada amortiguada..., un movimiento ambiguo en un umbral lejano...; la amenaza de verse obligado a realizar un registro de la planta prohibida, al ocaso, un registro tan minucioso que el contacto con los moradores invisibles, en algún momento imprevisto, sería inevitable...; todo ordenado y sin polvo, sombras en posesión permanente del espacio, las cortinas de las ventanas y la tapicería en tonos oscuros de verde, burdeos y añil, sirvientes que no hablaban, que evitaban las miradas..., y en la habitación contigua, esperando...

—Es muy amable por vuestra parte invitarme aquí —gorjeó Kit en el desayuno—. He dormido como un tronco. Bueno, salvo por...

Siguió una pausa mientras procedía al pertinente tragar y devorar. El interés se extendió por toda la mesa.

—Quiero decir: ¿quién entró en la habitación en plena noche?

—¿Está seguro —dijo Scarsdale— de que no era el viento, o la casa que se asentaba?

—Era gente que iba andando por la casa, como si buscara algo.

Se intercambiaron miradas, pero no entre todos, algunas no fueron devueltas.

—Kit, todavía no has visto los establos —dijo por fin la prima Dittany—. ¿No te gustaría dar un paseo a caballo?

Antes de que Kit pudiera responder, hubo un gran alboroto ante la sala del desayuno. Más tarde, él juraría haber oído una sección de metal sinfónica tocando una larga fanfarria.

—¡Madre! —gritó 'Fax.

—¡Tía Eddie! —exclamó la prima Dittany.

Y, realizando una extraña aparición, irrumpió la señora Vibe, la antigua Edwarda Beef de Indianápolis. Era mezzosoprano, se había casado escandalosamente joven y los hijos habían ido llegando en rápida sucesión, «del mismo modo en que ciertos comediantes hacen su entrada en los números de variedades», le pareció a ella, y por la época en que Colfax abatió su primer par de faisanes, un buen día hizo las maletas,

apenas seis baúles de ropa, y con su doncella Vaselina se reinstalló en Greenwich Village, en una casa de florida fachada de terracota importada de tierras remotas, con interior diseñado por Elsie de Wolfe, contigua a la del hermano menor de su marido, R. Wilshire Vibe, que llevaba varios años viviendo en su confortable y pequeño mundo de locura y decadencia, dilapidando su parte de la fortuna familiar en bailarinas de ballet y en las compañías para las que trabajaban, sobre todo en aquellas a las que podían convencer para montar producciones de los horribles «dramas musicales» que él seguía componiendo, imitaciones de, o, como él prefería decir, *faux*, operetas europeas con temas americanos: *Roscoe Conkling*, *La Princesa de las Malas Tierras*, *Diablura en México* y tantas otras. La ciudad se divirtió un tiempo con el cambio de domicilio de Edwarda, pero no tardó en volver a centrar su atención en variedades de escándalo que tenían más que ver con el dinero que con la pasión, un tema más apropiado para la ópera interpretada en los idiomas que ellos desconocían. Como a esas alturas Scarsdale se había acostumbrado a ocultar sus movimientos financieros, y como Edwarda no sólo adoraba que la envolvieran en encajes y la engalanaran para aparecer en público como su esposa titular, sino que también, a medida que aumentaba su fama en el mundo teatral, le gustaba sentarse en consejos de naturaleza cultural y ejercer de anfitriona en diversas reuniones memorables, Scarsdale empezó a considerarla más un valor que una posible fuente de angustia matrimonial.

Su cuñado, R. Wilshire Vibe, encantado de tenerla como vecina, pues «Eddie» era un dechado de cualidades, no tardó en divertirse organizándole citas con los artistas, músicos, actores, escritores y otros ejemplares de la mala vida que uno podía encontrar en su medio en abundancia. A fuerza de emplear sus indudables talentos dramáticos, ella pronto consiguió convencer al empresario teatral de que, al dejarse ver siquiera en compañía de aquellos desgraciados impresentables, estaba haciéndole un gran favor personal, por el cual no deseaba más recompensa que..., bueno, puede que no un papel protagonista, al menos no al principio, pero sí uno de segunda-doncella, por ejemplo la vital ‘bandida’ Consuelo en *Diablura en México*, por entonces en fase de ensayo; aunque el papel requirió una considerable y a menudo bastante repugnante relación con un cerdo amaestrado, *Tubby*, que con frecuencia la hacía sentirse una mera comparsa o actriz que da el pie —«florero con frase», decían los actores—, así que siempre era el maleducado cebón el que se llevaba las risas. Sin embargo, al final de las representaciones, *Tubby* y ella eran «íntimos amigos», como declaró a las gacetillas teatrales, que en aquella época ya mostraban un acusado interés por su carrera.

Siguieron papeles más importantes, al poco acompañados de las arias o «números» de Edwarda, tan largos que requerían adelantar la subida del telón. «¡Cautivadoramente incomparable!», proclamaban los críticos, «¡trascendentalmente esplendoroso!», decían también, y no tardaron en bautizarla con champán como «La Diva de Delmonico’s». Las mansiones vecinas, siempre escenario de vida alegre y

diversión, resplandecían por dentro con una niebla de humo permanente y agradable procedente de diversas fuentes recreativas, incluidas el hachís y el opio, así como con las brumas que se elevaban de las botellas de seltz vaciadas a veces en recipientes para beber pero con más frecuencia sobre los acompañantes, en lo que parecía un juego eterno. Jovencitas ataviadas a menudo tan sólo con penachos de plumas de avestruz teñidas de colores de gusto dudoso bajaban y subían corriendo en esplendor núbil las escaleras de mármol, perseguidas por jóvenes con puntiagudos zapatos de baile de charol. En medio de aquellas correrías de bacanal, noche tras noche, estaba la siempre alegre Edwarda, bebiendo Sillery de la botella y exclamando «Ja, ja, ja!», no siempre dirigiéndose a alguien en concreto.

Así pues, Edwarda y Scarsdale se veían cada día pero llevaban vidas casi completamente desincronizadas, habitando cada uno en su propia ciudad incompleta, como capas superpuestas parcialmente en uno de los nuevos procesos de impresión de color: el de Scarsdale en tonos grises; el de Edwarda en malva, a veces castaño rojizo.

Kit había bajado a los establos, donde al poco se le unió Dittany Vibe, cuyos ojos centelleaban bajo el ala de un sombrero casi irresistible. En el cuarto de los arreos, ella simuló inspeccionar un considerable inventario de arneses, ronzales, bridas, collares, tirantes, látigos cortos, fustas, látigos de calesa y demás.

—Me encanta cómo huele aquí —susurró ella. Cogió una fusta trenzada de semental y la chasqueó un par de veces—. Debes de haber utilizado de éstas en Colorado, Kit.

—Nos suele bastar con unas pocas palabras escogidas —dijo Kit—. Nuestros caballos se portan bien, supongo.

—Pues nada que ver con estos animales del este —dijo ella en voz baja—. Ya ves cuántas fustas y cosas por el estilo hay aquí. Nuestros caballos son muy, pero que muy malos. —Le pasó la fusta—. Imagino que ésta debe de hacer un daño espantoso.

Antes de que él se diese cuenta, ella ya se había dado la vuelta, se había levantado la falda de su atuendo de amazona y se exhibía, mirando hacia atrás por encima del hombro con lo que uno habría denominado traviesa expectación.

Él miró la fusta. Medía metro veinte, y tenía un dedo de grosor.

—Por su peso, parece una fusta profesional... ¿estás segura de que no te sentirías mejor con algo más ligero?

—Me puedo dejar las bragas puestas.

—Umm, veamos..., si no recuerdo mal, depende de cómo plantes los pies...

—Bien pensado —dijo la prima Dittany—, tu mano enguantada debería servir de sobra.

—Será un placer —respondió sonriente Kit y, como se vio, también lo era para Dittany, aunque las cosas se pusieron un poco ruidosas al cabo de un rato y

decidieron trasladarse al pajar contiguo.

Se pasó el resto del día intentando encontrar un momento para hablar con 'Fax sobre ese asunto de su prima, pero, como si los demás conspiraran para impedirselo, siempre había visitantes inesperados, llamadas de teléfono, improvisados partidos de tenis sobre hierba. Kit empezó a inquietarse, como cuando al trabajar en un problema de vectores durante demasiado tiempo se sumía en un estado muy parecido a la ebriedad, momento en el que su otra mente co-consciente emergía por fin para ver qué podía hacer.

Avanzada esa tarde, tras otros jadeantes diez minutos con Dittany dentro de una tienda de palmito a rayas durante una fiesta con partido de croquet, y después de que se retiraran casi todos, Kit vagaba por la casa cuando oyó música de piano procedente, supuso, de la sala de música. Buscó el origen del sonido, las frases inacabadas que daban paso a nuevas que igualmente quedaban inconclusas, los acordes con los que él mismo había dado por casualidad, sentado al teclado del piano, pero que nunca había considerado exactamente música... Avanzó bajo una luz ámbar oscura como si la corriente eléctrica de la casa se estuviera escurriendo, disminuyendo suavemente como una luz de gas manipulada por una mano en una válvula oculta. Miró a su alrededor buscando interruptores en las paredes, pero no encontró ninguno. A lo lejos, al final de uno de los pasillos, creyó ver una figura oscura que retrocedía hacia lo invisible luciendo uno de esos salacots que se decía llevaban los exploradores. Kit se dio cuenta de que debía de tratarse de la oveja negra de la familia, aquel del que tanto se hablaba, Fleetwood Vibe, de regreso de una de sus expediciones.

R. Wilshire Vibe no se había ganado la simpatía de su sobrino con su «espectáculo» actual, *Travesuras africanas*, donde se oía el pegadizo:

Cuando esos nativos se vuelven locos,
cuando tu vida no vale un moco,
con ojos desorbitados, vestidos con andrajos,
van a hacerte llegar tarde al trabajo;
así que, dime, qué vas a hacer,
cuando vengan aullando a por ti, ¡unga, unga!
corriendo entre esos árboles de la jungla
para no convertirte en su cena. Pues
allá, en aquella tierra remota,
no encontrarás *hot-dogs* ni jamón de bellota,
lo que les gustaría zamparse es
sesos a la parrilla sacados de tu cabezota, así que

Si viajas por esos lares,
escucha mi consejo
para no acabar en la olla, viejo:
no seas quijotil
y llévate un automóvil.

A todos les gustaba reunirse alrededor del Steinway, en el salón, para cantarlo juntos. Y a todos les divertía mucho, salvo a Fleetwood, que se pasaba como poco treinta y dos compases por noche intentando no tomárselo a mal.

—En realidad todavía no saben que estoy aquí —le confesó a Kit—. Y si perciben mi presencia, lo hacen como el que ve fantasmas, aunque es posible que ya te hayas dado cuenta de que no se trata de gente muy espiritual. En el pasado albergué la esperanza de que Dittany escapara a la corrupción generalizada, pero últimamente la he perdido.

—Pues a mí me parece bastante honrada.

—En cualquier caso, no soy quién para juzgar. Es más, no deberías creerte nada de lo que yo diga sobre esta familia.

Kit se rió.

—Oh, bueno. Paradojas lógicas. Las entiendo bien.

Habían subido a la cima de una colina empinada, tras dejar atrás un bosquecillo de arces y de nogales negros, algunos ya viejos cuando llegaron los primeros europeos, y la mansión quedaba oculta entre el follaje, más abajo.

—Antes todos subíamos hasta aquí en invierno y luego bajábamos en trineo. Por entonces nos parecía casi vertical. Y fíjate en aquello. —Hizo un gesto con la cabeza hacia el oeste. A través de kilómetros de humo de carbón y bruma salada, Kit distinguió algunas torres casi invisibles de Nueva York, sobre las que se abatían los rayos radiales del sol de última hora, desde detrás y entre nubes que parecían casi sus propios prototipos celestiales, lo que los fotógrafos llamaban un «cielo de dos minutos», destinadas a encapotar el cielo rápidamente y puede que a dejar caer algunas gotas—. Cuando venía solo era para contemplar la ciudad, pensaba que tenía que haber un portal a otro mundo... No podía imaginar ningún paisaje continuo que llevara de manera natural desde donde estaba a lo que veía. Claro que ahí se encontraba Queens, pero cuando me enteré, ya era demasiado tarde, yo estaba obsesionado con el sueño de un pasaje a través de una puerta invisible. Podría tratarse de una ciudad, pero no necesariamente. Era más una cuestión de lo invisible adquiriendo sustancia.

Kit asintió.

—Y...

Fleetwood se metió las manos en los bolsillos y negó lentamente con la cabeza.

—Se cuentan cosas, como mapas que coinciden..., demasiado coherentes en demasiadas lenguas e historias como para tratarse sólo de ilusiones... Siempre hay un lugar oculto cuya entrada no es obvia, la geografía es tanto espiritual como física. Si te topas con ella, tu mayor certeza no es que la has descubierto, sino que vuelves a encontrarla. En un único e intenso episodio de iluminación, lo recuerdas todo.

—El hogar.

—Oh... —exclamó siguiendo la mirada de Kit colina abajo, hacia la «gran casa» invisible, el sol de última hora sobre los árboles—. Hay hogares y hogares, ya lo sabes. Y en estos tiempos..., lo único que les preocupa a mis colegas es encontrar cataratas. Cuanto más espectaculares sean, más oportunidades para un hotel caro... Parece que lo único que yo busco ahora es el movimiento por el movimiento mismo, lo que vosotros llamáis el vector, creo... ¿Existe algo parecido a incógnitas vectoriales?

—Los vectores... pueden resolverse. Seguro. Pero puede que te refieras a otra cosa.

—Éste siempre apunta a lo lejos, pero ahí —señaló la titilante metrópolis moviendo la cabeza a un lado—, ahí es donde está el dinero.

No hizo una pausa sino que más bien esperó, como uno esperaría ante un telégrafo acústico, alguna afirmación procedente del remoto invisible.

—Mira —prosiguió—, por allá uno se encuentra con algunos personajes muy raros. Los ves adentrarse en la región, y no salen hasta meses más tarde, si es que salen. Misioneros, desertores, ciudadanos de los caminos, pues a eso han jurado fidelidad: al camino, al sendero, al río, a lo que sea que los lleve hasta la siguiente cadena montañosa, hasta el siguiente recodo del río que emerge de esa extraña luz húmeda. «El hogar», ¿qué significa? ¿Qué atractivo puede tener para ellos? Te contaré una historia sobre la Ciudad Celestial, sobre Sión.

Una noche, en el África oriental, no recordaba exactamente dónde, Fleetwood conoció a Yitzhak Zilberfeld, un agente sionista que recorría el mundo examinando las posibilidades de establecer una patria judía. Inmediatamente empezaron a hablar sobre la situación de los apátridas con respecto a los propietarios. La fiebre, el abuso de las drogas locales, la ubicua e interminable guerra intestina de las tribus, las miles de amenazas a la intrusión blanca, muchas de ellas invisibles, fueron desquiciando poco a poco la conversación.

—¿Qué es el Estado moderno —preguntó Yitzhak— sino un solar con casa en una zona residencial, pero a una escala mayor? El antisemitismo emana directamente del temor congénito de los suburbios acomodados hacia aquellos que están siempre en marcha, que levantan campamento para una sola noche, o pagan alquiler, a diferencia del Buen Ciudadano, quien cree que «posee» su casa, aunque lo más probable es que sea propiedad de un banco, puede que incluso de un banco judío. Todo el mundo tiene que vivir en un espacio de relaciones sencillas con una línea continua a su alrededor. Algunos ponen cuerdas de pelo trenzado para ahuyentar las

serpientes. Y quienes viven fuera de los límites de la propiedad de cualquier escala se convierten automáticamente en una amenaza para el orden propio de esas zonas residenciales y, por extensión, para el Estado. Y, mira tú por dónde, los judíos arrastran esta historia de carencia de Estado.

—No es nada deshonroso desear tu propio trozo de tierra, ¿no? —se quejó Fleetwood.

—Por supuesto que no. Pero ninguna patria judía acabará con el odio a los que carecen de propiedad, que es un elemento constitutivo del imperativo suburbano. El odio se transfiere a otro objetivo, eso es todo.

¿Y acaso existiría, justo en el medio de lo más denso de la jungla, una tranquila extensión de tierra, sin colonizar todavía, que nadie se disputara, alta, fértil, sin enfermedades, defendible por medios naturales y demás? ¿Doblarían el recodo de un camino, o salvarían la cima de una montaña, y se encontrarían de golpe, después de atravesar el pasaje previamente oculto, en la tierra pura, en Sión?

Siguieron sentados mientras el sol se ponía sobre la bendita posibilidad.

—¿Es real?

Un encogimiento de hombros.

—Sí... O no.

—O los dos tenemos fiebre.

Levantaron un campamento en un claro, cerca de una pequeña cascada, y encendieron una hoguera para cocinar. Como si declararan inaugurada la noche.

—¿Qué era eso?

—Un elefante —dijo Fleetwood—. ¿Cuánto tiempo has dicho que llevabas por aquí?

—Suenan muy cerca, ¿no crees? —Y como Fleetwood se encogió de hombros, añadió—: Quiero decir, ¿has tenido algún..., algún encuentro con elefantes?

—Alguno que otro.

—¿Llevas un arma para elefantes encima?

—No, ¿y tú?

—Y si éste carga contra nosotros, ¿qué hacemos?

—Depende de cómo cargue... ¿Intentamos disuadirlo hablando?

—¡Antisemita!

En la oscuridad, el elefante berreó de nuevo, y en esta ocasión se le unió otro. En armonía. Si era a modo de comentario o no, ¿quién sabe?

—Vaya, ¿es que no duermen por la noche?

Fleetwood suspiró audiblemente.

—No pretendo ofender, pero... si esta especie de ansiedad ante la presencia de elefantes es muy común entre tu gente, tal vez África no sea el lugar más prometedor para que se establezcan los sionistas.

A través de los pies sentían la percusión del suelo de la jungla, que se correspondía con los pasos de un elefante adulto acercándose a toda velocidad.

—Bueno, ha sido una charla muy agradable —dijo Yitzhak—, ahora creo que voy a...

—Sinceramente, te sugiero que te quedes donde estás.

—¿Y qué hago?

—Mirarle directamente a los ojos.

—¿Que mire fijamente a un elefante asesino?

—Es la antigua sabiduría de la selva —le aconsejó Fleetwood—: nunca eches a correr. Si corres, te pisotean.

El elefante, que medía más de tres metros y medio de alto, surgió del perímetro de la selva y se encaminó directamente hacia Fleetwood y Yitzhak, con claras muestras de desagrado. Llevaba la trompa levantada y doblada hacia atrás, una precaución que, como es sabido, toman los elefantes antes de utilizar sus colmillos contra cualquier objetivo de su ojeriza.

—Muy bien, repasemos: nos quedamos aquí, mantenemos contacto visual y me garantizas que este elefante sencillamente... ¿se parará? ¿Se dará la vuelta y se irá por donde ha venido, sin resentimientos?

—Mira.

El titular de la *Bush Gazette* de la semana siguiente rezaba: SALVA A UN JUDÍO DE UN ELEFANTE LOCO. Yitzhak estaba tan agradecido que pasó de largo varias notas del periódico sobre inversiones, además de los nombres de útiles contactos bancarios en toda Europa, que también le habrían venido muy bien a Fleetwood si por entonces no hubiera estado interesado en objetivos menos financieros. Intentó explicarlo.

—De niño leía a Dickens. La crueldad no me sorprendía, pero sí me maravillaban los episodios de bondad desinteresada, que nunca he visto fuera de las páginas de ficción. En todos los mundos que he conocido, era un principio consagrado no hacer nada por nada.

—Exactamente —dijo Yitzhak—. Fíate de mí. Compra acciones de Rand.

—¿De Sudáfrica? Pero si hay una guerra.

—Las guerras se acaban, y hay cincuenta mil culis chinos en fila, durmiendo en los muelles, desde Tientsin a Hong Kong, a la espera de que los embarquen rumbo al Transvaal en cuanto acaben los tiros...

Resultó que los mercados de la Tierra no tardaron en verse anegados de oro, no sólo el oro de Rand sino también el de los frutos de la fiebre del oro australiana, por entonces en plena ebullición, justamente el tipo de ingresos «injustamente ganados» que provocaban que el patriarca Vibe sufriera ataques de indecoroso comportamiento y echara espuma por la boca.

—No lo entiendo. Este dinero llega de la nada.

—Pero es real —señaló Foley Walker—. Lo que se compra con él es real.

—Siento que hasta yo me estoy volviendo un mierdoso socialista —dijo Scarsdale—. Incluso comunista. ¿Sabes como cuando un resfriado te aplanas? Me

duele la cabeza, o al menos la parte de la cabeza que utilizo para pensar en los negocios.

—Pero, señor Vibe, usted odia a los socialistas.

—Odio más a esos trepas hijos de puta.

Apenas era visible en la oscuridad, junto a una ventana de la planta embrujada de la casa, casi como un mueble más de la sala, un mueble del pasado, colocado allí para algún propósito doméstico anticuado. Era la única parte de la casa a la que nadie se acercaba, dedicada al exilio, a la partida, al viaje inquieto, reservada para aquel que no pudiera residir allí. Él estaba recordando, dejándose llevar enfermizamente por los recuerdos.

En África había conocido a tenientes piadosos destinados a morir jóvenes, a fugitivos de todos los rincones del desastre de la Cuestión Oriental, a traficantes de esclavos o de armas de fuego indiferentes a la naturaleza de los bienes que manejaban, que emergían del infierno verde después de meses, habiendo perdido no sólo su mercancía sino también el recuerdo de ella, enfermos, envenenados, a menudo moribundos, maldecidos por chamanes, traicionados por anomalías magnéticas, atormentados por el gusano de Guinea y la malaria, y que, pese a todo, sólo deseaban volver al abrazo del interior... Fleetwood quería ser como ellos... Rezaba por convertirse en uno más. Se adentró en la región que incluso los europeos más tarados de la zona consideraban demasiado peligrosa, esperando verse invadido por lo que fuera... Pero no «fue» nada. Nadie tuvo el mal gusto de sugerir que era su dinero el que mantenía alejados a los espíritus cuya intercesión tanto buscaba, de apuntar que ni siquiera aquellos agentes del mal eran tan tontos como para acercarse demasiado a fondos sin regular cuyo origen eran actos delictivos, por más imaginativamente que se los definiera.

En Massawa, Fleetwood había encontrado un barco de cabotaje que se dirigía al sur. Tras desembarcar en Lourenço Marques, pasó una semana visitando varias *cantinhas* locales, recopilando información, o eso quería creer. Le requirió un lago entero de vino portugués colonial, el matarratas sobrante de Bucelas y Dao, entre miradas perplejas de los parroquianos que lo bebían desde siempre.

Cuando Fleetwood sintió que hasta el último ápice de predisposición americana se había disuelto en su interior se subió a un tren para el Transvaal. Pero en los pocos minutos que duró el trayecto entre Ressano García y Komati Poort, algo se reorganizó en sus pensamientos. En cuanto cruzó la frontera, comprendió qué se suponía que pintaba él allí: iba a Johannesburgo a amasar su propia fortuna personal, en aquel infierno de tisis crónica, veldt sarnoso, avaricia de tenderos, endiablado tráfico de *rickshaws*, angustiosamente falto de mujeres blancas, una ciudad que no pertenecía a la historia..., «como una Bakú con jirafas», escribió a casa. El Veldt se extendía hasta la remota lejanía, sin un árbol a la vista, sólo chimeneas y bocartes que

retumbaban con un rugido infernal audible en varios kilómetros a la redonda, noche y día lanzando al cielo un ineludible y maligno polvo blanco que se quedaba suspendido en el aire para que uno lo respirara, o bien descendía cubriendo las viviendas, la ropa, la vegetación y las pieles de todos los colores. En cualquier momento de la historia del mundo, habría suficientes ciudades como Johannesburgo que mantendrían ocupado a cierto tipo de joven enérgico en busca de fortuna. Sería necesario zambullirse hasta el fondo, abandonar cualquier embrutecimiento burgués, cualquier clima dominante, narrativa de mercado, fluctuaciones en las cosechas — incluyendo la de la Muerte— que hubieran pautado su vida cotidiana, y saltar con todo el estoicismo posible a la fiebre del momento y conducirse como la supervivencia y el beneficio le dictaran en cuanto a intoxicación, traición, brutalidad, riesgo (descensos al fondo de los abismos del oro que resultaban naderías en comparación con las zambullidas morales disponibles, y de hecho atractivas, al alcance de cualquiera), obsesión sexual, apuestas épicas, seducción en los tugurios del *dagga rooker* y del esclavo del opio. Todos los blancos participaban, era una partida sin límites; aunque el alto tribunal de Witwatersrand ejerciera las funciones de espacio para la conciencia pública, en la práctica uno podía volver en el tren de Lourenço Marques y entrar bajo jurisdicción portuguesa en día y medio, para siempre si quería, con el dinero enviado por adelantado, depositado a salvo, que parecía proceder de un sueño, inmaculado como cualquier cifra en un libro mayor anotada con toda la pulcritud que se quisiera... Poca cosa para impedir que cualquiera regresara un día al viejo bar local y no parara de tomar copas hasta la hora de cierre. «No, no diría fabulosamente rico, pero ya sabe..., un penique sudafricano aquí, otro penique allá, al cabo de un tiempo todo suma...».

Los Cafres la llamaban eGoli, «La Ciudad del Oro». Poco después de su llegada a Johannesburgo, Fleetwood estaba ya bien subido en lo que los fumadores de *dagga* llamaban el Tren del Simio. Corría el rumor de que había matado a un culi, pero otras versiones sostenían que había pillado a un Cafre robando un diamante y que le había dado a elegir: o recibía un balazo o se metía en un pozo de una mina de casi un kilómetro de profundidad. Al fin y al cabo era un ladrón, aunque la piedra no fuese gran cosa; para el ojo inexperto de Fleetwood, tal vez de menos de tres quilates cuando la hubieran trabajado en Amsterdam. «Yo no he robado esto», decía el negro. Pero hizo lo que le ordenaba y dejó la piedra en la mano del blanco. Fleetwood le señaló con el Borchardt su destino y sintió una extraña euforia que se expandía en su interior hasta llenar su cuerpo; además, vio asombrado que el Cafre no sólo se había dado cuenta de su estado, sino que también lo sentía. La mancha americana, después de todo, no estaba erradicada. Los dos permanecieron durante un latido al borde del vacío escarpado, y Fleetwood comprendió demasiado tarde que podría haber obligado al Cafre a hacer cualquier cosa, pero que por alguna razón no se le había ocurrido nada mejor.

Aunque un pretexto legal habría despojado el exultante acto de su matiz cruel, apenas importaba que el Cafre hubiera robado o no la piedra; tal vez sólo había estado esperando la oportunidad de llevársela, y era probable que en cuestión de minutos alguien se la hubiera robado a él, algún otro Cafre con los pulmones menos cargados de humo de *dagga* y más capaz en ese momento; en tal caso las cosas se habrían puesto mucho más feas para el pobre desgraciado y todo habría sido más doloroso que ese largo descenso relativamente humano al abismo, a través de la tierra azul, con los túneles laterales silbando a su lado cada vez más rápido —bastante agradable, imaginó Fleetwood—, pues a medida que cayese iría haciendo más calor, ¿verdad?, tal vez incluso se sentiría como si volviera a un útero oscuro...

Eso lo pensó más tarde, en sus sueños, en los que se cernía sobre él la inevitable cara del muerto, emblanquecida por el polvo. Como si miraran a través de los agujeros de una máscara, los ojos se movían y brillaban, tan asombrosamente vivos que bien podrían haber sido artificiales. Parecía susurrar un consejo. Advertirle que había un grave desequilibrio en la estructura del mundo que debía ser corregido.

Y entonces, cada vez más, Fleetwood se sintió no tanto abrumado por los remordimientos como deslumbrado por haber accedido al territorio original y secreto de la riqueza, y saber que ésta, tarde o temprano, acababa dependiendo de algún acto criminal, raramente de uno solo. Aprendió a esperar esa revelación, aunque a veces se despertaba demasiado pronto.

Le consolaba imaginar que, en el libro mayor kármico, el Cafre y el Judío se compensaban. Pero, como supo Fleetwood por esos lúcidos sueños que tenía antes del alba, ni todo el oro del Transvaal podría comprar la remisión de un solo minuto de lo que le aguardaba. Se reía irritado. «¿El purgatorio?, ¿una ley superior?, ¿los parientes del Cafre persiguiéndome por todo el mundo? Seamos serios».

Los pigmeos del Club lo miraban con aborrecimiento silencioso. Los chinos lo maldecían por la calle y, pese a que sólo conocía algunas palabras, creyó reconocer «asesinar», «madre» y «joder». Corrió la voz de que Alden Vormance estaba reuniendo un grupo para ir al norte y recuperar un meteorito. No habría oro, ni diamantes, ni mujeres, ni humo que provocaba sueños, ni culis, ni negros, aunque seguramente sí algún que otro esquimal. Y la pureza, la geometría y el frío.

Al echar rápidas miradas a su espalda, Lew Basnight acabó por ver en el camino cosas que no tenían por qué estar necesariamente allí. La figura de un jinete con sombrero y guardapolvo negro, siempre inmóvil, recortada de perfil en la lejanía iluminada por un sol implacable, con el caballo inclinado hacia la tierra yerma. No le prestaba la menor atención, como mucho parecía replegarse en su propia silueta ladeada con forma de estrella, como si eso fuera todo a lo que jamás había aspirado. Lew no tardó en convencerse de que tal presencia a sus espaldas, siempre al límite del alcance de su vista, pertenecía al mismo y único sujeto, el famoso dinamitero de las montañas de San Juan conocido como el Kieselguhr Kid.

El individuo resultó ser objeto de sumo interés para White City Investigations. Casi al mismo tiempo que Lew se apeaba del tren en la Union Station de Denver y los problemas en Coeur d'Alene empezaban a salpicar de sangre toda la región minera, donde ya raramente pasaba un día sin una explosión de dinamita imprevista, la filosofía de las grandes agencias de detectives con sede en la ciudad, como la de Pinkerton y la de Thiel, tuvo que cambiar para hacer frente al exceso de trabajo que se les vino encima. Aplicando la teoría de que podían manejar sus casos sin resolver del mismo modo que un banquero sus instrumentos de deuda, empezaron a revender a grupos menos establecidos, y por tanto más ávidos de trabajo, como White City, sus encargos de alto riesgo, incluido el del tanto tiempo perseguido Kieselguhr Kid.

«Kieselguhr», una especie de barro delicado, utilizado para absorber la nitroglicerina y estabilizarla en dinamita, era el único nombre por el que todo el mundo parecía conocerle. Según se decía, la familia del Kid había llegado procedente de Alemania en calidad de refugiada poco después de la reacción de 1849 y se había establecido cerca de San Antonio, población que el futuro Kid, atraído por tierras más altas, no tardó en abandonar, y luego, tras una breve estancia en la cordillera de Sangre de Cristo, eso se contaba al menos, se encaminó de nuevo hacia el oeste, soñando con las montañas de San Juan, pero no por el dinero de las minas de plata, ni por los líos en que podía meterse, pues ya era lo bastante mayor para saber que ambas cosas eran fáciles de encontrar en cualquier sitio. No, era por otra cosa. Y en este punto difieren los distintos narradores de la historia.

—No lleva pistolas, no tiene ni escopeta ni rifle; no, su marca, lo que siempre le encontraréis dentro de esas fundas repujadas de pistola son cartuchos gemelos de dinamita, con una docena más en...

—Dos docenas, en grandes bandoleras que le cruzan el pecho.

—Entonces será un tipo fácil de reconocer.

—Eso parecería. Pero no ha habido jamás dos testigos presenciales que coincidieran. Es como si la sacudida de las explosiones lo volviera borroso en todas las memorias.

—Pero, dime, ¿es que ni un buen tirador podría abatirle antes de que encendiera la mecha?

—Yo no me jugaría nada. Lleva un ingenioso percutor a prueba de viento en cada funda, como una cerilla de seguridad, así que lo único que tiene que hacer es desenfundar, y el cartucho ya está encendido y listo para lanzarlo.

—Y mechas rápidas. Algunos chicos de la meseta de Uncompahgre lo comprobaron el pasado agosto: no quedaron más que espuelas y hebillas de cinturones para enterrar. Incluso el viejo Butch Cassidy y los suyos se ponen a cacarear como un gallinero lleno cada vez que el Kid está en el condado.

Por descontado, tampoco nadie sabía muy bien quién formaba parte de la banda de Butch Cassidy. Por la región no había escasez de hechos legendarios, pero ningún testigo presencial podía jurar sin asomo de duda quién, en cada caso concretamente, había hecho qué, y, más que por miedo a las represalias, se diría que la apariencia física *cambiaba realmente*, haciendo que no sólo los alias fueran atribuidos con incoherencia, sino que hasta la misma identidad variara. ¿Le ocurría algo, algo esencial, a la personalidad humana por encima de cierta altura sobre el nivel del mar? Muchos citaban la observación del Doctor Lombroso de que las gentes de las tierras bajas tendían a ser tranquilas y respetuosas con la ley, mientras que las regiones montañosas engendraban revolucionarios y forajidos. Eso era en Italia, claro. Los teóricos del recientemente descubierto subconsciente, reacios a dejar pasar cualquier variable que pudiera parecerles útil, no se olvidaron de la altitud, ni de la presión barométrica que la acompañaba. Al fin y al cabo, se trataba del espíritu.

En ese momento Lew andaba por allí, concretamente en Lodazal, Colorado, charlando con Burke Ponghill, director del *Lodazal Weekly Tidings*, el periódico de referencia en un pueblo que por aquel entonces todavía era poco más que una ilusión de una iniciativa inmobiliaria. La tarea del joven Ponghill consistía en llenar páginas vacías con historias de fantasmas, con la esperanza de que lectores remotos se sintieran lo bastante intrigados para hacer una visita e incluso establecerse.

—Pero hasta ahora lo único que tenemos es una ciudad minera que ni siquiera está construida.

—¿Oro?, ¿plata?

—Bueno, mineral en cualquier caso..., algo que contiene un elemento metálico que todavía no ha sido exactamente...

—¿Descubierto?

—No, si descubierto sí ha sido; pero ¿cómo decirlo?, no refinado del todo.

—¿Que sirve para...?

—¿Aplicaciones que todavía están por concebir?

—Vaya, a mí me suena bien. ¿Dónde puede encontrarse una habitación para pasar la noche?

—¿Un baño caliente?, ¿comida casera?

—Justamente.

El viento sopló entre la maleza quebradiza y ambos hombres encendieron sendos puros. Lew intentó no dejarse vencer por el agotamiento del camino.

—La voz de estas cartas —dijo Ponghill dando unos golpecitos en el montón de hojas sueltas que tenía delante— dista de pertenecer a alguno loco y vehemente europeo del sur o a un semianalfabeto especialista en reventar cajas fuertes; más bien muestra a un hombre que sabe perfectamente que *le ha pasado algo*, pero por más que se esfuerza no sabe el qué, ¿conoce esa sensación?, claro, ¿quién no?, e intenta aclarar, aquí, sobre el papel, cómo le han hecho eso y, más aún, quién se lo ha hecho. Pero, caramba, mire sus blancos. Fíjese que siempre los identifica con el nombre y el domicilio, pero no da ningún dato general como suelen hacer los dinamiteros, nada de «Wall Street» ni «Asociación de Propietarios de Minas», no, mire: los malvados aparecen todos claramente acusados, uno por uno.

—¿«Malvados»?

—No se dedica a esto por diversión, señor Basnight, ni por la emoción de la explosión, qué va, aquí tenemos a un hombre de principios. Un hombre un tanto apartado del mundo de los días laborables..., por no mencionar su falta de exposición al bello sexo, a toda esa influencia civilizadora que se le atribuye...

—Demasiado tiempo solo, los jugos semináticos se desbordan, presionan el cerebro; aunque, bien mirado, ¿no puede decirse lo mismo de la mitad de los que viven en estas montañas? La verdad, parece una explicación bastante ingenua, ¿no cree, señor Ponghill? Espero que no sea suya.

—Es de una dama que conozco. Ella cree que si él sacara más...

—Ahora que lo dice, en la oficina de Denver cada día veíamos cartas dirigidas a este pájaro, todas, salvo un par, remitidas por mujeres, raro pero cierto, y la mayoría le proponen matrimonio. De vez en cuando se le declara también algún tipo, pero eso va en otro expediente.

—¿Abren y leen su correo?

—No es que él tenga nombre y domicilio fijos, y tampoco es que nosotros seamos un *mierdoso servicio de reexpedición de correo*, ¿verdad que no?

—Eso no implica que no tenga derecho a su intimidad.

—¿Derecho...? Vaya. Jesús, me siento rejuvenecer: una discusión sobre los derechos del delincuente retrotrae a cualquiera a las hogueras de los campamentos de su juventud, sólo que entonces Dios no tenía ni nombre ni domicilio.

Empezaron a beber y Burke Ponghill adoptó un tono más confesional. La búsqueda del misterioso dinamitero era tan implacable que había empezado a afectar a familias que nada tenían que ver con el caso, incluida la del propio Ponghill, sometiéndolas a presiones desconocidas para que entregaran a sus ovejas negras como posibles candidatos o para protegerse ellas mismas de la ley. El conflicto entre el Estado y las lealtades de sangre era explícito. La residencia de los Ponghill se convirtió en una casa dividida.

—Es cretinismo moral, mamá, fíjate en el cráneo, no se ven por ninguna parte los lóbulos del sentimiento social.

—Buddy, es tu hermano.

—No voy a dejar que lo atrapen y lo maten, ¿es que a estas alturas todavía no sabes cómo son esos cabrones?

—Y si lo entregas, lo colgarán.

—No si tiene un buen abogado.

—Esos hijos de puta no trabajan gratis.

—A veces lo hacen por razones de conciencia.

—Oh, Buddy. —Y en ese suspiro había una vida entera abrigando prometedoras expectativas y planes imposibles, pero él siguió adelante como si no la hubiera oído.

—Así que Buddy entregó a nuestro hermano menor —le dijo Burke a Lew—, y ahora lo mejor que puede esperar Brad es seguir con vida el tiempo suficiente para que trasladen el juicio a Denver, donde nuestra junta local no pinta mucho y los periódicos del este pueden conocer la historia...

Lew salió del cobertizo de planchas toscas de la oficina del impresor y volvió por el valle. Hasta ese momento del viaje no le habían disparado, al menos no podía decirlo con seguridad, pero el presentimiento de que lo harían se había intensificado los últimos días, casi como una gastritis. Al principio de aquel trabajo había aprendido a fijarse en los paisajes urbanos y campestres sólo hasta donde llegaba el alcance de las armas de fuego que probablemente estuvieran en manos malintencionadas; más allá de ese radio, todas aquellas montañas y puestas de sol tendrían que pasar sin la mirada admirativa de Lew Basnight.

Mientras la noche se extendía sobre el valle, los fuegos de las cocinas de las granjas se avivaban hasta alcanzar el calor necesario y las lámparas encendidas dentro no tardaban en llenar los marcos de las ventanas, venciendo con su brillo a la luz del sol, que desaparecía sobre el revestimiento de madera de píceas, escurriéndose entre las hileras de verduras plantadas, las puntas serradas de troncos en pilas de leña teñidas del mismo amarillo anaranjado vivo, las cortezas casi negras, plateadas, llenas de sombras..., Lew se sentía, como era habitual a esa hora del día, un poco irritado por ese trabajo agobiante, dañino para el espíritu y también para el caballo, que le negaba incluso esa hora en la que todos los demás disfrutaban de cierto reposo doméstico. Pero la opción era o eso o Denver, sentado detrás de su mesa, quitando el polvo de expedientes demasiado antiguos como para que requirieran ensillar de nuevo.

En la siguiente elevación que ofrecía unas buenas vistas, hizo una pausa y contempló el tranquilo valle. Puede que no lo hubiera visto todo todavía, pero Lew era reacio a jugarse más de un vaso de cerveza a que Chicago, pese a todo su frenesí urbano, superara al paisaje que veía. Adivinaba que en cada cabaña, dependencia exterior, cantina y granja que abarcaba su campo visual se ocultaban historias que distaban de ser pacíficas: caballos de inefable belleza que habían enloquecido, transformándose en bestias serpentina, y arrancado a sus jinetes pedazos de carne del

cuerpo que no volverían a crecer; esposas que habían introducido a sus maridos en los placeres culinarios de setas que ennegrecerían una moneda de plata; hortelanos que habían disparado a pastores por una mirada imprudente; dulces jovencitas convertidas de la noche a la mañana en esposas chillonas y aullantes que azuzaban a la multitud, forzando a los hombres de la familia a tomar medidas no siempre conducentes a la tranquilidad pública. Y, como fórmula invariable del contrato con su destino, la tierra contenía los espíritus sin reposo eterno de generaciones de utes, apaches, anasazis, navajos, chiricauas, olvidados, traicionados, violados, robados y asesinados, atestiguando la velocidad del viento, saturando la luz, susurrando sobre las caras y entrando y saliendo de los pulmones de los intrusos blancos con una música tan átona como la de las cigarras, implacable como una tumba marcada o anónima.

Cuando se marchó de Chicago, nadie acudió a despedirle, ni siquiera Nate Privett, del que se habría esperado que estuviera allí aunque sólo fuera para cerciorarse de que se iba. Al pensar entonces cómo había llegado a ese punto de su existencia, Lew supuso que se parecía bastante a haber vivido a ciegas.

No hacía tanto, no habría sabido cómo tomar partido. En el curso de sus tiempos persiguiendo anarquistas en Chicago, Lew había sabido acomodarse en un distanciamiento práctico, por un tiempo al menos, y no sentir demasiada comprensión ni por la víctima ni por el autor responsable. ¿Cómo se podía entrar en el escenario de un atentado y averiguar algo si uno se desmoronaba al contemplar la pérdida absurda de vidas, la sangre y el dolor? Sólo muy poco a poco se le ocurrió a su hiperdesarrollada y penetrante inteligencia de detective que esas bombas las podía haber puesto cualquiera, incluidos aquellos que saldrían muy beneficiados si los «Anarquistas», por imprecisa que fuera su definición, eran responsabilizados de ello. Y tampoco, en el curso de sus largas pesquisas por los Mataderos y alrededores, le pasó por alto lo desesperadamente miserable que era la vida de los seguidores de la fe anarquista, aunque ésta prometiera al hombre la única redención posible de una cautividad a menudo tan cruel como la vieja esclavitud de los negros. A veces, más cruel. Lew empezó a dejarse llevar por seductores ensueños en los que recogía una bomba perdida, un pedazo de hielo o, mejor, un montón congelado de bosta de caballo para tirarlo al siguiente sombrero de seda que viera lucir a alguien con tranquilidad por la calle, al siguiente policía montado que apaleara a un huelguista desamparado.

Era más obvio en los Mataderos, pero también era patente en la fábrica Pullman, las acerías y McCormick Reaper, y no sólo en Chicago, estaba convencido de que en cualquier lugar podía encontrar esas mismas estructuras de Infiernos industriales envueltas en el silencio público. Siempre había una calle Cuarenta y siete, siempre una legión de invisibles a un lado del libro de contabilidad, frente a un puñado situado al otro lado que se estaba haciendo muy, por no decir incalculablemente, rico a su costa.

La altitud, la inmensidad del escenario daban una claridad disparatada a la visión cuando se enfocaba tanto a los dueños de las minas como a los trabajadores, revelando los poderes Plutónicos que enviaban diariamente a sus legiones de gnomos bajo tierra para ahuecar tanto como pudieran aquel reino devastado antes de que el sobrepeso lo desmoronara, con mucha frecuencia sobre sus cabezas, aunque qué le importaba eso a los Poderes, que siempre contaban con más enanos esperando, incluso impacientes, a que los enviaran abajo. Esquiroles y sindicalistas, sindicalistas y esquiroles, dando vueltas, cambiando de bando, volviendo a cambiar..., eso sin duda no ayudaba a decidir lo que él consideraba sin pudor como una lucha por ganarse su alma.

Sin embargo, siguió adelante en Denver, y llegó a conocer quién era quién, se convirtió en cliente habitual del restaurante de carnes Pinhorn's Manhattan, dejó a deber cuentas en todos los bares de la calle Diecisiete, entabló amistad con los periodistas de sucesos que merodeaban por Tortoni's en Arapahoe y en la cantina Gahan's, enfrente del Ayuntamiento, pagó bastantes de sus pérdidas en Ed's Arcade para mantener buenas relaciones con los socios de Ed Chase, el jefe de los bajos fondos, se pasó días enteros sin pensar mucho en Chicago ni comparar las dos ciudades, pero aun así fue incapaz de quedarse encerrado en la ciudad durante más de una o dos semanas antes de encontrarse de vuelta en el Denver & Rio Grande, rumbo a la región minera. No podía mantenerse al margen, si bien cada vez que iba parecía que las relaciones entre los dueños y los mineros habían empeorado. Las cosas llegaron al extremo de que casi a diario se revivía aquí un pequeño Haymarket, dado que la dinamita en estas montañas de roca dura no era la exótica sustancia que había sido en Chicago. Al poco, empezó a cruzarse en el camino con pelotones armados hasta los dientes, unidades que se autodenominaban Alianza de Ciudadanos o Auxiliares de los Propietarios. Algunos llevaban armas de fuego bastante modernas, rifles Krag-Jørgensen del ejército, fusiles de repetición, obuses de campo desmontados y empaquetados en recuas de mulas. Al principio, podía pasar a su lado sin más complicación que un asentimiento de cabeza y un saludo llevándose la mano al ala del sombrero, pero cada vez la atmósfera era más tensa, y no tardaron en pararlo y plantearle lo que ellos debían de considerar preguntas inteligentes. Al cabo de poco tiempo empezó a poner especial cuidado en llevar siempre encima sus licencias de Illinois y Colorado, aunque muchos de aquellos palurdos casi ni sabían leer.

A esas alturas había sido lentamente expulsado de la mitad del espacio de su oficina por una acumulación de expedientes sobre anarquistas profesionales y aficionados, organizadores sindicales, dinamiteros, potenciales dinamiteros, pistoleros a sueldo y demás; las chicas que contrataba para que le ayudaran a pasar a máquina y a atender la oficina duraban una media de un mes antes de salir corriendo, exasperadas, de vuelta a la sencillez reconfortante del matrimonio, a un prostíbulo en The Row, a la enseñanza o a alguna otra oficina o tienda de la ciudad donde al

quitarse los zapatos una persona tuviera al menos una posibilidad razonable de encontrarlos de nuevo.

Si a Lew ya le costaba Dios y ayuda encontrar fundas para los casos individuales, difícilmente iba a dar un paso atrás para buscar una visión de conjunto, pero lo que sí empezaba a discernir era que ambos bandos estaban organizados, y que no se trataba sólo de escaramuzas inconexas, una explosión de dinamita aquí y otra allá, unos disparos en una emboscada..., sino que era una guerra en toda regla entre dos ejércitos a gran escala, cada uno con su cadena de mando y objetivos estratégicos a largo plazo, otra vez la guerra civil pero con la diferencia que ahora suponían los ferrocarriles: éstos cruzaban todas las fronteras redefiniendo la nación y dándole la forma y el tamaño exactos de la red ferroviaria, a dondequiera que llegara.

Ya lo había intuido en fecha tan temprana como la huelga de Pullman en Chicago, cuando las tropas federales salieron a patrullar las calles de una ciudad que, al fin y al cabo, irradiaba mediante diversas interconexiones veinte o treinta líneas ferroviarias hacia el resto del continente. En los momentos más desquiciados, Lew creía que la tela de araña de acero era un organismo vivo que crecía a cada hora que pasaba, respondiendo a una orden invisible. Llegó a encontrarse en las calles de la periferia, tumbado junto a las vías a altas horas de la madrugada, entre trenes, con la oreja pegada a los raíles, intentando percibir estremecimientos, aceleraciones, como un angustiado futuro padre con la oreja pegada al abdomen de su amada esposa. Desde entonces, la geografía americana se había vuelto peculiar; y qué se suponía que hacía él aquí, en Colorado, entre las fuerzas invisibles, sin saber la mitad del tiempo quién le contrataba o quién planeaba eliminarle...

Casi cada día laboral, en las cantinas, restaurantes y estancos del vecindario, se tropezaba e incluso entablaba conversación con gente, tanto del Sindicato como de las Asociaciones de Propietarios, que hasta entonces no habían sido más que nombres en los expedientes que le enviaban. Sin embargo, lo que más le extrañó fue que los nombres de los matones a sueldo de los propietarios también aparecían entre sus archivos sobre los mineros. Algunos eran buscados por las autoridades en estados remotos por delitos contra los propietarios, y no siempre delitos menores...; eran forajidos sindicales, incluso dinamiteros anarquistas, pero ahí estaban, al mismo tiempo, en la nómina de la patronal. «Qué raro», murmuró Lew, dando una vigorosa calada a un puro y haciendo trizas la punta que tenía en la boca, machacándola con los dientes, porque empezaba a sentirse asqueado, pero no por tragarse la saliva rebosante de tabaco, sino por la posibilidad de que alguien estuviera tomándole por imbécil. ¿Quiénes eran estos pájaros? ¿Dinamiteros que fingían trabajar para los propietarios mientras planeaban más atentados? ¿Secuaces de los propietarios infiltrados en la Federación de Mineros del Oeste para traicionar a sus hermanos? ¿Eran algunos, que Dios le ayudase, ambas cosas: avariciosos mezquinos que jugaban a ambas cartas, leales tan sólo a la moneda de Estados Unidos?

—Esto es lo que debe hacer —le sugirió Tansy Wagwheel, a quien al cabo de apenas unas semanas este trabajo llevaría a recorrer chillando la calle Quince y a caer en brazos del sistema escolar público del condado de Denver—. Está en este maravilloso libro que siempre tengo cerca, la *Guía del cristiano moderno ante las perplejidades morales*. Aquí, en la página ochenta y seis, tiene la respuesta. ¿Lleva pluma? Bien, pues apunte: «Dinamítalos a todos, y que Jesús les ajuste las cuentas».

—Ah...

—Sí, ya lo sé... —La expresión soñadora de su rostro no podía deberse a Lew.

—¿Dice algo de las carreras de caballos? —preguntó Lew al cabo de un rato.

—Señor Basnight, es usted muy gracioso.

La siguiente vez que Lew subió a las altitudes sitiadas de las montañas de San Juan, se fijó durante el camino en que, además de los habituales vigilantes rompehuelgas, había ahora unidades de caballería de la Guardia Nacional de Colorado, de uniforme, patrullando las pendientes y las orillas de los arroyos. Había creído conseguir, a través de uno de sus contactos menos fiables en la Asociación de Propietarios de Minas, un salvoconducto, que llevaba en una cartera de cuero junto a sus licencias de detective. Más de una vez se topó con grupos de mineros andrajosos, algunos con profundas magulladuras o la cara hinchada, sin abrigo ni sombrero, descalzos, a los que soldados a caballo conducían en manada hacia alguna frontera. O al menos eso dijo el Capitán. Lew se preguntaba qué debía hacer. Aquello estaba mal se mirase por donde se mirase, y las bombas tal vez ayudaran, pero ni por asomo lo resolverían.

No tardó en llegar el día en que se vio rodeado: las sombras filtradas a través de un álamo se encarnaron en un abrir y cerrar de ojos en una banda de jinetes nocturnos del Ku Klux Klan, y eso que era todavía pleno día. Al ver a estos vigilantes que lucían sus sábanas a la luz del sol, un atuendo que ahora exhibía todo tipo de defectos en su lavado, incluidos quemaduras de cigarrillos, lamparones de comida, borrones de orina y rastros de mierda, Lew sintió como si lo siniestro perdiera fuerza, llevara capuchas puntiagudas o no.

—¿Cómo vamos, colegas? —gritó amistosamente.

—No parece negro —comentó uno.

—Demasiado alto para ser minero —dijo otro.

—Y va armado. Me parece que lo he visto en un cartel por algún sitio.

—¿Qué hacemos? ¿Le disparamos?, ¿le colgamos?

—Le clavamos la picha a un tocón y luego le prendemos fueeeego —comentó uno acompañando impacientemente sus palabras con baba que le empapaba visiblemente la capucha.

—Estáis haciendo un buen trabajo de seguridad aquí —dijo sonriente Lew, conduciendo su caballo entre ellos tan tranquilamente como entre un rebaño de

ovejas—, y me encargaré de hacérselo saber a Buck Wells la próxima vez que lo vea.

El nombre del gerente de la mina y comandante de caballería de Telluride tuvo un efecto mágico.

—¡No te olvides de mi nombre! —aulló el baboso—. ¡Clovis Yutts!

—¡Chisst! Clovis, cabeza de chorlito, se supone que no debes decirles tu nombre.

Qué coño estaba pasando ahí, Lew no podía ni imaginarlo. Sintió la apremiante necesidad, nítida y abrumadora, de sentar su trasero en el tren, no parar hasta Denver y sólo regresar una vez que todo hubiera acabado. Fuera lo que fuese. Desde luego que parecía una guerra, y eso debía de ser lo que le retenía aquí, reflexionó, esa posibilidad. Algo así como querer descubrir de qué bando estaba sin todas esas dudas...

De regreso en Denver otra vez, Lew volvió tarde a su habitación y supo ya en el vestíbulo que el día estaba de haber acabado, pues desde el montante de la puerta le llegó flotando el aroma de una hoja quemándose que despertó en él, como siempre, sentimientos contradictorios. Era Nate Privett, con uno de sus sempiternos puros Key West, que había venido desde Chicago en su gira de inspección anual; aunque le costaba creer que hubiera transcurrido ya un año desde su última visita.

Abajo, en la cantina anarquista, ya estaban divirtiéndose ruidosamente, más temprano de lo habitual. Como un vulgar coro de congregacionalistas, cantaban en tempos y claves tan diferentes que costaba reconocer la canción. Chicas cuyas audibles notas agudas delataban que eran unas simples aficionadas coqueteando y que hubieran preferido bailar a destrozar la canción como lo estaban haciendo. Botas que pateaban el suelo en extraños ritmos nada americanos. Lew había adquirido la costumbre de pasarse por allí al final de la jornada para tomarse una cerveza y hacer un poco de vida social, y poco a poco se había ido sintiendo seducido en un sentido político y es posible que hasta romántico, pues había varias chiquitas anarquistas por allí a las que nada gustaba más que ver cómo eran esos ásperos tipos pinkertonianos. Hoy tendría que renunciar a eso por Nate, un cambio en el que salía claramente perdiendo.

Con gesto cansino, Lew hizo una mueca y abrió la puerta.

—Vaya, Nate, buenas noches. Espero no haberte hecho esperar.

—Siempre hay algún informe que repasar. Nunca se pierde el tiempo, Lew, si se acuerda uno de llevar encima algo que leer.

—Veo que has encontrado el Valley Tan.

—He registrado la habitación, y era la única botella. ¿Cuándo te pasaste al whisky mormón?

—Cuando empezaron a devolverme tus cheques del banco. Esa botella parece haber bajado seis dedos o más desde la última vez que la vi.

—Un hombre desesperado buscará consuelo en cualquier cosa, Lew.

—¿Cómo de desesperado, Nate?

—He estado leyendo tu último informe sobre el asunto del Kieselguhr Kid. De hecho, lo he leído dos veces, y me recordó mucho al legendario Butch Cassidy y a su banda de Hole-in-the-Wall, aunque tú no mencionaste esos nombres explícitamente.

El día se le había hecho muy largo a Lew. Nate Privett era uno de esos agentes de despacho que sostenían la irracional creencia de que en algún lugar de los interminables montones de libros de cuentas reclamados, itinerarios, cuadernos de operaciones y demás, las respuestas se revelarían por sí solas como una deslumbrante visión, no quisiera el Cielo que nadie se viera en la necesidad de ensillar y salir a un mundo a media luz.

—Es curioso —dijo Lew intentando que la irritación no se le notara en la voz—, pero las situaciones que vivió Butch Cassidy se están volviendo bastante frecuentes por aquí últimamente (¿te importa acercarme esa botella?, gracias): delitos perversos cometidos por malvados semi-imaginarios; tal vez haya incluso más de un Kid solitario, tal vez se trate de *múltiples conspiraciones* de dinamiteros, por no mencionar ese pequeño ejército de locos que siempre nos acompaña, incitando constantemente a cometer actos, o, si no a cometerlos, al menos a reivindicarlos, en el nombre del Kid...

—¿Lew?

—Sinceramente, este caso es un lío, y cada día se vuelve más enrevesado. Allí trabajo solo, y hay veces en que no me importaría que El Ojo Insomne, con todos sus recursos, se ocupara del asunto entero otra vez...

—Eh, eh, para el carro, Lew, así no es como va la cosa y, además, los clientes todavía están pagando, ¿sabes?, cada mes... y están satisfechos, te lo aseguro, no hay motivo para no seguir adelante, tal como hasta ahora...

Se interrumpió como si se hubiera dado cuenta de que había sido indiscreto.

—¡Vaya! Así que se trata de eso —dijo fingiendo que se le acababa de ocurrir en ese momento—. Sois unos cabrones.

—Mira..., no hace falta...

—Todo este tiempo perdido por aquí, lejos, lejísimos de las luces de Michigan Avenue sin sospechar ni una vez..., vaya, así que nunca se trató más que de una mierdosa cortina de humo cargado de opio...

—No estarás resentido, ¿verdad que no, Lew?

—Estoy sonriendo, ¿no me ves?

—Mira, en Chicago sólo valemos tanto como nuestra credibilidad, que es lo que el Agente Regional al Mando, Lew Basnight, nos ha estado dando, con el respeto que te has ganado en la profesión...

—Que enculen a tu madre, Nate. O a ti, ya puestos. Sin rencores.

—A ver, Lew...

—Buena suerte, Nate.

La noche siguiente, en el Walker's, de la calle Arapahoe, mientras inhalaba, uno tras otro, chupitos de bourbon de un dólar veinticinco centavos, encajado entre otros cinco bebedores rápidos, que eran todos los que podía acoger aquel local de bolsillo, comprendió en un sentido casi religioso que eso tendría que haber sucedido hacía años, que él o lo que fuera que estaba viviendo su vida se había tomado un tiempo excesivo, que podría haber trabajado para el bando correcto desde hacía mucho; ahora tal vez fuera ya demasiado tarde, tal vez hubiera superado con creces el punto en que nadie tenía una oportunidad frente al *juggernaut* que se había abatido sobre el país y lo había confiscado por la cara.

Más tarde regresó a la cantina de los anarquistas, y allí, casi como había esperado, estaba aquel cliente clavándole una de esas miradas que indican que se tiene un asunto pendiente con alguien. Probablemente no era el Kieselguhr Kid, pero Lew, que a esas alturas se sentía sumido en un estado de ánimo experimental, decidió comportarse como si lo fuera.

—¡Te invito a una cerveza!

—Sólo si has recuperado ya la sensatez.

—Pongamos que sí.

—Pues entonces muy pronto se enterarán todos, y para ti la vida será, como la de todos los anarquistas, una huida perpetua, Hermano Basnight.

—¿Te importa que te haga una pregunta? No es que lo tenga muy claro todavía, pero debes de haber prendido un par de cartuchos de dinamita con, digamos, ciertas intenciones concretas. ¿Te arrepientes de ello?

—Sólo si hubieran caído vidas inocentes. Pero nunca ha pasado; al menos, no a mí.

—Pero «si ningún burgués es inocente», como creen muchos anarquistas...

—Ya veo que no sales del tópico. Bueno. Es posible que no reconozca un burgués aunque tropiece con él y me muerda, porque no había muchos donde he estado, allí sólo vivían lo que consideraríamos campesinado y proletariado. Por eso, con el trabajo que hago, conviene ser cuidadoso.

—Tu trabajo. —Lew escribió una larga nota en el puño de su camisa, luego levantó la vista candorosamente—. ¿Y qué pasa conmigo? ¿Conmigo o con cualquier otro como yo que resultara herido?

—¿Te consideras *inocente*? Mierda, tío, si trabajas para ellos..., me habrías matado si hubieras tenido la ocasión.

—Te habría entregado.

—Tal vez, pero no con vida.

—Me confundes con Pat Garrett, Wyatt Earp, los tipos duros de la frontera a los que no les importaba ni probablemente sabían de qué lado estaban. Aun sin contar con ese lujo, no habría tenido más intención de liquidarte entonces que ahora, cuando sé a qué atenerme.

—Me tranquiliza. Ten, estás seco. Herman, ponle otra a esta aullante amenaza Roja para la sociedad.

Poco a poco, el local se fue llenando y se convirtió en una especie de sala de baile country; el Kid, o quienquiera que fuese, se fue desvaneciendo en aquel movimiento, y Lew lo perdió de vista durante un tiempo.

De vuelta en Chicago, Nate, en su patria de papel otra vez, empezó a gastar dinero de la Agencia enviando un telegrama tras otro. Imaginaba que nada había cambiado, que la oficina regional seguía al cargo, que todo estaba tranquilo. Pero, por la información que iba a recibir de Lew a partir de entonces, bien podría haber matones a sueldo con cortaalambres en cada poste de telégrafos a lo largo de los casi dos mil kilómetros que los separaban.

Fue en esa época cuando comenzó lo que Lew acabó considerando su Hábito Vergonzoso. Se encontraba en el pequeño y agradable oasis del desierto de Los Fatzos, manejando explosivos la mayor parte del día, y debía de haber olvidado ponerse los guantes (aunque algunos nunca se tragarían ese cuento); manipulaba pentrita, por lo que podía recordar, bueno, a lo mejor algo un poco más experimental, pues últimamente frecuentaba a un científico loco muy respetado, el Doctor Oyswharf, posible fuente involuntaria del material para los atentados con bomba relacionados con el Kieselguhr Kid, del que se rumoreaba que trabajaba en diferentes mezclas de compuestos de nitrógeno y polimetileno. Unas sustancias letalmente delicadas. La tarde dio paso a la hora de la cena y Lew debió de olvidar lavarse las manos porque, casi sin darse cuenta, empezó a percibir el restaurante del hotel en una amplia gama de colores, por no mencionar de referencias culturales, que no estaban allí cuando había llegado. En concreto, el papel pintado no presentaba un motivo repetido sino una única vista, al estilo «panorámico» francés, de una tierra ciertamente muy lejana, tal vez incluso de fuera de nuestro planeta tal como lo concebimos, en la que seres que parecían, aunque no del todo convincentemente, humanos hacían su vida —*en movimiento*, entendiéndanlo— por una ciudad nocturna imponente, llena de torres, cúpulas y delgadas pasarelas, todo ribeteado de una espeluznante iluminación que no siempre procedía del alumbrado municipal.

Al instante llegó la «comida» de Lew, que inmediatamente atrajo su atención: cuanto más los miraba, menos parecían apuntar los detalles de su «bistec» a los orígenes animales que un hombre esperaría razonablemente; más bien apuntaban a los reinos más alejados de la cristalografía, y cada corte que hacía con el cuchillo revelaba nuevas vistas, entre las intrincadas disposiciones de ejes y poliedros, de las afanosas actividades de una raza de habitantes minúsculos aunque perfectamente visibles que, mientras se agitaban bulliciosos y, según parecía, inconscientes de que los estaban mirando, cantaban en diminutos aunque armónicamente complejos coros

con voces mínimas y aceleradas, cuyas palabras resonaban con luminosidades de sentido cada vez más policristalinas:

Somos los Castores del Cerebro,
no nos rascamos la barriga,
aunque a menudo se diga
que sólo trabajamos por dinero.
Mantén ese Bulldog en la funda de cuero,
y no nos vengas con pamemas
o te meterás *en problemas*
con los Castores del Cerebro...

Justamente, pensó Lew desconcertado, y... y ahora qué tal si...

—¿*Todo bien*, señor B.? —Curly, el camarero, se había abalanzado sobre Lew con una mirada angustiada y, le pareció a él, ominosa. Era Curly, sin duda, pero en un sentido más profundo no lo era—. Está mirando de una manera muy rara la comida.

—Bueno, es que *es* rara —respondió Lew razonablemente, o eso creía, hasta que se dio cuenta de que todos los demás clientes intentaban salir frenéticamente por la puerta del restaurante a la vez. ¿Era por algo que había dicho o hecho? Tal vez debería preguntar...

—¡Está loco! —chilló una mujer—. ¡Emmett, no dejes que se me acerque!

Lew recuperó la conciencia en el calabozo, en compañía de un par de parroquianos habituales que hablaban indignadamente mientras lanzaban miradas étlicas y críticas hacia Lew. En cuanto el alguacil echó un vistazo dentro y consideró que ya no suponía ningún peligro público, Lew volvió al laboratorio del Doctor, con una expresión, se diría, avergonzada.

—Con respecto a eso..., me olvidé de cómo se llama...

—Normal. Se trata, más o menos, de ciclopropano más dinamita —dijo sonriendo el Doctor, casi traviesamente, le pareció a Lew—, no hay razón para no llamarlo «Ciclomita», ¿verdad que no? Sírrete, hoy hay muestras gratuitas, llévate cuantas quieras, es bastante estable, así que si lo quieres para explosiones, tendrás que utilizar detonadores, los número seis de Du Pont sirven perfectamente. Aunque es posible que tú quieras también un poco de plasticizador, dicen que ayuda con el... efecto total.

No llegó a añadir: «Y tampoco estropea mucho los dientes», pero Lew sintió de algún modo que estaba a punto, así que negó vigorosamente con la cabeza, recogió los artículos, murmuró las gracias y salió todo lo rápido que pudo.

—¡Pero haz que te examinen el bombeador de vez en cuando! —le gritó el Doctor cuando salía.

—¿Por qué? —preguntó Lew deteniéndose.

—Un matasanos tal vez sabría explicártelo, pero hay una extraña relación química entre estos explosivos de nitro y el corazón humano.

A partir de ese momento, cada vez que había una explosión de dinamita, incluso lejos del alcance de su oído, algo se desencadenaba a la par en la conciencia de Lew..., y al cabo de un tiempo esa sensación se disparaba aunque la explosión todavía no hubiera ocurrido; y en cualquier sitio. No tardó en cogerle gusto a la Ciclomita, un gusto que se diría adictivo.

La primera explosión de dinamita que presenció Lew fue en una feria del condado en Kankakee. Había motociclistas temerarios que entre gruñidos daban vueltas sin parar, medio cegados por el humo de sus propios tubos de escape, dentro de un Muro de la Muerte. Había chicas con vestidos de carnaval a las cuales se podía ver con menos ropa por cinco centavos más, lo que llevaba a los pilluelos a mirar a hurtadillas por encima de las vallas que las ocultaban. Estaba también el Asombroso Abuelo Galvánico, del que brotaban columnas eléctricas multicolores desde las puntas de los dedos de los pies a las orejas cuando se agarraba a un generador que ponía en funcionamiento, girando una manivela, un afortunado niño del pueblo. Y estaba la atracción llamada Lazarus Dinamita, donde un trabajador de aspecto corriente con mono y gorra se metía dentro de un ataúd de pino pintado de negro que, a continuación, un grupo procedía a rellenar solemnemente con un montón de dinamita al que sujetaban un trozo de mecha de color naranja intenso que no parecía muy larga. Después de clavar la tapa, el capataz blandía una cerilla integral, la encendía con dramatismo en el culo de sus pantalones y prendía la mecha, momento en el que todos salían corriendo como posesos. En alguna parte, un tamborilero empezaba un redoble que iba aumentando de volumen, los golpes se solapaban cada vez más rápido a medida que la mecha se consumía... Lew, en la tribuna, estaba lo bastante alejado para ver cómo la caja empezaba a explotar una fracción de segundo antes de oír el estallido, tiempo suficiente para pensar que, tal vez, al final no pasaría nada, y entonces le alcanzó el frente de aquella onda de compresión. Fue el final de algo, si no de su inocencia, sí al menos de su fe en que las cosas siempre ocurrían lo bastante despacio como para dar tiempo a intervenir. No se trataba sólo del ruido, claro que no, era la *forma*.

Se había cruzado con un par de médicos homeópatas y conocía la teoría de que se podía curar una afección con dosis muy pequeñas de alguna sustancia química específica que, si se tragaba en gran cantidad, produciría los mismos síntomas. Tal vez comer la Ciclomita le había ayudado a desarrollar una inmunidad contra las explosiones. O puede que fuera pura suerte. No se sabía, pero casualmente, en cuanto Lew planteó sus dudas a Nate Privett sobre el Kieselguhr Kid —de hecho, abandonó el caso— *fuera lo que fuese* decidió probar con él mismo. Había dejado el caballo río arriba y estaba meando tranquilamente en un pequeño arroyo cuando el mundo se volvió del revés. Lew conocía la teoría del parque de atracciones, que consistía en lanzarse al centro mismo de la explosión en el instante en que se producía, de manera

que la onda expansiva ya estaba fuera y se alejaba de uno, que quedaba a salvo dentro del vacío en el centro, tal vez un poco aturdido, pero entero. Sin embargo, cuando llegó el momento de *hacerlo*, sin más opción que zambullirse en las chispas de la mecha demasiado corta, en el radiante cuello de botella que llevaba a quién sabía qué, con la fe de que allí habría algo, no sólo el Cero y la negrura..., pues bien, en ese momento, si hubiera tenido tiempo para pensárselo, habría vacilado y eso, con seguridad, habría significado su fin.

Cuando recobró la conciencia, el lugar ya no le parecía Colorado, y las criaturas que lo atendían tampoco parecían la habitual escoria del camino, sino más bien visitantes de algún otro lugar, un lugar muy lejano. A medida que empezó a recordar, supo que durante todo el incidente había permanecido despierto, fuera de su cuerpo, deslizándose por encima de la escena sin preocuparse por nada del mundo — significara lo que significase «el mundo» en ese momento—, intentando mantenerse en ese estado no mental, sereno, cuanto le fuera posible, hasta que vio que iban a apilar un montón de piedras encima de él y dejarlo allí, abandonado a las alimañas; fue esto lo que al final le forzó a dar un precipitado salto a su cadáver, que a esas alturas, como no le pasó por alto, resplandecía extrañamente.

—Mira, Nigel, al menos respira, ¿no?

—Sinceramente, Neville, ¿cómo quieres que lo sepa?, ¿no tendría que ponerle alguien un espejo o algo así delante?

—¡Espera! Llevo uno en mi equipo...

—¡Vanidosa criatura!

Y de ese modo la primera visión que tuvo el Nuevo Lew del mundo reconstituido fue la de sus propias aletas de la nariz perplejas y rebosantes de pelos, oscilando en un curioso espejo oval de viaje enmarcado con trenzas plateadas de una dama, o puede que fueran juncos en el agua; un espejo caro, sin duda, y que una respiración, según parecía, la suya, empañaba rítmicamente.

—Ten.

Uno de ellos había sacado una petaca. Lew no reconoció lo que había dentro, algún tipo de brandy, supuso, pero de todos modos dio un largo trago y pronto estuvo de pie. Los jóvenes incluso habían encontrado su caballo cerca de allí, ileso físicamente, aunque mentalmente no podía asegurarse.

—Gracias, chicos, me parece que seguiré camino.

—¡Ni lo sueñes! —exclamó Neville.

—Quienquiera que fuera el que quiso reventarte allá atrás podría intentarlo de nuevo —dijo Nigel.

Entonces Lew los miró a ambos. A primera vista, sus salvadores no parecían suponer demasiada disuasión para un posible y renovado interés explosivo hacia su persona. Sombreros tiroleses, calzones de terciopelo hasta las rodillas, flequillo, cartucheras adornadas con lirios de las nieves y maravillas silvestres. La influencia de Oscar Wilde, imaginó. Desde que el famoso poeta había regresado a Inglaterra de su

excursión a América, desbordando entusiasmo por el Oeste y por Leadville en particular, todo tipo de extravagantes aventureros habían aparecido por estas montañas.

Pero, bien pensado, ¿tenía algún sitio adonde ir, ahora que había cruzado lo que se había revelado con tanta claridad como la terrible línea divisoria americana, la que se extendía entre el cazador y la presa?

Al anochecer estaban entre viejas ruinas anasazis en algún punto al oeste del valle de Dolores.

—¡Un Stonehenge de los pieles rojas!

—¡Pero distinto!

Se sentaron formando un «triángulo místico», encendieron velas aromáticas y unos cigarrillos liados a mano de ‘grifa’ local, y uno de ellos sacó una extraña, aunque no demasiado extraña, baraja de naipes.

—¿Qué son estas..., son mexicanas, no?

—En realidad, británicas. Bueno, la señorita Colman-Smith es antillana...

—Estas ‘*espadas*’ de aquí las reconozco, y éstas son ‘*copas*’, pero ¿qué es este tipo de aquí colgando boca abajo con la pierna doblada formando un cuatro?

—Es El Ahorcado, está claro... Oh, ¿de verdad que no has visto jamás una baraja de Tarot?

—¡El sueño de todo cartomante!

—¡Genial!

Y hubo más exclamaciones por el estilo, además de un examen embarazosamente largo del rostro de Lew.

—Sí, bueno, pelo y ojos oscuros, esto es normalmente el Caballo de Espadas...

—Lo que tienes que hacer ahora, Lewis, como Consultante, si no te importa, es plantear a los naipes una pregunta concreta.

—Claro. ¿Cuántos chinos viven en Dakota del Sur?

—No, no..., algo sobre tu vida, algo que quieras saber. Algo personal.

—Como: «¿Qué coño está pasando aquí?», ¿valdría ésa?

—Valdría. Preguntemos, anda.

Y, como era de esperar, la última carta boca arriba de la serie, la que aquellos pájaros repetían que más importaba, era otra vez aquel Ahorcado.

Cada pocos segundos, por encima de sus cabezas caían arcos de luz en todas direcciones. Era la lluvia de meteoros de las Perseidas, un suceso estacional, pero por un momento pareció que el firmamento entero se descosía. Por no mencionar a los fantasmas indios que no paraban de desfilar durante toda la noche, divirtiéndose tanto como siempre se divertían los indios con los misterios del hombre blanco.

A la mañana siguiente, el trío cabalgó hacia el sur, con la intención de subir al tren en Nuevo México, pues Neville y Nigel volvían a su Inglaterra natal; y en menos

de una semana se encontraron a bordo de una sucesión extrañamente lujosa de vagones club, salones desmesurados y restaurantes, incluso el furgón de los ferroviarios resultó ser más elegante que la suite media de un hotel de Chicago. El precio que pagar a cambio de todo ese lujoso servicio fue un rumor, tan ineludible como el hollín de la locomotora, sobre una misteriosa trama para volar el tren.

—Probablemente todos tendremos que bajar y caminar —comento el señor Gilmore, el revisor jefe.

—No es una situación muy cómoda, jefe —dijo Lew recuperando su antigua identidad, que cada vez más parecía haberse tomado unas prolongadas vacaciones, puede que incluso se hubiera ido de viaje alrededor del mundo—. ¿Qué tenemos por aquí?: ¿rojos?, ¿italianos?, ¿una banda de dinamiteros?

El señor Gilmore sacó un pañuelo del tamaño de un paño grande de cocina para enjugarse la frente.

—De todo un poco, lo que quiera, y corre más de una historia. Lo único que comparten todas es que va a haber una explosión del copón. Más fuerte que si fuera dinamita. Una explosión que va a arrasar la mitad de Texas, puede que hasta de Nuevo México, en menos que canta un gallo.

Y así iban de estación en estación, esperando el terrible momento; torreones palaciegos de piedra tallada y acero trabajado surgían entre las lindes de la maleza, se los veía perfilados y amenazadores en las tormentas mañaneras, luego, al instante, distinguían bajo los chaparrones relucientes carreteras y cabañas, vallas y cantinas en los cruces..., pasaban por las calles principales de los pueblos, atendidos al cruzarlas lentamente por jinetes con chubasqueros de viaje que galopaban a su lado durante kilómetros, niños pequeños bajaban y subían saltando cada vez que el tren reducía la velocidad en las cuestas o las curvas, humoristas envejecidos simulaban tumbarse en la vía para echar un sueñecito y se apartaban rodando y carcajeándose en el último momento, filas de vaqueros al lado de la vía permanecían inmóviles y miraban el rodar ocioso, sin manera de saber qué pensaban, reflejos de nubes en el cielo pasaban suavemente ante sus ojos, caballos pacientes atados cerca intercambiaban miradas de vez en cuando: todos ellos parecían estar al tanto de la historia, una historia que, sin embargo, cambiaba. A veces, lo que se interponía parecía ser un tornado del tamaño de un condado, una presencia que traía la noche en el horizonte, desplazándose por la llanura, mientras que para otros se trataban de luces en el cielo: «una segunda Luna, que no sabemos ni lo cerca que está ni lo peligrosa que es...». Lew había procurado no pensar en el Kieselguhr Kid ni en nadie que hubiera decidido llamarse así, porque a veces le daba la impresión de que estaba ahí fuera, como un espíritu que se cernía por encima de las cumbres más cercanas, como la encarnación de una obligación pasada que no le dejaba marcharse sino que seguía persiguiéndolo, insistente.

Lew, perplejo, se sentaba, miraba y básicamente se dedicaba a fumar puros y, a escondidas, a mordisquear su menguante provisión de Ciclomita, intentando dar un

sentido a las alteraciones que sucedían dentro de su cerebro, con los ojos brillándole con una ingenuidad emocional desacostumbrada en él.

Llegaron a Galveston sin incidentes pero con aquello, fuera lo que fuese, cerniéndose por encima, esperando a abatirse sobre ellos. Neville y Nigel reservaron pasajes transatlánticos en un carguero de aspecto turbio cuya bandera no supo reconocer ninguno de los dos y se pasaron el resto del día intentando comunicarse con un caballero chino que, no se sabe por qué, creían que era un comerciante al por menor de opiáceos.

—¡Cielos, Nigel, casi nos olvidábamos! Los demás se van a sentir espantosamente decepcionados si no les llevamos algunos *souvenirs del Salvaje Oeste*, una *cabellera* de verdad o algo por el estilo.

—A mí no me miréis —dijo Lew.

—Ya, ¡pero tú serías perfecto! —exclamó Neville.

—¿Para qué?

—Te llevaremos a ti a Inglaterra —dijo Nigel—. Eso haremos.

—No tengo billete.

—Da igual, te esconderemos y harás el viaje como polizón.

—¿No necesito pasaporte?

—No para Inglaterra. Pero no te olvides de tu ‘*sombrero*’ de cowboy. Es auténtico, ¿no?

Lew los miró de cerca. Los jóvenes tenían los ojos enrojecidos, las pupilas eran diminutas cabezas de alfiler que apenas se distinguían, y se reían tanto que tenían que pedirles que te repitieran las cosas más de una vez.

Se pasó las dos semanas siguientes en la bodega de un carguero, dentro de un baúl de viaje con dos o tres discretos orificios a modo de respiradero. De vez en cuando, uno de los Enes se acercaba hasta allí con comida robada de las cubiertas del rancho, aunque Lew no tenía mucho apetito.

—Esta bañera se balancea un poco —acertó a decir cuando dejó de vomitar el tiempo justo para hablar.

—Dicen que hay una especie de espantosa tormenta que sopla desde el sur —dijo Nigel.

Sólo cuando llegaron a Inglaterra se enteraron del desastroso huracán que había asolado Galveston el día siguiente de su partida: vientos de más de doscientos kilómetros por hora, la ciudad sumergida, seis mil muertos.

—Salimos justo a tiempo —dijo Nigel.

—Sí, qué espantosa buena suerte.

—Oh, vaya, fíjate en Lewis, se ha puesto neurasténico.

—Eh, Lewis, ¿qué pasa?

—Seis mil personas —dijo Lew—, para empezar.

—En India pasa cada dos por tres —dijo Nigel—. Así es el mundo, después de todo.

—Sí, Lewis, ¿pero dónde vivías antes de aquella espantosa bomba que te trajo hasta nosotros?

Al final, Webb Traverse había llegado a jefe de turno en la mina de Little Hellkite. Veikko y sus compadres nórdicos le montaron una fiesta para celebrarlo, lo cual, como siempre, le recordó que no todo el mundo puede pasarse la noche entera bebiendo licor de patata. Afortunadamente, la nieve andaba todavía un poco lejos, si no se habría repetido lo del invierno anterior, cuando dejó que unos finlandeses le convencieran para que se calzara un par de esquís pasado Smuggler, junto a la gigantesca acumulación de nieve «preavalancha» conocida como el Gran Elefante, y luego se cagó de miedo, como le habría pasado a cualquiera en sus cabales, y todos los presentes respiraron aliviados cuando cayó sano y salvo en la nieve sin romperse ningún hueso ni desencadenar una avalancha.

Parecía que esos días se llevaba bien con todos, salvo con las dos mujeres de su familia, las que debían de haberle importado más, como si, con los varones viviendo ya sus propias vidas, su casa estuviera también ahí fuera, como si las posibilidades de tropezarse otra vez con ellos fueran mayores en el exterior que dentro de su hogar. En cuanto asomaba la nariz por la puerta, las cosas se agriaban. Un día, Lake se marchó y ya no volvió. Él esperó un día y una noche y, finalmente, recién acabado el tercer turno, ella surgió de la oscuridad con un fajo de billetes de Estados Unidos.

—¿Dónde has estado, señorita? ¿De dónde has sacado eso?

—Me he acercado a Silverton. Apostando en una pelea.

—¿Y con qué has apostado?

—Con lo que he ahorrado haciendo coladas.

—¿Y quién dices que peleaba?

—El fogonero Jim Flynn.

—¿Con quién?

—¿Andy Malloy?

—Anda, ahórramelo, hija. Escucha, Andy no tiene ni idea de pelear, no más que su hermano Pat. Un combate entre el Fogonero y él sería tan desigual que a nadie se le ocurriría, ¿por qué no pruebas con otro cuento?

—¿O a lo mejor era el mexicano Pete Everett?

—¿Con quién has estado?

—Con Rica Treemorn.

—Las Chicas Floradora. ¿Su familia sabe algo de esto?

Lake se encogió de hombros.

—Piensa lo que quieras.

Lo dijo con la cabeza gacha, la mirada apartada, como sumida en una pena incommunicable que no se correspondía en absoluto con el semblante alegre que había mosqueado a su padre desde el principio.

—Hija de la tormenta —dijo casi en un susurro en medio del ruido general. Una expresión desesperada apareció en su rostro. Como poseído por algo que ella había sabido y temido desde antes de que las cosas tuvieran nombre.

—Papá, ¿qué coño significa eso? —Ella quiso fingir más seguridad en sí misma, pero se estaba asustando al verlo transformarse en otra persona ante sus propios ojos...

—Veamos cuánto tiempo puedes aguantar sola por ahí fuera. *Hija de la tormenta*. Bien, pues que la maldita tormenta te proteja.

¿De qué estaba hablando? Él no se lo explicó, aunque tampoco es que fuera algo tan misterioso. No hacía mucho, durante una de las temporadas que habían pasado en Leadville, bajo una tormenta del norte típica de la región, con rayos que no paraban de caer, que se abatían a ráfagas como un viento invernal..., el joven rostro de su hija tan nítido para él, el modo en que la luz feroz volvía su cabello casi blanco, tras reflejarse en su pequeña cara como impulsada por el viento, aunque el aire dentro de la pequeña cabaña estaba en calma. Bajo el negro cielo apocalíptico. Él había sentido algo en la columna que interpretó como que estaba a punto de alcanzarle un rayo.

Sólo cuando ya era tarde comprendió que se trataba de miedo. Miedo de este joven espíritu femenino que hasta ayer mismo volvía serpenteando y con la cara sucia a sus brazos.

—¿Te has vuelto loco, papá?

—No regento un refugio para putas.

Lo dijo a voz en cuello, casi estremeciéndose de placer, sabedor de que no podía hacer nada para impedirlo.

Y esperó con ganas la previsible respuesta.

—¿Un refugio? Pero ¿a quién has dado refugio en tu vida? Si no sabes ni dar *refugio* a tu familia, ni a ti mismo, penoso hijo de puta.

—¡Oh! Muy bien, hasta aquí hemos llegado... —Y alzó la mano y la cerró en un puño.

May acababa de encender su pipa; tuvo que dejarla a un lado y levantar una vez más sus cansados huesos hasta la rampa que la llevaría a la arena del rodeo.

—Webb, por favor, espera. Lake, acércate un momento..., Webb, ¿es que no ves que no ha hecho nada malo?

—Se pasa una semana en Silverton, vuelve con el alquiler de un año..., pero ¿de qué carro de abono te crees que me he caído, mujer? Parece que tenemos a una maldita furcia de Blair Street.

Entonces sí fue a por ella, y Mayva tuvo que coger una pala..., pero al final, por diferentes motivos, los dos acabaron gritándole a Lake que se marchara de casa. Y en ese momento, a la mierda, ya no hacía falta que se lo dijeran.

Soy muy mala, se repetía una y otra vez, aunque no se lo creyó hasta que estuvo de nuevo en Silverton, donde una chica mala podía encontrar su verdadero yo, como si volviera a casa con su verdadera familia. Apenas una pequeña retícula de calles en una llanura verde bajo los picos montañosos, pero, a efectos de la perversidad, era una de las grandes metrópolis de la tierra caída... Jesús bendito. Sesenta o setenta cantinas y veinte garitos sólo en Blair Street. Bebiendo, jugando, follando

veinticuatro horas al día. ¿La Abrogación?, ¿qué Abrogación? Fumando opio con el chino que se encargaba de la colada de las chicas. Usada por visitantes extranjeros procedentes de muy lejos, del otro lado del mar, con gustos peligrosos, así como por compatriotas americanos corruptores de menores, mutiladores de esposas, asesinos, republicanos..., difícil de decir cuál de las dos, si Rica o Lake, era más descuidada con quien subía con ellas a las habitaciones. Pero de algún modo se salvaban todas las noches, se deslizaban por ellas como si contaran con protección sobrenatural. Aprendieron a no mirarse, porque siempre les entraba la risa y algunos clientes se ponían violentos. A veces se despertaban en la pequeña cárcel y escuchaban el sermón habitual que les soltaba la esposa del sheriff con el entrecejo imborrablemente fruncido. La cosa siguió así hasta que el invierno empezó a dejarse sentir y la perspectiva de la nieve cubriendo hasta los aleros del tejado llevó a todas las damas de vida peligrosa a preparar los reajustes estacionales.

Lake volvió una vez a la cabaña a recoger algunas de sus cosas. La casa estaba tan vacía que había eco. Webb estaba en la mina; Mayva, en sus quehaceres, fuera. Hacía mucho que se habían marchado todos sus hermanos, y al que más echaba de menos era a Kit, porque eran los dos pequeños y habían compartido una especie de testarudez, el anhelo por un destino desconocido, o puede que no fuera más que una terca aversión a conformarse con la vida cotidiana de los demás.

Imaginó que se llevaba un cartucho de dinamita y que un día esperaba a Webb en algún camino. Lo dejaba caer encima de él, mientras ella estaba a salvo arriba, acurrucada en un nicho de la pared montañosa, y él, minúsculo, vulnerable, muy abajo. Colocaba el detonador, encendía la mecha y lanzaba el cartucho, que describía una larga curva descendente, dejando tras de sí una estela de chispas, se alejaba de la luz del sol y entraba en un pozo de sombras, y entonces el viejo hijoputa quedaba aniquilado en una flor de polvo, piedras y llamas, con un sostenido grito de condenación.

Mayva supo que ella había estado allí. Tal vez su perfume comprado, tal vez algo cambiado de sitio, tal vez sencillamente lo supo, sin más. Lo que tenía claro es que debía hacer lo posible por salvar al menos a uno de sus hijos.

—Webb, tengo que ir con ella. Aunque sólo sea un tiempo.

—Déjala que se vaya.

—¿Cómo voy a dejarla ahí, con todo eso?

—Tiene casi veinte años, ya puede cuidarse muy bien sola.

—Por favor, aquí estamos en guerra, lo único que podemos hacer es protegernos.

—No te necesita, May.

—Es a ti al que no necesita.

Se miraron, desconcertados.

—Claro, entonces adelante, vete tú también. Y eso hará la jodida mano de póquer entera. Yo tiraré por mi cuenta, no es que no sepa, mira tú. Por mí, esa zorra y tú podéis pasároslo en grande por ahí.

—Webb.

—¿No te ibas? Pues vete.

—Será sólo el tiempo que...

—Si decides volver, no envíes ningún telegrama, yo todavía tengo que dejarme ver por aquí, así que dame una sorpresa. O casi mejor que no.

Los bocartes golpeaban en algún punto de la lejanía. Una recua de mulas se alejaba rebuznando por la ladera de la colina. La Guardia Nacional, situada más arriba, en el paso, disparaba su cañón para mantener a los nativos a raya. Webb estaba allí, en medio de la habitación, las arrugas de su cara grabadas como en piedra, una mancha de luz le rozaba el pie, tan inmóvil...

—Tan inmóvil —recordaría Mayva más adelante— que no era él en absoluto, lo digo de verdad, era algo que había querido ser, y a partir de entonces ya no sería otra cosa, nunca más, debería haberme dado cuenta entonces, hija mía, debería...

—No podías hacer nada. —Lake le apretó el hombro—. Ya no podía evitarse.

—No. Tú, yo y él podríamos haber vuelto a estar juntos, Lake, dejar la ciudad, irnos a algún sitio donde no fuera esa gente, donde ni siquiera lo conocieran, lejos de estas malditas montañas, podríamos haber encontrado una parcela de tierra...

—Y aun así él habría encontrado el modo de fastidiarlo. —Lake tenía la cara hinchada, como si acabara de despertarse de un sueño que no le podía contar a nadie, y parecía más mayor de lo que su madre estaba acostumbrada a verla. Más vacía.

—Sé que dices que no le echas de menos. Que Dios te ayude. ¿Cómo puedes vivir así, sin perdonar?

—Nunca le importamos mucho, mamá. Tenía su maldito y todopoderoso Sindicato, era eso lo que amaba, si es que amaba algo.

Si se trataba de amor, no llegaba a ser correspondido. Careciendo ya de una familia respetable detrás de la que ocultarse, Webb buscó el calor de la Rama Local 63, que, al ver la vehemencia de su deseo, decidió poner cierta distancia entre él y el Sindicato, y le sugirió que se fuera a Uncompahgre por un tiempo, a la mina de Torpedo. Que es donde conoció a Deuce Kindred, quien, tras haber abandonado Grand Junction con cierta precipitación, acababa de ser contratado en Torpedo, como si ganarse el jornal bajo tierra le librara de cierto interés mostrado por las autoridades hacia su persona.

Deuce había sido uno de esos Jóvenes Enfermizos que temían más al destino que con toda seguridad aguardaba a los débiles en este país que al esfuerzo físico que les requeriría hacerse hombres y eludirlo. Por más que se hubiera instruido por su cuenta en la Vida Intensa, había absorbido los suficientes insultos en su juventud como para

una inevitable y posterior reemisión en una frecuencia psíquica distinta, cual rencor fluorescente. Solía tomárselo como la necesidad de superar cualquier reto que se le planteara, *independientemente de su escala*: de cortar la baraja a trabajar una fachada de piedra.

—Prefiero trabajar a destajo —murmuró Deuce.

—Aquí no hay contratos así —dijo Webb, que estaba picando al lado—. No desde la huelga de 1901, y tuvieron que morir algunos buenos compañeros para conseguirlo.

—No es nada personal. Sólo que a mí me parece que eso es el verdadero trabajo.

Los interrumpió la llegada de una figura sepulcral vestida con un traje de arpillera de tres dólares. Deuce miró a Webb.

—¿Qué pasa? —preguntó Webb.

—No lo sé. Me mira raro, y todo el mundo dice que hay que andarse con cuidado con él.

—¿Él? Si es el bueno de Avery.

—Dicen que es un espía de la empresa.

—Es otra manera de llamar aquí al Inspector. No te preocupes demasiado, todos esos chicos están nerviosos, siempre a un paso de caerse a un pozo... Pero tú eso ya lo conoces, ¿no decías que habías trabajado en Butte?

—Yo no. —Una mirada cansina—. ¿Quién te lo ha dicho?

—Bueno, ya sabes, eres nuevo, corren todo tipo de rumores.

Webb apoyó una mano tranquilizadora sobre el hombro del chico, sin percibir, o prefiriendo pasar por alto, el estremecimiento de Deuce. Tras haber logrado enajenarse de toda su familia de un modo u otro, Webb se unía a aquellos que, con similar error de juicio, se dejaban seducir por Deuce Kindred, lo cual tendría dolorosas consecuencias.

Dos o tres noches más tarde, se tropezó con el joven Kindred en el Beaver Saloon, jugando a póquer en una mesa atestada de caballeros famosos por su carencia de principios. Webb esperó a que el chico se tomara un descanso y dejara pasar un par de manos.

—¿Cómo te va la noche?

—Igualado.

—La noche es joven. No serás el pardillo al que van a desplumar en la mesa ¿verdad?

—No lo soy. Es aquel tipo pequeño de allí, el de las gafas.

—¿El Coronel? Buen Dios, hijo, si se ha tomado unas vacaciones de Denver porque ya no le dejan jugar allí.

—No me había fijado en las muchas fichas que tiene delante.

—Se las está llevando a escondidas. Fíjate en el puro, va a soltar una gran nube de humo y... ahí, ¿lo ves?

—Vaya, quién lo diría.

—Tu dinero, ni más ni menos.

—Gracias, señor Traverse.

—Llámame Webb.

—¿Lo ha hecho antes, señor Kindred?

—¿El qué? ¿Convencerlos para que se comporten según los intereses del cliente?

—Digamos que esta vez quieren que vaya un poco más lejos.

—¿Lo han dicho así?

—Han dicho: imagina que fuera un animal, un perro o una mula, que no para de morder o cocear todo el tiempo, ¿qué haces?

—Yo le pasaría la criatura a alguien que no diferenciara entre una mala bestia y un cachorrillo.

—Aquí todos saben cuál es la diferencia —dijo el representante de la empresa, con calma pero también con cierta impaciencia.

—No tiene intención de..., de decirme claramente lo que quiere de mí, ¿es eso?

—Tal vez nos interese comprobar cuánto puede adivinar por su cuenta, señor Kindred.

—Ya, lo que llaman «iniciativa». En ese caso tendría que haber también alguna Tarifa de Iniciativa.

—Vaya. ¿Y que ascendería aproximadamente a...?

Resultó que Deuce estaba más informado de lo que esperaba el representante acerca de cuánto estaba dispuesta a soltar la empresa.

—Claro que si usted no tiene potestad para decidir los gastos, podemos cambiar el método: lo subo al tren y lo dejo en las montañas, en el paso de Dallas Divide, pongamos el coste del billete a Montrose más mi porcentaje; o, por un poco más, lo echo del estado y no lo vuelven a ver. Se ahorra un poco de dinero, y tal vez problemas posteriores...

—Si se hace bien, no hay problemas.

A Deuce le gustó la respuesta.

—Le escucho.

—Nervio e iniciativa, señor Kindred, son cosas distintas.

Llegaron a un acuerdo sobre la suma.

El secuaz de Deuce, Sloat Fresno, era el doble de corpulento que él y se creía el jefe de la pareja. No era la primera vez que servían a la Asociación de Propietarios. Seguridad de minas, por así decirlo. Se habían ganado reputación de serios, de no hablar con desconocidos. En las cantinas, cuando había pelea, luchaban espalda con espalda, cada uno pensando que protegía al otro, lo que hacía muy difícil ir a por ellos.

Se conocieron durante los primeros disturbios de Cripple Creek, alrededor de 1895. Sloat había emprendido una carrera como forajido tras practicar hasta el exceso, y de forma flagrante, lo que por entonces se conocía como «echarle morro»: se alistaba en el ejército, cobraba los bonos, desertaba, se presentaba en otro cuartel, se alistaba, cobraba los bonos y desertaba de nuevo, y así sucesivamente, por todo el Oeste ocupado, hasta que se acabó convirtiendo para los militares en un incordio comparable al mismísimo Gerónimo, con poco favorecedores retratos pegados en las salas de espera desde Fort Bliss a Coeur d'Alene. La huelga de Cripple debió de parecerle una disparatada ocasión para reintegrarse en las fuerzas de la ley y el orden. Debió de salirle bien, porque a partir de entonces Deuce y él fueron considerados lo bastante fiables para darles trabajo continuado e incluso, a veces, enviarlos en tren a las pobladas cercanías donde todavía quedaban cabezas anarquistas sin romper.

«Mantente pegado a mi espalda, amiguito, vigila bien ahí detrás, porque si me alcanzan, ¿qué será de ti?» era el tipo de comentarios que Deuce había aprendido a pasar por alto, aunque a veces le costaba. Sobre todo en el caso de Webb Traverse: «Tú te encargas de los viejos, deja la carne joven para el Gran S., los habrá aplastado sin aspavientos antes de que te des cuenta». Sloat se sentía francamente cómodo con los sentimientos apasionados que crecían en él mientras hacía daño (aunque no necesariamente causaba dolor, porque, coño, cada día normal y corriente ya es doloroso, ¿no?); Deuce, por su parte, le había cogido gusto y, con el tiempo, respeto al dominio mental, y se le conocía por intimidar a pandillas enteras sin sacarse las manos de los bolsillos... Algunos lo llamaban hipnotismo, pero daba igual, la gente decía que hasta que no veías esos dos ojos de serpiente brillar a la sombra del ala de su sombrero, concentrados exclusivamente en ti, vaya, es que todavía no habías conocido a un auténtico mal bicho.

Pero la diferencia entre Deuce y el pistolero corriente radicaba en que él siempre se implicaba emocionalmente. Si no al principio, antes del final de la misión siempre encontraba algo que le parecía o bien despreciable o bien deseable para impulsarle a acabarla. Envidiaba a los pistoleros más profesionales de la época, incluso a Sloat con su enfoque de mero mercenario, y temía el día en que tuviera que salir ahí fuera sólo con sangre fría, sin nada más que le estimulara.

Deuce acabó imaginando que participaba en una «misión» al servicio de los propietarios, como una especie de «detective» encubierto que no quitaba ojo a los agitadores, incluido Webb Traverse. Webb, de manera semiinconsciente, pensaba que había encontrado en él a un hijo sustituto, y Deuce no hizo nada para convencerle de lo contrario. Sabedor de que en estas situaciones raramente se da un momento preciso en que el impostor considera que ha acabado su trabajo, o en que el engañado ya no se preocupa por la solidez de su amistad, Deuce dejaba caer sibilinamente el tema de las actividades sindicales para ver qué podía sonsacar, mientras fingía mostrarse abierto interpretando el papel de jovencito comprensivo, algo que creía saber hacer muy bien a esas alturas.

Webb se había acostumbrado a pasarse por la pensión de Torpedo a eso de las cuatro de la madrugada, cuando salía el turno de noche, y ambos hablaban hasta muy tarde, bajo la luz de luna artificial y dura de las lámparas eléctricas encendidas por los caminos y las cañerías, o que salía de las ventanas de las residencias, entre el ir y venir de los trabajadores del tercer turno. Las sombras eran más oscuras de lo que deberían. Los dos se sentaban y bebían un licor rojo como si fuera medicina para la tristeza. Estúpido. Pensando que veía un matiz melancólico en el rostro de Deuce, aunque puede que no fuera más que el cansancio al acabar el turno, Webb dijo:

—Es una pena que mi hija volara del nido. Os podía haber presentado.

No, no podía. ¿En qué estaba pensando? Se había marchado. La zorra se había marchado...

—Gracias. La vida de soltero tampoco es tan mala... —Deuce fue bajando la voz, como si no quisiera hablar de eso.

—Es una bendición a medias, hijo. Disfrútala mientras puedas.

Cuando Deuce se convenció de que estaba en presencia de un anarquista de verdad, un dinamitero feliz, se preguntó si debería haber pedido más dinero. Buscó al representante de la empresa.

—Díganos una hora y un sitio concretos, ah, y a propósito...

—¿Es que has perdido la cabeza? No te conozco, nunca hemos hablado, aléjate de mí antes de que nos vean.

Deuce se encogió de hombros. En cualquier caso, merecía la pena intentarlo.

El inspector de la empresa dijo:

—Has estado robando, Webb.

—¿Quién no sale de aquí con piedras en la fiambra?

—Tal vez eso pase en Telluride, pero no en esta mina.

Webb miró la «prueba» y dijo:

—Sabe muy bien que me lo pusieron dentro. Alguno de sus soplonos de por aquí. Puede que usted mismo, jefe...

—Cuidado con lo que dices.

—... todavía no conozco ni a un mierdoso inspector que no se haya llevado una pepita cuando ha creído que podía hacerlo —dijo enseñando los dientes, casi sonriendo.

—Vaya, ¿es que has visto muchos casos en tus buenos tiempos?

—Todo el mundo los ha visto. Dígame, ¿a qué mierda estamos jugando aquí?

El primer golpe le llegó desde la oscuridad y llenó la conciencia de Webb de luz y dolor.

Iba a ser un camino de dolor; Deuce intentaría prolongarlo, mientras que Sloat, más familiarizado con las realidades del sufrimiento, intentaría que avanzara.

—Creía que sólo teníamos que pegarle un tiro y dejarle donde cayera.

—No, éste es un trabajo especial, Sloat. Necesita un tratamiento especial. Puede decirse que es un momento memorable.

—Pues a mí me parece un minero a jornal cualquiera, la basura de siempre, Deuce.

—En eso te equivocas. Resulta que el Hermano Traverse aquí presente es una figura de primera en el mundo del Anarquismo criminal.

—Oh, vaya, recuérdame otra vez qué era eso.

—Me disculpo en nombre de mi socio, las grandes palabras no acaban de entrarle en la mollera. Más vale que te vayas haciendo una idea del «Anarquismo», Sloat, porque es lo que va a llevarse en esta profesión. Montones de dinero que ganar.

Webb guardaba silencio. No parecía que ese par fuera a hacerle ninguna pregunta, porque, que él supiera, no le habían ahorrado ningún golpe, y el dolor y la información eran convertibles, como el oro y los dólares, prácticamente a un tipo de cambio fijo. No sabía cuánto aguantaría si de verdad se ponían manos a la obra. Pero había algo peor que el dolor, suponía, y era lo estúpido que se sentía, lo memo que había sido, lo fatalmente que se había equivocado con ese chico.

Antes, Webb se había tomado todo eso como si fuera política, o lo que Veikko llamaba «trámites», aceptando que podría ser necesario que renunciara a su vida, que estaba comprometido, como si hubiera firmado un contrato, a morir por sus hermanos y sus hermanas en la lucha. Pero ahora que llegaba el momento...

Desde que habían formado equipo, los socios se dividían el trabajo: Sloat se centraba en los cuerpos, Deuce se especializaba más bien en quebrar el espíritu, y le ilusionaba comprobar que Webb estaba tan desmoralizado que ni siquiera podía mirarlos.

Sloat tenía un botón de enganche ferroviario que se había llevado una vez del D&RG, pensando que podría serle útil. Pesaba poco más de tres kilos y en ese momento Sloat lo envolvía en un ejemplar de hacía una semana del *Denver Post*.

—Bueno, ya hemos acabado con tus pies, veamos ahora las manos, abuelele.

Cuando golpeaba evitaba mirar a su víctima a la cara, concentrándose profesionalmente en lo que quería dañar.

Webb empezó a gritar los nombres de sus hijos. Desde las profundidades del dolor, le sorprendió reconocer a lo lejos un matiz de reproche en su voz, aunque no sabía si había llegado a emitirlo o sólo lo había escuchado en su cabeza. Contempló cómo la luz sobre las cumbres desaparecía lentamente.

Al cabo de un rato ya no podía hablar mucho. Escupía sangre. Quería que aquello acabara de una vez. Buscaba los ojos de Sloat con el único que todavía podía abrir,

intentando hacer un trato. Sloat miró a Deuce.

—¿Adónde vamos, pequeño socio?

—A Jeshimon —dijo con una sonrisa malévola, que pretendía aniquilar el espíritu que le quedara a Webb, pues Jeshimon era un pueblo cuya industria principal consistía en la muerte, y las torres de adobe rojo de Jeshimon eran temidas y conocidas como los lugares donde acababas cuando nadie quería que te encontraran —. Vas a ir a Utah, Webb. Si nos cruzamos con unos apóstoles mormones a tiempo, incluso puede que te bauticen y te casen por poderes con varias esposas de las que llaman selladas, así disfrutarás de cierto respeto entre los santos, mira tú, mientras esperas ese bonito asunto de la resurrección física.

Webb no dejaba de mirar a Sloat, parpadeando, esperando alguna reacción, y como no llegaba, finalmente apartó la mirada.

Al pasar por Cortez, resultó que el tristemente famoso pistolero local Jimmy Drop estaba en la parte trasera de la cantina Four Corners meando en el callejón, cuando vio a Deuce y Sloat, con Webb echado sobre un caballo de carga entre ambos, saliendo de la ciudad. Todavía había luz suficiente para que Jimmy reconociera a Deuce, que había cabalgado por un breve periodo con su banda.

—¡Eh!

—Mierda y más mierda —dijo Sloat, que sacó la pistola y disparó un par de balas bienintencionadas hacia Jimmy.

—No tenemos tiempo —se mostró de acuerdo Deuce, que utilizó las espuelas y tiró de la correa del caballo que llevaba a Webb.

—Esto no va a quedar así —comentó Jimmy para sí. Había dejado su revólver en la puerta. Mierda. Se abotonó los pantalones y entró corriendo en la cantina.

—Disculpe, señorita, necesito que me preste esto un momento —dijo rebuscando enérgicamente bajo las faldas de la bailarina de fandango libre más cercana.

Ella sostenía una navaja y por el momento sonreía.

—Caballero, por favor, vuelva a poner la mano en su sitio o me verá obligada a hacerlo yo misma.

—Esperaba que llevara una Derringer de algún tipo...

—No ahí abajo, vaquero. —Se metió la mano en el escote y extrajo una pequeña pistola de cañones superpuestos del calibre 22—. La alquilo, cobro por adelantado.

A esas alturas, Webb y sus asesinos se habían alejado de las calles de Cortez y la sombra se había apoderado de la inconmensurable llanura.

Para pagarse parte de sus estudios en la escuela de minas, Frank le había pedido algo de dinero prestado a su hermano Reef, que por entonces tenía fama de sacar pasta rápida hasta del aire.

—No sé cuándo podré devolvértelo, mi buen Reefer.

—Cuando sea, si todavía vivo; con eso me bastará, así que no te preocupes.

Para variar, Reef no pensaba mucho lo que decía, y de hecho le parecía imposible imaginar ningún tipo de futuro en el que estar muerto fuera preferible a estar vivo. En parte era esa misma actitud de gallito la que le hacía ganar una y otra vez en los juegos de azar. O ganar lo bastante. O, al menos, eso creía él.

Un día, sin previo aviso, Reef se presentó en Golden y se encontró a Frank con la nariz metida en un libro de metalurgia.

—Tengo algo que hacer, una especie de lío de faldas, nada muy difícil, ¿quieres venir?

—¿Adónde? ¿No sabes que tengo un examen? —Sacudió las páginas del libro ante su hermano para subrayar sus palabras.

—Tienes pinta de que te vendría bien un descanso. ¿Por qué no nos acercamos a Castle Rock, al parque de atracciones, y tomamos unas cervezas?

¿Por qué no? Frank no tenía ni idea. No se había dado cuenta, y ya era de día otra vez, Reef lo había arreglado todo con el Profesor y se dirigían a Nevada.

Tras lo que le pareció una semana entera en tren, preguntó:

—Dime, ¿para qué me necesitabas a tu lado?

—Para que me cubras las espaldas.

—¿Es ella tan peligrosa?

—Sí, y no sólo ella. —Tras un par de lentos y deslizantes cambios de paisaje—: A lo mejor te gusta, Francisco, vaya, hay de todo: una iglesia, una escuela, infinidad de restaurantes vegetarianos como los del este...

—No te preocupes, ya encontraré algo que hacer.

—No te me pongas a lloriquear ahora.

—Vaya, así que te parezco triste; pues no lo estoy, ¿por qué piensas eso?

—No lo sé, si yo fuera tú, tal vez lo estaría.

—¿Tú? Reefer, pero si ni siquiera sabes distinguir tu corazón de la cinta de tu sombrero.

—Digámoslo así: todo el mundo necesita a alguien que le haga parecer mejor de lo que es, y en este caso resulta que ese alguien eres tú.

—Claro, pero espera un momento, a ver... ¿quién hace que el otro parezca mejor?

Estaba claro que lo que atravesaban era otro mundo, como en un sueño pero despiertos. Llanuras de sal bajo la lluvia, sin horizonte alguno, las montañas y sus reflejos especulares semejantes a cráneos de animales de otra era, bañados en un resplandor blanco..., a veces incluso se veía el horizonte planetario combado en

forma de arco. Hacia el este era probable que las tormentas llevaran nieve además de rayos y truenos, y la bruma del valle tenía el mismo color de la nieve.

La estación de Nohecita tenía paredes de estuco suave de color albaricoque, decoradas en un matiz de gris curiosamente luminoso; alrededor de la cabeza de línea, de los almacenes de mercancías y los talleres eléctricos y de máquinas, el pueblo había crecido, casas y negocios pintados de bermellón, salvia y pardo claro, y en el extremo de la calle principal se alzaba un gigantesco establecimiento de juego cuyas lámparas turquesas y púrpuras se mantenían encendidas noche y día, porque allí no se cerraba nunca.

Había una fábrica de hielo y unos billares, una bodega, un restaurante con barra de comidas, salones de juego y taquerías. En la parte del pueblo al otro lado de las vías, vivía Estrella Briggs, a la que todos llamaban Stray, en la planta de arriba de lo que había sido el palacio privado de un propietario de minas en los tiempos del descubrimiento de las grandes vetas de oro de la zona, reconvertido ahora en refugio vagamente ilícito para vidas secretas, un edificio de madera oscura, y en algunos rincones necesitada de una mano de pintura, irguiéndose contra un cielo que, desde esa mañana, amenazaba tormenta. Las pasarelas que subían desde la calle estaban cubiertas con un tejado corrugado paranieves. El restaurante y el bar de la esquina de la planta baja llevaban allí desde los tiempos de la bonanza del oro, ofreciendo menús baratos y abundantes, con serrín por el suelo, vajilla resistente, olores de bistecs, chuletas, chile de venado, café, cerveza y demás, que impregnaban la madera de los paneles de la pared, las viejas mesas de caballete, la barra y los taburetes. A todas horas, el local bullía con el estruendo de los trabajadores de los salones de juego en su descanso, de ganadores generosos y malos perdedores, detectives, viajeros de comercio, aventureras, soplonos y tramposos. Una sala hundida casi como una piscina de un balneario de aguas termales, tan fresca y oscura que uno se olvidaba al poco del desierto que le esperaba en cuanto pusiera el pie fuera...

Resultó que Stray estaba embarazada de verdad. No sólo se veía a simple vista, sino que también tenía ese algo sereno y soñador imposible de pasar por alto, sobre todo cuando el resto del vecindario se distinguía por todo lo contrario. En las habitaciones de la planta superior reinaba el insomnio. Era una semana de múltiples convergencias. Todo el mundo menos Stray estaba ya casi loco, así que el que aparecieran Reef y Frank no era más que un problema añadido. También estaban los antiguos ex padres adoptivos mormones de su amiga Sage, «compromisos sagrados» que se remontaban en la historia a los problemas de su madre con esa gente, la promesa de Sage de asumir su fe, su último novio y puede que también otro ex novio, quienes podían, o no, aparecer en cualquier momento, o incluso estar ya en la ciudad,

junto a nuevas relaciones, aparentemente no tan personales como públicas, un conjunto de «amigos» renacidos —aunque su «renacimiento» tuviera más que ver con las comisarías que con el espíritu—, «amigos» más recientes que estos mormones pero que no mostraban menos inquietud por la chica, es más, parecían desesperados por verla a salvo y casada, que se situaban literalmente *en círculo* alrededor de la pareja como si así impusieran la elección y no les permitieran otra...

Frank entendió rápidamente que Stray y su hermano habían reñido, y que Reef se había marchado pero ahora se arrepentía y parecía que le necesitaba a él a su lado en funciones musculares. Tal vez. Casi como si no supiera lo que estaba haciendo y pretendiera consultarle a Frank sobre el particular. O como si un par de jueguistas meones fueran más inteligentes que uno solo.

—Me alegro de que hayas venido a decírmelo.

—Frank, ésta es Stray.

Oh, oh, pensó Frank.

—El idiota de la familia —se presentó— que siempre va detrás por si alguien necesita algún babeo de emergencia, o lo que sea.

Había siempre dos o tres chicas haciendo o deshaciendo maletas, recién llegadas o a punto de emprender viaje, así que se veían vestidos nuevos comprados pero no estrenados, patrones de costura y retales, provisiones en latas, tarros o sacos, todo sin guardar, esparcido por las habitaciones. Nadie parecía quejarse aquí del desorden femenino. Aunque todas estas chicas con las que compartía habitación —nunca llegó a enterarse ni de cuántas eran ni de cómo se llamaban— eran bastante agradables y dejaban entrar a Frank en la cocina y, más adelante, en la despensa, y le habían asignado una cama vacía de la docena aproximada que estaban disponibles, no podía asegurar que no recelaran de él por ser el hermano de Reef. Preparadas siempre, ante el primer movimiento extraño, para proteger a Stray. En la atmósfera también flotaba la posibilidad de que Stray y Sage levantaran las manos y se largaran del pueblo si la situación de los novios se complicaba mucho más.

Cuando finalmente se presentó uno de estos jóvenes esperados a medias —Cooper—, resultó ser rubio, tímido, siete octavos del tamaño que se había imaginado, de cara agradable salvo por un detalle del labio superior, que se plegaba sobre sus dientes protectoramente, como si en el pasado hubiera sufrido una profunda herida tan antigua como para haber desarrollado esta defensa y que se hubiera asentado. No entraba en la casa, se quedaba fuera sentado a horcajadas sobre su máquina, una moto de dos cilindros en V, con neumáticos de caucho blancos y un faro de latón, sonriendo con sus propios luceros azul celeste a cuantos pasaban, quienes, pese al labio y a aquella mueca tan inexpresiva, tendían a devolver una sonrisa.

Cooper y su vehículo estaban aparcados al otro lado de la calle. Frank, intentando mostrarse servicial, se acercó a curiosear.

—¿Qué tal?

El empequeñecido malvado motorizado le devolvió el saludo con un movimiento de la cabeza y resplandeció en otra dirección.

—¿Buscas a Sage? —le preguntó con un tono más áspero de lo necesario. Tal vez eso apagó un poco a Cooper, aunque dado el diámetro de sus ojos, no puede decirse ni que fuera un pestañeo—. Pues me parece que se ha ido a la estación, que lo sepas.

—¿A esperar a alguien o es que se va de la ciudad?

—No sé más.

—¿Me marco un punteo?

Sacó un modelo «Cornell» de guitarra Acmé, tamaño Gran Concierto, comprada por correo en Sears y Roebuck, cuyas notas, al empezar a tocar, tañían como campanas de escuela por todos los rincones de la polvorienta ciudad del desierto. Los clientes que comían en el Double Jack salieron de las penumbras y se asomaron con los ojos entornados, otros se acercaron al callejón para ver de qué se trataba. Mientras cantaba, el recién llegado no apartaba su elocuente mirada de las ventanas de la planta superior del otro lado de la calle, esperando que aparecieran rostros, o uno en concreto, atraídos por la música, que de vez en cuando resonaba con extrañas notas añadidas a los acordes de la guitarra, como si Cooper hubiera tocado entre los trastes equivocados, pese a lo cual sonaban bien. Los niños del colegio que había al lado salieron y se amontonaron a la sombra de los álamos o de las escaleras del porche para comer o jugar con su comida, y algunos de los más caprichosos incluso se unieron a la canción:

En el viento...
mi paloma de Durango
cruza el cielo,
reta a la tormenta...
Ni una sola vez
hablamos de amor,
si no, yo sería libre,
y ya me habría ido...
Cuando el alumbrado
llega a la ciudad,
anillos y colorete,
vestidos de satén...
Oh, pero mi
perdida...
paloma de Durango,
¿se lo creen todo
como me lo creo yo?
¿Caerían
en tu cielo,

incluso morirían,
paloma, por ti...?

Las vocecitas sin vibrato, el viento en los álamos. Los dedos de Cooper rasgueando las cuerdas entorchadas en alambre, la crujiente percusión del tráfico de carretas en las calles de tierra. El comienzo de la hora de la siesta. El cielo perlado y sin viento. Y, mientras tanto, ¿quién se había materializado en la ventana de arriba? Los rígidos labios del joven se relajaron formando la más inesperada de las sonrisas, no muy controlada, demasiado anhelante. Sage apareció en las escaleras exteriores luciendo un vestido de bailarina de salón del gris más claro, toda ella piernas y sobriedad, y bajó hacia él con ligereza, ajena a la preocupación de fijarse en los peldaños a medida que hacía su entrada, tan suave y liviana como la brisa, y antes de que el joven motorizado parpadeara, ella había deslizado un antebrazo desnudo dentro de la manga de la camisa de él, al lado de su propio brazo, y Cooper tuvo que esforzarse por enfocar sus infantiles ojos azules, así de cerca estaba ella, aunque todavía no le había mirado a la cara.

Reef no daba crédito a sus ojos.

—¿Tres semanas de salario por una de esas cosas? A lo mejor lo vale. No debe de ser tan difícil aprender a tocar.

—¿Crees que te servirá de algo? —preguntó Frank con ingenuidad.

En plena noche, la maestra de la casa vecina había salido a la terraza de la primera planta a preparar las comidas para el día siguiente. Frank no podía dormir. Salió, tropezó con el suelo duro y levantó la mirada.

—¿Trabajando todavía?

—¿Perdiendo el tiempo todavía?

—Podría perderlo ahí arriba.

—Pues sube, voy a darte trabajo.

—Claro.

Tan cerca, a la luz de las farolas, no le pasó inadvertido lo guapa que era: sus mejillas, bajo unos ojos y unas cejas oscuras, empezaban a mostrar apenas el inicio de cierto desgaste debido, sin duda, al desierto...

—Ten, desenvaina estos guisantes. ¿Hace mucho que conoces a Estrella?

—Bueno..., no, es mi hermano y ella.

—Oh, Señor. ¿Era Reef Traverse?

—Lo era la última vez que le miré... Yo soy Frank..., el que no es Reef.

—Me llamo Linnet Dawes.

La mano de una dama que trabaja en el desierto le estrechó la suya con firmeza y sin querer alargarse. O, pensó él, sin querer perder el tiempo.

—Reef es muy conocido por aquí, ¿me equivoco?

—Estrella lo ha mencionado un par de veces. Tampoco es que seamos confidentes ni nada por el estilo.

Se había levantado una brisa de medianoche, que traía consigo el sonido de un arroyo no muy lejano. Como si la serenidad de Linnet fuera contagiosa, se sintió bien allí sentado, desenvainando guisantes, sin mucha necesidad de charlar, aunque sí deslizaba la mirada de vez en cuando para ver qué hacía ella a la luz de la luna fragmentada, e incluso la descubrió mirándole también de soslayo una o dos veces.

¿Se debía acaso a la región? ¿Tenía algo que ver con la humedad relativa, tal vez? Frank se había fijado en la existencia de una especie de interruptor de seguridad o de mecanismo de cierre que, cada vez que aparecía una mujer interesante o incluso interesada, al instante condenaba la menor posibilidad de idilio. Como en esa época los hombres no suspiraban, exhaló expresivamente. Para cosas así un hombre sólo podía recurrir a Market Street, y hasta eso empezaba a resultar desalentador, pese a las cadencias plagales de los pianos de bar, las luces brillantes y los espejos engañosos.

Linnet, acabada su tarea, se levantó y se sacudió el delantal. Frank le entregó el cuenco de guisantes pelados.

—Gracias. A tu hermano le queda mucho que aprender.

—Bueno, se lo diré. —No, espera, respuesta equivocada, pensó.

Ella negaba con la cabeza, los labios fruncidos y un poco torcidos.

—Ninguno de los dos me preocupa mucho.

Supuso que debía pasar por alto el comentario y preguntarle quién le preocupaba entonces. Ella le miraba como si le estuviera leyendo el pensamiento a medida que éste surgía. Por encima del hombro, antes de entrar, dijo:

—A lo mejor algún día pelamos cebollas.

La tarde siguiente estaba tumbado en una de las camas leyendo la *Police Gazette*, o, más bien, mirando las ilustraciones, cuando Stray se asomó por la puerta, tan discreta como un carillón, miró si estaba despierto, le saludó con la cabeza, entró y se sentó a los pies de la cama.

—¿No estabas buscando a..., a Reef? —preguntó.

—No.

—Porque me parece que está enfrente, lo vi... dirigirse al Double Jack, hará una hora.

—Frank —a la luz crepuscular que se filtraba por el polvoriento cristal de la ventana, su rostro parecía a un paso de estallar en un arrebató de cólera que él sabía que no podría apaciguar—, si no fuera tu hermano, si fuera tan sólo un tipo traído por el viento, ¿sabrías qué hacer con él, te tomarías siquiera la molestia...?

—No sabría decir. —Vaya, respuesta equivocada otra vez.

Ella le miraba impaciente, con un leve temblor en los brazos y el cuello.

—A la mierda todo esto, eso sí te lo puedo asegurar.

Intentó distinguir en la medida de lo posible, a contraluz, frente a la luminosidad que entraba a raudales desde la llanura, la cara de ella velada por su propia penumbra, temiendo por alguna razón malinterpretarla: el ceño suavizado por una luz incierta que lo rejuvenecía, los ojos debajo, libres para reclamar tanta impudicia, supuso él, como a ella le hiciera falta.

Las actrices suplican por una luz como ésa. El interruptor de la lámpara eléctrica estaba al alcance de su mano, pero ella no hizo el menor gesto hacia él.

—Supongo que te harás una idea de lo que pasa aquí. Mira, todos esos tipos de Utah, en la ciudad, le gritan a Sage que se case con un chico mormón al que apenas recuerda de cuando vivió allí; mientras tanto, Cooper quiere que se vaya con él en ese aparato motorizado que nunca parece capaz de llevarlos a más de un par de kilómetros de aquí sin averiarse y que él tenga que ponerse a arreglarlo mientras ella le pasa palancas y demás, así que no es Sage la persona a la que acudir en busca de consejo sobre asuntos del corazón; y mientras tanto, tu hermano se cree que soy una especie de pequeño balneario privado al que venir cada vez que se siente raro. ¿Qué harías tú, si estuvieras en mi lugar? Aunque la última vez que miré, no estabas.

—Señorita Estrella, siempre ha sido difícil entender a mi hermano.

Ella esperaba algo más, pero pareció que eso era todo.

—Oh, bueno, muchas gracias. Me ha sido de gran ayuda.

—Tampoco se trata de que él se pase la vida bailando —se le ocurrió decir a Frank—; aunque lo que hace no parece que sea un trabajo duro...

—Oh, cuánta razón tienes, los dispensadores de cartas no se vacían solos, ¿verdad que no? ¿Qué tipo de futuro le auguras a nuestro jugador de faro?

—¿Te refieres a si es probable que..., que sea un..., un buen padre de familia?

Su carcajada, acompañada de una palmada que le dio en el pie, tenía todavía bastante de salobre para que incluso Frank la entendiera. Él seguía tumbado boca arriba, no queriendo más en ese momento —a ver, ¿lo quería en serio?— que abrazarla, sí, y apoyar la cabeza donde estaba el bebé y escuchar, conteniéndose como bien pudiera para dejar que ella parara cuando quisiera lo que pudiera pasar, pero el caso es que no iba a pasar nada porque desde la calle llegó una ruidosa intromisión. Los chicos de Utah subían a grandes saltos y pisotones las escaleras, cantándose unos a otros fragmentos de lo que parecían unos himnos muy raros.

—Oh, mierda —dijo Stray, que bajó rápidamente la mirada para recolocarse el estómago...—, ¿no has oído eso? Más vale que encendamos una de esas lámparas.

Ya a la luz eléctrica, se miraron larga e intensamente a la cara, y aunque no podía hablar por ella, Frank sabía que era probable que en los años venideros le ayudara a superar muchos malos ratos el recuerdo de estos dos o tres segundos de comunicación de las almas, con bebé o como fuera: el acorde en *do* de la melodía de la jornada al que siempre podría volver sería esta seria joven sentada a los pies de la cama, y la mirada que esos ojos, por un instante, parecieron dedicarle.

Pero entonces todo se precipitó al más puro estilo de México.

En el Casino, en las habitaciones de atrás, junto a varios receptores de telégrafo, tanto acústicos como de tinta, de diseño no siempre comercial, cada uno enganchado al exterior mediante una serie independiente de cables y transmitiendo todo el día y toda la noche noticias de carreras de caballos de todos los hipódromos conocidos a ambos lados de la frontera, así como de combates de boxeo profesional y otros juegos de interés para las apuestas, de cotizaciones de los mercados financieros y de mercancías en ciudades del Este y del Oeste, había también un aparato telefónico en la pared, que se usaba con bastante frecuencia. Pero un día sonó mientras Reef estaba al lado, y éste supo que era para él y que, además, iba a recibir malas noticias. Eso formaba parte de la novedad de los teléfonos en aquellos primeros tiempos, antes de que su uso se convirtiera en algo rutinario. Como si estuvieran diseñados para incluir todo tipo de accesorios, como alarmas precognitivas.

En la otra punta de la línea estaba Jimmy Drop, un antiguo socio de Reef, que le llamaba desde Cortez. Incluso a esa distancia, con todo lo que interfería la señal de por medio, desde ardillas hambrientas hasta francotiradores ociosos, Reef percibió lo incómodo que se sentía Jimmy ante la máquina a la que estaba aullando.

—¿Reef? ¿Eres tú? ¿Dónde estás?

—Jimmy, eres tú el que llamas.

—Ah, sí, sí, pero...

—¿Cómo has sabido que podías llamarme aquí?

—Me dijiste Nohecita antes de irte.

—¿Estaba borracho?

—Yo no diría que no lo estuvieses. —Siguió una pausa mientras una turbulenta oleada de ruido que bien podían ser fragmentos de conversación o de música recorrió la línea—. ¿Reef?

De repente, a Reef le entraron ganas de fingir que se había cortado. Prefería no enterarse de lo que Jimmy tuviera que decirle en ese momento. Pero no lo hizo.

—¿Conoces a Deuce Kindred?

—Trabaja para la Asociación de Propietarios en Telluride. No sabe comportarse en una mesa de póquer. ¿Te refieres a ése?

—Lo siento, Reef. Se trata de tu padre.

—Mi padre...

—Se lo llevaron a punta de pistola. No se sabe nada de él desde entonces.

—Ellos.

—Él y también Sloat Fresno, eso me han dicho.

—Uno de los amigos de toda la vida de Bob Meldrum. Con algunas muescas en la culata, según cuentan.

—Más que estados hay en la Unión. Reef, si fuera tú llamaría a la Caballería.

—Pero no lo eres, Jim.

Otra pausa.

—Iré a ver qué tal está tu madre, cuando pueda.

—¿Sabes adónde se dirigían?

—A Jeshimon.

Pronunciado de manera que Reef no tuviera la necesidad de mostrarse maleducado pidiéndole a Jimmy que levantara la voz para repetirlo. Y ahora no había nada más que su culo entre Reef y la fuerza de la gravedad. Aquí, aunque no fueras de los que rezaban, sí lo hacías para no oír ese nombre con frecuencia. No ayudaba que estuviera a menos de un día de caballo de Nohecita.

Frank era todo un soldado pese a su juventud, y decidió solventar primero las cuestiones prácticas y dejar la desazón para más tarde.

—¿En tren o cabalgamos?

—Voy yo solo, Frank.

—Eso te crees tú.

—Creo que será mejor que vayas a ver a mamá y a Lake.

—¿Ése es mi papel en esto? ¿Cuidar de las mujeres?

—¿Tu papel en qué? ¿Acaso sabes qué pasa? Yo no tengo ni puta idea.

Se sentaron juntos en las escaleras exteriores, mientras sostenían los sombreros en las manos y jugueteaban con las alas. Las nubes se espesaban sobre sus cabezas, de vez en cuando un rayo palpitaba en el horizonte. Llegó el viento y al poco se puso a agitar las hojas de los álamos de Virginia. Detrás de los cristales de las ventanas, a través de un polvo alcalino, varias jóvenes se asomaban, los miraban, negaban con la cabeza y se retiraban a seguir con su propia versión del día.

—Pues veamos primero de qué se trata. Sólo un paso cada vez, ¿vale?

Y el destino de Webb una incógnita todavía...

Otra racha de silencio oscuro, acompañado del movimiento de las alas de los sombreros.

—Y yo me quedo esperando perdido por ahí como un estudiante en el extranjero con una beca miserable, hasta que te maten y entonces heredo el trabajo, ¿es eso?

—Ya veo que estás aprendiendo en esa escuela de minas, antes no eras tan listo.

Pero Reef se iba calmando poco a poco, casi parecía que oraba. Como si, a la par que ambos hermanos se sentían abrumados por lo que se les venía encima, una larga lista de preocupaciones hubiera perdido toda su importancia.

Contárselo a Stray fue otra historia.

—No tengo secretos para ti, cariño.

—Supongo que «tienes que» hacerlo.

—Por ahora, la cosa es que..., si papá ha muerto...

—Eso no es seguro.

—Es verdad, no es seguro... —No la miraba a los ojos, sino abajo, al bebé.

Ella se dio cuenta.

—Es su nieto. Me dolería que no se llegaran a conocer.

—Desde hace tiempo tenía la sensación de que era inevitable que algo así sucediera.

Ella parecía mantener una conversación interior muy entretenida. Y larga.

—¿Volverás?

—Claro que volveré. Stray, te lo prometo.

—Promesas. Dios. Que informen al papa de lo que has dicho, es un verdadero milagro.

A las chicas les dio pena que se marcharan, o eso dijeron, pero... ¿y a Cooper? Cualquiera hubiera dicho que para él era el fin del mundo. Bajó las escaleras y siguió a Frank y a Reef hasta la estación, a pie, con una expresión afligida en el rostro.

—¿Estás bien? —se le ocurrió finalmente a Frank que debía preguntar—. Espero que no creas que estamos huyendo o...

Cooper negó con la cabeza, alicaído.

—Todos estos trapitos..., es una carga excesiva para un hombre solo, ¿sabes?

—Tócales *Juanita* de vez en cuando —le aconsejó Reef—, dicen que hace maravillas.

Los hermanos viajaron juntos hasta Mortalidad, la estación más cercana a Jeshimon, y entonces, para no despertar las sospechas de nadie, se despidieron con poco más que el gesto de la cabeza que se le hace a alguien que acaba de darte fuego. Ninguna mirada atrás desde la ventanilla, ninguna frente arrugada con pensamientos solemnes, nada de sacar la petaca ni de sumirse de repente en el sueño. Nada que perteneciera al mundo observable.

Se encontraba en la Utah profunda. La región era tan roja que la artemisa parecía flotar por encima como en una imagen proyectada con un estereopticón, casi incolora, pálida como las nubes, luminosa noche y día. Hasta donde le alcanzaba la vista, Reef veía el suelo del desierto poblado por pilares de piedra, desgastados por siglos de vientos implacables hasta quedar convertidos en una especie de posdivinidades, como si en un pasado remoto hubieran poseído miembros que mover, cabezas que ladear y volver para seguirte con la mirada al pasar, rostros tan sensibles que reaccionaran a cada cambio de tiempo, a cada acto de depredación en las cercanías, por pequeños que fueran; estos seres en el pasado vigilantes, ahora ya sin rostro, sin gesto, habían sido finalmente refinados hasta quedar reducidos a una mera presencia vertical.

—No insinuarás que no están vivos, ¿verdad? —comentó alguien en una cantina del camino.

—¿Tú crees que lo están?

—¿Te has pasado una noche entera allí?

—No, ni lo haré si puedo evitarlo.

No es que no estuviera avisado, pero eso no impidió que a Reef le diera la impresión de encontrarse en la peor ciudad en la que jamás había estado. ¿Qué le pasaba a esta gente? A lo largo de kilómetros de camino, en ambos sentidos de la marcha, de todos los postes telegráficos colgaba un cadáver, y cada cuerpo estaba en una fase distinta de laceración y descomposición, incluidos varios esqueletos blanqueados por el sol de edad considerable. Según los usos y costumbres locales, como le explicaría enseguida el secretario del ayuntamiento, a esos delincuentes ahorcados se les negaba cualquier tipo de entierro digno, pues era más barato dejarlos para los buitres. Cuando la gente de Jeshimon se quedó sin postes de telégrafos allá por 1893, y habiendo pocos árboles por allí, recurrieron a modelar sus horcas con ladrillos de adobe. Refinados viajeros que visitaban la zona no tardaron en comparar las toscas estructuras con aquellas conocidas en Persia como «Torres del Silencio»: sin escaleras ni escalas, lo bastante altas y empinadas como para disuadir a los dolientes de subir, sin importar lo atléticos que fueran o lo propensos a honrar a sus muertos..., los vivos no tenían sitio allá arriba. Algunos de los condenados eran llevados en carreta a la base de la torre, se les ataba y subía con polea a un aguilón que, cuando todo había acabado, todavía podía alzar el cuerpo, ponerlo boca abajo y dejarlo allí colgado por un solo pie para los pájaros de la muerte, que seguidamente descendían y se posaban siseando en perchas confeccionadas para su comodidad con el barro rojo de la región.

Así que Reef pasó bajo enormes sombras aladas en movimiento, bajo la lúgubre columnata que, a juzgar por la cantidad, no había servido precisamente como elemento disuasorio.

—No, más bien lo contrario —reconoció animadamente el Reverendo Lube Carnal de la Segunda Iglesia Luterana (Sínodo de Misuri)—, atraemos a los malhechores de cientos de kilómetros a la redonda, por no mencionar, claro, a los clérigos, ni se lo imaginaría. Ya verá que aquí hay más iglesias que cantinas, lo que nos convierte en un lugar único en el Territorio. Es una especie de reto profesional llegar a sus almas antes de que el Gobernador llegue a sus cuellos.

—¿El... qué?

—Así le gusta que le traten, de gobernador. Se cree que éste es su pequeño Estado dentro del Estado. Y su industria principal, si así lo quiere llamar, es el procesado de almas.

—¿Y qué me dice de sus ordenanzas municipales, de las peculiaridades legales, de cualquier cosa que deba saber un recién llegado?

—Nada, caballero, ni ordenanzas, ni leyes de moralidad ni leyes de familia; lo que sea, todo cabe aquí, si no la partida no sería honrada. En Jeshimon no hay líneas vedadas, llévese lo que quiera a donde quiera, cometa pecados de su elección o incluso de su invención. Pero, en cuanto el Gobernador se entere, no espere encontrar refugio ni santuario en ninguna de nuestras iglesias o, ya puestos, tampoco mucho consuelo pastoral. Lo mejor que podemos hacer es amasarle bien para los hornos del Próximo Mundo.

Aunque Jeshimon era conocido como el lugar al que traían a quienes no querían que se les encontrara pronto, Reef se enteró por el Reverendo de que, pagando un determinado precio, se podían hacer ciertos arreglos. Dado que técnicamente se trataba de un soborno, se consideraba, faltaba más, un pecado, y si te descubrían, bien, te esperaba el destino pertinente.

Por la noche, vista desde las colinas, Jeshimon recordaba a una de esas pinturas religiosas del infierno con las que se asusta a los niños en la catequesis. En densas columnas, desde diferentes puntos del paisaje, se veía elevarse y ascender en espiral algo pálido y vaporoso, como humo, como polvo, pero que no era ni una cosa ni la otra, y que se adensaba aquí y allá en el aire en masas tan estructuradas como una nube. Cuando la luna pasaba por detrás de una de esas manchas, se decía que su luz adquiría *colores* perturbadores, colores que eran para los cielos de una negrura preternatural típicos de por aquí lo que los de una puesta de sol son para un cielo azul normal y corriente de un día cualquiera. Nada que ningún visitante quisiera contemplar durante mucho tiempo; de hecho, se sabía que ciertas noches su visión había llevado a los más sensatos de regreso al otro lado de la cordillera en busca de otros alojamientos, sin importar lo tarde que fuera.

En la ciudad reinaba un ambiente de iniquidad sin límites, un calor agobiante noche y día, no pasaba una hora sin que alguien disparase a alguien, o sin un acto sexual en público, con frecuencia en un abrevadero para caballos entre más de dos

personas, y también menudeaban los latigazos lanzados a ciegas, y timos, robos a punta de pistola, botes de póquer arramblados sin enseñar la mano, meadas no sólo contra las paredes sino también sobre los transeúntes, arena en las azucareras, trementina y ácido sulfúrico en el whisky, burdeles dedicados a una amplia variedad de inclinaciones, entre ellas la arnofilia, es decir, el singular interés por las ovejas, y la verdad es que algunas de las ninfas ovinas de estos establecimientos eran ciertamente atractivas, incluso para quienes no acababan de compartir incondicionalmente ese gusto: tenían las lanas teñidas en una gama de colores de moda, incluidos los favoritos de toda la vida, como el aguamarina y el malva, o vestían accesorios del atuendo femenino —por no hablar del masculino (los sombreros, por alguna razón, parecían muy populares)— que pretendían realzar el atractivo sexual del animal...

—Si bien una parte del rebaño —según confesó el Reverendo—, dado el nivel de duplicidad que reina aquí, resultan ser carneros disfrazados de ovejas o, alguna vez, de cabras, pues incluso éstas son buscadas regularmente por una pequeña pero leal fracción de los peregrinos que a diario atraviesan el desierto hasta esta Lourdes de los licenciosos... Pero no nos demoremos más en tan patentemente abominable comportamiento. Es hora de mi ronda, acompáñeme —le invitó el Reverendo—, y le enseñaré la ciudad. Ah, ahí está la Cantina del Indio sin Cabellera. ¿Nos irrigamos? —Fue la primera de las muchas pausas de lo que acabaría siendo un día entero de ejercicios de transgresión—. Conocerá el principio de la ciencia médica según el cual el remedio nace justo al lado de la cura. La fiebre de los pantanos y la corteza de sauce; la insolación del desierto y el cactus aloe; bueno, pues lo mismo pasa en Jeshimon con el pecado y la redención.

La música en las cantinas tendía hacia el canto a varias voces, y había más armonios que pianos de bar, y, entre los clientes, tantos cuellos vueltos como pañuelos para protegerse del polvo del camino.

—Nos gusta creer que Jeshimon está bajo el ala de Dios —dijo el Reverendo Lube Carnal.

—Pero, un momento, si Dios no tiene alas...

—El Dios en el que usted está pensando puede que no. Pero aquí, el que nos protege es una especie de Dios alado, ¿sabe usted?

Una banda de inexpresivos hombres montados en caballos árabes negros igualmente inexpresivos apareció en la calle. Eran Wes Grimsford, el alguacil de Jeshimon, y sus ayudantes.

—¿No ve nada raro? —susurró el Reverendo. Reef no veía nada. Lo que le hizo merecedor de una mirada casi de piedad—. En esta ciudad hay que ser observador. Fíjese en la estrella que lleva Wes. —Reef echó un vistazo. Era una estrella de cinco puntas, niquelada, como las normales, salvo que la llevaba boca abajo—. Con las dos puntas hacia arriba, son los cuernos del Diablo, y representa a ese Viejo Caballero y sus obras.

—Y mira que parecía devota la ciudad —dijo Reef.

—Espero que no se tope con el Gobernador. Nunca se quita el sombrero, imagine por qué, y se dice que tiene rabo.

Todos vivían atemorizados por el Gobernador, que recorría Jeshimon sin cesar y podía presentarse en cualquier punto de la ciudad sin previo aviso. Lo que más impresionaba a quien lo veía por primera vez no era su carisma natural, puesto que carecía de él, sino más bien la intensa sensación de que había algo que no encajaba en su aspecto, algo prehumano en el rostro, la frente inclinada y el labio superior rasurado, que, por alguna razón o puede que por ninguna, se encogía hacia atrás formando una sonrisa simiesca que era reprimida al instante, lo que daba lugar a una especie de peligrosa mueca sonriente que a menudo perduraba durante horas y que, cuando se combinaba con su reluciente mirada fija, bastaba para acobardar al más temerario de los bandidos. Aunque estaba convencido de que el poder que Dios le había concedido requería pavonearse con garbo, su pose no era conseguida ni, pese a los años de práctica, genuina, y de hecho había avanzado poco más allá de la torpeza simiesca. La razón por la que se hacía llamar Gobernador y no Presidente o Rey era su potestad de clemencia ejecutiva. El poder absoluto sobre la vida y la muerte del que gozaba un Gobernador en su territorio tenía su atractivo. Viajaba siempre acompañado de su «secretario de clemencia», una comadreja rastrera cuyo nombre era Flagg y cuya tarea consistía en repasar cada día la población de malhechores identificados y señalar con su cabecita acicalada aquellos a los que había que dar muerte sumaria, a menudo a manos del propio Gobernador, aunque siendo un reconocido pésimo tirador, prefería no estar rodeado de una multitud. Se concedía «clemencia» a algunos permitiéndoles esperar un par de días la ejecución, pues el número de buitres y el espacio en las torres era finito.

Webb no estaba muerto del todo cuando sus asesinos lo llevaron a la ciudad, por eso Reef llegó a Jeshimon a tiempo para arrancar el cadáver de su padre a los carroñeros; luego, la gran decisión era si cabalgar detrás de Deuce y Sloat o llevar a Webb de vuelta al San Miguel para un entierro decente. En los años venideros se cuestionaría su decisión, se preguntaría si en realidad no había querido evitar el encuentro con los asesinos, si no se habría mezclado la cobardía con el deseo de honrar a su padre, pero cuando tuvo tiempo de pararse a pensarlo, ya no tenía a nadie con quien hablar.

Tal vez lo peor fue que, de hecho, llegó a verlos alejándose hacia la región de rocas rojas, sombras todavía cercanas que no eran más que juguetes a merced de la implacable luz del día, mientras el caballo de carga que había llevado a Webb vagaba suelto y se paraba de vez en cuando a pacer. Como si les ofendiera la moralidad laxa de Jeshimon, Deuce y Sloat no quisieron apretar más el gatillo. Aunque Reef era sólo uno, optaron por huir. Se alejaron galopando entre risas, como si todo hubiera sido una divertida travesura y Reef su malhumorada víctima.

Los buitres sobrevolaban el paisaje en círculos, majestuosos y pacientes. Los ciudadanos de Jeshimon le miraban con indiferencia. Nadie se ofreció a ayudarlo, claro, hasta que Reef se encontró a los pies de la torre en cuestión, donde un mexicano se le acercó furtivamente en la penumbra y le hizo gestos para que le siguiera por un par de esquinas hasta una ruina sin tejado llena de todo tipo de quincalla herrumbrosa y desvencijada. «*‘Quieres un cloque’*», repetía sin cesar el hombre, apenas un niño en realidad. No parecía una pregunta. Reef creyó que quería decir *«clock»*, pero luego, al asomarse a las sombras, vio por fin de qué se trataba: una serie de palos con garfios en las puntas. Cómo habrían llegado tan tierra adentro, a qué tipo de barco habrían pertenecido, por qué mares habrían navegado; todo eso carecía de importancia aquí. La cuerda costaría un extra. Reef soltó el dinero sin regatear, sin que le sorprendiera la existencia de ese mercado negro, pues suponía que habría bastantes supervivientes dispuestos a escalar las paredes prohibidas, reacios a dejar las cosas a merced de Jeshimon. Y así, mientras el ocaso recogía los restos del día y aparecía la primera estrella, Reef empezó a desesperarse cuando se encontró con que, al lanzar los garfios de hierro al estilo vaquero, tenía que apartarse cada vez que no alcanzaba el borde de la torre y los garfios caían en la oscuridad y golpeaban ruidosamente en el polvo fino. Sus tentativas pronto atrajeron público, casi todos niños, de quienes en circunstancias normales se habría ganado la simpatía, pero la amabilidad le había abandonado. Muchos de esos niños tenían buitres como mascotas, les ponían nombres, les parecían una compañía agradable, y por lo que Reef sabía, habrían apostado por ellos contra él.

Al final, los garfios se engancharon y se mantuvieron fijos. A esas alturas estaba muy cansado, en condiciones lamentables para escalar, pero no le quedaba más remedio. El mexicano que le había vendido el *‘cloque’* seguía allí, cada vez más impaciente, como si Reef le hubiera alquilado el artificio por horas. A lo mejor era lo que había hecho.

Y así ascendió, hacia una noche que se hinchaba como las notas del órgano de una iglesia. Las suelas de las botas le resbalaban una y otra vez sobre la superficie de adobe, que no era lo bastante rugosa para permitirle una escalada fácil. Los brazos le dolían horrorosamente y tenía calambres en los músculos de las piernas.

En ese momento avistó al alguacil Grimsford, que se dirigía hacia allí con un pequeño grupo de ciudadanos designados como ayudantes, así que Reef y Webb —ésta al menos era la impresión que le daba, como si su padre estuviera vivo todavía y ésta fuera su última aventura juntos— debían huir sin demora. Abatió un carroñero, puede que dos, entre la gran masa negra que volaba sin las prisas de las demás aves, y se echó el cadáver sobre los hombros, sin tiempo para pensar en el misterio que había sido Webb Traverse, convertido ahora en un simple artículo de contrabando que hurtar a la mirada de las autoridades que los perseguían. Descendió haciendo rápel por la pared oscura de rojo sangre, robó un caballo, encontró otro fuera de la ciudad

en el que cargó a Webb, tomó el camino hacia el sur sin que aparentemente le persiguieran y sólo con una leve idea de cómo había llegado hasta allí.

Durante el viaje de vuelta a Telluride, entre mesetas, cañones y restos de roca rojiza, pasando por las granjas de piedra, los huertos y las colonias mormonas del McElmo, bajo ruinas embrujadas por un pueblo antiguo cuyo nombre nadie conocía, torres circulares y poblaciones junto a los riscos abandonadas hacía siglos por razones que nadie sabía, Reef por fin pudo pensar. Si Webb había sido siempre el Kieselguhr Kid, bueno, ¿no debería alguien proseguir con el negocio familiar, es decir, convertirse en el Kid?

Puede que se debiera a la falta de sueño, al puro alivio de salir de Jeshimon, pero Reef empezaba a sentir una nueva presencia en su interior, que crecía, se hinchaba, grávida con el peso de lo que él sería en el futuro; encontraba excusas para apartarse del camino de vez en cuando, y entonces sacaba uno o dos cartuchos de la caja de dinamita que había robado del polvorín de piedra de una mina. Cada explosión era como el texto de otro sermón, recitado con voz atronadora por un profeta del desierto, sin rostro pero implacable, que cada vez más guiaba sus pensamientos. De vez en cuando se daba la vuelta en la silla, que crujía, como si buscara el consentimiento o alguna aclaración en los ojos ausentes de Webb o en el rictus de lo que pronto sería la boca de una calavera. «Sólo estoy dándome ánimos», le dijo a Webb, «expresándome».

En Jeshimon había creído que no podría soportarlo, pero, a cada nueva explosión, a cada noche que pasaba en su petate con el cadáver deteriorado y maloliente que había desatado y depositado cuidadosamente en el suelo, a su lado, le resultaba más llevadero, algo que casi esperaba a lo largo del día alcalino, y hablaba más con Webb que cuando éste vivía, silbaba para ahuyentar los fantasmas de Azdán, entraba en una fase de austeridad y disciplina, como si experimentara ahí, en el mundo terrenal, el cambio de estatus de Webb allá donde estuviera ahora...

Había llevado consigo una novela barata de la serie de los Chicos del Azar, *Los Chicos del Azar en los confines de la Tierra*, y un rato cada noche se sentaba al amor de la lumbre y leía para sí, aunque pronto empezó a leerle en voz alta al cadáver de su padre, como si fuera un cuento para dormir, algo que facilitara el tránsito de Webb al país de los sueños de su muerte.

Hacía años que Reef tenía ese libro. Se lo había encontrado, ya muy manoseado, garabateado, ajado y manchado por diversas sustancias, incluida la sangre, mientras languidecía en una cárcel de Socorro, en Nuevo México, acusado de montar juegos de azar sin permiso. En la cubierta se veía a un joven atlético (que recordaba al audaz Lindsay Noseworth) colgado de un cabo de lastre de una aeronave de diseño futurista en pleno ascenso, tiroteándose con una banda de esquimales que había abajo, representados como seres feroces. Reef empezó a leer y pronto, significara «pronto»

lo que fuera, se dio cuenta de que estaba leyendo a oscuras, de que la luz se había desvanecido más o menos, por lo que sabía, entre el Cabo del Norte y la Tierra de Francisco José. En cuanto percibió la ausencia de luz ya no pudo ver ni seguir leyendo y, con reticencias, tras marcar la página, se dio la vuelta para pasar la noche sin que nada de todo aquello le pareciera raro. Durante el par de días siguientes, vivió una especie de existencia dual, en Socorro y en el Polo. Los compañeros de celda entraban y salían, y el Sheriff se asomaba de vez en cuando, perplejo.

A ratos perdidos, se descubría mirando al cielo, como si intentara localizar en algún lugar la inmensa aeronave. Como si esos chicos fueran agentes de una especie de *justicia extrahumana* que tuviera la capacidad de acompañar a Webb a través de lo que pudiera aguardarle, e incluso de darle sensatos consejos a Reef, aunque no siempre fuera capaz de entenderlos. Y a veces, en el cielo, cuando la luz adquiría matices extraños, creía ver algo familiar. Nunca se prolongaba más de un par de tictacs de reloj, pero era persistente. «Son ellos, papá», decía asintiendo por encima del hombro. «Nos están vigilando, claro. Y esta noche te leeré más. Ya verás».

Al salir de Cortez por la mañana, miró la punta más alta de la Sleeping Ute y vio una nube en el pico.

—Hoy va a llover, papá.

—¿Eres Reef? ¿Dónde estoy? Reef no tengo ni puta idea de dónde estoy...

—Tranquilo, papá, estamos en las afueras de Cortez, vamos a Telluride, llegaremos muy pronto...

—No. No estamos donde dices. Aquí todo se ve desencajado. Nada está quieto. Me pasa algo en los ojos...

—No pasa nada.

—Los cojones no pasa.

Se arrojaban unos a otros en el Cementerio Lone Tree, el camposanto de los mineros en la punta de la ciudad, Mayva, Lake, Frank y Reef, bajo los grandes picos, y a sus espaldas la larga caída de agua de las cataratas Bridal Veil susurraba irregularmente bajo la fría luz del sol. La vida y la obra de Webb habían acabado así.

Frank había venido de Golden, sólo para una noche. Estaba pegado a Mayva, sin hablar mucho, imaginando que su papel consistía en, aunque fuera temporalmente, ser la expresión viviente contraria de cuanto les rodeaba.

—Ojalá estuviera con él —dijo Mayva en voz muy baja, casi sin aliento.

—Pero no lo estás —comentó Frank—, y tal vez sea por algún motivo.

—Oh, hijos. No quisiera ser ninguno de los que lo hizo. Dios se encargará de hacer justicia, aunque a veces sea espantosamente lento. Se toma su tiempo. Y a lo mejor, si se retrasa lo bastante, alguien de aquí abajo tendrá la ocasión de ocuparse antes de que él se ponga...

Estaba muy tranquila, nada que ver con el tipo de espectáculo que dan las viudas mexicanas. Las lágrimas que asomaban a sus ojos resultaban alarmantes por lo repentino de su aparición y por su silencio; se las veía allí, en la cara de Mayva, como si fueran síntomas de una enfermedad a la que ningún médico tendría la valentía de dar nombre. Si aquellos pistoleros a sueldo hubieran estado cerca, la fuerza de su rabia callada los habría dejado fritos en el sitio. Reducidos a cenizas grasientas en la cuneta del camino.

—Pensaba que el Sindicato mandaría al menos unas flores.

—Qué van a mandar ésos.

Es una mezquina falta de respeto, pensó Reef, que les den por culo. En cierto momento recorrió con la mirada la ladera de la colina, y en la Tomboy Road vio a quienes, estaba casi seguro, eran miembros de la banda de Jimmy Drop, que se habían descubierto la cabeza y tal vez guardaran un momento de silencio, aunque, conociéndolos, era más probable que estuvieran discutiendo, y sobre algo más trivial que la vida y la muerte.

—Está bien así, mamá, es sólo para nosotros, no tiene que ser uno de esos funerales donde la mitad de la ciudad se presenta para un desfile y un picnic... Ahora él ya ha acabado con todo esto. Estará bien. Y Frank y yo pillaremos a los que lo hicieron.

A Reef le hubiera gustado que su voz sonara de otra forma, más firme. Su hermana, que parecía sobrellevarlo todo con tanta ligereza como si fuera sobre ruedas, ruedas que se deslizaban por raíles colocados de noche por equipos de trabajadores que nadie hubiera visto jamás, con el rostro detrás de un velo, inexpresivo como una máscara de mármol, le lanzó en ese momento una de aquellas miradas tuyas que venían a decir «no te lo crees ni tú», y si Mayva no hubiera estado allí, se lo habría reprochado. Sobre todo, viendo lo poco que se había preocupado por Webb cuando estaba vivo.

Lo cual no significaba que no estuviera emocionada, y avergonzada, por la intensidad del dolor de su madre. Lake había vuelto de Silverton, y para siempre, incluso Reef se daba cuenta. Llevaba un bonito vestido negro ceñido que debía de haber hecho acelerar muchos pulsos de los bajos fondos de Blair Street, pero que ahora utilizaba para honrar la memoria de su padre. Y él se jugaría lo que fuera a que ésta era la última vez que pensaba llevarlo. Ella vio que su hermano la estaba mirando fijamente.

—Al menos los dos lleváis sombreros negros —dijo—, ya es algo.

—El luto puedes guardarlo tú —dijo Reef—, Frank y yo haremos lo que Joe Hill llama «organizar». Hay un asunto pendiente. La intención es manteneros a Kit y a ti aparte, y cuanto menos sepáis, mejor.

—¿Eso también va por mamá?

—No quiero que se preocupe.

—Muy considerado de tu parte. ¿No se os ha ocurrido a ninguno de los dos que a lo mejor prefiere tener a sus hijos vivos en lugar de por ahí buscando problemas?

—Estamos vivos.

—¿Cuánto tiempo pasará antes de que os vuelva a ver a Frank y a ti? Salís a cumplir esa vieja venganza familiar que ahora os reclama y no podéis evitar, y os perdéis en un territorio del que no sabéis regresar. ¿Cómo crees que le va a sentar a ella? Bien mirado, es como si los dos estuvierais ya muertos. Idiotas.

Él todavía no sabía qué se ocultaba detrás de ese apasionado discurso, nadie lo sabía, todavía no.

De vuelta en el salón de la casa lúgubrementemente iluminado por la luz del día.

—Ten —le dijo Mayva a Reef—, más vale que lleves esto.

Era el viejo Colt Confederado de doce disparos de Webb.

—No me parece bien. —Reef se lo pasó a Frank—. Si lo quieres es tuyo, Francis.

—Bueno, pero ya tengo mi Special del 38.

—Pero es sólo de cinco disparos, y, tal como tiras tú, la mitad dalos por perdidos, así que, necesitas al menos doce, Francis, y sólo para apuntar.

—Mira, si es demasiado para ti, para que puedas manejarlo, Reefer, lo entiendo, no te avergüences.

—Pero si siempre te ha puesto nervioso —dijo Reef ya con el arma.

La discusión se prolongó durante un buen rato. Mayva los miraba, dando caladas a su vieja pipa, y sus ojos iban de uno a otro de sus hijos con maternal desesperación. Sabía que ellos querían que los mirara con los ojos entreabiertos a través del humo y sacudiera la cabeza como siempre había hecho, *¿Qué voy a hacer con este par?* Cuando oyeron acercarse el tren por el valle, Frank recogió su sombrero y dejó la pistola sobre la mesa de la cocina. Reef y él intercambiaron una mirada rápida y silenciosa, sólo lo necesario para confirmar lo que ambos ya sabían, que el arma era en realidad de Mayva y que se quedaría con ella. Y, claro, un par de meses más tarde, Lake oyó unos disparos en el vertedero del pueblo, fue a mirar y allí estaba su madre, metiendo miedo en los corazones de las ratas que habían abandonado las minas después de la Abrogación, o al menos obligándolas a plantearse si merecía la pena la vida en la superficie.

De vuelta en Nohecita, tras enterrar a Webb en Telluride y volar unas cuantas instalaciones de la empresa durante el camino sólo como práctica, reduciendo a serrín los cobertizos donde se guardaban las herramientas, llenando los cielos de chispas verdes al saltar los empalmes de energía eléctrica, Reef encontró a Stray en un estado extrañamente sereno. Los mormones y los predicadores se habían ido del pueblo, el bebé estaba a punto de llegar, y Reef fue lo bastante sensato como para comprender

que en ese momento lo único que debía hacer era guardar silencio y dejar que las cosas siguieran su curso como si él no estuviera.

Cuando nació el bebé, un niño al que llamaron Jesse, Reef pagó una ronda en el Double Jack y alguien dijo: «Se te acabó la juerga, Reef, ahora tienes que empezar a ser prudente», y en las noches en vela que siguieron no paró de darle vueltas, preguntándose si era estrictamente cierto.

¿Ser prudente? Tenía sentido hasta cierto punto. Tal vez más sentido en una ciudad como Denver que aquí. Aquí uno podía andarse con tanto cuidado como una cabra en la montaña y, aun así, acabar asesinado a tiros; la prudencia no te aseguraba ni un minuto más del tiempo que te había sido asignado. Del mismo modo que ser miembro del Sindicato casi equivalía a ser hombre muerto, había un deber más amplio, en el ancho mundo, que cumplir.

Webb era, tenía que serlo, más importante de lo que nunca había parecido, o ellos no lo habrían hecho matar. Reef tal vez no fuera capaz de lograr el consumado disfraz de respetable obrero con esposa e hijos que había logrado Webb. Eso significaba que tendría que sincerarse con Stray, o bien fingir que volvía a las andadas de juerguista para que ella creyera que cuando desaparecía durante días seguidos sólo se trataba de juego y diversión y nada más serio.

Una de esas situaciones en las que uno no se podía retirar de la partida. Dios, al otro lado de la mesa del Destino, se metía el dedo en la nariz, se rascaba la oreja, hacía señales con mano pródiga; eso tenía que significar algo, y una suposición errónea sería mejor que ninguna. Pero Reef encontraría su camino. Un paso más o menos torpe cada vez, como siempre, e iría encontrando las respuestas: por qué le quitaron la vida a su padre, por qué los propietarios no le permitieron seguir viviendo, por qué no le quisieron allá arriba, en esa región devastada por crímenes en nombre del oro, invadida por espíritus inquietos que, desde Coeur d'Alene, Cripple y Telluride, llegaban superando la lluvia, los cegadores vientos del norte y las fachadas montañosas vidriadas por los rayos, venían desesperadamente a mirar, ellos, todos los exhaustos, los amenazados, los expulsados al exilio, los muertos de Webb, las bajas de Webb, los perdedores de Webb a los que él no habría abandonado nunca...

Y mientras tanto, el fantasma de Webb, el afanoso fantasma de Webb, continuaba moviéndose por todas partes, haciendo cuanto podía para que las cosas siguieran agitándose.

—¡Por fin en casa! —exclamó Neville—, ¡en casa, lejos de la inocente pero casi opresivamente sana América!

—¡De vuelta a los placeres del mal! —añadió Nigel ostensiblemente aliviado.

A esas alturas, Lew había aprendido a mantener un rostro impertérrito cuando oía conversaciones como aquélla. En su trabajo —su antiguo trabajo— había tenido un par de altercados con lo que podría llamarse el Mal, tanto a plena luz del día en las plantas superiores como abajo, en los arroyos de desesperación al final de la jornada, y estaba bastante seguro de que ninguno de estos dos chicos se había acercado jamás lo suficiente como para que ni siquiera se les pusiera la carne de gallina, pese a todo el tiempo que dedicaban o, si se quiere, malgastaban, buscándolo. En las raras ocasiones en que de verdad encontraran el Mal en cuestión, supuso que no tendrían mucha idea de qué hacer, aparte de ponerse a dar vueltas, intentando ver qué era lo que había hundido sus colmillos nacarados —o, en el caso del Diablo, verde musgo— en sus más o menos sorprendidos traseros.

El CRETINO, o Centro de Recogimiento para los Estudiosos del Tetractis Inefable (NeoOrden), tenía su sede principal en Londres, en Chunxton Crescent, aquella zona ambigua al norte de Hyde Park conocida como Tyburnia, en una mansión atribuida a Sir John Soane, la cual, durante el último alquiler, que se remontaba aproximadamente a la partida de Madame Blavatsky del plano material, se había convertido en un refugio para todo tipo de peregrinos con sandalias, visionarios con atuendos de *tweed* y devotos de la chuleta vegetariana. En ese extraordinario momento de la historia de la investigación espiritual, en reñida competencia con la Sociedad Teosófica y sus restos posblavatskianos, así como con la Sociedad para la Investigación Psíquica, la Orden del Alba Dorada y otras organizaciones para los buscadores de certidumbres, de quienes parecía haber un número cada vez mayor a medida que el siglo se precipitaba hacia su final y franqueaba un impensable cero hasta salir al otro lado, el CRETINO había optado por seguir un camino secreto neopitagórico al conocimiento, basado en el sagrado *Tetractis*,

1
2 3
4 5 6
7 8 9 10,

al que sus lejanos predecesores habían prestado su más profundo juramento. El concepto, hasta donde Neville y Nigel podían explicar, consistía en considerar la serie de números como si ocuparan no dos sino tres dimensiones, dispuestos en un tetraedro regular, y luego cuatro dimensiones, y así sucesivamente, hasta que uno empezaba a sentir algo raro, lo que se interpretaba como una señal de iluminación inminente.

Por el momento los jóvenes, que tenían intención de patrocinar la admisión de Lew en la Orden, estaban asimismo teniendo la amabilidad de ofrecerle consejo sobre su guardarropa.

—¿Y qué importa —quiso saber Lew—, si todo el mundo llevará lo mismo, lo que llamáis traje de «postulante»?

—Aun así —dijo Neville—, las botas de cowboy resultan letalmente inapropiadas, Lewis; aquí, en Chunxton Crescent, o vas descalzo o no entras.

—¿Cómo...? ¿Sin calcetines siquiera?

—Ni aunque esa tela escocesa fuera auténtica —dijo Nigel mirando intencionadamente lo que en ese momento lucía Lew en los pies.

Esa noche lo habían llevado al santuario del CRETINO, cuya fachada de piedra de Caen parecía absorber en el crepúsculo todo el color del entorno más inmediato, y que se alzaba un poco retirado tras unas vallas de hierro, dentro de un parque casi en miniatura, donde masas de sombras que podían o no haber tenido su equivalente en el reino animal se movían con una siniestra impaciencia.

—Una pequeña y encantadora hacienda —dijo Lew asintiendo.

Dentro había alguien que estaba tocando un dúo de lira y siringa. A Lew le pareció reconocer la melodía, pero al instante ésta se perdió en una dirección que no pudo seguir. Ingleses, no demasiado exóticos a primera vista, estaban tumbados sobre alfombras en posturas que le recordaban a los contorsionistas de un multitudinario número circense. La gente paseaba por allí en ropa peculiar o, a menudo, casi sin nada. Se veían pasar caras muy conocidas en la prensa ilustrada. La luz sufría extrañas variaciones de las que no daba cuenta del todo el humo del ambiente, a la par que presencias brillantes surgían de la nada, se dejaban ver y luego, con la misma brusquedad, desaparecían. Humanos reencarnados como gatos, perros y ratones se arrastraban por allí o dormían junto al fuego. Columnas de piedra se alzaban en los puntos más alejados de la sala, dando la impresión de que eran peldaños que descendían al misterio subterráneo.

A Lew lo recibió Nicholas Nookshaft, Gran Cohen del Capítulo londinense del CRETINO, una persona ataviada con túnicas místicas adornadas con símbolos astrológicos y alquímicos y que llevaban un corte de pelo a tazón con el flequillo corto.

—Neville y Nigel, muy dados a cierta exageración química, nos cuentan que le vieron emerger de una explosión. La cuestión que se plantea entonces es: ¿dónde estaba justo antes?

Lew, perplejo, entrecerró los ojos.

—Paseando por la orilla de un arroyo, pensando en mis cosas. ¿Dónde si no?

—No pudo ser el mismo mundo en el que está ahora.

—Parece muy seguro.

El Cohen se extendió:

—Series de mundos laterales, otras partes de la Creación, están a nuestro alrededor, cada uno con sus puntos de fusión o puertas para pasar del uno al otro, y pueden encontrarse en cualquier parte, es así... Una Explosión imprevista, introducida en el fluir normal del día, puede abrir fácilmente, de vez en cuando, pasadizos a otros lugares...

—Seguro, como a la muerte.

—Es una posibilidad, pero no la única.

—Así que cuando me zambullí en aquella explosión...

El Gran Cohen Nookshaft asintió con seriedad.

—Encontró un pasadizo entre los Mundos. Sus misteriosos atacantes le hicieron el regalo de un don involuntario.

—¿Quién se lo pidió? —gruñó Lew.

—Pese a todo, ¿no puede considerárselos, a ellos y a otros como ellos, al proporcionar ese pasadizo, agentes de lo angélico?

—Con todos los respetos, señor, no lo creo, son más bien terroristas anarquistas, por el amor del Diablo.

—Chisst. Son chamanes, señor Basnight. En nuestra situación de caídos, lo más cerca que llegaremos a estar nunca de la pureza sin civilizar del mundo tal como fue y no volverá a ser jamás, no para los que son como nosotros.

—No me lo trago, lo siento.

—Pues debería —insistió el Gran Cohen—, si usted es quien nosotros empezamos a creer que puede ser.

Neville y Nigel, que habían desaparecido durante la conversación, volvieron en compañía de una asombrosa joven, que miró a Lew desde unos ojos de los que no estaba del todo ausente un matiz de Oriente.

—Permítenos —dijo Nigel— presentarte a la señorita... o, de hecho, dado que es una Adepta de decimoséptimo grado, aunque en propiedad debería decir «Tzaddik», salvo que, obviamente...

—Caray, si no es otra que la buena de Yashmeen, ¿no? —intervino Neville.

—Bien dicho, Neville, ¿por qué no te vas a buscar unas galletitas o algo así? ¡Te las has ganado!

—A lo mejor, Nigel, te apetece que te las meta por la nariz.

—Callaos, babosos —gruñó la chica—. Imaginad lo imbéciles que serían si supieran hablar.

Los dos la miraron con una expresión que no podía borrar una obsesión erótica perdidamente entusiasta, y Lew creyó oír suspirar a Nigel:

—Los Tetractis no son lo único inefable que hay por aquí.

—Chicos, chicos —les reprendió el Gran Cohen. Y con toda franqueza, como si ella no estuviera a medio metro, empezó a poner a Lew al tanto de la historia de la joven. Había sido la pupila del Teniente Coronel G. Auberón Halfcourt, antiguo jefe de escuadrón del Dieciocho de Húsares, hacía un tiempo trasladado temporalmente al

Departamento Político en Simla para realizar una tareílla ajena a las atribuciones del regimiento, y de quien en la actualidad se pensaba que cumplía alguna misión en el Asia Interior. Yashmeen, traída de vuelta hacía unos años para que recibiera una educación británica, había sido puesta bajo la protección del CRETINO—. Desgraciadamente, a más de un elemento activo en Gran Bretaña, el grado de seguridad física de Yashmeen le ofrece un medio de influir en el comportamiento del Coronel. De ahí que nuestra custodia vaya más allá de la simple cautela.

—Sé cuidar de mí misma —afirmó la chica; por lo que parecía, no era la primera vez que afirmaba tal cosa.

Lew sonrió con sincera admiración.

—Salta a la vista, sin duda.

—Pues mira a otro lado, no vayas a ser tú el que lo compruebe —le advirtió.

—¡Con qué inteligencia ha respondido a una tontería! —exclamaron al unísono Nigel y Neville.

Avanzada la velada, el Gran Cohen se llevó aparte a Lew y empezó a explicarle su concepción personal del Detective Psíquico.

—La esperanza radica en que algún día se trascienda el mundo gris y literal de pasillos de hotel y resguardos de dietas, y se alcance *el estado avanzado* («Saber, osar, querer, guardar silencio»); sin embargo, qué difícil nos resulta a la mayoría cumplir esos imperativos básicos, sobre todo, se habrá dado cuenta, el de guardar silencio. A propósito, ¿no habré hablado demasiado? Se dará cuenta de lo espantosamente anómala que es la situación en la que estamos.

—En América, «detective» no significa... —empezó a decir Lew.

—Reconozco que el nuestro es un trabajo extraño... Sólo hay un «caso» que nos preocupe de verdad. Sus «sospechosos» son exactamente veintidós, ni más ni menos. Son justamente el grupo de agentes que, trabajando en secreto, hacen (o al menos permiten) que la Historia sea posible en esta isla, y se corresponden con los veintidós Arcanos Mayores de la baraja del Tarot. —Procedió a explicar, como ya había hecho incontables veces, que las veintidós cartas de los Arcanos Mayores podían considerarse agentes vivos, posiciones que debían ocupar personas reales, a lo largo de generaciones, cada una de las cuales seguía su propia agenda, confeccionada a su medida de maldades graves o triviales, mientras iban apareciendo los lúgubres determinantes, asesinatos, plagas, atentados al buen gusto, fracasos amorosos, a medida que, una por una, ovejas carnívoras saltaban la valla que separaba los sueños del día—. Siempre tiene que haber una Torre. Siempre tiene que haber una Sacerdotisa Suprema, una Templanza, una Fortuna y demás. De vez en cuando, al quedar posiciones vacantes debido a la muerte o a otras desgracias, surgirán nuevos ocupantes, que nos obligarán a localizarlos y seguirlos, y también a investigar sus pasados. El hecho de que ellos habiten, sin excepción, en un silencio tan abrumador como su casi invisibilidad sólo engrandece el desafío que asumimos.

—¿Y el crimen, señor, si no es demasiada curiosidad, de qué naturaleza sería?

—Ah, de ninguna que aparezca muy claramente descrita en los libros, ni es probable que ni siquiera en el futuro se defina, no..., más bien se trata de una Transgresión en marcha, que se va acumulando a medida que pasan los días, la incursión del Tiempo en un mundo atemporal. Que se nos revela lentamente, y uno espera que sin causar estragos, en una inhóspita convergencia... La Historia, si así lo prefiere.

—Así que nada de esto se verá jamás en un tribunal —dijo Lew.

—Suponga que, después de todo, no existiera el Pecado Original. Suponga que la Serpiente del Jardín del Edén no fue simbólica sino un ser real en una historia real de intrusión desde alguna otra parte, digamos que desde «detrás del cielo». Digamos que hasta entonces éramos perfectos. Digamos que cumplíamos las leyes y éramos inocentes. Entonces, un día, *ellos* llegaron.

—Y... ¿y así es como se explica la presencia de villanos y malvados entre una población que, en caso contrario, sería moral?

No es que Lew quisiera discutir. Es que estaba sinceramente desconcertado.

—Lo verá en la práctica. Sólo quería que no le resultara una sorpresa demasiado inesperada.

Como si la inocencia fuera una especie de enfermedad graciosa, transmitida de un personaje a otro como en una farsa teatral, Lew no tardó en preguntarse si la padecía, y de ser así, quién se la había contagiado. Por no mencionar que no sabía cuán enfermo estaba. Otro modo de plantear la pregunta era: en este juego, ¿quién lo estaba tomando por tonto y hasta dónde pensaba llegar? Si se trataba del propio CRETINO, que lo utilizaba por motivos más «ocultos» todavía que los que le contaban, entonces se encontraba en un buen estercolero, y más valía que saliera de allí en cuanto pudiera.

Había misterios de sobra. Carruajes sin ventanas llegaban a Chunxton Crescent en plena noche con el ruido de los cascos científicamente amortiguado; documentos sellados de manera aparatosa eran apartados y traspapelados cada vez que Lew se acercaba a la mesa del Gran Cohen; hubo intentos clandestinos, que distaban mucho de ser profesionales, de echar un vistazo a sus propias libretas de campo. ¿Era a modo de amistosa advertencia o acaso alguien *quería* despertar sus sospechas? ¿Provocarle incluso para que se hiciera algún daño?

La señorita Yashmeen Halfcourt le pareció la más digna de confianza de la pandilla, pues ambos habían sido recogidos, por así decirlo, en una situación de mayor o menor desamparo, y traídos aquí bajo la protección del CRETINO por razones de las que tal vez no les habían informado del todo. Hasta qué punto eso les hacía compartir algo era una cuestión que estaba por ver.

—¿Es esto lo que denominan «salir»?

—Espero que no.

Ese día había brisa; Lew llevaba el paraguas de rigor, impermeable, calcetines secos y botas de minero para hacer frente a los diferentes tipos de tiempo esperables en un día corriente en el sur de Inglaterra. Yashmeen recibía miradas apreciativas de los transeúntes, tanto masculinos como femeninos. Nada extraño, aunque no fuera vestida con más elegancia que los demás.

Su paseo los llevaba por el Parque, en dirección aproximada a Westminster. A su alrededor, por detrás de un velo de vegetación tan tenue como el de *maya*, pervivía el antiguo paisaje de Londres, con sus altos lugares sagrados, sus piedras sacrificiales y sus túmulos misteriosos, conocidos por los druidas y por todo aquel al que hubiera servido de modelo.

—¿Qué sabes del Hermano Nookshaft? —le estaba preguntando Lew—. ¿Qué era antes de convertirse en Cohen, sin ir más lejos?

—Vete a saber, cualquier cosa —supuso ella—, de maestro de escuela a pequeño delincuente. No lo veo de ex militar. No hay bastantes indicios de que lo fuera. Empezando por el mismo corte de pelo. Quiero decir que no es el típico de los barberos de la Corte, ¿verdad que no?

—¿Crees que sencillamente acabó aquí por casualidad? ¿Una especie de negocio familiar que le traspasaron?

Ella negó con la cabeza frunciendo el ceño.

—Esta gente... No, no, ése es precisamente el problema, carecen de puntos de referencia fijos, de historia, de responsabilidad; un día aparecen, así, por las buenas, con sus propios planes secretos. Puede tratarse de política o incluso de una estafa.

—Hablas como un detective. ¿Y si no mintieran y fueran quienes dicen ser?

Un destello divertido en sus interesantes ojos.

—Oh, entonces sí que los habría juzgado mal.

Pasearon en silencio, Lew con el ceño fruncido, como si intentara aclarar algo.

—En esta isla —prosiguió ella—, como habrás empezado a notar, nadie habla claramente. Ya sean los códigos rimados cockneys o los crucigramas en los periódicos, toda la lengua inglesa, hablada o escrita, se toma como si fuera tan sólo una serie de textos codificados con astucia. Nada más. Quien se sienta traicionado por esta gente, insultado o herido, incluso gravemente, es que se lo está «tomando demasiado en serio». Los ingleses alzan las cejas, sonríen y te dicen que es «ironía» o «un poco de diversión», porque, al fin y al cabo, no se trata más que de combinaciones de letras, ¿no?

Según parecía, ella estaba a punto de ir a la Universidad, al Girton College de Cambridge, a estudiar matemáticas.

Lew debió de haberse quedado mirándola, porque ella se volvió hacia él con brusquedad.

—¿Pasa algo?

Él se encogió de hombros.

—Lo próximo será que os dejen votar.

—No mientras vivas —replicó ella con cara de pocos amigos.

—Sólo buscaba un poco de diversión —se quejó Lew. Y se le ocurrió que Yashmeen podría ser algo más que lo que los otros afirmaban.

Se alargaba la noche, la vasta, tintineante, tumultuosa y monumental noche de Londres, con la luz cayendo sin destino aparente sobre las plazas azotadas por el viento y sobre restos embrujados más antiguos, y fueron a cenar a Mohnari's, en Old Compton Street, también conocido como el Hôtel d'Italie, famoso por ser una de las guaridas del señor Arthur Edward Waite, aunque esa noche el local estaba lleno sólo de visitantes de los suburbios burgueses.

Al principio, como ignoraba por completo la verdadera naturaleza de la materia, Lew dependía de las interpretaciones tradicionales de la baraja del Tarot, que por entonces en Londres remitían en gran medida a los dibujos realizados por la señorita Pamela («Pixie») Colman Smith bajo la guía del señor Waite. Pero Lew no tardó en desengañarse.

—En la gramática de su iniquidad —le instruyeron—, la Icosaedíada, o Compañía de los Veintidós, carece de género y de número. «El Carro» puede ser una unidad de combate completa, no pocas veces con la potencia de un regimiento. Sigue llamando al Hierofante y la puerta podría abrirse a una mujer, incluso atractiva, que a su tiempo podrías acabar deseando.

—Vaya, no me digas.

—Bueno, no necesariamente, no te fíes.

Como si pusieran a prueba a un nuevo policía de ronda, los veintidós perdieron poco tiempo en demostrarle a Lew esta flexibilidad en la nomenclatura. La Templanza (número XIV) resultó ser una familia completa, los Uckenfay, que vivía en un desagradable barrio del oeste, cada uno de cuyos miembros estaba especializado en un impulso patológico propio que él o ella era incapaz de controlar, incluyendo agresividad, adicción al cloro, masturbación en público, descargas inesperadas de armas de fuego y, en el caso del bebé, Des, de apenas un año y que ya pesaba veinticinco kilos, esa forma de glotonería que los estudiosos de la enfermedad conocen como *gaver du visage*. El Ermitaño (IX) era el cordial propietario de un salón de fumadores del que Lew no tardó en convertirse en cliente habitual; La Rueda de la Fortuna (X) era un chino dueño de antros de opio, que residía en las Midlands y cuya vida de lujo procedía de los «tugurios» que tenía por todo Londres, además de en Birmingham, Manchester y Liverpool; El Juicio Final (XX) era una mujer de la vida de Seven Dials, a la que a veces acompañaba su Chulo, y así sucesivamente... A Lew tanto le daba, porque siempre le había gustado conocer a gente nueva e interesante, y los trabajos que traían consigo a modo de presentación era fácil quitárselos de encima. Pero entonces empezaron a acudir a él de dos en dos.

No llevaba todavía una semana en Inglaterra cuando, una noche, un neófito del CRETINO llegó corriendo, lívido como el yeso, tan alterado que se olvidó de quitarse el sombrero, un fedora malva.

—¡Gran Cohen, Gran Cohen! ¡Perdone la interrupción! Querían que le entregara esto en persona.

Y le alcanzó un trozo de papel de carta azul.

—Bien —asintió el G.C.—. Madame Eskimov tiene una sesión esta noche, no..., echemos un vistazo entonces..., oh, por favor.

El papel se agitó en lo que de repente pareció una mano sin nervio. Lew, que había esperado una velada tranquila, le preguntó con la mirada. El Cohen ya se estaba quitando las túnicas de ceremonia y buscaba los zapatos. Lew se sacó los calcetines de un bolsillo de la chaqueta, recogió sus propios zapatos, salieron a la calle, subieron a un coche simón y desaparecieron.

De camino, el Gran Cohen resumió la situación.

—Probablemente tiene que ver —dijo suspirando mientras extraía de un bolsillo interior una baraja de Tarot y pasaba las cartas— con... éste, éste, el número XV, El Diablo. —En concreto, prosiguió el Cohen, con las dos figuras encadenadas que había en la parte de abajo de la carta, imaginadas por su artista, la señorita Colman Smith, tal vez al modo de Dante, como un hombre y una mujer desnudos sin más, aunque tradicionalmente se les mostraba como un par de demonios, de sexo sin especificar, cuyos destinos estaban unidos y no podían separarse aunque quisieran. En la actualidad, esa desdichada posición en los Arcanos Mayores la ocupaban un par de profesores universitarios rivales, Renfrew en Cambridge y Werfner en Gotinga, no sólo eminentes en sus cargos académicos sino también personajes potencialmente influyentes en el mundo exterior. Años antes, en la estela del Congreso de Berlín de 1878, el interés que compartían por la Cuestión Oriental había pasado de una simple riña a distancia en las publicaciones profesionales a un genuino aborrecimiento personal, implacable y obsesivo, con una rapidez que sorprendió a ambos. Al poco, cada uno de ellos se vio considerado como un gran especialista, al que consultaban los Ministerios de Asuntos Exteriores y los Servicios de Espionaje de sus respectivos países, por no mencionar a otros que preferían permanecer en el anonimato. Con el transcurso de los años, la rivalidad no había parado de crecer, extendiéndose más allá de los Balcanes, más allá de las cambiantes fronteras del Imperio Otomano, hasta la única y vasta masa continental euroasiática y el conflicto mundial en marcha, con todos sus elementos ingleses, rusos, turcos, alemanes, austriacos, chinos, japoneses —por no mencionar a los indígenas—, definido por el señor Kipling, en tiempos más tranquilos, como «El Gran Juego». Las manipulaciones de los profesores tenían al menos la elegancia de evitar ser especulares: si surgían simetrías de vez en cuando, eran descartadas como accidentes, «cierta predisposición al eco», como había dicho Werfner, «tal vez inherente a la naturaleza del Tiempo», añadió Renfrew. Fuera como fuese, por encima de las paredes de sus claustros y directos al mapa del megacosmos,

los dos profesores siguieron lanzando sus equipos de adeptos hechizados y discípulos esclavizados. Algunos de ellos encontraron empleo en Servicios Diplomáticos, otros en el comercio internacional o como aventureros irregulares destinados temporalmente a los ejércitos y armadas de sus respectivas naciones, pero todos leales cumpliendo un servicio que les iba a llevar por todo el mundo como presencias espirituales, sin que los reconocieran más que los otros adeptos.

—Tal vez podrá soportar a esos dos —dijo el Gran Cohen—. Yo ya no puedo, no por mucho tiempo más. Nadie del CRETINO ha podido trabajar en eso más que unos pocos días, porque no hay quien los aguante. Y, claro, de toda la Icosaedíada, ellos son los más capaces de hacer daño, los que tienen que ser constantemente vigilados.

—Gracias, Cohen.

Llegaron por fin a una manzana oscura y antigua de pisos, al sur del río, que se elevaba en una irregular disposición de vacíos y ventanas oscuras que, a la luz del día, esperaba Lew, no sería tan siniestra como ahora.

Los aposentos de Madame Natalia Eskimov tenían lámparas mamelucas, cortinajes con estampados indios, humo que ascendía desde sofisticados incensarios de latón, muebles de madera de higuera tallada y extraños rincones que parecían diseñados para alejar a cualquiera, salvo a los curiosos menos frívolos; a Lew todo eso le fascinó nada más entrar, porque además la dama en persona era un pimpollo. Unos ojos inmensos y expresivos que uno sólo esperaba ver en las ilustraciones de las revistas, más que en este mundo lastimoso. Voluminosas trenzas con mechones plateados que invitaban a la mano temeraria a quitarles los alfileres para ver hasta dónde llegaban. Esa noche llevaba un vestido de tafetán negro que parecía sencillo pero no austero, y que probablemente le había costado una pasta, así como perlas ambarinas y un broche Lalique. Otras noches, dependiendo de la elegancia de la velada y de en qué medida la ropa siguiera la moda, también podía verse, tatuado en exquisita simetría bajo la nuca descubierta de Madame Eskimov, el Árbol de la Vida de la Cábalá, con los nombres del Sefirot escritos en hebreo, el cual la había hecho víctima de numerosos comentarios del prepotente antisemitismo británico —«Eskimov... ¿qué nombre es ése?»—, aunque de hecho ella se había educado en la Iglesia Oriental y, para desilusión de los perros guardianes raciales de toda la isla, lo que en realidad resultaba ser, pasmosamente, era una clásica Rosa Inglesa.

En sus buenos tiempos supervisada de cerca por Sir Oliver Lodge y Sir William Crookes, había tomado transatlánticos a Boston para visitar a la señorita Piper, viajado a Nápoles para encontrarse con Eusapia Palladino (a quien más tarde defendería contra acusaciones de fraude en los infames experimentos de Cambridge), ciertamente podía decirse que había asistido a las más celebradas sesiones de espiritismo de su época, cuya lista estaba a punto de incluir una organizada por el ubicuo y expansivo señor W.T. Stead, en la que la médium señora Burchell explicaría con todo detalle el asesinato de Alejandro y de Draga Obrenovich, rey y reina de Serbia, tres meses antes de que sucediera. En el CRETINO se la calificaba de

«extática», una categoría que parecía merecer algo más de respeto que la de médium común.

—Nosotros no tenemos trances ordinarios —explicó Madame E.

—Más bien algo así como éxtasis —aventuró Lew.

Se vio recompensado con una mirada firme y especulativa.

—Me gustaría hacerle una demostración, tal vez en una noche menos agotadora que ésta.

Se refería a algo que había sucedido durante la sesión de espiritismo de esa noche, de la cual Madame Eskimov ya no recordaba absolutamente nada, aunque, como en todas las sesiones sancionadas por el CRETINO, se había grabado con un Auxetófono Parsons-Short.

—Sacamos galvanotipos de las impresiones originales en cera inmediatamente después de cada sesión. Forma parte de la rutina. Esta noche los he escuchado varias veces, y aunque hay detalles un tanto oscuros, lo he considerado una novedad lo bastante importante como para traerle aquí a usted.

Según parecía, un tal Clive Crouchmas, un funcionario semigubernamental que también era miembro del CRETINO, aunque de nivel principiante, había intentado ponerse en contacto sobre el terreno con uno de sus agentes que había muerto inesperadamente en Constantinopla, en medio de unas negociaciones especialmente arduas en torno a la denominada concesión ferroviaria «Bagdad». Como se esperaba que las respuestas fueran en turco, Crouchmas se había llevado también un intérprete.

—Está especializado en los territorios otomanos, que es donde Renfrew y Werfner han encontrado las mejores oportunidades para sus malas artes, y ha trabajado como asesor de los dos, dejando que cada uno pensara que era el único que tenía información sobre el otro y demás. Farsa a la francesa. Siendo como era probablemente la única persona en Inglaterra que podía soportar la compañía de cualquiera de los dos durante más de unos minutos, el bueno de C.C. nos era muy útil como canal entre ambos, aunque he de decir que estoy bastante enfadado con él en este momento —gruñó el Gran Cohen—. A estas alturas debería saber que no debe hacerle perder el tiempo, Madame, con estos trapicheos turcos.

Lew apenas se hacía una idea muy vaga de la situación. Las potencias europeas habían dedicado años a la seducción y contraseducción necesarias para obtener de los otomanos la tan codiciada concesión ferroviaria, que finalmente dieron a Alemania, lo que fue un resultado ciertamente amargo para Gran Bretaña, pues Berlín era su principal rival en la región. Y no poca inquietud diplomática causaba la concesión definitiva que los turcos darían a los alemanes de una línea que atravesaría Anatolia, pasaría por los Montes Taurus, seguiría a lo largo del Éufrates y el Tigris, cruzaría Bagdad y proseguiría hasta Basora y el Golfo Pérsico, que hasta ese momento Gran Bretaña creía controlar firmemente bajo su radio de influencia, con lo que se abría para Alemania un denominado «atajo a la India» incluso más cómodo para el

comercio que el canal de Suez. La matriz geopolítica completa adquiriría una nueva y peligrosamente inverificable serie de coeficientes.

Madame Eskimov colocó el cilindro de cera en la máquina, encendió la bomba de aire, ajustó una serie de reóstatos, y todos escucharon. Al principio resultaba difícil distinguir las diversas voces, y de fondo iban y venían incontables susurros y siseos. Una voz, aparentemente la de Madame Eskimov, era mucho más clara que el resto, como si se hubiera producido un inexplicable efecto sintónico entre allá donde hablara ese espíritu y la máquina grabadora. Más tarde, la propia Madame Eskimov explicaría que no era ella en persona la que hablaba, sino un «control», un espíritu del otro lado que aparecía cuando el alma que había partido quería contactar, de modo muy similar a como un médium de este lado actúa en nombre de los vivos. El control de Madame Eskimov, hablando a través de ella, era un fusilero llamado Mahmoud que había muerto en Tracia durante la Guerra Ruso-Turca. Respondía lo mejor que sabía a las detalladas preguntas de Clive Crouchmas sobre las garantías por kilómetro para varios ramales y extensiones de la línea Esmirna-Casaba, y lo traducía al inglés una tercera voz que Crouchmas había contratado para la sesión de espiritismo, cuando, sin previo aviso...

—Ahora —dijo Madame Eskimov—, escuchen.

No se trató exactamente de una explosión, aunque el altavoz de ébano del Auxetófono ciertamente se saturó como si lo fuera, estremeciéndose, tintineando en sus soportes, casi incapaz de dar cuenta del misterioso acontecimiento. Tal vez era la forma que adoptaría una violenta liberación de energía en este mundo para un informador sin cuerpo como Mahmoud, la voz de una explosión o, al menos, la misma abolición de la coherencia, la misma dispersión... E, inmediatamente, antes de que se hubiera desvanecido el último eco, como el de un tren sobre la siguiente montaña, se oyó a alguien, una mujer, que cantaba en turco al estilo oriental. *Amán, amán...* Ten piedad.

—Y bien, ¿qué les parece? —preguntó Madame Eskimov tras una pausa.

—Por lo que se puede colegir —susurró el Cohen—, aunque Crouchmas no sea la voz de Alá en estas cuestiones, ni de lejos, las garantías kilométricas del gobierno otomano últimamente se han vuelto tan atractivas que, como por milagro, empiezan a florecer vías férreas fantasmales por toda Asia Menor, entre esas llanuras sin árboles donde ni siquiera se aventuran las panteras, uniendo estaciones de ciudades que, hablando con propiedad, ni siquiera existen, a veces ni siquiera tienen nombre. Y, por lo que parece, la persona que hablaba a través de Mahmoud se encontraba en uno de esos lugares.

—Pero no suele suceder así —dijo perpleja la atractiva extática—. Les gusta hechizar lugares inmóviles, casas, cementerios..., pero ¿trenes en marcha?, ¿líneas ferroviarias imaginarias? Eso casi nunca, por no decir nunca.

—Se está tramando algo —gruñó el Cohen con una inflexión en la voz que parecía fruto de un malestar gástrico.

—¿Alguien voló una línea de tren? —preguntó Lew sintiéndose de algún modo ajeno a esas profundidades—, o acaso...

—Lo intentaron —dijo ella—, lo pensaron, lo soñaron o vieron algo..., algo parecido a una explosión. La muerte es una región metafórica, o eso parece a menudo.

—No siempre descifrable —añadió el Cohen—, pero en este caso de la Cuestión Oriental, no cabe la menor duda. Más melodrama de Renfrew y Werfner. Problemas peliagudos para los Insoportables Gemelos, diría. De buenas a primeras, no se sabe muy bien quién asesinará a quién, pero el crimen es tan inevitable como la luna llena.

—¿A quién tenemos en Cambridge vigilando a Renfrew? —preguntó Madame E.

—A Neville y a Nigel, me parece. Están en el King's.

—Que el cielo proteja al King's.

—El trimestre de otoño se nos echa encima —dijo el Cohen— y la señorita Halfcourt empieza su residencia en Girton. Eso nos proporcionará la ocasión de echarle un ojo al Profesor...

La doncella de Madame Eskimov había sacado té y un *gateau*, así como un malta Speyside de doce años y vasos. Se sentaron en una especie de acogedor crepúsculo eléctrico, y el Cohen, incapaz de dejar de hablar del tema, siguió discursando sobre Renfrew y Werfner.

—Es una consecuencia inevitable de la Era Victoriana. Del carácter de ese agosto epónimo, en realidad. Si los disparos de pistola del camarero demente Edward Oxford hubieran dado en el blanco hace sesenta años en Constitution Hill, si la joven reina hubiera muerto entonces sin descendencia, el insoportable y aborrecible Ernesto Augusto, Duque de Cumberland, se habría convertido en Rey de Inglaterra y, como la Ley Sálica estaba vigente, los tronos de Hannover y Gran Bretaña se habrían unido...

»Imaginemos un mundo lateral, situado a sólo una distancia infinitesimal al lado del que creemos conocer, en el que eso ha sucedido. El pueblo británico sufre bajo un despotismo tory de un rigor y una crueldad inimaginables hasta entonces. Bajo gobierno militar, Irlanda vive literalmente sumida en el caos: los católicos de toda clase y condición son identificados sistemáticamente de jóvenes, y encarcelados o asesinados en el acto. Las logias orangistas son omnipresentes, y todos los barrios son administrados por una de ellas. Una especie de anti-Navidad siniestra se celebra del 1 al 12 de julio, aniversario de las batallas de Boyne y Aughrim. Francia, el sur de Alemania, Austria-Hungría y Rusia han creado una Liga de Europa defensiva, que pretende mantener a Gran Bretaña excluida de la comunidad de naciones. Su único aliado es Estados Unidos, que se ha convertido en una especie de leal secuaz controlado básicamente por el Banco de Inglaterra y el estándar oro. India y las colonias están más arruinadas de lo que lo estaban, si tal cosa es posible.

»Añádanse, también, las inflexibles negativas de Victoria a asumir el paso del Tiempo; por ejemplo, su insistencia a lo largo de más de sesenta años en que la única

imagen postal cuya fuera la de la joven que aparecía en los primeros sellos adhesivos de 1840, el año del intento de asesinato del joven y cortito Oxford. Su imagen, en medallones, estatuas o porcelanas conmemorativas, tiene que ser todo lo imperial posible, por más que la mujer retratada resulte demasiado joven para esos boatos del imperio. Añádase su incapacidad para asumir la muerte de Albert, que la lleva a mantener su habitación tal como él la dejó, con flores frescas cada día, sus uniformes enviados a la tintorería y demás. Es casi como si el aciago día en Constitution Hill, los disparos de Oxford hubieran dado en el blanco al fin y al cabo, y la Victoria que creemos conocer y reverenciar sea en realidad una especie de doble fantasmal de otra Victoria inmune al paso del Tiempo en todas sus formas, sobre todo en las bien conocidas del Envejecimiento y la Muerte. Aunque, desde un punto de vista técnico, puede que haya envejecido como cualquier otra persona, madurando para convertirse en una matrona poderosa, una estadista admirada internacionalmente y una gordita legendaria, amada pero sin sentido del humor, supongamos sin embargo que la «verdadera» Vic está en otro lugar. Supongamos que la joven en la flor de la vida está cautiva, inmune al Tiempo, en manos de un gobernante del submundo, y se le permiten visitas conyugales periódicas de Alberto, pues ninguno de los dos envejece, y siguen enamorados tan apasionadamente como lo estaban en el último espantoso momento en que ascendían al palacio, con la Princesa Real eternamente de tres meses y medio en su útero, la encantadora marea viva de principios del embarazo recorriendo a la madre y al bebé en un fluir que el Tiempo nunca hollará. Supongamos que el revoltijo que llamamos «Era Victoriana» no haya sido más que una máscara benevolente de las lúgubres realidades de la Era de Ernesto Augusto en la que en realidad vivimos. Y que los administradores de esta pantomima que todo lo abarca son precisamente los profesores gemelos Renfrew y Werfner, que se comportan de algún modo como polos del flujo temporal entre Inglaterra y Hannover.

Lew estaba consternado.

—Cohen, eso es espantoso.

El Gran Cohen se encogió de hombros.

—No es más que un poco de diversión. Ustedes los yanquis son demasiado serios.

—Esos profesores no son cosa de risa —dijo Madame Eskimov, y usted ya está avisado, señor Basnight: debe tomarse la Icosaedíada tan en serio como pueda. En el pasado yo era uno de ellos, en el papel de El Loco (o «El Imprudente», como prefería Eliphas Lévi), tal vez el más exigente de todos los Arcanos Mayores. Ahora tengo un rebaño de clientes acomodados de los suburbios que creen, pobres, que poseo un conocimiento que les será útil. Siendo tan imprudente como siempre, no puedo reunir el valor para desengañarlos.

—¿Ha cambiado de bando? —preguntó Lew.

Ella sonrió con, le pareció a él, cierta condescendencia.

—«De bando», bueno, no, no exactamente. Se había convertido en un impedimento para mi vocación, así que dimití y me uní al CRETINO, aunque no sin lamentarlo más adelante. Ya es bastante difícil ser mujer como para, además, ser pitagórica..., en fin. —Parecía que todas las órdenes místicas británicas que se atribuían una tradición pitagórica tenían sus propias ideas sobre esos tabúes y pequeños consejos conocidos como *akousmata*, y el favorito de Madame Eskimov resultó ser el número veinticuatro de la lista de Jámblico: nunca mires a un espejo cuando tienes una lámpara al lado—. Significa que uno tiene que reorganizar el día entero, asegurándose de que ha acabado de vestirse bien antes del anochecer, por no mencionar el pelo y el maquillaje, todo lo cual sin duda tendrá un aspecto distinto bajo la luz eléctrica o de gas.

—No creo que le lleve más de un par de minutos —dijo Lew.

Y entonces apareció otra vez aquella mirada.

—Puede requerir horas —simuló lamentarse— sólo poner el alfiler del sombrero a las cosas.

A medida que avanzaba el otoño, se veía cada vez más a Lew corriendo de un sitio a otro, como si le reclamara con urgencia una causa más elevada; iba tenso y erguido, y mostraba predilección por los abrigo negro ceñidos, los sombreros flexibles y las botas prácticas, y un bigote negro bien recortado se había asentado sobre su labio superior. A pesar de la creciente presencia de alumbrado eléctrico en las calles —Londres salía por entonces, con municipal resolución, del Reino del Gas—, Lew había empezado a descubrir que la oscuridad poseía una estructura oculta, que se remontaba a tiempos antiguos, tal vez a mucho antes incluso de que existiera una ciudad: una estructura que estaba ahí desde siempre y que la blancura extrema e inmisericorde del nuevo alumbrado que sustituía los tonos sin resplandor y las sombras compuestas del antiguo, tan propicios al equívoco, no hacía más que ratificar. Incluso cuando salía a la luz del día, Lew se encontraba yendo de una sombra a otra, entre sobresaltos cotidianos que la llegada de la hora del encendido de las farolas de la noble noche eléctrica sólo volvía insoportablemente visibles.

La determinación con que adoptó esa vida no impidió que, durante bastante tiempo, intentara localizar en Gran Bretaña una fuente de Ciclomita, y así probó, con desesperación, desde preparados opiáceos para el catarro como la Collis Brown's Mixture hasta tónicos cerebrales cocainizados, pasando por cigarrillos empapados en absenta, xileno en habitaciones sin ventilar y demás, pero todas las sustancias resultaron sucedáneos fallidos, a menudo con consecuencias patéticas, del explosivo que modificaba la realidad del que él había disfrutado durante su existencia anterior o americana.

No le avergonzaba pedirle ayuda a Neville y Nigel, que esos días, al parecer, andaban siempre lejos de la Universidad. Cada uno de ellos, se decía, recibía al menos mil libras al año, que por lo visto se gastaban básicamente en drogas y sombreros.

—Ten —le saludó Nigel—, prueba una pizca de «pinky», es divertido, de verdad.

—El fluido de Condyl —explicó Neville—, permanganato desinfectante, que se mezcla con alcohol desnaturalizado...

—Me dio la receta un australiano que conocimos un fin de semana de regatas. Al cabo de un tiempo le cogimos gusto, aunque, claro, teníamos en cuenta la salud, así que tomamos la precaución de permitirnos sólo una botella al año.

—Admiro vuestra contención, chicos.

—Sí, ¡y esta noche es la noche, Lewis!

Sacaron de golpe una botella bastante grande llena de un líquido de un extraño color morado que, habría jurado Lew, resplandecía.

—Oh, no, no, yo...

—¿Qué pasa? ¿Es el color lo que no te gusta? Mira, ajustaré el gas —dijo Neville servicial—. Ya está, ahí. ¿Te parece mejor?

Una mañana levantaron temprano a Lew y lo metieron en un taxi antes de que se hubiera despertado del todo.

—¿Adónde vamos?

—Es una sorpresa. Ya verás.

Fueron hacia el este y al poco pararon ante una anodina mercería en Cheapside que parecía llevar cerrada bastante tiempo.

—¿Qué es esto?

—¡El Ministerio de la Guerra! —exclamaron Neville y Nigel, sonriéndose traviesamente el uno al otro.

—Dejaos de bobadas. Sé que lo han trasladado, pero no aquí.

—Algunas de sus instalaciones ni siquiera soñarían con trasladarse —dijo Neville—. Ven.

Lew los siguió por un estrecho pasaje pegado a la tienda, que desembocaba en una callejuela completamente invisible desde la calle, cuyo clamor se volvía de repente inaudible ahí atrás, como si se hubiera cerrado de golpe una pesada puerta. Avanzaron a lo largo de una especie de callejón techado hasta un corto tramo de escaleras, que los llevó a regiones más frías y alejadas de la luz del día. Lew creyó oír agua que goteaba, y ruido de viento, cada vez más alto, hasta que por fin se encontraron ante un portal cubierto de cicatrices y melladuras por todas partes, como si hubiera estado sometido a décadas de ataques.

Debido a la empecinada creencia de Whitehall de que los excéntricos disponen de acceso a fuerzas paranormales que no tienen otra cosa que hacer que susurrar ideas para el diseño de armas cada vez mejores, las oficinas de personal de todo el Imperio llevaban al menos una generación alerta al tartamudeo elegante, a las miradas incontrolablemente agitadas, a los cortes de pelo que ninguna gomina conocida pudiera domeñar. Sin embargo, el Doctor Coombs De Bottle no cumplía esos criterios. Fino, cosmopolita, vestido con un conjunto de laboratorio de dril ruso blanco como la nieve, tejido a mano y comprado en Poole's, en Savile Row, fumando cigarrillos negros egipcios en una boquilla de ámbar, sin un pelo de la cara fuera de su sitio, parecía más bien destinado a una vocación de servicio público, al comercio internacional de armas, tal vez, o al sacerdocio. Pero algo, un refinamiento de actor en su actitud, insinuaba un pasado nebuloso y una agradecida conciencia de haber encontrado, por fin, refugio ahí. Saludó a Neville y a Nigel con una familiaridad que a Lew le habría parecido sospechosa de no haber estado tan abstraído contemplando el inmenso taller en el que los introducían en ese momento, donde tantas cosas le llamaban la atención y, con el tiempo, supuso, perturbarían sus sueños.

Arcos eléctricos apuñalaban el crepúsculo violeta. Soluciones calientes gemían hasta alcanzar el punto de ebullición. Las burbujas ascendían helicoidalmente a través de líquidos verdes luminosos. En los rincones más alejados de la instalación, se sucedían explosiones en miniatura que arrojaban una lluvia de cristales a los trabajadores que estaban cerca, encogidos detrás de sombrillas de playa colocadas

con tal fin defensivo. Las agujas de los indicadores oscilaban febrilmente. Llamas sensibles crepitaban con diferentes intensidades de agudeza. Entre un resplandeciente racimo de quemadores y espectroscopios, embudos y frascos, extractores Soxhlet y centrífugos, y columnas de destilación de Glynsky y de Le Bel-Henninger a la vez, chicas serias con el pelo recogido en redecillas anotaban cifras en cuadernos de registro, y gnomos pálidos, pacientes como cerrajeros, entornaban los ojos mirando por lupas y ajustaban bobinas vibratorias y temporizadores con destornilladores y fórceps. Y, lo mejor, alguien estaba preparando café.

El Doctor De Bottle les había conducido al fondo, a un apartado lejano, donde unos técnicos trabajaban en mesas cubiertas de bombas caseras en diferentes fases de desmontaje.

—Partíamos de la idea de comenzar con artilugios confiscados en varios atentados fallidos y que nos cedían amablemente, y, mediante el análisis meticuloso de cada dispositivo, rehacerlos, paso a paso, hasta llegar a su acto original de fabricación. Que, por lo general, resultaba haberse realizado en condiciones tan asombrosamente primitivas que uno no podía dejar de sentir cierta pena por esos desgraciados. Saltaban por los aires en un porcentaje digamos que alarmante, y el desconocimiento del tipo adecuado de disolvente explicaba la pérdida de docenas de vidas de anarquistas cada año, y eso sólo aquí, en Londres. Hasta el punto de que uno tiene que contener el impulso misionero de ir a advertirlos..., tal vez distribuyendo folletos baratos, esbozando para ellos los principios más básicos siquiera de la seguridad en un laboratorio... Haría mucho bien, ¿no le parece?

Lew, reprimiendo un gesto reflexivo de las cejas, habría agradecido en ese momento cualquier comentario ingenioso de Neville o Nigel, pero ambos se habían apartado para inhalar, según parecía, vapores de diversos tipos.

—No sigo su lógica —dijo Lew— de salvar vidas de terroristas, si cada una que se salva puede implicar la pérdida de cientos de vidas inocentes más tarde.

El Doc se rió entre dientes y se inspeccionó los puños de la camisa.

—Vidas burguesas inocentes. Ya..., «inocentes».

Llegó un ayudante con un carrito de ruedas en el que traía café en un matraz de Erlenmeyer, tazas y una bandeja de extraños bollos.

—Tal vez como americano no lo aprecie, pero entre los últimos vestigios que confirman que una civilización existió en el pasado en esta isla se cuenta el juego del críquet. Para muchos de nosotros, un partido de críquet es una especie de acto religioso. Una especie de silencio sin aliento en lo más cerrado de la noche. «Inocente», si se mira bien. Y pese a todo aquí tenemos... —Sostuvo en alto y con delicadeza una pelota de críquet, que casi resplandecía bajo la iluminación eléctrica—. Desde hace algún tiempo los campos de juego de toda Inglaterra y el País de Gales han recibido la visita de una misteriosa figura con pantalones de franela blancos, conocido por estos pagos como el Caballero de las Bombas de Headingley, por la única fotografía conocida de él, con la habitual bolsa de jugador de críquet

colgada del hombro, dentro de la cual lleva varias bombas de mano esféricas camufladas como pelotas de cricket. Ésta es una de las que he podido recuperar intacta. Si se frota contra los pantalones activa el mecanismo interior que la arma. Tal vez se haya dado cuenta de que es mucho más brillante y está cosida con más fuerza que una pelota británica, parece más bien la australiana, llamada «kookaburra». Y como se está celebrando el torneo de The Ashes y las pasiones tienden a exacerbarse, los australianos, por quienes estamos siendo ahora poco menos que invadidos, pueden estar sirviendo de involuntaria cobertura para el bueno del C. de las B. de H., además de como cabezas de turco.

—¿*Tira bombas* durante los partidos de cricket?

—Nosotros procuramos no llamarlas «bombas»; de hecho, se trata más bien de una granada con gas venenoso. Y habitualmente espera a la hora del té.

—¿«Gas venenoso»? —Algo nuevo para Lew. Pero la expresión del Doctor De Bottle se había vuelto sombría.

—Fosgeno. —Había algo en su manera de pronunciarlo—. Es una palabra francesa. *Phosgène*. Nosotros preferimos llamarlo cloruro de carbonilo. Si quiere, resulta menos... inquietante. El problema para la policía es que, dependiendo de la nube de dispersión, con mucha frecuencia las víctimas ni siquiera se dan cuenta de que las han gaseado. Y entonces, de repente, misteriosamente, como dicen en los periódicos, cuarenta y ocho horas más tarde están muertos. ¿Por qué mira de ese modo ese bollo?

—¿Cómo? Ah, es por el color, supongo.

—Un precioso matiz de morado, ¿no le parece?, palo campeche cocido, creo, el chef le echa de todo; Pruébelo, no le envenenará, como mucho notará un poco el tanino.

—Bueno, y entonces estos..., umm... —dijo sosteniendo en alto un trozo del bollo y señalando varias incrustaciones de un intenso matiz inequívocamente azul turquesa.

—¡Por lo que más quieras, Lewis, no te los comas todos! —gritó Neville, seguido de cerca por su coadjutor, mientras ambos se desplazaban por el laboratorio presas de un curioso regocijo, a unos centímetros del suelo.

—¡Y mira qué hemos encontrado! —Nigel extrajo una especie de fiambra para la cena con una sustancia beis dentro, que Lew reconoció al instante.

—¡Feliz cumpleaños! —chillaron casi al unísono.

—¿De quién ha sido la brillante idea...?

—Vamos, vamos, Lewis, eres géminis, eso es evidente, y en cuanto a la fecha concreta, vaya, Madame Eskimov lo sabe todo.

—Hablando del rey de Roma...

En su última reunión, el Doctor De Bottle les había preguntado quejumbroso a Neville y Nigel cuándo, si es que llegaba a suceder alguna vez, Gran Bretaña

recuperaría el trofeo de The Ashes, y los chicos le habían dicho que se lo preguntarían a la extática.

—El año que viene —había respondido Madame Eskimov—, pero sólo si son lo bastante sensatos como para seleccionar al *spinner* del Middlesex, el joven Bosanquet, que ha estado trabajando en un lanzamiento absolutamente perverso, que parece que va a ser un *leg-break* clásico, de derecha a izquierda, pero luego cambia de sentido. Una asombrosa dinámica física, casi sin investigar hasta ahora. Se dice que es una invención australiana, así que se quedarían de piedra si encontraran un pérfido hijo de Albión que supiera lanzar así.

—Iré a buscar ahora mismo a mi corredor de apuestas —les dijo alegremente el Doctor De Bottle a los chicos.

Se decidió que Lew fuera a Cambridge con el Cohen para conocer al Profesor Renfrew.

—Oh, ya entiendo. Quiere que le acompañe como fuerza bruta.

—No, de hecho, aquí viene nuestra protección. —Un caballero de mediana estatura y aspecto nada amenazador se les acercaba con un sándwich de berros en una mano enguantada—. Clive Crouchmas. Puede que recuerde su voz de la sesión de espiritismo de la otra noche en casa de Madame Eskimov.

El recién llegado saludó al Cohen levantando la mano izquierda, luego separó los dedos de dos en dos tan lejos del pulgar que formó la letra hebrea *shin*, que era la inicial de los nombres de Dios premosaicos (es decir, plurales), que no podían ser jamás pronunciados.

—Viene a significar deseos de larga vida y prosperidad —explicó el Cohen al responder con el mismo gesto.

En un periodo anterior de su carrera, Clive Crouchmas había sido un funcionario público vulgar y corriente, irreflexivamente ambicioso, pero sin tanta avaricia como demostraría no mucho más tarde. Trabajaba en la Administración de Deuda Otomana, un organismo internacional que había autorizado el Sultán Turco hacía unos años para recaudar y distribuir los ingresos fiscales, como un medio de reestructurar la deuda de su demasiado amplio Imperio. En teoría, la ADO recaudaba impuestos sobre las ventas de pescado, alcohol, tabaco, sal, seda y sellos, las denominadas «Seis Contribuciones Indirectas», y entregaba el dinero a varios titulares de bonos en Gran Bretaña, Francia, Austria-Hungría, Alemania, Italia y Holanda. Sin embargo, nadie que conociera la Segunda Ley de la Termodinámica habría esperado una transferencia perfecta de los fondos, así que algunas de aquellas libras turcas se perdían siempre en los trámites, creando oportunidades que sólo habría dejado escapar una persona que hubiera avanzado mucho más que Clive Crouchmas por el mal señalizado sendero que conducía a la santidad.

En circunstancias normales, Crouchmas poco tenía que ver con la metafísica, es más, no habría reconocido el menor tinte metafísico ni siquiera en el acto de *morsus fundamento*. Le resultaba tan ajeno como la frivolidad, la cual abundaba en los escenarios que frecuentaba esos días. «¡Oh, Clivey!», gritaban al unísono tres o cuatro voces femeninas al borde de la carcajada forzada por los rincones llenos de palmeras del salón de baile de algún hotel. Crouchmas ni siquiera tenía ganas de responder: «¿Qué?». Eso abriría las puertas a demasiadas criaturas de la farsa, que empezarían a entrar y salir.

Pero, por extraño que parezca, se había resistido a la tentación material. A medida que la Cuestión Oriental degeneraba en una indecorosa pelea por las vastas riquezas del Imperio Otomano, manifestada en toda su crudeza en las intrigas sobre qué nación se acabaría llevando la Concesión Ferroviaria «Bagdad», a Clive se le veía cada vez más por Chunxton Crescent silencioso, ataviado con una túnica, con todo el aspecto de ser alguien que buscara un sendero más espiritual, aunque según los cotilleos, esa costumbre secular que el CRETINO no podía trascender, estaba allí por la muda fascinación que sentía hacia la señorita Halfcourt, y aprovechaba cualquier excusa para estar en su compañía, pues hasta entonces había practicado poco las artes de la lujuria adinerada, encontrándose en la fase de su carrera en que el trabajo todavía reclamaba prioridad sobre la búsqueda de los placeres.

Durante más de una década, la ADO también había estado recaudando diezmos locales destinados específicamente a garantías del ferrocarril, que se pagaban anualmente, a tanto el kilómetro de vía, a varias empresas ferroviarias europeas, antes de que nadie, ni siquiera el gobierno turco, llegara a ver una piastra. Eso no le había pasado por alto a una camarilla dentro de la ADO a la que pertenecía Crouchmas. Utilizando pseudónimos y estableciendo una relación deliberadamente vaga con el grupo bancario del Imperio Otomano en París, habían fundado una pequeña firma propia destinada a especular básicamente con bonos de alto riesgo, considerados por la comisión asesora del Banco demasiado inestables para invertir en ellos, es más, no los quería ni regalados.

—Es demasiado bueno para desaprovecharlo —gruñó en voz alta dirigiéndose al Gran Cohen Nookshaft, su consejero espiritual—, ¿no?

—Lo estoy pensando —dijo el Cohen, cuyo dinero estaba en bonos consolidados al 3 por ciento desde hacía más tiempo del que recordaba, tanto que ni recordaba por qué—. Lo estoy pensando.

—Nunca he entendido —dijo Clive Crouchmas— por qué, con todo el talento de adivinación que hay por aquí, nadie ha... —se interrumpió, como si buscara unas palabras más diplomáticas con las que proseguir.

—Yo diría que hay marcadas disonancias entre los dones psíquicos y el capitalismo moderno —comentó el Cohen con cierta brusquedad—. Son antagónicos, más bien. También procuramos no volvernos demasiado locos, como algunos de los suyos, con esa Concesión Ferroviaria.

—Si no estuviera aquí, moviéndome libremente entre vosotros —afirmó Clive Crouchmas—, sería un alegre interno del manicomio de Colney Hatch. La otra noche, durante tan sólo medio segundo, vi..., creí ver...

—No pasa nada, Crouchmas, se oyen historias de ese tipo a todas horas.

—Pero...

—La Iluminación es una proposición incierta. Todo depende de cuánto quieras arriesgar. No tanto dinero sino seguridad personal, tiempo precioso, contra algo que difícilmente saldrá. Sucede, claro. Surgiendo del polvo, entre las nubes de sudor y de respiración, entre el repiqueteo de los cascos, el animal se destaca, el último que habrías esperado, majestuoso, resplandeciente, inevitable, y adelanta a todos, pasando entre ellos, como un rayo del sol de la mañana a través de los vestigios espectrales de un sueño. Pero aun así es una apuesta de estúpidos, una cosa de bobos, y puede que no tengas ni la voluntad ni la paciencia necesarias.

—Pero imagine que destaco. Y siento curiosidad desde hace algún tiempo: a medida que los miembros de la Orden se acercan a la iluminación, ¿hay algún tipo de descuento en las cuotas que pagamos?

Llovía cuando Lew llegó a Cambridge. Los titulares de los periódicos anunciaban:

OTRA ENCÍCLICA DEL PROF. MCTAGGART
ENÉRGICA PROTESTA DEL VATICANO
G.H. HARDY, ILOCALIZABLE, NO HACE COMENTARIOS
«Multi et Unus». Texto completo en páginas interiores

Escritas con tiza en las antiguas paredes, había pintadas como MÁS PELOTAS BRITÁNICAS y LANZAD LIMPIO, CABRONES.

Tras dejar a Yashmeen ante la caseta de entrada de Girton, Lew y Clive Crouchmas se encaminaron al Laplaciano, un relativamente lejano pub de matemáticos junto a un canal, donde iban a reunirse con el Profesor Renfrew.

—Aquí viene sobre todo gente del Trinity —dijo Crouchmas—, no es probable que nadie lo reconozca.

—¿Y por qué habría de preocuparle? —se preguntó en voz alta Lew, pero Crouchmas no respondió y asintió ante la puerta que daba paso a la noche.

Poco a poco, a través de la luz de ciénaga sucia, el rostro del Profesor se fue haciendo visible, exhibiendo un brillo..., no, una negación de la visión ordinaria..., una sonrisa que no surgía de ninguna cordialidad interior.

Tras las tres rondas obligadas de ese producto denso, caliente y sin gasificar que en esa isla conocen como cerveza, Crouchmas se perdió en sus propios tejemanejes, y Lew y el Profesor se dirigieron a las habitaciones de Renfrew en uno de los patios

interiores. Después de que ambos se encendieran un puro y dejaran transcurrir un latido de prudente silencio, Renfrew habló:

—Tengo entendido que conoce a la pupila de Auberon Halfcourt.

Lew supuso que Crouchmas, fascinado por la chica, había sido incapaz de evitar que se le escapara su nombre. Se encogió de hombros.

—Rutina de carabina, entrar y salir, el señor Crouchmas pensó que yo debía echar un vistazo, eso ha sido todo hasta ahora.

Comentario que no le ahorró una suspicaz mirada de reojo.

—Pobre Halfcourt. El hombre no entiende nada de nada. Peor que Gordon en Jartum. El desierto le ha provocado fantasías de poder que en Whitehall, piadosamente, consideran imposibles de llevar a la práctica. Y usted no se hace a la idea de cómo los protectores de la chica en el CRETINO me han arruinado una y otra vez la vida. Uno no puede hacer el menor movimiento, por inocente que sea, sin atraer su, digamos, solícita atención.

A Lew le dio la impresión de que las mandíbulas inferior y superior de Renfrew se movían disparejas, como las del muñeco de un ventrílocuo. Y la voz, a veces, parecía proceder de otro lugar.

—Sí, supongo que tienen métodos peculiares. Pero pagan bien.

—Ah, veo que había trabajado ya antes con ellos.

—Sólo recogida y entrega, un par de trabajos de músculo, o como lo llamen por aquí.

—¿Tiene algún tipo de contrato con ellos?

—No. Un encargo por obra, y cobrado a tocateja. Es lo mejor para todos.

—Umm. Entonces sí, por ejemplo, yo quisiera contratar sus servicios...

—Dependería del trabajo, supongo.

—El joven Crouchmas dice que usted es de fiar. A ver, dígame qué le parece.

Clavada a un tablón de corcho en la pared, Lew vio una fotografía de una sombría figura de blanco, con una bolsa de criquet, posando contra una de aquellas notables disposiciones de nubes por las que era famoso el campo de juego de Headmgley. La cara era borrosa, pero Lew retrocedió unos pasos para enfocarla mejor.

—¿Lo reconoce?

—No, aunque por un momento me lo ha parecido.

—Lo reconoce —añadió asintiendo astutamente, como para sí.

Lew tenía una molesta sensación gástrica, pero no veía razón para confirmar la suposición del Profesor. Así que soportó entera la misma historia que ya le había explicado Coombs De Bottle sobre el misterioso lanzador de bombas de gas.

—¿Quiere que lo busque? ¿Que lo acorrale, que lo entregue a la policía?

—No directamente. Tráigamelo aquí primero, si es posible. Sería de una gran importancia que hablara con él, cara a cara.

—¿Y si está en pleno intento de realizar uno de esos ataques de fosgeno?

—Oh, estoy seguro de que habrá un complemento de peligrosidad. Yo no puedo pagarle tanto, ya ve lo miserables que son las cosas aquí, es casi como si mi vida hubiera sufrido su propio atentado con gas; pero si lo entrega sano y salvo, otros serán más generosos.

—Así que no se trata de nada personal.

—Como hacer el tonto en la playa con la señora Renfrew..., lo siento, pero no, me temo que no... —La expresión de su cara la había visto Lew alguna que otra vez entre los británicos, una combinación de suficiencia y autocompasión, que él todavía no comprendía del todo pero que le advertía de que se anduviera con cuidado—. No, digamos que se trata de algo de una escala, ejem, más general. Que es la razón por la que usted podría tener algún problema con la policía. Han venido a visitarme más de una vez para advertirme que me mantenga al margen. De hecho, vienen desde Londres para informarme de que el «sujeto» en cuestión es competencia exclusiva suya.

—Puedo preguntar por Scotland Yard, ver de qué va todo esto. —Entonces, incapaz de resistirse, añadió—: A su colega alemán, ¿cómo se llama?, Werfner, ¿le interesa tanto ese pájaro como a usted?

—Ni idea. —La reacción de Renfrew pudo haber llegado a incluir un parpadeo, pero demasiado rápido para que Lew pudiera asegurarlo—. Aunque dudo que Werfner sepa diferenciar un lanzamiento a la cabeza de uno con efecto a la derecha en un partido de críquet. Pero ¡cómo!, ¿no se conocen todavía? ¡Menuda sorpresa se va usted a llevar!

Condujo a Lew a una habitación más pequeña, donde colgaba un globo terrestre brillante, hasta un poco por debajo de la altura de los ojos, de una delgada cadena de acero sujeta al techo; estaba rodeado por un éter de humo de tabaco, polvo casero, papel y encuadernaciones antiguas, aliento humano... Renfrew sostuvo el orbe en alto con ambas manos, como una copa de brandy, y lo hizo rotar deliberadamente como si sopesara la argumentación que quería hacer. Al otro lado de las ventanas, una lluvia luminosa barría los patios.

—Pues bien, aquí, mantengamos el Polo Norte en el centro, e imaginemos a efectos de demostración que el área que lo rodea sea sólida, un elemento desconocido sobre el cual no sólo se puede caminar sino también llevar maquinaria (hielo ártico, tundra helada), se ve que todo conforma una única gran masa, ¿no? Eurasia, África, América. Con el Asia Interior en el centro. Por tanto, si controla el Asia Interior, controla el planeta.

—¿Y qué me dice del otro..., del otro hemisferio?

—¿De esto? —Le dio la vuelta al globo y le soltó un golpecito de desprecio—. ¿Sudamérica? Poco más que un apéndice de América del Norte, nada más. O del Banco de Inglaterra si lo prefiere. ¿Australia? Canguros y tal vez un par de jugadores de críquet con un talento apreciable, ¿qué más? —Sus pequeños rasgos temblaban a la oscura luz vespertina.

»Werfner, maldito sea, perspicaz pero *unheimlich*, está obsesionado con las líneas férreas, la historia surge de la geografía, claro, pero para él la geografía primaria del planeta la conforman los raíles, que obedecen a sus propias necesidades, a sus conexiones, a los lugares elegidos y los evitados, a los centros que crean y las radiaciones que surgen desde ellos, a pendientes salvables e imposibles de salvar, a cómo se unen en canales, cruzan túneles y puentes que ya existen o existirán algún día, capital transformado en material..., y también a los flujos de poder que se manifiestan, por ejemplo, en movimientos masivos de tropas, ahora y en el futuro... Se presenta como el profeta de la *Eisenbahntüchtigkeit*, o ferroviariedad, en el que todo se acomoda a la matriz de los puntos estratégicos, cada uno tomado como un coeficiente en la ecuación no escrita del planeta...

Le estaba dando una clase. Lew encendió otro puro y se acomodó.

—¿Una visita agradable? —preguntó el Cohen un poco distraídamente, como si estuviera a punto de contar un chiste.

—Me ofreció un empleo.

—¡Formidable!

Lew resumió el caso del Caballero de las Bombas de Headingley, que el Cohen, como todo el mundo en las Islas Británicas salvo Lew, ya conocía a fondo.

—¿Me convierte esto en un agente doble? ¿Tengo que empezar a ponerme una nariz de payaso o algo así?

—Renfrew no puede engañarse acerca de su relación con el CRETINO. A estas alturas es muy probable que disponga de un informe completo sobre usted.

—Y entonces...

—Cree que podrá utilizarle.

—Del mismo modo que lo han estado haciendo ustedes.

—Ya, pero nosotros somos los puros de corazón, recuérdelo.

Pudo deberse a los efectos residuales del abuso de Ciclomita, pero Lew habría jurado que había oído unas multitudinarias carcajadas invisibles, además de una ovación.

En pleno mediodía, un mar de campanillas florecía por toda la ciudad al tiempo que los chicos sobrevolaban Murano, por encima de las inmensas chimeneas de arcilla roja y boca ancha conocidas como *fumaioli*, según el piloto local, Zanni.

—*Muy peligrosas*, las chispas, podrían volar el globo, *certo*.

Gotas de sudor salían despedidas desde todos los ángulos de su cara, como autopropulsadas. El cómicamente angustiado pero bonachón italiano había subido a bordo ese mismo día, después de que los aeronautas hubieran obtenido todas las autorizaciones de la rama Piacenza de los Chicos del Azar, conocidos en su Italia nativa como «Gli Amici dell’Azzardo». Tras dejar el *Inconvenience* en las instalaciones del astillero, a los chicos se les había concedido el uso temporal de una aeronave italiana de la misma clase, la semirrígida *Seccatura*.

Desde sus puestos, contemplaban ahora la ciudad-isla de Venecia a sus pies, que tenía algo de mapa de sí misma impreso en antiguo sepia, y a esa distancia, a la luz del día, ofrecía una imagen de ruina y desolación, aunque, más de cerca, la imagen se aclaraba y se distinguían un millón de tejas de un rojo algo más optimista.

—Como un enorme amuleto herrumbroso —comentó maravillado el Doctor Chick Counterfly—, caído del cuello de un semidiós, cuyo hechizo abarca el Adriático...

—Oh, en ese caso, quizá... —gruñó Lindsay Noseworth— deberíamos dejarte ahí abajo de inmediato, para que puedas frotarlo, o lo que sea que hagan los aficionados a los amuletos.

—Ten, Lindsay, frótame esto —sugirió Darby Suckling, desde su puesto ante el panel de control.

A su lado, Miles Blundell miraba atentamente pantallas con diales mientras recitaba una especie de mantra aletargado.

—La cifra italiana que parece un cero es la misma que parece nuestro «cero» americano. La que parece un uno es «uno». La que parece un dos...

—¡Basta, cretino! —gruñó Darby—, ¡ya nos hacemos una idea!

Miles se volvió sonriente hacia él, con las aletas de la nariz aspirando el olor ambiguo de cristal fundido que se elevaba de los vomitorios bajo ellos, y que sólo a él, de todos los miembros de la tripulación, le parecían agradables.

—Escuchad. —Desde algún lugar entre la bruma luminosa de allá abajo llegaba la voz de un gondolero, cantando de su amor, pero no por una *ragazza* con tirabuzones sino por la góndola negra como el carbón sobre la que en ese momento iba remando como en trance—. ¿Lo oís? —Las lágrimas se deslizaban por las convexidades del rostro de Miles—. ¿Oís cómo avanza en modo menor y luego en cada estribillo cambia a modo mayor? ¡Esas terceras de Picardía!

Sus compañeros de tripulación le miraron, luego se miraron entre sí y seguidamente, con un encogimiento de hombros colectivo, que a esas alturas ya era una costumbre, volvieron a las tareas de la nave.

—Ahí —dijo Randolph—, ahí está el Lido. Echemos una mirada al mapa...

Se acercaron a la barrera de arena que separaba la laguna veneciana del Adriático, descendieron hasta unas decenas de pies de altitud (o *quota*, como la denominaban los instrumentos italianos) y pronto reconocieron las llamadas *Terre Perse*, o Tierras Perdidas. Desde la antigüedad, numerosas islas habitadas se habían hundido bajo las olas, de manera que acabaron formando una considerable comunidad submarina de iglesias, tiendas, tabernas y palazzi donde se dirimían los asuntos pendientes y las búsquedas incomprensibles de generaciones de difuntos venecianos.

—Un poco al este de Sant Ariano y... *Ecco!* ¿Lo veis? Si no me equivoco, caballeros, es la Isola degli Specchi, o la Isla de los Espejos, nada menos.

—Discúlpeme, Profesor —dijo Lindsay con el ceño fruncido en gesto de desconcierto—, pero ahí no hay nada más que mar abierto.

—Intentad ver *por debajo* de la superficie —aconsejó el veterano aeronauta—. Seguro que tú, Blundell, lo puedes ver, ¿verdad? Sí, claro.

—Esto sí que es nuevo —se mofó Darby Suckling—. Una fábrica de espejos submarina. ¿Cómo vamos a llevar a cabo la misión?

—Con nuestra gracia acostumbrada —respondió cansinamente el Comandante de la aeronave—. Señor Counterfly, permanezca al lado de sus lentes, querremos tantas placas de este pequeño *stabilimento* como pueda hacer.

—Instantáneas del mar vacío... ¡guau! —la resentida *mascotte* retorció un dedo junto a su sien—, ¡no me digáis que el viejo no ha perdido la cabeza!

—Por una vez, me sentiría tentado de coincidir con Suckling —añadió sombríamente Lindsay Noseworth, como si hablara para sí—, aunque quizá lo expresaría con términos clínicos más precisos.

—Rayos, chicos, rayos —se rió entre dientes el Oficial Científico Counterfly, atareado con sus calibraciones fotográficas—, las maravillas de nuestra era, y que no os quepa duda de que ninguno de ellos será extraño al espectro de esta legendaria luz del sol italiano. Esperad a que volvamos a la sala de revelado y veréis un par de cosas, por Garibaldi que las veréis.

—*Ehi, sugo!* —gritó Zanni desde el timón, llamando la atención de Randolph sobre una aparición temblorosa en la lejanía, a estribor.

Randolph cogió unos prismáticos de la mesa de mapas.

—Caray, chicos, o eso de ahí delante es la cebolla voladora más grande del mundo o es el viejo *Bol'shaia Igra* otra vez, que viene de visita, sin duda con la intención de aprender un poco de cultura italiana.

Lindsay echó una mirada.

—¡Ah, esa mezquina chalana zarista! ¿Qué puede traerlos por aquí?

—Nosotros —apuntó Darby.

—Pero nuestras órdenes estaban selladas.

—¿Y? Alguien debió de desprecintarlas. No me vengáis ahora con que esos Romanovs no pueden pagar a un infiltrado, o incluso a dos.

Siguió un momento de lúgubre silencio en la cubierta, el reconocimiento de que, más allá de cualquier posible coincidencia, a dondequiera que hubieran ido últimamente, sin importar las medidas de seguridad y el secretismo adoptados en el cielo, tarde o temprano el inexorable Padzhitnov había acabado apareciendo en el horizonte. Fueran cuales fuesen las sospechas mutuas que hubieran florecido entre los propios chicos —que el más sencillo cálculo elevaría, al menos, a una veintena—, sus verdaderas aprensiones convergían en esos niveles invisibles «de arriba», donde las órdenes, que nunca llegaban firmadas ni atribuidas a nadie, se dictaban y distribuían.

A lo largo de todo el día, los chicos fueron incapaces de reprimir los comentarios sobre la presencia de los rusos y sobre cómo se habrían enterado. Aunque esa jornada no hubo ningún encuentro con el *Bol'shaia Igra*, la sombra de la envoltura bulbiforme y el amenazante centelleo de bronce de cañón por debajo se prolongarían hasta los últimos momentos de su escala en tierra.

—No insinuarás que quienquiera que dé las órdenes a Padzhitnov es amigo de confianza de quienquiera que nos dé las nuestras —se quejaba Lindsay Noseworth.

—Mientras sigamos cumpliendo con lo que se nos ordena —dijo Darby con el ceño fruncido—, no lo sabremos. Es el precio de una obediencia ciega, ¿no?

Era una hora avanzada de la tarde. Tras devolver la aeronave prestada al recinto de los A. dell'A. en el continente, la tripulación se había reunido para cenar en el jardín de una agradable *osteria* en San Polo, junto a un canal poco frecuentado o, como llaman los venecianos a esa vía fluvial, un *río*. Las esposas se asomaban a los pequeños balcones para recoger la ropa que se había estado secando durante todo el día. En alguna parte, un acordeón desgarraba corazones. Los postigos empezaban a cerrarse contra la noche. Por las estrechas *calli* parpadeaban sombras. Las góndolas y las barcas de reparto menos elegantes se deslizaban sobre unas aguas tan pulidas como el suelo de un salón de baile. Como un eco en el fresco crepúsculo, atravesando los conductos de viento que formaban los *sotopòrteghi* y doblando tantas esquinas ocultas que los sonidos podrían haber procedido de soñadores por siempre lejanos, uno oía los avisos extrañamente desolados de los *gondolieri* —«*Sa stai, O! Lungo, ehi!*»— mezclados con gritos de niños, tenderos, marineros desembarcados, vendedores callejeros, que ya no esperaban una respuesta, pero aun así eran apremiantes, como si intentaran retener lo que quedara de la luz del día.

—¿Qué opción tenemos? —dijo Randolph—. Nadie nos diría quién informó a Padzhitnov. ¿A quién podríamos siquiera preguntar, si todos son invisibles?

—A no ser que, por una vez, decidiéramos desobedecer..., entonces se presentarían rápidamente —afirmó Darby.

—Claro —dijo Chick Counterfly—, sólo tardarían lo necesario para aniquilarnos en pleno vuelo.

—Así que... —dijo Randolph sosteniéndose el estómago como si fuera una bola de cristal que moviera reflexivamente—, ¿se trata sólo de miedo? ¿Nos hemos

convertido en eso, en una pandilla de conejillos asustados vestidos con uniformes que deberían lucir hombres?

—Cemento de la civilización, 'nautas —gorjeó Darby—. Por siempre.

Las chicas que trabajaban allí, que hacía poco que habían bajado de las montañas o subido del Sur, se deslizaban entre las mesas, entraban y salían de la cocina, presas de un éxtasis comprimido, como si no dieran crédito a su suerte, al estar ahí, a la deriva en el mar pálido. Chick Counterfly, el más mundano del grupo y por tanto portavoz por defecto en los encuentros con el bello sexo que pudieran dar lugar a cualquier ambigüedad, le hizo señas a una de las atractivas *cameriere*.

—Que quede entre nosotros, Giuseppina (como un secreto de amantes): ¿qué has sabido esta semana de los otros *pallonisti* que andan por las lagunas?

—Así que amantes, ¿eh? ¿Qué tipo de «amante» —se preguntó Giuseppina, divertida pero audiblemente— pensaría tan sólo en sus rivales?

—¡Rivales! ¿Quieres decir que algún otro aeronauta (¡o quién sabe si más de uno!) pretende tener derecho sobre tu corazón? *Ehi, macché, Pina!*, ¿qué clase de «amada» es la que va maltratando a sus admiradores por ahí, como hojas de una ensalada?

—A lo mejor es que busca entre las hojas un gran *giadrul* —le sugirió su colega napolitana, Sandra.

—¡Capitán Pa-zi-no! —cantó Lucia desde la otra punta de la sala. Giuseppina pareció ruborizarse, aunque bien pudo deberse a la luz residual del crepúsculo por encima de los tejados.

—Pazino... —repitió Chick Counterfly levemente perplejo.

—Se dice Pa-chit-nof —pronunció Giuseppina mientras miraba a Chick con una sonrisa formalmente triste que, en esta ciudad de negociaciones eternas, bien podía significar: *Y bien, ¿qué puedo esperar a cambio?*

—¡Repugnante escupitajo de sapo! —exclamó Darby Suckling—, con todos los antros de espaguetis que hay en esta ciudad, ¿quieres que me crea que esos malditos rusos tienen que venir precisamente aquí? ¿Cuántos eran?

Pero ella había dicho todo lo que estaba dispuesta a decir y, tras desplegar por encima de un hombro desnudo una mirada de falso reproche dirigida al explícito joven, se marchó a cumplir otras tareas.

—Pavo de Acción de Gracias púrpura —sonrió radiante Miles Blundell, que esa noche había decidido, a modo de precalentamiento, empezar con el *tacchino* en salsa de granada, pruebas de lo cual decoraban ya el suéter de su uniforme de permiso.

—No es una noticia muy tranquilizadora, Capitán —murmuró Darby, que buscó el apoyo de los presentes recorriendo la mesa con la mirada—, a lo mejor tendríamos que saltarnos la comida y salir pitando de aquí.

—No es posible —afirmó Lindsay Noseworth con vehemencia—, sean cuales sean sus intenciones...

—Doctor Noseworth, muérdase la lengua —suspiró el Comandante de la Nave—, pues, como todos los presentes sabemos muy bien, ya hemos huido antes, y volveríamos a hacerlo otra vez, así que negarlo no mejorará nuestras posibilidades frente al Hermano del Cielo Padzhitnov. Por eso, mientras podamos (*dum vivimus, bibamus*), si nos haces los honores, Lindsay —dijo haciendo un gesto con el vaso de vino hacia el cubo lleno de hielo, en el centro de la mesa, donde se refrescaba el vino nocturno.

Con gesto sombrío, el segundo seleccionó y abrió dos botellas, un Prosecco de un viñedo sólo un poco al norte de allí y un Valpolicella de efervescencia comparable, pero más de tierra adentro, y a continuación rodeó la mesa para servir en cada copa cantidades iguales de los vinos blanco y tinto *frizzanti*.

Randolph se levantó y alzó su copa.

—Sangre roja, mente pura —dijo, y los demás lo repitieron al unísono con más o menos desgana.

Las copas de vino formaban una docena idéntica; cada una de ellas había empezado siendo una masa esférica de cristal fundido incandescente en la punta de una caña de soplador en Murano hacía tan sólo unos días. Decoradas con buen gusto en plata, con el blasón de los Chicos del Azar y el lema SANGUIS RUBER, MENS PURA, la docena de copas había sido un regalo que les había hecho ese mismo día el actual y clandestino Dogo en el Exilio Domenico Sfinciuno, cuyos antepasados, en 1297, junto con otros ricos y poderosos clanes venecianos de la época, habían sido inhabilitados para sentarse de nuevo en el Gran Consejo, negándoles así el derecho a ser elegidos para la más alta institución veneciana, por mandato del Dogo entonces en el cargo, Pietro Gradenigo, en su infame decreto conocido como el *Serrata del Maggior Consiglio*. Pero ni siquiera la abolición por parte de Napoleón del cargo de Dogo quinientos años más tarde tuvo el menor efecto sobre la reclamación de lo que, a estas alturas, generaciones de Sfinciuni instaladas en una curiosa inercia del resentimiento habían acabado considerando suyo por derecho. Mientras tanto, se dedicaron a comerciar con el Oriente. Tras el regreso de los Polo a Venecia, los Sfinciuni se sumaron a otros aventureros advenedizos igualmente relegados por el cierre patronal de Gradenigo, cuyo dinero era más reciente que el de la Case Vecchie pero más que suficiente para financiar una primera expedición, y se encaminaron hacia el este para hacer fortuna.

Y así fue naciendo en el Asia Interior una sucesión de colonias venecianas, cada una erigida alrededor de un oasis apartado, que formaban entre todas una ruta, una opción alternativa a la Ruta de la Seda, hacia los mercados de Oriente. Los mapas se guardaban celosamente, y la muerte era el precio habitual que pagaban quienes los divulgaban a gente no autorizada.

Los Sfinciuni se fueron enriqueciendo cada vez más, y esperaron, habían aprendido a esperar. Domenico no era una excepción. Como sus antepasados antes que él, lucía no sólo el clásico sombrero de Dogo con su punta de atrás vuelta hacia

arriba, sino también la *cuffietta* o gorra de lino tradicional por debajo, que normalmente sólo él sabía que llevaba puesta, a menos que quisiera mostrarla públicamente a invitados privilegiados, como, de hecho, los Chicos en ese momento.

—... y por eso —le dijo a los reunidos— nuestro sueño está hoy más cerca que nunca de realizarse, pues mediante los milagros de la invención del siglo xx que estos ilustres jóvenes científicos americanos nos han traído, tenemos esperanzas de recuperar por fin la ruta a nuestro destino asiático que nos usurparan los Polo y el maldito Gradenigo. ¡Benditos sean! A estos *ragazzi* no se les puede negar ninguna forma de respeto, ni simbólica ni práctica, a riesgo de provocar nuestro disgusto ducal, que es considerable.

—¡Vaya, es como si nos dieran las Llaves de la Ciudad! —exclamó Lindsay.

—Pues a mí me ha sonado más bien como «*Attenzione al culo*» —murmuró Chick—, que no se te olvide que este lugar es famoso por su industria de máscaras.

Vigoroso abogado de la discreción, a Chick las ceremonias como la de ese día le parecían tan innecesarias como peligrosas. Su misión en Venecia, más fácil de llevar a cabo sin las exigencias de tiempo y visibilidad que les imponía aquel acto, consistía en descubrir el legendario Itinerario de Sfinciuno, un mapa o carta de las rutas post-Polo al interior de Asia que, según muchos creían, llevaban hasta la mismísima ciudad secreta de Shambhala.

—Para empezar —les aconsejó su cicerone en la materia, el Profesor Svegli de la Universidad de Pisa—, procuren quitarse de la cabeza la imagen habitual en dos dimensiones. No es ése el tipo de «mapa» que están buscando. Intenten ponerse en la piel de Domenico Sfinciuno o de algún miembro de su caravana. ¿Qué necesitan para determinar dónde están y qué dirección seguir? Cuando las estrellas no siempre son visibles, ni tampoco picos como el Khan-Tengri..., ni siquiera el paraíso privado de Shiva, el Monte Kailash, que en ciertos momentos del día es un faro casi cegador a partir del cual uno puede hacerse una idea de la distancia y la orientación... Porque no sólo hay hitos sino también anti-hitos, pues cada faro es un caso de ceguera intencionada.

—Un momento —dijo Chick con el ceño fruncido como si estuviera desconcertado—, me da la impresión de que esta conversación está tornándose, cómo decirlo, abstracta... ¿Resultará que este Itinerario de Sfinciuno no es un mapa geográfico sino un relato de un viaje espiritual? Nada más que una alegoría y un simbolismo oculto...

—Y ni un oasis perdido en el que puedas conseguir una auténtica copa —añadió con amargura Darby—. Muchas gracias, Profesor. Ahora nos dedicamos al negocio de mercancías religiosas.

—El terreno es real, de este mundo, y en eso, como verán, radica precisamente el problema. Hoy en día, como en la época de Sfinciuno, hay dos versiones distintas de

«Asia» ahí fuera: una es el objeto de lucha política entre las Potencias de la Tierra, y la otra una fe atemporal en cuyos términos toda esa lucha terrenal no es más que ilusión. Aquellos cuyo persistente objetivo es el poder en este mundo están encantados de usar sin remordimientos a los otros, cuyo propósito es, por descontado, trascender cualquier disputa de poder. Cada grupo considera al otro una pandilla de ilusos.

»El problema radica en la proyección. El autor del Itinerario imaginaba la Tierra no sólo como una esfera tridimensional sino también, más allá de eso, como una *superficie imaginaria*, y las disposiciones ópticas requeridas para su proyección definitiva en la página bidimensional resultaron ciertamente extrañas.

»Así que tenemos una especie de anamorfoscopio, o, dicho sin duda con más propiedad, un paramorfoscopio, porque descubre mundos que están situados a un lado del que hasta ahora hemos considerado el único mundo que nos ha sido dado.

Los anamorfoscopios clásicos, siguió explicando, eran espejos, por lo general cilíndricos o cónicos, que cuando se situaban sobre, o en cualquier caso cerca, de una imagen intencionadamente deformada y se miraba desde la dirección apropiada, hacían que la imagen pareciese «normal» otra vez. El artilugio estuvo de moda en diversos periodos, desde fecha tan temprana como el siglo XVII, y los artesanos de la Isola degli Specchi no tardaron en aprender a suministrar material a ese mercado especializado. Sin duda, cierto porcentaje de ellos se volvieron locos y acabaron en el manicomio de San Servolo. La mayoría de esos desdichados no pudieron volver a mirar a ningún otro espejo, y se les mantenía rigurosamente alejados de las superficies reflectantes de cualquier tipo. Pero algunos optaron por adentrarse en los dolorosos pasillos de su aflicción y con el tiempo descubrieron que podían pulir superficies cada vez más exóticas, hiperboloides e incluso más raras, incluyendo por fin lo que podríamos denominar formas «imaginarias», aunque algunos preferían el término de Clifford, «invisibles». Estos especialistas siguieron en la Isola degli Specchi bajo una especie de reclusión tan estricta que, paradójicamente, les proporcionaba una libertad desconocida en Europa y, en realidad, en cualquier parte, hasta entonces y desde entonces.

—El Itinerario de Sfinciuno —explicaba el Profesor—, en una compilación de sus fuentes originales de los siglos XIV y XV, se encriptó como una de esas deformaciones paramórficas para que se pudiera recuperar de la invisibilidad con la ayuda de una configuración concreta de lentes y espejos, cuyas especificaciones exactas sólo conocían el cartógrafo y los artesanos, por lo demás completamente enloquecidos, que lo habían creado, así como los inevitables herederos y escogidos, cuyas identidades son todavía hoy objeto de vivo debate. En teoría, cada punto del endiabladamente codificado mapa tenía que ser reflejado, aunque en la práctica, dado que esto implicaba un grado del infinito que ni siquiera el Doctor Cantor en nuestra época conoce, el dibujante y el artesano que creaba el instrumento se conformaban con la resolución proporcionada por los que en aquella época eran los más modernos

microscopios complejos, importados de los Países Bajos, adelantándose (ya entonces superando incluso, como ha llegado a decirse) a los diseños plano-convexos del mismísimo Griendl von Ach.

En algún momento, antes de que se tuviera noticia oficial de su existencia, allá por 1669, la calcita o espato de Islandia había llegado a Copenhague. Tras descubrirse de inmediato sus propiedades birrefringentes, pronto se disparó la demanda del fantasmagórico mineral entre los científicos ópticos de toda Europa. Finalmente se descubrió que ciertas líneas y superficies «invisibles», análogas a los puntos conjugados en un espacio bidimensional, se volvían accesibles mediante lentes, prismas y espejos de calcita cuidadosamente tallados, aunque las tolerancias eran todavía más sutiles que las que se encontraban trabajando con cristal, de ahí que docenas y, con el paso del tiempo, cientos de artesanos se unieran a las multitudes de sus hermanos que ya vagaban por los lejanos paisajes de la locura.

—Así que —el Profesor seguía explicando—, si se acepta la idea de que los mapas empiezan como sueños, tienen una vida finita en el mundo y después se reanudan como sueños, podemos decir que estos paramorfoscopios de espato de Islandia, de los que no deben existir muchos ejemplares, si es que existen, revelan la arquitectura del sueño, de todo lo que escapa a la red de la latitud y la longitud ordinarias...

Un día, Miles Blundell, en una de sus habituales escapadas por Venecia para mirar los frescos en ruinas como si se tratara de mapas en los que las partes deterioradas por el tiempo fueran los océanos, o contemplar una extensión de piedra de Istria y leer en sus marcas naturalmente cursivas comentarios sobre una costa prohibida, se topó con algo que, en una investigación posterior, se revelaría como la visión profética de san Marcos, *pero invertida*. Es decir, volvió a las ciénagas y lagos del Rialto tal como eran en el siglo I: los cormoranes oscuros que se precipitaban a las aguas con torpeza, la cacofonía de las gaviotas, el olor a ciénaga, la inmensa respiración fricativa, como un susurro cercano, de los juncos bajo el *scirocco* que había desviado a su buque de su rumbo..., y allí, hundido hasta los tobillos en el cieno, era Miles el que aparecía como un Ser claramente ajeno a la región. No muy lejos, a cierta distancia de la costa indistinta, fondeaba un curioso bajel que parecía el medio en el que había llegado el Ser. No se trataba de la vela latina habitual; es más, no parecía tener ni velas ni mástiles ni remos.

—¿Estás seguro de que no era alguien que llevaba una máscara o algo así? ¿Y..., y qué me dices de ese *león alado*? —sobre el que Chick Counterfly, como Oficial de Interrogatorios, tenía un interés especial—, ¿y del Libro, de la página en la que estaba abierto?

—Con su cara humana, sí, la sonrisa ambigua a lo Carpaccio, la Porta della Carta y demás, todo ello un capricho de los artistas, me temo... A menos que te refieras a lo

que el Ser vio cuando me miraba.

—¿Y cómo sabes qué veía cuando...?

—Sé lo que se me dio a entender. Se me permitió convertirme en, como dirían por aquí, aptótico, sin inflexión, a veces incapaz de distinguir entre el sujeto y el objeto. Mientras seguía siendo yo mismo, era también el León Alado, sentía el peso añadido en los omoplatos, las obligaciones musculares imprevistas. El Libro, ¿qué quieres que te diga? De algún modo, me sabía el Libro de memoria, el Libro de las Promesas, las promesas hechas a salvajes, a remeros en galeras, a Dogos, a fugitivos bizantinos, a pueblos que vivían más allá de los límites conocidos de la Tierra, cuyos nombres son igual de poco conocidos... ¿qué importancia podía tener «mi» promesa en sus páginas, una simple promesa de que «aquí reposará el cuerpo de nuestro visitante», aquí, en un desierto de sal húmeda? Mientras en cualquier otra parte del Libro esperaban su resolución asuntos mucho más importantes, como matrimonios y concepciones, dinastías y batallas, convergencias de vientos exactas, flotas, clima y valores de mercado, cometas, apariciones, ¿qué importaba una promesa menor, incluso para el Evangelista? Él había partido para Alejandría, ¿no? Él sabía que su destino le aguardaba allí, que esto era tan sólo una interrupción, un viento perverso procedente de África, un falso desvío en el Peregrinaje en el que entonces creía que se encontraba.

—Eh, Miles —se burló Darby—, si te interesa, hay una vacante de Capellán de Unidad.

Miles, sonriendo con buen humor, prosiguió:

—El Ser quería que supiéramos que nosotros también estamos aquí en una Peregrinación. Que nuestro interés en el *itinerario sfinciunese* y la cadena de oasis que lo jalonan tiene menos que ver con el beneficio de aquellos que nos han contratado que con el nuestro propio. Cuando hayan caído todas las máscaras, se tratará en realidad de una investigación sobre nuestro deber, sobre nuestro destino. Que no consiste en penetrar en Asia con la esperanza de enriquecernos. Que no está en perecer en los desiertos del mundo sin alcanzar nuestro objetivo. Que no es ascender en las jerarquías del poder. Ni descubrir fragmentos de ninguna Cruz Verdadera pero imaginada. Del mismo modo que los Franciscanos concibieron las Estaciones de la Cruz para permitir que cualquier feligrés viajara a Jerusalén sin dejar los terrenos de su iglesia, así hemos sido traídos aquí por los senderos y pasajes de lo que creemos que es un mundo casi sin límites, pero que en realidad es sólo un circuito de humildes imágenes que reflejan una gloria mayor de la que podamos imaginar, para ahorrarnos el espanto cegador de tener que realizar el verdadero viaje, pasando de un episodio al siguiente del último día de Cristo en la Tierra hasta llegar finalmente a la real e insoportable Jerusalén.

Chick Counterfly, cuyas lealtades se encontraban en un mundo más tangible, sin embargo sintió, como siempre, una punzada de culpabilidad ante la pasión con la que Miles contaba sus visiones. A medida que avanzaba su misión veneciana, Chick

desatendía cada vez más los quehaceres de a bordo y se sentía crecientemente atraído por los *sotopòrteghi* de la ciudad, por las ocasiones de aventura que brindaban esos tenebrosos callejones. En uno de los cuales, un anochecer húmedo y brumoso, una joven de nombre Renata, entre movimientos de sus rizos oscuros, le llamó agitando una pitillera de plata rusa y Niel, que se abrió de golpe descubriendo una serie de «pitillos» austriacos, egipcios y americanos de formas y tamaños variados, con vitolas estampadas en oro y textos en exóticos alfabetos como el glagolítico, antiguo y moderno.

—Los voy recogiendo, aquí y allá, de amigos. Casi nunca veo dos iguales en una misma noche.

Chick eligió un Gauloise y luego ambos los «prendieron», mientras ella le sostenía suavemente la muñeca al modo tradicional, fingiendo que examinaba su encendedor de cuero.

—Nunca había visto uno como éste. ¿Cómo funciona?

—Lleva un pequeño prisma de aleación radiactiva dentro, que emite ciertos rayos *energéticos* que pueden concentrarse, mediante «radio-lentes» inventadas especialmente para él, y dirigirse a un punto cerca de donde está la punta del cigarrillo, bueno, *scusi*, de donde estaba.

Renata le miraba con expresión reflexiva desde unos ojos enormes de un curioso color bronceado verdigrisáceo.

—Y fue usted, *Dottore*, el que inventó esas lentes especiales.

—Bueno, no. No se han inventado todavía. Las encontré yo (¿o me encontraron ellas a mí?); un pescador en la niebla, lanzando sus redes una y otra vez al río invisible, al fluir del Tiempo, con la esperanza de recuperar artefactos como éste.

—*Affascinante, caro*. ¿Significa eso que, si vivo lo suficiente, llegaré a ver esto algún día en el Rialto a docenas?

—No necesariamente. Tu propio futuro puede que nunca lo incluya. Ni el mío. No parece que el Tiempo funcione así.

—Umm. Mi *ragazzo*, bueno, algo más, también mi socio, está con la policía. Quiere ser detective algún día. Siempre está leyendo las últimas teorías criminales, y sé que le interesaría...

—No-no-no, por favor. No soy uno de los *mattoidi* del Doctor Lombroso, sólo un simple tripulante de globo.

—Pero no otro ruso.

—¿«Otro»?..., ¿estás segura? —preguntó acariciándose con picardía las patillas.

—Puede que me haya encontrado con un par y que sea capaz de reconocerlos.

—¿Y...?

—¿Que si me acordaría?

—*Prego*, por curiosidad profesional, nada más.

—Ven, hay un *caffè* nada más cruzar el siguiente puentecito. Al menos, espero que me dejes echarte las cartas.

—Tu socio...

Un encogimiento de hombros.

—En Pozzuoli, con malas intenciones.

Se sentaron a una pequeña mesa chapeada, con espacio apenas suficiente para sus tazas y el despliegue de las diminutas *Tarocchi*, o cartas del Tarot. Renata había extraído una baraja de su bolso; mezcló las cartas y desplegó una hilera de ocho en la base, por encima una de cuatro, luego una de dos y por último una sola, formando un tosco vértice.

—Cada carta está influida sólo por las dos inmediatamente inferiores. La última de todas, como siempre, es la que importa.

Y esa noche resultó ser la número XVI, La Torre. Ella barajó y desplegó las cartas dos veces más, y en ambas la última fue La Torre, lo cual hizo que ella bajara la voz y respirara menos profundamente. Los demás Arcanos Mayores que salieron no parecían más que amables insinuaciones sobre la reforma de la personalidad, como La Templanza y La Fortaleza.

—En los países protestantes como Inglaterra —comentó Chick—, los que leen estas cartas creen que La Torre significa la Iglesia de Roma.

—Una idea tardía. Las *Tarocchi* son mucho, mucho más antiguas. De mucho antes de Cristo y de los Evangelios, ni que decir tiene del papado. Siempre muy sencillo. Esta carta, sobre esta mesa, es para ti una torre de verdad, puede que se trate incluso del viejo *Papà* en persona.

—¿El Campanile de la Piazza? ¿Va a ser alcanzado por un rayo? ¿Dos grupos van a caerse de él?

—Una especie de rayo. Una especie de caída.

Al amanecer, como si acabara de ocurrírsele:

—Pero... ¿no tendrías que estar con tu unidad?

—A partir de la medianoche ya se me consideraba «rezagado» oficialmente y, dependiendo de lo temprano que quieran ponerse en marcha, también podría perder la nave.

—¿Qué pasará?

—Podrían enviar un grupo a por mí, supongo... ¿Ves a alguien sospechoso por ahí?

—Sólo la barca del desayuno. Vamos, te invito a algo.

Dos venecianos en una pequeña barca habían emergido del contorno brumoso e iluminado del *sfumato*, que no escamparía hasta una hora más avanzada de la mañana; uno remaba y el otro atendía una pequeña cocina de carbón cuyo resplandor estaba a punto de verse absorbido por el oleaje nacarado de la luz del día. Se veían buscadores de mejillones en el agua, que les cubría sólo hasta la cintura, moviéndose como cosechadores en un campo. Barcos con productos agrícolas de más allá del

Ponte di Paglia se deslizaban suavemente, y se oían las ruidosas peleas de los cangrejos verdes que cargaban pequeñas barcas.

El desayuno fue interrumpido sin ninguna elegancia por Darby Suckling, que descendió haciendo rápel desde algún asidero sobre sus cabezas, con una sonrisa burlona.

—Jesús, qué *‘típico’*. Vamos, Counterfly.

—*Pax tibi, Darbe*. Saluda a Renata.

—Arrivederci, hermana.

—Antes eras un chico muy amable. ¿Qué te ha pasado?

—Eeeeh, demasiadas debilidades con las que lidiar a lo largo de los años, supongo; oh, lo siento, espero no haber ofendido...

—¿Y si *no* vuelvo a la nave?

—Ya, claro... Primero tú, luego los demás, uno tras otro, como en una maldita Sinfonía de los Adioses, apagamos nuestras velas, nos vamos, dimitimos del Cielo. No lo creo.

—No me echaríais de menos, los vientos no tardarán en cambiar, luego llegará el invierno...

—El Cielo te ha sentado bien, Counterfly.

—Estoy pensando en el futuro. Tengo algunos problemas con el plan de jubilación.

El comentario era un viejo dicho en la profesión, pues no había ningún plan de jubilación, es más, no se jubilaban. De los Chicos del Azar se esperaba que murieran en sus puestos. O que vivieran para siempre; de hecho, había dos escuelas de pensamiento al respecto.

—Supongo que podría golpearte con una porra de goma y llevarte de vuelta —gruñó Darby. Se había sentado con ellos en una mesita fuera para compartir el desayuno de pescado a la parrilla, bollos, higos y café.

—Demasiado tráfago para ti solo —dijo Chick.

Pasearon por la Riva, por delante de una hilera de barcos torpederos amarrados allí.

—¿Tienes trabajo en tierra? —preguntó Darby—. Bueno, no te costará encontrar algo, chaval. Pero ¿haciendo qué? No es que haya muchas oportunidades para nuestros conocimientos aquí abajo.

—Nos hemos apartado de la fiesta, de eso no hay duda —dijo Chick.

—Seguro que tu Padzhitnov no opina lo mismo.

—Eso es cosa del gobierno. Según mis fuentes en el Ministerio de la Guerra italiano, tiene la base en la otra orilla del Adriático, en Montenegro, y se dedica a tomar fotografías de reconocimiento de las instalaciones austriacas en Dalmacia. El Ministerio está muy interesado, por no mencionar los elementos irredentistas de ambos países.

—Últimamente se lleva mucho esa tontería del irredentismo —le pareció a Darby.

—Austria no pinta nada aquí, en el Adriático —afirmó Renata—. Nunca ha sido una nación marítima y nunca lo será. Que se queden en sus montañas y se dediquen a esquiar, que coman chocolate e incordien a los judíos, o lo que sea. Hemos recuperado Venecia, y Trieste no tardará en ser nuestro otra vez. Cuanto más se entrometan, más segura y completa será su destrucción.

El *Inconvenience* se encontraba en una zona remota del Arsenal, fuera, por fin, del dique seco, resplandeciente y en orden, y hasta parecía que había aumentado de tamaño. Chick saludó a sus compañeros, que estaban agitados y nerviosos por la noticia de que sus homólogos rusos habían sido vistos elevándose, tras subir a bordo cierta cantidad de cajas y toneles, como si se prepararan para una batalla.

—¿Contra quién? —preguntó Darby encogiéndose de hombros—. Contra nosotros, no. ¿Cómo íbamos a ser nosotros?

—¿Hay alguna manera de ponerse en contacto con Padzhitnov? —preguntó Chick.

Pugnax llegó en compañía de *Mostruccio*, un perro veneciano, pequeño y malhumorado, que guardaba un parecido ancestral con aquellos pintados por Carpaccio, Mansueto y otros, algunos de los cuales tenían sus propias góndolas privadas para pasear. Tras emerger de sueños en los que, alado como cualquier león, había remontado el vuelo persiguiendo palomas por encima de las tejas y entre las chimeneas, *Mostruccio* se veía constreñido a pasar sus horas de vigilia a ras de suelo atacando con amargura los tobillos de los descuidados... Había encontrado un alma comprensiva en *Pugnax*, pues éste, debido a las numerosas semanas que pasaba encerrado en la góndola del *Inconvenience*, también soñaba con la libertad, con correr a primera hora de la mañana con un viento frío, dejando atrás a cuantos humanos le acompañaran, por las playas desiertas de Florida, duras como una calzada, o por los ríos helados de Siberia donde los samoyedos corrían juntos con un espíritu de amistosa competición. Se acercó a Randolph, dispuso las cejas en formato de petición y preguntó:

—¿Rrr Rr-rrururu rrf rr-rrff, rr rfff rrrfr?

Es decir:

—¿Puede subir a bordo *Mostruccio* como invitado mío?

Abajo, los transeúntes se movían a su paso habitual, se sentaban en las mesas de las terrazas de Florian y Quadri, si eran francófilos brindaban por el Día de la Bastilla, comían, se fotografiaban o maldecían a las palomas que, conscientes de cierta torva anomalía en su cielo, batían las alas sincopadamente en el aire y luego, tras pensárselo mejor, se posaban, si bien alzaban el vuelo un momento más tarde, hacia el cielo, como impulsadas por la fuerza de un rumor.

Vistas desde el suelo, las aeronaves rivales eran más hipotéticas que literales: objetos de temor y profecía, de los cuales se decía que se desplazaban con una velocidad y una maniobrabilidad inalcanzables para cualquier aeronave oficial de la época, objetos condensados o proyectados desde los sueños, las lejanías, las soledades. En los momentos que precedieron al derrumbe del Campanile, hubo quienes pudieron presenciar el combate en el cielo, entre ellos ciertos *lasagnoni*, que siempre andaban por la Piazza, registrados a lo largo de las estaciones por miles de turistas fotógrafos en imágenes que llevaban de vuelta a casa en la silenciosa diáspora otoñal, borrosos cual murciélagos al crepúsculo, a menudo visibles apenas como gestos en sepia delante de la fachada soñadora de la Basílica de San Marcos, o de las iteraciones más seculares de la Procuratie..., debido, se dice, a las largas exposiciones que requiere la húmeda luz de Venecia, pero en realidad a causa de la doble ciudadanía de los aeronautas en los reinos de lo cotidiano y lo fantasmal, el caso es que fueron esos *lasagnoni* quienes tuvieron asegurada la claridad de visión para presenciar la batalla. Ellos solos. Llevados por los sueños, como la tristemente famosa población de palomas, contemplando el cielo, esa mañana se dieron cuenta de que algo más emergía del *sfumato*, cierta visita..., algo que iba a trascender tanto a los Chicos como a los Tovarishchi, porque de repente se oyó un tremebundo grito ronco que procedía de lo invisible, un grito casi material, una impedancia letal en el aire, como si algo malévolo hiciera todos los esfuerzos posibles para cobrar forma y abatirse sobre el mundo con una serie de largas y restallantes percusiones, como si desgarrara el tejido del tetraespacio mismo. A cada salva, las dos aeronaves se abrían en ángulos casi imposibles de interpretar correctamente, tanto se había deformado el medio a través del cual debe pasar la luz.

Un vértigo parecía haberse apoderado de los pensamientos de ambas tripulaciones. El saberse apuntados por otras armas les agobiaba a todos, como una maldición, con la poca comprendida serie de enigmas de lo simultáneo. Por unos grados o incluso minutos de arco, sus artilleros estaban aboliendo el Tiempo: lo que veían «ahora» en las mirillas era en realidad lo que no existía todavía *pero existiría* dentro de sólo unos segundos a partir de «ahora», dependiendo de si la plataforma y el blanco de cada uno mantenía el rumbo y la velocidad; o bien eran idealizaciones de «rumbo y velocidad», dado que los vientos estaban modificando ambas variables de un modo no completamente previsible.

El Campanile osciló inmensamente hasta dibujar una pronunciada diagonal, ensuciado por las palomas, con manchas claras y oscuras; y tras haber perdido visiblemente la verticalidad, se inclinaba como si estuviera a punto de confiar un secreto, macilento como el borracho del pueblo...

Al instante, Padzhitnov vio que el antiguo edificio se deshacía limpiamente en una multitud de agrupamientos de cuatro ladrillos, cada uno rodeado de un contorno luminoso, y quedaba suspendido por un momento en el espacio, mientras el tiempo se ralentizaba y se daban todas las permutaciones posibles de formas, para a

continuación empezar su suave e inofensivo descenso, rotando y desplazándose de todos los modos existentes, como si se esforzara por satisfacer a un grupo enloquecido de análisis de teoría de grupos, hasta que lo absorbió la nube de polvo que se elevaba, oscureciendo todas esas consideraciones en un borrón ocre crudo de incertidumbre.

Entre sus armas, los chicos habían subido a bordo su propio y exclusivo modelo de *torpedo aéreo*, inventado por el Doctor Chick Counterfly con el propósito no tanto de aniquilar, o siquiera de dañar, una aeronave enemiga cuanto de «recordarle su innata susceptibilidad a la gravedad». La versión normal la componían seis proyectiles, que los Chicos conocían como «peces del aire» y que constaban en la lista de la declaración de armamento del *Inconvenience* como Dispositivo Contravuelo. La cuestión que no se planteó durante la sesión de debate poscombate celebrada aquel día, justo después del rancho del mediodía, era si podría haber sido uno de esos proyectiles —disparado al *Bol'shaia Igra* sin tener en cuenta cierto número de factores críticos, como la humedad— lo que había derribado el Campanile.

—Lo que había permanecido en pie durante mil años —anunció Randolph—, lo que ninguna tempestad ni terremoto, ni siquiera el catastrófico Napoleón Bonaparte, pudieron rozar, nosotros lo hemos derribado con nuestra torpeza en un instante. ¿Cuál será el próximo blanco de nuestra ineptitud? ¿Notre Dame? ¿Las Pirámides?

—Fue un accidente de guerra —insistió Lindsay—. Y ni siquiera estoy seguro de que hayamos sido nosotros los responsables.

—¿Quieres decir que de hecho viste algo, Noseworth? —preguntó Chick Counterfly.

—Lamento —dijo Lindsay sorbiéndose la nariz— que en el calor de la batalla raramente haya encontrado tiempo suficiente para la *observación científica*, aunque la bien conocida propensión del otro Comandante a atacar sus blancos con mampostería caduca indicaría en gran medida, por no decir necesariamente, que...

—Pero ahí arriba no nos encontrábamos en la trayectoria de caída de la torre —señaló con paciencia Chick—. Teníamos el indicador del tiempo atmosférico. Nos abalanzábamos sobre ellos...

—... lo que, sumado a su rápida partida —proseguía Lindsay, ausente—, como si se avergonzaran de lo que habían hecho...

—Eh, Lindsay, todavía puedes alcanzarlos si te das prisa —se mofó Darby.

—O podríamos enviar tras ellos a *tu progenitora*, Suckling: con que sólo la atisbaran, sería lo bastante letal para comprometer su moral de combate, además de para *transformarlos a todos* en mampostería, claro...

—Pues *tu madre* —replicó el rápidamente ofendido joven— es *tan fea* que...

—Caballeros —les suplicó Randolph, en cuya voz no hacía falta mucha clarividencia para detectar una postración neurasténica que sólo era capaz de resistir con gran dificultad—, puede que hoy hayamos cometido un gran agravio contra la

Historia, en comparación con el cual esta riña mezquina se encoge hasta una insignificancia submicroscópica. Por favor, sean tan amables de guardársela para otro momento más tranquilo.

Acordaron reunirse con el Capitán Padzhitnov y sus oficiales en un tramo casi desierto de la playa del Adriático sobre el Lido, hacia Malamocco. Los comandantes se abrazaron con una curiosa mezcla de formalidad y pena.

—Esto es espantoso —dijo Randolph.

—No fue el *Bol'shaia Igra*.

—No. No lo pensábamos. Tampoco fue el *Inconvenience*. Pero, entonces, ¿quién? El aeronauta ruso parecía debatirse con algunas dudas éticas.

—St. Cosmo, usted sabe que ahí fuera hay alguna otra cosa.

—¿Cómo qué...?

—¿No ha visto nada? ¿No ha detectado nada extraño?

—¿Quiere decir sobre la Piazza?

—Quiero decir en cualquier sitio. En esto la geografía no importa.

—No estoy seguro.

—Aparecen salidos de..., de algún otro estado, y se desvanecen de vuelta allá de donde vinieran.

—¿Y cree que fueron ellos los que derribaron el Campanile? —preguntó Chick—. Pero ¿cómo?

—Rayos vibratorios, es todo lo que hemos podido averiguar —dijo el tripulante homólogo de Chick, el Doctor Gerasimov—. Ajustables a la frecuencia simpática exacta del blanco, lo que induce una oscilación divergente.

—Qué oportuno —susurró lúgubrementes Lindsay— que no puedan analizarse los escombros para buscar pruebas de los trozos cuádruples de ladrillos que ustedes se solazan en lanzar sobre cualquiera que les desagrade.

El ruso, acordándose de la imagen del derrumbamiento, sonrió lánguidamente.

—Sólo recurrimos a los tetralitos cuando nos enfadamos —dijo—, un detalle que aprendimos de los japoneses, quienes nunca, a menos que quieran insultar, regalan nada por cuatro, pues la letra japonesa para «cuatro» es la misma que para «muerte».

—¿Ha estado en Japón, Capitán? —preguntó Randolph mientras le clavaba una mirada asesina a Lindsay.

—En estos tiempos, en una profesión como ésta, ¿quién no ha estado?

—¿No conocerá al señor Ryohei Uchida...?

Asintió, y los ojos le brillaron con un odio entusiasta.

—Un cabrón al que llevamos intentando asesinar desde hace dos años. Casi lo pillamos en Yokohama con un bonito fragmento en ángulo recto, estuvimos tan cerca que, de hecho, él se encontraba *dentro del ángulo*, pero fallamos por milímetros, *polny pizdets!* ¡Menuda suerte tiene ese hombre!

—Pues parecía un caballero educado cuando nos entrevistó para la misión.

Padzhitnov entrecerró los ojos cansinamente.

—¿La misión?

—El año pasado su gente, ¿una organización llamada la Sociedad del Dragón Negro?, quiso contratarnos para una vigilancia aérea rutinaria.

—St. Cosmo, ¿está usted loco? ¿Por qué me cuenta eso? ¿Es que no sabe quiénes son?

Randolph se encogió de hombros.

—Una organización patriótica de cierto tipo. Quiero decir que puede que sean japoneses, pero se enorgullecen de su país como lo haría cualquiera.

—¡*Smirno*, joven globero! ¡Se trata de una cuestión política! El propósito del Dragón Negro es alterar y destruir la presencia rusa en Manchuria. Manchuria es rusa desde 1860, pero tras la guerra con China, los japoneses creen que les pertenece. Incumpliendo los tratados y pasándose por el forro el Ferrocarril Oriental Chino, los deseos de las Potencias Europeas, e incluso su propia promesa de respetar las fronteras chinas, los japoneses están reuniendo a los peores criminales de Manchuria, armándolos e instruyéndolos como fuerzas guerrilleras para luchar allí contra nosotros. Le respeto, St. Cosmo, y me cuesta creer que llegara siquiera a plantearse trabajar para esa gente.

—¿Manchuria? —preguntó desconcertado Randolph—. ¿Por qué? Es una ciénaga miserable. Helada la mitad del año. ¿Por qué iba a tomarse nadie tantas molestias por ella?

—Por el oro y el opio —dijo Padzhitnov encogiéndose de hombros, como si todos lo supieran.

Randolph no tenía ni idea, aunque entendía, en teoría, que algunos elementos del mundo de la superficie fueran a la guerra por el oro (estaba pasando en Sudáfrica en ese mismo momento), incluso se decía que el «estándar oro» era un factor en la agitación social que recorría en la actualidad Estados Unidos. También sabía que hacía sesenta años se habían librado las «Guerras del Opio» entre China y Gran Bretaña. Pero entre la historia y las emociones a ras de suelo que la impulsaban, como, pongamos, el temor a ser pobre, o la bendición de librarse del dolor, se extendía un extraño intervalo en el que tenía prohibida la entrada. Frunció el ceño. Ambos grupos se habían sumido en un silencio perplejo.

Más tarde, al repasar la conversación, a Chick Counterfly le pareció que Padzhitnov había adoptado un tono poco sincero.

—Ningún comentario sobre la cuestión de Manchuria puede pasar por alto, a no ser interesadamente, el Ferrocarril Transiberiano —señaló—. Desde una altitud suficiente, como hemos observado con frecuencia, ese gran proyecto parece casi un organismo vivo, consciente, me atrevería a decir, con necesidades y planes propios. Para nuestros propósitos inmediatos, esa vía, al abrir regiones inmensas del Asia Interior, sólo puede hacer más inevitable el acceso de los rusos y, hasta cierto punto, de los europeos a Shambhala, dondequiera que esté.

—Entonces...

—Tenemos que asumir que, como nosotros, están aquí por el Itinerario de Sfinciuno.

Mientras tanto, como una forma de oración arquitectónica, se habían emprendido planes civiles para la reconstrucción del Campanile *dov'era, com'era*, como si los estragos del tiempo y la entropía pudieran invertirse. La tesitura del coro de las campanas de la ciudad había cambiado; sin la más profunda de ellas, La Marangona, que era la que los podía anclar, los aeronautas sentían más cerca el tirón del cielo y la partida inminente. Como si una polaridad significativa se hubiera invertido y ellos ya no se sintieran retenidos sino convocados. O, como dijo Miles una velada cuando se ponía el sol:

—Las campanas son los objetos más antiguos. Nos llaman desde la eternidad.

Deuce y Sloat compartían habitación en la finca de Curly Dee, en el valle, donde Curly y su esposa dirigían una especie de rancho de paso para fugitivos, jornaleros, amenazas para la sociedad y casos varios de imbecilidad moral, una casucha sórdida y demasiado pequeña que se caía entre los postes, y cuyo tejado, dado lo poco que protegía en caso de tormenta, bien podía ser de tela metálica.

—¿Y si nos acercamos al pueblo, nos buscamos unos conejitos y los traemos aquí?

—Uno no trae mujeres a un sitio como éste, Sloat. Se distraen, no ven más que el jugo de tabaco, las ratas, los restos de comidas pasadas, y eso las pone de mal humor.

—¿No te gusta esta habitación?

—¿Habitación? Pero si no llega ni a establo.

—No me gustaría nada que te volvieras *casero* o algo así.

—Más vale que vayamos al pueblo. A Big Billy's o a Jew Fanny's, o a cualquier otro sitio.

Fueron a caballo. El alumbrado eléctrico se les echó encima para saturarlos, y les volvió del revés las arrugas de la ropa y la piel. Un bullicioso hervidero de voces humanas y animales. Algunas expresaban dolor, otras diversión, y aun otras parecían estar haciendo negocios. Telluride. Creede, pero con una sola vía de entrada y salida.

—¿Y si entramos un momento en el Cosmopolitan a echar un vistazo?

—¿Por qué? Los únicos conejos que hay ahí cazan ratones.

—Tú sí tienes conejos en la mollera, Big S.

—Prefiero un cigarrillo de opio —dijo apartándose mientras Deuce sacaba su 44 y la blandía jugando.

Una taimada referencia al idilio intermitente de Deuce con Hsiang-Chiao, que trabajaba en una lavandería de esa calle. Era ya una vieja costumbre entre los dos socios, y de hecho cada uno de ellos iba a buscar por su cuenta su diversión preferida esa noche, y sólo se volverían a encontrar unas horas más tarde, tras pasar unas horas en esa resplandeciente ausencia de noche por la que Telluride era famosa.

Poco antes del alba, Deuce entró dando tumbos en el restaurante Nonpareil, mientras que Sloat lo hizo con la escopeta apoyada sobre el hombro. El local estaba lleno de borrachos hambrientos. Vaqueros con habilidades sociales mal desarrolladas perseguían entre las mesas a coristas de salón que no estaban tan cansadas como para no moverse con la rapidez necesaria. El local estaba recargado de humo de grasa. Mayva entraba y salía de la cocina y además se ocupaba de las mesas que Lake no atendía. Ambas mujeres mantenían un buen ritmo de ajeteo resuelto, como si dejaran que los mil detalles del día llenaran lo que de otro modo habría sido un vacío insoportable.

Deuce lo interpretó como «inquietud femenina», que él creía entender. Cuando Lake se acercó a preguntar con una elevación silenciosa de las cejas y la barbilla si iban a comer o sentarse, él no se fijó en lo deseable que era. Lo que le sorprendió fue

el modo en que mantenía cierto fuego en la mirada, muy infrecuente en una cocinera, unas llamas que no apagaría ningún turno de trabajo por prolongado que fuera. Más tarde también reconocería en ellas una oscuridad igual de indeleble, que no podía ser, pero tal vez era, la mancha de un pecado secreto.

—No tengáis prisa, chicos, la carreta de la comida tiene que llegar antes de mediodía, y seguro que trae algo que podáis jalar.

—Admiraremos el escenario —dijo zalamero Deuce.

—Nada comparable en Cañon City, espero.

—Oooh —dijo Sloat en voz baja y valorativa.

—Café —dijo Deuce encogiéndose de hombros.

—¿Estás seguro? Piénsatelo bien.

—Lake —la llamó Mayva desde la cocina, casi a la par que Sloat murmuraba «Deuce».

El vapor y el humo salían rizados de la ventana de la cocina formando conos con la luz eléctrica blanca que emergía de las bombillas fijadas en palos de higuera a rayas. En la calle se oía una rápida conversación en chino. Ecos prolongados de explosiones llegaban desde algún punto del valle. Los pitidos de las minas silbaban en las montañas. Llegó la mañana escurriéndose entre los párpados y las suelas de las botas, bienvenida como un alguacil con las alforjas llenas de órdenes de detención. Lake se encogió de hombros y volvió al trabajo.

Sloat se sentó asintiendo con una sonrisa de satisfacción profunda e íntima.

—Civiles, ah, Dios mío. Ese opio va a darte por saco, pequeño ‘*amigo*’.

—Tanto me da lo que piensen los demás, Sloat.

Mientras tanto, en la cocina:

—Ándate con cuidado con tus flirteos, Lake, ese vaquerito es mercancía peligrosa.

—Mamá, si ni he entendido su nombre.

—Te he visto. Por aquí pasan cien hombres al día, algunos de ellos personas normales de cuello blanco de celuloide, y a éstos, ni los miras, sólo trabajas, pero entonces entra un pequeño tipo duro de mirada furtiva con el peligro grabado de pies a cabeza, y ya estás preparada para..., bueno, no sé para qué.

—Yo sí.

—Lake...

—Era broma, mamá.

¿Qué era, en concreto, lo que había estado empezando a resonar tan dentro de Lake, tañendo en el fondo de su ser, invisible por la noche...? ¿Fue acaso el modo en que la cara de él aquella mañana, incluso con el humo que viciaba la sala, había emergido lentamente a la claridad? Como un viejo recuerdo, más antiguo que ella misma, de algo que había sucedido, y que supo que tendría que revivir... Y el modo

en que él la miraba: una *mirada resabiada*, peor que la de la mayoría de los inútiles engreídos que conocía, que ya daba todo por supuesto, pero que ni siquiera parecía proceder de él, sino de algo *exterior a ambos*. Debía de ser la altitud.

En cuanto a Deuce, por descontado que «sabía» quién era ella: la chica *tenía la misma cara que aquel hombre*, por el amor de Dios. Deuce era un cliente de poca estatura, apenas más alto que ella, en una lid justa hasta es posible que la chica le hubiera ganado, pero esa pelea no era justa. Nunca lo sería. Su ventaja, eso creía él, se debía al halo envenenado del asesino a sueldo, a la maldad pura de cuanto hacía cuando no estaba con ella. Las mujeres podían decir lo que quisieran, hasta el día que las vacas volaran, pero la verdad era que no había ninguna que, en secreto, no amara a un asesino.

Y resultó, tanto para sorpresa de Lake como de todos los demás, que ella era una de esas jovencitas apasionadas que creían, como les gusta decir a las señoritas mexicanas, que sin amor no se puede vivir. Que cualquier intrusión de ese sentimiento en su vida sería como una carcajada inesperada o una revelación religiosa, un regalo del más allá que no podía dejar escapar y fingir que se había ido para siempre. Desgraciadamente, «eso» había aparecido ahora en la forma de Deuce Kindred, por quien su aborrecimiento sería ya inseparable de su pasión.

Complicando las cosas, pero sin quitarle el sueño por las noches, estaba el joven Willis Turnstone, el médico del Hospital de Mineros al que había conocido cuando ella trabajaba allí antes de que la contrataran en el restaurante. Willis era muy directo y no tardó más que un paseo entre las flores silvestres en declarar sus intenciones.

—No puedo decir que te ame, Willis —le respondió ella, pensando que le debía una respuesta igual de directa. Por entonces ya había conocido a Deuce, y sabía que ahí tenía al amor de su vida y a su casi invisible sombra, y no le hacía falta esperar demasiados latidos de su corazón para reconocer la diferencia.

—Eres un trocito de calicó tan deseable... ¿cómo es posible que no te hayas casado todavía? —fue como Deuce planteó su declaración.

—Creía que tenía que tomarme mi tiempo, supongo.

—El tiempo es algo que se te da —filosofó él—, uno no lo toma.

No era exactamente un reproche ni tampoco tenía mucho de súplica, pero ella debió de captar algo.

—Tal como están las cosas ahora, no podría ser mejor. Pero ¿y cuando seamos viejos?

—Siempre puede evitarse. No llegando a viejos.

Ella nunca le había visto una mirada como aquélla.

—Espero que no sea una frase de Billy el Niño.

—No. De alguien más loco todavía.

Hasta ahí llegó su confesión, aunque a punto estuvo de contárselo todo. Le dolían las plantas de los pies, le palpitaban los dedos, los latidos de su corazón se oían por toda la calle y hasta un par de esquinas más allá, y ella le miraba con no poca alarma,

intentando mantener la calma, esperando no sabía qué. Ambos se veían dominados con facilidad por estas pasiones imprevisibles. Sus miradas se volvían salvajes, perdían el control de los músculos del cuello, les daba igual dónde estaban e incluso quién andara por allí.

Deuce, en esos momentos de indefensión, sentía que el corazón se le fundía y que la sangre le inundaba el pene y lo volvía loco de deseo por ella, las dos cosas a la vez... En desventaja por su desconocimiento de las emociones humanas, acabó deseando a Lake más allá de cualquier límite que hubiera imaginado. Le suplicaba, sí, le suplicaba, pese al supuesto chico malo que era, le suplicaba que se casara con él. Incluso respetando el deseo de ella de no follar hasta después del matrimonio.

—Antes no me importaba. Era así, y ya está. Pero ahora sí. ¿Lake? Cambiaré, te lo juro.

—No te digo que empieces a ir a la iglesia. Sólo que te pienses para quién trabajas. No tienes por qué ser «mejor» que eso.

Alguien habría pensado incluso que ella sabía lo que él había hecho. No podía no saberlo. Por Dios.

Un día Mayva cambió de turno con Oleander Prudge, que, aunque demasiado joven para comportarse como la conciencia de Telluride, no tardó ni un suspiro en abordar a Lake.

—Dicen por ahí que Deuce Kindred fue el que mató a tu padre.

No lo dijo tan alto como para interrumpir las conversaciones en el Nonpareil, pero lo dijo, por fin.

—¿Y quién lo dice?

Tal vez se hizo visible de golpe algún latido en su cuello, pero ni de lejos estuvo a punto de desmayarse.

—En esta ciudad no hay secretos, Lake, pasan muchas cosas, no hay tiempo para ocultar nada y, a poco que se piense, tampoco le importa a muchos.

—¿Se ha enterado mi madre del rumor?

—Bueno, esperemos que no.

—No es verdad.

—Umm. Pues pregúntaselo a tu novio.

—Puede que lo haga.

Lake dejó caer con tanta fuerza una bandeja que una pila de pastelitos calientes, resplandecientes de la grasa de tocino, se volcó y sorprendió a un picador, que apartó la mano chillando.

—No estaba tan caliente, ¿verdad que no, Arvin? —dijo Lake frunciendo el entrecejo—, pero, anda, ven, déjame darte un beso, ya verás como no duele.

—Estás deshonorando la memoria de tu padre. —A esas alturas Oleander se había puesto impertinente—. Eso es lo que estás haciendo.

Mientras reordenaba la pila sobre la bandeja, Lake le devolvió una mirada descarada.

—Lo que yo sienta por el señor Kindred —dijo intentando adoptar el tono de una maestra de escuela— no es asunto tuyo, y lo que haya sentido por Webb Traverse nada tiene que ver.

—No puede ser.

—¿Es que te ha pasado a ti? ¿Tienes idea de lo que estás hablando?

¿Las estaban mirando los clientes de toda la barra? Al pensarlo más tarde, a Lake le dio la impresión de que todo el mundo lo había sabido desde el principio, y que ella y Mayva, pobrecitas, habían sido las últimas en enterarse.

Más tarde ambas se clavaron una mirada asesina, insomnes, entre la madera recién serrada y los olores de pintura de la habitación que compartían.

—No quiero que vuelvas a verlo. Si se me pone a tiro, cuando sea, yo misma le mataré.

—Mamá, es esta ciudad, a la gente como Oleander Prudge no le importa lo que dice, siempre que haga daño a alguien.

—No puedo salir a la calle, Lake. Nos estás dejando como pobres idiotas a todos. Esto tiene que acabarse.

—No puedo.

—Pues más te vale.

—Me ha pedido que me case con él, mamá.

No era una noticia que Mayva quisiera escuchar.

—Bien. Entonces tienes que elegir.

—¿Porque no me quiero creer esos rumores malintencionados? ¿Mamá?

—Tú sabrás. He estado tan loca como tú lo estás ahora, mierda, más loca todavía, y te aseguro que se pasa más rápido de lo que tardas en sonarte los mocos, y un día te despertarás y entonces, oh, mi pobre chica...

—Oh. Así que eso es lo que os pasó a papá y a ti.

Lo lamentó incluso antes de llegar a decirlo, pero se habían subido a una carreta que iba cuesta abajo por una pendiente tan pronunciada que ninguna de las dos podía pararla.

Mayva sacó su viejo maletín de lona verde de debajo de la cama y empezó a meter cosas dentro. Con cuidado, como si fuera una tarea más de la casa. Su pipa de escaramujo y su bolsa de tabaco, los pequeños ferrotipos de los niños, una blusa, un chal, una pequeña Biblia desgastada. No tardó mucho. Su vida entera, y sólo tenía eso. Qué se le iba a hacer. Por fin levantó la vista, el rostro lleno de un dolor inconmensurable.

—Es como si tú también hubieras matado a tu padre. No hay ni la más mínima diferencia.

—¿Qué has dicho?

Mayva cogió su bolso y se dirigió a la puerta.

—Recogerás lo que siembres.

—¿Adónde vas?

—A ti no te importa.

—No hay tren hasta mañana.

—Entonces esperaré hasta que venga. No pasaré otra noche en esta habitación contigo. Dormiré en la estación. Y todos me verán. Verán a la maldita vieja loca.

Y se fue, y Lake se quedó sentada, con piernas temblorosas pero sin un solo pensamiento en la cabeza, y no fue tras ella, y aunque al día siguiente escuchó el pitido y el estruendo de la locomotora cuando llegó el tren y más tarde cuando retrocedió por el valle, no volvió a ver a su madre nunca más.

—Es..., es... repugnante —dijo Sloat negando con la cabeza—. Voy a vomitar la maldita comida en un segundo.

—No puedo evitarlo. ¿Qué quieres que le haga? —Deuce se aventuró a lanzar a su compañero de habitación una mirada rápida, pidiendo aunque sólo fuera un poco de comprensión.

Pero nada de nada.

—Maldito idiota. Eso no es más que un cuento con el que te engañas a ti mismo..., escúchame, a nadie le importa un pelo del culo de una rata de mina que te cases con ella o no, pero si la cagas y al final te casas, ¿qué pasará cuando se entere de los detalles verdaderos? Eso si es que no los conoce ya. ¿Cómo pretendes dormir tranquilo, un minuto siquiera, mientras ella sabe que tú te cargaste a su papá?

—Supongo que tendré que vivir con eso.

—No durante mucho tiempo. Tú quieres follártela, así que tíratela, pero *no le cuentes nada*.

Sloat no podía comprender qué le había pasado a su socio. Uno habría pensado que era el primer hombre al que asesinaba. ¿Era acaso posible, pese a que las vidas de esos mineros fueran tan baratas como el whisky de garrafa y desaparecieran igual de rápido por el gazar de los días, que Deuce estuviera obsesionado por lo que hizo y que casarse con Lake le pareciera una oportunidad de enterrar a ese fantasma, un modo, que Dios le ayudara, de *compensarla*?

Las nieves descendían desde los picos, y pronto los vencejos gorgiblanco alzaron el vuelo, en la ciudad los tiroteos y las cabezas rotas fueron a peor, la ocupación militar empezó en noviembre, y luego, avanzado el invierno, en enero, se declaró la ley marcial: los esquirols acudieron a trabajar con relativa tranquilidad, el comercio se había ralentizado pero poco a poco se recuperó; Oleander Prudge debutó como ninfa *du pavé*, y los mineros que pensaban que sabían a qué atenerse salían pasmados tras visitarla, sacudiendo la cabeza. A pesar de su vestimenta, remilgada hasta el

punto de la invisibilidad, su ceño perpetuamente fruncido y su propensión a sermonear a los clientes sobre cuestiones de higiene personal, no tardó en tener fieles seguidores y al poco ya trabajaba por su cuenta, en su propia habitación, una habitación esquinera, con una amplia vista del valle.

Lake y Deuce se casaron al otro lado de las montañas, en una iglesia de la pradera cuya aguja era visible a kilómetros de distancia; el edificio parecía al principio casi del color del cielo gris, en el que destacaba poco más que como una anécdota geométrica, hasta que, a medida que uno se aproximaba, las líneas rectas empezaban a dispersarse y al poco se separaban en todas direcciones, como las arrugas de una cara vista demasiado de cerca, macilenta por los rigores de más inviernos de los que nadie que todavía viviera en la región recordara ni pudiera contar, curtida más allá del dolor, que olía a generaciones de roedores momificados, había sido construida con píceas de Engelmann y era tan receptiva al sonido como el interior de un piano de salón. Aunque muy raramente se oía música por allí, el visitante extraviado con una armónica o el vagabundo que silbaba, si llegaban a franquear sus puertas torcidas, se encontraban elevados en una gracia mayor que la acústica que el camino les hubiera deparado hasta ese momento.

El celebrante, un sueco que había emigrado al oeste desde Dakota, llevaba una túnica gris cargada de polvo, su rostro era indistinguible, como si lo sombreara una capucha, y más que recitar las conocidas palabras las cantaba, en un murmullo armónico menor que esa agradable caja de resonancia suavizaba hasta transformarlo en un salmo lúgubre. La novia llevaba un vestido sencillo de tela albatros de color azul claro, fino como el velo de una monja. Sloat era el padrino. En el gran momento, se le cayó el anillo. Tuvo que arrodillarse en la tenue luz para buscarlo palpando por donde había desaparecido rodando.

—¿Qué, cómo te va por ahí abajo? —preguntó Deuce al cabo de un momento.

—Más vale que no te acerques mucho —murmuró Sloat.

Acabada la ceremonia, mientras su esposa sacaba un cuenco de cristal rebosante de ponche de bodas y unas tazas, el predicador apareció con un acordeón y, como si no pudiera contenerse, les tocó un ruidoso vals campesino de Österbybruk, de donde procedían tanto él como su señora.

—¿Qué tiene? —quiso saber Sloat por curiosidad.

—Alcohol casi puro —respondió el predicador con semblante serio— ¿Sesenta grados? Un poco de zumo de melocotón... ciertos ingredientes escandinavos.

—¿Cuáles?

—Un afrodisíaco sueco.

—Como, por ejemplo...

—¿Que cómo se llama? *Ja*, podría decírselo, pero en el dialecto de Jämtland suena casi igual que «la vagina de tu madre», de manera que, a no ser que se pronuncie con toda corrección, siempre se corre el riesgo de un malentendido con

cualquier sueco que esté al alcance del oído. No pretendo más que evitarle problemas, se lo aseguro.

Era una novia virgen. En el momento de la rendición, sólo deseó convertirse en viento. Sentirse refinada hasta ser tan sólo un filo, un filo invisible de largura desconocida que penetrara en el reino del aire por siempre en movimiento sobre la tierra quebrada. Hija de la tormenta.

Se despertaron en plena noche. Ella se removi6 acurrucada entre los brazos de 6l, sin sentir la necesidad de darse la vuelta para mirarse, comunic6ndose mediante su inesperadamente locuaz culo.

—Mierda. Nos hemos casado de verdad, ¿no?

—Est6n los casados —supuso ella— y los respetablemente casados. Ahora que hablamos del tema, d6nde se ha metido esa cosa..., oh, aqu6 la tenemos...

—Mierda, Lake.

Una semana despu6s de la noche de bodas, Deuce y Sloat pensaron darse una breve vuelta por la regi6n.

—No te importa, ¿verdad que no, palomita?

—Qu6...

—Vigila ese caf6 —gru6n6 Sloat.

Antes de que ella se diera cuenta, hab6an salido por la puerta y cruzado el barranco, y no volvieron al anochecer ni durante toda la semana siguiente, y cuando aparecieron por fin fue entre una tormenta de roncadas y agudas carcajadas que ella oy6 a casi un kil6metro y que ni Deuce ni Sloat pod6an controlar. Entraron y se sentaron sin parar de re6r, sus ojos, oscuros por la falta de sue6o, la taladraron, sin apartarse un momento de ella. Lake sinti6 m6s asco que miedo.

Cuando se hubieron calmado lo bastante:

—¿Hab6is venido para quedaros? —acert6 a preguntar—, ¿o s6lo hab6is vuelto para cambiaros los calcetines?

El comentario solt6 de nuevo sus risas.

A partir de entonces, casi no pasaba d6a sin su correspondiente bronca posnupcial. Sloat se hab6a instalado en casa, o eso parec6a, y la cuesti6n de su inter6s por la novia acab6 apareciendo inexorablemente.

—Adelante, socio —ofreci6 Deuce una noche—. Es toda tuya. Me vendr6 bien un descanso.

—Oh, vamos, Deuce, las sobras son s6lo para los mandados, todo el mundo lo sabe, y yo no soy el mandado de nadie.

—¿La estás rechazando, Sloat? Puede que no sea material de Market Street, pero échale una mirada, sigue teniendo un bonito envoltorio.

—Se pone a temblar cada vez que me acerco a menos de tres metros, ¿me tiene miedo?

—¿Por qué no se lo preguntas a ella?

—¿Me tiene miedo, señora?

—Sí.

—Bueno, al menos es algo, supongo.

Lake no captó en ese momento que ésa era la noción que tenía Sloat del jugueteo amoroso. De hecho, cuando lo entendió, él hacía mucho que ya se había ido.

Pero hasta entonces, oh, ¿hasta qué punto podía llegar a ser una chica mala? Casi sin darse cuenta, se encontró desnuda y los tres acostados en la planta de arriba del Elk Hotel de Colorado Springs.

—No pasaba desde aquella china en Reno —decía Deuce—, ¿te acuerdas de ella?

—¡Umm! ¡La del conejito torcido!

—Un poco de seriedad —dijo Lake.

—Lo juro, tenía una especie de cruz ahí, te lo enseñaremos.

La mantenían desnuda la mayor parte del tiempo. A veces le ponían un par de trabas laterales de cuero para sujetarla a la cama, pero dándole el suficiente margen a la cadena para que pudiera moverse. No lo hacían para obligarla, ella siempre estaba dispuesta a complacerlos. Cuando Lake asumió que iban a usarla por partida doble, se descubrió buscándolo ella misma, por lo general una en la boca y la otra por detrás, a veces en el culo, de manera que se acostumbró rápidamente a probar sus propios fluidos mezclados con mierda.

—Supongo que esto me convierte en una chica muy mala —dijo en voz baja mirando a Deuce.

Sloat le agarró un mechón de pelo y la forzó a pegar la cara a la polla de su legítimo esposo.

—No es eso lo que te convierte en muy mala, puta glotona, lo que te convierte en un mal bicho es haberte casado con mi pequeño compadre aquí presente.

—Pues se ha llevado dos por el precio de uno —se rió Deuce—. Ser una mierda de chica mala sale a cuenta.

Ella descubrió en sí misma inesperados talentos para el flirteo y la insinuación; tenía que andarse con cuidado para que nunca pareciera que exigía nada, pues esos dos podían fastidiar la fiesta más rápido que el sangrado mensual. Deuce y Sloat eran los chicos malos más susceptibles que había conocido jamás, cualquier cosa los sacaba de quicio. Los tranvías en la calle o que uno silbara la melodía equivocada. Sólo una vez había sido tan incauta como para sugerir: «Chicos, ¿por qué no me dejáis aparte por una vez y os lo montáis entre vosotros para variar?». La conmoción y la rabia se palparon durante días.

Sloat tenía debilidad por el color verde. Se presentaba a menudo con aquellos objetos peculiares, casi siempre robados de alguna parte, que quería que ella se pusiera, guantes, gorros de bebé, medias de ciclista, sombreros recortados o planos, tanto daba, siempre que fueran en algún tono de verde.

—Deuce, tu socio está como una cabra.

—Ajá, nunca he soportado el verde, yo soy un hombre malva —dijo sacando un delantal de guinga manchado de grasa teñido más o menos de ese color—. ¿Te importa?

La llevaron a las Cuatro Esquinas y la colocaron de modo que una de sus rodillas quedaba en Utah, la otra en Colorado, un codo en Arizona y el otro en Nuevo México, con el punto de inserción justo encima de la mítica mirilla. Entonces la hicieron rotar en los cuatro sentidos. Sus pequeños rasgos apretados contra la tierra, la tierra rojo sangre.

Así que durante un tiempo aquél fue un hogar de tres miembros con una más que discutible intimidad. Los secuaces parecían poco dispuestos a romper su sociedad en ese momento, y Lake no estaba preparada para permitir que ninguno de los dos se alejara cabalgando por la meseta más allá del alcance de un rifle. Deuce roncaba, incluso cuando estaba despierto. Sloat no pensaba mucho en bañarse, de hecho tenía un terror supersticioso al agua; hasta el punto de que estaba seguro de que si se lavaba mucho las manos, tendría mala suerte. Lake lo engatusó sólo una vez para que lo hiciera, y esa noche, en la mesa, mientras cenaban, algo golpeó el tejado con un tremendo ruido, e hizo que la sopa de Sloat lo salpicara todo.

—¡Ahí está! ¿Lo ves? ¿Te parece ahora que estoy loco?

—Por Dios —dijo Lake—, es una marmota.

—Ella está bien —le confesó Deuce a su socio—, aunque sea una patada en los cojones.

—Es tu penitencia, ‘huevoón’ —dijo Sloat adoptando su cómico acento mexicano.

—Eso son memeces de católicos. Nada que yo entienda, pero gracias en cualquier caso.

—Da igual lo que entiendas, incluso lo que pienses. Si es que piensas, ‘pinche cabrón’. Si matas, la pagas.

—O huyes —dijo Deuce con una sonrisa distante, como si le complaciera la situación.

Sloat captó señales de advertencia con la misma claridad que un telegrafista recibiría noticias de un tren de medianoche a punto de irrumpir en la estación y cargado de dinamiteros con malas intenciones.

Un día, en Telluride, convocaron a Deuce a las oficinas del representante de la empresa que le había contratado para que se ocupara de Webb, algo que parecía haber sucedido hacía siglos.

—Los atentados con dinamita prosiguen, señor Kindred.

Deuce no tenía por qué simular sorpresa.

—El viejo Webb no era el único anarquista en las San Juan, ¿verdad que no?

—Todos tienen el mismo modus operandi, dinamita enganchada a un Ingersoll de dos dólares, lo hace a la misma hora, justo antes de que amanezca... Este incluso pone las bombas según las fases de la Luna, igual que Traverse.

Deuce se encogió de hombros.

—Podría ser un aprendiz suyo.

—Mis superiores creen que debo plantearle una pregunta delicada. Por favor, no la malinterprete. —Deuce la vio venir pero mantuvo la calma, a la espera—. ¿Está seguro de que lo mató, señor Kindred?

—Lo enterraron en el cementerio de mineros de Telluride, exhumen el cadáver y compruébenlo.

—Tal vez ya no sea posible realizar una identificación como es debido.

—¿Está insinuando que maté a alguien que se le parecía? ¿Al primer muerto de hambre que me crucé en una cantina? Y ahora los propietarios quieren que les devuelva el dinero, ¿se trata de eso?

—¿Lo he dicho yo? Vaya. Sabíamos que se enfadaría.

—A la puta mierda, claro que estoy enfadado, ¿quién se cree que es?

Tenía que reconocérselo a ese sicario de la empresa: no parecía importarle demasiado a quién provocaba.

—También está el asunto de sus relaciones personales con la hija del sujeto...

Deuce se encontraba ya a mitad del salto, chillando, con los pies levantados del suelo y las manos a sólo unos centímetros de la garganta del representante, cuando le sorprendió la aparición de un 32 de doble disparo extraído de algún lugar oculto en el traje, comprado en unos almacenes, de su interlocutor, por no mencionar la otra arma en manos de un secuaz a quien el momentáneamente desquiciado Deuce ni siquiera había visto. El representante le esquivó con agilidad y Deuce se estrelló contra la mesa de la máquina de escribir.

—Habitualmente no somos gente vengativa —susurró el representante—. No hace falta que le diga que ya habíamos sopesado la posibilidad de un imitador. Seguiremos concediéndole el beneficio de la duda hasta que concluyan nuestras investigaciones. Sin embargo, si éstas demuestran que usted aceptó un pago por un trabajo que no realizó, bien, entonces quién sabe qué forma adoptará nuestro resentimiento.

Bien, tal vez fue el cactus que explotó misteriosamente junto a su cabeza un día en Cortez, o el as de espadas que le llegó por correo poco después, el caso es que Deuce tuvo que empezar a explicarle con tacto a Lake que alguien podía estar persiguiéndole.

Ella todavía daba a veces extrañas muestras de inocencia. Se imaginó que sería por dinero que debía, o por algo trivial de ese género, problemas menores que pasarían pronto al olvido.

—¿Quiénes son, Deuce? ¿Es por algo de lo que pasó en Butte?

Él no podía flaquear, sobre todo ante aquella mirada tan falta de malicia.

—No parece probable —fingió que explicaba—, los chicos de por allí suelen pensárselo bien antes de ofenderse, tienen demasiadas oportunidades de insultarse, ya sabes: basta a cada día su propio mal y demás. No, si sales de la ciudad, en Butte se perdona todo.

—Entonces...

—Escucha, estoy convencido de que, sea quien sea, son los propietarios quienes están detrás, que es alguien que trabaja para ellos.

—Pero... —Ella frunció el ceño. Intentaba entender, quería al menos dar esa impresión, pero empezaba a sentir que se hallaba dentro de una vagoneta minera que se había soltado de su cable y se deslizaba hacia el centro de la Tierra—. ¿Has hecho algo que no deberías, Deuce?

—Tal vez, pero nada que no hiciera siguiendo sus órdenes.

—Un soldado leal. Entonces, ¿por qué mandan a alguien a por ti?

La miró fijamente, con los ojos muy abiertos, como si le preguntara: *¿Es que no lo sabes todavía?*

—A veces —dijo por fin— no les gusta dejar ni la menor posibilidad abierta de que alguien pueda, más adelante, bueno, contar algo.

Pronto llegó la noticia, sin confirmar pero promisorio como las primeras nieves de otoño, de que los propietarios habían encargado el trabajo a unos tipos de Utah, una pandilla de jinetes ex danitas a quienes sus años de jubilación no les parecían bastante divertidos. Unos viejos a los que les gustaba llevar «Ángeles Vengadores», los típicos Colts de la guerra de Secesión con los cañones serrados. Tipos de permiso del Infierno.

—El disparo de lejos no se encuentra entre sus habilidades profesionales, no les molesta el trabajo de cerca.

—¿Tienes miedo, Deuce? —preguntó Sloat.

—Pues claro, y si tú conservaras siquiera la mitad del seso con el que naciste, también lo tendrías.

—¿Y qué hacemos? ¿Huimos?

—¿Nosotros?

—¿Es que se supone que debo esperar a que se presenten? ¿Te parece bien si me hago con una escopeta o algo así? ¿Un par de cartuchos, tal vez?

—No vienen a por ti, Sloat.

—A lo mejor creen que sé adónde has ido.

Deuce tenía demasiado miedo para darse mucha cuenta de lo que se veía en ese momento en los ojos de Sloat, que le miraban directamente a la cara. Más tarde, eso iba a obsesionarle, porque llegaría una época en la que Deuce se vería asaltado por las más oscuras sospechas sobre su viejo camarada. Por ejemplo, si aquel representante se había reunido con Deuce, ¿no habría hecho otro tanto con Sloat, tal vez con resultados más fructíferos? Era posible que Sloat, temiendo por su vida, hubiera llegado a algún tipo de acuerdo con los perseguidores. «Claro», le oía confesar Deuce, «yo quería matar al viejo cabrón inmediatamente, pero Deuce, y no quiero culpar a nadie, que quede claro, tal vez perdió el nervio... No sé, de algún modo, una mañana nos despertamos, en Dolores, y Traverse se había marchado y Deuce no me pareció muy preocupado, y acordamos contarles a ustedes que el viejo estaba muerto. Pero no lo estaba, ¿entienden lo que digo?».

«Creo que captamos el sentido, señor Fresno».

En cualquier caso, la situación se estaba complicando demasiado como para prolongarse por mucho tiempo, y finalmente llegó el día en que Sloat se marchó cabalgando por el sendero, encaminándose vagamente hacia el sur, un día de aire tan calmo que parecía antinatural, y el polvo que levantaba a su paso se negaba a asentarse y se espesaba, hasta que pareció que se había metamorfoseado en una criatura de polvo de varios kilómetros de largo, que se alejaba arrastrándose, mientras Deuce, apoyado en la valla, observaba la polvorienta partida durante casi una hora, y permanecía en silencio varios días más...

Al quedarse ya los dos solos, Deuce empezó a dormir mal, a veces nada, manteniéndose despierto durante toda la noche. Una vez se despertó a medianoche, sin ninguna luz en el cielo, con una maloliente nube de escoria del tratamiento de la plata enquistada sobre su lecho, para ver casi pegado a él un rostro luminoso suspendido por encima de donde debería haber estado el de Lake, *donde debería*, pues el espectro flotaba alto, demasiado alto, lejos del suelo, o de donde se suponía que debía estar el suelo. Tampoco era exactamente la cara de ella. Como no reflejaba la luz, a diferencia de los cielos y de los salones con chimenea, sino que emitía su propio fulgor, daba la clara impresión de un recurso gastado con imprudencia, sin recibir nada a cambio: una expresión, se diría, de sacrificio. A Deuce no le gustó, no quería sacrificios, pues nunca habían entrado en sus planes ni eran una carta que supiera jugar.

Después de enterrar a Webb y de que Reef se hubiera ido por su cuenta, Frank, temiendo por su propia seguridad, se había dejado llevar por los vientos de la inercia y se había encaminado de vuelta a Golden, donde pensaba preguntar si alguien le andaba buscando, pero creyó que ya sabía la respuesta. Siendo por entonces joven y sin saber comportarse salvo por impulsos, sólo se quedó lo necesario para recoger sus cosas y subirse al tranvía de Denver. A lo largo del año siguiente, adoptó una serie de disfraces, entre ellos bigotes, barbas, cortes de pelo de algunos de los más exquisitos barberos de hoteles de la ciudad, pero de todo eso sólo conservó un nuevo sombrero, de ala más estrecha y de un color más oscuro, tanto como el largo camino que estaba siguiendo, el cual le parecía cada vez más amargo.

Pronto reparó en una pauta de acercamiento: ejecutivos de rango medio, de estilo urbano pero también con cierto aire de inspectores de minas, le invitaban a una copa, se sentaban sigilosamente a la mesa de juegos, en el asiento vacío de al lado, mirando a Frank como si supiera de qué iba el asunto. Al principio pensó que era por Reef, que esos tipos habían sido contratados para seguir a su hermano y querían información. Pero rápidamente vio que no era el caso. De un modo u otro, la conversación, cuando la había, acababa versando sobre cuestiones de trabajo. Que si trabajaba, y para quién, que si quería cambiar de empleo y demás. Poco a poco, pues no era precisamente intuitivo, como al menos una docena de mujeres hasta entonces habían tenido a bien recordarle, imaginó que esos hombres eran representantes de la Vibe Corp. o sus subordinados, de manera que su respuesta inmediata era invariablemente mandarlos a la mierda, aunque tenía cuidado de no delatar nunca la menor irritación.

—Por el momento todo va como una rosa —aprendió a decir sonriendo con todo el aspecto de hablar sinceramente—. ¿Tiene tarjeta de visita? En cuanto surja la necesidad, me pondré en contacto con usted, no lo dude.

Con cautela, empezó a preguntar por ahí sobre el caso de Webb. Sin mucha suerte. Tampoco es que fuera nada muy importante. Lo estuvo intentando durante un tiempo en la oficina de la Federación de Mineros, pero nadie admitía saber nada, y Frank no tardó en dejar de ser bien recibido.

Qué raro. Creía que en Arapahoe serían un poco más comunicativos, pero parecía que allí también tenían cosas más importantes que hacer: el tiempo pasaba, nuevos problemas surgían cada día, demasiados para seguir el ritmo; así lo veían ellos.

No era detective, y no había pasado mucho tiempo investigando, pero sólo con mantener las orejas alerta y recorrer las calles, no pudo evitar enterarse de que la Vibe Corp., que se había llevado a su hermano pequeño, Kit, estaba también detrás del asesinato de Webb Traverse. Eso le complicaba cualquier perspectiva de futuro como ingeniero de minas, al menos en Estados Unidos. Tal vez tendría que pensar en irse al extranjero. En todas las oficinas de contratación en las que había entrado a este lado de las Rocosas sabían quién era, conocían las generosas ofertas de Scarsdale Vibe y

se preguntaban por qué a esas alturas Frank no era, como poco, ejecutivo regional de su corporación. ¿Cómo iba a explicarlo Frank? Aquel hombre podría haber hecho que borrarán de la faz de la tierra a mi padre, como si nada, como quien borra un círculo de humedad de la barra de un bar, ¿y yo soy reticente a aceptar su limosna? Por descontado, todos creían conocer la historia entera y les asombraba la osadía cristiana del gesto de Scarsdale hacia Frank, visto que, según los usos y costumbres que por entonces imperaban en las montañas, lo normal habría sido que le tendieran una emboscada y lo asesinaran tan rápidamente como fuera posible, por si corría el Anarquismo por sus venas o algo así. Si el industrial de Nueva York estaba elevándose por encima de esas sórdidas cuestiones del parentesco y la venganza, ¿por qué no podía hacerlo también Frank? ¿Quién iba a entender una ingratitud como ésta? Y, si no podían entenderlo, tampoco iban a contratarle.

Sin duda, el oro y la plata le estaban amargando la vida. Al poco tiempo, empezó a evitarlos. Sencillamente se dijo a sí mismo que era lo más práctico. Había visto demasiada miseria fruto de las subidas y bajadas de ambos metales, sobre todo después de la Abrogación del 93. La tabla periódica de elementos estaba llena de otras posibilidades, «los juncos de la mineralogía», como solía decir uno de sus profesores, «que están ahí, son parte de la Creación, esperando a que alguien adivine cómo pueden ser útiles».

Y así fue como empezó a trabajar con elementos menos acreditados, como el zinc, y en consecuencia pasaba más tiempo en Lake County del que jamás había esperado.

Leadville hacía mucho que había dejado atrás sus días de gloria; ahora, en la era post-Abrogación, ya no era la ciudad de Haw Tabor, aunque la viuda, una leyenda, todavía seguía escondida en la mina Matchless con un arma de fuego que no dudaba en descargar contra quienquiera que se acercara; y allí pervivía una inclinación, numinosa y enraizada en lo más profundo, a buscar líos por las razones más peregrinas. El interés había pasado de la plata al zinc; de hecho, había una verdadera Fiebre del Zinc, el mineral mejor pagado que podía extraerse allí por entonces, cuyo valor superaba el del oro y la plata combinados. Parece que cierto brillante ingeniero había inventado un modo de tratar los montones de escoria de las viejas minas de plata de antes de la Abrogación, y así algunas fábricas de concentración estaban obteniendo contenidos de zinc de hasta el 45 por ciento. El tratamiento aplicado a la mezcla más corriente de zinc local era sencillo: primero tenía que extraerse el azufre fundiendo la mezcla hasta obtener óxido de zinc, y luego reducir el óxido a metal. Pero en Leadville la escoria, que se alzaba en pilas negras por toda la ciudad, por no mencionar que cubría las calles y los callejones, era una mezcla exótica y en gran medida desconocida de cisco, escoria, antracita, pirita y otros compuestos de cobre, arsénico, antimonio, bismuto y algo que los mineros llamaban «molibnero»; elementos distintos que emergían a distintas temperaturas, así que había que controlar la destilación. Esas pilas se cernían allá arriba, como un negro misterio, sobre los

interiores iluminados, los jugadores de faro y las chicas insaciablemente deseadas, y a veces se veían figuras sombrías arrodillándose, estirándose para tocar los montones de escoria con reverencia, como si, al modo de una eucaristía contracrística, representara el cuerpo de un amado sobrenatural.

—Un poco como la alquimia —le pareció a Wren Provenance, una antropóloga que había salido hacía un año del Radcliffe College en el este, y con quien Frank se había liado inesperadamente.

—Sí. Montones de residuos sin valor convertidos en montones de billetes.

—Durante siglos esos montones seguirán ahí, y alguien pasará y los mirará desde abajo y empezará a hacerse preguntas. A lo mejor los toma por estructuras de algún tipo, edificios gubernamentales o puede que templos. Misterios antiguos.

—Pirámides de Egipto.

Ella asintió.

—La forma es común a muchas culturas antiguas. Sabiduría secreta, con algunos detalles diferentes, pero la estructura subyacente es siempre la misma.

Frank y Wren se habían conocido un sábado por la noche en Denver, en un salón de variedades. Sobre el escenario, unos negros con cucharas y banjo montaban jaleo. Ella estaba con unos conocidos de la universidad, incluyendo una pareja de sabios de Harvard que querían visitar un tugurio chino en el barrio Hijos del Cielo. Para regocijo de Frank, Wren rehusó la propuesta.

—¡Y no se olviden de probar un poco de la Garra de Oso en Salsa de Pulpo, amigos!

Se quedó al lado de Wren, despidiéndolos con la mano hasta que el taxi desapareció doblando la esquina.

Cuando se quedaron solos:

—Lo que de verdad necesito ver —le confió Wren— es el Denver Row y algún local de mala fama. ¿Me acompañas?

—¿Un qué? Ah. —Frank reconoció en sus ojos de avellana una chispa que, a esas alturas, debería haber interpretado como algo más peligroso que alentador, y tras la cual se intuía una propensión a lo sombrío a la que ya entonces tendría que haber prestado más atención—. Y... eso es estrictamente por razones científicas, claro.

—No podrían ser más antropológicas.

Fueron a Market Street y entraron en el Salón de Espejos de Jennie Rogers. Wren se vio inmediatamente rodeada por la mitad de las camareras, que la condujeron amablemente a la planta de arriba. Un poco más tarde, él miró por una puerta y allí estaba ella, sin mucha ropa encima, la que le quedaba toda de color negro y de ceñido encaje, incluyendo unas medias torcidas, ante un poliedro abierto de espejos, estudiándose desde todos los ángulos posibles. Transformada.

—Un atuendo interesante, Wren.

—Tras tanto montar y tanto escalar, y tantas actividades al aire libre, es un alivio volver al corsé.

Las chicas se divertían.

—Quieta, que nos lo vas a despertar.

—¿Te importa que nos lo llevemos un momento?

—Oh —dijo él mientras lo arrastraban—, creía que nosotros íbamos a... —incapaz de dejar de mirar fijamente, o, como él habría dicho, «contemplar», a la intrincadamente ataviada Wren hasta el último momento.

—No te preocupes, Frankie, ella seguirá aquí cuando vuelvas —dijo Finesse.

—Nosotras la cuidaremos muy bien —le tranquilizó Fame con una sonrisa maliciosa. Lo que hizo que Wren se distrajera lo suficiente para dejar de admirarse un instante y se volviera para buscar los ojos de las chicas, con una de esas expresiones de fingida consternación que se ve de vez en cuando en las ilustraciones eróticas.

Cuando Wren volvió a aparecer, lucía otra escandalosa ropa interior, sostenía una botella de bourbon por el cuello y daba caladas a la colilla de un habano. Un casco de uniforme de gala de caballería, con un águila dorada, trenza y borlas, se apoyaba en ángulo descuidado entre sus desatendidos cabellos.

—¿Te lo pasas bien?

Sus párpados no se molestaban en permitir que el brillo de sus ojos se abriera paso. Hablaba arrastrando las palabras, en tono agudo, y no podía descartarse del todo que se debiera a los efectos del opio, supuso él.

—Un tejido fascinante..., volúmenes..., menudos son algunos de estos ganaderos, por Dios. —Entonces, pareciendo que le reconocía, sonrió lentamente—. Sí, y surgió tu nombre.

—Oh, oh.

—Dijeron que eras demasiado amable.

—¿Yo? Es que nunca me han visto de mal humor, eso es todo. Llevas unas rayas rojas en las medias, ahí abajo.

—Pintalabios.

Si él esperaba que se ruborizara, no lo consiguió. Es más, le devolvió la mirada con descaro, directamente a los ojos. Frank reparó en que los contornos escarlatas de sus labios se habían desdibujado y el kohl alrededor de sus ojos se había corrido, como si hubiera llorado.

Fame entró pavoneándose, con un incomprensible pero perverso salto de cama, se deslizó detrás de Wren y le pasó un brazo alrededor de la cintura, y las chicas se arrimaron componiendo un retablo incuestionablemente atractivo.

—No puedo dejarlo —susurraba Wren—..., sencillamente me habéis arruinado la sexualidad burguesa cotidiana. ¿Qué voy a hacer?

Wren había ido al Oeste en busca de Aztlán, el mítico hogar ancestral de los mexicanos, en la creencia de que se ubicaba en algún lugar cerca de las Cuatro Esquinas, pero había encontrado más de lo que esperaba. Puede que demasiado. Tenía

el aire de un soldado que regresara de una larga campaña en la que se habían afrontado más de una vez las cuestiones de la vida y la muerte, de las suyas y de las de otros, y que había acabado con una confusión de egos que a ella la mantenía insomne y que, para Frank al menos, carecía del menor sentido, aunque le asustara hasta el terror de vez en cuando.

Él conocía superficialmente la región de Mancos y McElmo, pero no tenía mucha idea de su pasado.

—Pues, Frank, lo mejor que puede decirse es que fue bastante... desdichado.

—Supongo que no te referirás sólo a los mormones.

—Un país cruel y alucinado, no cuesta entender que a los mormones les pareciera lo bastante agradable para asentarse en él, pero yo hablo de un periodo mucho más antiguo, del siglo XIII al menos. Por entonces eran tal vez decenas de miles de personas las que habitaban por toda la región, un pueblo próspero y creativo, cuando de repente, en el término de una generación (de la noche a la mañana, a estos efectos), huyeron, según todos los indicios presas del pánico, ascendieron los acantilados más escarpados con que se toparon y levantaron las defensas más seguras que conocían contra..., bueno, contra algo.

—Hay algunas historias parecidas de los utes —recordó Frank—, y de otras tribus en la versión que yo he oído.

Ella se encogió de hombros.

—Una incursión desde el norte, al principio de saqueadores, más tarde de fuerzas invasoras en toda regla, que traían su ganado y su familia consigo. Es posible. Pero, aparte de eso, hay algo más. Mira. —Tenía montones de fotografías, la mayoría tomadas con una Brownie, de toda la zona de cañones, que incluían, talladas en la piedra, imágenes de criaturas desconocidas para Frank.

—¿Qué coño es...?

En pinturas y grabados se veía gente con alas..., cuerpos de apariencia humana pero con cabeza de serpiente y lagarto, y sobre ellos apariciones incomprensibles, portando lo que podría haber sido fuego a lo largo de lo que podría haber sido el cielo.

—Sí. —Él la miró con atención, y lo que vio entonces en los ojos de Wren, fuera lo que fuese, deseó haberlo visto antes.

—¿Qué?

—No lo sabemos. Algunos sospechamos..., pero no, es demasiado espantoso. Por no mencionar... —Encontró algo, lo miró fijamente y con reticencia le pasó una de las placas.

—Huesos antiguos.

—Huesos humanos. Y si te fijas atentamente, los más largos han sido rotos intencionadamente..., rotos para abrirlos. Como si alguien buscara la médula de dentro.

—¿Caníbales? ¿Indios caníbales?

Ella se encogió de hombros. Su rostro mostró el inicio de una pena que él sabía que no podía aliviar.

—Nadie lo sabe. Una esperaría algo más de los profesores de Harvard, pero lo único que hacen es teorizar y discutir. Cabe incluso la posibilidad de que fuera la gente que huyó a los acantilados la que se hizo eso, unos a otros. Por miedo. Algo los aterrorizó hasta tal punto que el canibalismo pudo ser el último recurso que les quedaba para mantenerlo alejado.

—Eso, lo que fuera, quería que ellos...

—Es más que posible que ellos nunca supieran lo que eso... «quería». No, ciertamente no.

—Y tú... —Fue todo lo que acertó a decir para no abrazarla, para no protegerla dentro de un perímetro imaginario. Pero en sus ojos la humedad resplandecía como el acero, no como el rocío, y nada en ella temblaba.

—Estuve ahí durante un año. Demasiado. Al cabo de un tiempo se filtra en tu interior. Ahora algún otro escribe el informe, las expectativas de carrera importan. Yo fui contratada como tantos otros que excavan la tierra, suben esas rocas rojas, salvan los desniveles y cargan el equipo, se infectan con la locura del lugar, y ellos saben que no hay que prestar mucha atención a las estudiantes histéricas. En cualquier caso, todo tiene que ser fechado con más precisión. Fuera el que fuese ese pueblo, sólo sobrevivieron unos años en los acantilados. Después, nadie lo sabe. Tal vez siguieron camino. Si eran los mismos que emprendieron el éxodo hacia el sur desde Aztlán y se convirtieron en los aztecas, eso tal vez explicaría alguna cosa de los sacrificios humanos que los han hecho famosos.

Una noche volvieron a la calle Diecisiete. Los camareros estaban atareados con sus cócteles cortos, largos, amargos, ácidos y efervescentes. Republicanos y demócratas se enzarzaban en discusiones políticas que inexorablemente acababan en peleas a puñetazos. Wren se vio obligada a apartar la mano de un agente inmobiliario de su pecho con un tenedor de carne.

El espejo de la barra del Albany era legendario: 35 metros de largo, un mural animado de la historia de la noche de Denver.

—Es como leer el periódico —decía Booth Virbling, un reportero de sucesos al que conocía Frank.

—Pero no por el material que interesa a Booth, que más bien se encuentra en los lavabos —explicó Frank—. Es la primera vez que te veo fuera de Gahan's, ¿qué pasa?

—Así es la política de la ciudad, sin duda habrá alguna flagrante atrocidad en cualquier momento. Oh, y anda por ahí alguien que te busca.

—¿Le debo dinero?

Una mirada de cautela a Wren.

—Ella está al tanto de todo, Booth, ¿de qué se trata?

—Era uno de los hombres de Bulkley Wells.

—¿Y ha hecho todo el viaje desde Telluride sólo para saludarme?

—Espero que no tuvieras pensado visitarlos tú.

—Últimamente es una ciudad muy peligrosa, ¿verdad, Booth?

—Eso pensaba tu hermano.

—¿Lo has visto?

—Alguien lo vio, por Glenwood Springs. Reef tenía buen color, pero parecía desanimado. Es lo único que sé.

Booth divisó a uno de los principales testigos del famoso juicio por el asesinato del año anterior con una sierra de hielo, y se acercó a charlar con él.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó Wren.

Acostumbrado desde hacía tiempo a no revelar cierta información, sobre todo a las chicas jóvenes a las que cortejaba, en general prefería eludir cuestiones como ésa. En una ocasión, en la meseta de Uncompahgre, Frank, que volvía a caballo de Gunnison o por ahí, vio una única nube de tormenta, oscura y compacta, a kilómetros de distancia, y supo, pese a la poderosa luz del sol y la inmensidad del cielo, que ya daba igual que cambiara de dirección, porque acabaría cruzándose con aquella nube; y, no podía ser de otro modo, menos de una hora más tarde, todo se oscureció como si fuera de noche, y allí estaba él, empapado y helado, y hasta momentáneamente ensordecido por los truenos que restallaban a su alrededor, estirado sobre el cuello de su caballo para tranquilizarle y decirle que todo iba estupendamente, aunque, tratándose de un caballo de las montañas, el animal ya las había visto mucho peores y, de hecho, era él quien intentaba tranquilizar a Frank. Esta noche, en el Albany, Frank se dio cuenta de que Wren había ido a parar justamente ahí tras innumerables kilómetros y Estaciones de la Cruz; a la luz que reflejaba el gran espejo, su rostro carecía extrañamente de sombras y tenía un tono azul celeste, el de un buscador, le pareció a Frank, que había llegado tan lejos como ella para preguntarle lo que él estaba menos dispuesto a responder. Él comprendía que había presencias como ésa en el mundo exterior, y que, aunque uno pudiera vivir la vida entera sin cruzarse con ninguna, si se daba el caso, era una solemne obligación hablar cuando le dirigiera la palabra.

Exhaló largamente, la miró a los ojos.

—En circunstancias normales no me encargaría yo, es tarea de Reef, pero hace tiempo que no hablamos, y, bueno, Glenwood Springs, tal vez lo hayan espantado y esté jugando al faro otra vez en algún sitio, enseñando a bailarinas la artemisa a la luz de la luna; en ese caso, nada que reprocharle, pero hay un momento en el que se pasa al siguiente de la cola, y si no lo hago yo, entonces alguien tendrá que sacar a Kit de esa vida de estudiante universitario de la Costa Este que lleva, tú sabrás mejor que yo de qué te hablo, así que preferiría ahorrarle esos problemas a Kit, porque es un buen

chico pero un mal tirador, y en el muy probable caso de que le dieran primero, bueno, eso sería un crimen más que resolver, ya me entiendes, y el trabajo nunca se acabaría.

Ella lo miraba con más intensidad de la habitual.

—Entonces, ¿dónde es probable que estén? Tus pistoleros, me refiero.

—Lo único que he podido averiguar es que son un par de matones no muy famosos, llamados Deuce Kindred y Sloat Fresno, probablemente contratados por la Asociación de Propietarios de Minas de Telluride. Y ahora, según el viejo Booth, alguien de allí dice que quiere verme. ¿Crees que hay alguna relación?

—Por supuesto, es ahí adonde quieres ir.

—Es el último sitio donde vi a mi madre y a mi hermana. A lo mejor siguen allí. Sea como sea, tendré que echar un vistazo.

—Es un trabajo de hijo y hermano. Hablando en términos antropológicos.

—¿Y tú? ¿Tenías pensado volver al McElmo?

Ella frunció el ceño.

—Ahí no hay mucho futuro. El lugar en el que hay que estar, según me han dicho, son las islas del Sur del Pacífico.

—Vas a especializarte en caníbales, por lo que veo.

—Suenas más gracioso de lo que es en realidad.

No quería preguntarlo, pero lo preguntó:

—¿Quieres venir a Telluride conmigo?

Bien, técnicamente ella sonreía, aunque la sonrisa no llegaba a alcanzar sus ojos.

—Me temo que no, Frank.

Él tuvo la elegancia de no parecer aliviado.

—Lo decía porque tendré que utilizar todo el músculo cerebral y algo más, pues sin duda se trata de una ciudad de dos caras, llena de trampas allá donde pises, con las partidas de póquer más largas y desagradables de la creación, demasiado dinero que cambia de manos demasiado rápido, y nunca sabes en quién confiar.

—No pretenderás entrar al galope pistola en mano para pedir la información, espero.

—¿Y cómo se hace?

—¿Si yo fuera tú? Fingiría que estoy allí por negocios, usaría otro nombre, los hombres que buscas puede que tengan sus propios enemigos en la ciudad, incluso entre aquellos para quienes trabajan. Si mantienes los oídos atentos, tarde o temprano te enterarás de algo.

—Eso es lo que vosotros llamáis «investigación», ¿no? Visitar todas las cantinas, tugurios, salas de juego y bares; mierda, no podría hacerlo durante más de una semana sin que alguien me descubriera.

—Tal vez seas mejor actor de lo que crees.

—Eso requiere estar sobrio más tiempo del que me gusta.

—En ese caso, más vale que pidamos algo de beber, ¿te apetece?

Después de que los pasajeros que se dirigían a Telluride cambiarán de línea en Ridgway Junction, el pequeño tren de enlace ascendió hasta el paso de Dallas Divide y bajó otra vez hasta Placerville, para emprender seguidamente el ascenso final por el valle del San Miguel, a lo largo del ocaso y hacia las incertidumbres de la noche. La oscuridad de la elevada región, que casi nada interrumpía, salvo la luz de las estrellas reflejada en la corriente de un arroyo o alguna lámpara o chimenea esporádicas encendidas en la cabaña de un minero, pronto dejó paso a un tremendo resplandor impío a lo lejos, hacia el este. No tenía el color esperable de un incendio, y era imposible que fuera el alba; en cambio, el fin del mundo sí se planteaba como posibilidad. Se trataba, en realidad, del famoso alumbrado eléctrico de las calles de Telluride, la primera ciudad de Estados Unidos que lo tuvo, y Frank recordó que su hermano pequeño, Kit, había trabajado durante un tiempo en el proyecto de llevar la electricidad hasta allí desde Ilium Valley.

Los grandes picos que habían avistado por primera vez el día anterior, a través de la meseta de Uncompahgre, sobresaliendo como una larga hilera de dientes sobre el horizonte septentrional, ahora se presentaban al alcance de la mano, pavorosamente iluminados a contraluz, retrocediendo ante las miradas de los pasajeros, que habían empezado a contemplar embobados el resplandor que se extendía ante ellos, charlando como si aquél fuera un vagón lleno de turistas del este.

Al poco, el camino que ascendía por el valle junto a las vías era un hervidero, como una calle de una ciudad, atestado de carretas con minerales y suministros y recuas de mulas, y las maldiciones de los desolladores salpicaban la noche, a menudo en idiomas que nadie reconocía en el pequeño vagón humeante. Junto a las vías, en una curva, había un vecino loco, que cualquiera juraría sin vacilar que llevaba años allí, gritando a los trenes: «¡Llegan al infierno! ¡Llegan a Telluride! ¡Ándense con cuidado, damas y caballeros! ¡Avisen al revisor! ¡Adviertan al maquinista, todavía están a tiempo de volver atrás!». Mientras tanto, la luminosidad que tenían delante, cuyos rayos afilados oscurecían ahora muchas estrellas familiares, iba superando en brillo a las lámparas de aceite que había en el interior del vagón, y por fin entraron en la cuadrícula sencilla y estrecha de una ciudad que parecía haber sido traída entera desde otro lugar e insertada tal cual en el suelo del valle.

Frank se apeó y pasó por delante de una fila de vaqueros que habían venido a la ciudad sólo para estar allí y ver el tren, que ahora permanecía quieto, echando el aliento y enfriándose mientras los encargados de los frenos y de la plataforma iban y venían con llaves, palancas, pistolas de grasa y latas de aceite.

De ordinario, Frank era una persona sensata, pero ahora, en esta incandescencia desangelada, se sentía asaltado desde todas direcciones por presagios de violencia, todos dirigidos hacia él. Barbas que hacía semanas que no conocían el acero de la navaja, colmillos amarillentos al descubierto, ojos ribeteados por el rubor cálido de un deseo incontrolable... Empezó a sudar por la aprensión, y comprendió que estaba

justamente donde no debía estar. Lanzó una mirada frenética hacia la estación, pero el tren ya retrocedía lentamente por el valle. Le gustara o no, se había unido a la compañía de quienes siguen sus presentimientos hasta el final, hasta tocar fondo, hasta ahí, donde se recortaba esa pared de picos de cuatro o cinco mil metros y donde la intensidad del odio entre el sindicato de mineros y los propietarios de las minas se había disparado peligrosamente incluso para los estándares de Colorado, tanto que hasta se podía oler.

El otro olor, que Frank sólo podía obviar encendiéndose un puro, emanaba de lo que daba nombre a la ciudad, pues la plata aquí solía encontrarse junto al telurio, y los compuestos del telurio, como había aprendido Frank en la escuela de minas, se contaban entre los de naturaleza más nauseabunda, olían peor que el peor pedo jamás tirado en una pensión, un olor que impregnaba la ropa, la piel, el espíritu, y que aquí se creía que salía por las bocas y las bancadas de las minas abandonadas, procedente de la atmósfera cotidiana del mismo infierno.

Esa noche, mientras cenaba en el hotel, vio por la ventana un piquete de guardias nacionales pasando por Mainstreet, de camino al valle que se encontraba al oeste de la ciudad. Delante de ellos, a pie, avanzaba tambaleándose un pequeño grupo de hombres sucios vestidos con harapos. Incluso en la tierra batida, el ruido de los cascos de las monturas tenía algo de concertado y deliberado que hizo preguntarse a Frank si el local le ofrecía un refugio fiable, aunque los demás clientes se lo tomaran con despreocupación. Le pareció que se trataba de una redada: los soldados detenían por «vagabundeo» a cualquier minero que no trabajara y tuviera la mala suerte de que lo vieran.

—Andamos sobrados de militares en la ciudad.

—Por no hablar del viejo Bob el «Gatillo», que merodea por ahí, ese tío es un ejército entero de un solo hombre.

—¿Es ése —Frank simuló preguntar— el famoso pistolero Bob Meldrum? ¿Y está aquí, en Telluride?

Los hombres le miraron entornando los ojos, aunque de un modo bastante amistoso, tal vez porque el hecho de que Frank no se hubiera afeitado esa mañana disipaba cualquier impresión de excesiva bisonñez.

—El mismo, '*joven*'. Corren tiempos terribles en estas montañas, y no parece que nada vaya a calmarlos. Aquí Bob está en su paraíso.

Los demás se unieron a la conversación.

—Está bastante sordo, pero uno no tiene por qué chillarle ni adivinar a qué oreja sería mejor hablarle.

—Hay pocas cosas en la vida más peligrosas que un pistolero sordo, porque tenderá a pecar de gatillo fácil, lo apretará a la mínima sospecha de que se le ha escapado algo especialmente insultante que le hayas podido decir...

—¿Os acordáis de cuando mató a Joe Lambert en Tomboy, en el bocarte? Eran las condiciones perfectas para Meldrum, los bocartes machacaban como los martillos del infierno, así que para empezar nadie podía oír nada. «¿Manos arriba?», oh, faltaba más, gracias, Bob.

—Si quieres que te diga lo que pienso, creo que oye perfectamente, sólo que como las serpientes, a través de la piel.

—Más vale que hayas traído algo más contundente que una pistola, joven amigo.

—Dejando este jaleo aparte, hijo, espero que, sea lo que sea lo que te traiga aquí, al menos sepas quién es el hombre al que hay que recurrir en Telluride.

—Ellmore Disco es el nombre que me han dado —dijo Frank.

—Ése es. Habrás arreglado tu cita por adelantado, espero.

—Cita...

—Fijaos, otro que se creía que entraría por la cara.

—Mucha gente quiere ver a Ellmore, hijo.

Algunos creían que Ellmore Disco era mexicano, otros decían que procedía de aún más lejos, de Finlandia o algún sitio así. Nadie podía afirmar que fuera muy coqueto vistiendo, su escaso pero impulsivo interés por el atuendo lo concentraba en los sombreros, prefiriendo los de castor negros de fantasía con cintas de piel de serpiente y reborde enrollado en el ala, que había que encargarse en Denver y que tardaban meses en entregar. Las únicas personas de las que se tenía noticia cierta que él les hubiera disparado eran aquellas que, de palabra u obra, habían faltado al respeto a alguno de sus sombreros, y se ha de decir que ciertos comportamientos de ese tipo habían sido incuestionablemente provocadores. Una vez, en C. Hall & Co., en Leadville, cuando la ciudad vivía aún sus buenos tiempos, mientras Ellmore había salido a echar una breve meada durante una, hasta ese momento, amistosa partida de Seven-Toed Pete, a un travieso jefe de turno se le había ocurrido llenarle el sombrero Stetson, confiadamente desatendido, con consomé de tortuga en gelatina, que, para empezar, nunca había sido uno de los consomes preferidos de Ellmore. «¡Vaya!», exclamó a su regreso, «¡qué situación más embarazosa!». El minero debió de percibir algo ominoso, porque empezó a arrastrarse hacia la salida. Antes de que se dieran cuenta, los dos habían franqueado la puerta y las detonaciones animaban Chestnut Street. El bromista escapó por piernas a campo abierto, a pesar de una herida en carne viva en el trasero y un par de orificios en la copa de su propio sombrero, que parecía haber sido el blanco elegido por la ira de Ellmore.

Muchos fueron los testigos de ese rifirrafe, así que al siguiente incidente con sombreros de por medio, Ellmore se vio obligado a comportarse del mismo modo, por no decir un poco peor. «Pero si yo soy básicamente un tipo tranquilo», insistía, aunque nadie le daba mucho crédito. Para los desconocidos, era Ellmore el Diablo; para los amigos, un tipo bastante simpático pese a las broncas relacionadas con sombreros, cuya imprevisibilidad no estorbó para nada su éxito en los negocios. En los últimos tiempos, E. Disco & Sons se había convertido en la empresa más próspera

entre Grand Junction y la cordillera Sangre de Cristo. El secreto de la tienda parecía radicar en su amplia gama de mercancías y precios, de manera que a cualquier hora de cualquier día era posible observar a hombres de negocios con sombreros de seda lacados mezclándose con pobres de solemnidad con viejos sombreros de lana de ala ancha, relucientes por la suciedad y la grasa y ajados por el uso diario, buscando casi de todo: bombines y gorros de cazador, mantillas, gemelos, bastones, trompetillas, polainas, cazadoras de conductor, ornamentos para la cadena del reloj, camisetas y combinaciones, sombrillas japonesas, bañeras eléctricas, dispositivos a prueba de tormentas para hacer mayonesa, máquinas para despepitar cerezas, brocas de taladros y lámparas de carburo, cartucheras femeninas aparejadas expresamente para balas del calibre 22, por no mencionar las piezas de chaconada, satén Pompadour, tarlatana, bombasí, granadina, crespón liso, sencillo, de rayas o con estampas orientales, traídas directamente de los almacenes Liberty de Londres.

Frank llegó al almacén a media mañana y encontró un interior iluminado por la luz del sol, rodeado de un entresuelo, con el herraje pintado de un gris verdoso claro. La oficina de Ellmore era una especie de voladizo que se alzaba sobre la planta principal, desde donde llegaban los ecos de la tienda, que desprendía olores de tierra de batán, de grasa para armas y de la ciudadanía local, que estaba por todas partes.

—El jefe está hasta la coronilla de texanos por esta mañana —le informaron—. ¿Ve los Suministros Equinos de ahí?, encontrará una entrada a la cantina de al lado, si empieza a aburrirse.

Frank se fijó en que el empleado, de modales bastante amables, estaba empaquetando uno de los modelos de tamaño gigantesco de Colt.

—Gracias, pero me parece que me quedaré aquí sentado, respiraré y dejaré que la altitud me ponga a tono sin tener que pagar.

La oficina, cuando finalmente le indicaron que pasara con un gesto de la cabeza, estaba recargada con mobiliario de salón del estilo Grandes Rápidos, comprado a precio de desahucio en Cortez después de la tristemente famosa noche en que el viejo Palacio fue tiroteado por los Chicos de las Cuatro Esquinas. Una fotografía de estudio que, se decía, era de la señora Disco, dirigía una sonrisa chillona a los visitantes.

Frank miraba por la ventana hacia la ajetreada vía pública principal cuando Ellmore entró a toda prisa.

—Me ha pillado admirando su vista.

—Tiene suerte de verla mientras dura la bonanza, porque cuando estas vetas se acaben no quedará nada que vender salvo el escenario, lo que significa manadas de visitantes procedentes de lugares donde no hay nada que admirar, de texanos, por ejemplo. Ese lado de la calle que está mirando es lo que llamamos el Lado Soleado. ¿Ve esas pequeñas cabañas mineras de allí? Demasiado estrechas para que quepa nadie de pie, a no ser que esté malnutrido, menos aún para que se dé la vuelta, pues bien, dentro de..., bueno, algún día, cada una costará un millón de dólares americanos, tal vez dos, y más. Ríase si quiere, todos se ríen, una más de las gracias

de Telluride, dicen, será por la altitud. Pero dele tiempo. Recuerde que se habrá enterado aquí.

—Un hombre con visión de futuro.

—Mierda, los anarquistas no son los únicos con ideas sobre el futuro.

Ellmore Disco no parecía ser de ascendencia finlandesa ni mexicana, al menos no cuando sonreía, como en ese momento; tenía algo de chino de music hall, tal vez, por el modo en que sus ojos se retiraban a bolsas protectoras, dejando al observador con una ruinosa octava en *do* mayor («o, como dicen en esta ciudad, “*la* minero”») sobre un piano vertical abandonado, interrumpido por un par de caninos de oro a juego que centelleaban y parecían más largos y más afilados de lo necesario, incluso para comer en los restaurantes de carne de las ciudades mineras.

Hizo un gesto con una taza de café que parecía una compañía constante y, con tanta rapidez que podría haberlo dicho con un único aliento, anunció:

—En cuanto a una entrevista con el Capitán Wells, tiene toda mi comprensión, señor, aunque disto mucho de ser la secretaria particular del Capitán; bien sé que es un deseo muy frecuente entre los visitantes, por la fama que ha adquirido Bulkley Wells en todo el mundo, o casi. Esta semana, sin ir más lejos, una delegación ha venido desde Tokio, Japón, cumpliendo órdenes del Emperador en persona: «Si no veis al Capitán, chavales, casi que no os molestéis en volver»; y luego, claro, nos vienen con esa wakizashi que todos llevan encima para hacerse el hari-kari, puede imaginarse qué bien se lo pasaría el bueno del Sheriff Cal Rutan con un incidente como ése en *su* condado. Pero así de desesperados se ponen algunos, y no siempre se trata de extranjeros, así que ahora tiene que decirme cuán desdichado va a sentirse, señor, si, el cielo no lo quiera, no llega a ver al Capitán en este viaje.

Después de asegurarse de que Ellmore había acabado, Frank dijo:

—Un caballero muy ocupado, supongo.

—Señor, necesitará los buenos oficios del hermano Meldrum, por no hablar de una variada gama de sus otros socios para pasar... Mencionó el trabajo en la mina, ¿a qué tipo de trabajo se dedica usted? ¿Algo que ver con explosiones, por ejemplo?

—Una parte, tal vez.

Intercambiaron una mirada fría y pétrea. Ellmore asintió, como si acabara de ocurrírsele algo.

—Aunque nada en la superficie.

—Es la primera vez que me toman por un dinamitero.

—¿Qué me ha parecido oír en su tono, indignación?

—No especialmente. Más bien me parece halagador, hasta cierto punto.

—Un ingeniero no puede alegar que no sabe diferenciar una punta de un cartucho de dinamita de otra, como entenderá.

—Los perros se pondrían a ladrar, claro. Debería de haber respondido tan solo «chef de repostería» o algo así.

Ellmore separó las manos en una especie de gesto de inocencia.

Frank espantó una mosca imaginaria.

—Para serle sincero, el oro no está entre mis intereses, soy más bien un hombre del zinc, pero...

—Zinc; en ese caso, no se lo tome a mal, pero ¿por qué no está en Lake County?

—Gracias por el consejo, Leadville es una parada habitual en mis paseos, pero esta semana, bueno, lo que tengo entre manos es un nuevo método para concentrar el metal de oro...

—Sólo hablo por Tomboy y Smuggler, claro, aunque allí se dan por satisfechos con lo que tienen. Lo aplastan hasta dejarlo hecho una pulpa y lo pasan por un poco de mercurio en una bandeja, y dicen que funciona.

—Proceso de amalgamación. Tradicional, da bastante buen rendimiento. Claro. Pero este método mío...

—Supongo que el Capitán Wells preguntará cuánto cuesta, y luego dirá no en cualquier caso. Pero hable con Bob, que no es tan difícil de encontrar, aunque acercarse a él puede resultar muy peligroso y, lamento decirlo, ninguna hora del día es peor que otra... Oh, fíjese, es hora de comer. Venga al local de Lupita, el menudo es insuperable, empapa las tripas en tequila por la noche, ése es su secreto. —Se detuvo ante un gigantesco perchero de cuernos de alce con sombreros en todas las puntas y escogió uno gris con una cinta de medallones plateados incrustados con lapislázuli y jasper, por su aspecto una pieza artesanal de los zuñis—. O, al menos, uno de sus secretos. Recogeremos a mi chico, Loomis, de camino. —Loomis resultó ser el dependiente que había recibido a Frank hacía poco, mientras empaquetaba un 44.

Salieron por detrás, a Pacific Street, y se abrieron paso entre yuntas de bueyes y tiros de mulas, calesas pequeñas y faetones de tres muelles, carros y grandes carretas de transporte que llevaban mercancías entre la estación de tren y las minas y tiendas, jinetes con guardapolvos que el álcali de las tierras bajas había vuelto rígidos y espectrales, chinos empujando carretillas cargadas hasta los topes de colada... Ellmore saludaba, apuntando cómicamente con el dedo como si fuera una pistola, y de vez en cuando se paraba brevemente a hacer negocios con alguien. Parecía que todos lo conocían. La mayoría tenía el cuidado de elogiar su elección de sombrero.

El local de Lupita se encontraba en un tramo de suelo endurecido, encajado entre Pacific y el río San Miguel, que ahí era más bien un arroyo; consistía en una serie de mesas de tabloncillos y bancos largos pintados de un azul celeste que no se veía en ningún otro sitio de la ciudad, dispuestos bajo el techo oxidado de un cobertizo sostenido por postes de álamo. Los aromas de la cocina se olían a casi un kilómetro a la redonda. Había chicharrones gigantescos apilados como pellejos en una factoría comercial. ‘*Ristras*’ de chiles de un púrpura peligrosamente oscuro colgaban por todas partes. Se decía que por la noche resplandecían en la oscuridad. Dependientes y cajeros, aves nocturnas recién levantadas, ganaderos del valle, trabajadores mexicanos manchados de polvo de ladrillo, desolladores que esperaban el tren

sentados junto a repartidores de periódicos negros, y esposas con sus mejores sombreros, todos se mezclaban ocupando los bancos, comiendo con las manos y pringándose como mineros en una cantina, o permanecían de pie, esperando sitio o a que apareciera uno de los chicos que trabajaban en la cocina y les llenara la fiambra o una bolsa de papel con tortas de pollo, tamales de venado, los famosos tacos de sesos de Lupita, botellas de cerveza casera, cuñas de sesenta grados de pastel de melocotón, etcétera, para llevárselo.

A Frank, que esperaba una figura más maternal, le sorprendió la llegada del rubio epónimo de la taquería, un tornado en miniatura, blanco y negro con matices dorados, como un torbellino salido de Dios sabe dónde, que se detuvo sólo lo suficiente para darle un beso en la frente a Ellmore, tan rápido que él apenas tuvo tiempo de levantarse el sombrero, y, justo antes de desvanecerse en el clima inestable de la cocina de la parte de atrás, canturreó por encima del hombro, según parecía maliciosamente:

—‘*Por poco te faltó La Blanca*’.

—Oh, mier... coles —dijo Ellmore esbozando una expresión preocupada—, se me fastidió el resto del día, ¿qué habrá pasado, Loomis? No sé qué la habrá traído a la ciudad.

«La Blanca» resultó ser el nombre local de la esposa de Bob el Gatillo Meldrum —todos coincidían en llamarla «esposa», dadas las siniestras consecuencias de disgustar a Bob—, y recibía el nombre del caballo blanco de porte sobrenatural que siempre montaba, habitualmente por los caminos de la Cuenca del Savage y los puertos montañosos casi invisibles, conocidos sobre todo por gentuza como la tristemente famosa Banda de Hole-in-the-Wall, manteniéndose escrupulosamente a distancia, con labios tan exangües en aquella ventosa transparencia que parecían desaparecer, dejando sus ojos ribeteados de negro como el único rasgo que los demás recordaban después de que se hubiera ido. Según los visitantes, texanos y demás, estas laderas no eran tierra de caballos, pues las pendientes se alzaban demasiado pronunciadas, demasiado repentinas, se abrían demasiados abismos de miles de metros, sin que siquiera hubiera camino de vuelta transitable a través de lo que a menudo se convertía en fachadas escarpadas de *acantilados*, lo que no te dejaba más remedio que acabar la proeza, hacia arriba o hacia abajo, rogando que no hubiera placas de hielo y que tu caballo conociera lo bastante bien la montaña para valorar el angustiosamente pronunciado desnivel, brete en el que un poni indio era la opción preferible. Ella moraba en esa geometría del miedo con tan poco esfuerzo que Bob podría haberla conocido, érase una vez, en un reino de cuento de hadas sobre montañas de cristal tan peculiares en todos los sentidos como las San Juan, y los poetas de los caminos conjeturaban que con su atuendo y su porte de solitaria —capa negra ondeando, sombrero colgado a la espalda, la luz del Cielo en sus cabellos, pañuelos de seda floreados que Bob le compraba en Montrose acanalándose como llamas frías en medio de ventiscas, avalanchas de primavera o abundantes nevadas de

agosto...—, ella destilaba una nostalgia demasiado apasionada para que estos reinos vulgares de plata y oro fueran la causa ni, mucho menos, estuvieran a su altura.

Vivían cerca de la mina de Tomboy, en una cabaña más allá de las escorias de la mina, pero se mantenían apartados, hasta el punto de que pocos llegaron a verlos juntos, lo que sin duda alimentó un montón de cotilleos, incluso en boca de quienes, aun odiando a Bob desde el sombrero hasta las espuelas, la habían visto a ella, fatalmente, al menos una vez, al aire libre, en alguna de aquellas cabalgadas sin destino. Por entonces, Bob, además de trabajar como representante de Buck Wells en la Tierra, era también guardia de día en Tomboy, se levantaba antes de las primeras luces y recorría la Cuenca del Savage, y su mirada —alguien recordaba «oscuros» sus ojos, pero otros decían que cambiaban al gris pálido justo antes de disparar a un hombre—, más penetrante de lo normal para compensar su supuesto mal oído, se movía sin parar de un lado a otro, cribando cuanto se cruzaba con ella, aunque tuviera el tamaño de un guijarro o fuera aún más pequeño, atenta a cualquier problema que pudiera surgir, incluyendo inevitablemente los de La Blanca. A muchos jóvenes temerarios y cortos de entendederas de la ciudad les gustaba imaginar que sabían qué andaba buscando ella, algo que, en sus fantasías, siempre implicaba librarse, como fuera, del enano sordo con el que convivía en la cabaña, quien, además, tampoco parecía tan duro, pese a las catorce muescas o las que fueran que, se decía, llevaba grabadas en su pistola. A la mierda, cualquiera puede hacer una muesca, ¿no? Es más fácil que mear, ¿no?

—Ya, pero a ese Bob el Gatillo le importa un comino quién vive y quién no, nada por el estilo...

—A lo mejor lo que él no sabe es que a mí tampoco.

—Eso no son más que habladurías de barra de bar. —Ellmore echó una breve mirada a Frank, como si no fuera más que otro de esos jovencitos Romeos—. Escucha, Loomis, esto me está desconcertado un poco, me temo. ¿Le va a parecer bien a Bob que su mujer venga desde la colina hasta aquí? Tenemos que controlar esto rápidamente. ¿Ves a Lupi por alguna parte?

Frank, emergiendo de su cuenco de tripas picantes, dijo:

—La señora Meldrum... ¿causa problemas?

—‘Joven’ —masculó Ellmore mientras comía—, nadie podrá contarle gran cosa sobre ella. En cuanto a los *problemas*, bueno..., siempre van con Bob...

Su mirada habitualmente directa se había desviado hacia Bear Creek, y la expresión de su cara ya no era una máscara oriental que pudiera calificarse de tranquila.

Lupita apareció con una bandeja con motivos florales llena de masa de maíz encajada en la curva interior de un codo, de la que se puso a sacar puñados de masa que palmeaba con gestos rápidos y a los que daba, uno por uno, forma de tortillas finas como el papel, que luego arrojaba girando a la pequeña cocina, al interior de un ‘comal’ de hoja metálica rescatado tras una memorable ventisca en el Lizard Head

Pass, para que se frieran durante un minuto antes de sacarlas y colocarlas sobre un trozo de delantal preparado para ese propósito, mientras informaba a Ellmore:

—No me pareció que te buscara a ti.

—¿Has visto hoy a su marido?

—Me han dicho que ha tenido que irse corriendo a algún sitio. No tienes pinta de hombre enamorado.

—Más bien de hombre con líos. Como decís vosotros, hasta ‘*en la sopa*’.

—Claro que ella es joven —dijo Lupita—, está en la edad en la que todos hacemos esas locuras.

—Yo ya no me acuerdo.

—‘*Pobrecito*’. —Y se alejó de nuevo dando vueltas, cantando como un pájaro.

Frank se dio cuenta de que Ellmore lo había estado observando con mayor interés del que exigía la sociabilidad. Cuando veía que Frank le devolvía la mirada, enseñaba intencionadamente un colmillo de oro.

—¿Cómo está ese menudo? Cuidado con los mocos por ahí.

—Ni me fijé —dijo Frank pasándose una manga de la camisa por debajo de la nariz.

—Los labios se entumecen demasiado para sentirlo —le advirtió Loomis—. Si vas a comer mucho aquí, tendrás que dejarte bigote, que absorbe parte de lo que cae.

—Se habrá fijado que cuanto más pequeño es un chile, más pica, ¿verdad? Es lo primero que se aprende. Bueno, los que utiliza Lupi son pequeños. Y quiero decir muy pequeños, ‘*joven*’.

—Sí, Ellmore, pero... ¿cómo de pequeños?

—¿Y si le dijera que invisibles?

—¿Quiere decir que nadie... *ha visto* jamás esos chiles, pero aun así la gente de por aquí los pone en las recetas mexicanas? ¿Cómo saben cuántos echar?

A su compañía la cuestión le pareció estimulante.

—¿Está loco? —aulló Ellmore—. ¡Con *uno* basta para matarte!

—Y para matar a cualquiera en un radio de cien metros —añadió Loomis.

—Excepto a Bob, claro, él se los come como si fueran cacahuetes. Dice que le calman.

Cuando regresó haciendo crujir el suelo a su habitación en el Sheridan, después de pasarse por la barra para comerse un bistec cuyo volumen, según calculó, casi llegaba a los quince litros, Frank había contraído una Meldrumitis Rampante, pues apenas si había oído hablar de otra cosa ese día. El Capitán Bulkley Wells seguía tan inaccesible como siempre, cumpliendo con su ocupada agenda; tal vez estuviera en Londres, visitando a su sastre, o en Argentina, comprando ponis para jugar al polo, o haciendo turismo, por qué no, por algún otro mundo habitado. Y hasta ese momento,

como si hubiera palabras que no se pronunciaran delante del inocente, no había oído nada que tuviera ni remotamente que ver con Deuce Kindred o Sloat Fresno.

Frank pudo mantener los ojos abiertos el tiempo suficiente para revisar su cama rastreándola con un bichero de minero y apagar la lámpara eléctrica, pero no para quitarse las botas antes de sumirse agotado en su sopor habitual, del que lo arrancaron, cuando no llevaba ni cinco minutos, unos golpes en su puerta acompañados de gritos espantosos, que pospusieron por el momento los placeres del olvido.

—Vas a sacar tu culo torcido, de color de meada, de ahí, ¿o hace falta que entre, ladrón de esposas? —preguntó una voz desdichada.

—Claro —bostezó Frank en un tono amistoso que esperaba no delataría la presteza con la que buscaba el cilindro de su Smith & Wesson.

—Y bien, ¿cuál es? Habla alto. No oigo muy bien y lo que no oigo me pone muy nervioso.

—¡Me parece que la puerta está abierta! —gritó Frank.

Y, al instante, lo estaba. Allí apareció una figura diminuta con sombrero, camisa y guantes, todo negro: inconfundible, Bob Meldrum, con un bigote tan ancho que Frank habría jurado que su dueño tenía que ponerse de lado para pasar por la puerta, y un halo de McBryan's que, como su fama, le precedía.

—Oh, pero mira qué tenemos aquí, una pistolita de damisela, ¿eh? ¡Si hasta está niquelada! Vaya, vaya, es una preciosidad.

—De hecho, es un 38 —dijo Frank— Modelo policial, aunque lo he limado un poco, puede que demasiado, aquí y allá, porque no siempre se queda amartillado como quisiera. Espero que no suponga ningún problema.

—Hablas bastante buen inglés para ser un maldito cabronazo fumador de opio, y ni siquiera pareces muy japo.

—Con que me llame «Frank» ya me vale. ¿No podría ser que se hubiera equivocado de habitación?

—¿No podría ser que te estés tirando a mi mujer aquí y mintiendo como un mierda?

—Nunca he estado tan loco, tal vez le haya informado mal el hermano Disco.

—Oh, mierda, tú eres el chico ingeniero —dijo, y sus ojos, para tranquilidad de Frank, perdieron algo de su palidez.

—Sí, y veamos, usted debe de ser... el señor Meldrum, ¿me equivoco? —preguntó intentado que no se notara demasiado que le estaba gritando a la oreja.

—No, que Dios me perdone, y bien que me cuesta. —El pistolero de atuendo oscuro se dejó caer con un emotivo suspiro en el sofá—. ¿Crees que es fácil ser un tipo duro en esta ciudad, donde te comparan a todas horas con Butch Cassidy? A la mierda, pero ¿qué coño hizo ese tío?: cabalgar por el valle en un maldito caballito de tiovivo, desenfundar una pistola, llevarse los diez mil dólares, salir cabalgando otra vez...; tan fácil como comerse un pastel de cereza, pero los años pasan, las leyendas

del viejo Oeste se engrandecen, y la gente murmura por lo bajini cuando creen que no los oyen: «Vale, es malvado, pero ni de lejos es un Butch». ¿Y cómo te crees que me sienta? Supongo que no tendrás tampoco nada de beber.

—Pues suponga que vamos a cualquier parte y me permite que le invite a una copa.

—Claro, ‘seguro’, pero ¿y si apuntas esa mierdecilla abrillantada a algún otro sitio?, lo digo por mi reputación y todo eso.

—Vaya, casi se me había olvidado... —Sin ningún convencimiento, Frank se guardó el revólver en el bolsillo, esperando un susto, pero Bob parecía tranquilo, por el momento en cualquier caso, e incluso llegó a sonreír brevemente, descubriendo una serie doble de coronas dentales doradas. Frank fingió que retrocedía como deslumbrado, protegiéndose los ojos con un antebrazo—. Muchos lingotes ahí.

—En la mina fueron tan amables de hacerme un precio especial —respondió Bob.

Evitando el elegante establecimiento del hotel, se encaminaron hacia el Cosmopolitan Saloon y el Gambling Club, a unos pasos en la misma calle, donde Bob estaba seguro de que la gente tenía la sensatez de dejarle beber en paz.

—A ver —dijo una vez que les habían servido botella y vasos—, si me dieran cinco centavos por cada cabrón que quiere hacer perder el tiempo al Capitán Wells, estaría en Denver bebiendo whisky con soda en vaso largo por toda Market Street, no sé si me entiendes, y este cañón olvidado de la mano de Dios no sería más que un mal sueño.

—¿Alguna ocasión de hablar con él? ¿Está en la ciudad?

Bob le echó un largo vistazo, con ojos brillantes.

—¿Acabas de decir lo que me ha parecido oír? ¿Un día sí y otro también, un montón de cabronazos anarquistas le tiran bombas, y va y se presenta un desconocido preguntando «si está en la ciudad»? Vaya, si no fuera suspicaz, me estaría partiendo el culo. Pero aun así te diré una cosa, ¿ves a ese tipo de ahí? Es tu hombre, Merle Rideout, el amalgamador de Little Hellkite, loco como una cabra por los humos y la basura que aspira todos los días, y por partida doble el día que funden el oro en lingotes, pero aun así, a lo mejor estará dispuesto a escuchar al primer viajante de comercio en prácticas que se le presente y le aparte de su trabajo.

Merle Rideout iba de camino a una de las cantinas, pero sin mucha prisa; lo que dio margen a Frank para lanzar su perorata.

—... Y sin duda estará al tanto del plan del señor Edison en Dolores para utilizar la electricidad estática, aunque triste es decir que sin demasiado éxito... Ahora bien, mi enfoque es diferente, yo utilizo el *magnetismo*. En el este, en Nueva Jersey, han extraído piritas de la mezcla de zinc con un imán Wetherill, que, se supone, es el más potente que existe; pues resulta que mi aparato es una variante, una pequeña joya, y no tiene nada que envidiarle al Wetherill. Y con el tipo de corriente eléctrica que puede generarse por aquí...

Merle estaba mirando a Frank con expresión bastante amable, pero no parecía muy dispuesto a dejarse engañar.

—Separación magnética del mineral, sí, ciertamente, tal vez se lo crean los públicos menos críticos de las montañas, pero yo ya he visto al menos un par de imanes, así que soy cauteloso, eso es todo. Le diré una cosa. Suba a la mina y tendrá su oportunidad, hablaremos. Mañana me vendría bien.

De golpe se hizo el silencio; sólo se oía el zumbido de la electricidad. Un grupo de hombres con enormes sombreros de castor nuevos acababa de entrar en el Cosmopolitan, canturreando y tarareando en una lengua extranjera. Todos ellos llevaban una Kodak de bolsillo con el obturador ingeniosamente conectado a un pequeño flash de magnesio, que aparentemente los sincronizaba. Las copas se quedaron a medio camino de las bocas, el jovencito limpiabotas negro dejó de agitar su trapo, la ruleta de Hieronymus se paró en seco, la bola dio un salto y se quedó suspendida en el aire, como si todo en la escena hiciera lo posible para posar en un par de fotografías. Los recién llegados se acercaron a Dieter, el camarero, inclinaron la cabeza uno tras otro y empezaron a señalar algunas de las botellas amontonadas en uno de los extremos de la barra. Dieter, conocedor de brebajes a los que todavía nadie había dado nombre, asintió, las cogió, llenó vasos y mezcló las bebidas, mientras se reanudaban las conversaciones en el local, pues los clientes habían reconocido a la «delegación comercial japonesa» que Ellmore había mencionado a Frank antes, ese mismo día, cuyos miembros habían salido a echar un vistazo a la Telluride nocturna. Frank dejó de mirarlos justo a tiempo para ver que los ojos de Bob empalidecían como un cielo estival sobre una cordillera y que de sus orejas surgían dos chorros gemelos de vapor recalentado hasta el punto de amenazar el cuidadoso reborde del ala de su sombrero. Incapaz de pensar en nada que el irascible pistolero quisiera oír de su boca en ese momento, Frank empezó a buscar los posibles escondrijos y vio que los demás clientes hacían lo mismo.

—Bien, Bob, ¡cuál de ellos crees que es! —gritó uno de los parroquianos, en la aparente creencia de que su avanzada edad le eximía de pagar el precio de la impertinencia.

—¡Enas noches, Zack! —gritó Bob—, es frustrante de cojones, ¿verdad?, todos se parecen tanto que uno no sabe por dónde empezar a disparar.

—¡Y tanto, y no veo a ninguna señora M. por ninguna parte!, ¿y tú? —gritó el imprudente Zack—, ¡a lo mejor el que buscas está *ocupado de otro modo*, ye-je-jé!

—Claro que, para empezar, podría dispararte a ti, sólo para ajustar el tiro —supuso Bob.

—Oh, vamos, Bob.

Fascinados, los Hijos de Nipón habían empezado a congregarse alrededor de Bob formando un semicírculo, y estaban extendiendo a todo lo largo los fuelles de sus cámaras, enfocando vacilantes, algunos incluso intentando subirse a la mesa de billar

para mejorar el ángulo de visión, lo cual dejaba perplejos a quienes estaban jugando sobre la superficie.

—Chico —dijo Bob sin que se viera moverse ninguno de sus dos labios—, ¿te acuerdas de aquel pequeño *artilugio* tuyo que admiré antes? ¿No lo tendrás a mano por casualidad? Porque es posible que pronto necesite tu colaboración, para guardarme las espaldas quiero decir, ya que esto está empezando a escocerme mucho, ¿me sigues?

—Entiendo un poco de su jerga —se ofreció Merle.

—¿Sabes decir: «Voy a mataros a todos vosotros, cabronazos, uno por uno, sólo para asegurarme de que no me equivoco», o algo por el estilo?

—A ver, umm... *Sumimasen*, muchachos, ¡éste es *Bobusan desu!* —Todos hicieron una reverencia a Bob, que a punto estuvo de devolvérsela—. *Gonnusuringaa* —añadió Merle—, *mottomo abunai desu!*

—*Aa!*

—*Anna koto!*

De repente, los flashes de magnesio estallaron por todas partes, y de cada uno surgió una columna de espeso humo blanco cuyo ascenso ordenadamente cilíndrico se vio alterado por las tentativas de los clientes, presas de cierto pánico, de buscar la salida, mientras la inesperada combinación de brillo y opacidad se extendió rápidamente por todos los rincones del salón. Los que huían sin tropezar con los muebles chocaban con otros clientes, que se sentían obligados a devolver el golpe, y con sumo interés. La irritación se generalizó. Los objetos sólidos no tardaron en volar a través de la invisibilidad fluorescente, y a toda velocidad, acompañados de blasfemias cruzadas desde todos lados, buena parte en japonés.

Frank decidió agacharse junto al extremo de la barra hasta que el aire se despejara. Mantenía un oído atento por si Bob le decía algo, pero en medio de aquel alboroto no estaba seguro de que pudiera reconocer ninguna voz. La pérdida de claridad y de escala en el local estaba causando que muchos tuvieran extrañas ilusiones ópticas, siendo una de las más frecuentes la de un vasto paisaje barrido por una bruma irreductible. Era posible creer que uno había sido lanzado, tras la rápida cascada de flashes, a una geografía distinta donde criaturas desconocidas se revolcaban y aullaban aterrorizadas en la oscuridad. Los clientes más viejos, en cuyos corazones todavía resonaban las batallas de la Rebelión, creían oír en estas detonaciones más moderadas de pólvora de flash los cañonazos de antiguas campañas que más valía olvidar. Incluso Frank, por lo general inmune a cualquier fantasmagoría, vio que ya no era capaz de orientarse.

Cuando por fin el humo se disipó lo suficiente para ver, Frank distinguió a Merle Rideout conversando con uno de los miembros de la delegación comercial japonesa.

—Por aquí —decía el visitante—, el Oeste Americano... ¡es un territorio espiritual! ¡En el que buscamos estudiar los secretos de su... alma nacional!

—¡Ja! ¡Ja! —Merle se palmeó la rodilla—. Menudos sois, lo juro. ¿Qué «alma nacional»? Si no tenemos ninguna «alma nacional». Si te crees otra cosa, es que estás tragándote piritas, hermano.

—Sí tienen: es una hoja afilada de acero, matemáticamente sin anchura, más letal que cualquier katana, enfundada en la precisión de la cara americana, donde se desconoce la misericordia, contra la que el Cielo ha sellado sus fronteras. ¡No finja que no lo sabe! ¡Y no me haga perder el tiempo! —Con una mirada de rabia, se unió a los suyos y salió majestuosamente.

Frank le señaló con la cabeza.

—Parece alterado. ¿No cree que podría tomárselo a mal...?

—No es probable —dijo Merle—, si parece un repartidor de lavandería, ¿verdad? Lo cierto es que es un secuaz del famoso espía internacional Barón Akashi, que es lo que denominan un «agregado militar itinerante»: hace circuitos por las diferentes capitales de Europa, manteniendo a los estudiantes rusos que residen en ellas en rebelión perpetua contra el Zar. Y resulta que tenemos una multitud antizarista entre nosotros, en pleno condado de San Miguel, donde les llamamos los «finlandeses». El que gobierna su Finlandia natal ahora es ese mismo omnipotente Zar de Rusia. Y no se equivoque, no lo tragan. Lo que los convierte en objetivo profesional de gran interés para nuestro amigo. Y no es que no demuestren también un interés superior al de cualquier delegación comercial media por las actividades en Little Hellkite, sobre todo las químicas, o las del día de la fundición del oro en lingotes.

—¿No estarán planeando dar un golpe?

—Es más probable que se trate de lo que llaman «espionaje industrial». Parece que lo que andan buscando es mi método de amalgamación. Aunque puede que eso sólo sea una tapadera, ¿verdad? —Se quitó el sombrero, marcó el pliegue de la copa y volvió a ponérselo—. Bien, ¿nos vemos mañana en la mina? —Y se marchó antes de que Frank pudiera responder «claro».

Lentamente, había empezado a remitir el caos. Cristales rotos, maderas astilladas y el contenido de las escupideras volcado molestaban por todas partes, mientras los jugadores se arrastraban entre los restos intentando recomponer las barajas. Palpándose las heridas, enjugándose los ojos y sonándose las narices en las mangas, los bebedores y jugadores salían tambaleándose a la calle, donde los caballos alquilados ya se habían desenganchado habilidosamente, solos, y se dirigían de vuelta al establo, suspirando de vez en cuando. Damas espabiladas, salidas tanto de prostíbulos como de salones a la orilla del río, contemplaban la escena en parejas y tríos, riéndose entre dientes como beatonas. Los visitantes japoneses se habían desvanecido, y dentro del Cosmopolitan, Dieter había reanudado el trabajo detrás de la barra como si nada hubiera sucedido. Frank se puso de pie con cautela y estaba a punto de comprobar qué botellas habían sobrevivido cuando Zack se acercó ágilmente a él esbozando una mueca inquisitiva.

—Vaya, hombre, viejo amigo, pídete lo que quieras. No habrás visto a Bob por ahí, ¿verdad?

—Mi whisky Squirrel con zarzaparrilla de siempre, Dieter, y sí, joven y diría que breve amigo, la última vez que vi a tu pendenciero compañero se dirigía hacia Bear Creek chillando algo acerca de volver a Baggs, en Wyoming, y empezar una nueva vida, aunque esto último quizá no lo entendí bien.

—Pues como el resto de la velada —sugirió Frank.

—A la mierda —Zack buscó una servilleta para secarse el labio—, esto no ha sido más que un amable té social. Pero mira, en el verano del 89, el día que Butch y su banda irrumpieron cabalgando...

A la mañana siguiente, en la cuadra de caballos de alquiler Rodgers Brothers', Frank se encontró con más jinetes sin caballo de los que había visto jamás, salvo en el centro de Denver a la hora de comer; se empujaban unos a otros intentando conseguir algo que él no alcanzó a ver en un primer momento, se gruñían ominosamente y, allá donde tenían sitio, paseaban nerviosos arriba y abajo, dando caladas a puros viejos y nuevos. Del corral no paraban de salir chicos con caballos ya ensillados y embriados, que después repartían copias de largos formularios de alquiler para que los firmaran, se embolsaban propinas, controlaban lo que pretendía ser una cola y hacían caso omiso a los insultos de otros empleados, que intentaban seguir de cerca cuanto sucedía desde detrás de un largo mostrador que había en el interior. El sol estaba ya muy por encima de los picos cuando Frank consiguió una montura, un pinto indio llamado *Mescalero* de mirada maliciosa, y empezó su ascenso a la mina de Little Hellkite por Fir Street, donde se cruzó con Ellmore Disco, que bajaba hacia la tienda en un precioso carruaje ligero de dos ruedas, asentado sobre muelles Timken.

—Una noche divertida en el Cosmopolitan, según me han dicho.

—Fui con Bob Meldrum, pero lo perdí en medio de la confusión.

—Es probable que a estas alturas ya haya vuelto al trabajo. Pero... —Ellmore no dijo exactamente «te lo aviso», aunque ésa fue la impresión que tuvo Frank mientras le miraba a la cara—, si lo ves por la Cuenca hoy, ten en cuenta el rifle Sharps que lleva, sobre todo su alcance, al que hay que sumar, pongamos, un par de kilómetros.

—¿Se ha enfadado conmigo por algo? —preguntó desconcertado Frank.

—La cosa nunca es tan personal, '*joven*'.

Y allá se fue Ellmore Disco, con la ferretería de la calesa resonando como un carillón en una banda. Frank subió por la Tomboy Road, dejando abajo la ciudad, que todavía veía en las curvas zigzagueantes a través de los álamos de hojas temblorosas, cada vez más aplanada a medida que entraba lentamente en una neblina de humo de leña, rodeado del ruido de los martillos de los fabricantes de marcos y del tráfico de las carretas, y cada vez más cerca del silencio que remaba al otro lado de la Cuenca. Las cigarras estaban alborotadas. La carretera que llevaba a Hellkite (entiéndase lo de «carretera» como un eufemismo local) se desviaba para seguir el lecho rocoso de un arroyo que fluía cruzando el camino sin las molestias de cañerías ni alcantarillas.

Cuanto más permanecía en la ciudad, de menos cosas se enteraba. Se aproximaba rápidamente al punto de rendimientos decrecientes. Pero en ese momento, mientras el camino ascendía, el horizonte de nieve se le echaba encima y el viento se convertía en soberano, deseó ver un fugaz destello allí mismo, al borde de su campo de visión: un caballo blanco recortándose contra el cielo, una melena negra agitada y revuelta como el humo que vetea las llamas de la Perdición.

Incluso Frank, que no era precisamente un espiritualista, notaba que allí arriba todo estaba hechizado. A pesar del bullicio comercial que había en la ciudad a todas horas, a pesar de la promesa desatada del deseo sin freno, uno sólo tenía que subir la

ladera de la colina durante menos de una hora para encontrar los esqueletos marrones de cabañas desmoronadas que nadie habitaría nunca más, los muelles de las camas abandonadas de los dormitorios de los mineros, que se oxidaban apenas cinco kilómetros más arriba, bajo el oscuro cielo diurno..., las presencias que se movían furtivas como marmotas al borde de lo visible. Y el frío, que no se debía por entero a la altitud.

Mucho antes de avistar la mina de Little Hellkite, Frank la olió. El olor le llegaba esporádicamente desde que había llegado a la ciudad, pero en ningún sitio con tanta intensidad como allí. Oyó quejidos metálicos por encima de su cabeza, alzó la mirada y vio vagonetas cargadas con mineral descendiendo hacia la mina de Pandora, al borde de la ciudad, donde lo tratarían, pues a los propietarios la zona de Hellkite les había parecido demasiado escarpada para instalar lujos como bocartes. Pasó por delante de la caseta de derivación de la Telluride Power Company, una edificación de un rojo vivo que destacaba sobre las pálidas laderas, explotadas hacía mucho, cicatrizadas de caminos y erizadas de tocones blanqueados como lápidas de tumbas, el zumbido de cuyo voltaje ahogaba el canto de las cigarras.

La pequeña Cuenca apareció tras un giro. Pasó al trote entre los cobertizos y cabañas dispersos, de tablonés mellados y desgastados tras haberlos subido hasta allí cruzados sobre lomos de mulas, casi medio metro más cortos que cuando habían salido del almacén de la ciudad, y que estaban descoloridos por el subsiguiente resplandor del sol, hasta que por fin encontró el laboratorio de análisis.

—Ha bajado a Pandora, hijo.

—Me dijeron que estaba aquí.

—Entonces habrá bajado a alguna de las galerías, probablemente esté hablando con los *tommyknockers*.

—Ajá.

—A ver, no te preocupes, al bueno de Merle a veces se le va un poco la cabeza, pero cuando llega el día de fundir el oro en lingotes, nadie puede comparársele.

Y bien, ¿quién *no* estaba loco en este desfile circense escaso de oxígeno? Frank echó una mirada a la boca de la mina más cercana, y escuchó, en la penumbra y el frío que repentinamente envolvieron sus oídos, sienes y cogote, los golpes resonantes de mazos y picos en lejanas galerías, cada vez más difíciles de localizar a medida que se adentraba en ella, alejándose de la luz del día, de cuanto estuviera tranquilizadamente iluminado, sumiéndose en el equivalente nocturno de detrás de las cuencas de sus propios ojos, perdida ya la ilusión óptica de las imágenes remanentes de un mundo iluminado.

Al principio creyó que ella era una de esas criaturas sobrenaturales de la mina que los mexicanos llaman ‘*duendes*’, sobre las que corrían todo tipo de historias, aunque el sentido común sugiriera inmediatamente que más bien se trataba de una dinamitera, pues, vista de más cerca, resultó que la chica estaba vertiendo

tranquilamente lo que sólo podía ser nitroglicerina en agujeros perforados en estas profundidades montañosas vivientes.

—Claro que no me fijé en él —Dally replicó un poco más tarde cuando Merle empezó a burlarse de ella—, en aquel momento todo el mundo estaba ocupado intentando desprender aquel filón. Ser dinamitera no significa ser idiota. Al fin y al cabo, ¿qué es lo importante? Ahí abajo, a medio camino del infierno, sin que me quiten ojo de encima unos finlandeses locos, hombres hechos y derechos que en cuanto acaban el turno se lanzan ladera abajo encima de un par de tablillas de madera, ¿y voy a fijarme ni un segundo en un estudiantillo de minería con la cabeza llena de imanes?

Era difícil situar el acento de Dally en algún lugar concreto de América, se diría que era una voz del camino, de las que van y vienen, evocando ciudades que creías haber olvidado o en las que nunca deberías haberte aventurado, o incluso anunciando unas urbes de las que podrías haber oído hablar y a las que tenías pensado ir algún día.

Estaban sentados en el cobertizo del amalgamador, después de que Merle hubiera regresado de sus quehaceres en el pozo. Tenía los pies apoyados sobre la mesa y estaba de buen humor.

—Oh, una mañana me levantaré —los tranquilizó Dally— y le diré adiós a todo esto... —señaló a Merle con un movimiento de sus rizos brillantes—, y será más pronto que tarde.

—Pues ni te imaginas cuánto espero que llegue ese día —asintió Merle—, no se me va a romper ni un pedacito del corazón, vaya que no..., como te llares... ¡Vaya! Si *todavía* estás aquí, señorita, ¿cómo es que no te has marchado ya? ¿Qué es lo que te retiene?

—Será el café de por aquí. —Alargó la mano para coger la cafetera con la gracia de una dama de ciudad y la sacó de encima de una cocina de hierro tan caliente que estaba a punto de ponerse al rojo vivo, como retando a los imprudentes a que la tocaran.

Padre e hija habían mantenido esa conversación cientos de veces, y en diversas variantes.

—Podría hacer lo mismo que hago aquí en cualquier sitio —señalaba él—, en la ciudad más segura que te puedas imaginar, en los mejores salones del mundo, en lugar de en estas malditas San Juan. Dime, ¿por qué crees que estamos aquí, esquivando balas y avalanchas, y no en Davenport, Iowa, o en cualquier otro sitio tranquilo y acogedor por el estilo?

—¿Será porque quieres que me maten?

—Respuesta equivocada. Prueba otra.

—¿Será...?, ¿será por mi propio bien?

—Tú lo has dicho. Esto es una escuela, Dally, más aún, es una verdadera universidad de mierda, con una barra a la izquierda de todas las aulas, el profesorado

armado con escopetas y calibres 44, unos estudiantes que o están borrachos todo el tiempo o son unos perversos sexuales o tan peligrosos que sería de suicidas acercarse a menos de dos kilómetros, y sólo se dan dos notas: sobrevivir o no. ¿Me sigues hasta ahora o se me ha ido la metáfora de las manos?

—Avísame cuando llegues a los quebrados.

Ella encontró un gorro de minero de lona, se lo puso y se dirigió a la puerta.

—Estaré en el almacén de la empresa, al menos hasta que salgan los del turno siguiente y lo invadan a la carga; ha sido un placer conocerte, Fred.

—Frank —dijo Frank.

—Claro, claro, sólo estaba poniendo a prueba tu memoria.

No hacía ni medio minuto que ella había salido por la puerta cuando Merle, reclamando, supuso Frank, alguna prerrogativa tácita de los perturbados químicamente, le miró directamente a la cara y le preguntó qué hacía exactamente allí, en Telluride.

Frank se lo pensó.

—Sería más fácil si supiera hasta qué punto no debo fiarme de usted.

—Conocí a su padre, señor Traverse. Era un caballero y un magnífico jugador de cartas, conocía los secretos de la dinamita, salvó a mi hija un par de veces cuando una carga no estalló como debía, y el infierno sabe que no se merecía lo que le hicieron.

Frank se sentó ondeando los brazos en una silla plegable de campo que parecía a punto de romperse.

—Mire, señor Rideout.

—Merle estaría mejor.

Empujó una fotografía mate de Webb Traverse, con la cabeza descubierta, un puro humeante entre los dientes, mirando al objetivo con una especie de alegría agresiva, como si se le acabara de ocurrir exactamente cómo iba a destruir la cámara.

—Puede que no seas su viva imagen —añadió amablemente Merle—, pero yo estudio las caras, es parte de mi trabajo, y te pareces mucho.

—¿Y a quién se lo has contado?

—A nadie. No hace falta, o eso parece.

—¿A qué viene ese tono de predicador?

—Si yo fuera tú, descartaría cargarme a Buck Wells, si es que se trata de eso. Es un alma demasiado conflictiva. Incluso es posible que se mate él mismo antes de darte tiempo.

—Por mí que se pudra, pero ¿por qué debería desearle ningún mal a ese hombre?

—Se dice que estás ansioso por hacerle una visita.

—Mira, no te digo que no me muera de ganas de volarle su mierdoso culo de pijo de Harvard, pero el Capitán Wells no es el primero de mi lista; no apunto tan alto porque aquí abajo, a ras de suelo, me interesa menos que los pistoleros a los que pagaron por asesinar a mi padre, para que un señorito de Harvard no se ensuciara sus impolutas manos en un trabajo así.

—Espero que no pienses que fue...

—Sé muy bien quién fue. Como lo sabe todo el mundo en esta pequeña comunidad tan unida, por lo que parece. Pero ahora lo que me importa es el paradero de esos tipos, y por eso me interesa Buck.

—Ve a por él, hazle decir lo que sabe.

—Justamente, ¿cómo no se me había ocurrido antes?

—Sea lo que sea, hazlo pronto. —Unos niños chinos también habían mirado a Frank de ese modo, aunque tal vez no tan alterados—. Se sabe que andas por aquí, Frank. Los chicos no te quieren ver más el pelo.

Eso significaba que tenía que irse ya. Había esperado un par de días más de margen por lo menos.

—¿Cómo es posible, es que llevo algo tatuado en la cabeza? ¿Hay alguien al que haya sido capaz de engañar en este asqueroso condado? *Mierda*.

—Tranquilízate. —De un cajón de un armario que había contra la pared, Merle extrajo más copias de gelatina de plata—. A lo mejor te serán de alguna ayuda.

En una se veía a una pareja de lo que parecían vaqueros de visita en la ciudad para pasar el 4 de Julio: uno de ellos simulaba que obligaba al otro a comerse un gigantesco petardo encendido del que saltaban chispas brillantes, volando, apagándose, llenando el inconmensurable fragmento de tiempo en que el obturador permaneció abierto, para diversión de los que, al fondo, miraban desde el porche de un salón.

—No me estarás diciendo que...

—Ten, en ésta se ve más claro.

Estaba tomada justo delante de esa misma oficina del amalgamador. Esta vez Deuce y Sloat no sonreían, y la luz era más propia del otoño, se veían nubes oscuras en el cielo sobre sus cabezas y nada proyectaba sombras. Los dos hombres posaban con solemnidad ceremonial. A causa de la tonalidad gris del día, la exposición debió de ser un poco más larga, y cabría esperar que al menos uno de ellos se hubiera movido y la imagen saliera borrosa, pero no, habían permanecido rígidos, casi desafiantes, permitiendo que la mezcla de colodión recibiera la medida de luz justa para registrar a los dos asesinos con implacable fidelidad, como si los hubieran colocado ante una emulsión lenta de otros tiempos: los ojos, Frank se fijó tras acercarse e inclinarse sobre la imagen, aparecían reproducidos con el mismo extraño y desquiciado fulgor fruto del retoque que se realizaba en el pasado para ocultar los doscientos parpadeos que se producían durante la exposición; sin embargo, en esta técnica más moderna, se debía a algo auténticamente fantasmal, para lo que estas emulsiones servían como agente, revelando lo que ningún otro medio hasta ese momento habría podido.

—¿Quién las tomó?

—Es una de mis aficiones, por así decirlo —explicó Merle—. Y por aquí hay de todo: oro y plata, ácidos, sales y demás, y me gusta jugar con las diferentes

posibilidades.

—Este tío es un pequeño cabrón asqueroso, ¿me equivoco?

—Siempre ha ido detrás de Bob Meldrum para que le aceptara como protegido. Pero ni siquiera Bob, que tiene serpientes de cascabel como mascotas, pudo aguantar al chico más de cinco minutos.

Como si el nombre de Bob fuera la contraseña, Dally apareció en la puerta como una pequeña explosión, y miró fijamente a Frank.

—¿Llevas puestas las botas? ¿Estás peinado? Puede que haya llegado la hora de que te marches.

—¿Qué pasa, Dahlia? —preguntó Merle.

—Bob y Rudie, junto a la casa del pozo, y está sonriendo el que no toca.

—¿Vienen a por mí? Pero si anoche Bob parecía amigable.

—Precisamente... —Merle apartó su mesa haciéndola rodar y descubrió una trampilla invisible hasta ese momento—. Nuestra salida alternativa. Hay algunos túneles ahí abajo, deberías salir junto a la estación de mineral. Con un poco de suerte, igual encuentras una vagoneta vacía que te acerque hasta la ciudad.

—Mi caballo.

—Los Rodgers tiene un pequeño establo junto al Tomboy; ata las riendas en el arzón y suéltalo, todos saben volver. A lo mejor quieres estas copias, tengo los negativos. Ah, y ten.

—¿Qué es esto?

—Lo que parece.

—Una especie de... bocadillo de carne... ¿para qué?

—A lo mejor lo averiguas.

—A lo mejor me lo como.

—A lo mejor no. Dahlia, más vale que lo acompañes a la ciudad.

En el túnel, Frank percibió un curioso ajeteo, medio visto, medio oído. Dally se detuvo y aguzó el oído.

—Chico, están cabreados —dijo en un lenguaje peculiar, repiqueteante y con eco.

Desde el oscuro túnel, aunque Frank no habría sabido decir en qué dirección, llegó una respuesta:

—¿Tienes ese bocadillo, Frank?

Lo dejaron en el medio del túnel y salieron corriendo.

—¿Por qué...?

—¿Estás loco? ¿No sabes quiénes son?

Salieron a una penumbra casi compensada por un alumbrado eléctrico más brillante que la luna llena, procedente de cegadores círculos ultramundanos colocados sobre altos postes a lo largo de la carretera que subía por el perfil de la montaña.

—Deprisa, casi es hora del cambio de turno, corremos el peligro de que nos arrolle la estampida de una manada entera de ceporros escandinavos... —Se subieron

a una vagoneta de mineral, entre sombras de hierro y un imborrable olor telúrico—. Aquí huele peor que en un váter de Texas, ¿verdad? —comentó ella animadamente.

Frank, a punto de desmayarse, masculló algo. Una campana repicó en alguna parte y la vagoneta se puso en marcha estremeciéndose. Aunque mantenían las cabezas bajas, Frank percibió con toda claridad el instante en que superaron el filo de la montaña y el valle se extendió ante ellos, suspendidos allí arriba, por encima de las luces de la ciudad, sin nada más que el aire profundo e invisible a sus pies. En ese momento, a sus espaldas, en la mina, empezó a resonar estridente el silbato del cambio de turno, pero su tono agudo fue perdiéndose en la lejanía a medida que descendían a toda velocidad por el golfo oscuro. La chica soltó un grito de alegría:

—¡Camino de Telluride, al infierno cabalgamos, eh, Frank!

En realidad, de haber podido elegir, no habría vuelto a la ciudad. Él hubiera preferido con diferencia quedarse en la colina, salvar el paso, bajar otra vez a la carretera de Silverton, tal vez desviarse hacia Durango y, con un poco de suerte, coger un tren, o bien seguir camino hasta llegar a la Sangre de Cristo, donde sabía que al menos tendría una oportunidad. Atravesar la región de bisontes casi extintos, hasta meterse en las grandes dunas y dejar que los espíritus le protegieran.

Al poco oyeron los potentes latidos de los bocartes, amortiguados al principio como la sección de percusión de una remota banda de música, con los pífanos y las cornetas a punto de sumarse al alboroto en cualquier instante, ensayando para una fiesta nacional desconocida que no tenía por qué celebrarse nunca, un ruido cada vez más fuerte pero oculto a la vista, como tantas cosas en esas misteriosas montañas. En cierto momento, el estruendo de la mina se vio sofocado por el de la ciudad, y entonces Frank recordó que era sábado por la noche.

Pero ese alboroto no podía ni compararse con lo que se les echó encima, como si la multitud se acercara a ellos y no al revés, hinchándose hasta rodearlos, cual una sinfonía que abarcara todo el valle, saturándolo de disparos, gritos, instrumentos musicales ruidosos, tráfico de carretas de carga, carcajadas de coloratura de las ninfas de las calles, rotura de cristales, golpes a gongs chinos, caballos, tintineos de jaeces de monturas y chirridos de bisagras de puertas batientes, cuando Frank y Dally llegaron al Gallows Frame Saloon, casi en medio de Colorado Street.

—¿Estás segura de que te dejarán entrar? —preguntó Frank todo lo suavemente que pudo.

La chica soltó una carcajada, pero sólo una, y muy breve.

—Mira a tu alrededor, Frank. Encuéntrame una sola cara a la que le importe quién hace qué.

Ella le condujo a lo largo de la barra, en la que se amontonaban mineros a jornal y a destajo y tipos que vivían de las rentas familiares, entre humo de tabaco y mesas de cartas y dados en las que resonaban desafíos, insultos e imprecaciones. Alguien tocaba al piano una melodía que habría sido una marcha de no ser por algunas

peculiares variaciones rítmicas que hicieron que Frank, nada dado a bailar, deseara inopinadamente haber aprendido.

Ella, claro, se dio cuenta.

—Es «ragtime». ¿Nunca has escuchado rag? No sé ni para qué pregunto. ¿De dónde dijiste que eras? Da igual, no me lo digas, no sabría pronunciarlo.

Ella estiró los brazos con cierto gesto extraño, y él supuso que no tenía escapatoria, pero tampoco le pareció tan malo, porque Frank se reveló casi un artista del zapateado en comparación con algunos de los mineros con los que bailaban las chicas, sobre todo los finlandeses.

—Pisotean como si llevaran los esquís puestos —dijo Dally.

Y al cabo de un rato Frank se fijó en un par que de verdad llevaban esquís, y eso que ni siquiera era invierno.

—Oh, ahí está Charlie, quédate aquí, ahora vuelvo.

A Frank no le molestó, ya que, tras preguntarse cuándo Bob y Rudie harían acto de presencia, necesitaba pasar un rato junto a cierto nogal circasiano. Llevaba bebida la mitad de su primera cerveza de la noche cuando reapareció Dally.

—He hablado con Charlie Fong Ding, que hace toda la colada de las chicas. Hay una habitación libre en el Silver Orchid, conozco el local, es seguro, tiene un túnel para escapar...

—¿Lo conoces?

—Ja, mírale, si le ha sorprendido y todo. Charlie quería apostar. Podría haber comido gratis una semana si lo hubiera hecho contra ti.

—¿El Silver Orchid, Dally?

—Todo es culpa de mi padre.

En cierto momento, Merle había decidido que debían abordar la sensible cuestión del contacto sexual o, más que nada, puesto que era una ciudad minera, del «sin tacto» sexual. Gracias a los buenos oficios de California Peg, la *sous-maîtresse* del Silver Orchid, de donde era cliente fijo, Merle organizó un programa de estudios, breve y clandestino.

—Que sin duda daría lugar —en palabras de Merle— a chillidos gazmoños al estilo de los de la señora Grundy, pero, a poco que se piense, no es peor que cuando se da a un niño un vasito de vino diluido en las comidas para que crezca con cierta idea de la diferencia entre lo que es beber vino con la comida y beber vino en lugar de comer. Eres lo bastante mayor —llevaba años diciéndole—, y seguro que te revienta que te lo diga, pero tarde o temprano te liarás con el joven caballerito perfecto, y conocer estas historias os evitará a ambos un montón de dolores de cabeza.

—Por no mencionar que te ahorra a ti un montón de trabajo —señaló.

—Verás lo mejor y lo peor de los hombres, cariño —añadió Peg—, y todo lo intermedio, que es donde encontrarás a la mayoría, pero nunca, jamás, apuestes un

céntimo a que sus necesidades vayan a ser demasiado complicadas, no más, pongamos, que las reglas del blackjack.

Y así Dally, una chica por lo demás con mucho sentido común, acabó recopilando una buena cantidad de información útil en los alrededores de Popcorn Alley. Descubrió, por ejemplo, que el colorete era un buen sustituto de la cera de los oídos para los labios agrietados. A cambio de un mes de salario en la mina, adquirió, de una bailarina del Pick and Gad, un revólver del calibre 22, que llevaba a la vista sobre todo porque no tenía un vestido ni una falda que lo ocultaran, pero también porque su simple presencia, no tan ostentosamente obvia en su esbelta figura como un arma de tamaño normal, no dejaba la menor duda de su capacidad para desenfundar, apuntar y disparar, algo que practicaba con dedicación cada vez que podía, al aire libre, en cualquier pila de basura, hasta que con el tiempo incluso fue capaz de ganar algo de calderilla apostando con mineros que alardeaban de pistoleros.

—¡Annie Oakley! —empezaron a gritar los finlandeses cada vez que la veían, y lanzaban pequeñas monedas al aire con la esperanza de que perforara alguna, algo que a ella le encantaba hacer de vez en cuando, y que proporcionó a muchos futuros retornados a Finlandia un amuleto de la suerte que les permitiría sobrevivir a los años de la guerra civil y al Terror Blanco, a los saqueos y masacres posteriores, una promesa de que, a veces, la mala fortuna podía ser esquivada y lo contrafactual manifestarse en ese mundo invernal que les esperaba.

El refinamiento erótico no se contaba entre los atractivos de Telluride —para eso, imaginaba ella, se tenía que ir a Denver—, pero al menos salió del curso elemental en el Silver Orchid si no del todo acostumbrada a ellas, sí inmunizada contra las habituales sorpresas desagradables que a tantos habían malogrado el matrimonio y, más aún, como le confió Peg, sabiendo que el «amor», tal como lo definían las generaciones perdidamente enamoradas y tumescentes de vaqueros Casanovas de por allí, no pintaba demasiado en todo aquello, algo que podría haberle quitado las ganas para siempre. El «amor», fuera lo que fuese, se movía por otros parajes.

—De esas cosas, una chica habla con su madre —le contó a Frank—, si es que su madre está cerca y no perdida entre millones de personas en una gran ciudad tan remota que bien podría caer en otro planeta. Una razón más para que me vaya y la busque, cuanto antes mejor, por no mencionar que a Merle ya no parece que le haga mucha gracia verme por aquí, y que los mineros no son precisamente los pretendientes más atractivos del mundo, y además necesito un cambio. A ver..., me parece que había algo más pero se me ha olvidado.

—Espero que no creas que eres responsable de él.

—Pues claro que sí. A veces es como si fuera mi hijo.

Frank asintió.

—A eso se le llama emanciparse. Es una de esas cosas que a todo el mundo le toca hacer en un momento u otro.

—Gracias, Fred.

—Frank.

—¡Te he engañado otra vez! Me debes una cerveza.

La «habitación libre» en el Silver Orchid resultó ser un hueco entre dos paredes, en la parte de atrás, al que se llegaba a través de una chimenea falsa. Había espacio para Frank y un cigarrillo, si lo partía por la mitad. Había pagado la habitación del Sheridan para otra noche, pero decidió que más valía renunciar a que le devolvieran el dinero.

La clientela entraba y salía ruidosamente. Las chicas se reían demasiado y sin alegría. Se rompían cristales con frecuencia. El piano, incluso para el oído de Frank, estaba chillonamente desafinado. Frank se estiró entre las paredes con el abrigo enrollado a modo de almohada y se sumió en el sueño. A eso de medianoche le despertó Merle Rideout dando porrazos en la pared.

—He recogido tus cosas en el hotel. Ha sido una suerte que no fueras. Bob Meldrum no paraba de entrar y salir poniendo nerviosos a todos. Si tienes un momento, acompáñame, quiero enseñarte algo.

Condujo fuera a Frank, bajo el cono frío e imponderable de una bombilla eléctrica en lo alto de un poste, y caminaron entre las voces asaltadas de las cuerdas, mientras se oía un tiroteo en la otra punta de Pacific Street, alguien subía a un tejado y empezaba a recitar «El asesinato de Dan McGrew», y más cerca, los barrenderos llegaban al clímax y las palomas alborotadas zureaban, hasta que llegaron a la orilla del río, donde el mal afamado Row quedaba arrinconado por formas más respetables de comercio y era posible dar la espalda a la descontrolada ciudad eléctrica y encarar la noche inexplorada que se extendía ante ellos, con el San Miguel entre ambas, recién salido de las montañas, lanzando destellos de luz como declaraciones de inocencia.

—En Nueva York —dijo Merle— vive un tal Doctor Stephen Emmens. Muchos lo desprecian considerándolo un chiflado, pero no te dejes engañar, porque sabe lo que se hace. Y lo que hace es lo siguiente: coge un poco de plata, con una ínfima traza de oro en ella, y empieza a *martillearla*, a temperatura muy baja, pasándole un baño de líquido carbónico para mantenerla fría, y sigue golpeando, golpea día y noche, hasta que poco a poco el contenido de oro, de una forma extraña y desconocida, *empieza a aumentar*. Al menos hasta alcanzar una pureza de trescientos por mil, y a veces hasta novecientos noventa y siete.

—«De una forma desconocida», ya, así es como hablan los estafadores.

—Muy bien, lo reconozco. Pero el caso es que no es «desconocida» para mí; lo que pasa es que no me gusta espantar a la gente, a no ser que no me quede más remedio. ¿Sabes qué es la «transmutación»?

—Me suena.

—Como a todos. La plata se transmuta en oro y..., anda, no me pongas esa cara. El Doctor Emmens llama «argentaureum» a esa sustancia. —Merle sacó una pepita de oro del tamaño de un huevo—. Aquí lo tienes, el argentaureum, una aleación casi al cincuenta por ciento. Y esto —en la otra mano apareció un cristal borroso aproximadamente del tamaño de una Biblia de bolsillo, pero tan delgado como el espejo de una ninfa— es calcita, conocida en este formato particular por una parte de la mano de obra extranjera como *Schieferspath*, una buena muestra pura que conseguí una noche en Creede (sí, todavía anochece de vez en cuando en Creede), de un escocés supersticioso que tenía un nueve de diamantes perfecto que no tuvo el valor de jugar. Mira a través de este trozo de espato como si te asomaras a la ventana de la cocina.

—Vaya, ver para creer —dijo Frank al cabo de un rato.

—¿No has visto nada parecido en la escuela de minas?

La escena completa no sólo se había doblado y, todavía más raro, vuelto *más brillante*, sino que de las dos imágenes ahora superpuestas de la pepita, una era de oro y la otra de plata, sin la menor duda... En cierto momento, Merle le quitó de las manos el romboide fino como un barquillo.

—Los hay —comentó Merle— que se enganchan a esta luz espectral.

—¿De dónde procede? —preguntó Frank en voz baja y aturdida, como si se hubiera olvidado por completo de la pepita.

—¿El trozo de espato? No viene de por aquí, probablemente sea mexicano, de la Veta Madre, que está por los alrededores de Guanajuato, donde las minas de oro y las de espato van de la mano, como los frijoles y el arroz, o eso dicen. Pues de por allí, por extraño que parezca, también se extrae la misma plata para los dólares de plata mexicanos que el Hermano Emmens utiliza exclusivamente en su proceso secreto. Una veta madre al sur de la frontera, de plata preargentáurica, con todo ese espato en las cercanías: no sé si ves adónde quiero ir a parar.

—Pues no mucho. A no ser que me estés diciendo que la doble refracción es de alguna manera la *causa* de esto...

—Sí, ¿y cómo es posible que algo tan frágil e ingrátido como la luz consiga transmutar metales sólidos? Parece descabellado, ¿verdad?, al menos, lo parece aquí, a ras de nuestro humilde suelo, y más aún por debajo, donde todo es pesado y opaco. Pero piensa en las regiones más elevadas, en el Éter que transporta la luz, penetrando en todos los rincones, como el medio donde es posible un cambio como éste, donde la alquimia y la ciencia electromagnética moderna convergen, piensa en la doble refracción: un rayo para el oro, el otro para la plata, podría decirse.

—Podrías decir *tú*.

—Acabas de verlo con tus propios ojos.

—Sí, he visto mucho más que lo que la gente de Golden hubiera querido que vieran sus ingenieros de minas, lo siento. Sólo espero que no abuses de mi ignorancia.

—Te lo agradezco —dijo Merle devolviéndole el guiño—, así que te contaré una cosa. Con este proceso de Emmens, pese a su coste (y se ha mencionado la cifra de diez mil dólares por operación, pero por descontado, eso es ahora, con el tiempo se abaratará), el material podría *mandar a la mierda el glorioso Estándar Oro*. ¿Y qué pasará entonces con los precios del metal? ¿El Acta de la Plata, y todo el alboroto que conlleva, se abrogó para nada? ¿El oro acabará valiendo lo mismo que la plata más el coste del procesado?, ¿con qué se hará entonces la cruz que crucifique a la humanidad? Por no hablar del Banco de Inglaterra y el Imperio Británico, y Europa y todos esos imperios, y todos aquellos a los que han prestado dinero...; al poco, afectará al mundo entero, ¿lo entiendes?

—«Y te venderé todos los detalles del proceso Emmens por tan sólo cincuenta centavos», ¿ahí quieres ir a parar? Mi cerebro todavía no está tan deshecho como un pudín, Profesor, y aunque fuera verdad, ¿quién iba a ser tan memo para querer comprar algo de ese argenti-lo-que-sea?

—La Casa de la Moneda, para empezar.

—Ay, Dios.

—Si no me crees, pregunta por ahí. El Doc Emmens lleva vendiendo lingotes de argentaurum a la Casa de la Moneda estadounidense desde el 97 más o menos, desde la época de Lyman Gage, aquel viejo defensor del Estándar Oro y secretario del Tesoro. Seguro que el zinc no te habrá desquiciado hasta el punto de no enterarte de lo que todo el mundo ya sabe. Un buen pedazo de nuestra mierdosa *economía* se apoya directamente sobre él, ¿qué te parece?

—Merle, ¿por qué me estás contando todo esto?

—Porque a lo mejor lo que crees que estás buscando no es en realidad lo que buscas. A lo mejor es otra cosa.

Frank no pudo librarse de la extraña sensación de que había entrado en un teatro de variedades y un mago, uno chino, por ejemplo, le había llamado al escenario para participar en un truco largo y complicado, que le explicaba con una cháchara que él estaba demasiado confuso para entender: «lo que estás buscando».

—No me refiero a esta pepita. Ni tampoco a esta ventanita de espato de Islandia. La verdad —la voz de Merle estaba empezando a dispersarse, como las burbujas del agua de un hervidor al llegar al punto de ebullición, en siseantes chirridos divertidos— es que hay un *catálogo completo* de cosas que no estás buscando.

—Pues dímelas. Qué es eso que estoy buscando, aparte de una cantina ahora mismo.

—No es más que una suposición, pero creo que es lo mismo que buscaba tu padre, Webb, aunque él lo sabía tan poco como tú.

Esa maldita sensación del mago chino otra vez.

—Vete a hablar con el Doc Turnstone. Puede que él te dé un par de ideas.

En el cambio de tono de la voz de Merle, Frank percibió una extraña inquietud.

—¿Por qué?

Pero Merle se había retirado tras un rostro profesional de mago impasible.

—¿Te acuerdas de aquellos *tommyknockers* que Dahlia y tú os encontrasteis en Hellkite?

Bueno, durante una época Merle también había visto *personas pequeñas* en las bancadas, algunas ataviadas de forma muy peculiar, con sombreros raros, uniformes militares pero no los oficiales del ejército americano, zapatitos puntiagudos y demás, y una noche cometió el desliz de mencionárselo a su colega científico, el Doctor Turnstone, que afirmó sin asomo de duda que se trataba del síndrome de Charles Bonnet, sobre el cual había leído últimamente en el clásico de Puckpool *Aventuras en la neuropatía*: «Atribuido a diversas causas, entre ellas la degeneración macular y las alteraciones del lóbulo temporal».

—¿Y por qué no tomarlos sencillamente como ‘*duendes*’ reales? —dijo Merle.

—Eso no es una explicación racional.

—Con todo el respeto, Doc, no estoy de acuerdo, porque están ahí abajo, y tanto que sí.

—¿Le importaría enseñármelos?

Durante el tercer turno, claro, el mejor momento para cosas así. Movido por un espíritu de investigación científica, el Doc se había abstenido de su habitual láudano vespertino, aunque eso no había mejorado su humor, es más, a Merle le pareció bastante nervioso cuando ambos, ataviados con monos e impermeables de minero y provistos de linternas eléctricas, entraron en un agujero en la ladera iluminada por la luna y se abrieron paso, a través de escombros antiguos que chorreaban agua, por un túnel de pronunciado desnivel en una zona abandonada de la mina.

—Se sienten turbados cuando hay humanos cerca —le había explicado Merle en la superficie—, así que tienden a retirarse a lugares adonde no acuden los humanos.

A los *tommyknockers* no sólo les había parecido acogedor este sector de la mina de Little Hellkite sino que, en los años que habían transcurrido desde su abandono, lo habían convertido en un *Salón Social de Tommyknockers* en toda regla. Y de repente allí estaban todos, como era de esperar, componiendo un verdadero cuadro vivo subterráneo. Esos ‘*duendes*’ jugaban al póquer y al billar, bebían whisky rojo y cerveza casera, comían alimentos robados de las fiambreras de los mineros y de las despensas del comedor de los solteros, se peleaban, se contaban chistes de mal gusto, todo igual que lo que se habría encontrado en cualquier club recreativo sobre la superficie cualquier noche de la semana.

—Bueno, ésta es fácil de explicar —murmuró el Doc como si hablara para sí—. Me he vuelto loco, eso es todo.

—¿No podríamos sufrir ambos el mismo tipo de síndrome de Charles Comosellame? —planteó Merle—. No. No tendría sentido.

—Tendría más sentido que lo que estoy viendo.

Y de ese modo se convirtieron en conspiradores contra, si no los propietarios, sí al menos las explicaciones que éstos y los suyos solían dar. La creencia, por ejemplo, de

que los *tommyknockers* no son personitas con atuendos de fantasía sino «tan sólo» un montón de ladrones. Lo que consolaba a los propietarios de la presencia de esos ladrones era su costumbre de robar explosivos continuamente. Cada cartucho de dinamita que robaba uno de ellos era un cartucho menos en manos de los anarquistas o de los del sindicato.

—En algún sitio —afirmó Dally— hay al menos un *tommyknocker* con un montón cojonudo de dinamita escondida. Un El Dorado de la dinamita. ¿Qué querrá hacer con tantos explosivos?

—¿Seguro que es siempre el mismo?

—Lo conozco. Sé cómo se llama. Hablo su idioma.

—No —dijo el Doc—, no se moleste en contármelo. Todo depende de si roba también detonadores. Si han desaparecido muchos, entonces sí empezaría a preocuparme.

Frank encontró al Doc Turnstone en el Hospital de los Mineros, en el turno de medianoche al alba.

—Merle Rideout me dijo que viniera a verle.

—Entonces significa que eres Frank Traverse.

¿Estaban en contacto con Merle por telégrafo directo o qué? Frank vio que el Doc le miraba fijamente.

—¿Pasa algo?

—No sé si Merle lo mencionó o no, pero tu hermana Lake y yo salimos juntos durante un tiempo.

Otro de los admiradores de Lake. «Es una belleza», se habían apresurado a asegurarle a Frank amigos y compañeros de piso, aunque él raramente se fijaba. En una ocasión se lo preguntó a Kit, que parecía pasar más tiempo con ella que los demás, pero el chico se limitó a encogerse de hombros.

—Me fío de ella —dijo, como si eso fuera de alguna ayuda.

—Sí, pero a lo que me refiero es a si algún día tendremos que leerle la cartilla a uno de esos reptiles por no saber resistirse a esos encantos suyos de los que hablan a todas horas.

—Me parece que sabe cuidarse sola. Ya la has visto disparar, no lo hace mal.

—Eso es lo que le gusta oír a un hermano.

—Lo cierto —dijo Frank ahora— es que no nos hemos visto mucho últimamente.

Otro minuto, o algo parecido, transcurrió antes de que el Doc se sacudiera como un perro tras emerger de un arroyo de montaña y pidiera disculpas.

—Lake, ella, bueno, me partió el puto corazón.

Vaya, vaya.

—Yo también he pasado —dijo Frank, aunque no era verdad— por momentos así.

—Y con toda la amabilidad que pudo añadió—: Lo que tiendo a recomendar es Old Gideon, dosis de tres dedos, todo el tiempo que sea necesario.

El Doc sonrió un poco avergonzado.

—No buscaba comprensión. Tampoco es que tu hermana me haya devastado como una catástrofe natural. Aun así, si me invitas...

En 1899, no mucho después del terrible ciclón que aquel año asoló la ciudad, el joven Willis Turnstone, recién licenciado en la Escuela Americana de Osteopatía, había partido hacia el oeste desde Kirksville, Misuri, con una pequeña bolsa que contenía una muda de ropa, una camisa de repuesto, una nota de ánimo de un tal Doctor A.T. Still y un anticuado Colt en cuyo uso distaba de estar al día; acababa de llegar a Colorado cuando, un día, cabalgando por la meseta de Uncompahgre, fue asaltado por una pequeña banda de pistoleros.

—Quédese ahí quieta, señorita, echemos un vistazo a lo que lleva en esa atractiva maleta.

—No mucho —dijo Willis.

—¡Eh! ¿Qué es esto? ¡Si lleva un *hierro*! Vaya, vaya, que no se diga que Jimmy Drop y su banda negaron una oportunidad a un alma tierna; ande, damisela, coja su pistolón y pongámonos a ello, ¿quiere? —Los demás habían hecho sitio, y Willis y Jimmy se encontraron frente a frente, en la clásica postura de duelo—. Adelante, no sea tímida, le doy diez segundos gratis antes de desenfundar. Prometido.

Demasiado aturdido para compartir del todo el espíritu de inocente diversión, Willis levantó lenta y torpemente su revólver, intentando apuntar todo lo recto que un par de manos temblorosas le permitía. Tras contar hasta diez, cumpliendo su palabra y rápido como una serpiente, Jimmy desenfundó su arma, y la tenía ya a medio camino del punto crítico cuando repentinamente se clavó en seco, petrificado en unas ridículas cuclillas.

—¡Oh, uag! —aulló el malo, o palabras por el estilo.

—‘¡Ay! ¡Jefe, jefe!’ —gritó su teniente Alfonsito—, no nos digas que es tu espalda otra vez.

—Maldito idiota, claro que es mi espalda. Oh, madre de toda la desdicha..., y es peor que la última vez.

—Yo puedo arreglarlo —se ofreció Willis.

—Discúlpeme, ¿qué coño le importa esto a una mierdecilla pinchada en un palo? Repítamelo.

—Sé cómo relajárselo. Confíe en mí, soy osteópata.

—Está bien, no tenemos prejuicios, un par de chicos del grupo son evangelistas, sólo vigile dónde pone las garzas de mariquita... ¡yaaagghh!..., ya, ¿uh?

—¿Se siente mejor?

—Ver para creer —dijo enderezándose, con cuidado pero sin dolor—; vaya, es un milagro.

—‘¡Gracias a Dios!’ —gritó el cumplidor Alfonsito.

—Gracias, le debo una —supuso Jimmy deslizando su pistola dentro de la funda.

—Me conformaré con mi propia vida —propuso Willis—; tal vez podría invitarles a una copa alguna vez.

—Vamos, en la otra vertiente de aquella montaña de allá. —Acudieron a una cantina de vaqueros—. Tanto cabalgar en estas condiciones de mierda y tantas otras actividades en la silla —le explicó Jimmy al poco—, la maldición del cowboy, en verdad; señáleme a cualquier hombre que haya pasado un tiempo a caballo y yo le señalaré una víctima de un lumbago fulminante. Sin duda tiene magia en las zarpas, Doc, a lo mejor acaba de descubrir aquí su tierra prometida.

Willis, que se mantenía en pie tras un número considerable de whiskies rojos, salió por un instante de la semiinconsciencia para reflexionar sobre esas posibilidades profesionales.

—¿Quiere decir que podría colgar mi placa en una de estas ciudades...?

—Bueno, tal vez no en cualquier ciudad; más vale que compruebe peticiones anteriores, pues a algunos de los matasanos de por aquí, una vez bien establecidos, no les gusta la competencia. Es más, son famosos por ponerse muy violentos.

—¿Médicos titulados? —Willis estaba pasmado—. Hombres dedicados a curar, ¿violentos?

—Y aunque no encuentre una ciudad pronto, no se preocupe, siempre le sobrára trabajo, seguro.

—¿Ah, sí?

—Como osteo-como-se-llame ambulante, moviéndose de rancho en rancho, igual que han aprendido a hacer muchos vaqueros, no hay nada deshonesto en ello.

Y así fue como la vida dio un giro para el joven Willis Turnstone. Había viajado al oeste abrigando, pese a sus heréticos dones, poco más que sueños de urbanita: acudir a una iglesia no demasiado estricta, conocer y casarse con una chica guapa con formación universitaria, envejecer convertido en el tipo de «Doc» local con el que nadie dudaría echar una partida, por descontado semanal y con apuestas bajas..., pero bastó un encuentro casual con la tristemente famosa banda de Jimmy Drop, en medio de una meseta polvorienta, donde las arvejas y la creosota emponzoñan la mente, para encaminarlo en una dirección completamente distinta.

Y no es que el imperativo de urbanita no continuara haciendo de las suyas. Al final, Willis acabó añadiendo conocimientos médicos convencionales a los osteopáticos, pidió que le enviaran manuales de medicina del este, aprendió a cultivar las relaciones con los boticarios de los pueblos por los que pasaba y descubrió que un par de noches de sábado perdiendo al póquer podían resultar más provechosas que un semestre en una facultad de farmacia. Cuando irrumpió en Telluride y empezó a trabajar en el Hospital de Mineros junto al Doctor Edgar Hadley y la Enfermera Margaret Perril, era tan buen médico como cualquiera por esos lares, aunque había adquirido hacía tiempo la costumbre de diagnosticar sistemáticamente las enfermedades más raras posibles para explicar los síntomas que le contaban sus pacientes. Dado que o bien morían o bien se recuperaban por sí solos, y nadie llevaba la cuenta, no había modo de saber hasta qué punto era eficaz, e incluso él mismo estaba demasiado ocupado para realizar un estudio como era debido.

Conoció a Lake en el Hospital de Mineros, tras haber recibido el aviso de que debía tratar a un jornalero al que le habían pegado un tiro en el hombro. El primer sospechoso cuyo nombre le vino a la cabeza a Willis, Bob Meldrum, había estado presente pero tan sólo, según juró, en labores de consejero, instruyendo al joven sobre cómo mantener el orden en las minas.

—Utilizando mi iniciativa —dijo el ansioso chico.

—Y una mierda —replicó Bob—, utiliza tu 44. Mira, así..., eeep.

Demasiado tarde, la pistola ya se había disparado y la sangre del minero se había desviado de su retorno al corazón.

Lake vestía en sencillez gris y blanco, iba con el cabello cubierto y mostraba una actitud profesional, y en cuanto la vio, Willis estuvo perdido, aunque tardó un par de semanas en admitirlo conscientemente.

Cabalgaron al lago Trout e hicieron un picnic. Él se presentó ante su puerta con un ramo de flores silvestres. Sin pensarlo, una noche le dijo que se casaran. Conoció a su madre, Mayva, y le toqueteó la espalda un buen rato. Un día, alguien comentó que Lake se había fugado con Deuce Kindred.

Tan desolado se quedó el Doc que Jimmy Drop se ofreció a ir a por la pareja en su nombre.

—Ese mamón cabalgó con nosotros, no por mucho tiempo, no le caía bien a nadie, era una víbora de la maleza pequeña y malvada. Si quieres que lo quite de en medio, me lo tomaré como un trabajo personal.

—Oh, Jim, no, no podría pedirte eso...

—No hace falta que lo pidas, Doc, estoy en deuda contigo para siempre.

—Para siempre sería probablemente la tristeza de Lake, y ¿dónde estaría yo?

Jimmy entornó los ojos con inquietud.

—Se ponen así, ¿verdad?

—No me gusta mucho esa posibilidad.

—Sí..., vaya, sí, lo entiendo...

Por supuesto, el Doc no llevaba bien la pérdida. Lake no era ni de lejos el tipo de chica que creía que buscaba para asentarse, ella suponía renunciar a todos sus planes, una oportunidad de «elegir mal» lo bastante pronto en la vida como para que le sirviera de algo. Y ahora se había fugado con un sujeto demasiado aborrecible incluso para la banda de Jimmy Drop. Si ella no iba a ser la gran decepción amorosa de su vida, tal vez podría haber sido su amiga y consejera, ya no sabía qué pensar.

—¿Que ella qué? ¿Que se fugó con quién? —se repitió tal vez un par de veces, porque la noticia le había mareado.

—Eso es —dijo el Doc negando lentamente con la cabeza—. Todavía no me hago a la idea.

—Esto no ayuda nada —dijo Frank—, pero nada de nada. ¿Quién más lo sabe?

La penetrante mirada de reojo que recibió no era tanto de compasión como de curiosidad científica.

Frank sintió que se abatía sobre él, como una enfermedad, la fiebre reseca de la vergüenza.

—¿Alguna idea de adónde fueron?

—Si la tuviera, ¿sería sensato decírtelo?

—Tú estás enamorado o algo así de mi hermana, de manera que no te lo tomes a mal, pero... cuando la encuentre, me cargaré a esa zorra. ¿Entendido? A él, no hace falta decirlo, pero a ella, a esa *mierda*..., ni siquiera puedo pronunciar su nombre. ¿Cómo es posible, Doc, que haya llegado a suceder esa barbaridad?

—No lo sé. ¿Te refieres a si se trata de una enfermedad mental conocida o algo por el estilo? —Buscó a su alrededor su ejemplar de Puckpool.

—Joder. Me parece que voy a dar una vuelta y a cargarme a alguien, sólo por practicar.

—Vas a tener que tranquilizarte, Frank. Ten... —garabateó algo—, que te den esto en la farmacia.

—Gracias de todos modos. A lo mejor lo que necesito es hablar con Jimmy Drop.

—Sé que Kindred y él cabalgaron juntos durante un tiempo, hace mucho, pero ¿te parece posible que todavía mantengan algún tipo de contacto?

—Nada de esto tiene ni el más mínimo sentido, joder. —Frank miraba fijamente su sombrero, empezando a mostrar los síntomas clásicos de la melancolía, y luego añadió—: Claro que discutían mucho, papá y ella, sobre todo cuando yo estuve en Golden, pero esto es como si... Si lo odiaba tanto, ¿por qué no le pegó un tiro directamente? Eso habría tenido más sentido.

El Doc se sirvió otra dosis tridigital y, en un gesto de invitación, agitó la botella ante Frank.

—Más vale que no. Tengo que pensar.

—A diferencia del sonido o de la luz, las noticias viajan a extrañas velocidades y ni siquiera suelen hacerlo en línea recta —comentó el Doc.

Frank entrecerró los ojos hacia el techo.

—¿Qué..., qué quiere decir eso?

El Doc Turnstone se encogió de hombros.

—A esta hora de la noche, Jimmy suele andar por el Busted Flush.

El que hubiera transcurrido demasiado tiempo ya para que ninguna de esas viejas noticias le importara a nadie más que a Frank no impidió que se pusiera a merodear por la ciudad insomne con el sombrero calado hasta las cejas, convencido de que cuantos veía estaban al tanto de la historia y se reían de él con desprecio o, peor aún, lo compadecían: el pobre tonto de Frank, el último en enterarse.

Jimmy Drop (corte de pelo muy corto de Arapahoe Street, abrillantado con gomina de camarero, bigote arreglado al estilo chino, monóculo de marca mantenido con naturalidad en su sitio) estaba en la trastienda del Busted Flush con algunos de sus socios, jugando a un complicado juego con un cuchillo de carnicero de aspecto siniestro, a cuya punta y a cuyo filo se les daba uso cada vez que surgía la cuestión de

las prendas. A juzgar por el color de su camisa, Alfonsito parecía el menos afortunado de la velada, para regocijo de los demás.

—Te he reconocido enseguida —dijo Jimmy cuando se acomodaron detrás de una botella de bourbon sin etiqueta—. Tu hermano y tú tenéis la misma nariz, salvo que la de Reef se ha roto un par de veces, claro. Y me enorgullece poder decir que estuve presente en ambas ocasiones.

—Pero no fuiste tú el que se la rompió, espero.

—No, no, fueron los maestros habituales, que nos enseñaban a nosotros, pobres ignorantes, los puntos más sutiles de las reglas del póquer.

—Como si no fuerais compinches en el juego —dijo Frank esbozando una rápida sonrisa con una sola comisura, consciente de que ese tipo de gesto podía poner nervioso a Jimmy, pero sin que en ese momento le importara mucho.

—Vaya, ésa te la contó. —El monóculo centelleó—. Tengo entendido que volvió al este. Me dio la impresión de que hasta la *mismísima punta* del este.

—Debes de saberlo mejor que yo.

—Supongo que ahora eres tú el que buscas a Deuce. Ojalá pudiera ayudarte, pero a estas alturas podrían estar..., podría estar en cualquier parte.

—No te molestes, di «podrían».

—Mira, me repelen los cotilleos. El chismorreó tendría que ser delito, castigado con penas muy duras, incluyendo la horca para los cotillas reincidentes.

—¿Pero?

—Sólo he visto a tu hermana una vez, en Leadville. Por entonces era una damita, ¿tendría diez, once años? Fue aquel invierno en que construyeron el inmenso Palacio del Hielo aquí, por encima de Seventh Street.

—Me acuerdo. Resultaba difícil creer que pudieran levantarlo allí.

Más de una hectárea sobre la cima de una colina, luces de arco, torres de hielo de treinta metros de altura, la mayor pista de hielo de la Creación, bloques helados de repuesto traídos cada día, salón de baile, café, más popular que la Ópera mientras duró, pero condenado a fundirse cuando llegaba la primavera.

—Reef acababa de salir del tobogán —recordó Jimmy—, aunque, pensándolo bien, en realidad no, creo que habíamos hecho nuestro primer trabajo juntos esa primavera. Tu hermana consiguió un par de patines de hielo y pasaba mucho tiempo en el Palacio. Como todos los niños de Leadville. Un día se puso a enseñarle el Vals Holandés a un niño de la ciudad, un hijo de los administradores, no mucho mayor que ella, y Webb Traverse lo vio y se cabreó. De eso hace diez años, y yo las he visto más ruidosas, pero todavía me acuerdo de esa bronca. Tu padre quería cargarse de verdad a alguien. No se trataba del rollo habitual de quítale las manos de encima a mi hija, ése ya lo tengo muy visto; era un cabreo de manicomio en toda regla.

—Aquel día yo trabajaba —recordó Frank—, en un turno de cargadores, y cuando volví seguían enzarzados. Los gritos se oían a un par de kilómetros de distancia, creí que eran chinos o algo así.

La cosa era política. Si hubiera sido el hijo de un minero, o incluso de un camarero o un dependiente, Webb habría gruñido un poco, pero lo habría dejado pasar. Era la idea de que un mocoso rico que no había dado golpe en su vida entrara en escena y sobara a la hija inocente de un trabajador lo que le hacía perder los estribos.

—Ni siquiera se trataba de mí personalmente —comentó más tarde Lake, que al fin y al cabo no se había enfadado tanto y lo había entendido todo con bastante claridad—, era tu maldito Sindicato otra vez.

Por suerte para todos, había personas alrededor con la cabeza más fría, por no mencionar los brazos y piernas, que, de algún modo, se deslizaron para formar una barrera social y a codazos sacaron a Webb del hielo, mientras Lake agachaba la cabeza en la penumbra gris perla, mortificada, y el chico se alejaba patinando en busca de otra pareja.

—Para pasar por mexicano —supuso Ellmore Disco—, te haría falta el sombrero apropiado, claro, y un bigote, aunque si no te afeitas un par de días ya habrás dado un buen paso. Lo demás podemos consultárselo a Lupi.

Estaban en el Gallows Frame, y la situación se aproximaba al acostumbrado preludio centrífugo del fin del mundo de todos los sábados por la noche, con la subsiguiente somnolencia etílica.

—Ellmore, ¿por qué me ayudas? Te tenía por un amigo de los Propietarios de Minas.

—Lo único verdaderamente imprescindible para hacer cualquier tipo de negocio —le instruyó Ellmore— son las viejas y conocidas paz y tranquilidad. Todo comportamiento perjudicial que sobrepase las trastadas normales de un sábado por la noche desanimará a los bancos de Denver, por no mencionar las excursiones a la ciudad de esa multitud de turistas pringados de la que todos hemos acabado dependiendo tanto; sin que nos demos cuenta hemos entrado en un ciclo de inactividad y, bueno, es conveniente evitarlo; no hay más. Pues bien, en cuanto alguien como tú, un joven de apariencia bastante inofensiva, pone el pie en la ciudad, se convierte en un centro de atención para demasiados agentes nocivos, y entonces llega el momento, ¿no te parece?, de que el pequeño E. Disco se plantee cuál es la mejor forma de ayudar al joven a marcharse.

En la misma calle, tocando en el Railbird Saloon, se encontraban casualmente Gastón Villa y sus Bandoleros de Manicomio, un grupo de músicos ambulantes vestidos con chaquetas de cuero blanco con flecos, «chaparreras» de lentejuelas y los rostros casi ocultos bajo enormes sombreros bordeados de bolas ‘cholo’ de los colores del espectro ordenadas según la longitud de onda. El padre de Gastón había actuado en rodeos con cierto número improvisado de ‘charro’, pero una noche, en Gunnison, se topó con un público cuyo concepto del rechazo resultó letal, así que su

esposa hizo una maleta con todos sus viejos disfraces y su equipo para Gastón, le dio un beso de despedida en la estación y lo despachó hacia un futuro de saxofonista en la banda de un espectáculo del Salvaje Oeste. Obligado más de una vez a dejar sus instrumentos en prenda para pagar las facturas del hotel, las cuentas del bar y las deudas de juego, Gastón fue aceptando con el curso de los años una amplia gama de peculiares compromisos, incluido el actual.

—Por favor, no te preocupes —tranquilizaba a Frank en ese momento—; ten, ¿sabes qué es? —preguntó sacando un imponente artilugio de metal deslustrado y mellado cubierto de válvulas y llaves, cuya punta superior se ensanchaba como la boca de un instrumento de banda.

—Gracias. ¿Dónde me has dicho que está el gatillo?

—Se llama Galandrónomo, es un fagot militar, en el pasado era un instrumento de las bandas del ejército francés, mi tío recuperó éste de la Batalla de Puebla, todavía se ven un par de mellas de balas mexicanas, aquí y aquí, ¿las ves?

—Y la punta por la que se sopla —dijo Frank desconcertado—, espera un momento, a ver...

—Ya aprenderás.

—Pero... ¿y hasta entonces?

—Caballero, por favor, ya conoces estas cantinas, digamos que el gusto musical no es muy exigente. Ningún miembro de esta banda tenía ni idea de música cuando se nos unió, y todos estaban metidos en algún tipo de problema. Toca ‘*con entusiasmo*’, todo lo fuerte que puedas, y confía en la buena voluntad y el mal oído del gringo borracho.

Y así Frank se convirtió en Pancho, el fagotista. Al cabo de un par de días ya era capaz de extraer sonido del tubo y al poco tiempo le salía la mayor parte de *Juanita*. Con un par de trompetas tocando la armonía, no sonaba tan mal, o eso imaginaba él. A veces, hasta conmovía.

Poco antes de dejar la ciudad, Frank se sumió en un estado un poco distinto a lo que él siempre había tenido por cordura. Tras posponerlo todo lo que pudo, visitó el cementerio de mineros en las lindes de la ciudad, encontró la tumba de Webb, se quedó delante y esperó. En aquel lugar se palpaban las presencias, pero no más que en el valle o en las colinas de los alrededores. Tratándose de un tipo realista, Frank no se había visto perseguido de manera acuciante por el fantasma de Webb. Los otros fantasmas reprendían a Webb al respecto.

—Oh, así es Frank, cuando llegue el momento hará lo que tenga que hacer, siempre ha sido una persona excesivamente práctica, nada más...

—Es como si nos hubiéramos especializado, papá. Reef es puro nervio, Kit se lo piensa todo científicamente, yo soy el que insiste e insiste, día tras día, como ese tipo del este que intenta transformar a golpes la plata en oro.

—Deuce y Sloat no están en Telluride, hijo. Y nadie aquí te diría nada aunque lo supiera. Lo cierto es que a estas alturas es posible que se hayan separado.

—Es a Deuce y a Lake a quienes quiero encontrar. A lo mejor él la abandonó hace ya un tiempo, a lo mejor ella es ahora otra mujer caída y él cabalga con ganas hacia lo que se imagina que es su futuro. Es posible incluso que haya cruzado el Río Bravo.

—A lo mejor es eso lo que él quiere que pienses.

—No debería quedarse mucho más en Estados Unidos, ahora van a por él sus viejos compadres, corren malos tiempos y muchos jovencitos que se las dan de duros harían el trabajo a buen precio, así que ya no es más que un peso muerto del pasado. Sólo puede ir hacia el sur.

Tal era el razonamiento de Frank. Webb, que ahora lo sabía todo, creyó inútil intentar convencerle de otra cosa. Lo único que dijo fue:

—¿No has oído nada?

Algunos fantasmas hacen *uu-uu-uu*. Webb había tendido a expresarse desde siempre mediante la dinamita. Entonces Frank tuvo una visión, o lo que sería una visión cuando oyes algo en lugar de verlo..., y no fue el tranquilizador estruendo de la explosión minera en las montañas, sino aquí abajo, en la ciudad, retumbando por todos los rincones del valle, haciendo que incluso las vacas lecheras blancas y negras levantaran las testas durante un minuto antes de volver a pastar concentradas..., la voz profunda del justo castigo que tanto había tardado en llegar.

Rostros que creía conocer resultaron ser de otros, o de nadie. Las coristas intentaban entablar con él discusiones metafísicas, como hacían los muertos andantes y demás. Una noche, en Ophir Road, Frank creyó ver a su hermana dirigiéndose al valle, manteniendo el rostro prudentemente vuelto, como hacía siempre Lake, como ocultando un pesar que no quisiera explicar en el caso de que alguien le preguntara. Acabó creyendo que se trataba de un espectro.

Frank acompañó a Merle a despedir a Dally a la estación.

—Me gustaría viajar contigo, hasta Denver al menos, pero algunos de estos chicos tienen otras ideas. Así que escúchame: mi hermano Kit está en el este, va a Yale, que está en New Haven, ¿Connecticut?, no mucho más lejos de Nueva York que Montrose de aquí, así que por favor ponte en contacto con él si puedes, es un buen chico, un poco despistado hasta que te presta atención, pero todavía no se ha inventado lío del que él no pueda sacarte, así que no dudes en recurrir a él, ¿me has oído?

—Gracias, Frank, por preocuparte por mí, con todo lo que tienes que preocuparte por ti.

—A lo mejor es porque Kit y tú sois de la misma cuerda.

—Pues en ese caso ni me acerco a él.

Por el andén, Dally recibía las miradas de aquellos que dominaban las artes parentales, muchos de los cuales mostraban serias objeciones:

—Permitir que un niño viaje sin la supervisión de un adulto a lo largo de dos tercios de un continente hasta un conocido nexo de perversión como la ciudad de

Nueva York sin duda sería causa de denuncia ante muchos, por no decir la mayoría, de los tribunales del país...

—Por no mencionar el juicio en el banquillo de los acusados de la Moralidad Cristiana, cierto e inmisericorde, y ante el cual todos los poderes temporales, incluidos los jueces, deberán postrarse...

—Señora —comentó la impertinente joven de la que hablaban—, si puedo sobrevivir a una noche normal de sábado en Telluride, no hay nada en el este que suponga demasiado problema.

Merle sonrió risueño, y por una vez se aproximó a expresar algo parecido al orgullo paterno.

—Ahora ándate con cuidado, Dahlia.

Todo el mundo ya había subido, y el tren se disponía a partir marcha atrás, como si no soportara perder de vista Telluride hasta el último momento.

—Nos vemos, papá.

Se habían abrazado con tanta frecuencia que ella no se sentía incómoda con los ‘abrazos’ de despedida. Merle, que se hacía una idea precisa de lo que estaba en juego en ese momento, sabía que más valía no asustarla. Ninguno de los dos había querido desgarrarle el corazón al otro. En teoría, ambos sabían que ella, tarde o temprano, se marcharía, aunque lo único que él deseaba ahora era postergarlo, aunque sólo fuera otro día. Pero conocía ese sentimiento y sabía también que pasaría.

—‘*Tengo que*’ sacar ‘*el*’ fucking culo de ‘*aquí*’ —admitió Kit. Era lo primero que decía al levantarse por la mañana y lo último que soltaba antes de meterse en la cama por la noche; siempre lo repetía, como una oración. El encanto de Yale no sólo se había acabado desvaneciendo, sino que la institución revelaba ahora las capas tóxicas que había por debajo, y Kit fue comprendiendo lo poco que tenía que ver con el estudio y el aprendizaje, y mucho menos con encontrar un mundo trascendente en números imaginarios o vectores, aunque, a veces, cierto era, había captado atisbos de una Cábala o conocimiento no verbalizado que se transmitía de mente a mente, no tanto gracias a Yale como a pesar suyo. Un conocimiento que tenía que ver sobre todo con las nuevas ondas invisibles, latentes en las Ecuaciones de Campo de Maxwell años antes de que Hertz las descubriera; Shunkichi Kimura, que había estudiado con Gibbs aquí, regresó a Japón, se unió al profesorado del Colegio Naval y colaboró en el desarrollo de la telegrafía sin hilos a tiempo para la guerra con Rusia. Telegrafía de vectores y sin hilos, una conexión silenciosa.

Gibbs había muerto a finales de abril, y en medio del abatimiento general en el departamento de matemáticas, Kit se dio cuenta de que aquello asestaba el golpe de gracia que confirmaba que Yale no era en realidad más que una especie de escuela técnica de alto copete para aprender a ser un Hombre de Yale, por no decir una fábrica que producía Hombres de Yale, caballeros pero no eruditos, salvo por casualidad, y no había más.

’Fax no era de ninguna ayuda a este respecto. Kit no habría sabido cómo sacar el tema a colación, aunque ’Fax le diera pie muchas veces.

—Con todo el tiempo que llevas aquí y no te has hecho miembro de ningún club.

—Demasiado ocupado.

—¿Ocupado? —Se miraron el uno al otro desde cierta distancia interplanetaria—. A ver, Kit, que casi pareces judío, te lo digo en serio.

Eso no aclaraba nada. Por entonces, los judíos eran en Yale una especie exótica.

Al principio de sus problemas en Yale, Kit había participado en una competición atlética, y vio a un chico de su clase al que saludaba un grupo de hombres mayores vestidos con lo que más tarde reconocería como trajes muy caros de ciudad. Todos charlaban sonrientes y tranquilos sin prestar la menor atención a los jóvenes atletas que llenaban el campo de alta hierba verde, que corrían, saltaban, giraban y lanzaban, sometién dose a insospechados niveles de dolor y desgaste físico, en su lucha por llevarse alguna de las ofertas del día de inmortalidad simulada. Kit pensó: nunca tendré el aspecto de este chico, ni hablaré como él, ni me abordarán de ese modo. Al principio le causó una abrumadora sensación de exclusión, junto a la dolorosa convicción de que, debido a sus orígenes familiares y lugar de nacimiento, un mundo de visible privilegio le estaba vedado para siempre. Llegó un momento en que, recobrada la sensatez, se preguntaría, razonablemente: ¿por qué deseaba tanto *eso*?; pero hasta entonces, y durante meses, fue como si su vida se hubiera eclipsado.

Empezó a prestar atención a ese tráfico peculiar, en el campus, en la ciudad, en las ceremonias y los actos sociales, y al poco reconoció un premeditado *two-step* bailado entre estudiantes y hombres mayores cuyas hazañas los chicos deseaban remedar. Supuso que se trataba de eso.

En las clases, a Gibbs, antes de abordar un problema, le gustaba repetir: «Fingiremos que no sabemos resolver este problema a partir de la Naturaleza». Generaciones de estudiantes, la de Kit entre ellas, se lo habían tomado en serio, con toda la promesa metafísica que conllevaba. El Vectorismo ofrecía una puerta a regiones que los agentes de Wall Street era improbable que entendieran, ni mucho menos franquearan, jamás; sin embargo, allá donde mirara Kit, estaban los centinelas de Vibe, los ojos en frondosa emboscada, como si Kit fuera una especie de inversión y las claves de su futuro comportamiento en Bolsa sólo pudieran descubrirse mediante una vigilancia al minuto, sin parpadear siquiera para no perderse algo esencial. Peor aún, como si el plan hubiera consistido desde el principio en que se ensimismara hasta tal punto que ya no supiera encontrar el camino de vuelta. Teniendo en cuenta sus gustos matemáticos, Kit se encontró enfrentándose a lealtades contradictorias, sabedor de que no debía apartarse demasiado de la mecánica del mundo dado, pero a la vez consciente de que, como futuro vectorista, no existía un papel para él en ninguno de los diversos objetivos de Vibe que podía imaginar, del mismo modo que el magnate no podía imaginar el grandioso sistema de Gibbs o la promesa todavía más elevada que anunciaba.

—Por que entienda esos garabatos trazados al tuntún —le recriminó Scarsdale Vibe cuando se hizo evidente que la reticencia de Kit a convertirse en el heredero Vibe no era fingida, con la intención de mejorar el trato que le habían ofrecido—, ¿se cree mejor que nosotros?

—Más bien se trata de saber adónde va a parar todo esto, me parece —dijo Kit, que no quería enzarzarse en una discusión con el caballero que pagaba las facturas.

—Mientras el resto de nosotros, quiere decir, nos quedamos atrás en esta Creación mancillada.

—¿Era eso lo que quería decir? Tenga... —Todavía con amabilidad, empujó hacia ellos un cuaderno de papel con minúsculas cuadrículas de unos seis milímetros.

—No, no, no se moleste.

—No se trata de nada demasiado espiritual.

—Joven, yo soy una persona tan espiritual como cualquiera con la que pueda cruzarse en la anteriormente orgullosa institución a la que ahora asiste.

Salió a grandes zancadas, dejando tras de sí una estela resplandeciente de rectitud ofendida.

Kit soñó que estaba con su padre en una ciudad que era Denver pero no era Denver, en una especie de extraño salón de variedades lleno de la gentuza habitual,

aunque todos los presentes se comportaban inopinadamente bien. Con la excepción de Webb, que chillaba:

—¡El Éter! ¿Pero qué coño tengo aquí, un pequeño y maldito Tesla en mis manos? ¿Qué te importa a ti el Éter?

—Tengo que saber si existe.

—Nadie *tiene que* saber eso.

—Ahora mismo, padre, yo sí. Siempre he creído que los niños venían del Cielo...

Se quedó callado, esperando que Webb completara el pensamiento que él mismo, de repente, se sentía demasiado triste para desarrollar. Webb, como si no tuviera la menor idea de qué era lo que había generado tal emoción, no supo responder. Ninguno de los demás, los borrachuzos, arrieros, fumadores de opio y timadores que atestaban el local, les prestaban atención, prefiriendo charlar de sus asuntos, cotillear y hablar de deportes. Se levantó. La mano que se apoyaba en su hombro era la de su ayuda de cámara, Proximus.

—Ese Profesor Vanderjuice quiere verle en el Laboratorio Sloane.

—¿Qué hora es, Prox?

—No me lo pregunte, yo también estaba dormido.

A medida que recorría Prospect Street, más allá del cementerio, le invadía cada vez más la sensación de que algo espantoso estaba a punto de suceder. Kit dudaba que tuviera nada que ver con las Teorías de la Luz, que casualmente estudiaba ese semestre con el Profesor, quien a su vez las había estudiado con Quincke en Berlín, antes que Michelson y Morley, de manera que allí se percibía todavía cierto residuo etéreo. Fuera del recinto académico, al sur del Green, salpicando cerveza por el local, subrayando sus palabras con un pedazo triangular del típico pastel italiano de queso y tomate que se encontraba por todas partes en aquel barrio, el pájaro, menos mal, era de otra especie completamente distinta, y se dedicaba a rememorar los viejos tiempos de la electricidad consiguiendo retener la atención hasta de los estudiantes de primer año más empapados en cerveza, que lo escuchaban con los ojos abiertos de par en par.

Por fin llegó a la ratonera que hacía las veces de despacho del Profesor Vanderjuice, quien le esperaba con mirada solemne. Se levantó, le alcanzó una carta y Kit vio que traía noticias para las que no estaba preparado. El sobre estaba sellado en Denver, pero la fecha era ilegible, y alguien lo había abierto y había leído la carta.

«Querido Kit:

»Mamá me pidió que te escribiera para decirte que papá ha muerto. Cuentan que pasó en algún lugar del McElmo. Y no fue por “causas naturales”. Reef trajo su cadáver y está enterrado en el cementerio de mineros de Telluride. Reef dice que no hace falta que vuelvas ahora mismo; Frank y él se encargarán de todo lo que haya que hacer. Mamá está siendo fuerte, dice que siempre supo que sucedería, con tantos enemigos como tenía allá donde fuera, que tenía los días contados, y cosas así.

»Espero que estés bien y que algún día te volvamos a ver. Estudia mucho, no lo dejes e intenta no preocuparte demasiado por esto, porque sabremos hacer lo que hay que hacer.

»Te echamos de menos.

»Con cariño, tu hermana,

»Lake».

Kit se quedó mirando el sobre profanado, rajado con tan pocos desgarros que indicaba el uso de un abrecartas de escritorio de cierta calidad. Lo primero es lo primero:

—¿Quién la abrió, señor?

—No lo sé —respondió el Profesor—. Así me la entregaron.

—¿Ellos?

—El despacho del secretario de la facultad.

—Va dirigida a mí.

—La han guardado durante un tiempo... —Hizo una pausa como si se pensara la siguiente parte de la frase.

—No pasa nada.

—Chico...

—Su cargo, lo entiendo. Pero si eso significa que hubo alguna duda sobre si entregármela...

—Por aquí hacemos cuanto está en nuestras manos para no dejarnos comprar ni vendernos del todo.

—Señor, pese a todo es un indicio. Como mínimo, de que alguien ha hecho la vista gorda. Posiblemente, de algo peor, aunque es tan espantoso...

—Sí. —Los ojos del viejo empezaron a desbordarse.

Kit asintió.

—Gracias. Tendré que pensar qué voy a hacer.

En su interior sintió la presencia de una niña herida que quería llorar, no de dolor ni para aplacar a alguien que pudiera hacerle más daño, sino como si temiera que la dejaran sola ante los peligros de un riguroso invierno en una ciudad famosa por abandonar a sus pobres. Hacía mucho que no lloraba.

Caminó sin propósito definido, queriendo pasar inadvertido en el ajetreo de la ciudad, queriendo, a la vez, estar solo. Sabía que nada de lo conocido en el universo alternativo del análisis vectorial podía proporcionarle ningún consuelo ni indicarle una vía de salida. Moriarty's todavía no había abierto, el puesto de comidas de Louis Lassen habría sido ideal para una hamburguesa si Kit hubiera estado seguro de que no se atragantaría. Los locales de Canonical Eli no eran lo que necesitaba ese día. Acabó descansando a la orilla del Quinpiac, un par de kilómetros río arriba, sobre la West Rock, donde se estiró en el suelo y se abandonó a las lágrimas.

Los Vibe no le dijeron una sola palabra sobre su padre, ni siquiera Colfax: ni condolencias ni preguntas sobre el estado anímico de Kit, nada de nada. Era posible que creyeran que aún no se había enterado. Era posible que esperaran que fuera él quien sacara el tema. Era posible que no les importara. Pero había también otra posibilidad, que cobraba más fuerza a medida que el silencio se prolongaba. Y era que estaban al tanto de todo porque..., pero ¿podía permitirse creer eso? Si sus sospechas demostraban que ellos tenían algo que ver, ¿qué se vería obligado a hacer?

El año académico fue *two-stepping* hacia el verano, y las chicas se preguntaban por qué Kit había dejado de acudir a los bailes. Un día, mirando el Sound, observó una peculiar y sombría presencia geométrica donde previamente sólo se extendían las orillas brumosas de Long Island. Con el paso de los días, cuando la visibilidad lo permitía, reparó en que aquello, fuera lo que fuese, *se iba haciendo más alto*. Le pidió prestado un telescopio a un compañero de clase, y empezó a subir a la East Rock, sin preocuparse de las parejas acarameladas ni de los bebedores reconcentrados, y a dedicar todo el tiempo que podía a observar el progreso vertical de la estructura. El armazón de una torre, aparentemente octogonal, estaba elevándose en la otra orilla. Fuera lo que fuese, en New Haven no se hablaba de otra cosa. Al poco, por la noche, empezaron a verse, procedentes vagamente de la misma dirección, destellos de luz multicolor inmensos como el mismo cielo, que sólo los ingenuos incurables atribuían a relámpagos de calor. Kit no pudo evitar recordar Colorado Springs y el 4 de Julio de 1899.

—Es Tesla —le confirmó el Profesor Vanderjuice—, está instalando otro transmisor. Tengo entendido que una vez trabajaste con él en Colorado.

—En cierto modo, a eso se debe que acabara en Yale. —Kit le contó su encuentro con Foley Walker en Colorado Springs.

—Qué raro —dijo el Profesor—. La empresa de Vibe me contrató una vez... —Miró a su alrededor por todo el despacho—. ¿Te apetece dar un paseo?

Se dirigieron al barrio italiano, al sur del Green. El Profesor le contó a Kit el acuerdo al que había llegado con Scarsdale Vibe en Chicago diez años atrás.

—Nunca me he enorgullecido. Siempre hubo algo vagamente delictivo en todo aquello.

—¿Vibe financiaba a Tesla pero quería que usted saboteara su trabajo?

—Morgan había estado haciendo algo muy parecido, pero con mayor eficacia. Con el tiempo, Vibe comprendió que nunca se inventaría un sistema práctico de transmisión de energía sin cables, que la economía hacía mucho que había concebido los medios para impedirlo.

—Pero Tesla está construyendo un transmisor ahora mismo.

—No importa. Si alguna vez llega a suponer una amenaza real para el orden energético existente, lo dinamitarán.

—De manera que en realidad no necesitaban su anti-transmisor.

—Para serte sincero, nunca trabajé con demasiado empeño en el proyecto. Un día, por la época en que empezaba a sentir que era deshonesto aceptar el dinero de Vibe, los cheques dejaron de llegar, ni siquiera me enviaron una carta de despido. Sé que tendría que haberlo dejado antes, pero las cosas acabaron saliendo así de todos modos.

—Al menos, usted pudo hacer lo correcto —dijo Kit con tristeza— pero en mi caso, cuanto más se prolonga esta situación, más les debo y menos probable será que pueda abandonar el juego. ¿Qué voy a hacer? ¿Cómo puedo recobrar mi libertad?

—Para empezar tienes que convencerte de que no les debes —el Profesor no decía «le»— nada.

—Ya, claro. En Colorado la gente es asesinada por eso a todas horas. Se llama póquer.

El Profesor respiró hondo un par de veces, como si se dispusiera a levantar un gran peso.

—Por lo menos ten en cuenta la posibilidad —dijo con toda la firmeza que pudo— de que fuerzas por el momento innominadas te están corrompiendo. Ésa es sistemáticamente su estrategia. A quienes no pueden hacerles daño, los corrompen. Por lo general, lo único que se requiere es dinero, y disponen de tanto que nadie tiene la menor vacilación moral en aceptarlo. Sus víctimas se enriquecen, ¿qué hay de malo en eso?

—Y si el dinero no basta...

—Entonces siguen, en el más completo silencio, el método lento y perverso que han convertido en su especialidad. Tal vez se alargue durante años hasta que, un día, con el dinero ya lejos de la vista desde hace tiempo, reaparezca la misma naturaleza desalmada, y mientras tanto habrán colocado el dinero en algún otro sitio donde les sea más rentable.

Pasaban por delante de la entrada de un local «apizza». El aroma distraía, casi se diría que atraía.

—Vamos —dijo el Profesor, que, a lo largo del año previo, había pasado de un simple tropismo a una pizzamanía avanzada—, cojamos un trozo, ¿te apetece?

A medida que sus relaciones con Scarsdale Vibe menguaban primero hasta intrusiones anuales de la nariz del magnate en el Laboratorio Sloane y con el tiempo, a Dios gracias, hasta la nada, Heino Vanderjuice empezó a creer que un par de veces había detectado, en la periferia de su campo de visión, entre la cantería rústica y los olmos susurrantes, un objeto alado resplandeciente, y se le ocurrió la curiosa idea de que podía tratarse de su propia alma, cuyo paradero exacto era dudoso desde 1893.

Su conciencia también daba muestras de sensibilidad, como si se recuperara de una congelación. Un día, charlando con el joven Traverse, sacó por casualidad un viejo ejemplar de la publicación científica británica *Nature* de una hilera que tenía en la estantería, y lo hojeó hasta encontrar un artículo.

—Es de P.G. Tait, sobre los Cuaterniones. Considera que su mérito principal es estar «adaptados únicamente al espacio euclidiano...», porque («ojo» con esto): «¿Qué tienen que ver los estudiantes de física, en cuanto tales, con más de tres dimensiones?». Llamo tu atención sobre el «en cuanto tales».

—Un estudiante de física, en cuanto cualquier otra cosa, ¿tendría siquiera necesidad de más de tres dimensiones? —preguntó perplejo Kit.

—Bien, señor Traverse, si alguna vez pensaras en convertirte en esa «cualquier otra cosa», Alemania parecería el destino lógico para ti. La *Ausdehnungslehre* de Grassmann puede ampliarse a la cantidad de dimensiones que se quiera. El Doctor Hilbert, en Gotinga, está desarrollando su «Teoría Espectral», que requiere un espacio vectorial de dimensiones infinitas. Su colaborador Minkowski cree que al final las dimensiones se desvanecerán en un *Kontinuum* de espacio y tiempo. De hecho, Minkowski y Hilbert impartirán un seminario conjunto en Gotinga el año que viene sobre la electrodinámica de cuerpos en movimiento, por no mencionar la reciente obra de Hilbert sobre la Teoría *Eigenheit*, con vectores por todas partes. ¿No sería, como decís vosotros los jóvenes, «justo lo que necesitaba»?

Espoleado por la idea euforizante de que podía por fin hacer algún bien a alguien, el viejo sacó como del vacío un ukelele de cierta exótica madera oscura decorada con carey y, después de rasguear una introducción de ocho enérgicos compases, cantó:

El rag de Gotinga

Ponte ya, el abrigo de viaje,
deja a la chica, una nota de despedida,
sube, al próximo barco, con tu pasaje,
y a Ale... maniaaa...
Allí esos profesores están locos,
ni siquiera se cortan el pelo,
pero tienen cerebro, como pocos,
¡espera y veraaás!
En cuanto embarques,
en la línea Ham-burgo-Ame-rique
antes de que te des cuenta estarás de palique
con Fe-lix Klein..., no te preocupes por
el alquiler o la llave de la casa (di:
¡cómo está, Hilbert!, ¡encantado
de conocerle, Minkowski!), tenlo claro,
estudiantillo,
te crees que lo sabes todo, listillo,
pero no has visto nada hasta que vayas... ¡por eso!:
haz esa ma-leta...,

ve al este, joven yanqui, donde
los sables resuenan, y... y...
el problema de los cuatro colores no es un hueso
sino una broma de colegiales, que
coquetean, brincan y
bailan ¡el rag de Gotinga!

—Sí, un lugar maravilloso, casi un hogar para mí, de hecho. Mantengo un contacto regular con ellos, podría mandarles unas líneas si quieres.

Una zambullida en el Vectorismo avanzado. Sin volver la vista atrás.

—Bueno, supongo que lo que importa es estar ocupado.

El Profesor lo examinó cuidadosamente durante un instante, como si juzgara el grosor de una grieta.

—Funciona con algunos —dijo en voz baja—, pero no es una cura infalible. Cuando suceden tragedias humanas, siempre da la impresión de que los científicos y los matemáticos puedan enfrentarse a la situación con más serenidad que los demás. Pero es probable que sólo se trate de una forma de huir de la realidad, y tarde o temprano se acaba pagando.

A Kit le costaba llevar la idea hasta sus últimas consecuencias. Quería confiar en el Profesor, pero estaba solo. Respondió:

—Sólo procuro resolver un conjunto de problemas cada vez, señor, y no emborracharme demasiado los fines de semana.

Del mismo modo quería confiar en 'Fax, que era un buen tipo de pies a cabeza, pero ver dentro y fuera del campus a tantos desconocidos de mirada fija, demasiados para tratarse de una coincidencia, le había vuelto receloso. Entre 'Fax y él se había desarrollado un exquisito estupor de sospecha sobre quién sabía qué, o no, que no paraba de ramificarse en sucesivas bifurcaciones, nada de lo cual se explicitaba en voz alta, todo eran circunloquios y brillo de ojos preñados de sentidos ambiguos. En cualquier caso, 'Fax nunca había sido el irresponsable por el que le tenía su padre. Por el rabillo del ojo y por el rabillo del ojo de 'Fax, Kit había captado una gama desconocida de actividad en marcha.

Resultó que 'Fax estaba sumamente intrigado por la misteriosa torre que se elevaba en la otra orilla del Sound.

—Podríamos acercarnos navegando y echar un vistazo. Podrías presentarme a tu colega el Doctor Tesla.

Durante media hora, siguieron la brisa por la bahía, entre los lechos de ostras Fair Haven marcados con estacas para enseñar los límites de cada plantación. Cuando salieron al Sound, 'Fax empezó a lanzar miradas angustiadas al agua y al cielo.

—No me hace ninguna gracia este viento —repetía—. Y la marea está bajando. Mantente atento a popa.

Se les echó encima rápidamente. Hacía nada miraban hacia el este, a los destellos de los relámpagos en los cielos negros que cubrían Connecticut, y al momento casi habían volcado y eran arrastrados hacia la orilla a sotavento de Long Island y la fachada imponente de Wardenclyffe. Al atisbar la torre, que quedaba intermitentemente al descubierto a través de las brumas desgarradas, Kit podría haber imaginado que era empujado por la tormenta a una isla todavía sin cartografiar, en otro océano, pero sólo si hubiera tenido tiempo para ese ensueño, puesto que había que salvar el pequeño yate, ser más listo que los elementos —achicando agua frenéticamente, navegando con el pujamen suelto mientras tuvieron el valor de hacerlo, sin tiempo siquiera para desmontar la botavara—, al tiempo que la gran torre esquelética se acercaba entre el estruendo marino, como un testigo enigmático y solitario de su lucha desesperada.

Estaban sentados en la «cabaña» de transmisión, un edificio de mampostería diseñado por McKim, Mead y White, mientras poco a poco se hacían a la idea de que seguían con vida y estaban sobre tierra firme y seca otra vez. La esposa de un trabajador les había traído mantas y café que el Doctor Tesla había importado de Trieste. La luz filtrada por la lluvia entraba por unas altas ventanas abovedadas.

El joven y delgado científico de ojos hipnóticos y bigote a lo Wild West recordaba al Kit de Colorado.

—El vectorista.

—Sigo en ello, supongo. —Kit hizo un gesto sobre el Sound, hacia Yale.

—Lamenté la defunción del Profesor Gibbs. Le admiraba mucho.

—Espero que allá donde esté sea mejor que esto —dijo Kit, sin pensárselo mucho, pero comprendiendo casi un segundo y medio más tarde que también había querido decir *mejor que Yale*, y que había pensado en el alma difunta de Webb.

Cuando Kit le presentó a 'Fax, Tesla se puso serio.

—Encantado, señor Vibe, he tenido tratos con su padre apenas más cordiales que con el señor Morgan, pero el hijo no es el guardián del billettero del padre, como decimos en Granitza..., de hecho, como no decimos, porque, en la vida de cada día, ¿cuándo es posible que se dé el caso?

Por encima del agua y a su alrededor, la tormenta bramaba desatada. Kit, temblando, se olvidó de Rotacionales y Laplacianos, de posibles jovencitas, de las caricias que había recibido recientemente de las alas del Silencio y se sentó a escuchar sin un parpadeo las palabras de Tesla.

—Mi tierra natal no es un país, sino un artificio de la política exterior de los Habsburgo, conocido por algunos como «la Frontera Militar» y por nosotros como Granitza. La ciudad era muy pequeña, estaba situada sobre la costa adriática, en la cordillera Velebit, donde ciertos lugares eran mejor que otros para... ¿cómo las llamaría?, para experiencias visuales que podrían ser útiles.

—Visiones.

—Sí, pero uno tenía que estar en plena forma mental o serían sólo alucinaciones de uso limitado.

—En las San Juan siempre lo atribuimos a la altitud.

—En Velebit, los ríos desaparecen, fluyen subterráneos durante kilómetros, vuelven a emerger inesperadamente, descienden al mar. Por tanto, bajo tierra se extiende una región entera sin cartografiar, una forma de acceso a lo Invisible de la geografía, y, debemos preguntarnos, ¿por qué no también de otras ciencias? Un día, mientras paseaba por esas montañas, el cielo empezó a oscurecerse, las nubes eran cada vez más bajas, encontré una cueva de piedra caliza, entré y esperé. Cada vez se oscurecía más, como si se acercara el fin del mundo, pero ni una gota de lluvia. No lo entendía. Me senté e intenté no fumar demasiado rápido mi último cigarrillo. Hasta que el gran estallido de un relámpago surgió de ninguna parte, el cielo se abrió de golpe y empezó a llover. Comprendí que algo enorme se había estado preparando, algo que requirió una descarga eléctrica de cierta potencia para que se desencadenara. En ese momento, todo esto —hizo un gesto hacia arriba, a las nubes de tormenta actuales, que casi ocultaban por entero la gigantesca terminal toroidal, sesenta metros más arriba, cuyo almacén abierto formaba una cobertura de acero que parecía una seta— era ya inevitable. Como si el tiempo hubiera sido eliminado de todas las ecuaciones, el Transmisor Amplificador ya existía en ese momento, completo, perfeccionado... Desde entonces, todo lo demás, cuanto han leído en la prensa, no es más que interpretación teatral: el Inventor Trabajando. A los periódicos no puedo contarles lo que significó aquel momento de simple espera. Se supone que debo ser *conscientemente científico*, mostrar sólo virtudes que atraigan a ricos patrocinadores: actividad, rapidez, sudor edisoniano, obcecación, oportunismo... Si les contara lo mucho que en realidad dista el método de la conciencia, me echarían a patadas.

Asaltado por una repentina inquietud, Kit miró a 'Fax. Pero su adormilado compañero de clase no mostró ninguna reacción, a menos que, como los demás Vibes de este mundo, sólo fingiera estar semi-consciente.

—Llevo bastante tiempo frecuentándolos, Doctor Tesla. No tienen ni idea de qué hacemos ninguno de nosotros.

Si hubiera esperado un instante más, esa expresión de solidaridad habría quedado ahogada por un trueno parto que restalló en algún punto sobre la bahía de Patchogue mientras la tormenta, tras cruzar la isla, se retiraba mar adentro. Los trabajadores iban y venían, la cocinera se presentó con otra cafetera llena, la «cabaña» olía a ropa húmeda y humo de cigarrillos, podría haber sido una jornada laboral cualquiera de Long Island, con napolitanos y calabreses jugando a la *morra* bajo los aleros chorreantes, carretas que llegaban con madera y vigas de acero, mientras los sopletes escupían silenciosas llamas de intensidades azules bajo la lluvia.

Había mucho sitio, y los jóvenes fueron invitados a quedarse. Tesla se pasó más tarde a desearles buenas noches.

—A propósito, en Colorado, aquellas modificaciones que comentó sobre el transformador. Usted tenía razón en todo, señor Traverse. No tuve ocasión de agradecerse.

—Lo ha hecho ahora. Con intereses. En cualquier caso, estaba muy claro lo que usted quería. Las curvaturas tenían que ser las correctas y construirse con la forma exacta.

—Ojalá pudiera ofrecerle un empleo aquí, pero... —Hizo un gesto con la cabeza hacia 'Fax, que parecía dormido.

Kit asintió con rostro sombrío.

—Puede que ahora no lo crea, señor, pero así usted sale ganando.

—Si hay algo que...

—Esperemos que lo haya en el futuro.

A la mañana siguiente, los chicos se fueron en una carreta del mercado que se dirigía a Nueva York. Colfax parecía observar a Kit con más atención de la habitual. Viajaron traqueteando entre sacos de patatas y coles, pepinos y nabos, a lo largo de la polvorienta y ruidosa carretera de North Hempstead, parándose de vez en cuando en algunas cantinas de los cruces.

—A estas alturas habrán salido grupos de búsqueda —supuso 'Fax.

—Claro. Si se tratara de mi hijo, habría sacado ya la Flota del Atlántico entera.

—No por mí —replicó 'Fax con insistente mal humor—; por ti.

De golpe Kit vio, como iluminado por una lámpara de arco, su camino de salida del sendero poco prometedor que había tomado.

—No habría sido muy difícil quitarme de en medio, 'Fax. Podrías haber hecho una de esas «trasluchadas del North River», olvidarte de decir «Agáchate» y que la botavara hiciera el resto por ti. Debe de pasar todos los días en el Sound.

—No es mi estilo. —'Fax se ruborizó y pareció tan sorprendido que Kit supuso que, sin duda, había plantado la semilla—. A lo mejor, si fueras un poco más cabrón...

—Entonces sería yo el que te tirase por la borda, ¿no?

—Bueno, uno de los dos debería ser un poco más mezquino, en lugar de ser infelices ambos.

—¿Quién? ¿Yo? Si soy tan feliz como una almeja al vapor de Long Island, ¿de qué estás hablando?

—No lo eres, Kit. *Ellos saben* que no lo eres.

—Vaya, y yo que creía que era la alegría de la huerta.

'Fax esperó, pero no mucho, antes de mirarle directamente a los ojos.

—Les he estado informando, ¿sabes?

—¿Sobre qué?

—Sobre ti. Qué haces, cómo te sientes; han estado recibiendo informes regularmente, desde el principio.

—Informes tuyos.

—Míos.

Ni sorprendido ni dolido, pero dejando que 'Fax creyera que lo estaba, dijo:

—Vaya, creía que éramos socios, 'Fax.

—No he dicho que me resultara agradable.

—Umm.

—Estás enfadado.

—No, no. Estoy pensando... A ver, imaginemos que *les cuentas* que me perdí ayer en la tormenta...

—No se lo creerían.

—¿Me buscarían?

—Tendrías que esconderte cojonudamente bien, Kit. La Ciudad tal vez te parezca fácil, pero no lo es. Tarde o temprano confiarías en la persona equivocada, en alguien que bien podría estar en nómina de mi padre.

—Entonces, ¿qué coño me sugieres?

—Que hagas lo que yo. Fingir. Últimamente has estado hablando mucho de Alemania, pues bien, aquí tienes tu oportunidad. Finge que sobrevivir a la tormenta fue un verdadero milagro. Ve al sur del Green, a cualquier sitio, entra en una iglesia católica, haz una ofrenda votiva. Dile a mi padre, que es un hombre religioso pese a todas las apariencias, que juraste que si sobrevivías a la ordalía te irías a estudiar a Alemania. Una especie, no sé, de peregrinaje matemático. Foley lo escuchará todo con oídos más escépticos, pero también es posible engañarlo, y yo puedo apoyarte.

—¿Me ayudarías de verdad?

—No me malinterpretes, pero... digamos que tengo muchas razones para hacerlo, ¿no te parece?

—Supongo que sí. Cae por su propio peso.

Al cabo de un rato, Colfax dijo:

—Hay gente que le odia, ya lo sabes.

Lo dijo mirando de reojo a Kit, casi con resentimiento.

—No hace falta que lo digas.

—Escucha, Kit, sarcasmos aparte, es mi padre. —Lo dijo con un tono tan angustiado, para que Kit lo creyera sincero, que a éste casi le dio pena. Casi.

Aun a plena luz del día, las estatuas seguían pareciendo siniestras, no como gárgolas, no tan complejas, pero con algo intencionado en el modo en que, cuestionando la estructura oficial, sobresalían forzadas de la fachada, erectas, crispadas, intentando rehuir el refugio humano, buscando el exterior, la tormenta, todo lo que se hiela, ruge y se aventura sin luz en la oscuridad.

Kit tomó el ascensor hasta donde éste llegaba y luego subió por una escalera en espiral de ébano tallado a los despachos de los directivos; el ascenso estaba iluminado a través de ventanas cuyas vidrieras mostraban acontecimientos reseñables de la historia de la Vibe Corp. La Monopolización del Mercado de Conservas. El Descubrimiento de la Neoflingolina. La Botadura del Vapor *Edwarda B. Vibe*...

Debería haberse inscrito en más cursos optativos del Departamento de Teatro, pensó. Llamó a la puerta de madera oscura.

Dentro, Foley, el devoto sustituto, posaba ante la ventana como entronizado, a contraluz; la luz marina del día, su rostro recortado cual delicado contorno plateado, como en los sellos de correos, que todo el mundo conoce, como si proclamara: *Sí, éstos somos nosotros, así es y así ha sido siempre, esto es lo que pueden esperar de nosotros, impresionante, ¿no les parece? Más vale que lo sea.*

—Este asunto de Alemania... —dijo Scarsdale Vibe.

—Señor... —Kit había esperado que temblaría como un álamo joven bajo los vientos de las montañas, pero una luz desacostumbrada, una luz que parecía distante, le había rodeado, dándole, si no inmunidad, sí al menos claridad.

—Vital para su educación.

—Creo que tendría que ir a Gotinga.

—Para estudiar matemáticas.

—Matemáticas avanzadas, sí.

—¿Matemáticas avanzadas *útiles*? O... —Hizo un gesto en el aire como para sugerir lo informe, por no decir lo poco varonil.

—A veces el mundo real, el mundo sustancial de los negocios mundanos, lastrado por una mayor inercia, tarda un poco en alcanzarlas. —Kit, con prudencia, fingió instruirle—. Las Ecuaciones de Campo de Maxwell, sin ir más lejos: transcurrieron veinte años hasta que Hertz descubrió las ondas electromagnéticas reales, que viajaban a la velocidad de la luz, justamente como Maxwell había concebido sobre el papel.

—Veinte años —sonrió Scarsdale Vibe, con la desgastada insolencia de alguien que esperara vivir para siempre—, no creo que disponga de tanto tiempo.

—Sinceramente, confío en que sí —respondió Kit.

—¿Usted cree que dispone de veinte años, Kit?

En el breve silencio que siguió, mientras el leve pero fatal énfasis en el «usted» reverberaba, Scarsdale supo de inmediato que había jugado mal sus cartas, mientras que para Kit las cosas iban encajando tranquilamente en su lugar correspondiente, y comprendió que no podía permitir que la menor vacilación, ni la rabia, le delataran.

—En Colorado —intentó no hablar con demasiada cautela—, entre avalanchas y ventiscas del norte, los hombres desesperados, desesperados y sin civilizar, y también los caballos, todos, suelen volverse inesperadamente locos por la altitud y lo demás, y uno aprende que no hay manera de saber lo que deparará el futuro, ni siquiera de un minuto para otro.

Y entonces oyó soltar un gruñido agudo a Foley junto a la ventana, como si se hubiera despertado de una siestecita.

Scarsdale Vibe sonrió con lo que, a esas alturas, Kit reconocía ya como un gran esfuerzo, nada fiable, para contener cierta rabia indefinida, cuyo potencial dañino era posible que ni siquiera Vibe sospechara.

—Sus profesores le recomiendan unánimemente, le gustará saberlo. —Sacó un pasaje de barco y lo extendió hacia Kit, implacablemente cordial—. Camarote por delante de las chimeneas. Buen viaje, señor.

Puede que todo siguiera un determinado código, pero la idea general estaba clara. Dadas las circunstancias, Scarsdale Vibe se sentía tan cómodo como Kit con un océano de por medio, y estaba dispuesto a pagar tarifas de primera clase si era necesario. En 1863 había pagado para no tener que ir a combatir, y así había seguido pagando para eliminar de su vida muchas molestias, incluido, ¿qué duda cabía ya?, oh, Dios, a Webb Traverse. Ahí estaba, como una conjetura cuya verdad era obvia para todos, aunque tal vez nunca se probara con todo el rigor.

Sin esperar ya, a medida que avanzaba la entrevista, ninguna manifestación de condolencia por Webb, comprendiendo que el momento para expresarla había pasado para siempre, como uno de esos resultados negativos que resuenan mucho más allá de sí mismos, Kit se sentía como la primera vez que había montado en bicicleta, dejándose ir en un deslizamiento lento y medido, sabedor de que mientras se moviera así no podría caerse. Ahora ni siquiera tenía que esforzarse demasiado en ocultar sus pensamientos, salvo aquella luz pura y constante que mantenía bien dentro: la certidumbre de que un día este error tendría que corregirse, que él elegiría el momento, que detalles como la manera y el lugar no importaban tanto como el signo de igual colocado en el lugar correcto...

—Gracias, señor.

—No me lo agradezca. Conviértase en el próximo Edison.

El hombre estaba allí sentado con una sonrisa de satisfacción, confiado en su poder indiscutible, incapaz de imaginar cómo todo lo que creía que le protegía se acababa de convertir en cristal, un cristal que, si no había saltado hecho añicos todavía, había adoptado la forma de una lente que prometía un examen cercano e implacable, o puede que algún día, cuando se sostuviera a la distancia apropiada, provocara la muerte por luz concentrada. Y debería haber dicho Tesla, no Edison.

Kit se encontró en el Andén 14 de la Grand Central Station con el tiempo justo para subir al tren de las 3.55 de vuelta a New Haven, sin tener ni idea de cómo había llegado hasta allí, pues, según parecía, impulsado por los reflejos de un caballo de calesa, había caminado a través de la ciudad sulfurosa salvando posibles contratiempos como el fallo de los frenos de un tranvía, el asalto a mano armada, los perros rabiosos o los policías sin sobornar, hasta llegar indemne a este exprés atestado y listo para partir. Había quienes siempre tenían un hogar al que volver; Kit tenía puertas de embarque, muelles, torniquetes, antesalas institucionales.

Todavía no sabía si había conseguido algo o si simplemente acababa de poner su vida en peligro. De vuelta en Pearl Street, los dos Vibe estaban sentados con brandis y puros.

—Es difícil hacerse una idea precisa sobre ese chico —opinó Foley—. Espero que no tengamos a otro Rojo en el armario como su viejo.

—Sin embargo, nuestro deber sigue estando muy claro. Hay centenares de estos abscesos supurando en el cuerpo de nuestra República —una vibración de oratorio penetró la voz de Scarsdale— que deben ser eliminados, allá donde se encuentren. No hay otra opción. Los pecados del Traverse padre están bien documentados: una vez que salieron a la luz, pasó a tener los días contados. ¿Plantearnos reservas morales, en una guerra de clases, en el momento de ir a por nuestros enemigos? Llevas lo bastante en este juego para saber lo poderosas que son las alas bajo las que nos refugiamos. Qué inmunes somos a las tentativas de esa basura de Rojos para ensuciar nuestros nombres. A menos que..., Walker, ¿me he perdido algo?, no nos estaremos volviendo un punto blandengues, ¿verdad?

Como Scarsdale no era la única voz a la que Foley tenía que atender, pecó, como siempre, de apaciguador. Sostuvo en alto su incandescente habano.

—Si encuentra un punto débil, utilízelo para apagar esto encima.

—¿Qué nos ha pasado, Foley? Antes éramos unos tipos espléndidos.

—El Paso del Tiempo, ¿qué puede hacer nadie frente a eso?

—Demasiado fácil. Eso no explica la extraña furia que siento en mi corazón, este deseo de asesinar a todos los malditos socialistas y todos los demás izquierdistas sin más piedad que la que tendría con un microbio letal.

—A mí me parece sensato. Y no puede decirse que no nos hayamos manchado las manos de sangre.

Scarsdale se asomó por la ventana a un paisaje urbano que en el pasado había sido límpido, pero que con los años se había ido poblando de defectos.

—Eso quería creer. Incluso sabiendo que mi propia semilla estaba condenada, quería que el argumento de la eugenesia fuera erróneo en algún punto. Al mismo tiempo, codiciaba la herencia sanguínea de mi enemigo, que imaginaba sin contaminar; quería esa promesa, esa promesa sin límites.

Foley fingió que entornaba los ojos debido al humo del puro.

—Una verdadera actitud cristiana —comentó por fin, en un tono tan uniforme como le fue posible.

—Foley, la cháchara religiosa me pone tan nervioso como a cualquier pecador. Pero es una pesada carga que te digan que los ames, aunque sepas que son el Anticristo en persona y que nuestra única salvación es tratarlos como es nuestro deber.

El estado de ánimo de Foley distaba de tranquilo porque esa mañana se había despertado tras tener una pesadilla recurrente sobre la Guerra de Secesión. La batalla se libraba en una zona no mayor que un estadio de atletismo, aunque se hubieran

concentrado allí miles y miles de hombres. Todo era marrón, gris, humeante, oscuro. Había empezado un prolongado intercambio de artillería, desde emplazamientos muy alejados de los límites sombríos del pequeño estadio. Se había sentido oprimido por la inminencia del funesto destino, del compromiso suicida de la infantería del que nadie podría librarse. Un montón de explosivos que había allí cerca, una desvencijada caja de madera con obuses y la munición empezaron a arder sin llama, a punto de prender y estallar en cualquier momento, ofreciendo un blanco bien visible para las balas de cañón del otro bando, que continuaban cayendo, zumbando espantosamente, sin pausa...

—Aquella no era mi guerra —decía Scarsdale—. Tanto da; en cualquier caso, era demasiado joven para valorar lo que estaba en juego. Mi guerra civil todavía estaba por llegar. Y ahora estamos aquí, en una batalla sin tregua, sin atisbar el fin. La Invasión de Chicago, las batallas de Homestead, Coeur d'Alene, las San Juan. Estos comuneros hablan un revoltijo de idiomas extranjeros, sus ejércitos son los putos sindicatos de trabajadores, su artillería es la dinamita, asesinan a nuestros mejores hombres, bombardean nuestras ciudades y su objetivo es despojarnos de los bienes que tanto nos han costado, dividir y subdividir entre sus hordas nuestras tierras y nuestras casas, destruirnos, destruir nuestras vidas, cuanto amamos, hasta que todo se vuelva tan mezquino y sucio como lo suyo. Oh, Señor, ¿por qué nos has pedido que los amemos, qué prueba del espíritu es ésta, qué oscuridad se ha proyectado sobre nuestra propia comprensión para que ya seamos incapaces de reconocer la mano del Maligno?

»Estoy muy cansado, Foley, llevo demasiado tiempo luchando en estas aguas ingratas, soy como un bajel aislado, solo en una tempestad que no se calmará, nunca. El futuro pertenece a las masas asiáticas, a las bestias paneslavas, incluso, que Dios nos ayude, a los engendros negros y hormigueantes del África interminable. No, no podemos resistir. Hemos de hundirnos bajo esas mareas. ¿Dónde está nuestro Cristo, nuestro Cordero?, ¿y la Promesa?

Al ver tanta inquietud, Foley pretendió consolarlo:

—En nuestras oraciones...

—Foley, ahórrame esos comentarios, lo que tenemos que hacer es empezar a masacrarlos en cantidades ingentes, es lo único que ha funcionado. Todas esas mentiras (que si «igualdad», que si «negociación») no han sido más que una cruel farsa, cruel para ambos bandos. Cuando el pueblo del Señor está en peligro, ya se sabe lo que exige.

—Golpear.

—Golpear pronto y a menudo.

—Espero que no haya nadie escuchando.

—Dios escucha. En cuanto a los hombres, no me da ninguna vergüenza lo que hay que hacer. —Una extraña tensión había aparecido en sus rasgos, como si

intentara contener un grito de entusiasmo—. Pero tú, Foley, pareces casi, casi nervioso.

Foley se lo pensó un momento.

—¿Mis nervios? De acero. —Volvió a encender su puro, sin que temblara la llama de la cerilla—. Preparados para lo que sea.

Consciente de la creciente reticencia del Otro Vibe a dar crédito a los informes del exterior, Foley, que solía moverse por fuera y creía tener un buen conocimiento de las cosas, primero se lo tomó a mal, luego se alarmó y finalmente acabó considerando que esos días más valía callarse. La sede central de Pearl Street parecía cada vez más un castillo rodeado de un foso, y Scarsdale un gobernante aislado entre los ecos de sus propias fantasías, con un brillo en los ojos que ya nada tenía que ver con el viejo fulgor sincero y codicioso. La llama se había extinguido, como si Scarsdale hubiera acumulado todo el dinero que le importaba y ahora su biografía avanzara por otros derroteros, hacia la intervención en el vasto mundo que él creía entender pero al que, hasta Foley se daba cuenta, ya no sabía, tal vez fatalmente, ni siquiera plantear las preguntas apropiadas. ¿A quién se lo podía confiar Foley?

¿A quién? Al menos, con el tiempo se había serenado lo bastante para analizar cuál podría ser el peor desenlace, y cada vez que reflexionaba llegaba a la misma conclusión. No se trataba de nada que le espantara, aunque requería cierto esfuerzo acostumbrarse a ello: tal vez no una matanza en la escala descabellada y sangrienta de búlgaros y chinos, sino más bien, pongamos, en la moderada tradición americana de la bahía de Massachusetts o Utah, de hombres virtuosos que creían que era Dios el que les susurraba al oído en los momentos más amargos de la noche, y que Dios ayudase al que sugiriera otra cosa. Sus propias voces, que nunca habían pretendido ser de quien no eran, le recordaban a Foley su misión: impedir que el Foley sustituto, al hacer negocios como Scarsdale Vibe, se dejara arrastrar por el deseo de una cruenta masacre sin restricciones, la tenebrosa promesa revelada a los americanos durante la Guerra de Secesión, que obedecía desde entonces su propia espantosa inercia, a medida que los victoriosos republicanos perseguían a los indios de las llanuras, a los huelguistas, a los inmigrantes rojos, a cualquiera que no fuera grano dócil para los molinos del reciente orden en el poder.

—Hay un límite muy fino —había insinuado el magnate un día— entre matar sólo al viejo anarquista y eliminar a la puta familia entera, y todavía no estoy seguro de qué debería hacer.

—Ahí fuera son miles, y hasta ahora hemos cumplido nuestra parte —dijo Foley desconcertado—. ¿Para qué molestarse siquiera en diferenciarlos?

—Ese chico, Christopher, por ejemplo. Es distinto.

Foley no era un ingenuo. Había estado en Cooper Square y el Tenderloin, y pasado una noche, tal vez dos, en locales donde hombres bailaban con hombres o se emperejilaban como Nellie Noonan o Anna Held y cantaban para las multitudes de «nenas», como se llamaban entre sí; y eso habría sido tan sólo un ejemplo más de la

depravación de la ciudad, si no hubiera sido por el deseo. Que no sólo era real sino demasiado real para pasarlo por alto. Foley, al menos, había llegado hasta ahí, había aprendido a no despreciar el deseo de otro hombre.

Sin duda, traer a Kit aquí, sacándolo de la miseria rocosa de las San Juan, había sido un acto de rescate, algo así como atraer a la fe cristiana al hijo de un salvaje asesino que uno se había visto obligado a matar. Así que la razón, o lo que pasaba por tal en Pearl Street, entró en juego, lo que dio lugar a un plan para la familia entera. Mayva recibiría un estipendio mensual para ella y Lake. A Frank se le ofrecería un empleo muy bien pagado cuando se licenciara en la Escuela de Minas de Colorado. Reef, «al que, de hecho, no se había visto durante un tiempo... Otro jugador ambulante; aparecería tarde o temprano y resultaría el más barato, era de esos tipos que se dan por satisfechos con un premio modesto que nunca habían esperado llevarse».

Pero una voz, diferente a las otras que hablaban a Foley, había empezado a interpellarle y persistía:

—Alguien podría llamar a esto *corromper a la juventud*. No le bastaba con pagar para que asesinaran al enemigo, sino que tenía que corromper también a los hijos de la víctima. Sufriste en la batalla de Wilderness y luego, en Cold Harbor, te debatiste tres días entre dos mundos, ¿y te salvaste para esto?, ¿para esta servidumbre mezquina, nerviosa e intrigante ante una conciencia debilitada?

En el viaje en tren al este, Dally evitó a los demás pasajeros, pues como enseguida pudo comprobar, no había nada más atractivo que los trayectos ferroviarios para los cowboys poetas que, junto a timadores, mujeres de la vía y carteristas, pululaban esos días por todos los trenes al oeste de Chicago. Viajaban en los vagones salón, maravillándose hora tras hora ante todo lo que pasaba, presentándose como «Raoul» o «Sebastian», charlando con las jóvenes esposas de las praderas que iban a visitar a sus maridos, cuyos nombres apenas se mencionaban, o bien regresaban tras haberlos visitado. En los vagones con techo transparente adornados de terciopelo y en los coches restaurantes, privados y públicos, en marcha y parados, esos pájaros satisfacían apetitos y llenaban estómagos. El café se helaba en las tazas. Los malvados con ganas de hacer de las suyas se acobardaban, se daban la vuelta y se alejaban a grandes zancadas; el sueño se deslizaba dentro como un gas irresistible y aquellos poetas del Salvaje Oeste seguían delirando.

Ver Chicago otra vez: no es que nadie se lo preguntara, pero si lo hubieran hecho, ella no habría sabido describir sus sentimientos con claridad, y además tampoco tuvo demasiado margen de tiempo en el transbordo de trenes para ver gran cosa. En algún rincón de su cabeza imaginaba que, dado que la Ciudad Blanca había existido en el pasado junto al Lago, en Jackson Park, habría seguido un proceso similar al de la levadura en el pan y provocado que la ciudad entera floreciese con cierta gracia. Al atravesar la urbe, hasta Union Station, se vio aturdida por la inmensidad, la acumulación de estilos arquitectónicos, que se aceleraban, ascendiendo hasta los rascacielos que se levantaban en su corazón mismo. Había algo que le recordaba los pabellones de la Avenida de la Exposición, con aquella caótica mezcolanza de pueblos de todo el mundo. Se asomó por la ventanilla, con la esperanza de captar algún atisbo de su Ciudad Blanca, pero sólo vio la ciudad diurna oscurecida, y comprendió que se había producido un proceso inverso, que la ciudad no fermentaba sino que se condensaba en aquella gravedad pétrea.

Por fin en Nueva York, se apartó del tráfico, mientras miraba las sombras de los pájaros desplazándose sobre las paredes iluminadas por el sol. Nada más doblar la esquina, en la gran Avenida, carruajes de dos caballos, curvilíneos y suntuosos como lechos de cortesanas en una novela romántica, avanzaban con los corceles pisando cuidadosamente en simetría especular. Las aceras estaban atestadas de hombres con trajes negros y cuellos altos de un blanco inmaculado, en el resplandor tangible del mediodía que cubría la ciudad, sacando destellos de luz de relucientes sombreros de copa, proyectando sombras que parecían casi sólidas... En contraste, las mujeres iban ataviadas con colores más claros, volantes, solapas chillonas, sombreros de terciopelo o paja salpicados de flores artificiales, plumas y cintas, con alas anchas angulosas que proyectaban sobre las caras una penumbra femenina tan atractiva como el maquillaje

y los afeites. Un visitante llegado de lejos casi habría imaginado que se trataba de dos especies distintas que tenían poco que ver...

Cuando llegó la hora de comer en su primer día en la Ciudad, Dally fue a un restaurante. Era un local animado, con brillantes azulejos blancos casi por todas partes y bandejas de plata tintineando contra la vajilla gruesa. El inconfundible olor a banquete social de recaudación de fondos de la cocina casera americana. En los vasos de agua esperaban enrolladas servilletas limpias. Junto a cada larga mesa había un poste con un ventilador eléctrico girando en lo alto y un pequeño racimo de bombillas eléctricas, todas con su pantalla de cristal, debajo de las cuales, supuso ella, estaba el motor. No veía escupideras, ni fumadores de puros ni tampoco manteles, aunque las superficies de mármol de las mesas eran mantenidas escrupulosamente limpias por chicas con vestidos blancos con cinturones y pequeñas pajaritas negras, y el pelo cuidadosamente recogido, que se movían por todas partes recogiendo los platos y poniendo nuevos cubiertos.

—¿Buscando empleo, cariño? La señora Dragsaw, aquella de allí, es a quien tienes que ver.

—Bueno, sólo buscaba mi comida de hoy.

—Sírrete tú misma, ¿ves esa fila de allí? Si me necesitas para algo, me llamo Katie.

—Yo soy Dahlia. Eres del sur de Ohio, me parece.

—Sí, de Chillicothe. ¿Tú también?

—No, pero he pasado por allí un par de veces, bonita ciudad, había muchos cazadores de patos, creo recordar, ¿no?

—Cuando no eran patos, eran urogallos. Mi padre solía llevarnos siempre de caza. Se trataba básicamente de esperar y helarse, pero ahora, mira, lo echo de menos. Todo el mundo por aquí es vegetariano, claro.

—Ay, pobre de mí, se me hacía la boca agua por un buen trozo de esa carne de buey.

—Los guisos no están mal del todo... ¿tienes algún sitio donde alojarte, Dahlia?

—Lo estoy buscando, gracias.

—Esta ciudad es un lugar resbaladizo, te lo aviso. Ándate con cuidado.

—¡Katie!

—Vaya, hoy tiene chinches entre las faldas. Bueno, ya sabes dónde encontrarme.

Se retiró perdiéndose en el brillo higiénico del interior del establecimiento.

Dally encontró un modesto hotel para jóvenes damas cuyo precio no devoraría demasiado rápido su peculio, y se dispuso a patearse el asfalto buscando empleo. Un día, en el barrio de los teatros, tras haber trabajado como aprendiz de afinador de órganos, un empleo en el que no duró mucho debido, hasta donde suponía, a su carencia de pene, vio casualmente a Katie saliendo de un callejón con una expresión taciturna en el rostro.

—Un rechazo más —murmuró Katie—. A este paso, ¿cómo voy a ser la nueva Maude Adams?

—Vaya, lo siento. Acaba de pasarme lo mismo.

—Esto es Nueva York. La falta de respeto se inventó aquí. Pero ¿por qué tienen que preocuparse tanto por la edad de una chica?

—Así que eres... actriz.

—Si me paso los días laborables limpiando mesas en el Brauhaus, el restaurante vegetariano de Schultz, ¿qué otra cosa podría ser?

Un par de días más tarde, estaban en un local de chop suey en Pell Street, hablando de trabajo.

—¡Modelo de artista! —exclamó Dally—, ¿de verdad? ¡Es tan romántico, Katie! ¿Por qué no lo aceptaste?

—Sé que es trabajo y que debería haberlo aprovechado, pero siempre he soñado con los escenarios.

Había formas peores de ganarse la vida en esta ciudad miserable, mucho peores de lo que nadie podría imaginar, le aseguró Katie.

Aparte del chop suey, que estaba muy de moda entre los adinerados, el local olía a comida de verdad. Los ventiladores de madera del techo giraban despacio, agitando el humo del tabaco, el aceite de cacahuete y posiblemente de opio, haciendo ondear las cintas colgantes de papel rojo que mostraban el menú del día en caracteres chinos. Había serrín por el suelo e incrustaciones de madreperla en el mobiliario de ébano. Linternas, banderines de seda, dragones dorados e imágenes de murciélagos por toda la sala. Los clientes habituales comían sentados aleta de tiburón, lombriz marina y jamón aromatizado, y bebían vino de pera, rodeados por docenas de blancos vestidos con ropa cara que engullían bandejas gigantescas de chop suey y que, a veces sin mucha educación, no paraban de pedir más.

Entró una banda de jóvenes chinos, todos al paso, silenciosos, con trajes oscuros americanos y el pelo engominado, con las patillas muy rasuradas o inexistentes, que se dirigieron hacia la trastienda del establecimiento mientras los clientes acaudalados proseguían sin interrupción su desatenta charla.

—Son los chicos de Mock Duck —susurró Katie—. Los de verdad. No los imitadores de tres al cuarto con los que te relacionarás.

—Si consigo el empleo —le recordó Dally—. ¿Seguro que no lo quieres tú? ¿Aunque no sea en un escenario?

—Querida, tú eres exactamente lo que están buscando.

—Ojalá eso sonara más tranquilizador, Kate. ¿Tú qué les dirías?

—Oh..., más bien dejaría caer que tienes algo de experiencia como actriz, ¿es así?

—Ja. Sí, con los sheriffs y los cobradores de impagados, tal vez.

—Pues éste es peor sitio.

Cuando la numerosa clientela empezó a disminuir, dijo Katie:

—La matinal empieza dentro de un par de minutos. Vamos, iremos por el atajo.

Tomó a Dally del brazo y la condujo hacia la salida trasera. Los hombres de Mock Duck se habían desvanecido. Fuera, las chicas recorrieron varias calles estrechas entre la agitación de comerciantes chinos y recaderos diurnos, guiadas al poco por los oportunos gritos que, desde más adelante, profería una atractiva joven rubia americana *en déshabillé*, forcejeando con dos matones locales, quienes, al parecer, querían arrastrarla hasta una tapa de alcantarilla.

—Ésa es Modestine. Tiene que tomarse, digamos, unas *breves vacaciones*, y tú la sustituirás.

—Pero ellos son...

—Son actores. La trata de blancas como negocio sólo se recomienda a aquellos que se crecen ante las dificultades sin fin. Aquí es. Saluda de mi parte al señor Hop Fung.

Hop Fung, vestido de negro de pies a cabeza, las miró con el ceño fruncido y empezó a mascullar algo en chino.

—Eso significa hola —susurró Katie.

El emprendedor Celestial había empezado su carrera como un corriente recadero o guía turístico, pero Chinatown quedaba demasiado cerca del Bowery para que no se sintiera tentado por los atractivos del negocio del espectáculo, y al poco empezó a soñar (literalmente, pues por aquel entonces su despacho era un fumadero de opio junto a Pell Street) breves melodramas que mostraban un instinto muy agudo para adivinar qué captaría la imaginación del mirón occidental.

—¡Historias de chop suey! —informó a Dally y Katie—. ¡A montones! ¡Calientes y picantes! ¿OK? ¡Empiezas mañana!

—¿Sin hacer ninguna prueba? —preguntó Dally, y sintió que Katie le tiraba de la manga.

—Un pequeño consejo —murmuró Katie—, si es que tienes claro que quieres entrar en el negocio...

—¡Pelo rojo! ¡Pecas! Con esa prueba basta. ¡OK!

Y así fue como Dally entró en la industria de la simulación de trata de blancas y en los túneles de Chinatown, y empezó a aprender algunos de sus casi incomprensibles signos y códigos, una región de la vida oculta, esa vida secreta de las ciudades que los años de nomadismo gitano con Merle le habían hurtado... Cada mañana subía al Tren Elevado en la Tercera Avenida, tomaba café en una carreta aparcada bajo las vías y paseaba hasta la oficina de Hop Fung para revisar la agenda de *comediettas*, que solía variar de un día para otro, teniendo cuidado cuando se acercaba a la esquina de Mott con Canal de mirar arriba y abajo y a los lados, pues ahí se encontraba la sede de una banda china, la *tong* de Tom Lee, los On Leong, y procurando mantenerse alejada de Doyers Street, que era una especie de tierra de nadie entre los On Leong y su *tong* rival a muerte, los Hip Sing, que tenían su cuartel general en la esquina de Doyers con Pell. Las dos organizaciones habían empezado a

pelearse en serio alrededor de 1900, cuando el ruin pistolero Mock Duck llegó a la ciudad y atacó a los Hip Sing, incendió el dormitorio de los On Leong en el número 18 de Mott y ocupó Pell Street. No había manera de saber cuándo ni dónde estallarían las desavenencias armadas, aunque Doyers parecía el campo de batalla preferido, y la curva que describía el centro de la calle se conocía como «el ángulo sangriento».

A esas alturas, se había mudado con Katie, que vivía en pleno barrio irlandés del centro, entre las paradas del Tren Elevado de la Tercera y la Sexta Avenidas. Al cabo de un par de semanas ya tenía visitantes de la ciudad que la admiraban, asombrados y boquiabiertos, desde sus carruajes turísticos con asientos, acompañados por damas de fuera de la ciudad que aferraban sus sombreros como si las agujas no cumplieran la función que tenían asignada. Los vecinos del barrio, que podían o no formar parte del espectáculo, se quedaban quietos como en un *tableau vivant*, sin hacer el menor ademán de intervenir.

—¡Oh, malvados! —gritaba Dally. Y—: ¡Soltadme! —Y—: ¡Si vuestras madres lo supieran!

Ante lo cual, sus secuestradores se limitaban a sonreír y carcajearse más repugnantemente, arrastrándola hacia el ineluctable agujero de hierro de la calle. Cuidándose, eso sí, de recoger para usos posteriores cualquier pieza «arrancada» del atuendo de la víctima, piezas que, de hecho, se hilvanaban por encima antes de cada actuación para que se separaran a propósito y añadieran un elemento «picante» al espectáculo.

Corrió la voz. Todo tipo de empleados del mundo del espectáculo se acercaron a observar la actuación de Dally, incluido el infatigable empresario teatral R. Wilshire Vibe, siempre a la búsqueda de nuevos talentos, que llevaba semanas dando vueltas por Chinatown. A veces se presentaba disfrazado, encarnando su concepto de lo que era un trabajador corriente, que incluía polainas y corbatas a medida de Londres, aunque al poco recuperó su propio estilo, y el brillo quizá poco atenuado de su sombrero matinal aguamarina hizo que Dally se equivocara en un par de frases, aunque nadie se dio cuenta. Después fue a verla con una timidez desacostumbrada, mientras los tramoyistas chinos se movían a su alrededor con impaciencia, esperando para preparar la siguiente función.

—Estoy pensando en incluir un número como éste en un próximo proyecto, *Los correteos de Shanghai*, y puede que haya un papel para ti.

—Ajá. —Ella miró a su alrededor para ver quién andaba cerca, por si ese tipo resultaba ser el pelmazo habitual con el que se topaba cualquier chica en Nueva York cada minuto y medio.

—Se trata de algo enteramente serio —le dijo entregándole su tarjeta—; pregúntale a cualquiera de este mundillo. O date un paseo por Broadway, verás dos o tres de mis pequeñas producciones en teatros con todo vendido. La pregunta que importa en este momento es: ¿tienes contrato aquí?

—Firmé algo, pero estaba en chino.

—Para variar. Pero, bien mirado, la lengua china es de una simpleza inocente en comparación con los contratos del mundo del espectáculo corrientes y molientes en inglés. Nada de que preocuparse, querida, lo arreglaremos.

—Ya, aquí viene mi socio, el señor Hop Fung, y debo apresurarme, me alegro de haberle conocido.

Estuvo a punto de tenderle la mano como imaginaba que haría una actriz, pero se sobresaltó al ver que aquel petimetre se ponía a hablar en lo que parecía auténtico chino. Hop Fung, que casi nunca cambiaba su expresión multiuso con el ceño fruncido, esbozó una sonrisa tan deslumbrante que por un momento ella dudó que fuera la misma persona.

Poco después, empezaron a llegar misteriosamente cantidades ingentes de dinero para la producción, habitualmente entregadas en forma de oro. Se amplió el reparto y se añadieron más efectos de fantasía sobre el escenario. De repente, había miembros de las bandas chinas entrando y saliendo por puertas y tapas de alcantarillas más rápido de lo que se tardaba en decir «chop suey», chapurreando a toda prisa en aquella incomprensible jerga suya. Jóvenes y siniestros hombres de las *tong* con cotas de malla bajo sus trajes occidentales aparecían corriendo, esquivando tiros y disparando con sus revólveres del calibre 44, y el humo no tardó en dotar a la escena de una vaporosa y pintoresca imprecisión. Los caballos, ya amaestrados, retrocedían y relinchaban. Una pequeña escuadra de policías corría por Pell Street hacia la escena, mientras otro grupo, supuestamente en nómina de la *tong* rival, irrumpía por Mott agitando sus porras, y ambos grupos se topaban en la esquina, donde, porras en ristre, discutían sobre quién tenía jurisdicción sobre el delito, el cual, por descontado, proseguía pese a todo. Los cascos con forma de glande caían y rodaban por los canalones.

En ese momento ocurrió una cosa curiosa. Como si esa costosa simulación se hubiera derramado de algún modo sobre «la vida real», la guerra auténtica de las *tong* se recrudeció en el barrio, y se oían disparos por la noche; Mock Duck apareció en persona por la calle en su conocida postura de peonza en cuclillas, disparando dos revólveres a la vez en todas direcciones, mientras se destrozaban carretillas de mano con verduras y los transeúntes se tiraban al suelo para cubrirse; se advirtió a los turistas adinerados que era conveniente evitar ciertas zonas de Chinatown, a menos que quisieran sufrir percances; y el papel de Dally en la trata de blancas parecía cada vez más precario. Colegas que Dally había tenido por mezquinos y feos mafiosillos se tornaban en sensibles artistas en cuanto veían peligrar su propia seguridad. A Hop Fung se le vio reventando a puñados cápsulas de opio de veinticinco centavos. Doyers Street se sumió en una escalofriante miasma de silencio.

—Tal vez debería buscar otro trabajo, Katie, ¿tú qué crees?

—¿Qué es de tu viejo amigo R. Wilshire Vibe?

—No sabría decirte si iba muy en serio.

—Oh, R.W. es tan serio como cualquier otro —la tranquilizó Katie—, pero éste es un mundo volátil, por no decir impío, y conozco personalmente a más de una chica que lo ha pasado mal, incluida nuestra querida Modestine.

—Sus vacaciones...

—Oh, hija. En el interior del estado hay granjas para cosas así, y a veces a esta chusma de ricos le resultan más baratas que contratar a un matón para que tire a la chica al río. Moddie se libró por suerte.

—Pues muchas gracias por meterme en esto, Katie.

—No estoy hablando de los chinos, que son unos caballeros de pies a cabeza; sus líos se quedan siempre entre los de su raza. Fue Moddie la que eligió dejar ese entorno caballeresco por las junglas crueles de los blancos acaudalados.

—Bueno, supongo que de todos modos me pondré el salacot y cruzaré la ciudad.

—Si te enteras de *dos* empleos...

Dally encontró a R. Wilshire en su despacho de la Veintiocho Oeste. A través de las ventanas abiertas, desde todos los puntos de la calle llegaba el estrépito de lo que sonaba como una orquesta entera de pianos de salón.

—Horroroso, ¿verdad? —R. Wilshire la saludó alegremente—. Día y noche, y ni uno solo de esos benditos instrumentos está afinado. Lo llaman el Callejón Tin Pan.

—Le imaginaba más bien del tipo de los que trabajan en salones de mármol.

—Tengo que permanecer cerca de las fuentes de mi inspiración.

—Se refiere a robar cuanto pueda —dijo risueño un hombre corpulento y canoso con un traje de cuadros de color magenta ácido y azafrán, que cargaba con lo que parecía un saco de huesos para la sopa.

—Anda por aquí buscando números con perro libres de derechos —explicó R.W.—. Con McVeety, saluda a la señorita Rideout.

—También busco una chica pasacarteles —dijo Con.

—¿Una qué?

—Me dedico al vodevil, mira. —A espaldas de Con, R. W. hacía frenéticos gestos con el pulgar hacia abajo—. No le hagas caso, es pura envidia. Necesito a alguien presentable que no beba y que sepa sostener en alto los rótulos impresos que introducen los distintos números. Boca arriba, si es posible.

—McVeety —murmuró R.W.—, ¿se lo dices tú o yo?

Resultó que la desgracia de Con, objeto de maravilla en todo el mundillo del espectáculo, consistía en su talento para encontrar los peores números de la ciudad, números que recibían no sólo el rechazo sino la prohibición permanente incluso en la menos prometedora de las Noches de Aficionados del Bowery, durante las cuales Con tenía por costumbre merodear entre bastidores, esperando la fatídica aparición del «Gancho», que, a petición del público, sacaba al actor del escenario, y a menudo fue capaz de contratar a artistas antes de que ese instrumento llegara a entrar en contacto con sus personas, haciéndolos actuar de inmediato en locales tan dudosos como lavabos públicos, trozos de acera delante de bares ilegales e incluso, por un breve

periodo, fumaderos de opio de Mott Street, hasta que alguien le aclaró que los opiómanos se entretenían solos.

—Tengo entendido que la situación de Chinatown se vuelve más peligrosa por momentos —dijo R.W—. Pero tendrías que estar muy desesperada para trabajar con un tipo de esta calaña.

—Estos magnates de las operetas ligeras han perdido la magia —fingió confesar Con—; el Bowery sigue siendo el verdadero corazón del mundo del espectáculo americano.

—Ojalá tuviera algo para ti —se encogió de hombros R.W.—; en cuanto mejoren los ingresos, tal vez...

—Se refiere a que te llamará en cuanto algún corredor de apuestas se descuide la caja con el dinero —Con se rió entre dientes—. Yo te pagaría siete cincuenta a la semana, en efectivo y por adelantado.

—Lo mismo que cuesta sobornar a un policía novato —dijo Dally—. Creía que aquí estábamos hablando de Arte.

Los otros dos pares de cejas del despacho subieron y bajaron, y puede que siguiera un momento de silenciosa discusión. En cualquier caso, Con rompió el silencio proponiendo «¿Diez?», y se cerró el trato.

En esta fase de su carrera, Con apenas salía adelante cada semana con los ingresos de un fallido *museo de rarezas* adquirido a cambio de una canción, y cuyo llamativo rótulo de la fachada había rebautizado como MCVEETY'S THEATRE. Como los anteriores propietarios se habían desvanecido con cierta premura, se dejaron olvidados azarosos objetos del inventario: los habituales perros bicéfalos en tarros y los cerebros en conserva de notables figuras de la historia, algunos de épocas anteriores a la invención de la salmuera tal como la conocemos hoy; un Bebé de Marte; la cabellera del General Custer, con su correspondiente certificado de autenticidad, a pesar de haber pasado desde Little Big Horn por una odisea de mercadillos de segunda, entre los que se contaban los de México y el Lower East Side; una Cucaracha Salvaje Australiana enjaulada del tamaño de una rata de alcantarilla a la que nadie quería ni acercarse, y demás. Con reunió todo aquello en una elegante exposición que denominó la Zarzuela de Rarezas, y la colocó en el vestíbulo de su Teatro. «Hace que los espectadores entren en el ambiente antes de que empiece el espectáculo, ¿sabes?».

Consternada, Dally no tardó en darse cuenta de que se necesitaba algún tipo de incentivo. Su trabajo como chica pasacarteles era difícil, teniendo en cuenta que el público se impacientaba con la letra impresa, aparte de estar poco familiarizado con ella; al cabo de un tiempo, Con le permitió hacer breves discursos en los que describía, todo lo bien que podía, qué iban a presenciar. Entre los talentos que salían al escenario todas las noches estaba el Profesor Bogoslaw Borowicz, que presentaba

lo que denominaba «Espectáculos sobre el Suelo», que, debido a su defectuoso dominio del idioma americano, resultó ser una serie de literales *exposiciones de suelos*, casi siempre fragmentos, arrancados y robados de diversos lugares de la ciudad —el Steeplechase Park, la Grand Central Station, el McGurk's del Bowery («... verán interesantes texturas de escupitajos de tabaco y serrín...»)—, o extraños teselados de obras de demolición que planteaban cuestiones de matemática avanzada sobre las que el Profesor se alargaba con una extensión pasmosa; también había «amaestradores» de animales disecados cuyo repertorio de «trucos» tendía a lo rudimentario; artistas de la narcolepsia que dominaban el difícil pero muy poco apreciado arte de quedarse dormidos de pie, lo que a los tres minutos, a veces antes, hacía que el público, aunque estuviera muy cargado de opio, forcejeara por buscar las salidas; e inventores locos con sus inventos: zapatos que levitaban, duplicadores de billetes de banco, máquinas de movimiento perpetuo que incluso los públicos más distraídos veían que nunca podrían ponerse a prueba en ningún marco temporal, salvo la eternidad, y, con extraña frecuencia, sombreros, en especial El Fenomenal Doctor Ictibus y su Sombrero Deflector de Cajas Fuertes. Este ingenioso ejemplo de tocado se inventó para resolver la clásica contingencia urbana de la típica caja fuerte de acero que se desengancha en mal momento de una ventana de un piso alto y cae a la cabeza de un desafortunado transeúnte.

—Teniendo en cuenta que cualquier masa concentrada es de hecho una distorsión local del espacio mismo, resulta que hay una superficie exacta, definida por un tensor métrico o, digamos, ecuación, registrada en la Oficina de Patentes de Estados Unidos, que, incorporada a un apropiado diseño de sombrero, soportará la carga del impacto de cualquier tipo conocido de caja de caudales que cayera desde una altura normal, transmitiendo al portador tan sólo el más trivial de los vectores resultantes, un leve golpecito en la cabeza como mucho, y desviará inofensivamente la caja hacia el bordillo más próximo. Éste es mi ayudante Odo, que estará encantado de preparar, levantar y arrojar cualquier caja fuerte que ustedes, damas y caballeros, tengan a bien señalar, y *aplastarla sobre mi cabeza*, ¿no es así, Odo?

—¡Unnhrrrhhh! —respondía Odo, con un ardor que algunos habrían considerado innecesario, aunque fuera del escenario a Dally le parecía un joven educado y bien hablado, que intentaba ahorrar dinero para abrir su propio museo de rarezas, tal vez en un barrio un poco más adinerado; ambos adoptaron la costumbre de tomarse un café juntos después de la última actuación vespertina.

De vez en cuando, entre las caras sin afeitar y las cabezas con gorras de visera, Dally atisbaba a R. Wilshire Vibe, siempre en compañía de jóvenes aspirantes a actriz o, como R.W. prefería llamarlas, '*figurantes*'.

—Sólo he venido a echar un vistazo —saludaba a Dally—, no me he olvidado de ti, ¿has visto ya *Travesuras africanas*? Es una revista de negros, básicamente un par de chicos que van a ser los próximos Williams y Walker. Ten, toma un par de programas de mano. *Los correteos de Shanghai* está casi lista, con la partitura escrita;

ahora lo único que falta es alinear a todas las palomas en el alféizar de la ventana, por así decirlo.

Mientras tanto, Con había decidido montar una versión al estilo de Bowery del *Julio César* de William Shakespeare, que se titularía *Inmigrantes con cuchillos* y para la cual Dally hizo una prueba en la que consiguió, para su asombro, el papel de Calpurnia, a quien Con había decidido llamar «señora César»; las principales rivales de Dally para el papel habían sido una cliente habitual de los bares ilegales llamada Elsie «Un Diente» y Liu Bing, la novia de un guerrero *tong* que quería cambiar de trabajo y cuyo conocimiento del inglés, tanto del isabelino como del actual, resultó ser preocupantemente remoto. Sin embargo, después de rechazarla, Con recibió una visita de su novio y algunos colegas suyos, todos pertrechados con revólveres del calibre 44 y hachas, visita que de repente dio a Con una nueva perspectiva sobre el reparto.

—Sólo eran un par de frases —se disculpó ante Dally—. Tú eres mucho mejor, qué duda cabe, pero así al menos sigo vivo. Supongo que podemos fingir que habla latín.

—Qué pena. Me gustaba esa historia de la llovizna de sangre sobre el Capitolio.

—Bienvenida al negocio —le dijo Katie encogiéndose de hombros cuando Dally volvió a casa con el ceño fruncido—. *Courage*, mi querida Margarita Gautier, es sólo el primer acto.

—Mientras tanto —dijo aflojándose el corsé—, el tal Vibe celebra una fiesta el sábado por la noche y ha dicho que puedo llevar a una amiga. Probablemente no te interese, ya sabes, por la depravación de los ricos y todo eso...

—¿Interesarme? ¿Lleva sombrero Lillian Russell? Es una historia completamente distinta, chica; veamos, Verbena me debe un favor, sé que podemos llevarnos prestado su vestido rojo de baile...

—Katie, por el amor de Dios.

—No, no es para ti, a ti te queda mejor el pelo caído, algo más, cómo lo llaman, más «ingénue»...

Fueron al centro a buscar vestidos de baile. Katie conocía a una costurera que trabajaba en un subsótano de los almacenes I.J. & K. Smokefoot y tenía contactos para conseguir conjuntos devueltos o recién pasados de moda que podían comprarse tirados de precio. Smokefoot estaba situado en la Milla de las Damas, lo bastante al norte como para evitar imputaciones de que la ropa estaba anticuada, aunque no tan lejos de otros establecimientos de su tipo como para suponer ninguna molestia a una clienta que quisiera pasarse el día entero comprando. Casi completamente desprovisto de ornamentación en la fachada, con sus doce plantas de grisácea modernidad alzándose imponentes, ocupando una manzana entera de la ciudad, a un visitante de fuera que hubiera tenido la suerte de contemplarlo desde un lugar tranquilo le habría parecido más un monumento digno de admirar con los ojos desorbitados que un mercadillo real en el que entrar y comprar. Pero el tamaño del establecimiento no se

debía al deseo de darse aires de grandeza, sino que más bien venía dictado por la necesidad de superficie de suelo para mantener rigurosamente tendido un velo que separaba dos mundos distintos: los espacios ingeniosamente ilusorios preparados para las clientas del almacén y la topografía menos piadosa que se extendía entre las paredes y bajo el departamento de gangas, poblada por el numeroso y silencioso regimiento de cajeras, fogoneros, pinches que envolvían paquetes, dependientas de pedidos, bordadoras, especialistas en plumas, mensajeros con librea, barrenderos, mujeres que quitaban el polvo y recaderos que se movían invisibles por todas partes, como espíritus laboriosos, a menudo separados tan sólo por unos centímetros, por cautelosos alientos, del bullicio teatral de las Plantas luminosas y susurrantes.

Como dos estatuas humanas de una representación arquitectónica que hubieran cobrado vida por un corto espacio de tiempo y empezaran a intercambiar los cumplidos de rigor, ajenas a la grandiosa visión que se alzaba sobre ellas, las jóvenes se dirigieron hacia la entrada de la Sexta Avenida, a cuyos lados se apostaban dos porteros magníficamente uniformados, columnas vivientes ante cuya serena inercia uno se sentía intimidado tanto para seguir adelante como para no hacerlo. Que el «gorila» engominado haga sus negocios en el Bowery, que las puertas eléctricas de las mansiones de la Quinta Avenida oscilen cuando se apriete un remoto botón, tanto da, porque aquí, en I.J. & K. Smokefoot, sin que medie palabra y ni siquiera gesto, la simple presencia y porte de estas Columnas humanas informa casi de inmediato a cualquier visitante sobre cuál es su sitio.

—Jachin y Boaz —dijo Katie esbozando una sonrisa, señalándolos con un gesto de la cabeza—. Los Guardianes del Templo, los Primeros Reyes de no sé dónde.

—¿Tú crees que este par nos dejará entrar? ¿Y si no?

Katie le dio una palmada en el hombro.

—Es más fácil por aquí que por la entrada de los empleados, querida. Lánzales una mirada penetrante y esboza una sonrisa y, al pasar, no dejes de mirarlos de soslayo, como si estuvieras coqueteando.

—¿Yo? Si soy una niña.

Por dentro era todo lo que no era por fuera: luminoso, ornamentado, barrido a conciencia, olor a perfume y a flores recién cortadas, un espacio vibrante de un *chic* condensado, como si se hubiera cribado a las multitudes de las avenidas cercanas para seleccionar sólo a mujeres especialmente a la moda y se las hubiera reunido a todas allí en este mismo instante. Dally respiró hondo, impregnándose de todo, hasta que Katie la agarró del brazo.

—Si no son más que un ramillete de espantajos, te lo digo yo.

—¿Cómo? ¿De verdad te lo parecen?

—Bueno, ya que estamos, echemos un vistazo.

Subieron por la escalera mecánica Otis, un medio de transporte recientemente introducido que a Dally le pareció milagroso, incluso después de haberse hecho una

vaga idea de cómo debía de funcionar. A Katie, que las había probado antes, ya no le impresionaban.

—Quedarse boquiabierta está bien, pero no demasiado, por favor, que estamos en Nueva York. Todo parece mucho más maravilloso de lo que es en realidad.

—Pero bien se ve lo lejos que estamos de Chillicothe.

—Muy bien, vale.

Dado que era su primera visita a unos grandes almacenes, Dally sufrió las habituales pequeñas humillaciones: tomar un par de veces a los maniqués por mujeres de verdad, ser incapaz de encontrar las etiquetas con los precios, contemplar alarmada a un par de jóvenes que se acercaban, cogidas del brazo, y que parecían tal cual Katie y ella, ambas mirando a Dally con inquietante familiaridad, cada vez más cerca, hasta que Katie casi tuvo que zarandearla susurrando:

—Sólo los paletos chocan con los espejos, chiquilla.

Cuando llegaron a la planta de arriba, Dally se había sumido en una especie de aturdimiento.

No era nada, o casi nada, a esa distancia podría haber pasado por un maniquí más, atisbado al otro lado del hondo patio central que se elevaba vertiginosamente a lo largo de las doce plantas, con tan sólo una barandilla metálica con filigranas entre las compradoras y una posible caída hasta abajo, a la planta principal, más allá de las diagonales tranquilamente ascendentes de las escaleras mecánicas y de una réplica a escala de las cataratas Yosemite, hasta donde una diminuta arpista entre las sombras proyectadas por unas palmeras parecía, desde allí arriba, parte del reino del Más Allá. Allí, al otro lado de aquella hipnótica Profundidad y de los arpegios que surgían de ella, estaba la figura de una compradora, con ropa de calle de tela a cuadros violetas y grises, la pluma de garceta sobre su sombrero moviéndose tan sensible como una mano, sin mirar a Dally en concreto aunque atrayendo misteriosamente su atención. Dada la claridad de la aparición, Dally supo que tenía que controlarse de inmediato, porque, de no hacerlo, sin darse cuenta se vería corriendo hacia allí, gritando para abrazar a una mujer que, por descontado, podría ser una desconocida, con toda la vergüenza, incluso las acciones legales, que sin duda implicaría, y la palabra que habría gritado sería: «¡Mamá!».

A partir de ese momento, el resto de la visita discurrió flotando en una incoherencia brumosa. Dally creía recordar un té con sándwiches de pepino, una interpretación espantosamente edulcorada al arpa de *Her Mother Never Told Her*, dos jóvenes y elegantes matronas provocando el escándalo en el salón de té al encender unos cigarrillos..., pero nada de todo aquello encajaba, los detalles eran como naipes arrojados sobre la mesa del día, que, al revisarlos, no se podían ordenar para jugar una mano.

De camino al sótano, Dally la buscó en cada planta, pero la mujer, alta, rubia, tal vez ni siquiera real, había desaparecido. Además, la arpista de la planta baja resultó ser no una joven etérea con un largo vestido, sino un matón que mascaba un puro,

recién salido de una larga condena en la prisión de Tombs, que se llamaba Chuck y que les lanzó una mirada lasciva y amigable al pasar junto a él.

En el sótano, Katie preguntó por su amiga, y Verbena surgió del escenario entre bastidores y las condujo todavía más al fondo y más abajo, hasta una zona más fría y mal iluminada donde no había conversaciones, ya fuera porque estaban prohibidas o porque había mucho trabajo que hacer; unas tuberías mugrientas colgaban de soportes corroídos a lo largo de los techos; el olor de disolventes de limpieza y teñido y el vapor de las planchas prensadoras impregnaba todo el espacio; los trabajadores se movían deslizándose silenciosos como espectros; umbrales sombríos conducían a salas atestadas de mujeres ante máquinas de coser que no levantaban la vista de su trabajo salvo, con aprensión, cuando intuían que se acercaba el supervisor.

Subieron al Tren Elevado en la Sexta Avenida hacia el centro y se bajaron en Bleeker Street. Restos de una luz albaricoque rosácea se demoraban en el cielo, un viento del sudeste traía el aroma de café torrefacto desde South Street, y se oía el tráfico del río. Era sábado por la noche en Kipperville. A su lado pasaban corriendo jóvenes barbudos, persiguiendo a chicas con vestidos estampados de color rojo turco. Malabaristas montados en monociclos hacían acrobacias por las aceras. Negros abordaban a los viandantes, mostrando frasquitos de polvo blanco con rostro inquisitivo y esperanzado. Vendedores callejeros ofrecían mazorcas de maíz y pichones a la parrilla en tostadas. Los niños chillaban detrás de las ventanas abiertas de los edificios de vecinos. Burguesitos a la busca de vida canalla se dirigían a lugares como Maria's en MacDougal, charlaban animadamente y se preguntaban unos a otros: «¿Sabes adónde vamos?».

R. Wilshire Vibe vivía en una mansión urbana italianizada a cuyo constructor le había resultado imposible resistirse al impulso de añadir detalles Beaux-Arts. Estaba en el lado norte de la calle, y tenía árboles ginkgos delante, una pérgola y una callejuela detrás.

Un par de mayordomos les hicieron una reverencia en la puerta y ellas subieron hasta un salón de baile dominado por un inmenso candelabro de gas, de un brillo cegador, justo debajo del cual se había colocado una especie de sota circular de felpa de color vino, ribeteado de borlas doradas y provisto de cojines de satén en tonos a juego, en el que se podían acomodar entre ocho y dieciséis de los que no bailaban, todos mirando radialmente hacia fuera, sofá al que se referían no del todo en broma como un dispositivo contra la fea del baile, pues los que no querían bailar se veían obligados a ocupar incómodamente el punto central del salón mientras el espectáculo giraba a su alrededor, sobre un suelo cuyo bruñido había sido delicadamente calibrado mediante repetidas aplicaciones de harina de maíz y piedra pómez, al tiempo que las paredes quedaban reservadas para la colección de arte de R.W., que

exigía un ojo tolerante y, a veces, un estómago educado y sobradamente indiferente a las manifestaciones de náusea.

Había palmeras por todas partes, arecas, palmitos, miraguanos chinos, que abarcaban desde achaparrados ejemplares de invernadero en macetas recubiertas de mimbre hasta variedades de vestíbulo de cuatro metros, pasando por majestuosos cocoteros y datileras cuyas raíces se perdían más abajo y que se alzaban hasta estas altitudes del salón de baile a través de orificios practicados expresamente para ellos en los techos y suelos intermedios, de modo que creaban una especie de jungla donde formas exóticas de vida se deslizaban, acechaban y de vez en cuando se resbalaban: mujeres galantes con párpados oscurecidos, hombres cuyos cabellos les caían hasta los hombros, artistas circenses, sirvientas vestidas con poco recato que ofrecían bandejas de champán Perrier Jouët, damas de la alta sociedad que lucían sobre los senos broches de orquídeas de Tiffany de un naranja tan vivo como las llamas, renegados de Wall Street que se reunían cerca de los lavabos gigantescos, donde se decía que R. Wilshire había instalado máquinas de teletipo en cada baño.

Una pequeña orquesta en un estrado situado en una punta del gran salón tocaba una selección de diversas producciones de R. Wilshire. La señorita Oomie Vamplet cantaba *Oh, When You Talk That Talk*, que ella había hecho famosa en su papel como Kate Chase Sprague en *Roscoe Conkling*.

Después de que Katie la abandonara para irse en compañía de un tipo que vestía un traje barato y se presentaba como agente de talentos, pero que no habría engañado ni a su abuela, Dally salió por unas puertaventanas. Desde el jardín de la terraza, más allá de masas sucias de sombras grises y marrones, más allá de las ventanas iluminadas a gas y las farolas en vigilia inadvertida bajo las vías elevadas, en la parte alta, lejos, la ciudad iluminada ascendía recortándose contra un cielo de un añil intenso, como si por alguna razón allí la noche se hubiera olvidado de caer, evitando interrumpir su sueño dorado de fachadas iluminadas.

El joven estaba apoyado en un pretil contemplando la ciudad. Dally se había fijado en él en cuanto entró, era más alto que la mayoría de los tarambanas que pululaba por allí, pero ni de lejos «adulto», e iba vestido casi demasiado discretamente, como si quisiera dejar bien clara su inexperiencia. Tal vez fuera por todo el humo que había en el ambiente, pero el caso es que sus rasgos le parecieron, incluso de cerca, ajenos (quizá nunca dejarían de serlo) a la aspereza cruel del mundo que ella conocía. Le recordó a los niños con los que jugaba, apenas una hora cada vez, en ciudades por las que había pasado hacía mucho, y la inocencia implacable de los chavales que repartían periódicos entre el gentío vespertino, anunciando grandiosos robos, incendios, asesinatos y guerras con voces tan puras como la que tendría con seguridad este joven, un joven que no estaba curtido, ni de lejos, para lo que se le vendría encima, tarde o temprano, aunque fuera un niño rico, cosa que ella dudaba, pues a esas alturas ya sabía cómo eran esos chicos de la alta sociedad, y a

éste se le notaba el estilo de «Chico del Bowery» con algún detalle cambiado para darse más aires, sólo eso.

En ese instante se dio la vuelta y sonrió, un poco preocupado tal vez, y de golpe ella fue dolorosamente consciente del harapo juvenil que Katie casi le había obligado a comprarse, con su escote alto y metros de volantes para bailar estúpidos bailes campesinos..., ¡y en violeta del Congo!, ¡con puntilla a cuadros! ¡Aaaggg! ¿En qué estaría pensando? O más bien, ¿en qué no estaría pensando? Había sido aquel momento casi sobrenatural vivido en Smokefoot, supuso, con aquel espectro maternal de violeta y gris, lo que la había descentrado. Ni siquiera recordaba cuánto le había costado el vestido.

Él acababa de abrir una pitillera y le estaba ofreciendo un cigarrillo. Nunca le había pasado, así que no sabía qué hacer.

—Te importa si...

—No, no me importa —respondió ella, o algo así de sofisticado.

Desde dentro llegó un redoble, un toque de platillos y un breve arreglo de *Funiculì, Funiculà* mientras las luces se atenuaban misteriosamente hasta un frío crepúsculo interior.

—¿Vamos? —preguntó él con un ademán para que entrara ella primero. Pero cuando Dally se dio la vuelta, él había desaparecido.

Vaya, eso era rapidez.

En la tarima de la banda, un hombre guapo y maduro con disfraz de mago sostenía un vaso de vino; le dio unos golpes con su varita Y dijo:

—Es difícil beber piedras semipreciosas, pero en un mundo pétreo, beber cualquier otra cosa es un lujo muy caro.

Puso el vaso boca abajo y derramó un puñado de amatistas y granates. Cuando volvió a levantarlo tenía vino otra vez, y se lo bebió.

Dally percibió una presión inesperada en la pierna y bajó la mirada.

—Bonito vestido —comentó una voz empalagosa que parecía proceder, es más, procedía, de una región cercana al codo de Dally, perteneciente a un tal Chinchito, un presumido enano de circo que actuaba por entonces en un escenario del Bowery y cuya apreciada presencia en estas reuniones, según Katie, tenía que ver con su apetito sexual, por no mencionar su órgano, bastante desproporcionado con respecto a su altura.

—¿Por qué no te pierdes? —insinuó Dally, aunque en un tono no del todo carente de fascinación.

Chinchito se lo tomó con la suavidad adquirida tras años de rechazos tajantes.

—No sabes lo que te pierdes, pelirroja —dijo, guiñó un ojo, se alejó y pronto desapareció engullido por la multitud.

Sin embargo, no acabaron ahí las dificultades de Dally. A continuación la abordó un sibilino caballero de pelo gris cegadoramente engominado que lucía un gigantesco anillo con una esmeralda en el meñique y le trajo una copa tras otra de un extraño

líquido incandescente de una ponchera, hasta que ella empezó a ver imágenes en movimiento sobre el papel pintado.

—La he seguido con dedicación en Chinatown. He intentado no perderme ninguna actuación suya. Es una cautiva muy seductora.

Antes de que ella se diera cuenta, él parecía haberle tomado una de las muñecas y empezaba a colocarle un par de exquisitas esposas de plata.

—Me parece que no —dijo una voz tranquila desde alguna parte, y Dally se vio arrastrada hacia una caja intrincada, sobre la que se leía el rótulo GABINETE DEL MISTERIO, por una figura alta con una capa que resultó ser la asistente del mago.

—Aquí, rápido, aquí dentro.

Dally no era de las que se desmayan, pero le habría venido muy bien, pues justo antes de que se cerrara la puerta, el aire viciado pareció disiparse y reconoció a la misma mujer que había visto el día anterior en los almacenes Smokefoot; ahora lucía mallas de bailarina y una capa de terciopelo con nerviosas lentejuelas por todas partes. Y por si fuera poco, introduciéndose en la nariz de Dally, otra cosa, intemporal, anterior al recuerdo de sus primeras palabras infantiles: la fragancia de los lirios del valle que trastornaba el olfato.

Puede que a Dally le diera el tiempo justo para mascullar: «Vaya por Dios, vaya, ¿qué le ha pasado a mi cerebro?», antes de que, debido a una especie de sedante que llevaba el ponche (si Katie no se equivocaba con respecto a esta gente de Vibe, tendría que llevarlo), más que desmayarse, experimentara un extraño eclipse del tiempo, acabado el cual cobró conciencia de la existencia de una puerta que tendría que haber visto desde el primer momento, pero que sólo ahora pudo alcanzar y abrir. Salió al Lower West Side, de hecho, delante mismo de la casa donde vivía, y allí estaba sentada Katie, en la pequeña veranda, con su vestido escarlata, fumando un Sweet Caporal. Acababa de amanecer. Los magos que la habían rescatado no estaban a la vista, ni tampoco su Gabinete del Misterio, que buscó con la mirada pero había desaparecido.

—¿Estás bien? —preguntó Katie bostezando y desperezándose—. No te preguntaré si te lo has pasado bien, pero yo sí sé que me lo he pasado estupendamente.

—Esto es muy raro, hace sólo un minuto yo...

—No hace falta que lo expliques, seguro que era un apuesto y joven ejemplar.

—¿Quién?

—Ya te dije que ese vestido era mágico. ¿Cómo que «quién»? Conmigo no tienes que hacerte la tonta.

—Katie —se sentó al lado de su amiga, en medio de un gran frufrú de tafetán—, no me acuerdo ni de una bendita cosa.

—Ni siquiera del *nombre* del número de magia, seguro.

Lo dijo con tal tono de pena que Dally, desconcertada, alargó la mano para darle una palmada en el hombro antes de recordar a su alta libertadora con capa de

lentejuelas.

—Ahora te irás —dijo Katie resoplando desesperadamente—, puede que para siempre.

—Ni por casualidad.

—Oh, Dahlia. Lo has sabido desde el principio.

—Es raro. Sí, lo sabía. Pero no sabía que lo sabía. No hasta que ella... —sacudió la cabeza un tanto asombrada—, hasta que ella ¿vino a buscarme?

La Residencia Zombini, que Dally reconoció gracias a su ahora ajado ejemplar del *Dishforth's Illustrated Weekly*, era un amplio « piso francés », una vivienda familiar alquilada en un edificio recientemente construido en la parte alta de Broadway, que Luca había elegido por su parecido con el Palacio Pitti de Florencia y al que se refería como su *grattacielo* o rascacielos, pues tenía nada menos que doce plantas de altos techos. Las habitaciones parecían extenderse a lo largo de manzanas, llenas de autómatas humanos y animales —montados y por piezas—, cajas de desaparición, mesas suspendidas en el aire y otro mobiliario para trucos, maniqués de Davenport con ojos ribeteados de oscuro en rostros siniestros, trozos de terciopelo negro perfecto y brocados de seda multicolor animados con escenas orientales, espejos, cristales, bombas neumáticas y válvulas, electroimanes, bocinas, botellas que nunca se vaciaban y velas que se encendían solas, pianolas, proyectores zootrópicos, cuchillos, espadas, revólveres y cañones, un palomar atestado de palomas blancas en el tejado...

—Lo que podría llamarse la casa de un mago —dijo Bria, que se la había estado enseñando. Recién salida de una función matinal, con su vestido rojo con lentejuelas de lanzadora de cuchillos, podría haber pasado por una monjita dispuesta a ciertas travesuras, tantas como de hecho requiriera cada situación. Esbozaba sonrisas asimétricas hacia Dally, y ésta creía que significaban algo, pero no sabía el qué.

En general, sus recién conocidos hermanastros y hermanastras le parecieron una pandilla de niños bien educados y considerados, salvo cuando se ponían tan pesados que se hacía imposible convivir con ellos. Los mayores subían al escenario con sus padres, iban a la escuela, tenían trabajos a tiempo parcial en el centro y eran tan capaces de pasarse la mañana del domingo agrediendo la alfombra con la cabeza de los demás como de sentarse pacíficamente, uno en el regazo del otro, leyendo *Little Nemo* en el *Journal*. Entre sus costumbres más desagradables se contaba el beber agua del hielo fundido del congelador. Los más pequeños, Dominic, Lucia y Concetta, el bebé, vivían en un alegre caos de muñecas y casas de muñecas, con juguetes rodantes y vibrantes, tambores, cañones y cubos ilustrados, alegres escupideras de mayólica y botellas vacías de laxante Fletcher's Castoria.

Dally no llevaba ni diez minutos en la casa cuando Nunzi y Cici la abordaron.

—¿Quieres cambio para una moneda de veinticinco centavos? —dijo Cici.

—Claro.

—Dos de diez y una de cinco, ¿te parece?

Vio que Nunzi ponía los ojos en blanco, y cuando se miró la mano comprobó, como era de esperar, que Cici, el especialista en monedas de la familia, había cambiado las monedas de diez por piezas de tres centavos, reuniendo lo que ya era una pequeña fortuna.

—No está mal —dijo Dally—, pero échale un vistazo a la de veinticinco.

—Espera, ¿dónde está? Si acabo de...

—Je, je, je —se rió Dally, que hizo rodar la moneda de lado a lado sobre sus dedos, le dio un par o tres de pases y finalmente la sacó de la nariz de Cici.

—Eh, ¿y qué te parece el Truco de la Soga India? —preguntó Nunzi, sacando del bolsillo un trozo de cuerda y unas tijeras gigantescas, mientras tarareaba, con Cici a coro, la conocida canción de *La Forza del Destino*; luego rizaron la cuerda de un modo enrevesado, la cortaron en varios fragmentos, agitaron un trozo de seda por delante y la cuerda volvió a quedar en una sola pieza, intacta y como nueva.

—Punto para vosotros, muy bien —dijo Dally al reconocer ese truco básico—, pero, esperad, creía que el Truco de la Soga India era cuando uno subía por un trozo largo de cuerda erecta hasta desaparecer en el aire.

—No —dijo Cici—, ése es el «Truco Indio de la Soga», éste es el de la Soga India; mira, compramos la cuerda en el Bowery, a un indio, así que es una soga india, ¿no lo entiendes?

—Ya lo ha entendido, *cretino* —replicó su hermano dándole una palmada en la cabeza.

Concetta se acercó a gatas, vio a Cici y levantó la mirada hacia él, con sus ojos inmensos y expectantes.

—¡Ah, la peque Concertina! —exclamó Cici, recogiendo del suelo a su hermana y fingiendo que jugaba con ella como si fuera un acordeón, mientras cantaba una canción de su amplio repertorio de Luigi Denza, y el bebé chillaba a la par sin hacer muchos esfuerzos por escaparse.

Dally se había imaginado en el pasado que si reencontraba a Erlys algún día se olvidaría de respirar o algo por el estilo. Pero, tras ser acogida en el caos familiar sin formalidades ni aspavientos, o casi, como una amable desconocida, sólo buscaba oportunidades para observar a ambas —a Erlys cuando parecía que no miraba y luego a sí misma en uno de los espejos que se apoyaban o colgaban por todas partes en aquellas habitaciones—, buscando parecidos.

Incluso sin los zapatos de atrezo puestos, Erlys era más alta que Luca Zombini, y llevaba el pelo rubio recogido en un moño a lo Psique, del cual se escapaban, en el transcurso del día, las trenzas menos dóciles. Dally, sabedora de que el modo en que una mujer, en sus continuos desvelos por mantener la Pulcritud, trata la rebeldía de su

cabello puede proporcionar una clave de alguna otra faceta oculta o menos accesible, descubrió, para su alivio, que Erlys se pasaba días enteros de vigilia sin preocuparse por sus ondas descarriadas, aunque era famosa por apartarse soplando, siempre que lo necesitaba, los mechones más persistentes que se interponían en su línea de visión.

Erlys estaba en todas partes a la vez, afanándose por las habitaciones más remotas, ocupándose de las tareas casi invisiblemente, sonriendo, hablando poco, aunque los niños parecían conocer, y respetar, sus deseos más que los de su padre. Dahlia llegó a preguntarse si su omnipresencia no sería también uno más de sus «trucos», y si la persona a quien veía no sería una ayudante con un razonable parecido que hacía mucho tiempo había sustituido a la Erlys real, quien en el pasado se habría introducido en el Gabinete de la Ilusión Definitiva, conocido también como Nueva York, y encontrado allí la verdadera desaparición, la que se creerían hasta los públicos más escépticos. En este apartamento curiosamente ilimitado, el único público parecía ser la propia Dahlia. Algo se interponía entre ellas, como el azogue de un espejo. Si Dally hubiera querido lanzarse a aquellos brazos con sus mangas tan cuidadas, no se habría visto rechazada, al menos de eso estaba convencida, pero aparte de eso, allá donde radicaba todo lo que de verdad importa, no veía más que una ausencia de señales tan oscura como el terciopelo negro. ¿La tomaban por boba? ¿Esta gente era de verdad su familia, o se trataba más bien de una *troupe* de actores del Bowery que, entre una función y otra, fingían ser una familia? ¿A cuál de ellos podía plantearle sus dudas?

Desde luego, no a Bria. Ni siquiera cuando empezó a trabajar como su maniquí en el número de lanzamiento de cuchillos, le había parecido a Dally digna de tanta confianza. Se fijó en su mirada de indiferencia cuando su padre la llamaba su «bella», aunque eso no evitaba que él reincidiera. A todas luces, estaba embelesado con cada uno de sus hijos, desde el más obvio futuro delincuente al santo más radiante.

—No me tomes por uno de esos enrolladores de espaguetis napolitanos —le dijo Nunzi en una conseguida imitación de su padre—. Vengo del Friul, en el norte. Somos un pueblo alpino.

—Jodecabras —aclaró Cici—. Ahí arriba comen salami de burro, es como Austria, pero con más gesticulación.

A Luca Zombini le gustaba explicar su profesión, en diversos momentos, a aquellos de sus hijos que, así quería creerlo, estaban ansiosos por aprender e incluso, algún día, proseguir sus números.

—Los que se burlan de nosotros, y de sí mismos por pagar para que les engañemos, lo que nunca ven es el anhelo. Si fuera religioso, sería un anhelo de Dios, y nadie osaría faltarle al respeto. Pero como se trata *tan sólo* del anhelo del milagro, un anhelo *tan sólo* de contradecir al mundo dado, lo desprecian.

»Recordad que Dios no dijo “Ahora haré la luz”, sino “Que se haga la luz”. Su primer acto fue *dejar que la luz entrara* donde no había habido Nada. Como Dios,

vosotros también tenéis que trabajar siempre con la luz, hacer que se comporte exactamente como queráis.

Desplegó un fragmento de negrura absolutamente fluida.

—Terciopelo de mago, de primera calidad, absorbente perfecto de la luz. Importado de Italia. Muy caro. Teñido, tundido y cepillado a mano muchas, muchísimas veces. Acabado con un método secreto para aplicar negro platino. Las inspecciones de control en la fábrica son rigurosas. Lo mismo que los espejos, sólo que al contrario. El espejo perfecto tiene que *devolverlo todo*, la misma cantidad de luz, los mismos colores, con precisión; sin embargo, el terciopelo perfecto *no debe dejar escapar nada*, debe retener hasta la última gota de luz que incida sobre él. Porque si la menor cantidad de luz que podáis imaginar saliera rebotada de un único hilo, el número entero... *affondato, vero?* Todo tiene que ver con la luz, y si dominas la luz, dominas el efecto, *capisci?*

—Te pillamos, papá.

—Cici, un poco de respeto. Algún día voy a hacerte desaparecer a ti.

—¡Ahora! —gritaron dos o tres de los pequeños Zombini saltando sobre la tapicería—, ¡que desaparezca ahora mismo!

Luca llevaba mucho tiempo interesado por la ciencia moderna y los recursos que ponía a disposición de los magos, entre ellos el prisma de Nicol y los usos ilusionistas de la doble refracción.

—Cualquiera puede partir a su asistente por la mitad —dijo—; es uno de los números más viejos de la profesión. El problema es que siempre se recompone, siempre hay un final feliz.

—¿«Problema»? ¿Es que *no* debería haber un final feliz? —preguntó pasmada Bria—. ¿Como en esos sangrientos espectáculos de horror que hay en París, Francia?

—No exactamente. Ya conocéis esto. —Extrajo un pequeño cristal de espato de Islandia casi perfecto—. Dobla la imagen, las dos se solapan; con el tipo de luz apropiado, las lentes adecuadas, pueden separarse por fases, un poco más cada vez, paso a paso, hasta que de hecho es posible escindir a alguien por la mitad *ópticamente*, y en lugar de dos trozos distintos de un cuerpo, tenemos ahora dos individuos completos andando por ahí, que son idénticos en todos los sentidos, *capisci?*

—No muy bien, pero...

—Pero ¿qué? —replicó un poco a la defensiva.

—Es un final feliz. ¿No vuelven a ser una persona otra vez?

Se miró fijamente los zapatos, y Bria comprendió que seguramente era la única en la casa de la que él podía esperar que le planteara esa pregunta.

—Pues no, y eso ha supuesto una especie de problema continuo. Nadie sabe cómo...

—Oh, papá.

—... revertir el proceso. He estado en todas partes, he preguntado a todo el mundo, a profesores universitarios, a gente de la profesión, incluso a Harry Houdini en persona, y ni idea. Mientras tanto...

—No me lo digas.

—Sí.

—Y bien... ¿cuántos?

—No sé, puede que... ¿dos o tres?

—*Porca miseria*, eso quiere decir que son *cinco o seis*, ¿no? ¿Te das cuenta de que podrían demandarte por eso?

—Era un problema óptico. Creía que sería completamente reversible. Pero según el Profesor Vanderjuice, de Yale, se me pasó por alto el factor tiempo: no sucedía todo a la vez, de manera que había, digamos, un par de segundos en los que el tiempo transcurría, procesos irreversibles de uno y otro tipo, y se abría un poco una especie de hueco, y eso bastaba para que fuera imposible volver atrás, al punto exacto del que se había partido.

—Y yo aquí pensando que eras perfecto. Imagina mi decepción. Así que esos sujetos tuyos andan por ahí llevando dobles vidas. No creo que les haga mucha gracia.

—Abogados, funciones interrumpidas, amenazas de violencia. Lo habitual.

—¿Y qué hacemos nosotros?

—Sólo hay un lugar en el mundo donde se fabrican estas unidades: la Isla de los Espejos en la Laguna de Venecia. Puede que a estas alturas no sea más que el nombre de un holding, pero todavía fabrican y comercializan los espejos de mago más finos del mundo. Es muy probable que allí alguien tenga cierta idea.

—Y casualmente nos ha contratado el Teatro Malibran de Venecia para dentro de un par de semanas.

Sí, Luca Zombini se había presentado ese día con la sorprendente noticia de que su número estaba contratado para una gira europea, y toda la familia, Dally incluida, iba a navegar en el transatlántico *Stupendica* ¡dentro de dos semanas! Como si acabara de abrirse una válvula en un remoto rincón del sótano, el apartamento entero se sumió en las turbulencias de la preparación para el viaje.

Entre las múltiples faenas, Dally encontró un momento para hablar con Erlys.

—¿Estáis seguros de que hace falta que os acompañe?

—Dahlia. —Se quedó paralizada de golpe, el trapo del polvo a punto de escurrírsele entre los dedos.

—Quiero decir que presentándome como lo hice...

—No..., no, nosotros ya..., la verdad es que supongo que ya contábamos contigo. Dally, mujer, sencillamente llegaste... y, bueno, ¿qué pasaría con el Truco del Gong Chino?

—Oh, Bria ya sabe hacerlo hasta dormida.

—No sé si prefieres quedarte aquí, vamos a subarrendarle la casa a aquellos acróbatas rumelianos orientales, aunque puede que no sea la compañía ideal para ti.

—Ya me las apañaré en cualquier sitio. Con Katie, o con quien sea.

—Dahlia, mírame. —Era más fácil no hacerlo, pero la chica obedeció—. Sé que nunca quisiste quedarte con nosotros. Habría sido pedirte y esperar demasiado. Por parte de cualquiera de las dos.

Un leve encogimiento de hombros.

—Nunca tuve la seguridad de que siquiera fuerais a aceptarme.

—Pero apareciste en la puerta, y a lo mejor, quién sabe, se *suponía* que debías estar con nosotros, no sé, de algún modo...

Un silencio, grave y antinatural, se había extendido por el inmenso apartamento, como si sugiriera que ése era el instante perfecto, sin un Zombini que lo pudiera oír, para manifestarse con un feroz y largamente reprimido susurro:

—Apenas era un bebé... ¿cómo pudiste abandonarme así?

Una especie de sonrisa, casi de agradecimiento.

—Me preguntaba cuándo saldría.

—No he venido a buscar nada.

—Ya sé que no. —¿Lo que sonaba en su voz era un acento neoyorquino?—. Bueno. ¿Cuánto te contó Merle?

—Nada malo de ti. Sólo que nos abandonaste.

—Pues eso ya es bastante malo, diría yo.

—Él sabía que yo acabaría viniendo aquí. Nunca me lo impidió.

—Pero no te dio ningún mensaje para mí. Nada de «lo pasado, pasado está», ni nada por el estilo.

—Si hubo algo así, nunca lo supe. A lo mejor... —Levantó la mirada hacia Erlys, insegura.

—A lo mejor pensó que debías escuchar la historia de mi boca.

—¿Y bien? Eso significa que confía en que tú me cuentes la verdad.

Erlys se dio cuenta de que ambas estaban sosteniendo los extremos opuestos de una sábana. Con la gracilidad de unos pasos de baile, se acercaron, la doblaron, la redoblaron y se apartaron.

—No tengo muy claro que sea el mejor momento para hablar de eso...

Dally se encogió de hombros.

—¿Cuándo lo será?

—Muy bien. —Lanzó una última mirada alrededor con la esperanza de que apareciera un Zombini pequeño, cualquiera, y lo pospusiera—. Cuando Merle y yo nos conocimos, yo ya estaba embarazada de ti. Así que...

Ahí estaba. Dally se encontró inesperadamente sentada en el sofá cama. Se levantó polvo, los cojines resollaron y las enaguas suspiraron a su alrededor. Dos o tres posibles comentarios mordaces le pasaron por la cabeza.

—Muy bien, en ese caso —tenía la boca inexplicablemente seca—, mi verdadero padre... ¿dónde está?

—Dahlia —dijo asintiendo enérgicamente, como si no quisiera dejarse caer en un fácil distanciamiento—, murió. Un poco antes de que tú nacieras. Un accidente de tranvía en Cleveland. Fue rápido. Se llamaba Bert Snidell. Ese pelo rojo tuyo es de él. Su familia, por decirlo en dos palabras, me puso de patitas en la calle. Merle nos dio un hogar. Y en cuanto a tu «verdadero» padre, bueno, es Merle, mucho más de lo que lo hubiera sido el otro. Por si te sirve de ayuda.

No de mucha.

—¿Te parece que es eso lo que quiero escuchar? ¿Un hogar? ¿Tú me hablas de un hogar? Lo que hiciste fue huir en cuanto pudiste, ¿por qué no me tiraste al mierdoso vertedero de la ciudad de camino? —¿De dónde le habían salido esas palabras? No de ninguna parte en concreto, sino de mucho más lejos que nada de lo que hubiera sentido hasta ese momento...

Pero, como era de esperar, antes de que pudiera empezar siquiera a desfogarse, los semidioses del ritmo teatral que parecían gobernar esa casa decidieron intervenir por fin en la situación, y ahí llegaron Nunzi y Cici en trajes de zapa blancos a juego, practicando barajaduras hindúes y torniquetes, alegremente ajenos a la rabia y la consternación que reinaba en la habitación, sin pensar en más que en las últimas noticias sobre la inminente travesía. Y en ese punto tuvieron que dejar las cosas por un tiempo Dally y Erlys. De hecho, dado el trabajo que requirieron los preparativos del viaje, hasta que estuvieron a bordo del *Stupendica* y ya mar adentro.

La única vez que Mayva y Stray se vieron fue por pura casualidad, en Durango.

—No lo digo por nada, pero ¿no estaréis casados, verdad?

—Curiosa pregunta —empezó Reef, pero Stray intervino al momento.

—Últimamente no mucho, señora Traverse.

Mayva se rió y la tomó de la mano.

—Me gustaría explicarte el chollo que te llevarías, pero necesitaría un poco más de tiempo.

—Oh, no podría echárselo en cara —dijo Stray—, una buena educación da para lo que da.

—En el condado de Ouray había unos Briggs, ¿no será tu familia, verdad? ¿No trabajarían en la mina de Camp Bird?

—Es posible que fueran unos primos míos por el lado de mi tía Adelina que anduvieron por Lake City durante un tiempo...

Y Reef se dio la vuelta justo a tiempo para ver cómo las dos desaparecían en una especie de patio, gorjeando como un par de pájaros en un tejado.

Al día siguiente, Reef y Stray estaban en el Denver & Rio Grande encaminándose por fin a Arizona, juntos al principio, pero no tardarían en separarse. Archie Dipple, un amigo de Stray, tenía el plan, no tan rematadamente descabellado como otros, de reunir la manada de camellos importada años atrás en Virginia City, Nevada, para transportar sal y más tarde llevarla a Arizona para realizar los trabajos habituales de carga de mineral, aunque con el tiempo se vio que los animales no eran rentables, así que los dejaron en libertad y a esas alturas habían vuelto a su estado salvaje y se esparcían por miles de kilómetros cuadrados del desierto de Sonora, donde, debido a razones de la Naturaleza no bien entendidas del todo, se habían reproducido a un ritmo vertiginoso.

—Con que pueda sacarse, pongamos, medio dólar por cabeza, bastaría para retirarse y vivir para siempre todo al este que quisieras, hasta en ese hotel Ritz donde los botones con sombreros cilíndricos te traen lo que les pidas, tanto de día como de noche...

Reef sólo tenía que hacer de acompañante, mientras que todas las tareas de investigación y los riesgos corrían a cargo de Archie, como principal interesado.

—Tareas desagradecidas todas ellas, pero si no hay riesgo no hay recompensa, ¿no es así?

—Siempre es así en el mundo de los negocios —coincidió Reef, intentando mostrarse lo bastante socarrón como para insinuar los riesgos de la extravagancia, pero no tanto como para resultar demasiado provocador, pues sabía por experiencia que estos jorobados dobles no eran tan retraídos como parecían, y, a decir verdad, algunos resultaban sumamente suspicaces.

A diferencia de los «amigos» de Reef, tanto los personales como los del trabajo, quienes solían andar casi todos metidos en líos, aunque nunca demasiado

complicados de entender, los de Stray se mantenían más cerca de las sombras, tendían a optar por vías más indirectas y, como comprobaría con frecuencia, encarnaban a varios tipos de buscavidas entrometidos. Enteradillos, intermediarios si se prefiere, y, naturalmente, no todos hombres. Estos «amigos» de Stray, en conjunto, seguían metiendo a Reef en muchos más problemas que los que cualquiera de los «amigos» de él le daba a ella. Y el cielo habría querido que fueran siempre asuntos tan sencillos como los que persigue la ley, o como aquellos que permiten huir a una jurisdicción más segura, pero no, esas caras desconocidas que entraban y salían del pasado de Stray estaban resueltas a convertirlo en socio de diversas empresas misteriosas, siempre en proyecto, pocas de ellas razonables.

Durante las confabulaciones, ella solía quedarse cerca, mirando, de pie junto a la barandilla en algún salón de juegos u observando a través de los paneles de cristal grabado de una puerta de despacho, como si, movida sólo por una curiosidad infantil, quisiera ver qué tal se llevaban esas dos figuras pertenecientes a épocas distintas de su vida, aunque eso no quitaba que estuviera bien dispuesta a pedir una comisión, por lo general del 5 por ciento, en cualquiera de los tratos que llegaran a dar alguna cosecha. Chuleándole al chulo, por así decirlo.

Y así fue como durante años, a lo largo y ancho de ese cuarto del continente, pelearon, huyeron, se buscaron, recomenzaron... Si se cogiera un mapa y se intentara marcar encima la ruta que siguieron, zigzagueando de ciudad en ciudad, adelante y atrás, no resultaría fácil hacerse una idea de la dureza de su vida, ni aun cuando uno recordara lo peligroso, más que «peligroso», que había sido ese territorio hacía no tantos años, hasta el punto de que había jornadas laborables que hacían añorar las comodidades de una prisión; sí, eran así de duros, cuando lo que sea que te perteneciera —tu tierra, tu ganado, tu familia, tu nombre, tanto daba, por mucho o poco que tuvieras— tenías que ganártelo, y no te lo pensabas dos veces antes de matar a cualquiera, sólo hacía falta que te pareciera que podría querer arrebátártelo. Tal vez un perro que captara su olor arrastrado por el viento, o el modo en que algún viajero del camino llevaba puesto el impermeable, eso ya bastaba; no importaba, cuando todo resultaba inesperado y seguir adelante era tan difícil, cuando te levantabas cada día sin saber nunca cómo acabaría la jornada, con la conciencia clara de que el fin podía estar a la vuelta de la esquina, cuando cualquier achaque, un animal salvaje o enloquecido, o una bala perdida, bastaban para mandarte al más allá..., porque cada pizca de trabajo que pudieras conseguir tendría el mismo miedo mortal invertido en él —Karl Marx y los demás, sí, muy bien, pero eso, el miedo, era el único Capital que tenía la gente por allí, en los primeros tiempos—, nada de herramientas, ni de crédito, ni ningún dinero seminal de cortesía de ningún banquero, únicamente tu propio fondo común de miedo, que llegaba tras cruzar una sola mirada con el día que nacía. Proyectaba una sombra sobre cosas que la vida hogareña jamás rozaría siquiera; y así, cada vez que ella o Reef hacían un alto y se bajaban —siempre que no se tratara, claro, de una simple huida precipitada—, era porque uno de los dos

había oído hablar de un sitio, en alguna parte, un lugar penúltimo más, que todavía no había sido ocupado, donde uno podía vivir por un tiempo en los márgenes del día a día, al menos hasta que las noches del sábado se tranquilizaran lo bastante como para oír la campana del reloj de la ciudad dando las horas antes de un domingo que sería demasiado espantoso para querer recuperar la sobriedad y encararlo... Y así, con el tiempo, pasaron a formar parte de esa población de embajadores errantes procedente de lugares como ése, todavía libres, y que allá donde descansaran instituían una pequeña parte soberana de aquel territorio remoto, y un santuario del tamaño de su sombra.

Lo primero que buscaba Reef en un sitio nuevo era la gente que jugaba. Aunque él afirmase que no le proporcionaba ningún placer lo que denominaba «llevar las ovejas al redil», Stray le vio hacerlo un par de veces, por lo general cuando se disponían a dejar la ciudad.

—Nos da para un par de horas en el vagón restaurante —como él solía decir—, ¿no nos merecemos ni eso?

Debían dirigirse siempre a un lugar donde no se supiera, de una carta para otra, quién iba a sacar una pistola o un puñal. Donde tales utensilios ni siquiera se guardasen en el cajón o en una mesa de despacho fabricada en Chicago, sino que siempre se llevasen a mano.

¿Que si alguna vez Reef dijo qué? ¿Que si dijo «¿Por favor?»? No, más bien decía siempre algo como: «Todos los chicos estarán ahora en Butte», gran suspiro, «bebiéndose un Sean O'Farrells sin mí» o «He pensado en ir a domar al burro salvaje en las faldas del Uncompahgre», donde Stray siempre sería bienvenida y que si patatín que si patatán. Pero ¿no tenía ella también razones propias para no acompañarlo? A veces, ella sencillamente no quería recorrer aquel viejo paseo hasta la estación para verlo partir y añadir unos pocos sollozos a los que ya había en el andén, no gracias, no.

Habían vivido en establos de caballos, en tiendas puntiagudas del ejército todavía con manchas antiguas de sangre, en hoteles de ciudad con doseles sobre la cama, se habían despertado en trastiendas de casuchas donde los barrotes tenían muescas de dientes de punta a punta. A veces olía a polvo y animales, otras a grasa de máquinas recalentada, pocas a flores de jardín o a comida casera. Pero ahora vivían en una pequeña y agradable cabaña sobre el Uncompahgre. Jesse descansaba tumbado tranquilamente, entre almohadas de plumas y ropa de cama prestada, en una caja de dinamita, perfecta para un bebé porque no tenía clavos que le pincharan, pues se sabía que los clavos atraían la electricidad, de la que había de sobra en esa ladera de la montaña abierta a las tormentas, así que lo que unía la improvisada cuna del bebé eran sólo estacas de madera y pegamento. Al mirar a Jesse, el rostro de Stray adoptaba una expresión peculiar, una sonrisa más que dispuesta a prender de nuevo el fuego de la vieja complicidad, como si estuviera a punto de decir: «Vaya, parece que vamos a dejar de correr por los raíles durante un tiempo»; salvo que era más que

probable que Reef replicara: «Vaya, cariño, ya ves que se muere de ganas por que le dé un poco de viento en la cara, ¿verdad, Peque?», cogiendo al bebé y haciéndole cabalgar en el aire, a tal velocidad que sus delicados cabellos se echaban hacia atrás y le despejaban la frente. «Es un bebé de los caminos, ¿verdad que sí, Jesse?, ¡un bebé de los caminos!». Por eso sus padres guardaban silencio, incluso con este milagro innegable en la habitación, cada uno pensando en sus cosas, separados por kilómetros de distancia.

Nunca había sido intención de Reef formar parte de una dinastía de forajidos. «Pensaba que tenía derecho a vivir una vida normal y corriente, como cualquiera», así lo expresaba él. Eso le hizo pasar algunos días difíciles, porque nunca pudo perdonar no haber tenido más remedio que jugar con las cartas que había recibido. De buena gana habría llevado una vida tranquila y sumisa, y sin aviso previo se la arrebataron, y ahí estaba esa inesperada cuenta pendiente, tanto si quería como si no, ahí estaba...

El fingir que andaba por ahí de juerga le funcionó muy bien durante un tiempo, lo bastante para irritar a Stray, pero no tanto como para que ella fuera a buscarle o, peor aún, para que contratara a alguien a tal fin.

Pero finalmente un día, menos de un año después, él hizo un intento quizá demasiado cerca de casa, y ella dobló un recodo del camino cuando iba a visitar a su hermana Willow, y allí estaba Reef, prendiendo la mecha de un par de cartuchos, lo cual era suficiente para volar la caja de derivación de una central eléctrica que suministraba energía a una de las instalaciones que había junto a Ophir..., con aquella estúpida sonrisa y cara de bobo. Ella se sentó al lado, con Jesse en una mochila india asomándose desde detrás de la espalda de su madre. Stray cruzó los brazos, esperando, como él supo al cabo de un rato, algo parecido a una explicación. Y entonces, le gustara o no, tuvo que ser honesto con ella.

—¿Y cuándo pensabas contármelo? ¿Cuando te hubieran puesto la soga al cuello? Él fingió que perdía los nervios.

—No es asunto tuyo, para nada, Stray.

—Querido, que soy yo.

—Lo sé, y ése es el problema.

—Así debe de ser como un Machote le habla a su Mujer.

No se trataba sólo de la persecución, de la pena de muerte, de los Pinkerton y la fuerza pública pisándole los talones, además de los otros desconocidos e invisibles sobre los que todavía no había averiguado nada, no, ninguno de ellos era tan peligroso como el enemigo interior, un enemigo jurado e inalcanzable, que nunca se aplacaba, que creía incondicionalmente, pobre chico, en la lucha de clases que estaba por venir, en el trabajo con justicia por llegar, como decía la canción: «Lo huelo en el

viento», le gustaba murmurar para sí, «Soy como un maldito cristiano convencido de la salvación. Hermanos, el día se acerca. Despejado e imposible de negar».

La mayor parte del tiempo, en cualquier caso. A veces, sencillamente sólo buscaba la explosión, que era como decirles alto y fuerte que se fueran a la mierda. Y a veces lo único que quería es que no le agobiase más la historia inacabada con Deuce y Sloat, dondequiera que estuvieran por entonces. Si los propios libros del Capital mostraban un saldo que se inclinaba claramente hacia la perdición, si esos plutócratas eran incuestionablemente hombres malvados, cuánto más no lo serían los que les resolvían los problemas, tanto daba en qué medida ignorasen las razones, y cuyas caras no aparecían siempre en los carteles de buscados, en ese estilo de textura oscura que tenía más el aire del recuerdo, del impío anhelo que se respiraba ahí fuera, que cualquier remoto parecido con los malvados de la vida real...

Sí, claro que Stray y él podían hablar de todo eso. Un poco. Digamos que podían y que no podían.

Webb ya no era la única fuente de inquietud de Reef. Las montañas de San Juan se habían convertido en un campo de batalla: mineros sindicados, esquirols, milicianos, pistoleros a sueldo de los propietarios, todos se disparaban entre sí y de vez en cuando le daban a alguien un billete de ida al país oscuro donde todos se reunían. Ellos reclamaban su atención, ellos y los que habían muerto en otros sitios, en Coeur d'Alene, en Cripple Creek, incluso en el este, en Homestead, y en puntos intermedios, y todos se daban a conocer. Ahora ellos eran también los muertos de Reef, sin duda, y al venir montaban una grandiosa ópera para recordárselo. Mierda. Ya no podía abandonarlos, como no podría abandonar a unos huérfanos dejados inesperadamente a su cuidado. Esos muertos, esos jinetes blancos de la frontera, trabajando ya impasibles como agentes en nombre de fuerzas invisibles, todavía conservaban, como los niños, cierta inocencia propia —la inocencia de los recién llegados a la otra vida, de pies tiernos que necesitaban protección frente a los insultos de ese camino sin hitos del otro mundo implacable—. Confiaban en él, como si él supiera algo más, para que los cuidara..., confiaban en el lazo que los unía, y él ya no podía traicionar su fe ni tampoco cuestionar la suya propia...

A veces cometía el error de comentarlo en voz alta, al alcance del oído de Stray. Entonces ella miraba intencionadamente al bebé, como si Reef lo hubiera puesto en peligro, y luego empezaba:

—Esto no es como poner flores en una tumba, Reef.

—¡No me digas! Creía que todos los muertos eran distintos. Por descontado, a algunos les gustan las flores, pero hay otros que prefieren la sangre, ¿no lo sabías?

—Para eso está el Sheriff.

No. Era algo que les correspondía a ellos, a los que estaban al otro lado del Muro, algo en lo que nada pintaba el Estado ni la ley, ni menos aún ningún maldito Sheriff.

—Mi trabajo consiste en impedir que los bandos se enzarcen —intentó explicarle una vez uno de esos Sheriffs.

—No, Burgess, tu trabajo consiste en garantizar que sigan matando a los sindicalistas sin que ninguno de nosotros llegue jamás a devolvérsela.

—Reef, mira, si han infringido la ley...

—Agg, memeces. La ley. Tú no eres más que un pequeño gorrón de bar en su palacio de riqueza, Burge. Crees que si alguien te pegara un tiro ahora, aquí mismo, ¿les importaría un comino?, ¿que les mandarían flores siquiera a Laureen y a los ‘chavalitos’? Meten un trozo de papel en un tubo neumático, nada más, y el siguiente animal atontado sale parpadeando del tobogán y le enganchan la estrella, y no hay forma de que lleve su nombre inscrito siquiera, mucho menos de que pongan un miserable breve en el periódico. Llámale ley, o aplicación de la ley si quieres, claro.

Pero lo que le dijo a Stray fue:

—Esto es demasiado precioso para dejarlo en manos de una oficina llena de payasos.

—¿Precioso?, por Dios nuestro Señor.

—No hace falta que llores, Stray.

—No estoy llorando.

—Pues se te ha enrojecido la cara.

—Tú no sabes qué es llorar.

—Cariño, desde hace tiempo piensas demasiado en las ejecuciones, y lo siento, ya me conozco esos gimoteos: oh, querido, no quiero que te cuelguen; bueno, eso lo entiendo, pero, dime, ¿qué más hay aparte de eso?

—¿Qué más hay? Vaya, hoy estás animado, ¿de verdad quieres que te lo diga? Escúchame, pedazo de burro, que te cuelguen a ti, pase, pero podrían decidir *colgarme a mí también*. Ésa es la respuesta a «qué más hay».

Ni que decir tiene que lo que él no detectó fue la promesa que Stray le estaba haciendo en ese momento de que seguiría a su lado incluso hasta la horca, si es que su suerte se torcía. Pero él no quería escuchar nada por el estilo, claro que no, y rápidamente fingió que de lo que se trataba era de la seguridad de ella.

—Cariño, no van a colgarte. Lo que querrán es follarte.

—Ya lo sé. Y *luego* colgarme.

—No, porque a esas alturas los habrás hechizado, y nadie querrá hacer más que postrarse a tus famosos piecitos.

—Eres peor que un niño.

—Que no te dé ninguna pena.

—No me la da. Pero crece, Reef.

—¿Para qué, para ser como todos vosotros? Pues me parece que no.

Eso es lo que recibe un hombre por abrir su corazón y compartir sus sentimientos. Reef sabía que sus días en el negocio familiar de la dinamita estaban contados, aunque tenía que haber otras maneras de librar esa lucha aparte de con los explosivos.

Casi la única convicción que le quedaba a esas alturas era que tenía que seguir adelante para hacer lo correcto hasta el final. Pero había llegado el momento, o casi, de que Frank también tensara un poco la cuerda.

—Voy a ir a Denver, a ver si puedo encontrar al bueno de Frank.

Ella comprendió vagamente qué se proponía Reef, y por una vez se abstuvo de hacer comentarios; se limitó a asentir con la cabeza desde la puerta, cuidándose de sostener a Jesse en los brazos mientras se despedía.

Reef cabalgó hacia el invierno que ya llegaba, bajo las sábanas y capuchas rotas y agitadas de espectros montañosos que parecían jinetes nocturnos, y que se detenían tan sólo para levantar una ventisca o formar una avalancha que a su tiempo borraría cualquier rastro de su presencia en el camino. Las huellas que dejaba el hielo en las paredes verticales de piedra parecían bosques sin hojas de álamos o abedules. Las puestas de sol tendían a ser tormentas de fuego púrpuras, atravesadas por cegadoras franjas naranjas. Los otros jinetes que se cruzó en su camino eran amistosos, como soldados empecinados en no descender a los valles, a los pastos del sur, que permanecían aquí arriba, como si hubiera una prueba que superar por una cuestión de honor, una desventura propia del territorio, y tenía que ser precisamente ahí, entre esas caídas verticales blancas, porque no significaría nada en ninguna otra parte. Hombres que amarraban sus miserables chozas a la montaña con cable de acero y armellas y dejaban que el viento rugiera y que todo se fuera al carajo. Y a la mañana siguiente salían y recogían los pedazos del tejado y las tuberías de la estufa que no hubieran volado hasta México.

Cuando esas alturas entraban en el reino de lo sobrenatural, las posibilidades de la vida que luchaba por salir adelante parecían demasiado escasas para tenerlas en cuenta. A medida que las nieves se amontonaban en los pueblos y cubrían primero las ventanas del bajo y luego las del primer piso, y los vientos soplaban desde el norte cada vez con más fuerza, nada allí, ningún edificio ni trazado de las calles, parecía más permanente que un vivac nocturno; cuando llegara la primavera todo quedaría reducido a fantasmas y desolación, a ruinas de madera oscurecida y piedras diseminadas. Por descontado, en parte eso no era más que la idea que se hacía alguien, venido de Texas o Nuevo México o incluso Denver, de lo posible en esos parajes, donde parecía que nada podría sobrevivir y era imposible saber qué coño estaría pensando esta gente para establecerse.

Reef montaba un potro de los que por allí llamaban «de enero» que atendía al nombre de *Borrasca*, más bien pequeño pero rápido y listo, y amaestrado, como la mayoría de los caballos de esta región —dado que el terreno era el que era—, para dejarse montar, colina arriba o colina abajo, del lado que mejor le permitiera mantener el equilibrio. Atravesaron un valle a cuyos lados se acumulaban potenciales avalanchas.

Como las montañas, los arroyos y otros rasgos permanentes del paisaje, cada zona de avalanchas en las San Juan tenía un nombre, tanto daba cuándo hubiera sucedido

por última vez. Algunas parecían producirse varias veces al día, otras casi nunca, pero todas eran como depósitos de energía potencial pura, colocadas en lo alto, esperando a que llegara su hora. A la que tenía Reef sobre su cabeza la había bautizado un propietario de minas con el nombre de su esposa, Bridget McGonigal, debido a la costumbre de ésta de dejarse ir en momentos completamente imprevisibles.

Reef oyó una explosión en las alturas, cuyo eco rebotó de ladera en ladera, y su oído de dinamitero supo inmediatamente que no era dinamita, pues ni de lejos sonaba lo bastante nítida; esta sacudida tenía más bien el eco borroso y mellado de la pólvora negra, de manera que no podía descartarse que se tratara de una de las diversiones de la Guardia Nacional, el alegre lanzamiento de obuses, aunque por lo general la única razón para una carga de pólvora era desplazar una gran masa de nieve en lugar de limitarse a hacer agujeros en ella; sin embargo, qué necesidad había en un día tan gris y desapacible, sobre todo tan arriba, con el riesgo de desencadenar una avalancha...

Oh, pero qué... ¡mierda!

Y ahí venía ya, el estruendo que helaba la sangre, así de rápido, creciendo hasta llenar el día, levantando una nube brillante hasta cubrir el trozo de cielo que todavía podía ver en esa dirección, sumido repentinamente en el ocaso, y él y *Borrasca* atrapados en el camino. No había nada cerca detrás de lo que protegerse. *Borrasca*, animal de gran sentido común, soltó un relincho que parecía decir a la mierda y empezó a alejarse de la zona todo lo rápido que pudo. Imaginando que el potro se defendería mejor sin el peso de un jinete, Reef se sacó los estribos de una patada, se echó a un lado, se dejó caer en la nieve y se levantó justo a tiempo para darse la vuelta y encarar el inmenso muro que descendía.

Más tarde se preguntaría por qué no se había lanzado colina abajo de inmediato para pensar luego cómo salir, si es que vivía lo suficiente. Pero por algún motivo quiso echar una última mirada. Y lo que vio al instante fue que en realidad la avalancha descendía en una dirección levemente escorada, ladeándose hacia su izquierda, y que tampoco iba tan deprisa como había creído al principio. Concluyó que lo que le salvó fue el tiempo, desacostumbradamente suave esa semana, casi primaveral, que había humedecido y ralentizado la avalancha hasta el punto de formar en algún providencial saliente del terreno una especie de embalse de nieve que desvió el gigantesco peligro lo justo para que no le rozara. Ya había pasado antes. Por allí, todo el mundo tenía alguna historia de avalanchas, y la favorita, entre los incontables milagros, era el verse enterrado y desenterrado en la nieve...

La inmensa nube, a modo de misericordioso velo, se quedó colgando entre Reef y todo lo demás colina arriba, lo que le dio unos minutos para salir del campo de visión de quien estuviera en las alturas con la esperanza de que, fuera quien fuese, creyera que le había alcanzado. Se alejó a la carrera, o todo lo rápido que le permitía la nieve húmeda, hacia el punto donde el camino zigzagueaba, y lo primero que vio cuando pasó sano y salvo la curva fue a *Borrasca*, que avanzaba sin prisa, más abajo, en el

siguiente tramo del sendero, encaminándose de vuelta hacia el establo de Ouray. Sin modo de saber lo profunda que era la nieve, y sin ninguna experiencia, ni siquiera de niño, en las desquiciadas prácticas que se estilaban en invierno en estas montañas, Reef se quitó el impermeable, lo dobló formando un tosco trineo, se subió encima, se agarró el sombrero y, esforzándose por no chillar, se dejó deslizar hacia abajo, hacia la blancura desconocida en pronunciada pendiente, con la vaga idea de girar para cruzarse con *Borrasca*, rezando como nunca había rezado en su vida para no toparse con rocas ocultas en el camino. Al acercarse al sendero de abajo, le pareció que iba demasiado rápido y tuvo que sacar un pie, de hecho los dos, para al final rodar sobre su costado y frenarse, y a punto estuvo de pasarse del filo y salir disparado hacia un nuevo saliente, que sí que era escarpado, por no decir vertical. Pero consiguió parar antes y rodó un par de metros por un pequeño desprendimiento, hasta el camino. Se quedó tumbado boca arriba durante un minuto. *Borrasca*, que se había acercado, lo miró con curiosidad, aunque no parecía muy sorprendido de verlo.

—No recuerdo haberte dicho que volvería —lo saludó Reef—, pero me alegro de verte de todos modos; anda, vayamos a ver qué tal andan las cosas por casa.

Al potro le pareció bien, se quedó quieto moviendo los ojos hasta que lo montó Reef y ambos reanudaron el viaje.

Llegaron a Ouray sin cruzarse con más jinetes, aunque alguien podría haber estado vigilándolos con gemelos. Reef prefirió tomárselo del mejor modo posible y pensar que la Asociación de Propietarios (¿quién si no podría haber sido?) creería que estaba muerto y enterrado, y por tanto renacido. «Y te digo que he de renacer», le murmuró al caballo, que, si uno se dejaba engañar por su comportamiento curiosamente humano, bien podría haber entendido, en el sentido hindú, parte de lo que Reef quería decir.

—Sí que has vuelto pronto.

Él le contó lo que había pasado.

—Sólo queda una cosa que hacer.

—Ya, ya. Y va a ser que me dejas aquí sola, con el invierno a las puertas y el bebé llorando.

Sintió un vacío familiar vibrando muy adentro, expandiendo el miedo hasta salir por sus palmas y dedos. Era por cómo lo miraba ella. Él sabía que no serviría de nada, pero dijo:

—Siempre hemos encontrado el modo de volver a reunirnos, ¿no?

Ella siguió clavándole aquella mirada.

—¿Qué ha cambiado? El bebé, claro, pero ¿qué más?

—¿He dicho yo algo, Reef? —Ella nunca levantaba la voz. Nunca, jamás. Pero a esas alturas estaba a punto de hacerlo, y ahí estaba él, farfullando.

—No quiero que os hagan daño a ninguno de los dos, eso lo entiendes, ¿no? Por lo que sé, esos chicos están ahora mismo ahí arriba, en esas montañas, esperando a que se abra esta puerta. Por favor, ¿quieres ahorrarte el sermón por esta vez? ¿Por qué no te lo guardas para la próxima?

Lo cierto es que ella no quería.

—Willow puede cuidar del pequeño Jesse por un tiempo, estará a salvo con ella y con Holt, pero no estoy tan segura con respecto a ti, pobre ganso patoso, necesitarás a alguien que te cubra las espaldas...

Bueno, hasta ahí había llegado después de tantos años, tantos, de jurar que nunca se rebajaría. Suplicando, cobarde, como una esposa asustada. Consciente de que él ya había cruzado el umbral, cual fugaz sombra, con aquel corpachón que ella amaba a pesar de su barriga cervecera, que ya tanto le daba. Dios, ella, que nunca rezaba, cómo rezaba ahora para que quienquiera que fuese no hubiera llegado a la cima todavía, al menos quería aferrarse a la remota posibilidad de que pudiera seguir vivo, en alguna parte.

—El primer trueno en el este, cariño. Ése es el momento en que los zuñis dicen que termina el invierno, y entonces estaré de vuelta...

Jesse estaba dormido, así que Reef le besó con delicada suavidad en la cabeza antes de salir por la puerta.

Y así fue como Reef adoptó la identidad de Thrapston Cheesely III, un tipo neurasténico de la Costa Este, aprendió a parecer más perverso de lo que era, a vestir como un petimetre que no sabría montar un caballito de tiovivo, y entró a hurtadillas en Denver para tomar lecciones de baile de una tal Madame Aubergine, haciéndole jurar que le guardaría el secreto bajo pena de echarle una antigua maldición de un chamán ute. Empezó a usar agua de colonia y la misma marca de gomina que el Káiser Guillermo de Alemania, y guardaba la dinamita, los detonadores y material diverso de explosivos en un conjunto de maletas monogramadas de piel de cocodrilo a juego que le había dado la provocativa y voraz Ruperta Chirpingdon-Groin, una viajera inglesa fascinada por lo que tomaba como contradicciones en su personalidad y a la que no asustaban precisamente las señales de peligro que reconocía.

—Querida, queridísima señorita Chirpingdon-Groin, no se enfade conmigo. Admito que fui un chico malo en la cocina con esa pequeña Yup Toy, pero sencillamente debe perdonarme, pues qué puede significar una flor de loto todavía inmadura para alguien que haya pasado un instante siquiera en su compañía, mi encantadora, mi deseable, señorita Chirpingdon-Groin...

La propia Yup Toy, que esperaba junto a una inmensa máquina de hielo, entre una hilera de vendedoras orientales de cubitos en mínimos atuendos de lentejuelas, con una cara tan maquillada que parecía una máscara de porcelana a la luz de nafta que fluía desde abajo, se miraba una uña escarlata y se la chupaba, incapaz de parecer

inescrutable a cualquiera salvo a los que ejercían el desdén por hábito, como Ruperta. Para otros que valoraban mejor sus virtudes, su mente era un libro abierto, y muchos empezaron a apartarse, intuyendo problemas inmediatos. En las profundidades sin iluminar de la gran máquina, un martillo de vapor golpeaba sin parar bloques de hielo en crudo, se elevaban y dispersaban vapores, reinaba una confusión de agua en todos los estados a la vez, a través de la cual las chicas-de-hielo, dirigidas por un maître con castañuelas, se deslizaban con patines entre las mesas, repartiendo cubos galvanizados, con membretes en relieve con el nombre del establecimiento, desbordados por el sólido a baja temperatura.

Reef se unió al lascivo séquito de neurasténicos de Ruperta, que recorrían las fuentes de aguas termales buscando la eterna juventud o huyendo del peso muerto del tiempo; y por el camino se iba encontrando con jugadores lo bastante impulsivos o descuidados para permitirle surtirse de habanos y champán a 3,50 la botella, y sorprender a Ruperta de vez en cuando con baratijas indias de plata y lapislázuli y esporádicos ramos de flores que la mantenían en la duda sobre él, pues lo había tomado por un hombre blanco salvaje que se hacía pasar por señoritingo exquisito. Lo que no les impedía enzarzarse en broncas, una vez a la semana como media, con un alboroto memorable que hacía que todos salieran pitando, sin saber a qué distancia estarían a salvo. Entre estas riñas, Reef mantenía largas y deshilvanadas conversaciones con su pene que le llevaron a concluir que no tenía mucho sentido echar demasiado de menos a Stray en ese momento, ¿verdad que no?, pues eso habría embotado el filo del deseo, no sólo por Ruperta sino por cualquiera, Yup Toy o quien fuese, que pudiera acercarse a él en el curso de sus viajes.

Finalmente se separaron en Nueva Orleans tras una larga y cansina noche de pesadilla que empezó en el establecimiento de Monsieur Peychaud, donde los cócteles Sazeracs, aunque supuestamente se hubieran inventado allí, no tenían ni punto de comparación, le parecía a Reef, con los que servían en el bar de Bob Scockton en Denver, por más que las absentas *frappés* fueran otro cantar. Tras cargarse de combustible, el grupo se dirigió al Barrio Francés en busca de formas de intoxicación «más exóticas», las cuales, a poco que se ahondara, no resultaban ser más que polvos zombi. Esa noche Ruperta llevaba un vestido estrecho de bengalina negra con cuello Medici y puños de chinchilla bastarda. Sin nada debajo salvo corsé y medias, como Reef tuvo ocasión de descubrir más tarde, en su habitual reunión de última hora.

En esa ciudad pronto les quedó claro que lo que se veía por la calle no sólo no daba para «la historia íntegra», sino que de hecho no servía siquiera para la ilustración de portada. La vida real de Nueva Orleans se desarrollaba puertas adentro, en el interior de las manzanas de edificios, detrás de portales de hierro ornamentados y por pasillos embaldosados que, por lo que se veía, podrían extenderse a lo largo de kilómetros. Uno oía vagos fragmentos de música, un sonido alocado, banjos y cornetas, *glissandi* de trombones, pianos que, bajo las manos de profesores de

prostíbulos, sonaban como si tuvieran más teclas entre las teclas. ¿Vudú? El vudú era lo de menos. Estaba por todas partes. Centinelas invisibles te lo hacían saber, y los cuellos más gruesos eran susceptibles de vigilar las comezones de lo Invisible. De lo Prohibido. Y además estaban los olores de la *cuisine* local, *cheurice*, gumbo, *étouffé* de cigalas y gambas cocidas en *sassafras*, olores procedentes de ningún sitio a la vista, que se peleaban por lo poco que quedara del sentido común de cualquier paseante. Se veían negros por todas partes, divirtiéndose por la calle. Y también estaban los llamados «incordios italianos», aparecidos a raíz del asesinato, supuestamente a manos de la mafia, del jefe de policía, todavía vivo en la memoria ciudadana, y de ahí que los niños abordaran a los desconocidos, italianos o no, con un «¿Quién mató al jefe?», por no mencionar el «*Va fongool a tu hermana*».

Acabaron en el Maman Tant Gras Hall, un local con música al lado de Perdido Street, en el centro mismo del barrio de los burdeles.

—¡Sí, sin duda es una encantadora *guinguette*! —exclamó Ruperta—, pero, queridos míos, ¡menuda música!

«Dope» Breedlove y sus Merry Coons eran la banda del local, y todo el mundo se lo pasaba demasiado bien como para dejar que las Rupertas de este mundo les amargaran la velada. Algunos clientes llegaron incluso a acercarse y pedirle un baile, lo que bastó para sumirla en una cataplexia sonriente que los alejaba con miradas desconcertadas, tras lo cual ella se volvía hacia Reef con disparatada indignación, por no decir presa de un pánico total:

—¿Es que piensas quedarte ahí sentado mientras estos morenos patéticos nos humillan a los dos?

—¿Cómo? —preguntó Reef con toda la cordialidad que pudo—. Mira, ¿ves lo que están haciendo? Se llama bailar. Y yo sé que tú bailas, te he visto.

—Esta música —murmuró Ruperta— sólo sirve para la cópula de la forma más bestial.

Él se encogió de hombros.

—Eso también te he visto hacerlo.

—Dios mío, eres ruin. ¿En qué habré estado pensando? Por primera vez abro los ojos y os veo tal como sois, a ti y a tu país de locos entero, que se estuvo masacrando durante cinco años por esta raza de desechos de la jungla. Algernon, sácanos de aquí, por favor, y rápido.

—¿Nos vemos en el hotel?

—Ah, no es probable, me parece. Encontrarás tus maletas, tal como están, en el vestíbulo. —Y, dicho y hecho, se marchó.

Reef se encendió un cigarrillo de hachís y tabaco y repasó su situación, mientras a su alrededor proseguían las melodías y ritmos infecciosos recomponiendo la noche. Al cabo de un rato, encogiéndose de hombros, se acercó a una joven sonriente que llevaba un espectacular sombrero con plumas y le pidió un baile. Ella apenas se

molestó en echarle un vistazo, pero en ese segundo y medio le prestó más atención de la que nunca le había dedicado Ruperta.

Cuando «Dope» y su banda descansaron un rato, Reef le preguntó:

—¿Qué estaban bebiendo todos en tu mesa? ¿Puedo invitarte a uno?

—Gin fizz Ramos. Y pídete uno para ti también.

El camarero agitó el combinado a conciencia en una coctelera larga de plata para producir una lenta síncope interior. Cuando Reef llevó las bebidas, la mesa estaba sumida en una discusión sobre la teoría anarquista.

—Vuestro propio Benjamin Tucker escribió sobre la Liga de la Tierra —decía un joven con inconfundible voz irlandesa— en términos tan encendidos..., lo más cerca que el mundo ha estado de la organización anarquista perfecta.

—Lástima que la frase sea contradictoria en sí misma —comentó «Dope» Breedlove.

—Pero yo he sentido lo mismo cuando toca tu banda: la más sorprendente coherencia social, como si todos compartierais el mismo cerebro.

—Claro —admitió «Dope»—, pero no puedes llamarlo organización.

—¿Y tú cómo lo llamas?

—*Jass*.

El irlandés se presentó a Reef como Wolfe Tone O’Rooney, un insurrecto itinerante, aunque no, se apresuró a añadir, feniano, un enfoque que valía lo que valía, aunque a él le parecía que valía muy poco para quien, como era su caso, procedía de una familia de la Liga de la Tierra, de la que su padre y sus tíos de ambas ramas habían sido miembros fundadores.

—Los chicos que inventaron el boicoteo —recordó Reef.

—Que es una estrategia magnífica si estás por esos campos de Irlanda, por Sligo, Tipperary y demás. Saca de quicio a los malditos británicos, y de vez en cuando hasta los obliga a interrumpir su odiosa barbarie. Pero en las ciudades, ahora... —Tras un breve silencio, Wolfe Tone pareció despertarse con ánimo—. En fin, gracias al cielo por estos inmensos y generosos Estados Unidos y su generosa abundancia de monedas de uno, cinco y diez centavos que no paran de correr, pues sin ellas nos helaríamos y nos echaríamos a perder como la patata en un invierno gélido.

Acababa de volver de una gira por ciudades americanas para recaudar dinero para la Liga, y se había quedado especialmente impresionado por la lucha de los mineros en Colorado.

—Cuando llegué allí tenía la esperanza de conocer al gran dinamitero del Salvaje Oeste al que llaman el Kieselguhr Kid, pero tristemente no se sabía nada de él desde hacía tiempo.

Reef no supo qué responder, pero comprendió que no era momento para miradas furtivas ni cómplices, así que siguió sentado en silencio mirando directamente a la cara del irlandés, donde por un momento creyó detectar el amanecer de cierta iluminación. Sin embargo, Wolfe Tone no tardó en sumirse en su estado preferido,

una oscura reconcentración ensimismada, que con el tiempo Reef llegaría a reconocer como un dispositivo metafórico cuyo tenor siempre incluía en algún punto hierro letal en la oscuridad de la noche.

—Estos blancos están de mal humor —comentó «Dope» Breedlove.

—Y vosotros sonreís mucho —replicó Wolfe Tone—. No me creo que nadie pueda estar tanto tiempo contento.

—Esta noche —dijo «Dope»— se debe a que ya no tendremos que tocar más en un local de Rampart Street, el Red Onion —movió los ojos al pronunciar ese sinónimo de peligro para toda la fraternidad musical—, y todavía vivimos para contarlo. Además, no queríamos decepcionar a los numerosos melómanos caucasianos que venían aquí esperando encontrar cierto brillo dental. Sí, claro, ¡claro que me gustan esas chuletas de cerdo! —añadió en voz más alta al darse cuenta de que el dueño, que ahora podía oírle, rondaba por allí intentando que los Merry Coons volvieran al trabajo.

Cuando la banda reanudó la música, le dijo Wolfe Tone O’Rooney:

—Al principio te tomé por otro maldito idiota inglés como los demás del grupo con el que has venido.

—Ella me ha puesto de patitas en la calle —le confesó Reef.

—¿Necesitas un sitio donde quedarte? A lo mejor no de clase tan alta como a lo que estás acostumbrado...

—Bien mirado, tampoco es que estuviera en el hotel St. Charles.

Wolfe Tone se alojaba en el Deux Espèces, un rancho de estilo Lousiana en el centro mismo del barrio de los burdeles, lleno de desesperados de todo tipo que esperaban, la mayoría, un barco que los sacara del país.

—Éste es Flaco, con quien tal vez compartas cierta pasión.

—Se refiere a la química —dijo Flaco frunciendo el ceño con complicidad.

Reef lanzó una mirada al irlandés, que hizo un gesto de inocencia dolida.

—Digamos que existe una especie de comunidad —añadió Flaco—, y todos los chicos se acaban conociendo con el tiempo.

—No soy más que un aprendiz —comentó Reef.

—Ahora todos hablan de Europa. Las Potencias están planificando mejorar la movilidad de sus tropas, y uno, naturalmente, piensa en el ferrocarril, pero ahí están esas montañas por todas partes, ralentizándolo todo, lo que implica túneles. De repente, por toda Europa van a volarse túneles, grandes y pequeños. ¿Has hecho algo con túneles?

—Algo —dijo Reef—, es posible.

—Él es... —empezó Wolfe Tone.

—Sí, Hermano O’Rooney. ¿Soy...?

—No es político como nosotros, Flaco.

—No lo sé —dijo Reef—. Y, bien mirado, vosotros tampoco. Tendría que pensármelo.

—Todos nosotros tendríamos que hacerlo —dijo Wolfe Tone O’Rooney, con la misma luz en sus ojos de la noche anterior, cuando había surgido el tema del Kieselguhr Kid.

A esas alturas era un viejo ardid, tan natural como tragar saliva. En su interior, algo se encogió de hombros. Se resistía a volver a pensar en Stray y Jesse.

—Observamos el mundo, los gobiernos de todo el espectro, algunos con más libertad, otros con menos. Y vemos que, cuanto más represivo es el Estado, más se parece la vida a la Muerte. Si morir es sumirse en la no-libertad total, entonces el Estado tiende, en el límite, a la Muerte. El único modo de resolver el problema que plantea la existencia del Estado es utilizar la contra-Muerte, también conocida como Química —dijo Flaco.

Era un superviviente de las luchas anarquistas en no pocos lugares a ambas orillas del Atlántico, especialmente en Barcelona, en la década de los noventa. Provocada por la bomba del Teatro Liceo durante una interpretación de la ópera de Rossini *Guillermo Tell*, la policía había detenido no sólo a anarquistas sino a cuantos pudieran oponerse en cualquier sentido al régimen, o siquiera pensarlo. Se detuvo a miles, a los que se mandó «montaña arriba» a la fortaleza de Montjuic, que se agazapaba como un matón sobre la ciudad, como si acabara de asaltarla, y cuando los calabozos estuvieron llenos se mandó a los presos encadenados a buques de guerra reconvertidos en barcos prisión que permanecían anclados en el puerto.

—La jodida policía española —dijo Flaco—. En Cataluña son un ejército de ocupación. Todos los presos del 93 que no eran anarquistas antes de que los llevaran a Montjuic llegaron rápidamente a la misma conclusión. Fue como reencontrar una antigua religión, casi caída en el olvido. El Estado es el mal, su derecho divino procede del mismísimo Infierno, y al Infierno es adonde todos íbamos. Algunos salieron de Montjuic destrozados, moribundos, sin genitales sanos, intimidados hasta el silencio. Los látigos y los hierros incandescentes son ciertamente eficaces para esa labor. Pero todos nosotros, incluso los que habíamos votado y pagado nuestros impuestos como buenos burgueses, salimos odiando al Estado. E incluyo a la Iglesia, los latifundios, los bancos y las empresas en esa palabra obscena.

En el Deux Espèces todos aguardaban uno de esos barcos que acogían con los brazos abiertos a los que huían, barcos que por entonces abundaban en las rutas marítimas..., como si hubiera existido en el pasado una gloriosa época mítica del anarquismo americano, que ahora, después de que el anarquista Czolgosz asesinara a McKinley, viviría sus últimos días..., en todas partes reinaba el «corre, anarquista, corre por tu vida», la nación se sumía en otro ciclo delirante de Miedo al Rojo como el que ya se había dado en los años setenta como reacción a la Comuna de París. Pero

también como si pudiera existir un refugio, en los aires, en el mar, un lugar al que pudieran huir todos los anarquistas ahora que el peligro era omnipresente, un lugar fácilmente localizable incluso en los mapas baratos del Mundo, un grupo de islas volcánicas verdes, cada una con su propio dialecto, demasiado lejos de las rutas marítimas para servir de estación de aprovisionamiento de carbón, carentes de fuentes de nitrato, depósitos de combustible, vetas de minerales deseables, ni preciosos ni útiles, y así para siempre ajenas a la mala suerte y peor juicio que infestaba la política de los Continentes, un lugar que les había prometido no Dios, pues sería pedir demasiado al anarquista medio, sino ciertas geometrías ocultas de la Historia, que debían incluir, en algún sitio, al menos un único punto, una confluencia segura de todos los meridianos malditos, que pasaban diariamente, desolados, uno detrás de otro.

Wolfe Tone O’Rooney se encaminaba hacia México, donde esperaba localizar un envío de «herramientas agrícolas», aparentemente desvanecidas en tránsito, destinadas a elementos relacionados con la Liga que no describió con demasiado detalle. Flaco buscaba todos los días en el periódico alguna noticia del mercante *Despedida*, un vapor que se dirigía al Mediterráneo y entre cuyas escalas probablemente se incluía Génova, un punto tan bueno como cualquier otro para empezar a buscar trabajo abriendo túneles. Había convencido a Reef de que le acompañara. Solían reunirse en un café cerca del Maman Tant Gras, donde «Dope» Breedlove y sus colegas músicos de *jass* recalaban a primera hora de la mañana después de pasarse la noche entera tocando entre el humo y las brumas del río que entraban por puertas y ventanas... Se sentaban entre los olores matutinos del mercado, comían buñuelos, bebían achicoria y discutían sobre Bakunin y Kropotkin, manteniendo casi siempre, como vio Reef, el buen humor, independientemente de los desacuerdos que surgieran, porque era importante no llamar la atención. Estaban, al fin y al cabo, en Estados Unidos, y el miedo se palpaba en el ambiente.

Una tarde, Reef interrumpió a Wolfe Tone O’Rooney, que estaba cortando una patata por la mitad con el aspecto culpable de quien arma una bomba.

—Los Caminos de la Patata son múltiples y misteriosos —afirmó Wolfe Tone. Presionó la recién expuesta superficie contra un documento que había sobre la mesa, y obtuvo así un sello de tinta impecablemente copiado; después procedió a transferirlo a un pasaporte que, según parecía, estaba falsificando.

—Tu barco ha llegado —aventuró Reef.

Wolfe enarboló el documento.

—Eusebio Gómez, ‘a sus órdenes’.

La noche antes de que Wolfe zarpara, Reef, Flaco y él se quedaron junto al río, bebiendo cerveza local en botella y contemplando el anochecer.

—Ingrávido como el velo de una viuda —comentó el joven irlandés—. ¿Y no es la maldición del vagabundo esta desolación en el corazón que sentimos cada velada al ocaso, cuando el lento recodo del río, ahí abajo, capta, sólo durante medio minuto, las últimas luces preñadas de la ciudad en toda su densidad y maravilla, con todas las posibilidades que no tendrán, ni mucho menos vivirán, los que son como nosotros, pues no veis que sólo estamos de paso y ya no somos más que fantasmas?

Frank iba a pasarse meses que parecerían años deambulando por un mapa vacío poblado de sombras, por una novela barata de aventuras en el Viejo México que incluía malvados gringos en el exilio, muertes repentinas, un gobierno que ya había caído pero ni siquiera lo sabía, una revolución que nunca empezaría aunque miles de personas ya muriesen y sufriesen en su nombre.

Conoció a Ewball Oust una noche en una cantina, en algún punto —uno no quisiera decir exactamente maldito, aunque sí, sin la menor duda, defectuosamente bendito— de la gira de actuaciones contratadas por Gastón Villa y sus Bandoleros de Manicomio. Para los Bandoleros, la frontera era de algún modo asintótica: podían acercarse cuanto quisieran, pero sin cruzarla nunca. Como si el número ‘charro’ de su padre hubiera legado una prohibición a su descendencia, Gastón comprendía que para entrar en el viejo México se le requería algo parecido a una gracia que dudaba que su alma poseyera.

Ewball era un joven de Lake County que estaba de camino a la Veta Madre. Su familia, que nadaba en dinero de Leadville, había aceptado enviarle doscientos dólares al mes, dólares americanos, no pesos, para que se quedara allá e intentara ganarse la vida con sus conocimientos en ingeniería de minas. Si sobrevivía al agua potable y a los bandidos, bueno, tal vez algún día le permitirían regresar a Estados Unidos e incluso disfrutar de cierto futuro marginal en el Negocio.

—Soy más un metalúrgico que un ingeniero de minas —confesó Ewball.

Frank había hecho algún negocio en Leadville con un tal Toplady Oust, creía recordar.

—El tío Top. Concebido en la galería de un coro durante una interpretación de *Rock of Ages*. No serás el tipo de los imanes, ¿verdad?

—Lo era. Aunque últimamente me he visto obligado a buscar otras especialidades laborales.

Ewball vio el Galandrófono, empezó a decir algo, pero se lo pensó mejor.

—¿Conoces el método de Patio?

—Algo he oído. Es el proceso mexicano para extraer plata. Lo que los gringos llamamos amalgamación en frío. Se dice que es un poco lento.

—Por lo general, la recuperación del cien por cien lleva un mes. Mi familia tiene un par de minas en Guanajuato, y me mandan a que eche un vistazo, dicen que quieren modernizarlas, acelerar el proceso.

—Enseñar a los mexicanos los goces del proceso Washoe, ¿se trata de eso?

—Se han acostumbrado a tomarse su tiempo, al estilo Patio tradicional en la zona de Guanajuato: el mercurio es barato, las vetas suelen ser accesibles, no tienen muchas razones para cambiar, salvo por el factor tiempo. Así que supongo que en realidad se trata de que mi familia me quiere lejos del país.

Parecía más perplejo que irritado, pero a Frank le dio la impresión de que eso podía cambiar.

—A lo mejor quieren recuperar más rápido la inversión —dijo con cautela—, es comprensible.

—¿Conoces la zona?

—No, pero he estado pensando mucho en ella últimamente, y te explicaré por qué, ya que aprecias la metalurgia.

Empezó a hablarle a Ewball del argentaurum, pero Ewball le llevaba la delantera.

—A mí me parece que en realidad lo que te interesa es el espato de Islandia —dijo Ewball.

Frank se encogió de hombros, como si le avergonzara reconocer hasta qué punto era así.

—‘*Espato*’ lo llaman por aquí. A veces escuchas ‘*espanto*’, que, dependiendo del caso, puede designar algo pavoroso o ridículo.

—¿Como mirar a alguien a través de una pieza lo bastante pura y ver no sólo al hombre sino también a su fantasma al lado?

Ewball miró a Frank con cierta curiosidad.

—Hay muchas ocasiones para que se te ponga la piel de gallina en esas galerías. ‘*Espantoso, hombre*’.

—La verdad es que la calcita es un mineral interesante, pero sobre todo no me vendría mal algo de trabajo.

—Claro, siempre buscan gente. Vente.

—Me fastidia dejar mi instrumento —dijo levantando el Galandrónomo— cuando acabo de aprender... Escucha.

Era una melodía de aire mexicano, con un ritmo de marcha subyacente pero también con las vacilaciones y salidas de tono típicas del sur de la frontera. Un par de Bandoleros se acercaron con guitarras y empezaron a rasguear acordes, y al cabo de un rato el trompetista Paco siguió el solo a partir de Frank.

Ewball estaba sorprendido.

—Hay zonas de México en que te llevarían directamente a chirona sólo por silbar eso.

—¿*La cucaracha*? Si sólo es la novia de alguien, le gusta fumar ‘*grifa*’, ¿qué tiene de malo?

—Es el General Huerta —le informó Ewball—, un corazón brutal, una mente sanguinaria y, aunque prefiera matar a su propio pueblo, más vale que no te cruces en su camino, pues se fijará en un gringo que silba. Ni siquiera te pondrán la venda en los ojos, y menos aún te darán un último cigarrillo.

Así, por vía férrea y precipitadamente como el destino, Frank y Ewball llegaron al Bajío la víspera de un cambio histórico. Cruzaron la frontera en El Paso, pasaron por Guanajuato en tren, y por Torreón, Zacatecas y León, y transbordaron finalmente en Silao, insomnes a esas alturas, aprensivos, con la camisa de camuflaje manchada, casi

como una señal ominosa, con el zumo de las fresas locales. Durante todo el trayecto a través de los campos de mezquites, bajo los halcones de Sierra Madre que los sobrevolaban, a través de arroyos, montones de escoria, álamos de Virginia, campos negros donde los *'flachiqueros'* cargaban pieles de carnero a la espalda llenas de jugo de maguey fresco para fermentar, y los campesinos de blanco bordeaban las vías, algunos con armas, otros contemplando con las manos vacías el pasar de los trenes, «inexpresivos», como les gustaba decir a los gringos, bajo las alas de sus sombreros, esperando que amaneciera un día festivo, que llegara un mensaje decisivo de la Capital o que Cristo volviera, o se fuera, para siempre.

En la estación de Guanajuato, los norteamericanos se apearon del vagón en plena tormenta vespertina, fumando puros de Vera Cruz, y corrieron a protegerse bajo el techo sin galvanizar de un cobertizo sobre el que martilleaba el chaparrón con tal fuerza que ninguno de los allí refugiados podía oír ni hablar. Allá donde el óxido había agujereado la plancha, el agua caía casi con ira.

—Con un par de pesos en zinc lo habrían arreglado, pero es lo que hay —comentó Frank, y Ewball, incapaz de oírle, se limitó a encogerse de hombros.

Les abordaron vendedores de chicles, gafas de sol, sombreros de paja, ópalos de fuego, y chicas asombrosamente jóvenes, niños que se ofrecían a llevar su equipaje y abrillantarles las botas, chóferes de hoteles que merodeaban alegres haciéndoles ofertas para dormir esa noche, y a todos los rechazaron con un dedo que negaba educadamente.

La vieja ciudad de piedra olía a ganado, a agua de pozo, a alcantarillado, a azufre y otros derivados de la extracción y el fundido de la plata... Oían sonidos de todas las partes invisibles de la ciudad: voces, bocartes, las campanas de las iglesias dando las horas. Los ecos de los sonidos rebotaban en los edificios de piedra y las calles estrechas los amplificaban.

Frank entró a trabajar en Empresas Oustianas S.A., y se puso al día en las tareas de amalgamación sin mayores problemas. Ewball y él no tardaron en acostumbrarse a la vida de cantina, cuyo único inconveniente eran las extrañas miradas que, de vez en cuando, Frank imaginaba que recibía, como si la gente pensara que lo reconocía, aunque bien pudiera deberse al pulque o a la falta de sueño. Cuando dormía, tenía sueños breves e intensos, en los que casi siempre aparecía Deuce Kindred. «No estoy aquí», repetía Deuce. «Estoy a muchos kilómetros, pobre idiota. No, no entres en ese *'callejón'*. No me encontrarás. No vayas por esa *'subida'*, no merece la pena. Ya puestos, tampoco merece la pena tu vida. México es el lugar perfecto para ti. Otro gringo jodido». Pero a medida que los sueños se sucedían, y eso era lo extraño, se trataba siempre del mismo camino intrincado, que llevaba colina arriba, al principio por callejones adoquinados, luego de tierra prensada, retorciéndose, de vez en cuando cubierto de tejados y transformándose en callejuelas estrechas y en escaleras entre casas destrozadas, muchas de ellas abandonadas, pequeñas, grises, polvorientas, desmoronadas, con los tejados aplastados contra las puertas por la ladera empinada.

Frank se despertaba siempre convencido de que tenía un doble real en algún lugar de esa ciudad a la luz del día.

Llegó la Semana Santa, y nadie trabajaba esos días, así que Frank y Ewball tuvieron la ocasión de pasear por la ciudad a la búsqueda de problemas que no se habían buscado todavía. Como las calles eran estrechas como callejones y serpenteaban entre altas paredes, la mayor parte de la ciudad estaba sumida en una especie de sombra. En pos de la luz del sol, se encaminaron colina arriba, y al poco, tras doblar una esquina, a Frank le asaltó la extrañísima sensación de que ya había estado allí antes.

—Esto lo he soñado —dijo.

Ewball entornó un poco los ojos.

—¿Qué hay ahí arriba?

—Algo que tiene que ver con Deuce.

—¿Está aquí?

—Mierda, es sólo un sueño, Ewb. Vamos.

Subieron por la ladera marrón rojiza, bajo la luz del sol, por la artemisa púrpura, donde perros salvajes vagabundeaban entre ruinas sin tejado, hasta que llegaron a una altura desde la cual, bajo el brillo áspero del cielo de Viernes Santo en el que el viento estiraba los cirros en vetas paralelas y delicadas, podían distinguir la ciudad a sus pies, extendiéndose de este a oeste, aturdida, como reducida al silencio por unos rayos misteriosos, un silencio que incluso Frank y Ewball tenían que honrar: la pasión de Cristo, el siseo sin viento..., hasta los bocartes estaban callados, incluso la Plata misma se tomaba su día de descanso, como si reconociera el pago que había recibido Judas Iscariote. La luz del sol en los árboles.

Cuando parecía que una curiosa revelación surgiría del cielo luminoso y tenso, fueron detenidos por unos hombres con uniformes deshilachados, manchados, sin siquiera demasiado aspecto oficial, cada uno con el mismo modelo de Mauser, que evitaban mirarles a los ojos, como si no estuvieran muy seguros de lo protegidos que estaban de las opacidades de los suyos propios.

—¿Qué...? —empezó a preguntar Ewball, pero los ‘*rurales*’ hacían gestos de que se callara, y Frank recordó que era una práctica católica guardar silencio el Viernes Santo entre el mediodía y las tres, pues eran las horas en que Cristo había estado clavado en la cruz.

En devoto silencio le quitaron el revólver a Frank y la semiautomática a Ewball y los llevaron en medio de una santidad impenetrable al ‘*juzgado*’, al lado de la calle Juárez, donde los metieron juntos en una celda muy por debajo de la superficie, tallada en la roca primordial. El agua goteaba y las ratas cruzaban tranquilamente las zonas descubiertas.

—Problemas de ‘*mordida*’ —supuso Ewball.

—¿No crees que los chicos de tu Empresa vendrán a sacarnos tarde o temprano?

—Es improbable. Ser gringo por aquí no es siempre el chollo que uno imagina.

—Vaya, pero si eso es lo que te digo yo siempre.

—Oh. Y yo soy el que silba alegremente cuando va de paseo, pensando que nunca va a pasar nada.

—Al menos yo sé dónde tiene el seguro esa Broomhandle, Ewb.

—Me parece que quieres decir «tenía». Esas '*pistolas*' hace mucho que desaparecieron, en mi opinión.

—A lo mejor estos chicos no saben cómo manejarla, así que hazte el tonto a ver si te la devuelven.

A veces, en plena noche los despertaban y empujaban por una sucesión de pasillos hasta subir por unas escaleras y salir a una calle cuya existencia ninguno de los dos había notado antes.

—No me hace ninguna gracia nada de esto —murmuró Ewball, que caminaba raro debido a que le temblaban las rodillas.

Frank se sacó las manos sin atar de los bolsillos y le hizo un gesto con los pulgares hacia arriba.

—Nada de '*esposas*'. Creo que la cosa va bien.

Salieron a la calle más ancha de la ciudad, que ambos norteamericanos sabían que conducía al Panteón, el cementerio.

—Así que te parece que la cosa va bien, ¿eh? —dijo Ewball con aire desdichado.

—Eh, podemos apostar si quieres.

—Claro, para ti cojonudo, no tendrías que pagar.

—En cualquier caso, no tengo dinero. Por eso lo propuse.

A los pies del Cerro del Trozado, casi divisando ya los muros del cementerio en la cima, que se cernían bajo la luz de luna incompleta, llegaron a un claro de la ladera, casi invisible tras una pantalla de cactus.

—'*¿Dónde estamos?*' —Frank no creyó hacer nada malo preguntando.

—'*El Palacio de Cristal*'.

—He oído hablar de este lugar —dijo Ewball—. Sea lo que sea de lo que se nos acusa, es algo político.

—Pues han pillado al cowboy equivocado —dijo Frank—. Si ni siquiera voto.

—'*La política*' —asintió sonriente uno de los '*rurales*'.

—'*Felicitaciones*' —añadió su compañero.

La celda era un poco más espaciosa que la del '*juzgado*', con un par de colchones de cáscara de maíz, un cubo para el agua sucia y un inmenso cómic poco favorecedor de don Porfirio Díaz dibujado al carboncillo por toda la pared.

—Viendo esto, está claro que no nos fusilarán hasta que salga el sol —dijo Frank—, voy a acurrucarme un rato aquí con las '*chinchas*'.

—¿Qué lógica tiene? —se quejó Ewball—. Si estamos a punto de dormir por toda la eternidad. A ver... —Pero Frank ya roncaba.

Ewball seguía despierto una hora después, cuando se les unió otro norteamericano, que se presentó como Dwayne Provecho, borracho pero no muy

adormilado, que empezó a monologar llamando en más de una ocasión la atención de Ewball por su conocimiento de túneles secretos, existentes desde la antigua explotación de la plata bajo Guanajuato, y que sin duda los sacarían de aquel sitio.

—El fin del mundo se acerca, ¿sabes? La última vez, al salir de Tucson, se oía en el aire, durante todo el camino hasta Nogales y también al otro lado de la ‘*frontera*’, nunca cesaba. Una especie de rugido, bestias por los aires, más grandes que nada jamás visto, con alas que se recortan contra la luna como nubes, y de repente todo se oscurece y no sabes muy bien si quieres que aquello pase rápido, porque cuando vuelva la luz, ¿quién sabe qué se verá más allá?

—Muy agradecido —dijo Frank abriendo un ojo para tranquilizarse—, pero a lo mejor no nos vendría mal dormir un poco a todos...

—Oh, no, no, no, no hay ni un minuto que perder, porque se trata del Señor en su viaje de regreso, tenéis que entenderlo: había empezado a marcharse, luego ralentizó su paso, como si se lo hubiera pensado mejor, se detuvo, se dio la vuelta y ahora regresa por nosotros, ¿es que no veis esa luz?, ¿no sentís el calor que él irradia a medida que se aproxima?... —Y así sucesivamente.

Pese a la presencia de una cantidad mucho mayor de la esperada de pelmazos religiosos, esa trena mexicana distaba de ser el legendario agujero del infierno de las ciudades fronterizas; se parecía más bien a unas instalaciones flexibles y, de vez en cuando, hasta acogedoras, debido en gran medida al dinero que empezó a llenar misteriosamente los bolsillos de Ewball.

—¿De dónde sale todo eso? Ewb, me está poniendo nervioso...

—¡No say praeo-cupi, ‘*compadre*’!

—Ya, claro, pero alguien te lo trae sin parar, *alguien que tú conoces*.

—Puntual como un jornal y tan seguro como la Banca Morgan.

Ewball intentaba adoptar un tono despreocupado, pero Frank no estaba tan animado.

—Ya. ¿Y cuándo querrán que se lo devuelvas?

—Cualquier día, cuando salgamos de aquí, pero ¿quién tiene prisa?

Por lo visto, ninguno de los dos. El lugar era como un sueño, y muy pacífico en comparación con aquel de donde venían, tan pacífico como parecía la ciudad de arriba contemplada desde lejos, nunca desde muy cerca: sin mineros borrachos ni explosiones imprevistas, con el martilleo de los bocartes durante toda la noche, que llegaba hasta allí amortiguado por la roca, en polirritmos que invitaban a conciliar el sueño tan persuasivamente como el vaivén constante del mar arrullaba a un marinero acostado en una litera por debajo de la línea de flotación, a las orillas del bendito huerto del sueño... Aquí abajo, desaparecidas las angustias de la jornada laboral, las oportunidades para la diversión se multiplicaban, en un desfile de atracciones subterráneas: una cantina completa, con música y bailarinas de fandango, un pequeño nickelodeón o, más bien, centavodeón, ruleta y faro, vendedores ambulantes de ‘*grifa*’ y fumaderos de opio atendidos por miembros de la comunidad china

desplazados, suites de habitaciones de invitados tan lujosas como las de la ciudad, con el equivalente subterráneo de una terraza con vistas desde la que podían contemplarse, parecía que a lo largo de kilómetros, las paredes ennegrecidas por el humo, las atalayas ribeteadas de hierro y los pasillos marrones, a menudo sin techo, de esta prisión por momentos acogedora, sin los habituales navajeros, borrachos y pependancieros de las ciudades mineras; no, dada la situación de la política nacional del momento, los demás detenidos ahí parecían más bien, cómo decirlo, honrados trabajadores con un brillo peligroso en los ojos. Profesores demasiado francos y también ‘científicos’ granujas. Tampoco otras costumbres carcelarias, como las que tienen que ver con los peligros para la integridad rectal, parecían darse ahí, lo que facilitaba las cosas a los dos norteamericanos.

Recibieron otra sorpresa cuando el llavero del turno de noche resultó ser una joven atractiva vestida con un uniforme atípicamente pulcro, llamada Amparo o, como ella prefería, Sargento Vásquez. Una relación muy íntima con alguien de muy arriba, supuso Frank. Raramente se la veía lo que se dice sonreír, pero su comportamiento tampoco era cien por cien carcelario.

—Ándate con cuidado —murmuró Frank no del todo para sí.

—Oh, no sé —dijo Ewball—, creo que le caemos bien.

—Es más probable que le caigan mejor todos esos hidalgos que repartes tan generosamente.

—Mierda. Sí que eres consecuente.

—Gracias. Aunque a lo mejor quiero decir: «¿A qué te refieres?».

—Lo decía por las mujeres. ¿Has conocido a alguna que no se venda por dinero?

—Dame un par de meses, seguramente apareceré con algo que cueste menos de un dólar.

Lo que la Sargento dejó claro desde el primer momento es que podían hacer todo lo que pudieran pagarse, pero siempre que se acordaran de pedirle permiso antes. Con la excepción de escaparse, claro, aunque a diario ella bajaba con promesas repetidas de la rápida resolución de su caso.

—Bueno, ¿y no sabrá usted por casualidad a qué se debe nuestra presencia aquí? Porque nadie nos lo aclara.

—Hoy está guapísima, si me permite, con ese peinado plateado y el pelo levantado.

—‘Ay, *lisonjeros*’. Dicen que fue por algo que uno de vosotros hizo hace mucho tiempo, en el Otro Lado.

—Pero, entonces, ¿por qué nos detienen a los dos?

—Sí, ¿y cuál de los dos es?

Ella se limitaba a devolverles la mirada, a uno cada vez, abiertamente y sin mala disposición, del modo en que suelen hacer las mujeres a veces en la Capital.

—Debo de ser yo al que quieren —aventuró Frank—. No puedes ser tú, Ewball, eres demasiado joven para tener una cuenta pendiente con la ley.

—Bueno, he participado en algunos sobornos.

—No te meterían aquí por eso.

—Pues si lo tienes tan claro, ¿no deberías estar más preocupado?

Frank se despertó por la mañana temprano tras soñar que viajaba por los aires, muy alto, en un transporte cuyos principios de funcionamiento le resultaban un misterio, y vio a la Sargento Vásquez de ojos incandescentes en la puerta, sosteniendo una bandeja con el desayuno, compuesto de papayas y limas frías, ya cortadas para evitar cualquier tentación relacionada con un cuchillo, bolillos recién horneados en rebanadas, cubiertos de judías y queso chihuahua que habían metido en el horno hasta fundirlo, una salsa casera a base del vigoroso chile local conocido como «Chinganariz», una jarra llena de un combinado de zumo de naranja, mango y fresa, y café de Vera Cruz con leche caliente y trozos de azúcar sin refinar ya dentro.

—Pues sí que coméis bien —comentó Dwayne Provecho, eligiendo ese momento para asomar la cabeza por la puerta y exhibir un hilo de baba que le caía desde la barbilla a la camisa.

—Claro, Dwayne, ¿quieres un bocado? —Frank vio que la Sargento le mandaba un mensaje por heliógrafo ocular desde el pasillo—. Ahora vuelvo...

—A lo mejor no deberías ser tan amable —le aconsejó ella—. Ése va camino de la sombra del ‘paredón’.

—Vaya, ¿qué ha hecho?

Ella dejó que pasara un minuto.

—Hacía recados al norte de la frontera. Trabaja para... gente peligrosa. ¿Has oído hablar del... —bajó la voz y le clavó una mirada que no engañaba a nadie— PLM?

Buf.

—A ver, son esos hermanos Flores Magón, ‘¿verdad?’..., y también un tal Camilo Arriaga, un tipo de por aquí, ¿me equivoco?

—¿Camilo? Es ‘potosino’. Y los patrones del señor Provecho podrían considerar a los Flores Magón un tanto, cómo decirlo... ¿delicados?

—Pero mírelo ahí. Zampanado tan pancho... ¿no le parece demasiado animado para tratarse de alguien al que van a llevar al paredón?

—Hay dos escuelas de pensamiento. A una le gustaría liberarle, seguirle, llevar un registro, ver de qué más pueden enterarse. La otra sólo quiere eliminar a un elemento molesto, y cuanto antes, mejor.

—Pero si aquí hay gente que supone una amenaza mucho mayor que el viejo Dwayne, ‘muñeca’; algunos llevan más de cincuenta años encerrados, ¿por qué de repente corre esto tanta prisa? ¿Se está preparando algo muy gordo, quizás?

—Tus ojos —dijo ella susurrando, como hacía cuando se quedaban solos—. Nunca he visto unos ojos así.

Mira por dónde.

—Sargento, ¿me está diciendo ahora que nunca ha tenido tiempo para mirar a los ojos de un gringo?

La Sargento guardó silencio, haciendo aquellos misteriosos movimientos con sus ojos de iris negros que a él le desconcertaban. Ella ya le había advertido, y hasta ahí podía llegar, así que cuando por fin a Dwayne le dio por soltarlo todo, a Frank no le sorprendió tanto.

Dwayne olía a *‘caldereros y sus macheteros’* de tequila y cerveza en cantidades ignotas, aunque Frank no sabía con certeza cuántos se habría metido entre pecho y espalda: había demasiada claridad alrededor de sus ojos, que se habían tornado incandescentes.

—Vengo a cumplir una misión —fue su descripción—, concretamente a ofrecerte un empleo, pues existe la creencia generalizada, tanto aquí dentro como al otro lado, de que tú, perdona si soy demasiado directo, no eres otro que el Kieselguhr Kid de la leyenda del Salvaje Oeste.

—Menuda tontería, Dwayne, pensaba que eras más espabilado, con todo lo que te has pateado el territorio y demás.

—¿Eres... un simple ingeniero de minas, nada más?

—Sí, pero por aquí hay muchos tipos que saben utilizar las peligrosas sustancias en las que estás pensando y que también estarían encantados de entrar en acción, así que cuando salgas de aquí, lo que tienes que hacer es ir a cualquier mina de la Veta Madre, dirigirte a la primera cantina del camino, y antes de que sepas quién paga la siguiente ronda tendrás las orejas llenas de expertos en demolición muy preparados.

—El trabajo de la mitad de los cuales, hermano, depende de que este viejo porfiriato de por aquí se prolongue para siempre, y lo único que tengo que hacer es equivocarme una sola vez.

—A lo mejor es lo que ya te ha pasado.

—Entonces estoy a tu merced, ¿no?

—Me pregunto si serías tan gracioso con el verdadero Kieselguhr Kid... ¿no mostrarías más respeto, mierda, no le tendrías, yo qué sé, un poco más de miedo?

—Kid, si me permites llamarte así, me paso la vida muerto de miedo.

—Me refería a que debería haber algún resquicio en tu mente que aceptara la posibilidad de que te equivocas de hombre, ¿no?

—Los federales tienen fotos, las he visto.

—Nadie se parece a las fotos de la poli, a estas alturas deberías saberlo.

—También hablé con el Hermano Disco en Telluride. Predijo que estarías aquí, y también en compañía de quién.

—¿Ellmore cree que yo soy el Kid?

—Ellmore dice que ésa es la única razón por la que Bob Meldrum no te agujereó de buenas a primeras en cuanto te vio.

—¿Que yo *asusté* a Bob el Gatillo?

—Se trata más bien de cortesía profesional —comentó Dwayne Provecho con cierta familiaridad experimentada—. Y sólo para demostrarte que todo está en regla, esta noche nos fugamos.

—Justo ahora que esto empezaba a gustarme. ¿Por qué no te vas solo?

—Porque aquí todos creen que eres el Kieselguhr Kid y esperan que te fugues.

—Pero no lo soy.

—Pero es posible que, un día de éstos, algún culo inquieto de por aquí no resista la tentación de hundirte su ‘*cuchillo*’ en el corazón, sólo por la gloria que le reportará.

—Lo has dicho con mucho tacto —comentó Ewball entrando en la conversación—, aunque, la verdad, me parece que ha llegado la hora de ponerse en marcha, Frank.

—¿Tú también? Creía que tu gente iba a comprarnos la libertad.

—Y yo también lo creía..., durante un tiempo.

—Oh, oh.

Con linternas sordas, entraron en un pasillo abovedado de paredes lisas. Más adelante aparecieron unas figuras blancas cuyas sombras sacudían la cabeza.

—Oh, no —dijo Ewball.

—No os va a dar asco, ¿verdad que no? —preguntó el previsor Dwayne—. Chicos, os presento a las ‘*momias*’.

Eran unas treinta, colgadas de ganchos, en dos largas hileras entre las que estaban obligados a pasar. Los cuerpos quedaban ocultos por sábanas, sólo las cabezas estaban descubiertas, inclinadas hacia abajo, las caras en diferentes fases de momificación, algunas, a la luz de las linternas, inexpresivas, otras retorcidas con una terrible expresión de dolor. Todos parecían esperar algo con paciencia sobrenatural, los pies a unos centímetros del suelo, delgados y distraídos, manteniendo la dignidad y la distancia, asumiendo con serenidad, pero sólo provisionalmente, que estaban en México.

—El Panteón se está quedando pequeño —se apresuró a explicar Dwayne—, así que estos chicos se pasan cinco años curándose en el suelo, y luego, si las familias no pagan lo que llaman el impuesto de tumba, los desentierran y los cuelgan aquí hasta que alguien apoquina.

—Creía que era algo religioso —dijo Ewball.

—Si quieres llamarlo así, pero todo se convierte a pesos y centavos, de agua a vino podría decirse, durante el día cobran a los visitantes que quieren verlo, nosotros hemos pagado la tarifa de las tres de la madrugada, aunque a juzgar por la expresión de sus caras, debemos de haber *interrumpido algo*.

—Ya está bien, Dwayne —murmuró Frank.

Llegaron a unas escaleras en espiral en un extremo de la cripta y subieron hasta salir a la luz de la luna.

Descendieron por el cañón a la vieja estación de Marfil, donde subieron al tren un poco después de la salida del sol, y viajaron todo el día, hasta bien entrada la tarde, Frank sumido en el silencio, negándose a beber, a pagar copas, a fumar o incluso a

compartir los cigarrillos que no se había fumado con sus colegas de cárcel, que empezaron a preocuparse.

—Espero que no estés enamorado, ‘*compinche*’.

—Estás obsesionado con algo —explicó Dwayne—. Tienes todos los síntomas. Algo que ocurrió en tu lamentablemente famoso pasado, algo que hay que resolver.

—Mira, Hermano Provecho, en la cárcel la cancioncilla del Kíd era una cosa, pero aquí fuera sencillamente cansa, eso es todo. Lamento no ser tu hombre, y más te convendría ir a dar la tabarra a alguien que lo aprecie más.

—Demasiado tarde. —Dwayne hizo un gesto hacia la ventana—. Según mis cálculos, te quedan cinco minutos para refrescar esas legendarias habilidades con la dinamita..., Kid.

El tren estaba frenando, de eso no había duda, y Frank empezó a oír un alboroto cada vez más cerca. Se asomó por la ventana y vio una escolta a caballo, un par de docenas de hombres que parecían cumplir cierto juramento de sobriedad en cuanto a su aspecto personal: labios superiores afeitados, alas de sombrero tan humildes que ningún ‘*charro*’ se hubiera puesto nada igual, camisas de algodón y pantalones de trabajo en una gama de tonos terrosos, y además no llevaban ninguna insignia, ningún signo que evidenciase su militancia.

—¿Todo eso por mí? —dijo Frank.

—Yo voy contigo —anunció Ewball.

—No te queda más remedio. —En el transcurso de las últimas horas, Dwayne había conseguido una pistola.

Al cabo de unos segundos, Ewball dijo:

—Vaya, ¿dinero de un rescate? Así que ésa es la historia, ¿con eso cuentas, con la legendaria fortuna de Oust? Pues no es un plan muy provechoso, ‘*vaquero*’.

—A la mierda, se contentarán con lo que saquen. Son tipos felices. Lo que has visto ahí fuera hasta ahora no es más que una operación de poca monta, de un día para otro, y ningún rehén es insignificante siempre y cuando sea un burgués que pueda pagar.

—Ay, Jalisco —murmuró Frank.

—Oh, vais a conocer a El Ñato. —Una presencia vigorosa había irrumpido en el vagón, con una chaqueta de oficial perteneciente al difunto ejército de un país no demasiado cercano, gafas ahumadas, objetos prácticos de acero donde uno habría esperado adornos de plata y, posado sobre una charretera, un loro tropical enorme, es más, tan desproporcionado que para conversar con su dueño tenía que inclinarse hacia delante y gritarle al oído.

—Y éste es Joaquín —dijo El Ñato sonriéndole al pájaro—. Cuéntales algo de ti, ‘*m’hijo*’.

—Quiero joder un coño gringo —confesó el loro.

—¿Cómo? —preguntó Ewball parpadeando ante el teatral acento británico, que recordaba noches libertinas y de vodevil shakespeariano.

Una carcajada repugnante.

—¿Algún problema, *‘pendejo’*?

El Ñato sonrió con cierta inquietud.

—Vale, ya está bien, *Joaquín*, no debemos causar mala impresión a nuestros invitados; no fue más que una vez, con aquella gata casera, en el Corpus Christi, hace mucho, mucho tiempo.

—*‘Sin embargo, mi capitán’*, la aventura me ha obsesionado.

—Claro, *Joaquín*, y ahora, caballeros, si no les importa...

Había caballos ensillados que esperaban a Ewball y Frank, y les indicaron que los montaran.

—¿No vienes con nosotros, Dwayne? —preguntó Frank mientras se subía a una silla de montar de cuero negro, con un arzón de estilo militar, se fijó, un poco inesperado tan lejos de la ciudad, sin tallar ni grabar ni más ornamento que los bocados y las «tapas» mexicanas sobre los estribos.

—Sed buenos, chicos —respondió Dwayne desde la puerta del vagón—, y a lo mejor volvemos a vernos algún día por las vías.

Cuando el tren arrancó, El Ñato le lanzó una saca de cuero, pequeña pero de cierto peso, e hizo que su caballo se encabritara dramáticamente y se diera la vuelta a la vez que gritaba «*¡Vámonos!*» a sus jinetes. El loro aleteó como si señalara a un colega en la lejanía. Los guerrilleros rodearon a los americanos y se pusieron en marcha, alerta, silenciosos, adoptando un aire marcial, hasta que al poco el tren a sus espaldas pareció un insecto estival cuyo chirrido se perdía en la maleza lejana.

—Y ahora cabalgando con anarquistas, joder, nunca creí que acabaría así...

—¿Qué pasa? —le pinchó Ewball—, ¿es que te sientes más cómodo con tus bandidos de siempre?

—Los bandidos puede que maten, puede que acuchillen, pero al menos no van volándolo todo por ahí cada vez que se les presenta la oportunidad.

—¡Nosotros jamás hemos volado nada! —se quejó El Ñato—. ¡Nadie de aquí entiende nada de explosivos! Puede que se robe un poco de dinamita de las minas, que se lance un cartucho aquí, otro allá, pero ahora todo eso cambiará, ahora *tú* cabalgas con nosotros, *‘¡el Famoso Chavalito del Quisalgúr!’*, ¡ahora sí nos respetarán!

Cabalaron hasta mucho después de que oscureciera, cenaron, durmieron, levantaron el campamento, reemprendieron la marcha horas antes del amanecer. La escolta era un grupo arisco, y pronto se le quitó de la cabeza la idea de compartir siquiera una *‘copa’* con ellos. Fueron pasando los días, idénticos, mientras se adentraban en México, hasta el punto de que Frank nunca hubiera creído que nadie pudiese cabalgar tanto sin dar con una costa; por su parte, Ewball se comportaba cada vez menos como un rehén y más como un hermano perdido hace mucho que

intentaba ganarse de nuevo a la familia que creía propia. Más extraño aún: El Ñato y sus comandantes parecían tragárselo, e incluso no tardaron en animar a Ewball a que se uniera a ellos y cabalgara con su unidad guerrillera.

—Tendrás que moverte rápido, mantener el ritmo. Pero no siempre conseguimos comida ni encontramos un pueblo en el que hacer una requisa, y la norma en la unidad es que el primero que encuentra algo es el primero en disfrutarlo, ‘*pues*’..., bueno, ya lo entenderás, creo.

Atravesaron a caballo avenidas de pueblos bordeadas de antiguas palmeras, cañones con precipicios, montañas añiles perfiladas como recortes de papel por kilómetros de bruma. Un día, mirando hacia abajo desde una cima, Frank vio una ciudad de color herrumbroso que se desparramaba por las laderas de un profundo barranco. Montones de escoria se cernían por todas partes, y Frank supo que eran restos de la extracción de plata. Entre las altas y erectas paredes de la ciudad, los callejones sinuosos se transformaban a veces en escaleras.

Levantaron su campamento en las afueras de la ciudad, cerca de un puente sobre un arroyo. En el barranco no paró de soplar el viento ni un momento durante todo el tiempo que permanecieron allí. El alumbrado se encendía temprano en las tardes pardas y a veces seguía encendido durante todo el día siguiente. Frank, que parecía absorbido por un vacío parcial en el curso del tiempo, encontró medio minuto para preguntarse si era ahí donde tenía que estar. Fue una pregunta tan inesperada que decidió consultarlo con Ewball, que estaba acucillado junto a una ametralladora Maxim desmontada en piezas sobre una manta, intentando recordar cómo recomponerla.

—Mi viejo ‘*compinche*’, vaya, pareces distinto. Espera, no, no me lo digas. ¿Es por el sombrero? ¿No serán esas cartucheras de munición cargadas de balas de ametralladora que cargas? ¿Por el tatuaje? Déjame ver: «‘¿*Qué guapa, qué tetas fantásticas!, ¿verdad?*’».

—Estos tipos lo sabían desde el principio —dijo Ewball—. Yo sólo tardé un poco en entenderlo, sólo un poco.

—¡Eh! Te diré qué vamos a hacer. No te apresures. Nos intercambiamos. ¡Sí! Sí, tú puedes ser el Kid y yo seré tu compinche. ¿OK? No se creerán jamás una palabra de lo que yo les diga, pero a lo mejor a ti sí te creen.

—¿A quién, a mí? ¿Que yo sea el Kid? Agg, no sé, Frank...

—En no más de cinco minutos puedo enseñarte todo, un Curso Avanzado de Explosivos de regalo, incluidas las últimas teorías; mira, por ejemplo, ¿te has preguntado alguna vez qué punta de éstas es lo que enciendes?

—Mierda, Frank, aparta eso de mí...

—Mira, es esta de aquí, ¿ves?

—¡Aaah!

Ewball había salido de la tienda más rápido que una bala por la boca de cualquier arma de fuego conocida. Frank se colocó el cilindro humeante, que mirado más de

cerca podría haber pasado por un gigantesco claro cubano en un envoltorio de Partidos, entre los dientes y se paseó entre la *'tropa'*, cuyos miembros, convencidos de que lo que se estaba fumando en realidad era un cartucho de dinamita, se apartaban precipitadamente de su camino murmurando admirados. El único dispuesto a entablar conversación con él fue el loro *Joaquín*.

—¿Te has preguntado alguna vez por qué llaman Zacatecas a Zacatecas? ¿O por qué Guanajuato es Guanajuato?

Frank, que a esas alturas había adoptado la dudosa costumbre de Conversar con un Loro, se encogió irritado de hombros.

—Una es una ciudad; el otro, un estado.

—*¡Pendejo!* —chilló el loro—. ¡Piénsalo bien! ¡Doble refracción! ¡Tu propiedad óptica preferida! Minas de plata cargadas de *'espato'* que refracta dos veces sin parar, y no sólo los rayos de luz, qué va, nanay. ¡También ciudades! ¡Personas! ¡Loros! Tú sigue así, flotando en esa nube de humo gringa, pensando que sólo existe una cosa de cada cosa, *'huevoón'*, ni ves las luces extrañas a tu alrededor. *'Ay, Chihuahua'*. Es más, *'Ay, Chihuahua, Chihuahua'*. ¡Niñatos ingenieros! ¡Todos son iguales! Mentes cerradas. Ése ha sido siempre vuestro problema. —Y así se dejó llevar por la histeria loruna, siniestra en su prolongada indiferencia.

—Pues éste es *tu* problema —dijo Frank acercándose a *Joaquín* con las manos extendidas en gesto de estrangulamiento.

El *'comandante'*, percibiendo un pesticidio en el aire, se acercó a toda prisa.

—Mis disculpas, señor Chavalito, pero dentro de sólo unas horas más...

—Sólo unas horas más... ¿para qué, Ñato?

—*¡Caray!* ¿Se me había olvidado decírtelo? A veces no sé ni cómo me han dejado comandar una unidad. Y además, se trata de tu primer servicio, claro. Queremos que vuelas el Palacio del Gobierno esta noche, ¿OK? ¿Dándole, ya sabes, ese toque especial del Chavalito?

—¿Y tú estarás a mi disposición para eso?

El Ñato se puso evasivo o, como él habría dicho, se cohibió.

—Para serte sincero, no es ése en realidad el objetivo principal.

—Entonces, ¿por qué volarlo?

—¿Sabrás guardar un secreto?

—Ñato...

—Muy bien, muy bien, se trata de la Casa de la Moneda. Mientras tú los distraes...

Más tarde Frank no recordaba bien si había surgido la palabra *'loco'* en la conversación, aunque era posible que se hubiera pronunciado el eufemismo mexicano *'lucas'*. Lo que intentó explicar, bien mirado muy simple, era que las monedas de plata, en cualquier cantidad, pesaban mucho. A veinticinco gramos por peso, una buena mula podría cargar cinco mil pesos, un asno tal vez tres mil quinientos, pero el problema era cuánto podía recorrer la mula antes de desmoronarse y tener que

sustituirla. Incluso con una recua de mulas lo bastante numerosa para que mereciera la pena robar la Casa de la Moneda, serían objetivo fácil para un pelotón de federales.

—Lo sabía —dijo El Ñato. Pero Frank vio que le había dolido.

Al final la cosa no pasó de un intento de robo de la dinamita que necesitarían de una de las minas de plata en las laderas del Monte El Refugio, al sudeste de la ciudad. Antes de que nadie pudiera dar un grito de aviso, se vieron enzarzados en un tiroteo, puede que con los guardas de la mina o tal vez con ‘*rurales*’, resultaba difícil de saber en la oscuridad.

—No puede decirse que hayamos irrumpido en la ciudad muy sigilosamente —murmuró Ewball en un momento en que no se encogía para esquivar los tiros—. ¿Es que nos esperaban?

Retrocedieron hasta su campamento y se encontraron con otro tiroteo; El Ñato estaba en algún punto del flanco, rechazando lo que parecía un asalto no muy entusiasta. Nadie quería pasarse la noche disparando, aunque había claros indicios de que la cosa sería distinta por la mañana y parecía sensato desaparecer antes.

—‘¡Ay Chavalito!’ —chilló el loro *Joaquín*, sumido en un inaccesible y oscuro frenesí, desde su jaula, que estaban subiendo a una mula de carga—, estamos metidos en una ‘*mierda, pendejo*’.

—Huertistas —dijo el comandante—; los huelo. —Frank debió de mirarle inquisitivamente, porque El Ñato frunció el ceño y añadió—: Como la sangre india. Como las cosechas quemadas y la tierra robada. Como el dinero gringo.

Salieron de allí antes del amanecer, se encaminaron hacia el oeste desde las vías del ferrocarril y se adentraron en una meseta yerma y llena de barrancos, camino de Sombrerete y de la Sierra, más allá. Cada vez que superaban un desnivel, las orejas de punta de los caballos recortadas contra el cielo, todo el mundo esperaba fuego de rifles. Poco después apareció a sus espaldas una nube de polvo.

Se discutió si convenía detenerse en Durango, Durango, pero pareció mejor opción seguir camino hacia las montañas. A eso del mediodía de la siguiente jornada, Ewball se puso a cabalgar junto a Frank y le señaló un pequeño arroyo.

Al principio, Frank creyó que se trataba de antílopes, pero corrían más rápido que nada que hubiera visto en su vida. Desaparecieron en una cueva a los pies de un pequeño despeñadero, y Frank, Ewball y El Ñato se acercaron a echar un vistazo. Tres personas desnudas, agazapadas junto a la entrada de la cueva, los miraban, sin miedo ni expectación, simplemente los miraban.

—Son tarahumaras —dijo El Ñato—. Viven en cuevas al norte de Sierra Madre, quién sabe qué harán aquí, tan lejos de casa.

—Los hombres de Huerta no andan tan lejos. ¿Crees que esta gente huye de ellos?

El Ñato se encogió de hombros.

—Huerta suele perseguir a los yaquis o a los mayas.

—Da igual, lo tienen claro como los pille —dijo Frank.

—Rescatar indios no es precisamente lo que me hace falta ahora. Tengo que ocuparme de mi propia gente.

Ewball les hizo un gesto a los tres para que se metieran en la cueva y se mantuvieran fuera de la vista.

—Más vale que sigáis adelante, Ñato; ya veré qué puedo hacer, os alcanzaré dentro de poco.

—Jodido gringo loco —opinó el loro *Joaquín*.

Frank y Ewball subieron a un saliente rocoso que dominaba el valle. Al cabo de menos de diez minutos, apareció una columna de soldados abajo, enfilándose, desplegándose, estirándose, repitiendo el movimiento, como un ala incorpórea que intentara recordar los protocolos del vuelo contra un cielo ceniciento.

Ewball, que tarareaba *La cucaracha*, les apuntó.

—Más vale que ahorremos munición —le pareció a Frank—, a esta distancia no podemos hacer gran cosa.

—Fíjate.

Tras la detonación y un segundo de silencio, en el lecho del valle, una diminuta figura montada se lanzó hacia atrás en su silla, intentando agarrar el sombrero que acababa de separarse violentamente de su cabeza.

—Puede haber sido una ráfaga de viento.

—¿Qué tengo que hacer para que me respeten aquí?, ¿empezar a matarlos?

—En cuanto se acerquen lo bastante, seguro que vienen a por nosotros.

El destacamento parecía sumido en cierta confusión, los jinetes se movían en todas direcciones, cambiando de opinión cada pocos segundos.

—Hormigas en un hormiguero —se rió entre dientes Ewball—. Mira, a ver si puedo quitarle a aquél el rifle de la mano de un tiro... —Metió otra bala en la recámara y disparó.

—Vaya, no ha estado mal. ¿Desde cuándo eres tan bueno? ¿Te importa si...?

—Inténtalo desde otro ángulo, dales algo en que pensar.

Frank se alejó lo bastante de la dirección en la que estaban para abrir un interesante fuego cruzado, y finalmente, tras dejar dos o tres Mauser a sus espaldas, los perseguidores se dieron la vuelta y emprendieron camino, con un poco de suerte hacia una velada en algún local de fandango de la ciudad.

—Voy a ver a esos indios —dijo Frank. Había algo más. Ewball, amable, esperó—. Luego seguiré hacia el norte, de vuelta al Otro Lado. Adiós México para mí. ¿Te interesa? O...

Ewball sonrió, resopló y señaló con la cabeza a los jinetes que le esperaban, intentando dar la impresión de que no tenía opción:

—‘*Es mi destino, Pancho*’. —El caballo de Ewball, impaciente, ya había empezado a alejarse.

—Bueno —dijo Frank casi para sí—, ‘*vaya con Dios*’.

—‘*Hasta luego*’ —dijo Ewball.

Se saludaron con la cabeza, tocándose ambos el ala del sombrero, y se dieron la espalda.

Frank cabalgó hacia donde había visto por última vez al grupo de indios, y los encontró en una cueva poco profunda a poco menos de un kilómetro valle adelante. Eran un hombre y dos mujeres, ninguno de los cuales vestía mucha ropa, aparte de un pañuelo rojo en la cabeza.

—Nos has salvado la vida —dijo el hombre en español mexicano.

—¿Yo?, yo no —dijo Frank haciendo gestos vagos hacia los ya lejanos anarquistas—. Sólo quería asegurarme de que estabais bien, y ahora sigo mi camino.

—Alguien nos salvó la vida —dijo el indio.

—Sí, pero ahora se han ido.

—Pero tú estás aquí.

—Pero...

—Tú vas al norte. Nosotros, también. Vayamos juntos un tiempo. Con permiso. Puede que encuentres algo que estabas buscando.

El indio se presentó como El Espinero.

—No es mi verdadero nombre, es el que me puso el *shabótshi*.

A temprana edad había demostrado una habilidad especial para localizar agua examinando espinas de cactus esparcidas al azar, y al poco se convirtió en un ‘*brujo*’ en activo que estudiaba las disposiciones de espinas y le decía a la gente qué le depararía el futuro inmediato, que era el tiempo gramatical que más importaba por aquellos tiempos en la Sierra.

Una de las mujeres era su esposa y la otra la hermana menor de ésta, cuyo marido había sido secuestrado y presumiblemente asesinado por huertistas.

—Su nombre *shabótshi* es Estrella —dijo el chamán. Asintió mientras esbozaba una sonrisa—. El nombre te dice algo. Ahora ella busca un hombre. Tú le salvaste la vida.

Frank la miró. Era un lugar peculiar para recordarle tan de golpe a la otra Estrella, el amor de Reef en Nohecita, que a esas alturas, con un poco de suerte, sería la madre de un pequeñín que ya hablaría y caminaría. Esta chica tarahumara era muy joven, y tenía una llamativa cascada de pelo moreno y grandes ojos expresivos de los que hacía un uso incendiario. Vestida para el camino, lo que significaba casi sin nada, no puede decirse que fuera una molestia mirarla. Pero tampoco era Estrella Briggs.

—No le salvé la vida —dijo Frank—, el chico que lo hizo se fue cabalgando hace poco, pero no sé si podríamos encontrarlo.

—‘*Qué toza tienes allá*’ —comentó la chica señalando el pene de Frank, que en ese momento de hecho parecía un tronco tirando a pequeño, bueno, digamos que mediano. Era la primera vez que ella se dirigía a él. Su hermana y El Espinero también examinaron el miembro y entonces los tres hablaron un rato en su idioma, aunque las carcajadas eran fáciles de traducir.

Al cabo de día y medio de viaje, El Espinero llevó a Frank a una mina de plata abandonada hacía mucho, en la parte alta de la llanura, donde crecían nopales y los lagartos reposaban al sol.

Frank comprendió que había estado esperando el rostro indescifrable del único ‘*duende*’ o *tommyknocker* mexicano que podía conducirlo de ese modo hasta las alturas por una pendiente, por encima de la última pared sin techo, en una montaña de halcones y águilas, que podía llevarle, más allá de su necesidad de luz o jornales, hasta el interior de algo que se asemejaba a una boca con una cubierta de espinas, por debajo de armazones de horcas rotos y puntales torcidos, dejándose por fin tragar, más que penetrar él activamente, en el misterio inmemorial de estas montañas; y ahora, llegado el momento de la subducción, no haría el menor gesto para evitarlo.

Frank llevaba ya un tiempo examinando cristales de calcita, a través de los prismas de Nicol de instrumentos de laboratorio cuyos nombres había olvidado, entre la escoria de zinc de las minas de Lake County, y por aquí, en las vetas de plata de la Veta Madre, y dudaba ya que nada parecido a ese fragmento de espato que ahora tenía se hubiera visto jamás en la Tierra, tal vez desde los primeros tiempos en la propia Islandia, sí, toda una pieza, lo reconocía, un cristal gemelo, puro, incoloro, sin un solo defecto, cada una de sus mitades reflejada idénticamente con el tamaño aproximado de una cabeza humana y lo que Ewball llamaría «de hábito escalenoédrico». Y ahí estaba también ese profundo resplandor, que no podía proceder de la tenue luz ambiental, como si tuviera un alma escondida en su interior.

—Ten cuidado. Mira bien adentro, descubre cosas.

Habían penetrado hasta el fondo de una caverna de la montaña, pero una extraña luminiscencia allí dentro le permitía ver tanto —Frank no pudo evitar pensarlo—, tanto como tenía que ver.

En las profundidades de la calcita, sin tener que esperar demasiado, vio, o, según diría más adelante, le pareció ver, a Sloat Fresno y el lugar exacto donde tenía que estar. Sin embargo, no recibió ningún mensaje parecido sobre Deuce. Un par de años después, cuando se encontró con Ewball y se lo contó, éste frunció el ceño en un gesto levemente malicioso.

—¿No debería haber sido, no sé, algo más *espiritual*? ¿Una profunda sabiduría, una verdad antigua, una luz del más allá, y no sólo un vulgar tiroteo de cantina? Pues me parece poca cosa para un cristal mágico, ¿no?

—Lo que dijo el indio fue que alguien, no importaba quién (aunque fuiste tú, ‘*compinche*’), salvó su vida y la de las mujeres, y que eso no era tanto un trozo real de espato cuanto la idea de dos mitades gemelas, de un equilibrio entre las vidas y las muertes.

—Así que todavía tienes dos muertes más esperando: una sería la de Deuce, y, si yo contara algo en esto, la otra tendría que ser la del viejo Huerta, porque ese hijoputa sigue por ahí jodiéndoles la vida a todos.

—¿Tienes hambre? —preguntó El Espinero.

Frank miró a su alrededor y, para variar, no vio nada comestible en un radio de unos trescientos kilómetros.

—¿Ves aquel conejo?

—No.

El Espinero sacó de su bolso una vara decolorada por el sol con un elegante combado en la punta, la levantó, miró a lo lejos y la lanzó.

—¿Lo ves ahora?

—Allí está. ¿Cómo lo has hecho?

—Te has acostumbrado a ver las cosas muertas mejor que las vivas. Como todos los *shabótshi*. Te hace falta ejercitar la mirada.

Después de comer, Frank les pasó a los demás el último cigarrillo que le quedaba. Las mujeres se apartaron para fumar en privado. El Espinero buscó entre sus pertenencias y sacó una especie de tentempié vegetariano.

—Cómete esto.

—¿Qué es?

—*Hikuli*.

Parecía lo que en el norte llamaban «cactus globo». Según El Espinero, la planta todavía estaba viva. Frank no recordaba haber comido nada que estuviera vivo jamás.

—¿Para qué sirve?

—Es una medicina. Cura.

—¿Qué cura?

—Esto —dijo El Espinero, con un gesto sobrio de la mano que señalaba toda la circunferencia visible del cruel llano.

No sintió nada durante un rato, pero cuando hizo efecto, Frank se vio empujado fuera de sí mismo, no sólo de su cuerpo mediante una vomitera espectacular, sino de todo lo demás que creía ser, lejos de su mente, de su país y su familia, de su alma misma.

En cierto momento se encontró en el aire, cogido de la mano de la joven Estrella, volando bastante rápido, a baja altura, sobre el campo iluminado por las estrellas. El largo cabello de la chica se agitaba por detrás de ella. Frank, que nunca había volado, quería girar a izquierda o derecha una y otra vez para explorar arroyos llenos de una oscuridad líquida y temblorosa, cactus altos y dramas de persecución depredatoria y demás, todo lo cual, de vez en cuando, también parecía resplandecer en esos colores peculiares, pero la chica, que había volado a menudo, sabía adónde tenían que ir, y al cabo de un rato él comprendió que ella le guiaba, así que se relajó y voló a su lado.

Más tarde, en el suelo o, más bien, por extraño que parezca, debajo del suelo, se encontró vagando por un laberinto de piedra de una cueva a otra, oprimido por una sensación creciente de peligro, y cada vez que elegía una bifurcación, pensando que

le llevaría al aire libre, no hacía sino adentrarse más en las profundidades, y al rato estaba ya al borde del pánico.

—No —dijo la chica con cuidado, calmándole con una inexplicable claridad de tacto—, no tengas miedo. Ellos quieren que te asustes, pero no debes darles lo que quieren. Tienes poder para no sentir miedo. Encuéntralo, y cuando lo hagas, procura recordar dónde está.

Aunque seguía siendo la Estrella tarahumara, al mismo tiempo también se había convertido en Estrella Briggs.

Llegaron a una cueva donde llovía, una lluvia suave pero persistente. Dentro de esa cueva, le explicó ella, cayendo sin parar durante miles de años, estaba toda la lluvia que debería haber caído en el desierto del sudoeste, agua vaporosa y gris, que no procedía de ningún manantial del interior de la montaña ni de nubes de fuera justo por encima, sino que era una consecuencia del pecado, crimen o error original que había creado también al desierto...

—Me parece que no es así —objetó Frank—, el desierto es algo que ha evolucionado a lo largo del tiempo geológico; no el castigo personal de nadie.

—Hace mucho, antes del principio de todo eso, cuando ellos estaban diseñando el mundo...

—«Ellos».

—«Ellos». La intención era que hubiera agua por todas partes, libre para todos. Era la vida. Entonces algunos se hicieron avariciosos.

Le contó a Frank cómo se creó el desierto, para que hicieran penitencia en él. Y por eso, para equilibrarlo, en algún sitio, oculta entre los incontables kilómetros de tierra yerma, estaba esta única cueva, llena de agua que caía eternamente. Si alguien quería buscarla, vaya, desde luego que era bienvenido, aunque lo más probable es que vagara por siempre jamás sin encontrarla. Las historias que corrían sobre minas de oro y plata hechizadas hablaban en realidad, la mitad de las veces, sobre esta cueva oculta de agua de lluvia, preciosa más allá de todo precio, pero los viejos locos del desierto pensaban que tenían que contarla en una especie de código, que había otros escuchando y que decir nada en voz alta sólo serviría para que el lugar se volviera todavía más remoto, que fuera incluso peligroso acercarse...

En ningún momento de la explicación pensó Frank que estuviese soñando, probablemente porque apenas se acordaba de sus sueños o apenas les prestaba atención cuando sí los recordaba. Aunque todo eso tenía la inmediatez tensa del México diurno en su disputa actual con su historia, algún día quedaría también relegado al registro de las experiencias a las que no había sabido encontrar ninguna utilidad.

Volvieron al campamento del desierto envueltos en un remolino de colores que giraban, entre ellos el magenta, el turquesa apagado y un serpenteante y peculiarmente pálido violeta, que aparecía no sólo alrededor de los contornos sino también borroso y sangrado en su interior, lo cual permitía atisbar de vez en cuando

una banda aislada de figuras solitarias en la pradera, hacia el ocaso, un ocaso cuyas profundidades incólumes se extendían barridas por el viento a lo largo de kilómetros, sumidas en un aire calmo de tal pureza que, con esta última luz nacida de su propia espesura gélida, empezaba a volver borrosas las lejanas montañas convirtiéndolas en un esbozo que sugería otros mundos, ciudades míticas en el horizonte...

Frank sabía que la mujer de El Espinero no era ni muda ni tímida, pues había oído varias y animadas conversaciones en, suponía, lengua tarahumara entre los tres, pero a él nunca le dirigía la palabra, sólo le miraba con comprensión y franqueza, como si hubiera algo muy obvio que él debería ver, algo de lo que quería hablarle pero que, por alguna razón, por algún imperativo del espíritu, no podía. Sin ser capaz de explicarlo, Frank tenía la certeza de que ella era el invisible corazón latiente de lo que fuera que hubiese traído a la familia al sur, al peligro del ejército mexicano, pero ninguno de ellos mostró la menor disposición a compartir la razón con él.

Llegaron a una bifurcación casi invisible, y el grupo de tarahumaras giró hacia el oeste, hacia la Sierra Madre.

Frank sonrió a Estrella.

—Espero que encuentres al hombre apropiado.

—Me alegro de que no fueras tú —dijo—. Eres un buen hombre, pero un poco asqueroso, con todo ese pelo que te crece en la cara, y siempre hueles como a café.

Cuando se separaron, El Espinero le dio un collar confeccionado con unas semillas transparentes como un cielo pálido, que Frank reconoció como Lágrimas de Job.

—No te mantendrán a salvo, pero estarás más sano. Es bueno para tu respiración.

—Ah, a propósito, y de aquel *hikuli*, ¿no tendrás más?

El Espinero señaló, riéndose, un cactus cerca de los pies de Frank, y él y las mujeres se alejaron sin parar de reír durante un buen rato, para ser exactos, hasta que se perdieron de vista al otro lado del horizonte montañoso y quedaron fuera del alcance del oído. Tras disculparse ante el cactus tal como le había instruido el '*brujo*', Frank lo arrancó en vivo de su hogar en la tierra y lo guardó en sus alforjas. Durante los días siguientes, lo sacaba para darle un pequeño bocado o a veces sólo para mirarlo y esperar instrucciones. Pero nunca tuvo ni de lejos la misma certidumbre que había sentido volando con Estrella / Estrella sobre el abigarrado desierto o desafiando la lúgubre piedra bajo él.

Siguió hacia el norte entre los altos cactus y los palos grasos, permaneciendo justo fuera de la vista del ferrocarril, hasta que un día se dio cuenta de que las montañas se habían transformado en encarnaciones geométricas de sí mismas, puntiagudas e imponentes hasta lo imposible, no más fáciles de aceptar que esta llanura desproporcionada por la que había cabalgado. ¿Qué otra cosa se podía hacer ahí aparte de correr y seguir adelante? ¿Qué más podía tener sentido? ¿Quedarse

quieto bajo esa inmensidad de cielo? Desecarse, inmovilizarse como un arbusto, como un cactus, ralentizarse poco a poco hasta asumir cierto estado mineral...

Pero ocurrió que un día Frank salió de unos campos de algodón irrigados, al borde del Bolsón de Mapimí, a la luz diurna de la única calle de un pequeño pueblo cuyo nombre no tardaría en olvidar, entró en una cantina como si hubiera sido cliente habitual desde hacía años (paredes de adobe, penumbra de las cuatro de la madrugada perpetua, vapores permanentes de pulque en el local, ni rastro de panoramas Budweiser Little Big Horn, qué va, en su lugar un mural medio desmoronado que representaba la antigua historia azteca fundacional del águila y la serpiente, que aquí mostraba perversamente a ésta enroscada alrededor del águila a punto de dar cuenta de ella, y colocaba inopinadamente en aquel escenario ancestral, contemplando la lucha, a cierto número de atractivas señoritas con peinados decimonónicos y vestimentas aztecas —ajustadas al concepto que el artista tenía de ellas—; las paredes carecían de más ornamentación que el mural, la pintura se caía a pedazos y se veían cicatrices de tiroteos o muebles lanzados contra ellas hacía mucho tiempo) y se encontró cara a cara, repantigado en una silla y con el rostro hinchado como si estuviera esperando, con el ya no esquivo Sloat Fresno, así de simple, con la pistola ya preparada en la mano, lo que apenas dio tiempo a Frank a buscar la suya y a disparar en frío, sin ocasión de despertar ninguna de aquellas emociones familiares, nada..., y el bueno de Sloat, que puede que ni siquiera llegara a reconocerlo, pues ni tan sólo fue capaz de disparar, salió despedido hacia atrás, y una de las patas de la silla se quebró bajo su peso ya muerto, así que cayó en media pirueta, lanzando una oscura cuchillada de sangre que voló por el aire y se onduló en un charco con forma de creciente, inaudible bajo el ruido de los disparos, hasta depositarse a lo largo de la suciedad antigua del suelo de la *'pulquería'*. *'Fin'*. Un silencio prolongado y de aliento de pólvora quemada, el humo que se elevaba, oídos que zumbaban, negros ojos mexicanos aparentemente fijos en el recién reclutado miembro de las filas de los muertos, aunque cualquiera de ellos reconocería a Frank si lo viera otra vez, por si se pasaba alguien por allí y preguntaba como era debido.

Frank, cuyos pensamientos se centraron rápidamente en la posibilidad de que Deuce Kindred rondara por el local y le hubiera visto, gritó en voz más alta de lo necesario y dirigiéndose a nadie en particular, como si quisiera comprobar lo nerviosos que estaban:

—*'¿Y el otro?'*

—*'Él se fue, jefe'* —respondió un anciano que sostenía un *'jarrito'* de barro, para empezar temprano el día.

—*'¿Y cuándo vuelva?'*

Con algo que parecía más un encogimiento de cara que una sonrisa, respondió:

—*'Nunca me dijo nada, mi jefe'*.

Y es imposible saber estos días quién era en realidad ese *otro*, si Deuce o cualquiera. Como eso no sirvió para calmar los nervios de Frank, siguió en un estado

de atención en espiral, reacio a tomarse nada o siquiera a enfundar la maldita pistola, que le parecía pegada a la palma de la mano. Por toda la calle empezaron a surgir los típicos ociosos de cantina, que comentaban con los espectadores qué hacer con los restos de Sloat, y algunos tipos ya habían mostrado interés por el contenido de sus bolsillos, aunque se daba por sentado que Frank tenía derecho a servirse primero.

—‘*Si el caballero quisiera algún recuerdo...*’

Sí, sí quería un recuerdo: los ‘*pistoleros*’ de la región eran famosos por llevarse partes del cuerpo, cabelleras, orejas, a veces penes, para enseñarlos durante los años dorados de su jubilación, sacarlos, inspeccionarlos, exhibirlos.

Ah, mierda.

Había sido demasiado rápido, incluso, podría decirse, fácil. Sí, podía decirse. No tardaría en empezar a entender cómo podían torcerse las cosas, cómo se estaban torciendo ya, mucho antes de que tuviera al pueblecito dejado de la mano de Dios a su espalda, y cómo lo lamentaría.

En Nueva York, disfrutando de unas semanas de permiso en tierra, los chicos habían levantado campamento en Central Park. De vez en cuando, llegaban mensajes de la Jerarquía mediante las habituales palomas y espiritistas, piedras a través de ventanas, correos con los ojos vendados que recitaban de memoria, cables submarinos, cables telegráficos terrestres y, últimamente, mensajes sin cables sintónicos, firmados, cuando era el caso, sólo con una cifra cuidadosamente críptica, que era lo más cerca que cualquiera de ellos había estado, o estaría jamás, de la desconocida pirámide oficial que probablemente se alzaba imponente entre las brumas de allá arriba. Con una manifiesta falta de interés por conocer a los chicos en persona, sus patrones siguieron siendo unos desconocidos para ellos, y les enviaban los contratos, que ni siquiera llegaban a firmar, sin aviso previo, y con frecuencia parecía que a ciegas, desde las alturas.

—Bueno, somos su proletariado, ¿no? —gruñó Darby—, los bobos que les hacen el «trabajo sucio» por poco más que nada; y si son demasiado buenos para rebajarse a hacer nuestro *trabajo*, lo serán todavía más para mezclarse con nosotros.

Una medianoche, con la habitual ausencia de ceremonia, apareció un pilluelo callejero con un sombrero rígido y una amplia gama de tatuajes, y con una sonrisa maliciosa y zalamera les entregó un sobre manchado de grasa.

—Ten, chico —dijo Lindsay dejando caer una moneda de plata en la mano del mensajero.

—¡Eh! ¿Qué's'sto? ¡Lleva una especie de dibujo de una barca de vela!, ¿de qué país viene te pregunto?

—Permíteme que te lo lea. Dice: «Exposición Colombina, Chicago 1893». Y aquí, en el anverso, te tranquilizará ver: «Medio dólar colombino». En realidad, vendían a un dólar la pieza.

—Así que pagaste el doble por algo que sólo tenía valor en Chicago hace diez años. Cohonudo. Sólo me hace falta la máquina del tiempo, estoy informao, ¿no? —El pilluelo, girando la moneda con destreza de una mano a la otra, se encogió de hombros y se dispuso a marcharse.

Sin embargo, su comentario había sumido a los Chicos en un mutismo casi paralizado, bastante desproporcionado ante lo que parecía tan sólo una broma desagradecida por razones que ninguno de ellos, si se les hubiera presionado, habría podido explicar. El chaval ya había cruzado la mitad de un cercano puente ornamental cuando Chick Counterfly se recuperó lo suficiente para gritar:

—Eh, ¡espera un momento!

—Tengo cosas que hacé —respondió el joven—, así que date prisa.

—Has dicho «máquina del tiempo», ¿a qué te referías?

—A na. —Pero sus pies dijeron otra cosa.

—Tenemos que hablar de eso. ¿Dónde podemos encontrarte?

—Ahora tengo recaos que hacé. Ya volveré. —Antes de que Chick pudiera decir nada, el impertinente nuncio se había desvanecido en el entorno silvestre.

—Intentaba decirnos algo, creedme, yo de estas cosas me doy cuenta enseguida —dijo con el ceño fruncido Darby Suckling más tarde, durante la reunión plenaria que seguía a la Revista Vespertina. El conflictivo chico, tras convertirse recientemente en Oficial Jurídico de la Nave, anhelaba explorar y, si era posible, abusar de sus nuevas prerrogativas—. Tendríamos que buscar un juez, conseguir un mandato y hacer que el chaval suelte todo lo que sabe.

—Es más probable —supuso Lindsay— que el *jeu d'esprit* especulativo del señor H.G. Wells sobre el tema haya sido adulterado con fines lucrativos por las «novelas baratas», de las que nuestro visitante, suponiendo que lea, es sin duda un *habitué*.

—Pero esto —dijo Randolph haciendo un gesto con la única hoja que el joven había entregado— lo ha firmado el Comando Supremo de los Chicos del Azar. Sobre el que, de hecho, llevan años corriendo rumores de un programa de alto secreto, relacionado en cierto modo con el viaje en el tiempo. Por lo que sabemos, ese chico podría ser un empleado discontinuo del Comando, quizá no del todo satisfecho, y su curioso comentario podría ser una invitación cifrada para investigar el tema con él.

—Si sus gustos alcohólicos resultan tan baratos como sus hábitos de lectura —dijo Lindsay, que era el Tesorero de la Unidad—, podríamos tener bastante, en nuestro fondo destinado a la compra de información, para un vasito de cerveza.

—Eehhnniii, pues emite otro cheque del Préstamo Nacional —se burló alegremente Darby—. Los peces gordos le pondrán el sello de goma como siempre, y a lo mejor nos ayuda a descubrir qué es lo que no quieren que sepamos.

En días venideros recordaría esas palabras con cierta amargura, cuando el pequeño grupo se había embarcado ya en una expedición fatídica que, cada uno de ellos a su modo, hubiera preferido no emprender.

Fiel a su palabra, el mensajero, un tal «Tapón» Loafsley, volvió al día siguiente con instrucciones profusas y pormenorizadas para llegar a su cuartel general personal, el Lollipop Lounge, que resultó ser un burdel infantil en el Tenderloin, uno de los diversos locales que dirigía Tapón como parte de un sórdido imperio, que incluía fumaderos de opio para chavales repartidores de periódicos y rifas clandestinas en catequesis. Lindsay Noseworth, al oírlo, «se subió por las paredes».

—Tenemos que poner fin inmediatamente a toda relación con el pequeño monstruo. Aquí está en juego nuestra supervivencia moral, ni más ni menos.

—Si se encara en un espíritu de investigación científica —propuso Chick Counterfly con tono tranquilizador—, no tengo nada que objetar por mi parte, por más repugnante que sea, a reunirme con el joven Loafsley en cualquier antro o pocilga corrupta que él tenga a bien llamar oficina.

—Y puede que sea mejor que me pegue como carabina —sugirió Darby Suckling.

¿Se intercambiaron miradas de complicidad? Las versiones difieren. En cualquier caso, avanzada esa tarde, los dos tripulantes, ataviados con conjuntos a juego de

cuadros añiles y amarillos mostaza, coronados con bombines gris perla, se introdujeron en el Tenderloin, siguiendo las indicaciones que el joven Loafsley les había dado, y al poco se encontraron sumergidos en la oscura topografía del Vicio más de lo que ninguno habría creído posible, hasta que llegaron, cerca de medianoche, rodeados de una niebla densa de muelle, ante una puerta de hierro corroído, vigilada por lo que debía de ser un niño, salvo por los dos metros treinta de altura, con una masa corporal en proporción, por no decir que tendía a lo fornido. Algo glandular, se diría.

Recolocándose su gorra, del tamaño de una bañera, en un ángulo más autoritario:

—Caballeros, me llaman Pequeñín, ¿en qué puedo servirles?

—Procura no pisarnos —murmuró Darby.

—Tenemos una cita con Tapón —dijo Chick en tono apaciguador.

—¡Sois los Chicos Delazar! —exclamó el descomunal «gorila»—. Eh, es todo un honorazo conocerlos, me leo todo lo vuestro, es demasiao, todos sois chachis, menos a lo mejó ese tal Nosewoit, de él no me fío tanto.

—Se lo diremos —respondió Darby.

En cuanto entraron, los alcanzó de pleno una poderosa ráfaga poliaromática, como si saliera exhalada de los pulmones corruptos de la Depravación en persona, que incluía vapores de alcohol, humo de tabaco y cáñamo, un amplio espectro de aromas baratos en el que figuraban de modo prominente el opopónaco y la verbena, con indicios más oscuros de eyecciones corporales, aleaciones metálicas sobrecalentadas y pólvora recién quemada. Una pequeña banda, afianzada en un saxo contrabajo y que también incluía una trompeta de varas, una mandola y un ruidoso piano barato, tocaba «rag» incansablemente en algún lugar tras un muro protector del humo de múltiples capas. En las tinieblas, se deslizaban por todas partes huríes prepuberescientes, más o menos ligeras de ropa, bailando solas o con clientes, o entre ellas, que atraieron las miradas valorativas, por no decir hipnotizadas, de Darby.

Una *chanteuse* regordeta y vigorosa de unas diez primaveras, y de un rubio incandescente, surgió de un hueco del fondo luciendo un vestido de lentejuelas de oro artificial que iban cosidas no a una tela subyacente sino, sólo y precariamente, *entre ellas*, lo que le daba un aire turbio más llamativo incluso que la desnudez integral, y, acompañada por la diminuta orquesta de «jazz», cantó:

Nos miran con desdén en los barrios pijos,
nos desprecian en los malos por canijos,
nos conocen por toda la ciudad
como los Chicos de la Noche,
y las chicas del Bowery
parecen vírgenes y florecitas
comparadas con
nosotros, ¡pobrecitas!

Siéntate a tomar una copa o
échate un baile, mindundi,
y aunque la mojigata señorita Grundy
desconfíe,
trae a tu esposa y a tus hijos,
y a tus sobrinos más tiernos
(les gustará) pasar una noche
¡en la Cocina del Infierno!

—Chicos, si os hace «tilín» cualquiera de estos de aquí, eh, sólo tenéis que decirlo y veremos qué se pué hacé —ofreció Tapón.

—Pues ahora que lo dices... —empezó Darby mirando a la «ave cantora» menor de edad, pero le interrumpió Chick Counterfly.

—Algo que mencionaste el otro día...

—Sí, ¿sí? Sólo soy un niño, no me acuerdo de to, ¿a que no?

—Algo así como que lo único que te hacía falta era una «máquina del tiempo»...

—¿Y? ¿A quién no le gustaría tené una?

—En realidad —se explayó Darby—, fue el modo en que dijiste «*la* máquina del tiempo». Casi como si supieras de la existencia de *una concreta*, en algún sitio.

—¿Trabajáis para la pasma o algo así?

—En esto podría haber una bonita propina, Tapón —comentó Chick como el que no quiere la cosa.

—¿Ah, sí? ¿Como cuánto de bonita?

Chick sacó un sobre lleno de billetes, que el joven delincuente sólo pudo abstenerse de tocar con un esfuerzo visible, pero que sopesó con rayos oculares tan sensibles como una balanza de laboratorio.

—¡Runnuh! —llamó. Media docena de pequeños pillos se presentaron al instante en la mesa—. ¡Tú! ¡Cheezy! Ya tardas en buscarme al Doc.

—¡Claro, jefe!

—Vete a por él, dile que va a tené visita.

—Hecho, jefe.

—Ahora vuelvo. Bebed, paga la casa. Oh, y también a Angela Grace, sí.

—Enas noches, chicos. —Era la misma cantante en su atuendo de lentejuelas, la que, o puede que fuera lo que, había fascinado tan hipnóticamente a Darby hacía un momento.

—Salimos del territorio de la banda de los Gophers y entramos en el de la banda de los Hudson Dusters..., o de lo que lo era hasta que estos malditos burgueses se pusieron a pringar lo to —informó Tapón a los chicos cuando el grupo se dirigió al

oeste y el sur, en la niebla, que a esas alturas ya se había extendido. Desde la Bahía, en lontananza, llegaba el triste tañir de las boyas-campana, las ásperas fanfarrias de las sirenas de niebla y las de los vapores—. No veo una mierda —se quejó Tapón—. Tengo que usar la napia. ¿Vosotros sabéis cómo huele eso del «ozono»?

Chick asintió.

—Supongo que entonces buscamos una central eléctrica, ¿no?

—Está por el «Elevao» de la Novena Aveniu —dijo Tapón—, pero el Doc y los otros igual la comparten. Algunos tratan con el señor Mowgan. La Máquina chupa mucha «pasta», que lo sepáis.

Se oyó un ruido metálico seco, apagado y amortiguado por la niebla.

—¡Creo que debe de ser tu «Elevao»! —exclamó Darby con tono de queja— Me he dado un golpe con un jodido puntal.

—¡Oh, pobrecito! —gritó Angela Grace—, ¿me dejas besarte el chinchón?

—Te dejo buscarlo —murmuró Darby.

—Ahora sólo tenemos que seguir hacia el sur —anunció Tapón—, hasta que la napia nos avise de que hemos llegado.

Se aproximaron a un arco conmemorativo, gris y corroído por el tiempo, que parecía remontarse a una antigua catástrofe, mucho más antigua que la ciudad. Las brumas se disiparon el tiempo justo para que Chick pudiera leer una leyenda sobre un entablamento: POR MÍ SE VA A LA CIUDAD DOLIENTE. DANTE. Tras pasar bajo el colosal arco, siguieron avanzando a tientas sobre adoquines resbaladizos por la niebla, entre animales en descomposición, montones de basura y las hogueras que ardían despacio de los ciudadanos sin casa del barrio, hasta que, finalmente, se hizo abrumadora la acre firma triatómica, acompañada de un áspero zumbido que saturaba los alrededores, y se encontraron ante una puerta de piedra que rezumaba humedad; la morada que había más allá permanecía en su mayor parte invisible, salvo por unas dispersas luces eléctricas azuladas que florecían a esta vaporosa hora nocturna, que ninguno de los dos aeronautas fue capaz de interpretar en términos de distancia o elevación. Tapón apretó un botón en el poste de la puerta y una voz metálica respondió desde alguna parte:

—Más tarde de lo que usted creía, señor Loafsley.

Un relé solenoide se ajustó con un sonoro golpe y la puerta se abrió chirriando.

Dentro, en unas caballerizas para carruajes reconvertidas en laboratorio, encontraron a un hombre con cuerpo de duendecillo, a quien Tapón presentó como Doctor Zoot, y que llevaba un mono de trabajo, zapatillas, anteojos ahumados y un casco cuya superficie estaba puntuada de accesorios eléctricos no del todo familiares.

—¡Bien! ¡Tenéis pinta de acabar de hacer la gira por los bajos fondos y de buscar alguna nueva *diversión urbana* que contarle a los amigos en los actos sociales de la iglesia! Bueno, supongo que podremos prepararos algo. Miles de clientes satisfechos, todos de lo mejorcito, pues el señor Loafsley todavía no me ha decepcionado, ¿no es verdad, chico?

Como si hubiera atisbado a través de la oscuridad de las lentes de los anteojos del Doctor Zoot algo inaceptablemente ominoso, Tapón, que parecía pálido bajo la cruda iluminación del laboratorio, agarró con fuerza a Angela Grace y juntos retrocedieron y salieron por la puerta como si se retiraran ante la presencia de la realeza.

—Gracias, Tapón —dijeron los chicos—; adiós, Angela Grace. —Pero los dos niños de las profundidades ya se habían desvanecido.

—En ese caso, venid.

—Espero que no le entretengamos mucho, Doctor —dijo Chick.

—Cuanto más tarde sea, mejor —dijo el Doctor Zoot—. No hay muchos trenes a esta hora de la noche, así que la corriente es más fiable, aunque ni punto de comparación con el producto alemán, ni de lejos, claro..., pero ahora, caballeros, *voilà*..., ya me diréis qué os parece.

El aspecto de la Máquina no le pareció especialmente avanzado a ninguno de los chicos. En medio de un ronco zumbido, violentas chispas azules saltaban ruidosamente entre electrodos voluminosos que no habrían parecido fuera de lugar en una dínamo de los tiempos de su abuela. El exterior, en el pasado inmaculado, se había picado y ensuciado con restos electrolíticos. Las cifras que quedaban visibles en las esferas de los diales cubiertas de polvo debían mucho a los gustos de diseño de una generación anterior, así como el estilo Breguet de las agujas indicadoras. Inquietaba todavía más el que incluso la mirada más inexperta pudiera detectar por todas partes líneas de soldadura de emergencia, resplandores descuidados, cierres desajustados, manchas de imprimación sobre las que no se había pintado jamás y otras pruebas de improvisación. La impresión abrumadora era que se había desviado el presupuesto para cualquier otra cosa que no fuera el mantenimiento más imprescindible.

—¿Es esto? —parpadeó Darby.

—¿Algún problema?

—No puedo hablar por mi socio —se encogió de hombros el cáustico joven—, pero es una máquina del tiempo un tanto destartada, ¿no?

—Pues os propongo algo: ¿qué os parece un viaje de muestra, al futuro, y luego de regreso? Sólo os cobraré la mitad y, si os gusta, podemos probar algo más audaz.

Con cierto garbo alegre, que se vio un tanto cuestionado por los espantosos chirridos de las bisagras y un visible encorvamiento de las juntas de gutapercha alrededor de la carrocería, el Doctor Zoot abrió de golpe la escotilla de la cámara del pasaje y les hizo un gesto con la cabeza para que entraran, y los chicos se toparon con un tufo a whisky derramado, que la nariz instruida reconocía como incuestionablemente barato. Los asientos de los pasajeros parecían comprados en una subasta de hacía mucho tiempo; la tapicería no iba a juego, y estaba tan manchada y desgastada como rayados y con quemaduras de puros los acabados de madera.

—Será divertido —dijo Darby.

A través de la única ventana de cuarzo manchada de la cámara, los chicos observaron al Doctor Zoot dando frenéticos bandazos por la sala, adelantando las manecillas de todo reloj que encontraba, incluidas las de su propio reloj de bolsillo.

—Oh, por favor —gruñó Darby—, ¿no es un poco insultante? ¿Cómo desenganchamos esta escotilla y salimos de una vez de aquí?

—No podemos —replicó Chick, señalando la ausencia de los accesorios pertinentes con más aire de curiosidad académica que de la alarma o pánico que, dadas las circunstancias, cualquiera le perdonaría—, como tampoco es probable que podamos encontrar aquí dentro ningún medio para controlar nuestro «viaje». Parece que estamos a merced de este Doctor Zoot, y debemos comportarnos con la esperanza de que su personalidad no resulte completamente diabólica.

—Formidable. Una nueva sorpresa para los Chicos del Azar, para variar. Cualquiera día de estos, Counterfly, se nos va a acabar la suerte...

—Suckling, mira... ¡la ventana!

—No veo nada.

—¡De eso se trata!

—A lo mejor ha apagado la luz.

—No, no, luz hay. Puede que no sea la que nosotros conocemos, pero...

Los dos jóvenes entornaron los ojos hacia donde había estado la transparencia de cuarzo, intentando enterarse de qué pasaba. Una especie de vibración, no tanto de la cámara física en sí cuanto de algún punto insospechado del interior de sus propios sistemas nerviosos, empezó a cobrar intensidad.

Parecían encontrarse en medio de una gran tormenta cuya tenue iluminación les permitió distinguir al poco, en movimiento continuo a lo largo del campo de visión, inclinadas con el mismo ángulo que la lluvia, si es que de lluvia se trataba —cierto material en descenso, gris y tensado por el viento—, indudables entidades humanas, masas de almas a caballo, en la grupa, o a pie, avanzando por millones sobre el paisaje, acompañadas de una manada igualmente inconmensurable de caballos. La multitud se extendía más allá de donde les alcanzaba la vista, como una caballería espectral, rostros inquietantemente imprecisos, ojos que eran poco más que huecos borrosos, la caída de las ropas cambiando sin parar debido a un flujo invisible que tal vez no era sólo viento. Grupos brillantes de puntos metálicos aparecían y se deslizaban en tres dimensiones, puede que más, como estrellas que reventaran a través de las ondas expansivas de la Creación. ¿Lo que oían eran gritos de dolor? A veces parecían cánticos, a veces les llegaban un par de palabras en un idioma casi reconocible. Y así, galopando en una corriente incesante, sin parar, sin ningún control sobre su propio destino, la desconsolada cohorte se veía arrastrada pavorosamente sobre el filo del mundo visible...

La cámara se estremeció, como bajo un huracán. El ozono se filtró al interior como un almizcle que acompañase un baile de apareamiento de autómatas, y los chicos se sentían cada vez más desorientados. Al poco, hasta los confines cilíndricos

en los que habían entrado parecieron desmoronarse, dejándolos en un espacio sin límites en todas direcciones. Entonces se hizo audible un bramido continuo, parecido al del océano —pero no lo era—, seguido de gritos como de bestias a campo abierto, estridencias brutales y ronroneantes que resonaban sobre sus cabezas, a veces tan cerca que alteraban los nervios de los chicos, pero no, no eran de bestias. Y por todos lados emergía un olor a excrementos y tejido muerto.

Los dos se miraban fijamente a través de la oscuridad, como si estuvieran a punto de preguntarse cuándo se consideraría propio pedir socorro a gritos.

—Si ésta es la idea que tiene nuestro anfitrión del futuro... —empezó a decir Chick, pero se vio abruptamente interrumpido por la emergencia, desde el ominoso entorno de sombra que los circundaba, de una larga pértiga con un inmenso *gancho de metal* en la punta, como los que suelen utilizarse para retirar a intérpretes cuestionables de los escenarios de variedades, y que, tras asirse con firmeza alrededor del cuello de Chick, al instante lo lanzó a regiones indescifrables.

Antes de que Darby tuviera tiempo para gritar siquiera, el Gancho reapareció para realizar una extracción similar de él mismo, y en un abrir y cerrar de ojos ambos chicos se vieron de regreso en el laboratorio del Doctor Zoot. La endemoniada «máquina del tiempo», todavía intacta, se estremecía en su lugar de siempre, como si se divirtiera.

—Tengo un amigo que trabaja en los teatros del Bowery —explicó el Doctor—. Este gancho puede venir muy bien a veces, sobre todo cuando no hay mucha visibilidad.

—¿Qué es lo que hemos visto? —preguntó Chick con toda la tranquilidad que pudo.

—Cada persona ve algo distinto, pero no os molestéis en contármelo, he oído demasiado, si queréis que os diga la verdad, más de lo recomendable para un hombre, y sería raro que os hiciera algún bien abordar el asunto.

—¿Y está seguro de que su..., su máquina... funciona según las especificaciones de su diseño y demás?

—Bueno...

—¡Lo sabía! —gritó Darby—. Miserable psicópata, casi nos ha matado, ¡por el amor de Dios!

—Mirad, chicos, os dejaré hacer el viaje gratis, ¿vale? La verdad es que el maldito artilugio ni siquiera lo inventé yo. Lo compré a muy buen precio hace un par de años en el Medio Oeste, en una de esas..., supongo que podría llamárseles convenciones... El propietario, según recuerdo, parecía ansioso por deshacerse de ella.

—¿Y la *compró usada*? —chilló Darby.

—De segunda mano, pero por poco, así lo expresaron ellos.

—No creo —dijo Chick esforzándose por recuperar su habitual suavidad de tono — que consiguiera los planos de ingeniería, los manuales de funcionamiento y

reparación o algo por el estilo, ¿me equivoco?

—No, pero pensé que, como ya sabía desmontar el último Oldsmobile y recomponerlo con los ojos vendados, este artefacto no podía ser mucho más difícil.

—Y sus abogados estarán de acuerdo, por descontado —le espetó Darby.

—Oh, vamos, amigos...

—¿Dónde y a quién exactamente, Doctor Zoot —le presionó Chick—, compró la unidad?

—No sé si conoceréis la Universidad de Candlebrow, institución de estudios avanzados sita en el remoto corazón de la República; una vez al año, todos los veranos, convocan una gran reunión sobre el viaje en el tiempo, a la que acuden más pirados, desquiciados bicéfalos y cerebros de chorlito de los que puedan asustarse con cualquier arma conocida. Yo pasé casualmente por allí, para, bueno, ya sabéis, un poco de trapicheo con tónicos nerviosos y demás, y me topé con ese tipo en una cantina a orillas del río llamada Ball in Hand, y me dijo que atendía por Alonzo Meatman, aunque podría haber cambiado de nombre desde entonces. Mirad, aquí consta, en la escritura de venta, aunque si le vais a buscar..., bueno, supongo que no hará falta mencionar mi nombre, ¿no?

—¿Por qué no? —preguntó Darby todavía un poco nervioso—. ¿Insinúa que es peligroso? Nos está mandando a otra trampa letal, ¿verdad?

—No tanto por él —respondió el Doctor Zoot sin parar de moverse e incapaz de mirarlos a los ojos—, cuanto por sus... socios, bueno, más vale que mantengáis el ojo avizor.

—Una banda criminal. Formidable. Gracias.

—Digamos que me alegré de volver al camino en cuanto pude, y sólo me sentí tranquilo cuando el río se interpuso entre nosotros.

—Vaya, así que no les gusta cruzar cursos de agua —se burló Darby.

—Ya lo verás, joven amigo. Y puede que entonces lo lamente.

En la Universidad de Candlebrow, la tripulación del *Inconvenience* encontraría la combinación justa de nostalgia y amnesia para obtener una falsificación razonable de la Intemporalidad. Y, como quizá era inevitable, también ahí realizarían el fatal descubrimiento que los llevaría, tan inexorablemente como la rueda del Zodiaco, a su *Imum Coeli*...

Durante los últimos años, la Universidad se había ampliado mucho más allá de los recuerdos de los alumnos más antiguos, que, al volver, se topaban con ornamentos de hierro al estilo de Chicago y construcciones modernas de estructura continua entre los edificios que recordaban —eso si no los sustituían—, réplicas de masonería de modelos europeos edificadas con frecuencia por inmigrantes de ciudades universitarias o catedralicias del viejo continente. La Puerta Oeste, que pretendía enmarcar las puestas de sol equinocciales, conservaba todavía las dos torres, de piedra rústica y aire gótico, que la flanqueaban, pero ahora había quedado pintorescamente empequeñecida por las imponentes y cúbicas residencias que había dentro, lo cual le daba, aunque se hubiera erigido apenas hacía una generación, un aspecto de marcada antigüedad, que evocaba una edad remota anterior a los primeros exploradores europeos, anterior a los Indios de las Praderas que habían encontrado aquí, anterior incluso a aquellos que los indios recordaban en sus leyendas como gigantes y semidioses.

Las ahora famosas Conferencias Anuales de Candlebrow, como la misma institución, eran financiadas por la vasta fortuna del señor Gideon Candlebrow de Grossdale, Illinois, que había ganado un dineral en el pasado durante el gran Escándalo de la Manteca de Cerdo de los años ochenta, en el que, antes de que el Congreso pusiera fin a la práctica, incontables toneladas adulteradas de ese alimento se exportaron a Gran Bretaña, empeorando todavía más una cocina nacional ya de por sí degradada, y dando lugar en toda la isla, sin ir más lejos, a la polémica del pudín de Navidad que todavía hoy divide a las familias, a menudo violentamente. En los posteriores empeños por encontrar fuentes más legales de beneficio, uno de los empleados de los laboratorios del señor Candlebrow inventó el «Smegmo», un sustituto artificial para cuanto entrara dentro de la categoría de grasa comestible, incluida la margarina, que muchos ya creían que no era real. Un eminente rabino de la capital mundial del cerdo, Cincinnati, Ohio, se vio impelido a declarar que el producto era kosher, añadiendo que «el pueblo hebreo llevaba esperando algo así desde hace cuatro mil años. Smegmo es el Mesías de las grasas culinarias». Con asombrosa rapidez, Smegmo había pasado a suponer la mayoría de los beneficios anuales de Candlebrow Ventures. El secreto de su fórmula se guardó con tal saña que habría avergonzado al mismísimo Zar de Rusia, de manera que en la Universidad de Candlebrow, omnipresente como era el producto en la *cuisine* y entre los condimentos de mesa de la Cafetería de Estudiantes, no paraban de oírse diversas historias sobre su composición exacta.

Los beneficios generados por las ventas de Smegmo proporcionaron los fondos, a una escala casi suntuaria, para la Primera Conferencia Internacional sobre el Viaje en el Tiempo, un tema que de la noche a la mañana se había vuelto respetable debido al éxito de la novela del señor H.G. Wells *La máquina del tiempo*, publicada en 1895, un año que se citaba a menudo como límite inferior de la fecha de la primera Conferencia, aunque todavía no se había llegado a un acuerdo sobre qué ordinales asignar a aquellas reuniones, «pues, una vez que se ha inventado el viaje en el tiempo», afirmó el Profesor Heino Vanderjuice, cuya presencia ese año como conferenciante invitado encantó a los chicos, «nada nos impide remontarnos en el pasado cuanto queramos, y celebrar las Conferencias *allá*, en la época en que por aquí todo era prehistórico, con dinosaurios, helechos gigantes, picos flamígeros por todas partes y demás...».

—Con todo el debido respeto al Profesor —se quejó Lindsay Noseworth en la reunión vespertina de la Unidad—, ¿es esto lo que tenemos que esperar por aquí, estos pesados pedantes moviéndose por los interminables cenagales de lo metafísico? Sinceramente, no sé cuánto podré aguantar.

—Pues he visto unos «bomboncitos» universitarios muy apetecibles —comentó lascivamente Darby.

—Otra más de tus vulgaridades, Suckling, que, he de confesarlo, afortunadamente me resultaban ajenas hasta que te conocí.

—Una ignorancia que es probable que continúe —profetizó Miles Blundell—, por lo menos hasta el año 1925 o por ahí.

—¡Veis! —exclamó Lindsay un poco más alto de lo necesario—, ¡está empezando! Imaginaba, ingenuamente según parece, que habíamos venido a descubrir, si podíamos, algún propósito en estas expediciones cada vez más peligrosas que nos ordenan, en las que nuestra irreflexiva participación, sin duda, a menos que empecemos a dar pasos para aumentar nuestra seguridad, nos conducirá algún día a la disolución.

—Eso suponiendo que el tal Doctor Zoot no nos haya mandado aquí a perder el tiempo —les recordó Randolph St. Cosmo—, por motivos propios no del todo respetables.

—Un pirado integral —se burló Darby.

Dentro del pabellón deportivo del campus se había creado un vasto espacio de residencias, con calles y edificios numerados, accesible tan sólo tras complejos procesos de inscripción y etiquetas identificativas con códigos de colores... Una vez apagadas las luces, el espacio se volvía ilegible, emboscado de sombras, lleno de susurros, murmullos, con resplandores de capas de lámparas junto a las camas, ukelelistas que tocaban y cantaban en la oscuridad... Pajes de voces suaves contratados entre los niños de la ciudad circulaban entre los durmientes durante toda la ronda nocturna, con mensajes telegráficos de padres, amantes, sociedades de viaje en el tiempo de sus ciudades de origen...

Se servían comidas día y noche, siguiendo un misterioso sistema de cambios de menú y de horario, en el refectorio de la enorme sala de estudiantes, al que no se llegaba por el vestíbulo ni la recepción de la entrada de ceremonias, sino a través de tramos semisecretos de escaleras que se perdían en las regiones traseras, pasillos cuidadosamente alfombrados que conducían siempre hacia abajo, hasta la cola de servicio, donde un impaciente personal de comedor permitía muy pocos despistes a los que llegaban tarde, tras perderse en la secuencia de puertas y pasillos, tardanza que daba derecho, como mucho, a un solitario panqueque o a los posos de una jarra de café, o, como castigo por llegar «demasiado» tarde —un concepto muy flexible allí—, a nada en absoluto.

Los chicos, que se habían aprendido a conciencia las complejidades de acceso y horario, entraron con sus bandejas cargadas con el desayuno en una cafetería bañada de una luz marrón oscura, con mesas y sillas de madera tan enceradas que resplandecían.

Miles localizó la vasija de barro con Smegmo entre la sal, la pimienta, el ketchup, la mostaza, la salsa de carne, el azúcar y la melaza, la abrió y olió intrigado el contenido.

—A ver, ¿qué es esto?

—¡Pega con todo! —le aconsejó un estudiante de una mesa próxima—. Remuévelo en la sopa, úntalo en el pan, machácalo en los nabos. ¡Mis compañeros de residencia se peinan con él! ¡Hay *millones* de maneras de usar el Smegmo!

—Ya he olido antes algo parecido —dijo absorto Miles—, pero... no en esta vida. Pues... hay algunos olores que pueden retrotraernos instantáneamente a años previos...

—Tránsito Naso temporal —dijo asintiendo el enterado joven—. Mañana hay un seminario sobre la materia, en Finney Hall. ¿O acaso me refería a anteayer?

—Bien, caballero, este brebaje de Smegmo a mí me remonta todavía más allá de la infancia, de hecho tan atrás como a una vida anterior, *incluso a antes de que fuera concebido*...

—Miles, por lo que más quieras —dijo Lindsay, ruborizándose y dándole una patada a su compañero bajo la mesa—, ¡HDP! —que era el código de los Chicos del Azar para «Hay Damas Presentes». De hecho, cerca había una mesa llena de «alumnas» en florescencia que habían seguido la conversación con cierto interés.

—Vaya, vaya —dijo Darby dándole un codazo cómplice a su antiguo socio de travesuras—. No son lo que se dice Chicas de Gibson. Fíjate en el peinado de la rubia de allí. ¡Hay que ver!

—Suckling —apretó los dientes Lindsay—, aun en una carrera como la tuya, que ha tendido cada vez más a lo sórdido y en la que sin duda aguardan mayores barbaridades, nada será más cuestionable, en términos morales, que esas repetitivas manifestaciones de una adolescencia enfermiza.

—Si alguna vez llegas a vivir una adolescencia, házmelo saber —replicó Darby con un tono que dejaba clara su intención mordaz—. Tal vez pueda darte unos consejos.

—Eres un insoportable...

—Caballeros —intervino Randolph agarrándose el abdomen con el ceño fruncido —, tal vez crean posible posponer este sin duda fascinante coloquio hasta una ocasión menos pública. Y debo añadir, señor Noseworth, que esas constantes tentativas de estrangular a Suckling dañan nuestra imagen pública.

Avanzada esa mañana, se apiñaron, en compañía del Profesor Vanderjuice, dentro de un automóvil para hacer una visita al vertedero municipal, situado en las lindes de la ciudad, y que estaba envuelto en un humo perpetuo grisáceo, de límites imprecisos.

—¡Colossal wellsianismo! —gritó el Profesor—, ¡no es más que una inmensa chatarrería!

Desde abajo hasta arriba del todo, por las escarpadas paredes de un barranco, se amontonaban las gigantescas moles selectas de fallidas máquinas del tiempo —Cronoclipos, Transeculares de Asimov, Tempomorfos Q-98—, rotas, defectuosas, chamuscadas por llamaradas catastróficas de energía mal dirigida, corroídas a menudo más allá del reconocimiento por la inmersión involuntaria en el terrible Fluir para cuyo dominio, con tanta esperanza, habían sido diseñadas y construidas... Un campo sembrado de conjeturas, superstición, fe ciega y pésima ingeniería, materializado ahí en láminas de aluminio, vulcanita, aleación de Heusler, bonzolina, electrum, palo santo, platinoide, magnalium y cobre blanco de China, buena parte de lo cual había sido destrozado por saqueadores y rebuscadores de basura. ¿Dónde estaba la segura bahía del Tiempo que sus pilotos podrían haber encontrado, evitando así esos ominosos destinos a sus naves?

Aunque hicieron un cuidadoso inventario, ni Chick ni Darby pudieron encontrar, ni montado ni en piezas, el modelo de la máquina en la que el Doctor Zoot los había enviado a aquel movimiento apocalíptico de masas que todavía los inquietaba cuando por descuido caían en el ensimismamiento.

—Tenemos que encontrar a ese tal Meatman al que mencionó el «Doctor» —dijo Chick—. Una visita a la taberna local parecería pertinente.

—La Ball in Hand —recordó Darby—. Y bien, ¿a qué esperamos?

A medida que iban pasando los años y la Tierra completaba una y otra vez su vuelta automórfica alrededor del sol, las Conferencias de Candlebrow convergían hacia una forma de Eterno Retorno. Por ejemplo, a nadie se le vio nunca envejecer. Y aquellos que, cada año que pasaba, podrían, en cierto sentido técnico, «haber muerto» fuera de los recintos de ese campus encantado, en cuanto se deslizaban a través de sus puertas, eran rápidamente «resucitados». A veces traían los recortes de su necrológica consigo, para compartirla entre risas con sus colegas. Y, que quede claro, se trataba de regresos corporales sólidos, sin nada de figurativo o plásmico. Sugerir siquiera esa posibilidad habría supuesto para el osado escéptico una «patada en los morros» por

sus imputaciones de fragilidad y falta de virilidad. Las ventajas de este vivificante retorno eran evidentes para todos; sin ir más lejos, la principal era el placer de hacer caso omiso a los consejos médicos, permitiéndose bebidas fuertes y comidas grasientas letales, o el de salir hasta tarde en compañía de sospechosos o de delincuentes reconocidos y tomar parte en apuestas cuyo volumen habría provocado una apoplejía a eruditos del tiempo mucho más jóvenes y sanos. Todas esas diversiones y otras más parecían ser generosamente accesibles a lo largo del río, en la zona baja de Symmes Street y los callejones adyacentes, donde moraban los hombres desesperados, donde los guardias de seguridad de la noche, que lucían rígidos sombreros, partían cabezas sin miramientos, mientras a sólo unos metros fluía el río, limpio como el interior de una oficina, y los troncos que lo recorrían se balanceaban tranquilamente sobre su lecho de luz de gas... Algunos conferenciantes de Candlebrow afirmaban ver en esto una parábola del fluir ultramundano, aislado de los males seculares, que conocemos como el Río del Tiempo.

Los chicos supieron llegar a West Symmes Street y entraron en la Ball in Hand, que resultó ser un antro especialmente poco recomendable y de mala fama. Bailarinas renegadas, algunas con novios pigmeos fugados de la Feria de Saint Louis, bailaban, con un escandaloso vuelo de enaguas, sobre las mesas. Una *troupe* de comediantes polacos, todos ellos armados con su personal *salchicha kielbasa gigante*, corrían por todas partes dándose golpes con las salchichas, principalmente en la cabeza, con incansable vivacidad. Cuartetos de negros cantaban viejos éxitos en armonías de siete acordes. En las salas del fondo se podía jugar al faro y al fantan.

Un joven de aspecto descuidado, que sostenía una botella de un licor rojizo, abordó a los chicos:

—Vosotros sois los que buscáis a Alonzo Meatman, seguro.

—Tal vez —respondió Darby, mientras buscaba su «porra salvavidas» reglamentaria—. ¿Quién pregunta?

Su interlocutor empezó a estremecerse y a mirar por el local con sacudidas cada vez más violentas de la cabeza.

—Ellos..., ellos...

—Vamos, hombre, contrólate —le advirtió Lindsay—, ¿quiénes son esos «ellos» de los que hablas?

Pero el joven seguía estremeciéndose con violencia, y sus ojos, temblando en las órbitas, estaban desquiciados por el miedo. Alrededor de los bordes de su silueta había empezado a parpadear una extraña aura magenta y verde, como si emanara de una fuente a sus espaldas, cada vez más intensa a la par que él se desvanecía, hasta que, a los pocos segundos, no quedó del joven más que una mancha en el aire, justo en el lugar que había ocupado, una deformación de la luz como vista a través de un antiguo cristal de ventana. La botella que sostenía, que había quedado suspendida en el aire, cayó al suelo con un estrépito que pareció curiosamente largo.

—Jo —murmuró Darby observando cómo el contenido empapaba el serrín—, y ahí estaba yo, anhelando un «trago» de eso.

Aparte de los Chicos, nadie más en aquel local atestado de juerguistas hizo el menor signo de haberse dado cuenta. Lindsay, extrañamente distraído, palpaba a tientas el espacio vacío que recientemente había ocupado el joven desvanecido, como si éste hubiera decidido por voluntad propia volverse invisible.

—Sugeriría —dijo Miles deslizándose hacia la salida— que evacuáramos este establecimiento antes de que nos alcance un destino similar.

Al salir, Chick, que había presenciado en silencio todo el incidente, interpelló a Randolph:

—Profesor, sepa que invoco la Cláusula de Arbitrio Básico de Retirada Exclusiva del Oficial científico, o CABREO, como aparece en nuestra Carta.

—¿Otra vez, señor Counterfly? ¿He de suponer que ha rellenado apropiadamente su cuestionario de NOtas METiculosas de JOrnada de DATos?

Chick le pasó el documento cuidadosamente grabado.

—Espero que todo esté en orden.

—A ver, Chick, ¿estás decidido al respecto? Recuerda la última vez, en aquel volcán hawaiano... —respondió Randolph con un apaciguador tuteo.

—Que no fue más que un motín puro y duro —intervino Lindsay—, como ahora.

—No en mi opinión legal —dijo alegremente Darby, que había examinado el documento—, el CABREO de Chick es tan kosher como el Smegmo.

—Un pronunciamiento más bien hueco, dada la perfectamente previsible intensa comunidad de intereses entre tú y Counterfly.

—¿Quieres intensidad? —se burló Darby—, pues prueba esto.

—Nuestra altitud operativa —se atrevió a explicar Chick— y la presencia de gases volcánicos desconocidos puede que afectaran a mi juicio por entonces, lo reconozco. Pero esta vez quiero permanecer en tierra, sin entrar en otras dimensiones.

—Salvo en la Cuarta, claro —advirtió Miles Blundell, con una voz solemne como si la emitiera desde distancias mortales—. La Quinta y demás.

Cuando se fueron sus compañeros, Chick entró otra vez en la sombría cervecería, pidió una caña, se sentó a una mesa desde la que veía la entrada y esperó, una técnica que había aprendido hacía años en Japón, entre los místicos zen de aquel país (véase *Los Chicos del Azar y las mujeres enjauladas de Yokohama*), conocida como «sentarse a ver qué pasa». Fue durante ese viaje, recordó Chick, cuando *Pugnax* sumió en la confusión a un monasterio zen al responder al clásico *koan* «¿Posee un perro la naturaleza de Buda?» no con «¡Mu!», sino con «Sí, obviamente... ¿qué más quieren saber?».

El tiempo no es que transcurriera sino que se volvió menos importante. Al final, Chick vio que el «contacto» recientemente desvanecido reaparecía procedente del espacio desalojado, ahora bañado en matices de albaricoque y aguamarina.

—Otra vez aquí.

—Es un pequeño truco del oficio. Tenía que comprobar hasta qué punto sois serios —dijo Alonzo Meatman (pues era él).

—Puede que yo sólo sea más vago que mis acompañantes. Ellos tienen una noche de diversión por delante. Yo sólo quería sentarme un rato y relajarme.

—Me he fijado en que no has tocado la cerveza.

—¿Ah, sí?

—Bien visto. Déjame que te invite a algo, Horst puede preparar lo que quieras, nadie le ha sorprendido desde la PCIVT, y ni siquiera entonces, me atrevería a decir.

—¿Desde la...?

—Primera Conferencia Internacional sobre el Viaje en el Tiempo, y menuda parranda fue aquélla.

Habían asistido todos los que contaban en el mundo de la ciencia y la filosofía: Niels Bohr, Ernst Mach, el joven Einstein, el Doctor Spengler y hasta el señor Wells en persona. El Profesor J.M.E. McTaggart de Cambridge, Inglaterra, dio una breve charla en la que rechazó por completo la *existencia* misma del Tiempo, como algo demasiado ridículo para dedicarle la menor reflexión, independientemente de su estatus como fenómeno asumido por todas las creencias.

Una reunión brillante, se diría, una colaboración de las mejores mentes del mundo en esa difícil cuestión, de hecho paradójica, que debía servir para construir una Máquina del Tiempo que funcionara (tal era el optimismo wellsiano de la época) antes de que acabara el siglo..., pero no fue así como las sesiones se desarrollaron. Desde las iniciales discusiones sobre cuestiones que los no especialistas habrían juzgado triviales, los debates se habían transformado con pasmosa rapidez en una guerra académica en toda regla, y proliferaron los grupos escindidos y las facciones. Las celebridades en las que se habían depositado tantas esperanzas no tardaron en marcharse, ya fuera en tren de vapor o en eléctrico interurbano, a caballo o en aeronave, por lo general farfullando para sus adentros. Se plantearon duelos, que se libraron y resolvieron, casi siempre, sin derramamiento de sangre..., salvo en el desgraciado asunto del McTaggartite, el neoagustiniano, y el fatal pudín al vapor.

—Las discusiones sobre la naturaleza de la realidad cuyo resultado depende de las apuestas —en palabras del Juez Forense del Condado— raramente concluyen felizmente, sobre todo aquí, a la vista de la distancia vertical incluida...

Durante días, mientras el funesto encuentro fue un tema de cotilleo, los conferenciantes se cuidaron de encontrar disculpas para no acercarse demasiado al Viejo Campanario de Estearina, inspirado en el Campanile de la Piazza San Marco de Venecia, que, con sus cien metros de altura, era la estructura más alta visible en cualquier dirección hacia la curvatura de la Tierra, famoso en la zona por ejercer igual fascinación entre los cuerdos y los trastornados.

—Sin saberlo, llevas entre ellos desde que llegaste —decía Alonzo Meatman—. No hay forma de descubrirlos, a no ser que ellos así lo decidan.

—Pero en tu caso, ellos han decidido...

—Sí, y «deciden» y «decidirán», tal vez incluso en lo que a ti respecta, si tienes suerte, pero ¿y eso qué importa?

Chick observó al joven Meatman. Con claridad, clásicamente, se ajustaba a lo que un homeópata llamaría «el tipo lycopodium». Por no se sabe qué razón, la organización de los Chicos los atraía en gran número. Llevaban el miedo inscrito en cada célula. Miedo a la noche, a ser perseguidos, al fracaso, a otros asuntos que no podrían nombrarse a la ligera. Eran los primeros en subir a los aparejos durante una tormenta, y no por valentía sino por desesperación, como el único remedio que conocían para combatir la cobardía que les corroía por dentro. Este Meatman, era evidente, había ascendido muy alto en la noche, hasta una vulnerabilidad a los peligros de la tormenta que pocos podían envidiar.

—Tranquilo, hermano de los cielos —respondió Chick—. Lo único que sé es cuánto me cuesta esta noche abordarte, a mucho más no llegaría mi presupuesto.

El joven Meatman pareció apaciguado.

—Mira, no debes tomártelo como una traición..., o *no sólo* como una traición.

—¡No me digas! ¿Y como qué más?

Es posible que vacilara un poco, pero no tanto como para parecer inexperto.

—La oferta más extraordinaria de Liberación que se nos ha planteado desde..., desde aquella Promesa que se nos hizo hace tanto...

Chick tuvo la fugaz visión del pasillo de un barco en alguna parte, tal vez dentro de una gigantesca aeronave del futuro, atestado de cuerpos resucitados de todos los tiempos, con sonrisas aturcidas y extremidades descubiertas que se enredaban, una multitud de visitantes recién llegados de todos los periodos de los dos milenios anteriores, que tenían que ser alimentados, vestidos, acogidos, y a los que había que explicar, por no mencionar justificar, una pesadilla administrativa que le había correspondido a él resolver. Sostenía en la mano una especie de megáfono moderno.

—¿Así que es esto? —Su propia voz le sonó desconocida. No se le ocurrió otra cosa que decir. Todos le estaban mirando, esperando algo.

Ahora, en la Ball in Hand, se limitó a encogerse de hombros.

—Supongo que estoy preparado.

—Vamos.

Alonzo sacó a Chick de la taberna y lo condujo por el campus nocturno, luego atravesaron una amenazadora puerta gótica y descendieron de nuevo hacia los límites septentrionales de la Universidad, una zona de alojamientos estudiantiles baratos que lindaba con unos prados aborígenes sin iluminar; las calles que recorrían se iban haciendo cada vez más estrechas y estaban iluminadas con gas en lugar de con las

farolas eléctricas de las partes más «respetables» de la ciudad, de las que, al parecer, a cada paso que daban se alejaban más rápido, de una forma extraña y desproporcionada. Al final salieron a una calle de destartaladas casas adosadas, ya a medio camino de la demolición, cuyos descuidados acabados eran una prueba visible del espíritu de premura y avaricia con el que habían sido erigidas hacía apenas unos años. Tablillas de asfalto esparcidas y rotas por el suelo. Fragmentos de cristales que centelleaban bajo la luz tenue. Más cerca, líneas de alimentación del interurbano zumbaban y escupían inquietas, y más allá, en la calle, una jauría de perros entraba y salía de la penumbra húmeda de las farolas.

Alonzo parecía esperar algún comentario sobre el barrio.

—No queremos llamar mucho la atención, ¿sabes?, al menos por ahora. Cuando un número de gente suficiente descubra que nos necesita y empiece a buscarnos, tal vez nos mudemos a algún sitio más grande, que esté más cerca de la ciudad. Mientras tanto...

—Discreción —supuso Chick.

El rostro del joven recuperó su habitual petulancia.

—Ni siquiera eso. No les asusta nada de lo que «este» mundo pueda servirse para hacerles frente. Ya lo verás.

Más tarde Chick no podría sustraerse a la impresión, más profunda de lo que le hubiera gustado admitir, de que le habían alterado psíquicamente. Era como si, de algún modo, las *expresiones positivas* de silencio y ausencia se utilizaran contra él, y no podía evitar la conclusión de que, a pesar de los signos convencionales de que había inquilinos, todas las habitaciones estaban, de hecho, vacías. Se sintió oprimido por una pátina claramente visible de falta de uso, no sólo por el polvo, que lo cubría todo, sino también por la sensación de un prolongado silencio, tal vez de años, sin una voz viva, ni un acorde de música, ni la percusión no del todo acompasada de pasos humanos. En su interior creció la escalofriante sospecha de que ahí dentro lo que parecía luz de lámpara no lo era, de que a través de algún medio sobrenatural su sentido óptico estaba siendo interferido desde fuera y engañado sistemáticamente, sin inquietar al reino de una oscuridad indiferente. Más inquietante aún era el cambio que se había producido en su acompañante en cuanto atravesaron el umbral: una relajación que el joven Meatman ni se molestaba en disimular, como si, una vez entregado Chick, pudiera retirarse sin que lo incordiaran a la quietud que recobra una herramienta devuelta a su armario al final de la tarea, un estado que parecía preferir a las molestas exigencias de lo cotidiano.

De golpe, irrumpiendo en escena como un cantante de ópera con un aria en la punta de la lengua, apareció el «señor As», como se llamaba a sí mismo. Ojos negros brillantes, presentados como armas en un duelo. La mirada levemente dañada, irrevocablemente educada, que asociamos con los muertos ajenos. Cuando sonreía, o lo intentaba, no resultaba precisamente tranquilizador.

Prescindiendo de naderías fácticas, empezó a contar directamente la historia de su «pueblo».

—Hemos venido a establecernos entre vosotros buscando refugio de nuestro presente (que es vuestro futuro), una época de hambre en todo el mundo, de reservas de combustible agotadas, de pobreza terminal: el fin del experimento capitalista. Cuando acabamos comprendiendo la sencilla verdad termodinámica de que los recursos de la Tierra eran limitados, de hecho se agotaron muy pronto, la ilusión capitalista se hizo añicos. Aquellos de nosotros que afirmaban esa verdad en voz alta fueron denunciados como herejes, como enemigos de la verdad económica dominante. Como a los Disidentes religiosos de otras épocas, se nos ofreció la posibilidad de emigrar, aunque con poca más opción que emprender viaje a través de ese oscuro Atlántico tetradimensional llamado Tiempo.

»La mayoría de los que optaron por la Travesía la superaron, pero algunos no. El procedimiento todavía es arriesgado. Los niveles de energía requeridos para dar ese salto a contracorriente, a través de ese intervalo prohibido, son inalcanzables aquí, en la actualidad, aunque algunas de vuestras grandes dínamos han empezado a acercarse a la cantidad de energía necesaria. Hemos aprendido a manejar ese gran peligro, nos formamos para ello. Con lo que no contábamos era con vuestra resolución de impedir nuestro asentamiento aquí.

—Primera noticia —dijo Chick por fin, todo lo comprensivamente de que fue capaz.

—La Fraternidad de los Aventureros...

—¿Cómo?

Un extraño zumbido eléctrico cubrió y ahogó la voz del señor As durante un instante.

—¿Los *nzzt* Chicos del Azar? ¿Es que no sabes que todas y cada una de las misiones que os encomiendan pretenden impedir nuestro empeño de entrar en vuestro régimen temporal?

—Le aseguro que jamás...

—Has jurado obediencia, claro. —Siguió un esfuerzo intenso y silencioso, como si no quisiera reír, como si la risa fuera un vicio ajeno que pudiera hacerle daño y al que no debía arriesgarse.

—Le aseguro que todo esto es nuevo para mí —dijo Chick—. Y aunque si lo que dice fuera cierto, ¿cómo podríamos servirles para nada?

Sus grandes ojos parecieron iluminarse de piedad.

—Podríamos pedirlos que aceptarais algún encargo nuestro de vez en cuando, aunque, lamentablemente, sin más explicaciones detalladas que las que recibís a día de hoy de vuestra propia Jerarquía.

Chick debió de guardar silencio durante un rato.

—*ZZnrrrt* compensación...

—¿Cómo?

—¿No ha mencionado el señor Meatman la magnitud de nuestro agradecimiento?

—No fue demasiado claro. Sonó un tanto religioso.

—No te entiendo.

—La vida eterna.

—Mejor aún. La eterna juventud.

—Vaya, caramba. Eso sí que no podemos superarlo.

El señor As siguió explicando, o, más que explicando, alegando, que los científicos de su época, en el curso de su investigación intensiva sobre el viaje en el tiempo, habían descubierto, a modo de premio no buscado, cómo transformar el tipo de reacciones termodinámicas conocidas en el pasado como «procesos irreversibles», entre las que destacaban el envejecimiento y la muerte humanas, para *revertirlas*.

—En cuanto adquirimos la *technique*, el problema fue trivial.

—Eso dirá usted, supongo.

—Ahora no es más que una mercancía comercial, como las cuentas y los espejos que sus recién llegados a las costas americanas trocaban con los indios. Un regalo de poco valor, pero ofrecido con gran sinceridad.

—Así que debe de ser como la historia del indio Squanto y los Peregrinos —informó Chick a la sesión plenaria convocada apresuradamente la mañana siguiente—. Como si les ayudáramos a pasar el primer invierno o algo así.

—Pero ¿y si no es así? —dijo Randolph—. Imaginemos que no son peregrinos sino invasores, y que aquí hay algún recurso particular que ellos ya han agotado y quieren sacarnos para llevárselo.

—Comida —dijo Miles.

—Mujeres —sugirió Darby.

—Entropía inferior —aventuró Chick—. Como una sencilla función del Tiempo, su nivel de entropía sería más elevado. Como chicos ricos que toman aguas minerales en un «spa».

—Es nuestra inocencia —afirmó Lindsay con una voz desacostumbradamente alterada—. Han desembarcado en nuestras costas para buscarnos, capturar nuestra inocencia y llevársela al futuro.

—Yo me refería a algo más tangible —dijo Randolph frunciendo el ceño reflexivamente—. A algo negociable.

—Sí, ¿y quién dice que seamos tan inocentes? —soltó Darby.

—Pero imagináoslos, a *ellos* —respondió Lindsay en tono acongojado, como al borde de una iluminación insoportable—, tan caídos, tan corruptos, que nosotros, sí, incluso nosotros, les parecemos tan puros como corderos. Y la época en que viven es tan espantosa que los lanza desesperados hacia el pasado, hacia nosotros. Hacia los penosamente escasos años que nos queden antes..., antes de que pase lo que vaya a pasar...

—Vaya, Lindsay. —Lo dijo Darby; que nadie en el grupo recordara, era la primera vez que mostraba preocupación por su puritano compañero de tripulación.

Tras un momento de parálisis en la discusión, Chick señaló:

—Siempre queda la posibilidad de que sean tan sólo timadores, cómplices del Doctor Zoot o, lo que resultaría todavía más turbio, que se trate de un ejercicio teatral, una especie de Ejercicio Moral, planteado por la Jerarquía para detectar una potencial rebelión y suprimir la disensión. La creo perfectamente capaz de eso y más.

—Sea como sea —dijo Darby—, el caso es que estamos totalmente jo...

—No lo digas —le advirtió Lindsay.

Sabiendo que no podría sonsacarle al señor As más que las historias que el siniestro viajero en el tiempo tuviera a bien contarle, Chick se presentó a la siguiente cita acompañado de Miles, que era el único de la tripulación que poseía la clarividencia que requería la situación. Nada más ver al señor As, Miles rompió a llorar, inconsolable y desoladamente, derramando lágrimas como un clérigo muy profesional tras recibir un mensaje directo de Dios... Chick lo miraba asombrado, pues las lágrimas eran prácticamente desconocidas en la Unidad.

—Lo reconocí, Chick —dijo Miles con franqueza cuando volvieron a la nave—; lo he visto en algún sitio. Supe que era real y que no podríamos deshacernos de él así como así. No es lo que dice ser. Y está claro que no nos desea ningún bien.

—Miles, tienes que decírmelo. ¿Dónde lo has visto?

—Mediante los *conductos visuales* que cada vez más parecen encontrarme en el curso de mi vida. Durante algún tiempo he podido verle, a él y a otros intrusos, como a través de unas «ventanas», en su propia casa. Puede que al principio yo fuera invisible para ellos, pero ya no es así, ahora tienen algún modo de detectarme cuando los observo..., y últimamente, cada vez que se dan cuenta de que los estoy mirando, me apuntan con algo, no exactamente un arma sino un objeto enigmático...

»Por esas “ventanas”, ellos cruzan, durante breves periodos, a nuestros propios tiempo y espacio. Así es como el tal “señor As” llega hasta nosotros. —Miles se estremeció—. ¿Te fijaste en cómo me miró? Él lo sabía. Y quería que me sintiera culpable, desproporcionadamente en comparación con mi delito, que, al fin y al cabo, no era más que mirar a hurtadillas. Creo que desde que llegamos aquí, a Candlebrow, alguna de sus “Agencias” ha recibido el encargo expreso de que trate con nosotros. Lo que convierte a cualquier extraño que se nos acerque, sobre todo al de aspecto más inocente, en inmediatamente sospechoso.

Ante la profunda alarma en el rostro de Chick, Miles sacudió la cabeza y extendió una mano tranquilizadora.

—No hay por qué preocuparse, somos tan sensatos y sinceros como siempre. Si se nos infiltrara algún «traidor», *Pugnax* lo reconocería, y no tardaría en darse un banquete con sus entrañas. En cuanto a los pasos inmediatos, yo diría que nos pusiéramos en camino, y cuanto antes mejor.

Al poco, la tripulación empezó a encontrar pruebas de la Invasión por todas partes, una narración invisible que ocupaba, cuando no definía, el paso del día. Y pronto se hizo obvio a todos los niveles, del local al internacional, que una neuropatía se había adueñado de la organización de los Chicos del Azar. Los Intrusos habían estudiado a sus objetivos de cerca, conocían la fe ciega que compartían los Chicos de que ninguno de ellos, a menos que ocurriera una desgracia, envejecería ni moriría nunca, creencia que a lo largo de los años muchos habían acabado confundiendo con una garantía. Al enterarse de que no estaban más exentos que cualquier otro de los comparsas humanos sobre los cuales habían estado volando tan despreocupadamente todos aquellos años, algunos Chicos del Azar, presas del pánico, se lanzaron a los brazos corruptos de los Intrusos, dispuestos a tratar con el Infierno si hacía falta, a traicionar a cualquier persona o cosa, con tal de que pudieran devolverlos a su juventud, de que les permitieran recuperar la inocencia de sus primeras novelas juveniles, que ahora no dudarían en tergiversar y violar en nombre de sus insidiosos benefactores.

Pronto se supo que existía más de un traidor de ese tipo, aunque se desconocían sus identidades. De ese modo, convertidos todos ellos en posibles candidatos, se desató una oleada destructiva y sin precedentes de calumnias, paranoias y letales difamaciones que ha perdurado sin perder un ápice de intensidad hasta el día de hoy. Se libraron duelos, se presentaron querellas, y todo para nada. Los Intrusos prosiguieron sin inmutarse con su siniestro juego, aunque al final algunas de sus víctimas intentaron, por cargo de conciencia o por contingencia, liberarse de los siniestros contratos que habían firmado engatusados, a pesar de que el precio fuera renunciar a su inmunidad a la muerte.

Entretanto, otras Unidades de los Chicos del Azar optaron por soluciones laterales, eludiendo la crisis mediante la asunción de identidades metafóricas, como brigadas de policías, compañías de teatro ambulantes, gobiernos en el exilio de países imaginarios que, pese a ello, podían describir con detalle minucioso, diríase que obsesivo, incluyendo idiomas enteros con sus normas sintácticas y de uso, o, en el caso de la tripulación del *Inconvenience*, sumergiéndose, en Candlebrow, en los misterios del Tiempo y adoptando la breve aberración en su historia conocida como la Banda de Armónicas de la Academia Musical.

Como en un sueño, acabarían recordando su asistencia a la Universidad de Candlebrow no como participantes en una Conferencia estival, sino como estudiantes de música a tiempo completo, esperando en un andén de estación, con sus pertenencias e instrumentos amontonados al lado, a un interurbano que nunca venía. Lo que sí se paró finalmente junto a ellos fue un Tren Especial resplandeciente y ornamentado con una insignia de la Academia Musical de la Banda de Armónicas, lleno de chicos de su edad en uniformes de viaje de color añil y rojo chino.

—Claro, subid, hay sitio de sobra.

—¿Nos lleváis?

—Llevamos a todo el mundo. Asiento y comida, siempre que toquéis la armónica.

Y de ese modo, sin ningún alboroto, subieron y antes de llegar a Decatur ya habían aprendido los fragmentos rítmicos de *El Capitán* y *Whistling Rufus*, y al poco se apearon para unirse a otros estudiantes de música de la mundialmente famosa Academia de la Banda de Armónicas Musicales, donde les dieron un uniforme, les asignaron alojamiento y les regañaron, como a todos los demás, por improvisar en las piezas con más arreglos, como *My Country 'Tis of Thee*.

La institución hundía sus raíces, como Candlebrow, en las complejidades de la avaricia que por entonces se practicaba en nombre del capitalismo global. Los fabricantes alemanes de armónicas, que lideraban la producción del instrumento en el mundo, llevaban años inundando el mercado americano con sus excedentes de producción, y la consecuencia fue que al poco tiempo todas las comunidades del país tuvieron algún tipo de sociedad musical constituida por una banda de armónicas, a menudo con centenares de miembros que se presentaban sin falta en todos los desfiles de las fiestas nacionales, así como en las ceremonias de graduación escolares, los picnics anuales o las inauguraciones de mejoras urbanas tales como el alumbrado de las calles o el alcantarillado. Fue sólo cuestión de tiempo que esta consecuencia imprevista de la Ley de la Oferta y la Demanda se consagrara con la Academia de la Banda Musical de Armónicas, un espléndido conjunto de edificios románicos richardsonianos situado en «El corazón de la cuenca del Mississippi», como rezaban los anuncios. Cada curso iban a estudiar allí jóvenes de toda la República, y cuatro años después salían como Maestros de la Armónica que, con mucha frecuencia, alcanzaban la eminencia en su profesión, y algunos incluso llegaban a fundar escuelas propias.

Una noche, a principios de su primer semestre de primavera, Randolph, Lindsay, Darby, Miles y Chick estaban en la residencia con otros estudiantes, descansando tras haber estudiado para un examen sobre teoría modal que tenían al día siguiente.

—Nunca pensé que fuera así —afirmó uno de los armonicistas de tercero, los cristales de cuyas gafas reflejaban la luz de gas—, preferiría ver un poco de acción de verdad, salir por ahí y hacer algo de jaleo, dejar que la maldita música sonara un rato, ya sabéis.

Un compañero, con las manos detrás de la cabeza, fumaba tumbado un cigarrillo ilegal cuya fragancia, que no se ajustaba al gusto de todos, llenaba la sala.

—Pide un traslado, colega, se alegrarán de satisfacerte.

—Mierda, son tiempos peligrosos, chicos, tenéis que olvidaros de las comodidades, ir a donde podáis ser útiles...

Se vio interrumpido por la apresurada entrada del joven aprendiz de órgano de boca Bing Spooninger, la *mascotte* de la Banda, gritando:

—¿Alguien ha visto a ese 'Zo Meatman? No está en su catre, ¡ya ha pasado el toque de queda y falta muy poco para que apaguen las luces!

Alboroto. Asomaron cabezas por los bordes de las literas superiores. Saltos arriba y abajo, gente corriendo por todas partes entrechocándose, mirando bajo los muebles, dentro de los armarios, buscando al armonicista desaparecido. A esas alturas, los Chicos comprendían que se trataba de la «intro» a un número musical, pues los estudiantes se detuvieron y empezaron a ejecutar escalas con cualquier armónica que tuvieran a mano, y vaya si las había, desde armónicas de bajos hechos de bronce de campana que medían metro ochenta de largo, (enormes *tubas* de armónicas) hasta las microarmónicas de perla y plata de dos agujeros más diminutas que podían encontrarse, con cada nota en el Universo intermedio. Y a un gesto casi imperceptible, los estudiantes empezaron a soplar y cantar:

El tal 'Zo Meatman ha salido,
yipi dipi dipi, du,
más deprisa que si se hubiera desvanecido,
menuda tontería, tú.

[Bajo Cómico.]

Y no es que yo no lo hiciera, porque puedo pero no quiero.

Y lo haría si no lo fuera, pero lo soy, así que no lo hago.

[Todos.] Y-y-y

el tal 'Zo Meatman ha salido.

[Bing como solista tiple.] Sa... li... do... *[Todo el mundo miraba como si estuviera fascinado por la difícil proeza vocal cuya exitosa conclusión les permitiría, al fin, entre dientes, relajarse. Y cantaban:]*

Yipi dipi dipi,
flipi zipi zipi,
smipi gdipi gdipi, du.

A lo que siguió un animado *cakewalk* que daba ocasión a breves efectos novedosos, ruidos de locomotora, de animales de corral. El misteriosamente desaparecido Alonzo Meatman, sin ir más lejos, se había especializado en tocar la armónica con la nariz, y solía meter mocos en los agujeros tres y cuatro y un «mocazo» en el número dos lo bastante sustancial para obturarlo por completo, lo cual había representado en más de una ocasión un problema de nota aspirada al incauto de turno que le pedía prestado el instrumento; esto daba lugar a la consiguiente mala voluntad y contribuía al prolongado resentimiento furioso de Alonzo y a su escasa tolerancia a cualquier *comportamiento no ortodoxo*, lo que le

llevó más de una vez, al principio furtivamente pero luego con creciente confianza, al despacho del Comandante de la Academia Musical de la Banda de Armónicas.

La costumbre de que unos alumnos delataran a otros, contemplada con repugnancia en instituciones más tradicionales, había llegado en esta Academia a inspirar un curioso respeto, incluso en aquellos que era más probable que sufrieran sus consecuencias. Por eso, el que un «chivato» como el joven Meatman desapareciera no despertaba inmediatamente la sospecha de juego sucio que habría desatado en otra escuela. De hecho, dado que el «chivato» solía ser generosamente recompensado por sus esfuerzos como espía, disfrutaba de considerable popularidad entre los demás chicos, sobre todo en los fines de semana de permiso. Con menos presión sobre él para crear y mantener *una segunda identidad o identidad tapadera*, la pequeña comadreja tenía más energía para dedicarse a las actividades normales de la Banda de Armónicas Musicales. Exentos también de los castigos sin previo aviso que, a capricho del viejo Comandante, sufrían literalmente las víctimas de sus delaciones, los chivatos padecían menos ansiedad, dormían mejor y por lo general llevaban una vida más sana que sus compañeros de clase más vulnerables.

Antes, ese mismo día, Alonzo había hecho su visita semanal al «Viejo». Por la ventana alentaba una tarde primaveral, el soleado campus verdigris se extendía hasta un cortavientos de álamos de Lombardía, envueltos a esa distancia en una bruma verdosa y floreciente, mientras ante el marco de la ventana cabeceaba el rostro suavemente arrugado del Comandante, con su esmeradamente cuidado bigote blanco y la dentadura dorada que centelleaba cuando sonreía —aunque parecía la sonrisa lenta y afable del consumidor habitual de drogas, en realidad delataba un desprecio casi nihilista a cuanto el mundo pudiera ofrecerle—, a la par que, con tono opiáceo, explicaba al joven informante, como había hecho antes docenas de veces, todo, absolutamente todo: las Normas de Seguridad de la Armónica Cromática; la necesidad de mantener los pelos de la nariz bien cuidados y recortados para que no se engancharan entre las chapas protectoras y fueran arrancados, lo que, aparte del dolor y la humillación, implicaba también el riesgo de una infección cerebral; dónde y cuándo dormían las unidades y quién hacía los diferentes tipos de guardias, como la Guardia de Integridad Tonal, que durante las horas de oscuridad protegía la famosa Armónica Reverberante en *re bemol* frente a los asaltos del Limador Fantasma, del que se sabía que se introducía sigilosamente en los dormitorios con un conjunto completo de limas de lengüetas de armónica profesionales para alterar las notas y crear dificultades a los solistas, obligándolos a veces a aspirar los acordes tónicos y soplar los subdominantes, cuyo resultado era la emisión de un sonido vagamente negroide, aunque el intruso debía cuidarse de evitar también la Guardia Provisional Anti-Micción, establecida para combatir las visitas de madrugada a las letrinas, pues se había informado recientemente de peculiares, más bien pipiculares, actividades allí... Por la ventana, más allá del Comandante, en los Campos de Actividades, se atisbaba de vez en cuando a algunos miembros de la Banda de Armónicas realizando

la «Educación Física», aunque no el habitual Rugby ni el Lacrosse, no, se trataba más bien de un horroroso... Combate-en-Diez-Metros sin reglamentar, en el que los músicos, diminutas figuras con sudaderas rojas que lucían el blasón dorado de la Academia, intentaban estrangularse, patearse o, si tenían a mano piedras apropiadas, apedrearse, aparentemente hasta la inconsciencia, si no más..., y, de hecho, los cuerpos habían empezado a caer y los gritos, retardados por la distancia, se elevaban desde los campos verdes y atravesaban la ventana del Comandante para acompañar su largo recitado, puntuado con citas melodiosas de su «Pequeña Gigante» I.G. Mundharfwerke chapada en oro, tras una mesa de escritorio caóticamente cubierta de libros, papeles y (qué vergüenza) basura variada, como cáscaras de naranja, pepitas de melocotón y colillas, en montones que alcanzaban en algunos puntos más de medio metro de altura, algo que repelía un tanto a Meatman, que al fin y al cabo sólo había ido allí a «chivarse» de sus compañeros de clase, quienes pronto regresarían cargando con las bajas del campo de deportes, marchando entre los magnolios, a los sones enérgicos del *Halls of Montezoo-HOO-ma!*, de Offenbach, mientras el tranquilo Viejo continuaba su digresión con un pasmo almibarado que se diluía en la tarde, hasta llegar a alegaciones obsesivamente detalladas de los extraños comportamientos observados en las letrinas, evocando en breves destellos las blancas instalaciones de porcelana de formas voluptuosas, no necesariamente lavabos, sino más bien vehículos para las misteriosas, pero hasta el momento sin especificar, «actividades pipiculares», y ofreciendo seguidamente una visible imagen completa, un veloz picado entre las hileras de instalaciones blancas, que se tornaban húmedas y violetas en los bordes, hasta introducirse en la Letrina misma, en las cercanías oscuras que inevitablemente incluían corrupción y muerte, con hileras de espejos que se encaraban a través de una neblina de uso secular, de aliento, de dentífrico pulverizado y preparados para el afeitado, de vapores de agua del grifo con rastros de los minerales de la región, y cada conjunto de imágenes se desencadenaba por leguas innúmeras, todos reflejados, y convergía hacia el Punto del Infinito a lo largo de una inmensa curva lenta...

Curiosamente, después de esa reunión no volvió a saberse de Alonzo. El ayudante de campo del Comandante lo expulsó, le entregó su vale semanal por los servicios prestados y lo observó perderse sin rumbo entre las hileras simétricas de árboles antes de volver a concentrarse en el trabajo que tenía sobre la mesa...

Entretanto, de vez en cuando, en los intersticios de lo que al fin y al cabo no eran unas vacaciones perpetuas en el Medio Oeste, la antigua tripulación del *Inconvenience* se veía asaltada por las dudas. ¿Y si no eran de verdad armonicistas? ¿Y si todo aquello no era más que una especie de autoengaño para no pensar en una realidad demasiado espantosa como para que la iluminara la vasta e indiscriminada luz del Cielo, tal vez para no pensar en la traición, de la que no podía hablarse ahora y que estaba firmemente instalada en el corazón de la..., la Organización cuyo nombre curiosamente había empezado a olvidárseles..., en algún trato secreto, de

naturaleza indeterminada, con un antiguo enemigo...? Pero no supieron encontrar ninguna entrada en ninguno de sus diarios de a bordo que les ayudara a recordar...

¿Se habían transformado a través de una mutación en réplicas imperfectas de lo que habían sido en el pasado? ¿Estaban destinados a visitar el escenario de los conflictos que habían dejado sin resolver, tal como, según se dice, los fantasmas vuelven al lugar donde sus destinos tomaron un giro equivocado o revisitan en sueños el cuerpo dormido de una persona a la que amaban más de lo que creían, como si lo que hubiera sucedido entre ellos pudiera corregirse de esa manera? ¿No serían ya más que ecos remanentes de imágenes, desgarradas y rezagadas, de identidades clandestinas que habían resultado necesarias para una misión cumplida hacía mucho, olvidada ya, pero de la que no querían o no podían liberarse? ¿O tal vez incluso sustitutos reclutados para quedarse atrás sobre el terreno, permitiendo que los «verdaderos» Chicos partieran hacia los Cielos y así escaparan de una situación insoportable? ¿Era posible que ninguno de ellos hubiera estado nunca en una aeronave, o caminado por calles exóticas, ni que se hubiera sentido fascinado por las nativas de ningún remoto puesto avanzado? Puede que en el pasado sólo fueran lectores de los libros juveniles de la Serie de los Chicos del Azar a los que autorizaron para servir como señuelos voluntarios. Una vez, hacía mucho tiempo, en suaves colinas, en pueblos junto a un río, en bibliotecas que dejaban echarse al suelo a los niños donde hacía fresco y leer en las tardes estivales, los Chicos los habían necesitado... y ellos habían acudido.

SE NECESITAN chicos para misiones audaces; deben estar en forma, ser obedientes, bien dispuestos, saber tocar la armónica (*At a Georgia Camp Meeting* en todas las claves; se aplicarán módicas multas por las notas equivocadas) y consagrar largas horas de ensayo al Instrumento... ¡Aventuras garantizadas!

Así que cuando los «verdaderos» Chicos huyeron, nuestros jóvenes se quedaron en el dudoso santuario de la Academia de Formación de la Banda Musical de Armónicas... Pero la vida en la superficie seguía cobrando sus honorarios habituales, año tras año, mientras los otros Chicos permanecían felizmente en las alturas, saltando libres de impuestos a misiones por todo el mundo, tal vez sin recordar siquiera a sus «sustitutos», pues había mucho en que ocupar el espíritu aventurero; y los otros —las «marmotas» en la jerga de los Chicos— sin duda habían conocido ya los riesgos y los costos que asumían con la sustitución. Algunos saldrían de allí del mismo modo como habían partido, ya hacía mucho, de sus saludables pueblos en lo más profundo del país hacia el humo y la confusión de las densidades urbanas que al principio ni podían imaginar, para formar ahora otros grupos que tocaban la música de razas más nuevas: arreglos del blues negro, polcas polacas, klezmer judío; otros, sin embargo, incapaces de encontrar una ruta definida que los alejase del pasado,

volverían una y otra vez a los antiguos escenarios, a Venecia, en Italia, a París, en Francia, y a los hoteles de lujo del viejo México, y tocarían los mismos popurrís de *cakewalks*, *ragtimes* y aires patrióticos, se sentarían a las mismas mesas de café, recorrerían las mismas madejas de calles estrechas, contemplarían con tristeza los sábados por la noche a los jóvenes locales que paseaban y flirteaban por las placitas, sin saber muy bien si su propia juventud ya era pasado o todavía estaba por venir. Esperando, como siempre, que volvieran los «verdaderos» Chicos, ansiando oír:

—Lo hicisteis genial, chavales. Ojalá pudiéramos contaros todo lo que ha pasado, pero aún no ha terminado, está en una fase crítica, y cuanto menos se cuente ahora, mejor. Pero algún día...

—¿Os vais otra vez?

—¿Tan pronto?

—Tenemos que hacerlo. Lo sentimos mucho. El banquete estaba delicioso y os lo agradecemos, el recital de armónica no lo olvidaremos jamás, sobre todo las canciones de negros. Pero ahora...

Así que, una vez más, allí estaba el conocido punto menguante en el cielo.

—No te entristezcas, amigo, debe de ser importante, esta vez se veía que querían quedarse.

—¿Y qué vamos a hacer con toda esta comida de sobra?

—¡Y toda la cerveza que nadie ha bebido!

—No sé, la verdad, no creo que eso sea problema.

Pero fue el principio de cierta liberación del anhelo, como si hubieran estado viviendo en un valle remoto, lejos de las carreteras, y un día se fijaran en que al otro lado del horizonte montañoso había existido desde siempre un camino y que por él venía ahora una carreta, luego un par de jinetes, más tarde una diligencia y otra carreta, a la luz del día que poco a poco iba perdiendo su cruda isotropía y era inundada por nubes, humo de chimeneas e incluso incidentes atmosféricos, hasta que pronto hubo un continuo flujo de tráfico, audible día y noche, y personas que empezaron a adentrarse en su valle de visita, ofreciendo paseos hasta las ciudades cercanas, que los chicos ni siquiera sabían que existían, y casi sin darse cuenta estaban otra vez en un mundo que era casi el mismo que habían dejado. Y un día, en las lindes de uno de esos pueblos, preparada para despegar, abriantada y resplandeciente, recién pintada, reequipada, al doblar la esquina de un gigantesco hangar, esperándolos, como si ellos nunca se hubieran ido, ahí estaba su nave, la vieja *Inconvenience*. Y *Pugnax*, con las patas en la barandilla del alcázar y meneando la cola a mil por hora, ladraba con alegría incontenible.

En alguna parte, los Intrusos seguían con sus viejos asuntos tóxicos, pero a esas alturas la tripulación del *Inconvenience*, más acostumbrada a su presencia y hacía ya mucho desengañada de cualquier fe en su propia capacidad para obrar milagros, era más capaz de evitarlos, de advertir a los otros de posibles jugarretas e incluso, de vez en cuando, de plantarles cara. Ciertos guisos experimentales fallidos de la cocina de

Miles, arrojados desde altitudes lo bastante moderadas para que mantuvieran la cohesión, parecían bastante eficaces, así como llamadas telefónicas de broma a industriales del asfaltado para encargar que grandes cantidades de cemento fuesen entregados y vertidos sobre conocidas localizaciones de los Intrusos.

Ni que decir tiene que las diferencias de opinión existentes en el pequeño grupo acerca de qué hacer eran muy marcadas, y eso se notaba en el lenguaje que utilizaban en las reuniones del comité de dirección. La situación no mejoró precisamente con la reaparición sin previo aviso del chivato de la Banda Musical de la Academia de Armónicas Alonzo Meatman, que se presentó paseando tranquilamente mientras silbaba *After the Ball* con ritmo de *cakewalk*, como si entre ellos no hubiera cuentas pendientes.

Meatman llevaba consigo, cuidadosa y abundantemente sellada, una copia del enigmático mapa cuya búsqueda les había llevado en una ocasión hasta Venecia, cuando casi acabaron en llamas y destruidos sobre la Piazza San Marco.

—También nosotros estuvimos allí —dijo Meatman con una sonrisa desagradable—, pero supongo que no nos visteis.

—Y ahora quieres vender esto —supuso Randolph.

—Hoy, para vosotros, es gratis.

—¿Y de dónde has sacado la peregrina idea —preguntó Lindsay— de que, habiéndonos librado una vez por los pelos de la disolución al buscar con tan poco juicio ese maldito documento, vayamos a mostrar ahora el menor vestigio de interés?

El traicionero Meatman se encogió de hombros.

—Pregúntale a tu máquina Tesla.

Y, no podía ser de otro modo, como si hubiera escuchado a escondidas esa conversación en el curso de la minuciosa vigilancia que mantenía sobre los Chicos incluso desde la más profunda de las distancias burocráticas, la Autoridad Suprema decidió una vez más insertar su propia *extremidad pesada* en sus vidas.

Una noche, tras la Revista Vespertina, el dispositivo de Tesla cobró vida y se puso a chirriar, y los chicos se reunieron a su alrededor a escuchar.

—Habiéndoseles entregado —anunció una voz profunda y reverberante— por mediación del agente debidamente autorizado Alonzo R. Meatman el mapa informalmente conocido como el Itinerario de Sfinciuno, tras firmar como es debido todos los recibos, se les ordena poner rumbo inmediato a Bujara, en el Asia Interior, donde quedarán temporalmente bajo el mando del Capitán Q. Zane Toadflax de la Fragata Subdesértica de su Majestad *Saksaul*. Se supone que el *Inconvenience* ya va provisto del modelo actual del Aparato de Supervivencia Hipopsamótico, pues no se aprobarán más gastos para ese fin.

La máquina quedó en silencio, los indicadores de su media docena de diales volvieron a su posición de reposo.

—¿De qué coño está hablando? —preguntó un desconcertado Darby.

—El Profesor Vanderjuice lo sabrá —dijo Randolph.

—¡Por todas las dunas de arena! —exclamó el Profesor—. Da la casualidad de que conozco al hombre en cuestión, Roswell Bounce, el que inventó el aparato Hipops, aunque la organización de Vibe, que reclama su monopolio, no será, me temo, muy flexible con el precio.

Encontraron a Roswell Bounce mirando lasciva y alegremente a las estudiantes en la placita que había delante del Sindicato de Estudiantes. En fecha tan temprana como 1899, les había informado el Profesor, Roswell había comprendido ya los principios de lo que se convertiría en el modelo estándar del Aparato de Supervivencia Hipopsamótico o «Hipops», que revolucionaría el viaje por el desierto al proporcionar un medio práctico de sumergirse bajo las arenas sin dejar de respirar, caminar y todo lo demás.

—Todo se reduce básicamente a controlar las propias frecuencias de resonancia molecular —explicó Roswell—. Se incluye un elemento de ajuste fino para compensar la deriva de parámetros y también para mantener el aspecto sólido de todo, aunque lo bastante disperso para poder caminar dentro de la arena sin mayor esfuerzo del que requiere nadar en una piscina. Los cabrones de la Vibe Corp. me lo robaron, y encima no vacilaron en reventar los precios. ¿Cuántos querían?

Acordaron seis unidades, una de las cuales Roswell aceptó al instante modificar para *Pugnax*, todo con un «precio club» sorprendentemente razonable, que incluía entrega exprés y pago contra reembolso, con un descuento adicional si se hacía en efectivo.

—Un artilugio notable —comentó maravillado Chick, quien, en calidad de Oficial Científico, se sentía especialmente intrigado.

—Si un día de éstos tenemos que movernos bajo el mar dondequiera que sea —comentó el Profesor Vanderjuice—, el siguiente paso obvio será pasar a ese medio, que es de ondas como el mar, y también de partículas.

—Se refiere a la arena —dijo Roswell—, pero casi suena como si fuera la luz, ¿no?

—Pero, dejando aparte la densidad, la inercia y la abrasión constante de las superficies ¿cómo se puede viajar bajo la arena y ver siquiera por dónde se va? —se preguntó Randolph.

—Mediante el redespliegue de la energía en el orden necesario para transformar la arena desplazada en algo transparente, como cuarzo o cristal, pongamos. Obviamente —explicó el Profesor—, nadie quisiera estar en medio de un lugar donde hace tanto calor, así que hay que estar dispuesto a transferirse en el Tiempo, compensando la velocidad de la luz en el medio transparente. Siempre que la arena haya sido depositada limpiamente por el viento sin ninguna obstrucción local, se supone que podemos aplicar la mecánica de fluidos, y si quisiéramos movernos a más profundidad, pongamos que en un bajel subarenoso, entonces nuevos elementos análogos a la formación de torbellinos alterarían la historia de las ondas; en cualquier caso, sería expresable mediante una serie de funciones de onda.

—Que siempre incluyen el Tiempo —dijo Chick—, así que si buscara algún modo de revertir o invertir esas corrientes, ¿no implicaría una forma de vuelta atrás en el Tiempo?

—Bueno, eso es lo que he estado buscando aquí todo el verano —dijo Roswell—. Me invitaron a dirigir un seminario. Llamadme Profesor si queréis. ¡Vosotras también, chicas! —gritó afablemente a un grupo de atractivas jóvenes, algunas sin sombrero y con el pelo suelto, que estaban de picnic en el césped cercano.

Las unidades de Hipops sólo tardaron unos días en llegar a la oficina exprés de la ciudad, y entretanto los chicos se prepararon para la partida con cierta sensación de pesar, incapaces de librarse de la sospecha de que en algún punto del bullicio de conferencias, exposiciones, picnics y actos sociales se les había pasado por alto algo esencial, que tal vez nunca recuperarían, ni siquiera con una máquina del tiempo que funcionara.

—Era una cuestión relacionada con el vuelo —teorizó Miles, volviendo fugazmente al inglés—, con el vuelo a la siguiente dimensión. Siempre estuvimos a merced del Tiempo, tanto como cualquier «marmota» civil. Pasamos de dos dimensiones, del espacio a ras de suelo de un niño pequeño, al de los mapas y las ciudades, siempre andando a tientas hacia la tercera dimensión, hasta que como reclutas de los Chicos pudimos dar el fatídico salto al cielo...y ahora, tras todos estos años vagando por los cielos, tal vez algunos de nosotros estemos preparados para, una vez más, dar un paso «hacia un lado» a la siguiente dimensión: el Tiempo, que es nuestro destino, nuestro señor, nuestro destructor.

—Muchas gracias, cerebro de mosquito —dijo Darby—. ¿Qué hay de comer?

—Cerebro de mosquito —respondió Miles con una sonrisa amable—. Con fricandó, me parece.

La siguiente transmisión de Tesla fue para confirmar el momento exacto de la partida, pero sin dar más detalles de su misión. Tras semanas concentrados en los misterios del Tiempo, los chicos se habían topado con el muro anodino y vacío de su expresión más literal: el calendario.

—Que tengan un buen vuelo —dijo la voz—. Recibirán más instrucciones cuando lleguen a Bujara.

Darby arrojó su aeropetate en su taquilla, fuera de sí.

—¿Y cuánto tiempo más —le gritó al instrumento— se espera que aguantemos tu mierdosa falta de respeto?

—Hasta que se legalice el motín —le advirtió formalmente Lindsay.

—Que es como decir hasta que *vuelen los cerdos*, ¿verdad? —replicó Darby con una intencionada sonrisa de desprecio al Oficial Ejecutivo.

—Piérdete de vista, sabiondo insubordinado...

—Sencillamente no pueden soportar que nadie se lo pase bien, ni más ni menos —aseguró tajante Darby—. Esos bastardos autócratas desprecian cuanto no pueden controlar.

—¡Suckling! —La cara de Lindsay estaba perdiendo rápidamente su color—. Es lo que siempre había temido...

—Oh, cálmese, señora Grundy, sólo me refería a las manías zaristas, por otro lado claramente ilegítimas, de su comportamiento.

—Oh. Oh, vaya... —Lindsay, un tanto desconcertado, observó dubitativo al reciente jurista Darby, pero no siguió con su reprimenda.

—Si yo fuera ustedes —dijo con voz cansina el dispositivo Tesla—, empezaría a despegar. Yo no comprometería un historial de obediencia inmaculado. Recuerden que hasta las ovejas pueden volar, ¿no?

Y al momento, mientras Alonzo Meatman, subido al funesto Campanario, los observaba por unos prismáticos, el *Inconvenience* se elevó sobre Candlebrow, con hosquedad, hacia un día húmedo y sin viento, y dejó los Misterios del Tiempo para aquellos a los que les sobraba esa mercancía y podían dedicarla a su estudio como es debido.

Tres Bilocalaciones

Mientras el *Inconvenience* permaneció en Nueva York, Lindsay oyó rumores de un «rincón turco» que, según se aseguraba, y de un modo no estrictamente metafórico, contenía una «vía de fuga hacia Asia». Algo así como: «Ahora estás en un espantoso salón de la alta burguesía neoyorquina y al instante te encuentras en el desierto asiático, montado en un camello bactriano, buscando una ciudad subterránea perdida».

—Ya, claro, te refieres a lo que pasa tras una breve visita a Chinatown para inhalar ciertos vapores.

—No exactamente. Nada tan subjetivo como eso.

—Entonces dices que no es sólo un transporte mental, sino real, físico...

—Sí, la traslación del cuerpo, una especie de resurrección lateral, si queréis.

—Vaya, ¿y quién no querría? ¿Y dónde está ese milagroso rincón?

—Sí, ¿dónde? ¿Detrás de cuál de esas miles de ventanas amontonadas sobre otras miles, iluminadas y oscuras? Una búsqueda formidable, hay que admitirlo.

Bien, pues así había transcurrido la última semana aproximadamente, casi sin que nadie se diera cuenta.

Por las noches, paseando como si *camelleara*, Lindsay Noseworth sintió que disfrutaba de su soledad, lejos del caos constante de una típica guardia de puente: su campo visual saturado de estrellas, un espacio tetradimensional en su máxima pureza, más estrellas de las que recordaba haber visto en su vida; aunque ¿quién tenía tiempo para fijarse en ellas, con tantas fatigosas tareas que obligaban a mantener los ojos clavados en lo cotidiano? A decir verdad, se había ido volviendo escéptico con respecto a la luz de las estrellas, desde cualquier punto de vista práctico, tras haber estudiado últimamente batallas históricas mundiales con la intención de saber cuáles habían sido las condiciones de iluminación durante los combates; incluso había llegado a sospechar que la luz podía ser un *factor secreto determinante en la historia*, y eso sin contar cómo había iluminado un campo de batalla o una flota enemiga, cómo se había combado al atravesar una ventana concreta durante una crucial reunión de Estado, o caído cuando el sol se ponía sobre un río importante, o incidido sobre el pelo, y por tanto retardado la ejecución, de una esposa políticamente peligrosa de la que alguien había decidido librarse...

—Agg... —¡Mie...! Ahí, ahí estaba otra vez, ¡la palabra fatal! La palabra que estaba prohibido, por recomendación médica, vocalizar siquiera...

La CACA de los Chicos del Azar, o Cobertura Anual para Chequeos y Análisis, imponía revisiones de salud trimestrales en Consultas Médicas oficiales, a cargo de matasanos de la compañía de seguros. La última vez que Lindsay se había sometido a una, en el Medicine Hat de Alberta, tras hacerle algunas pruebas habían descubierto síntomas de una Incipiente Gamomanía.

—Es decir, un deseo anormal de casarse.

—¿Anormal? ¿Qué tiene de anormal? ¿Cuándo he mantenido en secreto que el deseo que rige mi vida no es otro que el de no ser uno sino dos, un dos que sea, además, uno, es decir un dos *denumerable*, aunque...?

—Eso es. Eso es justamente a lo que me refiero.

Fuera, era verano, y con las últimas luces, los ciudadanos jugaban a las bochas en el césped. Risas, gritos de niños, pausadas ovaciones, y algo en todo aquello hizo que Lindsay, al que se le negaba para siempre formar parte de una comunidad tranquila como aquélla, temiera brevemente por la integridad estructural de su corazón. Desde entonces recibía, con una frecuencia que empezaba a resultar preocupante, en cuestionarios impresos en papel oficial, peticiones mal disimuladas de sus fluidos corporales, visitas sin previo aviso de caballeros con gafas y barba, que hablaban con una amplia variedad de acentos europeos e iban *vestidos con batas blancas*, que querían examinarlo. Al final el *Inconvenience* había seguido camino sin él, y Chick Counterfly asumió temporalmente las funciones de Oficial Ejecutivo, para que Lindsay ingresara en el Instituto Biométrico de Neuropatía y se sometiera a una «batería» de exámenes mentales, tras lo cual fue enviado a toda prisa a cierto oasis que no aparecía en los mapas del Asia Interior y que servía de base a la nave subdesértica en la región, para que se uniera al *H.M.S.F. Saksaul*.

Como el asno de Balaam, esa noche fue el camello el primero en detectar que ocurría algo; se quedó paralizado a medio paso, tensó todos los músculos del cuerpo e intentó lanzar gritos poco camellunos con la esperanza de que su jinete se alarmara al menos por su rareza.

Al instante, desde detrás de la duna que tenía a su izquierda, Lindsay oyó que alguien gritaba su nombre.

—Sí, párate un momento, Lindsay —dijo una segunda voz desde el otro lado del camino, cuyo origen no era más visible.

—Tenemos unos mensajes para ti —siseó un numeroso coro de voces.

—Muy bien, viejo explorador —tranquilizó Lindsay al camello—, se trata de algo bastante normal por aquí, algo de lo que se tiene noticia ya desde tiempos tan antiguos como los de Marco Polo. Yo mismo en persona me he topado con una cosa parecida en el Lejano Norte. —Y en voz más alta, como si respondiera a la intrusión, que era cada vez más acelerada, añadió—: No es más que el Éxtasis de las Arenas: la ausencia de luz, el oído que se agudiza, la energía que se reubica en el sensorio...

—LINDSAY *Lindsay Lindsay*...

El camello se volvió para mirarle, girando los ojos con la intención, *mutatis mutandis*, de transmitir su escepticismo.

—Debes dejar ese camino del que se te ordenó no salir jamás y venir a nosotros, al otro lado de la duna...

—Esperaré aquí —avisó el aeronauta, con toda la formalidad de que fue capaz—. Si queréis, venid vosotros.

—Aquí hay muchas *esposas* —dijeron las voces—. No te olvides de que esto es el desierto...

—Con sus bien conocidas tensiones sobre la mente...

—... que con frecuencia pueden solucionarse mediante *la poligamia*.

—Je, je...

—*Esposas* en flor, campos panespectrales atestados de *esposas*, Lindsay, aquí está el Gran Bazar de Esposas de la Isla-Mundo...

Y no sólo palabras sibilantes sino también sonidos líquidos, besos, succiones, mezclados con la fricción incesante de la arena en movimiento. ¿Un misterioso insulto local dirigido contra él? ¿O acaso querían atraer al camello?

Así, una estrella tras otra fueron ascendiendo hasta su meridiano y luego descendieron, y el camello siguió camino paso a paso, y todo estaba impregnado de expectación...

Al alba empezó a soplar un viento breve desde algún punto situado más adelante. Lindsay reconoció el olor de los «álamos del Éufrates» en flor. Un oasis, uno de verdad, había estado esperándole allí toda la noche, casi a su alcance, donde ahora, entre las redistribuciones de la mañana, entró para encontrarse con el resto de la tripulación, todos tumbados, probando los efectos del agua que, pese a tener un sabor un tanto raro —aunque distara de ser venenosa—, era claramente la preferida de la numerosa población de viajeros que por allí la conocían, antes incluso que el *aryq* y el *hachís*, como facilitadora del tránsito entre los mundos.

Lindsay sacudió la cabeza ante el vivo cuadro de depravación química que se desplegaba ante él. Durante un terrible instante, estuvo convencido, irracionalmente persuadido, de que ninguna de esas figuras eran sus verdaderos compañeros de tripulación, sino más bien una *Unidad fantasma*, hombres procedentes de algún lugar que él no desearía visitar nunca, dispuestos a jugarle una mala pasada, que habían sido meticulosa y concienzudamente disfrazados para que parecieran los Chicos del Azar.

Pero entonces Darby Suckling lo vio, y el instante pasó.

—Eehnniii, mirad quién ha venido. ¡Eh, Pirado! ¿Cuándo te soltaron del IBN? Creía que te habían encerrado para siempre.

Aliviado, Lindsay limitó su réplica a una amenaza de violencia física multiusos de diecisiete sílabas, en la que incluso mencionó a la madre de Suckling.

—Bien, formad el Piquete de Entrada en el Desierto..., asegurad las escotillas de proa y popa... Todos los tripulantes preparados para la inmersión...

La peculiar excitación propia del viaje subarenoso era palpable en el ir y venir de la tripulación de la nave, de proa a popa, por los espacios tenuemente iluminados de la fragata subdesértica *Saksaul*. Se pusieron en marcha las barrenas de arena de filo diamantino, que empezaron a morder, casi sin fricción, las arenas del desierto del

Asia Interior, mientras se encendían las paletas de dirección, incrementando el ángulo de penetración. Desde una duna próxima, cualquier observador habría contemplado, quizá con terror supersticioso, cómo la nave, emprendiendo sin prisa su inmersión en el mundo sin luz, desaparecía por fin bajo las arenas, y en su lugar sólo quedaba una tormenta de polvo efímero, detrás de donde había estado el saliente de popa.

Tras alcanzar la profundidad operativa estándar, la nave se estabilizó en velocidad de crucero. En la sala de máquinas, el Piquete de Viscosidad empezó a pulsar por orden los interruptores que acoplarían al motor principal del barco las series de los denominados Transformadores Eta/Un, lo cual provocó que las ventanillas de observación que había en el puente empezaran a temblar como pieles de tambor, y que una sucesión de colores fluyera a lo largo de las superficies pulidas, mientras la vista que ofrecían las ventanas, *pari passu*, empezaba a aclararse.

—Enciendan todas las lámparas de crucero —ordenó el Capitán Toadflax.

Mientras los filamentos de los proyectores, fabricados con una aleación secreta, se calentaban hasta alcanzar la temperatura de funcionamiento y la longitud de onda correctas, la vista bajo las dunas, borrosa al principio, no tardó en afinarse y cobrar vida intensamente.

Lo que veían se parecía tan poco a la superficie del desierto como las profundidades del océano a la suya. Bancos enormes de lo que podrían ser ejemplares de alguna especie de escarabajo se arremolinaban ante la nave y, se diría que con curiosidad, entraban y salían iridiscentes de los haces de luz de los proyectores, mientras, demasiado alejadas para examinarlas con detalle —es más, en algunos casos mucho más allá de los límites manchados de lo visible—, unas figuras más oscuras se mantenían al paso del avance de la nave, lanzando de vez en cuando un destello, brillante como un acero desenvainado. Según las cartas de navegación, allí se elevaban, a babor y estribor, intuitas más que vistas, las cadenas montañosas irregulares conocidas por los antiguos lobos de las arenas del Asia Interior como las Profundas Blavatsky.

—El único modo de que un hombre conserve la cordura —informó jovialmente el Capitán Toadflax a sus huéspedes— es colocarse ante un instrumento al que deba prestar atención continuamente. Estas ventanas de aquí son básicamente para distraer a los marineros de agua dulce como ustedes, dicho sin ánimo de ofender, claro.

—¡Ni se nos ocurriría tomárnoslo a mal! —respondieron los Chicos al unísono y alegremente, como habían aprendido a hacer hacía mucho tiempo. De hecho, ese día, a más de un observador su conducta le pareció casi provocadoramente arrogante. Su descomunal aeronave estaba en el campamento del oasis, a salvo bajo la guardia de un piquete de gurkas famosos en las narraciones por su implacable dedicación a la defensa de los perímetros. Miles Blundell, en calidad de Oficial de Intendencia, había preparado varios apetitosos almuerzos de picnic, lo bastante abundantes para compartirlos con los miembros de la tripulación del *Saksaul*, cuyo entusiasmo por la cocina del servicio en las arenas había empezado, aunque fuera levemente, a

disminuir. Y ante ellos se extendía justamente el tipo de aventura que sin duda atraía a su gusto, con tanta frecuencia mal visto por su carácter histriónico y poco rentable.

—Es aquí abajo —afirmó el Capitán Toadflax— donde se encuentra, bastante intacta aunque, no se confundan, también habitada, la verdadera Shambhala, tan real como quieran. Y esos profesores alemanes —alzó un irascible pulgar— que no dejan de venir a carretadas a pasearse por aquí pueden excavar hasta que les salgan tantas ampollas que les sangren las manos, y ni así la encontrarán jamás, no sin el equipo apropiado: el mapa que ustedes traen, más el Paramorfoscopio de nuestra nave. Y menos aún sin, como les diría cualquier lama tibetano, la actitud apropiada.

—Entonces, su misión...

—La de siempre: encontrar la Ciudad sagrada, ser «el mejor y el más rápido», como decía su General Forrest..., no hay razón para que no lo sepan.

—Que quede claro que no pretendemos fisgonear...

—Oh, chicos, con ustedes no pasa nada. A ver, si uno no pudiera fiarse ni de ustedes, ya me dirán de quién.

—Nos avergüenza, señor. Si se supiera la verdad, se nos tendría entre los más viles de los viles.

—Umm. Habría preferido a alguien un poco más avanzado kármicamente, pero en fin, qué le vamos a hacer, a bordo de este bajel procuramos hacer caso omiso a las rivalidades de la superficie siempre que podemos, y a cualquiera que desee conocer nuestros resultados se los mostramos de buena gana, podrán leer la historia íntegra ahí mismo, en los periódicos, cuando por fin volvamos a casa: «¡Héroes de las Arenas descubren la Ciudad Perdida!», discursos ministeriales y homilías arzobispales, por no mencionar una corista en cada brazo, hielo para sorbetes a espuestas, noche y día, con sólo tocar un avisador, fuentes de champán *vintage* que nunca deja de brotar, Cruces de la Victoria tachonadas de joyas diseñadas por Monsieur Fabergé en persona..., con la salvedad, vaya, de que si alguien llegara a descubrir de verdad una Ciudad sagrada como ésa, puede que no deseara regodearse en los placeres seculares, por más atractivos que fueran o, si se me permite decirlo, sean.

Si aquellas palabras ocultaban algún sentido siniestro, entonces o bien escapó a la atención de los Chicos, o bien lo captaron perfectamente y taimadamente escamotearon ese reconocimiento.

La futurista fragata se deslizaba a través del mundo subarenáceo con las paletas de dirección de formas exóticas extendidas y las barrenas siempre en rotación delicadamente calibrada en el sentido de las agujas del reloj o al contrario, entre amenazadoras e imponentes cumbres y ominosas grutas que los haces de luz de los proyectores no acababan de desvelar del todo. Ése debía de ser el aspecto que tenía para los muertos el mundo de los vivos: cargado de información, de significados, pero siempre, lamentablemente, un poco más allá del umbral que podía iluminar la lámpara de la comprensión. El zumbido del equipo de viscosidad subió y bajó de

volumen; cada vez sonaba más como una melodía intencionada, que a los veteranos les recordaba las misiones en la base del Himalaya, donde habían escuchado melodías transmundanas tocadas con antiguas trompas fabricadas con los fémures de sacerdotes fallecidos hacía mucho tiempo, en lamaserías azotadas por el viento a varios kilómetros sobre el nivel del mar y que, a esa distancia, más pertenecían a la leyenda que a la geografía.

Randolph St. Cosmo, que había estado mirando casi hipnotizado por las ventanas de vistas, emitió en ese momento una especie de jadeo sofocado:

—¡Ahí! ¿No es eso una especie de atalaya? ¿Nos han avistado?

—Inclusión Torriforme —se rió entre dientes, pero tranquilizadamente, el Capitán Toadflax—; es fácil confundirla. Aquí abajo, el truco consiste tan sólo en saber distinguir la obra del hombre de la obra de Dios. Eso —añadió— y saber manejarse con la dimensión extra. Por aquí, «terreno urbano» no significa exactamente lo mismo que por arriba, porque, para empezar, podemos acercarnos a una ciudad desde abajo tan fácilmente como desde cualquier otra dirección. Los cimientos, por ejemplo, se transforman en pasillos de entrada. Pero imagino que estará ansioso por echar un vistazo al mapa que tan amablemente nos ha traído. Mire, es lo menos que podemos hacer en nuestra casi ilimitada gratitud.

En la Sala de Navegación —un espacio tan secreto que la mitad de la tripulación no sabía siquiera que existiese, ni mucho menos cómo llegar a ella—, se guardaba uno de los pocos Paramorfoscopios que quedaban en el mundo.

Todas las actividades paramorfoscópicas a bordo del *Saksaul* se habían dejado en manos de un pasajero civil, Stilton Gaspereaux, que resultó ser un aventurero estudioso del Asia Interior en la tradición de Sven Hedin y Aurel Stein, aunque más allá de sus deberes en la Sala de Navegación su estatus en la nave no estaba muy claro. Poco comunicativo sobre sí mismo, en cambio parecía más que dispuesto a hablar sobre Shambhala y el Itinerario de Sfinciuno.

—Entre los historiadores encontrarán a quienes defiendan la teoría de que las cruzadas empezaron como peregrinajes sagrados. Se define un destino, se avanza hacia él por una sucesión de estaciones (cuyos diagramas se cuentan entre los primeros mapas conocidos, como ven en este documento de Sfinciuno que tienen delante) y al final, tras actos de penitencia e incomodidades personales, se llega, se hace lo que su fe indique que se deba hacer y se vuelve a casa.

»Pero introduzcan en su proyecto sagrado el elemento de las armas, y todo cambia. Ahora ya no sólo se necesita un destino sino también un enemigo. Los Cruzados europeos que fueron a Tierra Santa a luchar contra los sarracenos acabaron, cuando no había sarracenos al alcance, luchando entre ellos.

»Por tanto, no debemos excluir de esta búsqueda de Shambhala el inevitable elemento militar. Todas las Potencias sienten un vivo interés. Hay demasiado en juego.

El críptico civil había colocado el Itinerario bajo una lámina de espato de Islandia de óptica perfecta; luego desplegó varias lentes e hizo algunos ajustes de precisión en las lámparas de Nernst.

—Aquí está, chicos, echen un vistazo.

El único que no se quedó pasmado fue, naturalmente, Miles. Enseguida vio en el dispositivo una posible aplicación para la aeronave como telémetro y asistente de navegación. Observar a través de él el documento, extrañamente distorsionado y sólo parcialmente visible, que los Chicos le habían entregado al Capitán Toadflax era como experimentar un brusco picado a baja altitud; es más, el ajuste de los controles apropiados en el dispositivo de visión podía fácilmente permitir una zambullida larga y pavorosa *dentro del mapa* que fuera revelando el terreno cada vez a escalas más precisas, quizá de un modo asintótico, como en los sueños en que uno cae pero se despierta justo antes del impacto.

—Y esto nos llevará directamente a Shambhala —dijo Randolph.

—Bueno... —Gaspereaux pareció incómodo—, sí, eso pensaba yo, al menos al principio. Pero parece que hay más complicaciones.

—¡Lo sabía! —explotó Darby—. ¡Ese 'Zo Meatman nos ha estado engañando como a bobos desde el principio!

—Es muy raro, en verdad. Las distancias que remiten a un punto de partida en Venecia son rigurosamente precisas en cuanto a la superficie de la tierra y las diversas profundidades. Pero, por alguna razón, esas tres coordenadas no bastan. Cuanto más avanzamos en el Itinerario, más..., cómo decirlo..., más parecen desenfocarse los detalles, hasta que por fin —sacudió la cabeza perplejo— se vuelven invisibles. Casi como si hubiera algún... nivel añadido de encriptación.

—Tal vez se requiera un cuarto eje de coordenadas —sugirió Chick.

—Creo que en eso puede radicar la dificultad —dijo Gaspereaux llamando su atención hacia el centro del despliegue, visible sólo a intervalos, donde se elevaba un pico montañoso, de un blanco cegador, que parecía iluminado desde dentro, cuya luz se desparramaba hacia fuera, estallando sin parar, iluminando las nubes pasajeras e incluso el cielo vacío...

»Al principio pensé que era el Monte Kailash del Tíbet —prosiguió—, un destino para peregrinos hindúes, quienes creen que se trata del paraíso de Shiva, su lugar más sagrado, así como el punto de partida tradicional de los que buscan Shambhala. Pero yo he ido al Kailash y a algunos otros picos, y no estoy seguro de que sea el que aparece en el mapa. Éste también puede verse desde una considerable distancia, pero no todo el tiempo. Es como si estuviera formado por una variedad de espato de Islandia capaz de polarizar la luz no sólo en el espacio sino también en el tiempo.

»Los antiguos maniqueos de esta zona adoraban la luz, la amaban del mismo modo que los Cruzados afirmaban amar a Dios, por sí misma, y a su servicio ningún crimen era demasiado grave. Era su contra-Cruzada. No importaba qué transformaciones pudieran ocurrir (y se esperaban cualquier cosa: viajes adelante y

atrás en el Tiempo, saltos laterales de un contínuum a otro, metamorfosis de una forma de materia, viva o no, a otra), lo único que permanecía invariable en todos los cambios era la luz, la luz que vemos en el sentido amplio que profetizara Maxwell y confirmara Hertz. Y a eso se añadía un rechazo hacia todas las formas de lo que ellos definían como “oscuridad”.

»Todo cuanto apreciáis con vuestros sentidos, todo cuanto existe en el mundo real para que lo améis, las caras de vuestros hijos, las puestas de sol, la lluvia, las fragancias de la tierra, una risa sana, la caricia de un amante, la sangre de un enemigo, la cocina de vuestras madres, el vino, la música, los triunfos deportivos, los desconocidos deseables, el cuerpo que os hace sentir en casa, una brisa marina soplando sobre la piel desnuda..., todo eso era perverso para el devoto maniqueo, creaciones de una deidad malvada, fantasmas y máscaras que siempre han pertenecido al tiempo de los excrementos y las tinieblas.

—Pero si es todo lo que importa —se quejó Chick Counterfly.

—Y un verdadero creyente de esa fe tenía que renunciar a todo. Nada de sexo, ni siquiera matrimonio, ni hijos, ni lazos familiares. Eso no eran más que ilusiones de la Oscuridad, engaños que nos distraían de la búsqueda de la unión con la Luz.

—¿Son ésas las opciones? ¿Luz o coño? Pero ¿qué clase de elección es ésa?

—¡Suckling!

—Lo siento, Lindsay, quería decir «vagina», claro.

—Parece un poco... —dijo Chick rascándose la barba—, no sé, un poco puritano, ¿no?

—Pues en eso creían.

—Y entonces, ¿cómo es que no se extinguieron tras la primera generación?

—La mayoría de ellos siguieron con eso que llamaríamos vida normal, tuvieron hijos y demás, dependiendo del grado de imperfección que pudieran asumir. A los que observaban rigurosamente la disciplina los llamaban «Perfectos». El resto eran invitados al estudio de los Misterios e intentaban entrar en el pequeño grupo de los Elegidos. Pero si llegaban a un punto donde sabían que era eso lo que querían, entonces era el momento de renunciar a todo.

—¿Y hay descendientes viviendo por aquí?

—Oh, ciertamente espero que les parezca bastante habitado.

Al instante, los detectores ópticos de compensación de la *Saksaul* revelaron en las cercanías, esparcidas pero inconfundibles, ruinas de estilos greco-budista e italo-islámico y, desplazándose entre ellas, otros vehículos subdesérticos, cuyas trayectorias, toscamente trazadas, parecían converger hacia la de la misma *Saksaul* en algún punto de la oscuridad más adelante. Por arriba, por abajo y a cada lado, estructuras más complejas que las que explicaría la geología empezaron a acercarse: cúpulas y minaretes, arcadas con columnas, estatuas, balaustradas con delicadas filigranas, torres sin ventanas, ruinas con huellas de combates antiguos y modernos.

—Haremos escala en Nuovo Rialto —anunció el Capitán—. Prepárense la guardia de puerto y la sección de permiso.

La noticia fue recibida con ambigüedad por la tripulación, pues «N.R.» era una buena escala para algunas necesidades, pero no para otras. El puerto, sumergido hacía muchísimo tiempo, se había erigido alrededor de 1300 sobre las ruinas, por entonces ya medio engullidas por las insaciabiles arenas, de una ciudad maniquea que databa del siglo III y que, según la tradición, había sido fundada por Mani en persona en el transcurso de sus vagabundeos más allá de las orillas lejanas del Oxus. Allí permaneció y prosperó durante casi mil años hasta que Gengis Kan y sus ejércitos invadieron esa región del Asia Interior; poco fue lo que dejaron en pie o respirando. Cuando la encontraron los venecianos, resultó difícil dar con algo que no hubiera sucumbido al viento, a la gravedad o a una atroz pérdida de fe. Durante el breve periodo que ocuparon Nuovo Rialto, los Occidentales instalaron una red de aljibes para recoger el agua de lluvia, tendieron diversas canalizaciones e incluso excavaron algunos pozos. Inexplicablemente, como si obedecieran a voces antiguas que se habrían conservado en la cristalografía silíceas que con tanta inmisericordia envolvía la ciudad —como si una sabiduría secreta hubiera sido inscrita permanentemente en su propia sustancia—, empezaron a caer año tras año bajo la influencia de las viejas doctrinas paracristianas. Los primeros exploradores subarenosos identificaron altares maniqueos que databan de fechas posteriores al siglo XIV, a todas luces mil años más recientes de lo que deberían.

Mientras tanto, la tripulación estaba atareada con el Intercambio de Comentarios tradicional cuando se hacía escala.

—«Así en la tierra como en el cielo», ¿no?

—Nunca falla.

—¡Y luego habláis de los destartados caravasares!

—Hay mucha colada que hacer, me parece que me quedaré en el barco...

—El sitio huele como Coney Island.

—¿Como la playa?

—Nooo, como en el Steeplechase Park, en el vodevil.

—Prepárense para atracar, por popa —anunció el Capitán.

Cerca se alzaba imponente una estructura alta y ruinosas de gran antigüedad, de un color marrón rojizo que hacía pensar en sangre derramada no poco tiempo atrás, cuyas columnas de sustentación eran estatuas masculinas y femeninas que portaban antorchas y cuyo frontón tenía una inscripción en un alfabeto inventado, según Gaspereaux, por Maní en persona y en el que se habían escrito el Libro de los Secretos y otros textos sagrados maniqueos.

Era evidente que la fragata de arena pensaba amarrar ahí. Tras el «show» nocturno fumándose un puro en el saliente de popa, Chick oyó un chillido agudo, que le pareció casi articulado como una palabra. Encontró un par de anteojos subarenosos, se los colocó y miró a la oscuridad más allá de los muros del

asentamiento. Algo inmenso y pesado se acercó estruendosamente dando vertiginosos saltos, y a Chick le pareció reconocer el olor de la sangre.

—¿Qué era eso, en el nombre de Dios?

Gaspereaux echó una mirada.

—Ah, ya. Las pulgas de arena de por aquí. Siempre se pasan a ver qué hay cuando llega un barco nuevo.

—¿De qué está hablando? Si tenían el tamaño de un camello.

Gaspereaux se encogió de hombros.

—Aquí se les conoce como *chong pir*, grandes piojos. Desde que llegaron los primeros venecianos, estas criaturas, siguiendo una dieta exclusivamente a base de sangre humana a lo largo de generaciones, se han ido haciendo cada vez más grandes, más inteligentes, casi se diría que más ingeniosas. Alimentarse del huésped ya no es tan sólo una cuestión de agresión mandibular, sino que ha evolucionado a una negociación consciente, por no decir a un virtual intercambio de opiniones...

—¿La gente de por aquí habla con pulgas gigantes? —preguntó Darby con su franqueza habitual.

—Pues sí. Por lo general en un dialecto uigur antiguo, aunque, debido a la estructura de su boca, única y exclusiva de la *Pulex*, tienen ciertas dificultades fonológicas, en especial con la fricativa interdental sonora...

—Sí..., ah, ¿cómo? ¿Aquí? ¿Es aquí donde se engancha la manguera?

—Aun así, chico, un par de buenas frases pueden resultar útiles en caso de un encuentro.

Darby se palmeó el arma que llevaba bajo la solapa izquierda y subió y bajó las cejas elocuentemente.

—Me temo que no —objetó Gaspereaux—, eso sería pulicidio. Sometido aquí a la misma legislación que se aplica arriba al homicidio.

No obstante, Darby mantuvo cerca su Browning mientras, con cierta sensación confusa, de expectación y terror a la vez, los chicos se ceñían sus equipos Hipops y emprendían una visita vespertina de recreo a Nuovo Rialto. Les costó un poco acostumbrarse a desplazarse por la arena, sobre todo por el tiempo que se necesitaba para realizar las tareas motoras más simples, pero al cabo adoptaron un paso pausado, un andante relajado, acompañados de un silbido constante causado por la granulosidad del medio, que se sentía tanto como se oía.

Llegaban gritos desde diversas direcciones y se veía sangre en forma de gotas melladas de tres dimensiones, por lo general en las proximidades de tabernas y otros antros.

Si no hubiera sido por unos fragmentos de conversaciones escuchados al vuelo, Chick no habría sabido que existía otro motivo para llevar a cabo aquella expedición, tal vez el verdadero de la fragata, y que quizá Shambhala sólo servía de pretexto. En el Sandman Saloon había entablado conversación con Leonard y Lyle, una pareja de

prospectores de petróleo que estaban de camino a su siguiente búsqueda de zonas prometedoras.

—Sí, andábamos por aquí dentro mucho antes de que llegaran los suecos, jugándonosla por todas partes...

—Sodoma y Gomorra no son más que una merienda de catequistas en comparación con esto.

—¿Ah, sí?

—Sí, estamos de camino a la Tierra Santa.

—O impía, si se tienen en cuenta las Escrituras.

Según parecía, una noche en Bakú, en un *teke* o bar de hachís del puerto, como si siguiera una instrucción sobrenatural, un vagabundo americano que no tenía nada que apostar, salvo una Biblia de bolsillo, la había perdido jugando con Lyle, ante cuyo rostro el Buen Libro se había abierto por el Génesis 14,10 y la frase: «El valle de Sidim estaba lleno de pozos de asfalto».

—Una zona del Mar Muerto, pues «pozo de asfalto» era como se decía en el inglés del Rey Jaime «depósito bituminoso» —explicó Leonard.

—Fue como si se encendiera una luz. La verdad, corrimos a la puerta pensando que fuera había habido una inesperada explosión de gas. Pero no, era el Señor que llamaba nuestra atención sobre esas ciudades de la llanura donde en el pasado sólo había garitos, pero que se estaban preparando para ser la próxima Spindletop, y puedes apostarte el rancho.

—Era descomunal, mayor que ese pozo de Grozni que ni sabían cómo tapar —afirmó Leonard.

—¿Y qué estáis haciendo aquí en lugar de allí? —preguntó el franco Darby Suckling.

—Básicamente, buscando suerte juntos. Aquí pueden conseguirse rápidamente montones de efectivo, sin farragosas gestiones ni formularios que rellenar, no sé si nos entiendes.

—¿Hay petróleo por aquí? —preguntó Chick, aunque incapaz de ocultar en su voz una débil nota de falsedad.

Los dos arriesgados prospectores se carcajearon a gusto un buen rato e invitaron a los chicos a otra ronda del aryq de la zona antes de que Lyle respondiera:

—Echad un vistazo debajo de la bodega de esa fragata en que habéis venido, y luego nos decís si habéis visto brocas, tuberías, coronas dentadas y demás.

—Mierda, a estas alturas ya deberíamos saber reconocer de un prospector, si hasta se ven por aquí caras conocidas de Bakú.

A Darby le pareció divertido, una prueba más que confirmaba lo poco fiables que eran los adultos.

—Entonces, toda esa historia de Shambhala que nos han contado no es más que un pretexto.

—Sobre el terreno quizá sea real —dijo Leonard encogiéndose de hombros—. Con todo, apostaría que si vuestro capitán se diera de narices con ella, diría *ässalamu äläykum* al cruzarla pero sería más que probable que tuviera la mirada fija en el siguiente anticlinal.

—Es angustioso —murmuró Randolph—; una vez más, nos utilizan para llevar adelante los planes ocultos de otros.

Chick vio que los dos cíngaros del petróleo se miraban.

—Lo que se nos acaba de ocurrir —dijo Lyle acercando su silla a la mesa y bajando la voz— es que, dado que en esa fragata alguien debe de llevar cuadernos de registro de cada posible zona bituminosa que se haya encontrado en esos estratos (ubicaciones, profundidades, volúmenes estimados), cuesta imaginar lo que alguna gente estaría dispuesta a pagar por una información tan celosamente guardada.

—Olvídate —objetó Lindsay desde cierta *altitud ecuestre*—, porque eso nos convertiría en vulgares ladrones.

—Pero si el precio fuera lo suficientemente elevado —reflexionó Randolph en voz alta—, más que vulgares, seríamos unos ladrones extraordinarios.

Había sido un fin de semana de permiso peculiar en Nuovo Rialto. Resultó que el buque había amarrado en un muelle que pertenecía a un comerciante de aryq, con lo que cada mañana muchos marineros aparecían semiparalizados, sin haberse alejado mucho en su búsqueda de diversión, con las unidades Hipops zumbando en el modo Durmiente. Varios miembros de la tripulación afirmaron haber sido abordados por pulgas de la arena, y todas las mañanas las colas para la enfermería se extendían por los pasillos y las escaleras, hasta las salas de Viscosidad. Algunos, que parecían haber disfrutado de los acercamientos, no informaban de ellos. El alcázar fue escenario de vituperios, intentos fallidos y consumados de contrabando, así como de melodramas románticos cuando los miembros más aventureros de la tripulación descubrieron el complejo atractivo de las mujeres veneto-uigures, que eran sinónimo de volubilidad emocional para todo el Servicio Subdesértico. Cuando por fin llegó la hora de aligerar cabos, un 2 por ciento de la tripulación, más o menos la media en este tipo de casos, había comunicado sus intenciones de quedarse y casarse. El Capitán Toadflax se lo tomó con la ecuanimidad de un soldado curtido en la región, pensando que recuperaría a la mayoría cuando regresara a la ciudad al final del crucero.

—El matrimonio o los deberes del servicio subarenoso —dijo sacudiendo la cabeza con cierta tristeza cósmica—. ¡Menuda elección!

Mientras la *H.M.S.F. Saksaul* avanzaba zumbando animadamente bajo el desierto, yendo de un oasis paleoveneciano al siguiente —Marco Querini, Terrenascondite, Pozzo San Vito—, la tripulación seguía fingiendo que la búsqueda de petróleo era lo que menos le interesaba. Randolph estaba obsesionado, temerariamente, con los cuadernos de registros petrogeológicos que habían mencionado Lyle y Leonard, todos bien guardados, por lo que él sabía, junto con los documentos detallados de la misión,

dentro de la caja de seguridad del Capitán Toadflax. Cada vez más desequilibrado, Randolph pidió consejo a Darby Suckling.

—En mi condición de Oficial Jurídico —dijo Darby—, no sabría decir hasta qué punto tenemos que serles leales, sobre todo cuando nos ocultan tanta información. Por mi parte, optaría por volar la caja; no se ha fabricado caja fuerte que Counterfly no pueda reventar.

Y de ese modo se produjo un momento delicado cuando, aunque Randolph no pretendiera, como alegaría más tarde, robar los documentos o ni siquiera examinarlos sin autorización, Q. Zane Toadflax entró en su camarote durante una guardia de media y se topó con Randolph mirando fijamente la caja, con varios cartuchos de dinamita y detonadores encima.

Desde ese momento y hasta la partida de los chicos, se apostaron sargentos de marina fuera del camarote de Toadflax las veinticuatro horas del día. Cuando por fin emergieron cerca del recinto donde el *Inconvenience* estaba amarrado, las despedidas fueron llamativamente sumarias.

Al volver al *Inconvenience*, los chicos se encontraron las despensas menguadas, las cubiertas sin vigilancia y con que todos los gurkas habían desaparecido (*ausencia obligada por una causa de cierta urgencia*, según la nota que hallaron en el camarote de Randolph), dejando la seguridad del bajel en manos de *Pugnax*. Aunque las expresiones de gratitud servil que de vez en cuando exhiben otros ejemplares de su raza raramente se observaban en *Pugnax*, ese día se mostró claramente alborozado al ver a sus amigos de nuevo.

—Rr rr-rff rf rrr rrf-ff rr rrrf rr rrr rrrf-rfrf! —exclamó, lo que los chicos interpretaron como: «¡No he podido dormir ni dos benditas horas seguidas desde que os fuisteis!».

Miles se dirigió sin tardanza a la cocina de la nave y, antes de que se diera cuenta, *Pugnax* estaba tumbado ante una suntuosa «comilona» que incluía Consommé Impérial, Timbales de Suprêmes de Volailles, Gigot Grillé à la Sauce Piquante y berenjenas à la Sauce Mousseline. Los gurkas habían saqueado la bodega de vinos sin ningún miramiento, pero Miles pudo localizar un Pouilly-Fuissé de 1900 y un Graves de 1898 a los que *Pugnax* dio el visto bueno justo antes de quedarse dormido.

Esa noche, mientras el *Inconvenience* se elevaba sobre el inmenso y silencioso desierto, Chick y Darby paseaban por las cubiertas de abrigo, mirando los frentes de olas circulares en la arena, muy visibles gracias el ángulo bajo del sol, que ya se ponía alejándose hacia los límites de aquel mundo desconocido. Se les unió Miles, pero al poco desapareció en una de sus excursiones extra-temporales.

—Pase lo que pase —informó a su vuelta—, empezará aquí mismo, con una batalla de caballería nunca vista por ningún ser vivo y puede que tampoco por ninguno muerto, una inundación de caballos que cubrirá todos estos horizontes, con

flancos de un verde sobrenatural, iluminados por la tormenta, que se multiplicarán incesantes, imparables, alzándose por todas partes como si hirviera la sustancia misma del desierto y de la estepa. Y toda esa encarnación y matanza ocurrirá en silencio, a lo largo de este inmenso matadero planetario, que absorberá el viento, el acero y los cascos entrechocando contra la tierra, el clamor desquiciado de los caballos, los gritos de los hombres. Llegarán y partirán millones de almas. Es posible que la noticia de lo acaecido tarde años en llegar a alguien que entienda su sentido...

—Pues no diría que Darby y yo no hayamos visto algo parecido ya —reflexionó en voz baja Chick recordando su breve pero desagradable experiencia en la «cámara del tiempo» del Doctor Zoot. Pero su sentido, incluso como simple profecía, se le seguía escapando ahora tanto como antes.

En algún punto pasado el Oasis Benedetto Querini, la *H.M.S.F. Saksaul* sufrió un accidente. Hubo pocos supervivientes, y las explicaciones que se dieron fueron incompletas e incoherentes. La primera salva llegó sin previo aviso, precisa; rompió los tímpanos de los tripulantes y sumió el puente en una espantosa cataplexia. Los operadores, aturdidos ante sus pantallas de visión, intentaban recalibrar las imágenes que se sucedían ante ellos, pulsando todas las combinaciones que se les ocurrían de los interruptores de los circuitos de aumento y filtrado, en una tentativa de descubrir a sus invisibles atacantes, que parecían utilizar un dispositivo de cambio de frecuencia muy complejo y potente, capaz de camuflar un buque de combate subarenoso entero y volverlo invisible para todos los equipos de visión conocidos.

La copia del Itinerario de Sfinciuno que los Chicos, en su inocencia, habían subido a bordo, había llevado a la *H.M.S.F. Saksaul* a la emboscada y al desastre.

—¿Quiénes son?

—Es probable que alemanes o austriacos, aunque no hay que descartar a la Standard Oil ni a los hermanos Nobel. Gaspereaux, estamos en una situación desesperada. Ha llegado el momento de que desempeñe el cometido para el que ha subido a nuestra aeronave. Vaya al túnel del eje y póngase el equipo Hipops que encontrará en el armario, junto a una cantimplora de agua, los mapas del oasis y algunas tabletas de carne. Salga a la superficie, vuelva a Inglaterra sea como sea. Hay que informar a Whitehall de que ya se ha armado.

—Pero necesitará a todos los hombres que...

—¡Váyase! Busque a alguien de la sección de espionaje de Exteriores. ¡Es nuestra única esperanza!

—Que conste mi protesta, Capitán.

—Quéjese al Almirantazgo. Si sigo vivo, podrá llevarme a juicio.

Mientras los días transcurrían en aquella inmensa ambigüedad de Tiempo y Espacio, no pasaría mucho antes de que Gaspereaux volviera a Londres y se esforzara por llegar hasta el legendario Capitán, ahora Inspector, Sands, que no tardaría en ser conocido en Whitehall, así como por los lectores del *Daily Mail*, como «Sands del Asia Interior».

Entretanto, durante días, semanas en algunas partes, las batallas de la Guerra de Taklamakán proseguían con toda su furia. La tierra temblaba. De vez en cuando, una nave subdesértica emergía sin aviso previo, mortalmente dañada, con la tripulación muerta o agonizando... Se atacaron depósitos subterráneos de petróleo en las profundidades, lagos de combustible aparecían de la noche a la mañana, y grandes columnas de fuego ascendían al cielo. De Kashgar a Urumchi, los bazares estaban llenos de armas, unidades de respiración, accesorios marinos y unas armas que nadie sabía identificar, recubiertas de indicadores, prismas y cableado eléctrico, y que más tarde se descubriría que eran lanzadores de rayos Cuaterniones, que utilizaban todas las Potencias. Y todo ese armamento pasaba ahora a manos de pastores de cabras, cetreros y chamanes, que lo llevaban al espacio vacío, lo desmontaban y estudiaban y lo reconvertían para uso religioso y práctico; con el tiempo, esto acabaría transformando la historia de la Isla-Mundo más allá de las previsiones más descabelladas de aquellas Potencias, que a fecha tan tardía aún se imaginaban a sí mismas compitiendo por ella.

Habiendo alcanzado ya por aquellos días de la todavía balbuciente ciencia del contraterrorismo el estatus de nombre en código multiusos, correspondiente al tipo con el que se contacta discretamente para alertar al propio personal de seguridad en caso de crisis, el verdadero «Inspector Sands», siempre acosado, siempre empeñado en definir y mantener un buen nivel de conducta profesional, desconocedor del camino que había emprendido hacia la leyenda, envejecido prematuramente, empapado de una tristeza que, en su casa, irremediablemente se derramaría sobre su esposa e hijos, se encontraba en una fase de su carrera en que no tenía tiempo ni de quitarse el sombrero, y pasaba los días saltando precipitadamente, como nunca, de una emergencia a otra:

—Ah, Sands, aquí esta, ya era hora. Tenemos a un individuo sospechoso aquí abajo, mírelo, en el portillo más alejado, ¿lo ve? Nadie acaba de distinguir su acento, algunos creen que es irlandés, otros, italiano, por no mencionar esa bolsa de forma tan extraña que trae consigo...; no le quitamos ojo, claro, pero si tuviera un *dispositivo de relojería*, no serviría de mucho, ¿verdad que no?

—El hombre con el traje verde brillante y esa especie de sombrero de gondolero, salvo que eso que lleva ahí... no es una cinta, ¿verdad que no?

—Más bien una pluma, casi un penacho, la verdad, y bastante extremado, ¿no cree?

—*Podría* ser italiano, supongo.

—Sí, alguna subespecie de moro, obviamente. El caso es cómo adivinar sus intenciones a corto plazo. No parece probable que haya venido para robar sellos, ¿verdad que no?

—La bolsa tal vez sólo sea para llevar el almuerzo.

—Típico de esa gente; ¿a quién más se le ocurriría comer una sustancia explosiva?

—A lo que me refería era a que, de hecho, podría llevar comida... *en lugar de* explosivos.

—Es posible, lo sé, pero también podría ser cualquier cosa, ¿verdad que sí? Su colada, por ejemplo.

—Ciertamente. Aunque, me pregunto qué podría volar con una bolsa de la colada.

—Oh, vaya, ahora se está sacando algo del bolsillo, ¡*lo sabía!*

Al instante, guardas uniformados empezaron a converger hacia el intruso, mientras fuera, en la calle, la policía metropolitana ocupaba todos los rincones desde St. Martin le Grand hasta Angel Street, desplazándose en masa entre el tráfico de motor y el de tracción animal, al tiempo que dejaban caer indicaciones en las orejas de los conductores mejor situados para crear una parálisis vehicular generalizada, por si servía de algo. El funcionario apostado ante el portillo se arrojó lloriqueando bajo una mesa cercana, y el sujeto recogió rápidamente su bolsa, salió por la puerta delantera y cruzó la calle hacia la Oficina de Correos del Oeste, desde donde se enviaban todos los mensajes telegráficos. Era un espacio inmenso y, para algunos, intimidante, en cuyo centro, por debajo del nivel de la calle, cuatro enormes motores de vapor trabajaban para proporcionar las presiones y vacíos que impulsaban de aquí para allá, por toda la City y el Strand, miles de despachos neumáticos al día, y que eran atendidos por un numeroso equipo de reponedores, y vigilados las veinticuatro horas del día, por si había fluctuaciones de entropía o fallos de vacío, entre otras incidencias, por ingenieros ataviados con un traje de dril gris y una gorra que centelleaba oscuramente.

Gritos de «¡Allá va!» y «¡Quieto, maldito anarquista!» eran absorbidos por los polirritmos incesantes de la maquinaria de vapor. Sobre las filigranas retorcidas y engrasadas de esas oscuras estructuras de hierro, resaltaba una serie de accesorios y ribetes de latón que lustraba cada noche un ejército de limpiadoras invisibles y que centelleaba como halos de industriosos santos en un movimiento periódico complejo. Cientos de telegrafistas, repartidos por el inmenso salón hundido, atendían cada uno a su equipo y apenas levantaban la vista de su universo de clics y silencios; chicos de los recados uniformados iban y venían por el laberinto de madera noble barnizada formado por mesas y casilleros, y los clientes se inclinaban, paseaban o se asombraban ante mensajes que acababan de recibir o tenían que enviar, mientras la mortecina luz diurna de Londres descendía a través de las ventanas y del vapor produciendo una humedad casi tropical en aquel Templo Septentrional de Conexión...

—A ver, Luigi, ¿adónde vamos tan deprisa? —se oyó cuando un alguacil, que apareció inesperadamente entre el mármol, intentó una especie de placaje de rugby sobre el ágil mediterráneo, que aminoró el paso sólo lo suficiente para gruñir:

—Por el amor de Dios, Bloggins, soy yo, Gaspereaux, y si tuvieras la amabilidad de...

—Oh. Lo siento, jefe, no...

—No, no, *no saludes*, Bloggins, vengo *disfrazado*, ¿es que no lo ves?, sí, y lo que quiero que hagas ahora, tan rápido como puedas, es fingir que me detienes y llevarme arriba, sin demasiados *codazos amistosos* si es posible...

—(Lo he pillado, jefe). Muy bien, allegro vivatchi, buen hombre, vamos a ponernos estos bonitos brazaletes, ¿verdad que sí?, es sólo una formalidad, claro, oh, éste es mi joven colega, el Agente de Policía que se hará cargo de su interesante bolsa en cuanto deje de mirarla tan fijamente, ¿verdad que sí, Agente?, sí, es un buen chico... —Escoltó al detenido, a quien las esposas no parecían estorbarle visiblemente la gesticulación étnica, hasta una escalera lateral que daba a un pasillo atestado de guardias uniformados, y después, bajo una imponente arcada, hasta las oficinas de la Seguridad Interior.

—Vaya, si tenemos aquí al bueno de Gaspereaux, ¿qué haces con la cara pintarrajeada de maquillaje cutre? Por no hablar de ese horroroso sombrero.

—Es el único modo de poder hablar contigo, Sands; es como si hubiera ojos y oídos por todas partes...

En el extremo opuesto de la sala, un cilindro de gutapercha con un mensaje neumático dentro llegó a su caja receptora «D» acompañado de un sonido sordo tintineante.

—Seguramente es para mí... —dijo extrayendo el formulario y examinándolo—. Sí... Las malditas sufragistas, no sé de qué me sorprende. Oh, lo siento, Gasper, ¿qué me estabas diciendo?

—Sands, tú ya me conoces. El sentido de lo que he visto, si hablara de ello, no lo entendería, y si lo entendiera no sabría...

—Hablar, sí, sí, claro, cómo no, entonces, ¿te importaría compartir un taxi hasta Holborn...?

—En absoluto, además estarán esperando a que les devuelva este disfraz en Saffron Hill.

—A lo mejor encontramos un momento para tomar una cerveza por ahí.

—Conozco el lugar perfecto.

Que resultó ser el Smoked Haddock, uno de los muchos locales de Gaspereaux, en cada uno de los cuales lo conocían, esperaba Sands, con una identidad distinta.

—Buenas noches, Profesor. Todo bien, espero.

—No si puedo evitarlo —respondió cordialmente Gaspereaux, en un tono más alto y con un acento más aburguesado del que Sands le había oído jamás.

—A ver entonces de qué va todo esto, espero que ni pizca de la vieja grandiosidad colonial...

—Sands, necesito desesperadamente...

—Entre nosotros nada de prólogos, Gasper, *tantum dic verbo*, ¿no?

—Bien, en ese caso... —Y relató lo más desapasionadamente que pudo la situación de la que había escapado y lo que temía que le había sucedido a la *H.M.S.F. Saksaul*—. Se trata otra vez de la vieja historia de Shambhala. Alguien, tal vez uno de los nuestros, la ha encontrado por fin.

—¿Cómo?

Gaspereaux repitió los fragmentos que había escuchado.

—Y el lugar está... *intacto*. Otras ruinas de sub-superficie están llenas de arena, claro, pero en Shambhala la arena es *mantenida a distancia* por una invisible esfera de fuerza, como una gigantesca burbuja de aire...

—Así que cualquiera que sepa dónde está...

—Puede entrar y ocuparla, sin que le haga falta ningún equipo especial.

—Bueno, es una noticia espléndida, Gasper. —Pero Gaspereaux le devolvía una mirada fija y apesadumbrada—. Quiero decir que es un..., un momento de esplendor para Inglaterra, debería haber pensado...

—No somos los únicos que hemos llegado hasta allí, Sands. En este instante, todas las Potencias presentes en la región están llevando allí sus fuerzas. Las acciones contra fragatas como la *Saksaul* no son más que los primeros amagos. Cada día que pasa aumentan las posibilidades de que estalle un conflicto prolongado por la posesión de la ciudad, con regimientos enteros como mínimo.

—Pero si yo mantengo contacto telefónico permanente con Whitehall... ¿por qué no lo ha mencionado nadie?

—Oh, porque estoy loco, supongo, y todo esto no ha sido más que la fantasía de un loco.

—De eso se trata precisamente, chico, ahora sé que tus más desquiciadas afirmaciones no son más que un relato convencional contado prematuramente y sin pensarlo dos veces. —Sacó medio soberano con la forma de la cabeza del señor Campbell-Bannerman—. Supongo que tengo que buscar una cabina telefónica. Ohvayaohvayaohvaya. —Y salió. El local tenuemente iluminado, que Gaspereaux casi había abandonado la esperanza de volver a ver cuando cruzaba el desierto, le ayudó lenta y comprensivamente a recuperar su entrañable incapacidad para imaginarse nada con claridad más allá de Dover.

El día que Dally se marchó a Nueva York, Merle, fingiendo hasta para sí mismo que había perdido las gafas, rebuscó por todos los lugares que se le ocurrieron, abrió cajas, miró bajo las colchas y detrás del armazón de la carreta, y finalmente descubrió una vieja muñeca de peluche, *Clarabella*, la única que se les había *ajustado*, como le gustaba decir a Dally, hacía años en Kansas City, y que ahora yacía olvidada entre el polvo de la casa, y le sorprendió sentir emociones que no le eran propias, como si la melancolía se debiera a la vieja *Clarabella* que tenía delante, abandonada a plena luz del día, sin ninguna niña que la recogiera. Bastaba una sola mirada a aquella cara, y ver cómo se había deteriorado la pintura, para que las malditas válvulas de un hombre empezasen a fluir, y eso si no se desmoronaban del todo.

Esperó hasta el siguiente día de fundición del mineral y luego dejó el trabajo de amalgamador en Little Hellkite, recogió las sustancias químicas del revelado, las placas fotográficas y unas cuantas fotografías que quiso conservar después de haber regalado todas las demás. Algunas de las que se guardó podrían haber sido de Dally. Encontró un par de buenos caballos, se encaminó hacia las San Miguel, luego subió por el paso de Dallas Divide, atravesó Gunnison y descendió por la larga vertiente oriental hasta Pueblo, sin poder quitarse de algún rincón de la cabeza la convicción de que años atrás, de camino hacia el oeste, rumbo a Colorado, se había perdido algo esencial, una ciudad que no había visto, una pieza concreta que, a menos que volviera a dar con ella y la utilizara, podía despojar de sentido a buena parte de su vida hasta ese momento, así de importante era. Dirigiéndose hacia el este, se dio cuenta de que Dally estaba en alguna parte casi dos mil kilómetros por delante, pero no tenía intención de llegar hasta el final. Sólo hasta donde tenía que hacerlo.

La noche del sábado, Merle entró en Audacity, Iowa. Era justo después de la hora de cenar, todavía había un poco de luz en el cielo, unos carros agrícolas salían de la ciudad rodeados de una neblina que hacía que los pequeños robles parecieran redondos y lisos como pirulís; se fijó en una pequeña multitud que se removía, murmuraba y estaba a punto de alborotarse delante de un edificio de tablillas y tejado plano con lámparas de gas multicolores, encendidas ya antes que el alumbrado público, que delectaban contra el día que moría el nombre del local de imágenes en movimiento de la ciudad: DREAMTIME MOVY. Merle aparcó la carreta y se acercó a ellos.

—Parece divertido.

Se fijó en que, como muchos locales rurales del mismo tipo, antiguamente había sido una iglesia de alguna confesión demasiado minoritaria para pagarse un ministro, y había acabado reconvertida en cine. A Merle le parecía lógico, pues no veía mucha diferencia entre el público del cine y las multitudes que asistían a las celebraciones religiosas: en ambos casos la gente mostraba la misma disposición a dejarse arrastrar por el hechizo de un narrador de historias.

—La tercera semana seguida —le informaron sin tardanza— en que el maldito aparato no funciona; estamos esperando a que Fisk salga y nos suelte las tonterías de siempre.

—Ha pasado en el momento más inoportuno posible, justo cuando ella está agarrándose a ese tronco en el río...

—... que la arrastra a la cascada que cae desde un acantilado...

—... la corriente es tan fuerte que no puede nadar; él acaba de enterarse y cabalga para llegar a tiempo...

—¡Y va y todo se descuajaringa! Fisk no sabe lo poco que le falta para que lo echemos de la ciudad.

—Ahí está por fin, el miserable memo.

Merle se acercó para hacer un poco de espacio entre el visiblemente disgustado Fisk y la multitud.

—¿Qué hay, hermano de las lentes? ¿Qué ha pasado, se ha roto la película, se han quemado los carbonos?

—La película se sale todo el tiempo. La rueda dentada y el engranaje, no sé qué más puede ser.

—Yo he manejado un par de estos chismes, ¿te importa que eche un vistazo? ¿Qué tienes, un mecanismo Powers?

—Sólo una Geneva normal. —Llevó a Merle a la parte de atrás de la sombría y pequeña ex iglesia y subieron por unas escaleras hasta lo que había sido la galería del coro.

—Casi lo único que sé hacer es ensartarla dentro, antes se encargaba Wilt Flambo, que es el relojero del pueblo, se conoce el aparato de arriba abajo; yo heredé el trabajo cuando Wilt se fugó con la mujer del tendero, y ahora anda por Des Moines o no sé dónde y envía postales a todo el mundo contando lo bien que se lo está pasando.

Merle echó un vistazo.

—El mecanismo de esta Geneva va bien, es la tensión de la rueda lo que no acaba de funcionar, seguramente la zapata necesita..., ahí, vale, quítale la luz ahora, ¿qué son, fogones de gas?

—Acetileno. —Ahora sí que funcionaba, y los dos se quedaron un momento mirando la pantalla mientras el filo de la peligrosa cascada se acercaba cada vez más.

—Más vale que lo rebobine hasta el principio. Me has salvado el pellejo, amigo. Te cedo el honor de darles la buena noticia.

—Sinceramente —confesó más tarde Fisk ante un amigable vaso de cerveza—, siempre me ha dado pánico, demasiada energía suelta en esa salita, demasiado calor, la nitro en la película..., da la impresión de que todo va a explotar en cualquier momento, ya sabes los rumores que corren por ahí, y si se tratara sólo de la luz, aún, pero esas otras fuerzas...

Se intercambiaron las amargas y resentidas sonrisas de labios apretados de los profesionales que conocen bien la magnitud del precio que hay que pagar para que la magia mantenga al público en su dichoso estupor: en este caso, el simple esfuerzo físico de darle a la manivela del proyector y las demoníacas energías cerca de las cuales debía quedarse un hombre.

Merle trabajó allí durante un par de semanas, mientras Fisk volvía a su tienda de piezas de carreta y se recuperaba. Al cabo de un rato, como ya le había pasado antes, Merle se desentendía de la historia que se contaba en la pantalla y, sin dejar de darle a la manivela del proyector, reflexionaba sobre la extraña relación que tenían esas imágenes en movimiento con el Tiempo, tal vez no tan anómala como engañosa, pues todo se basaba en engañar al ojo, que era la razón por la que, imaginaba, tantos magos de la escena se dedicaban a la profesión. Pero si la idea consistía en animar imágenes fijas, tenía que haber un método mejor que aquel complejo artefacto de cadenas de engranajes, lentes múltiples, sincronizadores y mecanismos de relojero para que cada fotograma se detuviera una fracción de segundo. Tenía que haber algo más directo, algo que pudiera hacerse con la propia luz...

Un día, bajo un cielo de cierto tono amarillo casi familiar, llegó a la orilla de un río en el que unos jóvenes hacían piragüismo, pero no con alegría o despreocupado coqueteo sino con cierta oscura perplejidad, como si estuvieran ahí por motivos más profundos pero no se acordaran de cuáles eran. Reconoció el estado de ánimo como un rasgo más del paisaje, como un explorador que descubre una montaña o un lago, algo tan simple como coronar la línea del horizonte de una cordillera: ahí estaba, extendiéndose tan limpiamente como un mapa de sí mismo. Había encontrado Candlebrow, o, si se prefiere, ella lo había encontrado a él; entró a través de las puertas ruinosas del campus y reconoció el lugar que había estado buscando, el que no había visto la primera vez que anduvo por allí: las calles flanqueadas por librerías, los espacios para sentarse y hablar, o no hablar, los cafés, las escaleras de madera, las galerías, los desvanes, los banquetes al aire libre, los toldos callejeros, los grupos que se congregaban, la noche que caía, un pequeño cine, neón amarillo limón fuera...

Allí la tierra se combaba suavemente. Ninguna voz, fuera del estadio deportivo, superaba el tono conversacional. Los caballos pastaban en el Patio de la Universidad. El olor a campo se filtraba por todas partes: trébol del prado, madreSelva, reina de la pradera. Los que iban de picnic llevaban herraduras y ukeleles, cestas llenas de sándwiches, huevos duros, encurtidos y botellas de cerveza, hasta las orillas del apacible río de Candlebrow, el Sempitern, famoso por sus buenas condiciones para practicar el piragüismo. Tarde sí y tarde no, aparecían nubes de tormenta hacia el oeste y empezaban a acumularse, y entonces el cielo se oscurecía, adquiriendo un tono gris amarillento de resonancias bíblicas cuando llegaban los primeros vientos y caían las primeras gotas de lluvia.

Los conferenciantes procedían de todo el mundo; había nihilistas rusos con nociones peculiares sobre las leyes de la historia y los procesos reversibles, swamis preocupados por los efectos del viaje en el tiempo sobre las leyes del Karma, sicilianos con aprensiones similares sobre los principios de la vendetta, caldereros americanos como Merle con dudas electromecánicas concretas que aclarar. Todos sus espíritus dedicados de un modo u otro al asedio del Tiempo y sus misterios.

—La verdad es que nuestra supuesta temporalidad lineal se basa en un fenómeno circular o, si lo prefiere, periódico: la propia rotación de la Tierra. Todo gira, hasta el propio universo entero. Así que podemos mirar la pradera, el cielo que se oscurece, el nacimiento de una nube-embudo para ver en su vórtice la estructura fundamental de todo...

—Esto, Profesor...

—... «embudo», claro, es un poco confuso, pues la presión en el vórtice no se distribuye en algo tan simple como un cono de lados rectos...

—Señor, discúlpeme, pero...

—... es más bien un cuasi-hiperboloide de revolución que..., eh, un momento, ¿adónde va todo el mundo?

Los asistentes, algunos a una velocidad más que considerable, habían empezado a dispersarse, y la más breve mirada al cielo bastaba para explicarlo. Como si el Profesor le hubiera dado vida con la conferencia, allí pendía, de las nubes hinchadas y pulsantes de luz, hacia el oeste, el clásico «tornado» de las praderas, alargándose hasta el punto de rozar la tierra, acercándose, parecía que casi conscientemente, al campus que se cruzaba en su camino, a una velocidad que ni el caballo más veloz soñaría alcanzar.

—¡Corra..., por aquí!

Todo el mundo se dirigía al McTaggart Hall, la sede del Departamento de Metafísica, cuyo refugio contra ciclones era conocido en toda la región como el más espacioso y mejor acondicionado que había entre Cleveland y Denver. Los matemáticos e ingenieros encendieron manguitos incandescentes y lámparas de tormenta, esperando la inevitable interrupción de la luz eléctrica.

En el refugio contra ciclones, ante un café semilíquido y buñuelos de granja que habían sobrado del último tornado, volvieron al tema de las funciones periódicas y su forma generalizada, las funciones automórficas.

—Para empezar, el Eterno Retorno. Si podemos construir tales funciones en abstracto, debe de ser posible crear también expresiones más seculares, más físicas.

—Como construir una máquina del tiempo.

—Yo no lo habría expresado así, pero si lo prefieren, muy bien.

Los vectoristas y cuaternionistas recordaron a todos los presentes la función que habían obtenido recientemente, conocida como la Lobachevskiana, abreviada Lob, como en «Lob a », mediante la cual, casi como un subproducto, el espacio euclidiano normal se transforma en uno Lobachevskiano.

—Entramos así en el torbellino. Se convierte en la esencia misma de una vida remodelada, proporcionando los ejes a los que se referirá todo lo demás. El tiempo ya no «pasa» con una velocidad lineal, sino que «retorna» con una angular. Todo se rige por la Dispensación Automórfica. Retornamos a nosotros mismos eternamente o, si lo prefieren, atemporalmente.

—¡Renacidos! —exclamó repentinamente iluminado un cristiano presente en la reunión.

Arriba, la devastación ya había empezado. Y en ese momento alguien podría haber percibido algo raro en ese tornado. No se trataba simplemente de «un» tornado de los que se abatían sobre Candlebrow con angustiosa regularidad, sino que indiscutiblemente era *siempre el mismo tornado*. Había sido repetidamente fotografiado, se había medido la velocidad del viento, su circunferencia, su momento angular, las formas que adoptaba a lo largo de su desplazamiento, y de una visita a la siguiente todos esos parámetros se habían mantenido asombrosamente invariables. Al poco tiempo, se le dio un nombre, *Thorvald*, y habían empezado a amontonarse ofrendas propiciatorias a las puertas de la Universidad, por lo general objetos de metal en láminas, que, se creía, eran una de las preferencias de la dieta de *Thorvald*. La alimentación humana, no tan común, estaba representada por diversos animales de granja, vivos y sacrificados, aunque, de vez en cuando se habían dispuesto banquetes enteros, cocinados y preparados para degustarlos sobre largas mesas de merendero; se requería un nivel de indiferencia al destino bastante superior al que poseía este conjunto de estudiantes despreocupados para llevarse algo o, peor aún, para zampárselo.

—¡Supersticiones! —gritaban algunos profesores—. ¿Cómo vamos a poder mantener aquí la menor objetividad científica?

—Pero supongamos que intentáramos comunicarnos con *Thorvald*...

—Ah, se llama *Thorvald*, vaya, vaya, sí que somos amiguitos.

—Bien, en cualquier caso es cíclico, así que podría ser posible emitir algún tipo de señal utilizando la modulación de ondas...

De hecho, había dos diseños diferentes de Telégrafo Thorváldico a la venta en West Symmes, por donde Merle merodeaba aproximadamente una hora al día. Cada verano, ahí, en Candlebrow, a lo largo de kilómetros a la orilla del río, se congregaba una inmensa multitud de chanchulleros y engatusadores en ese bazar del Tiempo para, con sus malas artes, vender relojes de bolsillo y de pared, elixires de la eterna juventud, certificados de nacimiento falsos debidamente autenticados, sistemas de predicción para la Bolsa, resultados de carreras de caballos en hipódromos lejanos mucho antes de la hora de la carrera, junto con instalaciones telegráficas para realizar apuestas reales sobre los destinos de esos animales todavía no acelerados, artefactos electromecánicos con extraños brillos que supuestamente procedían del «futuro» —«Mire, el pollo vivo entra por este extremo de aquí...»— y, sobre todo, ofrecían instrucción sobre las numerosas formas de trascender el tiempo, la atemporalidad, el

contra-tiempo, las huidas y emancipaciones del Tiempo tal como las practicaban pueblos de todos los rincones del mundo, y la curiosidad que despertaban esos sujetos se suponía que era la verdadera razón oculta para asistir a esas reuniones estivales. No es de extrañar que un gran número de estos cursos de tipo espiritual los impartieran charlatanes y timadores, que con frecuencia lucían turbantes, túnicas, zapatos con puntas alargadas que ocultaban un «conejo» de algún tipo, así como chisteras extrañamente modificadas que servían para el mismo propósito, y salvo en el caso de los tipos más redomadamente avariciosos, Merle encontraba que merecía la pena charlar con ellos, sobre todo con los que tenían tarjeta de visita.

Al poco, más rápido de lo que habría imaginado, se convirtió en un fijo de las reuniones estivales. El resto del año era una sucesión de días laborales idénticos entre sí cuya única función era permitirle, durante un mes en verano, entrar en el reino de la obsesión por el tiempo y compartirla con otros de la misma especie. Nunca se planteó de dónde había surgido esa preocupación, si procedía de su afición a la fotografía y su convergencia de plata, tiempo y luz, o se debía a que, con Dally lejos de casa, el Tiempo le pesaba tanto en las manos que se veía obligado a acercárselo un poco más a la cara, a mirarlo con los ojos entornados desde distintos ángulos, puede que para comprobar si podía desmontarlo y ver cómo funcionaba. De ahí en adelante, la alquimia, la fotografía y las chapuzas varias quedaron relegadas a trabajos diurnos habituales. Las noches, las huidas y viajes de la noche, las consagraba a los Misterios del Tiempo.

Y un anoche, a eso del crepúsculo, Merle creyó ver por el rabillo del ojo, navegando por el cielo como una de las famosas Aeronaves Gigantes de 1896 y 1897, al *Inconvenience*, y como era de esperar, un poco más tarde, en West Symmes...

—Y bien, ¿qué tal está, señor? Me he acordado mucho de usted y también, claro, de su encantadora hija, la señorita Dahlia.

Merle tuvo que entrecerrar los ojos para ver más allá del bigote, pero reconoció a Chick Counterfly sin la menor duda.

—Está haciéndose un nombre en el mundo del espectáculo, en el este —dijo Merle—; gracias por el interés. ¿Qué andáis haciendo últimamente? Lo último que leí es que estabais por Venecia, en Italia, derribando su Campanile, el cual, debo señalar, es el modelo que se siguió para el que hay aquí, en el campus, lo digo por si seguís en el negocio de la demolición de campanarios.

—Estos días intentamos instalar algunos equipos de Hipops. A propósito, ¿conoce a Roswell Bounce? ¿El padre del Aparato Hipops?

—Soy yo; si me acerco a menos de tres metros de cualquiera de esas unidades, empiezo a escuchar unas vocecitas que dicen: «¡Papi! ¡Papi!». Vaya, si tenemos aquí a Merle Rideout.

—Coño, Roswell, sí que ha pasado tiempo desde Cleveland —dijo Merle— Seguí aquel juicio con mucho interés.

—Oh, sí, fui a juicio, no tenía más remedio, pero ya te imaginas el tipo de abogados que me pude pagar, mientras que el hijo de perra de Vibe tenía a sus lacayos de Wall Street, Sombre, Strool & Fleshway, todos alineados contra mí.

El juicio de la demanda de Bounce contra Vibe resultó una fuente de diversión pública e incluso convirtió a Roswell en una especie de celebridad. En América los inventores excéntricos estaban por aquel entonces en boga como rivales improbables de los molinos del Capital. Se esperaba que perdieran, tan ridículamente como fuera posible, aunque de vez en cuando una apuesta privada bien informada podía pagarse muy bien.

—Pasan los años, sin ningún resultado, y con el tiempo he desarrollado una litigiomanía, «paranoia *querulans*», como la llaman los matasanos de los nervios; incluso intenté llevar a juicio al viejo Vibe, para amortizar al menos los honorarios de los psiquiatras, pero, para variar, nada de nada.

—Pues se te ve muy animado —le pareció a Merle— para padecer P.Q. crónica.

Roswell guiñó un ojo.

—Ya sabes que hay quienes han encontrado a Jesús. Bueno, también me pasó a mí, aunque mi Salvador resultó ser un semidiós más clásico, a saber —fingiendo mirar furtivamente a izquierda y derecha—: Hércules.

Merle, que reconoció al instante el nombre de una popular marca de agente detonador, parpadeó discretamente.

—Un tipo poderoso. Doce Trabajos en lugar de doce Apóstoles, creo recordar...

—Justamente —asintió Roswell—. Así que ahora se trata más bien de «paranoia *detonans*». El tipo me ha robado las patentes, pero todavía sé construir mi propio equipo. Me ciño ese Hipops y me desplazo bajo tierra tan tranquilamente como una ardilla por un jardín, hasta que un día tenga a ese cabronazo ladrón justo encima de la cabeza y..., bueno, no seré demasiado concreto...

—Katapum, podrías decir.

—Oh, eso lo dirás tú, yo no soy más que otro inventor loco tan inofensivo como tu abuela.

A la tarde siguiente, la luz adquirió un matiz amarillento más intenso, y con ella volvió *Thorvald*. Merle rebuscaba en el carromato en busca de su equipo de vendedor de pararrayos cuando apareció Roswell y se quedó mirándolo con interés.

—¿No serás uno de eso tipos del Haz Anarmónico?

—Ni idea.

—¿Qué estás haciendo con ese armatoste? —preguntó señalando un montón de agujas metálicas que apuntaban hacia arriba en distintas direcciones y que convergían en un único punto común en la base, provistas de cables y conectores.

—Se pone en el tejado del establo y se engancha al pararrayos, es lo que en el oficio llamamos un copete —explicó Merle.

—Quieres decir que el rayo le da...

—Sí, es increíble. Suelta un resplandor. Dura un buen rato. La primera vez te da la impresión de que estás soñando.

—Los profesores de geometría lo llaman Haz. ¿Y si lo atravesaras con un plano transversal de algún tipo, como si quisieras cortar las estacas a diferentes tamaños? Si le pones aislantes, tendrás diferentes corrientes en los diferentes segmentos, cuyas ratios pueden ser armónicas o anarmónicas, dependiendo de...

—Todo depende de la afinación... —Y así siguieron, ajenos al inminente ciclón.

—De cómo muevas el plano, evidentemente. Si lo haces móvil...

Thorvald se cernió sobre ellos por un instante, como si intentara determinar hasta qué punto se sentía criminal hoy, luego se ralentizó brevemente para recuperar al momento la velocidad, que era el equivalente en un tornado a un encogimiento de hombros, y siguió adelante hacia presas más prometedoras.

—Quiero conocer la luz —confesó Roswell—, quiero penetrar en sus misterios y encontrar su corazón, tocar su alma, coger un poco con mis propias manos, sea lo que sea, y traerla, como en la Fiebre del Oro, pero esta vez habría más en juego, quizá porque resulta más sencillo volverse loco: hay peligros en todas direcciones, más letales que las serpientes, la fiebre o los usurpadores de minas...

—¿Y qué medidas estás tomando —inquirió Merle— para asegurarte de que no acabarás vagabundeando por las malas tierras de nuestra justa república y desvariando sobre minas perdidas y demás?

—Me voy a California —respondió Roswell.

—Eso puede ayudar un poco —dijo Merle.

—Lo digo en serio. Es donde está el futuro de la luz, concretamente en el cine. El público adora esas películas, nunca se cansa, tal vez se trate de otra enfermedad mental, pero mientras nadie encuentre remedio para ella, el Sheriff tendrá que conformarse con el polvo del camino, al menos en mi caso.

—Si hay algo que sobra es trabajo de proyccionista, no te digo que no —comentó Merle—, pero la maquinaria misma es peligrosa y por alguna razón, no sabría decir cuál, más complicada de lo necesario.

—Sí, a mí me sigue asombrando —coincidió Roswell— este culto irracional por el mecanismo de la Geneva, y la idea de que un proyector de cine tenga que construirse como un reloj..., como si no pudiera ser de otra forma. Los relojes de bolsillo y de pared son estupendos, no me malinterpretes, pero suponen una especie de reconocimiento del fracaso: existen para glorificar y celebrar un tipo particular de tiempo, el tictac del tiempo en sólo una dirección, sin vuelta atrás posible. El único tipo de películas que llegaremos a ver en una máquina como ésa serán películas de reloj, que transcurren del principio al fin de la bobina, un fotograma detrás de otro.

»Uno de los problemas a los que se enfrentaron los primeros relojeros era que el peso de las partes móviles afectaba al funcionamiento del reloj. El tiempo era vulnerable a la fuerza de la gravedad. Así, Breguet sugirió el torbellino, que aislaba el

volante y la rueda de áncora sobre una pequeña plataforma propia, ajustada a la tercera rueda, que rotaba una vez por minuto, adoptando a lo largo del día la mayoría de posiciones en tres dimensiones con referencia a la gravedad de la Tierra, para que los errores se anularan mutuamente y volvieran el tiempo inmune a la gravedad. Pero supón que quisieras invertir los términos.

—¿Volver la gravedad inmune al tiempo? ¿Por qué?

Roswell se encogió de hombros.

—Otra vez se trata de la cuestión del sentido único. Ambas son fuerzas que actúan sólo en una dirección. La gravedad ejerce su potencia a lo largo de la tercera dimensión, de arriba abajo; el tiempo a lo largo de la cuarta, del nacimiento a la muerte.

—Si se rotara algo a través del espacio-tiempo, adoptaría todas las posiciones con referencia al vector unidireccional «tiempo».

—Eso es.

—Me pregunto qué se obtendría.

Ahí aparecieron los haces patentados y..., bueno, hablando de ser inmune al tiempo, casi sin darse cuenta habían paseado varios kilómetros río arriba y se detuvieron junto a un sicomoro. Sobre ellos, todas las hojas se giraron bruscamente y el árbol empezó a brillar de arriba abajo, como si fuera a estallar otra tormenta, como si el árbol mismo hiciera un gesto, se diría que dirigido al cielo, para llamar cierta atención aérea, y no a las diminutas figuras de abajo, que ahora despotricaban chillándose en un curiosa e ininteligible jerga técnica. Los pescadores de caña abandonaron rápidamente sus puestos para alejarse de la bronca río arriba o abajo. Las estudiantes, con moños a lo Psique o con otros peinados recogidos, y en vestidos largos con motivos florales de guinga ligera, linón y seda *pongee*, interrumpieron sus paseos para mirar.

Nada raro. La política cotidiana de esta conferencia habría hecho que un recital básico de historia de los Balcanes pareciera tan simple como un chiste contado en una taberna. En el mundo de los teóricos, nadie, por más sabio que pareciera, podía eludir los complots, golpes, cismas, traiciones, disoluciones, intenciones malinterpretadas y mensajes perdidos que se retorcían y arrastraban bajo la alegre afabilidad del campus del Medio Oeste. Pero los mecánicos se comprendían unos a otros. Al final del verano serían estos testarudos caldereros, con sus fracturas torcidas mal curadas, cicatrices y cejas chamuscadas, irritados crónicamente ante la irreductible terquedad de la Creación, los que saldrían de estas reuniones festivas de viajeros en el tiempo con algún tipo práctico de impulso; y cuando los profesores hubieran regresado todos a sus estanterías, a sus protegidos y a sus intrigas persiguiendo este o aquel símbolo de prestigio en latín, serían los ingenieros los que sabrían cómo mantenerse en contacto, qué telegrafistas y mensajeros rápidos eran dignos de confianza, por no mencionar qué sheriffs no hacían demasiadas preguntas, qué artistas pirotécnicos italianos vendrían y les servirían de coartada cuando los habitantes de la ciudad

tuvieran sospechas de los horizontes nocturnos, dónde podían dar con la zona discontinua, la veta exótica, el servicio público local de algún rincón de la Tierra capaz de darles corriente con la fase o frecuencia exacta, o a veces el simple grado de pureza que pudiera satisfacer sus cada vez más inescrutables necesidades.

Un día hubo una nevisca de rumores que afirmaban que el famoso matemático Hermann Minkowski venía de Alemania a dar una charla sobre el Espacio y el Tiempo. Se anunciaban salones de conferencias donde se celebraría el acto, que luego era trasladado a otros más amplios, a medida que más gente se enteraba y quería asistir.

Minkowski era un joven de bigote puntiagudo y cabello negro rizado, cepillado en un copete. Llevaba un traje negro, cuello alto y quevedos, y parecía un hombre de negocios que hubiera salido a divertirse. Dio la conferencia en alemán, pero anotó las suficientes ecuaciones para que más o menos los asistentes pudieran seguirla.

Cuando todos hubieron abandonado el salón, Roswell y Merle se quedaron sentados mirando la pizarra que había utilizado Minkowski.

—Tres por diez elevado a cinco, en kilómetros —leyó Roswell—, es igual a la raíz cuadrada de menos un segundo. Eso si quieres que esa otra expresión de ahí sea simétrica en las cuatro dimensiones.

—No me mires así —se quejó Merle—, eso fue lo que dijo *él*, no tengo la menor idea de lo que significa.

—Pues *parece* que ahí tenemos una inmensa, pongamos, astronómica distancia, que equivale a una unidad de tiempo imaginaria. Creo que llamó a la ecuación «preñada».

—Pues muy bien. También dijo «mística».

Se liaron unos cigarrillos, fumaron y miraron los símbolos de tiza. Un estudiante merodeaba por la parte de atrás del salón, pasándose una esponja de pizarra de una mano a la otra, esperando para borrarla.

—¿Te has fijado en cómo la velocidad de la luz está por todas partes? —preguntó Roswell.

—Como si hubiéramos vuelto a Cleveland, con todos aquellos tipos del Éter. A lo mejor entonces, sin saberlo, no íbamos desencaminados.

—Lo que yo creo es que sólo nos hace falta traducir todo esto de aquí a algo material y duro, soldarlo bien, y nos meteremos en el negocio.

—O en problemas.

—A propósito, ¿aquí quién de los dos es el pragmático y quién el soñador loco? Siempre se me olvida.

Frank volvió un día al oeste de Texas, salpicando gotitas del río fangoso que se transmutaban brevemente bajo una luz del sol que su corazón ya no sabía apreciar.

Siguió el curso del río a través de Nuevo México hasta San Gabriel, tomó el viejo Camino Español, que tendía hacia el oeste, y cada una de esas noches fue visitado por una sucesión de sueños peculiarmente nítidos sobre Estrella Briggs. Hasta que un día llegó a la región de McElmo, y fue casi como salir de un estupor en el que se hubiera sumido hacía muchos años. Se dirigía a Nohecita, el ramal en que se había bifurcado su destino. ¿Dónde si no? Era como pedir que una maldita avalancha subiera colina arriba.

En Nohecita, debido tal vez a los problemas al sur de la frontera, encontró que se habían instalado bastantes tipos duros. No eran peligrosos, pero no cabía duda de que algunos de ellos vivían al margen de la legalidad; tipos sociables, pero poco dispuestos a aguantar a bobos más tiempo del estrictamente necesario. Se habían levantado nuevos edificios cerca de la vieja casa de Stray, a veces tan pegados unos a otros que sólo quedaban estrechos pasajes por donde arreciaba el viento, y al ganar éste velocidad la presión disminuía, tanto que cuando las implacables ráfagas de la meseta atravesaban la ciudad, la estructura más antigua, endeblemente sujeta, era de hecho aspirada hacia un lado, y luego hacia el otro, durante toda la noche, balanceándose como un barco, y sus envejecidos clavos crujían, el yeso tendía a descascarillarse con sólo mirarlo más de un segundo, las paredes de las habitaciones se despojaban de desconchones de un blanco sucio, y la amenaza de derrumbamiento en un futuro cercano cobraba fuerza. Los cimientos se habían ido deshaciendo en guijarros y polvo, y la lluvia se filtraba por todas partes. Había poca o ninguna calefacción, las tablas del suelo ya no estaban niveladas. Y pese a todo, el alquiler, se quejaba la gente, no paraba de subir mes tras mes, y seguían llegando nuevos inquilinos, que ganaban más y comían mejor, a medida que la población se llenaba de representantes de las fabricas, vendedores inmobiliarios, viajeros de armas y suministros médicos, trabajadores del ferrocarril, ingenieros de caminos e hidráulicos, ninguno de los cuales miraba nunca a los ojos a Frank, ni respondía cuando él hablaba ni le reconocía salvo en silencio y furtivamente. Se preguntaba si él no sería su propio fantasma, que rondaba por esas habitaciones y pasillos como si la casi insignificante fracción de su vida que había transcurrido allí, allí siguiera, y de algún modo continuara palpitando, al otro lado de lo visible: Stray, Cooper y Sage, Linnet, Reef como el despreocupado calavera que había sido, todos estaban «allá», como viviendo en el mundo, sin ser ya quienesquiera que hubieran sido, cada vez más presas de los fatigosos acontecimientos cotidianos, desplazados algunos de ellos a lugares más fríos y a tiempos más duros, hechos polvo, a la deriva, arrastrados al oeste por aquellas promesas del Pacífico, víctimas de su propio juicio errado..., pero Frank comprendió que él no iba a formar parte de aquello.

A veces, cuando preguntaba, alguno de los recién llegados intentaba explicarle dónde estaba Stray, pero él no lo entendía, las palabras no tenían ningún sentido. De repente, la ciudad se convirtió para él en un mapa ilegible. Desde su estancia en México, había sido dolorosamente consciente de las tierras fronterizas y de las líneas que podían cruzarse y de las prohibidas, y el día a día de su vida con frecuencia parecía alejarse de lo que él creía que era su vida verdadera.

Seguía pensando que la veía, a Stray, con el cabello suelto y el bebé en los brazos, haciendo recados por la ciudad o alejándose a caballo, alejándose siempre de él, hacia las colinas. Pero más tarde, a eso de las tres o las cuatro, cuando todos menos Stray y el bebé, o sus sombras, se habían ido, cuando, solo, podía regresar a las habitaciones vacías, sabía que dentro de poco, desde el otro lado de lo que fuera que los separase, empezaría a oírla diciendo: «La cena estará lista enseguida». Frank se quedaba ante la endeble puerta de cocina, con el cristal empapelado, cuando la luz entraba, y entonces escuchaba, respiraba, esperaba. Se preguntó si Stray, venida a «su lado», durante la más acentuada tristeza de estas horas del día, habría empezado a oír en otras partes de la casa sonidos cotidianos de su propia presencia —pasos, agua corriendo o gorgoteando—, procedentes de unas habitaciones fantasmagóricas amputadas del resto del edificio y ocupadas, le gustase o no, por los muertos...

Frank no lo soportó más que tres noches, aunque, cuando se marchó, le parecieron semanas. Al salir por la puerta de la calle, en el último momento se topó con Linnet Dawes, que necesitó un par de minutos para recordar a Frank. Seguía siendo una belleza local, y todavía daba clases en la escuela, pero había adquirido una especie de aire vidrioso, como si compartiera esa actividad con otras más adultas.

—Déjame adivinar a quién estás buscando —dijo Linnet, con frialdad, o eso le pareció a Frank.

—A Reef.

—Oh. Tu hermano se pasó por aquí el año pasado, o puede que el anterior, para recoger a la señora Traverse —hasta Frank detectó cierto sarcasmo— y al pequeño Jesse, pero no se quedaron más que una noche. Algo oí sobre Nuevo México, pero no puede decirse que ninguno de los dos se confiara a mí.

—Pasa algo raro, no dejo de pensar que veo a Estrella aquí y allá, por toda la ciudad, son sólo imaginaciones mías, supongo... —¿Cómo?, ¿acaso ella le estaba clavando la mirada?—. ¿Qué? ¿He pronunciado algo mal?

—Esa señorita —dijo ella sacudiendo la cabeza— montó muchos numeritos por aquí. ¿A quién le hacía falta una ópera cuando ella sola ya daba el espectáculo? Una llega a creer que la chica es como uno de esos sabios orientales, que está muy por encima de todas las mezquindades y fruslerías, que nos mira a los demás desde las alturas, así que imagínate nuestra sorpresa al descubrir al fin a la redomada egoísta con la que hemos estado viviendo, en realidad tan redomada que nadie llegó a calarla. Un gran error de todos nosotros, pobres bobos.

—Entonces, ¿es a ella a la que no paro de mirar? ¿O no es ella? Perdón, quería decir «ver», no «mirar».

—Ya no eres el mismo chico listo y mono de la escuela de minas que recuerdo, parece que has hecho algunos cursos con provecho, así que tal vez no tenga que ser demasiado comprensiva con tus sentimientos. Tu hermano se marchó de la región, más concretamente abandonó a su mujer y a su hijo. Estrella está criando bien al pequeño Jesse, a cada uno lo suyo, y no ha hecho daño a nadie el que su hermana y el marido de ésta estuvieran casi siempre a un par de días de viaje. Es un pequeño rancho en las afueras de Fickle Creek, en Nuevo México. Ella va allí a veces.

—Para tratarse de alguien que no te cae bien, no le quitas ojo.

—Son sólo reflejos profesionales. Tu sobrino es un pequeño muy seductor, ya lo verás.

—Si paso por allí.

Ella asintió, un lado de su sonrisa más marcado que el otro.

—Ya, ya. Saluda de mi parte.

Alcanzó el puerto en la cumbre casi cuando la noche del sábado caía sobre Fickle Creek; desde allí se oían con claridad los disparos y los gritos de diversión. Desde la cabaña del puerto, a través de las chispas gélidas que caían, impregnada de una luz verde, fría y neutra mucho más abajo, veía una pequeña ciudad que se extendía alrededor de una plaza. Frank se tomó un vaso de whisky rojo, compró un puñado de puros y empezó a bajar.

Encontró un hotel viejo y destartelado que ocupaba una manzana, el hotel Noctámbulo, donde reinaba el insomnio. En todas las habitaciones, sin excepción, había alguien trabajando a medianoche en algún proyecto imposible: un inventor loco, un jugador con un sistema infalible, un predicador con una visión sólo parcialmente comunicable. Las puertas se dejaban abiertas, los desconocidos se comportaban casi siempre como vecinos, y todo el mundo podía rondar por las habitaciones de los demás. No importaba qué avanzada hora de la oscura madrugada fuera, Frank vio que siempre podía entrar en cualquier sitio buscando un cigarrillo y conversación. En el patio, un animado grupo se pasaba la noche yendo de aquí para allá. Todo el mundo gorroneaba cigarrillos.

Extrañas motocicletas, muchas de construcción casera, entraban y salían ruidosa y torpemente de la ciudad. Los poetas vaqueros habrían podido afirmar que ese ruido «resonaba como un eco por la ladera empinada» y descendía hasta el valle, pero sobre el terreno resultaba un sonido demasiado exótico para transmitir ningún mensaje, al menos para la mayoría, aunque ciertas tabernas de camino a la ciudad y algunas situadas a su salida ya habían ofrecido su hospitalidad a las bandas de motoristas.

Frank descubrió que no podía dormir, así que se dirigió a la cantina más próxima. Delante, donde en el pasado sólo se ataban los caballos, ahora estaban aparcadas

Silent Gray Fellows e Indian V-twins, modificadas expresamente para adaptarse a esas montañas, con pedales de embrague, correas, cadenas o cambios de velocidad muy resistentes. Por toda la calle principal, en esas cantinas para motoristas se mezclaban artistas de la conducción que habían dejado los circuitos circenses de la pradera buscando un cambio de ventilación, desesperados casi imberbes que cantaban la armonía de *Pie in the Sky* de Joe Hill a curtidos ancianos nihilistas en cuyas palmas las líneas del corazón, las de la vida, los montes de Venus y demás hacía muchos años que habían sido cubiertos por infinidad de cicatrices, convirtiéndose en inscripciones blancas que ninguna Gitana de feria osaría leer, palmas castigadas por fuegos de leña, paredes de piedra, alambre de espino que se desenrollaba demasiado rápido, bayonetas en las prisiones de Coeur d'Alene... Motoristas de la tristemente famosa Banda de las Cuatro Esquinas, establecidos en Cortez, invitaban a tragos dobles de whisky Taos Lightning a devotos aficionados que venían de lugares tan remotos como Kansas, tras abandonar no del todo contra su voluntad alguna gira motorizada, y que se pasaban la noche fuera hablando de embragues y cárteres hasta que el sol daba en las ventanas.

Un individuo pálido con una capa negra entró silenciosamente y se sentó en la punta de la barra. Cuando el camarero colocó ante él botella y vaso, cruzando las muñecas con el gesto habitual para poner la botella a la derecha del cliente, el caballero dejó escapar inesperadamente un grito que helaba la sangre, se protegió los ojos con la capa y se echó atrás con tal violencia que se cayó del taburete y se quedó en el suelo, pateando el serrín.

—¿Qué coño ha pasado?

—Ese de ahí es Zoltan, monta una Werner, subió a todas las montañas de su Hungría natal y ahora anda haciendo una gira mundial en busca de nuevos retos. Ha ganado trofeos que no tienen ni nombre todavía, no teme a ninguna montaña sea cual sea su tamaño, pero si le enseñas algo que se parezca remotamente a la letra equis, se pone tal como lo ves ahora.

—Tampoco le gustan mucho los espejos de las cantinas, por eso se sienta en el extremo más alejado, como ahora...

—¿Y pasa siempre que entra? —preguntó Frank—. Entonces, ¿por qué no le sirven primero la botella, luego traen el vaso y por fin...?

—Me lo han sugerido varias veces, y te lo agradezco de verdad, pero esto no es precisamente Denver, aquí no hay muchos chicos que sepan divertirse, y el viejo Zolly ha resultado ser un pasatiempo adictivo. Y así vamos tirando.

A eso de la mitad del tercer turno, Frank fue a desayunar calle arriba, al Emporio de las Tortitas, donde no tardó mucho en enterarse de que Stray había estado *en la planta superior desde el principio*, con un forajido motorista cuya famosa Excelsior azul estaba aparcada delante, y, bueno, la satisfacción que se dibujó en su rostro cuando por fin bajó a este minúsculo restaurante, su porte, su *cabello*, por el amor de Dios, bastaban para partir a un hombre por la mitad, y una mitad diría con toda la

calma del mundo que si la mirabas cómo ibas a resistirte y demás, y la otra se sentiría tan desbordada que empaparía el mantel entero del restaurante de mocos y lágrimas, sin preocuparse de quién lo viera. Mientras bajaba, las camareras atractivamente ataviadas (más numerosas de lo que el tamaño del local y la hora de la noche justificaban) no dejaban de lanzarle *ciertas miradas...*

Oh, vaya, ahora viene el amante en persona, Vang Feeley, famoso en toda la región, con unos aires casi demasiado legendarios, le pareció a Frank, para que tuviera también una vertiente carnal, con su atuendo negro de motorista, austero, intocable. Pasó sin decir palabra al lado de Frank, cuya actitud no mejoró mucho cuando se dio cuenta de que había estado mirando, desde hacía ya un buen rato, la entrepierna de los pantalones de Vang, bueno, al menos en esa dirección... Guau. Ese comportamiento podía haber pasado inadvertido al propio Vang, pero no a las inmisericordes y divertidas camareras que atestaban el local, quienes empezaron a hacer comentarios, Frank no pudo evitar pensar que sobre él; cuando por fin remitieron, Vang ya llevaba fuera un buen rato y hablaba con Zoltan, que se había recuperado de su ataque de hacía unas horas, de cuestiones relativas a la mecánica de la moto, como la derivación del silenciador, pues, dadas las complejidades de la vida de Vang en ese mismo momento, cuando los múltiples desenlaces posibles de la noche solían concretarse en uno solo en cuestión de segundos de reloj, todo podía depender del funcionamiento del motor.

Stray se había demorado terminándose media taza de café, sonriendo vagamente a todos a su alrededor, incluido Frank, a quien no reconoció, si es que lo había visto, y cuando hubo acabado estiró el brazo para dejar la taza encima de los platos a la espera de que los recogieran, y con una mano metida relajadamente en un bolsillo de la gabardina salió con un paso digno de admiración por la puerta para montarse detrás del maldito Vang, y en el mismo movimiento de oscilación llevó consigo y distribuyó gabardina y faldas en un gesto tan complejo como una reverencia antigua, alzándolas, de hecho, y para goce de los mirones, lo bastante como para no engancharse con el tubo de escape del vehículo. Y uniéndose a la cola de otros admiradores atentos como una fila de vaqueros pasmados ante los trenes en la estación, Frank también salió para decirle adiós con la mano.

Cuando regresó a Denver, seguía siendo la ciudad de Ed Chase, y Frank volvió a caer en su antigua costumbre de despilfarrar tiempo y dinero, hasta que una noche, paseando por Arapahoe en algún punto entre Tortoni's y Bill Jone's, donde había oído que le habían declarado Negro honorario, aunque no resultó ser más que una broma de dudoso gusto, Frank se topó con el Reverendo Moss Gatlin, que conducía un extraño tranvía sin caballos, con una aguja de iglesia en miniatura y campanas que tañían en la parte de atrás, y, sobre la ventana delantera, donde solía ir el rótulo con el destino, las palabras iluminadas CIELO ANARQUISTA. Moss estaba ocupado recogiendo a cuanto vagabundo, niño de la calle, opiómano, tirado, fiambre borrachuzo, en fin, a cuanto ciudadano que aparentase un mínimo desamparo, y subiéndolo a su C.A.

Express. Frank debía de ajustarse al perfil, porque el Reverendo lo divisó de inmediato e inclinó su sombrero.

—Buenas noches, Frank —le saludó como si se hubieran visto el día anterior. Tiró de una palanca y el vehículo redujo la velocidad lo suficiente para que Frank subiera de un salto.

—¿Se olvida de alguna cara? —preguntó Frank asombrado.

—De las de un par de esposas, tal vez —dijo Moss Gatlin—. A ver, Frank, nunca llegué a contarte lo terrible que fue lo de tu padre. ¿Sabes algo de las pústulas infrahumanas que lo hicieron?

—Estoy en ello —dijo Frank, que, desde el medio segundo de contacto con lo sobrenatural en Coahuila, no había encontrado a nadie con quien hablar del tema.

—Me han llegado un par de historias, pero no puede decirse que corriera la voz.

—Ahora que lo dice, últimamente un par de tipos de los periódicos me han estado mirando raro, como si fueran a decir algo.

—Espero que no hayas tenido demasiadas dudas de esas que paralizan a un hombre como si lo hubieran noqueado.

—Ni una duda ni dos —dijo Frank encogiéndose de hombros—. Lo hecho, hecho está, ¿no?

—¿Cómo se tomó la noticia tu madre?

—Bien.

—Oh, vamos, tienes que contárselo a la esposa de Webb Traverse. Ella es la única persona en este mundo que tiene que saberlo, y además de tu boca.

—Me avergüenza confesarlo, Reverendo, pero no sé ni dónde está ahora.

—Ha estado viajando un poco, pero lo último que sé es que se encuentra en Cripple. Y será porque Dios así lo quiere, pero da la casualidad, Frank, de que voy en esa dirección, así que si quieres compañía...

—¿Va hasta allí en este armatoste?

—¿En esto? Sólo lo pedí prestado para esta noche. En realidad...

Un individuo de pelo cano, chillando con cierto nerviosismo, los había estado persiguiendo por la calle en una calesa, al parecer desde hacía un rato.

—Por los badajos del infierno —murmuró el Reverendo—. Sabía que lo malinterpretaría.

—Esa palabra de ahí delante, «Anarquista» —recordó Frank en ese momento—, parece que alguien la haya escrito a mano, y con bastante tosquedad, lamento decirlo.

—Jephthah dirige un rancho cristiano junto a la carretera en Cherry Creek, y así es como reúne a su rebaño. Creí que esta noche estaba fuera, así que... ¡No pasa nada, Jeff! —Redució la velocidad—. ¡No dispaes!

—Esas almas son mías, Moss.

—¿Quién se las ha trabajado? Me llevaré cincuenta centavos por cabeza.

—Que me arranquen la sotana si te dejo sacar más de veinticinco.

—Cuarenta —dijo Moss Gatlin.

Los pasajeros miraban con interés.

—¿Reverendo? —dijo Frank—. En cuando a mi fe religiosa...

—¿No podemos hablar de eso más tarde?

Fueron en tren hasta Divide y cambiaron al de vía estrecha. El Reverendo contó historias sobre Webb, algunas conocidas por Frank, otras imaginadas y un par nuevas para él.

—A veces —reconoció Frank— me siento raro por lo de Sloat. Tendría que haber sido el otro, porque papá no era el tipo de misión que le habrían encargado a Sloat ni tampoco la hubiera cumplido por sí solo.

—Sloat era un traidor a su clase, Frank, el peor tipo de siervo al servicio de los plutócratas, y nos has hecho un favor a todos, tal vez al propio Sloat más que a nadie. Te lo digo por si te preocupas por él. No irá al Cielo Anarquista, pero, vaya a donde vaya, le hará bien a su alma.

—¿Al infierno de los plutócratas?

—No me sorprendería.

Nada más llegar a Cripple Creek, Frank se dio cuenta de lo devastado y arrasado que había quedado aquel reciente campo de batalla. Habían ganado los propietarios, claro. El Sindicato se había vuelto invisible, si es que quedaba algo de él, aunque para Moss Gatlin era como si tan sólo se hubieran marchado y dejado una población entera de honrados luchadores sin trabajo, dispuestos a aceptar los indignos acuerdos a que llegaran para ser contratados de nuevo, aunque fuera para remover basura, o, lo que era más probable, a emigrar de forma inminente. Había esquiroles por todas partes, que lucían aquellas peculiares gorras de punto sudeslavas. Los guardias de los campamentos mineros pisaban con ganas esas calles que ahora eran suyas, a la busca de extranjeros que, como sabían de antemano, no hablaban inglés, y a los que acosaban para comprobar el nivel de docilidad general que se había impuesto en la ciudad.

—Mi sacerdocio. —Movió la cabeza para abarcar un tanto vagamente a toda la población sin trabajo—. Estos chicos austriacos que ahora mismo parecen tan sumisos y atentos volverán como espectros vengativos a rondar Colorado algún día, porque es una ley tan universal e implacable como la de la Gravedad que el esquirole de hoy es el huelguista de mañana. Nada místico. Es lo que pasa. Espera y verás.

—¿Dónde se alojará, Reverendo?

—En ningún sitio más de una noche. Simplifica las cosas. En cuanto a ti, me han dicho que esa casa en la otra acera está bastante bien. A no ser que prefieras el hotel Nacional o algo así.

—¿Nos volveremos a ver?

—Cuando me necesites. El resto del tiempo seré invisible. Ve con cuidado, Frank. Dale recuerdos a tu madre.

Frank consiguió una habitación, se pasó por el Old Yellowstone Saloon, empezó a beber, se llevó una botella a la habitación, no tardó en emborracharse, se sintió

desdichado y se sumió en el estupor, del que unos chillidos en la habitación contigua lo sacaron en algún momento de la noche.

—¿Todo bien ahí dentro?

Un chico de unos quince años estaba acucillado contra la pared, con los ojos abiertos como platos.

—Claro, sólo nos peleábamos con unas chinches. —Movi6 las cejas con vigor y fingió que blandía una fusta—. ¡Atrás! ¡Atrás!

Frank sacó su bolsa de tabaco y papel de liar.

—¿Fumas?

—Habanos, básicamente, pero no me importaría echarme uno de esos que estás liando.

Fumaron un rato; Julius, que así se llamaba el chico, había venido de Nueva York, formando parte de una compañía de cantantes, bailarines y cómicos de gira por todo el país. Cuando llegaron a Denver, se encontraron con que el artista principal había cogido la paga de todos y huido en plena noche.

—La patrona es amiga del señor Archer, por eso estoy aquí conduciendo la carreta de comestibles.

—Y supongo que los animales del tiro te están haciendo pasar un mal rato, ¿eh?

—Sólo cuando quiero dormir. —El chico fingió lanzar una mirada desquiciada alrededor, moviendo los ojos a toda velocidad—. Es la vieja maldición del mundo del espectáculo, ¿verdad? Buscas trabajo, lo que te den, y dices que sí a cualquier cosa. Fui tan loco como para decirle al señor Archer que sabía conducir una carreta. Todavía no sé cómo se hace, pero ahora sí que estoy loco de verdad.

—Los caballos de por aquí se conocen los caminos bastante bien. Seguro que los tuyos sabrían ir y volver a Victor sin conductor siquiera.

—Formidable, eso me ahorrará mucho trabajo la próxima vez.

—¿Y por qué no pruebas a ver si te deja hacer algo más?

—Necesito el dinero. Al menos el suficiente para volver a la vieja Noventa y tres Este.

—Muy lejos de casa.

—Lo bastante. ¿Y tú?

—Ando buscando a mi madre; lo último que sé es que está aquí, en Cripple, mañana daré una vuelta. ¿O ya es hoy?

—¿Cómo se llama?

—Señora Traverse.

—¿Mayva? Vaya, si vive a un par de manzanas de aquí, lleva el local de helados, Cone Amor, detrás de Myers.

—¿Te burlas de mí? ¿Es una señora de tu altura más o menos, con unos ojos muy bonitos y que fuma en pipa a veces?

—¡Sí! Viene a la tienda a comprar sal de roca, chocolate para cocinar, cosas así. Los mejores refrescos helados a este lado de las Rocosas. Y tanto. Así que es tu

madre, ¿eh? Pues debiste de tener una infancia cojonuda.

—Bueno. Se pasaba el día en la cocina, preparando lo que fuera, no me sorprende que también haya aprendido a hacer helados. Mucho después de mi época, claro.

—Entonces le espera un buen festín, caballero.

Antes de saludarla con un beso, ella ya lo tenía dándole a la manivela de la máquina.

—Albaricoque y cereza, el helado del día; suena raro, pero el camión de Fruta sólo aparece cada dos días, y es lo que tenemos.

Salieron por una puerta lateral a un callejón, Mayva sacó su pipa de mazorca de maíz y la rellenó de Prince Albert.

—¿Sigues rezando tus oraciones, Frankie?

—No todas las noches. Y no siempre arrodillado.

—Más de lo que esperaba. Yo sí rezo por ti, a todas horas.

Kit estaba en Alemania y escribía cartas con regularidad. Reef nunca escribió mucho, pero ella creía que también andaba por Europa. Antes de que surgiera el nombre de Lake, se oyó un tintineo en la puerta de la calle y entró una acomodada matrona con un par de niñas de unos ocho y diez años. Mayva dejó la pipa en lugar seguro y fue a atenderlas.

—Las niñas quieren unos cucuruchos, señora Traverse.

—Ahora mismo, señora. Lois, qué bonito vestido de guinga, ¿es nuevo?

La niña cogió el cucurucho de helado y clavó la mirada en él.

—Y ten Poutine, éste es el tuyo, el helado del día, que resulta que también es mi favorito.

La hermana pequeña esbozó una rápida sonrisa de disculpa y empezó a decir en voz baja:

—No podemos hab...

—Poutine. —Las monedas tintinearón sobre el mostrador de mármol. La mujer recogió a sus hijas y salió rápidamente dejando tras de sí una nube de aroma a manzana silvestre.

—Me temo que he dicho algo poco republicano.

—¿Te ves con cosas así a menudo, mamá?

—Pues bastantes veces. Pero no te hagas mala sangre; yo no me la hago.

—¿Qué está pasando?

—Nada que te convenga saber.

Temiendo lo peor, aventuró:

—Los propietarios te están pagando. Una indemnización de viudez, un cheque mensual que dejará todo perfectamente en orden.

—He estado recibiendo uno de éstos desde hace un tiempo, Frankie.

—Estás dejando que esos...

—No es que viva en la abundancia, por si no te has dado cuenta. —Cuando se rió, él vio que había perdido un par de dientes—. Son tiempos duros para todo el mundo, incluso para su gente.

Se hacía una vaga idea del alcance de los desprecios que ella habría tenido que aguantar de personas respetables como la que acababa de salir por la puerta, de la cantidad de ciudades de paso y minas cerradas con indiferencia por las que habría tenido que pasar, y el montón de esposas amargadas que habría habido en ellas sin nadie más a quien contar sus penas que Mayva...

Ella le miraba fijamente, con aquella mirada suya de siempre, pura como el humo.

—Me han dicho que has ajustado cuentas con Sloat Fresno.

—Debería de haber supuesto que te enterarías. Fue un espanto, mamá, en cuanto dejé de buscarlo me lo encontré.

—Algo te guía, hijo. Serán las oraciones que no siempre acabas.

Es posible que le faltara poco para preguntarle «¿Y del otro, qué?», pero desvió la mirada y se fue afanosamente tras el gato que estaba a punto de caer dentro del congelador de ocho litros; en cuanto a Lake, Frank supuso que prefería no hablar de ella. Cualquier tentativa de sacar el tema, por cautelosa que fuera, sólo le granjeó miradas extrañas y un dolor en el rostro de Mayva que no podía soportar ver expuesto en detalle.

La única ocasión en que ella mencionó a Lake fue su última noche en Cripple Creek. Habían ido al hotel Nacional a cenar. Mayva lucía una flor y el sombrero más nuevo que Frank jamás le había visto puesto en toda su vida. Estaban hablando de Webb.

—Oh, los dos creíamos que yo iba a salvarlo. Lo creí durante mucho tiempo..., que él quería que yo le salvara, pues a las mujeres nos encanta creernos ese cuento. Ángeles que hacen todas las tareas duras, éstas somos nosotras, nunca nos hartamos. Así que los hombres acaban creyéndose que pueden salirse siempre con la suya, y por eso no paran de empujar, sólo para ver qué nos romperá...

—A lo mejor, lo que quería él era librarte de esa tarea —dijo Frank—; la de salvarle.

—Siempre estaba enfadado —dijo Mayva—; siempre había algo.

—Como lo estaba todo el mundo allí —le pareció a Frank.

—Tú sólo veías las minucias. Él os mantenía apartados de lo que le importaba de verdad, y en parte a mí también, aunque teníamos nuestras buenas charlas en la cocina de vez en cuando. En su empeño por protegernos, se olvidó de protegerse a sí mismo. Lo he pensado mucho desde entonces, algunos días no pienso en casi nada más. Puede que quisiera utilizar esa rabia para algo, enfocarla hacia algún bien, pero a veces...

—¿Crees que...?

—¿Qué, Frankie?

Cruzaron una mirada larga y silenciosa, no tanto incómoda cuanto inquieta, como si no fueran a tardar mucho en interrumpirla; era uno de esos raros momentos en los que ambos sabían que estaban pensando lo mismo: que Webb había sido desde el principio aquel legendario Dinamitero Fantasma de las San Juan, que los montones de damiselas y colegas del póquer que él había invocado para justificar sus ausencias a lo largo de los años eran todos ficticios, y que más les hubiera valido recoger sus brillantes bengalinas y tafetanes y sus carteras llenas de billetes, y subirse al siguiente tren con destino a Barbary Coast o más lejos aún, tanto daba. Y que en cada explosión, independientemente de sus consecuencias, había hablado la voz con la que Webb no podía hablar en el mundo cotidiano de todos aquellos a los que él ansiaba —deseaba con desesperación, se le ocurrió a Frank— no hacer jamás daño.

—Mamá —miró la comida en su plato e intentó que la voz no le temblara demasiado—, si sigo con esto, si intento dar con ese Deuce Kindred y ajustar las cuentas..., como hice con Sloat...

Mayva esbozó una lúgubre sonrisa.

—Y qué pasará si ella está con él cuando lo encuentres.

—Quiero decir que no es como arreglar el porche ni nada parecido...

—Lo que quieres saber es cómo debe acabar todo esto para que podamos dormir tranquilos por fin —dijo palmeándole la mano—. Yo duermo bien, Frankie. A veces uso un poco de opio de lechuga para conciliar el sueño, pero no estás obligado a darme ningún final feliz. Con Sloat fue suficiente, y siempre estaré orgullosa de ello.

—Es que cuando me enteré, la odié tanto...

—Al menos tuvo el valor de mirarme directamente a los ojos cuando me dijo que iba a casarse con ese mierdecilla. Entonces, en aquel momento, podría haber hecho algo, pero supongo que estaba demasiado conmocionada, y ella se fue por la puerta, y ahora todo ha pasado ya hace mucho y no hay nada que hacer.

—Voy a tomar un poco más de pastel —dijo Frank—, ¿y tú?

—Claro. Vosotros, los chicos, me disteis mucho trabajo, pero sólo era trabajo. Una hija parece más fácil, una damita que sonrío, que baila..., toda la vida esperando el momento ideal para hacer el mayor daño posible. Y que me perdonen, pero me lo hizo —añadió con una luz en la mirada que advertía a Frank que no tenía nada más que decir al respecto, al menos a él.

Frank se fue de Cripple en el ferrocarril de vía estrecha, y tardó un poco en darse cuenta de que iba hacia el sur. Algo parecido a una capa de desesperación se abatía sobre su alma, útil como un guardapolvo en el camino. Aún no entendía lo mucho que ese sentimiento lo estaba endureciendo e insensibilizando a la piedad. Buscó por el vagón, por si el Reverendo, haciendo su circuito, anduviera por allí y pudiera ofrecerle algún consejo. Pero o Moss Gatlin no estaba o prefería permanecer invisible.

—Yo tenía el sueño de huir con los del circo —le había contado Mayva a Frank a la luz de la lámpara una noche, cuando ambos se hacían compañía—. Desde el verano que cumplí los doce años y fui a uno en Olathe. Plantaron sus tiendas junto al río y, no sé cómo, empecé a hablar con un hombre que llevaba el número de la carrera de caballos que llamaban el Hippodrome; seguro que tenía algún motivo, pero el caso es que no paraba de preguntarme por qué no iba a trabajar allí, decía que ya le había hablado de mí al dueño, que podíamos recorrer juntos todo el país, tal vez el mundo entero, que él había visto mis talentos naturales y todo eso...

—Todo el tiempo, mientras crecíamos... —dijo Frank—, ¿quisiste huir y unirte a los del circo?

—Sí, y allí estaba yo, con todos vosotros, en el centro mismo de la feria, y ni siquiera me daba cuenta.

Y Frank esperaba ser capaz de recordar para siempre el modo en que ella se había reído.

Viajaban, alejándose de las montañas, sin mirar atrás casi nunca, a través del humo de las praderas del oriente de Colorado, hacia una tierra que parecía esperar que la ocuparan de nuevo las antiguas fuerzas del mal...; en cada rostro, los palpos criminales de Deuce percibían una inminencia casi dolorosa, continua, como agentes de una infiltración secreta que actuaran antes del acontecimiento.

Durante un tiempo pareció que las únicas ciudades en las que descansaban eran aquellas que se habían ganado mala fama entre los que se veían obligados a visitarlas con regularidad: representantes de maquinaria agrícola, músicos de salón, viajeros de farmacia con enormes maletas rebosantes de muestras de tónicos para los nervios y pastillas para la sarna que pasaban por crecepelos. «Ah, ya, *ese pueblo*». A lo largo de la frontera y por toda la región uno se encontraba con ciudades de las que era mejor mantenerse alejado, a menos que se estuviera acostumbrado desde hacía mucho a una desesperación que algún día se definiría tan sólo con su nombre, pronunciado a su manera por los viajeros de escasos medios. No había lavanderías, ni baños ni restaurantes baratos cerca de la estación. Vaya, bienvenidos a nuestro pequeño pueblo, ¿van a quedarse mucho? En los lavabos de la estación siempre se encontraba la última palabra al respecto:

Las rosas son rojas,
las mierdas marrones,
en este pueblo
sólo viven mamones.

Cada río serpenteante ofrecía un contraste entre ambas orillas, prosperidad o penuria, integridad o inmoralidad, segura como el Cielo o condenada como Sodoma, envuelta en certezas o expuesta en todo su desamparo al firmamento y a un destino trágico.

Cuando Deuce abandonó esta parte del mundo, siendo muy joven, la geografía había favorecido la ausencia de vectores. De cualquier punto de esas llanuras partían rumbos de sobra por los que desvanecerse, líneas de fuga que podían encaminarse en cualquier dirección, hacia un territorio que distaba mucho todavía de ser cartografiado, al Salvaje Oeste o al Este decadente, al norte hasta los campamentos de oro, al sur hasta el interior del Viejo México, y con todos los ángulos intermedios.

Antiguos empleados de banca cuyas cabezas adormiladas se apoyaban en carteras llenas de moneda americana que hacían las veces de almohadas; buscadores de oro de quince años que en su interior ya eran viejos y locos, para quienes crecer hasta convertirse en lo que ya eran consistía tan sólo en un engorroso trámite; chicas «en apuros» y chicos que las habían metido en ellos; esposas enamoradas de sacerdotes; sacerdotes enamorados de sacerdotes; cuatreros y tramposos..., y así hasta el último

de esos pecaminosos fugitivos era hijo de alguien, un hijo que no es que se hubiera marchado sino que había cometido conscientemente el pecado de la ausencia, y así había entrado rápidamente en la leyenda familiar. «Entonces, un buen día, todos se presentaron otra vez, como salidos de la nada, como si sólo hubieran estado a una hora de camino, dijo él, la conoció en la tienda, ahí, en Rockford, y antes de que pasara el fin de semana ya estaban casados...». «No, no, ésa fue Oneida, la prima de Crystal, con una hilera de pequeños como elefantitos en el circo...». «No, ahora estoy seguro de que ésa fue Myrna...».

Cuanto más avanzaban, más convencido estaba Deuce de que descendía otra vez en dirección a aquello de lo que tanto había querido elevarse, hacia los que había abandonado indignamente y hacia los que había suplicado no volver a ver. La luz no dejaba de recordárselo, una luz de un amarillo que se oscurecía hasta el rojo y luego hasta la negrura mordiente del torbellino que llegaba bajo el sol, así como las praderas de flores silvestres y los truenos, que empezaban retumbando como los contrapesos de las ventanas al cerrarse sobre los viejos secretos letales de una casa antigua, por detrás de la limpia carpintería del marco del cielo, y al momento resonaban como artillería.

—Y allá, en el viejo y bobo «Egipto» —le contaba su hermana Hope a Lake ante una receta de ensalada de patata que no había variado un ápice desde hacía generaciones: panecillos, maíz dulce y un pollo asado recién salido del gallinero—, pasábamos nuestros días, hijos de un encierro del que sólo algunos escapaban, como hizo Deuce, mientras que otros nunca podríamos. Pues también tenía que haber de nuestra clase.

—Claro —dijo Levi, su marido, mientras fumaban en la parte de atrás—, pero, Deuce, ¿qué fue lo que hizo que te marcharas así?

—Miré al oeste, vi esas montañas...

—No desde Decatur, desde luego.

—Casi siempre había nubes, nubes de tormenta y demás... Pero a veces estaba despejado.

—Mojando otra vez en el láudano de la mamá Kindred, ¿eh?

—No la metas en esto, si no te importa.

—No te lo tomes a mal, lo que pasa es que la gente con historias como la tuya, si no se anda con cuidado, suele acabar en California.

—Podría ser.

—Tennos al corriente.

Y gracias y todo lo demás, pero dormían en el pueblo. A él le resultaba imposible dormir en esa casa otra vez, nunca más podría...

Durante el par de días posterior a su boda, Deuce no había dejado de repetirse: ya no estoy solo. Se convirtió en una fórmula, algo que debía tocar para asegurarse, pues

de otro modo le resultaba difícil creer que ella estuviera allí, dentro de la curva interior de su codo, capaz de cumplir todos los requisitos legales que se le plantearan. Claro que también estaba el viejo Sloat, y, tenía que admitirlo, en realidad tal vez no había estado tan solo... Pero luego siguieron las actividades compartidas entre los tres y, tras meses de aprendizaje doméstico, la fórmula que había empezado a murmurar, no siempre en silencio, se había transformado en: mierda, ¿y cuándo no he estado solo?

Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, también empezó a buscar el perdón de Lake, como si fuera un trofeo guardado tan celosamente como la virginidad; lo deseaba como un boyero que hubiera pasado demasiado tiempo en el campo desearía el inmaculado objeto de su deseo. Deuce, acuciado por esa necesidad, hasta hace poco insospechada, que empezaba a carcomerle lentamente el cerebro, encontraba ocasiones de sobra para pifiarla en pequeñeces y naderías —rompiendo la maceta mexicana, olvidándose de arreglar el tejado antes de que estallara la siguiente tormenta, saliendo por las noches a gastarse el dinero del alquiler—, de manera que nunca le faltaran motivos para pedir su perdón.

Lo que él no entendía era lo poco que aquello le importaba a ella a esas alturas. Como el matrimonio se parecía cada vez más a una partida de póquer jugada en la mesa de la cocina, ella no le daba al perdón más valor que el de una ficha mediana. Lake había dejado que la inmediatez del recuerdo de la muerte de Webb —de la vida de Webb— se desvaneciera como el humo en el aire enrarecido que se oscurecía entre ellos. Deuce, que era demasiado ignorante en las artes del engaño, se delataba en mil pequeños detalles, y de hecho Lake ya lo sabía, o albergaba demasiadas sospechas para no saberlo. Pero tenía que ser Deuce el que pusiera todas las cartas sobre la mesa. Y el día en cuestión, el asunto se les echó encima con la inexorabilidad de una avalancha.

Con su aire habitual de saber y no saber, ella comentó algo como:

—¿Tu padre todavía vive, Deuce?

—Sí, por esta zona. Es lo último que sé. —Esperó a que ella siguiera la conversación, pero sólo recibió una mirada cautelosa—. Y mi madre murió en las terribles heladas de 1900. No pudieron cavar su tumba hasta la primavera.

—¿La echas de menos?

—Supongo que sí, claro.

—¿Alguna vez lloró por ti?

—Llorar, lo que se dice llorar, no cuando yo estaba delante.

—¿*Alguien* ha llorado alguna vez por ti, Deuce? —Esperó hasta que él se encogió de hombros y luego añadió—: Pues espero que no cuentes conmigo para eso, yo ya he gastado todas mis lágrimas. Mi padre debió de llevarse las últimas, ¿tú qué crees? Porque, te lo aseguro, se me han acabado las lágrimas y la sequía es pertinaz. Te pase lo que te pase, creo que no lloraré. ¿Te parece bien?

Él la miraba de un modo extraño.

—¿Qué? —preguntó Lake.

—Me sorprende, nada más. Lo de las lágrimas y todo eso, pensaba que tú y él no os llevabais bien.

—¿Te he dicho yo eso?

—Bueno, no, no exactamente.

—Así que no tienes ni idea de cómo me sentía y, ya puestos, tampoco de cómo me siento ahora.

En ese momento, él comprendió que más valía cortar por lo sano y salirse por la tangente, pero no pudo, se veía empujado por algo más fuerte que su propio interés, no sabía de qué se trataba pero le asustaba porque no podía controlarlo.

—Tú recuerdas cómo eran las cosas por allí. No sólo en los caminos de montaña estabas a un paso del filo del precipicio. La gente de la Asociación no se andaba con chiquitas, una vez que te contrataban para esos trabajos no tenías mucha elección. Yo no era nadie especial, simplemente estaba por allí. Habrían contratado a cualquiera.

Por fin lo había dicho. Aquello ya era demasiado para él.

Pero Lake estaba preparada, y le espetó:

—Podrías haberte levantado.

—¿A qué te refieres?

—Podrías haberte comportado como un hombre en lugar de arrastrarte como una serpiente.

Puede que en ese momento él suspirara, nada más.

—Sí, eso es lo que intentó tu padre, y mira lo que le hicieron.

—Perdona, ¿has dicho «hicieron»? ¿Quiénes lo «hicieron», Deuce?

—¿Qué quieres decir, Lake?

—¿Qué no quieres decir tú, Deuce?

Temeroso de los fantasmas, Deuce había esperado que Webb diera con él. En sueños que no se diferenciaban mucho de los de su ignominiosa juventud, él abandonaba a Lake por la noche, se metía gritando en las sombras inconmensurables de graneros hechizados y desafiaba a lo que hubiera allí a salir a campo abierto, un campo que se había vuelto maléfico. Esas noches sin reloj aguardaba a que aparecieran las montañas de kilómetros de altura que sólo surgen a la caída de la noche, a la espera de conducir una carreta sin dueño ladera arriba, hasta el cementerio otoñal, y de que allí lo encontrara por fin el hombre al que había asesinado. Mosquitos del tamaño de animales de corral, con ojos tan reencarnados y expresivos como los de un perro, y cuerpos cálidos y mullidos como los de un conejo, chocaban contra él...

A veces Deuce tenía la impresión de que había metido la cabeza en una habitación muy pequeña, no mayor, de hecho, que una cabeza humana, sin eco, cerrada y silenciosa. «Bueno, a lo mejor...», apenas podía escuchar su propia voz,

«¿podría salir y cargarme *a un montón* de otros tipos? En ese caso no me sentiría tan mal por éste...».

Como tarde o temprano les sucede a todos los malvados, Deuce se encontró un día poniéndose la estrella de ayudante del sheriff. En las montañas, ya desde el día en que los Propietarios fueron a buscarlo, él no había creído que trabajara a un lado u otro de la Ley, sino que más bien esa elección le estaba vedada. Ahora, en plena huida, sintiéndose seguro sólo cuando se movía, la decisión le pareció tan fácil que durante un minuto y medio, en una noche de insomnio, estuvo convencido de que se había vuelto loco.

Un día, en una pradera de horizonte brumoso, Deuce y Lake divisaron inesperadamente, al fondo de la circunferencia verde, una estrecha parcela de color humo y, sintiendo una peculiar atracción, decidieron echar un vistazo. A medida que se acercaban, surgían detalles arquitectónicos entre la densa hierba y el resplandor del cielo, y no tardaron en entrar en la Pared de la Muerte, Misuri, erigida alrededor de los restos de una feria, una de tantas inspiradas en la vieja Exposición de Chicago. Al cabo de un tiempo, la feria había seguido camino, dejando ruinas que se reconvirtieron para satisfacer los usos locales, y hacía ya mucho que algunos elementos estructurales de la noria se habían incorporado en los alrededores a vallados, refuerzos de edificios y armazones de carretas, y que los pollos dormían en el viejo barracón y las estrellas giraban ilegibles por encima de la caseta sin techo de la adivina. La única estructura que no se había caído a trozos todavía era la propia Pared de la Muerte, un armazón cilíndrico de madera, de aspecto frágil pero destinada a ser la última en desaparecer, agrisada por la intemperie, con su taquilla, sus graderías alrededor y su alambrada, que en el pasado separaba al jadeante público del espectáculo de dentro.

Visitada por peregrinos en motocicleta como si fuera una ruina sagrada, escenario de legendarias acrobacias, cuando se la contemplaba desde arriba recordaba a los aeronautas muy viajados los anfiteatros de la antigua Roma dispersos por todo el imperio, elipses vacías en el centro de antiguas ciudades fortificadas, y se percibía el comienzo de una fatalidad suburbana en las viviendas que ya aparecían en las proximidades al albur del capricho de los hombres, en los perímetros sin árboles que se transformaban en bulevares sombreados atestados de motociclistas y gente de picnic, mientras al doblar las esquinas oscuras, bajo los nuevos viaductos, en los callejones engrasados con noche, la pared gris, la Pared de la Muerte, persistía en el silencio e imponía el enigma de las estructuras que se desvanecen...

—A lo mejor hay alguna entrada de servicio por detrás —comentó Lake, y aminoraron el paso de sus caballos a ritmo más cauteloso.

Y, bueno, fue un poco raro, pero resultó que los que estaban dentro los esperaban, o eso parecía, y se presentaron con guisos, tartas, pollos desplumados y sin

desplumar; miembros selectos del coro Metodista formaron una fila y cantaron *For It Is Thou, Lord*; el Sheriff, Eugene Boilster, que se había pasado toda la mañana de pie ante el alféizar delantero escudriñando el paisaje de hierba, y también seguramente el cielo, avanzó dando pisotones y con ambas manos extendidas en gesto de bienvenida.

—Me alegro de que no se haya perdido. Los dos anteriores, o quizá fueran los tres anteriores, se perdieron.

Deuce y Lake comprendieron antes del siguiente aliento que los estaban tomando por el nuevo ayudante del Sheriff y su mujer, que debían presentarse ese día y que al final nunca aparecieron, y puede que intercambiaran una rápida mirada.

—Una pequeña y acogedora comunidad —dijo Deuce—. Si no ajustas la mirilla al viento, cualquiera podría errar el tiro y acabar quién sabe dónde.

—Le gusta la artillería, ¿eh?

—Es el último recurso cuando la razón y la persuasión fallan, por descontado, señor.

—Ya lo comprobará.

Pero no era de las minucias de los delitos cotidianos; de los penes pillados experimentando en escurridores de la colada; de los repetidos robos del único automóvil del pueblo; de las víctimas voluntarias de Happy Jack La Foam, el farmacéutico local, quienes tenían que ser rescatadas de los postes de telégrafos y los campanarios; de las reuniones de abstemios; de las armas poco comprensivas de cónyuges engañados; tampoco del día a día del municipio; no, no era de nada de eso de lo que Deuce debía ocuparse, sino que, como no tardó en descubrir, su función consistía en estar de guardia el día entero para una emergencia más abstracta, la profecía que se cernía sobre la comunidad más allá del horizonte sensible del quehacer diario. Para eso le habían contratado, sin enunciarlo en ningún momento, hasta el punto de que llegó a temer que su misión sólo pudiera revelarse —como se necesita un telescopio para mirar otro planeta— mediante la cinta de teletipo de la policía, o telégrafo impresor, que había en la parte de atrás de la oficina del Sheriff. Un aparato de especialista, el siguiente paso en el siglo xx después de los rostros de hombres buscados en postales de un centavo.

Y un día, de debajo de la cubierta de cristal de ese aparato, llegaron repiqueteando noticias ingratas de México vía Eagle Pass. Informaba el oficial C. Marín, quien, tras acudir a una llamada que alertaba sobre armas de fuego disparadas dentro de los confines del pueblo, encontró en la cantina Flor de Coahuila a un varón norteamericano de unos veinticinco años, identificado como (el nombre apareció letra a letra mientras Deuce miraba) Sloat Eddie Fresno, muerto de heridas de bala infligidas según los testigos por otro varón norteamericano, del que no había una descripción precisa, que a continuación abandonó el establecimiento y a quien no se había vuelto a ver.

Los ojos de Deuce se llenaron inesperadamente de agua salada, una avalancha de emoción que hormigueaba justo detrás de su nariz, mientras se imaginaba a sí mismo ante una tumba pintorescamente azotada por el viento, con la cabeza gacha, el sombrero en la mano. «Pobre grandullón, menudo bobo, no supiste dejarlo a tiempo, estaba escrito que te encontrarían, ni siquiera tendrías que haber sido tú, tú sólo estabas allí de paso, cubriéndole la espalda a tu socio, tal vez te merecías una temporada de trabajos forzados, pero no que te mataran en una cantina rodeado de un idioma del que nunca has sabido mucho más que ‘*señorita chinga chinga*’ y ‘*más cerveza*’, viejo idiota, maldita sea, Sloat, ¿qué creías que estabas haciendo allá?». Mientras tanto, arrastrándose sigilosamente, le llegó por vía rectal el mensaje de que alguien podía estar más que dispuesto a cargárselo a él también, acompañado de la aceleración de sus latidos por el odio, un testigo co-consciente de todo su pasado común violado y atravesado por el alambre de espino soberano de la muerte. Deuce tuvo que salir a toda hostia de esa oficina; necesitaba ensillar, levantar polvo, encontrar y reventar a tiros las entrañas del hijoputa que había matado a su colega de correrías, machacarlo una y otra vez, hasta que en las paredes quedara más mierda que sangre... Lake llegó en medio de esas reflexiones cargando con las piezas de la colada, llenas de la luz del sol y que olían como el primer día del mundo, impregnadas de la débil sugerencia de que nada de eso tenía por qué llegar a suceder...

—¿Qué pasa ahora, mi guardián de la Ley?

—El bueno de Sloat —temblaba—, ¿te acuerdas de él? ¿Mi socio? Y también el tuyo, ¿te acuerdas? Lo han matado al otro lado de la frontera. Tal vez fue uno de tus malditos hermanos.

—Oh, Deuce, lo siento. —Hubiera querido ponerle la mano en el hombro, pero se lo pensó mejor. Sabía que no debía, pero sintió que, más que otra cosa, se alegraba de la noticia. Ante la mirada fija y serpentina de Deuce, intentó mostrarse razonable—. Se metía siempre en líos, ya lo sabes, tal vez no tuvo nada que ver con...

—Sigues siendo leal a esa familia anarquista de mierda en la que creciste. —Y no dijo más, salió por la puerta, sin un beso de cortesía siquiera, ni un toque en el sombrero, ni un volveré-pronto-cariño, tan sólo el sorprendentemente cuidadoso clic del pestillo tras él.

Los días empezaron a arrastrar sus tristes esqueletos por el camino del Tiempo, sin una palabra de Deuce. Mientras ella no le diera muchas vueltas a lo que él hiciera por ahí, era casi un alivio que se hubiera ido.

Más tarde, a solas, cuando se estaba sumiendo en el sueño, la despertó bruscamente un recuerdo familiar, anal y penetrante, y maldijo un rato, tras lo cual se sentó de golpe levantándose el camisón hasta las caderas, creyendo que Sloat había regresado de entre los muertos con la única intención de follársela en su postura favorita. No era el modo más tierno de recordar la defunción de un amado —bueno, pongamos que deseado de vez en cuando—, pero, bien mirado, había sido Sloat el

que había salido de las ligas gimientes del vacío para venir a visitarla, confirmando así, como ella sospechara durante un tiempo, que, cuando quería, su pene era más duro que cualquier barrera obstructiva que la muerte pudiera presentar.

Fue a verla Tace Boilster, sobre todo para sentarse a fumar cigarrillos sin tener que soportar un bíblico sermón sobre esa costumbre, como el que recibía en su casa.

—Imagino adónde se dirige —dijo Lake—, a Texas. Pero puede ser que no esté allí, claro.

—¿Lo busca alguien, Lake?

—No me sorprendería, pero esta vez cree que es él el que busca al otro.

—Oh, vaya. Entonces, ¿quieres decir que no es ésta la primera vez?

—Volverá. Tanto si encuentra a otro delincuente al que matar como si no, y no vendrá con muy buenas pulgas.

—Pues más vale que se porte bien delante de mí —dijo Tace. Pero se había quitado la cara de esposa del Sheriff, tal como un ayudante se despojaría de una estrella—. A lo mejor te apetece contarme un poco qué está pasando.

—¿Ves esos cigarrillos liados?

—Claro. Me fumaré uno contigo.

—Ya tienes uno en la boca, Tace.

—Vaya.

Lake encendió el suyo y le contó a Tace toda la triste historia. Lo hizo con una incomodidad que a veces reducía su voz a un susurro o a un hilo ahogado casi inaudible. En un momento dado, vio que la expresión de Tace se volvía alerta y cautelosa a través de los velos de humo.

—Supongo que me pasa algo muy malo, ¿no?

—¿Cómo? Sólo te casaste con alguien que mató a tu padre. —Se encogió de hombros y abrió los ojos de par en par, como preguntando con perplejidad.

—¿Es que ves muchas cosas así por aquí?

Tace dejó escapar un breve suspiro por la nariz.

—De un modo u otro me acabo enterando de todo. Jóvenes pretendientes, padres iracundos, nada nuevo. Puede que vosotros dos hayáis ido un poco más lejos, eso es todo.

—Aquel hombre me echó de casa. Me abandonó; de haber sido por él, habría acabado en un prostíbulo de México, o muerta. Debería haber sido yo quien lo matara.

—Pero resultó que lo hizo Deuce. Y más tarde os conocisteis. Bueno, ¿y qué? No quiere decir que lo planeais juntos, ¿no?

—Aun así, es algo terrible. Papá está muerto para siempre y yo no he dejado de odiarle. ¿En qué tipo de hija monstruosa me convierte eso? Se supone que una chica tiene que amar a su padre.

—Sí, sí, ya —dijo Tace—, en los cuentos de Elsie Dinsmore o por el estilo. Todas nos hemos criado con eso, y ha envenenado nuestras almas. —Se llevó el cigarrillo a

la boca y con gesto serio extendió una mano para apoyarla sobre la de Lake—. Cuéntame algo. ¿Intentó alguna vez...?

—¿El qué? Ah...

—¿Abusar de ti?

—¿Webb? Webb podía ser mezquino como él solo, pero no era tonto.

—El mío sí lo hizo.

—¿Tu padre? Él...

—Él y mi hermano Roy Mickey, para colmo —dijo con una sonrisa peculiar, entornando los ojos a través del humo, como si retara a Lake a decir algo.

—Tace, oh, querida.

—Fue hace muchos años, no es el fin del mundo. Y, a decir verdad, yo estaba más preocupada por mi madre. En cualquier caso, tampoco duró mucho, todos se pusieron a discutir sin parar y, antes de que me diera cuenta, apareció Eugene y yo salí de aquella casa, a Dios gracias, no demasiado desmejorada.

—Eso nunca habría pasado en nuestra familia.

—Pues no lo digas con esa tristeza, no te perdiste gran cosa.

Ella soñó con Mayva.

Una ardilla en el poste de una valla.

—¿Qué estás mirando, ojos brillantes? —La ardilla se irguió, ladeó la cabeza, pero no se movió—. Claro, ahora es muy fácil para ti, pero ya verás cuando cambie el tiempo. —Mientras, seguía tendiendo la colada sobre la valla, cuidando de no espantar a la ardilla—. Estáis mal de la cabeza, todas.

Así era Mayva, le gustaba hablar con los animales, casi conversar con ellos. Una ardilla o un pájaro se acercaban y se quedaban quietos así durante horas, mientras ella les hablaba y se interrumpía de vez en cuando por si querían responderle, algo que a veces parecían hacer. Lake juraba que había oído contestar a diferentes criaturas en sus propios idiomas y a su madre asentir atenta, como si las entendiera.

—¿Qué ha dicho ese halcón, mamá?

—Fuego de las praderas en Salida. Algunos de sus parientes se desperdigaron. Ella está preocupada, naturalmente, eso es todo.

—Y luego, más tarde —los ojos de la niña abiertos de par en par como aguiñetas azules en julio—, vino alguien y dijo que era verdad que había fuego por allí.

—Ya, ya, Lake —sus hermanos extendían los dedos al estilo mexicano, como si dijeran ‘*atole con el dedo*’—, pero mamá pudo enterarse en cualquier sitio. Ella sabe que te tragas todo lo que te cuenta.

—No es posible que se enterara antes de que llegara la carreta del correo. —Ellos se iban riéndose.

—Ella no era más que la hija de un dinamitero —decía Mayva en ese sueño—, pero los cebos se apagaban allá por donde pasaba...

—¡Hiciste cuanto pudiste —le gritaba ella a su madre— para arruinarnos, y luego te escapaste, fuera de nuestro alcance, detrás de la pared de la muerte!

—¿Quieres venir a por nosotros, hasta aquí, en la otra orilla del río oscuro, encontrarnos y leernos tu lista de agravios? Alguien, tarde o temprano, se alegrará de ayudarte a hacerlo. Te lo juro, Lake, te has vuelto una amargada con los años.

Lake se despertó, pero tan despacio que durante un rato le pareció que Mayva estaba en la habitación.

—Puedes esperar a que vuelva —le aconsejó Tace—. A veces pasa. Pero no cuentes con recuperar la antigua dicha hogareña.

—Quieres decir que tengo que aguantar al hijo de perra otra vez, y puede que más veces, porque no tengo más remedio.

—Y Eugene se está irritando con todo el trabajo de más.

—En ese caso, dile que rece también una oración de más.

Y un día que el viento aullaba en los cables telegráficos, Deuce regresó a caballo a la Pared de la Muerte. Ni se había acercado —como era de esperar— a adivinar quién mató a Sloat. Sólo había estado fuera una semana, o puede que diez días, pero parecía arrastrar el agotamiento de un año entero, la cabeza gacha, pálido como si hubiera estado encerrado.

Por descontado, su regreso no puso fin a nada. Sloat empezó a aparecerse en la ventana, surgiendo de la vacía llanura nocturna.

—Yuju, meado de hormiga, ¿cómo que no lo viste venir? ¿Era yo quien tenía que protegerte?

A lo que Deuce, si no estaba paralizado por el miedo a esas alturas, replicaba:

—Pero, pero..., creía que ése era el trato, a ver, tú siempre decías... —y así seguía dándole vueltas hasta que Lake se levantaba cansinamente con las primeras luces del poco prometedor nuevo día, murmurando:

—Aquí nadie puede pegar ojo...

—Siempre supe que ahí había un gran secreto. Por cómo se miraban cuando decían ciertas cosas de cierto modo... Y ahora por fin me estoy enterando...

—Oh, hija —dijo Tace Boilster—. Ahora estás segura.

Lake miró a la esposa del Sheriff. A sus pies, los bebés de Boilster gateaban, tropezaban, y tiraban, recogían y volvían a tirar las cosas.

—Lo único que tienes que hacer —prosiguió Tace— es dejarte ir, que eso te sirva de apoyo para seguir adelante, todo está así de claro porque ya no te resistes, las nubes de rabia se han disipado en tu cara, ves más lejos y más claro de lo que jamás pensaste que podrías...

—Sí.

—Pise con cuidado, señora Kindred, por aquí está cada vez más hondo.

—Él puede cambiar, Tace.

—¿Y eres tú el ángel de la maldita piedad que va a cambiarlo?

—Sé que puedo.

—Claro —asintió risueña hasta que creyó que la chica se había tranquilizado, y entonces le espetó—: ¿y en qué lo vas a cambiar?

Lake bajó un poco la cabeza fingiendo docilidad, pero sin apartar la mirada de la de Tace.

—Déjame adivinar. Vas a convertirlo en alguien *mucho mejor* de lo que es ahora, tanto que no tendrás que pensar más en lo que hizo. Pues ahórrate todas esas molestias.

—¿Por qué no? —susurró Lake—. ¿Qué tiene de malo querer eso?

—¿Querer? Bueno, querer... Si yo fuera tú, querría cambiarlo para que fuera aún *peor*. Más débil, más tonto, alguien con tan poco juicio que yo pudiera devolvérsela cuando quisiera.

Lake negó con la cabeza.

—Chiss. Ya se nota que estás casada con un hombre de la Ley. Claro, no creas que no lo he pensado: ir a buscar su pistola una noche, apoyarla sobre su cabecita cuando está roncando —dio una palmada—, amén. Incluso a pesar de la sangre y todo lo demás que habría que limpiar después, y tu señor B. preocupado, claro..., pero no lo he hecho, ¿verdad?

Tace creyó atisbar una mirada, una sombra atravesando tan rápido el rostro de la joven, procedente de una fuente más profunda de pena, que más tarde no podría jurar haberla visto siquiera. Y mientras tanto, Lake, puede que más animada de lo que cabía esperar, proseguía:

—Pero supongamos que... lo que él hizo... fue una especie de error, ya sabes, sólo un error, ¿acaso tú no te equivocas nunca?

—Acepta dinero por matar a tu padre, sí, ya, menudo error.

Sí, una de las grandes preguntas, que flotaba siempre en el ambiente, y ella no formulaba, y Deuce sin duda no daría ninguna explicación al respecto, a saber: ¿cuánto sabía en realidad él antes de hacerlo? ¿Había firmado sencillamente un contrato para ser su pistolero para todo? ¿O tal vez para ir a por Webb en concreto?

—Te crees que es muuuy *bueno* —siguió Tace—, sólo un niño extraviado, ¿no? Y que puedes devolverlo al camino correcto, que lo único que tienes que hacer es amarlo lo bastante, amar a tu enemigo para lograr una especie de gracia redentora para los dos. Chorradas, jovencita.

—Tace, si hubieras pisado alguna vez esas malditas montañas, lo comprenderías, era muy duro, nunca se bajaba el ritmo, trabajabas sin parar, y trabajabas para ellos. Ellos..., de eso se trataba. Ellos te decían que te fiaras de su juicio, ¿y qué podías hacer? Incluso si era algo malo, la gente hacía lo que podía. Deuce estaba más que dispuesto a hacerlo; yo no estaba allí y tú tampoco, a lo mejor creyó ver a papá con

algo en la mano, en aquellos días de desesperación los mineros morían a tiros a todas horas, pero si aceptabas un puesto de ayudante, solían darte carta blanca.

Pero eso no era un tribunal ni Tace un juez. No había motivos para que Lake se esforzara tanto por convencer a nadie. ¿Iba Webb armado aquel día? ¿Era imaginable que Webb fuera a por Deuce primero y que éste sólo reaccionara para defenderse?

Saber que Webb se había ido para siempre ya era bastante duro, pero peor aún era esa extraña frialdad, ese camino perdido hacia lo que deberían haber sido recuerdos inmaculados, hacia su infancia entera, a la que se había puesto fin tan brutalmente, y mientras tanto vivir con alguien del que lo había acabado odiando todo, salvo cuando la tocaba, y entonces, oh, entonces.

Y no puedo dejarle, escribió en el pequeño cuaderno escolar que utilizaba como diario, me da igual lo que me haga, tengo que quedarme, es parte del trato. No puedo huir..., a veces es como si intentara despertarme y no pudiera..., y yo ya sabía que no podría, ¿verdad?, y también sabía, mucho antes de que nos casáramos, quién era él, qué fue lo que hizo, y aun así seguí adelante y me casé. No lo sabía, pero lo sabía..., tal vez desde la primera vez que lo sorprendí mirándome, llevaba inscrita una disculpa en sus ojos brillantes en forma de sonrisa, como si fuéramos figuras famosas de la vida pública y se supusiera que ambos nos conocíamos, y no movimos ni un dedo, ninguno, pese a todo lo que sabíamos. Hicimos un trato. Y así abrí un vacío permanente entre cómo se suponía que me debería sentir y qué me traía en realidad entre manos, que era escabullirme a Silverton una y otra vez, y nadie se daba cuenta, creían que era sólo el dolor por lo de mi padre o que procuraba mantenerme ocupada, me decían que el tiempo pasaría y que volvería a la vida normal..., pero creo que estoy soñando y que no puedo despertarme...

Ojalá esto fuera Denver..., ojalá fuera una corista... Tachó las palabras, pero siguió soñando despierta, y soñó novelas baratas enteras llenas de tramas lascivas. Candelabros y champán. Hombres cuyos rostros nunca se veían con claridad. Dolor placentero, imaginado con todo detalle. Amigas que yacían a su alrededor en lencería cara, compartiendo láudano en las largas y lentas noches de invierno. Una soledad que nada podía alterar. Un abrazo de habitaciones vacías y distantes, que el viento que las atravesaba eternamente mantenía limpias. Una escasez de luz propia de la alta montaña, una casa con una estructura de una pureza rectilínea absoluta, seca, blanqueada, silenciosa salvo por el viento. Y su rostro joven, recordado por un centenar de inútiles a lo largo y ancho de las San Juan a causa de su nítida delicadeza, desprotegido ante los días y lo que el tiempo le estaba haciendo.

En cuanto a él le quedó claro que ella lo sabía, y a ella que él sabía que lo sabía y demás, en cuanto se encontraron, por así decir, al otro lado de la puerta fatal que ambos tanto habían temido, abierta por unos guardianes invisibles y ahora cerrada a sus espaldas, y ella siguió como siempre y no dio ningún indicio de que planease

pegarle un tiro ni nada por el estilo, a Deuce debió de resultarle más sencillo dejar de hacerse el duro, y así adoptó una actitud de súplica impotente y poco viril, y ya no pudo parar de dar explicaciones aunque ella no estuviera muy interesada, y menos lo estaría a medida que pasara el tiempo.

—Me dijeron que era un dinamitero del Sindicato. ¿Es que tenía que preguntarle si era verdad? Ellos decían que tenían pruebas, que él llevaba una vida secreta que nadie conocía. Por supuesto, lo creí. Anarquista, sin asomo de conciencia. Mujeres, niños, mineros inocentes, daba igual. Ellos dijeron...

—No te puedo ayudar, Deuce, yo nunca supe muy bien en qué andaba metido. ¿Por qué no hablas con un abogado? —¿Era ésa su propia voz?

Pero incluso en los silencios de Lake, él creía oír algo.

—Era para salvar vidas, así lo veían ellos. Yo sólo era su instrumento...

—Oh, ya estamos con el gimoteo otra vez...

—Lake..., por favor, perdóname... —Arrodillado de nuevo, con otra exhibición hidráulica de los globos oculares, algo que en un hombre no resultaba muy favorecedor, tal como ella había descubierto, al contrario de lo que quieren hacerte pensar con los cuentos románticos de las revistas femeninas. Es más, a veces podía resultar repelente.

—Tal vez tenía la cabeza en otro sitio en esos momentos fatales, pero nunca escuché al cura sueco decir amor, honor ni *perdón*. Levántate, Deuce, no funciona. —Y además ella tenía trabajo que hacer, y eso no había manera de cambiarlo.

Pero lo más extraño fue que, a pesar de todo lo que podía haberlos mandado para siempre por caminos separados, él siguió deseándola tanto como antes, no, más que nunca, y Lake por fin empezó a prestarle atención, al comprender que eso se transformaba en poder para ella, un poder que salía fluyendo de la naturaleza insondable de los hombres, como un interés bancario de una cuenta a su nombre cuya existencia ella había desconocido y que crecía con el paso de los días..., y entonces aprendió lo fácil que le resultaba hacer caso omiso a los ojos ardientes de Deuce al otro lado de la habitación, escapar de sus manos, elegir ella misma el momento y no sonreír con demasiada satisfacción cuando él le decía lo mucho que se lo agradecía, y no sentirse agredida ni gritar por nada de aquello. Lo que no estaba tan claro era si él acabaría despertando de ese sueño opiáceo obviamente de corta duración, y en tal caso cuándo lo haría, ni hasta qué punto sería sensato tensar la cuerda antes de que se despertara, tal vez demasiado rápido para que ella interpusiera entre ambos una distancia prudencial...; se requerían pasos cautelosos o, como poco, cierto tacto sensible, no podía permitirse relajarse, pues una palabra descuidada, un movimiento de ojos o un destello inadvertido de celos podían levantar la tapadera y que Deuce volviera a ser el de siempre: entonces saldría ciego y enloquecido en busca, por fin, de sangre que le saciara.

Tras todos aquellos años de elusión, de palabras falsas y de agotadoras cabalgadas para escapar de todo, Deuce se veía irremisiblemente devuelto a su propia vida, y qué decepcionante perspectiva se le presentaba.

Ahí fuera, haciendo lo que la vida le imponía a diario, comprendió un buen día, cuya fecha concreta no recordaba, que las Furias ya no lo perseguían, fueran de Utah o de cualquier otra clase, que ciertas limitaciones forzosas habían pasado a la historia y que él era «libre», aunque tuviese la impresión de que era cualquier cosa menos eso.

Tanto Lake como él habían querido tener hijos, pero a medida que los días pasaban, rodando, que las estaciones se repetían y no llegaban los pequeños, acabaron temiendo que se debiera a eso que subyacía ponzoñosamente entre ellos, y que, a menos que hicieran algo al respecto, ninguna nueva vida sería posible. Salieron en plena noche hacia una remota casucha a la orilla del río, Lake se estiró en el suelo de tierra mientras un chamán sioux, con una mirada de melancolía incurable, cantaba agitando chismes de pluma y hueso sobre su vientre, y Deuce se obligó a sentarse acucillado en una humillación múltiple: otro hombre, un indio, su propio fracaso. Gastaron sumas irrazonables en medicinas, que abarcaban de las ineficaces a las peligrosas, lo que mandó a Lake en más de una ocasión a Happy Jack La Foam en busca de un antídoto. Acudieron a herbolarios, homeópatas y magnetistas, la mayoría de los cuales acababan recomendando oraciones, y en el vecindario siempre había cristianos de diferentes confesiones encantados de aconsejarles las palabras exactas que debían pronunciar. La reputación de ambos fue solidificándose en la zona, tras lo cual se acallaron los rumores y sólo tuvieron que preocuparse de la condescendencia pueblerina.

—No puedes permitir que te depriman esas mujeres, hija —dijo Tace—. No les debes absolutamente nada de nada, desde luego no les debes hijos. Vive tu vida y ten la esperanza de que estén lo bastante ocupadas con los suyos propios para no meterse tanto con los tuyos.

—Pero...

—Sí, ya lo sé, claro. —Extendió un largo brazo y alzó a la pequeña Chloe, que estaba a punto de caerse del porche a la mata de petunias. La sostuvo en alto y fingió que la estudiaba, como un viajante de comercio examinaría una de sus muestras—. Tienen su atractivo, eso no puede negarse. Y el Señor, en sus misteriosos designios, quiere que algunos de nosotros los cuidemos al menos hasta que ellos puedan fundar sus propias familias, claro. Pero eso es sólo para algunas, Lake. Otras tienen otras tareas aquí. Mierda, cuando era niña yo quería asaltar trenes, no sólo lo quería, sino que sabía que era mi destino. Phoebe Sloper y yo subíamos aquella cuesta por encima del río, nos poníamos unos grandes pañuelos en la cara y nos pasábamos el día imaginando cómo realizaríamos la hazaña. Hasta hicimos un juramento.

—¿Y qué pasó?

—¿Tú qué crees que pasó?

Y así empezó, como una más de esas charlitas banales sobre el universo conyugal que tienen las parejas cuando encuentran un momento, que es raramente, y el tema de ésta casi inmediatamente se centró en por qué Lake y Deuce tenían, o, de hecho, no tenían, hijos. En el pasado le habían echado la culpa a crisis o tensiones exteriores — una banda que depredaba el condado contiguo, acusaciones de mala conducta por parte de grupos de reforma al estilo de Kansas City—, pero al cabo de un tiempo todo se volvió más personal y empezaron a intercambiarse cumplidos del tipo *tu picha es muy corta* o a lo mejor cogiste algún bicho cuando ibas golpeando por ahí, y las conferencias se interrumpían con las lágrimas de uno de los dos y la resolución de seguir intentándolo.

Esa noche ella cometió la imprudencia de preguntarle por qué estaba tan desesperado por la cuestión, y él fue lo bastante insensato para responder:

—Simplemente siento que es algo que a lo mejor le debemos.

Por un momento ella no pudo creer que se refiriera a Webb.

—A mi padre.

—Que si nosotros...

—Un bebé. *Nosotros* le debemos al difunto Webb Traverse un bebé. ¿Y te parece que con uno bastará, o deberíamos echar dos o tres más en el trato para asegurarnos?

Deuce empezaba a hartarse.

—Sólo quería decir que...

—Que sólo con casarte conmigo no bastó, ¿no? Te creías que al renunciar a la maravillosa libertad del asesino a sueldo, las cosas se pondrían en su sitio por sí solas. Pero ahora te has vuelto loco. Está claro que has doblado ese último recodo del río si crees que tener un hijo compensa un asesinato. Ciertamente hay un precio que pagar, pero no en bebés. Jamás.

—No soy sólo yo. —Algo en la voz de él le advirtió en ese momento que fuera prudente.

Pero a ella no le apetecía.

—¿A qué te refieres, Deuce?

—Los últimos días en Torpedo, sólo hablaba de ti. Él podía marcharse asumiendo todo lo demás, salvo a ti, que eras, de verdad, la última patada que le habían dado en la boca. Ya no era más que un cadáver con un pico en la mano; la puesta en escena, Sloat y yo: detalles que lo hacían oficial. Más vale que pienses en eso antes de cargar contra mí.

Ella gruñó, fingiendo que sonreía como si él estuviera intentando avergonzarla en público.

—Es un cuento muy oportuno, fácil de inventar años más tarde, sin testigos.

—Gritó mucho, más de lo que nunca lo viste gritar tú. No paraba de repetir: «Hija de la Tormenta». Supongo que se refería a ti, ¿lo oíste llamarte eso alguna vez? «Hija de la Tormenta». —Y no sólo era la expresión sino también la asombrosa imitación de la voz de Webb.

Como Deuce era un tipo pequeño y no esperaba el golpe, no tuvo tiempo de prepararse, y ella lo derribó. Al ver que era algo tan limpio y fácil, Lake pensó que debía soltarle unos cuantos más antes de que pudiera ponerse en pie y se los devolviera. Deuce guardaba sus armas en la oficina, y Lake, como la mayoría de las mujeres que vivían en la ciudad, sólo recurría para defenderse a los objetos disponibles en casa, como el rodillo de amasar, el cucharón de sopa, el gancho de la tapa de la cocina y, por descontado, la tan popular sartén, que había aparecido en más de una denuncia por agresión en el condado de la Pared de la Muerte a lo largo del año anterior. Como indicador de la gravedad de la tentativa, los jueces solían reconocer la diferencia existente entre una sartén tipo cazo, de mango corto, y una sartén grande de mango más largo. Esa noche Lake pensó que una sartén Acmé de hierro colado de treinta centímetros le bastaría, así que con ambas manos la quitó del gancho de la pared de la cocina con la intención de dársela a probar a Deuce.

—Oh, mierda, Lake, no —dijo con una voz demasiado lenta para lo que se le venía encima. Ya se había golpeado la cabeza con algo. Era un objetivo fácil.

Más adelante, ella se preguntaría si por eso dudó y buscó alrededor otra arma más piadosa. Cuando Deuce se puso en pie y miraba ya el cuchillo de trinchar con cierto interés, Lake acababa de decidirse por la pala de la estufa. Funcionó bastante bien, a lo cual ayudó que a esas alturas ella hubiera asumido una rabia más fría y eficaz. Deuce volvió a la posición horizontal.

Tace y Eugene aparecieron en la puerta, el Sheriff todavía medio dormido y peleándose con los tirantes, Tace con los párpados oscuros y con una escopeta Greener, cargada y preparada.

—Basta ya —empezó Tace, y entonces vio que era Deuce el que había sido derribado y que estaba manchando de sangre el hule estampado—. Oh, Dios. —Se encendió un cigarrillo y empezó a fumar delante de su marido, que fingió no darse cuenta.

Más tarde, cuando los chicos salieron en busca de whisky medicinal, Lake comentó:

—Bueno, al menos no fue fatal.

—¿Fatal? ¿Y qué tendría de malo? La única razón de que no lo fuera es que te portaste como una niña tonta al escoger esa pala de hojalata. ¿Es que el pequeño cabrón se ha redimido? ¿Cuándo?

Tace caminaba arriba y abajo.

—Una va a acabar pensando —dijo al cabo de un rato sin ninguna reticencia, como si se permitiera un lujo que no se daba desde hacía mucho— que tú eres tan mala como tu maridito. Que los dos habéis andado por ahí impíamente conchabados

desde el principio, que tu tarea consistía en hacer todo lo posible para limpiar sus huellas y, en adelante, cuidar de que salga y permanezca indemne de la venganza de todos los demás, incluidos tus propios hermanos.

Lake no respondió, y después de eso nadie le habló a nadie durante un tiempo, salvo cuando era imprescindible.

—Bueno, quizá lo hicieras, pero yo le vi el izquierdo, ¿no es verdad? —dijo Neville.

—No me cabe la menor duda —dijo Nigel sonriéndose—. Pero a ver, ¿a la izquierda del escenario o a la izquierda del público?

Nigel bajó la mirada.

—Éste. —Señaló un pezón—. ¿Correcto?

Los dos jóvenes se encontraban en los baños de Great Court, hablando de la señorita Halfcourt, y sus desolados suspiros se fundían con el siseo del vapor.

—Ahora se rumorea que está ocupada con una especie de embrión de Apostolillo de Cambridge llamado Cyprian Latewood.

—¿Latewood? ¿Como el de Papeles Pintados Latewood? No puede ser.

—El mismísimo descendiente casquivano.

—Estas muchachas mahometanas se enamoran de un sodomita —opinó Neville—. Es por la mentalidad del harén, la historia esa de ser amable con los eunucos. Siempre que se trate de alguien así de imposible.

—Pero si ella no es... mahometana, ¿verdad que no? —se quejó Nigel.

—Bueno, pero sí una especie de mora del Oriente, Nigel.

—¿Cómo dices?

—Oh, mi querido amigo —rezumó Neville—, no puede ser que todavía te lo tomes como algo tan personal.

—Pero en cualquier caso es mejor que tomárselo públicamente, ¿no? —Era una referencia al largo soliloquio lloroso del propio Neville en el Germán Sea, así como en otros establecimientos mucho más lejanos donde también se vendía alcohol, después de que Yashmeen le devolviera una joyita, de dudoso gusto en el mejor de los casos, comprada en los alrededores de Clerkenwell por el temporalmente trastornado joven con gran gasto y esfuerzo.

Se repantigaron, humeando como pudines, mientras cada uno contemplaba el pene del otro con letárgica irritación. Su charla sobre la desnudez de la señorita Halfcourt se debía a una furtiva excursión de la noche anterior. A la desconsolada hora en que sólo siguen despiertos los gitanos y los matemáticos que trabajan, se había extendido la tradición entre las chicas más temerarias de acercarse al río a hurtadillas para bañarse, por encima del Estanque de Byron, y cuanto más brillaba la luna más audaces se volvían. La noticia llegó a oídos de un grupo de chicos que también decidieron acercarse, tanto por curiosidad como por lascivia. Y allí, bajo el resplandor de la luna, estaba Yashmeen entre sus sirvientas. Y su presencia provocaba una amplia variedad de comentarios, que iban de los latiguillos de la época, como «¡Div!», «Guachi» o «A eso me refería yo», a rapsodias que se alargaban toda la noche en las habitaciones de los amigos o sonetos apuntados más tarde, cuando la locura se había mitigado lo bastante para permitir al menos sostener una pluma, o

sencillamente causaba un brusco tránsito a un embobamiento paralizante tras haberla espiado a ella, o a alguien que podría ser ella, en Cloisters Court.

Tanta atención pública, a los dos Enes —ostensiblemente dedicados al estudio de la filosofía y los clásicos en el King's College, y ahora con el encargo adicional de no quitarle ojo a Yashmeen, no sólo para el CRETINO sino también para ciertos despachos de Queen Anne's Gate— les resultaba un peculiar inconveniente. En Newnham y Girton, uno esperaba encontrar excelsas estudiantes de matemáticas del estilo de la legendaria Philippa Fawcett, incluso romances con los tutores, como el de Grace Chisholm y Will Young, que con suerte podían desembocar en una colaboración conyugal, pero ciertamente no se imaginaba a una chica de la belleza exótica y extravagante y la serenidad que presentaba Yashmeen. Eso era epatar a los burgueses, por no mencionar las creencias matemáticas, más allá de cualquier escala conocida. Y ahora aparecía el tal Latewood, cuya familia sólo llevaba una generación de arribismo socio-acrobático, y al que se consideraba un cabrón y, menos explicablemente, objeto del interés de Yashmeen.

—Nigel, el otro día descubrí la receta más tremendamente prometedora de *cerveza de opio*. Se fermenta opio con levadura de cerveza, casi como si fuera malta o cebada o algo así. Y se añade bastante azúcar, claro.

—Vaya. Pues me parece una verdadera degeneración, Neville.

—Pues lo es, Nigel; la inventó el duque de Richelieu en persona.

—¿El tipo de la cantárida?

—El mismo.

Eso bastó para despertarlos de su laxitud húmeda y devolverlos a la importante tarea educativa de conseguir drogas suficientes para pasar el trimestre.

—Mando en plaza y Estado Mayor —recordaba Cyprian Latewood haber oído a su padre instruir a los niños—; cuartel general y puesto de mando avanzado, y el enemigo allá donde se os ocurra.

—¿Estamos en guerra, padre?

—Ciertamente.

—¿Eres un general?

—Digamos que más bien un coronel. Sí, por el momento al menos, así se estipula en el regimiento.

—¿Tenéis uniformes tus hombres y tú?

—Venid a la City un día, y veréis los uniformes.

—¿Y el enemigo?

—El enemigo, triste es decirlo, viste a veces el mismo uniforme que nosotros.

—Y por eso no siempre puedes estar seguro de...

—No, de eso *nunca* puedes estar seguro. Es uno de los numerosos aspectos crueles de un mundo cruel, pero más vale que os enteréis ahora, de mi boca, a que lo

aprendáis debido a alguna experiencia posiblemente dañina.

—Y vosotros os lo tragasteis dócilmente, claro —dijo asintiendo irritado aunque comprensivo Reginald «Ratty» McHugh, unos quince años más tarde.

—Me lo tragué —supuso Cyprian— y no me lo tragué. Lo que me quedó grabado fue la impresión nítida de que era posible deshonrar una bandera más.

Los chicos holgazaneaban por las habitaciones de Ratty bebiendo Ale, fumando Sobranies balcánicos e intentando sin mucho éxito adoptar el aire de azucenas-y-laxitud típico de la década de 1890.

Cuando, con la inexorabilidad de ciertas convergencias matemáticas, surgió el tema de Yashmeen Halfcourt, todo el mundo tuvo baza que meter, hasta que Cyprian espetó:

—Creo que estoy enamorado de ella.

—Voy a decírtelo con toda la suavidad posible, Latewood...: Tú. Moña. Idiota. Ella, prefiere, su, propio, sexo.

—Jobar, entonces sí que estoy enamorado de ella.

—Qué ridículamente desesperado, Cyps.

—¿Es que me quedaba otra opción? Tiene que haber tipos como nosotros, eso es todo; sin nosotros, el menú no estaría completo.

—Pues no es un sendero sencillo, hijo mío. Llamarlo «limitado» ni se acerca a describir el triunfo que uno puede esperar con ese tipo de mujer...

—Sí, bueno, «el tipo», de eso se trata, pero si fuera sólo por «el tipo», vaya, ahora yo andaría por ahí viendo qué puedo conseguir, ¿verdad?, por más escasas que fueran las posibilidades. Y puede que no me sintiera tan perdido como ahora.

—Así que entonces es la buena de Yashmeen...

—Es la señorita Halfcourt, en concreto.

—Pero, Latewood, si tú eres un mariconazo. ¿A que sí? A no ser que hayas estado fingiendo todo el tiempo, como todos los que andan por aquí.

—Claro, claro..., pero es que además estoy... *enamorado* —lo dijo como si fuera una expresión extranjera que tuviera que buscar cada dos por tres en un manual de conversación— de ella. ¿Que me contradigo? Pues muy bien, me contradigo.

—Ya, todo eso está muy bien, claro, si es que uno es el divino Walt, a quien el mundo le concede un poco más de margen para la antinomia, y no me sorprende, en lugar de ser el deprimentemente prosaico que eres tú. ¿Puedes precisarme cómo planeas, digamos físicamente, expresar tu deseo? A menos, oh querido, que busques pasar de algún modo por uno de sus pequeños admiradores girtonianos, esos rubitos que se desmayan cuando se ponen un traje de críquet.

—Te confío los más profundos secretos de mi corazón, Capsheaf, ¿y qué recibo a cambio? ¿Que me sometas a un examen público!

—Oh, mirad qué le hemos hecho al pobrecito. Puedes usar mi pañuelo si...

—Más vale que no, gracias, vete a saber para qué lo has estado utilizando, Capsheaf.

—Eres un encanto, chico, pero recuerda que siempre podría haber sido peor, podrías haber acabado como el viejo Crayke, que mostró más cariño que sensatez con..., eh, con, esto... —Intentó deslizarse hacia la salida.

—¿Con...?

—Bueno, creía que lo sabías, todo el mundo lo sabe. Ten... un trago de Ale fuerte, quizás...

—¿Capsheaf?

Un suspiro.

—Con las Shedand..., vaya, no sé cómo..., bueno, en realidad con los ponis de las Shedand. *D'accord?* Ahora ya lo sabes.

—Crayke y...

—Oh, también con las hembras, al menos eso parece.

—¿No tiene esa raza cierta reputación de..., de viciosa?

—Sí, pero menuda amargura para ellos, ¿no? —intervino Ratty McHugh—. Soñarían con conquistar un corcel árabe o un pura sangre, y se encuentran en cambio al viejo Crayke. Hay que ver.

—Y él... ¿anda todavía por aquí, por Cambridge?

—Pues la verdad es que se ha retirado al norte con su compañera, a una pequeña granja muy agradable que, según parece, pertenece a su familia desde hace siglos, en la isla Mainland, cerca de Mavis Grind..., ambos aparecen mencionados, con cierta regularidad, en las publicaciones de ortopedia... y se gastan una fortuna en notarios; aun pensando que pudieran encontrar un registrador que creyera posible legalizar la situación, bueno, ya me entiendes, no sería barato, ¿verdad que no?

—Él quiere... *casarse*...

—Sí, supongo que puede parecer raro..., a no ser, claro, que se haya conocido personalmente a *Dymphna*; entonces se comprende lo encantadora que puede llegar a ser, al menos la mayor parte del tiempo...

—Discúlpame, Capsheaf, pero ¿es éste el tipo de comprensión que puedo esperar encontrar por aquí?

—Pues más o menos sí. Escúchame, Cyps. En el poco tiempo que lleva por aquí, la tal Halfcourt ha roto barajas enteras de corazones. Lo mejor que puedes hacer, durante el poco tiempo que *tú* pases aquí, es encontrar un objetivo sano que requiera toda tu atención, como, digamos... ¿estudios académicos? Se podría empezar, sin ir más lejos, echándole un vistazo a Tucídides.

—No servirá. Seguro que ahí hay algo que me la recordaría.

Capsheaf alzó los brazos y abandonó la sala murmurando:

—Y mira lo que te digo, McHugh, ¿por qué te pones esa horrorosa fragancia de heliotropo?

Mientras tanto...

—¡Eeeh!, miraaad, chicas, es Pinkyyy.

—¡Hoooola, Pinkyyy!

—Ea, vamos a una fiessta al aire libre en Honeys'ckle Walk, ¿por qué no te vieneees?

—¡Sí, sí, ven, Pinkyyy!

—Dinos, Pinkyyy, ¿eres una buena matemática?

—¿O una traviesa?

Lorelei, Noellyn y Faun, todas rubias, claro, pues en aquella época la rubiez en Newnham y Girton había ido mucho más allá de una simple cuestión de pigmentación y se había convertido en una ideología plenamente desarrollada. No llevar sombrero se consideraba igualmente importante, así como ser fotografiada, con tanta frecuencia como fuera posible y mediante todos los procesos disponibles. «Sois las chicas de un albedo intenso», las instruían, «las chicas de la oscuridad de plata sobre el negativo, del brillo dorado sobre el papel...».

La rubiez de ese lugar estaba amenazando la cordura de Yashmeen. Un admirador con inclinaciones poéticas la llamaba «la roca oscura en nuestra costa septentrional, contra cuya lustrosa indiferencia una turbulencia de chicas, chicas rubias con sus blancos velos, se estrellan sin esperanza, una y otra vez».

—Soy tan...

—¿No se te ocurre la palabra, Pinky? Prueba con «cruel».

—Prueba con «ensimismada».

—Prueba con «*sans merci*».

—Prueba a no acabar con la paciencia de todos —murmuraron Neville y Nigel, que, sin andar por allí espiando, casual e involuntariamente escucharon la conversación.

A Cyprian le cautivaban los ojos, pero sólo los que se apartaban, fuera con indiferencia o con desagrado patente. A ella no le bastaba con devolverle la mirada. Tenía que dirigirla luego a otras cosas. A él le daba como un soponcio, que se prolongaba durante todo el día y, a veces, durante parte del siguiente. Sintiera ella lo que sintiese, no era fascinación, pero al poco se encontraban charlando, por lo general mientras paseaban de una obligación universitaria a otra.

—Pero, de verdad, Pinky...

—¿Es que ni siquiera te das cuenta de cuánto detesto ese nombre? Voy a empezar a pensar que eres una más de esas bobas.

La expresión con la que él volvió su cara hacia ella delataba una esperanza muy imperfectamente disimulada. Al menos, Yashmeen no se rió, aunque bien podría haber esbozado, le pareció a Cyprian más tarde, una sonrisa menos, pongamos, deprimente.

—Estás quemando incienso en el altar equivocado —susurró ella, sabedora del efecto que ejercía su voz sobre él cuando susurraba—. Pandilla de idiotas, todos.

Cyprian jamás hubiera creído que la voz de ninguna chica, sólo la voz, al decir cualquier cosa, pudiera producir una erección. Pero allí estaba, innegable. «Ay, ay...». Pero ella ya se había dado media vuelta y se encaminaba hacia la Girton Gatehouse, y él se quedó con aquella poco elástica incomodidad que no daba signos de mitigarse. Ni siquiera conjugando verbos griegos para sus adentros en oscuros tiempos gnómicos, algo tan eficaz en otras circunstancias, parecía funcionar.

—¡Cómo! ¿No baila?

—Ni un paso.

—Que lo deje plantado —aconsejaron al unísono Lorelei, Noellyn y Faun.

—Sinceramente, no puedo imaginarme que ve en él Pinky —se quejó Faun—, ¿y tú, Lorelei?

—«Si ella se da por satisfecha con un amor vegetal...» —trinó Lorelei con un precioso encogimiento de hombros.

—Dependerá de qué vegetal se trate —supuso Noellyn, la reflexiva.

—Oh, el bueno de Cyps está bien —objetó Yashmeen.

—Para ser un sodomita de cara pálida sin el menor control sobre sus impulsos públicos, querrás decir —dijo Faun frunciendo el ceño.

—Lleva una sombrilla —añadió Lorelei.

—Y el incalificable traje azul de Oxbridge.

—Pero me hace reír.

—Sí, eso sí lo saben hacer —concedió con seriedad Noellyn—, aunque una escucha más de lo que le gustaría esa justificación de «es que me hace reír». Pero, chica, hay risas y risas.

—Y si es reír lo que te gusta... —Lorelei extendió una de las botellas de vino Maconnais que habían traído.

—Y pese a todo —dijo Yashmeen— no hay ni una sola de nosotras, ni siquiera tú, Noellyn, con esa preciosa nariz tuya metida en un libro, que no iría detrás de..., no sé, George Grossmith, con que sólo nos guiñara un ojo.

—Umm, ¿el padre o el hijo?

—Y no nos olvidemos del alegre Weedon —dijo Lorelei fingiendo suspirar.

Cyprian conoció al Profesor Renfrew a través de Ratty McHugh.

—Otra de esas vidas emponzoñadas —concluyó Ratty— que sueña con hacer daño internacionalmente, pero sin ninguno de los recursos requeridos y, por tanto, confinado en los antiguos muros de esta diminuta universidad, peligroso hasta un punto alarmante.

Renfrew, con su peculiar omnisciencia, captó inmediatamente lo que pasaba entre Cyprian y Yashmeen, y debidamente archivó un informe sobre el particular, que se sumó a la creciente acumulación de dossiers que llevaba sobre cualquiera que se hubiera cruzado en su camino, lo que incluía desde camareros, limpiacristales y árbitros de críquet hasta eminencias del Ministerio de Exteriores, pasando incluso por jefes de Estado, aunque la presencia de estos últimos se limitaba a poco más que apretones de manos en una cola durante las recepciones, de las que dejaba constancia en entradas del tipo: «Reacio a mirar directamente a nadie en situaciones formales» o «Manos pequeñas, algún indicio de trauma infantil, cf. expediente de Guillermo II». A esas alturas los datos llenaban varias salas que se veía obligado a alquilar con ese propósito, así como extrañas vitrinas, armarios y baúles de viaje; en privado él los denominaba su «Mapa del mundo». Los espacios en blanco de ese mapa le producían el típico horror refinado que hay que perdonarle a todo geógrafo sensible, y disparaban sus esperanzas de que jóvenes exploradores lo bastante intrépidos partieran a petición suya y reunieran la información necesaria para reducir la blanca y chillona extensión de lo No Conocido a un tamaño tolerable.

Ratty, por alguna razón, era uno de los preferidos actuales de Renfrew, e incluso iban juntos de vez en cuando a Newmarket durante la temporada de carreras.

—Y yo que me creía el único obsesionado... —se burlaba Cyprian cuando descubría a Ratty, en contra de su reputación de juerguista, con la cabeza enterrada en algún pesado volumen de informes gubernamentales o, con la ayuda de los ocho volúmenes de Morse y del Diccionario Búlgaro-Inglés de Vassilev, esforzándose por dominar las complejidades de la propiedad de la tierra en Rumelia oriental desde el Congreso de Berlín, sobre todo la repercusión de la agricultura comunal en la antigua tradición *zadruga*.

—Sólo porque ha formado parte de un conjunto —empezaba a explicar Ratty—, desde que se arruinaron las viejas *tchifliks* turcas, mira tú, y sobre todo en vista de la tendencia, más notable últimamente, a la movilidad en este sistema de *gradinarski druzhini*... —hasta que se daba cuenta de la expresión que había asomado en el rostro de Cyprian—, no es que me costara mucho tirarte este libro a la cabeza, Latewood, y, dada tu tenue naturaleza, no causaría ningún daño ni al misil ni al blanco.

Palmas de las manos hacia arriba, todo inocencia.

—A veces me gustaría que mis profesores fueran así de exigentes, eso me libraría de meterme en infinitos problemas.

—No todos somos criaturas de Renfrew, ya lo sabes.

—¿Por qué mira así a Yashmeen?

—¿Así cómo? Por interés sexual corriente, espero, en esta institución no todos tienen que ser sodomitas, oh, disculpa, no pretendía ofender tus sentimientos, quería decir mariconzones, claro.

—No, no es eso, hay algo más.

Ciertamente lo había. Ratty había oído vaguedades acerca del «Mapa del Mundo» de Renfrew, pero no veía razón para contarle nada sobre el particular a Latewood, quien a esas alturas era absolutamente inmune a la llamada de la información y sus usos. Ratty, por su parte, no había abierto todavía ningún expediente sobre ella, pues la consideraba una delicada inglesita, aunque, por los comentarios grandilocuentes, las habladurías y los rumores desacreditados que le llegaban, cualquiera hubiera dicho que la señorita Halfcourt tenía *relaciones con el este*, una expresión a la que Renfrew estaba acostumbrado y que garantizaba el despertar en él de cierta esperanzada curiosidad.

Los trimestres fueron pasando..., Cuaresma y Pascua, hasta llegar a las Largas Vacaciones. Yashmeen regresó a su diminuta buhardilla en Chunxton Crescent y al poco percibió, si no exactamente una divergencia entre el CRETINO y ella, sí al menos una creciente impaciencia respecto a lo que había acabado suponiendo a esas alturas su «protección»: una vigilancia implacable que no se limitaba a la Oficina Colonial y a la brigada de Queen Anne's Bridge, sino que incluía también las atenciones menos visibles de la Ojrana, Ballhausplatz y Wilhelmstraße, lo que requería visitas periódicas a Whitehall para repetir los mismos inútiles y cansinos trámites ante subordinados, con frecuencia deslumbrados pero muchas veces incapaces de localizar siquiera el expediente apropiado. Lew Basnight andaba por allí, pero las actividades de la Icosaedíada lo volvían imprevisible como compañero social, así que casi no le quedaba más opción que las largas *soirées* estivales infestadas de idiotas. Para escapar de ellas, como un brote en un jardín de un bulbo invisible o de una semilla muy enterrada, verde, asombrosa, emergía su fascinación casi erótica por las ideas de la antigua eminencia de Gotinga G.F.B. Riemann. Yashmeen se aislaba en la habitación superior con varias obras matemáticas, y así empezó, como muchos otros en aquella época, un viaje al interior del territorio movedizo de la Función Zeta de Riemann y su famosa hipótesis —casi distraídamente incluida en un artículo de 1859 sobre la cantidad de números primos menores que un valor dado— de que todos sus ceros no triviales tenían una parte real igual a un medio.

Neville y Nigel se pasaron el verano poniendo a prueba su propia hipótesis de que podía recurrirse a todos los miembros de la raza china sin excepción para conseguir derivados del opio.

—Sólo tienes que esperar a que aparezca un chino —explicó Nigel— y tarde o temprano te llevará a un «fumadero» y todo irá rodado.

Acababan con tanta frecuencia por Limehouse que al final alquilaron unas habitaciones.

De regreso en el domicilio familiar de Knightsbridge, Cyprian fue fríamente recibido, que no acogido. De joven lo había introducido en las actividades sodomitas

un tío con el que viajó a París a vender papel pintado; para celebrar la consecución de un gran contrato con el Hôtel Alsace, en la Orilla Izquierda entre la rue Jacob y el río, el tío Griswold había llevado al chico a un local de mala fama exclusivamente masculino. «Como pez en el agua», informó Griswold al padre de Cyprian, cuya decepción se debía no a su hermano sino a su hijo. «Era una prueba de personalidad», le informó su padre; «fallaste. A lo mejor, al final, resulta que Cambridge es tu sitio».

Aunque Cyprian tenía una vaga idea de la dirección de Yashmeen, no la visitó aquel verano. Al cabo de poco tiempo, para el mutuo alivio de todos, tomó el tren y el barco rumbo al continente y acabó pasando varias semanas en Berlín, notorias por sus excesos.

Con la llegada del fresco otoño, todos volvieron. Se habían puesto de moda nuevos colores, en especial el Rojo Coronación. Señoritas privilegiadas aparecieron con el mismo flequillo que lucían las trabajadoras de las fábricas. Las charlas sobre críquet se centraban en Ranji y C.B. Fry y, por supuesto, en la temporada australiana recién iniciada. Los estudiantes de ingeniería se reunían en New Court al mediodía a fin de batirse en duelos de pega para ver quién sabía dibujar y calcular más deprisa con las reglas de cálculo de Tavernier-Gravet, que esa temporada estaba de moda llevar en fundas de cuero sujetas al cinturón. Por aquel entonces New Court era todavía un refugio de rebeldes, y el interés por el cálculo no tardaba en dar paso al consumo de cerveza, en tal cantidad y tan rápido como fuera posible.

Cyprian, pese a que rechazaba la fe anglicana de su familia, había empezado, por raro que parezca —sobre todo cuando podían oírse los responsorios de Mags, Nuncs y Maitines de los servicios religiosos en el Trinity y el King's College—, a atisbar que, precisamente a causa de sus imposibilidades, del caos de engreídos arribistas y funcionarios obsesionados con la jerarquía, de los chicos del pueblo que formaban el coro y no paraban de bostezar y moverse nerviosos, y del sermoneo narcotizante, era posible tener esperanza —paradójicamente, no tanto pese a esa misma red enmarañada de imperfecciones humanas, sino gracias a ella— en la emergencia del misterio inconmensurable, del incognoscible y denso Cristo, que traería el secreto de cómo una vez, en la cima de una colina que no era Sión, había vencido a la muerte. Por la noche, en las Completas, Cyprian se situaba delante de la luz que proyectaban los ventanales de la capilla y se preguntaba qué le estaba pasando a su escepticismo, que apenas se sentía estimulado esos días, salvo por ejemplares tan horripilantes como el «Te Deum en Conmemoración de la Elección Caqui», de Filtham, que, aunque en la profesión de la escritura de himnos se considerase que estropear un Te Deum es labor casi imposible, ya que las fórmulas salmódicas están claramente establecidas, incluso en cuanto a las notas con que acabar, pues aun así, por su extensión atrofiante, en patente incumplimiento de toda la legislación sobre el trabajo infantil, además de por un despiadado cromatismo que habría inquietado al

mismísimo Richard Strauss, demasiado «moderno» como para conservar la menor fuerza necesaria para penetrar y dejar sagradamente anonadado, ya era conocido entre los escolares miembros de coros, desde Staindrop a St. Paul, como el «Tedium de Filtham».

Mientras tanto, Yashmeen se estaba hartando cada vez más de Girton: la idiocia epidémica, las lamentables normas en el vestir y no digamos ya la comida, que no se veía precisamente mejorada por la luz rubia saturada que se abatía sobre el refectorio a través de los cristales del techo en forma de arco, bañando las mesas anidadas, el lino y a las chicas parlanchinas. Se refugiaba cada vez más en el problema de la función Zeta, con el cual se distraía incluso cuando la compañera de clase cuya mirada había cruzado y mantenido durante el día entraba de puntillas después del toque de queda y se metía desnuda en la estrecha cama de Yashmeen; ni siquiera en ese raro y silencioso momento, podía quitarse del todo de la cabeza la cuestión, casi como si él se la estuviera susurrando al oído, de por qué Riemann había planteado la cifra de un medio al principio en lugar de inferirla más adelante... «Por descontado, uno querría tener una prueba rigurosa», había escrito el matemático, «pero he dejado la búsqueda a un lado... tras algunos fugaces y vanos intentos, porque no es necesario para el objetivo inmediato de mi investigación».

Pero ¿acaso eso no implicaba...? La tentadora posibilidad quedaba sencillamente fuera de su alcance...

... e imaginemos que en Gotinga, entre sus documentos, en algún informe escrito sólo para sí mismo y todavía sin catalogar, él hubiese sido incapaz de *no* volver al problema, obsesionado como todos los demás desde entonces, incapaz de no volver a la serie exasperantemente sencilla que había encontrado en la obra de Gauss y ampliado para explicar por completo el mundo especular «imaginario» que incluso Ramanujan, aquí en Trinity, había pasado por alto hasta que se lo señaló Hardy..., y que lo hubiese revisitado, que en cierto sentido hubiese *reiluminado la escena*, posibilitando la demostración de la hipótesis con todo el rigor que desearía cualquiera...

—A ver, Pinks, estás *aquí*, ¿verdad?

—¿Y dónde estás tú, insolente? No parece que donde deberías, pero eso vamos a arreglarlo, ¿verdad que sí?... —dijo agarrando a la chica por el cabello rubio con bastante rudeza, y, en un único y elegante movimiento, se levantó el camisón y al mismo tiempo se sentó a horcajadas sobre la carita impertinente...

—Así que te vas a la tierra de los *Lederhosen*, ¿verdad? —dijo Cyprian dejando traslucir el menor fastidio posible. En ese momento, lo que pudiese existir entre ellos no incluía los sentimientos heridos.

—Es feo por mi parte, obviamente, pero no me conocía a mí misma lo suficiente hasta que...

—Por Dios, no te disculpes. ¿Te encuentras bien?

—Cyprian, no se trata de nada que hubiera esperado. A la mayoría de nosotros nos traen aquí, ¿verdad que no me equivoco?, para quitarnos de en medio, para no molestar: los libros, la enseñanza, el aprendizaje..., todo eso es secundario. Para que algo llegue de verdad a... encenderse, es... Nadie me creería, si yo..., oh, bueno, puede que uno o dos de los chicos de las clases de Hardy, pero con seguridad nadie en Chunxton Crescent. Hardy conoce los ceros de la función ζ , en términos generales, pero no está lo bastante obsesionado por ella, mientras que Hilbert no piensa en otra cosa, y él está en Gotinga, y es esa obsesión lo que necesito, por eso me voy a Gotinga.

—Algo... matemático —parpadeó él. Ella empezó a mirarle con rabia, pero al instante captó lo que él quería decirle—. Sabía que algún día me arrepentiría. Nunca fui capaz de sacar más que las medias del críquet, ya sabes...

—Tú crees que soy una lunática...

—¿Por qué debería importarte ya lo que..., lo que yo crea? —Oh, Cyprian, se dio una bofetada mental a sí mismo, ahora no, por favor, ahora no.

Ella se mostraba paciente ese día.

—¿Y qué piensas de mí, Cyprian? Ha sido la iluminación escénica bajo la que me ves, esa que a veces amenaza con quemarme, que me transforma en un *Beau-idéal*... ¿A quién no le gustaría convertirse, siquiera por un instante, en esa criatura fulgente..., por más que su destino sean las cenizas? —Apoyó la mano en la de Cyprian, y él sintió bajo las orejas y por el cuello un rápido y delicado estremecimiento que no podía controlar.

—Claro. —Encontró un cigarrillo y lo encendió, luego le ofreció otro a ella, que lo aceptó diciendo que se lo guardaba para más tarde—. Tienes poco futuro si te quedas por aquí holgazaneando y dejando que te adoren. No sé nada de Riemann, pero al menos sí sé lo que es una obsesión. ¿Verdad? —Y por eso no apartaba la mirada de la larga y seductora curva de su cuello desnudo. Ella no podía negarlo, era inequívocamente deseo, aunque de un tipo muy especializado, como hasta el mismo Cyprian reconocía.

Habría sido esperar demasiado del Profesor Renfrew que reprimiera su tendencia a entrometerse, así que en cuanto se enteró de la inminente partida de Yashmeen para Gotinga, emprendió una campaña de incentivación, por no decir de seducción pura y dura (había veces que ella no sabía diferenciarlo).

—No se trata de un plan de asesinato —le aseguró el Gran Cohen en una de sus numerosas recursiones de fin de semana a Chunxton Crescent en el ferrocarril Great Eastern, para hacer consultas—. Eso podría significar también su propia destrucción. Es posible que quiera que usted ponga en peligro la salud mental de su homólogo, Werfner. Es una fantasía profesoral que se remonta al menos a los tiempos de

Weierstrass y Sofia Kovalevskaja, cuando esa épica historia entró en el folclore del esfuerzo académico. Los años no han redimido su premisa de partida, que sigue siendo tan despreciable como siempre.

Ella frunció el ceño.

—Bueno, usted es guapa, eso es innegable. Cuando se transmigre en su próximo cuerpo, debería plantearse algo menos atractivo para la vista. Algún miembro del reino vegetal suele ser una apuesta segura.

—¿Quiere que intente renacer como una verdura?

—Nada en la doctrina pitagórica lo prohíbe.

—Es un gran consuelo, Gran Cohen.

—Sólo quiero decir que se ande con cuidado. Aunque ambos puedan ser todo lo carnales que quiera, su lealtad no es para con el mundo dado.

—Vaya, ¿la carne pero no el mundo? Qué curioso. ¿Cómo puede ser? Suena un poco como las matemáticas, aunque quizás algo más práctico, diría.

—Ah, a propósito, ha llegado esto para usted.

Le entregó un paquete que parecía haber sufrido un iracundo tratamiento en la oficina de correos. Ella desanudó un trozo de cuerda, desgarró la envoltura de papel que ya estaba rota y descubrió un tomo en folio de encuadernación barata, con una cromolitografía a cuatricomía en la cubierta de una joven en el tipo de pose provocativa que se veía en las postales enviadas desde la costa, con el dedo ante sus gruesos y brillantes labios.

—«Vestido Silencioso de Snazzbury» —leyó Yashmeen en voz alta—. «Funciona siguiendo el principio de la interferencia de ondas, sonido que anula sonido, al ser el acto de caminar básicamente *un fenómeno periódico* y el “frufú” típico de un vestido una complicación fácilmente computable a la *frecuencia ambulatoria* subyacente... Se descubrió hace muy poco en el laboratorio científico del Doctor Snazzbury, en la Universidad de Oxford, que cada atavío individual podía *afinarse a sí mismo* mediante ciertos ajustes estructurales en su fabricación...».

—Se materializó en el refectorio —dijo el Cohen encogiéndose de hombros— o lo hicieron aparecer bruscamente como si se hubiera materializado. Obra de Renfrew. Lleva la marca de la burla rancia inscrita por todas partes.

—Tiene una nota: «Toda chica debe tener uno. Nunca se sabe cuándo se necesitará. Se ha organizado su visita. Traiga a sus encantadoras amigas». Una dirección, una fecha y una hora. —Le pasó el trozo de papel.

—Podría ser peligroso.

Pero a Yashmeen le interesaba el problema en general.

—Damos por supuesto que el dispositivo silencioso sólo tiene sentido puertas adentro, pero ¿es para el sigilo, la meditación, un medio para un fin, un fin en sí mismo?, ¿bajo qué circunstancias querría evitar una mujer el frufú de su vestido? ¿Por qué no ponerse simplemente pantalones y blusa?

—Cuando se vea obligada a presentar una apariencia razonablemente femenina en público —conjeturó el Gran Cohen—, mientras en privado cumple alguna misión clandestina.

—Espionaje.

—Él debe saber que usted nos contará todo.

—¿Lo haré?

—Señorita Halfcourt, ¿está intentando coquetear conmigo? Desista. Los Gran Cohens están hechos a prueba de coqueteos. Es parte del Juramento. Reconozco que siento curiosidad, como sin duda la sentirá usted. Mi consejo es que vaya para probar el artilugio y echar un vistazo. Luego cuente lo que quiera.

En realidad, fue algo más siniestro que eso. Aquellos cuyo trabajo consistía en seguir la pista de cualquier invención reciente que pudiera utilizarse como arma, por remoto que fuera su potencial, y encontrar su relación, si la hubiera, con los acontecimientos políticos y militares en Europa, observaron el tráfico de Vestidos Silenciosos, que se había intensificado en los últimos días, con la debida alarma, lo cual dio lugar a prolíficos informes en los que se incluía de todo: desde los movimientos de tropas en los Balcanes hasta el precio de los diamantes en Bélgica.

—Sí, es precioso de verdad. Me llevaré cien.

Pausa.

—Eso requiere una suma por adelantado. Ustedes, caballeros, son..., es decir...
—Su mirada se quedó clavada en el enorme fajo de billetes que el emisario extrajo de un maletín de cuero oscuro con el membrete del Sello pertinente.

—¿Le parece bien?

Y cuando los personajes casi habían abandonado ya el recinto:

—Un centenar de mujeres moviéndose, ¿todas en silencio? ¿Durante cuánto tiempo? Permítame expresar cierto escepticismo. Rayas verdes, blancas y malvas, espero.

—No, no son sufragistas. Ellas quieren crespón negro y forro de tela italiana. No tenemos ni idea; en este asunto sólo somos intermediarios.

Sin embargo, sus voces se estremecieron ligeramente con ginecofobia, o miedo a las mujeres, a las mujeres silenciosas en esos vestidos negros absolutamente silenciosos, avanzando por pasillos que parecían perderse hasta el infinito tras ellas; tal vez miedo también a los propios pasillos, en los que no resonaba eco alguno, sobre todo en ciertas condiciones de poca luz..., sin el menor fragmento de música en la lejanía, sin el consuelo de las palabras, sus manos libres de sombrillas o abanicos, de lámparas o armas... ¿Debería uno esperar, retirarse, darse la vuelta presa del pánico y echar a correr? ¿Qué propósito clandestino ocultaban? Y, más inquietante todavía, ¿con cuánto apoyo oficial contaban?

Yashmeen, Lorelei, Noellyn y Faun, ausentes por un día en Londres con las pruebas de Snazzbury como excusa, habían sido convocadas en un taller ubicado en un lúgubre edificio industrial, puede que más cerca de Charing Cross Road que de Regent Street, al que se llegaba tras doblar una esquina eternamente a la sombra de los edificios más altos que lo rodeaban. El rótulo, con letras modernas que recordaban a las entradas del metro de París, rezaba: L'ARIMEAUX ET QUEURLIS, TAILLEURS POUR DAMES.

—Éstos son los modelos básicos... ¿Mademoiselles? Si son tan amables.

Bajando por una rampa helicoidal, cuya geometría concreta resultaba difícil de discernir en la ladina estructura de sombras de la que parecía formar parte, se deslizaba una fila de jóvenes vestidas de negro, tan silenciosamente que incluso podía oírse su cautelosa respiración, sin sombrero, sin colorete, el cabello recogido y prendido con alfileres, tan ceñido a la cabeza que podrían haber pasado por chicos ambiguos, de ojos enormes y enigmáticos, labios fijos en lo que nuestras señoritas universitarias reconocerían como *crueles sonrisas*, en las que no faltaba su matiz erótico.

—Pues a mí —murmuró Lorelei estremeciéndose un poco— me gusta ésa.

—¿La ropa o la chica? —preguntó Noellyn.

—Pues a mí no me parece gran cosa ni la una ni la otra —dijo Faun olisqueando.

—Oh, Faun, eres demasiado crítica. Y esa otra, la que viene justo detrás, te ha estado lanzando miradas incendiarias todo el rato, ¿no te has fijado?

Sí, y más tarde, en los probadores, resultó que aquellas altivas maniqués cumplían también las funciones de ayudante de vestuario en el establecimiento. Yashmeen, Faun, Noellyn y Lorelei, en corsés, medias y ropa interior, se encontraron a merced del cuerpo de Vestidoras Silenciosas, que se abalanzaron calladamente sobre ellas con cintas métricas y extraños calibradores de gran tamaño y empezaron sin más preámbulos a tomar las medidas más íntimas. Las quejas fueron inútiles.

—Discúlpeme, le aseguro que conozco mis medidas, y ciertamente mis caderas no son tan enormes como la cifra que ha anotado ahí, aunque sea en centímetros...

—Oh, por favor, qué falta hace medir el interior de mis extremidades cuando seguramente bastaría con el exterior... Y ahora me está haciendo cosquillas, bueno, no exactamente cosquillas sino más bien un..., umm...

Pero sus torturadoras siguieron adelante con silenciosa resolución, intercambiando miradas intencionadas entre ellas y de vez en cuando buscando las de las chicas, lo que a menudo provocaba rubores y desconcierto, aunque a un observador accidental —o, digamos, a uno clandestino— le hubiera resultado difícil determinar el nivel de inocencia en la sala.

Yashmeen creía que el secreto del vestido de Snazzbury radicaba *en el forro*, en la precisa, cómo se diría, microscópica y delicada estructura de la sarga, que, tras su inspección, parecía distar de la uniformidad en cuanto a la forma en que se urdían los

hilos, la cual variaba punto por punto sobre la superficie dada, como una matriz extendida, cada una de cuyas entradas correspondía a un coeficiente que describía lo que se hacía sobre el telar... Esos pensamientos la habían absorbido hasta tal extremo que sólo con un respingo desconcertado, comparable al despertarse del sueño, se encontró a sí misma y a sus amigas en la cima de la enorme Noria de Earl's Court, a cien metros de altura sobre Londres, en una cabina del tamaño de un autobús metropolitano, apretujadas con otros treinta o cuarenta pasajeros, que parecían británicos de fiesta, muy ocupados en zamparse su provisión de bocadillos de embutido, buccinos y pasteles de cerdo.

—No nos movemos —murmuró Faun al cabo de un rato.

—Tarda veinte minutos en dar una vuelta completa —comentó Yashmeen—, para que cada cabina disfrute de una pausa arriba del todo.

—Sí, pero la nuestra ya lleva cinco minutos arriba, como poco...

—Una vez se quedó parado durante cuatro horas —afirmó una persona de aspecto nítidamente suburbano—. Por las molestias, mi tío y mi tía, que entonces eran novios, recibieron un billete de cinco libras, igual que en la canción..., y así, al reunir entre ambos una considerable fortuna, fueron presurosos al primer magistrado que encontraron e hicieron la proeza de invertir el dinero en acciones del ferrocarril chino del Turkestán, y no volvieron la vista atrás.

—¿Te apetece un poco de anguila en gelatina? —preguntó uno de los ociosos haciendo oscilar en el aire una porción del preciado bocado, muy cerca de la cara de Noellyn.

—Me parece que no —dijo ella, y estuvo a punto de añadir: «¿Estás loco o qué?», pero recordó dónde estaban y lo que tardarían en volver a tierra firme.

—Mira, ¡allí está West Ham!

—¡Y ahí Park, y Upton Lane!

—¡Hay unos chicos vestidos de azul y burdeos!

—¡Le están dando patadas a algo!

En el mundo, desde la Exposición de Chicago de 1893, se había puesto de moda la rotación vertical a gran escala. El ciclo, conjeturó Yashmeen, podía sólo parecer reversible, pues una vez arriba y de regreso abajo, uno cambiaba «para siempre». ¿No? Entonces derivó sus pensamientos a cuestiones de aritmética modular y su relación con el problema de Riemann, y finalmente al inicio de un sistema para jugar a la ruleta que algún día la haría rodearse de dueños de hotel y sommeliers y otros tipos de liminalidad lupina, y convertirse en el asombro y la desesperación de los administradores de los casinos de todo el Continente.

El grupo que se había reunido en la estación de Liverpool Street para despedirla incluía a Cyprian, Lorelei, Noellyn y Faun, además de muchos jóvenes locamente enamorados, a ninguno de los cuales nadie parecía conocer, y el entrometido y nocivo

Profesor Renfrew, que le regaló un ramo de hortensias. Hubo telegramas, incluido uno de Hardy, caprichoso hasta el punto de resultar ilegible, aunque cuando se quedó a solas se lo guardó en lugar seguro, entre su equipaje. Las hortensias las tiró por la ventana.

Tomaría la combinación tren-barco de las 8.40, que llegaba a Parkeston Quay, en Harwich, a eso de las 10.10, y desde ahí cruzaría en vapor el negro y turbulento Mar del Norte, despertándose a cada estampido de una ola, interceptando en anónimas charlas oníricas los sueños fragmentarios de otros, perdiendo los suyos, olvidándose de todo en las primeras, frías e implacables estribaciones del alba, cuando el barco llegase al Hoek van Holland.

—Vaya, Cyprian, ¡pareces que estás un poco verde!

—Por no mencionar esas *manchas*.

—Me parece que voy a palparlo para ver si está maduro —dijo, y Cyprian añadió varios chistes vegetales más, lo que proporcionó a Lorelei, Noellyn y Faun una útil distracción de su propia tristeza, que de otra manera, podía suponerse, se habría vuelto insoportable. Pero en toda partida, como si se obedeciera una inflexible tradición dinámica, tenía que abatirse el silencio en algún momento.

Cyprian esperó la terrible certidumbre intestinal de que no volvería a verla. Él resistiría entonces la afligida recaída, al menos lo bastante para que le diera tiempo a volver a sus habitaciones y entregarse allí a las lágrimas, y eso se prolongaría indefinidamente, no se sabe si para siempre, aburriendo a todo el mundo en un radio de varios kilómetros, con cuadrillas de criados escurriendo fregonas y más fregonas, por así decirlo; esperó aquella noche y el día siguiente (mientras el tren de Yashmeen cruzaba canales, pasaba ante laderas de boscosas colinas y por el manicomio de Osnabrück, y después ella cambiaba de tren en Hannover para dirigirse a Gotinga), y luego otra noche y otro día más, esperó mucho tiempo desde que ella se marchara de Cambridge, pero no sufrió tal ataque de tristeza, y al momento comprendió que una perversa variedad del Destino, ya conocida por él, que no prometía nada sino que más bien lo retenía todo, le ofrecía la seguridad de que nada de «eso» —fuera lo que fuese — había acabado todavía.

El alto casco negro se alzaba sobre ellos como un monumento a los peligros del mar, sin ninguna relación visible con las oleadas de alegría que se agitaban abajo. Taxis vacíos se alineaban en formación de cuatro y hasta de cinco al fondo del muelle. Los conductores, con sus sombreros altos, negros y brillantes, esperaban a que la multitud se despidiera deseando bon voyage y fuera volviendo las caras, una a una, de nuevo tierra adentro, dispuestas a adentrarse en el día del que habían extraído aquella breve hora.

—Sólo salgo un momento a la calle, Kate, estoy de vuelta antes de que te des cuenta.

—Lo último es que tu viejo amigo R. Wilshire Vibe fue tan amable de proponerme una audición, yo acudí y acaban de llamarme para una segunda prueba, de manera que quizá...

—¡No lo digas! ¡Qué noticia más espantosa!

Katie se ruborizó un poco.

—Vaya, el viejo R.W. no es tan malo al fin y al cabo...

—Katie McDivott. Es asombroso lo que les está pasando a nuestros jóvenes, ¿no te parece? —Pero la sirena del barco soltó un bramido que calaba hasta los huesos e interrumpió todas las charlas previas a la salida en el muelle.

Katie se quedó hasta que el buque de pasajeros reculó, viró y empezó a perderse de vista por las complicaciones del puerto. Se imaginó las horas pasadas entre las gigantescas boyas tripuladas, los barcos oficiales, los puestos de inspección a mitad del río. Sus padres, como todos los demás, habían zarpado de Cobb, pero ella había nacido más tarde, y nunca había estado en el mar. Si ellos habían navegado hacia el futuro, hacia alguna forma incognoscible de vida en el más allá, ¿qué era este viaje de Dally en el otro sentido? ¿Una especie de liberación de la muerte y del juicio para volver a la infancia? Dio vueltas a la sombrilla con gesto reflexivo. Un par de taxistas lanzaron miradas admirativas en su dirección.

Hasta que Erlys y Dally no estuvieron en alta mar, ninguna de ellas le habló ni escuchó a la otra, como si la inmensidad inhumana que las rodeaba les concediera por fin el permiso para hacerlo. Caminaban despacio por la cubierta de paseo, cogidas del brazo, saludando con la cabeza de vez en cuando a otras pasajeras cuyos sombreros con penachos se agitaban bajo la brisa del océano, evitando a los camareros con bandejas cargadas... Las chimeneas se alzaban al viento, los cables de las antenas cantaban...

—Sé que ha debido de ser una conmoción.

—Bueno, sí y no. Puede que no tanto como parece.

—Merle sigue siendo el mismo, ya lo sabes.

—Sí. Y eso siempre ha tenido su lado bueno y su lado malo.

—A ver, Dahlia...

—Y tú..., tú hablas igual que él.

Su madre calló un momento.

—Uno nunca sabe lo que le deparará el futuro. Al volver por Euclid desde el cementerio con tan sólo un par de dólares, apareció Merle en una vieja carreta destartada y me preguntó si quería que me llevara. Como si él hubiera estado esperando en aquella callejuela apartada a que pasara precisamente yo.

—¿Tienes debilidad por las mujeres de luto? —Erlys no pudo evitar formular la pregunta en voz alta.

—Casi ha anochecido y vas a pie. Eso era todo.

El olor acre a petróleo flotaba en el aire. Los primeros ciclistas del verano, con suéteres chillones, gorras y calcetines de rayas, pasaban zumbando alegremente en formación de batalla por el gran viaducto, montados en tandems que aquel año parecían estar de moda en la ciudad. Los timbres de las bicicletas no paraban de sonar, creando coros confusos en todas las variantes de armonías rotas, tan altos como las campanas de la iglesia el domingo, aunque es posible que con una textura más delicada. Los matones entraban y salían por las puertas de las cantinas, y a veces por las ventanas. Los olmos proyectaban una sombra densa sobre los patios y las calles, verdaderos bosques de olmos en los tiempos en que todavía había olmos en Cleveland, que hacían visible el movimiento de las brisas; las verjas de hierro rodeaban las villas de los acaudalados; las cunetas rebosaban de tréboles blancos; el sol empezaba a ponerse temprano, pero se demoraba, con un esplendor que llevó a ella y a Merle a detenerse a contemplarlo con incredulidad, y luego a mirarse.

—¡Fíjate en eso! —Extendió una manga de crespón negro hacia el oeste—. Como los crepúsculos de cuando era niña.

—Me acuerdo. Estalló un volcán en algún lugar de las Antillas, el polvo y las cenizas se quedaron en el cielo, todos los colores cambiaron, duró varios años.

—El Krakatoa —dijo ella asintiendo, como si fuera una criatura de un cuento infantil.

—El cocinero de barco con el que viví un breve tiempo, Shorty, estuvo allí..., bueno, pongamos que a unos trescientos kilómetros en la dirección del viento, tampoco importaba mucho, y dijo que fue como el fin del mundo.

—Creía que las puestas de sol siempre serían así. Todos los niños que yo conocía también. Lo creímos durante un tiempo, hasta que las cosas empezaron a volver a ser como antes, y entonces pensamos que era culpa nuestra, que se debía a algo que tenía que ver con hacerse mayor, que a lo mejor todo estaba destinado a desvanecerse de ese modo... Cuando Bert me pidió que me casara con él, ni me sorprendió ni me decepcionó descubrir lo poco que me importaba. Supongo que no son maneras de hablar de los difuntos, ¿verdad?

—Pero sigues siendo una niña.

—Más vale que te pongas gafas, viejo amigo.

—Oh, puedes sentirte todo lo vieja que quieras, faltaba más. —En cuanto ella se hubo acomodado en el asiento contiguo, su ondulante atuendo de viuda se recolocó para dejar al descubierto su visiblemente grávida cintura, ante cuya visión, él asintió—. ¿Para cuándo esperas a la niña?

—En torno al primero de año, tal vez. ¿Quién ha dicho que vaya a ser niña?

—Enséñame la mano. —Ella la extendió, con la palma hacia arriba—. Sí, niña sin duda. Con la palma hacia abajo, es un niño.

—Tonterías de gitanas. Debería haberme dado cuenta con sólo ver esta carreta.

—Oh, ya lo veremos. Apuesta si quieres.

—¿Tienes pensado estar por aquí tanto tiempo?

Y así lo acordaron, más rápido de lo que ninguno de los dos se percató en ese momento. Él nunca le preguntó qué hacía sola y a pie a una hora tan intempestiva, pero ella se las apañó para explicárselo: las deudas del faro, el láudano, el láudano con las copas de whisky que seguían, malos préstamos y peores acreedores, la familia de Bert, que eran los Snidell de Prospect Avenue, sobre todo sus hermanas, que detestaban el aire que ella respiraba; toda una lista de mezquindades pueblerinas, ampliadas a la escala de Cleveland, como aquellas con las que Merle debía de haberse topado ya un par de veces en sus correrías a lo largo de los años, pero por consideración se sentó a escucharlas dejando que se las contara en detalle, hasta que ella se tranquilizó lo bastante para no tomarse como no debía lo que él le ofrecía.

—No es ninguna mansión de Euclid Avenue, ya has debido de darte cuenta, pero es cálida y está sólidamente construida. Tiene una suspensión de ballesta diseñada por mí mismo que te hará creer que vas montada en una nube.

—Ya, claro, menos mal que estoy acostumbrada a ser un ángel. —Pero la parte más brillante de aquel cielo de la infancia llamativo y restallante lo tenía ahora justo detrás de su cara; parte de su cabello se había soltado, y Erlys detectó en la mirada de él lo que debía estar viendo. Los dos se quedaron callados.

Merle tenía algo alquilado en el West Side. Calentó una tetera de sopa en una cocina que funcionaba con el sobrante de queroseno de las fábricas de la Standard. Después de cenar se sentaron y contemplaron los Flats y el río, que reflejaba las luces del tráfico de barcos de vapor, las lámparas de gas y los fuegos de las fundiciones kilómetros arriba, por los recodos y revueltas del Cuyahoga.

—Es como mirar hacia abajo y ver el cielo —dijo ella, adormilada tras el largo día.

—Más vale que duermas un poco —dijo Merle—, tú y tu amiguita de ahí dentro.

Él tenía razón con respecto a la carreta. Más tarde, ella recordaría que había dormido allí como nunca hasta entonces en su vida, y puede que tampoco después. El tiempo era todavía tan clemente que Merle podía dormir fuera, envuelto en una colcha bajo un impermeable extendido sobre unos palos, aunque algunas noches él se

iba a la ciudad a hacer de las suyas, algo sobre lo que ella no preguntaba, y no regresaba hasta la siguiente salida del sol... A medida que se acercaba el otoño, se encaminaron hacia el sur, pasaron por Kentucky y llegaron a Tennessee, adelantándose a las estaciones cambiantes del año, parando en pueblos de los que ella no tenía noticia, donde él siempre conocía a alguien, algún colega artesano que le indicaba dónde había trabajo, tanto daba cuál, desde tender cables para los tranvías a cavar un pozo; y en cuanto ella empezó a tranquilizarse al ver que, incluso en aquellos tiempos difíciles, era posible encontrar trabajo, pudo sentarse más calmada, dejar que sus preocupaciones se deslizaran hacia otros temores, prestar toda su atención al bebé en camino, hasta que un día comprendió con toda claridad «que no sería sólo “una niña” sino tú, Dally; soñaba contigo una noche sí y otra también, soñaba tu carita con exactitud, y cuando por fin saliste al mundo, ya te conocía, eras el bebé de esos sueños...».

Con paciencia exagerada, tras pensárselo un momento:

—Sí, pero lo que sigue es que, en cuanto se te presentó la primera oportunidad, tú...

—No. No, Dally, yo tenía pensado volver a buscarte. Creía que tendría tiempo, pero parece que Merle no quiso esperar, se marchó contigo sin decir adónde.

—Todo fue culpa de él, ¿es eso?

—No, Luca también le daba largas..., no paraba de repetir: «Sí, podríamos hacerlo», pero nunca decía «Hagámoslo ya»; sin embargo...

—Oh, entonces todo fue culpa de él.

Una sonrisa de labios apretados, una sacudida de cabeza.

—Nada de piedad, nada de piedad, esta vez no.

La chica fingió sonreírle, pero no tenía malicia para más, lo cual permitió a Erlys replantearse qué era lo que su hija todavía no podía perdonarle.

—No voy a engañarte. Luca Zombini fue la primera pasión verdadera de mi vida, ¿cómo iba a negarme a ella? Con Merle, sí, nos vimos sorprendidos por algunos momentos sueltos de deseo, aunque él era, siendo justos, lo que tú llamarías reacio a imponerse a una joven viuda embarazada, no tanto por cortesía como por alguna experiencia pasada, más bien amarga, diría yo.

—De manera que Luca y tú perdisteis la cabeza en cuanto os visteis.

—Y todavía nos pasa, en eso al menos...

—¡Cómo! Los dos...

—Ummm, ummm, ummm —cantó Erlys, con una mirada profunda y desarmante, en una tríada menor descendente, más o menos.

—Yo pensaba que los bebés tienden a fastidiarlo. Estaba segura.

—Pues ése, como no tardamos en descubrir, no fue el caso. Y yo te echaba cada vez más de menos, a medida que pasaban los años, uno tras otro, con aquellos hermanos y hermanas que deberías haber tenido a tu alrededor, y además tenía tanto miedo...

—¿De qué?

—De ti, Dahlia. No habría podido soportar que...

—Por favor, ¿qué iba a hacer yo? ¿Sacar una pistola?

—Oh, cariño. —Dally no se esperaba la voz de tiple sofocada que oyó entonces, y menos aún lo que parecía delatar (más valía tarde que nunca, supuso): remordimientos, incluso pesar—. Sabes que me puedes pedir lo que quieras, no estoy en condiciones de...

—Lo sé. Pero Merle me dijo que no debía aprovecharme. Por eso nunca planeé hacer otra cosa que pasarme por allí, saludar y seguir mi camino.

—Ya. Devolvérmela haciendo lo mismo que yo cuando te abandoné aquel día. Oh, Dally.

La chica se encogió de hombros, con la cabeza inclinada hacia abajo, el pelo acariciándole las mejillas de atrás adelante.

—Pero en cualquier caso, resultó otra cosa.

—¿Peor de lo que imaginabas?

—¿Sabes qué me esperaba? Una especie de Svengali, un tipo con capa, y a ti atontada, dominada por su hechizo hipnótico y...

—¿Luca? —Dally ya había visto reír entre dientes a su madre, pero jamás ponerse públicamente en ridículo. Los paseantes, de hecho, retrocedieron y caminaron en la otra dirección para verla mejor. Cuando Erlys recuperó el aliento, añadió—: Ahora encima te hago pasar vergüenza.

—Lo que quería decir es que me parece muy raro que él me recuerde tanto a papá. A Merle.

—Puedes decir «papá» —comentó todavía ruborizada y con los labios encendidos—. Y puede que yo sólo sea una especie de vieja Ayudante Glamurosa, ¿no te parece?, condenada para siempre a ir pasando de los brazos de un mago a los de otro.

Se acercaba la hora de la comida. Destacamentos de personal del restaurante salían a toda prisa del invernadero del barco con ramos de claveles, rosas de té y cosmos encarnados. Los camareros se arrastraban por las cubiertas golpeando gongs en miniatura con martillos almohadillados con terciopelo. Los olores de los fogones empezaban a salir por los respiraderos de las cocinas. Madre e hija estaban junto a la barandilla de popa, abrazadas por la cintura.

—No está mal la puesta de sol —dijo Erlys.

—Bastante bonita. A lo mejor ha estallado otro volcán en alguna parte.

Antes de cenar, mientras Dally la ayudaba a peinarse, Erlys preguntó distraídamente:

—¿Y qué te parece ese joven que no te quita ojo en el comedor?

—¿Cuándo ha sido?

—Señorita Corderito Inocente.

—¿Cómo iba a saberlo?, ¿estás segura de que no miraba a Bria?

—¿No te gustaría averiguarlo?

—¿Por qué? Una semana en esta barcaza y luego todo se acabó.

—Es una manera de verlo, supongo.

Dally fingió que le fascinaba el filo acerado del horizonte. Su madre, faltaba más, cualquiera lo sabía, habría caído al instante. ¿Cómo iba a olvidarlo? ¿Cuándo se suponía que iba a empezar a olvidarlo? Preguntas incómodas, porque ella bien podría haber regresado al salón de baile de R. Wilshire Vibe y recibir aquella primera mirada trascendental.

Erlys dijo:

—Es un hombre de Yale. Va a Alemania a estudiar matemáticas.

—Vaya, mi tipo, ni pintiparado.

—Él creé que lo estás despreciando.

—Menudos son los de Yale, saben hablar, eso sí, fueron ellos quienes inventaron el desprecio..., pero, un momento, espera... ¿cómo sabes lo que él...?, ¿mamá? ¿Has estado hablando de mí? Con un...

—Estudiante de Yale.

—Empezaba a pensar que podía fiarme de ti.

Eso parecía algo más que una simple burla. Erlys bajó los ojos pequeños y brillantes hacia la chica, preguntándose.

El comedor de primera clase estaba lleno de palmeras, helechos, membrillos en flor. Candelabros de vidrio tallado. Una orquesta de veinte instrumentos interpretaba canciones de opereta. Cada vaso de agua afinado cuidadosamente a *la* 440, las copas de champán una octava más altas. Cuando afinaba la orquesta, por tradición se animaba a los viajeros a golpear los bordes de sus vasos vacíos, de manera que justo antes de las comidas un agradablemente chispeante campanileo llenaba el recinto y repercutía por los pasillos.

La cuarta clase estaba separada de las cubiertas de abrigo por apenas unas delgadas mamparas de cristal y de guillotina; era un espacio largo y estrecho como el vagón de pasajeros de un tren, con filas y más filas de bancos, y portaequipajes arriba. Había camareros, como en las otras clases, que traían mantas con la insignia del *Stupendica* bordada, café triestino en tazas, periódicos en varias lenguas, bollería vienesa, bolsas de hielo para cabezas con resaca. Una colección completa de estudiantes americanos que iban a Europa a estudiar viajaban en cuarta clase, y se reunían regularmente en el salón para fumar cigarrillos e insultarse unos a otros; Kit descubrió que prefería ese entorno antes que sus alojamientos palaciegos dos o tres cubiertas más arriba, delante de las chimeneas.

Aparte de él, el único matemático era Root Tubsmith, que se dirigía a la Universidad de Berlín a estudiar con Fuchs, Schwarz y el legendario Frobenius, inventor de la fórmula para grupos simétricos de caracteres que llevaba su nombre, y famoso por impartir unas clases perfectas en Alemania. Root había decidido

especializarse en Geometría Tetradimensional tras estudiar con el Profesor Manning en Brown. Al contrario que en el departamento de matemáticas de Yale, en el de Brown sí se enseñaban Cuaterniones, pero, pese a la diferencia de lenguajes, a Kit Root le pareció un tipo animado, aunque puede que demasiado apegado a la botella, y además, como él, tenía pensado desembarcar en Marsella.

Esa noche Root era su invitado en primera clase, y en cuanto se sentaron y Root se concentró en la carta de vinos, Kit se puso a mirar hacia la otra punta del salón, a una joven con una llamativa cabellera pelirroja que acababa de entrar acompañada de un numeroso grupo de artistas italianos, cuyos niños ya empezaban a hacer malabarismos con la vajilla, procurando no hacerse daño con los filos y las puntas resplandecientes, mientras otros hacían girar bandejas en las puntas de varitas flexibles, al estilo de las Indias Orientales. Los camareros, los sommeliers y otros empleados del comedor, lejos de recriminárselo, los animaban e incluso aplaudían las diversas exhibiciones de habilidad, que, pronto se hizo evidente, ejecutaban con gran profesionalidad. Nada se vertía, goteaba ni se rompía, y flores, pájaros y pañuelos de seda emergían del aire vacío. El Capitán se levantó de su mesa y fue a sentarse con aquella familia, cuyo patriarca puso cordialmente la mano detrás de su oreja y sacó una copa rebosante de champán todavía espumeante, mientras la orquesta de la cena atacaba una especie de tarantela. La joven estaba allí pero también parecía no estar. Kit sabía que la había visto antes en algún lugar. El recuerdo le escocía en los rincones de la memoria. No, se trataba de algo más sobrenatural aún. Se conocían, era casi como si ya lo hubiera soñado...

Después de cenar, cuando los caballeros se retiraron a la Cubierta de Fumadores, Kit se acercó a la larga hilera de Zombinis de variadas tallas y Erllys lo presentó de una forma vaga, lo cual evitó a Dally la cháchara inane. A ella le alegró no tener que empezar a farfullar inmediatamente.

A diferencia de las Chicas Gibson de la época, a las que les gustaba desviar la mirada, por no decir la nariz, como si no fuera tanto el aspecto de un joven cuanto su olor aquello a lo que querían mostrarse indiferentes, Dally no sabía cómo dejar de mirar a alguien por quien ni siquiera sentía el menor interés, aunque bien sabía Dios que no era ése el caso.

Él la miraba con los ojos entornados atractivamente.

—Te he visto antes —dijo ella—, en la residencia de R. Wilshire Vibe en Greenwich Village si no me equivoco, en una de sus peculiares celebraciones crepusculares.

—Sabía que tenía que ser en algún sitio así. Tú estabas con una chica que llevaba un vestido rojo.

—Siempre es agradable que te digan que has dejado huella. Mi amiga se llamaba Katie, es un poco tarde para presentártela, aunque creo que podrías saltar por el

saliente de popa, volver nadando a Nueva York y buscarla...

Kit estaba de pie, balanceándose levemente al ritmo de la música de baile y parpadeando educadamente.

—Sí, y ahora, en cuanto a la Universidad de Yale, si no te importa que te pregunte, ¿había algún otro Traverse en tu clase?

—Creo que yo era el único.

—¿No tendrías un hermano en el sudoeste de Colorado, verdad que no?, ¿Frank?

La mirada que le devolvió él no fue tanto de sorpresa como a la defensiva.

—¿Es que eres...? ¿Eres de por allí?

—Estuve de paso un par de meses, que me parecieron dos años, no lo echo mucho de menos, ¿y tú?

Él se encogió de hombros.

—Allí no me echan de menos. —Ninguno de los dos se estaba burlando del otro —. ¿Cómo está el bueno de Frank?

—Lo último que sé de él es que se iba de Telluride, no estoy segura de que fuera por voluntad propia.

Un bufido amistoso.

—Parece muy lógico.

—Él me dijo que te buscara.

Se dio unos toquitos en un sombrero invisible.

—Pues veo que lo has hecho. —Luego se sumió en un silencio que se alargó demasiado.

Un hombre bastante agradable, cuando no se perdía en sus pensamientos.

—Esto... ¿señor Traverse?, eh, ¿señor? Podría darme un ataque o algo así, ¿serviría de algo?

Lo que tardíamente hizo que él le clavara la mirada de vaquero a la que al menos ella estaba acostumbrada, el tiempo necesario para que Dally se percatara, además de todo lo demás, del precioso matiz de azul de sus ojos. Malditas lobelias.

Él miró a su alrededor. La familia Zombini había acabado de cenar hacía un rato y ya había abandonado la mesa. La orquesta había vuelto a Victor Herbert y Wolf-Ferrari, y los bailarines empezaban a ocupar la pista.

—Vamos.

Él la llevó fuera, a la cubierta de paseo del *Stupendica*, iluminada por las estrellas, con una luna lo bastante luminosa para permitir divisar los imponentes contornos de las nubes; las parejas paseaban arriba y abajo junto a la barandilla sin pensar en otra cosa que el flirteo, mientras la luz eléctrica que se derramaba por los ojos de buey atenuaba el rostro de Kit hasta convertirlo en una críptica mancha difuminada de sí mismo. Otro joven, en algún otro lugar y con otras penas en su equipaje, podría haber pensado en declararse o al menos en robar un beso. Dally se sentía como una botella de seltz a punto de ser utilizada en el interludio de un vodevil. No cabía la menor duda de que no podía tratarse de eso que llaman Amor a Primera Vista. O a Segunda.

—Dime, ¿te habló Frank de la situación de la familia?

—Me habló de unos tipos a los que buscaba, él y también tu hermano; el otro, el jugador de faro, ya había estado en Telluride y se había marchado, pero nadie sabía adónde, y Frank estaba muy preocupado porque alguien lo buscaba a él.

—Muy locuaz para ser Frank, se ve que se fiaba de ti.

Ella esbozó una sonrisa forzada. La gente con problemas no solía ser su primera elección como acompañante de sobremesa tras la cena, aunque, bien mirado, ¿qué otro tipo de gente conocía?

—Quiero mucho a esos dos cabezas de chorlito —su susurro se iba haciendo cada vez más apasionado—, son mis hermanos, se creen que intentan protegerme, pero no saben que estoy metido hasta el cuello en todo esto... —con el gesto abarcó el barco entero, la orquesta, la noche—, el traje que llevo puesto, comprado y pagado con dinero de la misma cuenta corriente que...

—¿Crees que tienes que contármelo? —preguntó con la mirada multiusos de ojos desorbitados que había aprendido a utilizar en Nueva York cuando intentaba ganar tiempo para pensar algo que decir.

—Tienes razón. Quizás un punto demasiado serio para una jovencita...

—¿Jovencita? —fingió un interés educado—, ¿qué edad tienes tú, niñoato, para llamar eso a nadie? Hasta me sorprende que te hayan dejado salir a jugar al patio.

—No te dejes engañar por la cara, soy más sabio que mis años.

—Es posible que ya no te mees encima, eso sí te lo concedo.

—Hasta hace unos veinte minutos, creo, estaba navegando tranquilamente por Moonlight Bay, de vacaciones, alejándome de todo eso. Entonces apareces tú, Frank y lo demás, y si hay algún peligro, a lo mejor no quiero verte cerca.

—Ya, claro, más vale estar completamente solo. Un hombre de verdad.

—Usted no tiene ni idea, señorita. Con un paso en falso basta. —Se tocó el ala de un sombrero imaginario y desapareció tan rápido como lo había sido ese gesto.

—Bien podría haber sido Luca agitando su varita mágica —le dijo a Erlys—. No me parece a mí que dé la talla para novio, mamá.

—Tiene tendencia a los cambios de humor, más bien.

—No sé qué le pasa a esa gente, como tampoco lo sabía en Colorado. Salvo que tienen problemas, y gordos.

—Bien, no me cabe duda de que te enterarás.

—¡Yo! Si tú me has *arrojado* a sus brazos...

Pero Erlys se rió y se puso a apartarle el pelo de la cara, un mechón cada vez; era una tarea que parecía no tener fin, como si le encantara el mero gesto, el tacto del cabello de Dally en los dedos, la repetición, como si tejiera... Dally se acomodó en una especie de vértigo, escuchando, sin escuchar, deseando que se prolongase para siempre, deseando estar en otro sitio...

—Siempre eres una revelación, Dally —dijo ella al cabo de un rato—. Me temo que al final tendré que agradecerle algo a Merle.

—¿A qué te refieres?

—A que por fin te haya podido conocer. —Lenta, reflexivamente, abrazó a la joven.

—Vas a llorar otra vez, ¿me equivoco?

—Supongo que puedo esperar hasta más tarde.

—Los sacrificios de la maternidad. Algo he oído sobre eso en alguna parte.

—Sin duda, te has vuelto majara —comentó Bria.

—Creía que lo disimulaba bastante bien.

—Un poco joven para los universitarios, ¿no te parece?

Dally se miró las rodillas, luego se asomó por el ojo de buey, y muy rápidamente volvió a mirar la carita divertida de Bria.

—No sé qué está pasando, Brì, sólo lo vi una vez en aquella fiesta en Nueva York, en la que, dicho sea de paso, tú también estabas, lanzándoles cuchillos a todos, y desde entonces no he podido quitármelo de la cabeza, y ahora aquí está otra vez. Eso tiene que significar algo, ¿verdad?

—Claro, significa que lo has visto dos veces.

—Oh, Brì, es inútil.

—Escúchame: infórmate sobre su amigo, ¿sabes quién te digo?, ese tipo rubio y bajo que se pasa la cena bebiendo pero nunca se desploma.

—Root Tubsmith, recién salido de Brown.

—¿Por qué lo encerraron?

—No, de la prisión de Brown, no, de la universidad, y es otro lince de las matemáticas.

—Si se le dan bien los números, será ideal como acompañante en un viaje de compras; mira, es mi tipo de hombre.

—Bria Zombini, no tienes vergüenza.

—Últimamente no mucha. ¿Podrás arreglármelo?

—Ja. Ya lo he captado. Se supone que eres tú la que tienes que hacer de acompañante.

—Pues yo diría que es más bien al revés.

Había empezado a dar la impresión de que Kit y ella navegaban en barcos distintos, versiones diferentes del *Stupendica* que se alejaban lentamente con rumbos dispares, cada uno hacia un destino diferente.

—Me estás menospreciando —le saludó Dally. No dijo «a nosotros, los Zombini»; a esas alturas ya utilizaba el singular.

Kit se quedó mirándola un buen rato. «Soñando despierto». Para muchos de nosotros, quizá la mayoría, un viaje transoceánico, sobre todo con un billete de

primera clase, ocupa un lugar destacado en la lista de goces humanos. Sin embargo, Kit, ajeno al mar durante toda su vida hasta que llegó a New Haven y contempló las maravillas del Long Island Sound, no compartía esa consideración por el medio acuático. El recinto cerrado, la repetición de los mismos rostros cada día, las molestias de cualquier sitio intensificadas allí por la inaccesibilidad de la tierra firme, todo ello generaba con poco esfuerzo una sensación de maldad, de conspiración, de persecución... Cuanto más mar adentro navegaban, más se imponía el horizonte, y menos capaz era Kit, o, ya puestos, menos voluntad tenía, de resistirse a aceptar el robo irreversible de su vida, la imperiosa y simple realidad de la ausencia de Webb.

Se sumía en el silencio, en el letargo, durante momentos sin escala le asaltaban recuerdos de la meseta desértica, de cimas montañosas, de praderas llenas de pasto indio y prímulas silvestres, de algún río inesperado a dos pasos del camino, y luego los recuerdos lo soltaban y volvía a su velocidad de veinte nudos hacia lo increado. No sabía muy bien qué era lo que sentía. Si alguien hubiera dicho «desesperación», se habría encogido de hombros y liado un cigarrillo, negando con la cabeza. No, no se trataba de eso. No era la palabra exacta para definirlo.

Y no es que tampoco el *S.S. Stupendica* fuera todo lo que parecía. Tenía otro nombre, un nombre secreto, que sería dado a conocer al mundo a su debido tiempo, una identidad secreta, latente en su conformación actual aunque invisible para el simple pasajero. En lo que se convertiría finalmente, de hecho, era en un participante en la futura guerra europea en el mar cuyo inexorable estallido esperaba todo el mundo. Algunos transatlánticos, a partir de 1914, se emplearían para transportar tropas, otros se transformarían en barcos hospital. El destino del *Stupendica* era recuperar su identidad latente como el buque de guerra *S.M.S. Emperor Maximilian*, uno de los varios acorazados de 25 000 toneladas contemplados en la planificación naval austriaca, pero que, al menos hasta donde explica la historia oficial, nunca llegó a construirse. La línea de vapores eslavona que en ese momento poseía y explotaba el barco parecía haber surgido misteriosamente, de la noche a la mañana, de la nada. La simple identificación de los miembros de su consejo de dirección daba lugar a enconadas disputas en ministerios de toda Europa. En los círculos navieros, nadie conocía a ninguno de ellos. El espionaje naval británico estaba desconcertado. Aunque sus calderas parecían seguir el diseño Schultz-Thornycroft, el preferido por Austria-Hungría, los motores eran primos modificados de las mismas turbinas Parson que se encontraban por entonces en los navíos de guerra británicos de más tonelaje, capaces de alcanzar los veinticinco nudos o más, si la ocasión lo requería, durante el tiempo que durase la provisión de carbón.

Root Tubsmith lo había descubierto husmeando por los espacios inferiores del buque, a pesar de los rótulos escritos en las lenguas principales que advertían del funesto destino que aguardaba a quien entrara por allí. Encontró potenciales salas de obuses y gigantescos polvorines a proa y a popa, por no mencionar, varias cubiertas más arriba, ubicados simétricamente alrededor del barco, algunos *camarotes*

circulares de curioso aspecto, que parecían destinados a ser torretas aunque por el momento se mantuviesen plegados justo debajo de la cubierta principal, listos en todo caso para, en caso de necesidad, ser alzados hidráulicamente a una altura operativa, y sus cañones de doce pulgadas, almacenados mucho más abajo, alzados con grúas y montados en cuestión de minutos.

La cubierta de abrigo ocultaba una santabárbara llena de torpedos. Las cubiertas superiores más ligeras estaban diseñadas para desplegarse hacia arriba y en otras direcciones mediante unas enrevesadas articulaciones, y así convertirse en blindajes y casamatas para las armas de menor calibre. Al mismo tiempo, el *Stupendica* también era capaz de encogerse eliminando las cubiertas superiores, y entonces adoptaba un perfil de buque de guerra clásico, hasta quedar agazapado sobre la superficie marina sin más francobordo del necesario, ancho y bajo, buscando pelea. Los marineros de cubierta habían recibido instrucción intensiva para el rápido aparejo de las plataformas por encima de los andariveles, que, cuando se les ordenara, saltarían con la agilidad de unos artistas aéreos para pintar a toda prisa los costados del buque con pintura «deslumbrante» que mimetizaba los colores del mar, el cielo, las nubes de tormenta, en diedros falsos de dos tonos para que parecieran las proas del barco o, formando ángulos cerca de la inclinación de las olas, para acabar desvaneciéndose y volviéndose invisibles a medida que los dibujos se enredaban y desenredaban con el caos de cabrillas. «Hay algo ahí delante, Fangsley, puedo *sentirlo*», «No se ve bien, señor», «¿No? Y entonces, ¿qué coño es eso?», «Vaya, bien mirado parece un torpedo, y se encamina directo hacia la crujía», «Ya lo veo, idiota, sé qué pinta tiene un torpedo...», momento en que la interesante conversación se veía abruptamente interrumpida.

A medida que Kit y Root bajaban escala tras escala hacia las salas de motores del *Stupendica*, descubrieron que el barco era aún más hondo de lo que habían imaginado y que su disposición general era mucho menos horizontal. Las caras se volvían para mirarlos. Ojos que brillaban como llamas dentro de hornos parpadeaban y se cerraban. Los jóvenes ya sudaban a chorros antes de llegar bajo la línea de flotación. En el fondo del barco, los tripulantes empujaban vagonetas llenas de carbón para amontonarlo en pilas delante de las calderas. Latidos de luz del color del infierno iluminaban los cuerpos ennegrecidos de los fogoneros cada vez que se abrían las puertas de las calderas.

Por lo que Root había podido averiguar previamente, el transatlántico de pasajeros *Stupendica*, esa pacífica expresión de lujo de la alta burguesía, había sido construido en Trieste, en el Arsenal austriaco de Lloyd. Al mismo tiempo, en paralelo, en el vecino Stabilimento Técnico de Trieste, la armada austriaca parecía haber construido el acorazado *Emperor Maximilian*. En un momento dado del programa de construcción, los dos proyectos..., a todas las fuentes de Root les resultó

difícil transmitir la idea..., *se fundieron*. ¿Cómo? ¿A requerimiento de quién? Nadie estaba muy seguro de nada, salvo de que un buen día sólo había un único barco. Pero ¿en qué astillero? Los diferentes testigos recordaban astilleros distintos, otros juraban que el buque ya no estaban «en» ninguno y que simplemente, sin previo aviso, apareció una mañana fuera del Promontorio, recién bautizado a altas horas de la noche, sin un alma a la vista sobre la cubierta, silencioso, alto, rodeado de una neblina de una luz un tanto extraña.

—Esto empieza a parecer un cuento de lobos marinos —opinó un fogonero americano llamado O.I.C. Bodine, que holgazaneaba apoyado en un mamparo mientras se bebía un puré de patatas espantosamente fermentado como prelude al fin de su guardia, antes de acostarse—. Cuatro hélices. Incluso al *Mauretania* le basta con tres. Esto no es una construcción civil. Las de aquí son turbinas de crucero. Oh, oh, ahí viene Gerhardt. *Zu befehl, Herr Hauptheitzer!*

El Jefe de Fogoneros estalló en una pintoresca y espectacular exhibición de maldiciones.

—Se enfada con facilidad —les confió O.I.C.—. Menuda boca tiene el tío. Acaba de imaginarse que el telégrafo estaba a punto de moverse. Imaginaos cómo se pone cuando de hecho se mueve. Pero siempre tiene que verse el lado bueno de cada persona.

—Así que, en el fondo, es un tipo decente.

—Mierda, ni hablar. Intentaos tomar alguna libertad con él, y ya veréis. Y en tierra es incluso peor.

De pronto, fue como si la Pandilla Negra al completo fuera víctima de un violento paroxismo. El telégrafo del puente empezó a tañer como todas las catedrales del Infierno juntas una festividad especialmente señalada. Se apagaron las turbinas de crucero, las presiones del aceite y el vapor empezaron a subir, el Oberhaupttheitzer, tras haber sacado de algún sitio una Mannlicher de ocho disparos, la blandió ante los indicadores de presión del vapor con gran irritación, como si fuera a dispararles si no le daban las lecturas que esperaba. Se oyeron gritos de «*Dampf mehr!*» procedentes de varias direcciones. Kit buscó a su alrededor la escala más próxima para salir al aire libre, pero por todas partes reinaba una confusión multilingüe. De repente, una gigantesca mano bituminosa le agarró la cabeza y lo empujó rápidamente, a través de los feroces espasmos de luz y el impío estrépito de acero, hacia los búnkeres del costado del barco, donde los hombres cargaban carbón en vagonetas que eran arrastradas hasta los hornos de las calderas.

—Claro —murmuró Kit—, lo único que tenías que hacer era preguntar.

Durante lo que le parecieron horas, hizo el mismo viaje de ida y vuelta, y fue perdiendo poco a poco la camisa y la camiseta, mientras recibía insultos en lenguas que no hablaba pero sí entendía. Le dolía todo. Creyó que se había quedado un poco sordo.

De manera similar, en la parte de arriba también se había desatado el infierno. Como si unos mensajes sintónicos sin cables que viajaran por el Éter hubiesen sido sometidos a influencias que nosotros desconocemos en la actualidad, o tal vez debido a la naturaleza antinaturalmente inestable de la «realidad» del momento actual, los receptores en la sala de Marconi del barco estaban captando un tráfico que no procedía de ningún sitio que estuviera exactamente «en» el mundo, sino más bien de un contínuum colateral a éste... A media tarde, el *Stupendica* había recibido un mensaje cifrado, en el sentido de que grupos de combate alemanes y británicos estaban enzarzados en una batalla en la costa marroquí, y que debía darse por sentado que había estallado una guerra generalizada en Europa.

Voces angustiadas que salían de megáfonos que hasta ese momento nadie había visto procedieron a ordenar a la tripulación que ocupara sus puestos. Los sistemas hidráulicos se pusieron en marcha y cubiertas enteras empezaron ruidosa y pesadamente a deslizarse, desplegarse y rotar; y los pasajeros se encontraron, a veces con consecuencias letales, en medio de esa metamorfosis metálica de estrépitos y chirridos. Campanas, gongs, pitos y sirenas se sumaron a la cacofonía. Los camareros se quitaron las libreas blancas para descubrir uniformes navales austrohúngaros azules oscuros, y empezaron a dar órdenes a gritos a los civiles, que hacía sólo un momento se las habían dado a ellos y que ahora, en su mayoría, deambulaban por los pasillos desorientados y cada vez más asustados. «¡Todo a babor!», gritó el Capitán, y a lo largo y ancho del gigantesco bajel, a medida que el timón respondía y el barco se escoraba marcadamente, acercándose cada vez más a su inclinación máxima de nueve grados, empezaron a producirse centenares de pequeños incidentes: los frascos de perfume se deslizaron sobre la superficie de los tocadores; las copas de vino se volcaron en el comedor y empaparon la mantelería de lino; las parejas de baile, que hubieran preferido mantener una distancia apropiada, acabaron echándose unos encima de otros, pisándose y desgarrándose la ropa de alta costura; en los camarotes de la tripulación, un variado surtido de objetos cayeron de las barras que hacían las veces de estanterías cerca de las literas superiores, en una lluvia de pipas, bolsas de tabaco, naipes, petacas, vulgares souvenirs de escalas exóticas, que de vez en cuando acababan sobre la cabeza de los oficiales... «¡A toda máquina!», y entretanto tazas de café olvidadas reaparecían sólo para hacerse añicos sobre las cubiertas de acero; sándwiches y pastas perdidas con las que la entropía había tenido pocos miramientos se daban a conocer de nuevo en medio de expresiones multilingües de desagrado; nubes de polvo y hollín descendían de los techos por todo el barco, y la población de cucarachas, recién nacidas, ninfas y viejas canosas por igual, imaginándose alguna calamidad generalizada, corrían por donde podían a toda prisa, en medio del alboroto.

Dally se cayó de la litera y rodó hasta la cubierta, igual que, un segundo más tarde, le pasó a Bria, que aterrizó justo encima de ella, exclamando:

—*Porca miseria!* Pero ¿qué es esto?

Cici entró corriendo.

—Debe de ser papi, que se ha vuelto loco otra vez.

—Sí, echadle la culpa al mago —comentó el Zombini mayor, que apareció embozado en el umbral—. No es más que el viejo truco De Transatlántico a Acorazado. ¿Todos bien?

Por extraño que pudiera parecer, era Kit quien preocupaba a Dally.

Tras dar vueltas como un loco alrededor del mismo círculo cerrado, a toda velocidad y varias veces, el barco, como si retomara el control de sí mismo, se ralentizó por fin, recuperó con facilidad la vertical y se estabilizó para seguir un nuevo rumbo, sudeste cuarta al este. Gracias a la gran brújula magnética montada en el comedor para diversión de los pasajeros, el cambio de rumbo fue pronto de dominio público.

—¿Y entonces adónde coño vamos?

De varios bolsillos salieron atlas de bolsillo.

—Veamos, si giramos más o menos por aquí...

La costa que parecía quedarles más cerca por delante era la de Marruecos.

En las salas de máquinas, las cosas fueron volviendo lentamente a la normalidad, fuera lo que fuese lo que eso significara allí abajo. El telégrafo moderó sus requerimientos de velocidad, por fin se avisó que se podía abandonar la situación de alerta y se reanudaron los turnos normales de guardia de babor y estribor. Tiempos de paz de nuevo.

Cuando los insultos ya habían emigrado a otros objetivos y Kit había alcanzado cierto grado de invisibilidad:

—Bueno, todo esto ha resultado tremendamente instructivo —anunció—, y supongo que ahora ya puedo irme a mi camarote, gracias por todo, especialmente a usted, Oberhauptheitzer en jefe...

—No, señor, no, no lo entiende, no hay camarotes, ahí arriba ya no está el *Stupendica*. Ese admirable bajel ha continuado navegando rumbo a su destino. En las cubiertas no encontrará más que el acorazado de Su Majestad *Emperor Maximilian*. Cierto es que durante un tiempo ambos barcos compartieron la misma sala de máquinas. Un «nivel más profundo» donde se resuelven las dualidades. Una especie de lío de chinos, *nicht wahr?*

Al principio, Kit se tomó todo eso como una especie de divertimento de la Pandilla Negra, y en cuanto pudo se acercó sigilosamente a las escalas para echar un vistazo. En el hueco de la escotilla se topó con guardias de la marina empuñado Mannlicher.

—Soy un pasajero —se quejó Kit—, soy de América.

—Eso me han dicho. Pues yo soy de Graz. Vuelve abajo.

Lo intentó en otras escalas, por otras escotillas. Ascendió por huecos de ventilación y se escondió entre la ropa sucia, pero nada de eso le sirvió durante más

de cinco minutos en ese mundo militar gris y lúgubre, desprovisto de comodidades civiles —sin mujeres, arreglos florales, orquestas de baile, alta cocina—, aunque agradeció un par de buenas bocanadas de aire fresco.

—No, no, cangrejo de sentina, esto no es para ti. Vuelve a las profundidades inferiores con los tuyos, ahora.

A Kit le dieron una litera en la zona de la tripulación, que ocupaba un estrecho espacio en el vértice de la proa, y O.I.C. Bodine se pasó a verlo para comprobar si estaba bien. Se convirtió en el Fantasma de las Cubiertas Inferiores, y aprendió a esconderse cuando aparecía cualquiera de arriba, dedicándose por lo demás a cumplir sus turnos como fogonero.

Para tratarse de un teutón con rango ejecutivo, el Capitán del barco parecía excepcionalmente indeciso, puesto que cambiaba de opinión cada pocos minutos. Durante unos días el *S.M.S. Emperor Maximilian* rondó por la costa, desplazándose primero hacia el norte, luego hacia el sur, adelante y atrás, cada vez más desesperado, como si intentara encontrar la épica batalla naval que el Capitán creía todavía que se estaba librando... Aunque se había informado de que la primera escala sería Tánger —por entonces, según los rumores que corrían, bajo el control del señor de la guerra Mulai Ahmed er-Raisuli—, el Capitán había optado por ir mucho más al sur, a Agadir, la Reina de la Costa de Hierro.

Kit descubrió la razón de ese cambio cuando se fijó en una pila de bandejas y platos del comedor de primera clase que había delante de uno de los bunkeres de carbón vacíos. Por curiosidad, metió la cabeza y para su sorpresa descubrió a un grupo de personas escondidas, que vivían allí dentro desde el principio de la travesía, la mayoría de las cuales hablaba alemán. Parecía que iban a ser desembarcados y plantados en la costa atlántica de Marruecos como «colonos», cuya presencia allí justificaría a posteriori el interés alemán por la zona. Por razones diplomáticas los mantenían secuestrados allí abajo, en las salas de máquinas, y su presencia la conocía tan sólo el Capitán, entre cuyas órdenes iban codificadas un par de cláusulas sobre su instalación como colonos encubiertos forzosos; su cometido sería el de crear granjas, por más que la región no fuera propicia para la agricultura, pues la costa quedaba a merced de los vientos, mientras que el interior pertenecía a la tribu de los sus, que no acogían con amabilidad a europeos en su territorio. De hecho, la costa estaba cerrada a todo comercio con el exterior según un edicto del joven sultán Abdel Aziz, a pesar del acuerdo al que habían llegado Francia, España e Inglaterra, que concedía a la primera el derecho de «penetración pacífica» en cualquier parte de Marruecos.

Como en un sueño, más allá de la marcha implacable y gris de los rodillos, los colonos acabarían imaginando que podían ver en el horizonte, incluso olerlas en el viento, las legendarias Canarias, que pronto encarnarían su única esperanza de liberación. Muchos enloquecerían y zarparían en pequeños botes o incluso huirían a nado, sin que se volviera a saber nada de ellos.

—¿Qué ha pasado? Nos acostamos en Lübeck y nos hemos despertado aquí.

—Yo voy a Gotinga —dijo Kit—, si quieren que lleve algún recado de su parte, estaré encantado de hacerlo.

—¿Qué oportunidades tiene de llegar allí si se esconde aquí como nosotros?

—Lo mío es un revés temporal —masculló Kit.

Habitantes de ciudad, comerciantes de Susi, bereberes del valle, mercaderes llegados en caravanas de las montañas y el desierto de más allá dejaban a un lado las minucias cotidianas para acercarse a la playa y mirar, sin saber muy bien si corrían algún peligro. Pocos de ellos habían visto nunca un navío mayor que una barca de pesca, salvo las siluetas lejanas que divisaban mar adentro, cuyo tamaño les resultaba indescifrable. Las cabras, subidas a las ramas de erguenes, interrumpían su búsqueda del fruto que parecía una oliva para contemplar la visita metálica. Los músicos gnaoua invocaban el *mlouk gnaoui*, llamando al portero de los Seigneurs Noirs para que abriera las puertas del bien y del mal. Todo el mundo coincidía en que el barco debía de proceder de algún lugar muy remoto, y suponer que era propiedad de una de «Las Grandes Potencias» no aclaraba mucho la cuestión, pues esa expresión, aquí, en esta costa aislada, abarcaba posibilidades que escapaban a la geografía secular.

Las paredes blancas brillantes de la ciudad se ofrecían al gigantesco depredador, que se deslizaba arrogante y sin adornos, interrumpiendo aquel día sin incidentes, proyectando sombras de bordes afilados a través de una niebla producida por la combustión tanto de sus chimeneas como de las hogueras apresuradamente encendidas en la costa, aunque no se sabía si como señal de amistad o de temor...

Como si se tratara de una reencarnación después de algún estadio intermedio o de Bardo, una noche sin luna los pasajeros civiles, Kit entre ellos, se escabulleron uno tras otro por una abertura que había en un costado del *Emperor Maximilian*, destinada en principio al lanzamiento de submarinos enanos, y fueron conducidos en barcas de remos y en secreto hasta la costa, tras lo cual el acorazado zarpó de nuevo mar adentro. Kit, que no estaba convencido de tener mucho futuro en la Marina de los Habsburgo, había decidido desembarcar allí, y no tardó en encontrar acomodo entre el puerto y la carretera de Mogador, y así empezó a rondar por un bar de la costa, el Tawil Balak.

—En esta ciudad somos bastante cosmopolitas —le dijo Rahman, el camarero—, pero yo de usted no me adentraría mucho en el valle.

Una noche un pescador desembarcó de un pesquero de vapor, el *Fomalhaut*, que trabajaba por libre desde el puerto de Ostende, y del que se habían bajado un par de tripulantes en Tánger.

—Vamos escasos de marineros —le dijo el patrón a Kit—, estás contratado.

El resto de la velada transcurrió en una neblina. Kit recordaba haberse enzarzado en una discusión sobre el problema de los dos *Stupendica* con Moisés, un místico judío que residía allí.

—En realidad, tampoco es tan raro por estos lares. Jonás es el ejemplo clásico. Recuerda que se dirigía a Tarsis, cuyo puerto, a quinientas millas al norte de aquí, hoy llamamos Cádiz, uno de cuyos nombres alternativos es Agadir. Pero la tradición en este Agadir sostiene que Jonás llegó a tierra justo al sur de aquí, en Massa. Hay una mezquita que conmemora el suceso.

—Dos Agadires —dijo Kit asombrado—. ¿Salió al Atlántico? ¿Desembarcó en ambos lugares a la vez, a quinientas millas de distancia?

—Como si el estrecho de Gibraltar hiciera las veces de punto de confluencia metafísico entre los mundos. En aquellos tiempos, atravesar esa brecha abierta hacia el vasto e incierto campo del Océano era dejar atrás el mundo conocido y puede que también la convención de que no se puede estar en más de un lugar al mismo tiempo... Una vez atravesado, ¿el barco tomó dos bordadas a la par? ¿Soplaba el viento en dos sentidos? ¿O era el pez gigante lo que poseía la facultad de bilocación? ¿Dos peces, dos Jonás, dos Agadires?

—Este humo que he estado respirando —dijo Kit—, ¿no será por casualidad..., esto, hachís?

—Jamás oí hablar de tal sustancia —respondió aparentemente ofendido el santo varón.

En el local se estaba a oscuras. Como si las fuentes de luz ordinarias fuesen consideradas inútiles, había una única lámpara que ardía con grasa de oveja nauseabunda. En la Kasba, la gente alcanzaba el trance cantando. En algún lugar de la calle, los músicos gnaoua tocaban el laúd y llevaban el ritmo con percusión metálica, y eran invisibles para todos salvo para quienes tocaban.

Salieron de la bahía de Agadir bordeando Ighir Ufrani cuando la luz del sol rozaba las cumbres de las montañas, después pusieron rumbo al canal de la Mancha y pronto perdieron de vista la costa. Salvo por algo de pescado marroquí, arenque de Mogador, *alimzah* y *tasargelt* la pesca, a medida que se desplazaban hacia el norte, variaba entre mala e insípida, algo que el resto de la tripulación achacaba a la presencia de Kit, hasta que de repente, una mañana, en el golfo de Vizcaya, el *Fomalhaut* tropezó como por arte de magia con un gigantesco banco de peces de varias especies, tan abundante que sometió a peligrosa tensión a arbotantes y cabestrantes. «Algún día tenía que pasar», supuso el Capitán, «el maldito Jonás a la inversa, ni más ni menos. Fíjate en esto». Ciertamente, varias especies de peces parecían estar presentes en el dinámico resplandor plateado que se derramaba en la bodega, y también, pródigamente, por la cubierta y por los costados del barco cada vez que se desataban los copos de las redes. A Kit lo pusieron a trabajar clasificando la pesca, confiándole al principio sólo la tarea de separar el pescado comestible de la morralla, aunque no tardó en desarrollar la capacidad de captar los matices que

diferenciaban al rodaballo del rémol, al bacalao de la merluza, el lenguado, la platija y el besugo.

En cuanto se hubo vaciado la red de arrastre de estribor, lanzaron de nuevo la de babor. Ese banco de peces de tamaño continental con el que habían topado parecía no acabarse nunca. Kit descubrió que ahora le miraban todavía más raro que antes.

La pesca se prolongó durante todo un día y toda una noche, hasta que ya no quedó espacio libre a bordo ni para una solitaria sardina, y entraron casi desbordados en Ostende, en el Staketsel, con las bordas casi inundadas. Había peces en los lazaretos y los armarios de cuerdas, peces que se derramaban por las portillas y se caían de las cartas marinas al desplegarlas sobre la mesa de mapas, y horas más tarde los tripulantes todavía encontraban peces en sus bolsillos, por no mencionar en... «Ah, *pardon, mon chou*, eso no es lo que crees que es...».

Mientras tanto, dejando que su doble militar vagara entre las brumas, el *Stupendica* prosiguió su viaje civil.

Bria intentó animar a Dally.

—Eh, ya sabes lo que dicen de los amoríos a bordo.

—Ah, ¿es que era un amorío?

—Tú lo sabrás mejor que yo, que eres la aventurera.

—¿Y qué me dices de su amigo?

—¿Del bueno de Rooty-Toot? Ya le he preguntado: me ha dicho que se separaron en la sala de máquinas y que desde entonces nadie ha visto a Kit.

¿Hasta qué punto tenía que volverse loca por eso? Dally recorrió el barco de punta a punta, de la cubierta de luna al sollado, preguntando a pasajeros, camareros, fogoneros, tripulantes y oficiales si habían visto a Kit. Sin suerte. En la cena abordó al Capitán.

—Puede que haya desembarcado en Agadir, pero de todos modos enviaré un telegrama —le prometió el Capitán.

Ya. A esas alturas, lo único que ella deseaba era que el veleidoso estudiantillo de Yale no se hubiera caído por la borda. Registró los espacios menos frecuentados del barco y se estiró en una tumbona fulminando con la mirada a las olas, que servicialmente se tornaron oscuras, intencionadas, escarpadas y espumosas, mientras el cielo se encapotaba; al instante, una tormenta se abatió sobre ellos desde la proa.

En Gibraltar, el barco se detuvo como si esperara autorización de paso. Dally soñó que se permitía bajar a tierra durante unas horas a los pasajeros y que ella contemplaba el paisaje desde una aguilera nocturna, desde las tormentosas alturas, justamente por encima del «Atlántico» inmisericorde y negro. ¿Por dónde habría desaparecido el maldito Kit? Por un momento se le apareció una nítida imagen de él muy abajo, en la base de la escarpada pared rocosa: parecía empujar un pequeño y

destartalado bote hacia las grises inmensidades, como si se dispusiera a embarcarse en un viaje imposible...

El *Stupendica* reemprendió la navegación manteniéndose cerca de la costa mediterránea, dejando atrás un puerto tras otro, con casas y follaje que se desparramaban sobre los acantilados pálidos, con personas afanadas en sus quehaceres cotidianos a lo largo de las empinadas calles de cada pueblo, mientras pequeñas barcas de velas latinas se aventuraban a dar vueltas a su alrededor como polillas.

Erllys se mantenía a una distancia considerable, poco dispuesta a martillear ese revés amoroso de Dally, sobre todo porque ninguna de ellas parecía tener siquiera una idea aproximada de su posible importancia. Dally había esperado que Bria fuera la primera en hacerla pasar por eso, pero sin saber muy bien cómo, calladamente y sin ningún esfuerzo que su madre pudiera ver, Bria hizo oídos sordos a todo consejo sensato que ella le hubiera podido dar en el pasado y se puso a coquetear no sólo con Root Tubsmith sino con buena parte de la lista de pasajeros de cuarta clase, como si fueran peces de un estanque ornamental.

Como si hubiera salido por un breve instante de su propia vida y le hubieran concedido la facultad de viajar en un curso paralelo, lo bastante «cercano» para verse a sí misma siguiéndolo, Dally descubrió una vía alternativa para viajar por tierra, de puerto en puerto, más rápido de lo que el barco avanzaba... Así pues, aceleró, según parecía un poco por encima de la tierra, atravesando el fragante crepúsculo de finales de verano, en paralelo al rumbo del barco..., quizá, de vez en cuando, por encima de una grieta en las dunas, los matorrales o las paredes bajas de cemento, divisando por un momento el *Stupendica*, que avanzaba a lo largo de la costa eterna, terco y lento, con todos sus detalles, pliegues y salientes agrisados como el cuerpo de una mosca visto a través de sus alas..., a medida que caía la noche y el barco, más lento que ella, se arrastraba por detrás... Después ella volvía a su tumbona sin aliento, sudando, exultante sin ningún motivo, como si acabara de escapar de algo que amenazara su integridad.

Hicieron escala en Venecia, en plena noche de niebla, para dar tiempo a una breve y fantasmagórica transacción. Dally se despertó, se asomó por el ojo de buey y vio una flotilla de góndolas negras, cada una con un solo farol y un único pasajero a bordo, embozado en una capa; todos permanecían en pie, mirando con fijeza hacia delante, hacia algo que sólo ellos parecían comprender. ¿Es esto Venecia?, recordaba haber pensado antes de volver a acostarse. Por la mañana entraron por fin en el puerto de destino del *Stupendica*, Trieste. En la Piazza Grande se había congregado una gran multitud para dar la bienvenida al barco. Damas con enormes sombreros, cogidas del brazo de oficiales del ejército austrohúngaro uniformados de azul, escarlata y oro, paseaban por la Riva con toda la certidumbre de un sueño. Una banda militar tocaba popurrís de Verdi, Denza y del compositor local preferido, Antonio Smareglia.

Dally se dejó llevar suavemente a la costa, arrastrada por el ajetreo del desembarco. Le dio la sensación de que estaba quieta. Hasta ese momento, ni siquiera había sabido de la existencia de esa ciudad. Tenía que olvidarse de Kit por el momento. ¿Dónde estaba ella?

Seguido por miradas equívocas de la tripulación del *Fomalhaut*, Kit recogió su paga en Ostende y dio pasos tambaleantes por el Muelle de los Pescadores, se subió al tranvía eléctrico y se dirigió hasta el lejano Continental, donde, por no se sabía qué razón, daba por supuesto que habría una habitación reservada esperándole. Pero en el hotel no tenían noticia de él. Tomándose casi como una ofensa personal, estaba a punto de invocar el nombre de Vibe cuando se atisbo a sí mismo en uno de los espejos con marco de oro del vestíbulo, y le sobrevino la cordura. Cristo bendito. Tenía el aspecto de unos escombros arrojados a la playa. Y, bien mirado, también olía igual. Salió del hotel y se subió a otro tranvía, que lo llevó al centro de la ciudad a lo largo del Boulevard van Iseghem, antes de girar un par de veces a la izquierda y encaminarse de vuelta hacia los muelles. Las multitudes que veía tenían una apariencia mucho más presentable en términos urbanos que él. En el Quai de l'Empereur, casi en el mismo sitio de donde había salido, Kit se apeó y, sin saber muy bien qué hacer, entró en un pequeño *estaminet* y se sentó en un rincón con un vaso de cerveza de doce céntimos dispuesto a repasar su situación. Llevaba encima suficiente dinero para pagarse el alojamiento de una noche en algún sitio antes de averiguar cómo llegar a Gotinga.

Sus cavilaciones se vieron interrumpidas por una violenta discusión que había estallado en el rincón opuesto, entre una pandilla de desarrapados, mejor dicho, desastrados, de variadas edades y nacionalidades, cuyo único lenguaje común Kit reconoció instantáneamente como el de los Cuaterniones, aunque no recordaba haber visto jamás un grupo tan numeroso de seguidores de esa religión en peligro reunidos en un mismo lugar. Y, todavía más raro, tenía cada vez mayor certeza de que ellos parecían haberle reconocido, y no es que se intercambiasen señas y contraseñas masónicas, pero aun así...

—¡Por aquí, Kellner!, media pinta de Lambic para ese tipo de ahí con algas en el traje —exclamó un individuo alegremente desquiciado con un sombrero de paja ajado que parecía haber encontrado en la playa.

Kit hizo lo que esperaba que fuese el signo universal de que se anda corto de fondos dándole la vuelta a unos imaginarios bolsillos de pantalón y encogiéndose de hombros.

—No te preocupes, esta semana todo corre a cuenta del departamento de matemáticas del Trinity; puede que sean unos brujos resolviendo ecuaciones de bicuaterniones, pero si les enseñas una cuenta de gastos, por fortuna para nosotros, se quedan en blanco. —Se presentó como Barry Nebulay, de la Universidad de Dublín, le hizo sitio y Kit se unió a la políglota pandilla.

Durante toda la semana anterior y la presente, no habían parado de llegar cuaternionistas a Ostende para celebrar una de sus irregularmente espaciadas Convenciones Mundiales. Tras las desavenencias transatlánticas de la década de 1890 conocidas como las Guerras Cuaternionas —de las que Kit sabía que Yale, como sede

de los Vectores Gibbsianos, había figurado como uno de los principales beligerantes —, los auténticos cuaternionistas, aun sin haber sido derrotados completamente, en el mejor de los casos habían acabado cayendo en la irrelevancia, de modo que esos días podía encontrárselos vagando por el mundo, dispersados, bajo los cielos amarillos de Tasmania, en el desierto americano, en las yermas alturas alpinas de Suiza; reuniéndose furtivamente en hoteles de ciudades fronterizas, celebrando comidas en salones alquilados, en vestíbulos de hoteles cuyas paredes, que variaban en esplendor desde el terciopelo francés a la albañilería nativa, elevaban miles de ecos; observados con suspicacia por camareros que, en cazuelas descomunales de aleación de acero, les servían verduras autóctonas cuyos nombres eran difíciles de recordar o partes de animales ocultas por salsas opacas —que ahí, en Bélgica, eran sobre todo formas variopintas de mayonesa—, cuyas combinaciones de colores iban hasta el añil y el aguamarina, con frecuencia bastante vívidos, de hecho... Sí, pero ¿qué otras opciones les quedaban, si es que les quedaba alguna? Habiendo sido inseparables desde la ascensión del electromagnetismo en los asuntos humanos, los seguidores hamiltonianos, caídos en desgracia, habían acabado encarnando, a los ojos de la religión científica establecida, una fe subversiva, más aún, herética, para la que la proscripción y el exilio eran castigo insuficiente.

El Grand Hôtel de la Nouvelle Digue quedaba bastante retirado, en el interior del Boulevard van Iseghem, lejos del dique que le daba nombre, y resultaba atractivo sobre todo para los de cartera prudente, entre ellos el surtido habitual de turistas de temporada baja, fugitivos, pensionistas, amantes abandonados que imaginaban haber dado con las antecámaras de la muerte. En realidad, las apariencias casi siempre engañan. Las habitaciones estaban implacablemente amuebladas con objetos de bambú falso confeccionados en pino, pintados con colores exóticos como el rojo chino, y la superficie de las mesas era de mármol barato, puede que sintético. En una tentativa de captar los matices del Art Nouveau belga en toda su modernidad, se encargaron de incluir motivos híbridos de mujer/animal en los accesorios del lavabo y la bañera, así como en colchas, cortinajes y pantallas de lámparas.

Kit miró alrededor.

—Muy bonito. De lujo.

—A estas alturas —dijo Barry Nebulay—, nadie presta mucha atención a quién es o no huésped registrado. No debes de ser el único que pulula por aquí gratis.

Kit, que había decidido probar suerte en el Casino para pagarse el viaje a Gotinga, se encontró durmiendo en un rincón entre montones de despojos cuaternionistas y una población fluctuante de refugiados cuyos nombres, si llegó a oírlos alguna vez, no tardó en olvidar.

En el pasillo vivía una célula de nihilistas belgas —Eugénie, Fatou, Denis y Policarpe, vestidos al estilo «Jóvenes Congoleños»—, individuos que despertaban un interés inagotable en la Garde Civique belga, así como en los hombres del servicio de espionaje francés que visitaban regularmente Bruselas. Cada vez que Kit se cruzaba

con alguno de esos jóvenes —lo que parecía ocurrir con más frecuencia de lo que el azar explicaría—, siempre había un instante de intenso reconocimiento, casi como si de hecho él, en el pasado, sin saber muy bien cómo, hubiera pertenecido a la pequeña *phalange*, hasta que había sucedido algo, algo demasiado espantoso para recordarlo, al menos tan trascendental como el destino del *Stupendica*, después de lo cual todo, además del recuerdo de lo sucedido, se había ido desvaneciendo, no sólo sumiéndose en el olvido sino perdiéndose también a lo largo de otros ejes del espacio-tiempo. Era una sensación que tenía a menudo últimamente. Aunque suponía un verdadero alivio no sentirse abrumado más que por el peso de su propia ropa —y aunque casi era posible convencerle de que había escapado a la maldición de Vibe y estaba empezando una nueva vida, a partir de cero—, ese estado ingrátido en el que se movía resultaba lo bastante peculiar como para temer que se volviera peligroso en cualquier momento. Cuando miraba con detenimiento el Digue, de casi ocho metros de alto y bordeado de hoteles elegantes, con el mar al otro lado, batiendo con furia, más alto que la ciudad, le asaltaba incontenible la imagen de una fuerza consciente, en busca de un punto débil, destinada a inundar el paseo marítimo y a asolar Ostende.

—Y así las hordas negras del Congo —reflexionó Policarpe—, que los belgas, en su neuropatía de los Países Bajos, se imaginan como un oleaje continuo, elevándose silenciosamente, cada vez más alto, tras un muro de fuerza y muerte que nadie sabe cómo reforzar lo bastante para impedir que lo arrasen todo...

—Es por su inmerecido sufrimiento —sugirió Denis—, su superioridad moral.

—Difícilmente. Son tan salvajes y degenerados como los europeos. Y tampoco se trata simplemente de una cuestión de números, pues aquí, en Bélgica, tenemos la mayor densidad de población del mundo, y a nadie le sorprende demasiado. No, nosotros lo creamos, me parece, lo proyectamos desde el co-consciente, a partir del fango alucinatorio que cartografía sin descanso el inagotable e inagotado infierno de nuestro dominio allá abajo. Cada vez que un miembro de la fuerza pública golpea a un obrero del caucho, o apenas profiere el menor insulto, las fuerzas de la marea se intensifican, el *digue* de la contradicción interna se debilita aún más.

Era como estar de vuelta juntos en el *khâgne*. Todos andaban por allí en una suerte de inercia concentrada, bebiendo, pasándose cigarrillos, y acababan olvidando a quien se suponía que amaban hasta la obsesión, si es que amaban a alguien. Denis y Eugénie habían estudiado geografía con Reclus en la Universidad de Bruselas, Fatou y Policarpe huían de órdenes de detención emitidas en París, donde incluso la intención de defender el Anarquismo se consideraba un delito.

—Como los nihilistas rusos —explicó Denis—, en el fondo somos metafísicos. Se corre el peligro de volverse demasiado lógico. Al acabar el día, uno sólo puede consultar a su propio corazón.

—No le hagas caso a Denis, es un stirneriano.

—*Anarcho-individualiste*, aunque eres demasiado imbécil para apreciar esa distinción.

Aunque en la pequeña *phalange* había centenares de ocasiones para aclarar ese tipo de matices, África era el término sobrentendido y prohibido que los mantenía unidos, firmes y resueltos. Eso y la obligación moral, si bien había quienes lo habrían calificado de obsesión, de asesinar a Leopoldo, el Rey de los belgas.

—¿Os habéis dado cuenta —aventuró Denis— de cuántas y cuán variadas figuras del poder en Europa (reyes, reinas, grandes duques y ministros) han estado cayendo últimamente bajo el implacable *Juggernaut* de la Historia? ¿La de cadáveres de los poderosos que son derrocados en todas direcciones con una frecuencia mayor de la que podría atribuirse al azar?

—¿Acaso estás autorizado a hablar en nombre de los dioses del Azar? —preguntó Eugénie—. ¿Quién sabe cuál se supone que es la tasa de asesinatos «normal»?

—Sí —intervino Policarpe—, tal vez no sea bastante alta, todavía. Sobre todo teniendo en cuenta lo científicamente inevitable que es el acto.

El grupo había cobrado renovados ánimos con el ejemplo del joven anarquista de quince años Sipido, que, en solidaridad con los Bóers de Sudáfrica, había intentado asesinar al Príncipe y a la Princesa de Gales en Bruselas, en la Gare du Nord. Falló cuatro disparos a corta distancia; Sipido y su banda fueron detenidos y más tarde absueltos; y el Príncipe era ahora Rey de Inglaterra.

—Y los británicos —dijo encogiéndose de hombros Policarpe, el realista del grupo— siguen tratando como basura a los Bóers. Sipido debería haber prestado más atención a las herramientas de nuestro oficio. Se ha de valorar la necesidad de ocultarse, desde luego, pero si uno va a por el Príncipe Heredero, lo que necesita es calibre, por no mencionar un cargador más grande.

—Pues imaginemos que ponemos una bomba, en el Hipódromo —propuso Fatou, ruborizada, con la cabeza descubierta y una falda más corta que las de las chicas del circo, aunque todos, salvo Kit, fingían no darse cuenta.

—O en el Pabellón de Baño Real —dijo Policarpe—. Cualquiera puede alquilarlo por veinte francos.

—¿Quién tiene veinte francos?

—Algo de la familia del pícrico podría servir —prosiguió Fatou, mientras desplegaba mapas y diagramas por la diminuta habitación—. Por ejemplo, polvo de Brugère.

—Yo siempre he sido partidario de la pólvora de Designolle —murmuró Denis.

—O podríamos contratar a un pistolero americano —dijo Eugénie mirando intencionadamente a Kit.

—Por favor, mademoiselle, sólo con acercarme a un arma ya necesitaría zapatos de acero para protegerme los pies.

—Anda, Kit, a nosotros puedes contárnoslo. ¿A cuántos bandidos has... agujereado para que los atravesara la luz?

—Resulta difícil decirlo, no empezamos a contar hasta que llevamos más de una docena.

En la cúspide del crepúsculo, se encendían las luces y las farolas por las calles para hacer frente a las sombras acechantes de fuerzas semi-visibles... Más allá del Digue, las olas rompían estruendosas contra la playa invisible. Policarpe había traído absenta, azúcar y todo lo demás. Era el dandi de la falange, y lucía, siguiendo el estilo de Monsieur Santos-Dumont, un sombrero Panamá a cuya ala se afanaba en aplicar el desarreglo preciso, dedicándole el tiempo que otros jóvenes invertirían en acicalarse el bigote. Sus amigos y él eran *absintheurs* y *absintheuses*, y pasaban muchas horas sentados cumpliendo con los complicados rituales de la bebida. La Hora Verde con frecuencia se alargaba hasta medianoche.

—O, como decimos por aquí, *l'heure vertigineuse*.

A eso de la medianoche, se oyeron un par de voces discutiendo en italiano al otro lado de la puerta, y la discusión se prolongó durante un rato. Hacía poco, los Jóvenes Congoleños habían unido sus fuerzas con un par de renegados navales italianos, Rocco y Pino, quienes habían robado de los astilleros Whitehead de Fiume los planos ultrasecretos de un torpedo tripulado de baja velocidad que pretendían montar ahí, en Bélgica, para ir con él tras el yate real del Rey Leopoldo, el *Alberta*. A Rocco, siempre serio, puede que le faltara algo de imaginación, mientras que Pino, que parecía personificar cuanto tiene de inmoderado el temperamento de los italianos del sur, se veía a menudo distraído por la estolidez mental de su socio. En teoría, conformaban un equipo perfecto para un trabajo con un torpedo tripulado: la incapacidad de Rocco para imaginar nada prometedor en lo no regulado —aunque pudiera funcionar de vez en cuando— servía para moderar las fantasías exuberantes pero poco provechosas de Pino.

El Siluro Dirigible a Lenta Corsa representaba un breve pero romántico capítulo en la historia de los torpedos. Con unos blancos limitados a objetos inmóviles, tales como barcos anclados, los cálculos matemáticos de la trayectoria y de la puntería se veían enormemente simplificados, aunque el factor de la *virtù* personal adquiriría una señalada importancia, pues el equipo tenía que trasladar el letal artefacto sin que lo detectaran a través de defensas con frecuencia desconocidas de los puertos hasta que *tocara físicamente el casco* del objetivo buscado, y tras iniciar una confusa secuencia de cuenta atrás, debían *exfiltrarse* tan rápido como pudieran antes de que estallara la carga. El uniforme de faena solía ser un traje de buzo de caucho vulcanizado para mantener el calor durante horas en aguas gélidas, pues el torpedo se deslizaba casi siempre bajo la superficie pero muy cerca de ella, como también, por fuerza, debían hacerlo Rocco y Pino.

—¡Menuda noche! —exclamó Pino—. Hay Garde Civique por todas partes.

—Cada vez que te das la vuelta te encuentras sombreros de copa y uniformes verdes —añadió Rocco.

—Bueno, tranquilos, tomad, si es que todavía no sois alérgicos al verde —dijo Policarpe ofreciéndoles la botella de absenta.

—¿Cuántos barcos habéis..., habéis volado en realidad, Pino? —Fatou ya estaba coqueteando, mientras Rocco, lanzándole temibles miradas, murmuraba algo al oído de su socio.

—... es el tipo de pregunta que te haría una *espía austriaca*; piensa, Pino, piensa.

—¿Qué te está diciendo, Pino? —preguntó Fatou dándose unos golpecitos en una oreja, cuyo lóbulo se había dejado misteriosamente sin ornamentar—. ¿De verdad Rocco se cree que soy un espía?

—Mira, hemos tenido tratos con un par de damas espías —ronroneó Pino, fingiendo una mirada de casta apreciación que no engañó a nadie, pues los esfuerzos que estaba haciendo en ese momento para parecer fino se veían contradichos por una maraña de rizos del sueño, un desaliñado uniforme de faena de la Marina Real Italiana manchado de vino y de lubricantes de motor y una mirada dispersa que nunca llegaba a reposar en nada, y menos todavía en la cara de nadie—. Mientras que yo puedo tomarme estos episodios como gajes del oficio, el pobre Rocco no es capaz de olvidar. Ha hecho caer en una profunda narcosis a muchas reuniones, incluso a gitanos con cuerpo para festejar toda la noche, mediante sus obsesiones sobre *el peligro de las damas espías*.

—*Macchè*, Pino! Ellas..., ellas me interesan, no hay más. Como categoría.

—*Ehì, stu gazz', categoría*.

—Conmigo está a salvo, Teniente —lo tranquilizó Fatou—. Para que un gobierno me contratara como espía, tendría que estar compuesto de completos imbéciles...

—¡Justo ahí quería llegar yo! —dijo Rocco mirando con densidad virtuosa.

Ella le echó un vistazo superficial, ante la posibilidad recién descubierta de que, como el indiferente *mezzogiornismo* de su compañero Pino, ésta fuera la forma de Rocco de coquetear sibilinamente con ella.

—Para variar —le había advertido Eugénie a Fatou—, eres demasiado suspicaz. Tienes que aprender a escuchar mejor a tu corazón.

—Mi corazón. —Fatou negó con la cabeza—. Mi corazón sabía que él era un canalla, mucho antes de que se acercara lo bastante para oírlo latir. Por supuesto, es un mal partido, pero ¿qué tiene eso que ver con nada de esto?

Eugénie tocó con timidez la manga de su amiga.

—Pues resulta que, a lo mejor, me..., me... podría gustar... Rocco.

—¡Aah! —Fatou se derrumbó en la cama y la aporreó con puños y pies.

Eugénie esperó a que acabara.

—Lo digo en serio.

—¡Podríamos ir juntos a bailar! ¡A cenar! ¡Al teatro! ¡Como hacen los chicos y las chicas! Sé que lo dices «en serio», Génie, y eso es lo que me preocupa.

Ambas mujeres se sentían un tanto inquietas cada vez que el dúo italiano tenía que pasar un tiempo en Brujas, la Venecia de los Países Bajos, que estaba tan sólo a un corto trayecto por canal, y que desde la Edad Media era famosa por sus jóvenes bonitas. Eso no importaba tanto, juraban Rocco y Pino repetidamente, como la

necesidad de realizar frecuentes ejercicios a medianoche con el Torpedo, cuyo motor de combustión interna estaba siendo modificado por el personal del Atelier de la Vitesse de Raoul, casi todos ellos mecánicos rojos de Gante. Cuando todos estuvieron satisfechos con el funcionamiento, Rocco y Pino planearon llevarlo por aquellos fantasmagóricos canales nocturnos, invisiblemente, hasta la costa y cierto *royal rendez-vous*.

—Le han colocado un Daimler de seis cilindros —explicó Rocco—, con un carburador militar austriaco, todavía altamente secreto, y un tubo de escape múltiple rediseñado, lo que significa que tenemos una potencia de cien caballos, y eso a velocidad de crucero, *guaglion*.

—¿Por qué no les vendisteis los planos a los ingleses? —se le había ocurrido preguntar a uno de los mecánicos de Gante—. ¿Por qué dárselos a una pandilla de anarquistas sin estado?

Rocco se quedó de piedra.

—¿Robar a un gobierno para dárselo a otro?

Pino y él se miraron.

—Matémoslo —sugirió animadamente Pino—. Yo maté al último, Rocco, ahora te toca a ti.

—¿Por qué se escapa? —dijo Rocco.

—¡Vuelve, vuelve! —gritó Pino—. Oh, bueno. Vaya si son secos por aquí.

El personal del hotel, que iba menos acicalado que si estuviera de servicio a plena luz del día, mantenía un delicado equilibrio entre la irritación y el desconcierto ante el espectáculo de esos artistas del Cuaternión que, a esas alturas, ya llevaban varios años retirados de su lucha por la existencia pero seguían todavía resueltos e insomnes. Si ésta era la otra vida, sólo algunos de los que vestían las libreas del Grand Hôtel de la Nouvelle Digue podrían clasificarse como ángeles guardianes; los demás estaban más cerca de ser diablillos molestos e ingeniosos.

—¿Se trata de una reunión masculina o es posible que asistan un par de damas cuaternionistas? —preguntó Kit, se diría que con cierto tono quejumbroso.

—Raras aves —dijo Barry Nebulay—, aunque, claro, está la señorita Umeki Tsurigane, de la Universidad Imperial de Japón, una discípula del Profesor Knott cuando él enseñó allí. Una joven asombrosa. Ha publicado tanto como el que más (artículos, monografías, libros), y creo que Kimura ha traducido algunos de sus textos al inglés... Ah, ahí mismo la tenemos —dijo haciendo un gesto con la cabeza hacia el bar.

—¿Aquella?

—Sí. Atractiva, ¿no te parece? Deberías llevarte bien con ella, acaba de llegar de América. Ven, te la presentaré.

Pantalones negros, sombrero de vaquero..., pantalones negros *de cuero*, es más, de cuero de guante.

—¿No te parece que sería mejor dejarlo para otro mo...?

—Demasiado tarde. Señorita Tsurigane, el señor Traverse, de New Haven.

Alrededor del esbelto cuello, la hermosa asiática llevaba también un *furoshiki* con un motivo boscoso estampado en azul eléctrico, gris oscuro y rojo chino, plegado en forma de triángulo para que pareciera un pañuelo de vaquero, y a un ritmo vertiginoso se echaba al gaznate whiskies y cervezas. Se había montado ya una modesta porra sobre cuánto tiempo aguantaría antes de desarrollar cierta forma de parálisis.

—«Algunos esquemas cuaternionistas para representar el Haz Anarmónico y formas relacionadas» —recordó Kit—. Leí el resumen en *Comptes Rendus*.

—¡Otro hacista anarmónico! —le saludó ella, tranquila y, por lo que parecía, lúcida—. Según me han dicho, se ha convertido en todo un culto. Se esperan toda clase de... ¡cosas raras!

—Umm.

—El Simposio de Geometría Proyectiva... ¿intervendrá en él?

—Umm.

—¿Intervendrá en algún otro acto? ¿Cuándo?

—Anda, dejadme que os invite a un par más de éstos —se ofreció Barry Nebulay, que, seguidamente, como un ángel de los alcohólicos, partió a realizar otros buenos actos.

—Yale... ¿estudió allí? Kimura-san, que está ahora en nuestro Instituto Naval... ¿lo conoció?

—Estuvo un poco antes que yo, pero se le recuerda con sumo respeto.

—Su condiscípulo americano, De Forest-san, y él han hecho contribuciones muy prácticas en el campo de la comunicación inalámbrica sintónica. El sistema de Kimura-san, esta noche, en alguna parte, está prestando sus servicios a la armada japonesa, contra los rusos. Ambos caballeros estudiaron Vectores con el eminente Gibbs Sensei. ¿No es toda una coincidencia?

—Con las Ecuaciones de Maxwell en el centro del asunto...

—Justamente. —Se puso en pie y le clavó una mirada más o menos devastadora, desde debajo del ala de su sombrero de vaquero—. La fiesta es ahí dentro... ¿le importaría acompañarme?

—Vaya, en lo más mínimo, señorita.

El único inconveniente fue que apenas habían dado dos pasos dentro del Grand Salon cuando ella se perdió de vista, o tal vez fue él, y transcurrieron varios días antes de que volvieran a verse. Él tenía dos opciones: o marcharse e ir a enfurruñarse a cualquier parte, o pasearse por allí y ver qué más podía pasar. Aunque, bien mirado, sus opciones se reducían a una.

Kit se abrió paso serpenteando por el Grand Salon, cuyas paredes estaban empapeladas de una anilina de un verde azulado y un naranja brillante pero ácido, aparentemente con motivos florales, aunque pocos insistirían en ese punto, y que estaba iluminado por centenares de apliques de aspecto moderno, con pantallas de marfil del Congo raspado hasta quedar tan fino como el papel, para que dejara pasar la luz de sus bombillas eléctricas, alborotando esa noche aquel hervidero de cuaternionistas llegados de todos los rincones del globo, de todas las creencias, por no mencionar a sus apóstatas, cuasi-gibbsitas, pseudo-heavisiders y declarados grassmanníacos, que daban vueltas por todas partes con ganas de follón, vestidos con atuendos excéntricos, acicalados con descuido cuando no desastrosamente, todos, puede que no con más cuota de ladridos y babeos de la habitual, cotilleando sin aliento sobre puestos académicos vacantes, matrimonios compulsivos, colegas cretinos y propiedades inmobiliarias, tanto sobrevaloradas como todo lo contrario, haciendo garabatos sobre las ropas de los demás, realizando números de desaparición y reaparición con cigarrillos y billetes justo delante de las narices ajenas, bebiendo Monopole de la Maison, bailando encima de las mesas, agotando la paciencia de esposas, vomitando en los bolsillos de desconocidos, enzarzándose en largas y ásperas discusiones mantenidas con fluidez en esperanto e Idioma Neutral, conversaciones técnicas que eran en gran parte incomprensibles, y eso que la charla sociable o banal tan sólo resultaba un poco menos problemática.

—... la torpe tentativa de Heaviside de descuaternionizar las Ecuaciones del Campo de Maxwell..., ni siquiera ellas se han librado del ataque...

—Afrontémoslo. La *Kampf ums Dasein* se terminó, y hemos perdido.

—¿Quiere eso decir que ahora sólo nos imaginamos que existimos?

—Ejes imaginarios, existencia imaginaria.

—Fantasmas, fantasmas.

—Sí, Hermano-C, y el tuyo es un caso especialmente deprimente. Desde los errores de tu última ponencia, tu lucha debería llamarse una *Kampf uuy Dasein*.

—Somos los judíos de las matemáticas, vagando por aquí en nuestra diáspora..., algunos con destino al pasado, otros al futuro, incluso unos cuantos capaces de emprender, desde ángulos desconocidos de la línea sencilla del Tiempo, viajes que nadie puede predecir...

—Claro que perdimos. Los anarquistas siempre pierden, mientras que los bolcheviques Gibbs-Heaviside, con su visión siempre a largo plazo, persiguen siniestramente sus metas, protegidos en su creencia de que son el futuro inevitable, el pueblo xyz, el partido de un único Sistema de Coordenadas Establecidas, presentes en todos los rincones del universo, gobernando con un poder absoluto. Nosotros no somos más que la pandilla de *ijk*, vagabundos que plantan sus tiendas de trabajo tan sólo mientras lo exija el problema, luego levantan el campamento y siguen adelante, siempre ad hoc y localmente, ¿qué esperabas?

—De hecho, los Cuaterniones fracasaron porque pervirtieron lo que los vectoristas creían saber de las intenciones de Dios: que el espacio es sencillo, tridimensional y real, y que, de existir un cuarto término, uno imaginario, se asignaría al Tiempo. Pero los Cuaterniones llegaron y le dieron la vuelta al planteamiento, definiendo los ejes del espacio como imaginarios y dejando que el Tiempo fuera el término *real*, y también escalar..., simplemente inadmisibile. Por descontado, los vectoristas fueron a la guerra. Nada de lo que sabían del Tiempo permitía que éste fuera tan sencillo, como tampoco podían permitir que el espacio se viera comprometido por números imposibles, el espacio terrenal que habían luchado por penetrar, por ocupar, por defender desde hacía incontables generaciones.

Como acompañamiento de esas lamentaciones sonaba una música inapropiadamente animada, y Kit se acababa de acercar lo bastante para poder oírla. Al piano se sentaba lo que parecía una contralto de music-hall en una especie de vestido de Poiret, acompañada por un conjunto callejero formado por acordeón, glockenspiel, saxofón barítono y tambores, y que cantaba en un vivaz compás de 6/8:

Oh,
el,
 estrambótico y rarito cuater-nio-nista,
la criatura de i-j-k,
¿por qué tiene esa sonrisa tan intrigante,
y anda con tanto sigilo? De
Waterloo a Tombuctú,
los hay a montones...
¡Están, dicen, en Tas-man-
i-a-ay, y hasta en los árboles! Y si
te encontraras a uno en tu salón
con luna llena,
te evitarías alguna incomodidad,
cantándole esta pe-queña melodía... (-2-3-y...)
Una vez vi a un tipo del Cuater-nión, se
comportaba, oh, de manera tan rara...,
una co-sa más bien *verde y larga*
se metía en la oreja...,
sí, podría ser un pepinillo,
si no lo fuera, ¡oh, Dios mío!, ¡ese
estrambótico y rarito cuater-nio-nista!

Tema que la cautivada concurrencia había estado cantando incansablemente, una y otra vez, acompañando a la cantante desde que había llegado, con una frecuencia rítmica que reproducía la antigua magia de la tarantela y hacía que los asistentes

sintieran un deseo irresistible de abandonarse a un baile salvaje, significara lo que significase eso en aquel lugar. Los choques se sucedían, a menudo con violencia, y Kit sólo pudo esquivar uno al reconocer, justo antes del contacto, una voz profunda y familiar. Y allí, como era de esperar, con su exaltada sociabilidad de siempre, estaba Root Tubsmith.

—¡Creía que te habías fugado con aquella pelirroja! —saludó a Kit.

—Me enrolaron en la armada —dijo Kit—. O algo así. Últimamente nada ha sido rigurosamente lo que uno llamaría «real». ¿El que te vea en este estado significa que todo ha vuelto a ser normal?

—Claro —respondió pasándole una botella de vino sin nombre—. Siguiente pregunta.

—¿No tendrás un esmoquin para prestarme?

—Ven conmigo. —Encontraron los alojamientos de Root, quien, como Kit, parecía compartirlos con una docena aproximada de otros creyentes hamiltonianos. Ropa en una amplia variedad de colores, tamaños y niveles de formalidad cubría el espacio disponible de suelo—. Supongo que puedes elegir lo que quieras. Es lo más cerca que estaremos del Anarquismo en toda nuestra vida.

De vuelta en el salón, el ruido y los joviales movimientos centrífugos habían subido marcadamente de tono.

—¡Maniacos —gritó Root—, todos y cada uno de nosotros! Claro que cincuenta años atrás lo eran todavía más; hoy los verdaderos maniacos se dedican al trabajo de fundamentación, a la teoría de conjuntos, a la abstracción absoluta, como si participaran en una carrera para ver quién puede adentrarse más en los territorios fronterizos de lo no existente. Y ya no se trata estrictamente de una «manía», al menos no como las de antes. ¡Ah, *los viejos tiempos!* Grassmann era alemán y, por eso, automáticamente, se contaba entre los poseídos; Hamilton se vio castigado por un genio precoz y paralizado por un primer amor que nunca pudo superar. Beber mucho, aunque quién soy yo para decir nada, no es que ayude demasiado. A Heaviside lo llamaron una vez «el Walt Whitman de la Física Inglesa»...

—A ver, perdona, pero ¿qué significa todo eso?

—Pregunta sin respuesta. Algunos han detectado en Heaviside cierto nivel de pasión o puede que sólo de energía, más allá de la truculencia que domina las distintas esferas estos días.

—Pues si Heaviside es el Whitman —comentó un asistente británico que estaba cerca, y que lucía un chillón conjunto amarillo—, ¿quién es el Tennyson?

—Clerk Maxwell, ¿no le parece? —sugirió un tercero mientras otros se sumaban a la conversación.

—Lo que convierte a Hamilton, imagino, en el Swinburne.

—Sí, pero entonces, ¿quién es Wordsworth?

—¡Grassmann!

—Vaya, qué juego más divertido. ¿Y Gibbs? ¿El Longfellow?

—¿No habrá por casualidad un Oscar Wilde?

—¡Vamos todos al Casino! —gritó alguien invisible.

Kit se preguntó cómo iba a llegar ninguno de los presentes siquiera hasta la puerta, y no digamos ya cómo iban a entrar; pero resultó que los cuaternionistas disfrutaban de diversos privilegios en su calidad de miembros del Kursaal, entre los que se encontraba el acceso al Casino.

—Se abre un nuevo y fascinante campo —le confió Root cuando entraban—. La Probabilidad Cuaternionista. Parece que, a medida que se desarrolla una partida de bacará, puede describirse cada *coup* como una serie de, bueno, los llamaríamos vectores: diferentes largos que señalan en diferentes direcciones...

—Algo así como tu pelo, Root.

—Pero en lugar de encontrar una única resultante —prosiguió Root—, aquí estamos trabajando con tasas de cambio, rotaciones, diferenciales parciales. Rotacionales, Laplacianos, en tres dimensiones y a veces en más...

—Root, tengo mi salario del pesquero, nada más.

—Quédate conmigo, hijo mío, y pronto te revolcarás en francos.

—Ya. Me parece que sólo daré una vuelta.

Acostumbrado a un tipo de ambiente más tabernario, a Kit los modales europeos le resultaron opresivos, sin rastro de faroleos, calumnias, engaños ni peleas a puñetazos, o eso parecía. ¿Dónde estaba la diversión? Salvo por un grito de vez en cuando, y aun entonces de una polaridad difícil de entender, las emociones fuertes quedaban relegadas para más tarde, o puede que a un salón entre bastidores destinado al dolor, las almas perdidas y los futuros anulados, a todo cuanto no debía salir a la luz aquí, pues éste era un templo del dinero, ¿no?, aunque eso llevara de vuelta a su propio Inefable, a figuras como Fleetwood Vibe, al caucho, el marfil, la fiebre y la miseria del África negra cuyos espantosos abismos sólo ahora empezaban a horrorizar a la opinión pública en todo el mundo civilizado.

Los camareros con zapatos de suelas forradas entraban y salían repartiendo champán, puros, polvos opiáceos y correspondencia interna del Casino sellada en sobres pequeños y pesados. Los maquillajes se iban empañando lentamente de sudor y lágrimas, las barbas se despeinaban, los pañuelos se manchaban, no pocas veces de sangre de labios mordidos. Las alas de las chisteras se cubrían de billetes. Las cabezas que caían vencidas por el sueño se topaban con superficies de tapete provocando una audible percusión. Ruidos en staccato producidos por ruletas, zapatos de vestir o de baile y dados llenaban la sala y lo que, de otro modo, habría sido un silencio insoportable. La iluminación eléctrica mantenía el escenario visible y limpio, todo sucedía por pasos, por números enteros, dejando poco margen para la ambigüedad en los espacios intermedios. Y en alguna parte, aquella incontestable función de onda, el mar.

Por extraño que pareciera, se fijó Kit, la sala también estaba plagada de maquillajes abstractos, y no sólo en los rostros de las mujeres; había simetrías rotas

por todas partes, como si cada uno, en un momento de despiste o de demasiada confianza, hubiera permitido que en el marco del espejo entrara algo que no debía ser visto, y todo se hubiera mezclado. Se topó por fin con una cara simétrica en la mesa de la ruleta, de una clase conocida por esos lares como *esfinge Khnopffiana*. La mujer, asomada a la ruleta, miró directamente a los ojos de Kit, excluyendo de buenas a primeras todo tipo de charla introductoria, con una mirada animal, atemporal, como si ya hubiera asumido lo que ahora le parecía a él —o llegaría a parecerle más delante, si no se le presentaban asuntos más desesperados a los que atender— una indiferencia absoluta hacia la mayoría de las formas de terror, entre ellas las que los anarquistas de la época consideraban a menudo necesario utilizar. La dificultad radicaba en el extraordinario ámbar pálido de sus iris —demasiado pálido para ser tranquilizador—, no tanto un matiz cuanto un defecto producido por la ictericia, que sin embargo no llegaba a alcanzar el blanco titanio que los rodeaba. Dicho de otro modo, supuso que si ojos tan incoloros como éstos pertenecieran a un perro, lo primero que uno pensaría es que no era un perro el que le devolvía la mirada.

Este seductor enigma lo observaba a través del humo de un puro fino.

—¿Está disfrutando de un momento de independencia alejado del resto de la pandilla con la que ha venido?

Kit sonrió con malicia.

—Unos pájaros de aspecto sospechoso, ¿no le parece? Así acaban los hombres que se pasan todo el tiempo sentados puertas adentro y mirando fijamente números.

—¿Son esos matemáticos que están en el Nouvelle Digue? *Mon Dieu*.

—¿Y usted se aloja en el Continental?

Ella alzó una ceja.

—Lo digo por esa «piedra» que lleva, ni más ni menos.

—¿Esto? Es quincalla. Claro que si no sabe diferenciarlo...

—Mierda, se lo perdonaría, fuera lo que fuese.

—Así es justamente como hablan los ladrones de joyas. Ahora estoy segura de que no puedo fiarme de usted.

—Entonces me temo que no tiene mucho sentido que le ofrezca mis servicios.

—Es usted americano.

—Lo que no significa que no haya recorrido algunos bulevares —afirmó Kit—, ni que no haya entrado y salido por puertas de callejones.

—Uno de esos yanquis ingeniosos. —Exhibió, como si lo sacara del aire, un rectángulo pequeño de color marfil, el cual llevaba un dibujo fino de color violeta de un rayo de luz que atravesaba varias capas de cristal de un techo para iluminar un fragmento de las vigas de hierro de unos soportales y, en una de las esquinas inferiores, en tipografía sans-serif moderna, el nombre Pléiade Lafrisée, con una dirección de París—. Mi tarjeta de visita.

—No voy a preguntarle a qué asuntos se dedica, porque es asunto suyo.

—*Conseilleuse* —dijo ella encogiéndose de hombros.

—¡He ganado! ¡He ganado! —se oyó un profundo aullido procedente del otro lado de la sala.

—Venga —le dijo Kit haciéndole una seña con la cabeza por encima de una mesa de chemin-de-fer—, voy a enseñarle algo. Felicidades, Root. Es bastante divertido, ¿verdad?

—¡Aaah, pero se me olvidó llevar la cuenta de todo! —Los globos oculares de Root Tubsmith casi daban vueltas en sus cuencas, las fichas se le caían por todas partes y llevaba una encajada descuidadamente detrás de cada oreja—. Valores de las cartas, hora del día, lo debería haber anotado, bien podría haber sido sólo fruto del azar y la suerte. —De su bolsillo sacó un trozo de papel maltratado, cubierto de fórmulas llenas de triángulos boca abajo, eses mayúsculas y cus minúsculas, y lo miró frunciendo el ceño—. Me parece que lo mejor será que reajuste algunos parámetros: la temperatura de la sala, el índice de irracionalidad del jugador, un par de coeficientes de la matriz de retroversión...

—*Ma foi.*

—Si quiere, mademoiselle —se ofreció Kit—, podemos hacer una pequeña apuesta en su nombre.

—Dejo los detalles en sus manos, caballeros, ustedes son los matemáticos y todo lo demás.

—Eso es.

Casi sin darse cuenta, Pléiade había ganado diez mil francos.

—Éste es el momento en que vienen los detectives del Casino y me hacen devolverlo todo.

—Estamos a salvo —la tranquilizó Root—, ellos están a la última: prismas de Nicol, monóculos estroboscópicos y equipos de telegrafía sin hilos en los zapatos. Pero nuestra magia es más antigua, y la gran ventaja de estar tan anticuada es que ya nadie la reconoce cuando la ve.

—Así que tengo que agradecerse a... ¿cómo los llaman? ¿Cuaterniones?

—Eso podría suponer alguna dificultad...; si quiere, puede agradecerémoslo a nosotros.

—En ese caso, vengan, los invito a todos a cenar.

Tras una breve resistencia del Código de Caballeros y su rápida derrota ante la posibilidad de un ágape gratis, casi todo el grupo aceptó la invitación y se encaminaron al restaurante contiguo a la sala de juego.

Fuera lo que fuese lo que ese bombón pretendiera, no era ninguna muerte de hambre. A cuanto pedían los Cuaters, ella encargaba más de lo mismo. El vino tenía nombre y fechas añejas en las etiquetas. En un momento dado, tras la sopa, Pléiade preguntó sin dirigirse a nadie en concreto:

—Sí, pero ¿qué es un cuaternión?

La hilaridad en la mesa fue general y prolongada.

—¿Qué «es» un Cuaternión? ¡Ja, jajajaja!

Los tacones martillearon impotentes en la alfombra, se volcó el vino, las patatas demasiado fritas se arrojaron de aquí para allá.

—El famoso hijo de Cambridge Bertie «Perro Loco» Russell comentó —comentó Barry Nebulay— que la mayoría de los argumentos de Hegel acaban reduciéndose a juegos de palabras con «es». En este sentido, lo que pasa con lo que «es» un cuaternión es que nos vemos obligados a encontrarlo de más de una guisa. Como un cociente vectorial; como una forma de representar números complejos en tres ejes en lugar de dos; como una lista de instrucciones para transformar un vector en otro.

—Y si se considera subjetivamente —añadió el Doctor V. Ganesh Rao, de la Universidad de Calcuta—, puede tomarse como el acto de alargarse o acortarse mientras se gira al mismo tiempo, entre ejes cuyo vector unidad no es el familiar y reconfortante «uno», sino la absolutamente turbadora *raíz cuadrada de menos uno*. Si usted fuera un vector, mademoiselle, empezaría en el mundo «real», cambiaría de largura, entraría en un sistema de referencia «imaginario», rotaría hasta de tres modos distintos y volvería a la «realidad» convertida en una persona nueva. O en un vector nuevo.

—Fascinante, pero los seres humanos no son vectores, ¿verdad que no?

—Discutible, mi joven dama. De hecho, en la India los Cuaterniones son ahora el fundamento de una escuela moderna de Yoga, una disciplina que siempre se ha basado en operaciones tales como estirarse y girarse. Vea, por ejemplo, que en el tradicional «Triángulo Asana» —se puso en pie y lo ejecutó— la geometría es bastante sencilla. Pero al poco uno pasa a formas más avanzadas, en los espacios complejos de los Cuaterniones... —Desplazó algunos platos, se subió a la mesa y anunció—: El «Versor Cuadrante Asana». —Y comenzó un número que rápidamente pareció digno de un contorsionista y, de vez en cuando, hasta se diría que contrario-a-lo-posible, lo cual atrajo la atención de otros comensales y finalmente hasta del maître, que se acercó corriendo y agitando un dedo vehemente y se encontraba ya a sólo dos pasos de la mesa cuando el Doctor Rao se desvaneció de repente.

—*Uwe moer!* —El empleado se quedó de piedra, toqueteándose la *boutonnière*.

—¡Lo captamos, Doc! —dijo riéndose entre dientes Root.

Pléiade se encendió un puro. Barry Nebulay buscó debajo de la mesa compartimentos ocultos. Salvo para un par de los compañeros de mesa del Doctor Rao, que aprovechaban para rebañar afanosamente los restos de comida de su plato, el asombro era general. Al momento oyeron gritar al Doctor desde la cocina:

—¡Por aquí! ¡Todos..., vengan a ver!

Y, como era de esperar, había reaparecido con un pie dentro de un tarro de mayonesa, aunque, curiosamente, ya no era la misma persona que antes de ejecutar el Asana. Para empezar, era más alto.

—Y además ahora es rubio —comentó perpleja Pléiade—. ¿Puede hacerlo a la inversa y volver a ser el que era?

—Todavía no he aprendido cómo. Se dice que algunos maestros yoguis sí saben, pero para mí sigue siendo no conmutativo; de todos modos, me gusta ir dando saltos por ahí. Cada vez que lo hago me convierto en otro. Es como una reencarnación a cuenta, sin tener que preocuparse por el elemento del karma.

Pléiade, de quien Kit había concluido que más valía no fiarse, se entretuvo tomándose otra botella de vino antes de sacar de su ridículo un reloj Vacheron & Constantin, abrir de golpe la saboneta y esbozar una deslumbrante sonrisa de disculpa social.

—Debo irme volando. Perdónenme, caballeros.

Alguna de esas asesorías, supuso Kit.

Root le hizo una señal al camarero seguida de amplios aspavientos hacia Pléiade.

—Ella se encarga de la cuenta..., *haar rekening, ja?*

Pléiade tenía una cita con un tal Piet Woevre, antiguo miembro de la Forcé Publique, cuya afición a la brutalidad, refinada en el Congo, les había parecido inapreciablemente útil a las fuerzas de seguridad de la metrópoli. En Bélgica, sus objetivos no eran, como podrían indicar los intereses periodísticos, tanto los alemanes cuanto los «socialistas», que era como decir esclavos y judíos. Sólo con ver por la calle el perfil de una levita más larga y holgada de lo que la llevaría un gentil, ya sacaba el revólver. Él parecía rubio, aunque el resto de su tez no era coherente con ese tono. Había indicios de que dedicaba mucho tiempo a su acicalamiento diario, que incluía carmín y una colonia no inequívoca. Pero Woevre era indiferente a la mayoría de suposiciones y claves de la sexualidad cotidiana. Había dejado esas cosas muy atrás, en junglas desconocidas. Que los demás pensaran lo que quisieran; si tenía necesidad de algún tipo de expresión corporal, siempre podía mutilar o asesinar, y ya había perdido la cuenta de cuántas veces lo había hecho, sin la menor vacilación ni temor a las consecuencias.

Él pertenecía al reino de lo ininterrumpido y sus simplicidades: el fluir del río, la luz y la no luz, las transacciones en sangre. En Europa había demasiado que recordar, una red inagotable de cautelas y estratagemas. Pero allá abajo él ni siquiera necesitaba un nombre.

A primera vista, no parecía haber mucha diferencia entre la Legión Extranjera francesa y la Forcé Publique belga. En ambos casos, uno huía de sus apuros para servir en África. Pero donde el primer cuerpo militar imaginaba la penitencia en el desierto bajo un exceso de luz, en radiante absolución, el otro buscaba, en la penumbra de la fétida selva, alcanzar lo contrario de la expiación: proclamar que la suma de los pecados cometidos en Europa, por siniestros que fueran, no habían sido más que la necesaria fase de aprendizaje para entrar en la fraternidad de los voluntariamente perdidos. Cuyos rostros, después, resultarían tan imposibles de recordar como los de los nativos.

A Woevre le bastaba con una mirada a los Cuaters que deambulaban por la ciudad, con hebras de tabaco pegadas en la camisa y pequeños billetes sobresaliéndoles de los bolsillos, para que se le cayera la baba, como se dice entre los ayudantes del mal. Es decir, para que deseara abandonar la vigilancia y archivar los expedientes de todas sus demás misiones en marcha, y así concentrarse en esa pandilla de *rastaquouères* que habían irrumpido en la ciudad tan caóticamente. Por no mencionar la presencia en el mismo hotel de los «Jóvenes Congoleños».

—Puede que no sean más que simples matemáticos inocentes, supongo —murmuró el oficial de sección de Woevre, De Decker.

—«Que no sean más». —A Woevre le hacía gracia—. Algún día me explicará cómo es eso posible. Puesto que, bien mirado, todas las matemáticas conducen, tarde o temprano, a algún tipo de sufrimiento humano.

—Vaya, su especialidad, Woevre. Camaradas de armas, se diría.

—No cuando el sufrimiento podría ser fácilmente el mío, por no decir el de ellos. Porque no hacen distinciones.

De Decker, que no era precisamente un filósofo y sentía una vaga alarma cada vez que se topaba con esas inclinaciones entre los agentes sobre el terreno, pareció desviar su interés hacia unos papeles que tenía delante.

El hombre era un *bobbejaan*. Woevre sintió un escozor familiar en los nudillos, pero la conversación todavía no había acabado.

—Este tráfico telegráfico con Amberes y Bruselas —dijo, pero De Decker no levantó la vista—. De un grupo particular, el «MKIV/CDO», que nadie sabe identificar, ¿tal vez su gente...?

—Sí, nuestros criptos creen que se trata de cierto tipo de armas... ¿Algo relacionado con torpedos? Quién sabe. «Mark IV o no sé qué». Tal vez no le importaría a usted investigar. Sé que no cae dentro de sus competencias —dio la impresión de que Woevre estaba a punto de quejarse—, pero en cualquier caso otro grupo de «antenas» sería bien recibido.

—Una manera muy fina de expresarlo. Considéreme otro leal *gatkruiper*. —Estimulado por la conciencia del decreciente agradecimiento, Woevre salió rápidamente por la puerta.

—Como si no tuvieras ya bastante que aguantar —comentó más tarde Pléiade Lafrisée.

—¿Es ésa toda la comprensión que me ofreces?

—Oh... ¿es que había una cantidad estipulada? ¿Es que colaste eso también en nuestro acuerdo?

—Con tinta invisible. Pero lo que nos gustaría esta noche es echar un vistazo a su habitación. ¿Puedes mantenerlo ocupado una hora o así?

Pléiade tenía las manos entretenidas en el cuerpo de Woevre. Vaciló un momento, se lo pensó, hasta que percibió cierta inminencia brutal, y entonces continuó. Más tarde, en el baño, se inspeccionó algunos moratones y le pareció que todos eran

elegantes salvo el de la muñeca, que a un *connaisseur* le sugeriría cierta carencia de imaginación.

Woevre vio cómo salía de la habitación. Las mujeres tenían mejor aspecto vistas desde atrás, pero uno sólo las veía así al marcharse, cuando uno ya había acabado con ellas, ¿y qué interés podían despertar entonces? ¿Por qué se empeñaba esta sociedad en que una mujer entrara en una habitación con la cara por delante en vez de con el culo? Era otra de esas bizantinas complejidades civilizadas que le hacían echar de menos la vida en la selva. Desde su regreso a Bélgica, había encontrado un número creciente de tales complejidades, desplegadas a su alrededor como trampas o minas. La obligación de no ofender al Rey, de permanecer atento a los servicios rivales y a sus propios planes ocultos, de calibrarlo todo en relación con la masa mortal de Alemania, dominaba las veinticuatro horas del día.

¿Acaso importaba quién espiaba para quién? Las familias reinantes de Europa, emparentadas por sangre y matrimonio, habitaban su única, inmensa e incestuosa parodia de poder, riñendo sin fin: las burocracias estatales, los ejércitos, las Iglesias, los burgueses, los trabajadores, todos estaban atrapados en ese juego... Pero si, como Woevre, uno había visto el interior de la farsa del poder europeo, no había la menor razón, a la terrible luz transhorizontal de lo que se aproximaba, para no trabajar para tantos amos, y a lo largo de tantos ejes, como se pudiera asumir sin confundir a la propia memoria.

Y, aún más, ¿cómo interpretar el último rumor, que se desplazaba justo por debajo de la capacidad de Woevre para recibir la señal con la mínima claridad —un ruido inidentificable que despierta al durmiente con el corazón martilleando y las entrañas vacías—, la información de que existía un arma Cuaterniona, un medio para desatar sobre el mundo energías inimaginables hasta el momento, ocultas —De Decker seguro que diría «inocentemente»— dentro del término *w*? Se decía que un artículo matemático del inglés Edmund Whittaker, que aquí pocos podían entender, era crucial. Woevre se había fijado en que los asistentes a la convención no dejaban de lanzarse *miradas* peculiares unos a otros. Como si todos estuvieran al tanto de un secreto cuya fuerza terrible hubiera sido oportunamente apartada a un lado, como si sólo pudiera encontrarse en un mundo paralelo en el que no sabían muy bien cómo entrar o, una vez dentro, cómo salir. Y este lugar, este trecho de territorio estratégico bajo el nivel del mar, esta tierra rehén de las ambiciones europeas, a la espera, insomne sin remisión, de los golpes que se abatirían sobre ella, ¿no era el mejor lugar de reunión posible para los guardianes de los sellos y los códigos?

La noche siguiente, Kit, tras acompañar, contra lo que le dictaba el sentido común, a Pléiade a su suite, se encontró sumido en una especie de perplejidad, pues en algún momento de la profunda maldición de la hora, ella se había desvanecido misteriosamente. Le dio la impresión de que hacía sólo un instante ella estaba allí,

junto a la ventana que daba al mar, recortándose contra la incierta luz marina, combinando cuidadosamente absenta y champán para crear un extraño y desvaído brebaje espumoso. Y entonces, sin que hubiera transcurrido ningún tiempo perceptible, en las habitaciones comenzó a resonar la ausencia. Junto al espejo de pie, Kit se fijó en una bata pálida, de una gasa casi inmaterial, que no estaba echada sobre una silla, sino que *permanecía erecta* y ondeaba de vez en cuando a causa de corrientes de aire que de otro modo no habría notado, como si hubiera alguien dentro, agitada tal vez por fuerzas invisibles y hasta innombrables, y cuyos movimientos, inquietantemente, no siempre coincidían con los que reflejaba su imagen en el espejo.

Ahora no se oía nada, ni siquiera el océano, en la habitación, aunque las ventanas daban a las largas olas heridas por la luna. Y a la luz de la luna, desafiando la gravedad, la bata allí erguida, sin rostro, sin brazos, parecía interpelarlo, como si en cualquier momento fuera a hablar. En aquel silencio curiosamente sellado de la habitación, esperaban el alterado vectorista y ese espectro de Pléiade Lafrisée. ¿Era algo que había bebido? ¿Tenía que entablar conversación con un *negligé*?

Con el fondo del pulso distante del mar, entre las sombras monitorias de sombreros altos, regresó a su hotel y descubrió que habían registrado su petate, lo que no les habría llevado más de un minuto, y lo primero que le vino a la cabeza fue Scarsdale Vibe o uno de sus agentes.

—Los vimos —dijo Eugénie—. Era la policía política. Creen que eres uno de los nuestros. Gracias a nosotros te consideran un forajido nihilista.

—No pasa nada —dijo Kit—, siempre quise ser algo por el estilo. ¿Os molestó alguno, chicos?

—Nos conocemos todos —dijo Policarpe—, es un juego peculiar al que todos jugamos. Ante lo que se cierne en el crepúsculo del futuro europeo, no tiene mucho sentido este fingir que se sigue como si nada con lo cotidiano, ya sabes, sólo esperando. Todo el mundo esperando.

—En Francia —dijo Denis— hablan de El que Vendrá. No es el Mesías. No es Cristo ni Napoleón. No era el General Boulanger. Él es innombrable. No obstante, uno tendría que estar excepcionalmente aislado, sea mental o físicamente, para no sentir Su acercamiento. Y para no saber lo que Él trae. Qué muerte y qué transfiguración.

—Nosotros también esperamos aquí, pero no, como los franceses, a un Napoleón, nada así de humano, sino que somos rehenes de cierta Hora militar, que sonará cuando decidan los estados mayores.

—¿No se supone que Bélgica es neutral?

—Zeker —un encogimiento de hombros—, si hasta hay un Tratado, lo cual hace que sea *cosa segura* que nos invada al menos uno de los signatarios, pues ¿no sirven acaso para eso los Tratados de Neutralidad? Cada Potencia tiene su propio plan para nosotros. Von Schlieffen, por ejemplo, quiere mandar treinta y dos divisiones alemanas contra las, pongamos, seis nuestras. Guillermo ha ofrecido a Leopoldo parte

de Francia, el antiguo ducado de Borgoña, si, cuando llegue el mítico momento, rendimos todos nuestros famosos fuertes a prueba de bombas y dejamos intactas las vías férreas... Una vez más, la pequeña Bélgica se afana en lo que mejor sabe hacer: ofrecer dócilmente sus tierras bajas, ideales como campos de batalla, a botas, cascos y ruedas de hierro, esperando ser la primera en caer ante un futuro que nadie en Europa tiene la clarividencia de imaginar más que como un ejercicio para oficinistas.

—Piensa en Bélgica como si fuera un peón. No es accidental que se celebren tantos torneos internacionales de ajedrez aquí, en Ostende. Si el ajedrez es la guerra en miniatura..., tal vez Bélgica se tome como la primera pieza sacrificada en un conflicto general..., aunque es posible que no, como en un gambito, para posibilitar un contraataque, pues un gambito puede ser rechazado, ¿y quién rechazaría tomar Bélgica?

—Así que... esto es como Colorado, con cambios de signo matemático..., por la altitud negativa, este vivir por debajo del nivel del mar o algo así, ¿no?

Fatou se acercó a él y lo miró a través de sus pestañas.

—Es la pena de la espera, Kit.

La siguiente vez que vio a Pléiade Lafrisée fue en un café restaurante al lado de la Place d'Armes. Hasta mucho más adelante no se le pasaría por la cabeza que ella podría haber organizado el encuentro. Llevaba un *peau de soie* violeta claro y un sombrero tan seductor que Kit casi no se sorprendió al notar su erección. El estudio de esas cuestiones acababa de empezar, y sólo unos pocos arrojados pioneros, como el Barón Von Krafft-Ebing, habían osado asomarse al territorio desconocido y extrañamente crepuscular del fetichismo del sombrero; y tampoco es que Kit se fijara de ordinario en detalles así, pero resultó tratarse de una toca gris de terciopelo, adornada con encaje antiguo y una larga pluma de avestruz teñida del mismo tono de violeta que su vestido...

—¿Esto? Se puede encontrar en la mitad de las tiendas de modistillas, y por apenas unos céntimos.

—Oh. Debo de haberme embobado mirando. ¿Qué te pasó la otra noche?

—Ven. Invítame a una Lambic.

El local era como un museo de la mayonesa. Se vivía esos años el momento álgido del *culte de la mayonnaise* que por entonces se extendía por Bélgica, y muestras desproporcionadas de la emulsión ovooleaginoso se veían por todos los rincones. Montones de Mayonnaise Grenache, rodeados de bandejas de pavo y lengua ahumados, resplandecían rojizos como si el brillo procediera de dentro, mientras que, aunque guardara poca relación, por decir algo, con una comida de verdad a la que se hubiera podido añadir, montañas de mayonesa Chantilly se alzaban incontenibles en picos inmunes a la gravedad e inmatrimiales como nubes, junto con imponentes masas de mayonesa verde, cuencos de mayonesa cocida, mayonesa en suflés, por no

mencionar cierta cantidad de mayonesas no del todo consumadas, que cumplían una oscura condena o, a veces, pasaban por otra cosa, inundando hasta el más recóndito recoveco.

—¿Cuánto sabes de La Mayonnaise? —preguntó ella.

Él se encogió de hombros.

—Me parece que hasta la parte que dice «*Aux armes, citoyens*»...

Pero ella fruncía el ceño, con una seriedad que él raramente le había visto.

—La Mayonnaise —explicó Pléiade— tiene su origen en la sordidez moral de la corte de Luis XV; aquí, en Bélgica, la afinidad no debería ser demasiado sorprendente. Las cortes de Leopoldo y Luis no son muy diferentes, salvo por el tiempo, ¿y qué es el tiempo? Ambos engañaron monumentalmente a los hombres y se mantuvieron en el poder oprimiendo a los inocentes. Es útil la comparación entre Cléo de Mérode y la marquesa de Pompadour. Los neurópatas reconocerían en ambos reyes el deseo de construir un mundo autónomo y cerrado en el que vivir, lo que les permite proseguir el inmenso daño que infligen al mundo en el que tenemos que vivir los demás.

»La salsa la inventó el duque de Richelieu como una nueva sensación para los paladares ahítos de la corte, y al principio se la conocía como *mahonnaise*, por Mahón, el principal puerto de Menorca, escenario de la discutible «victoria» del duque en 1756 sobre el desafortunado Almirante Byng. Básicamente, Richelieu era el proveedor de drogas y putas de Luis, pero también adquirió cierto renombre por sus recetas de opio ajustadas a cada ocasión, y se le atribuye la introducción en Francia de la cantárida o mosca española. —Miró intencionadamente los pantalones de Kit—. ¿Qué puede tener en común ese afrodisíaco con la mayonesa? El que los escarabajos deban ser reunidos y sacrificados exponiéndolos a los vapores del vinagre indica un interés en las criaturas vivientes, o que vivían hasta hacía poco (la yema del huevo tal vez podría considerarse una entidad consciente), y los cocineros hablan de batir, azotar, liar, penetrar, someter, rendir. Hay algo incuestionablemente sádico en la mayonesa. No puede pasarse por alto.

A esas alturas, Kit estaba un tanto confuso.

—Pues a mí siempre me había parecido un poco, no sé... ¿sosa?

—Hasta que miras dentro. La mostaza, por ejemplo, mostaza y cantáridas, *n'est-ce pas*? Ambas despiertan la sangre. Hacen ampollas en la piel. La mostaza es la clave bien conocida para la resurrección de una mayonesa fallida, como la cantárida lo es para revivir un deseo apagado.

—Has estado dándole muchas vueltas a la mayonesa, mademoiselle.

—Quedamos esta noche —dijo con un repentino y feroz susurro—, en la Fábrica de Mayonesa, y tal vez entenderás cosas que sólo unos pocos llegan a saber. Habrá un carruaje esperándote.

Le apretó la mano y se marchó en medio de una bruma de espicanardo, tan bruscamente como la otra noche.

—Suenan demasiado bien para dejarlo pasar —le pareció a Root Tubsmith—. Sin duda, ésta es una chica peligrosa. ¿Te hace falta compañía?

—Lo que me hace falta es protección. No me fío de ella. Pero ya sabes...

—Oh, eso no es verdad. Ella intenta convencerme de que le enseñe mi método de Probabilidad Cuaternionista. Bueno, puede que «convencerme» no sea la palabra exacta. Yo le repito que antes tiene que estudiar los Cuaterniones, y vaya, que no para de presentarse para que le dé más clases.

—¿Aprende algo?

—Yo sí aprendo.

—Rezaré por tu seguridad. Mientras tanto, si no vuelves a verme...

—Anda, sé optimista. Ella es una bondadosa chica trabajadora, ni más ni menos.

La Usine Régionale à la Mayonnaise o Fábrica Regional de la Mayonesa —donde se preparaba toda la mayonesa del Oeste de Flandes y desde donde se mandaba a distintos restaurantes en una amplia gama de variedades, cada una de las cuales se presentaba como «Especialidad exclusiva de la Casa»—, aunque ocupaba una gran extensión, raramente se la mencionaba, si es que eso ocurría alguna vez, en las guías, con lo cual recibía pocos visitantes aparte de quienes trabajaban allí. Entre las dunas al oeste de la ciudad, junto a un canal, visibles durante el día a kilómetros de distancia, entre las arenas, se alzaban docenas de modernas cubas de acero, con aceites de oliva, de sésamo y de algodón, que se transportaban a través de otro laberinto de tuberías y válvulas a la gran Facilité de l'Assemblage, con conexión a tierra y aislada eléctricamente para permitir que la producción continuara sin el peligro de ser interrumpida por los disyuntivos efectos de los truenos.

Sin embargo, después de la puesta de sol, este ejemplo alegremente racional de la ingeniería del siglo xx se disolvía en sombras más precarias.

—¿Hay alguien ahí? —gritó Kit, vagando por pasillos y pasarelas, ataviado con un traje de calle prestado y unos elegantes botines afilados como navajas. En algún lugar, ocultas en la oscuridad, siseaban las dínamos, y enormes baterías de gallinas italianas cacareaban, cloqueaban y ponían huevos que rodaban sin cesar, aparentemente día y noche, con un zumbido amortiguado, a través de un complejo dedalo de toboganes almohadillados con gutapercha, hasta la Zona de Recolección de Huevos.

Pero había algo desconcertante: ¿no tendría que verse un poco más de actividad por aquí? No veía a ningún trabajador por ningún lado. Todo parecía funcionar sin intervención humana, con la excepción, repentina, de la mano de quien fuera que acababa de darle a un interruptor que lo había puesto todo en marcha. En circunstancias normales, a Kit le hubieran fascinado los detalles técnicos, como los gigantescos mecheros de gas que se encendían abriéndose con un ruido percutiente, las cintas transportadoras y poleas que se ponían en movimiento tras unas sacudidas,

los cabezales de goteo que se desplazaban a su lugar girando sobre las *cuves d'agitation*, las bombas de aceite en marcha, los batidores elegantemente curvados que adquirirían velocidad.

Pero ni un solo par de ojos, ni el sonido de un solo paso intencionado, por ningún sitio. Kit, que raramente era presa del pánico, sentía que estaba a punto de que éste lo dominara, aunque puede que todo se debiera a la mayonesa.

No puede decirse que echara a correr, pero sí aceleró el paso. Cuando llegó a la Clinique d'Urgence pour Sauvetage des Sauces, para la resurrección de mayonesa potencialmente fallida, al principio no notó nada salvo que el suelo estaba un poco resbaladizo, pero al instante se encontró caído de espaldas, con los pies en alto, en menos tiempo del que le llevó reparar en que se había resbalado. Se le había caído el sombrero, que se alejaba deslizándose sobre una corriente clara semilíquida. Sintió algo pesado y húmedo en la cabeza. ¡Mayonesa! Le dio la impresión de que estaba sentado dentro de la sustancia, que tenía ya sus buenos diez centímetros de hondo, qué digo, más de un cuarto de metro. ¡Y subía rápidamente! Kit había caído en arroyos que corrían más lentos que éste. Miró a su alrededor y vio que el nivel de la mayonesa ya había superado la puerta de salida y que no podría abrirla, y eso en el caso de que hubiera conseguido llegar hasta ella, claro. Se lo estaba tragando una mayonesa espesa, pringosa y de olor amargo.

Mientras intentaba limpiarse los ojos de la sustancia, resbalándose una y otra vez, medio nadó medio se tambaleó hacia donde recordaba haber visto una ventana y, a ciegas, lanzó una patada desesperada que, como era de esperar, le hizo caer de culo una vez más, no antes, eso sí, de que percibiera un esperanzador resquebrajamiento en el cristal y el marco, y sin darle tiempo a pensar cómo alcanzaría la invisible apertura para después subir hasta ella y salir, la presión de la misma mayonesa, como una bestia consciente que buscara huir de su cautividad, lo arrastró a través de la ventana rota y lo lanzó fuera en una gran arcada de vómito que le hizo caer en el canal de abajo.

Emergió a tiempo para oír que alguien gritaba: «*Cazzo, cretino!*», por encima del traqueteo de alguna máquina. Se acercó una sombra borrosa y húmeda. Eran Rocco y Pino en su torpedo dirigible.

—¡Aquí!

—*È il cowboy!*

Los italianos, en sus trajes de faena vulcanizados y satinados, frenaron para pescar a Kit de las aguas. Él se fijó en que lanzaban miradas ansiosas hacia el canal que había quedado a sus espaldas.

—¿Os sigue alguien?

Rocco aceleró de nuevo y Pino explicó:

—Acabamos de sacarlo del taller y decidimos echarle un vistazo al *Alberta*, pensando: no puede ser peligroso ahora que no hay armada belga, *vero?* Pero va y

resulta que hay Garde Civique, ¡en barcas! ¡Nos habíamos olvidado! ¡Y van recorriendo todos los canales de arriba abajo!

—Tú te habías olvidado —murmuró Rocco—. Pero no importa; con este motor corremos más que nadie.

—¡Enséñaselo! —gritó Pino.

Los chicos se afanaron con los estárteres, los distribuidores y las palancas de aceleración, y al momento, lanzando hacia arriba una cola de gallo de agua y humo de aceite negro, la embarcación rugía por el canal a cuarenta nudos, o puede que más. Quien estuviera allá atrás a esas alturas ya habría interrumpido la persecución.

—Vamos a parar aquí y darles un susto a las chicas —dijo Rocco.

—Si es que no nos lo dan ellas a nosotros —dijo Pino en lo que Kit reconoció como un tono de ansiedad romántica—. *Le bambole anarchiste, porca miseria.*

Un par de kilómetros más allá de Oudenberg, viraron a la izquierda, entraron en el canal de Brujas, se acercaron sigilosamente a Ostende y dejaron a Kit en el Quai de l'Entrepot, antes de partir en busca de un amarradero a salvo de las atenciones de la Garde Civique.

—Gracias, *ragazzi*, nos vemos, espero... —se despidió Kit, que procuró no quedarse pasmado demasiado tiempo mirando cómo se alejaban sus salvadores de una muerte por mayonesa.

A la tripulación del *Inconvenience* se le había ordenado ir a Bruselas a presentar sus respetos en una misa en memoria del General Boulanger, celebrada cada 30 de septiembre, el aniversario de su suicidio, una ceremonia no exenta de connotaciones políticas, pues entre la burocracia de los Chicos del Azar pervivía un insolente vestigio de boulangierismo. Por ejemplo, en la correspondencia oficial de los capítulos franceses todavía se veían sellos de correos amarillos y azules con el retrato del General impreso en un mortecino color marrón, sellos de aspecto totalmente legítimo que abarcaban de un céntimo a veinte francos, pero que en realidad eran *timbres fictifs*, posiblemente de origen alemán, obra de un emprendedor que esperaba venderlos después de un golpe boulangierista, aunque también flotaban en el ambiente siniestros indicios de la intervención del «IIIb», el servicio de espionaje del estado mayor alemán, reflejo de la teoría de que Alemania tendría mejores opciones militares contra una política revanchista dirigida por el hasta cierto punto descompuesto General que contra cualquier otra política puede que un poco más elaborada.

La visita a Bruselas resultó tan triste que los chicos solicitaron, y para sorpresa general les concedieron, permiso para desembarcar en Ostende, la escala acreditada más próxima. Al poco, aparentemente por azar, se enteraron de la convención de los cuaternionistas en el exilio que se celebraba en el Grand Hôtel de la Nouvelle Digue.

—No había visto a tantos pájaros de éstos juntos desde Candlebrow —dijo Darby, mirando a través de uno de los visores a larga distancia.

—Para esta discutida disciplina —dijo Chick—, en los tiempos de las Guerras Cuaternionas, Candlebrow era uno de los escasos refugios seguros.

—Vamos a tropezarnos con unos cuantos conocidos.

—Sí, pero ¿nos reconocerán ellos?

Era ese momento del día en que el viento cambiaba de sentido y la brisa ya no procedía de la tierra sino del mar. Por debajo de ellos, la multitud avanzaba a lo largo del Digue como una corriente de vuelta a los hoteles, hacia las meriendas-cenas, las citas secretas, las siestas.

—En otros tiempos —dijo Randolph con una ya muy antigua melancolía— se habrían parado en seco, y habrían levantado embobados y pasmados la cabeza hacia nosotros. Hoy en día nos vamos volviendo cada vez más invisibles.

—Eeehiii, apuesto a que si me saco la salchicha y la meneo hacia ellos nadie se dará ni cuenta —se carcajeó Darby.

—¡Suckling! —dijo Lindsay con voz entrecortada—, aunque se tengan en cuenta consideraciones como la dimensión, que en tu caso requerirían una modificación de cualquier metáfora salchichera hacia el diminutivo, siendo «wiener» quizá la más apropiada, la actividad que insinúa está prohibida por las normas en la mayoría de las jurisdicciones sobre las que nos aventuramos a pasar, incluyendo en muchos casos

el mar abierto, y sólo puede interpretarse como un síntoma de una disposición cada vez más criminalmente psicopática.

—Eh, Noseworth —replicó Darby—, la otra noche te pareció bastante grande...

—Vaya, pequeño, y quiero decir «muy pequeño»...

—Caballeros —les suplicó su comandante.

Por más que hubiera conseguido hurtarse a la vista del público en general, el *Inconvenience* había llamado inmediatamente la atención del grupo de De Decker, que mantenía una especie de primitiva estación de vigilancia electromagnética en las dunas entre Nieuport y Dunquerque, y últimamente había estado captando misteriosas transmisiones con niveles inauditos de intensidad de campo. Éstas iban dirigidas al dispositivo de Tesla del *Inconvenience*, uno de los diversos receptores de potencia compactos asignados a las aeronaves que vagaban por el globo para sus necesidades de energía auxiliar. Los emplazamientos de los transmisores se mantenían tan en secreto como era posible, pues eran vulnerables a los ataques de empresas de energía que se sentían amenazadas por el menor indicio de competencia. Desconocedora del sistema de Tesla y alarmada por la fuerza de los campos eléctrico y magnético, la gente de De Decker relacionó naturalmente esa información con los recientes rumores de un arma Cuaterniona que tanto intrigaban a Woevre.

Woevre no siempre podía ver la aeronave, pero sabía que estaba allí. Cuando el viento se enfilaba entre las dunas, oía los motores arriba, veía que las estrellas quedaban ocultas tras grandes formas móviles negras sobre el negro... También le pareció distinguir a la tripulación en el dique, moviéndose desgarradamente como una pandilla de colegiales en busca de diversión, con las manos en los bolsillos, sin perderse las vistas.

Ya era octubre, la temporada alta había quedado atrás y las brisas eran frescas, aunque todavía no tan frías como para alejar a los paseantes del Digue, por más que a Lindsay le pareciera un lugar desagradable.

—Demasiado desolado, la cara te escuece por la sal, uno se siente como la mujer de Lot.

A la luz del mar y de las ilusiones ópticas, con todas las demoliciones y construcciones que había en marcha, los chicos a menudo no sabían muy bien qué podía ser cierta masa que se distinguía a lo lejos: nube, buque de guerra, rompeolas o puede que tan sólo la proyección, sobre un cielo quizá demasiado receptivo, de alguna dificultad interior. De ahí, tal vez, la preferencia que ya habían percibido en Ostende por los interiores: casinos, balnearios, suites de hotel en una amplia variedad de versiones —pabellón de caza, gruta italiana, salón del pecado—, lo que fuera que el huésped con los recursos suficientes deseara para pasar la noche.

—Decidme, ¿quiénes son esos extraños civiles que de repente andan sigilosamente por todas partes? —quiso saber Darby.

—Las Autoridades —dijo Chick encogiéndose de hombros—, ¿y eso qué importa?

—¡«Autoridades»! Sólo con jurisdicción de superficie. Nada que ver con nosotros.

—Tú eres el Oficial Jurídico —le recordó Lindsay—. ¿Dónde está el problema?

—«El» problema, Noseworth, es *tu* problema, como Oficial de Seguridad: nada está ya donde debería estar. Es como si unos desconocidos hubieran subido a escondidas a bordo y lo hubieran revuelto todo.

—Pero cuesta imaginar —señaló Randolph St. Cosmo— que pueda pasar nada sin que se dé cuenta *Pugnax*. —Ciertamente, con el paso de los años, *Pugnax* había evolucionado desde mero perro guardián a complejo sistema defensivo, con un gusto muy desarrollado, además, por la sangre humana—. Desde aquella misión en los Cárpatos —recordó Randolph frunciendo un poco el ceño—. Y el modo en que expulsó a aquel escuadrón de ulanos en Temesvár, como si hipnotizara a los caballos para que descabalaran a sus jinetes...

—¡Menuda fiesta! —se carcajeó Darby.

Pese a todo, la admiración que despertaban las habilidades marciales de *Pugnax* se mezclaba últimamente con cierta aprensión. El leal can mostraba un extraño brillo en la mirada, y el único miembro de la tripulación que seguía comunicándose con él era Miles Blundell. A los dos se les había visto sentados juntos en el saliente de popa, callados hasta en las horas de la guardia de media, como si mantuvieran una especie de relación telepática.

Desde la misión en el Asia Interior, Miles se había involucrado cada vez más profundamente en un proyecto espiritual que, le parecía, no era capaz de compartir con los otros miembros de la tripulación, aunque para los demás era obvio que su trayectoria actual podía llevarle tal vez más allá de donde sería capaz de volver. Bajo las arenas del Taklamakán, mientras Chick y Darby perdían el tiempo despreocupadamente de escala en escala, y Lindsay y Randolph pasaban horas conversando con el Capitán Toadflax sobre la mejor forma de buscar Shambhala, Miles se sentía atormentado por la prefiguración, cuya nitidez resultaba casi insoportable, de la Ciudad sagrada, separada sólo por una delgada franja de Tiempo, una pantalla fina que se extendía allá donde mirara, que se volvía cada vez más frágil y transparente... Incapaz de dormir o conversar, a veces perdía la noción de las recetas, se olvidaba de batir la masa de los panecillos, fastidiaba el café del cielo, mientras los demás realizaban con tranquilidad los quehaceres cotidianos. ¿Cómo era posible que no se dieran cuenta de aquella inconmensurable Venida? Y así buscó a *Pugnax*, en cuyos ojos la luz de la comprensión era un faro en medio de aquellos cielos, que, sin previo aviso, se habían convertido en peligrosos.

Pues de manera inquietante, la luz anterior, la gran luz, había desaparecido, la certidumbre se quebraba como las promesas de los que moraban en el suelo, el tiempo recuperaba su opacidad, y un día los chicos, transportados aquí, hasta Bélgica, como por ensalmo de un agente del mal, empezaron a descender hacia tierra entre olores de humo de carbón y de flores fuera de temporada, hacia un litoral asediado,

con una ambigua disposición del mar y de la tierra, hasta las sombras costeras que se perdían en la creciente oscuridad, sombras que no siempre podían relacionarse con construcciones arquitectónicas reales, que se plegaban y se plisaban siempre hacia dentro, sobre sí mismas, un mapa entero de vecindarios de las afueras sin iluminar, que se esparcía sobre las dunas y los pequeños pueblos...

Miles, asomándose a las húmedas distancias desde las alturas, a la vacilante oscuridad en la que poco podía verse a lo largo de unas tierras bajas fijadas desde antiguo a un destino, si no del todo a una maldición, contemplaba la pálida inmensidad del crepúsculo en su suspendida y críptica insinuación. ¿Qué estaba a punto de emerger de la noche justo por detrás de la curvatura de la Tierra? La bruma de los canales ascendía hacia la nave. Un bosquecillo de sauces aislado y borroso emergió por un momento... A lo lejos, unas nubes bajas empañaron el sol, haciendo que la luz se quebrara y ofreciera indicios de una ciudad oculta detrás de lo que era visible aquí, esbozada en matices de grises oscuros y rosas rotos..., nada tan sagrado ni anhelantemente buscado como Shambhala, sino mancillado con el persistente tono negruzco de toda la luz que recorría esta tierra baja, fluyendo sobre ciudades muertas, canales inmóviles como espejos..., sombras negras, tempestad y visitación, profecía, locura...

—Blundell —la voz de Lindsay perdió su filo habitualmente irritado—, el Comandante ha ordenado formar el Piquete de Despegue. Por favor, ocupa el puesto que se te ha asignado.

—Claro, claro, Lindsay, sólo me había distraído un momento.

Tras recoger el rancho de esa noche, Miles fue a buscar a Chick Counterfly.

—He visto a uno de los Intrusos —dijo—. Ahí abajo. En el paseo marítimo.

—¿Te reconoció?

—Sí. Nos vimos y hablamos. Era Ryder Thorn. Estaba en Candlebrow. En el taller de ukelele aquel verano. Daba clases sobre el acorde de cuatro notas en el contexto de la atemporalidad, y se describía como cuaternionista. No tardamos en descubrir que compartíamos la afición por ese instrumento —recordó Miles— y hablamos del desprecio general del que son objeto los intérpretes de ukelele, atribuible, concluimos, al uso casi exclusivo del uke como productor de acordes, de acontecimientos únicos, atemporales, aprehendidos todos a la vez en lugar de sucesivamente. Notas de una melodía lineal a lo largo de un pentagrama, que son un registro del tono contra el tiempo: tocar una melodía es introducir el elemento del tiempo, y por tanto de la mortalidad. Nuestra manifiesta reticencia a abandonar la atemporalidad del acorde tañido nos ha hecho merecer a los intérpretes de ukelele la reputación de niños irresponsables y bufonescos que jamás crecerán.

—Nunca me lo planteé desde ese punto de vista —dijo Chick—, lo único que sé es que suena mejor que cuando cantamos aquí a cappella.

—En cualquier caso, Thorn y yo descubrimos que nos seguíamos llevando tan bien como antes. Fue como estar de nuevo en Candlebrow, aunque quizá no tan

peligroso.

—Entonces tú nos salvaste, Miles. Lo viste claro. No es de extrañar que...

—Vosotros os habríais salvado por vuestro propio sentido común —afirmó Miles—. Tanto si yo hubiera estado como si no.

Pero en su voz había aparecido una especie de matiz de distanciamiento que Chick había aprendido a reconocer.

—Hay algo más, ¿no?

—Puede que no haya acabado.

Miles inspeccionaba su puño de hierro, que se ajustaba al reglamento de los Chicos del Azar.

—¿Qué estás planeando, Miles?

—Hemos quedado.

—Podrías correr peligro.

—Ya veremos.

Y así Miles, tras haber presentado debidamente una solicitud especial y recibir la aprobación de Randolph, descendió vestido de civil como un grupo de permiso en tierra formado por un solo miembro, con la apariencia de un paseante más entre la multitud estacional que se arrastraba por la ciudad regia de abajo, eterna rehén del mar.

Era un día espléndido; en el horizonte, Miles divisaba apenas la mancha carbón de un transatlántico. Ryder Thorn lo esperaba en el ángulo del Digue junto al Kursaal, con dos bicicletas.

—Ya veo que has traído tu uke.

—He aprendido un nuevo y «vigoroso» arreglo de un nocturno de Chopin que podría interesarte.

Se pararon en una pastelería para tomar un café y bollos y luego pedalearon hacia el sur, en dirección a Diksmuide, mientras el aire calmado se iba acelerando hasta convertirse en brisa. Era una mañana vivaz de finales de verano. La estación de la cosecha tocaba a su fin. Había jóvenes turistas por todas partes, en los carriles y junto a las orillas de los canales, apurando sus temporadas de exención de las preocupaciones, que se preparaban para volver a escuelas y trabajos.

El terreno era llano, fácil para pedalear, lo que permitía velocidades de hasta treinta y cinco kilómetros por hora. Adelantaron a otros ciclistas, que iban solos o en grupos de paseo alegremente uniformados, pero no se detuvieron a charlar con ellos.

Miles miró la campiña, fingiendo estar menos asombrado de lo que en realidad estaba. Porque la luz del sol tenía la misma oscuridad interior que el crepúsculo acuoso de la noche anterior, era como pasar a través de un negativo fotográfico que lo envolviera todo: la tierra baja casi en silencio salvo por el canto de los tordos de agua, los campos cosechados, el olor del lúpulo secándose en hornos, el lino arrancado y amontonado en gavillas que, siguiendo la costumbre de la zona, no se enriaban hasta la primavera siguiente, los canales relucientes, las esclusas, los diques y las carreteras

de carros, las vacas lecheras bajo los árboles, las nubes pacíficas y afiladas. Plata deslustrada. En algún punto de ese cielo estaba el hogar de Miles, y todo lo que conocía de la virtud humana, la nave, permanecía allí de guardia, puede que vigilándole en ese mismo momento.

—Mi gente sabe qué pasará aquí —dijo Thorn—, y mi misión es averiguar cuánto sabe la tuya, si es que sabe algo.

—Sólo soy un cocinero de rancho de un club aerostático —dijo Miles—. Sé preparar un centenar distinto de sopas. Sé mirar a los ojos de un pescado en el mercado y decir lo fresco que es. Soy un mago con el pudín en grandes cantidades. Pero no sé prever el futuro.

—Intenta comprender el brete en que me encuentro. Mis jefes creen que sí sabes. ¿Qué se supone que debo decirles?

Miles miró a su alrededor.

—Es un país bonito, pero un poco tirando a inmóvil. Yo no diría que vaya a suceder gran cosa por aquí.

—Blundell, recuerda Candlebrow —dijo Thorn—, eras capaz de ver lo que no veían tus compañeros. Nos espiaste hasta que te descubrimos.

—No es así. No había razones para eso.

—Te has negado obstinadamente a cooperar en nuestro programa.

—Puede que parezcamos ingenuos pueblerinos, pero cuando aparecen unos extraños salidos de la nada con ofertas que suenan demasiado bien para ser ciertas..., bueno, digamos que el sentido común entra en acción, eso es todo. No se nos puede reprochar nada, y tampoco vamos a sentirnos culpables por ello.

Cuanto más se calmaba Miles, más nervioso se ponía Thorn.

—Chicos, pasáis demasiado tiempo ahí arriba. Perdéis de vista lo que en realidad está pasando en el mundo que creéis entender. ¿Sabes por qué establecimos una base permanente en Candlebrow? Porque todas las investigaciones sobre el Tiempo, por más complejas o abstractas que sean, tienen en su verdadera base el miedo humano a la mortalidad. Porque nosotros tenemos la respuesta para eso. Vosotros creéis que os deslizáis por encima de todo, inmunes a todo, inmortales. ¿Sois tan estúpidos? ¿Sabes dónde estamos ahora mismo?

—En la carretera entre Ypres y Menin, según los rótulos —dijo Miles.

—Dentro de diez años, a lo largo de cientos y aun miles de kilómetros alrededor, pero sobre todo aquí... —Pareció contenerse, como si hubiera estado a punto de dejar escapar un secreto.

Miles tenía curiosidad, y ahora sabía dónde dolían las agujas y cómo rotarlas una vez clavadas.

—No me cuentes demasiado ahora, soy un espía, ¿recuerdas? Informaré de esta conversación entera a la Sede Central Nacional.

—Maldito seas, Blundell; malditos seáis todos. No tenéis ni idea de dónde os estáis metiendo. Este mundo que consideráis «el» mundo morirá y se hundirá en el

Infierno, y toda la historia posterior será, con propiedad, la historia del Infierno.

—Aquí mismo —dijo Miles recorriendo con la mirada la tranquila carretera de Menin.

—Flandes será la fosa común de la Historia.

—Vaya.

—Y eso ni siquiera es lo más perverso. Todos abrazarán la muerte. Apasionadamente.

—Los flamencos.

—El mundo. A una escala todavía inimaginable. No será una pintura religiosa en una catedral, nada de El Bosco ni de Brueghel, sino esto, lo que ves ahora, la gran llanura, reventada y arrasada, con todo lo que yace debajo sacado a la superficie, inundada deliberadamente, y no será el mar el que venga a reclamar lo que se le adeuda sino la versión humana de esa misma ausencia total de misericordia, pues ni una sola pared de un solo pueblo permanecerá en pie. Leguas y leguas de inmundicia, de cadáveres por miles, incontables, y el aire que ahora respiras tranquilo se volverá corrosivo y mortífero.

—Pues sí que suena desagradable —dijo Miles.

—No te crees nada. Pues deberías.

—Por descontado que te creo. Tú vienes del futuro, ¿no? ¿Quién podría saberlo, si no?

—Me parece que sabes de qué estoy hablando.

—No tenemos los conocimientos técnicos —dijo Miles, fingiendo una inmensa paciencia—. ¿Te acuerdas? Sólo somos jockeys de aeronaves, ya tenemos bastantes problemas con tres dimensiones, ¿qué íbamos a hacer con cuatro?

—¿Crees que hemos elegido venir aquí, a este lugar espeluznante? Turistas del desastre montados en una máquina del tiempo, ¡alehop!, ¿por qué no vamos a Pompeya este fin de semana, o tal vez al Krakatoa?, pero bien mirado los volcanes son muy aburridos, erupciones, lava, se acaba en un minuto, probemos algo que de verdad...

—Thorn, no tienes por qué...

—No nos ha quedado elección —dijo con rabia, abandonando la comedida forma de hablar en público que Miles había acabado asociando a los Intrusos—. No más que a los fantasmas cuando han de elegir qué lugares rondar... Vosotros vagáis como niños en un sueño, todo es suave, no hay interrupciones ni discontinuidades, pero imaginaos que el tejido del Tiempo se ha desgarrado, y os veis arrastrados a través del desgarrón, sin vuelta atrás posible, convertidos en huérfanos y exiliados que descubren que harán lo que haya que hacer, por vergonzoso que sea, para ir del principio al final de cada día corroído.

Miles, asaltado por una desolada iluminación, alargó la mano, y Thorn, adivinando su intención, se contrajo y retrocedió, y en ese instante Miles comprendió que no había habido ningún milagro, ninguna jugada maestra técnica, en realidad

ningún «viaje en el tiempo», que la presencia en este mundo de Thorn y los suyos se debía tan sólo a un error azaroso en un atajo tomado por las desconocidas topografías del Tiempo, posibilitado por lo que quiera que fuese a suceder ahí mismo, en esa zona del Oeste de Flandes donde se hallaban, por la espeluznante singularidad en el suave fluir del Tiempo que se había abierto para ellos.

—No estás aquí —susurró en un éxtasis especulativo—. No de una forma plenamente manifiesta.

—Ojalá no estuviera aquí —lloró Ryder Thorn—. Ojalá nunca hubiera visto estos Vestíbulos de la Noche, ojalá no estuviera condenado a regresar una y otra vez. Habéis sido tan fáciles de engañar (al menos, la mayoría de vosotros), sois los tontos crédulos en el circo, mirando boquiabiertos vuestras Maravillas de la Ciencia, esperando, como si creyerais que os corresponden por derecho, todas las Bendiciones del Progreso, ésa es vuestra fe, vuestra patética fe de niños de los globos.

Miles y Thorn encaminaron sus ruedas de vuelta al mar. Cuando ya comenzaban a caer la noche, Thorn, que al menos cumplía las pequeñas promesas, sacó su ukelele y tocó el *Nocturno en mi menor* de Chopin, y las tenues notas, a medida que la luz se desvanecía, adquirían sustancia y profundidad. Encontraron una posada y cenaron amigablemente, y regresaron a Ostende con la luz del crepúsculo.

—Podría haberle atravesado con la mano —informó Miles—, como si hubiera habido algún fallo en la transferencia física...

—Lo que los espiritistas habrían denominado una «histéresis plásmica» —asintió Chick.

—No hay nada inmortal en ellos, Chick. Nos han mentido a todos, incluidos los Chicos del Azar de otras unidades que hayan sido tan tontos como para trabajar a su servicio a cambio de la «eterna juventud». No pueden proporcionarla. Nunca pudieron.

—¿Te acuerdas de lo desconsolado que me quedé en Candlebrow después de que me llevaras a conocer al «señor As»? No pude parar de llorar durante horas porque entonces supe, sin ninguna demostración, sin ninguna prueba razonada, simplemente supe, en cuanto lo vi, que todo era falso, que la promesa no era más que un cruel timo.

—Tendrías que habérmelo dicho —dijo Chick.

—Pese a lo abrumado que me sentía, Chick, sabía que saldría adelante. Pero vosotros... Lindsay es muy frágil, de verdad; Darby finge ser un viejo y curtido nihilista, pero apenas ha salido de la infancia. ¿Cómo podría haber sido tan cruel con cualquiera de vosotros, hermanos míos?

—Pero ahora tengo que contárselo.

—Esperaba que supieras encontrar el modo de hacerlo.

Viktor Mulciber —traje a medida, cabello plateado y engominado—, aunque lo bastante rico para mandar a un ayudante, se presentó en persona en el Kursaal, en un estado de fervor no disimulado, como si esa misteriosa arma C fuera una vulgar pistola y esperara que el vendedor le permitiría realizar unos disparos de cortesía.

—Soy el que mandan cuando Basil Zaharoff está ocupado con una nueva pelirroja y no puede molestársele —se presentó—. La gama de las demandas es muy variada en todas partes, desde porras y machetes a submarinos y gases venenosos; los trenes de la historia no acaban de funcionar, *tong* chinas, *komitadji* balcánicas, bandas africanas, cada grupo con su correspondiente población de viudas potenciales, a menudo en geografías apenas esbozadas a lápiz en el dorso de un sobre o un albarán. Un simple vistazo al presupuesto de cualquier gobierno en cualquier parte del mundo cuenta toda la historia: el dinero está siempre en su sitio, ya asignado, el motivo es en todo lugar el miedo, y cuanto más inmediato, más elevados los múltiplos.

—Vaya, ¡pues me he equivocado de negocio! —exclamó Root alegremente.

El magnate del armamento resplandeció casi como desde lejos.

—No, no se ha equivocado.

Con la intención de entender algo sobre los principios de funcionamiento de la repentinamente deseable arma, el afable mercader de la muerte se encontraba charlando en un cafetín apartado con un puñado de cuaternionistas, entre ellos Barry Nebulay, el Doctor V. Ganesh Rao, hoy metamorfoseado en negro americano, y Umeki Tsurigane, a la que se había enganchado Kit debido a su últimamente cada vez más intensa fascinación por la belleza nipona.

—Nadie parece saber qué son estas ondas —dijo Barry Nebulay—. En sentido estricto no puede llamárselas hertzianas, porque, para empezar, se comportan de modo distinto con el Éter, parecen ser longitudinales a la vez que transversales. Es posible que los cuaternionistas lleguen a comprenderlas algún día.

—Y los traficantes de armas, no nos olvidemos —sonrió Mulciber—. Se dice que el inventor de esta arma ha encontrado el modo de introducirse en la parte escalar de un Cuaternión, donde pueden alcanzarse las fuerzas invisibles.

—De los cuatro términos —asintió Nebulay—, el escalar, o término w , como el barítono en un coro de peluquería o la viola en un cuarteto de cuerda, siempre ha sido señalado como el excéntrico. Si se toman los tres términos vectoriales como dimensiones en el espacio, y el término escalar como el Tiempo, entonces toda la energía encontrada en ese término puede considerarse debida al Tiempo, una forma intensificada del Tiempo mismo.

—El Tiempo —explicó el Doctor Rao— es el Término más Avanzado, ¿me sigue?, que trasciende y condiciona i, j , y k , el visitante oscuro del Exterior, el Destructor, el que satisface la Trinidad. Es el inmisericorde latido del reloj del que todos queremos escapar para alcanzar la falta de pulso de la salvación. Es todo eso y más.

—Un arma basada en el Tiempo... —comentó reflexivamente Viktor Mulciber—, bien, ¿y por qué no? Es la única fuerza que nadie sabe cómo derrotar, resistir o invertir. Mata todas las formas de vida tarde o temprano. Con un Arma de Tiempo uno puede llegar a ser la persona más temida de la historia.

—Preferiría ser la más amada —dijo Root.

Mulciber se encogió de hombros.

—Porque usted todavía es joven.

No era el único comerciante de armas de la ciudad. De algún modo el rumor había llegado a otros, allá donde estuvieran: en sus compartimentos de tren, en las camas de las esposas de ministros de aprovisionamiento, de vuelta a la maleza en afluentes inexplorados, extendiendo sus mantas en alguno de los mil desolados claros que había en la abrasada y baqueteada laterita roja donde nada volvería a crecer, exhibiendo ante los lesionados y los despojados sus inventarios de maravillas...; y uno tras otro presentaron sus excusas, cambiaron las agendas de sus viajes y se fueron a Ostende, como si asistieran a un torneo internacional de ajedrez.

Pero llegaron demasiado tarde, porque Piet Woevre se les había adelantado desde el principio; y así sucedió que cierta tarde de otoño, entre los atestados Bulevares Interiores de Bruselas, auténtico vivero de lo ilícito en los alrededores de la Gare du Midi, Woevre consumó por fin la adquisición con Edouard Gevaert, con quien ya había hecho negocios en el pasado, aunque no exactamente de esa naturaleza. Se reunieron en una taberna frecuentada por receptores de bienes robados, tomaron una cerveza para guardar las formas y salieron por detrás para cerrar el trato. A su alrededor, el mundo estaba en venta o en disposición de trueque. Más adelante, Woevre se enteraría de que podría haber conseguido el artículo más barato en Amberes, pero había demasiados barrios en esa ciudad, sobre todo en las cercanías de los muelles, que ya no podía visitar sin más precauciones que las que tal vez mereciera el objeto.

Cuando lo tuvo en sus manos, a Woevre, que había sido incapaz de imaginárselo como algo distinto de un arma, le sorprendió y decepcionó un poco descubrir que era tan pequeño. Había esperado algo del orden de una pieza de artillería Krupp, tal vez montado a partir de diferentes partes, que, para su transporte, requeriría trenes de mercancías. Pero en lugar de eso era algo que cabía en un lustroso estuche de cuero, confeccionado con delicadeza por fabricantes de máscaras de la Italia septentrional para que se ajustara a la perfección a las facetas exactas del objeto que había en su interior, una piel negra cortada a la medida perfecta, un despliegue de luz entre un cuidadoso desorden de ángulos, un centenar de borrosos destellos...

—Estará seguro de que es esto, ¿no?

—Espero no ser tan tonto como para venderle algo que no sea lo que usted piensa que es, Woevre.

—Pero la enorme energía..., sin ningún componente periférico, ni una alimentación de fuerza de algún tipo, como...

Mientras Woevre no paraba de dar vueltas al aparato a la luz incierta del crepúsculo y las farolas, a Gevaert le sorprendió la seriedad que vio en el rostro del agente. Era un deseo tan desmesurado..., nada que este intermediario hasta cierto punto ingenuo ni ninguna otra persona hubiera visto antes: el deseo de poseer un arma única que pudiera aniquilar el mundo entero.

Cada vez que Kit se ponía a pensar en sus planes, que no hacía tanto incluían Gotinga, se le planteaba siempre la interesante pregunta de por qué estaba demorándose en este punto con forma vagamente glandular del mapa, asediado, detenido al borde de la historia, no tanto una nación cuanto una profecía de un destino que sería sufrido en común, con un *ostinato* de miedo casi sub-audible...

Hasta hacía poco no se le había ocurrido que Umeki pudiera desempeñar algún papel en todo aquello. Ambos habían sabido buscarse excusas para ir cayendo cada vez más dentro del campo emocional del otro, hasta que una tarde fatídica en la habitación de la chica, con la lluvia en descenso otoñal al otro lado de la ventana, ella apareció en el umbral desnuda, la sangre, bajo la piel tan fina como una lámina de plata que vibrara, casi cantando por el deseo. Kit, que se tenía por un hombre de cierta experiencia, se quedó pasmado al comprender que era inútil imaginar que las mujeres tuvieran otro aspecto. Tuvo la profunda sensación de que había desperdiciado la mayor parte del tiempo libre de su vida hasta ese momento. En esa valoración no resultaba de mucha ayuda que ella luciera su sombrero de vaquera. Supo, con la certidumbre del que recuerda una vida anterior, que debía arrodillarse, adorar su florido coñito con la lengua y la boca hasta que ella se abandonara al silencio, y seguidamente, como si lo hiciera todos los días, asiéndola todavía por cada nalga justamente en medio, con sus exquisitas piernas aferrándole el cuello, se puso de pie y la llevó, ingrávida, tensa, silenciosa, a la cama, y entregó lo que por entonces quedaba de su cerebro a ese milagro, a esa hechicera del Oriente.

Kit siguió viendo de lejos a Pléiade Lafrisée de vez en cuando, por el Digue, en las salas de juego o en las gradas del Hipódromo Wellington, por lo general asistiendo a las actividades caprichosas de algún deportista de visita. Todos esos tipos parecían bastante ricos, pero siempre podía ser simple fachada. Aunque, con Umeki y lo demás, no daba la impresión de que él se desviviera por retomar el contacto, y sabía qué limitado era el uso que ella le había dado hasta ahora; además, tras el desgraciado incidente en la fábrica de mayonesa él sólo esperaba que ella ya hubiera dado lo peor de sí. Pero se preguntaba qué pintaba todavía aquella mujer en la ciudad.

Un día, Kit y Umeki volvían caminando del café de la Estacade y se tropezaron con Pléiade y Piet Woevre, que venían de cara conversando animadamente.

—Hola, Kit. —Atravesó con la mirada a la señorita Tsurigane—. ¿Quién es la *mousmée*?

Kit, con un movimiento inverso de la cabeza hacia Woevre:

—¿Quién es el *mouchard*?

Woevre le devolvió la sonrisa con una sensualidad directa y sombría. Kit se fijó en que iba armado. Vaya. Si alguien podía saber cómo fabricar muerte con mayonesa, Kit estaba seguro de que era ese simio. Pléiade había tomado a Woevre por el brazo e intentaba alejarlo de allí.

—Una antigua novia —conjeturó Umeki.

—Pregúntale al Doctor Rao, me parece que últimamente están saliendo.

—Oh, ella es *ésa*.

Kit hizo chiribitas.

—Vaya, los cuaternionistas no dais más que para cotilleos, ¿es que tenéis que hacer algún tipo de juramento que os comprometa a llevar una vida disoluta o algo así?

—¿La monotonía es algo de lo que os enorgulleceís los vectoristas?

El 16 de octubre, el aniversario del descubrimiento de Hamilton, en 1843, de los Cuaterniones (o, como diría un discípulo, del descubrimiento de él por ellos), por tradición la jornada culminante de todas las Convenciones Mundiales, también era casualmente el día posterior al final oficial de la temporada de baños en Ostende. En esta ocasión el Doctor Rao dio el discurso de despedida:

—El momento, ni que decir tiene, es atemporal. Sin principio ni fin, sin duración, la luz en descenso eterno, no una consecuencia del pensamiento consciente sino caída sobre Hamilton, puede que no desde una fuente divina, pero sí caída al menos cuando los perros guardianes del pesimismo Victoriano estaban demasiado profundamente dormidos para darse cuenta de la llegada, ni mucho menos para asustarse, de los vigilantes carroñeros de la Epifanía.

»Todos conocemos la historia. Un lunes por la mañana en Dublín, Hamilton y su mujer, Maria Bayley Hamilton, caminan por la orilla del canal al otro lado del Trinity College, donde Hamilton va a presidir una reunión del consejo. Maria charla despreocupadamente, Hamilton asiente de vez en cuando y dice “sí, querida”, y entonces, de repente, al acercarse al Puente de Brougham él profiere un grito y se saca un cuchillo del bolsillo (la señora H. se sobresalta violentamente, pero al instante recobra la compostura: no es más que un cortaplumas), y corre al puente y graba en la piedra $i^2 = j^2 = k^2 = ijk = -1$ —en este punto los congregados murmuran, como harían ante un himno reverenciado—, y ése es el momento Pentecostal en que descenden los Cuaterniones para ocupar su residencia terrenal entre los pensamientos de los hombres.

En las festividades que acompañaron a la partida, los amoríos, la embriaguez y la locura se adueñaron de todo; tantas puertas de pasillos se abrían y cerraban, tantos invitados entraban y salían de las habitaciones equivocadas, que la oficina de De Decker, declarándolas oficialmente Ocasión para el Delito, envió al hotel a cuantos agentes pudo librar, entre ellos a Piet Woevre, quien hubiera preferido trabajar aquella noche para fines más siniestros. En cuanto vio a Woevre, Kit, suponiendo que iba a ser objeto de un intento de asesinato, se dirigió a la carrera al laberinto de escaleras y pasillos de la parte de atrás del hotel. Root Tubsmith, pensando que Kit intentaba escaquearse para no saldar la deuda de una apuesta que había hecho unas noches antes en el Casino, lo persiguió. Umeki, que había dado por supuesto que Kit y ella pasarían el día y la noche juntos, imaginó inmediatamente que había otra mujer en el cuadro, sin duda aquella furcia parisina otra vez, y se unió a la persecución. Mientras, Pino y Rocco, temiendo por la seguridad de su torpedo, salieron por piernas presas del pánico; Policarpe, Denis, Eugénie y Fatou, al reconocer varios rostros familiares entre los agentes de policía que atestaban todos los rincones, llegaron a la conclusión de que la largamente esperada operación contra los Jóvenes Congoleños había empezado, y saltaron por diversas ventanas bajas a la maleza, pero luego, al acordarse de las cucharitas de absenta, los pañuelos, las revistas ilustradas y otros artículos cuya recuperación era esencial, volvieron a entrar a hurtadillas en el hotel, se equivocaron al doblar una esquina de un pasillo, se equivocaron también de puerta, gritaron y salieron de nuevo a la carrera. Este tipo de escenas se repitieron hasta mucho después de que anoheciera. En aquellos tiempos era la textura cotidiana de las vidas de la gente. Las producciones teatrales que intentaban reproducirlas tan fielmente como fuera posible se denominaron «farsas de las cuatro puertas», y el periodo mismo, Edad Dorada.

Kit vagó de un lugar público a otro, se subió a tranvías, se sentó en cafés, intentando mantenerse en zonas iluminadas y entre el gentío. No vio indicios de ninguna emergencia en la ciudad, sólo la Garde Civique en su trajín habitual, con los buenos modales de siempre, y los cuaternionistas que divisó casualmente tampoco le parecieron más locos de lo normal; aun así, no pudo desprenderse de la temible certidumbre de que era el objetivo de fuerzas que deseaban su destrucción. Finalmente, le rescataron de su compulsivo deambular Pino y Rocco, que lo abordaron a eso de la medianoche junto a la Minque, o lonja de pescado.

—Volvemos a Brujas —dijo Rocco—. Luego puede que sigamos hasta Gante. Por aquí hay demasiada policía.

—¿Quieres que te llevemos? —se ofreció Pino.

Y así fue como Kit se encontró avanzada la noche, más tarde de lo que imaginaba que era, alejándose en torpedo por el canal, en dirección a Brujas.

En algún momento de su veloz y alegre desplazamiento, los chicos parecieron darse cuenta por fin de que era de noche y de que, además, no había luces de navegación a la vista.

—No creo que nos persiga nadie —dijo Rocco.

—¿Quieres reducir la velocidad? —dijo Pino.

—¿Tenemos prisa por llegar a Brujas?

—Hay algo ahí delante. Más vale que aceleres por si acaso.

—*Cazzo!*

Sin saber cómo, habían dado un giro equivocado y ya no se encontraban en el canal principal, sino que se habían adentrado en un pasaje fantasmagórico, barrido por la bruma, casi estancado por falta de uso, cuyas paredes eran de mampostería con piedras delicadamente encajadas y no tenían ventanas, atravesado por puentes para transeúntes que no parecían pertenecer al norte cristiano, sino más bien a alguna fe más exótica, a alguna noción colateral de lo que podría significar cruzar entre los mundos. Allá, en medio de la noche resplandeciente, disimulados entre ecos e interferencias de fase, habían empezado a sonar carillones, un nocturno armónico en modo menor con una precisión demasiado desolada para atribuirlo a una fuerza muscular o a un ritmo humano, más probablemente fruto de los carillones con mecanismos de reloj tan típicos de esta región de Bélgica, que habían sustituido al *carillonneur* vivo, cuyo arte, se decía, estaba en decadencia...

La ciudad, que en el pasado había sido un próspero puerto hanseático, accesible desde todos los rincones de la Tierra, por la que se paseaban y deambulaban burgueses ahitos y felices con sus esposas e hijas opulentamente ataviadas, enriquecida por el negocio de la lana y el comercio con ciudades tan remotas como Venecia, se convirtió, desde que su canal al mar se obstruyera con sedimentos allá por 1400, en un lugar silencioso y espectral, como Damme y Sluis, con una luz del día líquida, tenebrosa incluso con luna llena, sin ningún navío que turbara la calma funeraria de las superficies de los canales. Lo extraño era lo limpio y ordenado que parecía el lugar. No es que la arena, la sal y los fantasmas contribuyeran mucho a la suciedad urbana. Pero alguien debía de andar activo por ahí, en las horas más oscuras, rejuntando afanosamente las paredes de piedra, regando con mangueras las estrechas callejuelas, recolocando tornillos en los refuerzos inferiores de los puentes. Criaturas que tal vez no casaban con la idea de lo que consideramos humano.

A la deriva, como si estuvieran permanentemente desamarrados de la vigilia cotidiana, los insomnes habían salido a mirar, y las órbitas de sus ojos se volvían negras cuando la bruma se disipaba para dejar pasar la casi insoportable luz de la luna. Una sombra se separó y se acercó, haciéndose más marcada y sólida a medida que se aproximaba. Kit miró alrededor. Rocco y Pino habían desaparecido.

—¿Y ahora qué coño pasa?

La sombra estaba haciendo algo con las manos.

Woevre. Ahí mismo, delante de él. Kit no había estado huyendo de su probable destrucción, sino más bien corriendo hacia ella.

Sonó siseante un disparo, que le salpicó la mejilla con diminutos fragmentos de piedra, y el ruido repercutió entre las antiguas superficies. Se dirigió al refugio más próximo, un pasaje abovedado bajo el cual podía esperarle cualquier cosa, y gritó:

—¡Está disparando al hombre equivocado!

—Tanto da. Tú me sirves.

Cuando sonó el siguiente tiro, Kit, con el corazón desbocado, ya se había agazapado y estaba bien oculto, hasta donde podía intuir. Tal vez él no era el único objetivo, o a lo mejor Woevre sólo disparaba por disparar. El melancólico campaneó proseguía.

Woevre estaba al descubierto bajo la luz nocturna, presa de una exaltación que no había sentido nunca, ni siquiera en sus tiempos en África. Ya no estaba siquiera seguro de a quién disparaba ni de cómo había llegado hasta allí. Creía que tenía algo que ver con los italianos y su torpedo tripulado, algo que estaba en el mensaje que había llegado a la oficina antes, ese mismo día, pero no veía moverse nada parecido a un obús acuático en esos canales brillantes y vacíos. La actividad verdaderamente interesante parecía desarrollarse en el cielo.

Cada vez que se aventuraba a mirar hacia arriba, allá estaba, justo encima de él, el objeto que llevaba viendo varios días, que emergía ahora del cielo, desde detrás del cielo, transportando a los visitantes sin identificar que había visto paseando por el Digue, como si estuvieran en la ciudad en una misión organizada.

Sabía que tenía que intentar derribar la nave voladora. Se metió su Borchardt en el bolsillo y buscó el arma que había traído de Bruselas, sin la menor idea de cómo abrir el estuche ni, mucho menos, de cómo usar lo que había dentro. No sabía si tenía que cargarlo de algún modo, con munición. Pero eso no eran más que detalles. Él era quien era, y confiaba plenamente en su intuición con cualquier arma cuando llegara el momento.

Pero Woevre no la había visto antes, al menos no al aire libre, en una noche como ésta, bajo la inmisericorde luz de la luna. Le abrumó la certidumbre de que la cosa tenía conciencia, que lo miraba, y no parecía especialmente contenta de ser una posesión suya. Estaba templada, y percibió una delicada vibración. ¿Cómo era posible? Gevaert no había mencionado nada al respecto, ¿o sí?

—*Jou moerskont!* —gritó.

No sirvió de nada, fuera cual fuese el idioma en el que se pudiese gritar a la máquina, ciertamente no el afrikaans, puesto que parecía proceder de algún lugar muy alejado de aquellas selvas, de aquellos ríos lentos y fatales... Algo centelleó, cegándole por un instante, inundando su campo visual de un verde luminoso. El sonido que acompañó al destello no era de los que le hubiera gustado volver a escuchar en su vida, como si las voces de todos a los que había matado hubieran sido orquestadas con precisión diabólica en un inmenso coro.

Levantó la mirada. Se había caído, no sabía cómo, estaba boca arriba sobre la acera, esforzándose por respirar, y el americano estaba allí, agachándose para ayudarlo a levantarse.

—¿Qué le ha pasado, amigo, se le ha disparado? Es un trozo de quincalla muy traicionero, ese que lleva...

—Quédese. Quédese esa mierda. No puedo soportarlo..., esa luz espantosa...
Voetsak, voetsak!

Se alejó tambaleándose por el canal, cruzó un puente, se perdió en la intrincada red de paredes limpias de la ciudad muerta. Kit oyó varios disparos más procedentes de aquella dirección, y cuando las campanas callaron por fin y el humo de la cordita se hubo disipado por completo, cuando los mirones volvieron uno por uno al pliegue del sueño y la luz de la luna se tornó oblicua y metálica, Kit se encontró a solas con el enigmático objeto, guardado de nuevo en su estuche de cuero. Se lo colgó despreocupadamente echándose la correa por encima del hombro, con la intención de examinar el contenido más tarde.

Kit no acababa de entender el motivo de tanto alboroto. Pero Umeki no tardó en pasarse horas con el instrumento, frunciendo y relajando el ceño como si sucesivamente la apabullara un pesar y a continuación se librara de él, como si contemplara a través del visor el despliegue de un prolongado, quizás interminable, espectáculo dramático de su propio país. Cada vez que sus ojos se apartaban fugazmente del instrumento, pasaban a estar desenfocados, hinchados, como sometidos a otro conjunto de leyes. Cada vez que Kit preguntaba qué pasaba, ella empezaba respondiendo en una voz baja y como ronca de tabaco, con conmovedora largueza, en lo que él suponía que debía de ser japonés.

Y por último:

—Muy bien. En primer lugar, los espejos... Mira aquí, uno semiazogado, pero no sobre cristal sino sobre calcita, y esta pieza... ¡es tan pura! Todo rayo de luz que entra se escinde en dos: uno «ordinario» y el otro «extraordinario». Al llegar a uno de estos fondos semiazogados, cada rayo es en parte reflejado y en parte refractado, así que se dan cuatro posibilidades, ambos rayos reflejados y ambos refractados, uno de cada, y a la inversa. El fatídico número cuatro; para la mentalidad japonesa, literalmente fatal. El mismo carácter con el que designan la muerte. Tal vez fue eso lo que me atrajo de los Cuaterniones. Digamos que cada uno de los cuatro estados está asociado a una de las cuatro «dimensiones» del espacio-tiempo minkowskiano o, en un sentido más trivial, a los cuatro picos de la superficie recíproca a la de la onda, lo que los cuaternionistas denominan la superficie índice. Tal vez se supone que hemos de olvidarnos de la óptica por completo, como si los rayos ya no se refractaran doblemente, sino que se *emitieran* doblemente, desde todo objeto que observamos a

través de esto..., como si en lo consciente hubiera un equivalente del Rayo Extraordinario y nosotros miráramos con el ojo de ese reino inexplorado.

»Y eso es sólo el visor.

Ella quitó una cubierta, metió la mano dentro, pareció realizar unas hábiles y elegantes rotaciones y desplazamientos, y la sacó sosteniendo un cristal del tamaño de un ojo humano. Kit lo cogió y examinó de cerca cada cara.

—Todas estas caras son equilaterales.

—Si, es un verdadero icosaedro.

—El sólido regular, no un $12 + 8$ como el que se encuentra en las piritas, sino... Esto es imposible. No existe tal...

—¡No es imposible! ¡Hasta hoy sencillamente no se ha identificado! Y la esfera descrita mediante doce vértices...

—Espera, no, no me lo digas. No es una esfera ordinaria, ¿me equivoco? —El objeto centelleó en sus manos, como si le guiñara un ojo—. Algo así como... una esfera de Riemann.

Ella esbozó una sonrisa resplandeciente.

—El reino de $x + iy$, ¡estamos dentro! Tanto si queremos como si no.

—Un icosaedro imaginario. Fenomenal —dijo intentando recordar lo que podía del magistral *Vorlesungen über das Ikosaeder* de Félix Klein, que había sido lectura obligatoria en Gotinga, aunque sin mucha fortuna.

—«Imaginario» —se rió ella—, ¡no es el mejor modo de llamarlo! —Cogió el cristal con cierta reverencia, o eso le pareció a Kit, y volvió a colocarlo dentro del aparato.

—¿Para qué sirve esto?

Una delgada manija de ebonita sobresalía de una ranura con reborde de latón, que se desplazaba en una complicada curva. Cuando Kit intentó tocarlo, ella le apartó la mano de una palmada.

—¡No lo toques! Es un «Compensador de Deriva Óhmica», regula la cantidad de luz que puede entrar en el azogue del espejo. ¡Un tipo especial de refracción! ¡Calibrado con un índice imaginario! ¡Es peligroso! ¡Es primordial!

—Esta unidad no abulta más que una pistola —dijo Kit—. ¿Tan poderoso puede ser?

—No es más que una conjetura, pero piensa en la velocidad de la Tierra moviéndose a lo largo de su órbita. ¡Casi treinta kilómetros por segundo! Haz la raíz cuadrada y multiplica el resultado por la masa del planeta...

—Un buen pedazo de energía cinética.

—Hace poco, en el artículo de Lorentz publicado en los *Proceedings* de la Academia de Amsterdam, con Fitzgerald y los demás, se concluía que un cuerpo sólido que atravesase el Éter a una velocidad muy alta podría acortarse ligeramente a lo largo del eje del movimiento. Y Lord Rayleigh, buscando efectos de segundo orden, se planteaba si tal movimiento no haría que un cuerpo cristalino se volviera

doblemente refringente. Hasta el momento, esos experimentos ofrecen resultados negativos. Pero si partimos de ese principio, le damos la vuelta y *empezamos* por un cristal en el que la doble refracción se deba a un conjunto de ejes que ya no es uniforme, con las unidades del mismo espacio ya alteradas de hecho, debido al movimiento de la Tierra..., entonces, en un cristal así, estaría, implícita, encarnada en él, esa inmensa velocidad planetaria, esa energía inmoderadamente vasta que ahora alguien ha sabido asociar de algún modo a...

—La verdad, no me hace mucha gracia pensar en eso —dijo Kit simulando que se tapaba los oídos.

Una mañana temprano, en un sueño, ella se le apareció sosteniendo el objeto ante sus ojos. Estaba desnuda y lloraba. «Entonces, ¿tengo que coger el pavoroso instrumento y huir a otras costas?». Su voz, sin el filo de frío sarcasmo de la vigilia, indefensa, le llamaba a compartir su tristeza. Era un sueño sobre Umeki, pero también uno de esos sueños de matemáticos que salen de vez en cuando a la superficie en el folclore. Comprendió que si las ondas C eran en algún sentido longitudinales, si viajaban a través del Éter de un modo similar a como el sonido viajaba a través del aire, entonces, siguiendo con el conjunto de analogías con el sonido, en algún lugar del régimen tenía que haber música..., que inmediatamente escuchó, o recibió. El mensaje parecía comunicar que «En el fondo de las ecuaciones que describen el comportamiento de la luz, las ecuaciones de campo, las ecuaciones de Vectores y Cuaterniones, subyace una serie de direcciones, un itinerario, un mapa de un espacio oculto. La doble refracción aparece una y otra vez como un elemento clave, pues permite ver otra Creación que se encuentra al lado de la nuestra, tan cerca que se solapa, y la membrana entre los mundos se ha tornado en muchos lugares demasiado frágil, demasiado permeable, para ser segura... Dentro del espejo, dentro del término escalar, dentro de la luz del día, de lo obvio y de lo dado por sentado, siempre ha subyacido, como a la espera, el itinerario oscuro, la guía del peregrino corrupto, la innominada Estación que precede a la primera en lo increado todavía sin luz, donde la salvación todavía no existe».

Por primera vez desde hacía mucho tiempo, se despertó sabiendo exactamente qué tenía que hacer. Era como si el seno se le hubiera descongestionado de golpe. Todo estaba claro. Este objeto metálico había resultado ser un peligro supremo, tan capaz de hacer daño al que lo utilizaba como a su objetivo. Si el espionaje militar aquí, en Bélgica, lo estaba confundiendo con un «arma Cuaterniona», mítica o no, no cabía duda de que otras potencias también mostrarían mucho interés. Lo cual metería a la inmensa población de los inocentes del mundo en más problemas de los que quisiera afrontar cualquier gobierno. Por otro lado, si hubiera alguien que supiera entenderlo y valorarlo...

Umeki se dio la vuelta a propósito, retorciendo las sábanas, tarareando una melodía suya, y le mordió el pezón.

—*Konichiwa* a ti también, mi pequeña flor de ciruelo.

—Soñé que huías en una aeronave.

—Nunca tendré que marcharme. Si...

—Lo harás. Y yo me quedaré sin ti.

Pero en su voz no resonó nada de la tristeza cuyo peso la aplastaba en el sueño.

Más tarde, fumaban tumbados, a punto de marcharse por última vez de la habitación.

—Hay una nueva ópera de Puccini —dijo ella—. Un americano traiciona a una japonesa. Butterfly. Él tendría que morir de vergüenza, pero no se muere, la que muere es Butterfly. ¿Cómo lo interpretamos? ¿Es que los japoneses mueren de vergüenza y deshonor, pero los americanos no? ¿Acaso es que *no pueden morir nunca* de vergüenza porque carecen del bagaje cultural requerido? Como si, en cierto sentido, tu país estuviera mecánicamente destinado a seguir adelante sin tener jamás en cuenta si hay alguien en el camino o bajo sus pies.

Como si acabara de acordarse, él dijo:

—Será mejor que te dé una cosa.

Ella lo miró sobre el saliente de una almohada.

—Nunca fue tuyo como para que se lo des a nadie. Era mío antes de saber siquiera que existía.

—Sé que es tu modo de decir gracias.

—Tendré que enseñárselo a Kimura-san para ver qué puede hacer con él.

—Claro.

—El gobierno japonés..., de ellos no estoy tan segura.

—¿Vuelves a casa?

Ella se encogió de hombros.

—No sé dónde está mi casa. ¿Y tú la tuya?

En la estación de Ostende-Ville, hubo un momento —que no tardó en disiparse entre el alboroto y el humo de carbón, la alegría de la cerveza, Root Tubsmith rasgueando enérgicamente un popurrí con el ukelele que incluía la tremendamente popular *La Matchiche* de Borel-Clerc— en el que Kit intuyó que Ostende tal vez no era tan sólo una ciudad de placer más para gente con demasiado dinero, sino el punto de anclaje occidental de un sistema continental que incluía casualmente el Orient Express, el Transiberiano, el Berlín-Bagdad, y así sucesivamente, en una proliferación de acero a lo largo y ancho de la Isla-Mundo. Sin saber todavía lo familiar que, en el curso de sólo unas estaciones, iba a llegar a ser para él el Imperio del Vapor, ni que, desde Ostende, gracias a la Compagnie Internationale des Wagons-Lits, uno podía, por la módica suma de menos de doscientos francos, ser llevado al Oriente, vertiginosamente, tal vez para siempre. Buscó a Umeki entre la muchedumbre de los andenes, incluso entre los subconjuntos donde difícilmente podía estar, maravillándose ante los protocolos del destino, de que lo llevaran, de que

lo alejaron, de saber adónde pertenecía y adónde no. Ella no estaba allí, no podía estarlo. Y cuanto menos estaba, más estaba. Kit supuso que había algo en la teoría de conjuntos que lo explicaba, pero el tren ya se movía, su cerebro estaba embotado, su corazón incomunicado, y las dunas fueron quedando atrás, luego el canal de Brujas, y las alondras se alzaron de los rastrojos de los campos, formando un frente defensivo contra el otoño.

Dally lo habría explicado si alguien hubiera insistido: la Exposición de Chicago se había celebrado hacía mucho, pero ella conservaba un par de recuerdos de barcos silenciosos en los canales, y algo empezó a agitarse mientras el vaporetto se alejaba de la estación de tren por el Gran Canal, hasta que, justo en el crepúsculo, llegó a su destino en San Marco, y allí estaba el puro atardecer veneciano, las sombras verdes y azuladas, los lavandas, los ultramarinos, los sienas y los ocre del cielo, y el aire cargado de luz que ella respiraba, el asombroso impulso culminante del crepúsculo cotidiano, con las farolas de luz encendiéndose en la Piazzetta, con San Giorgio Maggiore enfrente, al otro lado del agua, iluminado con una palidez angelical, tan distante como el cielo, y aun así aparentemente sólo a un paso, como si el aliento y el anhelo de Dally pudieran llegar a él y tocarlo; por primera vez tras una vida errante estuvo segura de que, significara lo que significase para ella el «hogar», esto que veía era más antiguo que la memoria, que la historia que ella creía conocer. Le daba la impresión de que el corazón le iba a reventar y tenía que hacer un gran esfuerzo para contener sentimientos que más tarde podría haber lamentado, como cuando cerca de ella un turista, con una exhibición mezquina y mocosa de acento británico, sonrió con satisfacción a un entusiasmado acompañante: «Oh, todo el mundo dice que al cabo de uno o dos días empezarás a no ver el momento de salir de aquí», lo cual hizo que Dally pensara en buscar un remo de góndola para darle un buen golpe, o más de uno. Pero el propio atardecer, extendiendo misericordiosamente su profunda capa, se encargaría de que ese insecto nocivo y sus réplicas a miles, que eran como los mosquitos que se elevaban en nubes a la caída de la noche con el propósito de infestar el verano veneciano, realzaran su esplendor con irritación terrena, pasaran de largo tan rápido como debían y fueran expulsados, olvidados.

Ella, mientras tanto, había decidido quedarse a vivir allí para siempre.

El primer compromiso de los Zombini, en el Teatro Verdi de Trieste, había sido un triunfo. Recibieron críticas extasiadas no sólo locales sino también en los periódicos de Roma y Milán, y se les retuvo una semana más, así que cuando por fin llegaron a Venecia, su contrato ya había sido ampliado y las localidades agotadas con semanas de antelación.

—Así que éste es el Malibran.

—La casa de Marco Polo está al doblar la esquina.

—Eh, ¿crees que vendría si le regaláramos unas entradas?

—Aquí, Cici, piensa rápido.

—¡Yaagghh!

Cici recordó que en realidad aquello sólo parecía un elefante de tamaño natural trazando un arco por el aire a punto de aterrizar encima de él y aplastarlo. Dio un paso al lado en el último momento, ejecutó un limpio paso «pincette» y se guardó el animal en uno de los bolsillos secretos de su chaqueta de mago, donde se desvaneció

al instante, aunque hoy se dice que vaga cómodamente por las selvas de su África nativa. Otra Famosa Hazaña de Paquidermo Volante resuelta con soltura.

Entre bastidores, Vincenzo Miserere, el representante de ventas de la fábrica de espejos de la Isola degli Specchi, contemplaba el espectáculo apreciativamente. A lo largo de los años había visto números de todo tipo, y la gran reputación de los Zombini (para ir a verlos había tenido que tomar un tren a Trieste) le pareció bien merecida.

—Creo que en el pasado ya hubo unos Zombini por Venecia —le dijo a Luca—. Hace mucho tiempo. Pásense por la fábrica mientras estén por aquí, tenemos una biblioteca completa llena de documentos antiguos que estamos catalogando. El Professore Svegli, de la Universidad de Pisa, nos está echando una mano. A lo mejor encuentra algo.

Bria había oído hablar de los Zombini venecianos desde que era niña, cuando un día su padre la había hecho pasar a su estudio y había extraído de su suntuoso caos un antiguo volumen encuadernado en piel de tiburón, *The travels and adventures of Niccolò dei Zombini, Specchiere*. En el siglo XVII, la familia había enviado a Niccolò como aprendiz a los fabricantes de espejos de la isla, que, como los sopladores de vidrio de Murano, protegían fanáticamente los secretos de su oficio. Las corporaciones de hoy en día son amables y respetuosas en comparación con aquellos primigenios propietarios de fábricas, cuyo secretismo y obsesión no hacían más que agravarse a medida que se sucedían los años y las generaciones. Mantenían a sus trabajadores confinados en una pequeña isla pantanosa, como prisioneros, con la prohibición de marcharse: el castigo para quien lo intentara era la persecución y la muerte. Pese a todo, Niccolò consiguió huir, y el libro que Luca le enseñó a Bria arrancaba con su partida de la isla. Luca adoptó la costumbre de leer a los niños para dormirlos: un *guaglion* perseguía a otro, de una punta a la otra por todo el mapa de Europa, a lo largo del Renacimiento, sin telégrafos, sin pasaportes, sin redes internacionales de espías, cuando lo único que se necesitaba para ir por delante era más velocidad y un poco de imaginación. Niccolò se las ingenió para desaparecer en medio de todo aquel ruido y confusión, pues eso era Europa por entonces.

—Según una versión de la historia —dijo Luca—, acabó embarcándose para América, donde se casó, tuvo hijos, empezó un nuevo linaje, incluidos nosotros, pero ningún Zombini más se dedicó nunca al negocio de los espejos, y eso que fuimos de todo: picapedreros, cantineros, vaqueros, jugadores y, ¿sabéis qué?, ¿en el sur antes de la Guerra de Secesión? Un par de nosotros fuimos negros.

—Ya.

—Cómo, ¿es que nunca habéis visto el árbol genealógico de la familia? Tened, mirad, Elijah Zombini, maestro de chefs, la primera lasagna al sur de la línea Mason-Dixon, que utilizaba sémola en lugar de ricotta, ¿no lo conocíais?

Y como había sucedido desde que Bria era bebé, Luca pasó a otra de sus historias y, uno tras otro, los niños se fueron quedando dormidos...

Isola degli Specchi figuraba en algunos mapas pero estaba ausente en otros. Parecía depender del nivel de las aguas en la Laguna, que variaba de un día para otro. También, tal vez, era una cuestión de fe, pues había venecianos muy bien informados que aseguraban categóricamente que no existía. El día que la visitaron Luca y Bria, parecía una isla bastante normal, a la que llegaba un vaporetto normal, con talleres de espejos normales, salas de fundición, de crisoles, talleres de pulido, con el único elemento peculiar de un ala entera a la que no se animaba a entrar a los visitantes, en cuya puerta se leía TERAPIA.

El Professore Svegli estaba en los archivos de la fábrica rodeado de documentos escritos en papel antiguo y pergamino.

—Los registros de su ancestro —les dijo como saludo— son tan difíciles de localizar como lo fue el mismo hombre.

—Me sorprende que no destruyeran todos los registros que pudieran.

—No se les habrá ocurrido. Hoy en día estamos acostumbrados a pensar en la identidad como el mero contenido de un dossier. Pero por entonces un hombre podía tener múltiples identidades, los «documentos» se inventaban o falsificaban con facilidad. El caso de Niccolò dei Zombini es especialmente complejo, porque en cierto momento también se volvió loco, un gaje del oficio bastante frecuente entre aquellos perfeccionistas fabricantes de espejos. Debería haber acabado en el manicomio de San Servolo, pero, por alguna misteriosa razón (¿simulaba locura como parte de un plan para huir?, ¿tenía amigos en el Palazzo Ducale?), no le hicieron nada pese a un comportamiento que hubiera mandado al *manicomio* a cualquier otro, y se le permitió seguir trabajando. Tal como fueron las cosas, puede que fuera el único que supiera por qué.

El Professore escogió cuidadosamente una hoja casi transparente de vitela y la colocó sobre una superficie plana de celuloide blanco.

—Se cree que esto es un dibujo original del denominado *paramorfico*, realizado sobre vitela uterina, muy rara y cara, y que no está preparada para que le dé mucha luz del día. También parece que existen plantillas de trabajo entintadas en pergaminos de menor calidad, pero la mayoría de ellas se han deteriorado por el uso, así como por los materiales utilizados para pulir: la brea, el colorete y demás. Según parece, Niccolò escapó de aquí alrededor de 1660, llevándose un *paramorfico*, y no volvió a saberse de él.

—¿Para qué sirve? —preguntó Luca a Vincenzo Miserere—. ¿Todavía los hace alguien? ¿Podría usar uno en mi número?

Miserere lo miró por encima de sus quevedos.

—Usted encargó algo parecido el año pasado —dijo hojeando un taco de copias de facturas—. Vidrio, calcita, azogados. Lo llamamos La Doppiatrice.

—Muy bien, muy bien. Y ahora que estamos en ello, tendría que hablar con la gente que le ayuda.

Y pasó a poner al tanto a Miserere del inexplicable fallo que había generado una pequeña población de sujetos ópticamente partidos por la mitad caminando por Nueva York, mientras Bria procuraba que no se le notara que alzaba la vista al techo.

El representante respondió una llamada de teléfono en su mesa y, mantuvo una breve conversación en dialecto veneciano, y unos minutos más tarde Ettore Sananzolo, quien de hecho había diseñado el aparato, entró con un haz de dibujos técnicos bajo el brazo.

—Se trata tan sólo de una variación del clásico gabinete Maskelyne de hace cuarenta años —explicó—, en el que se colocaba un espejo ladeado dentro de un gabinete vacío en un ángulo de cuarenta y cinco grados, de manera que divudiese uno de los rincones del fondo en una mitad perfecta. Con un espejo lo bastante bueno y un revestimiento de terciopelo, el público cree que sigue mirando directamente a la pared del fondo de un gabinete vacío, cuando lo que ve en realidad es un reflejo de una de las paredes laterales. Para desaparecer, el sujeto simplemente entra en el gabinete y se oculta en el ángulo de cuarenta y cinco grados de detrás del espejo.

»Para el truco análogo en cuatro espacios, teníamos que pasar de un espejo bidimensional a otro tridimensional, y es ahí donde entra el *paramorfico*. En lugar de la rotación sencilla de noventa grados en la que un plano representa otro en tres espacios, ahora tenemos que sustituir un volumen (el interior del gabinete) por otro, en cuatro espacios. Y así pasamos de un sistema de tres ejes puramente espaciales a otro con cuatro: espacio más tiempo. De este modo conseguimos que el tiempo entre en juego. Los dobles que usted dice haber generado son de hecho los sujetos originales, pero ligeramente desplazados en el tiempo.

—Así es aproximadamente como el Profesor Vanderjuice, de Yale, ve el problema. Y bien, ¿cómo lo arreglamos?

—Desgraciadamente, primero tendrá que encontrar a cada pareja y convencerlos para que vuelvan a entrar en el gabinete.

Por el rabillo del ojo, vio que Bria se echaba las manos a la cabeza y se esforzaba por no decir nada, pero curiosamente Luca sentía ahora los primeros escalofríos de esperanza. Lo que Ettore pedía era claramente imposible. A esas alturas, aquellos sujetos llevaban demasiado tiempo con sus propias vidas, ya no tan combinadas cuanto divergentes, algo inevitable en una ciudad tan gigantesca como Nueva York: habrían seguido viviendo y conocido a atractivos desconocidos, habrían cortejado, se habrían casado, tenido hijos, cambiado de empleo, mudado a otros lugares...; intentar siquiera encontrarlos sería como intentar volver a meter el humo dentro de un cigarro, y más difícil sería aún esperar que un par de ellos reentrase voluntariamente en La Doppiatrice. Era como engendrar un gran número de hijos reales, supuso, de gemelos, con la salvedad de que éstos llegaban al mundo ya adultos, y lo más probable es que ninguno de ellos volviera para hacerle una visita. No a todo el mundo le resultaría tranquilizador, pero Luca intentaba que así fuera.

Ettore comentó que los dibujos eran ajustes que había que hacer, así como nuevas partes que instalar, para evitar la repetición del problema.

—Me ha tranquilizado —murmuró Luca—. No sé cómo agradeceréelo.

—¿Con dinero? —sugirió Ettore. Vincenzo Miserere encendió uno de aquellos puros negros duros como piedras y guiñó un ojo. Bria miraba a su padre como si se hubiera vuelto loco.

Volvieron a Venecia dando bandazos en un vaporetto, entre los fantasmas inquietos de todos los fabricantes de espejos enloquecidos, que entraban con el *salso* desde la Laguna y volvían a salir, dentro y fuera de la ciudad, sujetándose a barcos de pesca nocturna, vapores, *sandoli*, buscando la última oportunidad, el hogar perdido..., deslizándose bajo la superficie para curiosear por los antiguos talleres; a veces incluso llegaban a atisbar sus propios espantosos reflejos en algún fragmento de un antiguo espejo, pues allí abajo el azogue sobrevivía a la corrosión del mar y del tiempo, desde hacía mucho tiempo era especialmente receptivo a los muertos sin hogar... A veces también se hacían visibles en los bordes de la pantalla del Malibran, cuando se proyectaba una película entre dos actos teatrales. En Nueva York, los hijos de Zombini acostumbraban a ir a escondidas al centro para acudir a los nickelodeones, y se tenían por muy espabilados, pero aquí, por alguna razón, se encontraron aferrándose unos a otros para no caer en el sueño colectivo y no salir corriendo por los pasillos alejándose de los trenes que entraban en la estación de Santa Lucia, o para no arrojar objetos a las villanías especialmente monstruosas de los melodramas breves, o para asegurarse de que estaban en sus butacas y no a bordo de un barco en el Gran Canal.

Aquella noche en el teatro, después de la función, Dally se quedó un rato en el abrupto vacío agrandado de ausencias y de ecos para ayudar a recoger el atrezzo y el equipo y montar algunos de los efectos que emplearían en la actuación de la noche siguiente. Erlys, que últimamente había estado trabajando la lectura del pensamiento y tal vez se sintiera un poco más intuitiva de lo habitual, no dejaba de lanzarle miradas, todas dirigidas tan intencionadamente como uno de los cuchillos de Bria. En un momento dado, se encontraron cara a cara, cada una a un lado de una jaula de palomas.

—¿Qué pasa? —dijeron las dos a la vez.

Mientras Dally intentaba decidir cómo empezar, Erlys añadió:

—Da igual, yo sé qué pasa.

—Sé que se espera que me explique —dijo Dally—. Ojalá pudiera. Tú ya sabes cómo es, llegar a un sitio, tras una larga sucesión de lugares en los que nunca hubieras querido pararte, ni mucho menos vivir, no comprendes siquiera que alguien pueda pensar lo contrario, y a lo mejor sólo es la hora del día, o el clima, o lo que acabas de comer, no hay forma de saberlo, pero no eres tú la que vas, sino que es el lugar el que sale y te envuelve, y sabes que es ahí adonde perteneces. No hay ya nada como este lugar en ningún otro sitio, y sé que es aquí adonde pertenezco.

Varias docenas de objeciones se daban codazos en la mente de Erlys para enunciarse la primera. Ella sabía que Dally ya las había examinado y descartado todas. Asintió, lentamente, un par de veces.

—Déjame hablar con Luca.

—Así que ahora tengo que dejarla marchar —dijo Erlys—; no sé cómo voy a poder. —Estaban en su hotel, en el extremo de San Polo, que daba, al otro lado del canal, a Cannareggio; el sol a sus espaldas se combaba en una de aquellas melancólicas combinaciones de luz y nebulosidad tan frecuentes por allí—. Aquí está, por fin, el precio que tengo que pagar por lo que hice. La encuentro, la vuelvo a perder.

—Nada de lo que ocurrió fue culpa tuya —dijo Luca—. Fui yo. Estaba loco.

—Yo no era más sensata, por entonces sólo era una chiquilla, pero eso no es disculpa, ¿verdad que no? La abandoné. Es algo que no puedo cambiar. Las hermanas Snidell de Cleveland me calaron desde el principio. Todavía me persiguen en mis sueños y me dicen que no merezco vivir. ¿Cómo pude ser tan egoísta?

—Eh, vamos. No es como si la hubieras abandonado —se quejó él—. Sabías que el lugar más seguro donde podías dejarla era con Merle, sabías que ella tendría calor, que sería querida, que nunca pasaría hambre.

Asintió, abatida.

—Lo sabía. Eso hizo que me resultara más fácil marcharme.

—E intentamos encontrarlos otra vez. Durante un par de años, si no recuerdo mal.

—Pero no con el bastante empeño.

—Nosotros también teníamos que seguir trabajando. No podíamos dejarlo todo para emprender la persecución de Merle por medio país. Y también él podía haber intentado buscarnos, ¿no?

—Debió de sentirse muy traicionado. No quería verme más, ni tampoco me quería cerca de ella.

—Eso no lo sabes.

—¿Es que estamos discutiendo?

Él alargó la mano para apartarle el pelo de la cara.

—Yo tenía miedo. Pensaba que un día te marcharías a buscarla sola y yo volvería a mi anodina vida de antes, sin ti. Estaba tan desesperado que hasta pensé en candados y cadenas, pero, claro, tú ya habías aprendido los trucos.

—Nunca tuve intención de dejarte, Luca, no era a Merle a quien amaba, te amaba a ti.

Estaban sentados uno al lado del otro en la cama, sintiéndose treinta años más viejos de lo que eran. La luz se fue escurriendo de la habitación.

—Aquel día volví al apartamento —dijo Luca—, y allí estaba aquello..., no sé, creí que se había caído de una estrella.

—Así me sentí yo cuando nació ella.

Él nunca llevaba pañuelos encima, pero sabía cómo sacar de la nada uno de seda del color que se quisiera. Éste era violeta. Se lo alcanzó con una floritura.

—Déjame utilizarlo cuando acabes.

Erlys se acarició los ojos con él y cuando se lo devolvió el pañuelo había cambiado de color, ahora era de un turquesa verdoso.

—Stronzo. Tú tampoco quieres que se vaya.

—Pero ya no pintamos nada. Es parte del trato.

—¿Es que vamos a dejarla así en Venecia? ¿Cómo sabemos que esta vez sí estará a salvo?

—Escúchame, si fuera una chica indefensa, o una cabeza loca, sería distinto, pero esta joven ha vivido entre guerras *tong* sin recibir un rasguño. Ha actuado en el Bowery. Los dos la hemos visto en acción; si fue capaz de salir bien parada de Nueva York antes incluso de conocernos, se comerá Venecia con los ojos cerrados. Tal vez un par de francos a su nombre en la Banca Veneta no le vendrían mal, ya sabes, sólo por si acaso. Y conozco alguna gente de aquí a la que puedo pedir que la vigilen discretamente.

Y así fue como Dally se quedó sola en Venecia. Un día el vaporetto se alejó de la parada de San Marco, y había tantos Zombini despidiéndose desde la barandilla que el barco se ladeó. Más tarde, por alguna razón, Dally recordaría a Bria, esbelta, firme, agitando su sombrero con el brazo extendido, el cabello en una maraña agitada, gritando:

—Empieza el espectáculo, *ragazza*. *In bocc'al lupo!*

Antes de darse cuenta ya se estaba ganando la vida, dándole un uso a las muchas habilidades de sus manos ligeras y dedos veloces, y a la charla rápida que las acompañaba, que había empezado a aprender con Merle antes de aprender a andar, y de los jugadores y tramposos que, en las diversas ciudades por las que pasaba, se le acercaban dando tumbos, desde que sus manos fueron lo bastante grandes para que le cupieran en la palma naipes de bridge, y más tarde aprendidas también de Luca Zombini, que las extendió a los malabares y los trucos de magia.

Donde se sentía más cómoda actuando era en los pequeños *campielli* cuyas iglesias sólo contenían pinturas menores, y que tenían las proporciones perfectas para congregar a niños y turistas de camino a hitos más conocidos de la ciudad. No tardó en llegar a odiar a los turistas y lo que veía que le hacían a Venecia, transformando la ciudad real en una imitación hueca y de vez en cuando completamente fallida de sí misma, con todos sus siglos de ebullición histórica reducidos a unas pocas y simples ideas, vendidos a una inundación humana estacional que apenas las captaba siquiera.

A medida que avanzaba el verano, se fue asentando en la ciudad. Miraba a las chicas americanas, paseando resueltas por la Riva, sin preocupaciones, aseadas,

almidonadas, luminosas y alegres, con sus blusas marineras y sus faldas de navegar, los ojos brillantes bajo las alas de sombreros de paja, fingiendo no hacer caso a las miradas ávidas de los oficiales de la marina, guías y camareros, riéndose y hablando sin parar, y se preguntaba si jamás había existido la menor posibilidad de que se hubiera convertido en una de ellas. A esas alturas, el sol la había bronceado, estaba delgada y ágil, llevaba el pelo muy corto, recogido en rizos que cabían bajo una gorra de pescador de lana roja que también hacía las veces de única almohada por la noche...; esos días se vestía como un chico y se libraba así de toda atención masculina, salvo de la que algunos deparan a los chicos, aunque a esas aves de paso, cuya estancia no se alargaba más de un par de noches, les aclaraba rápidamente las cosas.

No era ya la Venecia que recordaban los más viejos. El Campanile se había desmoronado hacía unos años y todavía no lo habían reconstruido, y las historias sobre su caída se multiplicaban. Corrían relatos sobre un encuentro en el cielo, que algunos describían como angélico. Los pilluelos callejeros y los *luciole* contaban que habían visto, en una población de visitantes que no llamaba la atención por su extravagancia, a jóvenes de uniforme, cuya nacionalidad era objeto de controversia, desplazándose entre los laberintos de agua como fantasmas de tiempos pasados o, especulaban algunos, de tiempos venideros. «Has visto los cuadros antiguos. Ésta siempre ha sido una ciudad para ver ángeles. La batalla en el cielo no acabó cuando Lucifer fue desterrado al Infierno. Siguió librándose; se libra todavía».

Ésa era la versión de un pintor inglés, un artista típico, puede que incluso genuino, llamado Hunter Penhallow, que se había estado presentando todas las mañanas en la *fondamenta* de Dally con un caballete y un equipo completo de pinceles y tubos de pintura, y, mientras lo permitía la luz del día, sólo interrumpía su trabajo para tomar *ombretea* y café, empeñado en poner a Venecia «aquí abajo», como él decía.

—Aquí hay kilómetros de calles y canales, míster —quiso informarle ella—, decenas de miles de personas, cada una de ellas más interesante que la de al lado, ¿por qué limitarse a este rinconcito de la ciudad?

—Aquí la luz es buena.

—Pero...

—Muy bien. —Un par de minutos de trabajo con el lápiz—. Tanto daría. Imagínate que dentro de este laberinto que ves hay otro, pero a una escala menor, reservado exclusivamente, pongamos, para gatos, perros y ratones, y luego, dentro de éste, otro para hormigas y moscas, luego otro para microbios y el mundo invisible entero, y así bajando por la escala, pues una vez que se acepta el principio del laberinto, no sé si me entiendes, ¿por qué detenerse en una escala en concreto? Es algo que se repite a sí mismo. El punto preciso donde nos encontramos en este momento es un microcosmos de toda Venecia.

Él hablaba con calma, como si ella entendiera qué significaba todo aquello, y lo cierto es que, como Merle también solía hablarle así, no perdía el hilo del todo, e incluso era capaz de no poner los ojos en blanco. Inhaló profundamente la colilla de su cigarrillo, y luego lo lanzó con un aspaviento al río.

—¿Eso también se aplica a los venecianos?

Como era de esperar, la pregunta la hizo merecedora de una mirada.

—Quítate el gorro, echemos un vistazo. —Cuando ella se soltó los tirabuzones—: Eres una chica.

—Más bien diría una mujer joven, pero no discutamos por eso.

—Y te has estado haciendo pasar, maravillosamente bien, por un curtido pilluelo callejero.

—Hace que la vida resulte más fácil, al menos hasta cierto punto.

—Tienes que posar para mí.

—En Inglaterra, signore, al menos eso es lo que se dice, una modelo puede ganar un chelín por hora.

Él se encogió de hombros.

—No puedo pagar tanto.

—Que sea la mitad, entonces.

—Eso son doce soldi. Tendría suerte si vendiera un cuadro por un franco siquiera.

Pese al rostro joven, casi adolescente, de Hunter, lo que ella veía de su cabello era gris, casi blanco, cubierto con un sombrero de paja elegantemente retorcido para cambiar su forma original de estilo Santos-Dumont, lo que sugería al menos alguna residencia previa en París. Se preguntó cuánto tiempo llevaría en Venecia esta pieza. Fingió que entrecerraba los ojos ante los lienzos de una manera profesional.

—No eres Canaletto, pero tampoco te subestimes, he visto cosas peores que éstas vendidas por diez francos, y en temporada alta puede que más.

Por fin él sonrió, un momento de fragilidad, como un trecho de niebla que se disipara.

—Tal vez podría pagarte seis peniques a la hora si..., si además me hicieras de agente.

—Claro, ¿diez por ciento?

—¿Cómo te llamas?

—Casi todos me llaman Beppo.

Montaron su tenderete cerca de Bauer-Grünwald, en la estrecha callejuela entre San Moise y la Piazza porque, tarde o temprano, todos los visitantes de la ciudad acababan pasando por allí. Mientras tanto, en *fondamenta*, él la esbozaba o pintaba en varias poses: haciendo volteretas a la orilla del canal, comiendo una rodaja de sandía de un rojo sangrante, simulando estar dormida al sol con un gato en el regazo, con un garabato de trepadora escarlata sobre una pared de blanco hueso a sus espaldas, recostada en un umbral, con la cara iluminada sólo por la luz del sol que reflejaba el pavimento, soñando entre paredes rosas, paredes de ladrillos rojos, canales

navegables verdes, alzando la mirada hacia ventanas que daban a *calli* tan estrechas que parecía que bastaba con estirar el brazo para tocarlas, pero no era así, con flores delante desbordándose de balcones de hierro forjado, posando para él como chico y, al instante, con ropa prestada, como chica.

—Espero que no te sientas demasiado incómoda con falda.

—Me estoy acostumbrando, gracias.

Hunter había acabado estableciéndose allí después de que, a causa de una herida misteriosa, lo desmovilizaran de una guerra de la que nadie sabía nada, buscando refugio del tiempo, seguridad detrás de las capas y máscaras y las nieblas de mil nombres de Venezia.

—¿Hubo una guerra?, ¿dónde?

—En Europa. En todas partes. Pero nadie parece saberlo... aquí... —vaciló, con una mirada cansina—, todavía.

—¿Por qué no? ¿Acaso está tan lejos que «todavía» no ha llegado la noticia? —Dejó escapar el aliento y añadió—: ¿O es que «todavía» no ha sucedido?

Él le devolvió la mirada, no exactamente con inquietud, sino más bien como si le concediera un extraño perdón, como si fuera reacio a culparla por no saberlo. ¿Cómo iba a saberlo ninguno de ellos?

—Entonces supongo que debes de ser un viajero del tiempo que viene del futuro. —Lo dijo sin asomo de burla, de verdad, ni tampoco demasiado sorprendida.

—No lo sé. No sé cómo podría suceder.

—Muy fácil. Alguien en el futuro inventa una máquina del tiempo, ¿me sigues? Todos los empresarios desquiciados de ambas orillas del Atlántico han trabajado en eso, está claro que alguno de ellos lo conseguirá, y cuando lo haga, esos artefactos serán tan comunes como los taxis de alquiler. Así que..., dondequiera que estuvieras, debiste de parar uno. Te subiste de un salto y le dijiste al conductor a *cuándo* querías ir y *ehi presto!* Y aquí estás.

—Ojalá pudiera acordarme. De cualquier cosa. Sea cual sea la inversión del tiempo que suponga «recordar»...

—Bueno, lo cierto es que parece que has escapado de tu guerra. Estás aquí..., estás a salvo —lo dijo sólo con la intención de tranquilizarlo, pero la expresión de abatimiento de Hunter se acentuó.

—«A salvo»..., a salvo. —Fuera quien fuese con quien hablara en ese momento, ya no era ella—. El espacio político tiene su terreno neutral. Pero ¿y el Tiempo? ¿Existe algo parecido a una *hora neutral*?, ¿una hora que no vaya ni hacia delante ni hacia atrás? ¿Es eso esperar demasiado?

En ese preciso instante, no del todo como una respuesta, de uno de los navíos de guerra reales anclados en Castello resonó el Cañonazo de Retreta, una campanada de advertencia, profunda y sin melodía, que repicó por toda la Riva.

Fue por entonces cuando Dally empezó a llevarle los lienzos, el caballete y el resto del equipo, ahuyentando a los pilluelos demasiado molestos, y a ocuparse en

general de las faenas que podía.

—... Inesperadamente, durante un partido, el Doctor Grace se me apareció en un sueño, me mandó a Charing Cross y al tren que enlazaba con el barco... para el continente...

—Sí, sí.

—... era muy real, llevaba traje blanco de críquet y una de aquellas gorras anticuadas, sabía cómo me llamaba y empezó a darme instrucciones sobre mi deber, había una..., una guerra, dijo en «Europa Exterior», eso dijo, una geografía muy extraña, ¿verdad?, incluso para un sueño..., y nuestro país, nuestra civilización, estaba en peligro. Yo no tenía el menor deseo de intervenir, ni la menor pasión, más bien al contrario. Ya había participado en «aventuras», conozco esa exaltación, pero sencillamente ahí no la percibía por ninguna parte..., no era accesible. Ya me ves, sólo soy un chico sanote de pueblo, un pintorzuelo aficionado, sin nada profundo de lo que hablar. Pero allí estaba yo, rindiéndome a la extraordinaria llamada de la fosa, de la futura fosa común de Europa, como si un poco más adelante hubiera una puerta de hierro, entreabierta, que diera a un país bajo y sombrío, con una multitud incontable de gente por todos lados, deseosa de pasar adentro, que me llevaba con ella, sin tener en cuenta mis propios deseos...

Se alojaba en un hotel de Dorsoduro, con un restaurante en el piso de abajo. Las maravillas envolvían los herrajes.

—Imaginaba que te alojarías en una *pensione*, hay un par un poco más arriba de aquel pequeño Rio San Vio.

—Esto es más barato, de hecho... las *pensioni* incluyen la comida, y si me hubiera parado a comer, me habría perdido la mejor luz, y si no, pagaría por una comida que no me comería. Pero aquí, en La Calcina, la cocina está abierta a todas horas, y puedo pedir casi todo lo que quiero. Además, tengo la compañía de fantasmas eminentes, Turner y Whistler, Ruskin, Browning y tipos así.

—¿Murieron aquí? ¿Seguro que es buena la comida?

—Oh, en ese caso llámalos «rastros de conciencia». La Investigación Psíquica está empezando a aclarar estas cuestiones. Los fantasmas pueden ser..., bueno, mejor míralos. —Levantó y bajó el brazo abarcando el Zattere—. Todos los turistas que ves pasando por ahí, todos los que planean dormir esta noche en una cama extraña son potencialmente ese tipo de fantasma. Por alguna razón, las camas de paso son capaces de captar y retener esos sutiles impulsos vibracionales del alma. ¿No te has dado cuenta de que en los hoteles, a veces inquietantemente, tus sueños no son tuyos?

—No donde yo duermo.

—Bueno, es verdad, sobre todo en estos lugares más pequeños, donde los armazones de las camas suelen ser de hierro o acero, esmaltados para mantener alejados a los *cimici*. De algún modo, el armazón de metal también se comporta como

antena receptora, permitiendo que los soñadores capten rastros de los sueños de quienquiera que haya dormido ahí antes que ellos, como si, durante el sueño, emitiéramos en frecuencias todavía no descubiertas.

—Gracias, lo probaré alguna vez.

Camas y dormitorios, vaya. Ella lanzó un rápido parpadeo lateral. Hasta el momento, él no había insinuado nada que pudiera considerarse impropio, ni a Dally ni a nadie con quien se hubieran cruzado a lo largo del día. No es que él le interesara desde el punto de vista romántico; por descontado, no era su tipo, aunque había días, tenía que reconocerlo, en que *cualquiera* era su tipo: nudosos pescadores, gigolós con hoyuelos, austriacos en pantalón corto, camareros, *gondolieri*, un deseo que tenía que aliviar discretamente por su cuenta, preferiblemente a horas tardías de la noche, cuando la luz de la luna era tenue.

Se preguntaba si esa «Guerra» de la que él tanto hablaba era la causa de la extirpación de la pasión física de su vida. ¿Cuánto tiempo tenía él pensado quedarse en Venecia? Cuando el bora soplara desde las montañas, anunciando el invierno, ¿se subiría a él para marcharse de la ciudad? ¿Y ella? En septiembre, cuando llegara el vino forte de Brindisi, Squinzano y Barletta, ¿desaparecería también él a las dos semanas?

Un día, paseando por la Piazzetta, Hunter la llevó bajo los soportales, entraron en la Biblioteca y le señaló la *Traslación del cuerpo de San Marcos*, de Tintoretto. Ella lo contempló un rato.

—Vaya, no me digas que no es lo más espeluznante que has visto nunca —murmuró Dally por fin—. ¿Qué está pasando? —Hizo un gesto nervioso hacia las viejas sombras alejandrinas, donde testigos fantasmagóricos huían, ya demasiado tarde, siempre puertas adentro, ante un agravio impío.

—Es como si estos pintores venecianos hubieran visto cosas que nosotros ya no podemos ver —dijo Hunter—. Un mundo de presencias. De fantasmas. La historia pasa, Napoleón, los austriacos, un centenar de formas de literalismo burgués, que conducen a su encarnación definitiva, el turista..., qué asediados debieron de sentirse. Pero quédate un tiempo en esta ciudad, mantén los sentidos abiertos, no rechaces nada, y de vez en cuando los verás.

Unos días después, en la Accademia, como si continuara ese pensamiento, añadió:

—El cuerpo, es otra forma de ir más allá del cuerpo.

—Hasta el espíritu que hay tras él...

—Pero no para negar el cuerpo, sino para reimaginarlo. Aunque —dijo haciendo un gesto con la cabeza hacia el Tiziano colgado en la pared más lejana— «en realidad» sólo sean diferentes tipos de barro engrasado untado sobre tela, reimaginarlo como luz.

—Más perfecto.

—No tiene por qué. A veces, mi terrible..., mortal, doliente, deforme, incluso descoyuntado, fragmentado en superficies geométricas, pero siempre, de alguna manera, cuando el proceso sale bien, *trascendido*...

Trascendida ella, supuso Dally. Ella intentaba seguirle, pero él no se lo ponía fácil. Un día le contó una historia que ella ya había oído, como una especie de cuento para dormir, de boca de Merle, que la consideraba una parábola, tal vez la primera de la que se tenía constancia, sobre la alquimia. Estaba extraída del Evangelio para la Infancia del Pseudo Tomás, uno de los muchos fragmentos de las Escrituras que la política de la Iglesia primitiva había impedido que se incluyera en el Nuevo Testamento.

—Jesús, de niño, era una especie de gamberro alborotador —en la versión que le contó Merle—, de hecho, el tipo de joven díscolo con el que siempre te veo en compañía, y que conste que no me quejo —añadió mientras ella se incorporaba en la cama y buscaba algo con lo que agredirle—; el caso es que andaba por la ciudad haciendo las típicas chiquilladas, modelando muñequitos de barro a los que insuflaba vida, pájaros que volaban, conejos que hablaban, y cosas así, lo que volvía locos a sus padres, por no decir a la mayoría de los vecinos adultos, que siempre iban a su casa a quejarse: «Más vale que le digáis a Jesús que se ande con cuidado». Un día sale con algunos amigos sin más intención que meterse en líos, y pasan casualmente por delante del taller del tintorero, donde hay muchas tinajas con tintes de distintos colores y montones de telas al lado, todos ordenados y cada pila preparada para que la tiñeran de un color distinto. Jesús dice: «Mirad», y agarra todas las telas formando un gran fardo, mientras el tintorero grita: «¡Eh, Jesús!, ¿qué te dije la última vez?», deja lo que estaba haciendo y sale corriendo tras el chico, pero Jesús es demasiado rápido para él y, antes de que nadie pueda detenerlo, llega hasta la tinaja más grande, la del tinte rojo, sumerge en ella todas las telas y se aleja corriendo sin parar de reír. El tintorero, furioso, grita maldiciones asesinas, se mesa las barbas, se revuelca por el suelo; acaba de ver arruinada toda su mercancía. Incluso los gamberrillos amigos de Jesús creen que esta vez se ha pasado de la raya, pero entonces reaparece Jesús con la mano levantada en el aire, igual que en los cuadros, tranquilo como siempre: «Calmaos, calmaos todos», y empieza a sacar las telas de la tinaja y, quién lo diría, cada tela emerge justamente del color que se suponía que debía tener, y no sólo eso, sino también con el tono exacto de ese color; ya no habría más amas de casa aullando: «Eh, quería verde lima, no verde Kelly, ¿eres ciego a los colores o qué?», no, esta vez cada pieza es del color exacto que debía tener.

—No es que sea muy distinta —siempre le había parecido a Dally—, bien mirado, de aquella narración sobre Pentecostés que se encuentra en los Hechos de los Apóstoles, y que sí entró en la Biblia, pero en ese caso no eran colores sino lenguas: los Apóstoles están reunidos en una casa de Jerusalén, como recordarás, y entonces descende el Espíritu Santo como un viento poderoso, con lenguas de fuego y todo lo demás, y los tipos salen a la calle y empiezan a hablar a la multitud, que hasta

entonces farfullaba en diferentes lenguas, pues hay romanos y judíos, egipcios y árabes, mesopotámicos y capadocios y tipos del este de Texas, todos esperando escuchar el mismo dialecto galileo, pero esta vez cada uno se queda pasmado al oír a esos Apóstoles hablándole en su propio idioma.

Hunter lo comprendió.

—Sí, bueno, se llama redención, ¿no? Uno espera el caos, pero en vez de eso recibe orden. Expectativas decepcionadas. Milagros.

Un día, Hunter anunció que se pasaba a los nocturnos. Y a partir de entonces, todos los crepúsculos salía de su alojamiento y, cargado con su material, emprendía camino para dedicar toda la noche al trabajo. Dally también invirtió su día para adaptarse.

—Y esa luz veneciana de la que siempre estás hablando...

—Ya verás, es luz nocturna, del tipo que requiere un barniz azul verdoso. La humedad de la noche en el aire, los contornos borrosos, los destellos y la dispersión del cielo, la luz de las farolas reflejada en los *rii*, y por encima de todo, claro, la luna...

A veces Dally se preguntaba qué habría pensado él de la luz americana. Ella se había sentado a la deriva, insomne durante horas, contemplando paisajes de ventanas iluminadas y sin luz, llamas vulnerables y filamentos a miles ondeándose como agitados por las olas del mar, las superficies rotas y en movimiento de las grandes ciudades, dejando volar la imaginación, casi rindiéndose a la imposibilidad de llegar jamás a sentirse de ningún sitio, ya desde la infancia, cuando ella y Merle habían pasado por todos aquellos pueblos perfectos, atraídos por las luces a las orillas de los arroyos y las luces que definían las formas de los puentes sobre grandes ríos, o las que salían por las vidrieras de las iglesias o se filtraban entre los árboles en verano, proyectando parábolas brillantes sobre paredes de ladrillos pálidos o aureoladas de insectos, farolas en postes de granjas, velas en cristales de ventanas, cada luz sujeta a una vida que venía de antes y seguiría después, mucho después de que Merle, ella y la carreta hubieran pasado, y la tierra muda se elevaba una vez más para anular la breve revelación, la oferta tácita, la mano de cartas nunca repartida por completo...

Aquí, en esta antigua ciudad que progresivamente se iba transformando en una máscara de sí misma, empezó a buscar espacios de contraluz, puertas de canales en la penumbra húmeda y fría, *sotopòrteghi* cuyas salidas no podían verse, rostros ausentes, farolas desaparecidas al fondo de las *calli*. Y así se le revelaba, noche tras noche, con una claridad cada vez más deprimente, una ciudad secreta y tenebrosa, perdida en aquellos laberintos infestados de ratas, donde presencié cómo chicos de su edad y más jóvenes aún eran arrastrados, infectados, corrompidos, y con mucha frecuencia desaparecían, como se haría desaparecer una moneda o una carta, con la misma intercambiabilidad que despreciaban aquellos que se aprovechaban del

ilimitado apetito de jóvenes cuerpos que parecía converger aquí, procedente de toda Europa y aun de más allá.

Ella se sentía mucho más cómoda trabajando por las noches y buscando algún sitio donde dormir durante el día. Las noches se estaban volviendo demasiado peligrosas. Por supuesto que la habían abordado, incluso algunos tipos manifiestamente malsanos, también de esos que llevaban cicatrices en la cara como un certificado de sus historiales profesionales y, visibles bajo las chaquetas de traje negras, pistolas Bodeo de 10,4 mm como prueba de su dedicación al negocio. Los depredadores nocturnos se acercaban, susurraban, coqueteaban, ofrecían flores y cigarrillos, se mantenían a una distancia respetuosa, jugaban siguiendo un código estricto, hasta que la presa, temblando contra la acera, entraba al trapo. Entonces el arma que todavía no se había visto con claridad, que sólo se había intuido en hipnotizantes atisbos, salía a la legendaria luz de la luna y todas las dudas, y la mayoría de las esperanzas, se desvanecían.

Dally se esforzaba por no bajar la guardia hasta que ellos pasaran de largo, que era lo que habían hecho hasta ahora, pues todo jugaba a favor de los depredadores, sólo tenían que esperar. Uno, Tonio, mostraba un interés especial por ella; traje inglés, un inglés casi sin acento.

—Conozco a muchas como tú, chicas americanas que salen a divertirse todas las noches, con ropa bonita, al Casino, los grandes hoteles, los bailes de disfraces de los palazzi. ¿Qué buscas por aquí? ¿Dormir con las ratas? Un encanto de jovencita como tú. Menudo desperdicio.

Lo único que ella tenía que hacer era empezar a preguntar por la ropa, o qué clase de habitación podría pagarse —Dally había oído a hurtadillas ese tipo de conversaciones—, y sin darse cuenta de cuándo exactamente, las apuestas de partida habrían pasado a ser de vida y muerte, y la esperanzada criatura quedaría envuelta en la oscuridad irreversible de la medianoche bajo la *foschetta*.

Ese descubrimiento la situó en una situación peculiar, sin que menguaran sus sentimientos hacia la ciudad, pero ahora con un elemento de temor que no podía ser ignorado a voluntad, y que cada noche le traía nueva información sobre el mal que aguardaba al fondo de cualquier callejuela. Hunter decía que ésa era la razón de que tanta gente hubiera amado Venecia, precisamente por el «chiaroscuro».

—Gracias por la noticia, supongo que para ti es bastante fácil, pero las noches aquí, sobre los *masègni*, no son tan románticas como para los turistas.

—¿Estás llamándome turista?

—Algún día te marcharás, ¿cómo llamas tú a eso?

—Bueno, cuando me vaya, ven conmigo.

El cañón de mediodía disparó. Una barca llena de contrabandistas de cigarrillos amarró apresuradamente en la orilla del canal y empezó a descargar. Las campanas tañían por toda la ciudad.

—Oh, *patrone* —dijo ella por fin—, Beppo, mira tú, ella no lo tiene claro...

Eso añadió unas líneas a la biografía del pintor, pero luego el tiempo siguió su curso habitual, y un día sopló el bora, y otro llegaron los primeros trenes con vino desde Puglia y, quién lo habría dicho, él no se marchó.

El invierno se acercaba, y Dally necesitaba algún sitio seguro donde dormir durante el día, pues a esas alturas ya había descartado las *fondamente*. Salía adelante a salto de mata, durmiendo en patios, cuchitriles de estudiantes, habitaciones traseras de *osterie*, cambiando de sitio, pero finalmente, a desgana, acudió a pedir consejo a Hunter.

—¿Por qué no lo pediste antes? —dijo él.

—Tú qué crees.

Él apartó la mirada.

—Nada hay más fácil.

Y de la noche a la mañana, él le había conseguido una habitación en el palazzo de la relativamente famosa Principessa Spongiatosta, una de las muchas relaciones de Hunter cuya existencia desconocía Dally.

Ella se imaginaba una mujer mayor de facciones deterioradas, una especie de palazzo humano. Pero allí tenía a esa gota de rocío de ojos brillantes por la que el Tiempo no parecía haber pasado, o, tratándose del Tiempo, ni siquiera rozado. También había un Príncipe, pero raramente se le veía por allí. Se encontraba de viaje, según Hunter, pero estaba claro que no le contaba todo.

Lo que intrigaba a Dally de los espacios interiores de Ca' Spongiatosta, cuando se tomaba unos momentos para pasear por los pasillos y las antesalas, eran las rápidas variaciones de escala, que remedaban la casi teatral expansión desde las callejuelas cómodas, oscuras y a escala humana a la inmensidad luminosa y sin rastros de la Piazza San Marco. Baldosas rojas oscuras, un pórtico de Orden Compuesto Romano, urnas decorativas gigantes, luz marrón, membrillos japoneses, mirtos, geranios, fuentes, paredes altas, vías navegables estrechas y puentes en miniatura incorporados a la estructura del palazzo, con demasiados sirvientes para que Dally llevara la cuenta. De hecho, tal vez hubiera más de una Princesa, pues ella parecía estar en todas partes, y de vez en cuando Dally habría jurado que sus apariciones eran simultáneas y no consecutivas, aunque lo que veía por el rabillo del ojo siempre hubiera tenido para ella el mismo estatus de los sueños. ¿Trucos con espejos? Luca lo habría descubierto. Allá donde estuviera; y Erlys.

Pronto recibió noticias. Un día, un sirviente le entregó una nota. —Y, sorpresa—. Bria Zombini había llegado con el bora a la ciudad. Se alojaba en un pequeño hotel al otro lado del Puente de Hierro, en Dorsoduro. Dally se presentó con un vestido que la Princesa fue tan amable de dejarle. Bria llevaba zapatos de tacón alto, que compensaban los dos o tres centímetros que Dally había crecido más que ella el año anterior, así que se saludaron mirándose a los ojos, a la misma altura. Dally vio a esta

joven dama muy segura de sí misma, con el pelo recogido bajo un sombrero parisino de ala ancha, aunque se quitaba el sudor del labio superior con gestos rápidos y repetía «*Porca miseria!*» como siempre.

Se cogieron del brazo y pasearon por el Zattere.

—Hemos estado por todas partes —dijo Bria—. Retenidos a petición popular y por un par de testas coronadas, ya sabes, lo habitual. Están a punto de regresar todos en barco, tengo que reunirme con ellos en Le Havre, y como me encontraba por casualidad a este lado de los Alpes, decidí hacerte una visita.

—Oh, Brì, os echo tanto de menos a todos, ya sabes...

Bria entornó un poco los ojos, asintió.

—Pero Venecia te ha atrapado, y tú crees que quieres quedarte aquí.

—¿Es que lees el pensamiento últimamente?

—Lo que leía es todas las cartas que nos has mandado..., y no es difícil de ver.

—¿Qué tal está nuestra madre?

Bria se encogió de hombros.

—Supongo que es más fácil echarla de menos cuando hay cierta distancia de por medio.

—Vosotras... ¿os habéis peleado?

—¡Ja! Ella no se dará por contenta hasta que yo haya muerto o me haya marchado por la puerta.

—¿Y qué tal con Luca?

—¿Que qué tal? Es italiano, es mi padre. Se cree que soy una monja novicia a la que hay que encerrar bajo llave. Así que tengo dos pelmazos por el precio de uno, fenomenal, ¿verdad?

Dally agachó la cabeza y la miró desde abajo a través de las pestañas.

—Los chicos...

—Los chicos, los hombres, qué más da. Se espera que ignore todas las atenciones, *ma via*, ya sabes cómo son por aquí.

Bria esbozó aquella sonrisa pícara que Dally recordaba; ella sonrió también, y antes de darse cuenta habían juntado las frentes, los mechones sueltos de pelo se entrelazaban, los terceros ojos se tocaban, y ambas se reían a gusto y a la vez, sin ninguna razón particular.

—Bueno, ¿y qué les digo, vas a ser para siempre la chica que vive de los giros postales?

La risa de Dally se apagó...

—Vaya, creo que no.

—¿Por qué no? Papá creyó que querías quedarte. Dice que puede pagarlo.

—No se trata de eso.

—¿Ah? Ya, algún caballero amigo, debería haberme dado cuenta. Esa dirección en Spongiatosta.

—No es exactamente eso.

—Así que nada, ya... —dijo agitando las manos expresivamente.

—¡Ja! Ni en sueños.

—Eh, disfrútalo mientras puedas, todavía eres una niña.

—Ojalá lo fuera...

Sin pensárselo dos veces, Bria abrió los brazos y allí estaba Dally, sollozando. Al cabo de un rato:

—Vamos, vamos, no aparentas ni un día más de los treinta años que te echaría cualquiera.

—Lo que necesito ahora mismo es un cigarrillo, no tendrás, oh...

—Aquí mismo.

—Vaya, bonita pitillera.

—Agente de seguros suizo. Wolf. No, Putzi.

—Sí, Wolf era el que tenía mujer e hijos.

—Gracias.

Encendieron los cigarrillos.

Un día Hunter se presentó con gafas de sol, un sombrero de paja de ala ancha y blusón de pescador.

—¿Te apetece dar una vuelta por el agua?

—Déjame que pida un sombrero y enseguida estoy contigo.

Algunos amigos artistas tenían un *topo* para ese día. El agua de los canales era de un verde opaco. En la zona de la Dogana, donde se unen el Gran Canal y la Laguna, el color se tornaba azul.

—No lo hace nunca —dijo Hunter.

—Pues hoy sí —dijo un rabioso joven sentado al timón.

Se llamaba Andrea Tancredi. Hunter lo conocía, se había topado con él en los alrededores de las reuniones anarquistas, en cafés de exposiciones de pintura experimental. Tras visitar París y ver las obras de Seurat y Signac, Tancredi se había convertido al divisionismo. Simpatizaba con Marinetti y los que le rodeaban, que empezaban a describirse como «futuristas», pero no acababa de compartir su atracción hacia las variedades del brutalismo americano. De hecho, los americanos parecían irritarle sobremanera, en especial los millonarios que últimamente se dedicaban a venir a la ciudad y saquear el arte italiano. Dally optó por no decir de dónde era.

Comieron al aire libre en la isla de Torcello, en un huerto de granados desierto, bebieron *primitivo*, y Dally reparó en que se estaba fijando en Andrea Tancredi más de lo que podía explicarse, y cuando él se dio cuenta, le devolvió una mirada fija, sin irritación, pero tampoco con lo que ella habría llamado fascinación. Al regresar por la tarde, navegando con el acompañamiento del tañido de las campanas, el cielo lavanda y verde, la ciudad boca abajo reflejada justo bajo las olas, con el corazón dominado

como siempre y para siempre por ese hogar inesperado, percibió la presencia de Tancredi a su lado, frunciéndole el ceño a Venecia.

—Mírala. Algún día la echaremos abajo y usaremos los escombros para llenar estos canales. Desmontaremos las iglesias, recuperaremos el oro, venderemos lo que quede a coleccionistas. La nueva religión será la higiene pública, cuyos templos serán las depuradoras y las plantas de tratamiento de residuos. Los pecados mortales serán el cólera y la decadencia. —Ella habría respondido algo, seguramente soltado un comentario desabrido, pero él se había apresurado a añadir—: Todas estas islas se unirán por carreteras. Habrá electricidad por todas partes, el que quiera ver la luz de la luna veneciana tendrá que ir a un museo. Habrá unas puertas colosales aquí, alrededor de la Laguna, para el viento, para mantener alejados tanto el siroco como el bora.

—Oh, no sé qué decirte —intervino Hunter, que había visto la irritación de Dally y se había colocado silenciosamente entre ambos—. Yo, si he de serte sincero, he venido aquí por los fantasmas.

—El pasado —se burló despectivo Tancredi—, San Michele.

—No exactamente. —Hunter se dio cuenta de que no sabía explicarse.

Gracias a la misericordia ciega de Dios, como le contó a Dally unos días después, cuando iban de camino al estudio de Tancredi en Cannareggio, tras escapar de la destrucción y la guerra en lugares que ya ni siquiera recordaba con claridad, había encontrado asilo en Venecia, sólo para toparse un día con las visiones de Tancredi y reconocer el vehículo futurista que le había puesto a salvo sacándolo de la ciudad devastada hacía mucho tiempo, así como la contra-Ciudad subterránea por la que lo había llevado y esa fe fría, sin consuelo, en la ciencia y la racionalidad que había mantenido firmes en su huida a todos sus colegas refugiados, y también su propia y desolada certidumbre de haber fracasado en su cometido, como una de esas mascotas que sólo daban mala suerte a cuantos confiaban en ellas, destinadas a acabar en una habitación barata al final de alguna calle de las afueras, indiferentes finalmente a sus propios destinos, leyendas torvas, a las que se prohibía acompañar a todos menos a los viajeros de peor reputación y de tendencias suicidas más marcadas. Pero últimamente —¿era por Venecia?, ¿era por Dahlia?—, empezaba a sentirse menos incómodo como uno de los perdidos.

Así que Dally pensó que tenía que echar un vistazo.

Las pinturas de Tancredi eran como explosiones. Prefería la paleta de fuego y explosión. Trabajaba rápido. *Estudios preliminares para una máquina infernal*.

—¿Funcionaría de verdad? —quiso saber Dally.

—Claro —respondió Tancredi con cierta impaciencia.

—Es una especie de experto en máquinas infernales —comentó Hunter.

Pero Tancredi mostraba una curiosa reticencia a hablar de lo que ese diseño haría en realidad. Qué cadena de sucesos llevarían al «efecto».

—El término «infern» no se aplica a la ligera, ni siquiera metafóricamente. Uno tiene que empezar por aceptar el Infierno, por comprender que el Infierno es real y que en el ordenado mundo de la superficie se mueve un ejército silencioso de agentes que le han jurado lealtad como a una amada patria.

Dally asintió.

—Los cristianos hablan así.

—Ya, los renacidos. Siempre con nosotros. Pero ¿qué pasa con los que han vuelto a morir y han ido al Infierno desde un estado de muerte normal, imaginando que lo peor ya ha pasado y que ahora ya nada puede aterrorizarlos?

—Estás hablando de un dispositivo explosivo, *vero*?

—No en Venecia, nunca. El fuego aquí sería una locura suicida. No traería jamás el fuego. Pero sí el Infierno en un pequeño espacio limitado.

—Y... eso sería...

Tancredi se rió sombríamente.

—Eres americana, crees que tienes que saberlo todo. Otros preferirían no saberlo. Algunos definen el Infierno como la ausencia de Dios, y es lo mínimo que podemos esperar de la máquina infernal, que los burgueses se vean despojados de lo que más les sostiene, del que resuelve los problemas desde su oficina celestial, corrigiendo los defectos en el mundo cotidiano de abajo... Pero el espacio finito se expandiría rápidamente. Para revelar el futuro, debemos dejar de lado la inercia de la pintura. La pintura quiere quedarse tal como es. Nosotros deseamos la transformación. Así que esto no es tanto una pintura cuanto un argumento dialéctico.

—¿Sabes de qué está hablando? —le preguntó Dally a Hunter.

Él alzó las cejas, ladeó la cabeza como si pensara.

—A veces.

Aquello acabó recordándole un poco a Merle y su fraternidad de inventores locos, cuyas discusiones escolares sobre los misterios de la ciencia la acompañaban hasta las puertas del sueño en lugar de las canciones de cuna.

—Tiene que ver con el Tiempo, claro —dijo Tancredi enfadado, con el ceño fruncido y excitado sin quererlo ante la posibilidad de que ella hubiera reflexionado por su cuenta sobre la cuestión—, cuanto imaginamos real, sea vivo o inerte, pensado o alucinado, está en trance de transformarse en otra cosa, del pasado al Futuro, y nuestro reto es mostrar tanto de ese tránsito como podamos, dada la *detestable inmovilidad* de la pintura. Por eso... —Pasó el pulgar por un pincel cargado de amarillo de oropimento, lanzó una salpicadura controlada a su lienzo, seguida por otra pincelada de bermellón escarlata y una tercera de violeta de manganeso; el trecho de lienzo que recibió los colores pareció iluminarse como un pastel de cumpleaños, y antes de que se secara se había lanzado sobre él con un pincel fino hasta lo imposible, de no más de un par de cerdas, clavando diminutos puntos entre los más grandes—.

Las energías del movimiento, las tiranías gramáticas del llegar a ser..., en el *divisionismo* descubrimos cómo quebrarlas en sus frecuencias constituyentes..., definimos el elemento más pequeño de la imagen, un punto de color que se vuelve la unidad básica de la realidad...

—No es Seurat —le pareció a Hunter—, no hay ni rastro de aquella fría calma estática, de algún modo has conseguido que los puntos se comporten dinámicamente, conjuntos violentos de estados de energía, movimiento browniano...

Y, de hecho, la siguiente vez que visitó a Tancredi, Dally pensó que veía emerger del campo resplandeciente de partículas, como torres entre la *foschetta*, una ciudad, una contra-Venecia, la realidad casi previsual que subyacía detrás de lo que los demás convenían en definir como «Venecia».

—A diferencia de Marinetti y su círculo —confesó Tancredi—, amo de verdad el viejo pueblucho. —La condujo hasta una pila de lienzos en una esquina que ella no había visto todavía. Eran todos nocturnos, saturados de bruma—. En Venecia tenemos un par de miles de palabras para la niebla (*nebbia*, *nebbietta*, *foschia*, *caligo*, *sfumato*), y la velocidad del sonido, siendo una función de la densidad, es distinta en cada una. En Venecia, el espacio y el tiempo, que dependen más del oído que de la vista, están modulados por la niebla. Así que ésta es una secuencia relacionada. *La Velocità del Suono*. ¿Qué estás pensando?

Era su primera visita sin Hunter. Lo que estaba pensando era que ojalá la besara Tancredi, y pronto.

—Huele como una curtiduría —le pareció a Kit.

—Tal vez..., porque Gotinga una curtiduría *es* —señaló Gottlob.

—*Sobre todo* el departamento de matemáticas —añadió Humfried—. Acuérdate: aquí conservan el cerebro de Gauss. Al fin y al cabo, ¿qué es el córtex de un cerebro sino un trozo más de piel animal? *Ja?* En Gotinga escabecharán el tuyo, lo teñirán, lo tratarán para darle una forma diferente, impermeable al viento, a la descomposición carnal, a los insultos menores, tanto físicos como sociales. Una capa de inmortalidad..., un futuro perseguido en tiempo presente... —Se interrumpió y se quedó boquiabierto mirando a la puerta—. *Heiliger Bimbam!*

—Vaya, Humfried, se te va a caer el monóculo.

—Es ella, ¡ella!

—Bueno, sí, puede que muy «à la mode», con esa montura de carey, pero...

—No hablaba de las gafitas, idiota —dijo Gottlob—. Se refiere a nuestra «Kovalevskaja de Gotinga», que, por improbable que parezca, acaba de dar con este *pantano de degeneración* nuestro. Si alguna vez te sentaras de cara a la puerta, te perderías menos de estos maravillosos acontecimientos.

—Mírala, tan serena como un cisne.

—Impresiona, ¿eh?

—Ni siquiera en Rusia se dan mujeres así.

—¿Es rusa?

—Ése es el rumor que corre por ahí.

—Esos ojos...

—Esas piernas.

—¿Cómo podéis saberlo?

—Gafas de rayos de Roentgen, *natürlich*.

—Esas curvas son continuas en todas partes, pero en ningún sitio diferenciables —suspiró Humfried—. *Noli me tangere*, ya lo sabéis. Sometida a criterios superiores, como una función de una variable compleja.

—Ella es compleja, sí, eso sí —dijo Gottlob.

—Y variable.

Los chicos se rieron a carcajadas, tan fuertes y pueriles que a cualquier mujer joven de la época se le habría perdonado al menos cierta pérdida de confianza. Pero no a la belleza dueña de sí misma que ahora se aproximaba. Ni aunque la miraran fijamente sin disimulo —con más asombro, ni que decir tiene, que indignación—, Yashmeen Halfcourt dejó de deslizarse, a través del humo turco y de los vapores de la cerveza, directamente hacia ellos, sin que hubiera en su porte el menor indicio de que fuera a ponerse a bailar, con pareja o sin ella, una polca. ¡Y ese sombrero! Las tocas de terciopelo cubiertas siempre habían sido la perdición de Kit.

—Es formidable que la conozcas tan bien... ¡vaya!, ¿serías tan amable de presentarme?

En medio de un gran crujido y revuelo de mobiliario de cervecería, los acompañantes de Kit se desvanecieron rápidamente.

—Convergiendo hacia cero —murmuró él—, menuda sorpresa... Buenas noches, señorita, ¿estaba buscando a uno de esos chicos que de repente ya no están?

Ella se sentó, lo miró. Los ojos orientales, la tensión de cuyos párpados inferiores había encontrado un equilibrio perfecto entre la calidez y el análisis, ciertamente prometían mal de amores.

—Usted no es inglés. —Su voz sonó inesperadamente un poco chirriante.

—Americano.

—¿Y eso que lleva es un revólver?

—¿Esto? No, es lo que llaman *¿Hausknochen?* Sirve para entrar desde la calle y subir por la escalera. —Sacó una llave gigantesca cuya transgresión de la escala normal, más allá de todos los parámetros del gusto, había provocado incomodidad incluso en los espíritus más comedidos—. Por aquí todo el mundo lleva una.

—No todo el mundo. A mí sólo me han dado esto. —Sostuvo en alto e hizo tintinear un aro plateado con un pequeño par de llavines—. Femenino, ¿verdad? Esto además de, claro, una larga serie de señas y contraseñas que ni siquiera puedo usar, pues se me acompaña sin piedad. ¿Cómo se espera que nadie demuestre la hipótesis de Riemann cuando pierde la mitad del tiempo saliendo y entrando de habitaciones?

—Otra de las zetamaniacas, ¿eh? Estáis viniendo a montones a la ciudad, es como una mina de plata en Colorado, fama eterna en sus colinas, y demás.

Yashmeen se encendió un cigarrillo austriaco, lo apretó entre los dientes y sonrió.

—¿Dónde has estado? Esto ha sucedido por todas partes, desde que Hadamard, o Poussin, si quieres, demostró el Teorema de los Números Primos. La primera pepita del suelo, como dirías tú. ¿Es el problema lo que te molesta o los que intentamos resolverlo?

—Ni lo uno ni lo otro, lo considero una búsqueda honorable, sólo un tanto obvia, nada más.

—No seas condescendiente conmigo. —Ella esperó una queja, pero él se limitó a sonreír—. ¿«Obvia»?

Kit se encogió de hombros.

—Podría enseñarte.

—Oh, por favor, hazlo. Y, ya que estamos, también podrías enseñarme cómo funciona tu *Hausknochen*...

Supuso que oía cosas raras, pero al poco, tras haber salido por la puerta sin mayores contratiempos, caminar por la calle y subir las escaleras, ahí estaban, en su habitación, con dos botellas de cerveza que él había encontrado en la moderna *Kühlbox*. Se sentó un momento a asimilar la imagen de ella, y al momento aventuró:

—Me han dicho que eres famosa o algo así.

—En Gotinga las mujeres forman un subconjunto un tanto asediado. —Miró alrededor—. ¿Y qué haces tú por aquí otra vez?

—Beber cerveza, vivir de mi asignación, lo habitual.

—Te tomé por un matemático.

—Bueno..., puede que no sea de los de *tu* clase...

—¿Ah, no? Venga, no te hagas el listillo.

—Muy bien, te lo explicaré. —Se irguió, se limpió una imaginaria espuma de cerveza del bigote casi maduro y, esperando que ella desapareciera casi tan rápido como la espuma, hizo una mueca de disculpa—. Soy una especie de, umm... ¿vectorista?

A pesar de la sombra de un inminente encogimiento de hombros, ella le sorprendió con una sonrisa que, pese a su semejanza con las sonrisas que uno dedica a los enfermos, petrificó las extremidades de Kit. Es decir, una sonrisa con todas las de la ley.

—¿Enseñan vectores en América? Me asombra.

—Nada que ver con lo que ofrecen aquí.

—¿No deberías estar ahora en Inglaterra? —le preguntó como a un niño travieso del que se espera que, dentro de un rato, se vuelva aún más travieso.

—Allí no hay más que Cuaterniones.

—Oh, no, por favor, las Guerras Cuaternionas otra vez o no. Eso también se está difuminando en la historia, por no decir en el folclore... ¿Por qué seguís con eso?

—Ellos creen, los cuaternionistas, que Hamilton no descubrió el sistema sino que más bien lo recibió de algún lugar del más allá... ¿Algo parecido a los mormones, sólo que distinto?

Ella no sabía hasta qué punto estaba hablando en serio, pero al cabo de un tiempo prudencial dio unos pasos y se le acercó.

—Discúlpeme, señor Traverse, pero se trata de un sistema vectorial, algo para ingenieros, para ayudar a los pobres imbéciles a visualizar lo que a todas luces son incapaces de entender como *verdaderas matemáticas*.

—Como tu problema de Riemann.

—*Die Nullstellen der ζ -Funktion* —lo dijo como otra chica habría dicho «París» o «Richard Harding Davis», pero también con una entonación que advertía que aunque ella poseyera un activo sentido del humor, éste no se extendía a Riemann. Pocas veces, o ninguna, durante aquellos años recorriendo el camino Nueva York-New Haven de ida y vuelta, de chicas de alta sociedad a ninfas del Tenderloin, se había topado con nada tan apasionado como esa elástica nuca y esa cara erguida. Con un cuello tan excepcionalmente esbelto y largo.

—Siento mucho tener que decírtelo, pero no es tan difícil de demostrar.

—Ya, una demostración *vectorista*, sin duda. Y sólo un exceso de humildad te ha impedido publicarla.

Rebuscó entre el desorden doméstico un trozo de papel en el que quedara algún espacio en blanco.

—La verdad es que he estado buscando una forma no de resolver el problema de Riemann sino de aplicar la función ζ a situaciones vectoriales, por ejemplo tomando un conjunto de posibilidades vectoriales como si fuera aplicable en el conjunto de números complejos e investigando sus propiedades y demás, empezando con sistemas de vectores en las dimensiones de números primos, los conocidos dos y tres, claro, pero también cinco, siete, once y demás.

—Sólo primos. Saltando la cuarta dimensión, entonces.

—Saltando cuatro, lo siento. Me cuesta imaginar un número menos interesante.

—A menos que estés...

—¿Qué?

—Lo siento. Sólo pensaba en voz alta.

—Ya.

¿Estaba coqueteando con él esta chica asombrosa? ¿Por qué le costaba tanto saberlo con certeza?

—Muerto para revelarlo, me temo.

—¿De verdad?

—Bueno...

Y así fue como Kit oyó hablar por primera vez del CRETINO de Londres, y del fantasmagórico culto neopitagórico de la tetralatría o adoración del número cuatro, que últimamente era el no va más en ciertos círculos europeos, «por no mencionar las elipses y las hipérbolas», vagamente aliados, a modo de corresponsales, con el CRETINO. Esos días, entre los inclinados al estudio de lo místico, la cuarta dimensión, debido a la obras del señor C. Howard Hinton, del Profesor Johann K.E Zöllner y de otros, gozaba de cierto predicamento, «por no decir “predicación”», comentó Yashmeen.

—Muy bien. Aquí tienes la demostración de Riemann... —La anotó, de un tirón, apenas una docena de líneas—. Sin incluir todas las transiciones obvias, claro...

—Claro. Sí que tiene una pinta excéntrica. ¿Me dices otra vez qué son estos triángulos boca abajo?

De repente se oyó un horroroso traqueteo y golpeteo metálico procedente de la entrada de la calle, acompañado, desde debajo de la ventana, por una vulgar canción de bebedores de cerveza sordos al tono. Ella miró fijamente a Kit, apretando los labios, asintiendo enfáticamente con la cabeza.

—Así que todo ha sido una trampa. ¿Verdad que sí? Sí. Una miserable trampa.

—¿Qué?

—Prepararlo para que tus amiguitos cerveceros se presentaran justo cuando estaba a punto de descubrir la falacia chillona y obvia de esta... «demostración» tuya.

—Sólo son Humfried y algunos amigos, intentando meter una *Hausknochen* en la cerradura. Si quieres esconderte, te recomiendo ese armario, el de ahí.

—Es que... ¿viven aquí?

—Aquí no, pero ninguno de ellos vive a más de un par o tres de manzanas. ¿O es que los seguidores de Riemann decís «a un par de *intervalos métricos*»?

—Pero ¿por qué usa tu amigo *su* llave...?

—Lo cierto es que resulta que todas las *Hausknochen* encajan bastante bien en todas las cerraduras.

—Por tanto...

—La vida social es impredecible.

Ella negó con la cabeza y clavó la mirada en el suelo.

—*Auf wiedersehen*, Herr Professor Traverse.

Por error, la puerta que escogió para salir no era la trasera, aunque lo parecía y, por su vaivén, pesaba casi igual, es más, parecía localizada en la misma zona de las habitaciones de Kit que la puerta trasera, pero pese a todo, extrañamente, no lo era. ¿Cómo podía ser? De hecho, para empezar, ni siquiera era una puerta, sino algo diseñado para permitir que el cerebro humano lo interpretara como una puerta porque cumplía funciones similares.

Al otro lado de la misma, se encontró en la calle, en la esquina de Prinzenstraße con Weenderstraße, conocida por los matemáticos de aquí como el punto de origen del sistema de coordenadas de la ciudad de Gotinga. «Vuelta al cero», murmuró para sí. «Empezar de nuevo». No le pareció que ese tipo de excursión se saliera de lo normal; ya había pasado antes y una vez se cercioró de que era inofensiva, había sido capaz de no hacerle caso y seguir adelante con sus cosas. No resultaba más perturbador que despertarse de un sueño lúcido.

En el espacio cotidiano, Kit, tras observar que Yashmeen aparentemente atravesaba una pared sólida, apenas tuvo tiempo de asombrarse antes de que, tras subir las escaleras, irrumpieran ruidosamente en la habitación Humfried y su criatura, Gottlob. Lo cierto es que raramente se les veía por separado, pues los impulsaba una fascinación compartida por los detalles de las vidas ajenas, sin importarles lo triviales que fueran.

—Muy bien, ¿dónde está ella?

—¿Dónde está quién y, hablando de *dónde*, Gottlob, *dónde* están los veinte marcos que me debes?

—*Ach, der Pistolenheld!* —gritó Gottlob, intentando ocultarse detrás de Humfried que, para variar, andaba buscando algo que comer.

—No, no, Gottlob, contrólate, no va a dispararte aquí, a ver, veamos esta interesante salchicha... —De la que se comió la mitad al instante y luego ofreció el resto a Gottlob, que negó vigorosamente con la cabeza.

Humfried llevaba un tiempo obsesionado con cierta relación que creía ver entre las funciones automórficas y el Haz Anarmónico, o, como él prefería decir, *das Nichtharmonischestrahlenbündel*, aunque había decidido escribir todos sus artículos en latín, algo que nadie hacía desde Euler.

Por su parte, Gottlob había venido a Gotinga desde Berlín para estudiar con Felix Klein, después de que éste publicara su magistral *Mathematical Theory of the Top* (1897), abordada mediante funciones de una variable compleja, y también para escapar de la siniestra influencia del difunto Leopold Kronecker, los guardianes de cuya llama contemplaban el dominio de los complejos con suspicacia, por no decir absoluta aversión; pero lo cierto es que en Gotinga se encontró con una variedad enana de la misma disputa monumental entre Kronecker y Cantor que entonces se libraba violentamente en la capital, por no decir en el mundo entero. Se sabía que kroneckeritas fundamentalistas se lanzaban en incursiones periódicas sobre Gotinga, de las que no todos regresaban.

—*Ach, der Kronecker!* —gritó Gottlob—, en cuanto salía a la calle, los perros rabiosos huían a la carrera o, sabiendo lo que les convenía, recuperaban la cordura al instante. Sólo medía metro y medio, pero tenía la fuerza excepcional de los poseídos. Cada vez que aparecía, uno podía dar por sentado que vendrían semanas de pánico.

—Pero... la gente dice que era muy sociable y extrovertido —dijo Kit.

—Tal vez, tratándose de un fanático loco que creía que «los enteros positivos son obra de Dios, y todo lo demás del hombre». Ni que decir tiene: es una guerra religiosa. Kronecker no creía en *pi* ni en la raíz cuadrada de menos uno...

—Ni siquiera creía en la raíz cuadrada de *más dos* —dijo Humfried.

—Frente a eso, Cantor con su *Kontinuum*, profesando una creencia igual de intensa en esas mismas regiones, infinitamente divisibles, que se extienden *entre* los números enteros, aquellos que acaparaban toda la devoción de Kronecker.

—Y eso es lo que ha estado llevando una y otra vez a Cantor de vuelta a la *Nervenlinik* —añadió Humfried—, aunque sólo se preocupaba por los segmentos de línea. Pero aquí, en el espacio y tiempo tetradimensional del Doctor Minkowski, dentro del más diminuto «intervalo», tan pequeño como quieras, dentro de cada diminuto hipervolumen de *Kontinuum*, debe de haber siempre un número infinito de otros puntos, y si definimos un «mundo» como un conjunto muy grande y finito de puntos, entonces debe de haber muchos mundos. ¡Universos!

De hecho, se rumoreaba que un culto cantoriano místico de lo muy insignificante, es más, tan insignificante que desaparecía, por siempre pretendiendo escapar a un mundo epsilónico sin límites, se reunía semanalmente en Der Finsterzweg, una cervecería al otro lado de las antiguas murallas de la ciudad, cerca de la estación de tren.

—Una especie de Sociedad Geográfica para la exploración ilimitada de las regiones que bordean el Cero...

Kit no tardó en descubrir que en Gotinga abundaban este tipo de excentricidades. Las discusiones se alargaban hasta bien entrada la madrugada, el insomnio era la norma, aunque si alguien deseaba dormir por alguna razón, siempre quedaba el hidrato de cloral, que contaba con su propio círculo de devotos. Veía a Yashmeen de vez en cuando, habitualmente a través de las profundidades enrarecidas de humo de

algún *Kneipe* de mala fama a orillas del río, pero raramente hablaban. Una noche caminaba por casualidad por el paseo sobre las viejas fortificaciones y, cerca de la estatua en la que Gauss le hacía a Weber un comentario petrificado para siempre en las páginas del silencio, la encontró asomada sobre las tejas rojas de la ciudad, en el instante en que las luces se encendían.

—¿Cómo está esa vieja función Zeta?

—¿Te divierte algo, Kit?

—Cada vez que veo una de esas Zetas pienso en una cobra alzándose sobre su cola, hipnotizada por un encantador de serpientes, ¿no te habías fijado?

—¿Ésas son las reflexiones en las que ocupas tu tiempo?

—Déjame decirlo de otro modo. Cada vez que veo una, pienso en ti. En la parte del «encantador», en cualquier caso.

—¡Ag! Todavía más trivial. ¿Es que ninguno de vosotros es capaz de ver más allá de estas paredes? Hay una crisis ahí fuera. —Frunció el ceño al resplandor anaranjado del sol que acababa de desvanecerse, mientras el humo se elevaba de cientos de chimeneas—. Y Gotinga no está más a salvo que en la época de Riemann, durante la guerra con Prusia. La crisis política en Europa se proyecta sobre la crisis en las matemáticas. Funciones de Weierstrass, Continuo de Cantor, la capacidad igualmente inagotable de Russell para hacer daño..., en el pasado, entre las naciones, como en el ajedrez, el suicidio era ilegal. En el pasado, entre los matemáticos, «el infinito» era poco más que un truco de ilusionista. Las conexiones están ahí, Kit, ocultas y venenosas. Los que debemos movernos entre ellas lo hacemos por nuestra cuenta y riesgo.

—Anda —dijo Kit—, deja que un tipo trivial te invite a una cerveza.

Ese invierno, en San Petersburgo, los soldados del Palacio de Invierno dispararon a miles de huelguistas desarmados que se manifestaban con respeto e inocencia. Hubo cientos de heridos y muertos. En Moscú fue asesinado el Gran Duque Serguéi. Siguieron más huelgas y enfrentamientos, a la par que insurrecciones campesinas y militares, hasta entrado el verano. La Armada se amotinó en Kronstadt y Sebastopol. Hubo disturbios callejeros en Moscú. Las Centurias Negras llevaron a cabo pogromos contra los judíos. Los japoneses ganaron la guerra en Oriente, aniquilando por completo la Flota del Báltico, que acababa de dar media vuelta al mundo para intentar levantar el asedio de Port Arthur. En otoño, una huelga general aisló al país durante semanas del resto del mundo y, como la gente fue entendiendo poco a poco, detuvo el curso de la historia. En diciembre, el Ejército derrotó otro levantamiento importante. En el Este se peleaba a lo largo de las líneas ferroviarias, había bandidaje, al poco estalló una rebelión musulmana en el Asia Interior. Si Dios no se había olvidado de Rusia, sí había desviado Su atención a otros lares.

Para el resto de Europa, el año que siguió sería recordado como el año de los rusos, que andaban por todas partes, huyendo en un exilio masivo mientras la Revolución desmoronaba todo a su paso; si se quedaban, sólo les aguardaba la Fortaleza de Pedro y Pablo y, tarde o temprano, la muerte. ¿Quién habría imaginado que el Zar tenía tantos enemigos?

Kit había empezado a fijarse en los rusos en la Weenderstraße. Yashmeen estaba convencida de que habían ido a la ciudad a espiarla a ella. Procuraban pasar inadvertidos, pero ciertos matices elocuentes —sombreros de piel, enormes barbas descuidadas, una inclinación en las calles a dejarse caer y empezar a bailar el kazatski con música que sólo ellos oían— los delataban.

—Dime, Yash, ¿qué pasa con todos estos rusos?

—Procuro no tomármelo personalmente. Mis padres eran rusos. Cuando vivíamos en la frontera, mi familia y yo fuimos capturados en una incursión y nos vendieron como esclavos. Más tarde, el Mayor Halfcourt me encontró en un bazar en Waziristán y se convirtió en mi segundo padre.

Sin sentirse tan sorprendido como debería, Kit preguntó:

—¿Y todavía anda por ahí?

—No tengo ni idea de qué se trae entre manos, pero tiene la suficiente importancia política como para que alguien crea que puede utilizarme.

—¿Os mantenéis en contacto?

—Tenemos nuestros propios medios, que salvan la distancia y el tiempo.

—Telepatía o algo así.

Ella frunció el ceño.

—A lo mejor te crees que soy una niña con Éter entre las orejas, fácilmente influenciable por las creencias del CRETINO.

—Mierda, Yash, acabas de *leerme el pensamiento* —comentario que, esperaba, fuera un guiño lo bastante evidente como para que ella no se lo tomara a mal, pues sus imprevisibles ataques de rabia, aunque divertidos, seguían consternándolo un tanto.

Ella jugueteaba con su cabello tan trascendentalmente interesante como siempre, gesto que era una señal de peligro a la vista.

—Incluso con la Revolución, llegan noticias. Pese a los miles de kilómetros, la multitud de lenguas, los testigos poco fiables, la desinformación deliberada y todo lo demás, encuentran el modo de llegar a la gente del CRETINO en Chunxton Crescent, y lo que sale de sus oficinas puede ser digno de confianza con una frecuencia sorprendente, incluso el Ministerio de la Guerra reconoce que en conjunto es mejor «info» que la suya propia.

—Si puedo hacer algo, sólo tienes que decirlo.

Le miró fijamente.

—En este mundo de por aquí, tengo reputación de ser «mi propia dueña»..., pero también soy, siempre..., *suya*. Mi otra familia ha vivido destinos que no puedo ni

imaginar. Sólo en sueños los atisbo, en momentos tan fugaces, tan tenues, que después siento un intenso dolor aquí, en el pecho, el dolor de la cruel incompletud. Mis verdaderos recuerdos no empiezan hasta el momento en que él me vio por primera vez en el mercado... Yo era un alma empalada, justo en el vértice entre niña y jovencita, un vértice que sentía, literalmente, como si me penetrara, como si me biseccionara... Espero que eso no sea un rubor, Kit.

Bueno, era algo parecido, pero más fruto de la perplejidad que del deseo. Hoy ella lucía una moneda antigua, perforada y colgada con sencillez de una cadena de plata fina alrededor de su cuello siempre fascinante...

—Es un dirham afgano, de la primera época del Imperio Gaznávida. Me lo regaló él, para que me diera suerte. —A lo largo de los nueve o diez siglos que llevaba circulando, los ladrones habían mordisqueado y desgastado la plata de todo el borde exterior, pero el círculo interno sobrevivía, cubierto de escritura antigua. Era el emblema externo de una historia oculta de agresión y persistencia, la verdadera historia de aquella región y tal vez también de esta joven, en esta vida y quién sabía en cuántas anteriores—. Gracias por la oferta, Kit. Si pasa algo, no dudes de que te pediré consejo. Te lo agradezco. —Lo dijo con los ojos bailando en el lujo de creerse que él la dejaría irse así como así, sólo con esas palabras, sin esperar ningún favor a cambio.

Él lo devoró todo como un helado de cucurucho de parque de atracciones, aunque tuviera que fingir indiferencia. Uno no encontraba cosas como ésa en New Haven. Ni siquiera en Nueva York sabían flirtear así. Esto es el mundo, reflexionó Kit; y un par de noches más tarde, a eso de las tres de la madrugada, como un azote más de la vara de bambú: *Ella* es el mundo.

Mientras tanto, Yashmeen, que siempre afinaba cuando se trataba de despreciar lo trivial, había empezado a salir con un acaudalado magnate del café llamado Günther von Quassel. En su primera cita, Günther, un devoto del no universalmente respetado Ludwig Boltzmann, había intentado explicarle el problema de Riemann mediante la mecánica estadística.

—A ver, dime, por favor, si n se hace infinitamente grande, ¿cuál es el n -ésimo número primo?

Un suspiro, pero no de deseo.

—Su valor, como cualquier niño que vaya a la escuela y esté remotamente familiarizado con el Teorema de los Números Primos sabe, se aproxima a n logaritmo de n .

—Bien. Así que mirando la entropía de un sistema...

—Parece una especie de palabra de..., de máquina de vapor, ¿no? ¿Soy una mecánica de calderas, Günni?

—Con la excepción de las constantes habituales —siguió hablando él mientras escribía—, se podría expresar la entropía como... la suma de $p(E_k)$ veces el logaritmo de $p(E_k)$. ¿Todo correcto hasta ahora?

—Claro, pero eso sólo son estadísticas. ¿Cuándo llegamos a las matemáticas?

—*Ach, die Zetamanie...*, ¿es que tu Teorema de los Números Primos no es estadístico?

Pero ella miraba lo que él acababa de garabatear, los dos algo logaritmo de algo.

—¿Esta E_k ...?

—La energía de un sistema dado; la k se utiliza para indexar cuando hay más de uno, y suele haberlo.

—¿Y hay locos en tu familia, Günther?

—¿No te parece raro que el N -ésimo número primo para una N muy grande pueda expresarse como una medida del caos en un sistema físico?

Nada de lo cual impidió que Yashmeen siguiera manteniendo la relación.

—Del mismo modo que un crimen —señaló Humfried—, a menudo del tipo más grave, cometido en una novela policiaca, con frecuencia no es más que un pretexto para el planteamiento y la resolución de un enigma narrativo, en esta ciudad el amor con frecuencia sólo se busca como poco más que un pretexto para entrar y salir por puertas, por no decir subir y bajar escaleras, mientras se habla sin parar y, en días propicios, se grita.

Un día Yashmeen oyó a hurtadillas a Günther confesarle a su amigo íntimo Heinrich:

—Sólo hay una chica en esta ciudad a la que he querido besar. —Se trataba de una charla de estudiantes de doctorado, desde luego, aunque Yashmeen, en su obsesión riemanniana, parecía no estar al tanto de la tradición de Gotinga que exigía tener un doctorado en matemáticas para besar la estatua de la pequeña cuidadora de gansos que había en la fuente de la plaza del Rathaus, empapándose y, con suerte, desvariando en el intento.

Yashmeen adquirió experiencia.

—¿Quién es esa persona? —preguntó a Heinrich, que creyó que ella se estaba burlando.

—Lo único que sé es que ella espera todos los días cerca del Rathaus.

—¿A quién? A Günther no, ¿verdad?

Heinrich se encogió de hombros.

—¿Se mencionaron gansos?

—¿Gansos de verdad o estudiantes universitarios?

Y así ella empezó a irrumpir en la Platz, por donde merodeaba amenazadoramente. Durante días. Günther aparecía por ahí o no aparecía, pero nunca en compañía de ninguna posible rival. Naturalmente, ella no le prestó mucha atención a la fuente cercana ni a la pequeña estatua. Un día oyó que él cantaba:

Su idea del pudor

seguramente no es la de Cantor.
Tampoco sabe decir en voz baja
los axiomas de Zermelo,
la han besado genios a montones,
frobeniuses aficionados,
uno tras otro, en sucesión de fanfarrones,
brillantes como Poincaré,
y... aunque a ella
puede que no le importe Cauchy
más que Riemann,
nosotros sólo podemos seguir soñando...
Que

llegue pronto el día en que,
Whittaker y Watson mediante,
convergencias repentinas,
milagros inesperados,
bailes epsilónicos,
y azares pequeños pero finitos,
den paso al amor...

Preocupados por la estabilidad mental de Yashmeen, todos se sintieron obligados a dar su opinión, incluido Kit.

—Yash, anda, olvídate de ese listillo, no es para ti. Quiero decir, qué más da que sea alto, musculoso, incluso que tenga esa extraña pinta de alemán que algunos consideran presentable...

—Se te ha olvidado decir inteligente, divertido, romántico...

—Pero ¿no ves que te mueve tu memoria racial? —afirmó indignado Humfried—: Has salido por ahí a buscar un huno.

—¿Me estás diciendo que quiero que me invadan y conquisten, Humfried?

—¿He dicho yo eso?

—Pues bueno..., supongo que sí, lo que pasa es que, uno, no es asunto de ninguno de vosotros; dos, ¿tengo que pedir perdón por lo que siento?; dos punto uno...

—Yash, has dado en el clavo —asintió Kit—, sólo somos jinetes nocturnos perdidos en un sendero flanqueado por postes, amargándonos la vida. Deberían dispararnos, apuntarnos al menos.

—Puede que Günther sea todo lo que dices y más, pero hasta que no vivas las emociones como lo hacen las mujeres, no encontrarás más que problemas y obstáculos en tus relaciones con nosotras.

—Creo que podría lloriquear un poco, ¿serviría de algo?

Yashmeen casi había salido por la puerta, frunciendo el ceño por encima del hombro como reproche, cuando he aquí que, salvando con atléticos saltos los peldaños de la escalera, subía el Adonis en discusión, sí, Günther von Quassel en persona, blandiendo una *Hausknochen* en gesto amenazante, acercándose, a medida que las escaleras lo llevaban al límite superior, a un nivel comparable de rabia bruta.

—A ver, Günni —lo saludó—, no vas a matar a Kit, ¿verdad que no?

—¿Qué está haciendo éste aquí?

—Yo vivo aquí, salchicha descomunal.

—Oh. *Ja*. Eso es verdad. —Pensó un momento—. Pero Fräulein Yashmeen... *no* vive aquí.

—Vaya, Günther, eso es muy interesante.

Günther lo miró durante lo que cualquiera salvo los eróticamente enamorados habrían considerado demasiado tiempo. Mientras tanto, Yashmeen, juguetona como raras veces la había visto Kit, no paraba de quitarle de la cabeza la gorra de la sociedad de duelos a Günther y simular que se la tiraba escaleras abajo. Y cada vez él tardaba varios segundos en reaccionar a la travesura, aunque lo hacía con tanta brusquedad *como si acabara de suceder*. De hecho, según Humfried, discípulo del Profesor Minkowski, debería ser evidente para todos que Günther habitaba su propio «marco de referencia» idiomático, en el que las discrepancias de tiempo como ésta eran características importantes, aunque no esenciales.

—Él no está «aquí» —explicó Humfried—, no del todo. Está ligeramente... en otra parte. Y es así hasta el punto de que supone ciertos inconvenientes para cualquiera que aprecie su compañía.

—¿Ah, sí?, pues no deben de ser muchos.

—Oh, todos sois unos antipáticos —dijo Yashmeen.

Mientras tanto, Günther insistía en que la presencia allí de Yashmeen implicaba una cuestión de honor.

—Obviamente, ahora tenemos que librar un duelo.

—¿Por qué?

—Usted me ha insultado, ha insultado a mi prometida...

—Esto, ¿Günni?

—*Ja, Liebchen?*

—No soy tu prometida, ¿te acuerdas? ¿Te acuerdas de que ya lo habíamos hablado?

—*Egal was, meine Schatze!...* Mientras tanto, al señor Traverse, como parte retada, le corresponde la elección de armas; qué suerte haber provocado la disputa aquí, en la capital de los duelos de Alemania. A mi disposición, y a la suya, tenemos pares a juego de *Schläger*, *Krummsäbel*, *Korbrapier*, incluso, si ése es su vicio, la *épée*, un arma que, aunque no está a la altura de los estándares alemanes, me han contado que vive una edad de oro ahora en Inglaterra...

—En realidad —dijo Kit—, estaba pensando más bien en algo así como, quizás... ¿pistolas? Resulta que tengo un par de Colt de seis disparos que podemos usar, pero en cuanto a lo de que sean «a juego», bueno...

—¡Pistolas! Oh, no, no, mi impulsivo y violento señor Traverse, aquí no hacemos duelos *a muerte*, ¡no! Aunque por descontado deseamos mantener inmaculado el honor de la *Verbindung*, el anhelo más profundo de cada uno de nosotros es *inscribir su marca* en la cara del otro, de manera que un hombre lleve a la vista de todos la prueba de su valentía personal.

—¿Es lo que se le ve en la cara, eso que parece una tilde mexicana?

—¿Inusual, no? Más tarde resolvimos la frecuencia probable a la que debió de vibrar la hoja, el momento en que volvió a su posición de partida, las constantes elásticas, todo al más caballeresco estilo, cosas de las que, estoy seguro, sus pistoleros americanos no tienen la menor idea. Oh, es verdad, *ja*, que entre nosotros se han infiltrado ciertos *maniacos desesperados* que han dirimido sus diferencias acabando con *cicatrices de bala* reales en la cara, pero eso requiere un grado de indiferencia a la mortalidad con el que pocos nos hemos visto bendecidos.

—¿Está diciendo que las pistolas son demasiado peligrosas para usted, Günni? Cuando se trata del Honor, al menos así es en el lugar de donde yo procedo, un hombre se ve obligado a utilizar una pistola. Las armas de hoja son, no sé cómo decirlo... ¿silenciosas?, ¿mezquinas?..., tal vez incluso ¿cobardes?

Las orejas de Günther temblaban.

—Debo entender, caballero, que usted pretende así catalogar a los alemanes como una subespecie de *raza menos valiente*, ¿me equivoco?

—Espere... ¿no me diga que le he insultado de nuevo? Me está retando... ¿por segunda vez? ¡Vaya! Eso sin duda sube las apuestas, ¿no? A ver, si se va a ofender a cada nimiedad, más vale que carguemos, seis tiros por cabeza, ¿qué le parece?

—Este *cowboy* —dijo Günther con voz quejumbrosa— parece desconocer que a los seres civilizados nos repele el hedor de la pólvora.

—Escucha, tonel de cerdo, ¿de qué va todo esto? Ya te he dicho que no iba a *converger*, así que nunca pasará tal cosa.

—Ya está. Otra vez. Y van tres.

—Tanto da, a medio camino se ha saltado un paso. Por no mencionar que en una de sus series agrupó mal algunos términos, invirtió el signo un par de veces, e incluso llegó a dividir por cero, sí, lo hizo, Günni, mire, justo aquí, tiene suerte de que alguien dedicara su tiempo a leérselo a fondo..., errores estúpidos básicos...

—¡Cuatro!

—... y en vez de tanto incordiar a la gente, debería plantearse si éste es en realidad el mejor campo de estudio para usted, si lo único que quiere es verse el careto en una postal de recuerdo.

—¡Ahora ha insultado al Geheimrat Hilbert!

—Al menos él lleva el sombrero correcto.

Tras repetidas consultas a la biblia del duelo prusiana, un pequeño volumen marrón conocido como el *Ehrenkodex*, Kit, Günther y sus padrinos se encontraron junto al río en cuanto hubo luz suficiente. Era una de esas mañanas primaverales profundamente agradables que almas más racionales habrían elegido celebrar de un modo menos letal. Las curtidurías todavía no funcionaban a pleno rendimiento, y el aire aún olía como el campo por el que había pasado. Los sauces oscilaban seductoramente. Más allá, atalayas en ruinas emergían de las brumas. Los bañistas tempraneros se acercaban parpadeando, casi como espectros curiosos. Estudiantes en bata, sombreros tirolese, gafas de colores, zapatillas y exóticos pijamas con grabados orientales hacían cola adormilados para apostar sumas disparatadas a los corredores de apuestas que siempre rondaban estos acontecimientos. De vez en cuando, alguien recobraba la conciencia y recordaba que todavía llevaba puesto su *Schnurrbartbinde*, o protector de bigotes nocturno. Los más implicados formaron un pequeño grupo y se pusieron a hacerse reverencias unos a otros. Apareció un vendedor con una carreta provista de una bañera humeante llena hasta el borde de salchichas cocidas, y también llegó cerveza, tanto en barriles como en botella. Un fotógrafo plantó su trípode y su «Palms Panoram» Zeiss para quien deseara recuerdos visuales del encuentro.

—Muy bien, dividí por cero, una vez tan sólo, mea máxima culpa, sin ninguna consecuencia en el resultado. No omití ninguno de los pasos que usted dijo. Más bien lo que pasa es que usted parece incapaz de seguir mi argumentación.

—Tonterías, Günther; mire, entre pasos, de aquí a aquí, esta función del tiempo, usted da por supuesto que es conmutativa, y se la salta, cuando en realidad...

—¿Qué?

—Sencillamente no puede dar eso por supuesto.

—Hago lo que quiero.

—No cuando esto requiere un signo menos aquí... —Y así, pese a la agitación de la multitud, que estaban cantando *Auf die Mensur!* desde hacía ya un buen rato, los jóvenes se encontraron de nuevo enzarzados en otra conversación matemática, lo que pronto aburrió tanto a todos que acabaron marchándose, incluida Yashmeen, quien de hecho se había ido mucho antes, cogida del brazo ansioso de un antropólogo licenciado que la había venido a ver desde Berlín y que tenía la esperanza de definir aquí, entre los clubs de duelistas de Gotinga, un «grupo de control» para estudiar los significados más profundos de la inscripción fatal, sobre todo tal como se practicaba entre las tribus nortenas de las Islas Andamán; y ambos se fueron, de hecho, entre gritos de «Stephanie du Motel!» y silbidos maleducados, pues la comunidad, que estaba al tanto de los detalles del romance, se había dividido con respecto a Yashmeen, de modo que algunos la consideraban una valiente y moderna joven, como Kovalevskaja, y otros una furcia infiel cuya misión en la vida era llevar a prometedores matemáticos a una prematura muerte en duelo, como la infame

Mademoiselle du Motel había hecho con el padrino de la teoría de grupos Évariste Galois allá por 1832.

Entre los visitantes rusos de Gotinga había algunos de inclinaciones claramente místicas. Yashmeen los reconocía en cuanto los veía, pues se había encontrado, y a veces esquivado, a varios en Chunxton Crescent; pero aquí, más al este, no había manera de evitar los acontecimientos trascendentales que se desarrollaban tan cerca. En 1906 había rusos por todas partes, corriendo y huyendo hacia el oeste, y muchos compraban ejemplares de *La cuarta dimensión*, del joven Ouspenski.

Se veía con frecuencia a un individuo desarreglado, de un único nombre, vagamente oriental, yendo por ahí con Humfried y Gottlob.

—Es un buen tipo. Es un teosofoide. Es Chong. Casi como un teósofo, pero no del todo. Ha venido a estudiar la Cuarta Dimensión.

—¿La qué?

—Y las demás, claro.

—¿Las demás...?

—Dimensiones. Ya sabes, la quinta, la sexta y así sucesivamente.

—Cree que Humfried ha sido su profesor en una vida anterior —añadió Gottlob amablemente.

—Qué raro. ¿Hay educadores entre los invertebrados?

—¡Mira por dónde! —exclamó Yashmeen—, no es un bolchevique chino, es el viejo Sidney, que me aspen si no es el viejo Kensington Sid, con algún tinte vegetal... ¡Eh, Sid! ¡Soy yo! ¡Yashmeen! ¡Cambridge! ¡El Profesor Renfrew! ¿Te acuerdas?

El personaje oriental le devolvió una mirada poco clara, luego, como si hubiera tomado una decisión, empezó a hablar con cierta intensidad en una lengua que nadie supo identificar, ni siquiera su familia lingüística. La mayoría de los oyentes enterados lo tomaron como un intento de distracción.

El Doctor Werfner, claro, lo había visto inmediatamente y dio por sentado que era uno de los agentes de Renfrew, algo parecido a lo que pensó Yashmeen, convencida de que había ido allí a espiarla, pues Chong parecía mostrar un interés extraordinario por los rusos que pasaban por la ciudad. Allá donde ellos buscaran a Yashmeen para hablar de las dimensiones transtriádicas, allá aparecía él sin falta.

—Cuatro es el primer paso más allá del espacio que conocemos —dijo Yashmeen—. El Doctor Minkowski insinúa un contínuum entre las tres dimensiones del espacio y la del tiempo. Podemos considerar la «cuarta dimensión» como si fuera tiempo, pero es en realidad algo independiente, y el «Tiempo» tan sólo nuestra aproximación menos imperfecta.

—Pero más allá de la tercera —insistió uno de sus visitantes rusos—, ¿existen dimensiones como algo más que un capricho de algebristas? ¿Podemos acceder a ellas de algún modo distinto al mental?

—El espiritual —afirmó Gottlob. Hasta donde todos los presentes eran capaces de recordar, era la primera vez que utilizaba esa palabra.

—¿El alma? —dijo Humfried—, ¿los ángeles?, ¿el mundo invisible?, ¿la otra vida?, ¿Dios? —Antes de acabar la enumeración había esbozado una sonrisa satisfecha—. ¿En Gotinga?

Mientras tanto, Kit había empezado a frecuentar el Instituto de Mecánica Aplicada. Desde el reciente descubrimiento de Prandtl de la capa límite, las cosas se habían disparado allí, con intensas investigaciones en cuestiones como la sustentación y la resistencia, y el vuelo de motor se había posado como un ave de plumaje renovado al borde de la historia. Kit no prestaba mucha atención a la aerodinámica desde su descerebrado periodo junto a Vibe, cuando en el curso de los partidos de golf en Long Island había conocido la *guttie*, una pelota de gutapercha cuya esfera perfecta se deformaba sistemáticamente moldeando pequeños bultos por toda la superficie. Lo que no le pasó por alto, pese a que no le volvía loco el juego, tan desaforadamente practicado por tipos semejantes a Scarsdale Vibe, fue un peculiar misterio en su vuelo: la innegable elevación del corazón que se siente al ver una pelota —sobre todo cuando acaba de golpeársela desde el *tee*— que de repente asciende bruscamente, en una negación entusiasta de la gravedad que no hace falta ser golfista para apreciar. Y había bastantes detalles sobrenaturales más en las calles de juego. Cada vez más atraído por el microcosmos que se extendía al otro lado de Bürgerstraße, Kit no tardó en comprender que la textura de la superficie de la pelota de golf constituía una forma de impedir que la capa límite se separara y cayera en turbulencias que tenderían a arrastrar la pelota hacia abajo, negándole su destino en el cielo. Cuando lo comentaba en las conversaciones mantenidas en los bares que, a lo largo del Brauweg, frecuentaban estudiantes de física e ingeniería, algunos sugerían inmediatamente implicaciones para la Tierra, un esferoide de superficie grumosa a gran escala que, en su paso por el Éter, se elevaba no en la tercera dimensión sino en una eufórica línea de universo a través de la «física de cuatro dimensiones» de Minkowski.

—¿Qué ha pasado con el vectorismo? —se burló Yashmeen.

—Hay vectores —replicó Kit— y vectores. En el taller del Doctor Prandtl, todos son sencillamente sustentación y resistencia, velocidad y demás. Pueden hacerse dibujos, del viejo espacio tridimensional de toda la vida si quieres, o sobre el Plano Complejo, si lo que te va es la Transformación de Zhukovski. Vuelos de flechas, lágrimas. En la clase de Geheimrat Klein, estábamos acostumbrados a expresar los vectores sin dibujos, puramente como una serie de coeficientes, sin relación con nada físico, ni siquiera con el espacio mismo, y a anotarlo en varias dimensiones, según la Teoría Espectral, hasta el infinito.

—Y más allá —añadió Günther, asintiendo con seriedad.

Un día, en clase de Hilbert, ella levantó la mano. Él le hizo un guiño para que hablara.

—*Herr Geheimrat...*

—Con «Herr Professor» basta.

—Los ceros no triviales de la función ζ ...

—Ah.

Ella temblaba. No había dormido mucho. Hilbert había visto antes ese tipo de comportamiento, sobre todo desde la entrada en el nuevo siglo, desde su muy famosa conferencia en la Sorbona, supuso, en la que había enumerado los problemas más destacados de las matemáticas que se resolverían a lo largo del siglo que empezaba, entre ellos el de los ceros de la función ζ .

—¿Podrían estar relacionados con los valores propios de un operador Hermítico que todavía no se ha determinado?

El parpadeo, como algunos dirían más tarde, se moduló en una pulsación constante.

—Una sugerencia inquietante, *Fräulein Halfcourt*. —Habitualmente se dirigía a ella como «hija mía»—. Pensemos por qué. —La miró atentamente, como si ella fuera una aparición que él intentara ver con más claridad—. Aparte de los valores propios, que por su naturaleza son ceros de *alguna* ecuación —soltó amablemente.

—También está esta... columna de realidad. —Más adelante ella recordaría que de hecho dijo «*Rückgrat von Wirklichkeit*»—. Aunque los miembros de un hermítico pueden ser complejos, los valores propios son reales. Las entradas sobre la diagonal principal son reales. Los ceros de la función ζ que se extienden a lo largo de la parte Real = $\frac{1}{2}$ son simétricos, alrededor del eje real... —Dudó. Ella *lo había visto*, por un instante, con toda claridad.

—Pensémoslo un poco —dijo Hilbert—. Ya hablaremos de esto más adelante.

Pero ella dejaría Gotinga poco después, y nunca tendrían ocasión de hablar de ello. Con el paso de los años, Yashmeen se iría volviendo borrosa en la memoria de Hilbert y sus palabras acabarían pareciendo las de un duende interior demasiado juguetón para expresar una proposición formal, o para que la considerara una Musa con todas las de la ley. Y la idea en sí evolucionaría para convertirse en la famosa Conjetura de Hilbert-Pólya.

Una mañana, Lew entró en el salón de desayunos de Chunxton Crescent y se encontró al Inspector de Policía Vance Aychrome, angelicalmente bañado en los primeros rayos de sol que se filtraban por las vidrieras de la cúpula superior, dando despiadada cuenta de un Desayuno Inglés Completo ajustado a la dieta pitagórica de la institución, que incluía salchichas de imitación, arenques ahumados y salados, tortillas, patatas fritas, tomates fritos, gachas de avena, bizcochos, panecillos, bollitos para untar y distintos formatos de pan de molde. Acólitos embatados se deslizaban tímidamente entre las mesas y la gran cocina, con carritos, soperas y bandejas. Algunos también cargaban con expresiones faciales místicas. Los que se habían quedado dormidos, con sandalias brillantes, procuraban evitar al Inspector, y preferían ayunar a competir con su insaciabilidad casi legítima.

—A uno le apetece una fritanguita a estas horas —pudo articular Aychrome entre bocados, a modo de saludo dirigido a Lew, que, sonriendo sombríamente, fue a buscar un poco de café, misión imposible aun en las mejores mañanas, y ésta ya no lo era. Estos ingleses eran un pueblo con muchos misterios, pero ninguno tan peculiar como su indiferencia al café.

—¡Muy bien! —gritó—, ¿quién se ha llevado la maldita máquina Spong otra vez? —Y no es que importara mucho, pues el café de ahí solía saber a cualquier cosa menos a café, debido a la costumbre de esta gente de utilizar el único molinillo de la casa para preparar polvo de curry, incienso y hasta pigmentos para obras de arte incomprensibles, así que acabó, para variar, con una taza astillada llena de un té pálido y anodino y se sentó delante de Aychrome, que lo miraba con cierta fascinación. Dando por supuesto que no estaba ahí tan sólo para transmitirle otra amable sugerencia de Scotland Yard sobre la conveniencia de retirarse del caso del Caballero de las Bombas, Lew se sacó de un bolsillo interior una baraja de Tarot reducida a los veintidós Arcanos Mayores y fue colocando las cartas sobre la mesa una por una, entre los restos de un *haggis* vegetariano y una fuente rebosante de buñuelos de guisante, hasta que Aychrome empezó a asentir frenéticamente y a menear un dedo que goteaba lo que Lew esperaba sólo fuera melaza.

—¡Ggbbmmhhgghhkkhh!

Y tanto que sí. La carta no era al fin y al cabo el número XV de Renfrew/Werfner, sino el XII, El Ahorcado, cuyos velados significados secretos siempre parecían remitirla a un área de investigación especialmente crítica. Lew había llegado a considerarla como su carta personal por haber sido la primera carta «futura» que Neville y Nigel habían descubierto para él. La última vez que había mirado, su posición en la Icosaedíada la ocupaba un tal Lamont Replevin, de Elflock Villa, Stuffed Edge, Herts.

Cuando por fin la boca de Aychrome pareció relativamente desocupada, dijo:

—Y bien, Inspector —todo lo animadamente que pudo dada la hora del día—, espero que no se trate de nada político.

—Umm —dijo como si hablara para sí—, un poco de este... *kegderee*, me parece..., sí, muy rico..., y por dónde anda aquel tarro de mermelada..., sí, espléndido, ciertamente. —Lew estaba pensando en dejar que el hombre saciara a solas su apetito cuando Aychrome, como si le hubiera picado un insecto, le clavó una mirada de ojos saltones, se limpió el bigote y ladró—: ¡Político! Yo diría que más bien sí, aunque, a poco que lo piense, todo es política, ¿verdad?

—Según el expediente, el tal Replevin es un marchante de antigüedades.

—Sin la menor duda, salvo que hay una ficha sobre el tema de más de medio kilómetro de largo. La obra de Lombro resulta muy estimulante, sí, ciertamente muy sugerente.

Lew sabía que el Inspector Aychrome era un fanático discípulo de las teorías criminológicas del Doctor Cesare Lombroso, en especial de la que se había hecho más popular, según la cual las deficiencias morales iban acompañadas de una ausencia de tejido correspondiente en el cerebro, y en consecuencia de un desarrollo craneal pervertido que podía ser observado por el ojo instruido en la estructura facial de un sujeto.

—Algunas caras son caras criminales, en resumidas cuentas —afirmó el veterano metropolitano—, y pobre del que lo ignore o no lo sepa interpretar como es debido. Éste —le pasó una pequeña foto policial—, como puede ver, lleva el Delito Internacional inscrito por toda la cara.

Lew se encogió de hombros.

—Pues parece un tipo bastante sano.

—Tenemos hombres vigilando el lugar, ¿sabe?

—¿Por qué?

Aychrome echó un rápido y melodramático vistazo y bajó la voz.

—Alemanes.

—¿Cómo ha dicho?

—El sujeto Replevin tiene una tienda en Kensington, donde comercia, según su expediente, en «Antigüedades del Trans-Oxus y greco-budistas», sean lo que sean, y recibe visitas de un flujo ininterrumpido de sospechosos, a algunos de los cuales ya conocemos, granujas con sólo ver sus tipologías faciales, falsificadores y timadores, encubridores y receptores de artículos robados..., pero nuestra principal preocupación en el Yard es la elevada proporción de tráfico alemán entre aquí y el Asia Interior que siempre ha pasado por el establecimiento de Replevin. La mayor parte de las excavaciones arqueológicas de por ahí la han realizado equipos alemanes, una excusa perfecta para que esos visitantes entren en el país con docenas de sus enormes cajas oportunamente etiquetadas como «Antigüedades». Y entonces se presenta Sands con el lío del Asia Interior, el asunto de Shambhala, y, por si fuera poco, la Oficina del Gas está al borde del ataque de nervios con lo que llega a sus oídos.

—«Oficina del Gas».

Empuñando expresivamente cuchillo y tenedor en cada mano, el Inspector pasó a dar explicaciones a gusto. Lamont Replevin, según parecía, era un dedicado practicante de la comunicación mediante el gas de hulla, es decir, que la red de suministro de gas de la ciudad y el extrarradio, en su mapa de Londres, funcionaba como un sistema de redes de comunicación, en todos los sentidos, como las líneas neumáticas o telefónicas. La población que se comunicaba mediante el Gas, que de hecho no estaba dispuesta a comunicarse de otro modo, parecía bastante numerosa y, según Aychrome, crecía diariamente, a medida que continuaban estableciéndose *interconexiones secretas* entre redes de gas urbanas, locales o de pueblos, y el sistema se expandía, al modo de una red, como si se pretendiera que pronto abarcara toda Gran Bretaña. Para los privilegiados que disfrutaban de juventud, dinero y tiempo de ocio, venía a ser poco más que un juego a la última moda, aunque muchos se escribían con gas por razones más emocionales, incluidos aquellos tan agriamente descontentos con el servicio de correos que podrían haber salido a tirar bombas a los buzones de no ser por las muchas sufragistas que hacían cola para tirarlas antes. Scotland Yard, tomándose el vivo interés que cabría esperar, había creado un departamento para vigilar el tráfico de Gas.

—En cuanto a Replevin, la verdad es que en el Yard tenemos opiniones divergentes. Algunos creen que él sólo participa, como dicen allá, por la estética del método. No estoy muy puesto en poesía contemporánea, pero reconozco los códigos cuando los veo, y nuestro Lamont parece utilizar uno especialmente diabólico. Los criptos han estado trabajando sobre él las veinticuatro horas del día, pero hasta ahora no lo han descifrado.

—¿Se envía algo en alguna lengua conocida? ¿En inglés?, ¿alemán?

—Oh, sí, por no mencionar ruso, turco, persa, pastún y también un poco de tayiko montañés. Por allá se está cociendo algo, eso está claro. Por supuesto, no se nos permite visitar las instalaciones oficialmente, pero nos preguntábamos si, a la vista de este lío de Shambhala, dado que usted se mueve por el CRETINO como Pedro por su casa y disfruta personalmente de una libertad respecto a las restricciones legales con la que nosotros sólo podemos soñar..., bueno, ya me entiende.

—¿Si fuera yo? Yo abriría una de las cajas y miraría qué hay dentro.

—Y la encontraría llena de preciosa basura china, y a continuación ya me veo en Seven Dials, cumpliendo las peores guardias y metiendo la linterna en los cubos de basura. No, gracias. —Contempló las consecuencias ruinosas de su desayuno—. ¿No habrá un buen plato de judías cocidas en estas instalaciones? Nunca veo ningunas.

—Es por algo religioso, me parece. —Lew agitó el pulgar hacia un rótulo sobre la entrada a la cocina que rezaba κυάμων 'απέχου, «Evitad las judías», según Neville y Nigel una cita directa de Pitágoras en persona.

—En fin, qué le vamos a hacer, más vale que me acabe este pudín de pasas, ¿verdad?

No era eso lo único que tenía el Inspector en la cabeza, pero se zampó un arenque de Yarmouth y varios bollos con pasas antes de abordar la cuestión.

—Se supone que debo reiterar una vez más el escaso entusiasmo que despierta por el Yard su continuado interés por el denominado sujeto de las bombas de Headingley.

—Están estrechando el cerco en torno a él, ¿no?

—Tenemos algunas pistas prometedoras, y la investigación se encuentra en este momento en una fase difícil.

—Me suena.

—Sí, y quién sabe si no lo habríamos detenido ya a estas alturas, sin esos diletantes no autorizados que se pasan el día molestando y metiendo las narices donde no deben.

—No me diga. ¿Cuántos somos?

—Uno. Aunque *parece* una docena.

—Pero sabe que voy a por él. Creía que ustedes, los del Yard, agradecerían contar con un señuelo ahí fuera, para atraerlo, tal vez para forzarlo a cometer un error.

—Vaya, sí que estamos sobraditos hoy.

—En circunstancias normales, me sobraría la mantequilla de los bollos del desayuno, pero no parece que haya quedado gran cosa.

—Sí, bueno, si no le importa me parece que probaré un poco de este «donut» de aquí, un color raro, debo admitirlo, me pregunto de qué estará hecho, mgghhhmmbg...

—A lo mejor prefiere no saberlo.

En ese momento se acercó un acólito con un recado para Lew: debía presentarse con toda diligencia en el despacho del Gran Cohen Nookshaft. El Inspector Aychrome se limpió laboriosamente la cara, suspiró con aire trágico y se dispuso a retirarse de nuevo a Embankment, su frío hogar laboral de ladrillos mugrientos, lámparas azules y olor de caballos.

El Gran Cohen recibió a Lew vestido con sus galas oficiales, en las que destacaban las superficies de lamé y los adornos de imitación de armiño. Sobre la cabeza, en un vívido tono de magenta, con letras doradas en hebreo bordadas por delante, se apoyaba lo que habría pasado por un *yarmulke* de no ser por su alta corona, mellada como un sombrero flexible por delante y por detrás.

—Si tiene que darme coba, joven, más vale que aproveche mientras pueda, porque mi mandato toca a su fin, sí, el pequeño Nick Nookshaft volverá a ser el Cohen Asociado, una bendita liberación, la verdad; llega el turno del siguiente pobre «bobo» que deberá disfrutar de este ingrato arrastrarse ante el desprecio de un Alto Directorio, el cual sólo se dedica a reducir los presupuestos año tras año, mientras, como misioneros enviados a costas hostiles, se nos deja en manos de Dios, y aquí, al otro lado del mar, en sus acogedores hogares, aquellos que firman nuestros edictos de exilio rugen y retozan.

—Sin duda parece que se está cocinando algo por aquí —dijo Lew.

—No sabe cuánto lo lamento —dijo cabizbajo—. Me lo está reprochando.

—A ver, Cohen, yo nunca...

—Oh, sí, sí, tampoco sería el primero... Ya ve en qué estado me encuentro...

Hermano Basnight, no habríamos querido meterle en este asunto de Shambhala, pero ante la inminencia de las hostilidades, que tal vez ya hayan estallado en este mismo momento, necesitamos a todos en sus puestos. El Inspector Aychrome le ha informado sobre Lamont Replevin, pero hay ciertos aspectos del tema que el Met no sabe valorar, y por eso me corresponde a mí añadir que Replevin se ha hecho con un mapa de Shambhala.

Lew silbó.

—Que todos buscan.

—Pero que carece de valor a menos que se observe a través de un aparato llamado Paramorfoscopia.

—¿Quiere que se lo requise?

—Si Replevin sabe lo que tiene, lo habrá puesto a buen recaudo. Pero puede que esté actuando según un conjunto de supuestos completamente distintos.

—Imagino que eso significa que tendré que ir a echar una ojeada. ¿Puede darme una idea de qué estoy buscando?

—Tenemos un mapa similar de Bujara, un mapa que, según se cree, data del mismo periodo.

Sacó una hoja en la que se reproducía un dibujo al que Lew no le veía ni pies ni cabeza.

Tras una rápida consulta en el *Kelly's Suburban Dictionary*, Lew buscó su sombrero y salió. Cuando llegó a la estación de tren, ya caía la noche, con la correspondiente niebla invernal que se espesaba por momentos y las gotas de agua que se condensaban en todos los sombreros, produciendo un brillo que para ciertas constituciones nerviosas se aproximaba a lo siniestro. Los primeros pálidos maridos de la noche esperaban de pie los trenes del extrarradio que nunca llegaban a ningún destino en el mapa de ferrocarriles, como si, para que los llevaran a algún refugio esa noche, tuvieran que adentrarse antes en cierta región de gracia hasta ese momento sin definir. Lew entró en un compartimento, se dejó caer en un asiento, se echó el ala del sombrero sobre los ojos, las ruedas arrancaron pesadamente y él partió hacia la remota y espantosa ciudad de Stuffed Edge.

El extrarradio que cruzaba de camino tendía a ser un conjunto de versiones corrompidas de la Ciudad Madre: pequeños quistes sebáceos que combinaban lo peor de la excentricidad aldeana y de la tristeza de la gran ciudad. Al bajarse en el andén de la estación de Stuffed Edge, Lew se encontró una perspectiva desoladora y silenciosa, casi inalterada por la vegetación..., un aroma de aceite de luz del día se

cernía sobre el escenario, como si fantasmales vehículos de motor funcionaran en otro plano de la realidad, cerca pero casi invisibles. Las farolas, supuso, llevaban horas encendidas. Muy lejos, cerca de la comisaría, un perro aullaba a una luna que nadie podía ver, imaginando tal vez que, invocada las veces necesarias, aparecería con algún tipo de comida.

Elflock Villa resultó una residencia semiadosada de singular monstruosidad, pintada en un verde amarillento vivo que se negaba a atenuarse al mismo ritmo que el día. Ya antes de entrar, Lew olió el gas de hulla: «el olor», como había escrito en más de un informe de campo, «de los Problemas». Si alguno de los vecinos se percató de su presencia, ninguno estaba a la vista, es más, extrañamente para esta hora suburbana, se veía luz en muy pocas ventanas.

Tras introducir una Ganzúa Universal Vontz, ante la que la cerradura de la puerta, como si le hubiera leído los pensamientos, cedió suavemente, Lew entró en el abrumador olor de coque alquimizado y en una habitación de sombras equívocas, cuyas paredes estaban cubiertas con Lincrusta-Walton repujadas con motivos asiáticos, no todos tenidos por respetables. Colocados por todas partes, no sólo en los nichos preparados para tal función sino también, como huéspedes molestos, en el comedor, la cocina e incluso (puede que sobre todo) en los baños, grupos escultóricos a tamaño natural exhibían los temas clásicos y bíblicos de peor fama, entre los que parecían especialmente recurrentes el *bondage* y la tortura, con cuerpos de atlética perfección, realizados en materiales que no se limitaban al mármol blanco, con cortinajes desplegados para revelar y excitar. Cualquier razón alegórica servía de excusa para presentar a una joven con una cadera impúdicamente más baja que la otra, o a una doncella cautiva en una seductora postura de contención, desnuda y encantadoramente despeinada, al tiempo que en su rostro asomaba la conciencia de los placeres que la esperaban en las profundidades hasta ese momento sin iluminar del tormento y todo lo demás.

Todo lo silenciosamente que pudo, Lew cruzó un suelo de baldosas negras, todas rodeadas de una lechada plateada, algunas resplandeciendo con un suave brillo. Las baldosas, una combinación de polígonos escalenos de diversas formas y tamaños, tenían una negrura radiante que aun así no llegaba a la del ónice o el azabache. Los visitantes con inclinaciones matemáticas habían querido ver patrones que se repetían. Otros, dudando de su solidez, a menudo temían pisar sobre la red plateada..., como si *Algo* la hubiera construido..., *Algo que esperaba...*, que sabía exactamente cuándo hacer que cediera bajo el visitante desprevenido...

Lew bajó a la cocina, el rayo profesional de su Linterna Sin Chispa Apotheosis recorrió la penumbra hasta que reveló una figura humana, colgada del techo de un pie, junto a la cocina, que siseaba ominosamente, igual que la figura de la carta del Tarot, salvo que tenía la cabeza apoyada a medias en la puerta abierta del horno, cuyas paredes interiores estaban repugnantemente forradas con los restos de un pastel de cerdo que había reventado, casi con toda certeza, debido al error de no haberle

practicado orificios en la costra para que respirara el vapor. La cara del colgado estaba cubierta en parte por una máscara articulada de magnalio, conectada al horno por mangueras de gutapercha. Mientras cortaba el gas y abría las ventanas, Lew descubrió que el «cadáver» respiraba.

—A ver, por favor, ¿sería tan amable de sacarme de aquí? —gruñó, haciendo aspavientos hacia el techo, donde Lew vio un montaje de polea, cuya cuerda corría hasta un taco de la pared.

Lew desató la cuerda y bajó cuidadosamente a Lamont Replevin (pues era él en persona) hasta el elegante suelo de linóleo. Tras quitarse el dispositivo metálico de la cara, Replevin se arrastró hasta un depósito cercano de oxígeno presurizado, también equipado con una máscara de respiración, y se administró una dosis del útil elemento.

Tras una pesquisa llevada a cabo con mucho tacto, Lew se enteró de que, lejos de desear una partida prematura, Replevin estaba disfrutando de la emisión diaria del drama *El lento y el estupefacto*, que causaba furor entre la comunidad de adictos al gas.

—¿Lo escucha? ¿Lo ve, lo huele?

—Todo eso y más. A través del medio del Gas, un conjunto cuidadosamente modulado de ondas viaja desde la instalación de emisiones hasta nosotros, el público, mediante los conductos apropiados hasta la máscara receptora que ha visto, que uno, claro, debe colocarse sobre las orejas, la nariz y la boca.

—¿Ha pensado alguna vez —la pregunta no le surgió en un tono tan amable como le hubiera gustado— que..., que esto es envenenamiento por gas? Una especie de..., de alucinación...

Como si sólo entonces se diera cuenta de la presencia de Lew, Replevin lo miró fijamente, con un brillo frío en los ojos.

—¿Y quién es usted, dicho sea de paso? ¿Qué está haciendo aquí?

—Olí gas, creí que podría haber algún peligro.

—Sí, pero no era ésa la pregunta, ¿verdad que no?

—Oh, lo siento. —Le presentó una de las varias tarjetas falsas que siempre llevaba a mano—. Pike's Peak Vida y Accidentes, me llamo Gus Swallowfield, agente de seguros.

—Estoy satisfecho con mi cobertura por el momento.

—Para incendios me ha quedado claro, con tanto gas alrededor, pero qué me dice del robo.

—¿Seguro de robo? Qué raro, eso le digo.

—Por el momento la mayoría de las pólizas de robo se suscriben en Estados Unidos, pero tienen un gran futuro aquí, en Gran Bretaña. Ya ha visto con qué facilidad he entrado, y sepa que me he hecho una idea más que precisa de lo que hay de valor en su casa nada más entrar. En menos de media hora, todo eso podría estar dentro de un camión de mudanzas para ser revendido en una docena de mercados,

mucho antes del amanecer de mañana. Ya sabe cómo son los negocios, caballero, un recibo de venta legal y no se puede acusar a nadie como receptor.

—Umm. Bueno, acompáñeme...

Replevin guió a Lew al piso de arriba, a través de la red resplandeciente del suelo del recibidor, hasta una suite privada de oficinas, dominada por una lujuriosa escultura realizada en piedra púrpura con venas en varios colores de la familia del rojo.

—*Pavonazzetto* —dijo Replevin—, también conocido como mármol frigio, que en el pasado, se cree, adquirió su color de la sangre del joven frigio Attis, al que de hecho está viendo aquí, que se volvió loco por los celos de la semidiosa Agdistis y que se muestra en el acto de castrarse y así fundirse con Osiris, por no mencionar Orfeo y Dioniso, y convertirse en una figura de culto entre los antiguos frigios.

—Vaya si se tomaban las cosas a pecho por entonces, ¿eh?

—¿Lo dice por éste? Pues me temo que es plenamente contemporáneo, *La mutilación de Attis*, de Arturo Naunt, del mismísimo Chelsea, que lleva *epatando* a los burgueses desde 1889. Si quiere ver algunas piezas frigias auténticas, hay muchas por aquí.

Lo condujo entre bridas, trozos de seda del Turquestán chino, sellos de cerámica y tallados en jade.

—Aquí, por ejemplo, un cuenco de *koumiss* escita, del siglo III a.C. Puede ver claramente la influencia griega, sobre todo en el friso. Y casi con toda seguridad se trata de una imagen de Dioniso.

—Que vale unas cuantas de las que ustedes llaman libras.

—Ya veo que no es coleccionista.

—Sé apreciar que es antiguo. ¿Cómo encuentra material como éste?

—Ladrones, expoliadores de tumbas, empleados de museos tanto de aquí como del extranjero. ¿Es una crítica moral lo que estoy percibiendo?

—Lejos de mi intención, pero si quiere puedo fruncir un poco el ceño.

—Ahora se ha desatado una fiebre del oro —dijo Replevin—. Los alemanes en concreto están por todas partes. Se llevan caravanas enteras. Naturalmente, de vez en cuando siempre se cae algo de un camello.

—¿Qué es esto? —Lew señaló con la cabeza hacia un rollo de pergamino que había sobre la mesa, desplegado sesenta centímetros justos, como si alguien lo hubiera estado consultando.

Replevin se puso inmediatamente a la defensiva, y Lew fingió que no se daba cuenta.

—Uigur tardío. Acabó en Bujara, como tantas de estas piezas. Me gustó el diseño, de una interesante complejidad, una serie de deidades iracundas del Budismo Tântrico, diría yo, aunque, dependiendo del ángulo en que uno lo sostenga, a veces no se parece a nada de nada.

Bien podría haber estado gritando «¡No te fíes!». A Lew le parecían símbolos, palabras, números, tal vez un mapa, tal vez incluso el mapa de Shambhala que tanto querían ver en Chunxton Crescent. Sonrió vagamente y fingió que desviaba su atención a una estatuilla de bronce de un caballo con su jinete.

—¡Se ha fijado! Es una criatura magnífica y poderosa, ¿verdad?

—Eran sobre todo jinetes —dijo Replevin—; ustedes, los cowboys americanos, se habrían sentido como en casa.

—No le importará si... —dijo Lew sacando una diminuta cámara de mano alemana a la que quitó la cobertura del objetivo.

—Por favor, adelante —dijo Replevin tras vacilar el tiempo justo para que Lew comprendiera que había estado evaluando su idiotez inofensiva y finalmente la consideraba genuina.

—¿Podemos subir la luz de gas?

Replevin se encogió de hombros.

—No es más que luz cruda, ¿no?

Lew acercó también algunas lámparas eléctricas y empezó a tomar instantáneas, asegurándose de que cualquiera en la que apareciese el pergamino incluyera también otras piezas, sólo como tapadera. Salió del despacho para tomar algunas más, manteniendo siempre una charla profesional para seguir con el engaño.

—Espero que no me malinterprete, pero ¿colgarse boca abajo con la cabeza metida en el horno y el gas encendido? Considerando estrictamente el punto de vista del riesgo, no cumpliría con mi deber si no le preguntara cómo le arreglaron el seguro de vida.

Replevin no se mostró reacio a regalar los oídos de Lew con explicaciones sobre la gasofilia, que, podía decirse, se remontaba al descubrimiento histórico de Schwärmer de que la presión del gas, de manera análoga al voltaje en un sistema electromagnético, podía modularse para transmitir información.

—Ondas en un flujo atemporal de Gas incesante, de gas iluminador en concreto, aunque incluye también ondas de sonido que podrían, como en ese pilar de la ciencia victoriana, la Llama Sensible, modular las ondas de luz. Para la nariz del conocedor en particular, el sector olfativo, u olor, como se suele denominar, puede ser un medio para la más exquisita poesía.

—Suenan casi religioso, caballero.

—Bueno, en el sur de la India, si se entra en un tipo particular de templo, por ejemplo el de Chidambaram, en el Salón de las Mil Columnas, y pide ver a la diosa Shiva, lo que le enseñan es un espacio vacío, salvo que no es en realidad lo que nosotros entendemos por «vacío», aunque claro que está vacío, pero de otro modo, que no quiere decir que allí no haya nada, no sé si me sigue...

—Claro.

—Ellos le rinden culto a ese espacio vacío, es su forma más elevada de adoración. Este volumen o, supongo, no volumen de *Akasha*, que es la palabra en sánscrito para

lo que nosotros denominamos Éter, el elemento más parecido al *Atman*, que todo lo impregna y de lo que todo lo demás ha surgido, que en griego luego se convierte en «*Caos*» y así hasta Van Helmont en su taller de alquimista, quien, siendo holandés escribe la fricativa del principio como una *G* en lugar de una *chi*, lo que nos da *Gas*, nuestro *Caos* moderno, nuestro portador de sonido y de luz, el *Akasha* que fluye de nuestro manantial sagrado, las fabricas de gas locales. ¿Se pregunta ahora por qué algunos adoran el Horno de Gas, como si fuera un altar?

—Pues la verdad es que no. Aunque también es verdad que nunca me pregunto nada.

—¿Le estoy aburriendo, señor Swallowfield?

Por la experiencia de Lew con el inglés inglés, eso solía significar que estaba a punto de sobrepasar los límites de su hospitalidad.

—He acabado. Llevaré esto a la oficina, le mandaremos un borrador de la póliza, no dude en hacer los cambios que quiera, o en rechazarla.

Y así se retiró de nuevo al alumbrado del extrarradio vacío, a la noche estridentemente despoblada.

Un día, el día en que acabaría asumiendo su propia idiotez por no haberlo visto venir, Kit fue convocado a la sucursal local del Banco de Prusia en la Weenderstraße y conducido a sus regiones traseras por Herr Spielmacher, el Director Internacional, que hasta entonces se había mostrado amistoso, pero hoy, cómo decirlo, parecía más bien un poco distante. Llevaba un fajo de documentos.

—Hemos recibido una comunicación de Nueva York. Su *Kreditbrief* ya no está... —Se quedó mirando un buen rato una interesante fotografía del Káiser en una mesa contigua.

¿Por dónde íbamos?

—Vigente —sugirió Kit.

Animándose, el banquero se aventuró a echar una mirada rápida al rostro de Kit.

—¿Ha tenido noticias de ellos?

Desde el principio, se dio cuenta Kit en ese momento, sólo que no atendía.

—Estoy autorizado a pagarle el saldo de los fondos que todavía no se han retirado de este periodo.

Ya tenía la suma preparada en una pequeña pila de billetes, casi todos de cincuenta marcos.

—Herr Bankdirektor —Kit extendió la mano—, es un placer hacer negocios con usted. Me alegro de que podamos despedirnos sin vergonzosas demostraciones de sentimentalismo.

Se escurrió afuera, aceleró el paso, giró por algunos callejones traseros y entró en el Banco de Hannover, donde, a su llegada a Gotinga, tal vez con algún talento oculto para la presciencia, había abierto una cuenta con sus ganancias en las mesas de juego de Ostende, una cuenta que, esperaba, quedara al margen de cualquier manejo de Vibe.

—Pareces alterado —comentó Humfried esa noche—. Por lo general se te ve más americano, con la cabeza siempre vacía.

Más tarde, cuando iba a reunirse con Yashmeen, Kit pudo hacerse cierta idea de la situación. Le parecía ahora que Scarsdale Vibe había aceptado de demasiada buena gana su plan para ir a Gotinga. Fuera cual fuese el plan a largo plazo, aparentemente había llegado el momento decisivo. Kit no acababa de verlo con tanta claridad como le hubiera gustado, pero lo había percibido en las miradas brillantes que le habían dirigido en el banco.

Encontró a Yashmeen en la tercera planta del Auditorienhaus, como siempre en la sala de lectura, un caos de libros abiertos que convergían hacia su cara radiante y atenta. Reconoció un ejemplar encuadernado de la *Habilitationsschrift* de Riemann, de 1854, sobre los fundamentos de la geometría, pero no vio el artículo de 1859 sobre los números primos.

—¿Cómo?, ¿nada de función ζ ?

Ella levantó la mirada, sin que se la viera distraída en lo más mínimo, como si hubiera sabido el momento exacto en que él llegaría.

—Esto ha tenido algo de evangélico para mí —dijo—. Ahora entiendo que la hipótesis estaba ahí sólo como tentación para atraerme a cierta distancia, a fin de prepararme para la verdadera revelación: su asombrosa re-imaginación del espacio; se trata de algo más que el habitual *Achphänomen...*, un ángel, demasiado brillante para mirarlo directamente, iluminando una por una las páginas que debo leer. Me ha transformado en una persona difícil.

—A mí me lo vas a decir.

Salieron del Auditorienhaus y pasearon al anochecer.

—Hoy he recibido una noticia importante —empezó Kit cuando, de detrás de un matorral, saltó un joven enloquecido gritando:

—*Tchetvyortoye Izmereniye! Tchetvyortoye Izmereniye!*

—*Yob tvoyu mat* —suspiró Yashmeen un tanto exasperada, eludiendo su agarrón antes de que Kit pudiera intervenir. El joven se alejó corriendo por la calle—. Tendría que llevar un arma.

—¿Qué aullaba?

—«¡La Cuarta Dimensión!» —dijo ella—. «¡La Cuarta Dimensión!».

—Ah; bueno, supongo que ha venido al lugar adecuado. Tendría que ir a ver a Minkowski.

—Últimamente andan por todas partes. Se autodenominan «otzovistas», Constructores de Dios. Un nuevo subconjunto de herejes, esta vez contra Lenin y sus bolcheviques, se dice que son antimaterialistas, devotos lectores de Mach y Ouspenski, obsesionados como maniacos por algo que ellos llaman «la cuarta dimensión». Que el Doctor Minkowski, o, de hecho, cualquier algebrista, se reconozca como tal es otra cuestión. Pero la verdad es que no les ha costado mucho desquiciar a los Materialistas de Ginebra. Se dice que hasta el propio Lenin está ahora mismo escribiendo un libro gigantesco, intentando refutar la «cuarta dimensión», y lo que defiende, hasta donde tengo entendido, es que sólo puede derrocar al Zar en tres.

—Una idea inquietante... Pero ¿qué quieren esos tipos de ti?

—La cosa ya dura cierto tiempo. No hablan mucho, por lo general se limitan a quedarse ahí, clavándome esas miradas obsesivas.

—A ver, déjame adivinar. Ellos creen que tú sabes cómo viajar en la cuarta dimensión.

Ella puso cara de pocos amigos.

—Ya sabía yo que tú lo entenderías. Pero cada vez es peor. El CRETINO, según parece, también ha intervenido. Quieren que me vaya de Gotinga y vuelva bajo sus alas. Tanto si quiero como si no.

—Los vi, me preguntaba quiénes serían. Tus amigos pitagóricos.

—«Amigos».

—Bueno, Yash.

—Anoche, en la cena, Madame Eskimov, tal vez la conozcas, dijo que cuando los espíritus andan, los seres que viven en un espacio tetradimensional atraviesan nuestras propias tres dimensiones, y las extrañas presencias que parpadean entonces en las lindes de la conciencia son esos momentos de intersección. Cuando entramos, incluso a la luz del día normal y corriente, en una sucesión de acontecimientos que, estamos seguros, ya hemos vivido antes, hasta el último detalle, es posible que hayamos dado un paso fuera del Tiempo tal como suele transcurrir, más allá de esta repetición de los días a la que estamos condenados como galeotes, y hayamos tenido un atisbo del futuro, del pasado y del presente —hizo un gesto compresivo—, todo junto.

—Lo que sería interpretar la cuarta dimensión como Tiempo —dijo Kit.

—Lo llaman «lo ya visto».

—¿Para eso han venido aquí? ¿Para eso creen que pueden utilizarte? —Creyó descubrir una relación—. Riemann.

—En el centro de todo. Pero Kit... —Ella realizó aquel extraño estiramiento atildado del cuello que había llamado su atención la primera vez—. Mira, resulta que es verdad.

Se acordó de que la primera noche que se habían visto, presenció su desaparición a través de una pared sólida.

—Muy bien. ¿Se trata de algo que puedes controlar? ¿Puedes entrar y salir a voluntad?

—No siempre. Empezó de manera bastante inofensiva, cuando era mucho más joven y reflexionaba sobre las funciones complejas por primera vez, de hecho. Mientras miraba fijamente el papel pintado de la pared. Una noche, a una hora intempestiva, comprendí que ya no me contentaba con un solo plano, que necesitaba dos, uno para el argumento y otro para la función, cada uno de ellos con un eje real y otro imaginario, es decir, cuatro ejes, todos perpendiculares entre sí en el mismo punto de origen, y cuanto más intentaba *verlo*, más desquiciado se volvía el espacio normal, hasta que lo que llamarías i, j y k , los vectores unitarios de nuestro espacio dado, rotaron cada uno un número desconocido de grados, alrededor de aquel inconcebible cuarto eje, y creí que tenía fiebre cerebral. No dormí. Dormí demasiado.

—La maldición del matemático.

—Entonces tú...

—Oh... —Kit se encogió de hombros—, pienso en ello, claro, como todos, pero no más de lo que debo.

—Sabía que eras un idiota.

—Ésa es mi maldición. ¿Quieres que las intercambiamos?

—No querrías la mía, Kit.

Por un momento pensó en sermonearla acerca de cuál era su verdadera maldición, pero se lo pensó mejor.

—La primera vez que estuve en tu habitación, pasó algo parecido. Creí que había encontrado cierto tipo de *Schnitte*, uno de esos «atajos» que conectan los planos de espacios multiconectados de Riemann, algo que daría acceso a un..., no sé cómo llamarlo, ¿«conjunto de condiciones» diferentes?, ¿«espacio vectorial»? Irreal, pero no de manera convincente..., estaba de regreso en el espacio-tiempo ordinario antes de darme cuenta, y al cabo de un rato la memoria se desvaneció. Fue entonces cuando sucedió en realidad. En Rohns Garten, sentado en una mesa con compañeros de clase, comiendo una extraña sopa alemana y, sin previo aviso, *Batz!*, aquí estaba la habitación, la vista por la ventana, pero tal como *eran realmente*, una sección tridimensional a través de un espacio de una dimensionalidad más elevada, tal vez cuatro, tal vez más... Espero que no vayas a preguntarme cuántas...

Entraron en un café donde era improbable que los interrumpieran.

—Enséñame a desaparecer, Yash.

Había algo raro en la voz de Kit. Ella entrecerró los ojos.

—Me han cortado las cartas de crédito.

—Oh, Kit. Y aquí estoy yo dándote la lata... —Alargó una mano y la posó sobre una de las de él—. Puedo dejarte...

—No, *nichevo*, ahora mismo no es tanto el dinero lo que me preocupa cuanto mantenerme con vida. Mi padre siempre decía: si no funciona con oro, el paso siguiente será el plomo. Supongo que he acabado siendo una amenaza para ellos. Tal vez al final hayan descubierto cuánto sé en realidad. A lo mejor ha ocurrido algo en Estados Unidos, tuvimos suerte y agarramos a uno de ellos o ellos han cogido a otro de nosotros... —Alzó la cabeza un breve instante—. Sencillamente hay demasiadas cosas que no sé. Salvo que ya no tienen que parecer amables conmigo. Me han tachado. Enviado al exilio.

—Puede que yo me encuentre en el mismo brete, y pronto. Con triviales cambios de signo, claro. Nadie dice nada con claridad. Es la maldita costumbre inglesa de hablar en código, así que hay que descifrarlo todo. Tiendo a pensar que desde la revolución en Rusia, la posición de mi padre se ha vuelto precaria. Y así, en consecuencia, también la mía. Además, está la Entente Anglo-Rusa, y el asunto de la cuarta dimensión, que al fin y al cabo es lo que ahora está de moda en la investigación física. Elige lo que quieras. —Pero había más, algo que le daba miedo. Hasta Kit, que no era muy perspicaz, lo percibió, aunque ella guardaba un silencio inquieto.

Yashmeen abrió los ojos de par en par de nuevo, con expresión especulativa, y aspiró hondo un par de veces.

—Bien, entonces eres libre.

—¿Que soy qué?

—Creía que los americanos conocíais la palabra.

—Me parece que el término que buscas es «pobre».

—¿Tus acuerdos con la gente de Vibe se han cancelado?

—Anulados por completo.

—Y no les debes nada.

—Bueno, es posible que ellos no lo crean así.

—Pero si recibieras otra oferta...

—¿Te refieres a tu gente del CRETINO?

Ella se encogió de hombros con un gesto precioso, más del cabello que de los hombros.

—Puedo preguntar.

—Sin duda.

—Entonces... ¿pregunto?

—Dependerá de lo que paguen, supongo.

Ella se rió y él pensó en aquella chica alegre que se paseaba orgullosa hacía tanto tiempo ya entre el humo de la *Bierstube*.

—¡Oh, ya verás cómo pagan!

Kit miró, apartó la mirada y volvió a mirar. Salvo por la ausencia de bigote, allí delante, justo en el centro de Gotinga, estaba la viva imagen de Foley Walker. Sombrero y todo. Kit sintió como si alguien acabara de dispararle. La vida en Gotinga parecía seguir a su aire, con sus sacudidas de siempre: ciclistas con bicicletas recién estrenadas que chocaban entre sí, o corrían descontrolados a toda velocidad dispersando a los transeúntes; bebedores de cerveza que se peleaban y se saludaban; obsesivos zetamaniacos a punto de salirse del filo del Paseo, rescatados por sus compañeros...; una ciudad que nunca había amado se convirtió de golpe en un lugar cuyos detalles más cotidianos, ahora que, según parecía, estaba obligado a abandonarla, resplandecían con una nitidez casi dolorosa, un lugar marcado ya por la memoria y el no retorno del exiliado, y allí, como para oficializarlo todo, estaba el ángel, si no de la muerte sí al menos de la puta mierda, y nadie más parecía percatarse, pese a la elocuente propensión de Foley a lo chillón, plasmada aquí en un conjunto indescriptible de cuya falta de gusto podrían escribirse libros enteros... Bueno, de hecho, era un conjunto sport de tres piezas, de moda unos años antes, tejido de manera que mostraba diferentes colores según el ángulo desde el que se mirara, entre los que se incluían, aunque no exclusivamente, el rosa marronáceo, el uva saturado y cierto amarillo necrótico.

Como era de esperar, cuando Kit volvió a mirar ya no estaba Foley, si es que había estado allí alguna vez. La cuarta dimensión, sin duda. A pesar de la oportuna cita de Yashmeen del *akousmaton* pitagórico que reza: «Cuando estás lejos de casa, nunca mires atrás, porque las Furias te persiguen» (Jámblico, 14), Kit se encontró prestando mucha atención a la calle y lo que sucedía en ella, por no mencionar que comprobaba dos veces puertas y ventanas antes de intentar conciliar el sueño, aunque sólo fuera durante un par de horas, algo que se estaba tornando un arduo esfuerzo.

¿Por qué no se había dado la vuelta Foley, se preguntaba, aunque sólo fuera para saludar? ¿Es que creía que no lo había visto?

Pero Foley, como si poseyera la *Hausknochen* maestra para toda Gotinga, reservaba sus visitas para la noche, y así resultó que, sin la menor transición, con las palmas de las manos y las plantas de los pies doloridos y el pulso martilleando, Kit se incorporó en la cama a oscuras y se encontró ante ese eidolon, vestido con tan poca elegancia que atentaba contra una lista entera de normas de la decencia pública, y que se había presentado con aire de reproche y jadeando para violar el insomnio de Kit.

—Déjame que te hable de la bala Minié que llevo en la cabeza —empezó Foley— y de cómo a lo largo de los incómodos años se ha transformado, supongo que un aficionado a la química diría «transmutado», no en oro, eso sería esperar demasiado, sino en uno de esos raros metales que, según se dice, son sensibles a las ondas electromagnéticas de uno u otro tipo. El Circonio, la Galena argentífera, uno de éstos. La Vibe Corp. lo extrae de vetas de todo el mundo, incluido de tu Colorado nativo. Y por eso podía oír aquellas voces, a través de esta pequeña esfera de metal alabeada con precisión, pues todas estaban ahí, donde raramente las escucha ninguno de nosotros, ondas procedentes de muy lejos, que están viajando eternamente, a través del Éter, el frío y la oscuridad. Sin la cantidad suficiente del mineral correcto concentrada ahí, en tu cerebro, puedes vivir toda tu vida sin oírlas jamás...

—No pretendo interrumpir, pero ¿cómo ha entrado aquí?

—No me has estado escuchando, Kit, por favor, es por tu propio bien.

—Como lo fue dejar de enviarme mi dinero.

—¿«Tu» dinero?, ¿desde cuándo?

—Teníamos un acuerdo. ¿Es que su gente no cumple los tratos con honradez?

—No tengo ni la menor idea de qué es la honradez, te ahorraré ese sermón, pero sí puedo explicarte qué es venderse y ser comprado, y las obligaciones que eso implica.

—Debe de sabérselas de memoria.

—Mira, se trata de lo que creíamos que tú sabías. Imaginábamos que eras un chico listo. Dimos demasiado por supuesto.

—Si Vibe se ha echado atrás en lo prometido es que algo ha cambiado. ¿El qué, Foley?

—No jugaste limpio. Sabías cosas, pero no nos las contaste.

—¿Que yo no jugué limpio? —La conversación se acercaba demasiado al filo del abismo, y Kit distaba de sentirse con los pies en firme. Tomó un cigarrillo y lo encendió—. ¿Qué quiere saber? Pregúnteme lo que quiera.

—Demasiado tarde. ¿Te molesta si cojo uno?

Kit le acercó la cajetilla empujándola.

—¿Ha hecho un viaje tan largo para amenazarme, Foley?

—El señor Vibe está realizando en estos momentos un viaje por Europa y quería que echara un vistazo.

—¿Para qué? Él me excluyó de su vida, lo que, a mi parecer, limitaría mis obligaciones de seguir socializando con ustedes.

—Se trata de la curiosidad científica del jefe: ¿cómo reaccionaría un sujeto ante una filantropía a la inversa, en la que se le retira la limosna en lugar de dársela? ¿Se enfadaría?, ¿se entristecería?, ¿se desesperaría?, ¿cedería a tentaciones suicidas?

—Pues dígle que soy más feliz que una mosca en la mierda.

—No creo que sea eso lo que quiera escuchar.

—Entonces invéntese lo que quiera. ¿Algo más?

—Sí. ¿Cómo se divierte un hombre en esta ciudad?

Cuando estuvo seguro de que Foley se había marchado, Kit encontró una botella de cerveza, la abrió y la alzó hasta su tenebrosa cara reflejada en el cristal de la ventana.

—«Lejos de Gotinga no hay vida» —citó el lema inscrito sobre la pared del Rathskeller y, al poco, el de su familia—: «Bueno. Creo que *‘tengo que’* sacar *‘el’* funkying culo de *‘aquí’*».

No parecía que hubiera llegado el fin de semana, no parecía que siguiera ya en vigor ningún calendario. Sin embargo, cuando anochecía sobre la ciudad, Kit fue abordado y casi secuestrado por un pequeño grupo de compañeros de clase.

—*Zum Mickifest! Komm, komm!*

Entre los estudiantes de matemáticas de por allí, la droga preferida era el hidrato de cloral. Tarde o temprano, fuera cual fuese el problema con el que se hubieran estado peleando, tras haberse obsesionado hasta el insomnio, empezaban a tomarse unas gotas sedantes para dormir —el mismísimo Geheimrat Klein era un gran defensor de la sustancia—, y sin darse cuenta se habían convertido en hábitos y llegaban a reconocerse unos a otros por los efectos secundarios, los más visibles: las erupciones de espinillas rojas, conocidas como «las cicatrices de duelo de la cloralomanía». Los sábados por la noche en Gotinga, nunca faltaba una fiesta cloral o *Mickifest*.

Fue una reunión peculiar; sólo a ratos, diríamos, animada. Los asistentes hablaban por los codos, a menudo para sí mismos y sin que aparentemente hicieran pausas para respirar, o bien se estiraban presas de una agradable parálisis sobre el mobiliario o, a medida que avanzaba la noche, cuan largos eran, por el suelo, sumidos en una profunda narcosis.

—¿En Estados Unidos tenéis *K. O. Tropfen*? —le preguntó una dulce jovencita que atendía por Lottchen.

—Claro —dijo Kit—, se ve mucho en las bebidas, a menudo con intenciones delictivas.

—Y ten presente —anunció Gottlob, con largas pausas entre las palabras— que la palabra inglesa «pun» al revés es... «und».

Kit entornó los ojos, esperando que acabara el razonamiento. Pero finalmente sólo dijo:

—Yo, bueno..., en realidad no estoy muy seguro.

—Implicaciones de la teoría de grupos —explicó Gottlob lentamente—, al principio...

Alguien empezó a gritar. Poco a poco, todos fueron mirando alrededor y luego se dirigieron a la cocina para ver qué había pasado.

—Está muerto.

—¿Qué quieres decir con muerto?

—Pues muerto; míralo.

—No, no, no —dijo Günther negando irritadamente con la cabeza—, lo hace siempre. ¡Humfried! —gritó al oído del matemático horizontal—. ¡Has vuelto a envenenarte! —Humfried emitió un alarmante ronquido—. Primero tendremos que despertarlo. —Günther buscó a su anfitrión—. *Gottlob! Wo ist deine Spritze?*

Mientras Gottlob iba a buscar la jeringuilla, que parecía un accesorio habitual en estas reuniones, Günther fue a la cocina y encontró una olla de café que se había dejado enfriar, reservada para este tipo de contingencias. Humfried había empezado a murmurar, pero no en alemán, sino en un idioma que ninguno de los presentes reconocía.

Gottlob trajo una jeringuilla gigantesca de una aleación mellada y deslustrada, que llevaba grabado «Propiedad del Zoo de Berlín» y «*Streng reserviert für den Elefanten!*», y le enganchó una larga cánula de ébano.

—Ah, gracias, Gottlob, y ahora que alguien me ayude a darle la vuelta...

—Éste es el momento en que me voy —dijo Lottchen.

Humfried, cuyos ojos se abrieron parpadeando como alas lo bastante para atisbar la jeringuilla, se puso a gritar e intentó escapar arrastrándose.

—A ver, dormilón —le regañó juguetonamente Günther—, lo que te hace falta es un poco de café, sólo para reanimarte, pero no queremos que te lo *bebas*, ¿a que no?, y que se te derrame por toda la camisa, no, así que procura que vaya por donde tiene que ir...

Los que todavía se mantenían despiertos empezaron a congregarse alrededor para mirar, algo que Kit sabía que era rutinario en estas *Mickifesten*. Cobró fuerza la intensidad del monólogo de Humfried, como si fuera consciente de su público y de sus obligaciones como artista. A esas alturas, Gottlob y Günther le habían bajado los pantalones e intentaban insertar la enorme cánula en su recto mientras discutían los detalles técnicos. Alguien, en la cocina, preparaba un emético de mostaza y huevos crudos.

Cualquiera que esperara una oportunidad de asomarse a los misterios de la muerte y la resurrección se sentiría decepcionado esa noche.

—¿Sólo el vomitivo? ¿No vais a administrarle estricnina?

—La estricnina es para los escolares franceses, no es un antídoto tan bueno para el cloral como el cloral lo es para la estricnina.

—¿Entonces no es conmutativo?

—Asimétrico, en cualquier caso.

Günther echó un vistazo profesional a Humfried.

—Me temo que tendrá que ir al hospital.

—Dejad que me encargue yo de eso —dijo Kit, que se sentía menos amable que ansioso sin saber por qué, hasta que, a una manzana del hospital, apareció Foley, inmenso y fuera del control de nadie, y menos que nadie de él mismo, corriendo hacia Kit con algo en la mano.

—¡Traverse! ¡Ven aquí, maldito!

Puede que el tipo estuviera borracho, pero Kit no se engañó a sí mismo suponiendo que eso le concediera la menor ventaja sobre Foley.

—Un amigo tuyo —dijo Gottlob, que sostenía a Humfried por el otro lado.

—Le debo dinero. ¿Se te ocurre algún modo de que nos libremos de él?

—Esta zona de la ciudad es mi segundo hogar —empezó a decir Gottlob cuando se oyó el sonido, desalentadoramente nítido, de un disparo—. *Verfluchter cowboy!* —gritó Gottlob, y salió corriendo.

Humfried, debilitado por el cloral, pero que repentinamente ya podía andar, agarró a Kit por el brazo y lo empujó rápidamente a la entrada más cercana del hospital.

—Confía en mí —farfulló—. *Achtung, Schwester!* ¡Aquí tenemos a otro drogadicto!

Antes de darse cuenta, Kit estaba rodeado de enfermeros que lo arrastraban por un pasillo.

—Esperad un momento, chicos, ¿dónde está el tipo que he traído? —Pero no había rastro de Humfried.

—Síndrome del acompañante imaginario, típico —murmuró un interno.

—Pero si yo soy el sobrio.

—Claro, quién lo duda, y aquí tienes un *recuerdo especial* que regalamos a todos los visitantes como recompensa por estar tan sobrios —añadió clavándole con destreza una hipodérmica. Kit se desplomó como una piedra. Y así fue a parar a la *Klapsmühle*.

A Foley, vestido con uno de sus conjuntos canónicos, se le vio marcharse de la ciudad a la mañana siguiente, con lo que fue descrito como una expresión malhumorada en el rostro.

Kit se despertó y vio cerniéndose sobre él la cara de un tal Doctor Willi Dingkopf, enmarcada por un corte de pelo que infringía más de una ley de la física, y una llamativa corbata de color fucsia, heliotropo y turquesa verdoso, regalo de uno de los

pacientes, como el Doctor se molestó en explicar al instante con una voz áspera de tanto fumar cigarrillos:

—Pintada a mano como terapia, para expresar, aunque lamentablemente no para controlar, ciertos impulsos recurrentes de naturaleza homicida.

Kit miró, o tal vez se perdió en, el diseño ultramoderno de la corbata, en el que el perturbado artista no había incluido gran cosa de lo que podría encontrarse en el mundo natural, aunque ¿quién sabía? Tal vez, si se estudiaba el tiempo necesario, empezaran a emerger formas conocidas, algunas de las cuales incluso podrían considerarse, ¿cómo se diría?, divertidas...

—¡Eh! ¿Qué hace...? ¡Acaba de pegarme con..., con esa vara!

—Una técnica antigua, extraída de los zenistas de Japón. ¿Por qué miraba tan fijamente mi corbata?

—¿Lo hacía? No me he dado cuenta...

—Umm... —anotó algo en un cuaderno—, y ¿ha escuchado alguna... voz?, ¿de esas que parecen surgir en los tres espacios clásicos pero que de hecho, si diéramos un *paso* más, conceptualmente casi trivial, lo hace en una más lejana, como ustedes dicen..., dimensión...?

—¿Voces, Doc?, ¿de otra dimensión?

—¡Muy bien! Capacidad de razonar, ¿lo ve? ¡Ya está recuperando la cordura! No tiene por qué sentirse solo en esto, señor Traverse. ¡No! Simplemente ha sufrido una pequeña perturbación del Co-consciente agravada por el abuso del cloral, que, una vez superada su fase aguda y en este entorno saludable, suele pasarse rápidamente.

—Pero yo no he dicho que oyera voces, ¿verdad que no?

—Umm, cierta pérdida de memoria también..., y «Traverse», ¿qué clase de apellido es ése...? Por un casual ¿no será también *hebraico*?

—¿Qué? No lo sé..., la próxima vez que hable con Dios se lo preguntaré.

—*Ja...*, bueno, de vez en cuando se encuentra un *indicio hebraico*, acompañado del sentimiento de no ser lo bastante gentil, es bastante común, con angustias a modo de corolario por sentirse *demasiado judío*...

—El que suena angustiado es usted, Doc.

—Oh, más que angustiado, alarmado, a diferencia, según veo, de usted, que extrañamente no lo está. Ante los millones que ahora están entrando a raudales en su país... ¿hasta qué punto deben de ser ingenuos los americanos para no ver el peligro?

—¿Los judíos son peligrosos?

—Los judíos son listos. El judío Marx, impulsado por su *inteligencia* antinatural a atacar el orden social..., el judío Freud, que finge sanar las almas (ésa es, por cierto, mi manera de ganarme la vida, me lo tomo como ofensa personal)..., el judío Cantor, la Bestia de Halle, que pretende demoler los cimientos mismos de la matemática, haciendo que los habitantes de Gotinga se vuelvan paranoicos y vengán gritando a mi puerta, donde, claro, se espera que yo me ocupe de todo...

—Un momento, discúlpeme, Herr Doktor —soltó alguien inesperadamente la siguiente vez que Dingkopf impartió su charla, que resultó ser durante una sesión de terapia de grupo—. Cantor es un luterano practicante.

—¿Con un nombre como ése? Por favor...

—Y, lejos de a la ruina, puede que nos haya llevado a un paraíso, tal como lo ha descrito públicamente el Doctor Hilbert.

—El Doctor... *David* Hilbert, se habrá fijado.

—Tampoco es judío.

—Hay que ver lo bien informado que está todo el mundo hoy en día.

La *Kolonie* resultó ser un complejo bien ventilado de edificios de ladrillo vidriado amarillo, sólidamente erigidos sobre los principios del Invisibilismo, una escuela de la arquitectura moderna que creía que cuanto más «racionalmente» se diseñara una estructura, *menos visible* parecería y que, en casos extremos, convergería al denominado Término Penúltimo, el paso anterior a la liberación en lo Invisible o, como algunos preferían decir, «en su propia metaestructura», ya mínimamente vinculada al mundo físico.

—Hasta que un día uno se queda apenas con rastros del mundo, unas pocas madejas de alambre de espino delimitando la vista en planta de algo que ya no es posible ver..., tal vez también con ciertos *olores*, que se filtran avanzada la noche desde algún punto, traídos por el viento, un viento que posee en sí el mismo índice de refracción que la Estructura desaparecida...

Eso se lo explicaba con toda seriedad a Kit un individuo con uniforme de guardia, a quien él, en su inocencia, creía justamente un guardia. En la hombrera del uniforme se veía un parche que mostraba un cerebro humano estilizado, con una especie de *hoja de hacha teutónica* hundida en el medio, que Kit tomó por una insignia de la *Kolonie*. El arma era negra y plateada y el cerebro de una alegre anilina magenta. El lema que tenía encima rezaba «*So Gut Wie Neu*», o «Como nuevo».

Habían salido al «Campo del Dirigible», una especie de superficie plana teórica donde las actividades del *Klapsmühle* incluían el desplazamiento de tierra, la excavación de rocas y el alisamiento de la superficie, bajo la supervisión de un pelotón de «ingenieros» con instrumentos de topografía que parecían reales y todo lo demás, y que no parecían internos de la *Kolonie*, aunque allí dentro nunca se sabía.

Hoy reinaba un gran nerviosismo en la *Kolonie*, porque se esperaba que en cualquier momento llegara y aterrizara en el campo de Dirigibles ¡un Dirigible de verdad! La mayoría de los internos no había visto nunca uno, pero bastantes se atrevían a describírselo sin el menor recato a los demás:

—Vendrá a liberarnos, todos son bienvenidos, es el vuelo expreso a Doofland, la patria ancestral de los enfermos mentales, descenderá, un triunfo gigantesco de la decoración bohemia, luminiscente en todos los colores del espectro, y la Banda de la Nave tocará antiguos éxitos como *O Tempora*, *O Mores* y *La ballena negra de Askalon* mientras subimos alegremente a bordo, a la góndola aerodinámica

suspendida exactamente en el Punto del Infinito, pues el Nombre secreto del Dirigible es Elipsoide de Riemann... —Y así sucesivamente.

Una pelota de fútbol, pateada desde muy lejos, pasó volando por arriba y alguien la confundió momentáneamente con el Dirigible, cuya llegada, se esperaba, no perturbaría ninguno de los partidos de fútbol que parecían jugarse en el Campo del Dirigible a todas horas, sobre todo cuando oscurecía, que de hecho era el momento preferido pese a imponer un estilo de juego diferente.

—Esta pelota bota casi tanto como *la cabeza de Juan el Bautista* —exclamó alguien, una alusión a una reciente excursión terapéutica que habían hecho los internos a Berlín para ver una función de la ópera *Salomé* de Richard Strauss, de la que el Doctor Dingkopf había salido murmurando algo sobre «una grave crisis neuropática que recorre la Alemania actual», aunque los miembros del grupo, y no sin razón, dada la descripción del propio Strauss de la obra como un *scherzo* con un desenlace fatal, no habían parado de carcajearse como posesos, y las carcajadas pronto se extendieron desde las butacas de marco y medio a la gente «normal» que había en el resto del teatro. Desde esa excursión, los guardas de la *Kolonie* se habían visto obligados a aguantar la nueva muletilla, tanto en el campo de fútbol como en el comedor («¿Qué hay de comer?», «Parece *la cabeza de Juan el Bautista*»), o a escuchar las discusiones religiosas de los Cinco Judíos, que por alguna razón era el único fragmento de la ópera que todos, al parecer, habían memorizado, nota por nota, tal vez para enfadar al Doctor Dingkopf, que al poco empezó a acusar la tensión, y al que se veía vagando por los terrenos de la institución a horas intempestivas cantando «*Judeamus igitur, Judenes dum su-hu-mus...*» en un distraído tono de tenor.

—*Ich bin ein Berliner!*

—¿Cómo ha dicho? —El paciente parecía ansioso por hablar con Kit.

—No le hará daño —le tranquilizó el Doctor Dingkopf mientras los celadores se llevaban al paciente con habilidad—. Ha acabado creyéndose que es cierto famoso pastelito de Berlín, semejante a su americano *Jelly-doughnut*, como dirían ustedes.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

Encogimiento de hombros.

—Un caso difícil. El *Jelly-doughnut* es una metáfora tan potente para el cuerpo y el espíritu que encontrar el camino de vuelta a la cordura simplemente mediante la razón resulta muy problemático, así que tenemos que recurrir a la Fenomenología, y aceptar la verdad literal de esta ilusión, por eso lo llevamos a Gotinga, a cierta *Konditorei* donde se lo empolva de pies a cabeza con *Puderzucker* y se le permite sentarse, o de hecho recostarse, en uno de los estantes reservados normalmente para la bollería. Cuando empieza con su «*Ich bin ein Berliner*», la mayoría de los clientes se limita a intentar corregir su dicción, como si él fuera de Berlín y hubiera querido decir «*Ich bin Berliner*»..., aunque en ocasiones llegan a *comprarlo de verdad*...

«¿Quiere una bolsa para llevárselo, madame?» «No, gracias, me lo comeré aquí mismo, si no le importa».

—Bueno..., si eso no lo devuelve a la realidad...

—*Ach*, ni por asomo, él permanece inmóvil, incluso cuando intentan... *morderlo*...

Varias horas más tarde, Kit se percató de la presencia de una masa enorme, blanda y borrosa en la penumbra del dormitorio, que desprendía el aroma inconfundible de la pasta recién horneada.

—Chiss..., no haga nada, por favor.

—Muy bien. Sólo estaba tumbado aquí, mirando el papel pintado a oscuras.

—¿Ah? ¿De verdad? ¿Es eso lo..., qué es lo que le dice?

—Me ha llevado a ciertas conclusiones inesperadas sobre las funciones automórficas. Y a usted, ¿cómo le va?

—Bueno, antes que nada, permítame aclararle que *en realidad yo no soy un jelly doughnut*.

—Pues debo decir que el parecido es, vaya, asombroso, y ¿sabe hablar y todo lo demás?

—Era el único modo de ponerme en contacto con usted. Me envía su amiga, la señorita Halfcourt.

Kit miró con atención. Otra víctima del hechizo; lo único que Yashmeen tenía que hacer, le pareció, era darle un beso a su cliente.

—Es como la divisibilidad —prosiguió la aparición—, aunque un poco distinto. La mayoría de la gente se niega a admitir que me ha visto. Y así, en efecto, no me ven. Aparte está, claro, la cuestión del canibalismo.

—El..., no acabo de...

—Bueno, eso los confunde, ¿no? Me refiero a que, si soy humano y ellos están pensando en tomarme de desayuno, eso *los* convierte en caníbales, pero si soy en realidad un donut, entonces, tratándose de caníbales, todos ellos también tienen que ser donuts, ¿lo entiende? —Empezó a reírse con ganas.

Kit levantó la mirada hacia la esfera de radio del reloj de la pared. Eran las tres y media de la madrugada.

—Pongámonos en marcha ¿le parece? —El desproporcionado pastelito le condujo por un pasillo, doblaron algunas esquinas, hasta que salieron por una sala de herramientas a la luz de la luna—. Me gustaría acompañarle hasta el final, pero pronto será la hora del desayuno y..., bueno, ya me entiende.

Encontraron a Kit dormido junto a la valla. El Doctor Dingkopf le esperaba en su consulta con un gran fajo de documentos que autorizaban su salida, pendientes de que él los firmara.

—Sus amigos británicos han intercedido por usted. Qué importa mi propia opinión profesional, mis veinte años de experiencia clínica, frente a esta siniestra conspiración tribal..., incluso en Inglaterra..., que ya no es la nación de sangre pura que fue en el pasado... ¿Halfcourt...? ¿Halfcourt? ¿Qué clase de apellido es ése?

Yashmeen lo encontró en el café donde habían estado unas noches antes. Él no había podido dormir más ni tampoco había creído que importara afeitarse.

—Vamos. Paseemos por Der Wall.

Era una mañana tranquila, la brisa agitaba las hojas de los tilos.

—¿Cuánto sabes de Shambhala, Kit?

Él volvió la cabeza, la miró por un solo ojo. ¿No estaba todo el mundo demasiado preocupado por cuestiones profesionales esta mañana?

—Es posible que haya oído mencionarla un par de veces.

—Una antigua metrópolis de lo espiritual, algunos dicen que habitada por los vivos, otros dicen que vacía, en ruinas, enterrada en algún punto bajo las arenas del desierto del Asia Interior. Y, por descontado, siempre habrá quienes te dirán que la verdadera Shambhala está dentro de nosotros.

—¿Y? ¿Cuál es?

Ella frunció rápido el ceño.

—Supongo que es un lugar real sobre el planeta, en el mismo sentido que el Punto del Infinito es un lugar «sobre» la esfera de Riemann. El dinero que hasta la fecha han invertido las Potencias en expediciones para «descubrir» el lugar es, sin duda, bien real. Las fuerzas políticas que se han desplegado..., políticas y militares también...

—Pero no se trata precisamente de un plato de tu gusto.

—Mi... —Se permitió un semisilencio puntuado—. El Coronel Halfcourt tiene algo que ver. Estoy intentando descifrarlo correctamente.

—¿Tiene problemas?

—Nadie lo sabe. —No era la primera vez que le asaltaba la desalentadora sensación de que ella esperaba algo de él que él ni siquiera sabía nombrar ni, mucho menos, darle—. Hay mil razones por las que debería estar allí con él...

—Y una sola por la que no deberías.

¿Tenía que intentar adivinarle el pensamiento o algo así?

Se miraron fijamente a través de lo que podrían ser distancias etéricas.

—Con tu nivel de intuición, Kit —dijo ella por fin con una sonrisa inquieta—, podríamos pasarnos horas aquí.

—¿Quién se queja de las horas pasadas en encantadora compañía?

—Me parece que se dice «en tan encantadora compañía».

—Glups.

—La última vez hablamos de un empleo en el CRETINO.

—¿Fue eso lo que me sacó del *Klapsmühle*?

—Lionel Swome. Estás a punto de conocerlo. ¿Qué estabas haciendo allí?

—Ocultándome, supongo. —Le contó la visita nocturna de Foley.

—Parece como si lo hubieras soñado.

—Tanto da. Lo que importaba era el recado que me transmitía. Cuanto antes salga de aquí, mejor.

—Paseemos un poco por el Hainberg, ¿quieres?

Sin dejar de mirar hacia delante y a sus espaldas, ella lo condujo hasta un restaurante en una ladera, con vistas a las murallas de la tranquila ciudad, donde estaba el coordinador de viajes del CRETINO, Lionel Swome, sentado a una mesa bajo una sombrilla para protegerse de la luz vespertina, con una botella de Rheinpfalz del otoño anterior y dos vasos. Tras las presentaciones, Yashmeen abrió su propia sombrilla y desapareció montaña abajo.

—Bien —empezó Swome—, según me han dicho está a punto de largarse.

—¡Increíble! Acabo de decidirlo hace sólo un par de minutos, cuando subíamos para aquí..., pero ustedes, claro, con su telepatía..., siempre me olvido.

—Y no tiene ninguna restricción con respecto al lugar adonde hay que ir.

Kit se encogió de hombros.

—Cuanto más lejos, mejor, a mí tanto me da, ¿por qué?, ¿a ustedes no?

—¿Asia Interior?

—Me va bien.

Swome estudiaba su vaso de vino, sin beber.

—Algunos prefieren otros Deidesheimers, Herrgottsackers y por el estilo, antes que estos del Hofstück. Pero, año tras año, si uno se toma su tiempo...

—Señor Swome.

Un encogimiento de hombros, como si hubiera llegado a un acuerdo consigo mismo.

—Muy bien... Encontrándose la señorita Halfcourt en una situación comparable, ustedes dos están a punto de resolver sus dificultades mutuas... fugándose juntos a Suiza.

Kit tiró de una invisible ala de sombrero echándosela sobre la cara.

—Sí, claro. Y todo el mundo se lo va a tragar.

—Tal vez ninguno de sus conocidos. Pero aquellos a quienes nos interesa engañar sí podrían creérselo, sobre todo cuando suministremos pruebas abundantes: permisos de estancia, reservas de hotel, correspondencia bancaria y demás. Hasta cierto punto, la joven dama y usted se comportarán como recién casados... ¿Señor Traverse? ¿Me sigue? Bien..., y al poco, presto..., cada uno habrá desaparecido en una dirección diferente; en su caso, hacia el este.

Kit esperó que siguiera. Y por fin preguntó:

—¿Y...?

—¿La futura ex novia? Umm, ni idea. El tema está en otra mesa. Mientras tanto, como usted estará allí, tal vez haya un pequeño servicio que no le molestaría prestarnos.

—Y... eso tendría que ver con, esto, cómo se llamaba...

—Shambhala. Sí, en cierto sentido.

—No soy un teósofo, ni siquiera un gran viajero. Espero que alguien le haya informado. A lo mejor lo que buscan es al menos un poco de experiencia sobre el terreno.

—Ésa es precisamente su principal virtud. Por allí nadie tiene ni la más remota idea de quién es usted. Tenemos a varios veteranos del Asia Interior merodeando en los oasis y bazares habituales, pero allí todos se conocen, la situación está estancada, ahora lo mejor es inyectar un elemento de lo desconocido.

—Yo.

—Y viene muy bien recomendado por Sidney Reilly.

—Umm...

—Sin duda lo recuerda con el nombre de «Chong».

—¿Aquel tipo? ¿El que iba por ahí todo el tiempo con un turbante? Pues menudo paleta estoy hecho, creí que era auténtico.

—Oh, Sidney es así, no se preocupe. Puede toparse otra vez con él cuando llegue a cualquiera de esos países cuyos nombres acaban en «stán», porque siempre anda de aquí para allá, pero seguramente tampoco lo reconocerá.

—Así que si me meto en problemas...

—No será él el encargado de eso. —Una mirada penetrante—. No padecerá «de los nervios», espero.

—¿Le parezco un poco alterado ahora mismo? Debe de ser por esos tipos que me persiguen, por no mencionar lo que piensan hacerme y demás. Pero ¿allá? ¿En el Asia Interior, a dos millones de kilómetros de ningún sitio? Mierda, seré como un dandi.

—Bien, entonces le explicaré lo que queremos que haga por nosotros. —El empleado del CRETINO, asintiendo, sacó un mapa de una funda y lo desplegó sobre la mesa—. Contamos con nuestros acuerdos de toda la vida: Oficina Colonial, Savile Row número 1, y con otras relaciones menos oficiales. Podemos dejarle —añadió trazando una ruta vacilante con la punta del dedo— al menos en Kashgar.

—Ahí es donde está destinado el padre de la señorita Halfcourt.

—De vez en cuando. Lleva una vida peripatética. Pero como le pillaré de camino...

—Espere un momento —Kit alargó la mano para coger uno de los cigarrillos de Swome de su cajetilla, que estaba sobre la mesa—. Ellos no tienen la menor idea de dónde está él, ¿verdad que no?

—Las líneas, en cierto sentido, se han caído. Temporal pero engorrosamente. Nunca se había producido una revolución a esa escala en Rusia, ya lo sabe, y ha

seguido las vías de ferrocarril hasta el interior de Asia, y las consecuencias todavía no están claras. Auberon Halfcourt lleva operando por allá desde los problemas afganos, no hay apuro del que no sepa salir. No es tanto su seguridad lo que nos preocupa... —hizo una pausa, como si esperara que Kit acabara la frase. Kit no le complació... cuanto tener su informe sobre lo que quiera que haya acabado de suceder en Shambhala, pues, según parece, todas las Potencias estaban involucradas, y es inconcebible que él se lo haya perdido. Y, siendo esencial el tiempo, obviamente, no queremos que los demás, Alemania o Austria sobre todo, impongan su versión de los hechos, tenemos que mantener cierto control sobre la historia...

—He visto a muchos rusos en la ciudad —dijo Kit, esperando que le respondiera que se ocupara de sus asuntos, pero al parecer Swome también había estado dándole vueltas a los otzovistas.

—Supongo que se refiere a esos bolchis antileninistas. Sí, vaya que sí. Con su resuelta obcecación por la señorita Halfcourt y sus habilidades tetradimensionales, parecen dispuestos a pasar por alto todos los riesgos seculares, sobre todo los que puede correr la reciente Entente Anglo-Rusa. Por consiguiente, hemos tenido que recurrir a ciertas actividades de distracción, aunque en teoría se supone que el CRETINO está por encima de la política internacional.

»Uno debe andarse siempre con cuidado. Estas almas tan espirituales no siempre son lo que parecen. A menudo resultan ser menos metafísicos de lo que uno esperaría, de hecho, los hay tan apegados al mundo sólido que uno empieza a sentirse como un místico, sólo por defecto. Madame Blavatsky en persona, acuérdesse, trabajaba para el servicio secreto zarista, conocido por entonces como la Tercera Sección antes de convertirse en la Ojrana... Y lo que importa en realidad, sean materialistas o espiritualistas, es que todos son unos malditos tirabombas, ¿no es así? Bastante fáciles de manejar, claro, bien mirado es casi una ventaja para la Entente, basta dejar caer una palabra en el oído apropiado y que se salve el bolchi que pueda.

—¿Tendré problemas con ellos? Ya que me encamino en esa dirección..., era lo que quería saber.

—A mí me parecen demasiado europeos para Kashgar, no los veo muy dispuestos a ir allí, es mucho más cómodo aquí o en Suiza. Kashgar es la capital espiritual del Asia Interior, todo lo «interior» que se puede llegar, y no sólo geográficamente. En cuanto a lo que yace bajo aquellas arenas, usted puede elegir: o bien Shambhala, lo más parecido a la Ciudad Celestial que ha conocido la Tierra, o bien Bakú y Johannesburgo otra vez, reservas sin explotar de oro, petróleo, riquezas plutónicas, y la posibilidad de crear otra clase subhumana más de trabajadores para extraerlas. Una visión, si quiere, espiritual, y la otra, capitalista. Inconmensurable, claro.

—Y por tanto, el trabajo...

—Es encontrar a Auberon Halfcourt, ver qué tiene que informar y hacérselo llegar con el máximo detalle y con tanta rapidez como sea posible.

—¿En persona?

—No es necesario. Tenemos en cuenta su necesidad de pasar inadvertido durante un tiempo. Le daremos un listado de mensajeros entre aquí y allá, todos dignos de confianza... Oh, en el caso de que tenga que salir rápidamente, le sugerimos que lo haga vía Constantinopla, porque nuestras líneas son un poco más seguras por ahí.

—¿Y por qué tendría que salir rápidamente?

—Por varias razones, elija la que prefiera. Otra revolución, levantamientos tribales, desastres naturales, sabe Dios, señor, si tuviéramos que cubrir todas las contingencias bien podríamos escribir novelas de espionaje.

Yashmeen lo esperaba al borde de la ciudad.

—Bueno... —dijo Kit con lo que esperaba fuera un tono animado—, nos fugamos juntos.

—Espero que no estés enfadado, ¿verdad que no lo estás, Kit?

—Oh, no te preocupes, Yash..., saldremos adelante.

—Así es como funcionan sus cabezas.

—Será divertido.

La fugaz mirada de Yashmeen sólo con dificultades podía distinguirse de la alarma.

—«Divertido».

Disponiendo de un día libre, Kit, Yashmeen y Günther decidieron hacer una visita de despedida al poco conocido pero gratificante Museum der Monstrositäten, una especie de equivalente nocturno de la inmensa colección de modelos matemáticos del Profesor Klein en la tercera planta del Auditorienhaus. En una diligencia de motor salieron hacia el Brocken. A medida que avanzaban, el terreno, cubierto de maleza, se iba tornando accidentado y se diría que embrujado, las nubes procedían de direcciones indeterminadas y tapaban el sol.

—Una Alemania más a la antigua —comentó Günther con una sonrisa que distaba de ser tranquilizadora—. Más profunda.

No se trataba tanto de un museo convencional cuanto de un templo subterráneo o contratemplo, dedicado a la «crisis» actual en la matemática europea...; no se sabía si estaba pensado para la exposición, el culto, el estudio o la iniciación, al menos visto desde el exterior, porque no había exterior, aparte de una entrada que enmarcaba un tramo de escalones negros como el carbón que se inclinaban hacia abajo en un túnel sin fondo conducente a desconocidas criptas. Como si se quisiera expresar el «imaginario» (o, como lo denominaba Clifford, «invisible») reino de los números, la negra sustancia con la que estaba construido no parecía tanto un mineral conocido cuanto el residuo de otro sin nombre, después de que la luz, mediante cierto proceso secreto, hubiera sido extraída de él. De vez en cuando se veía una estatua con la figura de un ángel, alas, cara y vestimenta estilizados casi hasta la geometría pura,

blandiendo armas que *todavía no eran identificables*, pero en las que se distinguían electrodos, aletas de refrigeración y demás.

El interior les pareció extrañamente vacío, iluminado tan sólo con unos pocos apliques de gas que se perdían por los pasillos alejándose de las sombras del vestíbulo de entrada. Pero se percibía el olor del orden y la limpieza alemanes en constante práctica, de Sapoleum y cera para el suelo, de aplicaciones masivas de formalina cuya causticidad todavía perduraba. Los pasillos parecían recorridos por generaciones de suspiros que a veces alcanzaban la fuerza del viento..., una tristeza, una exclusión salvaje dominaban los planos de planta remilgadamente ortogonales de las instituciones académicas...

—¿No hay nadie trabajando aquí? —preguntó Kit—. ¿Guardas, personal?

—A lo mejor se ocultan de los visitantes desconocidos —apuntó Günther encogiéndose de hombros—. ¿Cómo se pueden controlar los nervios aquí abajo?

De vez en cuando, donde había luz, era posible distinguir espaciosos murales, de precisión casi fotográfica, de colores inalterados por las purificaciones interiores diarias, que representaban acontecimientos de la historia reciente de las matemáticas, como el *Descubrimiento de las funciones Weierstrass*, de Knipfel, y el instalado hacía poco de *El Profesor Frege en Jena tras recibir la carta de Russell acerca del conjunto de todos los conjuntos que no son miembros de sí mismos*, de Von Imbiss, que mostraba *efectos parallax* cuando uno pasaba por delante, con figuras en el fondo como Sofia Kovalevskaja o un maliciosamente hidrofóbico Bertrand Russell que entraba y salía de la escena, dependiendo de la posición y la velocidad del espectador.

—Pobre Frege —dijo Günther—, estaba a punto de publicar su libro sobre aritmética, y va y pasa esto, aquí más que nada está diciendo «*Kot!*», que es la palabra alemana para decir: «¿Cuánto me costará revisar todas estas páginas?». Fijaos en el modo en que se golpea la frente, que el artista ha insinuado con inteligencia mediante las pequeñas rayas que irradian color verde y magenta...

Los rótulos los llevaron por un pasillo abovedado con puntales de hierro, que conducía a una serie de panoramas de una nitidez pasmosa; éstos pretendían convencer al más escéptico de los visitantes de que se encontraba rodeado de una vista de 360 grados de la antigua Crotona de la Magna Grecia, bajo un cielo que se oscurecía apresuradamente ante una tormenta que se aproximaba, con discípulos pitagóricos descalzos y con túnicas, captados en cierto transporte espiritual cuya iluminación era remedada mediante la fluorescencia de capas de gas empapadas en ciertas sales radiactivas..., o daban la impresión de haber entrado en el salón de conferencias de la mismísima Sorbona, donde Hilbert, aquella histórica mañana de agosto de 1900, presentaba al Congreso Internacional la lista de los famosos «Problemas de París» que esperaba ver resueltos durante el siglo siguiente, sí, aquí estaba Hilbert sin la menor duda, el sombrero Panamá en la cabeza, presentado ópticamente como tridimensional, más vivo que una figura de un museo de cera, incluso se veían las miles de gotas de sudor que caían por las caras de todos...

Según la filosofía del diseño de la época, entre el observador situado en el centro del panorama y la pared cilíndrica sobre la que se proyectaba la escena, se extendía una *zona de naturaleza dual*, en cuyo interior debía disponerse correctamente cierto número de «objetos reales» apropiados al escenario —sillas y mesas, columnas dóricas intactas y dañadas—, aunque no se los pudiera llamar «reales» en sentido estricto, sino más bien en parte «reales» y en parte «pictóricos», o, digámoslo así, «ficcional»; este surtido de objetos híbridos había sido diseñado para «fundirse gradualmente» en la distancia hasta la pared curvada y un estado final de imagen pura.

—Y así —comentó Günther— uno se ve arrojado al paraíso cantoriano de la *Mengenlehre*, con un conjunto bastante numeroso de puntos en el espacio que se sustituye continuamente por otro, perdiendo suavemente su «realidad» como una función del radio. El observador lo bastante curioso para cruzar ese espacio —lo que no estaba, parece, prohibido— se vería lentamente apartado de su entorno tetradimensional y llevado a una región atemporal...

—Querrás ir por ahí, Kit —dijo Yashmeen señalando un rótulo que rezaba ZU DEN QUATERNIONEN.

Ya, claro, claro, no era asunto de Kit, ellos obviamente necesitaban un rato a solas, con la partida inminente, cosas que decirse... A su aire, Kit descendió unas escaleras oscuras tan empinadas que resultaban incómodas hasta para los que estaban moderadamente en forma —como si las hubieran modelado siguiendo el patrón de un espacio de reunión antiguo, como el Coliseo de Roma, cargado de intenciones imperiales, promesas de lucha, castigo y sacrificio sangriento—, se encontró por fin ante un telón de goma y se quedó esperando, hasta que el telón fue misteriosamente descorrido y él se vio impulsado hacia el resplandor amplificado de una lámpara de Nernst hasta el límite de la explosión blanca, y allí estaba él, incuestionablemente en la orilla del canal en Dublín sesenta años atrás, mientras Hamilton recibía los Cuaterniones de una fuente extrapersonal encarnada en esa misma luz, el Puente Brougham retrocedía ante sus ojos en una perspectiva perfecta, la figura de la señora Hamilton lo contemplaba con tranquila consternación, Hamilton en persona grababa en el puente su famosa fórmula con una navaja en parte real y en parte imaginaria, una navaja «compleja», diría uno, aunque una reproducción «real» estaba expuesta en una galería cercana dedicada a «accesorios» famosos en el gran drama matemático, trozos de tiza, tazas de café a medio beber, incluso un *pañuelo completamente arrugado*, del que se decía había pertenecido a Sofía Kovalevskaja y databa de los tiempos de Weierstrass en Berlín, un ejemplo de la tristemente famosa «superficie desprovista de planos tangentes» de Lebesgue, un primo lejano y excéntrico de la familia de las funciones, continuo por todas partes y en ningún momento diferenciable, con el que Weierstrass, en 1872, había inaugurado la gran Crisis que seguía desvelando a los matemáticos hasta el presente, allí en su vitrina de pie, bajo un hemisferio de cristal, iluminado desde abajo, preservado en una atmósfera

constantemente renovada de nitrógeno puro. ¿Cómo entró este pañuelo en su estado sin tangente? ¿Fue reiteradamente estrujado dentro de un puño apretado? ¿Fue abierto, empapado en lágrimas y mocos, estrujado de nuevo hasta convertirlo en una bola compacta? ¿Era un vestigio, un recuerdo químico, de alguna relación extraordinaria entre el amable profesor y la estudiante de ojos elocuentes? De allá donde hubiera estado, Yashmeen reapareció, le cogió del brazo y miró un rato la melancólica reliquia.

—Ella fue siempre mi inspiración, ¿lo sabías?

—¿Todo bien por ahí, entre tú y el dios teutón?

—Está muy triste. Dice que te echará de menos. Quiere decírtelo en persona, me parece.

Ella se alejó cuando Günther, con los ojos brillantes bajo la sombra del ala del sombrero, se acercó a Kit con una expresión de profunda, aunque no insondable, insatisfacción. Tenía que irse a México a dirigir una de las plantaciones de café de la familia. Su padre se había mostrado inflexible, sus tíos esperaban ansiosos su llegada.

—Es casi mi zona —dijo Kit—. Si subes hasta Denver...

—Se trata de nuestro extraño vértigo alemán, todo en movimiento, como el agua escurriéndose por el fregadero, este no reconocido tropismo del espíritu alemán hacia todas las manifestaciones de lo mexicano, allá donde ocurran. El Káiser busca ahora en México las mismas oportunidades para hacer daño a Estados Unidos que Napoleón III antes..., y sin duda yo desempeño algún patético y ciego pequeño papel en ello.

—Günni, hoy parece que andas un poco escaso de, no sé, esa vieja seguridad en ti mismo tan tuya.

—Tenías razón, ya lo sabes. El día de nuestro duelo. Yo sólo he sido un *Rosinenkacker* de vacaciones más, perdido en sus banales ilusiones. Ahora debo despedirme de la vida que podría haber llevado, y retomar el camino de piedra, como un peregrino en penitencia. No habrá más matemáticas para Von Quassel. Es una línea de universo por la que, después de todo, nunca viajaré.

—Günni, fui un poco brusco, me parece.

—Sé bueno con ella —con un, se diría, énfasis germánico en el imperativo que Kit no sabía hasta qué punto debía tomarse en serio.

—Voy a ser su compañero de viaje durante una semana aproximadamente, nada más. Luego, o eso me han dicho, intervendrán otras fuerzas.

—*Ach, das Schicksal*. Del cloral al café —se puso melancólico Günther—. El viaje antipodal desde una punta de la conciencia humana a su contraria.

—El Destino está intentando decirte algo —conjeturó Kit.

—El Destino no habla. Lleva un Mauser y de vez en cuando señala nuestro camino.

Siguieron adelante con pesar y reticencias, percibiendo a través de la pesada envoltura de piedra la tarde que caía. En la ciudad, les esperaba otra noche con su

penultimancia coactiva, y aun así ninguno podía sugerir que se alejaran de esos pasillos que rendían tributo a las personas que ellos mismos, en el pasado, se habían imaginado que serían algún día..., quienes, todos y cada uno de ellos, habían optado por someterse a la posibilidad de alcanzar el terrible éxtasis como consecuencia de la observación sin mediaciones de la belleza. ¿Eran sus inminentes partidas una despedida no sólo de los programas de estudios matemáticos sino también, de hecho, de toda esperanza de conocer algún día aquel abrazo abismal?

—Niños. —La voz era ilocalizable, resonaba por todos los rincones de los pasillos—. El Museum cierra. La próxima vez que lo visitéis tal vez no se encuentre donde hoy está.

—¿Por qué no? —Yashmeen no pudo reprimir la pregunta, aunque ya sabía la respuesta.

—Porque la piedra angular del edificio no es un cubo sino su análogo tetradimensional, un hipercubo. Algunos de estos pasillos llevan a otros tiempos, épocas, que podríais querer reclamar con demasiada fuerza, y perderos en la perplejidad de la tentativa.

—¿Cómo lo sabe? —dijo Günther—. ¿Quién es usted?

—Ya sabes quién soy.

Frank había jurado que una vez saliera de México se olvidaría, y que su asunto pendiente en Norteamérica sería prioritario para él. La política mexicana no era de su incumbencia, aunque hubiera podido hacerse cierta idea de la situación y las correlaciones de fuerzas, lo cual raramente ocurría. Así que, como era de esperar, ahí estaba él, de vuelta en el viejo caldo tlalpeño.

Trabajaba en las afueras de Tampico, no muy lejos de donde empezaba una zona que llevaba directamente a la frontera con Estados Unidos, donde los contrabandistas se movían a sus anchas. Había vuelto a encontrarse con Ewball Oust, cuyos intereses habían pasado del anarquismo rural al tráfico de armas, y al poco él y Frank movían modestos alijos de material bélico, casi siempre como meros intermediarios.

Una noche, mientras cenaba en la Calle Rivera, cerca del mercado, entablaron conversación con un viajero alemán, un cultivador de café que tenía una finca en Chiapas y una cicatriz de duelo en la mejilla derecha, con forma de tilde. En México lo conocían como «El Atildado», término que también designaba a un hombre de impecable porte personal, un talento con el que igualmente había sido bendecido Günther von Quassel. Cuando intercambiaron sus tarjetas y vio el nombre de Frank, se le arquearon las cejas.

—Conocí a un Kit Traverse en Gotinga.

—Mi hermano pequeño, seguro.

—Poco faltó para que una vez nos batiéramos en duelo.

—¿Le hizo eso Kit? —preguntó moviendo la cabeza hacia la mejilla de Günther.

—La cosa no llegó tan lejos. Lo resolvimos pacíficamente. En realidad su hermano me daba mucho miedo.

—Pues entonces seguro que era Kit.

Günther le contó a Frank cómo Scarsdale Vibe y sus ayudantes habían obligado a Kit a abandonar Gotinga.

—Bueno, tal vez sea una suerte —dijo Frank demasiado malhumorado para creerlo, en realidad—. Esos malditos tipejos.

—Es un joven con iniciativa. Saldrá adelante. —Günther llevaba consigo un termo lleno de café caliente—. Si me hace el honor —ofreció—. Una nueva variedad. *Bohnen* gigantes. Lo llamamos Maragogipe.

—Gracias. Pero he de decir que yo siempre he sido un hombre de Arbuckle. —Frank percibió que algo muy parecido a un estremecimiento cruzaba el rostro del ‘cafetalero’.

—Pero... ellos le añaden ceras —Günther adoptó un tono ofendido—. Resina de..., de *árboles*, creo.

—Crecí tomándolo, el favorito de la esposa de la frontera, vaya, desde que era un pequeñín, siempre he bebido Arbuckle.

—*Ach*, cómo han degradado su sentido del gusto. Pero parece joven, todavía. Tal vez estemos a tiempo de corregir ese trastorno.

—Bromas aparte —dijo Frank sorbiendo—, es un café muy bueno. Se ve que conoce su negocio.

Günther resopló.

—No es mi negocio. Estoy aquí porque me lo impuso mi padre. Trabajo en la empresa familiar.

—He pasado por eso —dijo Ewball—. ¿La vida en la plantación no es lo que esperaba?

El joven Von Quassel se permitió esbozar una sonrisa gélida.

—Es exactamente como esperaba.

Ewball parecía condenado a toparse con viejos conocidos *‘del otro lado’* y de tiempos pasados, de los días en que hacerse mayor todavía no significaba hacerse peor y, a veces, alcanzar una mala fama que tampoco se habría imaginado en aquellos tiempos de alegría y despreocupación. Estaba, por ejemplo, «Steve», que en la actualidad sugería a los demás que lo llamaran «Ramón», huido de cierta catastrófica compra de acciones baratas del norte, siempre en fuga, incapaz todavía de dejar de timar tan alto y rápido como podía, y que un día se presentó en la ciudad en medio de una breve tormenta de arena y fue a parar al mismo pequeño patio donde Ewball, Frank, Günther y un par de docenas de mirlos se habían refugiado casualmente. El *‘norte’* aulló como a una luna invisible. La arena silbaba y repiqueteaba sobre el elegante hierro forjado, y «Ramón» los entretuvo con cuentos de deudas sin fin.

—Lo que os digo, estoy cada vez más desesperado. Si os enteráis de algo que os parezca demasiado descabellado o peligroso para vosotros, vaya, pasádmelo. En el norte hay una crisis de liquidez. Ahora mismo me follaría un caimán al mediodía en la Plaza de Toros si pudiera sacar un peso.

Antes de desaparecer desgarbadamente en la opacidad amarilla, los invitó a todos a que lo visitaran esa noche en su villa, donde habría juerga.

—Venid a verla mientras la finca todavía sea nuestra, conoceréis a mi nueva esposa. Una pequeña *‘reunión’*, un centenar de tipos o así, que durará una semana si queremos.

—Suená bien —dijo Ewball.

Günther se fue a hacer negocios con la numerosa colonia alemana de Tampico y les estrechó la mano a Frank y Ewball.

—¿Irán a esa fiesta esta noche?

—Nos alojamos en el Imperial —dijo Frank—, en el sótano, muy atrás. Pásese e iremos juntos.

Apartados, hacia el oeste y la Sierra, en espléndidas residencias apenas visibles a través de las brumas que se elevaban de las palúdicas tierras bajas, la población gringa se encogía en la cima de sus promontorios fluviales azotados por el viento, a la espera del levantamiento nativo que todos creían inminente, mientras yacían boca

arriba en sus dormitorios, noche tras noche, acosados, en las pocas horas que podían dormir, por pesadillas casi idénticas de huidas a través del desierto, cielos inmisericordes, ojos en los que no sólo los iris sino toda la superficie era negra, que brillaban en sus cuencas, implacables, reflejando columnas de llamas mientras los pozos ardían y explotaban, sin nada por delante más que el exilio, la pérdida, la desgracia, ningún futuro en ningún sitio al norte de Río Bravo, voces invisibles en el hedor del petróleo, que salían de los canales enfermos, señalando acusadoras, prometiendo justo castigo por crímenes ya olvidados...

Frank y Ewball deambularon por la fiesta de Steve/Ramón y descubrieron un salón de baile tranquilo y lleno de murmullos con fuentes revestidas de azulejos, donde los loros, fuera de las jaulas, se deslizaban de una palmera ornamental a otra. Tocaba una orquesta. Las parejas bailaban versiones tropicales del bolero y el fandango. Los invitados bebían gin-fizz Ramos y mascaban coca fresca de las junglas de Tehuantepec. En la sala, las carcajadas eran más o menos constantes, pero de algún modo más fuertes y angustiadas que, pongamos, en una cantina un sábado por la noche cualquiera. En el vestíbulo delantero, ocultos por macetas gigantescas cargadas de orquídeas, había una hilera de baúles, cerrados y preparados para el viaje. Los mismos baúles que se veían en la mayoría de las villas alquiladas por los gringos del círculo social de Ramón, como un recordatorio del abismo que aguardaba entre las sombras del futuro próximo, pues ¿cuánto podía durar aquello, esta riqueza antinatural, esta desbordada violación de la realidad?

—Es Bakú con mosquitos —le aseguraron viejos trabajadores del petróleo a Frank.

—Ha llegado la hora de marcharse del país —se oyó decir a jueguistas más de una vez—, porque aquí, a este lado de la frontera, todos somos rehenes, en el norte están pidiendo préstamos como si llegara el fin del mundo, la mitad con acciones como garantía secundaria, y si los depósitos se hunden no importará cuánto petróleo haya en el suelo, será un adiós '*chingamadre*', por así decirlo.

Günther se había presentado con una belleza alta y rubia llamada Gretchen, que no hablaba inglés ni español y sólo unas palabras de su alemán nativo, como «cocktail» y «zigarette». Resultó que mostraba cierta tendencia, rara en una joven dama tan llamativa, a desaparecer, y Frank reparó en la expresión preocupada de Günther.

—Se supone que la estoy cuidando para un socio —le explicó—. Tiene un historial de actos impulsivos. Si no fuera por... —dudó, como si estuviera a punto de pedir la intercesión de Frank.

—Si puedo ayudar...

—Tu nombre ha sido mencionado hoy, en un contexto que acabo de empezar a investigar.

—He tenido algunos tratos con la colonia alemana. En Tampico resulta difícil no tenerlos.

—Esto tenía que ver con cierta entrega en Tampico para un transbordo a Chiapas.

—Maquinaria para la recolección de café —sugirió Frank.

—Algo así. —Gretchen reapareció deambulando a la deriva ante las puertaventanas de un soportal, con una mirada vidriosa en los ojos, visible incluso a aquella distancia—. Cuando tenga un momento..., en cuanto yo haya... —Distraído, se apresuró a partir tras la inquieta valquiria.

El cargamento en cuestión era cierta cantidad de semiautomáticas Mondragón traídas de Alemania y destinadas al Ejército mexicano.

—Es una pequeña preciosidad —dijo Frank— que empezó siendo un diseño mexicano hace veinte años, y los alemanes la llevan refinando desde entonces. El cerrojo salta hacia atrás, expulsa el casquillo, carga en la recámara una nueva bala, ni tiene que tocarse. Pesa como un Springfield, lo único que hay que hacer es disparar hasta que se vacíe el cargador, eso son diez balas, a no ser que encuentres uno de esos cargadores Schneckens de treinta que hoy en día fabrican para los aviones alemanes.

—Ya preguntaré —dijo Günther.

Las cajas de fusiles podían ser re-expresadas como «maquinaria para las minas de plata», una de las mercancías para cuyo transporte se habían construido al principio las líneas de ferrocarril aquí y al norte, y así encontraban una forma de transporte segura, ajustada a las dobleces de un orden económico que algún día tal vez destruirían. A este fin, no habría problemas para conseguir la ayuda del sindicato de estibadores, que eran, por naturaleza, antiporfiristas.

—Puede que también te interese hablar con Eusebio Gómez, que es el subagente —dijo Günther.

Frank lo encontró en los muelles del Pánuco; el flanco tosco de hierro de un vapor se elevaba a sus espaldas.

—Cubro mi comisión en mercancía en lugar de efectivo —explicó Eusebio—, porque tengo la teoría de que las Mondragón te ayudarán a salvar las épocas sin dinero, caso que no se da a la inversa, como le dirá cualquiera que haya intentado disparar a algo con un hidalgo.

—Habla un inglés increíblemente bueno, Eusebio —dijo Frank asintiendo.

—En Tampico todos hablan norteamericano, por eso lo llamamos «Gringolandia».

—Estoy seguro de que también ve a muchos irlandeses por aquí, ¿verdad?, ‘¿irlandeses?’.

—¿Señor?

—Oh, son fáciles de distinguir: nariz roja de borracho, bocazas, ignorantes y sucios, ideas políticas idiotas...

—¿Y qué coño sabrás tú?... ‘Éste..., perdón’, señor, quería decir, claro...

—Ah, ¿ajá...? —Frank sonrió y meneó el dedo.

Los puños y cejas de Eusebio empezaron a relajarse.

—Bien, me ha pillado, sí. Wolfe Tone O’Rooney, señor, y sólo espero que usted no trabaje para los malditos británicos, o me veré obligado a tomar medidas.

—Frank Traverse.

—¿No me digas que eres el hermano de Reef Traverse? —Era la primera vez que Frank oía hablar de Reef desde Telluride.

Encontraron una pequeña cantina y pidieron un par de botellas de cerveza.

—Él quería acabar el trabajo solo —dijo Wolfe Tone—. No le parecía bien pasarte la carga.

Frank le contó lo de la Flor de Coahuila y el fin de Sloat Fresno.

—Así que ¿se ha acabado?

—Por lo que a mí respecta, sí.

—Pero ¿y el otro?

—Deuce Kindred.

—¿Todavía anda por ahí?

—Tal vez. No soy el único que lo busca. Alguien lo atraparé, si es que no lo han hecho ya. Si esa zorra sigue con él, incluso podría ser ella, no me sorprendería demasiado.

—Tu... hermana.

Mención que hizo que Frank entrecerrara inquisitivamente los ojos a través del humo de su cigarrillo.

—Ella tiene las mejores cartas ahora.

—¿No significa eso que lo hará?

—Sería gracioso, ¿no te parece? Ya sabes, que llevara todo este tiempo fingiendo: primero se casa, simula llevar esa vida de esposa, esperando el momento oportuno, y entonces, bueno, caput.

—Alguien diría que la echas un poco de menos.

—Y una mierda. Lo que echo de menos es que se me ponga a tiro.

Al principio, Wolfe Tone O’Rooney buscaba armas para la causa irlandesa, pero a medida que se prolongaba su estancia en México, se vio cada vez más atraído por la revolución que se estaba gestando allí. Ewball y él se cayeron bien de inmediato y al poco los tres se habían convertido en pasajeros habituales del tranvía que iba a Doña Cecilia, donde también abundaban estibadores, matones y familias de camino a la playa.

Su lugar favorito para hacer negocios en Doña Cecilia era una cantina y timba llamada La Fotinga Huasteca. La banda del local la formaban guitarras gigantes, violines, trompetas y un acordeón, y el ritmo lo marcaba una ‘*batería*’ que incluía timbales, güiros y congas. Todos se conocían las letras, así que el local entero cantaba.

Y quién iba a entrar tan campante en ese paraíso tropical más que su viejo compañero de cárcel Dwayne Provecho, comportándose como si fuera el dueño. Las

orejas de Ewball se tensaron y separó los pies, pero Frank sólo sintió una leve vejación, algo parecido a la dispepsia crónica, ante este último añadido a una ya de por sí preocupante lista.

—Vaya, mirad a quién tenemos aquí —gruñó Ewball a modo de saludo—, creía que a estas alturas estarías en el Infierno, metiéndote en la cama con aquel sucio traidor de Bob Ford, que sólo disparaba por la espalda.

—Así que todavía andamos cargados con viejos ‘*resentimientos*’ —dijo Dwayne sacudiendo la cabeza—, algún día va a afectar a tu alcance y precisión, colega.

—Cuidadito, que yo no soy tu colega.

—Tómate una cerveza tibia —sugirió Frank sin molestarse en que no se le notara el cansancio en la voz.

—Vaya, chaval, qué caritativo te veo —dijo Dwayne, que se acercó una silla y se sentó.

Las cejas de Frank descendieron brevemente más allá de la sombra del ala de su sombrero.

—Te quedaste en mi lado bueno puede que unos ocho segundos, Dwayne, ¿te has planteado montar en el rodeo? A ver, Mañuela, este caballero de pinta tan próspera quiere invitarnos a cervezas Bohemias a todos, puede que con algún Cuervo Extra de acompañamiento, dobles si no le importa.

—Suenan bien. —Dwayne sacó un fajo de billetes americanos con los que se podría haber empapelado el local y separó uno de diez dólares—. Estoy forrado, los negocios me van estupendamente, ¿y a vosotros, colegas?

—Creía que te habían pagado con queso cheddar —murmuró Ewball.

—Estoy a punto de abriros las puertas a una nueva carrera profesional ¿y así me lo agradecéis?

—Eres nuestro ángel de la guarda —dijo Frank cogiendo su vaso de tequila.

—Con lo que circula por las vías de por aquí —dijo Dwayne—, no se trata sólo de dinero, es historia. Y la parada siguiente podría ser al norte, porque nadie necesita una revolución, y menos que nadie los gringos.

—Y, entonces, ¿por qué no estás allá? —fingió preguntar Frank.

—Prefiere andar por aquí, vendiéndose por cuatro cuartos —explicó Ewball—, ¿a que sí, Dwayne, a que prefieres joder a todos esos cuates cuyas vidas no te importan nada?

—Bueno, yo creo que ésta es mi gente —replicó Dwayne con un aire de despectiva santidad. Lo que no parecía captar era lo mucho que había cambiado Ewball desde la última vez que se habían visto. Es posible que todavía creyera que trataba con el mismo muerto de hambre de la próspera ciudad.

—Ya estamos, insultando al país entero. Pues la verdad —prosiguió Ewball, cada vez más animado e irritado— es que la gente de por aquí al menos tiene una oportunidad, algo que los ‘*norteamericanos*’ perdieron hace mucho. Para todos vosotros ya es demasiado tarde. Os habéis puesto en manos de capitalistas y

predicadores, y cualquiera que quiera cambiar las cosas al otro lado de la ‘*frontera*’ es traicionado y vendido al momento, aunque no me cabe duda de que tú sabes cómo evitarlo, Dwayne.

Comentario que debía de haber provocado en Dwayne un ataque de dignidad ofendida, pero que, en lugar de eso, como esperaba Frank, lo volvió tan pringoso y serpentino como el Río Pánuco un día ajetreado.

—A ver, chicos —dijo—, no agriemos lo que podría ser una reunión dichosa, porque estoy tan agobiado en este momento que sería casi un acto de misericordia que me quitarais parte del negocio de las manos. Sobre todo viendo lo bien conectados que estáis en Tampico...

—Mierda —dijo Ewball como si se le acabara de ocurrir—, por eso no lo hemos visto por aquí antes... ¡Dwayne!, el bueno de Dwayne, has llegado hoy mismo a la ciudad, ¿no?

—Dejadme que os demuestre mi buena fe —dijo Dwayne—: ¿qué me diríais de una buena remesa de rifles Krag-Jørgensen?

—¡Blam! ¡Blam! —fue lo que dijo Ewball—. ¡Pañiún, blam!

—Vamos a ver, a todo el mundo le gusta un Krag. Con ese cargador de apertura automática tan apañado... Desde hace años es una de las armas preferidas por los fusileros de muchas naciones, incluida esta en la que nos encontramos ahora.

—¿A quién nos vendes esta vez? —preguntó suavemente Ewball.

Cuando Dwayne partió hacia el siguiente segmento de su importante día, Frank dijo:

—Bueno, por aquí las cosas van despacio.

—Tú verás. Yo me voy a mantener tan lejos de ese pequeño bastardo venenoso como pueda sin tener que renunciar al alcohol.

—Dice que los tipos que tenemos que ver están en Juárez. Un día, ida y vuelta.

—A no ser que se trate de una de las sorpresitas especiales de Dwayne, claro. Ve, por un día yo me ocuparé del negocio, pero si caes en una encerrona no me vuelvas llorando, y yo procuraré no decir que ya te había avisado.

—Por mí está bien.

—‘*Vaya con Dios, pendejo.*’

¿Qué clase de traficante de armas escogería un sitio como ése para reunirse? Parecía otro de esos detestables locales donde se reunían las damas, al lado del vestíbulo de un hotel decente cerca de la Union Depot, con mesas dispuestas alrededor de un patio, limpio como una patena, con cal en unas paredes blancas como nuevas, una escala para gringos que hacían su primer viaje al sur, con simpáticas señoritas luciendo encantadores vestidos nativos que servían el té de la tarde en vajilla a juego y demás. Ni punto de comparación con el viejo El Paso, el de hacía tres o cuatro años, claro, antes de que la Liga de la Ley y el Orden entrara en escena. ¿Adónde habían ido a parar todas aquellas diminutas trastiendas en el Chamizal, el humo de puros, el comportamiento autodestructivo, las ventanas por las que siempre se podía saltar? Desde que los buenos ciudadanos habían expulsado todo lo interesante fuera de la ciudad, al otro lado del río, a Juárez, en todas las manzanas florecían estos malditos pequeños salones de té. Volvió a mirar la tarjeta que le había dado el contacto de Dwayne en Juárez: «E.B. Soltera, Material de regeneración».

Aunque no muy al corriente de las emanaciones femeninas, Frank se fijó ahora en un repentino bajón en el volumen de las charlas cuando, en las mesas, las respetables esposas y madres, envueltas en inmaculados vestidos blancos, primero volvieron y luego inclinaron las cabezas entre sí para, tras las alas de sus sombreros de blanco puro, hacerse comentarios sobre la recién llegada que se deslizaba hacia Frank por el salón. A él no se le ocurrió otra cosa que seguir abanicándose con la tarjetita, mientras la contemplaba con las cejas arqueadas.

—Es mi nombre profesional. Hola, Frank.

Era Stray, claro. Debían de haber transcurrido muchos días y noches, él siempre demasiado ocupado por los negocios del camino, para imaginar que volverían a verse jamás; pero no es que se la hubiera quitado de la cabeza, pues ella se le aparecía puede que una vez por semana, y a veces hasta le devolvía la sonrisa por encima del hombro. Y ahora, mírala. Indemne a las penurias del camino, más rosácea y rellenita, con aire ciudadano, aunque parte de esa impresión podía deberse al vestido, el carmín y lo demás...

—No esperaba de ninguna manera... —De pie, sacudiendo lentamente la cabeza—. Bueno, ni siquiera habría apostado.

—Oh, lo único que tienes que hacer aquí, en El Paso, Texas, es sentarte tranquilo y esperar, y tarde o temprano aparecen todos los que has conocido, tu vida entera, brincando como judías mexicanas saltarinas.

Estaba a punto de empezar el numerito del caballero, pero ella se sentó sin aspavientos, así que Frank volvió a sentarse también, todavía un poco descompuesto.

—Menudo sitio, ¿eh?

—Adecuado para cierto tipo de negocios. Supongo que al final te hartaste del viejo y pequeño Smith —apuntó con la sombrilla a una de las mironas maduras y gordas, que se apresuró a desviar la mirada—. Estos Krag-Jørgensen eran el arma

oficial del Ejército de Estados Unidos y, como sabes, la han estado reemplazando por un modelo de Mauser más sofisticado, así que hay montones de Krag en el mercado, si sabes dónde buscar. Y no es que yo ponga las manos sobre la mercancía, claro.

—Intermediaria.

—Sí, un porcentaje de un porcentaje, la misma vieja historia de siempre. Los negocios con el Ejército ya no son lo que eran, se acabaron las juergas de dos o tres días con tus buenos compadres, los sargentos de intendencia, ahora todo está cronometrado, rápido dentro, rápido fuera, mierda, si se pasan el día entero al teléfono, Frank, incluso tienen *telégrafo sin hilos*. Así que, aunque no debería decirlo yo: comprador, ándate con cuidado.

—Tomo nota, pero seguramente conseguirás lo que pidas, en la otra orilla del río se están volviendo cada día más locos, y el dinero de esta orilla llega de algunos bolsillos inesperados.

—Mejor no me lo digas, ya escucho demasiadas cosas.

Durante un minuto entero permanecieron sentados cara a cara, como si esperaran que el tiempo se ralentizase. Luego hablaron ambos a la vez.

—Creo que sé qué estás pensando... —soltó Frank.

—Esto antes era... —empezó ella. Él sonrió con amargura y le hizo un gesto con la cabeza para que prosiguiera—. Esto era el territorio de tu hermano aquí, en El Paso. De uno de ellos. Iba por los sanatorios haciéndose pasar por un niño rico del este con problemas pulmonares, y entraba en las salas para los ingresados como quien entra en un casino buscando pardillos. Pero nunca logró imitar un buen acento. Cuando encontraba una enfermera que le guardara el secreto, hacía que le ingresara, incluso se repartía con ella las ganancias, que con frecuencia eran considerables. Yo llegaba, fingía que era su hermana, recibía miradas sospechosas de algunas enfermeras. Me fijaba en algunas manos de póquer de vez en cuando, pasaba la información, nada que nadie planeara demasiado. Y luego nos marchábamos. O puede que me fuera yo sola, ya no me acuerdo.

—Los buenos tiempos.

—Qué va.

Frank se miró la cinta del sombrero.

—Oh, pero —lentamente— nunca se sabe con este Reefer, cualquier día reaparecerá como si tal cosa...

—No.

—Pareces muy segura.

—No, conmigo nunca más.

—Vamos, Stray. Te apuesto un cucurucho. —Le contó que había conocido a Wolfe Tone O’Rooney, y que Wolfe había visto a Reef en Nueva Orleans—. Así que sabemos que al menos llegó hasta allí.

—Por el amor de Dios, de eso hace tres años, lo que no quiere decir que siga vivo, ¿verdad?

—Yo tengo la sensación de que sí, ¿y tú?

—Oh, la «sensación», lo último que supe de él fue que intentaban matarlo, mierda, los vi, Frank. Bajaron por aquella montaña como si estuvieran persiguiendo a Gerónimo o algo así. Eran tantos que ni pude contarlos. Podría habérmela jugado, supongo, encontrar una pequeña Derringer para el bebé, enseñarle rápidamente cómo apuntar a los bastardos; pero ellos siguieron su camino, Jesse y yo no íbamos a hacerles perder su precioso tiempo, antes de que el polvo se depositara en el suelo ya estaban sobre la siguiente montaña, que bien podría haber sido el fin del mundo, porque no volvieron a aparecer. Pero allí esperamos. No sé..., todos los días Jesse se despertaba pensando que vería a su papá, eso estaba claro, pero luego el día iba pasando, y otro día, y otro, y había muchas cosas que hacer. Todavía seguimos esperando, los dos. Hay mujeres a las que les gusta esperar, que incluso lo aman, he conocido algunas. Lo confunden con una buena obra o algo así. Es más probable que lo que les guste sea la paz y la tranquilidad. Pero eso no es para mí.

—Bueno. ¿Y qué hace el pequeño Jesse?

—Camina, habla, no le tiene miedo a ningún hombre por grande que sea, y cualquier día de éstos se subirá a un coche y se pondrá al volante. Willow y Holt tienen una pequeña finca en el norte de Nuevo México, casi siempre está allí con ellos cuando yo viajo. —Lo miró a los ojos, como si buscara la forma que adoptaría su desaprobación.

Pero Frank estaba demasiado atareado sonriendo como un tío.

—Sería agradable verlo antes de que sea demasiado rápido para mí.

—Demasiado tarde. Para colmo, ya está jugando también con la dinamita. —Y añadió, antes de que Frank tuviera tiempo de decir nada—: Sí, igual que su papá.

Más tarde, fuera, cuando regresaban de un paseo por la orilla del polvoriento río verde, Frank vio, acercándoseles rápidamente por detrás a lo largo de la acera, casi como un espejismo en el estruendo de calor y luz, a dos tipos locales que parecían salidos de alguna metrópolis del mal, caras o, al menos, maneras de andar que podría haber visto antes.

—Si éstos son amigos tuyos...

—Oh, vaya. Debe de ser el viejo Hatch y su colega del día.

Ella no se dio la vuelta para mirar, pero rebuscó con naturalidad en el interior de su gabardina y sacó una pequeña pistola de cañón superpuesto. Se puso a jugar con la sombrilla, supuso Frank que para distraerse.

—Bueno —dijo él comprobando su propia arma—. Esperaba un poco más de calibre, pero me alegra ver que vas armada; a ver, uno por barba, ¿qué te parece? No parecen demasiado profesionales.

—Es un placer volverla a ver en público, señorita Estrella. ¿Es éste su novio?

—¿Y éste es tu novio, Hatch?

—No buscamos líos —avisó el otro—, sólo queríamos ser buenos vecinos.

—Hay mil kilómetros vacíos entre aquí y Austin —añadió Hatch—, a veces sólo puedes contar con los buenos vecinos.

Nadie llevaba ningún arma que Frank pudiera ver, pero estaban en la ciudad.

—Bueno, vecinos —la voz de Stray mantenía un suave tono de contralto—, estáis muy lejos de vuestro barrio, y me fastidia que hayáis hecho tan largo camino para nada.

—Eso sería fácil de arreglar, supongo.

—Claro, si no fuera más que un simple y maldito robo.

—¿Oh? ¿Quién de los aquí presentes es un *maldito ladrón*? —preguntó Hatch con lo que alguien le debía de haber dicho que era un tono amenazante.

Frank, que había estado vigilando los pies del hombre, dio un paso corto ladeado para conseguir un acceso más rápido a su Police Special. Mientras tanto, se desabotonaron los abrigo, las alas de los sombreros se reajustaron al ángulo del sol y se produjo una perceptible disminución del tráfico de transeúntes alrededor del pequeño grupo.

Aunque no hacía mucho que se había visto obligado a disparar a Sloat Fresno y mandarlo al Más Allá, y todavía no había abandonado la esperanza de hacerle lo mismo a su socio, Frank continuaba abrigando demasiadas dudas sobre el recurso al gatillo como para ir por ahí repitiéndolo con cualquiera...; pese a todo, no podía negar que había dejado muchas vacilaciones morales a lo largo del camino, y este Hatch, que tal vez tenía menos propensión que él a lo homicida, podría haberse dado cuenta y estarse planteando la interesante cuestión de hasta qué punto iba a respaldar a su secuaz.

Pues en realidad el problema era su secuaz. Un tipo nervioso. Cabello rubio, el sombrero echado hacia atrás de manera que la amplia ala creaba una especie de halo alrededor de su cara, mirada baja y brillante, y orejas puntiagudas como las de un elfo. Frank comprendió que era el que le había tocado en suerte, pues Stray había ido adoptando lentamente una postura que sólo los más imprudentes habrían tomado como coquetería. La luz del día se había espesado, como antes de una tempestad en las praderas. Nadie hablaba ya mucho, así que Frank supuso que la introducción oral había acabado y se les echaba encima el desenlace práctico. El secuaz élfico silbaba suavemente entre dientes la popular canción *Daisy, Daisy*, que desde la famosa réplica de Doc Holliday a Frank McLaury en O.K. Corral era una especie de código telegráfico entre los pistoleros para designar el cementerio en el que acababan quienes morían con las botas puestas. Frank miraba con un descaro no exento de compasión a los ojos de su víctima, esperando el gesto fatídico.

Desde un lugar indeterminado:

—Vaya, hola a todos —intervino una voz—, ¿qué estáis haciendo? —Era Ewball Oust fingiendo no ser un anarquista frío y de mirada siniestra que había dejado muy

atrás cualquier duda práctica sobre sus actividades, en las románticas brumas de su juventud, cuando quiera que ésta hubiera sido.

—Mierda —dijo el tipo de orejas puntiagudas en un suspiro no correspondido.

Todos, cada uno a su ritmo, procedieron a reubicar sus yos cotidianos.

—Ha sido un placer volver a verla —dijo Hatch como si se dispusiera a besar la mano de Stray—, y no tenerla ya por una extraña.

—Hasta la próxima —dijo el secuaz asintiendo, con una sonrisa conmovedora dirigida a Ewball—; a lo mejor en la iglesia. ¿A qué iglesia van? —preguntó con voz zalamera.

—¿Yo? —se rió Ewball con mucho más humor del que el momento propiciaba—. Soy mexicano ortodoxo. ¿Y tú, qué me dices, amigo?

Después de lo cual el secuaz dio un par de vacilantes pasos hacia atrás. Stray y Hatch intercambiaron una mirada sobre la copa del sombrero que él tenía en la mano.

—Siento haber llegado tarde —dijo Ewball.

—Has llegado justo a tiempo —dijo Frank.

—Mi guardián —Frank presentó a Ewball a Stray. Habían renunciado a buscar un local de bebidas decente en El Paso y estaban sentados en una cantina en la otra orilla del río—. Se preocupa por mí a todas horas.

—¿Estás metido en este negocio? —preguntó Stray con una mirada más chispeante, le pareció a Frank, de lo que requería una charla de trabajo.

Ewball desplazó la mirada dos o tres veces entre ella y Frank antes de encogerse de hombros.

—Lo lleva casi todo Frank. —Esperó un segundo antes de añadir—: Al menos esta vez. Yo sólo pasaba por aquí para asistir a una convención de abstemios.

—Ella tiene la mercancía, Ewb —dijo Frank—, y estamos decidiendo el lugar de encuentro. Al fin y al cabo, parece que Dwayne jugaba limpio esta vez.

—Estoy esperando el regreso inminente del pequeño Jesús cualquier día. —Ewball se acabó su vaso de tequila, cogió la cerveza de Frank para rematarla, se levantó y tomó la mano de Stray—. Ha sido un placer, señorita Briggs. Chicos, portaos bien. Todos los ojos de Texas os contemplan.

—¿Dónde estarás más tarde? —preguntó Frank.

—Por lo general, la medianoche me encontrará en la cantina de Rosie.

—En el sur de la ciudad, si no recuerdo mal —dijo Stray—, un poco a las afueras.

—Por suerte sigue abierta, es una pequeña y alegre cantina, ¿no era la que tenía alguna bailarina presentable?

—Justo ésa. La LLO hace algo de ruido, pero no demasiado desde que sus diecisiete cowboys a caballo empezaron a patrullar.

Después de que Ewball saliera, ella se quedó mirando a Frank un momento.

—Esperaba verte más, no sé, tranquilo, más frío, a estas alturas. Como les pasa a los hombres a veces.

—¿A mí? Soy el mismo culo de mal asiento de siempre.

—Tengo entendido que encontraste a Sloat Fresno.

—Por suerte.

—Y eso no...

—Estrella, a lo mejor hay jovencitos por ahí a los que una muesca convierte en tipos duros, pero los caballeros de cierta edad no siempre tenemos tantas ganas de hacer carrera con el gatillo.

—Pues parecías más que dispuesto a cargarte al amigo de Hatch hace un rato.

—Oh, pero ellos no parecían nada serio. Lo de Sloat era algo que tenía que hacerse.

Ella pareció vacilar.

—Tenía que hacerse. Porque... ¿qué?, ¿porque Reef no lo hizo?

—Reef está por ahí haciendo lo que esté haciendo, nada más. Aquella vez simplemente tropecé con Sloat. Y no he tenido la misma suerte con Deuce, así que el bueno de Sloat puede que sea el único por mi parte.

—Ya llevas bastante tiempo con esto, Frank.

Él se encogió de hombros.

—Mi padre sigue muerto.

Frank, que durante el día nadie hubiera dicho que se dejara llevar demasiado por su imaginación, se veía asaltado de noche por un sueño recurrente sobre Webb, en diversas versiones. Está ante una puerta que no se abre, a veces de madera, otras de hierro, pero siempre la misma puerta, encajada en una pared, puede que en el centro anónimo de una manzana urbana, sin vigilancia, sin nadie que controle quién entra y quién no; una puerta lisa, que apenas se distingue de la pared en la que está encajada, silenciosa, inerte, sin manija ni pomo, sin pestillo ni cerradura, tan bien engastada en la pared que ni siquiera puede introducirse entre ambas la hoja de un cuchillo... Podría esperar al otro lado de la calle, montar guardia toda la noche y el día y la noche siguientes, suplicando, aunque no al modo habitual, no exactamente, que llegue la hora no señalada en que por fin las sombras en los bordes de la puerta empiecen a cambiar lentamente de matiz, la geometría a profundizarse y variar, e igual de inesperadamente se abra la ruta hacia algún lejano interior hasta ese momento ni siquiera soñable, un pasaje cuya posible salida se halla tan adelante, tan alejada en el sueño que no le preocupa. El cielo está siempre despejado y gris, con esa luz de última hora de la tarde que se va desvaneciendo. Gracias a la clarividencia de los sueños, Frank está convencido de que ve, y de hecho lo ve, a su padre al otro lado de la puerta cerrada, negándose a hacer caso de las llamadas a golpes cada vez más desesperados de Frank. Que al final suplica, incluso llora: «Papá, ¿creíste alguna vez que yo servía para algo?, ¿no me quieres contigo?, ¿a tu lado?». En el sueño, entiende que «lado» también se refiere al lado de la pared en el que está Webb, y

espera que el doble sentido baste, que sea lo bastante potente o elegante, como una contraseña en un cuento antiguo, para franquearle la entrada. Aunque intenta controlarse, su llanto, en cierto momento, pasará de la pena a una rabia áspera, a un ataque temerario contra la sorda solidez que se yergue ante él. Por lo general, Reef y Kit también andan por allí, aunque su cercanía depende del silencio que haya a su alrededor. Lake nunca aparece. Frank quiere preguntar dónde está, pero como sus motivos son visiblemente impuros, cada vez que intenta hacerlo o que siquiera lo parece, sus hermanos le dan la espalda y es entonces cuando se despierta, en las tierras fronterizas de las primeras horas de la madrugada, tras haber comprendido que el sueño es un preludio y un acercamiento a lo que le aguarda más adentro.

Había llovido por la noche y algunos ocotillos habían retoñado. Stray acababa de enterarse de que los Kraggs habían sido entregados sin problemas y se hallaban de camino hacia su destino invisible.

—Es hora de volver a nuestros asuntos, supongo —dijo.

—Yo voy y vengo continuamente —dijo Frank—. Quién sabe si volveremos a cruzarnos. Como dices, en El Paso sólo hay que quedarse sentado el tiempo necesario.

—Cuando te vi en aquel pequeño salón de té, por un instante creí que eras Reef. Penoso, ¿verdad? Después de tanto tiempo.

—Cosas más raras se han visto —dijo Frank con una sonrisita torcida—. Ten fe.

—Siempre creí que sería yo la que se iría. —Miraron a la otra orilla del río. Bajo las primeras luces, Juárez estaba toda teñida de rosa y rojo—. Cada vez que se ponía a mi lado, aquella famosa noche en Cortez, en Leadville a todas horas, claro, en Rock Springs cuando nos perseguían sin parar de dispararnos..., y él siempre allí, entre ellos y yo, asegurándose de que yo saliera indemne; no reniego de nada, cómo iba a hacerlo, pero ¿es demasiado pedir que una chica pueda devolver los favores recibidos, aunque sólo sea un par de veces, y no con una pistolita precisamente? ¿Creede? Buf... Durante un tiempo, allí fuimos invencibles...

»Sin embargo, cuando llegó Jesse, tal vez teníamos que habernos dado cuenta ya entonces, éramos demasiado mayores para esa vida, librarse de una no implicaba la menor esperanza de que nos libráramos para siempre, en el mejor de los casos sólo nos daba un respiro hasta que el siguiente perseguidor se nos echara encima. Y mientras tanto, se nos acercaban cada vez más, el cerco se estrechaba día tras día, ¿verdad?, hasta el punto de que a veces tenía que planear con una semana de antelación dónde hurgarme la nariz.

Frank la miraba con la cara que a veces se les pone a los hombres en los salones de baile, casi una sonrisa.

—No es que yo fuera una damisela —admitió con dudas—, pero me acostumbré a ciertas comodidades a las que no quería renunciar... ¿dónde las encontraría otra

vez? Mierda, hasta los veinte no tuve siquiera un espejo ante el que sentarme y mirarme. Eso sí fue un error, lo devolví inmediatamente, y volví a los espejos de los bares y los escaparates, donde todavía encontraba cierta piedad en la luz.

—Oh, no me digas, yo te vi cuando tenías veinte. —Si no lo hubiera conocido, ella habría tomado su mirada por resentida. Él añadió por fin—: Stray, la primera vez que te vi, supe que nunca vería a ninguna mujer tan hermosa, y no la he visto, hasta que entraste en aquel pequeño salón de pañitos el otro día.

—Es lo que saco por pasear tanto.

—¿Eso significa que el trato está roto?

—Frank...

—Eh, que yo también le quiero.

Pero, claro, no todo había sido ir de paseo. A veces se sentía demasiado cerca del borde, de una fecha de caducidad, tenía miedo de vivir un tiempo de prestado. Porque pese a todos los inviernos vividos y los regresos al valle y a la orilla del arroyo en primavera, pese a todo el penoso cabalgar noche y día a través de la artemisa haciendo saltar como un rayo a los urogallos a derecha e izquierda, cuando el ritmo antes perfecto del caballo que montaba se volvía titubeante y mortal, ella sabía que había comprado su suerte con la misma moneda desgastada que todas aquellas chicas que se habían ido para no volver, que habían caído antes de que fuera su hora, las Dixies, las Fans y las Mignonettes, demasiado rubias para estar solas, demasiado locas para la ciudad, que acababan sus días prematuramente en locales de mala muerte, en refugios excavados superficialmente que no protegían de la implacable gelidez de la ladera, por mor de chicos demasiado aturdidos por su propia pasión explosiva y nocturna, con sus manos de niña aferradas, demasiado fuerte para soltarlas, alrededor de un medallón con la fotografía de una madre o un hijo, abandonados al otro lado de una cuenca, y cuyo nombre de pila también habían perdido, tras alias adoptados por razones comerciales o de simple seguridad, en algún rincón apestado y demasiado remoto como para que Dios se fijara, ni tampoco es que le importara mucho lo que ellas habían hecho o lo que tendrían que hacer para librarse de aquellos que se creían con derecho a juzgar al prójimo... Stray estaba aquí, y ellas ya no, y Reef estaba sabía Dios dónde...; el conmovedor parecido familiar de Frank, el padre de Jesse y el improbable vengador de Webb, y la propia triste historia de Stray, su sueño, recurrente como una pesadilla, roto, nunca hecho realidad.

Entre las partidas de cartas en los vestuarios y los pelotones de damas que se congregaban al final de cada turno en las entradas de los túneles de cada país, no podía decirse que ni Reef ni Flaco ahorraran mucho, aunque trabajo no faltaba: «Es un mercado de vendedores», oían mientras iban como cíngaros de un túnel europeo a otro, «vosotros al menos podéis elegir». Los Alpes austriacos en concreto bullían de actividad. Todos esperaban que la guerra entre Austria e Italia estallara en cualquier momento, por viejas reivindicaciones territoriales que Reef no estaba seguro de haber llegado a entender, y aunque los países siguieran en paz, Austria quería desplazar fuerzas masivas al sur siempre que le viniera en gana. Entre 1901 y 1906, sólo para la nueva Karawankenbahn, se perforaron cuarenta y siete nuevos túneles a través de las montañas, con otras tantas oportunidades para los dinamiteros en las cordilleras de Tauern y Wochein.

En el Simplon, desde 1898 llevaba en marcha un monumental proyecto de un túnel para conectar las líneas férreas entre Brigue, en Suiza, y Domodossola, en Italia, y sustituir así un viaje de nueve horas en diligencia tirada por caballos. Reef y Flaco llegaron a tiempo para encontrarse con algunas épicas dificultades. Del lado suizo, manantiales de agua caliente habían expulsado a todos y obligado a detener la obra: una puerta de hierro contenía un gran depósito de agua muy caliente de casi trescientos metros de largo. Todos los esfuerzos se concentraron entonces en el acercamiento que se realizaba al mismo tiempo desde el lado italiano, donde los manantiales de agua caliente eran un poco menos engorrosos. Como se estaban construyendo dos galerías paralelas en la misma montaña, con frecuencia era necesario cruzar de la una a la otra y recular a lo largo de cortos tramos en la dirección opuesta. No parecía muy recomendable ser una de esas personas que se ponen nerviosas en los lugares estrechos.

Barrenas perforadoras de más de medio metro se desgastaban hasta reducirse a siete centímetros más deprisa que la tiza de billar, y había que cambiarlas docenas de veces al día. El ruido era infernal, el aire húmedo, caliente y sofocante cuando no estaba saturado de polvillo de piedra, que las nuevas brocas Brandt, montadas sobre trípodes cual ametralladoras Hotchkiss, como eran más rápidas, se suponía que debían limitar. Pero no había bastantes para todos, y Reef se encontraba a menudo picando o perforando con un peto de protección que le permitía apoyar el pie del taladro contra su cuerpo.

La primera vez que se adentraron en la montaña, los veteranos del equipo — Nikos, Fulvio, Gerhardt, el cantante de ópera, el albanés— iban preparados para luchar con roca helada, pero se encontraron un corazón apasionado, un interior hirviente, agua mineral a casi cincuenta grados, y algunos días tuvieron que librar una verdadera batalla simplemente para salir vivos al acabar el turno, aunque algunos nunca lo consiguieron...

—Estamos como cabras —informaba Nikos a Reef varias veces cada día, gritando por encima del estruendo de la perforación—. Hay que estar loco para trabajar aquí.

Algunos de los chicos del turno eran anarquistas a tiempo parcial interesados en ahondar en su educación química. La mayoría hacía cuanto podía para mantener la cara oculta a los visitantes que desfilaban por allí a diario, pocos de los cuales consideraban necesario identificarse. Ingenieros, inspectores, empleados de la empresa, parientes políticos ociosamente curiosos, policía de los gobiernos de todas las jurisdicciones europeas se presentaban inesperadamente con maletines, cámaras de flash de magnesio y preguntas que abarcaban desde las muy entrometidas a las estúpidamente repetitivas.

—Si quieres quitar de en medio a alguno de ellos —ofreció Ramiz, el albanés—, te haré un buen precio, tarifa plana, sin extras. No tengo nada que perder, porque no puedo volver. —Huía de una antigua vendetta sangrienta en su país. El antiguo código de la región, conocido como Kanuni Lekë Dukagjinit, permitía a cada familia agraviada un disparo de rifle por el que no se le perseguiría, pero si el ofensor seguía vivo veinticuatro horas más tarde, no podían vengarse mientras él no saliese de sus tierras—. Por eso en casi todas las aldeas hay una familia o, a veces, dos como la mía, encerradas en sus casas.

Reef sintió un interés personal.

—¿Y cómo coméis?

—A las mujeres y a los niños se les permite ir y venir.

—¿Fuiste tú el que...?

—Yo no, yo era un bebé por entonces. Fue mi abuelo: se cargó a un invitado de la otra familia, que se alojaba con ellos una noche, por algo relacionado con la Liga de Prizren y los combates que se libraban en aquella época. Más tarde, nadie se acordaba de mucho, ni siquiera, al cabo de poco tiempo, del nombre del hombre muerto. Pero en el Kanuni las normas son las mismas para los invitados y para la familia.

Cuando Ramiz llegó a la adolescencia y se convirtió él mismo en un objetivo legítimo, verse encerrado no tenía para él el mismo atractivo que hubiera tenido para un individuo más maduro. Una noche...

—Tal vez me volví loco, no me acuerdo —... salió por una ventana, subió un barranco, atravesó las colinas y llegó hasta el mar, donde encontró un barco—. Turcos. Sabían lo que pasaba, claro, pero vivían según un código distinto.

—Y entonces... tu abuelo, tu padre, ¿siguen en casa?

Se encogió de hombros.

—Eso espero. No he vuelto a verlos. *Jetokam, jetokam!* Lo raro es que yo esté vivo. ¿Cómo os vengáis en América?

Reef le contó una versión de su propia historia. En ella, Deuce Kindred y Sloat Fresno aparecían más como criaturas del mal puro que como pistoleros a sueldo, y por supuesto que no había normas sobre si uno podía refugiarse en casa; de hecho,

había tardado todo ese tiempo en caer en la cuenta de que en América no había nada ni lejanamente parecido al Kanuni de Ramiz, aunque a todos les gustaba hablar del Código del Oeste como si existiera de verdad y pudiera pedirse en préstamo un ejemplar en la biblioteca local para comprobar los detalles.

—Vengar a tu propia familia está todavía permitido, me parece, aunque últimamente, a medida que la civilización va entrando sigilosamente desde el este, las autoridades suelen fruncir cada vez más el ceño. Y dicen: «No te tomes la justicia por tu propia mano».

—Entonces, ¿en manos de quién hay que dejarla?

—Del alguacil, del sheriff.

—¿La policía? Pero eso... es no crecer, seguir siendo un niño.

Reef, que se había sentido bastante tranquilo hasta ese momento, notó que se le secaba la garganta. Se quedó allí sentado, con un cigarrillo liado a mano pegado a los labios y consumiéndose lentamente, sin valor para mirar a los ojos al otro hombre.

—*Më fal*. Quiero decir que no...

—No pasa nada. Yo no me fui por eso.

—Tú los mataste.

Reef se lo pensó un poco.

—Tenían amigos poderosos.

Entre las muchas supersticiones que corrían por dentro de la montaña, estaba la creencia de que el túnel era «territorio neutral», ajeno no sólo a las jurisdicciones políticas sino también al Tiempo mismo. Los anarquistas y socialistas del turno tenían sus dudas sobre la historia. La sufrían, y también iba a ser su libertadora, si es que de algún modo conseguían sobrevivir para ver ese día. En las duchas, al final del turno, el sufrimiento podía verse en todos los cuerpos, como un documento cubierto de insultos a la carne y a los huesos: cicatrices, deformaciones, miembros perdidos. Se conocían entre ellos como otros hombres más afortunados, en las salas de vapor de los balnearios, por ejemplo, no llegarían a conocerse jamás. Extracciones de balas y recolocaciones de huesos realizadas por aficionados, cauterizaciones y marcas al hierro; algunos recuerdos eran públicos y podían compararse, otros eran privados y menos propicios al comentario.

Un día, Reef se fijó casualmente en que Fulvio llevaba lo que parecía un mapa de ferrocarril realizado en tejido cicatricial.

—¿Cómo te lo hiciste? ¿Te interpusiste entre dos lince que estaban fornicando?

—Un encuentro con una Tatzelwurm —dijo Fulvio—. Dramático, *non è vero*?

—No sé qué es —dijo Reef.

—Una serpiente con garras —explicó Gerhardt.

—Cuatro patas, tres dedos en cada garra, y una boca inmensa llena de dientes muy afilados.

—Hiberna aquí, dentro de la montaña.

—Eso intenta. Pero que Dios ayude al pobre que la despierte.

Se sabía que algunos hombres habían dejado de trabajar aquí afirmando que las Tatzelwurms estaban furiosas por las perforaciones y las explosiones.

Reef se imaginó que se trataba de algún tipo de novatada a la que sometían a los recién llegados, pues ése era su primer trabajo en un túnel. Una especie de *tommyknockers* alpinos, se imaginó, hasta que empezó a ver largas formas en movimiento fluido en lugares inesperados.

Los trabajadores de los túneles llevaban pistolas a sus puestos y disparaban cada vez que creían ver una Tatzelwurm. Algunos prendían cartuchos de dinamita y se los tiraban. Pero eso sólo conseguía que las criaturas se volvieran más descaradas, o tal vez más indiferentes a su destino.

—Por aquí no hay muchas ratas de mina.

—En Europa —especuló Philippe—, las montañas son mucho más antiguas que en América. Cuanto vive en ellas ha tenido más tiempo para evolucionar hacia un tipo de criatura más letal o menos amistosa.

—También es un buen argumento para el Infierno —añadió Gerhardt—, para algún plasma primordial de odio y castigo en el centro de la Tierra que adopta diferentes formas a medida que se acerca a la superficie. Aquí, bajo los Alpes, se hace visible como la Tatzelwurm.

—Es un consuelo imaginar que se trata de una manifestación exterior y visible de otra cosa —dijo entre dientes uno de los austriacos mientras daba caladas a una colilla—, pero a veces una Tatzelwurm no es más que una Tatzelwurm.

—Lo más inquietante —dijo Fulvio con un escalofrío— es cuando ves una, ella levanta la mirada y se da cuenta de que la estás observando. A veces sale corriendo, pero si no, preparaos para el ataque. Ayuda no mirarla a la cara demasiado tiempo. Incluso en la oscuridad sabes dónde está, porque chilla, un chillido silbante y agudo que te calará hasta los huesos como el frío invierno.

—Una vez que has tenido uno de esos encuentros —coincidió Gerhardt—, te acompaña para siempre. Por eso creo que nos las envían, nos las envían a algunos en concreto, con un propósito.

—¿Cuál? —preguntó Reef.

—El de decirnos que no deberíamos hacer esto.

—¿Construir túneles?

—Tender vías férreas.

—Pero nosotros no lo hacemos —señaló Reef—, lo hace la gente que nos paga. ¿Ven ellos alguna vez la Tatzelwurm?

—Los visita en sus sueños.

—Y entonces tiene nuestro aspecto —añadió Flaco.

Reef debería haber sabido qué iba a pasar cuando soplara el *favogn*. De repente, veteranos curtidos en inundaciones de aguas hirvientes, explosiones y

derrumbamientos de galerías se volvieron lánguidos y apáticos ante el asalto de este viento cálido, seco e implacable, capaces apenas de levantar una taza de hojalata, mucho menos aún una taladradora. Se suponía que el *favogn* procedía del desierto del Sáhara, como el siroco, aunque había debates interminables al respecto. El viento estaba vivo. Hablar de la compresión dinámica y de los gradientes adiabáticos no tenía tanto peso como la certidumbre de su intencionalidad consciente.

Desde hacía ya años, el túnel en construcción era una escala habitual para los balneomaniacos ociosos de la época, que viajaban de balneario en balneario, por toda Europa y más allá, adictos a las aguas minerales, buscadores de compuestos de elementos que todavía no se habían descubierto, de algunos de los cuales se rumoreaba que proporcionaban rayos terapéuticos a los que todavía no se les había asignado letra en ningún alfabeto, aunque los conocían y hablaban sobre ellos los *cognoscenti* de balnearios desde Baden-Baden a Wagga Wagga.

Un día se presentó un grupo de esos visitantes, una media docena, tras avanzar a tientas a través de nubes de Moazagotl y demás. Todos más o menos aletargados por el viento. Con una excepción:

—Oh, vengan a ver a estos graciosos hombrecitos con sus grandes bigotes, corriendo por ahí en ropa interior y colocando dinamita, ¡es divertidísimo!

Reef se quedó consternado al reconocer la voz de Ruperta Chirpingdon-Groin. Por Cristo Bendito, ¿cuánto tendría que correr para no cagarla otra vez y revivir los mismos errores, sin duda uno por uno? Acercándose, con una vieja y conocida sensación vibrándole entre el pene y el cerebro, echó un vistazo con cuidado.

Ay, chico. Deseable como siempre, puede que más, y en cuanto a su nivel de ingresos, bueno, la piedra que centelleaba en la penumbra subterránea parecía bastante real, y apostaría su salario a que el vestido que lucía venía directamente de París. Un par de perforadores más miraban también boquiabiertos, incapaces de cerrar la boca, acariciándose sin vergüenza. Esa galantería llamó la atención de Ruperta durante un rato, hasta que miró bien y finalmente reconoció a Reef.

—Vaya, tú otra vez. ¿Por qué no te has sacado también la tuya, o es que me he vuelto tan poco atractiva?

—Me habré olvidado de qué hacer con ella —respondió Reef radiante—, esperaba que tú me lo recordaras.

—Después de lo de Nueva Orleans ni siquiera sé si debería hablar contigo.

Un joven caballero italiano de edad universitaria, vistiendo lo que parecía un traje de caza retocado para actividades de montaña, se adelantó:

—*Macchè, gioia mia*, ¿algún problema con este *troglodita*?

—*Càlmati*, Rodolfo. —Ruperta empuñó con más firmeza el elegante bastón de montañero de ébano que llevaba, con la impaciencia justa para que su acompañante se diera cuenta y quedara advertido—. *Tutto va bene. Un amico di pochi anni fa.*

El joven dirigió una breve y perversa mirada a Reef, retrocedió y fingió que recuperaba el interés por la perforación hidráulica.

—Me alegra ver que mantienes los estándares —asintió Reef—, para qué ser una desclasada.

—Pasaremos un par de noches en Domodossola. En el Hôtel de la Ville et Poste. Estoy segura de que lo conoces.

Ella se divertía esperando a que Rodolfo se quedara dormido y luego engalanándose con seda artificial púrpura, envuelta en bisutería de ambroides, para ir con las chicas que merodeaban en la salida del túnel, y a menudo se la encontraba a una hora avanzada de la noche a gatas en Calvary Hill, penetrada por una pequeña cola de trabajadores del túnel, con frecuencia dos a la vez, que la maldecían en lenguas desconocidas, y pareció ansiosa de contárselo a Reef en la primera ocasión que se le presentó.

—Manos grandes y endurecidas por el trabajo —murmuró—, magullándome, arañándome, y eso que procuro mantener la piel siempre lisa y suave, aquí, toca aquí... ¿te acuerdas...?

Reef, que siempre sabía lo que ella quería (al fin y al cabo, Ruperta no presentaba ninguna complicación cuando se trataba de follar, y, para serles sincero, ésa era una de sus mayores ventajas), la agarró con cuidadosa brutalidad, le aplastó la cara entre las almohadas, desgarró su ropa interior de lino cara y, a pesar de la presencia del joven Rodolfo en una habitación contigua, jodieron hasta llegar a una explosión mutua memorable sólo hasta la siguiente vez, que iba a ser al cabo de un rato.

Sin embargo, el momento decisivo no llegó sino en el curso de uno de los largos monólogos poscoitales que Ruperta creía necesarios y que a Reef habían acabado por parecerle relajantes. Estaba a punto de quedarse dormido cuando el nombre de Scarsdale Vibe emergió en la corriente de la charla ociosa, y entonces buscó otro cigarrillo.

—Me suena el nombre.

—Eso pensaba. Uno de tus semidioses americanos.

—¿Y ahora anda por aquí?

—‘Tesoro’, tarde o temprano todos acaban por aquí. El tal Vibe ha estado comprando arte renacentista con una prisa indecente incluso para un americano. Según los cotilleos, su siguiente objetivo es Venecia. A lo mejor hasta la compra entera también. ¿Es amigo tuyo? Me cuesta imaginármelo, pero pronto iremos a Venecia, y allí quizá puedas presentarnos.

—No sabía que estaba invitado.

Lo miró de arriba abajo y, posiblemente a modo de invitación formal, le asió el pene.

Philippe había sido alumno de la infame prisión infantil parisina conocida como la Petite Roquette, y desde pequeño había aprendido a apreciar los espacios institucionales. Sentía especial debilidad por las catedrales y le gustaba imaginarse

esa montaña como una estructura trascendente, en la que el túnel haría las veces de ábside.

—En una catedral, lo que parece sólido nunca lo es. Las paredes están huecas por dentro. Las columnas contienen escaleras de caracol. Esta montaña es aparentemente sólida, pero en realidad está formada por una serie de arroyos de aguas calientes, cuevas, fisuras, corredores, con un escondrijo dentro de otro, y las Tatzelwurms se la conocen a fondo. Son los sacerdotes de su propia religión oscura... —Lo interrumpió un grito.

—*Ndih'më!* —Procedía de una pequeña galería lateral—. *Nxito!*

Reef entró corriendo en el olor de los puntales de pino recién colocados y vio la Tatzelwurm, mucho más grande de lo que le habían hecho creer, sobre Ramiz. La criatura utilizaba la mirada para intimidar a sus víctimas, como si las hipnotizara para que se rindieran a su destino, y parecía que le estaba saliendo bien con el albanés.

—¡Eh, campeón! —gritó Reef.

La Tatzelwurm volvió la cabeza como un látigo y le miró directamente a los ojos. *Ya te he visto*, era el mensaje, *eres el siguiente en mi lista*. Reef buscó algo con lo que golpear. El pedazo de broca que llevaba en la mano estaba desgastado y era demasiado corto, los picos y palas más próximos no estaban a su alcance, parecía que su única posibilidad era ir a por el martillo pilón. Cuando se le ocurrió, había pasado algo raro con la luz, pues habían aparecido sombras donde no debería haberlas y la Tatzelwurm había desaparecido.

Ramiz, que había ido a trabajar en ropa interior, tenía un largo tajo en la pierna por el que sangraba abundantemente.

—Más vale que vayas al *spital* —dijo Reef—, a que te miren eso. ¿Puedes andar con la herida?

—Me parece que sí.

Habían llegado Philippe y un par más.

—Ahora voy con vosotros —dijo Reef—, sólo quiero comprobar que se ha ido.

—Ten. —Philippe le lanzó un Mannlicher de ocho tiros, y Reef, por el peso, supo que tenía el cargador lleno. Avanzó cuidadosamente entre las sombras.

—Hola, Reef. —La criatura pareció surgir de un salto de la superficie rocosa, condensada en un borrón cinético de músculos y garras letales, chillando mientras se aproximaba.

—La muy puta. —Con la Tatzelwurm a menos de medio metro, Reef sólo tuvo tiempo de disparar una vez, y la bestia estalló en una gran nube verde pestilente de sangre y tejido. Disparó otra vez sólo por principios.

—¿Sangre verde? —dijo Reef más tarde, tras una larga ducha.

—¿Se nos olvidó mencionarlo? —dijo Philippe.

—Pronunció mi nombre.

—Ya, *bien sûr*.

—Lo oí, Philippe.

—Me has salvado la vida —afirmó Ramiz—, y aunque ambos preferiríamos olvidar todo el asunto, ahora estoy obligado a, algún día, de algún modo, recompensarte. Un albanés nunca olvida.

—Creía que los que nunca olvidaban eran los elefantes.

Trabajó hasta el final del turno, se duchó otra vez, desató la cuerda de su polea personal, bajó su ropa desde arriba, colgó su equipo de trabajo húmedo del gancho, lo subió de nuevo y cerró el candado de la cuerda, se vistió, igual que cualquier otro día. Pero en esta ocasión se dirigió a la oficina, recogió su paga y bajó trabajosamente hasta Domodossola sin volver la mirada. Habían sido buenos amigos, esos trabajadores. Era un periodo muy agitado de la historia. Tal vez los vería de nuevo.

Se decía que los grandes túneles como el Simplon o el San Gotardo estaban hechizados, que cuando el tren entraba en ellos y había que renunciar a la luz del mundo, tanto diurna como nocturna, durante el tiempo de paso, por breve que fuera, y el rugido mineral volvía imposible la conversación, ciertos espíritus que habían optado por refugiarse en la feroz tiniebla intestinal de la montaña reaparecían entre los pasajeros de pago, ocupaban asientos vacíos, bebían despreocupadamente de la cristalería tallada de los vagones restaurante, se difuminaban entre las formas ascendentes del humo del tabaco, susurraban propaganda del recuerdo y la redención a los vendedores, a los turistas, a los ociosos, a los suciamente ricos y a otros practicantes del olvido, que no podían percibir a los visitantes con la nitidez con que lo hacían los fugitivos, los exiliados, los dolientes y los espías, es decir, todos aquellos que habían llegado a un acuerdo, a veces muy íntimo, con el Tiempo.

Se sabía que algunos de ellos, raramente pero nunca por casualidad, entablaban conversación con un pasajero. Reef estaba solo en el vagón de fumadores, a una indeterminada hora de la noche oscura, cuando una presencia no del todo opaca se materializó en el asiento afelpado de delante.

—¿En qué estarías pensando? —preguntó. Era una voz que Reef no había escuchado antes pero que, sin embargo, reconocía.

—¿Sobre qué?

—Tienes una mujer y un hijo que cuidar y un padre que vengar, y aquí estás, vestido con un maldito traje de calle que no has pagado, fumando unos puros que, en circunstancias normales, no sabrías dónde comprar ni, menos aún, cómo pagar, en compañía de una mujer que nunca ha tenido una sola idea que no naciera entre sus piernas.

—Muy franco.

—¿Qué te ha pasado? Eras un joven y prometedor dinamitero, hijo de tu padre, habías jurado alterar el orden social, y ahora no eres mucho mejor que la gente que querías volar. Míralos. Demasiado dinero y tiempo libre, y ni una jodida pizca de compasión, Reef.

—Me lo he ganado. Dediqué mi tiempo.

—Pero nunca te ganarás el respeto de esta gente, ni siquiera la menor credibilidad. Nunca conseguirás mucho más que desprecio. Quítate toda esa dichosa mierda de la cabeza, intenta recordar al menos cómo era Webb. Luego piensa en el hombre que hizo que lo asesinaran. Scarsdale Vibe está al alcance ahora. Scarsdale «qué os parece si todos vivís en la mierda y morís jóvenes para que yo me aloje en hoteles de lujo y me gaste millones en bellas artes» Vibe. Míralo cuando llegues a Venecia, Italia. Mejor aún, más que mirarlo, ponlo en el punto de mira. Todavía puedes detener esta inane jodienda, darte la vuelta y volver a ser tú mismo.

—Dando por supuesto, por seguir la argumentación...

—Estamos saliendo del túnel. Tengo que irme a otro sitio.

Kit y Yashmeen salieron del pequeño hotel de Intra y remontaron la orilla del lago hasta llegar al cementerio de Biganzano, donde estaba la sepultura de Riemann. Vapores de lujo, lanchas privadas y veleros se veían a través de los árboles, en el lago. Carruajes y carretas de mercancías pasaban por la carretera. La tramontana agitaba el pelo de Yashmeen, echándoselo hacia atrás. Kit no podía evitar mirarla cada uno o dos pasos, aunque era como mirar fijamente al sol.

Habían hecho el mismo viaje que Riemann, quien había llegado allí en junio de 1866, en su tercera y última visita, para la que los profesores de Gotinga Wilhelm Weber y el Barón Von Waltershausen habían conseguido algún dinero del gobierno. Riemann sabía que se estaba muriendo. Si creía que estaba huyendo de algo, no era desde luego de la boca hambrienta de la muerte, pues hizo la visita en medio de lo que se conocería como la Guerra de las Siete Semanas, y la muerte estaba por todas partes. Cassel y Hannover habían caído en manos prusianas; el ejército de los Hannover, al mando de Von Arentschildt, veinte mil hombres, se había concentrado en Gotinga y empezaba a marchar hacia el sur intentando escapar de las columnas prusianas que convergían sobre él, pero se vio detenido por Von Flies en Langensalza y se rindió el 29 de junio.

Y no es que Riemann encontrara Italia más tranquila. Un poco al este del Lago Maggiore, se libraba la batalla final por el Véneto, entre Austria e Italia. Riemann había pasado del infierno racionalizado de la lucha por Alemania a la soleada Italia y el verano de Custozza, y a nueve mil muertos y cinco mil desaparecidos, y pronto a su propia inscripción en la lista de bajas.

Cuarenta años más tarde, durante su propia expedición al fondo de la Alemania Profunda, al folclore tenebroso de la Selva Negra, donde se decía que había espacio para cien mil soldados y diez veces más de elfos, Kit y Yashmeen descubrieron que querían pasar tanto tiempo como fuera posible en el tren. En Gotinga, al menos, se tenía la sensación de que se seguía conectado, aun de un modo tenue, al resto de Europa. Pero a medida que se desplazaban hacia el sur y las consonantes se volvían más borrosas, el espíritu racional encontraba cada vez menos atractivos, y por todas partes se veían grutas de elfos, castillos erigidos dramáticamente en cumbres y a los que no había accesos visibles, gente de las cercanías en *dirnidls* y curiosos sombreros verdes, iglesias góticas, destilerías góticas, y sombras de colas ondulantes y de alas en movimiento sobrevolaban el suelo de los valles.

—A lo mejor necesito una copa —dijo Kit-Schnapps, o algo así. ¿Qué te apetece, tortolita mía?

—Si me vuelves a llamar eso una vez más en público —le advirtió ella con serenidad—, te daré un palo con lo primero que pille.

Los demás pasajeros estaban encantados.

—¿No son una monada? —comentaban las esposas, y los maridos los bendecían con el humo de sus pipas.

En la Haupt-Bahnhof de Frankfurt, la mayor estación de trenes de Alemania, conocida en la ciudad como «la Maravilla arquitectónica del Campo del patíbulo», el restaurante parecía respirar vacilante, como si todavía no se hubiera recuperado del todo del momento wagneriano de hacía cinco o seis años, cuando le fallaron los frenos a la locomotora de un Orient-Express y éste se salió de las vías e irrumpió en el restaurante entre las columnas de mármol, los candelabros y las chácharas de los comensales, otra incursión en la calma burguesa que se sumaría a los desplomes, apenas un año antes, del Campanile en Venecia y del techo de la estación de Charing Cross en Londres, equivalentes no letales de una bomba anarquista, aunque algunos creían que no menos intencionados.

A Kit y a Yashmeen les pareció más bien la venganza de la Alemania Profunda contra la moderna era del vapor. Compraron sándwiches en la cafetería y se mantuvieron cerca del tren, aferrándose con creciente desesperación a la maquinaria de transporte frente a la aparición de una laxitud espesa como la grasa, una rendición progresiva al desvergonzado primitivismo alemán que se cernía por todas partes. Suiza apareció justo a tiempo, elevándose ante ellos como un sorbete de lima tras una dieta constante de patos asados y productos de oca variados.

Ante la tumba de Riemann, ella se quitó el sombrero y se quedó con la cabeza inclinada, permitiendo que el viento de la montaña hiciera lo que quisiera con su pelo.

—No —dijo como si respondiera a una voz que acabara de sugerírselo—. Creo que no debería llorar.

Kit esperó con las manos en los bolsillos, respetando lo que fuera que la tuviese tan dominada.

—En Rusia, cuando era niña —prosiguió Yashmeen al cabo de un momento—, no debería recordarlo ahora, pero, no sé por qué, me ha venido a la cabeza, vagabundos, hombres que parecían desquiciados, llamaban a nuestra puerta buscando refugio, como si tuvieran derecho. Eran *stranniki*..., en el pasado habían llevado una vida como la de los demás, tenían su familia y su trabajo, una casa llena de muebles, juguetes de niños, sartenes y ollas, ropa, todo lo que acarrea una vida doméstica normal. Entonces, un día, sencillamente, abandonaron, salieron por la puerta y se alejaron, se alejaron de todo cuanto los hubiera retenido allí: la historia, el amor, las traiciones perdonadas o no, las posesiones, nada importaba, ya no eran responsables ante el mundo, mucho menos ante el Zar, sólo Dios podía reclamarles y su única lealtad era para con Dios. En mi pueblo, y se decía que en toda Rusia, las familias habían excavado habitaciones secretas bajo las casas para que estos hombres pudieran descansar durante sus viajes. El gobierno los temía más que a los socialdemócratas, más que a los que tiraban bombas. «Muy peligrosos», nos decía mi padre, y sabíamos que no se refería a que fueran peligrosos para nosotros, como también

comprendíamos que era nuestro deber ayudarlos en su tránsito. En su misión sagrada. Incluso cuando ellos estaban debajo de nuestra casa, dormíamos tan tranquilos como siempre. Tal vez más. Nos contábamos historias sobre aquellos embajadores de algún misterioso país remoto, incapaces de volver a su hogar porque el camino de vuelta estaba oculto. Tenían que seguir vagando por el mundo, cuyos engaños y melodramas, cuya sangre y deseo nosotros empezábamos a descubrir, tal vez sin buscar nada que tuviera un nombre, tal vez sólo vagando. La gente los llamaba *podpol'niki*, hombres del subsuelo. Suelos que antes habían sido sólidos y firmes se trocaron en velos sobre otro mundo. No era el día que conocíamos lo que proporcionaba a los *stranniki* su luz.

Kit tuvo uno de esos momentos de comprensión extralógica más apropiados para el trabajo matemático.

—Entonces, dejar Gotinga...

—Dejar Gotinga. No. Nunca dependió de mí —dijo como si intentara explicárselo a Riemann, a la fracción de él que se había demorado aquí cuarenta años como si esperara la única confesión junto a su tumba que no podía perderse—, ni se debió a ninguna razón trivial. No cuando significa el exilio a... —en el gesto que hizo no acabó de incluir a Kit— esto. Fueran cuales fuesen las esperanzas que yo hubiera abrigado sobre la función ζ , sobre la nueva geometría, sobre la trascendencia mediante cualquiera de esas teorías, tenía que abandonarlas, como reminiscencias de la credulidad de una jovencita, una chica a la que ya apenas conozco. En Gotinga no tuve ninguna visitación, ninguna profecía, ningún plan, sólo estaba a salvo..., a salvo en mis estudios, entrando y saliendo cómodamente por las puertas de las farsas y los flirteos diarios, disfrutando de tranquilos paseos dominicales por la muralla alrededor de la ciudad vieja. Ahora me han expulsado del jardín. Ahora, en una Línea de Universo bastante suave, llega esta terrible discontinuidad. Y en la punta más lejana, descubro que también soy una *strannik*. —Sus extraordinarios ojos seguían clavados en la tumba—. Hay mentores. Mentores que nos sirven de referencia durante un tiempo, nos permiten ver cosas particulares y luego nos hacen seguir adelante, sin tener en cuenta qué habíamos llegado a sentir por ellos. Nos vamos, y me pregunto si ahora, tal vez, no nos encontraremos en una situación de partida eterna. Partimos para morar noche tras noche en los subsuelos de Europa, en otro tipo de viaje hacia otro tipo de alma, en el que debemos desprendernos de todo, no sólo de los objetos que poseemos sino de cuanto hemos tomado como «real», todo lo que hemos aprendido, todo el trabajo que hemos hecho, los teoremas, las demostraciones, las dudas, el estremecimiento que te deja sin respiración ante la belleza de un problema irresoluble, todo lo cual tal vez no fuera más que una ilusión.

A él le pareció que ella lo estaba expresando demasiado dramáticamente:

—Abandonar todo eso —Quería encender un cigarrillo, pero se contuvo, tenso—. Un gran paso, Yashmeen.

Ella miró un rato a través del viento hacia Monte Rosso, y los iluminados picos suizos de detrás.

—Era tan fácil olvidar este mundo de aquí, con sus enemigos, intrigas y secretos pestilentes... Sabía que me reclamaría otra vez, no podía elegir, pero Kit, tú..., tal vez, después de todo, nadie tenía derecho a preguntar...

—Sólo un inocente cowboy americano que no sabe dónde se ha metido. ¿Por qué dices, que no podías «elegir»? ¿Quieres explicarme qué está pasando?

—No. En realidad no.

Yashmeen había acordado volver a ponerse en contacto con elementos del CRETINO en el célebre Sanatorium Böpfl-Spazzoletta, en la orilla suiza del Lago Maggiore. Kit la acompañó, aunque no sabía si sería bien recibido. Era un establecimiento gigantesco, que ofrecía una variadísima gama de posibilidades para satisfacer todos los gustos, desde el más espantoso kitsch hasta la austeridad de antecámaras de la muerte que se ajustaban a la moda chic del tísico que por entonces causaba furor en Europa. Tuvieron que dar vueltas durante veinte minutos antes de hacerse siquiera una idea de cómo preguntar una dirección. De alguna parte llegaban sonidos de una orquesta de baile, aunque todavía era bastante temprano.

—Compórtate con normalidad, Kit. Y no digas mi nombre.

En cualquier caso, Kit habría tardado como mínimo un minuto en reconocer a Reef —no podía ser otro—, dado que su hermano había experimentado ciertos reajustes: el sombrero era un Borsalino negro de copa alta al que le había modificado el ala para que al menos le protegiera de la lluvia, el traje no parecía de corte americano, llevaba el pelo más largo y extrañamente engominado, se había quitado el bigote. Kit lo habría tomado por un turista procedente de algún lugar de la Europa Profunda, de no ser por la voz y por la antigua y afable inclinación de la cara, maltratada por muchos años viviendo unas circunstancias tan duras que era imposible no reconocerlas como americanas: bien parecido cuando la situación lo requiera, pero sólo entonces, y el resto del tiempo cansado y distante.

—Ha pasado mucho tiempo desde las San Juan —farfulló Kit—, ¿de dónde coño sales? —preguntó sintiendo la sigilosa llegada de la emoción. Pero Reef se mostró cauto.

—He estado construyendo túneles para el ferrocarril —dijo haciendo un gesto hacia fuera con la cabeza—, por los Alpes, aquí y allá. —Siguieron sentados un rato, asintiendo y sonriendo—. Una partida de cartas en los balnearios, de vez en cuando. Y tú, ¿cómo es que no estás en Estados Unidos, codeándote con aquella pandilla de veraneantes por Newport, Rhode Island, jugando a polo o lo que sea?

—Supongo que podría decirse que estoy huido. —Mientras, Reef negaba lentamente con la cabeza y fingía una risa burlona. Kit le contó una versión resumida, hasta el momento en que vio a Foley en Gotinga—. En realidad, todo se fastidió nada

más empezar, debería haberme bajado del tren antes de Glenwood Springs, dar la vuelta, regresar, pero... —Pero no se le ocurría cómo seguir. En algún punto, no muy por debajo de esas formalidades de rigor, esperaba un momento delicado, algo que tenía que ver con su padre y un terrible cálculo, con hermanos que volvían a encontrarse, con caminos, promesas y demás que se cruzaban de nuevo, y Kit quería posponer todo lo posible ese momento.

Reef reconoció su incomodidad.

—Una de estas noches no nos acostaremos e intercambiaremos los reproches que hagan falta; mientras tanto, date por contento con haber resistido más que yo, al menos.

—Sólo por ser un estúpido. Sólo por ser corto de entendederas. No puedo creerme que tardara tanto en darme cuenta. —Kit estaba sentado, mirando al suelo como si éste estuviera a punto de hundirse, asintiendo como si se escuchara a sí mismo.

Se acercó un camarero y Reef le pidió algo en un dialecto que le deparó una socarrona segunda mirada por encima del hombro.

—Como si el tipo nunca hubiera oído italiano de túnel.

Ruperta Chirpingdon-Groin y su grupo habían descendido por el túnel San Gotardo a través de leguas y leguas de picos semejantes a olas oceánicas congeladas, que se desvanecían en una luz implacable, tendiendo a la eternidad, por un circuito de hoteles y balnearios alpinos tan remoto que los hoteles tenían que emitir sus propios sellos postales, sólo para que el correo llegara a alguna de las oficinas oficiales del servicio postal suizo, establecimientos atestados de bobos riéndose tontamente, bastantes de ellos británicos, corriendo por los pasillos, saltando por los balcones a los montones de nieve amontonados por el viento, escondiéndose en las despensas de servicio y cayendo por huecos de montacargas. Se habían apeado del tren en Bellinzona, donde los esperaba la diligencia motorizada del Sanatorium para llevarlos a la afamada institución que dominaba las orillas suizas del Lago Maggiore. Las cabras que pastaban junto a la carretera volvían la cabeza a su paso, como si estuvieran familiarizadas desde hacía mucho con la clientela del Böpfl-Spazzoletta. Desde algún lugar llegaba un motivo musical repetido que tocaba un cuerno alpino.

Aunque no estaba preparado para compartirlo con su hermano, ni siquiera Reef se había librado de la locura que reinaba allí.

—¿Qué clase de perro es ése? —le preguntó a Ruperta en un momento dado.

—¿*Mouffette*? Es una *papillon*..., una especie de perro faldero, una lamechichis de las damas francesas, vamos.

—Una... ¿cómo has dicho? —los engranajes de su cerebro arrancaron—, ¿«lame»..., un perro francés que lame? —Intuyendo ya que Ruperta había enseñado a su spaniel enana a proporcionar caricias «francesas» con la lengua, para el goce de su dueña—: ¡Vaya! Las dos estaréis muy..., muy unidas en ese caso, ¿me equivoco?

—Amooo a mi pequeña guaugau, ¡claro que sí! —dijo estrujando al animal, casi parecería que dolorosamente, de no ser por el visible placer con que *Mouffette*

hacía ojitos.

—Umm —dijo Reef.

—Y hoy tengo que cruzar el lago, y los señores viejos y malos de ahí no permiten que mi preciosa chuchita venga con mami, y las dos nos preguntábamos si el bueno de tío Reef la cuidaría todo el día, y se encargaría de que reciba su filete picado y su faisán hervido, porque ella es muy particular.

—¡Claro, faltaba más! —La imaginación se le disparó. ¡El día entero a solas con una perra «lamedora» francesa!, ¡que sin duda estaría más que dispuesta a hacerle a Reef lo que ya le hacía a la buena de 'Pert aquí presente!, ¡que, de hecho, a lo..., a lo mejor llevaba todo este tiempo babeando por un pene, sólo para variar, y sabría *un montón de trucos*! Y..., y...

Ruperta se tomó su tiempo para acicalarse a la perfección y sacar su polisón por la puerta. Reef se encontró dando vueltas arriba y abajo y fumando, y cada vez que echaba un vistazo a *Mouffette* habría jurado que ella también estaba inquieta. Tenía la impresión de que la perra le lanzaba miradas de reojo que, de haber procedido de una mujer, habría considerado coquetas. Por fin, tras una larga despedida, llamativa por el copioso intercambio de saliva, *Mouffette* caminó lenta y silenciosamente hacia el diván, donde Reef estaba sentado, y de un salto se acomodó a su lado. Subirse a los muebles era algo que Ruperta raramente le permitía y el modo en que miró a Reef mostraba su confianza en que él no se molestaría. Todo lo contrario, la única reacción de Reef fue una erección. *Mouffette* la miró fijamente, apartó la mirada, la volvió a depositar en la zona y de repente saltó sobre su regazo.

—Uy, uy, uy. —Acarició a la diminuta spaniel un rato hasta que, sin previo aviso, ella se bajó de un salto del diván y entró lentamente en la habitación, volviendo la mirada sobre el lomo de vez en cuando. Reef la siguió, se sacó el pene, resoplando—. Ten, *Mouffie*, un bonito y gordo hueso de perro para ti, mira esto, ¿has visto muchos últimamente? Vamos, huele bien, ¿verdad? ¡Umm, yum! —y demás; mientras tanto, *Mouffette* ladeó la cabeza, se acercó y olisqueó con curiosidad—. Así, muy bien, ahora, aaabre..., buena chica, mi buena *Mouffette*, ahora vamos a poner esto... ¡uaaaag!

Lector, le mordió. Tras lo cual, como sorprendida por la vehemencia de la reacción de Reef, *Mouffette* saltó de la cama y, mientras él iba a buscar un cubo de hielo, se escapó al inmenso hotel. Reef la persiguió durante un rato, hasta que notó que el personal lo miraba raro.

Durante los días siguientes, *Mouffette* aprovechaba cada ocasión que se le presentaba para saltar al regazo de Reef y mirarle a los ojos —con sarcasmo, le parecía a él—, abriendo la boca sugestivamente, a veces incluso babeando. En cada una de esas ocasiones, Reef se esforzaba por no encogerse. Y Ruperta, exasperada, gritaba:

—Francamente, no es para tanto, no es que quiera *morderte*.

—Reef, permíteme que te presente a la señorita Yashmeen Halfcourt. Yash, este caballero de pinta tan rara es mi hermano Reef.

—Un placer, señorita Halfcourt.

—Señor Traverse. —Por un instante creyó estar viendo a Kit y a su doble un poco envejecido o gravemente lesionado—. Veo que ha entrado en la alta sociedad —dijo dirigiendo la mirada hacia el grupo de Chirpingdon-Groin.

—Es el azar de las vías, señorita —un reajuste pícaro que Kit ya había visto muchas veces empezó a asomar en los rasgos de su hermano—, resulta que un día necesitaban un cuarto jugador para el juego que llaman bridge «de subasta», ahora de moda en los clubs de Londres, según me han dicho, se dan muchos más puntos que en el bridge normal, ¿sabe?, aquí si uno juega a tanto el punto, bueno... —Ahí estaba el viejo y melancólico encogimiento de hombros, como si dijera: «*Pobre de mí, ¿qué le voy a hacer? Es mi maldición, nunca he sabido resistirme a un buen bote*». Kit tuvo que esforzarse para no mirar al techo.

—Sí, es muy parecido a un juego ruso que llamamos *vint*.

—He oído hablar de él. Pero nunca he entendido cómo se cuentan los puntos. A lo mejor algún día podría enseñarme.

Al otro lado de la inmensa recepción, las orejas de Ruperta, emergiendo de su peinado, su pusieron cada vez más incandescentes.

—Vaya —diría ella más tarde—, la morenita de tu hermano parece haberte gustado bastante. Él tampoco está mal, tal vez podríamos organizar un intercambio, ¿qué me dices?

—Se trataba estrictamente de negocios, 'Pert.

—Obviamente. No podrías justificarte con su nobleza, es el tipo más superficial de *avantyuristka*, me cuesta creer incluso que dejen entrar aquí a personas como ella, mira, me parece que voy a decirle a Marcello unas cuantas cosas al respecto.

—A ver, 'Pert, intenta recordar, no hace tanto que tú estabas jugando una mano muy pero que muy parecida.

—Mala bestia.

Mientras tanto, Kit y Yashmeen cenaban sentados a una mesa con vistas al lago, cada vez más oscuro, y a una tormenta vespertina que se acercaba desde el sur.

—Reef siempre fue el inquieto —recordaba él—, lo que la gente llama un «salvaje», y Frank era el razonable, puede que perdiera la cabeza de vez en cuando, durante un minuto y medio, pero yo nunca lo vi.

—¿Y tú, Kit?

—Oh, yo sólo era el pequeño.

—Yo creo que eras el religioso. —En ese momento resultaba difícil saber si sólo se estaba burlando—. Mira en qué te has metido. Guerras sectarias de vectores, tráfico con lo invisible, sacerdocios y herejías...

—Supongo que todo eso siempre fue bastante práctico para mí. —No lo fue, pero tenía que esperar a un poco del insomnio de las tres de la madrugada típico de los

matemáticos para aclararlo.

Mientras tanto, ella lo miraba de un modo que él sabía que debería haber descifrado.

—En el mundo. Del mundo. No —negó con la cabeza—, votos de abstinencia o...

A su abrupta confusión no le sentaba bien que Yashmeen se hubiera presentado excepcionalmente radiante: el cabello negro se le derramaba hasta la cintura, donde susurraba contra el lazo de un vestido que parecía confeccionado sólo para coquetear, su boca cuidadosamente pintada de un matiz cereza oscuro anunciaba la primera derivada de un beso de desconocida duración... Sencilla e imposiblemente preciosa, era lo que habría dicho él.

—En los vectores no hay dinero —soltó Kit entonces—, pero sí lujos inimaginables. La abstinencia llega por sí sola, en gran medida.

—Pero la distracción nunca acababa. ¿Esperabas eso? Yo no. Siempre parecía haber algo más. —Ella miró hacia él, experimentalmente—. O alguien más.

—Oh —se le alteró el pulso—, ayuda tener una vista rápida, sin duda.

Ella sonreía, pero con los ojos entrecerrados. Parecía esperar que él siguiera el hilo de sus pensamientos, aunque Kit no tenía la menor idea de hacia dónde.

—Bueno —dijo maldiciéndose al instante—, me pregunto qué se traerá entre manos el bueno de Günni. A estas alturas debe de andar por México.

De repente ella apartó la mirada, como alejándola a un reino privado de irritación.

—¿De verdad te habrías batido en duelo por mí, Kit?

—¿Te refieres a Günni y a mí, o sólo a mí? —¿Pero en qué coño estaba pensando?

—A ti, Kit.

Eso pedía al menos un momento de mirada reflexiva, pero Kit sólo supo replicar:

—Vaya, claro, ¿quién no? —Ella esperó lo que duraba un latido, entonces dejó su vaso en la mesa y buscó alrededor su ridículo—. ¿He dicho algo...?

—Es más bien lo que *no* has dicho. —Ya estaba de pie y extendía una mano enguantada—. *Ite, missa est.*

Lionel Swome no puso objeción a que Kit durmiera en el Sanatorium, y Reef se lo encontró en su habitación abriendo la botella de champán que regalaba la institución.

—He llegado a tiempo.

—Pensaba bebérmela yo solo, pero tal vez pueda dejarte un par de gotas.

—¡Eh! Anímate, pringado. ¿Sabes qué?

—¿Debería saberlo?

—Puede que esta vez, para variar, hayamos pillado una buena mano.

Kit hizo saltar el corcho hasta la otra punta de la habitación, donde impactó con un retrato fotográfico en sepia de Böpfl y Spazzoletta, posando junto a una bomba hidropática. Se bebió el chorro que se desbordó y le pasó la botella a Reef.

—Miedo me da tu concepto de buena mano.

—Se trata de tu viejo benefactor Scarsdale Vibe.

Kit se puso inmediatamente en estado de alerta rectal. Las manos le dolían y empezó a sudar.

—Parece que anda por aquí, por Europa —prosiguió Reef—, a la búsqueda de alguna pieza del Bello Arte que comprar, recorriendo el continente de arriba abajo, haciendo lo que hacen los millonarios. Y en este momento, de hecho, está por la vecindad, camino de Venecia, Italia.

—Foley ya lo mencionó. No eran buenas noticias entonces. No lo son ahora.

—Todo depende, ¿no? El destino nos lo está poniendo en bandeja, Kit, puede que no tengamos mejor ocasión.

—Ocasión de...

Reef miró fijamente a su hermano pequeño, como si estuviera en una habitación mal iluminada.

—Todavía es demasiado pronto para saberlo. La mano no ha sido repartida aún.

Kit se acercó a la ventana y vio la bruma que ascendía por el lago para chocar con las montañas. Su táctica consistente en mostrar un optimismo juvenil a toda costa empezaba a irritarle incluso a él; además, ya ni siquiera funcionaba.

—¿Y quién —preguntó con un repentino agotamiento— acompaña a Vibe estos días? Aparte de Foley, claro.

—Puede que haya un par de tipos de Pinkerton encubiertos, tendremos que andar con cuidado.

—Así que vamos a buscarlo y lo matamos, ¿es ése el plan?

Reef fingió que miraba hacia arriba con los ojos entrecerrados, a través de un telescopio imaginario.

—Bueno, tú eres un tipo sediento de sangre a pesar de ser tan pequeño, ¿no?

—Entonces... ¿no lo matamos? ¿Reefer? ¿Qué hacemos? —Desde la última vez que había estado cara a cara con Scarsdale Vibe, en las oficinas de Pearl Street, a Kit no le costaba imaginarse apuntando y disparando con mano firme y espíritu sereno. Así estaban las cosas. Hasta ahora.

Por su parte, Reef parecía andar tan sobrado de pasión como falto de planes.

—Un rifle de largo alcance, claro, pero cara a cara sería mejor, pongamos que adoptamos un, no sé, llamémosle método italiano. ¿Cómo te manejas con el puñal? Puedo cubrirte..., pegarme un bigote falso, fingir que soy un camarero o algo así, quizá servirle una copa de *champán envenenado*.

—Reef, ¿no te parece que sería mejor pensárselo un poco más?

¿Es que Reef creía que a Kit, el científico, iba a ocurrírsele un plan?

—Es una pena que no podamos hablar con papá.

—Según algunos amigos de Yashmeen...

—Oh, no, tú también, no, por favor, ya tengo que aguantar ese rollo día y noche de 'Pert y su pandilla, y no lleva a ninguna parte, hermano.

—¿Hacen sesiones de espiritismo? —Kit alcanzó el paquete de cigarrillos que había en la mesa, entre ellos, y encendió uno—. ¿Y no has intentado nunca contactar con papá? Es sólo por curiosidad.

—Para ellos no es más que una moda pasajera. Me enganchan de vez en cuando, y no me importa, sobre todo si tengo que sentarme junto a alguna joven dama interesante, nunca se sabe a qué puede llevar cogerse de las manos en la oscuridad, pero no hablo de papá, ni de nosotros, ni de Colorado, de nada de eso. Creen que soy de tu parte del país, de Harvard o por ahí.

—Yale.

—¡Eso! Pero me preocupas un poco, Kit, ¿no se suponía que eras el curtido hombre de ciencia?

Kit se encogió dentro de un envoltorio de humo.

—No sé lo científico que es, pero últimamente ha salido algo que se llama «Investigación Psíquica»: laboratorios, experimentos y demás.

—Y no son sólo bobadas.

—Tanto como lo eran las ondas inalámbricas no hace tanto. Los rayos de Roentgen, o los próximos que aparezcan. Es como si cada día alguien descubriera un nuevo trozo del espectro, más allá de la luz visible, o una nueva extensión de la mente, más allá del pensamiento consciente, y puede que en algún sitio, muy lejos, ambos dominios estén conectados.

Reef negó con la cabeza, como si estuviera avergonzado.

—Sí construyen un teléfono inalámbrico con el que podamos hablar con papá, me lo dices, ¿vale?

Y resultó que ese atardecer, mientras el crepúsculo se extendía sobre las habitaciones y las suites, algo parecido a ese aparato estaba a punto de materializarse, en su plano terrenal, en la persona de Madame Natalia Eskimov. La bondadosa extática, radiante tras una caminata por las montañas, captó inmediatamente la melancolía de los hermanos, pero no sus planes de venganza a más largo plazo. Se acomodó en la barra de nogal del hotel todavía con su traje de excursión y dio unos sorbos a un añejo escocés, contenido en un pesado vaso de cristal de Bohemia con la ilegible heráldica Böpfl-Spazzoletta grabada, mientras contemplaba afablemente a los hermanos, aunque con sus propios parámetros de paciencia.

—Espero que no anden buscando ningún ridículo espectáculo a oscuras —dijo—, gigantescas amebas resplandecientes que dejan residuos pegajosos. Niños de caras blanquecinas en pijama que se deslizan de habitación en habitación sin tocar el suelo con los pies.

En los círculos I.P., las sesiones de Madame Eskimov eran conocidas, uno diría que tristemente famosas, por su impertinencia.

—Como si las presencias con que una se topa fueran tan frágiles que se ofendieran o se enfurruñaran si la pregunta es demasiado directa. *Bozhe moi!* ¡Esa gente está muerta! ¿Hay algo más grosero?

Encontraron una habitación, cerraron las cortinas contra la noche insoportable, la luna creciente gibosa y las alturas de las montañas casi tan brillantes e inaccesibles como el país de los muertos, las estrellas reveladas de vez en cuando a través de la nieve que caía en largos velos desde los picos, kilómetros de restos barridos, helados, territorio neutral deshabitado e inhabitable para siempre. Madame Eskimov apagó las luces. Entre los presentes se encontraban Kit, Reef, Yashmeen y Ruperta, que asistía para supervisar la estrategia de quién se sentaba al lado de quién.

—Me voy al interior del país, va a ser más difícil mantenerse en contacto, tengo otras cosas que hacer, más lejos, aunque cuando todos estéis aquí nos reuniremos otra vez, espero que os encarguéis de todas las tareas que yo hacía, pues ahora es menos importante para mí, cada vez lo será menos, y tampoco es que nunca pudiera hacer mucho...

La voz que surgía de los labios oscuramente pintados de Madame Eskimov, mal articulada, forzada, como si le costara arrancarse de la parálisis del sueño, pronunciaba las palabras de Webb pero guardaba poca semejanza con lo que ambos hermanos recordaban de la voz de su padre. Esperaban escuchar la aspereza del fumador de puros baratos, el deje del habitante de las montañas, pero lo que oían era un acento europeo, con las inflexiones fronterizas que los representantes comerciales, los marchantes y los espías adquirirían en ese continente después de pasarse años sobre el terreno. El silencio final, cuando llegó, fue cortante como un grito. El color volvió a la cara de Madame Eskimov, las lágrimas se acumularon en sus ojos. Pero cuando emergió a la superficie no conservaba ningún recuerdo de la pena ni, de hecho, de ninguna emoción.

—Ni siquiera era la voz de papá —dijo Reef en un irritado susurro—. Kit, esto es un timo, te lo digo yo.

—Ésa era la voz de su control —señaló Yashmeen—. También es un mensajero, pero que trabaja desde el otro lado. Nosotros utilizamos médiums, los médiums utilizan controles.

—Sin ánimo de ofender —murmuró Reef—, pero, hablando como el viejo tramposo que soy, ése es el tipo de truco que yo utilizaría si no supiese cómo hablaba el difunto pero quisiera que los demás creyeran que es él quien habla...

Le sorprendió ver que Madame Eskimov asentía y sonreía, como en gesto de agradecimiento.

—El fraude es el elemento en que todos volamos, ¿no? —dijo—; nos mantiene en alto, no hay ni uno solo de nosotros que no haya recurrido a él en un momento u otro de su vida, hasta que aparece algún maldito listillo, un juez materialista («¡Ja! Lo he visto, ¿qué estaba haciendo con la punta del zapato?»). Engreídos e insoportables guardianes del mundo de la luz del día, que no tienen ni idea de lo fácil que es detectar ese tipo de truco, por lo general en médiums que no saben manejar un trance. Algunos nunca lo conseguirán. Exige una gran capacidad de entrega y la voluntad de renunciar a todo recuerdo de lo que pase durante la sesión.

—Bueno, eso también viene muy bien, ¿no cree?

—Sí, ciertamente, y cuando me plantean dudas como la suya, lo que suelo sugerir es que el escéptico pruebe por sí mismo.

—¿Lo que acaba de hacer? Gracias, pero no soy un tipo de hombre muy sobrenatural...

—Nunca se sabe, el don aparece en la gente más inopinada. —Tomó a Reef suavemente de la mano y lo condujo de vuelta a la mesa.

—No se trata tanto de entrar —intentó explicar él—, sino de salir luego.

—Lo hará muy bien.

—Quiero decir que no me gustaría que, eh...

—Quieto.

—Ahí va.

Yashmeen y un flâneur conocido de Ruperta llamado Algie organizaron rápidamente un grupo de cuatro, como si fueran a jugar una partida de bridge. En cuanto los participantes unieron las manos, Reef se hundió, tal cual, en una especie de subéxtasis. Al instante empezó a cantar, con aires operísticos, en el registro de tenor y en italiano, aunque Kit sabía con absoluta certeza que Reef carecía de oído musical y que no podía entonar ni el *For He's a Jolly Good Fellow* sin desafinar. Sin embargo, al cabo de un rato llegó el control en *do* alto y lo sostuvo lo bastante como para mandar al personal del Sanatorium corriendo a buscar asistencia médica.

—He visto a otros morir en sus camas —empezó a hablar Webb, y esta vez era verdaderamente Webb—, cerca de todo lo que construyeron y amaron, rodeados al final por hijos, nietos, amigos, vecinos del pueblo que nadie sabía cómo se llamaban, pero eso no era lo que yo tenía reservado, no, en este mundo miserable que nos fue dado para que trabajáramos y sufriéramos en él, ni siquiera se contemplaba esa posibilidad.

»No tiene sentido disculparse. Podría haber hecho otras cosas. Como no alejarnos de mí. Podría haber pensado otro modo de honrar a quienes trabajan bajo tierra, sin ver jamás el sol, y mantenernos todos juntos. Algún otro habría sido lo bastante inteligente para saber hacerlo. Yo también habría podido. Y tampoco es que estuviera solo, disponía de ayuda, incluso de dinero.

»Pero vendí mi rabia muy barata, no comprendí lo preciosa que era y la malgasté, dejé que se escurriera entre mis dedos gritando a la gente equivocada, a May, a los niños, y cada vez juraba que no volvería a hacerlo; nunca me gustó, pero empecé a rezar por eso, sabía que tenía que guardar la rabia bajo alguna tapa, reservarla al menos para los malditos propietarios; sin embargo, un buen día Lake se escabulle a la ciudad, vagabundea por ella, uno de los chicos me mira, algunos días basta con una mirada, y vuelvo a chillar, pero ellos están mucho más lejos, y no sé cómo recuperarlos...

Podría haber sido una conversación íntima en un salón acogedor. Pero esa noche sus hijos no conseguirían lo único que querían. Querían escuchar decir a Webb, con la

seguridad omnidireccional de los muertos, que, dado que Scarsdale Vibe había pagado a sus asesinos, lo menos que podían hacer los hermanos en ese momento era encontrarlo y ventilarse al muy hijo de puta.

Después, como era de esperar, Reef no recordaba nada. Madame Eskimov y Yashmeen fueron a los baños turcos y Algie se encaminó al salón de billar. Kit se sentó a la mesa y miró a su hermano.

—No he hecho nada vergonzoso, ¿verdad que no? —quiso saber Reef.

—Era él, Reef. Su voz..., mierda, si hasta *parecías* él.

—Puede haber sido por la luz.

—No sé qué pensar.

—Haz una foto la próxima vez. A ver qué sale, si es que sale algo. —Reef parecía extrañamente inseguro. Contempló con resentimiento su sombrero—. Mírame. Este sombrero. ¿Qué estoy haciendo con esta gente? Creía que había tomado una decisión en Nueva Orleans. Creía que había elegido el Anarquismo, hasta el final, hasta que acabaran conmigo, porque es el tipo de creencia que sólo tiene una salida, ¿no, Kit? —Sonó casi como una petición de ayuda—. Ya ni siquiera sé quién coño soy.

En el sueño, están todos juntos en un acto social, el paisaje corresponde a un lugar alto, sin nombre pero familiar, con píceas y álamos, agua corriendo por todas partes, arroyos, estanques, fuentes, más comida que en un banquete dominical, cocineros con grandes sombreros trinchando y sirviendo, costillas a la parrilla y judías cocidas, cucuruchos y tartas de boniato, chicas guapas, muchas de ellas parientes lejanas, cada rostro casi insoportablemente nítido, familiar aunque no se hubiera visto jamás, violines, guitarras, un acordeón y gente bailando, y, un poco alejado, Kit ve a su padre solo, en una mesa de merendero de madera con una baraja de cartas, jugando un póquer solitario. Se da cuenta enseguida de que las cartas no sólo están marcadas con números, sino que *son* en cierto modo números, algunos reales, otros imaginarios, algunos complejos e incluso trascendentes, y Webb los va disponiendo cada vez en una matriz de cinco por cinco cuyo valor propio no queda muy claro, pero al mismo tiempo, Kit, que todavía tiene unos seis años, se acerca corriendo a Webb.

—¿Estás bien, papá?

—Estupendamente, Christopher. ¿Y tú?

—Creí que..., parecía que..., que te sentías muy solo.

—¿Porque me has visto aquí sentado solo? Por el amor de Dios, estar solo no es lo mismo que sentirse solo. No tiene nada que ver. ¿Todavía no te lo han enseñado en la escuela? Ven. —El niño se acerca y Webb lo rodea con un brazo mientras sigue poniendo las cartas, sin dejar de hacer comentarios—: Fíjate en esto.—O—: ¿Qué tenemos aquí? —Y Kit intenta identificar polinomios característicos, al tiempo que se arrima a su padre cuanto puede—. Hay cosas peores que sentirse solo, hijo —le dice

Webb al cabo de un rato—. Y de eso no se muere, a veces uno incluso lo necesita. — Pero cuando Kit estaba a punto de preguntar para qué se necesita, algo en el inmenso balneario que nunca duerme, un estornudo, una sartén para hacer tortillas que se había caído, el silbido de un empleado, lo despertó.

Kit se fundió lentamente en la oscura hora institucional en que los huéspedes yacían tras la jornada, archivados, numerados, irrelevantes. Confuso por un instante, creyendo que estaba en la cárcel, que los sonidos del entorno, en el curso de su lenta vida digestiva, eran todos voces, fluidos y repeticiones mecánicas cuya comprensión le estaba vedada durante el día, miraba con la boca abierta, hacia arriba a la nada, a la esperanza, o puede que sólo a la *vis inertiae* que le había mantenido hasta entonces en movimiento, y que se escurría mientras él se asomaba a una espantosa certidumbre que no supo nombrar de inmediato pero bajo cuyo peso, eso sí lo sabía, tendría que vivir a partir de entonces.

Desde el principio, tendría que haber deseado ser el único hijo en quien Webb pudiera creer; sin importar qué líos Reef anduviera buscándose por ahí, o hasta qué punto las ambiciones de Frank para hacerse ingeniero resultaran favorables o contrarias al Sindicato, Kit siempre había pensado que estaría al lado de su padre pasara lo que pasase, simplemente porque no había nada que se interpusiera entre ambos, nada al menos que él pudiera ver. Pero entonces, sin darse cuenta, se encontró allí, lejos de casa, perdido en la parte más mezquina de Estados Unidos, y antes de que pudiera recordar siquiera quién era, Webb había muerto. Si hubiera tenido más confianza en Kit, tal vez cuando le reclamó la hora terrible podría haberse defendido con un poco más de voluntad de supervivencia. Constreñido ahora a sesiones de espiritismo y sueños, ya no podía decírselo a Kit con esas palabras exactas, sino que tenía que recurrir a las metonimias sombrías y desgarradas de los muertos.

El que Webb no lo hubiera denunciado esa noche no significaba que Kit hubiera sido perdonado. Había traicionado a su padre, eso ya no podía cambiarlo —había colaborado con los asesinos de su padre, vivido la vida de niño rico que ellos le pagaron—, y ahora que había acabado, comprendía que, por más que quisiera, ya no podía utilizar como disculpa su juventud ni lo que pudiera quedar de su comprometida inocencia. Se había vuelto contra Webb la noche que regresó de Colorado Springs con la proposición de Foley, y no había hecho el menor esfuerzo por arreglarlo hasta que ya era demasiado tarde para solucionar nada.

Estaba allí tumbado, asqueado y vacío por la vergüenza. ¿Cómo había podido pasar? Lo que había sido su hogar estaba a ocho mil kilómetros en línea recta y a otros tres o cuatro mil subiendo y bajando, y la única persona de allí que aún le importaba era Mayva, la figura menguante y resuelta en la estación, bajo el viento y la inmensa luz del sol, con el peso de todo aquel metal resplandeciente bajo tierra oponiéndose a ella y a lo que ella quería, que, bien lo sabía Dios, siempre había sido muy poco.

—Tu padre se pasó casi toda la vida ahí abajo... Cuánto les dio para lo poco que le devolvieron... esas sabandijas mercenarias, y todavía hay rastros de su sangre por todo el país, que aún gritan, en el caso de que la sangre grite, claro...

Habría sido un consuelo considerarse uno de los vagabundos santos de Yashmeen, pero sabía que lo más cerca que había estado de la religión eran los vectores, y éstos también se alejaban por un intervalo cada vez más amplio de espacio-tiempo, y no sabía volver a ellos más de lo que sabría volver a Colorado. El Vectorismo, en el que Kit había pensado en el pasado que podía atisbar la trascendencia, un mundo de imaginarios coexistente, el «reino del espíritu» por el que la leyenda de Yale Lee De Forest imaginó que viajaba, no le había mostrado a Kit, al final, una vía de escape del mundo gobernado por los números reales. Su padre había sido asesinado por hombres que, por más que a menudo invocaran en voz bien alta a Jesucristo y su reino, eran exclusivamente leales al eje real. Kit se había engañado a sí mismo, había llegado a creer que Gotinga sería otro paso adelante en un viaje hacia una condición más pura, olvidando oportunamente que seguía en la nómina de Vibe, que se le pagaba de una cuenta cuyo libro mayor era el que él más deseaba cerrar y vaciar, el libro mayor sin encuadernar de una vida que en el pasado había estado en blanco pero que en un abrir y cerrar de ojos había quebrado, arruinada por deudas y créditos y demasiados detalles ni siquiera anotados. Y Gotinga, abierta a la irrupción de cualquier enemigo, ya no era un refugio, del mismo modo que los vectores nunca habían sido la salvación de Kit.

En algún lugar, más adelante, en la bruma del futuro, entre aquí y Venecia, estaba Scarsdale Vibe. La convergencia que Kit había evitado definir aguardaba su hora. Al hombre se le había permitido seguir demasiado tiempo con sus deshonorosos manejos sin recibir castigo. Que era lo único que le quedaba a Kit. Lo único a lo que podía aferrarse. Lo único que poseía.

A medida que la luz empezaba a filtrarse por los bordes de las persianas de la ventana, Kit se durmió de nuevo y soñó con una bala encaminada al corazón de un enemigo, una bala que viajaba durante muchos años y recorriendo muchos kilómetros, que topaba de vez en cuando con algo y salía rebotada en un ángulo diferente, pero siguiendo viaje como si fuera consciente de su destino, y él comprendió que ese zigzagueo a través de un espacio-tiempo tetradimensional podía expresarse como un vector en cinco dimensiones. Fuera cual fuese el número de dimensiones n que la bala habitara, un observador necesitaría una más, $n + 1$, para verla y relacionar los extremos, y así obtener una única resultante.

Mientras Kit pasaba inquieto el momento mortecino e infructuoso de la noche que los chinos que conocía llamaban la Hora de la Rata, y Reef se entretenía en un baño hidropático lleno de vapor con un número indeterminado de turistas erotómanas, Ruperta Chirpingdon-Groin ponía punto final al jugueteo de toda la noche con Yashmeen, la mayor parte del cual, lamentablemente, se había perdido en negociaciones: no había posibilidad de dulce igualdad, ni siquiera de simetría. Como

este proceso de regateo y fintado, coqueteo y engaño conllevaba su propia energía erótica de baja intensidad, aparentemente no degeneró en una fastidiosa tarea como ocurre a menudo cuando se da entre hombres y mujeres, así que la larga velada no fue un desperdicio total. Yashmeen había tenido un respiro de diez minutos de sus preocupaciones por su incierto futuro, y los celos de Ruperta, una bestia con una dieta exótica, se habían saciado. A las mujeres les sorprendió encontrarse un cielo lleno de luz matinal al otro lado de las cortinas, con el sol a punto de iluminar los picos y un par de veleros ya en el lago.

Todo el mundo enamorado del amor, salvo, al parecer, Kit, por cuyos deseos nadie preguntaba, y menos que nadie, él mismo. Cuando Yashmeen y él se encontraron en el Kursaal avanzado el día, los dos estaban desorientados por la falta de sueño, y él le anunció, no sin cierta brusquedad, su desvío a Venecia con propósitos de venganza.

—¿Puedo aclararlo con el Hermano Swome? Dice que tengo que tomar el tren para Constantza, y, según el horario que me dio, se tarda un poco más en llegar allí. ¿Cuánta prisa crees que tiene?

—Me parece que lo que les importaba era sacarme de Gotinga. Tú les venías bien para eso, y has cumplido tu tarea. Ya no tienes que sentirte obligado con ellos.

—Pero de esto..., de este otro asunto, tenemos que ocuparnos mientras podamos. Y dado que Reef cree que me necesita para que le cubra, no puedo desentenderme. Pase lo que pase, será rápido.

Ella lo miró, con el entrecejo fruncido.

—Entonces es una suerte que tu billete sea para Kashgar, ¿no?

—A lo mejor no pasa nada.

—O puede que te maten.

—Yashmeen, ese hijo de puta ha destruido mi familia. Lo que soy...

—No es más que envidia. Tú tienes la suerte de saber a qué atenerte. Un nombre, alguien a quien hacer responsable. La mayoría de nosotros sólo podemos esperar, sentados como bobos, a que algo surja de la oscuridad, golpee y vuelva al lugar de donde ha salido, como si fuéramos demasiado frágiles para un mundo de familias felices, cuyos destinos tranquilos requiriesen el sacrificio del resto de nosotros.

—Pero si estuvieras en mi lugar, y tuvieras la oportunidad...

—Claro que lo haría. Kit. —Le puso una mano sobre el brazo sólo el tiempo justo —. Ya no soy yo quien decide mis planes, la gente del CRETINO cree que les debo mi prolongada supervivencia y ha decidido que éste es el momento de cobrar su deuda.

—¿Así que te llevan de vuelta a Londres?

—Primero iremos a Viena, luego a Buda-Pest. Por cierto misterioso auge de actividad en la Investigación Psíquica. Intuyo que voy a ser utilizada como sujeto experimental, pero cuando pregunto los detalles me dicen que si yo supiera demasiado comprometería la integridad del estudio.

—¿Merece la pena escribirte a la atención del CRETINO, o abrirán y leerán tu correo?

—Ojalá lo supiera.

—Entonces, ¿de quién podemos fiarnos?

Ella asintió.

—Noellyn Fanshawe. Estudiamos juntas en Girton. Aquí tienes su dirección; pero no esperes respuestas rápidas.

—Y tu padre...

Ella le dio un sobre sellado del Sanatorium, con los habituales blasones grandiosos a modo de membrete.

—¿Qué es esto? Pensaba que vosotros dos sólo os comunicabais por telepatía. — Se lo guardó en un bolsillo interior de la chaqueta.

Yashmeen esbozó una sonrisa fina, formal.

—La telepatía, por más maravillosa que sea, no tendrá... ¿cómo decís vosotros, «ni punto de comparación»? , pues eso, ni punto de comparación con lo que sucederá en el momento en que pongas esto en sus manos.

Ella le habría dicho cosas más halagadoras, supuso, pero nada de tanta confianza. Kit tuvo un fugaz atisbo de ambos como vistos desde fuera: dos renegados que mantenían la profesionalidad aunque la profesión casi hubiera acabado con ellos.

Él la fue a despedir a un pequeño muelle donde esperaba un vapor del lago. Hombres del CRETINO pululaban por allí, lanzándole repetidas miradas de impaciencia y, casi se diría, de reproche. El cielo se oscurecía con veloces nubes de tormenta. Ella llevaba una sencilla blusa y una falda, también un chubasquero con capucha, pero no sombrero. Él no habría sabido cómo suplicar con ojos bovinos ni aunque le hubieran dado lecciones. Le cogió la mano y se la estrechó formalmente, pero no se la soltó al instante:

—¿Crees que...?

—¿Que nos habríamos fugado juntos en la vida real? No. Y me cuesta imaginar que haya nadie tan estúpido como para creer que lo haríamos.

El barco retrocedió adentrándose en el lago, viró y se la llevó, sin que ella se molestara en mirar atrás. Kit se encontró a Reef cerca de allí, fumando, fingiendo que no se había dado cuenta.

Kit se dejó llevar por un momento y pensó cuántos más de esos *adieux* sin lágrimas iba a vivir antes del que verdaderamente no necesitara, antes del que, al fin, estaría de más.

Y ahí volvían Neville y Nigel, bebiendo jarabe opiáceo británico para la tos y agua gasificada de un seltzígeno portátil, con el que también habían estado regando a los transeúntes, lo cual provocó leves gruñidos entre los miembros del CRETINO. En aquel momento, ambos se dirigían a una representación de la opereta cómica *Bailando el vals en Whitechapel*, o *Un idilio destripado*, basada vagamente y, según algunas críticas, con mal gusto en los asesinatos de Whitechapel de finales de los años ochenta.

—¡Aaahh! —Neville se asomaba a su reflejo en el espejo—. ¡Pantalones! ¡En *Piggott's* deberían tener «pantalones»!

—Ven con nosotros, Lewis —dijo Nigel—, nos sobra una entrada.

—Sí, y dicho sea de paso —añadió Neville—, ten esto también. —Pero Lewis esquivó fácilmente el chorro de seltz, que alcanzó a Nigel.

Esa noche, el Strand, como de común acuerdo, exhibía ese gusto típicamente británico por lo oscuro y lo brillante que tan bien conocen los expertos en neuropatía erótica, por no mencionar a los estudiosos de los chimpancés: multitudes con gabardinas, botas de charol y chisteras, el atractivo mancillado de los pendientes y broches de marcasita, sienes engominadas preparadas para atenuar el brillo bajo el alumbrado público...; incluso las aceras, resbaladizas por la lluvia y las exudaciones aceitosas, contribuían a ello con su propio albedo desasosegante. El alumbrado de las calles emitía, para los que, como Neville y Nigel, sabían oírlo, el equivalente luminoso de un chillido constante y afligido.

En la calle, los músicos ambulantes brincaban y giraban ante las colas de los teatros, los magos sacaban de la nada pequeños animales, los acróbatas hacían números de cráneo-y-acera con un margen que se movía típicamente en la escala milimétrica, mientras delante del Duke of Cumberland's Theatre un cuarteto de ukeleles interpretaba un popurrí de melodías de *Bailando el vals en Whitechapel* que incluía una que, al estilo de Gilbert y Sullivan, intentaba cantar un coro de policías a un número parejo de paseantes:

Tú ya sabes que es
una vil propagan-da
decir que
los policías nunca cortejan, jan, jan

Tú

ya sabes que sería tan cariñoso como un
Paaan-da,
si supiera
que tú quieres achucharme, tan-
to en Kenia como en Tanganica o en
Ugaaan-da,

y no te sorprendas...,
porque no es
más que una sucia campaña
de propagan-da decir que
un pasma no puede enamorarse.

En el teatro, Lew dejó caer un chelín en la caja del respaldo del asiento que tenía delante, sacó un par de gemelos y empezó a escrutar la multitud. El campo de visión en movimiento se detuvo un buen rato en nada menos que el copropietario de la carta XV del Tarot, el Profesor P. Jotham Renfrew, que, según parecía, había venido desde Cambridge para asistir a la función, con la cara aplanada en un cromó bidimensional de sí misma, sentado en un palco con alguien que vestía un uniforme extranjero, a quien Lew sólo tardó un momento en reconocer como su antiguo colega de vigilancia archiducal, el Capitán Trabant, ahora convertido en Coronel del Landwehr K&K, Max Khäutsch, que apenas había cambiado desde los tiempos de Chicago, con la salvedad, tal vez, de que se había vuelto un poco más mineral, acercándose al estado de una de esas estatuas que hay en los parques frecuentados por los espíritus problemáticos.

Pero Lew pudo entretenerse poco con esos recuerdos, pues mediante un ruidoso estruendo de platillos la orquesta dio inicio a la obertura.

Bailando el vals en Whitechapel resultó ser una de esas obras modernas en las que un grupo de intérpretes se esfuerzan por montar una comedia musical *sobre* Jack el Destripador.

—En vez de dejar que el bueno de Jack vaya trinchando por ahí a su aire —se empezó a quejar Nigel ya durante la ovación que siguió al primer número.

—Pero, a ver, Nigel, en cualquier caso el tipo de ahí arriba sería un actor, ¿no? —objetó Neville.

—Puede que sea así, Neville —dijo sacando a hurtadillas de su chaqueta un frasco plateado de preparado para la tos Morphotuss, del que echó un par de tragos—, pero es un actor que interpreta a un actor que interpreta a Jack, ¿a qué viene tanto artificio?

—Sí, pero todo es artificial, Nigel, incluyendo la sangre por la que ha venido todo el mundo al teatro, y lo único que hay que hacer es pasarlo por alto, ¿no?

—Si prefiere sangre de verdad —intervino una voz tranquila desde un asiento de detrás—, estoy seguro de que algo podrá hacerse.

—Pues vaya —dijo Neville removiéndose en la butaca como si fuera a mirar hacia atrás.

—Por el amor de Dios, Neville —siseó Nigel con los globos oculares disparándosele hacia delante y hacia atrás—, no te des la vuelta, podría ser Él.

En el entreacto, Lew se dirigió al bar y se encontró al Coronel Khäutsch dando buena cuenta de un brandy con soda. Si le sorprendió ver allí a Lew, había madurado

su cautela profesional a lo largo de los años para que no se le notara.

—Trabajo, siempre trabajo. Uno preferiría un par de semanas de permiso en Berlín, pero los asuntos de *K. und K.* a menudo le obligan a uno a posponer sus diversiones... —Khäutsch se encogió de hombros alzando las cejas a diferentes alturas—. Ya estoy otra vez quejándome. *Sowieso...* ¿Cómo le va la vida, Lewis? ¿Ya no trabaja como «sabueso»?

—Últimamente más bien como matón a sueldo. Y usted, ¿ya no hace de pastor de Francisco Fernando, verdad?

Una sonrisa amarga y una sacudida de la cabeza.

—El imbécil irresponsable que nos volvió locos una vez sigue siendo exactamente el mismo que era; al fin y al cabo, ¿cuánto puede cambiar esta gente? Pero desde entonces el Imperio ha encontrado, misericordiosamente, otras formas para que lo sirva... Ah, pero aquí está alguien a quien quizá quiera conocer. —Hacia ellos se abrió paso entre el público el Profesor Renfrew.

Bueno, no exactamente. No puede decirse técnicamente que Lew saltara, pero varios grupos musculares de su cuerpo sí parecieron disponerse a hacerlo. Reprimió el deseo de agarrarse la cabeza y realizar un violento aunque sólo vagamente imaginado reajuste.

—Permítame que le presente a mi colega alemán, el Professor-Doktor Joachim Werfner.

El profesor alemán sin duda se parecía mucho a Renfrew, aunque puede que tal vez fuera vestido un poco más informal, puños deshilachados, pelo despeinado, gafas tintadas de un extraño verde magullado.

Procurando no mostrarse demasiado impresionado por el parecido, Lew extendió el brazo para estrecharle la mano.

—¿De visita en Londres, Profesor? ¿Se lo está pasando bien?

—Sobre todo he venido por trabajo, aunque Max ha sido tan amable de darme a conocer Piccadilly Circus, donde es cierto que puede encontrarse un tipo de cerveza de Munich.

—Le entiendo perfectamente, es probable que compartamos la misma opinión sobre la cerveza inglesa, es como beberse la cena.

Estuviera hablando un rato de lo que la prensa popular había dado en llamar «Destripareta».

—Es curioso —dijo Khäutsch— que estos asesinatos de Whitechapel ocurrieran un poco antes que la tragedia de Mayerling, lo que para algunos de nosotros en Austria siempre ha sugerido un origen común.

—Otra vez no —fingió Werfner que gruñía.

—Es una de esas fuertes impresiones de juventud que se te quedan grabadas —explicó Khäutsch—. Por entonces yo era un teniente que se las daba de detective, así que pensé que podría resolverlo.

—El Príncipe Heredero austriaco y su novia tenían un pacto de suicidio o algo así —intentó recordar Lew—, y por eso acabamos con el viejo F.F.

—Al mundo se le contó un *Liebestod* para tontos románticos. Pero la cruda realidad es que a Rodolfo se lo quitaron de en medio.

Lew miró alrededor.

—¿No deberíamos...?

Khäutsch se encogió de hombros.

—Sólo un pequeño e inofensivo *Fachsimpelei*. La muerte violenta en las alturas siempre ha despertado nuestro interés profesional, ¿no? El caso se cerró hace mucho, y lo cierto es que la «verdad» nunca fue tan importante como las lecciones que el sucesor de Rodolfo, Francisco Fernando, extraería de ella.

—¿Está diciendo que alguien de las altas esferas...?

Khäutsch asintió con solemnidad.

—Elementos que no habrían tolerado la presencia de Rodolfo en el trono. El heredero no encontraba mucho de admirable en Austria, y sus creencias eran sencillamente demasiado peligrosas, no paraba de despotricar contra nuestra corrupción, nuestro culto a los militares, sobre todo a los militares alemanes, temía la Triple Alianza, veía antisemitismo por todas partes, en general detestaba cuanto representaban los Habsburgo, y además fue tan insensato como para publicar esas opiniones, naturalmente en periódicos judíos.

—Y la novia...

—*Ach, die Vetsera*. Regordeta y pequeña, nadie se la podía imaginar como objeto de una gran pasión; se trató más bien del tipo de historia que distrae la curiosidad pública, que de otro modo puede resultar fatal, *cherchons la femme*, siempre útil en política.

—Entonces, ¿quién cree que lo hizo?

—Por un tiempo, mi sospechoso favorito fue el chambelán del Emperador, el Conde Montenuovo, pero luego, un buen día, tuve una iluminación desde las alturas y supe que en realidad tenía que haber sido Jack el Destripador —murmullos generales— en persona, trabajando a sueldo. Teniendo en cuenta que desapareció de Londres alrededor de noviembre del 88 y Mayerling ocurrió a finales de enero del 89, hubo tiempo suficiente para que Jack llegara a Austria y se familiarizara con su objetivo, ¿no?

—Les dispararon, Max —se quejó Werfner con exagerada amabilidad—, no los descuartizaron. Jack no era de los que les gustan las armas de fuego, la única semejanza es que la lista de sospechosos en el caso del «Destripador» también es lo bastante numerosa como para poblar una pequeña ciudad, cada uno más plausible que el anterior, una por una las historias nos convencen de que ahí, al fin, seguramente debe de estar el verdadero Destripador, impensable que cualquier otro lo hubiera podido hacer, hasta que el siguiente fanático da un paso al frente con una nueva

versión. Cientos, miles a estas alturas, de narraciones, todas igualmente válidas... ¿qué puede significar?

—Universos múltiples —soltó Nigel, que había aparecido levitando desde no se sabe dónde.

—¡Exactamente! —exclamó el Profesor—. El «Whitechapel» del Destripador era una especie de antesala en el espacio-tiempo..., uno tendría que imaginarse una gigantesca estación de tren, con miles de puertas dispuestas radialmente en todas las dimensiones, que conducen a vías de partida hacia todo tipo de historias alternativas...

Gongs chinos, vigorosamente golpeados, anunciaron que el segundo acto estaba a punto de comenzar. Quedaron en verse más tarde, en una recepción en uno de los gigantescos hoteles de Trafalgar Square, y al llegar la encontraron a reventar, con una multitud cosmopolita cuyos elementos no siempre podían identificarse con facilidad, entre ramos de flores cortadas, mujeres jóvenes razonablemente vestidas, ayudas de cámara caminando de puntillas y tomando champán con hielo, alfombras gruesas y arañas eléctricas. Tocaba una pequeña orquesta de baile mientras las parejas experimentaban con el «Boston». Se veía gente con turbantes y algún fez. Tras una rápida inspección, Neville y Nigel escogieron la bebida más letal del bar, que hacía furor por entonces en Londres, una espantosa combinación de cerveza negra y champán conocida como «Terciopelo».

Como dos valientes, intervinieron de vez en cuando en la charla hasta que, casi invisible para los demás, detectaron cierta Presencia Oriental saliendo por la puerta.

—Vaya —se dijeron el uno al otro, e intercambiaron una mirada intencionada mientras tarareaban a la par, en armonía «china», el muy conocido tema musical pentatónico

Tngtngtngtng tong-tong

Tng-tng tong...,

tras lo cual los dos adictos se quedaron adormilados, ciegos como marineros.

Poco después, una seráfica joven con traje de calle pasó deslizándose al lado del grupo y su ojo más próximo pareció desviarse una fracción de grado en la dirección del Coronel Khäutsch; éste, disculpándose, desapareció en su propio laberinto de deseo.

El Professor-Doktor se colocó el monóculo y le guiñó el ojo a Lew, acción que rápidamente se convirtió en un *parpadeo confidencial*.

—¿Max y usted cuidaron del Príncipe Heredero en el pasado?

—Sí, en Chicago..., cuando el Príncipe era un cachorro. Yo sólo estuve semana y media. El Coronel Khäutsch hizo todo el trabajo.

—Le sorprendería, quizá horrorizaría, ver en qué se ha convertido Francisco Fernando. Con su hasta cierto punto indecente impaciencia por ocupar el trono

cuando muera Francisco José, ha formado su propio estado en la sombra en el Belvedere, el gran palacio que se erigió para el Príncipe Eugenio de Saboya. El círculo que lo rodea lo compone gente a la que resulta difícil admirar, sus intereses no siempre coinciden plenamente con los de la Ballhausplatz, el propio Príncipe Heredero acaricia las más malsanas fantasías, por ejemplo sobre Bosnia, unas ambiciones que Max teme que nos acabarán metiendo en graves problemas un día de éstos, y Max nunca se equivoca, su conocimiento de la situación en los Balcanes no tiene parangón en Europa.

—Él dice lo mismo de usted.

Werfner se encogió de hombros.

—Mi valor de mercado tiende a fluctuar. En este momento va al alza, debido a la Entente Anglo-Rusa. Alemania se ha pasado años intentando impedir el acercamiento de esos dos países, y ahora tiene que sentarse a mirar cómo todo ese esmerado trabajo se desmorona. Así que, como cualquiera mínimamente al tanto, Wilhelmstraße tiene que estar prestándole atención, aunque sólo sean diez minutos más de lo habitual.

Lew escuchaba con cautela a esta encarnación de un *gemütlicher alter Junge*. Según la mayoría de las historias sobre Werfner que había oído, montones de vidas dependían de cada una de sus pausas para tomar aliento. El misterio de por qué Werfner estaba en la ciudad, tan lejos de su terreno, tan cerca de su adversario británico, no se aclaraba. Parecía la clásica escena de pesadilla en la que el hombre *está justamente donde no debería*. A pesar de las frecuentes y rotundas negativas por parte de los dos profesores de que fueran gemelos, cierta simetría se estaba rompiendo, infringiendo. Eso bastó para que Lew volviera a su pernicioso hábito de mordisquear Ciclomita. Fue a buscar un lavabo donde pudiera hacerlo, aunque supuso que también podría extender la sustancia a escondidas en una galleta y tomársela así.

—Werfner está en Londres —le dijo Lew al Cohen al día siguiente.

—Eso han informado los dos Enes. —A Lew le dio la impresión de que el Cohen le miraba de una manera rara. Peor que rara, pero ¿cuánto peor?—. Las cosas se están complicando. Tenemos a otros agentes atentos, claro, pero creo que a partir de ahora usted estará autorizado (contará con la confianza) para asumir cualquier iniciativa que considere oportuna. Si se presenta la ocasión.

Lew percibió una nota sombría.

—Cohen, ¿podría ser más concreto?

—Me temo que tendré que ser metafórico. Imagínese a esos dos profesores como si fueran «crótalos» en el camino. A veces un hombre tiene la suerte de evitarlos. A veces debe dar otros pasos.

—¿No estará insinuando que...?

—No insinúo nada. Sencillamente es mejor que todo el mundo esté preparado. — Los ojos del pequeño Nick Nookshaft se abrieron como dos oes, sus labios dibujaron un pequeño círculo.

Lew no cayó en la cuenta inmediatamente de lo que eso significaba ni, menos aún, de a qué habían jugado con él todo ese tiempo, pero tampoco tardó mucho en hacerse una idea. De algún modo, tras superar un largo periodo ahí, en Inglaterra, sin tiros, inesperados despliegues de cuchillos, golpes de porras, puños o contundentes piezas de mobiliario, había abrigado ingenuamente la esperanza de que los asesinatos y la muerte no iban a figurar de manera tan prominente en la resolución de los casos como en el pasado, en los viejos tiempos en Estados Unidos. Qué civilizado, qué inglés creía que se había vuelto, mientras que el CRETINO, lo veía cada vez más claro, sencillamente había ido a la suya, y les importaba un piojo que él llevara sombrero de cowboy o bombín, o qué sonidos vocálicos o códigos sociales ocultos ingleses hubiera podido aprender, porque cuando las cartas se pusieran boca arriba, ahí estaría él, un simple pistolero americano a sueldo, conservado en hielo, reservado y preparado para cuando llegara la hora terrible.

Pero si algo tenía Londres es que el dolor del orgullo herido no dolía por mucho tiempo, porque siempre había otro insulto esperando nada más doblar la esquina. Mucho más inquietante resultaba en ese momento la absoluta falta de sorpresa que había mostrado el Cohen ante la noticia de que Werfner estaba en la ciudad. Podía tratarse de un talento oculto del Cohen, el de poner esa cara de póquer, pero, bien pensado, supongamos que...

Lew fue a buscar a los dos Enes, que habían estado comiendo frambuesas marinadas en éter y ahora, entre risitas tontas, se veían incapaces de reprimir sus ganas de cantar y repetir *da capo* una melodía del tercer acto de *Bailando el vals en Whitechapel*, que Nigel acompañaba con acordes de ukelele, así:

¡Oh, pá-
jaro cantor,
de Spital-fields,
todo parece desolador,
sin-sin tu me-
lodía! ¿Cuándo mi
verderón de Brick Lane
gorjeará otra vez,
a mi cerebro latiente,
su amado estribillo
suavemeeente? Aun-
que sea primavera
en Stepney, según dicen,
aquí mi

corazón siente frío y se desespera
como en un mar
embravecido, hasta que mi
pájaro cantor de
Spit-alfields,
posado en sus pequeños tacones,
¡vuelva con pasitos ligeros
a miiií!

(Amada mía, te quiero)

[D.C.]

Durante una pausa para recuperar el aliento, Lew se aventuró a preguntar:

—Vosotros habéis estudiado con el Profesor Renfrew, ¿no?

—Sí, en el Kings —dijo Neville.

—¿Y el Profesor Werfner, con quien nos topamos en el teatro anoche, no se parece a Renfrew como una gota de agua a otra?

—El pelo es distinto —Nigel se divertía.

—Y la manera de vestir era un poco más descuidada, creo —añadió Neville.

—Pero, Neville, fuiste tú el que dijo: «Oh, Nigel, ¿por qué habla el Profesor Renfrew con ese chusco acento alemán?». Y tú dijiste: «Pero, Neville, no puede ser el viejo Renfrew que conocemos, no con esos espantosos zapatos», y luego...

Pero en ese preciso instante Lew vio algo extraordinario, algo que nunca habría creído posible con ese par, y es que estaban intercambiando señales, no exactamente de advertencia sino señas con las manos y los ojos al modo de unos actores en una sátira de vodevil: *estaban interpretando a idiotas británicos*. Tras ese instante luminoso y empañado también comprendió, demasiado tarde en el partido, que Renfrew y Werfner eran la misma y única persona, que lo habían sido desde el principio, que esa persona tenía de algún modo el poder paranormal de estar al menos en dos lugares al mismo tiempo, llevando vidas cotidianas en dos universidades diferentes, y que todos en el CRETINO lo sabían, muy probablemente lo habían sabido desde siempre, todos salvo Lew. ¿Por qué no se lo había contado nadie? ¿Para qué otra cosa estarían utilizándole que requiriera mantenerle tan a oscuras? Debería haberse cabreado, pero supuso que, para tratarse de Londres, no era mayor falta de respeto de la habitual.

Una vez que estuvo dispuesto a aceptar a ambos profesores como una única persona, Lew se sintió curiosamente aliviado, como liberado de una servidumbre cuyos términos nunca hubiera acabado de entender. Bueno. Llevarse su dinero y llamarle tonto. Tan simple como eso.

Se pasó el resto del día en el piso de arriba, entre las estanterías de la biblioteca del CRETINO, intentando reducir un poco su ignorancia. Había varios estantes de libros y manuscritos, algunos en idiomas que no reconocía ni menos aún, sabía leer,

sobre el extraño y útil talento de estar en dos lugares o más a la vez, conocido en los estudios psíquicos desde hacía unos cincuenta años como «bilocación». Los chamanes del norte de África en particular parecían poseer ese talento. La práctica había empezado a conocerse en la antigua Grecia alrededor del siglo VII a.C. y se convirtió en un elemento más de las creencias órficas y, poco más tarde, de las pitagóricas. No se trataba de una posesión por parte de espíritus, demonios o, en definitiva, fuerzas exteriores, sino más bien de un viaje que el chamán emprendía desde el interior, un viaje que tenía una estructura, hasta donde Lew pudo entrever, muy parecida al sueño, en la que una versión de uno mismo se quedaba atrás, casi paralizada salvo para las actividades básicas como roncar, tirarse pedos y darse la vuelta en la cama, mientras otra parte se iba tranquilamente hacia mundos inesperados para cumplir las obligaciones propias de cada uno de ellos, utilizando las habilidades motoras del día a menudo ampliadas con facultades como volar, atravesar paredes, realizar milagros atléticos de fuerza y velocidad... Y este viajero doble no era un espectro ingrátido; los demás podían verlo, sólido y con claridad, de hecho demasiado claramente, pues muchos contaban cómo la figura y el fondo se mantenían separados por una línea, muy marcada y resplandeciente, entre *dos tipos de luz* distintos...

En cierto momento, el Doctor Otto Ghloix, un alienista suizo a quien Lew conocía del comedor del CRETINO, asomó la cabeza por una esquina y ambos entablaron conversación.

—Al parecer, esta persona Renfrew/Werfner padece —opinó al momento el Doctor Ghloix— una profunda y fatal contradicción, más profunda de lo que él pueda apreciar conscientemente, y en consecuencia el conflicto no puede canalizarse hacia otro sitio que no sea hacia fuera, exteriorizarse, y en el mundo exterior se plasma en lo que técnicamente denominamos *Schicksal*, o Destino, con lo que el mundo a su alrededor se ve obligado a sufrir la disyunción que él mismo no puede, no debe, admitir..., y por eso finge ser dos «rivales» que representan los intereses de dos «naciones distintas», las cuales son muy probablemente expresiones seculares de una ruptura en el seno de una única alma dañada.

»Y después de todo, ¿quién mejor que un geógrafo caído para encarnarlo, para ocupar el número XV, El Diablo, alguien que podría haber respondido a una llamada más alta, aprendido las geografías secretas de las *beyules*, o tierras ocultas, y habernos llevado a los demás, con nuestra ruina y polvo, nuestra locura e ignorancia, a la lejana Shambhala y al renacimiento en la Tierra Pura? ¿Existe crimen más censurable que el de traicionar la obligación sagrada por las mezquinas recompensas que pueden recibirse de Whitehall o de la Wilhelmstraße?

—Supongo que lo que me preocupa en este momento —dijo Lew— es cuánta cooperación ha recibido él, supongo que puede decirse «él», por parte de la gente de aquí, del CRETINO.

—Porque nadie le contó lo que sabían.

—Bueno, ¿y no se lo tomaría usted, no sé cómo decirlo, como algo personal?

—Puede que no le haga falta, después de todo en estas órdenes ocultas es bastante frecuente encontrar seglares y sacerdotes, jerarquías de conocimiento de los Misterios, iniciación secreta en cada etapa, y se asume que uno se entera de lo que se ha de enterar sólo cuando llega el momento. Nadie lo decide, es sencillamente la dinámica imperativa que funciona desde dentro del Conocimiento mismo.

—Ya. —Lew fue capaz de mantener una expresión impasible, asentir y liarse en silencio un cigarrillo, que se encendió en el crepúsculo que caía con la brasa del Corona del Doctor Ghloix—. Simplifica las cosas, en cierto sentido —supuso a través de una exhalación de humo turco—. Teniendo en cuenta el tiempo que habría perdido con las pesquisas, intentando que sus dos historias encajaran: relatos de testigos presenciales, talonarios de billetes de transportes, informes de vigilancia, mierda, si algo de eso hubiera llegado alguna vez a un tribunal, uno ya podía despedirse del concepto de coartada, ¿no?

Después de que el Doctor se marchara, se hiciera de noche, Lew encendiera una pequeña lámpara Welsbach sobre la mesa y el gong de la cena sonara, amortiguado por la distancia, ¿quién iba a aparecer más que el Gran, y pronto futuro Asociado, Cohen, sujetando una bandeja con un vaso alto de zumo de chirivía y un análogo vegetariano del Pastel de Cerdo Melton Mowbray sobre un plato de porcelana?

—Le hemos echado en falta en la cena.

—Me parece que he perdido la conciencia del tiempo. Gracias.

—Esta noche hay una lectura poética aquí, la da un tipo indio, rollo místico, todo un éxito entre las hermanas, a lo mejor puede ayudarme a encender el viejo P.L. — con lo que se refería al *Plafond Lumineux*, un moderno dispositivo mixto de manguitos y bombillas eléctricas incandescentes que se extendía formando un arco a lo largo de todo el techo de la biblioteca y se cubría con un toldo transparente de cierto celuloide patentado que suavizaba las fuentes de luz, cuando por fin se habían encendido todas, uniéndolas en una cúpula insondable de una luminosidad mucho más brillante que su suma.

El Cohen miró la mesa donde Lew había estado leyendo y tomando notas.

—Así que bilocación, ¿eh? Un tema fascinante. Imagino que de un especial interés para usted, toda esa historia de ir de aquí para allá atravesando umbrales.

—A lo mejor me hago chamán de mayor, busco un pequeño y acogedor iglú y cuelgo mi placa.

La expresión del Cohen Nookshaft no carecía de comprensión.

—Pues tiene que ponerse manos a la obra y adoptar un enfoque sistemático. Años de estudio, si es eso lo que quiere.

—Si fuera lo que quiero.

Miraban el techo, su suave y constante radiancia.

—Bastante agradable, ¿no le parece? —dijo el Cohen—. Por supuesto, ayuda mantener cierta lealtad a la luz.

—¿Qué quiere decir?

Como si le desvelara un secreto que Lew, sin saber por qué, sentía que por fin estaba preparado para escuchar, el Cohen dijo:

—Somos luz, ¿sabe?, nada más que luz: somos la luz que se les ofrece a los bateadores de críquet al final del día, los ojos brillantes del amado, el resplandor de la cerilla de seguridad en la ventana del edificio alto, las estrellas y nebulosas en plena gloria nocturna, la luna creciente a través de los cables del tranvía, la lámpara de nafta brillando sobre la carretilla del vendedor ambulante... Cuando perdimos nuestro ser etéreo y nos encarnamos, nos ralentizamos, espesamos y congelamos en... —se agarró ambos lados de la cara y los agitó—..., en esto. El alma misma es un recuerdo que conservamos de los tiempos en que nos desplazábamos a la velocidad de la luz y con su densidad. La primera etapa de nuestra Disciplina aquí consiste en aprender cómo se recupera esa rarefacción, esa condición luminosa, para ser de nuevo capaces de ir a donde deseemos, a través de los cuernos de linterna, a través del cristal y, con el tiempo, aunque corramos el riesgo de partirnos por la mitad, a través del espato de Islandia, que es una expresión en cristal de la velocidad de la Tierra mientras corre por el Éter, alterando las dimensiones y creando una refracción doble... —Se detuvo ante la puerta—. Coma algo, es usted un buen chico.

Lo único que en realidad podía hacerse era intentar pillar a Renfrew desprevenido. De camino a Cambridge una vez más: la campiña inglesa, verde y brumosa, retumbando al pasar, las pistas de ladrillo dentro de pequeños túneles que giran con pureza helicoidal, el olor a pantano, la extensión distante de cielo líquido reflejando el Mar del Norte; por primera vez desde hacía mucho, Lew sintió los desolados espasmos estomacales del exilio, y se encontró con que anhelaba Chicago, y se vio una tarde de otoño, con o sin una cita a la que acudir más tarde, a punto de entrar en Kinsley's a la hora de cenar, donde le aguardaba un bistec con su nombre encima.

Y luego se remontó en el tiempo, corriendo por su propio pasado, hasta el momento en que Troth lo había dejado, y se preguntó cuánto de todo aquello le había sucedido en realidad a él y cuánto a la otra versión de Lew Basnight, bilocalizada en algún lugar del que él no podía hacerse una idea clara. Se sumió en uno de esos sueñecitos de media tarde que no duran más que minuto y medio, y soñó con la pequeña FN Browning del calibre 25, el arma de bolsillo de chaleco que siempre llevaba encima, una bonita pieza, estrictamente para autodefensa, no el tipo de arma con la que se saldría a dispararle a nadie... Se despertó cuando una voz, tal vez la suya misma, susurró: «Por no mencionar que es un arma ideal para suicidarse...».

Sooo, alto ahí, detective Basnight. Era normal tener de vez en cuando ese tipo de pensamientos, lo que se conocía en la profesión como Ideas Malhumoradas, y suponía que había conocido o tenido por compañeros de trabajo a más que suficientes

agentes de Pinkerton y soplones que acabaron fichando a la salida antes del final del turno, y quién sabe hasta dónde le habría llevado su propia contrición después de trabajar tanto tiempo como llevaba en el bando equivocado, para la gente equivocada; aunque al menos él había caído pronto en la cuenta, casi desde el principio, de lo poco que en realidad deseaba las recompensas por las que sus colegas se dedicaban a esto: los automóviles, las galas a la orilla del lago, las mujeres deseables y los hombres poderosos útiles que les presentaban, en unos tiempos en que «detective» era la palabra en clave por la que se entendía universalmente «matón de la patronal»...; en algún otro lugar estaba la versión bilocacional de sí mismo, el otro, un tipo de sabueso a lo Sherlock Holmes, luchando contra cerebros criminales que apenas se distinguían de la clase de magnates que contrataban «detectives» para que se chivaran de las actividades sindicales.

Puede que desde el principio hubieran tenido razón todos aquellos católicos con que se había topado en el trabajo, irlandeses y polacos en Chicago, mexicanos en Colorado y demás, y no hubiera nada más en el ciclo repetido de los días que penitencia, aun sin haber pecado nunca, puede que vivir en el mundo no significara más que hacer penitencia... En fin, como había señalado su maestro Drave durante aquel invierno en Chicago, otro argumento a favor de la reencarnación: «Ser incapaz de recordar los pecados de una vida anterior no te exonera de hacer penitencia en ésta. Creer en la realidad de la penitencia es casi tener una prueba del renacimiento».

Lew encontró a Renfrew en un estado de agitación, casi de desesperación, como jamás había visto antes. El Profesor llevaba zapatos desparejos, bebía agua de un jarrón de flores y su pelo estaba casi tan descuidado como el de Werfner la otra noche. Lew pensó en dejar caer unos cuantos comentarios intencionados sobre Jack el Destripador, sólo para ver cómo reaccionaba, pero creyó que a esas alturas Renfrew o bien sabía que Lew estaba al tanto de la verdadera historia, o bien, lo cual era más probable, le daba igual, y en cualquier caso sería una distracción del asunto que se traía entre manos, del que Lew todavía no tenía la menor idea. Mientras tanto, Renfrew había descolgado de la pared un gigantesco mapa de los Balcanes de escala uno seiscientos mil, en varios colores que raramente se encontraban pero que se aproximaban al rosa, al amatista, al oropimento y al cerúleo.

—El mejor método para estudiar los Balcanes —le instruyó Renfrew— no es mirar los elementos aisladamente, porque al cabo de un rato uno empieza a correr por la habitación gritando como un loco, sino todos juntos, reunidos en una única instantánea atemporal, del mismo modo en que los maestros del ajedrez contemplan el tablero.

»Las vías férreas parecen ser la clave. Si uno no aparta la mirada del mapa mientras retrocede lentamente por la habitación, a cierta precisa distancia, el principio estructural salta de golpe a la vista: cómo se conectan las diferentes líneas, cómo no,

dónde pueden querer conectarlas los diversos intereses existentes..., todos estos patrones definidores de movimiento, no sólo los reales sino también los invisibles, los potenciales, y hasta tipos de cambio como los que determinan cuán rápido puede desplazarse una masa relevante hacia una frontera dada..., y más allá subyace una teleología, en la medida en que el sistema ferroviario evoluciona hacia cierta forma, hacia cierto destino... Dios mío, empiezo a hablar como Werfner.

»Pobre hombre. Esta vez me temo que se ha metido en un berenjenal del que no puede sacarle ningún tren de ninguna línea conocida de ferrocarril. Ha estado trabajando en su propia solución a largo plazo de la Cuestión Macedonia, el gran secreto entre los secretos de la Wilhelmstraße, y que sólo recientemente ha llamado mi atención. Su plan —una mano colocada como si sostuviera un puntero— consiste, menuda insensatez, en instalar por toda la península, a partir de este punto, un poco al este de Sofía, aquí, y resiguiendo más o menos la Cordillera Balcánica y la Sredna Gora, que coincide con la frontera superior de la antigua Rumelia Oriental, hasta llegar por fin al Mar Negro, *das Interdikt*, como él lo llama, de más de trescientos veinte kilómetros de largo, invisible, a la espera de ciertos pasos en falso inesperados, pero una vez que se ponga en marcha será irreversible, implacable... —Se quedó en silencio, como si cierto agente hubiera estado escuchando y le hubiera ordenado silenciosamente que no dijera más.

—Y este asunto del *Interdikt*, ¿qué era exactamente? —Lew tuvo la repentina certidumbre de que en ese mismo momento, en Gotinga, un Lew bilocacional estaba planteándole a Werfner la misma pregunta, cuya respuesta ninguno de los dos que era él quería escuchar pero no podía dejar de plantear. Y de que, en ambos lugares, ambos Lew Basnights estarían recibiendo la misma mirada ofendida.

Era evidente que no había dormido mucho últimamente, y Renfrew suspiró con intención:

—Lleva mucho tiempo estudiándose en Charlottenburg, se lo aseguro.

—Gracias, Profesor, eso lo aclara del todo. ¡Bueno! Si no hay nada pendiente me parece que me voy a tomar algo mientras analizo el asunto en profundidad. ¿Quiere acompañarme?

—Tiene que ver con el Caballero de las Bombas —soltó Renfrew—, oh, el Caballero de las B. está ciertamente muy metido en esto, lo que convierte su inmediata detección y detención en un asunto mucho más urgente, ¿me entiende?

Lew, que no lo entendía, se detuvo en la puerta con una ceja levantada, animándole a que siguiera.

—Se ha informado de su presencia en los alrededores de Cambridge —dijo Renfrew, casi molesto—, merodeando por Fenner, como si estuviera reconociendo el terreno.

—¿Y cuándo se juega el próximo partido de críquet?

—Mañana, con I.Z.

—Muy bien, pongamos que ha planeado lanzar uno de sus artefactos especiales de asfixia, ¿qué tiene eso que ver con el plan *Interdikt* de su... —puede que vacilara un poco antes de añadir—, de su colega el Doctor Werfner?

No hubo respuesta, sólo un zigzaguo de su cara insomne ante el mapa multicolor, al que se había acercado tanto que la nariz le quedaba a sólo un par de centímetros, unos quince kilómetros, por encima del terreno.

—¿Gas venenoso? ¿Werfner piensa utilizarlo de algún modo como parte de este *Interdikt*?

—No puedo decirlo, de hecho —susurró.

—Pero el Caballero de las Bombas podría ser más locuaz si alguien le detuviera el tiempo necesario para interrogarle, ¿se trata de eso? Bueno, veré si puedo reunir más gente para mañana, y a lo mejor tenemos suerte con ese pirado.

Lew se acercó al campo de cricket de Fenner, a la luz mortecina de aquella hora, con el cielo amenazando lluvia, sólo para echar un vistazo. Siempre cabía la posibilidad, francamente atractiva, de que al final resultara que Renfrew había perdido la cabeza debido al estrés de los acontecimientos internacionales. Ciertamente eso haría más fácil la vida de Lew. Pero, un momento... ¿quién era ese que estaba en el sendero de ceniza, en la podredumbre de la luz de última hora de la tarde, con el mundo repentinamente evacuado, como en respuesta a una advertencia cívica que todos salvo Lew hubieran oído?

Observó las manos y los pies de la figura, esperando la aparición, en la penumbra cada vez más densa, de una esfera de cierto tamaño. Se desabotonó la chaqueta del traje y el peso de la pequeña Browning osciló suavemente, a su alcance. La figura tal vez se percatara, porque empezó a alejarse.

—Eh, ¿no nos conocemos? —preguntó Lew con el acento más americano de que fue capaz, dada la nubosidad e incertidumbre de la hora.

La respuesta fue una risa inesperadamente alegre y un apresurado desvanecerse en la noche y la lluvia que se aproximaba. Cuando empezó a caer una suave llovizna, el extraño ya había desaparecido por completo; no hizo acto de presencia al día siguiente, y el partido, que se disputó en un terreno bastante húmedo, lo acabaron ganando I Zingari por ocho *wickets*.

De vuelta en Londres, Lew se acercó a Cheapside para consultar al Doctor Coombs De Bottle, que parecía un poco más andrajoso e inquieto que la última vez.

—Es la décima o puede que la centésima persona que me pregunta por el cloruro de carbonilo esta semana. Algo en ese orden de magnitud. La última vez que la jerarquía mostró tanta curiosidad fue después de la Incursión de Jameson. Ahora nos están volviendo locos otra vez. ¿Qué cree que se está tramando?

—Esperaba que usted me lo dijera. Acabo de divisar a lo lejos a nuestro viejo amigo el Caballero de las Bombas, en Cambridge, pero estaba demasiado oscuro para

dispararle. Lo que ustedes llaman mala luz.

—Los Metropolitanos guardan un curioso silencio sobre él últimamente. Yo esperaba más bien que hubiera dejado el país, como Jack el Destripador o algo así.

—Esa historia sobre el fosgeno de la que he oído hablar..., es algo distinto, más bien como una palanca de disparo que está ahí hasta que un objetivo se acerca, y todo a una escala mucho mayor que un solitario lanzador de bombas.

—Parece una combinación de proyector de gas y mina terrestre —comentó en un tono de leve asombro, como si fuera algo completamente nuevo para él.

—Pues es todo lo que sé. Un poco incompleto, me temo.

—El fosgeno se volatiliza a ocho grados, así que tendría que ser almacenado en depósitos de presión de algún tipo. La palanca, mediante un mecanismo apropiado, sencillamente abriría una válvula. La presión en el depósito sería más o menos alta dependiendo de la fuerza con la que se quisiera proyectar el gas. Tal como yo lo entiendo, la teoría consiste en dirigir el agente a lo largo de una línea, pongamos contra unas líneas de soldados que avanzaran. Se calcula en peso desplegado por unidad de longitud de línea, pongamos en kilos por metros, por hora.

—Pongamos mejor toneladas por kilómetros.

—Dios mío. ¿Qué envergadura tiene esto?

—Los chicos del Ministerio de la Guerra ya deben de saberlo, pero la cifra que tengo es de trescientos veinte kilómetros. Usted podría hablar con ellos.

El Cohen tendía a una visión filosófica.

—Imaginemos que el Caballero de las B. no sea un simple terrorista sino un ángel, en el antiguo sentido de «mensajero», y que en la letal nube que trae, pese a su olor insoportable, el sofoco corrosivo, hay un mensaje. —Según Coombs De Bottle, algunos sí sobrevivieron a los ataques. Incluso en los casos fatales podría haber un retraso de hasta cuarenta y ocho horas. Se sabía que el tratamiento que funcionaba requería cuatro o cinco horas de absoluto reposo—. Así que el fosgeno no es una garantía de muerte segura —dijo el Cohen—. Y puede que, al fin y al cabo, no se pretenda que mueran las víctimas, tal vez la intención del Mensajero sea benévola, un modo de obligar a la inmovilidad, en el que la supervivencia dependa de un estado de quiescencia en el que su mensaje pueda ser estudiado con calma y posiblemente, más tarde, obedecido...

Entonces, una mañana, Lew entró a trompicones en el salón del desayuno y descubrió que todos se habían marchado. Si hubiera ocurrido en Colorado, eso habría indicado la visita inminente de un grupo de buen tamaño, sin duda armado y con ganas de apretar el gatillo, en cuyo caso irse de la ciudad no habría sido más que un paso prudente. Pero nadie en particular se presentó por Chunxton Crescent. Lew esperó, pero el lugar sencillamente parecía seguir tal cual, respirando en silencio, los pasillos vacíos, las superficies de las paredes, de dentro y de fuera, devolviendo ecos

que llegaban a cada oreja con una diminuta fracción de segundo de diferencia, produciendo la ilusión de la presencia de espíritus que repetían las palabras de los vivos. Los acólitos y los sirvientes andaban por allí como siempre, sin mucho que decir. El Cohen Nookshaft y Madame Eskimov habían desaparecido, Neville y Nigel también, nadie parecía ya al cargo de la institución. Siguieron llegando los pedidos de carbón, hielo, leche, pan, mantequilla, huevos y queso.

Llovía. La lluvia caía sobre las estatuas del jardín. Goteaba de las narices de sátiros y ninfas. Lew contempló una fotografía de Yashmeen a la luz gris que entraba a través de las ventanas que daban al jardín. Había recibido una postal suya hacía una semana; llevaba sellos suizos oficiales, así como el membrete rojo brillante del hotel privado del Sanatorium Böpfl-Spazzoletta, y en ella decía que se iba a Buda-Pest, sin explicar el motivo. Una joven despreocupada de turismo por el continente, le pareció a Lew. Salvo que los mismos sellos rojos aparecían por todas partes entre la correspondencia diaria de Chunxton Crescent, como gotas de sangre en la nieve. Tarjetas postales, sobres de diferentes tamaños que no era probable que hubiera enviado Yashmeen. ¿Era ahí adónde habían ido todos, a Suiza? Sin decírselo a Lew, claro. Pistolero a sueldo y todo lo demás, no hacía falta que se enterara, y no había más que hablar.

Repasó sus opciones. Ya no quedaba nadie con quien pudiera hablar, hasta Otto Ghloix había desaparecido, sin duda estaría de vuelta en su Suiza natal con todos los demás. Lew debería haberse sentido más abandonado de lo que en realidad se sentía, pero extrañamente tenía la impresión de que se había liberado de un mal contrato. Fuera lo que fuese lo que los alterara, a ninguno de ellos se le había ocurrido que Lew pudiera servirles de algo. Pues, en ese caso, muy bien. En esta ciudad habría suficiente trabajo de detective para tener satisfechos a los recaudadores de impuestos, y hacía mucho tiempo que Lew se había establecido por su cuenta. El CRETINO podía contratar tranquilamente a otro gorila.

—¡Pero es tu destino! —suplicó el Cohen.

—Sí, Lewis, aquí, dale una calada a esto y piénsatelo mejor.

—Lo siento, chicos. No voy a seguir persiguiendo cartas del Tarot, no, de ahora en adelante me dedicaré a maridos angustiados, collares perdidos y venenos exóticos, gracias.

Y aunque no fuese eso exactamente lo que él era —aunque, sin haber deseado ya gran cosa desde hacía tiempo, no fuese eso exactamente lo que él «quería»—, al menos estaba resuelto a no tener que volver nunca, a no acabar nunca más en el sendero que atravesaba el páramo como recadero de enigmas, aullando a la inexpresiva e insensible luna.

Cuatro Contra el día

El primer destino de Cyprian fue Trieste, donde debía controlar los muelles y el trasiego de emigrantes a América, con viajes esporádicos a Fiume y rondas de vigilancia por la fábrica de torpedos Whitehead y el puerto de petróleo, así como por la costa hasta Zengg, sede del cada vez más vigoroso movimiento Neo-Uskok, que debía su nombre a la comunidad de exiliados del siglo XVI que en el pasado había dominado esta punta del Adriático, siendo por entonces una amenaza tanto para Venecia por mar como para los turcos montañas adentro, y en la actualidad todavía un grupo entregado, para el cual la amenaza de la invasión turca, inmediata y sin piedad, seguía viva y comprobable. Quienes seguían esperando a lo largo de toda la Frontera Militar, noche y día, la fatídica apertura de la brecha, guarneciendo las antiguas atalayas y anotando en los mapas militares de la región cada diminuta chispa que aparecía en la noche terrestre, su posición en la brújula y su magnitud, siempre preparadas la yesca seca y la parafina para las almenaras de alarma, sin permitirse jamás reposar más de medio minuto antes de la llegada de la luz. Implicaciones obvias para la Cuestión Macedonia. El Cielo sabría a qué esotérica oficina irían a parar los informes sobre los Neo-Uskoks de Cyprian.

Trieste y Fiume, cada una a un lado de la península de Istria, se habían convertido en puntos a los que convergían aquellos que en Austria-Hungría querían embarcarse con rumbo al oeste. La mayoría de los que formaban aquel fluir diario de almas eran personas honestas, aunque bastantes viajaban disfrazadas, lo que obligaba a Cyprian a merodear todo el día por el muelle y llevar detallados registros de quién iba a América, quién volvía, quién estaba aquí por primera vez. Entradas y Salidas, como débitos y créditos, se anotaban en las páginas opuestas de su cuaderno de agente. Tras unos años escribiendo con letras diferentes para que no lo reconocieran, de ahí el exuberante carnaval de identidades que ocupaba su escritura, había vuelto a su letra de colegial, a remotas Vísperas, cuando el antiguo órgano de la capilla aullaba mientras se apagaba la última luz y se cerraba la puerta para la larga noche.

Al anochecer, se le veía todavía demorándose por los muelles, mirando al mar. No era el trabajo lo que le retenía, las puestas de sol tenían prioridad. La promesa de la noche..., una densidad de posibilidades que decididamente no podían encontrarse en lugares como Zengg. Los marineros, no hacía falta decirlo, criaturas marinas por todas partes. Un cielo de carne azul y lechosa que se volvía bermellón hacia el mar, la luz teatralmente coloreada que retrocedía para manchar todas las superficies encaradas al oeste...

El descenso de Cyprian al mundo secreto había empezado hacía sólo un año en Viena, en el curso de otra noche de vagabundeo despreocupado por el Prater. Sin pensar, había entablado conversación con un par de rusos, a quienes, con su ingenuidad de por entonces, tomó por turistas.

—Pero usted vive aquí, en Viena, no entendemos, ¿qué es lo que hace?

—Lo menos que pueda, espero.

—Se refiere a qué se dedica —dijo el otro.

—A ser amable. ¿Y ustedes?

—¿En este momento? A hacerle un pequeño favor a un amigo.

—Ah..., disculpen, ¿un amigo de ambos? Pues sí que somos amigables todos.

—Es una pena que no se deba pelear con sodomitas. La insolencia en su voz, Misha, su cara..., alguien tendría que hacer algo.

—Su amigo, quizás —replicó el descarado Cyprian—. Al que tampoco le importa mucho la insolencia, espero.

—Todo lo contrario, la agradece.

—Como algo que debe soportar con paciencia —dijo manteniendo la cabeza un poco desviada, pero lanzándoles miradas a hurtadillas, hacia arriba y ladeadas, a través de unas pestañas inquietas.

El otro se rió.

—Como una ocasión de corregir una costumbre perversa que no aprueba.

—¿Y es también ruso, como ustedes? ¿Un buen degustador del *knout*, tal vez?

Ni siquiera hubo una pausa.

—Prefiere que sus compañeros no estén marcados. Sin embargo, yo que usted me lo pensaría dos veces antes de utilizar su interesante boca, mientras siga siendo suya.

Cyprian asintió, como arrepentido. El exquisito reflejo del temor rectal que le recorrió el cuerpo podría haber sido un simple encogimiento ante una amenaza o ante la traición de un deseo que él intentaba, pero no podía, controlar.

—¿Otro Capuziner? —le ofreció el segundo hombre.

El precio que acordaron no era tan elevado como para provocar más curiosidad de la habitual, aunque, desde luego, surgió la cuestión de la discreción.

—Hay esposa, hijos, relaciones públicas, los obstáculos habituales que, imagino, a estas alturas ya sabrá cómo salvar. Nuestro amigo es muy claro al respecto: su reputación tiene una importancia absoluta para él. Cualquier mención de su persona a nadie, por trivial que sea, llegará a sus oídos. Tiene a su cargo recursos que le permiten enterarse de todo lo que se dice. De todo lo que dicen todos. Incluso usted, acurrucado en su frágil nido con algún viril visitante que usted se imagina que de verdad quiere «mantenerle», o fanfarroneando ante otro pobre mariposón: «Oh, él me regaló esto, él me compró lo otro»..., en cada momento de su vida debe *cuidar lo que dice*, pues tarde o temprano sus palabras exactas serán recuperadas, y si son las equivocadas, entonces, mi pequeña damisela, tendrá que salir por piernas si quiere conservar la vida.

—Y no se crea que su «patria» es un lugar muy seguro —añadió su compañero—, porque en Inglaterra no nos faltan medios. No le quitaremos ojo, allá donde le lleven esas alitas.

A Cyprian no se le ocurrió que esa ciudad tuviera nada más que revelarle aparte de la promesa de una obediencia irreflexiva, noche y día, al tirón de la correa del deseo. Sin duda, descubrir que más allá del Prater, verdadero depósito de guaperas Continentales, Viena podía exhibir comportamientos incluso un poco más complejos, sobre todo con (parecía imposible no suponerlo) una dimensión política, hizo caer en picado sus coeficientes de aburrimiento y, como era de esperar, disparó varios dispositivos de alarma que emitieron un chillido seductor. Tal vez el par de intermediarios ya habían detectado en él esas expectativas superficiales. Le dieron una tarjeta con una dirección impresa, una dirección de Leopoldstadt, el barrio judío situado al norte del Prater, al otro lado de las vías de ferrocarril.

—Así que un amigo judío, parece...

—Tal vez un día una charla en profundidad sobre cuestiones hebraicas pueda serle de algún provecho, financiero y también educativo. Mientras tanto, procedamos siguiendo los pasos pertinentes.

Por un instante, un aleteo de desolada ausencia barrió las mesas del jardín del restaurante Eisvogel, eclipsando cualquier futuro imaginable. Desde algún lugar cercano a la Noria llegó la cadencia infernal de otro vals gorjeante.

Los rusos, que dijeron llamarse Misha y Grisha, tras conseguir una de sus direcciones, un café en el Bezirk IX, empezaron a dejarle mensajes casi semanalmente, fijando citas en rincones poco frecuentados de toda la ciudad. Al ver que cada vez era más vigilado, algo que quizá querían que supiera, pasaba menos tiempo en el Prater y más en los cafés leyendo periódicos. También empezó a hacer excursiones diarias, que a veces se prolongaban a toda la noche, para comprobar qué radio de libertad le concedían los vigilantes.

Sin tiempo para prepararse, le convocaron por fin una noche en la dirección de Leopoldstadt. El sirviente que abrió la puerta era alto, cruel y callado, y casi antes de que Cyprian atravesara el umbral, lo esposaron y le vendaron los ojos, y luego lo empujaron sin miramientos por un pasillo y algunas escaleras hasta una habitación con una peculiar carencia de eco, donde lo desataron sólo el tiempo requerido para desnudarlo y luego lo volvieron a atar.

El Coronel en persona le quitó la venda de los ojos. Llevaba gafas con montura de acero, y la estructura ósea de debajo, con su cuero cabelludo concienzudamente afeitado, delataba al aplicado estudiante de etnofisionomía, incluso a la luz agotada de la sala, su sangre no prusiana, de hecho cripto-oriental. Escogió un bastón de caña y, sin decir palabra, pasó a utilizarlo sobre el cuerpo desprotegido de Cyprian. Como estaba fuertemente encadenado, no pudo oponer mucha resistencia, y su indesmayable erección habría convertido en poco convincente cualquier protesta.

Y así empezaron esas citas secretas, siempre en silencio. Cyprian probó a ponerse diferentes disfraces, a cambiar de maquillaje y peinado en una tentativa de dar lugar a algún comentario, pero el Coronel estaba mucho más interesado en azotarle, sin decir

palabra y, a menudo, empleando una extraña delicadeza en el toque, hasta alcanzar el clímax.

Una noche, cerca del Volksgarten, Cyprian vagaba sin propósito por las calles cuando, desde algún punto no muy claro al principio, le llegó un coro de voces masculinas enronquecidas tras horas de repetir la canción *Ritter Georg Hoch!*, el viejo himno panalemán y, esos días, ahí, en Viena, también un canto antisemita. Comprendió de inmediato que convenía evitar a ese grupo, y se metió en la primera bodega que encontró, donde fue a toparse nada menos que con el bueno de Ratty McHugh, condiscípulo de la escuela. Al ver una cara de un pasado inmediata y sensiblemente más inocente, empezó a sollozar, no tanto como para avergonzar a nadie pero sí lo suficiente como para que el bueno de Ratty se sintiera impelido a preguntar.

Pese a que Cyprian ya se había hecho una idea más que clara de las consecuencias que tendría hablar de sus relaciones con el Coronel —la muerte, ciertamente, no estaba excluida, ni menos aún la tortura, y no del tipo placentero que esperaba de su misterioso cliente sino de la de verdad—, aun así se vio tentado, casi sexualmente, a contárselo todo a Ratty con una prisa inconsciente, aunque sólo fuera para comprobar cuánta información le llegaba en realidad al Coronel y qué pasaría luego. Intuitivamente no había querido investigar para quién trabajaba su viejo colega y, en concreto, en qué Servicio. Con la sensación de estar dando un paso dentro de una habitación sin luz y narcóticamente perfumada, calibrando la seducción de su tono, susurró:

—¿Podrías sacarme de Viena?

—¿En qué clase de problema te has metido? —quiso saber lógicamente Ratty—. En qué clase de problema exactamente...

—«Exactamente»...

—Mantengo contacto regular con gente que podría ayudarte. Aunque no puedo hablar por ellos, mi impresión es que, cuanto más detalladas sean tus explicaciones, más dispuestos estarán a colaborar. —El bueno de Ratty nunca había hablado con tanta cautela.

—Mira —Cyprian imaginó que podía explicarlo—, no se trata de que uno *quiera* vivir de esta manera... «Oh, sí, qué te voy a contar, mi plan era hacer carrera en la sodomía». Pero, y puede que más en el Trinity que en el King's, si uno quería algo remotamente parecido a una vida social, era la máscara que había que ponerse. Ineludible, de verdad. Las expectativas, para la mayoría de nosotros, eran que todo quedara olvidado después del último baile de la Semana de Mayo, y sin hacer daño a nadie. ¿Quién habría previsto, aparte de la actriz que se enamora del protagonista, que la ficción resultaría al fin más deseable, y extrañamente más duradera, que cuanto podía ofrecer el mundo civil...?

Ratty, bendito fuera, no parpadeó más de lo habitual.

—Mis alternativas eran menos coloristas. Whitehall, Blackpool. Pero tengo que decírtelo, tendrías que hacer ciertos cambios en tu personaje.

—Que propondría tu gente. Son tipos duros, ¿verdad?

—Viriles como ellos solos, con poca o ninguna paciencia para nada más.

—Caramba, son mi tipo. ¿Sigues tan aficionado a hacer apuestas descabelladas como en tu periodo de Newmarket? En las circunstancias oportunas, te apostaré a que puedo seducir a cualquier miembro de la viril brigada que elijas. No me costará más de una noche.

Al cabo de una semana, Ratty le había organizado una cita con Derrick Theign, un funcionario alto y agobiado que, por su acento, debía de llevar destinado allí bastante tiempo.

—Supongo que me gusta esto, más de lo que debería, o eso me han dicho. Aunque con tantos informes saliéndole a uno por las orejas, cómo se va a encontrar tiempo para nada de..., bueno, de lo otro, si es que uno fantasea con ese tipo de cosas, algo que, claro, no se hace mucho, no demasiado.

—«No demasiado», ay, Dios.

—Pero debo reconocer que me encantan estas chucherías de chocolate y frambuesa,...¿le molestaría si pidiéramos..., tal vez unos cuantos, no para llevárnoslos, sino para *comer aquí*, aunque tengamos que hacerlo *más rápido* de lo que sería...?

—Derrick, si me permites que te tutee, ¿te estoy poniendo «nervioso»? ¿Yo, pequeño, soso e inofensivo? ¿No sería mejor que...?

—No, en absoluto, sólo que..., umm... Olvídalo. Sólo que..., no sé...

—Sí, sigue, por favor, «sólo que» ¿qué?

—El maquillaje, ya sabes, me parece...

—Sí, vaya, ¿me han quedado mal los ojos otra vez? Siempre me pasa. ¿De qué lado es esta noche?

—No, no, está bien, de hecho todo parece..., bueno, esplendoroso, para serte sincero.

—Vaya, vaya, Derrick.

—¿Lo haces tú solo?, ¿te ayuda alguien?

—Sabes quién es Zsuzsa, ¿no? Pues me he pasado casi toda la tarde en el salón, ella es la única indicada cuando..., ya sabes, cuando tienes una de esas pequeñas premoniciones de que estás a punto de conocer a alguien que no te puedes perder...

—Ahí, muy bien, ésa es la sonrisa que quiero, exactamente ésa, ahora sostenía ahí y no te alarmes, pero en este momento no estamos pasando inadvertidos.

—¿Dónde?

—Sólo pasaban... por allí.

—Ah.

—Ya han pasado más de una vez; si no me equivoco, han salido del grupo de Misha y Grisha. Te has relacionado con gente muy colorista, Latewood. Ahora..., dentro de un momento volverán y retrocederán otra vez, y entonces más vale que tenga mi mano en tu rodilla, ¿te molestaría?

—Bueno... ¿en qué rodilla estás pensando?

—Sí, aquí están otra vez.

—Umm.

—Y ahora, y con la mayor naturalidad posible, nos levantaremos y nos marcharemos juntos, dejando que nos sigan. ¿Conoces el Hotel Neue Mutzenbacher, cerca de las Cuadras Imperiales?

—He oído hablar de él. Parece más bien un museo del mal gusto, personalmente no soñaría con entrar ahí.

—¿De verdad? Pues a mí siempre me ha parecido un lugar bastante divertido.

—¿«Siempre», Derrick? ¿Es que... eres cliente habitual del Mutzi?

—Su decoración se ve compensada con creces por sus útiles MSA, o Medios de Salida Alternativos, es decir, si no te molestan algunas aguas residuales.

—Uno va desarrollando cierta tolerancia..., aunque, escucha, si tú y los de tu grupo lo utilizáis, ¿no lo conocerán también los buenos de M. y G.?

—Es posible; aun así, tendrán que esperar un poco fuera, ¿verdad?, para asegurarse, antes de irrumpir.

—Asegurarse de...

—De mi propia presencia.

—¿Y tardarán mucho?

—Ni idea. Lo bastante, espero. ¿Cuánto duran tus citas de media, Cyprian?

—A veces se alargan horas y horas. Depende de lo caprichoso que sea él, claro.

—Sí, aunque muchos deben de aburrirse rápido..., ah, qué bien, ahí está la Stiftskaserne, ya no falta mucho...

El *Fiaker* los llevó hacia el sur, hacia la fracción enrojecida de la luna, con las luces de la ciudad convergiendo a sus espaldas, el conductor tarareando para sí la pertinente *Fiakerlieder*, aunque reprimiéndose para no cantar a voz en cuello.

—Éste no es el camino a la estación.

—Sí, a la Süd-Bahnhof.

—Pero de ahí se sale para Trieste, no para casa. ¿Derrick? No quiero ir a Trieste... Se supone que debería ir en la dirección contraria, ¿no?, hacia Ostende, hacia... —Ya no pudo repetir «casa».

—Con un poco de suerte, ellos también pensarán que queremos subir en el Ostende Express, así que tal vez manden a su gente a la Staatsbahn. Un ejercicio clásico de confusión de direcciones, relájate, no te preocupes, a su debido tiempo te

encaminaremos en la dirección correcta. Si es que es eso lo que de verdad quieres. Aquí tienes los billetes, documentos de tránsito, carta de crédito, dinero de bolsillo...

—¿Mil Kreuzer? Si no son ni diez libras.

—Ay, ay, ay. ¿Cuál era tu tarifa habitual?

Cyprian le devolvió la mirada con descaro.

—Lo mínimo que uno se saca en Viena son treinta K. al día.

—Pues allá donde vas creo que la vida te parecerá menos cara. En cuanto a «casa» —las luces de las farolas eléctricas que iban dejando atrás destellaban, como el foco de una prisión, sobre los cristales de sus gafas—, podrías plantearte hasta qué punto es coherente para ti vincular esa palabra con «Inglaterra». Por curioso que parezca, puede que sea más seguro Trieste..., o algún otro lugar *más al este* aún.

Le resultaba difícil distinguir sus ojos, pero por la postura de los hombros y las modulaciones de los labios, Cyprian pudo entender parte de lo que no estaba diciendo. Al cabo de un rato de entretenimiento psicorrectal, dijo:

—Entre los turcos, supongo que quieres decir.

—Un reflejo casi encantador, Latewood, si no fuera tan predecible entre los tuyos. Sí, abandonar, y no sería la primera vez, las peligrosas polifonías con las que debo tratar a diario y sustituirlas por esas melodías de burdel de una sola nota...; claro que me refiero a los turcos, con todo su equipamiento de fábula y demás. Justamente.

—Umm. —Cyprian miró al agente bañado en sombras—. Estás *enredado*, ¿verdad?, al menos por el momento. No pasa nada, no me sorprende, eres atractivo, con esos aires de tipo curtido.

—Pues sí. Por eso acaban sobre mi mesa todos los expedientes sodomitas. Oh, pero —añadió sacudiendo vigorosamente la cabeza como si saliera de un trance— ¿me estaba quejando otra vez? No sabes cuánto lo siento, a veces sencillamente me sale, como tú dirías, *a chorros*...

Los rusos no supusieron un gran problema.

—Puedes elegir entre *Kuppelei* sencillo o cualificado, Misha.

—Soy Grisha.

—Tanto da, será la única opción que se os ofrecerá. Seis meses o cinco años. Si os empeñáis en poner las cosas difíciles, sacaremos a relucir documentos que demuestran que el pobrecito Cyprian era vuestro pupilo legal en la época en que lo empujasteis, con falsedades, a una vida inmoral..., y eso puede llevaros a pasar cinco años en una prisión de los Habsburgo, con toda probabilidad confinados en una celda al estilo belga, medio kilo de pan al día, carne y sopa de vez en cuando, según me han dicho, mejor que ser un hombre libre normal en tu Rusia nativa, aunque tal vez sea una perspectiva sombría para un epicúreo del rango que tú has llegado a ocupar...

En cierto momento, se decidió que Cyprian podía ser informado sin riesgos de que su paradero y sus planes a medio plazo, casi antes de que se hubieran resuelto del todo los detalles, ya eran conocidos por el Coronel, quien, según se enteró entonces Cyprian, se había especializado en la política eslava meridional, así como en prácticas sexuales, entre las cuales se creía que se contaban las irregularidades de género.

—¡Croacia-Eslovenia! Pero si eso es...

—¿Sí?

—Su jardín de las delicias. Tarde o temprano acabará yendo, y entonces me matará, o me matará alguno de los rusos, oh *gracias*, Theign, *muchas gracias*.

—Yo no me preocuparía por ellos. Ya no estás en su lista.

—¿Desde cuándo? ¿Y por qué no?

—No me digas que estás decepcionado. Desde que detuvieron a tu Coronel —se sacó con cuidado un reloj-calendario suizo de bronce de cañón y porcelana negra, y lo consultó detenidamente—, en concreto, el jueves pasado. Vaya, ¿se nos olvidó decírtelo?, no sabes cuánto lo siento. No, ya no está en escena. Ese capítulo se ha cerrado. Hemos avanzado. Aunque en esta profesión nunca es demasiado extravagante imaginar un reencuentro algún día, sobre todo porque podrías, tengo que admitir que inexplicablemente, haberle caído en gracia.

—Ni aunque Inglaterra espere tal cosa, Theign.

—Oh —se encogió de hombros—, sí, me han dado a entender que una pizca de reprensión tal vez sí se aplique, básicamente *pro forma*, pero poco más aparte de eso...

—Esa gente no, por el amor de Dios, incluso el necio más estúpido de su lista sabe bien que, si te das la vuelta, mueres. Reprensión. ¿De qué remoto planeta de mierda vienes?

—Conocemos bien a «esa gente», Latewood.

Cyprian se puso reflexivo.

—Todo son noticias importantes, sin duda, pero ¿por qué me las cuentas? ¿Por qué no me mantienes en la ignorancia y el miedo, para variar?

—Digamos que estamos empezando a fiarnos de ti.

—Se ríe, con amargura.

—Pues digamos que se trataba de algo que incluso tú tenías que saber...

—... para que te responda a lo que te dispones a pedirme.

En Trieste al menos podía imaginarse madurando hasta alcanzar cierta hombría, incluso convirtiéndose en un viejo agente del Adriático Superior; un sueño peligroso, porque no tardó en darse cuenta de lo poco que contaba su opinión en la decisión del lugar donde sería destinado a partir de ahora. Aun así, ¿qué desenlace podía esperar de este drama? La Sección Extranjera lo estaba utilizando tan inequívocamente como

cualquiera de sus antiguos clientes. El mismo *ahora di esto, ahora ponte lo otro, ahora haz aquello*. Si su destino había sido desde el principio el de ser un objeto administrado por otro, ¿por qué simplemente no se enrolaba en la Armada, en cualquier armada, y acababa con todo aquello de una vez?

Derrick Theign, cuyo nombre en clave era «Buen Pastor», aparecía cada pocos meses, siempre llegaba por la noche y se alojaba en la misma suite del Métropole — reservada para él desde los tiempos en que también era conocido como Buon Pastore —, donde nunca pasaba más de una noche, y luego se marchaba, a Semlin o, más frecuentemente, a Zagreb, y a otros lugares del este cuyos nombres nunca se pronunciaban en voz alta, no tanto por cautela como por miedo. Las reuniones con Cyprian nunca tenían que ver con nada de especial importancia, a menos que se le diera tal consideración a ciertos silencios espesos que a menudo se prolongaban incómodamente mientras estaban sentados bebiendo juntos entre la felpa roja y el bronce dorado. Cyprian empezó a preguntarse si Theign no estaría buscando pretextos para repetir ese ciclo de llegar, quedarse callado, conseguir lo que debía imaginar como cierto *control de sí mismo*, hacer las maletas bruscamente al día siguiente y marcharse. La despreocupación de Cyprian había llegado a tal extremo que ni siquiera se molestaba en preguntarle a su supervisor sobre el terreno qué se estaba tramando. El asunto de Venecia surgió de improviso y lo cogió desprevenido.

—Venecia.

—No es un lugar descabellado para un destino de escucha. Ha ocupado un fatídico vértice geopolítico desde que se situó en la antigua intersección de los imperios de Occidente y de Oriente, y ahí sigue en la actualidad, aunque los imperios hayan mutado a su alrededor, y el del Profeta siga esperando su momento terrible, y la protección del de Cristo esté ahora en manos de Viena y San Petersburgo, mientras que los imperios más recientes ya no tienen mucha relación con Dios, pues Prusia adora poco más que el esplendor militar y Gran Bretaña sólo rinde culto a su propio reflejo mítico, reajustado a diario en espejos de conquista remota.

—¿Qué había preguntado yo?

No tardaron en instalarse en una acogedora, casi hogareña, *pensione* de Santa Croce, a unos pasos de la estación de tren y el puente de Mestre. En ese momento estaban sentados a la mesa de la cocina con una botella de grappa y una lata de curiosas galletas. Una especie de extraño queso de leche de oveja de Crotona. Fuera se oían los pitidos de los vehículos de vapor.

Cyprian se había enterado de que Theign ocupaba el cargo de teniente en la Armada, y que dependía del Departamento de Inteligencia Naval del Almirantazgo. Su misión ahí, en Venecia, al menos oficialmente, era investigar un supuesto robo de planos técnicos secretos de dentro de los amenazadores muros del Arsenal; un robo que comprometía catastróficamente el destino marítimo de Italia, hasta tal punto que a él le parecía casi imposible entender siquiera de *qué* eran los planos.

—Me cuesta imaginarme qué es lo que tienen de tan misterioso: cruceros, fragatas, lo habitual, submarinos y destructores de submarinos, torpedos, torpederos, buques antitorpederos, submarinos en miniatura que pueden transportarse en buques de guerra y lanzarse desde la proa como si fueran torpedos.

—Creía que todo lo que tenía que ver con lo submarino se hacía en Spezia, en los talleres de San Bartolomeo —dijo Cyprian.

—Estás hecho un empollón. —Theign le fulminó con la mirada. Era una cuestión dolorosa para él. Una y otra vez lo habían enviado a oficinas de La Spezia, abiertas con el propósito expreso de confundir a los extranjeros, sobre todo a los que, como Theign, se les notaba tanto lo que querían que bien podrían haber lucido cartelones por delante y por detrás que rezaran: espía—. Las embarcaciones que todo el mundo conoce —murmuró—, las de la clase *Glauco* y sus sucesoras, claro. Pero estas otras son un tanto... especializadas...

Nosotros, los del futuro, sabemos que la unidad en cuestión era el siniestro Siluro Dirigibile a Lenta Corsa, o Torpedo Dirigibile de Navegación Lenta.

—Lo que lo convierte en especialmente perverso —le confió Theign, quizá cometiendo una indiscreción a causa de lo mucho que le enorgullecía haber recabado, tras un esfuerzo excepcional, la esquivada información— es que no exige el menor valor a su tripulación, tan sólo esa aptitud para arrastrarse sibilinamente que uno asocia con el carácter italiano.

—Oh, eso no es más que un mito —dijo Cyprian, que al parecer ese día tenía ganas de discutir—. Son tan francos como los niños.

—Y que lo digas. La mayoría de los niños que tú conoces son, en el mejor de los casos, unos corruptos, ¿cuánto tiene eso de «franco» exactamente?

—Conoce a más y lo verás.

—Algo que no se le ocurrió a la Marina Real Italiana —prosiguió Theign— fue la observación aérea. Sabemos que los rusos tienen un programa, Voznab, o *vozdushnyi nablyudenie*, «vigilancia aérea», desde hace años: sus aerostatos y aeronaves han sido equipados con cierto dispositivo avanzado de camuflaje que imita al cielo abierto, de manera que a veces no se les ve aunque se sepa con seguridad que están ahí arriba. Tienen bases avanzadas en Serbia, lo que los sitúa a menos de una hora de aquí, puede que a dos de La Spezia. De hecho, en algunas de las placas fotográficas aparece el Rialto de vez en cuando.

Un día, Theign llegó con aspecto preocupado.

—Tus amigos Misha y Grisha han desaparecido...

—Y yo podría tener idea de dónde están. Pero la verdad es que no, ni idea, lo siento...

—Pensémoslo un momento, ¿vale? Empecemos por Viena, ¿habrían ido allí?

—Sí, y también, como ya estás pensando, no. A Misha le encantaba la ciudad, Grisha la odiaba. Si a uno de los dos se le cruzan los cables, puede subirse a cualquier tren.

—Te refieres a Grisha.

—Misha no era lo que se dice ajeno a los placeres del gesto improvisado... Pero, a ver, Derrick, tu gente ha estado vigilando los trenes, ¿no?

—Salvo por un pequeño pero engorroso vacío en nuestra..., ejem, información previa.

—Oh, no.

—Cyprian, es posible que quieran que vuelvas por un breve tiempo a la Metternichgasse.

A través de los párpados, Cyprian ofreció una mirada de soslayo que, estaba comprobado, producía reflejos de deseo que llegaban a provocar, como se vio al menos en una famosa y singular ocasión en Ashby-de-la-Zouch, Leicestershire, proposiciones de matrimonio.

—¿Y dónde me quieres tú, Derrick?

Ésa fue, por fin, la única pregunta estúpida que a Derrick Theign le resultó insoportable. Lo que pretendió que pasara por un humorístico toquecito en la mejilla se transformó primero, inequívocamente, en una caricia, y luego, provocado por la arriesgada carcajada de Cyprian, en una contundente bofetada. Casi sin que ninguno se diera cuenta, Theign lo había cogido del pelo haciéndole daño y se besaban, pero no al modo que se esperaría de unos caballeros ingleses, en el caso de que se vieran obligados a ello, sino como extranjeros, con descortesía. Con saliva de sobra para empapar el cuello de la camisa de Cyprian. Penes erectos por todas partes. El hechizo de Venecia en aquellos tiempos, se decía.

—No habría elegido *este* guión —murmuró Theign poco después mientras se curaba diversas abrasiones.

—Ya es demasiado tarde para eso, ¿no?

—Lo que ha pasado te sitúa en una categoría aparte.

Cyprian ya se mostraba escéptico:

—Oh, pero desde luego que no seré el único.

—Uno procura evitarlo, ¿sabes?, siempre que puede.

—Evitar... ¿«lo»? , oh, Derrick —casi llorando.

—No te me pongas sodomita ahora, que es cuando menos tienes que perder la cabeza, si no es mucho pedir.

A medida que los pétalos del deseo irreflexivo, durante aquellos días narcóticos en la Laguna, empezaban a marchitarse, perdían su aroma y caían uno tras otro a la superficie sin ornamentos de la vida diaria, Theign se medio inventó un agente local, «Zanni», para tener que salir a resolver crisis ficticias, lo que le brindaba

oportunidades breves pero siempre bienvenidas de abandonar la casa, aunque sólo fuera para entrar en las atestadas *calli* de Venecia. De algún modo, la movilidad italiana lo consolaba, le aclaraba las ideas como un buen Partagás en el momento oportuno. Su empleo en el Espionaje Naval, en esta ciudad de máscaras, era de hecho una tapadera de un proyecto más secreto. «Zanni» era uno de los numerosos nombres en clave para sus contactos con una pequeña fabrica de bicicletas, en la *Terraferma*, que se había lanzado a diseñar y fabricar motocicletas. Cuando por fin empezaran a moverse tropas en Europa en cantidades considerables, tendría que haber un modo de mantener el flujo de la información. Las líneas de telégrafo y de cable podían cortarse. La comunicación inalámbrica era demasiado vulnerable a las influencias etéricas. El único método seguro, le parecía a Theign, era un pequeño grupo internacional de motociclistas, lo bastante rápidos y ligeros como para mantenerse por delante en la partida.

—La unidad se denominará RRAYO, es decir Regimiento Rápido de Acecho Y Observación.

—¿«Acecho»? —preguntó Cyprian un tanto avergonzado porque no acababa de captar el sentido.

—Es vigilar a escondidas a un sujeto, manteniéndose tan cerca de su sombra como sea posible —explicó Theign.

—Obligado a ser casi la..., la proyección de alguien.

—Si así lo quieres.

—Tan cerca, de hecho, como para empezar a *perderse uno mismo*.

—Lo que a los tuyos les gusta, entregar el ego o algo así.

—Derrick, si ni siquiera sé montar a caballo.

—¿Es que no entiendes que estamos intentando salvarte la vida? Así, pase lo que pase, allá donde estés destinado, sólo te encontrarás a unas horas de territorio neutral.

—Con el combustible suficiente, ¿quién no lo está?

—Los depósitos ya se encuentran en su lugar. Dispondrás de mapas. ¿Qué te imaginas que hago yo por aquí?

—Ni se me ocurriría fisgonear, aunque haya notado, cuando estás cerca, la *fragancia a nafta*. ¿Te has planteado ponerte algo que retenga menos los olores que el tweed escocés? Por ejemplo, esta nueva «piel de tiburón» italiana por la que todo resbala tan suavemente como por una bata de satén.

—Siempre me olvido de la razón por la que no he ordenado tu traslado: ¡tus consejos de moda! ¡Qué si no! Bien, pues esto te interesará, aquí tienes uno de los uniformes nocturnos, un prototipo, con más cuero del que están acostumbrados a llevar los de tu clase, pero protege del viento.

—Umm..., me gustan bastante estas tachuelas, cada una con un propósito, estoy convencido, aunque ¿no te parecen demasiado... conspicuas?

—Te moverás demasiado rápido para que eso importe.

—Muy bien, ¿te molesta si... me lo pruebo...?

—En absoluto, y piensa que esto es sólo el traje de faena, espérate a ver el uniforme de gala.

—Derrick, te gusto un poco, me parece...

Avanzada la noche, Theign llamó a Cyprian a su despacho.

—Escúchame, Latewood, desde que nos conocemos, todavía no hemos hablado en serio de la muerte.

—Probablemente por alguna buena razón —dijo Cyprian mirando alrededor con nerviosismo.

—¿Debo pensar que se trata de la típica sensibilidad del sodomita?

—¿Y eso qué es?

—Todos vosotros y vuestro repertorio de técnicas de evasión: negar el paso del tiempo, buscar una compañía cada vez más joven, construir pequeños entornos herméticos llenos de arte imperecedero... Ni uno de vosotros tiene nada real que decir sobre el tema. Pero en nuestra profesión está por todas partes. Cada año tenemos que pagar cierto diezmo en vidas a la diosa Kali como precio por una historia europea más o menos libre de violencia y segura para las inversiones, y pocos están preparados para eso. Ciertamente no la brigada homo.

—Sí, bueno, ¿querías decirme algo más, Derrick? ¿Por qué no se abre esta puerta?

—No, no, simplemente *tenemos que charlar*. Una pequeña y animada charla. No durará mucho, te lo prometo.

Parecía que Theign sólo quería hablar de aptitudes técnicas sobre el terreno. Hasta más tarde Cyprian no entendería que se trataba de un ejercicio periódico: era el modo que tenía Theign de evaluar la negociabilidad actual de los que tenía a su mando, a los que algún día podría querer delatar. Pero a Cyprian le dio la impresión de que tan sólo era una conversación teórica sobre depredadores y presas, en la que a él le tocaba explicar las ventajas de ser el cazado.

—De manera que acabas más listo, más chivato y más repugnante que la competencia —resumió Theign—. Algo práctico entre maricas profesionales, no debería sorprenderme, pero los compromisos que nosotros tenemos ahí fuera son algo más que simples rivalidades sodomitas. Las consecuencias son bastante más graves.

—No me digas.

—Estamos hablando del destino de naciones. El bienestar, y con frecuencia la simple supervivencia, de millones. Las responsabilidades axiales de la Historia. Cómo vas a comparar...

—¿Y cómo, *vecchio fazool*, es que no ves la relación?

Evidentemente, Theign había aprendido durante su primer año en el Espionaje Naval esa neutra y levemente boquiabierta expresión tan útil a los agentes de Su Majestad en el extranjero. Pero pronunciada por Cyprian no produjo la falsa sensación de superioridad que buscaba, sino una desesperación que le revolvió el estómago. Antes, nunca se había molestado especialmente por que le entendiera un

objeto de fascinación. Pero, cuando quedó claro que Theign no quería entender, Cyprian se aterrorizó calladamente.

—A propósito, me han llegado noticias de Viena. Te han dado cita para la semana que viene. Aquí tienes los billetes.

—Segunda clase.

—Umm. Sí.

Aunque en circunstancias normales le gustaba obedecer las órdenes, y sobre todo el desprecio que ello implicaba, a Cyprian le desconcertó en ese momento que Theign asumiera tan tranquilamente que él volvería a Viena en tren, sin escolta, sin supervisión, a ciegas, para caer en brazos de lo que había supuesto era el enemigo declarado, en lugar de huir para ocultarse, como se esperaba que hiciera la presa.

—En este asunto cooperamos plenamente con los austriacos. —Theign se lo comunicó cuando Cyprian subía ya al tren en la Estación de Santa Lucia, mediante una nota que le entregó un pilluelo italiano, que al instante desapareció entre la multitud—. Así que, en tus conversaciones, te recomendaría que sólo hablaras en inglés, pues el alemán apropiado para la especialidad no daría para mucho.

En el viaje, sobre todo entre Venecia y Graz, no faltaron momentos de regocijo, aunque ayudaba el hecho de que uno hubiera desarrollado si no el gusto, sí al menos el talento de disimular cualquier repugnancia hacia las salchichas de la región, las pequeñas mascotas (no siempre de especies interiores), la música de concertina y el peculiar acento chirriante de la región. Los jóvenes austriacos aspirantes a la caballería, uniformados en aquel letalmente seductor tono azul anilina, no paraban de pasar por delante de él, procedentes de distracciones en otro punto del tren, lanzándole, o eso imaginaba, miradas calenturientas e inquisitivas. Pero la suerte quiso que el deseo partiera a regiones desconocidas, en una especie de vacaciones baratas, pese a las diversas posibilidades sexuales que se le ofrecían a bordo, consideradas tanto desde el punto de vista profesional como recreativo. Por alguna extraña y, esperaba, no médica razón, Cyprian se pasó el viaje con el ceño fruncido, andando desgarrado, cavilando sin emocionarse y, probablemente por la misma razón, sin que nadie lo abordara. Puede que tuviera algo que ver con Misha y Grisha, porque costaba imaginar que el molesto dúo se hubiera limitado a encogerse de hombros ante su desertión, o que un número desconocido de agentes a sueldo y a tiempo parcial de todo este continente y del de al lado no estuviera intentando saldar la deuda en su nombre. Entretanto, haciendo cola detrás de los rusos, esperaban el Evidenzbüro, que no había deseado comprometer su propia vigilancia del Coronel; el Servicio Secreto Británico, obligado al menos a no apartar la vista de esos empleados en el extranjero que se asociaban con conocidos agentes del espionaje de otras partes de Europa; y tantos agentes turcos, serbios y franceses activos como la política de la época exigiera, todos los cuales consideraban a Cyprian un candidato probable para el engaño, la agresión y la eliminación. La terrible realidad es que su vida corría grave peligro.

El regreso de Cyprian Latewood a Viena estuvo acompañado, tanto dentro como fuera de su cabeza, por el Adagio del Concierto para Piano en *la* mayor, K. 488 de Mozart. Si hubiera escuchado con atención, podría haber sido profético. Éste era un periodo en la historia de las emociones humanas en que el «amor» había adquirido el tono del barniz barato y mortecino de la suficiencia, realzando anormalmente el efecto de los anticuados pasteles que asoman desde atrás, como en un reconocimiento estilístico del gran temblor que, de vez en cuando, se transparentaba, en unos más que en otros, en un futuro odioso, inminente e ineludible. Pero muchos casi con seguridad malinterpretarían las profundas señales como síntomas físicos o como otro caso de «nervios», o, a la manera del Cyprian más joven e inexperto, como una especie de «amor» en lontananza, pese a lo poco dispuesto que él estuviera a aceptarlo.

Las entrevistas en Viena fueron bastante agradables. El hotel Klomser, a sólo unas manzanas del Ministerio de la Guerra, servía aparentemente de escenario habitual para conversaciones como ésta. Se mencionó al Coronel Khäutsch sólo con eufemismos y circunloquios, algunos de ellos, dado el imperfecto dominio del idioma por parte de Cyprian, casi incomprensibles. A su alcance se pusieron productos horneados locales, en pilas que cuestionaban las leyes del equilibrio. El café, que era respetado internacionalmente como estimulante de la locuacidad, había sido tostado con fanático rigor en máquinas ultramodernas, cuyos tiempos de calentamiento, temperaturas de cámaras y niveles de humedad se leían en cifras con una precisión de centésimas de unidad, lo cual apuntaba o bien a una *Feinschmeckerei* local que había evolucionado mucho más que en el resto del mundo, o bien, sencillamente a la habitual aplicación compulsiva de cualquier mejora en la ingeniería, por trivial que fuera.

—Es decir, podemos considerar que lo que distingue a la historia de la civilización es la tendencia asintótica de las tolerancias de la producción industrial, con el paso del tiempo, a un mítico y nunca alcanzado Cero. ¿Qué opina usted, señor Latewood?

—Guueo mme guihieo u peuunta oesa eu ssam depec —respondió Cyprian, mientras sus palabras perdían, a causa del exceso de Sachertorte mit Schlag, buena parte de la aceleración que habían alcanzado gracias al café, aunque los interrogadores fueron capaces de reconocer sus palabras como: «Bueno, me hicieron una pregunta como ésta en un examen cuando era pequeño».

Theign le había avisado sobre las técnicas de interrogatorio. «No te hagas demasiado el listo con ellos. “Mit Schlag” podría tener otro sentido».

A Cyprian le sorprendió ver lo conocido que era Theign en la ciudad, y cuántos querían que le diera recuerdos de su parte. Al parecer, a lo largo de sus años destinado en Viena, Theign había formado su propia guardia pretoriana, más o menos intuitivamente, y en los extrañamente atestados durante el día pasillos del hotel Klomser, a Cyprian le presentaron a algunos de sus miembros.

Recordaba haberse cruzado con Miskolci por el Prater; en realidad, había evitado por poco, un par de veces, relacionarse con él. Miskolci no era exactamente un vampiro, pero se sabía que, siguiendo las fases de la luna, había vagado por ahí al azar abordando y mordiendo a algún que otro civil. Hacia finales de la década de 1890, cuando el vampirismo se puso de moda debido a la popularidad internacional de la novela *Drácula*, lo cual concedía a los mordedores permiso para obedecer sus impulsos en público, Miskolci descubrió que, lejos de ser el único que disfrutaba de ese gusto depravado, formaba parte de una comunidad bastante amplia. Un subcircuito de la central telefónica de Buda-Pest parecía haberse reservado para uso de los hematófagos, como se les conocía, así que uno de los activos más valiosos de Miskolci, según Theign había sido esa rojiza bruma de relaciones, ya en funcionamiento, que le rodeaba. Su talento específico había llegado a permanecer en secreto durante una semana, en el momento álgido de la primera crisis de Marruecos, cuando se tornó desesperadamente esencial conocer el calendario de movilización de ciertos grupos del ejército. El servicio de Theign tenía a la prima donna ideal, pero por alguna razón se mostraba reticente a cantar.

—Tal vez yo pueda ayudar —se ofreció Miskolci—. Déjennos encerrados, vuelvan dentro de una hora. —Una hora muy movida... Theign oía los gritos a través de la puerta insonorizada, incluso a un par de recodos de distancia por el pasillo. Cuando lo volvieron a ver, el sujeto parecía ileso superficialmente, pero si se lo examinaba con cuidado, se veía en sus ojos una expresión que años después aún produciría inquietantes pesadillas a algunos de los colegas de Theign, como si en ella estuviera inscrita una introducción a misterios antiguos que más valía que permanecieran en el misterio.

Theign había conocido a Dvindler en los baños, lugares que por entonces se le revelaron como propicios para reunir información, aunque se había dado cuenta, con sólo una visita, que debía evitar el Zentralbad, donde no se encontraba más que literalismo de balneario. Para las características más poéticas que buscaba, Theign pasó cierto tiempo merodeando por los barrios de las afueras. Finalmente, el Astarte-Bad, muy lejos, casi al final de una de las líneas de tranvías «K» que recorren los canales del río, resultó ser lo que buscaba: el orientalismo vienés llevado a recientes y cuestionables fronteras del gusto, mosaicos chillones que exhibían orgías prebíblicas. Una política de contratación de personal que no excluía a los no teutónicos. Los sexos, tal vez intencionadamente, segregados de manera imperfecta, de modo que cualquiera podía tropezarse, en un recodo brumoso de un pasillo, con la pareja de sus sueños, aunque en la práctica apenas sucedía. Las nuevas construcciones siempre en marcha se hacían notar audiblemente, lo que indicaba el valor relativamente bajo del suelo en esa zona, y en lugar de molesto, a muchos aquello les parecía erótico.

—Para el estreñimiento —dijo Dvindler a modo de presentación—, fíese del PIF, o Peristalsis Inducida Farádicamente, es lo mejor.

—Disculpe —dijo Theign—, debo interpretar que de hecho usted quiere pasar una corriente eléctrica por... ¿cómo decirlo con delicadeza...?

—No hay forma de expresarlo con delicadeza —dijo Dvindler—. *Komm*. Se lo mostraré.

Theign miró alrededor.

—¿No debería haber un médico o algo al cuidado?

—Se aprende en cinco minutos. ¡No es neurocirugía! —se rió Dvindler—. Veamos, ¿dónde está el electrodo rectal? Siempre hay alguien que... ¡Ah! —Sacó entonces un largo cilindro con una protuberancia de cierto tamaño en un extremo y un cable que salía por el otro e iba a parar a un interruptor cuya bobina principal estaba conectada a lo que a Theign le pareció un número alarmante de pilas Leclanché, enganchadas en serie—. Alcánceme ese tarro de Cosmoline, si es tan amable.

Theign, que esperaba que aquello le asqueara, se descubrió mirándolo fascinado. Según parecía, el truco consistía en coordinar dos electrodos, uno insertado en el recto y otro enrollado alrededor de la superficie abdominal, lo que permitía que la corriente fluyera entre ambos para simular una onda peristáltica. Si la aplicación era correcta, uno se disculpaba y se encaminaba rápidamente a algún lavabo cercano. Si no, bueno, aparte de formar parte de un programa general de salud intestinal, el procedimiento era apreciado por algunos, como Dvindler, por sus propios méritos.

—¡Electricidad! La fuerza del futuro..., puesto que dentro de poco, ¿sabe?, se demostrará que todo, hasta el propio *élan vital*, es de naturaleza eléctrica.

El interruptor de la bobina secundaria emitía un zumbido que no era desagradable, y al cabo de un rato pareció fundirse con los ecos líquidos de todo el local. Dvindler canturreaba alegremente para sí una melodía de la ciudad que Theign reconoció como *Ausgerechnet Bananen*, de Beda Chanson. Cuando salían, le pidió cinco K. a Theign como tarifa por las pilas.

Y en cuanto a Yzhitz, bueno, Theign debía de estar pasando un par de semanas especialmente malas, porque ella lo tomó por un hombre de negocios alemán desesperadamente necesitado de diversión, y se dirigió a él en lo que creyó que era su lengua materna, así que durante unos minutos él no tuvo muy claro qué estaba pasando. Sin embargo, a pesar de su cansancio y una actitud hacia las mujeres que podría describirse como incómoda y ambivalente, le sorprendió ver que se le encendía el interés sexual, que de hecho se le disparaba, ante esa profesional de aspecto en realidad bastante vulgar. Que, a veces, tenía que admitirlo, le hacía disfrutar desmesuradamente.

—*Liebling*, jamás representaste para mí un desafío —le confesó ella más adelante, después de desplegar ante él un listado de triunfos en lo que a la Kundschaftsstelle le gustaba denominar «trabajo de *Honigfalle*», que sólo un par de historiadores díscolos podrían negarse a aceptar que había cambiado el curso de la

historia de Europa. A esas alturas, Theign ya había adoptado una actitud profesional mucho más fría, y pudo asentir impasible, tomándoselo en serio.

Las tardes de entre semana, Cyprian, que visiblemente estaba cada vez más gordo, incluso para un observador fortuito, salía tambaleándose por la misma puerta trasera del Klomser y se dirigía —con los pensamientos interrumpidos tan sólo por algún ocasional *do* alto emitido por Leo Slezak en la Opera—, a veces en *Fiaker*, a veces en *Verbindungsbahn* si veía acercarse a tiempo un tren, a su antiguo santuario del deseo en el Prater, aunque allí nunca pasaba gran cosa. El sol que se ponía era de un naranja frío y violento que proyectaba opacas sombras añiles cargadas de premoniciones, los búhos patrullaban por el inmenso parque, las marionetas ocupaban diminutos volúmenes de luz en la penumbra del ambiente, la música era tan espantosa como siempre.

Lo hacía, en realidad, por pura nostalgia. Cuanto más lo llamaban, a veces incluso a la cara, cosas como «Dickwanst» y «Fettarsch», más decaían sus anhelos del Prater, y así se volvió hacia barrios de la ciudad a los que hacía tan sólo unos meses ni se le habría pasado por la cabeza acercarse, como Favoriten, adonde acudía para mezclarse con las multitudes de trabajadores bohemios cuando había cambio de turno en las fabricas, no tanto por buscar coqueteo exótico cuanto para fundirse con la movilidad, darse un baño en un idioma que no hablaba, del mismo modo que en el pasado había buscado en la sumisión carnal una vía de escape ante las exigencias que parecía plantearle el mundo...

No paraba de tropezar con inmensas manifestaciones socialistas. La circulación se interrumpía estupefacta mientras decenas de miles de trabajadores recorrían en silencio la Ringstraße. «Bueno», oyó Cyprian comentar a un espectador, «¡y luego hablan del lento regreso de lo reprimido!». La policía había salido a la calle en gran número, con un listado de actividades entre las que destacaban los porrazos en la cabeza. Cyprian se llevó un par y, al caer sobre el asfalto, descubrió que su reciente aumento de peso era una ventaja imprevista.

Un día, en uno de sus paseos, oyó a través de la ventana abierta de un piso alto a un estudiante de piano, que permanecería invisible para siempre, tocando ejercicios de la *Escuela de la Velocidad*, op. 299, de Carl Czerny. Cyprian se había detenido a escuchar esos instantes de emergencia apasionada en el transcurso del mecánico trabajo digital cuando, en ese preciso momento, dobló la esquina Yashmeen Halfcourt. Si no se hubiera parado a escuchar la música, ya habría dado la vuelta a la esquina cuando ella llegó al punto donde él se encontraba ahora.

Se miraron fijamente un instante, como si los dos reconocieran un acto de salvación mutua.

—En cuatro dimensiones —dijo ella más tarde, sentados ambos en un café en Mariahilf, en el cruce brusco de dos calles bulliciosas, en el vértice de dos salas

largas y estrechas, capaces de ver ambos espacios hasta el final— no habría importado.

Tenía un empleo como modista y sombrerera cerca de allí, gracias, creía, a la intercesión secreta del CRETINO, porque un día en los percheros había aparecido una versión del Vestido Silencioso de Snazzbury para el que en el pasado, en Londres, le habían tomado las medidas.

—Lo que de verdad me hace falta es una capa de invisibilidad para llevarla puesta —supuso.

—Vigilancia.

—Si quieres llamarlo así.

—Es una de esas conclusiones a las que últimamente llego cada vez más. ¿Sabes quién es?

—Creo que son de aquí. Pero también hay algunos rusos.

La colegiala segura de sí misma que él recordaba ya no estaba ahí, algo importante la había afectado. Le sorprendió comprobar hasta qué punto podía entrever las dificultades actuales de Yashmeen, mucho más de lo que ella le habría creído capaz, mucho más de lo que él mismo habría imaginado hacía tan sólo un año y medio. Le dio unas palmadas en las manos enguantadas, esperaba que no con tanta torpeza como le pareció.

—Si se trata sólo de la Ojrana no será difícil, no hay ni uno al que no se le pueda comprar, y cobran en kopeks. Los austriacos podrían ser un poco más problemáticos, sobre todo si anda metida la Kundschaftsstelle.

—Comprendería que fuera la policía de la ciudad, pero... —lo dijo con tal involuntario desconcierto en la voz que él tuvo que dar un paso atrás, fingiendo que se cepillaba el sombrero, para no lanzarse a un obvio y contraproducente abrazo, como habría hecho cualquier otro joven enamorado en esas mismas circunstancias.

—Si estás dispuesta a esperar unos días, pongamos, no más de una semana, podría ayudarte.

Sin duda habiendo recibido antes ese tipo de oferta, con los pertinentes cambios de énfasis, por parte de otros hombres en tiempos menos peligrosos, entornó los ojos, pero esperó medio momento, como dando tiempo a que la cuestión se aclarara un poco más.

—Tú has tratado con ellos antes. Con ambos servicios.

—La Ojrana se mueve ahora en un terreno bastante imprevisible. Intervenciones en el Este: la guerra japonesa, rebeliones a lo largo de las líneas de ferrocarril. Es un buen momento para recuperar el dinero, según me han dicho. En cuanto a los austriacos..., puede que requieran un poco más de trabajo intensivo.

—Cyprian, yo no puedo...

Se resistió a lo que era casi una necesidad de llevarse un dedo enguantado a los labios.

—La cuestión no se planteará. Veamos qué pasa. —Con perversión, se sintió complacido (aunque menos consigo mismo por sentirlo) por el modo en que ella vacilaba ahora, como si no quisiera mentir porque ya no podía evaluar hasta qué punto él podría pillarla.

Cyprian intentó evitar el tema de qué había estado haciendo, suponiendo que ella imaginaría lo que quisiera. Cuando surgió Venecia, lo único que dijo Yashmeen fue:

—Oh, Cyprian, qué bonito. Yo nunca he estado.

—En cierto modo, yo tampoco. En realidad... ¿tienes un momento?

Estaban en el Volks-Prater y cerca había una popular réplica de Venecia llamado Venedig in Wíen.

—Sé que es espantosamente decadente por mi parte, pero he acabado viéndolo como la verdadera Venecia, la que nunca llegue a ver. Las góndolas son de verdad, sí, y también los *gondolieri*.

Cyprian y Yashmeen compraron billetes y se subieron a una de las góndolas, se tumbaron y vieron pasar fluidamente el cielo extranjero. De vez en cuando, una réplica de algún famoso monumento veneciano, el Palacio Ducal o el Ca' d'Oro, asomaba por allá arriba.

—La primera vez que me subí en una de estas góndolas —dijo Cyprian—, fue aquí. Si no hubiera venido a Viena probablemente nunca me habría subido.

—Yo dudo que vaya nunca.

Su voz le hizo sentir una punzada. Él no recordaba haberla visto jamás tan triste. En ese instante, habría hecho cualquier cosa para verla recuperada, de vuelta a sus manías insoportables. Cualquier cosa salvo, quizás, soltar: «Te llevaré, te lo prometo». Así que pensó que lo mejor sería ir a hablar con Ratty McHugh.

—¡Vaya! —exclamó Ratty con cierta forzada jovialidad—, aquí estamos otra vez. Yashmeen sigue en escena, ya veo. —A Cyprian le pareció menos sorprendido que curioso en un sentido profesional.

—No tanto como antes.

—Siempre me ha recordado a Hipatia. Antes de las turbas cristianas, claro.

—Pues últimamente tiene más de sibila. Más profunda que las matemáticas, ésa es mi impresión. Tal vez a causa de ciertos dones psíquicos maliciosos, tal vez sólo a causa de la gravedad secular de lo que sea que esté haciendo su padre en el Asia Interior, el caso es que la están acosando dos o tres potencias a la vez: Inglaterra, de lo que ya debes saber algo; Rusia, de la cual es todavía ciudadana; y Austria, por descontado, con Alemania alzándose en las sombras, entre bastidores, susurrando los pies.

—La Cuestión de Shambhala, sin duda. Sí, y no ha hecho más que empezar a causar estragos en la vieja guardia, llevando a tipos al manicomio de Colney Hatch a un ritmo inaudito. Si fuera mi departamento habría traído de vuelta a Auberón Halfcourt hace años. Pero si nadie sabe dónde está el maldito sitio, por el amor de Dios.

—A lo mejor, si nosotros...

—Oh, claro que nos reuniremos. Sólo me estoy quejando por diversión, ¿o quiero decir como medida terapéutica? Vayamos al Dobner, ¿quieres?, es lo que nos hace falta, una sencilla reunión de condiscípulos ingleses.

Y así, entre el estrechar de bolas de billar y las exquisitas putas de diminutos talles, enormes párpados oscuros y sombreros lujosamente emplumados, Yashmeen y Ratty se estrecharon la mano a una distancia prudencial, fruto de unos cuantos años fuera de la universidad, aunque a Cyprian le complació verlo casi enamorado y luego avergonzado por ello. Y no es que Yash no se hubiera salido hoy de lo habitual, con un conjunto de *crêpe lisse* con cuentas de un tono etéreo de violeta, y un sombrero sumamente elegante cuyas plumas proyectaban sombras encantadoras sobre su rostro. Tras esa necesaria escenificación, salieron de allí con cautela, por separado, para reencontrarse en un piso anodino de las cercanías, detrás del Getreidemarkt, uno de los varios que el servicio de Ratty tenía reservado para usos como ése.

Según las normas tácitas de las moradas de paso, las alacenas ofrecían un esbozo de la historia culinaria de los visitantes anteriores: botellas de Szekszárdi Vörös, Gewürztraminer y brandy de albaricoque, chocolate, café, galletas, salchichas de lata, vino, cajas de *noodles* secos de formas y tamaños diversos, y una bolsa de tela blanca con *tarhonya* del siglo precedente.

—¿Son los mismos rusos que recuerdas de Gotinga?

Ella alzó las cejas y puso las palmas de la mano hacia arriba.

—Quiero decir que es importante saber si están en contra o a favor del Zar. Obviamente ahí está la Entente Anglo-Rusa, pero el otro grupo, aunque supongo que técnicamente se los puede considerar rusos, son la peor escoria de tirabombas socialistas, no sé si me explico, a los que alegraría ver aniquilados a todos los Romanovs, y no vacilarían en hacer tratos con nadie, incluida Alemania, si eso pudiera precipitar los acontecimientos.

—Vaya, Ratty —dijo Cyprian con toda la suavidad que pudo—, alguien podría pensar entonces que son la única esperanza que le queda a Rusia.

—Oh, por favor, por ahí no... ¿Había alguien más?

—Gente que decía ser de Berlín. Aparecían sin previo aviso. Querían quedar. A veces quedábamos. Habitualmente, en las habitaciones de un tal Doctor Werfner.

—Era ese del que Renfrew hablaba a todas horas. —Ratty asintió y tomó rápida nota—. Su supuesto conjugado. Y... ¿era algo político?

—¡Ja!

—Lo siento, bórralo, anda.

—Todo parecía falso —ella sonrió—. ¿Qué no es político? ¿Dónde has estado desde que éramos unos críos en Cambridge?

—En los suburbios del Infierno —dijo Cyprian.

—¿El traerte de Gotinga a Viena no podría haber sido meramente una táctica *loco parentis* del CRETINO para alejarte de esa pandilla de otzovistas? ¿No saben en

Chunxton Crescent que Viena es estos días un hervidero de bolchis?

—Puede que eso no sea todo —reconoció ella—, también parecía haber un... elemento húngaro.

Ratty se sostuvo la cabeza y se la agarró con fuerza.

—Explícate, por favor.

—Pasamos una o dos semanas en Buda-Pest. Tomamos el vapor del Danubio, nos reunimos con gente bastante peculiar vestida con guardapolvos...

—¿Con qué?

—Esa especie de uniforme antifraude que se ponen todos cuando investigan lo que ellos llaman lo «parapsíquico». Sin bolsillos, todo casi transparente, bastante cortos...

—Ya veo. Por casualidad, esto... ¿no te traerías alguno?

—Vaya, Cyprian.

—Sí, es verdad, Cyps, si pudiéramos atenernos al tema sólo un poco más... Supongo, señorita Halfcourt, que lo que más nos interesa saber es por qué todos se fueron tan rápidamente de Viena.

—Tengo que ser muy clara contigo: esta aptitud mía, en caso de existir, poco tiene que ver con «predecir el futuro». Algunos de los que estaban conmigo en Buda-Pest creen que *ellos* pueden. Pero...

—¿Puede ser que alguien «viera» algo? ¿Algo lo bastante convincente para que dejaran la ciudad? Si hay alguna cosa que podamos verificar..., por favor, sigue. Dada la explicación asombrosamente profética que ofreció la señora Burchell sobre la atrocidad serbia, mis superiores se han mostrado bastante receptivos a fuentes menos ortodoxas.

—Estaban aterrorizados. No se trataba tanto de *si* sino de *cuándo*, con qué inminencia, algo, un acontecimiento o serie de acontecimientos, iba a suceder. Los rusos sobre todo, mucho más allá de la habitual *nervnost*, que desde la revolución se ha convertido en la enfermedad nacional.

—¿Alguien fue concreto?

—Conmigo no. Cuando yo entraba en una sala, ellos tenían literalmente las cabezas pegadas, pero en cuanto me veían dejaban de hablar y fingían que todo marchaba con normalidad.

—¿Y no tendría todo que ver con cierto... —simuló que señalaba un informe— Monsieur Azev, famoso por volar Romanovs a la par que delataba a sus camaradas, sobre el que, se dice, se están echando encima por fin los sabuesos socialistas revolucionarios?

—Ah, Yevno, aquel payaso. No especialmente, no. Aunque es verdad que su nombre se ha mencionado durante años. Pero no tanto como para causar ese nivel de temor. Como si lo que se cerniera sobre ellos en la oscuridad, al otro lado de las líneas, no fuera exactamente un arma nueva y terrible sino su equivalente espiritual. Un deseo de muerte y destrucción en el co-consciente colectivo.

—Vaya, qué divertido. Y así te despiertas una buena mañana y descubres...

—No todos ellos se desvanecieron a la vez. Tardé un buen rato en notar ese ominoso vacío. Pero no vi razón para preguntar. Ya me había dado cuenta de que nadie tenía intención de responderme.

—¿Sería porque darte información podría haberte alterado? ¿O imaginaban que estabas implicada de algún modo?

—No sé qué esperarían de mí en Buda-Pest, pero les fallé. Sin embargo, creo que eso podría no tener que ver con el asunto de la partida. ¿Alguien me da un cigarrillo?

Había flores frescas en la habitación, cafeteras de plata y jarras con nata, alrededor de un *darázsfészek*, una *torte Dobos* un tanto desproporcionada, un *Rigó Jancsi*, lluvia en las ventanas, una única apertura en el cielo oscuro que permitía que un rayo de sol en la lejanía de Váci Út iluminara el lúgubre suburbio del Campo del Ángel.

Madame Eskimov parecía pálida y sombría. Lajos Halász, uno de los médiums locales, se había quedado dormido en la bañera y allí permaneció durante los tres días siguientes. Lionel Swome apenas se apartaba del teléfono, bien murmurando mientras lanzaba miradas aprensivas a los demás o bien escuchando atentamente el horario de transmisiones telefónicas, a las cuales se había abonado el hotel y que estaban a disposición de todos los clientes, atendiendo a un informe sobre la Bolsa, resultados deportivos, un aria de ópera, un fragmento innombrable de información secreta...

—¿Por qué no te coses quirúrgicamente el maldito aparato a la oreja? —gritó el Cohen.

—Se me ocurre otra idea... —replicó Swome, que en ese momento intentó, aunque de un modo no muy entusiasta, insertar el instrumento en el ano del Cohen, y eso a pesar de la presencia de pantalones.

Todos habían perdido la paciencia, discutían incluso en silencio...

—Como por telepatía —sugirió Ratty ingeniosamente.

—No. Todos hablaban en voz alta. En esas condiciones la telepatía habría sido imposible.

Tras la entrevista con el bueno de Ratty, Yashmeen pareció recuperar el ánimo.

—Me alegro de ver que vuelves a ser tú —dijo Cyprian.

—¿Y quién soy?

Salieron a pasear por la noche; habían entrado en Spittelberggasse, donde los vieneses de ambos sexos, presas de la ilimitada pasión ciudadana por mirar escaparates, examinaban una variedad de mujeres exhibidas llamativamente en escaparates iluminados por toda la calle. Yashmeen y Cyprian se detuvieron delante

de uno, a través del cual una dama con un corsé negro y un copete a juego, y que destilaba cierto aire marcial, les devolvió la mirada.

Yashmeen asintió con la cabeza hacia el pene visiblemente erecto de Cyprian.

—Pareces interesado. —Ella había sospechado que los hombres, algunos en concreto, tenían de vez en cuando un deseo de rendición, algo que había descubierto también en Cyprian ya hacía mucho tiempo, en Cambridge. Casi tirando de él por las calles, se acercó a varios cafés y los inspeccionó antes de llegar a uno en Josephstadt —. Éste tiene buena pinta. Ven.

—Un poco elegante. ¿Celebramos algo?

—Ya lo verás.

Cuando se quedaron a solas, dijo:

—A ver, ¿qué vamos a hacer con esa terriblemente irregular vida sexual que llevas, Cyprian?

Sabiendo que sobrepasaba con creces los límites de la autocompasión, dijo:

—Debo precisar que he sido catamita estos últimos años. Alguien cuyo placer nunca ha importado mucho. Y a nadie tan poco como a mí.

—Pues imagínate que ahora sí importa. —Bajo el virginal mantel, ella había levantado el pie, su bien proporcionado pie con su bien atada bota de cuero cordobés color vino, la punta de cuyo dedo apoyó inequívocamente contra su pene. Para desconcierto de Cyprian, el hasta entonces poco respetado miembro prestó atención inmediatamente—. A ver —dijo empezando a presionar rítmicamente—, dime si te gusta. —Pero él no se atrevía a hablar, sólo sonreía con reticencia y sacudía la cabeza, aunque al momento se había «corrido» casi dolorosamente en los pantalones, haciendo vibrar el servicio de café y las bandejas con pastas y empapando de café el mantel por todas partes, en su esfuerzo por evitar que se notara. A su alrededor, el restaurante seguía su imperturbable vida—. Ahí está.

—Yashmeen...

—Es tu primera vez con una mujer, si no me equivoco.

—Yo..., esto... ¿qué estás..., nosotros... no...?

—¿Que no...?

—Quiero decir que si alguna vez...

—¿Si? ¿Alguna vez? Cyprian, puedo oler lo que ocurrió.

Convocado finalmente a Venecia, Cyprian, con tiempo para pensar en el tren, no dejaba de recordarse que, después de todo, la cosa no había sido como para tomársela demasiado románticamente y que, de hecho, sería un error fatal hacerlo. Sin embargo, en el caso de Derrick Theign eso era pedir demasiado: si habitualmente era un poco más taciturno, en cuanto Cyprian llegó a la *pensione* de Santa Croce se sumió sin previo aviso en una consternación de tesisura aguda, expulsando ruidosamente lo que no tardaría en sumar litros de mocos y saliva, manchándose y torciéndose las gafas,

tirando por todas partes las cosas de la casa, algunas de ellas frágiles e incluso caras, destrozando piezas de cristal de Murano, cerrando de golpe puertas, ventanas, contraventanas, maletines, tapas de ollas, cuanto podía cerrarse de golpe y tenía a mano. Avanzado el día, como si en esa percusión hubiera oído con retraso una señal de entrada, llegó el bora, que extrajo de todos los bolsillos de desdicha y de malestar mental sus imperativos de flacidez mortal y triste rendición para ponerlos sobre la mesa. Los vecinos, que no solían quejarse, pues no es que fueran muy ajenos ellos mismos a los dramas de vez en cuando, se quejaron, y algunos mucho. El viento pasaba ruidoso a través de todas las baldosas sueltas y todos los postigos mal cerrados.

—Una novieta. Una mierda de *novieta*, por el amor de Dios, me dan ganas de vomitar. Voy a vomitar. ¿No tendrás una preciosa fotografía de tu amada para que vomite encima? ¿Tienes la menor idea de lo completa y mierdosamente que acabas de destruir *años* de trabajo, pedazo de inútil, gordo, mal vestido...?

—Es una manera de verlo, Derrick, no te voy a decir que no, pero objetivamente no creo que pueda decirse de ella que sea una «novieta».

—¡Nenaza! ¡Maricón! ¡Cabrón!

Aun así, Theign, pese a la visible y completa pérdida del control de sus impulsos, se cuidó de contener toda violencia física, que, en cualquier caso, a Cyprian, curiosamente, ya no le atraía tanto como hasta hacía poco.

El Signor Giambolognese, del piso de abajo, asomó la cabeza por la puerta.

—*Ma signori, um po' di moderazione, per piacere...*

—¡Moderación! ¡Pero si eres italiano! ¿Qué coño sabéis vosotros de moderación?

Más tarde, cuando Theign se calmó un poco, o puede que sólo estuviera demasiado cansado para gritar, se reanudó la discusión:

—«Ayúdala». Y tienes la *cara dura* de sodomita para pedirme eso.

—Una cuestión estrictamente profesional, ni más ni menos.

—Eso habría que pensarlo. —Theign alzó las cejas arrugando la frente, lo que no solía ser buena señal—. ¿Con qué puedes pagarme? ¿Con qué perversa moneda? La flor ya se ha caído de tu capullo hace tiempo...; si todavía la quisiera, de lo que no estoy nada seguro, bueno, la tomaría, ¿verdad? El precio por rescatar a tu doncella de esas bestias austriacas a las que a estas alturas uno pensaría que ya deberías conocer mejor puede ser más alto del que estés dispuesto a pagar, podría incluso implicar que te envíen a algún sitio que haría que el desierto del Gobi pareciera Earl's Court un día de fiesta, oh, sí, tenemos salas llenas de expedientes sobre todos esos horrores que no están en los mapas, que básicamente existen de hecho para enviar a miserables como tú, con la esperanza cierta y segura de que nunca más tendremos que veros. ¿Estás convencido de que es eso lo que quieres? Además, ¿para qué te crees que la estás «salvando»? Porque con la siguiente polla de la cola, o pollas, turcas más que probablemente, ella agradecerá el cambio de tamaño, de eso estoy seguro.

—Derrick. Quieres que te agreda.

—Qué intuitivo. Espero que seas lo bastante inteligente para no intentarlo.
—Bueno. No me digas que no es viril.

Cuando Foley Walker volvió de Gotinga, Scarsdale Vibe y él se reunieron en un restaurante al aire libre en las faldas de los Dolomitas, cerca de un río que descendía clamoroso, cuyo entorno estaba inundado de una luz inocente reflejada no por las nieves alpinas sino por edificios de cierta antigüedad.

Scarsdale y Foley habían convenido en engañarse a sí mismos y creerse que en ese atrio salpicado de sol habían encontrado un refugio temporal, lejos de los campos asesinos de la iniciativa capitalista, sin ningún artefacto en kilómetros a la redonda que datase de menos de hace mil años, manos marmóreas en gestos fluidos conversando entre ellas como si acabaran de emerger de su reino gravitacional de calcio a este reposo emparrado... En la mesa, entre ellos, se ofrecía *fontina*, *risotto* con trufas blancas, caldo de ternera y champiñones..., botellas de Prosecco que aguardaban en lechos de hielo picado traído en paquetes desde los Alpes. Chicas con pañuelos de rayas y faldas sueltas rondaban atentas un poco fuera de campo. Otros clientes habían sido acomodados discretamente fuera del alcance del oído.

—Todo bien por Alemania, tengo entendido.

—El pequeño Traverse se ha esfumado.

Scarsdale miró fijamente una trufa, como si estuviera a punto de castigarla.

—¿Adónde puede haber ido?

—Todavía lo estoy investigando.

—Nadie desaparece a no ser que sepa algo. ¿Qué sabe, Foley?

—Probablemente que usted pagó para quitar de en medio a su padre.

—Claro, claro, pero ¿qué ha pasado con el «nosotros pagamos», Foley? Sigues siendo el «otro» Scarsdale Vibe, ¿no?

—Supongo que me refería a que técnicamente el dinero era suyo.

—Eres un socio de pleno derecho, Foley. Ves los mismos libros de cuentas que yo. La mezcla de fondos es un misterio tan insondable como la muerte, y si quieres guardamos un minuto de silencio para reflexionar al respecto, pero no te hagas el tonto conmigo.

Foley sacó una navaja enorme, la abrió y empezó a hurgarse los dientes, al estilo de Arkansas, como había aprendido en la guerra.

—¿Desde cuándo crees que lo sabe? —insistió Scarsdale.

—Bueno... —simuló que se lo pensaba y finalmente se encogió de hombros—. ¿Qué importancia tiene?

—¿Y si aceptó nuestro dinero sabiendo desde el principio todo lo que sabía?

—¿Quiere decir que nos debería ese dinero?

—¿Llegó a verte cuando estuviste allí, en Gotinga?

—Umm..., no sabría decir.

—Mierda, Foley. —Las chicas que servían se retiraron bajo los pasajes abovedados, esperando solemnemente un mejor momento para acercarse.

—¿Qué?

—Te vio..., sabe que vamos a por él.

—A estas alturas es probable que se haya perdido en las profundidades, allá donde vayan las almas en pena, así que ¿qué más da?

—Tu garantía personal. ¿Me la puedes dar por escrito?

Del mismo modo que en Francia podía comprarse vino común de pueblo con la esperanza de encontrar sobrantes de un espléndido viñedo próximo, aquí, en el norte de Italia, la técnica de Vibe consistía en comprar todo aquello procedente de la escuela de Squarcione a lo que pudiera echar mano, con la esperanza de dar en algún lugar con un Mantegna sin atribuir que se le hubiera pasado por alto a alguien. Se había puesto de moda denigrar las habilidades pictóricas del famoso empresario y coleccionista paduano, así que cualquier Squarcione que anduviera por ahí, incluyendo bordados y tapices (pues había empezado a trabajar como sastre), se compraba regalado. De hecho, Scarsdale ya se había hecho con un ángel menor que sólo le había costado cantarle *On the Banks of the Wabash, Far Away* a un sacristán que bien podría estar loco. Bueno, la verdad es que se la hizo cantar a Foley.

—Pero si no sé llevar una melodía ni borracho —señaló Foley—, y no me sé la letra.

—Luz de vela, sicomoros, te saldrá sola.

Scarsdale nunca había sido reacio a encargarle a Foley tareas que, en el mejor de los casos, resultaban incómodas y a menudo comparables a algunas de las viejas pesadillas de la Guerra de Secesión de Foley. Aunque delataban cierto misterioso defecto en el amor propio del industrial, que algún día podría resultar inquietante, estos ejercicios de tiranía personal no sucedían de media más de una o dos veces al año, y hasta el momento Foley había sido capaz de sobrellevarlos. Pero en esta excursión europea, la tasa de humillación parecía haber subido un punto, es más, no pasaba un día sin que Foley no se viera realizando alguna trabajosa tarea que mejor hubiera dejado en manos de un mono amaestrado, y todo aquello estaba empezando a irritarle un poco.

En ese momento estaban en la Laguna, entre las Tierras Perdidas, Scarsdale bajo el agua y Foley encima, a bordo de una pequeña *caorlina* de vapor, acondicionada para el buceo. El millonario, equipado con mangueras de caucho y un casco de latón, se había sumergido para inspeccionar un mural, conservado durante siglos bajo las olas gracias a una técnica de barnizado que se había perdido en la historia, atribuido (dudosamente) a Marco Zoppo, y conocido informalmente como *El saqueo de Roma*. Contemplada a través de la brillante iluminación del mediodía, vista de cerca con la suavidad ensoñada de un depredador marino, la representación parecía casi tridimensional, como el Mantegna más convincente. Por supuesto, no era sólo Roma, era el Mundo y el fin del Mundo. Arúspices vestidos como clérigos renacentistas se encogían en la parte de abajo y agitaban los puños a un cielo turbulento de tormenta,

sus caras atormentadas entre el vapor que se elevaba desde unas entrañas de un rojo vivo. Los mercaderes colgaban boca abajo, suspendidos de un pie, de los mástiles de sus barcos; caballos de una nobleza fugaz y aterrorizada volvían la cabeza con calma sobre un cuello flexible como una serpiente para morder a sus jinetes. Se veían campesinos orinando sobre sus amos. Enormes huestes preparadas para la batalla, con armaduras deslumbrando un millón de veces, eran alcanzadas por un rayo procedente de más allá del borde superior de la escena, que salía por una brecha en el cielo nocturno, una luz descargada, como si tuviera peso, en descenso percutiente, justamente sobre cada miembro de todos esos ejércitos del mundo conocido, cuyas filas fluían hasta más allá de donde llegaba la vista, perdiéndose en las sombras. Las colinas de las antiguas metrópolis se escarpaban y ascendían hasta volverse tan desoladas como los Alpes. Scarsdale no era un esteta, la representación de Cassily Adam de Little Big Horn satisfacía de sobra sus exigencias artísticas, pero, sin la ayuda de ningún especialista a sueldo, se dio cuenta inmediatamente de que lo que tenía delante era lo que se llamaba una verdadera obra maestra, y le habría sorprendido mucho que alguien no hubiera vendido ya reproducciones de la escena a alguna empresa de cervezas italiana para colgarla en los locales de la región.

Subido al bote, bajo un Stetson que llevaba mucho tiempo de servicio, la sombra de cuya ala no dejaba ver bien su cara, Foley supervisaba el manejo de la bomba de aire, que realizaban unos italianos. A través del agua verde azulada veía el brillo de los cascos y los petos de los buzos. De vez en cuando, como con nerviosismo, sus manos se acercaban a las boquillas de la cámara desde las que bajaban las mangueras que suministraban aire. Sin embargo, antes de tocar el aparato, las manos se retiraban, a menudo para meterse directamente en los bolsillos de Foley, donde permanecían un rato hasta iniciar su siguiente aproximación sigilosa. Foley no parecía consciente de lo que hacía, y si le hubieran preguntado, probablemente habría manifestado un sincero asombro.

Tampoco se daba cuenta de que, desde la costa, lo estaban observando los hermanos Traverse con el nuevo par de gafas marinas de veinticuatro líneas acabadas en tafilete de color clarete, un regalo de 'Pert Chirpingdon-Groin. Habían dedicado un par de horas al día a seguir a Scarsdale por la ciudad, sólo para comprobar si iba a ser un blanco fácil.

Bajo la luz cansina del Gran Canal, otoñal y neblinosa, se alejaban los últimos turistas estivales, los alquileres eran ahora más baratos, y Reef y Kit habían encontrado una habitación en Cannareggio, donde todos parecían pobres. Artesanos dedicados a ensartar cuentas se sentaban en los pequeños espacios abiertos y al anochecer aparecían desanimadas *lucchiele*. *Squadri* de jóvenes ratas de río salían en tropel de las callejuelas gritando «*Soldi, soldi!*». Los hermanos se pasaban la noche paseando por las orillas de los canales, cruzando los puentecitos, entre las brisas sueltas de la ciudad nocturna, los aromas de vegetación marchita, los compases incompletos de canciones, las llamadas hacia arriba a ventanas cerradas, los pequeños

gestos líquidos e invisibles que a veces agitaban los canales brumosos, el crujido del remo de una góndola contra una *forcheta*, el resplandor de los quinqués en los tenderetes de frutas, ya avanzada la noche, que reflejaban las pieles brillantes de melones, granadas, uvas y ciruelas...

—Y bien, ¿cómo vamos a hacerle el hotentote a ese pájaro?

—Hacerle... ¿el qué?

—Es francés, significa asesinato. —Reef había supuesto que seguir a su objetivo y burlar la seguridad del magnate no serían los únicos obstáculos para realizar la acción—. Tengo que asegurarme, Profesor..., puedo contar contigo, ¿verdad?

—Sigue preguntando.

—Desde aquella *confabulación espiritual* que montamos al norte con papá, me da la impresión de que tienes algo más en la cabeza, y no parece que sea precisamente saldar esta cuenta.

—Reefer, cuando se trata de cubrírte, sabes que siempre estoy ahí.

—No lo discuto. Pero, mira, es tiempo de guerra, ¿no? Puede que no sea como en Antietam, con grandes ejércitos a la luz del día que todos vean, pero las balas siguen volando, los hombres valientes caen, los traidores hacen su trabajo por la noche, se llevan sus compensaciones terrenales y luego los cabrones viven para siempre.

—¿Y qué es eso por lo que ellos luchan?

—«Ellos», ojalá fueran ellos, pero no, somos «nosotros». Maldita sea, Kit, estás en esto, ¿no?

—Bueno, Reefer, eso suena a cháchara anarquista.

Reef se sumió en lo que Kit tuvo que considerar como un silencio calculado.

—He trabajado con algunos de esa ideología estos últimos años —dijo, y buscó en el bolsillo de su camisa la colilla negra y dura de un puro de la zona, que encendió. Y, parpadeando maliciosamente, añadió—: Supongo que no hay demasiados en los estudios matemáticos.

Si Kit se lo hubiera tomado mal, habría replicado con algún comentario sobre Ruperta Chirpingdon-Groin, pero se limitó a hacer un gesto con la cabeza señalando la vestimenta de Reef.

—Bonito traje.

—Muy bien —se rió entre dientes, en medio de una nube de humo maligno.

Avanzaron dando traspiés, exhaustos, hacia el amanecer, en busca de bebida fuerte. En la orilla de San Polo del puente Rialto encontraron un bar abierto y entraron.

Una mañana temprano, el abril anterior, Dally Rideout se había despertado sin que nadie le dijera que los guisantes nuevos —la palabra que le vino a la cabeza era *bisi*— ya habían llegado al mercado de Rialto. Le pareció todo un acontecimiento. Ella ya no recordaba, tras haber deambulado por la noche en el dialecto —del mismo

modo en que se pasa suavemente del sueño a los términos menos fluidos del despertar—, en qué momento preciso las conversaciones en la calle se habían vuelto menos opacas, pero el caso es que un día el alambre de espino cayó y resultó que ella había estado calculando un rato en *etti y soldi* y ya no erraba de *campo* en *campo* levantando la vista hacia paredes poco elocuentes en busca de nombres de callejuelas y puentes, serenamente alerta a vientos salinos y corrientes marinas y a los mensajes de las campanas... Se miró en espejos para ver qué podría haber sucedido, pero sólo encontró la misma máscara americana con los mismos ojos americanos; el cambio debía de radicar en otro sitio.

Y meses más tarde ahí estaba ella, en el mismo mercado, temprano como siempre, mientras un viento fuerte y cortante dibujaba ondas de un gris acerado sobre las aguas en el Gran Canal, buscando algo que llevar a la cocina de Ca' Spongiatosta, donde por fin le dejaban cocinar un poco, después de que ella les enseñara a Assunta y Patrizia una de las recetas de sopa de Merle. Hoy había pataca de Friuli, el *radicchio* de Treviso ya había llegado, la *verza* tenía buena pinta, y para completar la mañana, sorpresa, ¿quién salía sin prisas de ese pequeño garito junto al mercado de pescado sino el señor «Vete que eres demasiado joven para un amorío a bordo» Kit Traverse en persona? Ajá, el mismísimo Kit Traverse, el mismo sombrero, la misma mirada preocupada, la misma depresión posparto potencialmente fatal.

—Vaya, Eli Yale. Qué casualidad. —Por encima del hombro de Kit apareció una cara cuya semejanza familiar no podía pasarse por alto, y ella imaginó que debía de pertenecer al tercer hermano Traverse, el repartidor de faro.

—Que me aspen, Dahlia. Pensaba que a estas alturas estarías de vuelta en Estados Unidos.

—Oh, no voy a volver nunca. ¿Qué te ha pasado?, llegaste a Alemania, ¿no?

—Estuve un tiempo. Ahora mismo, Reef aquí presente y yo —Reef sonrió y se dio un golpecito en el ala del sombrero— tenemos algunos asuntos en la ciudad, y luego nos marcharemos.

Pues *auguri, ragazzi*, y una mierda iba a permitir que ese encuentro fuera a arruinarle el día. No eran más que unos de tantos pájaros que llegaban volando, sólo había que mirar alrededor: bandadas como las de las palomas de la Piazza, que tal como vienen se vuelven a ir volando. No eran, como decía Merle, pájaros para su cazuela, pese a lo cual:

—¿Os alojáis por aquí?

Tras una mirada de soslayo y advertencia a Kit:

—En una pequeña *pennsilvoney* —dijo Reef mintiendo y guiñando un ojo—, me he olvidado de en qué parte de la ciudad.

—Tan comunicativo como siempre, ya veo, debe de ser un rasgo familiar; bueno, ha sido verdaderamente estupendo verte, ahora tengo que irme a trabajar. —Se fue.

—Pero, oye... —empezó Kit, pero ella siguió adelante.

Esa misma mañana, paseando con Hunter por delante del Britannia, antes conocido como Palazzo Zucchelli, ¿quién vuelve a aparecer otra vez sino Reef Traverse? Acompañado en esta ocasión por una esbelta rubia con uno de esos sombreros ladeados y emplumados, y un individuo bovino cuyos ojos parecían más complejos de lo que en realidad eran debido a unas gafas de sol grises, los tres saliendo afanosamente del hotel, aparentemente dispuestos a pasar el día en la Laguna.

—Buen Dios, Penhallow, digo, ¿no eres tú? Vaya, claro que eres tú, pero, no, olvídale, es imposible, ¡es que no lo ves! Aunque supongo que sí podrías ser una especie de *gemelo* o algo así...

—Deja de decir tonterías, Algernon —le advirtió su acompañante—, es demasiado temprano. —Aunque la verdad era que el *sfumato* se había quemado hacía una hora.

Reef abrió los ojos ligeramente, más o menos en la dirección de Dally, mirada que ella interpretó como «No entremos en esto ahora».

—Hola, 'Pert —dijo Hunter tomándole la mano, parecía que presa de la emoción—, encantado de verte, ¿y dónde mejor que aquí?

—Sí, ¿y qué has estado haciendo? —prosiguió Algernon—, un buen día estás en plena partida, con buenas manos, y al día siguiente, sin haber acabado de jugar, no sólo tú, sino toda la pandilla, todos —se encogió de hombros— os habéis ido —una especie de risita tonta.

En la pausa ligeramente desconcertada que siguió, sus propietarios se fijaron en Dally por primera vez, y las cejas entraron en juego, las puntas de los dedos sondearon los orificios de las orejas. Reef, aun a plena luz del sol, había encontrado el modo de sumirse en su propia sombra. La rubia adelantó la mano y se presentó como Ruperta Chirpingdon-Groin.

—Y éstos son..., no sé, una colección de idiotas que se me han pegado.

Tomándole fugazmente la mano:

—Un placer, signorina. Soy Beppo, el sochio del señor Penhallow.

—Habla un inglés increíblemente bueno —dijo la Chirpingdon-Groin mientras examinaba la cabritilla blanca de su guante, un poco pasmada—. Y sus manos están demasiado limpias para ser de un italiano. ¿Quién es usted exactamente?

Dally se encogió de hombros.

—Eleanora Duse, estoy, esto, documentándome para un papel. ¿Y usted quién es?

—Ay, Dios. —La cara de Ruperta se volvía más difícil de distinguir bajo su velo azul.

—Ten —dijo Hunter sacando su bloc de dibujo y abriéndolo en la página de un dibujo al carboncillo de Dally, representada como chica, ganduleando pensativamente bajo un *sotopòrtego*—, aquí tienes quién es. Exactamente.

Formaron un círculo alrededor, como si fuera una vista veneciana más que no podían perderse, y empezaron a piar, todos salvo Reef, que se palmeó los bolsillos

como si se hubiera olvidado de algo, se tocó el ala del sombrero y desapareció de nuevo dentro del hotel. Ruperta pareció tomárselo como algo personal.

—Maldito cowboy —murmuró—, no ve el momento de que me vaya.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —Hunter parecía más inquieto de lo que Dally lo había visto últimamente.

Ruperta reorganizó su ceño y empezó a recitar un complicado itinerario.

—Si esta noche estás libre —sugirió Hunter—, nos pasaremos por el Florian's.

Dally se felicitó a sí misma por no sonreír, sabía que era un local que Hunter no soportaba, aunque ella había descubierto que sus mesas y sillas eran un campo fértil para rapiñar cigarrillos, monedas, restos de pan, por no mencionar los días de suerte, una billetera olvidada, una cámara, un bastón, *qualsiasi*, que podía cambiar por algunos francos. Y esa noche, como era de esperar, mucho después de que la King's Band hubiera dejado de tocar, allí estaban, juntos delante del Florian's, los ojos de Hunter clavados exclusivamente en los de la inglesa. Romántica Venecia. Dally resopló y encendió medio cigarrillo egipcio. Al atardecer del día siguiente, Hunter salió como siempre, rebosante de energía y entusiasmo, pintó toda la noche, sin que se le acercara nadie del grupo de la velada anterior, y no pareció más triste de lo habitual. Fuera lo que fuese lo que esa chica significara para él, Dally no iba a meter las narices.

Al principio le había sorprendido un tanto la presteza con la que la había acogido la Principessa Spongiatosta, atribuyéndola a alguna historia extraña entre Hunter y ella. Pero al poco tiempo, ya no lo tenía tan claro. A esas alturas estaba casi instalada en Ca' Spongiatosta, pues la vida en las *fondamente* no era tan fácil últimamente, y era mejor dejársela a las ratas de *rio*... «El que hayas salido de la calle», no tardó en recordarse a sí misma, «no quiere decir que estés más segura».

La vida cotidiana de la Principessa era un plexo incomprensible de secretos, amantes masculinos y femeninos, jóvenes y viejos, una relación no tanto con el Príncipe cuanto con su ausencia, pese a lo cual se sabía que ella había puesto mala cara y de vez en cuando hasta maldecido a quienquiera que, aunque sólo fuera con un gesto, hubiera osado tomarla por otra depravada joven esposa más. La ausencia del Príncipe era algo más que la de la mitad vacía y sin reclamar de la cama de la Principessa: había negocios en marcha, a veces, según parecía, lejos de Venecia, y daba la impresión de que ella se comportaba como el enlace necesario, cuando no ocupaba directamente el lugar de su marido, enclaustrada durante horas en remotas salas cerradas, sin hablar nunca más alto que un murmullo con un pulcro tipo inglés llamado Derrick Theign, que pasaba al menos una vez por semana con un sombrero gris claro en la mano y dejaba su tarjeta cuando la Princesa no estaba. Los *camerieri*, por lo general entretenidos con el ir y venir de la casa, parecían escabullirse cada vez que él se mostraba a la vista: se tapaban los ojos, escupían, se santiguaban. «¿Pero

qué pasa?», preguntaba Dally, pero nadie decía nada. No parecía tratarse de algo romántico, fuera lo que fuese. A veces Theign se presentaba cuando el Príncipe no estaba, pero todavía más a menudo se diría que era el Príncipe, que, como el *levante*, podía irrumpir en la ciudad en cualquier estación, a quien Theign anhelaba ver.

Dally no había tardado en entender el mal bicho que podía ser esta Princesa, y a veces le entraban ganas de darle una patada.

—Tu amiga sin duda sabe cómo entristecer a la gente —le dijo a Hunter.

—Durante mucho tiempo pensé que era una persona bastante profunda —dijo Hunter—. Luego comprendí que estaba tomando por profundidad lo que sólo era confusión. Como un lienzo que produce la ilusión de una dimensión más, aunque cada capa tomada independientemente es tan superficial que casi se transparenta. No hay más que ver qué clase de visitantes vienen. O cuánto tiempo es capaz de concentrarse en algo. Vive en tiempo prestado.

—Una impulsiva con tacones de aguja —dijo Dally procurando no parecer demasiado esperanzada.

—Oh, puede que no. Pero los riesgos que asume, no necesariamente del tipo romántico..., bueno...

—No pasa nada, Hunter, prefiero no saberlo.

—Allí no corres ningún peligro siempre que te andes con mucho cuidado.

Pero lo cierto es que en la casa siempre parecía haber algo al acecho, aunque Dally no estaba segura de qué se trataba. A veces se veía a la Princesa hablando apresuradamente con los agentes de seguridad de Spongiatosta apostados por las calles cercanas, cuyas libreas lucían el antiguo escudo de armas familiar, una esponja acostada sobre un fondo a cuadros con llamas en la base. Se demoraba en huecos apartados con jóvenes pulcras cuyas habilidades se ceñían oficialmente al secretariado y que nunca visitaban más de dos veces el Palazzo, y no es que Dally se molestara precisamente en llevar la cuenta. Jóvenes que al partir lanzaban miradas inquisitivas pero no del todo apenadas a las ventanas del dormitorio de la Principessa. Hunter era uno de sus pocos visitantes regulares, y si lo hacía para cuidar de Dally, era un caballero y no dejaba entreverlo.

En algún lugar del Atlántico entre Nueva York y Gotinga, Kit casi había llegado a esperar que algún día, en un futuro soñado, cuando su silencio se hubiera vuelto plausible para Pearl Street, llegaría su hora de regresar, agente por fin del fantasma vengativo de Webb, de regresar a la América diurna, a sus asuntos prácticos, a su contundente negación de la noche. Donde actos como el que él pensaba realizar no recibían otro nombre que el de «Terror», porque el idioma de aquel lugar —ya nunca decía «hogar»— no poseía otros. Pero la hora había sonado aquí, inminente, en una ciudad que a él incluso le costaba entender. Sentado en la Piazza, entre otras doscientas personas, bebiendo diminutas tazas del lodo requemado y amargo que

aquella gente llamaba café, mientras las palomas buscaban en grupo o por separado el gris perla del cielo marítimo, Kit se preguntó cuánto más o menos real parecería el Asia Interior en comparación con lo que estaba contemplando en ese mismo momento. Se suponía que la ciudad se había levantado gracias al comercio, pero la Basílica de San Marco representaba demasiado insensatamente todo cuanto el comercio, en la tenaz irrelevancia que concedía al sueño, jamás podría admitir. Los números del comercio eran «racionales», balances de pérdidas o beneficios, tipos de cambio, pero entre la serie de números reales los que quedaban en los espacios intermedios, los «irracionales», superaban abrumadoramente aquellos simples cocientes. Algo parecido estaba sucediendo aquí, incluso se ponía de manifiesto en este extraño y caótico subconjunto de la numeración de las calles venecianas, que le había hecho perderse más de una vez. Tenía la impresión de ser una de esas personas que sólo se sienten a gusto con los números reales, mirando cómo converge una variable compleja...

—Vaya, hombre, ¡tú otra vez! Ensimismado en tus pensamientos, no, no voy a interrumpirte, sólo había salido a buscar la comida. —El cabello de ella, como un gong, desvió su atención.

—Siento lo de esta mañana, Dahlia. No pretendía que te marcharas tan desbocada.

—¿Yo? Si nunca calzo espuelas. Hace mucho que ya no me pongo las botas de chica vaquera, he crecido.

—Escúchame, siéntate un momento. Deja que te invite a algo. Mira, aquí viene Reef, que te invite él.

Ella recorrió con la mirada el campo de mesitas rápidamente, como si no quisiera que la reconocieran.

—¿Tiene que ser en Quadri?

—Sólo buscaba la primera silla vacía.

—Este local lleva cincuenta años mancillado, desde que los austriacos empezaron a frecuentarlo, cuando ocuparon la ciudad. Aquí nunca se acaba nada. Prueba el Lavena alguna vez, el café es mejor.

—A propósito, Dahlia, gracias por tu discreción hoy con 'Pert. —Reef, dando caladas a un Cavour, de camino a otro sitio, se paró con ellos un momento—. Suele mostrarse un poco insegura cuando ve a chicas como tú, y ese estado puede alargarse durante semanas.

—Encantada de ayudar, creo. —Se hizo el silencio—. Bueno —soltó Dally al cabo de un rato—, chicos, os traéis *algo ilegal* entre manos. ¡Estoy segura! Basta miraros para darse cuenta.

—Oh —dijo Reef, que parecía un poco nervioso—, para variar.

—Estáis sentados en el café equivocado, lo que llevaría a cualquier observador, y hay bastantes, a concluir que los dos sois extranjeros en la ciudad, puede que incluso con pocos recursos.

—Nos va bien, de verdad —murmuró Reef.

—Podría ayudaros un poco.

—En esto no —dijo Kit.

—Mira, es muy peligroso —explicó Reef, como si esto bastara para desanimarla.

—En cuyo caso no deberíais llamar la atención sobre vosotros cada vez que os movéis o abrís la boca; yo, por mi parte, sé ir por ahí sin que me vean ni me oigan y, más importante aún, conozco a gente que, si no es la que precisáis, posiblemente sí conozca a quien buscáis. Pero, por favor, seguid a vuestro aire.

Reef empezó a toquetearse el ala del sombrero, lo que nunca era buen presagio.

—Te lo voy a decir claramente: no andamos sobrados de dinero para regalarlo.

—No busco su dinero, señor Traverse, aunque no podría decir lo mismo de otros en esta ciudad, porque es lo de siempre: en el remoto pasado, la gente solía hacer favores gratis, pero ya no se estila.

—¿Ni siquiera cuando se trata de algo que es de interés público? —preguntó Kit, que recibió una de las habituales miradas de advertencia de su hermano.

—Ilegal pero de interés público. Interesante. ¿Y de qué puede tratarse? Dejádmelo pensar un momento.

—¿Dónde encontraste a ésta? —preguntó Reef mirando a ambos con los ojos entornados—. ¿Es una de tus «novietas» del colegio?

—¡Ja! —exclamaron Kit y Dally, casi al unísono.

—Es de confianza, Reefer.

—Eso ya me lo has dicho.

¿Sí? Llevaba un rato sin sonrojarse, así que Dally pensó que tampoco era ése el momento. Reef la examinaba cuidadosamente:

—Señorita Rideout, no tengo por costumbre imponer nada a nadie.

—Sobre todo a insignificantes chiquitas americanas que parecen algo descerebradas, ¿no?

—Oh, vamos. —Reef se volvió a poner el sombrero y se levantó—. Tengo que hacer algunos recados para 'Pert, ya hablaremos más tarde. Arriverdisco, chicos.

—¿Qué ha dicho?

—Italiano macarrónico, me parece.

Kit y Dally empezaron a caminar, y de tanto en tanto ella metía la cabeza en una tienda de artículos de fumador para encenderse otro cigarrillo en la lámpara del establecimiento. En ese momento no era su paso lo que se aceleraba, sino cierta concentración entre ellos, producida en buena medida por la propia ciudad. Ella encontró una mesa apartada en un jardín, en la parte de atrás de una diminuta *osteria* que había entre el Rialto y Cannareggio. Comieron polenta con calamares en su tinta y una insuperable *zuppa di peoci*. En otros tiempos, ella habría pensado: nuestra primera «cita»; en esta ocasión, sin embargo, lo único que pensaba era: en qué maldito lío se habrá metido este chico ahora.

—Pues lo que pasa es... —dijo Kit tragándose un vaso entero de grappa.

Ella esperaba, con los ojos abiertos de par en par.

—Hemos venido aquí sólo para eso. Si se te escapa una sola palabra, somos hombres muertos; todos, ¿entiendes?

—Sordomuda —lo tranquilizó ella.

—Voy a decirte de qué se trata. ¿Estás preparada?

—Kit...

—Muy bien, ya sabes quién es Scarsdale Vibe.

—Claro. Carnegie, Morgan, todos esos príncipes del capital.

—Vibe es el que... —hizo una pausa, asintió para sus adentros—, el que contrató a aquellos chicos para que asesinaran a mi padre.

Ella apoyó la mano sobre la de él y allí la dejó.

—Kit, ya lo imaginé desde que nos encontramos en el barco, pero gracias por contármelo. Y ahora tu hermano y tú planeáis ir a por Vibe, de eso se trata, supongo.

—Así que cuando te ofreciste a ayudarnos ya tenías cierta idea.

Ella no levantó la mirada.

—Bueno, puedes mantenerte aparte si quieres —añadió Kit en voz baja—. Es muy fácil.

Se quedaron así sentados un rato. Ella no se atrevía a mover la mano. Eran tiempos modernos, y las manos sin guantes no se tocaban deliberadamente a no ser que significara algo.

Y en cuanto a lo que podía significar, bueno...

Por su parte, Kit había podido fijarse al menos en sus ojos, que, incluso con la distorsión de la luz veneciana, parecían de un extraño color verde plateado. Ojos verdes en una pelirroja, nada excepcional, pero con los iris sobre un fondo que brillaba como plata sin pulir, al que se remitían todos los demás tonos de color, ¿cómo era posible? Fotografías de sí mismos. Y ¿por qué prestaba tanta atención a esos ojos?

—La cosa va a peor, me temo. Debe de haber sucedido algo en Estados Unidos, porque ahora me persigue la gente de Vibe. Por eso ya no estoy en Alemania.

—¿No será que te has vuelto...?

—¿Loco? Eso no me importaría.

—Y los dos estáis de verdad... —No pudo reunir el valor para decirlo porque no sabía lo serio que era o dejaba de ser todo.

—«Decididos a llevar a cabo la acción» —sugirió Kit.

—Y a salir de la ciudad con los carabineros pegados a los talones. ¿Y adónde iréis?, si no es demasiado atrevido que lo pregunte una chica.

—Reef no sé, pregúntale a él. Yo, a día de hoy, al Asia Interior.

—Ya, claro, justo aquí al lado, nada más doblar la esquina desde el Asia Exterior. No es posible que te quedes en ningún sitio durante un tiempo, siempre has tenido esa otra vida entera, y ahora serás un fugitivo de la justicia y sabe Dios de qué más.

Se dio cuenta de lo desdichada que parecía y apartó la mano. Kit la tomó de nuevo.

—Escucha, no pienses que...

Ella le dio un golpe en la mano y sonrió lúgubrementemente.

—No te preocupes por eso. Tú y quien sea, a lo vuestro.

—Yo y... ¿qué significa eso?

Una mirada penetrante que él no supo interpretar. La luz del sol irrumpió en el pequeño espacio y el pelo de Dally se volvió incandescente. Se demoraron entonces en una de esas parálisis en las que cualquier cosa que se dijera sería equivocada.

—Mira —Kit exasperado—, ¿quieres que te dé mi palabra? Pues te la doy. Mi palabra solemne. Aquí mismo, en el mismo sitio exactamente, ¿te vale? Déjame anotar el nombre y la dirección, claro que una cita con fecha en firme es otra cosa...

—Ahórratelo. —No es que le mirara con odio, pero su sonrisa no era precisamente luminosa—. Algún día acabarás prometiéndome algo. Y entonces ándate con cuidado, caballero.

No es que no hubieran tenido tiempo para perderse creativamente en este laberinto de *calli*, ¿verdad?, ni para salir a navegar a la Laguna en un pequeño *topo* con velas naranjas, ni para pasear de iglesia en iglesia, extasiándose con las grandes pinturas, ni menos aún para detenerse un momento en el Puente de Hierro al crepúsculo para besarse mientras los barcos con farolillos pasaban por debajo y los acordeones coreaban su recién descubierto amor. Nada de ese rollo veneciano iba a suceder, no en esta maldita vida.

¿Qué quería ella? ¿No se trataba de Merle otra vez? Aquella alquimia, los cristales mágicos, la obsesión por penetrar los Misterios del Tiempo, todo aquello de lo que ella había llegado a creer en el pasado que debía escapar para no volverse tan loca como su padre, y ahora, fíjate, ahí estaba, volviendo a lo mismo, ahí estaba otro lunático, alguien que esta vez la abandonaba a ella, para ir en busca de una ciudad invisible más allá de los confines del mundo. *Cazzo, cazzo...*

—Olvídate de él —le aconsejó la Principessa—, mañana por la noche en el Palazzo Angulozor habrá un baile espléndido. Ven, por favor. Tengo un centenar de vestidos colgados aquí muriéndose de asco, y tú y yo somos de la misma talla.

—Estoy demasiado triste —objetó Dally.

—Porque se marcha —sollozó la Principessa, que había escuchado la historia a grandes rasgos, sin fijarse en ninguno de los detalles, aunque el cielo sabía que eso no le había impedido jamás dar consejo—. Puede que se vaya un año, puede que más, puede que para siempre, *vero*? Como un joven soldado que parte para cumplir su servicio. Y tú crees que lo esperarás.

—Lo haré. ¿Quién coño se cree que es —la miró con ferocidad— para burlarse de mis sentimientos? Si es usted la que siempre está lloriqueando y dando la murga con eso de que «una no puede vivir sin amor».

Fueran cuales fuesen los términos actuales de su relación, ésta parecía permitir ese tipo de impertinencias.

—Ah, ¿es que se trata de eso?

—Puede que sea algo que no esté a la altura de sus creencias, Princesa.

—¿Y el joven? ¿Cuáles son sus sentimientos?

—No lo sé y no voy a preguntarlo.

—¡Eh! *Appunto!* No es más que un cuento romántico que te has inventado.

—Ya lo veremos.

—¿Y cuándo? Mientras *esperas*, conozco a una docena de jóvenes, muy ricos, a quienes les encantaría conocerte.

—No sé.

—Venga. Dame el gusto. Miremos algunos de estos vestidos, estoy pensando en un viejo *straccio* en concreto, verde «meteorito», a juego con tus ojos, ribeteado con guipur veneciano, que puede ser ideal.

Todos habían salido a la azotea de la casa en Cannareggio. Ruperta se había marchado en el tren del mediodía, en dirección a Marienbad, mirando detenida e inconsolablemente a todos los pasajeros. Su egoísmo era tan descomunal que no veía más allá de su siguiente aventura romántica, había sido una acompañante perfecta para Hunter, que había decidido ir hasta Salzburgo. ¿Amor en el aire? ¿Y qué, es que Dally había intentado algo acaso?

—Y bien, ¿participo en ese hotentote vuestro o qué?

Reef se encogió de hombros.

—Buenas son tortas, supongo.

—¿Qué es eso?

—Un dicho, empieza con «a falta de pan». Tendrá que haber alguien que nos impida dar demasiados pasos en falso.

—Gracias. ¿Eso es todo, seré tan sólo una especie de cicerone? ¿No hay nada un poco más, cómo decirlo, más físico? Vacío bolsillos y robo bolsos a las señoras turistas. Lanzo cuchillos con gran precisión a veinte metros de distancia. He disparado pistolas con nombres y calibres de los que nunca has oído hablar.

—A decir verdad, habíamos pensado encargarnos de esa parte nosotros en persona.

—¿Que no me veis en el papel de tiradora?, pues vale. Entonces, más bien en la línea de... ¿de qué? ¿Enfermera?, ¿cocinera? ¡Espera! Qué tenemos aquí, es una *escopeta de cordita para cazar elefantes*, si no me equivoco.

—No te equivocas. Rigby Nitro Express, calibre 450, dispara una bala niquelada de punta hueca.

—Que explota al impactar —asintió la chica—, y sin duda no es la bala que vas disparando por ahí todos los días. A lo mejor ese Vibe debería cambiarse el nombre

por *Jumbo*. ¿Te importa si...?

—Por favor... —Reef se la alcanzó y ella la sopesó para comprobar el equilibrio, abrió y cerró la recámara, adoptó la posición de disparo, apuntó a varios campanarios por toda la ciudad.

Al cabo de un rato, ella murmuró:

—Bonita arma. —Y la devolvió.

—Es el concepto que tiene 'Pert de regalo de despedida —dijo Reef.

—¿Ella sabe lo que planeáis?

—Es una chica de ciudad, se imagina que la usaré para cazar faisanes o algo así.

—Pues para intentar matar a alguien como Vibe —le pareció a Dally—, más vale que aprendas la lección del famoso atentado de hace unos quince años contra Henry Clay Frick, el Carnicero de Homestead, a saber: que nunca vayas a por un tiro en la cabeza. Apuntar a la cabeza de Frick fue el gran error del Hermano Berkman, el clásico error anarquista de suponer que todas las cabezas tienen cerebro, mira tú, cuando no había nada dentro del cebollo del maldito Frick que mereciera malgastar una bala. Con gente como ésa, siempre hay que ir a por las entrañas. Por toda la grasa que se ha amontonado allí con los años vividos a costa de los más pobres. Puede que la muerte no sea muy rápida, y en el curso de la búsqueda de la bala entre esa montaña de sebo, un doctor, sobre todo uno que trate a las clases altas, más acostumbrado a las afecciones de hígado y a los malestares de las damas, sin duda producirá, por su mera incompetencia, una dolorosa y prolongada agonía.

—Tiene razón —concedió Reef tras un breve momento de mudo estupor, mirándola como si fuera un gurú indio de la violencia—, y una emboscada por sorpresa también está descartada, habrá mucha gente alrededor, no vayamos a alcanzar a alguien por equivocación. Alguien tendrá que acercarse al bueno de Scarsdale, cara a cara. Ahí es donde, me parece, entras tú, Kit.

—Puede que no —dijo Kit.

—Ya, te dejó de mandar dinero; mierda, eso no es más que cotilleo de páginas de sociedad, no plomo caliente.

—Me acerco como si nada y le suelto: hombre, señor Vibe, cómo le va y qué sorpresa verlo aquí, en Venecia, Italia... Ya, Reef, bien sabes qué pasará.

—¿Qué pasará?

—El tipo me quiere eliminar, te lo digo yo.

Dally gruñó con cierta impaciencia ante tanta cháchara.

—Ahora escuchadme, no lo entendéis, ¿verdad que no?, hay muchos otros haciendo cola para meterle un balazo a ese buitres y todavía no es vuestro turno.

Reef, como si acabara de enterarse:

—No me digas. Vaya, ¿quieres decir que de verdad hay otra gente que lo odia tanto como nosotros?

—Estás en territorio anarquista, vaquero. Aquí, tarde o temprano, se van a quedar sin realce a la que disparar, y entonces empezarán a buscar más chusma por todas

partes: políticos, magnates de la industria y lo que salga. Y en esa lista lleva ya tiempo Scarsdale Vibe.

—¿Conoces a algún anarquista?

—En esta ciudad, a muchos.

—Reef se cree que es uno de ellos —apuntó Kit.

—¿De verdad crees que tienen algo planeado? —preguntó Reef.

—La mayor parte no son más que palabras. ¿Quieres ir a echar un vistazo?

Se bajaron en la parada de San Marcuola, cruzaron un par de puentes, pasaron bajo un *sotopòrtego* y por callejuelas tan estrechas que tenían que caminar en fila india, hasta que Dally dijo: «Aquí». Era un café llamado Laguna Morte. Dentro estaban Andrea Tancredi y algunos amigos artistas, y resultó que el tema de conversación era Scarsdale Vibe, el enésimo millonario americano que había venido con malas intenciones contra el arte veneciano.

—A los periódicos les gusta llamarlo «botín de guerra» —declaró Tancredi—, como si sólo se tratara de una lucha metafórica, con grandes sumas de dólares que sustituyen las cifras de bajas... Pero lejos de la vista y el oído de todos, la misma gente lleva a cabo una campaña de exterminio contra el arte en sí.

Aunque el italiano de Kit dejaba bastante que desear, reconoció la pasión en esas palabras, que nada tenían de la habitual charla de bar.

—¿Y qué tiene de malo que los americanos se gasten el dinero en arte? —objetó un joven con barba de pirata llamado Mascaregna—, *macché*, Tancredi. Esta ciudad se erigió comprando y vendiendo. A todas y cada una de esas Grandes Pinturas Italianas tarde o temprano les cuelgan una etiqueta con el precio. El gran señor Vibe no está robando nada, paga un precio que han acordado ambas partes.

—¡No se trata del precio! —gritó Tancredi—, sino de lo que viene después: inversión, reventa, matar algo que nació en el delirio vivo de la pintura en contacto con el lienzo, convertirlo en un objeto muerto para comerciar con él, una y otra vez, por lo que el mercado quiera. Un mercado cuyas fuerzas intervienen siempre contra la creación, en la dirección de la muerte.

—Cazzo, déjales que se lleven lo que quieran —se encogió de hombros su amigo Pugliese—. Así queda espacio libre para nosotros en estas viejas paredes que se desmoronan.

—Además, los crímenes del americano son mucho peores que el robo de arte —dijo Mascaregna—. No debemos olvidar la inmensa ciudad de incontables almas desamparadas que él ha llevado al borde del abismo. Demasiadas para que ni siquiera Dios pueda perdonarlo.

—Lo que necesita el señor Vibe —dijo Tancredi— es un problema del que no pueda librarse.

—*La macchina infernale* —aventuró Dally.

—*Appunto!* —Tancredi, cuya reticencia a tocar a nadie era bien conocida, le dio un apretón admirativo. Kit, que se dio cuenta, se volvió para mirarla. Ella abrió los

ojos todo lo que pudo e hizo girar una sombrilla invisible.

El chico estrechó con timidez las manos de Kit y Reef. Esa tarde en concreto no parecía alguien que estuviera a punto de dar un paso desesperado.

—Así que Vibe, ¿eh?

Habría sido un inicio tan bueno como cualquier otro. Los hermanos intercambiaron una mirada, pero por alguna razón lo pasaron por alto.

Más adelante recordarían la mirada de Tancredi.

—¿Te parece que ese chico va en serio? —preguntó Reef.

—Últimamente —dijo Dally— ha estado hablando mucho de Bresci, Luccheni y otros famosos pistoleros anarquistas, lo bastante como para poner nerviosos a los demás.

—Se suponía que esto iba a ser fácil —dijo Reef—. Bastaba con cargarse al hijo de puta y acabar de una vez. Y ahora, de repente, ¿vamos a pasarle el trabajo a otro?

—¿Quién sabe? —Kit con cuidado—. No sé si sería más rápido que nos mantuviéramos aparte y dejáramos que las fuerzas de la Historia se lo llevaran por delante.

—¿Así habláis en Harvard?

—En Yale —dijeron al unísono Kit y Dally.

Reef los miró parpadeando durante un momento.

—¿Quién sabe? Bueno, para empezar...

La Principessa había acabado convenciendo a Dally para que fuera al baile esa noche, y también había dejado caer la interesante información de que uno de los invitados sería Scarsdale Vibe. Refugiados puertas adentro de un bora particularmente enloquecedor, Kit, Reef y Dally jugaban a póquer y charlaban del asunto, mientras bebían grappa y Reef llenaba el aire del humo maloliente de sus puros italianos baratos. Todo el mundo esperaba algo: una buena mano, una idea animada, los carabinieri en la puerta, con el presentimiento extraño y agobiante de que algo malo iba a pasar.

—¿Habías visto alguna vez una de éstas?

—Coño, ¿dónde las hacen?

—En Turín, Italia.

—No, me refiero a...

—Un sencillito juego de manos; Venecia es una ciudad colorista pero tiene muchas esquinas sin visibilidad. La llaman Lampo, mona, ¿verdad? De repetición, dispara un Gaulois de 8 mm, este pequeño aro de aquí es el gatillo, el anular encaja justo ahí —hizo una demostración—, la boca asoma lo justo del puño, sale y el cerrojo se retira; apretando otra vez la mano, cargas, *bam*.

—Joder, podría servirnos.

—Podría, sí, creo.

—Pero tú no lo harías...

—Chicos...

—Se está burlando de ti —dijo Kit.

—Sí, supongo que sí —Reef suspiró melodramáticamente.

—Animará la velada, en cualquier caso —supuso Dally.

—¡Eh! A lo mejor conoces a algún príncipe italiano, y si te enamoras al menos sacarás algunas buenas comidas. —Reef se rió tanto de la irritación de su hermano que empezó a toser nubes de humo italiano.

—Exprímelo mientras puedas, ¿por qué no?

—Es una pena que nunca me atrajera el robo de joyas, Dahlia, serías la cómplice perfecta.

—Dios, Kit, tu hermano es un encanto.

—Y también huele bien —murmuró Kit.

—Ve, Dahlia, ve —dijo Reef—, una fiesta es una fiesta, nunca rechaces ninguna, monta todo el alboroto que te apetezca, infórmanos de cualquier cosa útil que descubras, andaremos por los alrededores reconociendo un poco el terreno. Ya habrá algún modo de pillarlo.

Fuera, los ciudadanos habían empezado a volar en horizontal, agarrándose a lo que podían, mientras el viento les arrancaba los zapatos de los pies y los arrastraba sobre la Laguna tormentosa. Las tejas se levantaban una por una, las góndolas entrechocaban estruendosamente y sus puntas rebotaban en la Riva, dejando restos desportillados de laca que se arremolinaban por detrás en diminutos tornados negros, al tiempo que, más arriba, plumas sueltas formaban tornados al revés en una turbulencia pálida y plateada, los ángeles tutelares venecianos buscaban refugio entre campanas desatendidas que, azotadas por el viento, daban ahora las horas canónicas sólo para la tormenta, llamando a los celebrantes a misas invisibles por las almas de los naufragos y los que se había llevado el mar, mientras abajo las palomas y las aves marinas empujadas al suelo abandonaban la Laguna temblando y se refugiaban en los *sotopòrteghi*, en patios dentro de patios interiores, negando el cielo, simulando ser ciudadanas nativas de los laberintos terrestres, con los ojos tan fulgentes y esquivos como los de las ratas de los rincones. Los venecianos sacaban las botas de goma y caminaban por las aguas altas. Los visitantes, tomados por sorpresa, se tambaleaban por tarimas improvisadas, negociando derechos de paso como bien podían. Rótulos apresuradamente escritos con flechas pintadas aparecieron por las esquinas señalando rutas más secas. El agua subía y bajaba desquiciada, desbordándose de los canales, con un matiz gris bronce, oliendo a mar, a algún mar de alguna parte. La Piazza de San Marco era un gran estanque ornamental que pertenecía al mar, oscuro como el cielo que reflejaba, un fondo para los rectángulos de luz anaranjada de los cafés y de las tiendas bajo la Procuratie, imágenes que esparcía una y otra vez el viento.

—Pero ¿qué pasará con la buena de Dahlia —dijo más tarde Reef, después de que ella regresara a Ca' Spongiatosta— cuando llegue el momento de salir corriendo de la ciudad?, ¿qué vas a hacer?

—No creo que ella me eche demasiado de menos.

Reef le devolvió la sonrisa con los labios apretados, expresión marca de la casa que le había servido fielmente en tantas mesas de juego. Cuyo mensaje venía a decir: «Anda, haz lo que tengas pensado, pero no me lo echés en cara más tarde», muy útil para sumir a los otros jugadores en parálisis dubitativas, así como para hacerle parecer un rival compasivo al que le molestaría despojarles del dinero que necesitaban para pagar el alquiler o la comida de bebé.

Aferrando unas riendas invisibles y haciendo gestos de «vamos, a por ellos», Kit dijo por fin:

—¿Qué?

—Algún día te contaré una historia. Tal vez.

Bajo la llovizna inclemente, cinco o seis carabinieri se habían situado estratégicamente a lo largo de la *fondamenta*, impidiendo que la gente cruzara el puente hasta el Palazzo. El cuello de los gabanes levantado contra el fresco. A saber cuánto tiempo tendrían que estar ahí. Parecían una pintura que no colgara de ninguna pared conocida, titulada *Fracaso*. Kit y Reef se escabulleron, intentando formar parte de la *imprimatura*. A lo largo de la acera de enfrente, figuras de negro, inclinadas como para resistir el viento o una fatalidad, se movían en una corriente viscosa, bajo paraguas negros en ondulación irregular, cada paso una lucha, con toda la circulación fragmentada en misiones privadas de deseo... Aisladas de las consecuencias como la noche misma.

Luces eléctricas en las ventanas, antorchas llevadas arriba y abajo por sirvientes, sus llamas agitadas sin parar por el viento. Un denso susurro interior, modulado por la piedra antigua, emitido hacia fuera, al *rio*, acompañando a una pequeña orquesta de cuerda que tocaba arreglos de Strauss Jr., de Luigi Denza y de la luminaria local Ermanno Wolf-Ferrari.

Kit atisbo a Dally con el vestido prestado de la Principessa y un *paletot* de seda oscura, con su cabellera incendiaria peinada con un copete de pluma de avestruz teñida de añil, entrando con paso majestuoso por la puerta y subiendo las escaleras de mármol hasta el *piano nobile*, y durante un latido y medio de corazón se olvidó de dónde estaba y qué se suponía que tenía que hacer allí.

Scarsdale Vibe llegó en una góndola privada y con el reflejo de Foley Walker a sus espaldas, puso el pie en la *fondamenta*. Se oyó la inequívoca detonación de un disparo.

Tan de repente como se abatía una tormenta sobre la Laguna, surgieron de todas partes guardaespaldas de negro, curtidos *teppisti* recién llegados a la ciudad, sacados de sus habituales funciones de rompehuelgas en Roma y en las fábricas del Norte, armados, silenciosos, enmascarados y rápidos.

—Dios, son un ejército —murmuró Reef—, ¿de dónde han salido?

Y allí, justo en medio, apareció un chico delgado con un traje prestado, el cuello de la camisa demasiado grande, llamativamente fuera de lugar y por tanto disfrazado y por tanto una amenaza.

—Es ese Tancredi, ¿qué coño pinta aquí?

—Oh, no —dijo Kit—, esto no augura nada bueno.

Ahora ya no había modo de llegar hasta él, pues estaba dentro del negro tren funerario, que se había puesto en marcha hacia su terrible destino.

—*Via, via!* —Fueron tan amables de advertirle, pero él seguía acercándose. Estaba haciendo lo único que la autoridad no puede tolerar, ni permitirá nunca que suceda: se negaba a obedecer. ¿Qué objeto sostenía en la mano, con sumo cuidado, como si fuera a explotar a la más leve sacudida?

—No llevaba nada en las manos —contaría más tarde Pugliese—, nadie encontró ningún arma.

Mascaregna negó con la cabeza, desconsolado.

—Dijo que tenía una máquina infernal, que daría cuenta de Vibe y, un día lejano, del orden que Vibe encarnaba de la manera más acabada y aborrecible. Ése era su precioso instrumento de destrucción. Desprendía una luz y un calor que sólo Tancredi percibía, lo cegaba, quemaba ferozmente en sus manos, como el carbón resplandeciente en la parábola budista, no podía dejarla. Si Vibe era un comprador de arte, ahí estaba la creación de Tancredi, su ofrenda, la obra maestra que creía que cambiaría a quien la poseyera, incluso a ese corrupto millonario americano, ciego a la vida que había estado habitando, que lo llevaría a una nueva forma de visión. Nadie le dio la ocasión de decir: «Aquí está, aquí hay un limitado y finito volumen de la ausencia de Dios, aquí está cuanto necesita contemplar y ver de verdad, y conocerá el Infierno».

De las bocas de Glisentis nuevecitas salieron llamas como puñaladas, los disparos repercutieron en las aguas y las paredes de piedra, levantando ecos tremendos que desgarraron el silencio. Las extremidades de Tancredi se habían abierto como si se dispusiera a abrazar cuanto podía de aquello a lo que el mundo había quedado reducido: las primeras ráfagas lo contrajeron en una piltrafa, inclinado como ante una perversa nobleza; mientras a su alrededor y a sus espaldas se elevaba el antiguo esplendor del Palazzo, él se resbaló y cayó en su propia sangre y entró en el vacío, el día que las campanas estaban en silencio y le era arrebatada la ciudad que él a la vez amaba y detestaba, a la que ya no podría transfigurar.

Al principio parecía que sólo estaban toqueteando los restos con las puntas de las botas, algo, al fin y al cabo, esperable de profesionales, que se cercioraban de que el

sujeto no recobrara inesperadamente la vida. Pero la cosa fue perdiendo el tono de sondeo y al poco los *assassini* le daban patadas brutales con toda la fuerza que podían, profiriendo insultos, hasta que la *fondamenta* resonó como el patio de una prisión, mientras Scarsdale Vibe poco menos que bailaba en gozosa aprobación, ofreciendo a gritos consejos técnicos.

—Aseguraos de que le desfiguráis la cara, amigos. *Batti! Batti lafaccia*, ¿sí? Destruídsela. Dadle motivos para llorar a la mamita de ese montón de mierda.

Cuando la voz se le enronqueció demasiado para seguir, se acercó y miró un rato el cadáver destrozado en su baño de luz pública, sintiéndose feliz por haber presenciado de primera mano esta victoria sobre el terror anarquista. Foley, para el que situaciones como ésa habían sido en el pasado el pan nuestro de cada día en un regimiento de la Unión, permaneció al lado sin decir nada.

La bruma que se levantaba empezó a mezclarse con la lenta disipación del humo de pólvora. Un grupo de ratas, interesadas al instante, habían salido del canal. Sin la menor consideración por los invitados que llegaban tarde, uno de los pistoleros utilizó el sombrero del chico para sacar agua del canal y limpiar la sangre de la acera.

Vibe permanecía callado en el punto más alto del pequeño puente, de espaldas, una sólida silueta negra, cabeza y capa, esperando en medio de una inequívoca tensión que no parecía tanto hacerle crecer en tamaño como, extrañamente, hacerle cobrar masa, rectificarse en una invulnerabilidad de hierro. Por un instante, antes de reemprender su intencionado regreso al refugio del iluminado y melodioso Palazzo, se dio la vuelta y miró directamente a Kit, sin dejar la menor duda de que lo reconocía, e incluso a pesar de la noche que ya caía, la *foschia* y la luz de las antorchas que comenzaba a extinguirse, Kit vio con la suficiente claridad la sonrisa de satisfacción en el rostro del hombre. *Patéticos miserables*, podría haber estado diciendo entre risas, *¿a qué, a quién os creéis que os estáis enfrentando?*

—Según la policía, los anarquistas se especializan, Foley, ¿lo sabías? Los italianos suelen ir a por la realeza. A por la Emperatriz Isabel, el Rey Humberto y demás.

—Supongo que eso le convierte en realeza americana —bromeó Foley.

—Rey Scarsdale. Sí, suena bien.

Estaban en el grandioso comedor del Bauer-Grünwald, comiendo rustidos de ternera y tragando Pommery. La sala estaba atestada de comensales cuya provisión de efectivo excedía sobradamente toda el hambre que pudieran recordar o imaginar. Los camareros conversaban en voz baja y apenas conseguían ser amables; entre las palabras que empleaban, aparecía a menudo *cazzo*. Las arañas, cuyas disposiciones cristalinas se situaban en márgenes exquisitamente delicados, se estremecían y repicaban como si fueran capaces de percibir cada insignificante ajuste del edificio en el primitivo limo veneciano de abajo.

Más tarde, a Scarsdale Vibe le asombró ver a Foley de juerga por el dique, dando vueltas sin parar no con una sino con tres jovencitas, y acompañado de un maniaco de la zona con un acordeón. De vez en cuando también estallaban petardos.

—Foley, por Dios santo, ¿qué haces?

—Bailar la tarantela —replicó Foley, sin aliento.

—¿Por qué?

—Celebrándolo. Estoy feliz porque *ellos* no le han alcanzado.

Si Scarsdale captó algún énfasis en el «ellos», no dio la menor señal.

—¿De dónde coño han salido todos esos pistoleros? —había estado repitiendo Reef como una especie de oración en tiempos de derrota.

—Los contrataron para esta noche —dijo Dally—. Y no ha sido posible sobornarlos, no con lo que les paga vuestro señor Vibe.

—¿Por qué nadie dijo nada? —preguntó Reef más irritado que quejumbroso.

—Yo lo hice..., pero no querías saber nada. En estas *callis* todos lo sabían.

—Pensábamos que contrataría más hombres —dijo Kit—, pero no tantos. Hemos tenido la suerte de los tontos librándonos, habrá que mirarlo así.

—Pues ese chico no tuvo ninguna suerte —dijo Reef observando con el ceño fruncido a su hermano—. Lo siento, Dahlia.

Ella estaba afectada, más de lo que quería dejar entrever. Parecía que hiciera años desde que había ido a ver a Tancredi y sus pinturas. Era consciente de un modo casi neuronal de todas las creaciones que ya no verían la luz, sentía remordimientos y horror ante algo de lo que casi había formado parte, y, peor aún, vergüenza, mucha vergüenza por el alivio que sentía de estar viva todavía. Puede que no hubieran llegado a ser amantes jamás, pero ¿no deberían haberles concedido un tiempo para averiguarlo? Era un chico virtuoso, como todos esos jodidos artistas, demasiado virtuoso para el mundo, incluso para el mundo que intentaban redimir por fases: un pequeño rectángulo de lienzo cada vez.

—Tendría que haberlo visto venir —dijo Dally—. Alguien lo delató. Esta mierda de ciudad, mil años chivándose a la ley.

—Tendría que haberle dicho que se anduviera con cuidado —murmuró Kit.

—Escuchadme, chicos —dijo Reef mientras metía cosas en un maletín—, cuando inventen la máquina del tiempo, compraremos billetes, saltaremos adentro, volveremos a anoche y todo se hará como es debido. Mientras tanto, el viejo crótalo sigue con su vida encantada en alguna otra parte, y no se sabe cuándo se presentará otra ocasión; si es que se presenta. Desde luego, no tengo ni idea de cuánto tiempo se supone que vamos a estar así.

Salió por la puerta y lo oyeron bajar por las escaleras.

—Bueno, me alegro de que no haya pasado —dijo ella con tranquilidad—. Un muerto ya es demasiado. —Levantó la vista hacia Kit y el corolario tácito quedó claro

en su cara: un muerto, otro a punto de partir al exilio.

Kit hizo una pausa en sus intentos de disfrazarse, que consistían básicamente en peinarse con betún.

—Yo cumplo mis promesas, Dahlia.

Ella asintió, y siguió asintiendo, pensando que más tarde ya tendría tiempo de sobras para llorar.

—Ya sabes que si hubiera alguna posibilidad de que me pudiera quedar...

—No la hay. Y no te hace falta mi permiso.

—Vibe me vio allí, en la escena. Si no se lo había imaginado todavía, ahora ya lo sabe, y ninguno de ellos pasa estas cosas por alto.

—En ese caso más vale que te pongas en marcha, no vayas a acabar igual.

Aunque Kit nunca había entendido muy bien Venecia, parecía casi normal en comparación con el lugar al que se dirigía. Dally reconoció esa sensación.

—Aquí la llaman *bagonghi*, es cuando uno va tambaleándose aturdido por todas partes, como un payaso de circo.

Kit se acostó y se despertó con la imagen solitaria y operística de Vibe dándose la vuelta para mirarle fija e implacablemente a la cara, sabedor desde el principio de que él había estado apostado en la otra orilla del canal mientras a su alrededor los asesinos a jornal se ponían al descubierto, como si los pretorianos del Tiempo se hubieran levantado para defenderlo. La sonrisa teñida de rosa, la sonrisa de un papa en una pintura, enmarcada en una cara que no solía sonreír, que uno habría preferido no ver porque significaba que traería problemas.

Probablemente también era el innegable momento, si tenía que destacarse uno, de la exclusión de Kit de lo que en Yale se llamaba un «futuro», de cualquier ruta al triunfo o incluso a la comodidad burguesa que Scarsdale Vibe controlara. Kit no sabía muy bien si lo había deseado, ni hasta qué extremo, pero el caso es que ahora no tenía elección. Los *stranniki* de Yashmeen se habían consagrado por entero al servicio de Dios y la Muerte Misteriosa, pero, hasta donde veía Kit, el viaje que él tenía por delante no era por Dios, ni por Yashmeen, que sin duda era el amor de la vida de alguien, pero no de la de Kit, ni siquiera por la causa del Vectorismo..., puede que no se tratara más que de la simple supervivencia, huyendo para salvar su cada vez menos valioso culo.

Podrían haber imaginado una partida fácil en medio de una bruma dorada, pero resultó que los hermanos no se separaron en lo que uno llamaría términos afectuosos. Como si el tiroteo en el Palazzo le hubiera afectado demasiado, Reef se había instalado en un lúgubre malhumor.

—No tienes que venir a despedirme a la estación, es más, mejor si no vienes, porque yo no pienso despedirme.

—¿Qué estás pensando, Reef?

Reef se encogió de hombros.

—Tú nunca has querido implicarte. Has estado haciéndolo a desgana todo el tiempo. Bueno, ahora ha acabado, así que adiós, chaval.

—¿Me estás echando la culpa de lo que ha pasado?

—¿Qué quieres que te diga? La verdad es que no fuiste de gran ayuda.

A Kit empezaron a dolerle los dedos y miró a su hermano con la esperanza de haber entendido mal.

—Tu hado padrino todavía anda por ahí, bebiendo champán y meándose en la memoria de papá. Y ya no puedes decir nada porque no sabes nada.

Reef se dio la vuelta y se alejó con una mirada feroz, los hombros encorvados, y tras cruzar el Ponte degli Scalzi, desapareció al poco entre la multitud en movimiento de cientos de futuros distintos, cuyo destino no podía imaginarse más que recurriendo a la estadística. Y eso fue todo.

Ya en el vapor nocturno para Trieste, las luces se difuminaban provocando efectos espectrales en la niebla, ondeando como capas blandidas en florituras por insomnes enmascarados, Giudecca invisible..., como también el velado *Stromboli* y otros buques de guerra italianos anclados..., las llamadas de los gondoleros que adquirían en la *foschia* una extraña ansiedad, los costados de cuero de baúles y maletines que brillaban en el resplandor eléctrico... Dally desaparecía una y otra vez, y Kit esperaba que ella ya no estuviera allí cuando despejara de nuevo. Barcasas y *traghetti*, transportando viajeros, equipaje y carga, atestaban el pequeño muelle, y cada bajel era un escenario marítimo para un drama de alta intensidad, consejos apasionados o prácticos desde todas las direcciones, baúles pasados de unos a otros en el vaporoso ajeteo, siempre a punto de volcarse cómicamente y caer, con sus propietarios, al canal. Por el Zattere tocaban dúos y tríos de músicos, algunos de la banda real, ganándose unos cuantos soldi extra. Todo en un tono menor.

Nadie había venido a despedir a Kit, su hermano estaba de nuevo en las vías, ya a kilómetros de distancia de la ciudad, y ahora que Dally lo pensaba, ¿qué pintaba ella allí, despidiéndose? ¿Es que no tenía nada mejor que hacer? ¿Qué significaban unos abrazos sentimentales a la orilla del agua para este tío?

A su alrededor, los viajeros bebían vino en piezas de recuerdo baratas de Murano, se daban palmadas en los hombros, se limpiaban hojas y restos de pétalos de los ramos de flores de última hora, discutían sobre quién se había olvidado de empaquetar qué... Se suponía que a Dally ya no le afectaba la melancolía de las partidas, ya no le abrumaba su gravedad, pero, como si pudiera ver el trecho completamente oscuro de lo que se extendía por delante, ahora quería acercarse, abrazarlo, abrazar a este chico durante tanto tiempo como requiriera crear un doble, renunciar al sombrío destino que él parecía esperar con tal seguridad. Él la miraba como si acabara de atisbar el simple alcance de lo que estaba a punto de hacer,

aunque puede que no coincidiera con la idea que tenía ella..., y así, como términos que se anulan mutuamente a cada lado, permanecieron en sus respectivos sitios, con cortinas interpuestas de bruma veneciana, entre las sirenas de los vapores y los vociferantes barqueros, y ambos jóvenes sintieron que se establecía una distinción abismal entre aquellos que pasado mañana estarían aquí, justamente aquí, para presenciar la siguiente reunión antes de la partida, y aquellos que zarpaban hacia el precipicio nocturno de este viaje, que nunca más estarían aquí, justamente aquí, nunca jamás.

«Queridísimo padre:

»Te escribo con la incertidumbre de no saber si llegarás a leer estas líneas y por eso, paradójicamente, con cierta fe, ahora quizá más apremiante por las dudas que han surgido sobre aquellos a cuyo cuidado me confiaste, hace ya tanto.

»Creo que el CRETINO ya no vela por mis intereses, que mi seguridad no les importa demasiado, por no decir que a lo mejor es un obstáculo real para sus propios planes, unos planes de los que no me cuentan nada. En la actualidad estamos en Suiza y tenemos previsto viajar en tren a Buda-Pest donde, a no ser que mis “dotes de profecía” me hayan abandonado, me espera el peligro y tal vez el pesar.

»Como siempre, el término tácito es Shambhala, aunque a ti, que has servido durante tanto tiempo y con honor en su esfera de influencia, pueda resultarte sencillo descartar las angustias de alguien que lo conoce sólo de segunda mano (digamos que de tercera). Aun así, como esos charlatanes religiosos que se vanaglorian de relacionarse directamente con Dios, hay un número creciente de miembros del CRETINO que afirman tener un conocimiento similar de la Ciudad Oculta y que, más inquietantemente todavía, son incapaces de diferenciarla de la política secular de la Europa actual.

»La Historia ha irrumpido como una inundación, ya nos rodea a todos, y me he quedado a la deriva sin certidumbres, sólo conjeturas. En Gotinga, por un tiempo, tras la revolución en Rusia, al menos un grupo de refugiados bolcheviques heréticos me consideraba útil. El reciente entendimiento entre Inglaterra y Rusia parece haber incrementado mi valor para los Ministerios de Exteriores y de la Guerra británicos. En cuanto a la utilidad que todavía pueda tener para el CRETINO, sólo ellos lo saben, pero no lo dirán. Es como si yo poseyera, sin saberlo, una clave para un mensaje cifrado de gran importancia, y otros desearan hacerse con él cueste lo que cueste.

»Aquellos en cuya compañía viajé pero que, me temo, ya no me consideran de los suyos, en el pasado se presentaron como buscadores de algún tipo de trascendencia... Creí, durante muchos —demasiados— años, que algún día podría seguir sus pasos. Ahora que han perdido mi confianza, debo buscar en otro sitio... Pues ¿qué misión tengo aquí, en este peligroso segmento del espacio-tiempo, más que trascenderlo y, con él, trascender también la hora trágica que está atravesando?

»En el pasado, las matemáticas me parecieron el camino; la vida interior de los números me llegó como una revelación, tal vez de un modo similar a como lo vivió un aprendiz pitagórico hace mucho tiempo en Crotona: un reflejo de una realidad menos accesible, mediante el estudio a fondo de la cual uno podría ir más allá del arduo mundo dado.

»El Profesor McTaggart, de Cambridge, adoptó lo que se denominaría una visión optimista, y tengo que confesar que, durante un tiempo, compartí su idea de una comunidad de espíritus en perfecta armonía, en la que las viejas historias de sangre y destrucción habrían dado paso por fin a una era de ilustración y paz, que él

comparaba a una sala de descanso estudiantil sin maestro. Puede que hoy me haya vuelto un poco más nietzscheana, que crea de nuevo en la llegada de un futuro tenebroso de esclavitud y peligro, ese del que tú intentaste rescatarme. Pero la salvación de cada uno es, en última instancia, responsabilidad exclusiva de cada uno.

»En el pasado había abrigado la tonta idea de que todo este vagabundeo debía de tener un objeto: una convergencia natural hacia ti, y que nos bastaría reunirnos para que todo se aclarara por fin. Pero últimamente, cada vez más, me cuesta obviar tu profesión, los señores a los que sirves, los intereses que, todo este tiempo allá en el Asia Interior, aunque sea inconscientemente, has estado favoreciendo. Ésas son cuestiones sobre las que siempre has observado el más riguroso voto de Silencio, y no espero que ninguna de las razones que te dé, ni siquiera ahora como adulta capaz, te induzca a incumplirlo. Aunque no puedo decir con certeza cuándo, o siquiera si llegará a darse el caso, me obsesionaba la posibilidad de que, si de hecho nos encontrábamos por fin, ambos, contra nuestras voluntades, nos enzarzáramos en una grave, quizá fatal, pelea.

»Pero anoche por fin viniste en un sueño. Dijiste: “No soy en absoluto como me habías imaginado”. Me tomaste de la mano. Ascendimos o, más bien, nos alzaron, como en un arrebato mecánico, hasta una gran ciudad aerotransportada, habitada por una pandilla de serios jóvenes que consagran su vida a oponerse a la tiranía y a la muerte, a quienes rápidamente consideré Compasivos. Sus rostros eran curiosamente *concretos*, rostros que podrían aparecer fácilmente en la vida del día normal de aquí abajo, hombres y mujeres a quienes reconocería por quienes eran...

»Solían hacer visitas a todas horas, surgiendo rápidamente del desierto vacío, iluminados desde dentro. No lo soñé, padre. Cada vez que se iban de nuevo, era para volver a “El Trabajo del Mundo”, siempre esa misma frase, una fórmula, una oración. La suya era la más elevada de las llamadas. Si tenía algún sentido que viviéramos en este desolado yermo, ése era el de mantener la esperanza de que algún día nos llevaran entre ellos, el de aprender el Trabajo, trascender el Mundo.

»¿Por qué han permanecido en silencio, tanto tiempo? En silencio e invisibles. ¿He perdido la capacidad de reconocerlos?, ¿el privilegio? Tengo que encontrarlos de nuevo. Puede que no sea demasiado tarde para mí. A veces, imagino que has dirigido una expedición a Shambhala, al mando de tropas de jinetes con casacas rojas, y ahora estás allí, a salvo, entre los Compasivos. Te lo ruego. Si sabes algo, por favor. Puedo seguir vagando, pero no puedo perpetuarme en esta situación, tengo que ascender, porque aquí abajo soy muy ciega y vulnerable, y eso atormenta mi corazón...

»¿Conoces la historia del príncipe erudito tibetano del siglo XVI Rinpungpa? De duelo por el reciente fallecimiento de su padre, que le ha convertido en el último de su dinastía, mientras su reino sufre el asedio de enemigos, Rinpungpa cree que sólo puede buscar consejo en Shambhala, donde su padre, una vez renacido, habita ahora. Así que el príncipe le escribe una carta, aunque no sabe cómo enviarla. Pero entonces, en una visión, se le aparece un yogui, que es también él mismo, el hombre

lúcido y fuerte en el que sabe que debe convertirse, ahora que su padre ha ido a Shambhala, y Rinpungpa comprende también que ese yogui será su mensajero.

»El señor Kit Traverse, que te lleva esta carta, viaja, como yo misma, a merced de Fuerzas de cuyos usos y poder no tiene un conocimiento más que imperfecto, y que bien podrían hacerle daño. Debe seguir, como yo, una instrucción práctica e intensiva en forma de evasión y fuga, e incluso, con suerte, de vez en cuando, de contraataque. No es mi “otro yo”, pero en cierto sentido es mi hermano.

»Padre, hace mucho tiempo que soy consciente de una extraña duplicidad en mi vida: una niña rescatada de la esclavitud pero que proseguía su viaje a través de la misma antigua senda de degradación. En algún lugar, otra versión de mí está en Shambhala contigo. Esta versión de mí que se ha quedado atrás, como el príncipe Rinpungpa, debe contentarse con escribir una carta. Si la recibes, encuentra el modo de responder, por favor.

»Con mi amor,

»Inshalá».

Más adelante, la gente preguntaría a Kit por qué no había traído una cámara de mano. Reparó entonces en que cada vez más europeos empezaban a definirse a sí mismos por los lugares adonde habían podido permitirse viajar, y parte de la gracia consistía en aburrir interminablemente a cualquiera que se quedara sentado y quieto ante aquellas instantáneas mal encuadradas y desenfocadas.

Guardaba algunos de los talonarios de billetes del viaje, así que sabía vagamente que su ruta le había llevado, vía Bucarest, hasta Constantza donde se subió a un pequeño vapor desvencijado, navegó a lo largo de la costa del Mar Negro hasta Batumi, donde se olían los limoneros antes de verlos, se subió a un tren y cruzó el Cáucaso, donde los rusos salían de sus *dukhangs* para verlos pasar, alzando amistosamente sus vasos de vodka. Bosques de rododendros se derramaban por las laderas de las montañas, y gigantescos troncos de nogales bajaban flotando por la inclinada corriente, destinados a barras de cantinas como las de Colorado en las que Kit se había repantigado de joven. La última parada de la línea era Bakú, en el mar Caspio, donde tuvo la impresión, aunque no la prueba fotográfica, de encontrarse en un muy remoto puerto petrolífero barrido por la arena, de que era de noche aún en pleno día, con cielos infernales llenos de hirvientes rojos y negros, más bien *matices de negro*, donde no era posible huir del olor que lo impregnaba todo, calles que no llevaban a ninguna parte, nunca a más de un paso de un estupor drogado o de la cuchilla de un moro o un oriental; donde la vida no era sólo barata sino que tenía valor negativo, según los representantes de las empresas occidentales allí destinados, siempre encantados de marear a cualquiera con el tema: en Bakú no se podía confiar en nadie, demasiado dinero que ganar, demasiado fácil de perder... La única distracción eran las fiestas que se celebraban a bordo de los yates de las empresas,

amarrados entre los buques cisterna en los muelles, con los ojos de buey sellados contra la arena y el olor del petróleo. El futuro de esos visitantes, hablando en términos prácticos, no le pareció muy prometedor a Kit, que se marchó de Bakú contemplando con cierto horror desde la cubierta de abrigo el puerto que se perdía bajo cielos negros, entre columnas de fuego, chorros de gas natural que ardían desde los tiempos de los antiguos adoradores del fuego, garabatos de torres petrolíferas y muelles de carga contra la luz borrosa que reflejaban las aguas.

Y así cruzó el mar Caspio, entre petroleros de la Bnito y flotas de pesca del esturión; en Krasnovodsk se subió al ferrocarril transcaspiano, que lo llevó a lo largo del borde del Qara Qum, el cual se abría inmenso e inabarcable a la izquierda, mientras que a la derecha, como una parábola, acequias y campos de algodón se extendían hacia las montañas, y la gente vendía melones en las paradas donde se reponía el agua. Lo que le parecía verdaderamente memorable en ese tramo del trayecto no era tanto el escenario como una especie de metafísica del ferrocarril, mientras permanecía en pie entre vagones, al viento, mirando primero a un lado y luego al otro, dos fragmentos de paisaje radicalmente diferentes. Las llanuras fluían de derecha a izquierda, las montañas de izquierda a derecha, dos corrientes opuestas, cada una sostenida por la masa inimaginable del mundo visible entero, cada una fluyendo a la velocidad del tren, una colisión en curso y en silencio, cuya naturaleza vectorial era evidente, aunque no tanto los papeles del tiempo y de su propia conciencia observadora escindida en derecha e izquierda. El efecto de rotar noventa grados en un eje temporal en movimiento, como era de esperar, consistía en llevarle a uno a un espacio que contenía ejes imaginarios: el viaje parecía desplegarse en tres dimensiones, pero estaban los elementos añadidos. De algún modo, el tiempo no podía darse por supuesto. Aceleraba y se ralentizaba, como una variable que dependía de otra cosa, algo, hasta el momento, indetectable.

En Merv, las vías giraban hacia la izquierda y entraban en el desierto, tan despejado como un cielo limpio, por el que corrían, como bandadas de pájaros, manadas de gacelas. La estructura se revelaba ahí de inmediato: el desierto puntuado por oasis en una geografía de la crueldad, las *barkhans* o dunas de arena móviles de más de treinta metros de altura, que podían poseer conciencia o no, cubiertas y encapuchadas, pero no exactamente proyecciones mundanas del ángel de la muerte, pues las especies de por aquí se habían ganado toda una reputación por su capacidad para resistir incluso en las más extremas condiciones: los depredadores tendían a ser aéreos y las presas a vivir bajo la superficie, mientras que la misma superficie que los definía mutuamente era una región de vacío, un terreno en el cual se llevarían a cabo las transacciones letales. Los oasis, o los contornos desdibujados, remotos y humeantes de los árboles saksaul, aparecían como momentos de remisión en las vidas de desgracia, como objeto de rumores, de alucinaciones, de plegarias, no siempre donde se suponía que debían aparecer.

De su entrevista con Lionel Swome, Kit sacó la conclusión de que el transcaspiano, así como el transiberiano y otras líneas, habían sido esenciales en la revolución de 1905, y mientras avanzaban, quedaban todavía vestigios posrevolucionarios que así lo atestiguaban: cobertizos reducidos a cenizas sombrías, vagones de mercancías abandonados, grupos de jinetes en la lejanía moviéndose demasiado rápida y ordenadamente para tratarse de caravanas de camellos.

—El año pasado te jugabas la vida si pasabas mucho tiempo por aquí fuera. Uno tenía que ir armado y viajar en grandes grupos. Simple y puro bandidaje.

Kit había entablado conversación con un ayudante de maquinista que volvía con pase gratuito a Samarcanda, donde vivía con su esposa e hijos.

—Pero desde que Namaz Premulkov se escapó de la cárcel el año pasado en Samarcanda, las cosas han empezado a cambiar. Namaz es un héroe en estas regiones; cuando se escapó, sacó a otros cincuenta hombres de la cárcel con él, que enseguida se han convertido en algo más que simples mortales. Las hazañas eran de por sí notables, pero hablando en términos prácticos, Namaz también puso cierta disciplina en la rabia y el descontento que se respiran por aquí y, todavía más importante, dejó claro que los rusos eran el verdadero enemigo. —Hizo un gesto con la cabeza hacia una resuelta nube de polvo en la lejanía, al otro lado de la ventanilla—. Ésos ya no son bandas de campesinos desarraigados, ahora son unidades de resistentes organizados, su objetivo es la ocupación rusa, y el pueblo los apoya.

—¿Y Namaz sigue liderándolos?

—Los rusos dicen que lo mataron en junio, pero nadie se lo cree. —Se quedó en silencio hasta que se percató de la mirada inquisitiva de Kit—. Namaz no está muerto. ¿Cuánta gente lo ha visto jamás en persona? Está en todas partes. Físicamente presente o no..., es lo que ellos creen. A ver si los rusos pueden matar eso.

El paso principal de un mundo a otro se encontraba sobre el puente de madera de Chaijui, que cruzaba el amplio y amarillo Amu-Daria, conocido en la antigüedad como Oxus.

No se detuvieron en Bujara, sino a algo más de quince kilómetros, porque la comunidad mahometana de la ciudad creía que el ferrocarril era un instrumento de Satán. Así que aquí estaban, en la nueva ciudad de Kagán, con sus chimeneas, fábricas y dignatarios locales que se habían enriquecido rápidamente gracias a la picaresca inmobiliaria: una ciudad que recogía los desperdicios expulsados de la sagrada Bujara, la cual crecía a lo lejos, a algo más de quince kilómetros de distancia, como bajo una proscripción mágica, invisible pero sentida.

Paradas en Samarcanda, Kokand, hasta el final de la línea en Andiján, desde donde Kit tuvo que seguir por carreteras de tierra hasta Osh, y finalmente atravesar las montañas hasta contemplar finalmente el inmenso y fértil oasis-mercado de Kashgar, increíblemente verde, como un jardín en una visión, y más allá el vacío espantoso del Taklamakán.

—Como los malditos Stanley y Livingstone otra vez —se oyó murmurar a Kit más de una vez durante los días siguientes—. El hombre no estaba perdido, y nunca se dio nada ni remotamente parecido a un «rescate». —Alguien le había estado contando historias a Yashmeen, probablemente para asustarla, le parecía a Kit, sobre los riesgos de aventurarse más allá de la esfera de seguridad del CRETINO. Lo que explicaría por qué la habían sacado a toda prisa de Gotinga.

De hecho, lejos de estar «perdido» o «en peligro», Auberon Halfcourt estaba muy bien acomodado en una típica residencia de clase alta europea, en el palaciego Hotel Tarim, con puros indios a disposición de su cortapuros todas las mañanas, junto a su periódico, además de flores frescas en la sala de estar, una pecaminosa profusión de fuentes y un follaje denso que goteaba justo al otro lado de las puertaventanas, conciertos a la hora del té, jovencitas con ojos de gacela que entraban y salían cumpliendo diversos recados, a menudo vestidas con verdaderos *conjuntos de hurí* de telas tejidas en un taller de artesanos europeos, llevados originariamente allí como esclavos, que tras varias generaciones habían optado por quedarse, lejos de sus hogares, retenidos bajo cierto oscuro sistema de contratos, transmitiendo los secretos de cómo adaptar los telares a esos imponderables hilos de diámetro infinitesimal, produciendo no tanto trozos de tela cuanto superficies de sombra, para teñirlas con infusiones de hierbas nativas exclusivamente, que se recogían, por lo general corriendo grandes peligros, de las casi inaccesibles tierras yermas más allá del oasis.

Salvo por un par de detalles, lujos comparables disfrutaba al otro lado del patio su homólogo ruso, el Coronel Yevgeni Prokladka. Los músicos contratados —rabab, tambores de mano y *ghārawnay* o flauta china— habían aprendido a tocar *Kalinka* y *Ochi Chorniya*; las chicas, aunque muchas tenían cierta idea de lo que eran las pieles, nunca las habían vestido hasta entonces, ni mucho menos se habían aprovechado de la atracción que parecían ejercer sobre el Coronel, mientras que la cocina era resueltamente rusa, basada en el clásico libro de cocina *Un regalo para jóvenes esposas*, de E.N. Molojovets, que a su llegada el Coronel había hecho colocar en su propio armario de la cocina. Cuando deseaba causar impresión, montaba un espléndido Orlov gris que, además de destacar sobre la mayoría de los otros caballos que recorrían las calles, tenía cierta tendencia a la temeridad; el Coronel sospechaba que era fruto del mal juicio, pero los vecinos la tomaban por bravura.

En ese momento, desde el lado británico del patio se oía discutir en voz alta, y el clamor llegaba a todos los rincones del establecimiento: una de las habituales disputas semanales entre Halfcourt y Mushtaq, su colega de hacía muchos años, cuya ferocidad en el combate era a esas alturas legendaria, al menos entre aquellos que, confundidos por su corta estatura, lo habían retado y, no se sabe cómo, habían sobrevivido.

—Tonterías, Mushtaq, ten, tienes que *relajarte*, *hombre*, tómate una copa, oh, vaya, se me olvidaba, tu religión, con lo devotamente abstemios que sois...

—Ahorre a su sufrido y mucho mejor informado coadjutor esas chorradas de patio de colegio, señor. Parece que debo recordarle de nuevo que cada vez queda menos tiempo. Tras haber interrumpido su vagar ocioso por las faldas de las Tian Shan, se ha informado de la presencia del *Bol'shaia Igra* en el Taklamakán occidental, donde su misión está clara hasta para el más insignificante ladrón de camellos.

—¡Oh, entonces saquemos la Gatling! Sí, ¡y espero que ese *globo maldito* sobrevuele nuestras cabezas! Tal vez podríamos disparar un par de tiros a ciegas. A menos, claro, que me recomiendes que pidamos por cable a Simla un par de regimientos. Nuestras opciones, Mushtaq, son menos que pocas, y ninguna de ellas puede llevarse a la práctica..., pero, a ver, tus dientes, ¿no eran antes de otro color?

—Los últimos acontecimientos me han obligado a recurrir al uso del betel, señor. Mucho más beneficioso para la salud, si me permite añadir, que el alcohol.

—Pues a mí me cuesta encontrarle la gracia a lo de escupir.

—Se parece mucho a vomitar, a decir verdad, aunque puede que sea un poco más discreto. —Los dos se miraron fijamente mientras desde los alojamientos del Coronel Prokladka se oía el sonido indistinto de instrumentos regionales y unas risotadas cuyo volumen y constancia no acababan de compensar la casi completa ausencia de alegría.

El Coronel ruso se había rodeado de una cohorte de individuos de mala fama, todos con alguna tacha en su historial que había llevado a su brusca destitución de sus deberes al oeste de los Urales y a su inmediato traslado aquí, y que a esas alturas, ellos solos, controlaban todas las formas imaginables de vicio en la ciudad, incluyendo algunas todavía no disponibles en ninguna otra parte. Su propio Ayuda de Campo o *lichnyi adiutant*, Klopski, por ejemplo, había importado de Shanghai e instalado varias *máquinas peculiares*, de vapor, encendidas con lámparas de nafta más brillantes y modernas de las que se podían encontrar en ningún lugar de Europa, que proyectaban, rodeando completamente al operador sentado ante el panel de control, en diversos colores no estrictamente naturales, un panorama que ofrecía una serie de los llamados Enigmas Chinos, tan convincente en su imitación de mundos alternativos que cualquier tentación de juego inocente degeneraba rápidamente en un hábito adictivo; de hecho, ya había incontables almas tan voluntariamente esclavizadas a estos aparatos como cualquier fumador de opio a su pipa.

—¿Qué mal hace? —se encogió de hombros Klopski—. Un miserable kopek por sesión; no es como el juego, al menos no como el juego tal como lo conocemos hasta ahora.

—Pero tus quioscos —se quejó Zipyagin—, sobre todo los que tienes en el bazar...

—Ya estamos con las peleas de aldea, Grigori Nikolaevich. No le hace ningún daño a *tu* sector, según me cuentan tus propias chicas.

—¿Las que *tú* visitas? *Yob tvoyu mat'*. No me creería ni la mitad de lo que cuentan. —Se intercambiaron muecas que parecían sonrisas. Para ese ejercicio moral nocturno habían formado un sórdido *zastolye* en un bar altamente ilegal más allá de los límites de la ciudad, casi monopolizando el local, salvo por un puñado de vecinos que bebían furtivamente.

—Tampoco es que disminuya el comercio de opio, en lo más mínimo. Todo el mundo se aprovecha de esas unidades «chinas» tuyas, Klopski, incluidos muchos imanes.

—Yo diría que tienen derecho a un porcentaje.

—Acabarán convirtiéndote, está tan claro que nadie apostaría a que no caerás.

—Pues la verdad es que por un breve tiempo experimenté con el islam...

—Vania, creía que nos conocíamos. ¿Cuándo fue? ¿Saliste al desierto y empezaste a girar o qué? ¿Tu espíritu salió disparado en todas direcciones al instante?

—Fue después de la carta de Fedora. Y de encontrarme con aquel pícaro de caballería, Putyanin, que dijo que la había visto en San Petersburgo justo antes de que saliéramos...

—Según recuerdo, fuiste a por él con una granada de mano...

—Él había sacado una pistola.

—Se la apuntaba a su propia cabeza, Vania.

—*Poshol ty na khuy*, ¿y tú cómo lo sabes? Si fuiste el primero en salir corriendo...

La principal preocupación en este paraíso de lo deshonroso era un profeta conocido en la región como «el Doosra», que se movía por el norte y a quien el desierto había vuelto «loco», según aquellos que sólo poseían una parcial comprensión del concepto. Como era costumbre por esos lares, se había transformado en un elemento vivo del desierto: cruel, casto, sin mácula de reflexión. No se sabía cómo había sucedido —locura hereditaria, agentes venidos de más allá de uno de los horizontes, influencia chamánica más cercana—, pero el caso es que un día, a pesar de no haberse aventurado nunca fuera del Taklamakán, anunció, como si lo hubieran conducido a una altura inalcanzable en toda la tierra desde donde se disfrutara de una visión minuciosamente detallada del norte de Eurasia, la llegada de una avalancha de luz que se abatiría en un arco único y poderoso desde el oeste de Manchuria a Hungría, una inmensidad que debía ser redimida por entero del Islam, del Budismo, de la Socialdemocracia y el Cristianismo, y unida bajo un único gobernante chamánico, que no era él, sino otro, «el que viene».

El descubrimiento por parte del Doosra de la ametralladora Maxim IV, como el Teniente Coronel Halfcourt informó debidamente a Whitehall por telégrafo (sin codificar, para irritación de la central), se contaba «difícilmente entre los más

prometedores episodios con respecto a las esperanzas panturianistas». Remotas lamaserías, caravanas en movimiento, puestos de telégrafos en pozos importantes empezaron a caer bajo la implacable onda expansiva de una revelación que, hasta la fecha, muy pocos, por no decir nadie, habían intuido y que muchos simplemente atribuían al conocido entusiasmo del Doosra por el opio, el *ganja* y cualquiera de los aceites de fusel regionales, solos o combinados, con nombre o sin él. Los intereses de Inglaterra, Rusia, Japón y China en la región, por no mencionar los de Alemania y el Islam, ya estaban, según muchos, demasiado entretejidos como para distinguirlos. Ahora, con otro jugador recién llegado al Gran Juego —¿todos túrquicos?, por el amor de Dios—, el grado de complicación abrumó a muchos de los viejos agentes establecidos en el Asia Interior, y los daños mentales en el grupo del Coronel Prokladka fueron tal vez los más espectaculares: explosiones a medianoche, misteriosos casos de alucinación e invisibilidad real, y huidas aullando por las arcadas de barro hasta perderse para siempre en los yermos azotados por el viento.

—Creen que van a unirse a una banda sagrada —le confió Chingiz, el *denshchik* del Coronel, a Mushtaq en una de sus reuniones diarias en el mercado—. De lo que todavía no se dan cuenta es de que no es otro Madali, ni siquiera otro Namaz, ésta no es otra guerra santa, él no anda buscando un ejército que le siga, desprecia a la gente, a toda la gente, aparta a cuantos querrían ser sus discípulos, en eso radica tanto su fascinación como la fuerza de su destino. Lo que haya de venir no ocurrirá en un espacio normal. A los europeos les costará mucho trazar mapas de eso.

—Los discípulos rechazados con demasiada frecuencia se vuelven peligrosos.

—No es más que una de las muchas formas que él tiene de invitar a su propia disolución. Da revólveres cargados como si fueran un regalo personal. Humilla públicamente a aquellos que profesan por él un amor más profundo. Entra borracho en la mezquita durante las oraciones y se comporta pecaminosamente. Y nada de eso importa, porque en cualquier caso él es tan sólo un precursor, que en algún momento deberá dar paso al Verdadero. El cómo lo haga no es tan importante comparado con el cuándo.

—¿Visitas a menudo al chamán, Chingiz?

—También es tu chamán, Mushtaq.

—Ay, soy demasiado viejo para esas aventuras.

—Mushtaq, tienes treinta años. Además, él dispone de toda una provisión de setas silvestres, que han recogido a petición suya buscadores guiados por sus espíritus guardianes en partes de Siberia que ni siquiera conocen los alemanes. Te sentarán mucho mejor que esa nuez venenosa del sur que mascas.

—Eso cambia las cosas.

Un día, el famoso agitador uigur Al Mar-Fuad se presentó en ropa de caza inglesa y gorro de cazador ladeado con una especie de ultimátum en el que uno podía

detectar esa dificultad con la erre prevocálica típica no sólo de los franceses, sino también de las clases altas británicas.

—Saludos, caballegos, en este gloguioso día doce.

—Por Dios, él tiene razón, Mushtaq, hemos vuelto a perder la noción del tiempo. Viene vestido un poco raro para ser un jefe tribal de estas regiones, ¿no te parece?

—He venido a entregar un mensaje de mi señor, el Doosga —dijo con fiereza el uigur, blandiendo una antigua escopeta Greening cuyo latón llevaba inscripciones sagradas en árabe—. Luego voy a ir a por algunos uogallos.

—Le gusta lo inglés, caballero.

—¡Amo Ggan Bgetaña! Lord Salisbugui es mi modelo.

Éste es el único lugar del mundo, reflexionó Auberon Halfcourt, donde el letargo del alma puede llegar en espasmos. Esbozó lo que esperaba que pasara por una sonrisa plácida.

—En nombre del gobierno de Su Majestad, nos ponemos a su servicio, caballero.

—¿De vegdad? ¿Lo dice en seguio?

—Para cualquier cosa que esté en nuestras manos.

—Entonces deben guendir la ciudad al Doosga.

—Eeh..., a ver, no sé si es mía para rendirla, ése es el problema, no sé si lo entiende...

—Vamos, vamos, no puede engañar a un viejo comegetante de camellos.

—¿Ya ha hablado con alguno de los rusos?, ¿y con los chinos?

—Los chinos no son ningún pgoblema. Mis integueses pgincipales están más bien en la otga diguección.

Quizá porque estaba escuchando a escondidas, el Coronel Prokladka se presentó en ese momento. Una mirada, que ninguno de los dos pudo controlar, palpitó entre el uigur y él.

—Maldito hijo de camellego —se oyó susurrar a Al Mar-Fuad mientras salía de la ciudad.

—Nunca los entenderé —le confesó quejumbroso Halfcourt a Prokladka—. La extrañeza de su cultura (el idioma, la fe, la historia, por no hablar simplemente de los lazos familiares) los vuelve invisibles a voluntad con sólo retirarse a ese ilimitado terreno desconocido, tan poco cartografiado como el Himalaya o las Tian Shan. Aquí el futuro pertenece sencillamente al profeta. Podría haber sido de otro modo. Este loco del Taklamakán podría haber llegado a fundar su propio imperio panchamánico. Los japoneses, digamos que a petición de los alemanes, podrían haber acudido en gran número, tantos como para borrar la extraña división rusa en caso de una guerra europea. Podríamos tener los bazares llenos de puestos de *yakitori* y a geishas en jaulas de bambú. Llevo veinticinco años por aquí, desde que el viejo Cavi mordió el

polvo en Kabul, y todas las intromisiones de las Potencias sólo han conseguido que se vuelvan aún más mahometanos.

—Ninguno de nosotros somos guerreros de las montañas —dijo Prokladka, al que se le desbordaban unas lágrimas colegiales—. Para luchar, los rusos preferimos las estepas y su gente prefiere las tierras bajas o, mejor aún, los océanos.

—Podemos compartir lo que sabemos —propuso Halfcourt, con una aparentemente incontenible emoción.

El *Polkovnik* le devolvió la mirada, con los ojos saltones e inyectados en sangre, como si de verdad se lo estuviera pensando, antes de estallar en unas carcajadas tan agudas e inseguras en su dinámica como para provocar dudas sobre su capacidad de controlarlas.

—*Polny pizdets* —murmuró negando con la cabeza.

Halfcourt se levantó para darle unas palmadas en el brazo.

—Bueno, bueno, Yevgeni Alexandrovich, no pasa nada; estaba tomándole el pelo, claro, ya conoce usted el inescrutable sentido del humor inglés, y le pido disculpas...

—Oh, Halfcourt, estos yermos de los que no puede sacarse provecho alguno...

—¿No sueño, sin descanso, con Simla y con el porche del restaurante Peliti en el momento álgido de la temporada? ¿Y los ojos caprichosos de los que pasan, parece que ya sin mí para siempre, por el puente Combermere?

Más allá de Kashgar, la Ruta de la Seda se bifurcaba en dos vías, al norte y al sur, como para evitar el inmenso desierto que se extendía hacia el este de la ciudad, el Taklamakán, que en chino, según se decía, se traducía como «Si entras no sales», aunque en uigur se suponía que significaba «Patria del pasado».

—Bueno, viene a ser lo mismo, ¿no, señor?

—¿Entrar en el pasado y no salir nunca?

—Algo así.

—No me vengas otra vez con tus tonterías, Mushtaq. ¿Y qué me dices de lo contrario? ¿Permanecer en el exilio del presente y no volver nunca, para reclamar lo que fue?

Mushtaq se encogió de hombros.

—Cuando uno ha escuchado tantas de esas quejas, por lamentables que sean...

—Disculpa, tienes razón, Mushtaq, claro. La elección se hizo hace mucho tiempo, y en un lugar demasiado remoto de esa patria, ya inaccesible, para que ahora importe si soy yo el que elige u otros lo hacen por mí; ¿quién puede establecer los límites entre el que recuerda y el recuerdo?

Su argumento no podía considerarse ingenuo del todo, pues había existido al menos un Recuerdo cuyos contornos permanecían para él perfectamente definidos. «Todo está muy claro». Fue incapaz de no susurrarlo en alto, más tarde, cuando Mushtaq había vuelto a quedarse dormido y Halfcourt se había encendido otro purito

transnocturno, remiso a renunciar al flácido desvanecimiento que suponía entregarse a los recuerdos...: su figura, ya femenina, en cansina posición de firmes aquel día de mal agüero, entre la carne negociable, el pelo cubierto y la boca velada, los ojos exclusivamente suyos, aunque lo fueron a buscar, infalibles como un francotirador afgano, en cuanto él pasó bajo la puerta de barro cocido al sol, en compañía de Mushtaq, disfrazados de mercaderes punjabíes, fingiendo que acudían al mercado a buscar uno de los muy apreciados burros del Waziristán. Él sabía muy bien qué era aquello, aquella reunión de jovencitas, a esas alturas ya era un experto en los números teatrales con atrezo que siempre montaban por allí, y observó a los demás visitantes que pasaban, el sudor y la saliva que fluían o se escupían. Su intención con la niña, se quejaría, nunca había sido deshonrarla sino rescatarla. El rescate, sin embargo, tenía muchos nombres, y la cuerda por la que subía una doncella hacia la salvación podía utilizarse para atarla con crueldad. En aquel instante se vio transformado, torpemente, en dos criaturas que residían en la misma vida —una transportada sin reservas por los espacios hechizados del deseo, la otra amurallada por las exigencias del trabajo, para la que el deseo no era más que una molestia y, a veces, una debilidad—, y esos dos seres compartieron a partir de entonces ese miserable arrendamiento físico, co-conscientes, cada uno a la vez respetando y despreciando los imperativos del otro.

Sabía de otros colegas a los que les había pasado algo parecido y se habían resistido volviéndose insomnes, trabajando hasta el agotamiento, cultivando costumbres destructivas, infligiéndose heridas que iban de leves a mortales. Auberón Halfcourt vio el peligro y al principio, día a día, lo fue evitando como podía, aunque con muy poca ayuda de Mushtaq, que, en el instante en que llegó Yashmeen, descubrió las ventajas de la ausencia. «He caminado descalzo sobre estas brasas más de una vez, su Señoría, así que no espere nada de mí; mi prima Sharma se encargará de la colada, el mercader de puros está ansioso por cobrar los dos últimos pedidos, me parece que eso es todo, al menos hasta que nos reencontremos en tiempos menos vejatorios». Dicho lo cual, simplemente desapareció en un abrir y cerrar de ojos, hasta el punto de que Halfcourt sospechó que se trataba de algún truco de magia local.

Intencionadamente o no, su desafección ponía sobre la mesa, desde el momento en que ella había cruzado el umbral de la puerta, la cuestión no ya de si Yashmeen tendría que irse, sino de cuándo. Él nunca llegaría a saber interpretar sus ojos claros, que se entornaban inquisitivos de vez en cuando; sus miembros desnudos parpadeando sobre las baldosas verdes en sombras de los baños y las fuentes; sus silencios a menudo tan dulces como un canto; sus olores, fugaces, variados, pronto inseparables de la atmósfera interior, venidos de cualquier punto de la rosa de los vientos, imponiéndose, no sabía cómo, hasta al humo de puro; su cabello, comparado por uno de los baladistas locales con aquellas cataratas místicas que ocultaban los Mundos Ocultos de los lamas tibetanos. Antes de Yashmeen, desde luego —y eso lo hacía todo especialmente incómodo—, nunca se había sentido tan fascinado ni,

mucho menos, enamorado. Pese a que era bien sabido que a algunos les pasaba, uno no solía experimentar un vínculo tan apasionado con un niño. Uno sufría, se arruinaba, desvariaba embriagado por los mercados, se rebajaba ante el desprecio de las razas más oscuras, buscaba finalmente el consuelo de la Browning, de la viga del techo, de la larga excursión por el desierto con la cantimplora vacía. La masacre de uno mismo, como dice Hamlet, ciertamente siempre estaba en las cartas, a menos que uno llevara el tiempo suficiente ahí fuera para haber contemplado la voluntad de Dios, observado el capricho estocástico del día, aprendido cuándo debía o no susurrar «*Inshalá*», y haber entendido, de un modo que quizá jamás se habría dado en Inglaterra, que el momento tenía que esperar, que dependía de la partida ineludible de lo que le era más querido.

El Coronel Prokladka y sus hombres, para quienes en Kashgar no había secretos, al menos no seculares, asistían al espectáculo divertidos y apenados. De haber existido un modo de sacarle algún provecho político, no habrían dudado en llevar a cabo las sucias manipulaciones que hubiera hecho falta, pero, como si la chica también hubiera hechizado a esa pérfida fraternidad, nadie iba más allá de una tosca cortesía que a veces hasta podía tomarse por buenos modales. Al fin y al cabo, había una Entente Anglo-Rusa. Yashmeen visitaba con regularidad a las chicas del harén del *Polkovnik*, y todos los varones que rondaban por las cercanías tenían la sensatez de no inmiscuirse, aunque constaba que un par de subalternos habían mirado a hurtadillas.

Como siempre, estaban más preocupados por descubrir nuevos métodos para ganar un rublo deshonesto, ya fuera con hachís, con propiedades inmobiliarias o con el último plan de su colega Volodya, considerado descabellado incluso según los estándares imperantes aquí, para robar el gran monolito de jade del mausoleo Gur-e Amir de Samarcanda, ya fuera rompiéndolo en bloques más pequeños o convenciendo al semimítico aeronauta Padzhitnov para que se llevase el pedazo entero mediante cierta tecnología que todavía no se había descubierto en ningún lugar del mundo. Volodya estaba obsesionado por el jade, igual que otros lo están por el oro, los diamantes o el hachís. Era él quien le recordaba maliciosamente a Auberon Halfcourt que la palabra local para jade era *yashm*. En 1895, lo habían enviado al este por su participación en un negocio ilegal de tráfico de jade durante la construcción de la tumba de Alejandro III. Ahora, en Kashgar, hacía perder el tiempo a todo el mundo con planes para saquear la tumba de Tamerlán, pese a la antigua y universalmente temida maldición que se abatiría sobre el mundo en el caso de que se profanara, unas calamidades que ni siquiera se le habrían ocurrido al gran conquistador mongol.

El Teniente Dwight Prance se había presentado una noche sin previo aviso, como una tormenta de arena. Halfcourt lo recordaba de la primera vez que había venido, cuando sólo era un estudiante de geografía e idiomas de Cambridge, uno de los

alumnos del Profesor Renfrew. Bienintencionados ambos, se sobreentendía, puesto que por aquel entonces ninguno de ellos sabía cómo no serlo. Pero ahora costaba reconocerlo, el hombre estaba sucio, envejecido por el sol; se levantó vestido con unos restos hechos jirones de un conjunto que pretendía, supuso, pasar por chino.

—Creo que se está preparando algo al este de aquí...

El distraído agente, que tenía a medio fumar uno de los Craven A de Halfcourt, se encendió otro y luego se olvidó también de fumarlo.

—Sí, y lo al «este» que sea ya no viene a cuento cuando uno lleva dedicado a esto desde... ¡Dios mío!, hace un año..., más de un año...

—Cierta... participación china —dijo Halfcourt.

—Oh, como si las líneas fronterizas importaran a estas alturas..., bastaría con que..., no, eso ha quedado muy atrás, ahora tenemos que pensar en la masa continental eurasiática como un todo, de Manchuria a Buda-Pest, como una inmensidad de territorio irredento a los ojos de aquellos con los que podríamos acabar enfrentándonos, objeto de un único e inmisericorde sueño.

—Vaya, Eurasia Irredenta. —Halfcourt sonrió a través del humo de su puro, como si le complaciera la expresión que acababa de inventarse—. Vaya.

—Ellos prefieren «Turania».

—¡Oh, eso! —dijo agitando el puro, se diría que casi despectivamente.

—Su gente ya la conoce, ¿no?

—¿El qué? ¿La vieja Panturania? No es más que una travesura japonesa —como si identificara un objeto de porcelana.

—Sí. Con la típica intromisión turca y alemana para variar... Pero, para *esta* función, a las Potencias de siempre se les ha dado un papel secundario en el reparto, las han relegado a las sombras en los márgenes del escenario..., mientras que, a plena luz, situado entre los mundos, hay un visitante, digamos, un famoso actor de gira que viene de muy lejos, que no actuará en inglés sino en una lengua extraña, desconocida para el público, pero que aun así los mantendrá a todos paralizados, hipnotizados, incapaces siquiera de apartar la vista para mirar de soslayo a su vecino.

—Para que ninguno de ellos pueda... ¿pensar con claridad?

—Para que, al final de la obra, señor, cada uno, encerrado en su propio miedo, rece para que todo sea puro teatro.

Halfcourt le estaba clavando una intensa mirada valorativa. Por fin dijo:

—Y ese Beerbohm Tree asiático que menciona ¿tiene nombre?

—Todavía no..., la sensación general es que cuando se revele su nombre, todo será ya tan irreversible que, cualquier paso que se nos ocurra, sea aquí o en Whitehall, llegará demasiado tarde.

Una noche, poco después de su llegada, Kit estaba sentado en el patio con el Teniente Coronel. Cada uno tenía a su lado el tradicional arrack con soda que se

servía al crepúsculo. Vendedores de dulces gritaban sus mercancías por la calle. Pájaros invisibles, congregándose para hacer frente a la noche, cantaban bulliciosamente. Desde el otro lado les llegó el olor de los repollos y las cebollas que alguien cocinaba. La llamada a la oración nocturna rompió sobre la ciudad como el grito de una víctima.

—Cada uno de nosotros tiene cierta relación —estaba diciendo Halfcourt—, de la que no se sabe todo, con la misma joven. No puedo hablar de los sentimientos de los demás, pero los míos resultan tan..., tan automáticamente sospechosos que no sé si admitirlos, ni siquiera ante mi homólogo en la desesperanza.

—Bueno, cuente con mi silencio —dijo Kit—, si le vale de algo.

—Imagino, ¿cómo poner freno a la imaginación?, que ahora ha crecido y se ha vuelto muy bella.

—Es una monada, señor.

Estaban sentados entre las clepsidras cantarinas del jardín vespertino, el tiempo transcurría de una docena de maneras, y ambos dejaban que se les fueran extinguiendo los puros, en un silencio amigable.

Finalmente, Kit creyó que podía aventurar:

—Un lugar bastante triste para mi gusto. No sé si habría venido hasta aquí si ella no lo hubiera organizado, así que ya puede ver lo tonto que soy.

Una mirada luciferina.

—¿Tendrá al menos la probabilidad de volverla a ver?

—¿Y no es posible que usted regrese allá pronto?

—Me temo que ya no soy yo el que elijo mis misiones. —Entrecerró los ojos para mirar a Kit durante un momento, como si quisiera leer una cláusula contractual. Luego, asintiendo brevemente, añadió—: Ella debe de haberle pedido que me cuide...

—No se ofenda, señor..., le aseguro que Yashmeen piensa mucho en usted, lo lleva en su corazón, diría... —Ciertas formas que adoptaban las volutas de humo en el crepúsculo le avisaron de que no siguiera por ahí.

Auberon Halfcourt estaba a esas alturas demasiado irritado para sentir mucha compasión por ese chico. No había duda de que el joven señor Traverse no tenía la menor idea de qué hacer consigo mismo. Posiblemente se imaginaba que estaba de excursión por la naturaleza. Años antes de volver a vestir la franela de civil, Halfcourt, con su misión secreta guardada en una lata, dentro de la caja de seguridad de un vapor de la P&O, salió a navegar por el sobrenatural azul del Mediterráneo, en una tumbona con su nombre falso estarcido en ella, cruzó el canal de Suez, hizo escala a medio camino para darse un chapuzón en el Gran Lago Amargo y a continuación siguió por el Mar Rojo y el Árabe hasta Karachi. Allí, en Kiamari, se subió al ferrocarril del noroeste que lo llevaría por vías elevadas hasta el delta salado del Indo y, más adelante, entre nubes radiantes de ibis y flamencos, cuando los manglares diesen paso a las acacias y los álamos, hasta las llanuras del Sind, entre

ríos que descendían ruidosos de las montañas; en Nowshera se apeó del ferrocarril del noroeste y tomó otro de vía estrecha, llegó a la estación de Durghal y al Paso de Malakand, donde abundaban los secuestradores, y de ahí, disfrazado de nativo, siguió hacia el este a través de las montañas, donde le dispararon y le maldijeron formalmente, y por fin cruzó el gran Paso del Karakorum, entró en el Turkestán oriental y alcanzó la carretera que por las alturas conducía hasta Kashgar. Hoy en día, claro, todo eso bien podría hacerse en un viaje organizado por la agencia Cook.

Para el código de valores racional y los criterios de ascenso social determinados por los estándares eduardianos, el joven Traverse era un desastre a la deriva sin demasiadas esperanzas de enderezarse. ¿Qué tipo de familia podía producir inútiles como él? Y visto que estaba tan lejos de la órbita de una vida normal, tal vez podría presionársele para que aceptara una misión que el Teniente Coronel tenía pensada desde que Prance le había dado la noticia. Sin una inequívoca autorización de sus superiores, Halfcourt había decidido resucitar un plan durmiente desde hacía mucho y llevar a cabo una misión en el este para establecer relaciones con los tunguses que vivían al este del Yenisei.

—Por descontado, tiene todo el derecho a negarse, en realidad carezco de autoridad.

Entraron en la biblioteca y Halfcourt sacó algunos mapas.

—Un viaje del Taklamakán a Siberia, más de dos mil cuatrocientos kilómetros en vuelo de *bergut* hacia el nordeste cruzando las montañas Tian Shan, a través del macizo de Altai septentrional, hasta Irkutsk y el Angará, y al interior del Asia chamánica. El Islam no prospera allí. Pocos exploradores cristianos, si es que alguno lo consigue, llegarán hasta esa región; prefieren los yermos polares, la jungla africana, antes que esta tierra sin sentido ni promesa. Si tienen que vivir entre los tunguses, pongamos que por razones antropológicas, se acercarán desde el mar, nunca por el río.

Por su parte, Kit se sentía vagamente animado, pues era consciente de que el viaje hasta ahí había sido demasiado fácil, de que los *stranniki* no dependían de los viajes en tren, de que ésta debía de ser la siguiente etapa de una misión más allá de Kashgar que Yashmeen y Swome tal vez desconociesen por completo.

Lo acompañaría el Teniente Prance. Echaron un vistazo a los mapas de la biblioteca de Halfcourt.

—Tenemos que empezar aquí —dijo Prance señalando un punto—. En este gran Arco conocido como el Tushuk Tash. Que significa «roca agujereada».

—Esta zona de alrededor, ¿se llama Kara Tagh? Parece que no está muy bien cartografiada. ¿Por qué preocuparse por ella, por qué no la rodeamos? Sería mucho más directo.

—Porque este Arco es la Puerta —afirmó Prance—; si no pasamos por él, emprendemos el viaje equivocado. Todo lo que se extiende entre aquí y el Tunguska pertenece al Profeta del Norte. Podríamos seguir la misma ruta que los

viajeros normales, pero si no pasamos antes por el Gran Arco llegaremos a otro sitio. Y cuando intentemos regresar...

—«Es posible que no podamos» —dijo Kit—. Sí, ya, pero puede que alguien llame a eso memeces metafísicas, Teniente.

—Nos disfrazaremos de peregrinos buriatos, al menos hasta el lago Baikal. Si es lo bastante afortunado para tomarse en serio su papel, tal vez en algún momento del viaje al norte todo se torne más claro para usted.

Mira quién fue a hablar, sobre todo dado su propio, podría decirse, aspecto regionalmente inapropiado: pálido, pelirrojo, ojos puede que demasiado separados; una pinta que parecería más razonable con sombrero de copa y levita en un escenario un poco más urbano. Una vez disfrazado, temía Kit, más que un peregrino buriato parecería un imbécil británico.

A la mañana siguiente temprano, Halfcourt estaba en la habitación de Kit, zarandeándolo para despertarlo y exhalando humo de puro como una máquina de vapor.

—Ojos brillantes, venga para arriba, que tiene usted una audiencia dentro de media hora con el Doosra en persona.

—¿Y no debería ir usted, que es el angloparlante de más graduación aquí?

Halfcourt agitó el puro con impaciencia.

—Soy demasiado conocido. Lo que se necesita es alguien que sea una incógnita para todos, aunque marginalmente no tanto para mí, pues casi todo lo que hago está en los márgenes.

El Doosra era más joven de lo que Kit había imaginado y carecía de *gravitas*. Más rechoncho que la media de los ascetas del desierto, llevaba un nuevo rifle japonés Arisaka «Año 38» —básicamente un Mauser del calibre 26, cuyo cerrojo había sido mejorado por el epónimo Coronel—, tomado en un asalto cuyos detalles más sangrientos el joven visionario no fue reacio a compartir con Kit, en un inglés fluido, aunque su credibilidad no se veía ayudada por un marcado acento de niñato universitario. Kit había llegado en uno de los pequeños y peludos caballos de la zona, poco más que un poni, cuyos estribos rozaban el suelo, mientras que Al-Doosra iba montado en su legendario Marwari, menudo corcel era: un caballo de gran bravura y resistencia, casi inmortal, que se estremecía delicadamente con una inmensa energía interna, como preparándose para alzar el vuelo en cualquier momento. De hecho, muchas eran las personas que juraban haber visto al animal, que se llamaba *Ogdai*, elevándose hacia las estrellas.

—En este asunto no soy más que un sirviente —dijo el Doosra—. Mi maestro se encuentra en el norte, trabajando. Si quieres buscarlo por interés personal, él te recibirá. Responderá todas tus preguntas sobre este mundo, y sobre el otro. Luego

podrás volver y contarles a los oficiales ingleses y rusos de Kashgar todo lo que quieran saber. ¿Me aseguras que cuentas con su confianza?

—No lo sé. ¿Cómo lo encontraré, a ese al que le estás preparando el camino?

—Mandaré contigo a mi leal subalterno Hassan, que te ayudará a cruzar las Puertas temibles sin que te lo impidan quienes las guardan.

—¿Las...?

—No es sólo el terreno difícil, las víboras, las tormentas de arena y los grupos de asaltantes. El *viaje en sí* es una especie de ser consciente, una deidad viviente que no quiere relacionarse con los tontos ni los débiles, y por eso procurará disuadirte. Se empeña en recibir el máximo grado de respeto.

A eso de la medianoche apareció Mushtaq. Halfcourt había estado releendo la carta de Yashmeen, la que había traído el americano. Su puro, por lo general una brasa alegre en la luz tenue de la habitación, se había apagado en esa atmósfera afligida.

—Estoy contaminado más allá de toda esperanza, Mushtaq.

—Encuéntrela otra vez, señor. Aunque para ello tenga que subir a la torre más alta de la ciudad más cruel del mundo, haga cuanto tenga que hacer para dar con ella. Como mínimo, escríbale.

—Mírame. —Un hombre mayor en un uniforme andrajoso—. Mira qué he hecho de mi vida. No debo ni volver a hablar con ella.

Dicho lo cual, un buen día montó en uno de los duros y pequeños caballos kirguizos y partió cabalgando solo, quizás en busca de los Compasivos, quizás de lo que hubiera quedado, a esas alturas, de Shambhala. Mushtaq se había negado a acompañarlo. Prokladka, convencido de que el caballero inglés había perdido definitivamente la cabeza, prosiguió con sus dudosas actividades en Kashgar.

Unas semanas más tarde, Auberon Halfcourt apareció en la tienda de un comerciante de libros en Bujara, limpio, acicalado y planchado, respetablemente vestido, pero con un destello de locura en los ojos. Su aparición no fue ninguna sorpresa para Tariq Hashim, que había visto pasar por allí al menos a una generación de esos buscadores, de los que últimamente la mayoría eran alemanes. Llevó a Halfcourt a una habitación de la trastienda, sirvió tazas de té de menta de una abollada cazuela de latón, y de un armario lacado con incrustaciones de marfil y madreperla extrajo, con reverencia, le pareció al inglés, una caja que contenía una pila de hojas estrechas y largas sueltas, con siete líneas por página, impresas con clisés de madera.

—Principios del siglo VII, traducido del sánscrito al tibetano por el erudito Taranatha. Formaba parte del canon tibetano conocido como Tengyur.

Desde que había salido de Kashgar, Halfcourt había soñado muchas veces con Yashmeen, siempre la misma historia frustrante: ella intentaba hacerle llegar otro mensaje, él nunca estaba donde debería para recibirlo. Ahora tenía que esforzarse por pedir benevolencia a los sueños.

—También tenía noticia de otra carta, en forma de poema —dijo con cautela—, escrita por un príncipe erudito tibetano a su padre, muerto y renacido en Shambhala...

El librero asintió.

—Ése es el *Rigpa Dzinpai Phonya*, o «Mensajero portador de conocimiento», de Rimpung Ngawang Jigdag, de 1557. Las instrucciones para viajar a Shambhala las da el autor a un yogui, que es una especie de personaje de ficción, aunque al mismo tiempo real, una figura en una visión y también el propio Rinpungpa. Conozco una versión ahora en venta que contiene versos que no aparecen en otras variantes. En especial éstos: «Aunque olvides todo lo demás», instruye Rinpungpa al yogui, «acuérdate de una cosa: cuando llegues a una bifurcación en el camino, tómala». Para él era fácil decirlo, claro, pues era dos personas a la vez. Podría ponerle en contacto con el vendedor, si va usted en serio.

—Voy en serio —dijo Halfcourt—, pero no leo tibetano.

Tariq se encogió comprensivo.

—Las traducciones de estas guías para viajar a Shambhala suelen ser al alemán: el *Shambhalai Lamyig* de Grünwedel, por supuesto...; más recientemente, tres páginas del volumen de Laufer sobre literatura budista uigur, de autor desconocido, supuestamente del siglo XIII, que todos los alemanes que pasan por aquí parecen llevar en sus mochilas.

—Supongo que mi pregunta —dijo Halfcourt esforzándose por no traslucir una extraña sensación premonitoria de excitación y pena que llevaba sintiendo desde hacía días, como si fuera a ocurrir algo importante— es: hasta qué punto son útiles para encontrar un lugar real.

El librero asintió durante quizá más tiempo del que debía.

—Ayuda ser budista, eso me han dicho. Y tener una idea general de la geografía de por ahí. Es casi seguro, por ejemplo, que debe buscarse al norte del Taklamakán. Lo que no aclara mucho las cosas. Pero es lo único en que, por lo que sé, coinciden todos.

—Yo mismo soy sumiso al Profeta, de modo muy convencional, me temo. Pero Shambhala, aunque sea muy interesante, de eso no me cabe duda...

A esas horas la ciudad estaba saturada de sombras, las mujeres se deslizaban con túnicas sueltas y velos de crin, las cúpulas y los minaretes permanecían en silencio e intocables contra un cielo de un azul de intensidad indeseable, los mercados estaban vacíos, a merced del viento, y durante un instante todos los espejismos y visiones del desierto, por desquiciados que fueran, se tornaron posibles.

Hay lugares que tememos, lugares que soñamos, lugares de los que nos convertimos en exiliados sin darnos cuenta hasta que, a veces, ya es demasiado tarde.

Kit siempre había creído que tarde o temprano regresaría a las San Juan. Nunca se le había pasado por la cabeza que su destino pudiera estar aquí, que aquí, en el Asia Interior, hallaría de nuevo sus cumbres escarpadas y sus nieves del desierto, sus jinetes aborígenes, sus cantinas del camino y sus mujeres completamente incomprensibles, en cierto modo más deseables aún cuando había otros asuntos, a menudo de naturaleza letal, que le reclamaban.

Hasta que vio el lago Baikal no comprendió por qué había sido necesario viajar hasta aquí, ni por qué, en el transcurso del largo camino, la penitencia, la locura y el extravío eran ineludibles.

Prance se había quedado en Irkutsk, pretextando agotamiento, pero Hassan se empeñó en que para un buriato devoto el fin del peregrinaje tenía que ser la gran piedra en la boca del Angará, donde el río salía del lago.

—Pero esa historia no es más que una tapadera —le recordó Kit—, no somos buriatos, ninguno de nosotros.

La mirada de Hassan era clara pero inescrutable.

—Casi hemos acabado el viaje.

—¿Y el Profeta?, ¿el maestro del Doosra?, ¿podré hablar con él?

—Ya ha hablado con él —dijo Hassan.

—¿Cuándo...? —empezó a preguntar Kit, y en ese instante apareció el Baikal.

Había admirado pequeños y puros lagos de montaña en Colorado, aguas sin mancillar por las escorias de las minas ni por los desechos de la ciudad, y no le sorprendió la claridad perfecta que más de una vez le había llevado al borde de perderse, a la vertiginosa posibilidad de caer en otro orden de las cosas. Pero ahora sentía como si mirara al corazón mismo de la Tierra tal como era antes de que hubiese ojos para contemplarla.

Tenía más de un kilómetro y medio de profundidad, según le había dicho Auberon Halfcourt, y alojaba criaturas desconocidas en cualquier otro lugar de la Creación. Navegar por él era peligroso e imprevisible: los vientos se levantaban en cuestión de segundos, las olas alcanzaban la altura de pequeñas montañas. Un viaje hasta allí no era una excursión vacacional. Por alguna razón que no habría sabido definir, estaba seguro de que era otro de esos lugares, como el Monte Kailash o el Tengri Khan, que formaban parte de un orden sobrenatural y habían sido encajados de manera provisional en este otro mundo nuestro, inferior y quebradizo. Ahora se sentía poseído por una violenta certidumbre. Después de todo, había tomado el camino equivocado, permitiendo que le distrajeran las trivialidades cotidianas; sencillamente no se había esforzado lo bastante para merecer ver esto. Su primera intención fue darse la vuelta y volver a Kashgar, rehacer todo el camino hasta la Puerta, y empezar de nuevo. Miró alrededor para decírselo a Hassan, pues estaba

seguro de que él también lo había entendido en su interior. Como era de esperar, Hassan ya no estaba allí.

Al principio de su viaje, aunque situado a poca distancia de Kashgar, cerca de la aldea de Mingyol, y visible a veces en la lejanía desde extraños ángulos, el gran Arco de Piedra conocido como Tushuk Tash era considerado como un lugar inaccesible, incluso por los habitantes de la región. Un laberinto de cañones cruzados se interponía en el camino, tantos que ni siquiera se habían contado. Ningún mapa servía de nada. Cartógrafos de diferentes imperios, sobre todo rusos, habían acabado padeciendo agotamiento nervioso tras sus tentativas de representar la región que rodeaba el Tushuk Tash. Algunos tendieron a plasmarla recurriendo a amargas fantasías; otros, más conscientes, dejaron el espacio en blanco.

Cuando Hassan se enteró de que Kit y Prance tenían que emprender viaje pasando primero bajo la gran roca horadada, se excusó y se fue a orar, distante y sumido en un malhumorado silencio, como si el Doosra le hubiera mandado acompañarlos a modo de castigo.

Algunos se referían a la colosal puerta como si fuera un precipicio, un puente, una barrera de tierra, un paso entre altas paredes de roca...; para otros no se trataba de un accidente del paisaje sino de algo más abstracto, un examen religioso, un rompecabezas criptográfico... Hassan siempre la había llamado «la Puerta del Profeta», con lo que tanto daba nombre a la roca como dejaba constancia de la sanción de un Profeta que se entendía no sólo como Mahoma sino también como otro, que moraba mucho más al norte, de quien el maestro de Hassan, el Doosra, era el precursor.

Tardaron todo un día. Se adentraron en una región grisácea de barrancos profundos y torres rocosas. Hassan los guió sin error por el laberinto de cañones. Era un misterio qué proceso terrenal podía haberlos creado. Con el sol en ángulo, el Kara Tagh parecía una ciudad de piedra, fragmentada en repeticiones cristalinas, grises, de manzanas urbanas y edificios sin ventanas, como si estuvieran habitadas por algo que ya no estaba a la vista, ni a la luz, más allá de toda necesidad de distinguir el exterior del interior. Kit descubrió que no podía mirar ese país directamente durante más de un minuto, como si sus espíritus regentes exigieran una mirada oblicua como condición de paso.

Cuando por fin llegaron ante la Puerta, no les pareció una formación natural sino una estructura de mampostería, con piedras a las que se había dado forma para que encajasen sin argamasa, como las Pirámides, mucho antes de que hubiera empezado la historia escrita. A lo lejos, los picos resplandecían blancos, se elevaban sobre el macizo de Altai, por el que los llevaría la ruta de su viaje. Kit alzó la mirada, corriendo un riesgo quizá fatal, pero tuvo que hacerlo.

En el cielo todavía luminoso, la mole era inmensa, de tres o puede que cuatrocientos metros de altura como poco, plana en la cumbre, y bajo ella había un gran arco gótico afilado y puntiagudo de espacio vacío. Enorme, oscura, inestable, en continua desintegración, despojándose de trozos de sí misma desde tan alto que cuando llegaban al suelo ya eran invisibles, seguidos del sonido zumbante de su descenso porque caían más rápido que la velocidad del sonido local... En cualquier instante, un fragmento suelto de roca podía precipitarse demasiado rápido para que Kit lo oyera y abatirse como un cuchillo sobre él. Ahí abajo todo era oscuro, pero arriba el conglomerado gris recibía de pleno la última luz del día con un incontestable fulgor.

Sobrevolándolo, tan alto y tan aparentemente inmóvil que al principio podría haber pasado por un defecto de la visión, un águila dorada captaba los rayos y parecía emitir luz propia. Lo kirguizos utilizaban esas águilas para cazar; hacían falta dos hombres para manejarlas y se sabía que podían traer cadáveres de antílopes e incluso de lobos. Cuanto más tiempo pasaba cerniéndose sobre él a aquella majestuosa altitud, más convencido estaba Kit de que era un mensajero.

Los chinos nos dicen que un viaje de mil kilómetros empieza con un único paso, pero curiosamente guardan silencio sobre el paso mismo, que a menudo debe darse, como en este caso, desde un suelo inaccesible, o directamente hacia un abismo inconmensurable.

En el momento en que atravesó la puerta, Kit no se sintió tan ensordecido cuanto cegado por una poderosa emisión de sonido, un gran aullido coral sobre el desierto, que traía, como una breve interrupción tenebrosa durante el día, una visión ahora nítida, en este atardecer, de un terreno iluminado por el sol que, justo delante, descendía en una larga pendiente hacia una ciudad cuyo nombre, aunque en ese momento no lo recordase, era conocido en todo el mundo, una ciudad rutilante a esta distancia, con destellos amarillos y naranjas, aunque muy pronto sería absorbida por la misma confusión gris de barrancos sin salida y paredes rocosas esculpidas por el viento que habían cruzado trabajosamente para llegar hasta allí y ahora debían volver a cruzar para regresar a la Ruta de la Seda. Entonces la visión se desvaneció, como las ascuas de una hoguera en el crepúsculo inmenso.

Se volvió hacia Hassan.

—¿Has visto...?

—No he visto nada, señor. —En el rostro de Hassan, comprensión y un ruego de silencio.

—¿No has oído nada?

—Pronto anochecerá, señor.

Luego, a lo largo de todo el viaje, Kit soñó con el instante en que había atravesado la Puerta. A menudo el sueño le llegaba antes del amanecer, tras un vuelo

lúcido, alto, etéreo, azul, que le llevaba hasta una serie de cuerdas o cables de acero suspendidos, a modo de puente, sobre un profundo abismo. La única manera de cruzarlo era colgado, mirando hacia arriba, agarrado a los cables, avanzando mano tras mano y utilizando también piernas y pies, con la pura e inconmensurable caída a sus espaldas. La puesta de sol es rojiza, violenta, compleja, el sol mismo aparece como núcleo permanente de una explosión todavía no imaginada. De algún modo, en el sueño, el Arco ha sido sustituido por Kit en persona, y al despertarse sus músculos y articulaciones se resienten del esfuerzo realizado para convertirse en el puente, el arco, la vía de cruce. La última vez que tuvo ese sueño fue antes de entrar en Irkutsk en el Transiberiano. Una voz que sabía que debía reconocer susurró: «Estás liberado». Empezó a caer en el gran abismo y se despertó a la luz color vino del vagón de tren, con las lámparas oscilando, los samovares de cada punta jadeando y resoplando como máquinas de vapor en miniatura. El tren estaba entrando en la estación.

Después de cruzar la Puerta del Profeta, siguieron por las faldas de las colinas septentrionales de las Tian Shan, saltando de un oasis de la Ruta de la Seda al siguiente: Aksu, Kucha, Korla, Karachar, teniendo como punto de referencia la pirámide, de un color blanco sobrenatural, de Khan Tengri, el Señor del Cielo, que derramaba luz a raudales en una erupción continua, iluminando incluso el cielo vacío y las nubes pasajeras; a través de canteras de piedra nefrítica donde espectros cubiertos de polvo se movían encadenados en su forzado peregrinaje hacia una taza de agua y unas pocas horas de sueño; granizadas vespertinas que dejaban el desierto cegadoramente cubierto de nieve por la mañana, bolsillos de arena verde granate extrañamente resplandeciente en el crepúsculo; y tormentas de arena que hacían casi imposible respirar, ennegreciendo el día..., para algunos de los que pillaba desprevenidos, ennegreciéndolo para siempre. Cuando llegaron exhaustos al oasis de Turfán, al pie de las Montañas Llameantes, más rojas que la cordillera de Sangre de Cristo, Kit había empezado a entender que el espacio que les había abierto la Puerta era menos geográfico que mensurable a lo largo de ejes de pesar y pérdida.

—Es espantoso —dijo—. Fijaos. Esta gente no tiene nada.

—Lo que no ha evitado que los alemanes se lo quedaran —dijo Prance. Hasta aproximadamente el 800 o el 900 d.C., siguió explicando, ésta había sido la metrópolis del antiguo reino de Khocho. De hecho, algunos eruditos creían que se trataba de la Shambhala histórica. Durante cuatrocientos años, Turfán había sido el lugar más civilizado de Asia Central, un punto de convergencia de jardines, sedas, música, una región fértil, tolerante y compasiva. Nadie pasaba hambre, todos compartían las bendiciones de un oasis que nunca se secaría. Los chinos del imperio viajaban miles de kilómetros hasta ahí para ver hasta qué punto era real tanta

sofisticación—. Luego irrumpieron los mahometanos —dijo Prance—, más tarde Gengis Kan y, tras él, el desierto.

En Turfán giraron hacia el norte, alejándose del Taklamakán, hacia Urumchi y el paso que había más allá, el que atravesaba las Tian Shan y llevaba a las tierras bajas de Zungaria, con la intención de encaminarse al norte por el noroeste, rodear el Altai y, dependiendo de qué río estuviera deshelado en aquel momento, encontrar un vapor que los llevara hasta el Ferrocarril Transiberiano al este de Irkutsk.

Prepararon sopa de raíces, cazaron y asaron carneros, pero dejaron escapar a los cerdos salvajes por respeto a Hassan, que se saltaba sin mayores problemas las prohibiciones alimenticias pero no veía qué necesidad tenía de contárselo a los ingleses.

Por allí andaban otros grupos extranjeros, muchos de ellos arqueólogos alemanes, auténticos carroñeros, aunque a veces Prance, llevado por la gravedad del recuerdo, se quedaba mirándolos atentamente por sus prismáticos, durante lo que parecían horas, antes de anunciar:

—Son rusos. Fíjese lo bajas que están montadas sus riendas.

—¿No deberíamos...?

—Hay buenas razones para una cosa y para la contraria. Probablemente les interesen más los alemanes y los chinos. Con la Entente, se supone que el Gran Juego ha acabado aquí, pero las viejas suspicacias perviven, y algunos de esos soldados podrían dispararnos en cuanto nos vieran.

Un día, en terreno más elevado, tropezaron con una estampida de unos cincuenta *kiangs*, asnos asiáticos rojos salvajes, cada uno con una franja oscura en el lomo, con los ojos en blanco y moviéndose rápido, probablemente asustados por la cercanía de los humanos.

—Ver para creer —dijo Kit—, ésa sí que era una estampida.

Se refugiaron en un bosque de cañamos en flor que habían empezado a oler ya al mediodía, mucho antes de verlo. Las plantas medían tres metros y medio de altura, y su sola fragancia bastaba para aturdir a un viajero sumiéndolo en ensoñaciones. Hassan pareció animado por primera vez, como si eso fuera un mensaje de alguien con el que ya había tenido trato. Se movía por allí como un inglés por un jardín de rosas, inhalando cuidadosamente los aromas, mirando y seleccionando capullos de *ganja* con flor o fruto, hasta que hubo recogido una buena bala. Durante días, las plantas fragantes colgaron boca abajo al sol, atadas a las correas de carga de los camellos, oscilando a medida que los animales avanzaban. Cada vez que Prance intentaba coger un capullo, aparecía Hassan como de la nada y le daba un manotazo.

—Todavía no está curado. No está preparado para fumar.

—¿Y cuándo...?

—Tengo que pensarlo. En realidad no es para ingleses, pero puede que lleguemos a un trato.

El viento, que estaba vivo, consciente, y no se mostraba amable con los viajeros, tenía la costumbre de levantarse en plena noche. Los camellos lo olían primero, luego todos los miembros del grupo empezaban a oírlo, en un crescendo imparable, de modo que disponían de poco tiempo para improvisar un refugio; normalmente no había más alternativa que someterse, aplastado contra la tierra plana, como un tallo de hierba, e intentar que no se te llevara por los aires.

Los lobos se reunían y vigilaban toda la noche, no estaba claro si para mirarlos o para llevarse lo que quedara cuando el viento hubiera acabado con ellos. Prance parecía alimentarse de poco más que de un remedio estomacal de la zona que los uigures llamaban *gül kân*, preparado con pétalos de rosa fermentados, del que llevaba una enorme cantimplora y que era reacio a compartir con nadie, es más, respondía con hosquedad si se le pedía. Hassan tomaba represalias vigilando atentamente su provisión de *ganja*, que utilizaba, según se vio, como una suerte de moneda de cambio, ganándose la simpatía de todos los grupos con los que se cruzaban en ruta, desde los tártaros finlandeses que cazaban en el Altai hasta los pescadores del hielo cosacos en el lago Zaisan. A esas alturas el Irtysh estaba helado, así que siguieron adelante hasta Barnaul, en el Obi, justo a tiempo para presenciar la gran explosión y desgarró del deshielo de la primavera, que despertó a todos antes del amanecer, al repercutir el estruendo en las montañas, y atrapó a un vapor, lleno de mineros, mercaderes y funcionarios zaristas, y todos se vieron arrastrados bamboleándose como por un tobogán ciento noventa kilómetros río abajo hasta el pequeño asentamiento de trabajadores del ferrocarril de Novosibirsk, donde esperaron junto a los raíles de vía ancha el tren que los llevaría a Irkutsk.

—Así que esto es Irkutsk.

—El París de Siberia.

Pero más bien recordaba a las San Juan un sábado por la noche. Tanto de día como de noche. La ciudad era una peculiar combinación de animación y respetabilidad. Los mineros del oro bebían vodka, jugaban al *vint*, discutían de política y se disparaban con un espíritu juguetón y fatalista. Los *kupechestvo* se quedaban en sus grandes casas en Glaskovsk, confinados en las partes de la ciudad donde se hacían los negocios, fingiendo ignorar los bajos fondos, que hasta hacía bien poco los habían incluido a ellos.

—Menudo peregrinaje. —Kit miró a su alrededor a través de una cortina de humo de tabaco y de cáñamo, al espectáculo que se desarrollaba en el interior del Club Golomyanka, donde Prance y él habían entrado a celebrar, o al menos a conmemorar, su llegada.

—Aquí el peregrinaje es una cuestión de deidades amables y coléricas. Ritmo. Guía.

—¿Y eso qué significa?

—Pregúntele a Hassan.

—Hassan desapareció en cuanto llegamos al lago.

—Precisamente.

Habían recibido órdenes de informar de su llegada a un tal señor Swithin Poundstock, un británico que se dedicaba al negocio de importación y exportación. «Y de nada servirá», había subrayado Auberon Halfcourt, «presionarle para que dé más detalles». Lo encontraron en el puerto de Irkutsk, en su almacén, trajinando con un tintero y un pincel, estarciendo en varias cajas pesadas el poco convincente término de NAUSHNIKI.

—Orejas —susurró Prance—. Creo que no, no en esta vida.

A pesar del bullicio que reinaba en el inmenso y mal iluminado espacio, varios empleados parecían básicamente ocupados en observar a Kit y Prance con mal disimulada hostilidad.

—¿Cómo está Halfcourt? —les saludó el mercader—. Ladrando como un loco, ya lo sé, pero ¿qué más?

—Él le manda... —empezó Prance.

—Y díganme, ¿qué es de Hassan?

Prance frunció el ceño perplejo.

—¿El guía nativo? No lo sé, desapareció.

—Me refería a *antes* de desaparecer —puede que con un matiz de impaciencia—, ¿dejó algo para mí?

—Oh. —De un bolso Gladstone, Prance le alcanzó un pequeño paquete envuelto en hule encerado, a través del cual Kit pudo detectar la firma nasal distintiva del cáñamo silvestre. Con esfuerzo se contuvo de hacer comentarios, e hizo bien, pues Poundstock no había acabado. Los condujo a la parte de atrás de las instalaciones, donde se oía, cada vez más alto, una percusión rítmica y metálica. Llegaron a una puerta de acero, ante la cual se erguían dos enormes figuras con aires de matón, cada uno con un revólver Nagant modelo de 1895.

—Cómo —murmuró uno de ellos—, ¿tú otra vez?

Dentro, una gran prensa de acuñación de cierta antigüedad estampaba lo que parecían soberanos de oro británicos. Con la salvedad de que no eran de oro, sino más bien de una plata cobriza, como explicó Poundstock:

—En su mayor parte son monedas chinas antiguas. Lo que ellos llaman «metálico». Plata, bronce, la composición varía dependiendo de lo que llegue cada día. Lo fundimos, vaciamos lingotes, hacemos láminas, pulimos los cantos, grabamos el dibujo y las galvanizamos con una capa muy fina de oro. No pueden diferenciarse de las auténticas.

—Pero todas son...

—No lo diga. Gracias a unos amigos de Tower Hill, los troqueles que utilizamos son genuinos. La joven Vic de aquí es la de verdad en cada una. Y eso es lo que importa, ¿no?

—No lo sé. ¿Pueden gastarse?, ¿legalmente?

—Un concepto interesante, sobre todo aquí. Empezaremos con mil, ¿qué le parece? Como usted quiera. ¿Dos mil? No pesan tanto como creería, se lo aseguro. — Con una pala de horno, llenó de pseudosoberanos una caja fuerte con reborde de latón —. Todo suyo. Y una última cosa, el sermón habitual, y luego ya puede partir a sus aventuras.

Los condujo a un despacho contiguo, dominado por un mapa de Siberia.

—Aquí es por donde se moverán, por las tres cuencas del gran río al este del Yeniséi: el Tunguska Superior, el Tunguska Pedregoso y el Tunguska Inferior. Los clanes tunguses que ocupan cada uno de los valles de esos ríos han estado en guerra durante años, sobre todo los ilimpiyes, que viven en el Tunguska Inferior, y los shanyagires, del Tunguska Pedregoso. La figura clave de todo esto, tal vez incluso sea el superior de vuestro Doosra, es un chamán de gran fama regional llamado Magyakán, que actúa en nombre de los ilimpiyes.

—¿Y con qué representantes de las grandes Potencias podemos toparnos?

—Probablemente ya se los hayan encontrado. —Poundstock se encogió de hombros—. Bon voyage, caballeros.

Y se pusieron en marcha una vez más, a bordo de un vapor fluvial, por el Angará, como se le llamaba en ese extremo, aunque su nombre cambiaba más adelante a Tunguska Superior, dejaron atrás la ciudad y pasaron bajo el gran puente volante, empujados por la corriente que salía del lago Baikal, hacia el norte, penetrando en el corazón palpitante del Asia chamánica.

Los otros pasajeros eran *siberyaki*, prospectores, jugadores, empresarios cosacos, fugitivos de las calles amplias y bien iluminadas y de cuanto éstas consideraran un comportamiento apropiado. Pasaron por terrenos pantanosos cubiertos de alisos, de bosques de bambú y de liquen de reno verde claro. Osos que buscaban arándanos rojos se detenían para mirarlos. Crías de grulla siberiana aprendían a volar y se elevaban brevemente contra el cielo.

En Bratsk había un profundo cañón con pinares y violentos rápidos, y todo el mundo tuvo que bajarse y vadearlos por tierra, a través de un inmenso enjambre de mosquitos tan espeso que oscurecía el cielo, hasta el punto donde esperaba otro barco para proseguir el viaje.

Desembarcaron un par de días más tarde en Yeniseisk y encontraron caballos kirguizos y provisiones, y a Kit le sorprendió oír a Prance hablando la jerga local a mil por hora.

—El tungús, el buriato, el mongol: es una cuestión de acento y poco más, una cierta posición del aparato vocal, la *embouchure*, la respiración...

Recogieron su equipaje, que incluía la caja llena de soberanos chapados en oro de Poundstock, en el muelle. Las instrucciones de Prance eran pagar con ellas a todos los nativos que pudieran serles útiles, poniéndoles al corriente, siempre que fuera posible, del tema de la Reina cuya imagen aparecía en el anverso.

—Les cuento que está viva —admitió sin que pareciera avergonzarle—. Que ella es nuestra gran chamán. Que ha dominado el tiempo. Que no envejece. Ese tipo de cosas.

—¿Y qué les decimos de todos los alemanes que andan por esos bosques contándoles lo contrario? Descubrirán que está muerta.

—Pues les digo que es la gobernante de Shambhala.

—También deben de saber que eso es mentira.

—A Dorzhiev le funcionó en el Tíbet. Le dijo al Dalái Lama que el Zar era el rey de Shambhala, pero eso no serviría aquí, los tunguses odian al Zar, tanto da quién sea, sólo por principios. Se espera de nosotros que encontremos al chamán local y veamos si puede decir algo en nuestro favor, cualquier comentario que ayude a la vieja Entente, ya sabe.

—A ver si me aclaro: el Zar es el rey de Shambhala, Victoria es la reina de Shambhala, lo cual conforma una alianza Shambhala-Shambhala, o algo así, toda una ecuación, ¿verdad?, ¿y no están emparentados?

—Por matrimonio —con una mirada a la que Kit ya se había acostumbrado, una mezcla de impaciencia, desaprobación y miedo a que alguien hubiera contado un chiste que él no hubiera captado.

Manteniéndose casi siempre en las cercanías de las orillas de los ríos, avanzaron entre inverosímiles minas de carbón, bosques de sauces y de bayas silvestres, praderas cubiertas de flores que a Kit le parecían enormes, violetas tan grandes como una mano, azucenas amarillas y verónicas azules bajo las cuales uno se podía proteger de la lluvia, buscando la palabra del chamán Magyakán, si no al hombre en persona. Como la taiga, él estaba por todas partes, misterioso, un ser heroico con dones sobrenaturales. Oyeron historias de cómo le había herido un soldado ruso de un disparo de rifle y, con toda la calma del mundo, se había metido la mano dentro de su propio cuerpo y se había extraído la bala, de más de tres centímetros, resplandeciente y sin rastro de sangre. La había presentado al cielo. Había testigos. Tenía poder sobre las criaturas de hierro de Agdy, el Señor del Trueno, y sabía cómo dominarlas a voluntad, pese a sus ojos centelleantes, su ira inexorable.

—Mire lo que ocurre por estos lares —le instruyó Prance—, lo que aquí se da es una serie de combinaciones: «Agdy» es el dios hindú del fuego Agni, sin duda, pero con toda certidumbre es también Ogdai Kan, hijo de Gengis Kan, a quien sucedió en el Imperio Mongol y que extendió las conquistas de su padre al este y al oeste, desde China hasta Hungría.

—¿Y si sólo fuera el nombre de quienquiera que sea el que mande esos objetos de hierro a los shanyagires? —preguntó Kit, sin darse cuenta de la irritación que pudiera causar.

—No son objetos de hierro, no son objetos de hierro, ¡ahí está la gracia! —gritó el Teniente Prance—. Estos malditos chamanes cuentan cualquier cosa a la gente, por descabellada que sea, y la gente los cree, es como con los americanos, sólo que distinto.

—¿Cree que este Magyakán es el tipo del que hablaba el Doosra?

Prance no tenía ni idea y además, como quería dejarle bien claro a Kit, no le importaba.

—Pues es una extraña actitud para un estudiante de teología, ¿no?

—Traverse, por el amor de Dios. —Prance llevaba fumando todo el día y en su voz resonaba un ronco gruñido de impaciencia—. Hay luz y hay oscuridad...

—A ver si lo adivino: la Iglesia de Inglaterra es la luz y todo lo demás es...

—No es del todo así. Las diferencias entre las religiones del mundo son de hecho bastante triviales comparadas con el enemigo común, las antiguas y permanentes tinieblas que todos odiamos, tememos y combatimos sin cesar. —Hizo un amplio gesto para abarcar la taiga sin límites que los rodeaba—. Chamanismo. En toda la Tierra no hay un solo pueblo primitivo que no lo practique en alguna de sus variantes. Todas las religiones de Estado, incluida la suya, lo han considerado irracional y pernicioso, y han tomado medidas para erradicarlo.

—¿Qué dice? En Estados Unidos no hay «religión de Estado», querido amigo, tenemos libertad de culto, garantizada en la Constitución: mantiene separados a la Iglesia y al Estado para que así no nos convirtamos en otra Inglaterra y nos dediquemos a invadir los bosques con gaitas y ametralladoras Gatling, a la búsqueda de más infieles que aniquilar. Y no se lo tome como algo personal.

—Los cheroquis —replicó Prance—, los apaches, la masacre de los Bailarines de la Danza de los Espíritus sioux en Wounded Knee, a todos y cada uno de los indios con que se han encontrado los han intentado convertir al cristianismo o simplemente los han asesinado.

—Era por las tierras —dijo Kit.

—Pues sugiero que era por el miedo al hechicero y a sus extrañas prácticas, como bailar y tomar drogas, que permiten a los humanos ponerse en contacto con los poderosos dioses que se ocultan en el paisaje, sin ninguna necesidad de una Iglesia oficial como intermediaria. La única droga con la que ustedes se han sentido cómodos es el alcohol, así que llegaron allá y envenenaron a las tribus. Toda su historia en América ha sido la de una larga guerra religiosa, cruzadas secretas disimuladas con nombres falsos. Intentaron exterminar el chamanismo africano secuestrando a la mitad del continente para esclavizarlo, poniéndoles nombres cristianos y haciéndoles tragar a la fuerza sus peculiares versiones de la Biblia, y mire lo que pasó.

—¿La Guerra de Secesión? Eso fue por cuestiones económicas. Política.

—Ésos eran los dioses a los que ustedes intentaron destruir, esperando la hora de su venganza. Se creen todo lo que les cuentan, ¿verdad?

—Supongo que tendré que ir a Cambridge para ser más listo —replicó Kit sin tomárselo a mal. Las posibilidades de diversión eran limitadas aquí, en la taiga, así que había que aprovechar las oportunidades que se presentaran de tener una riña recreativa—. ¿Qué le hizo meterse en el rollo de las divinidades?, si me permite la pregunta.

—Era un joven religioso —replicó Dwight Prance—. Fácilmente podría haberse expresado de otras formas: cantando en un coro, llevando sandalias, soltando sermones en las esquinas; pero sucedió que era la única elección que se anulaba a sí misma.

—¿Era eso lo que quería?

—Más bien fue lo que pasó. A medida que pasaba más tiempo estudiando las religiones, sobre todo el Islam y el Cristianismo, y empezaba a percibir sus numerosas relaciones íntimas con el poder secular, me volví cada vez más..., umm, desdenoso, por así decir, con toda esa historia.

—Iglesia y Estado.

Prance se encogió de hombros.

—Es bastante natural encontrar a César llegando a oportunos acuerdos con Dios siempre que es posible, pues ambos persiguen lo mismo, ¿no?

—Y usted se fue interesando cada vez más...

—Sí, por los acuerdos. ¿Creía que me pasaba las noches rezando?

—Entonces, si no está aquí combatiendo por Cristo... ¿por quién lo hace exactamente?

—Por un puñado de hombres de Whitehall de los que usted nunca ha oído hablar, cuyos rostros nadie reconoce.

—¿Y pagan bien?

La carcajada de Prance tenía poco de sagrado y se prolongó más de lo razonable.

—Me parece que tendrá que hablar con ellos sobre el particular.

De vez en cuando, Kit recordaba la pureza, la feroz y resplandeciente pureza del lago Baikal, y cómo se había sentido allí, al viento en el que había desaparecido Hassan, y ahora se preguntaba por qué esa certidumbre no había impedido que se sumiera en este pendenciero aturdimiento del espíritu. Sin embargo, como sabría más tarde, en vista de lo que se les venía encima, el refugio de lo trivial resultaría ser una bendición y un paso hacia la salvación.

Una explosión de luz inmensa como el cielo.

A las 7.17, hora local, del 30 de junio de 1908, Padzhitnov estaba a punto de cumplir un año como contratado de la Ojrana, por lo que recibía quinientos rublos al mes, una suma exorbitante para los presupuestos de espionaje de la época. En consecuencia, la gran nave se desplazaba un poco baja por el cielo, su capitán y tripulación pesaban en conjunto al menos treinta *poods*, alrededor de media tonelada, y eso no incluía el peso de la mampostería que Padzhitnov planeaba dejar caer sobre objetivos ya designados, una carga que se veían obligados a transportar como lastre, pues la mayoría de los edificios de Siberia parecían contruidos con madera y maleza, una dificultad que, aunque suponía un desafío militar para los miembros de la *ekipazh*, distaba de contribuir a la tranquilidad de ánimo de todos, hasta que atisbaron Irkutsk desde el aire y se asombraron de las majestuosas casas de ladrillo-y-mampostería de los comerciantes de pieles y de los magnates del oro, *nouveau riche*, y empezaron a gritar «*Právil'no!*» y a abrazarse. Sin embargo, cuando se requería aumentar la sustentación, la filosofía del diseño ruso siempre había recurrido a añadir tanto empuje y potencia al motor como fuera necesario, y así, aunque el *Bol'shaia Igra* fue evolucionando con el transcurso de los años, al control de peso nunca se le prestó la atención que mereció para la ingeniería de otros países.

Por esos días reinaba cierto nerviosismo entre los funcionarios serviles y advenedizos a todos los niveles del Razvedka. Desde la derrota naval en Tsushima y las inmensas manifestaciones en las ciudades, los pogromos, el terror y la sangre, la inconcebible posibilidad de que Dios hubiera abandonado Rusia empezó a hacerse palpable. Lo que hasta ahora habían sido certezas y mandatos divinos se volvió tan incierto y precario como la lucha de cualquier campesino con el día a día, y todos, independientemente de su riqueza o posición, debían avanzar a tientas.

—Soy un guerrero, no un científico —se quejó el *Ofitser* Nauchny Gerasimov—. Tendrían que haber enviado profesores.

—Eso puede esperar —dijo Padzhitnov—. La Ojrana cree que este Suceso podría haber sido obra del hombre, y quiere conocer las implicaciones armamentísticas.

Gennady, el *umnik* de la tripulación, señaló distraídamente las hileras de troncos muertos descortezados que pasaban por debajo.

—¿Obra del hombre? ¿Esto? ¿No lo hizo Dios?

—El General Sujomlinov tiende a pensar que más bien fueron los chinos, aunque no descarta a los alemanes.

—Seguramente ya tiene otros planes inmobiliarios pensados, visto que le han despejado los terrenos gratuitamente. —Gennady simuló que miraba hacia abajo,

asombrado—. A ver, ¿quiénes son esos hombres trajeados que montan a camello por ahí? Zi! ¡Mirad! ¡Son agentes inmobiliarios, que van en caravana!

—El General está ansioso por saber cómo se hizo —dijo Padzhitnov—. No para de repetir: «Recuerden quién inventó la pólvora».

Pavel Sergueievich, el Oficial de Inteligencia, contempló el desastre, que se extendía más allá del horizonte.

—No hay rastro de incendio, ningún cráter, ni siquiera uno superficial. No fueron explosivos, al menos no ninguno que conozcamos.

—¿Qué dice la gente que vive ahí?

—Que fue Agdy, su Dios del Trueno.

—¿Eso oyeron?, ¿un trueno?

—Una presión sonora de algún tipo... Aun así, parece que la energía sólo se desplazó lateralmente.

—Pero no en forma radial —dijo Padzhitnov—. Helm, súbanos trescientos metros. Quiero que todos ustedes vean algo curioso.

Ascendieron a un cielo del que el color se había vaciado por completo, como si hubiera ocurrido en el mismo instante terrible en que esos millones de troncos se habían emblanquecido, y tras llegar a la altitud deseada, todavía en el aire, miraron hacia abajo como iconos de santos pintados en el interior de la cúpula de una iglesia.

—Parece una mariposa —comentó Gerasimov.

—Un ángel.

—Es simétrico, pero no la elipse de destrucción que uno esperaría.

Padzhitnov convocó una reunión que, dada la situación, no se dio por acabada sino tras varias semanas. Se reunieron en la sala de oficiales y se fueron inquietando por turnos. La tripulación agradeció el relajamiento y se sumió en una especie de rutina festiva. Unos jugaban al ajedrez, otros bebían. Todos fumaban, algunos no podían conciliar el sueño. Los que sí dormían soñaban que jugaban al ajedrez y se despertaban preocupados por el problema mental que, imaginaban, debían de estar sufriendo.

Mientras tanto, la *zastolye* en la sala de oficiales se había tornado filosófica.

—De no ser por las lecturas electromagnéticas, yo diría que fue un meteorito que explotó a unos ocho kilómetros de altura. Pero ¿por qué la zona sigue activamente radiante?

—Porque lo que explotó lo trajo un vehículo, desde algún lugar en el Exterior Cósmico.

—Porque hay un importante término de tiempo oculto en algún lugar de la ecuación. Con una descarga tan inmensa de sonido, luz y calor, ¿por qué no hay ningún cráter?

—Si el objeto explotó demasiado alto por encima del suelo como para hacer algo más que reventar los árboles...

—... o la distorsión local de otras variables era tan intensa que el cráter se vio de algún modo desplazado a lo largo del eje temporal.

—Quizá se desplazó también a otro lugar en el espacio.

—*Khuy* —resumió Bezumyov, el sabelotodo o *vseznaika* de la tripulación—, pues en ese caso estamos jodidos, ¿no? Ahora hay potencialmente un agujero en la Tierra que nadie puede ver, esperando materializarse sin previo aviso; de hecho, podría aparecer en cualquier momento, justo debajo de San Petersburgo, por ejemplo...

Era lo que le faltaba, pensó el Capitán Padzhitnov: la crisis nerviosa que ninguna exhibición de poder de la artillería japonesa, ningún invierno ruso, ninguna intriga mística en Tsarskoe Selo habían podido causar, tal vez sólo estaba esperando este espectáculo de su tripulación, unos hombres que él creía haber llegado a conocer, intentando comprender el Suceso del 30 de junio. No le había pasado por alto que los testigos que vivían en el suelo habían informado unánimemente de piedras que caían del cielo, lo que, como poco, recordaba la especialidad tradicional del *Bol'shaia Igra*. Debían contemplar esa posibilidad: ¿habían probado sobre el terreno algún nuevo dispositivo de armas, por ejemplo, sobre una región «deshabitada» de Siberia, y el resultado había sido tan espantoso que ahora todos habían desarrollado una amnesia colectiva, tal vez como forma de proteger su aparato mental?

—Crea, si así lo quiere, en un origen extraterrestre del fenómeno, pero suponga más bien que se trata de algo extratemporal, una superficie tetra o puede que pentadimensional que se interseca con «nuestro» continuo.

—¡Ouspenskiano!

—¡Bolchevique!

—Ciertamente recuerda un efecto acumulador, aunque a escala planetaria, como una inversión de energía lenta y progresiva seguida de una amortización repentina y catastrófica.

—Justamente lo que estoy diciendo. El viaje en el tiempo no es gratis, requiere energía. Esto fue un artificio de visitas repetidas provenientes del futuro.

—*Nichevo*. Algo que estaba donde no se suponía que estaba. Puede que deliberadamente o puede que no. Es cuanto se puede decir.

Entretanto, en otra parte de la taiga, Kit y Prance estaban dándole vueltas y más vueltas, para variar, al interesante tema de quién era el más inútil de los dos, cuando, sin previo aviso, todo —caras, cielo, árboles, el lejano recodo del río— se tornó rojo. El sonido mismo, el viento, el poco que soplaba, todo se puso tan rojo como un corazón latiente. Antes de recuperar la voz, mientras se producía un fundido a un naranja sangre, llegó la explosión, la voz de un mundo anunciando que nunca

volvería a ser lo que había sido. Tanto Kit como Prance recordaron el gran estruendo que habían oído al cruzar la Puerta del Profeta.

—Es en Vanavara —dijo Kit cuando se reanudó el día—. Tenemos que subir hasta allí y ver qué podemos hacer.

—Vaya usted si quiere. A mí no me mandaron aquí para eso. —Prance se abrazaba a sí mismo como si buscara calor, aunque era pleno verano.

—Porque...

—Porque mi misión es política. Y esto no es político.

—A lo mejor sí lo es. A lo mejor es la guerra.

—¿Aquí? ¿Y para conseguir qué, Traverse? ¿Por los derechos de explotación maderera?

Dos pequeños pájaros negros que antes no estaban allí emergieron de la luz mientras se producía un fundido al verde y azul cotidianos. Por un instante, Kit comprendió que las formas de vida constituían un todo conectado, que criaturas que él estaba destinado a no ver jamás existían para que aquellas que sí veía estuvieran justamente donde estaban, cuando las veía. En algún lugar en la otra punta del mundo, un exótico escarabajo se encontraba a una distancia precisa y en una posición concreta de la brújula respecto a un matorral sin clasificar para que aquí, en este claro, estos dos pájaros negros se le aparecieran a Kit, precisamente donde estaban. Había entrado en un estado receptivo total hacia cualquier objeto, aunque no pudiera verlo, percibirlo o, finalmente, ni siquiera imaginarlo en ningún sentido, mientras que Prance estaba al borde de la histeria.

—Nuestra maldición mortal es encontrarnos aquí, expuestos a cualquier fuerza que decida salir de la ilimitada oscuridad y borrarlos de la Creación —Prance se estaba dejando llevar por la pulsión religiosa—, como si algo en el Transfinito hubiera optado por volver a entrar en el mundo finito para reafirmar la lealtad a sus límites, incluida la mortalidad..., para volverse reconociblemente numérico de nuevo..., una *presencia venida a la Tierra*...

Y pronto empezaron a sonar los tambores. Los *dungur*, cuyos redobles llegaban hasta ellos desde la inescrutable e inmensa taiga. Tocarón durante el largo crepúsculo y la noche pálida. Un solo tambor habría bastado para martillear el alma lo suficiente, pero había al menos una docena. Ritmos profundos y de largo alcance. Kit se quedó casi paralizado. Aquello se prolongó durante días. Al cabo de un tiempo creyó oír algo familiar. Al principio, lo confundió con un trueno. No uno ordinario, sino lo que había abatido Agdy sobre la Tierra el día del Suceso. ¿Intentaban conmemorarlo?, ¿invocarlo para que volviera?, ¿o proporcionar ecos homeopáticos que los protegieran de su regreso?

—Hoy me han disparado —dijo Prance—. Otra vez.

—¿Fue tan divertido como la última? ¿Cómo lo llamó usted?: ¿«excitante»?

Se había hecho desagradablemente evidente que ahora casi todos tomaban al joven Prance por un espía japonés, y a Kit le daba bastante pereza convencer a los numerosos enemigos del inglés de lo equivocados que andaban.

—Bastaría con que no hiciera tantas preguntas todo el tiempo. Una cosa es la curiosidad académica y otra no saber que hay un límite. Y tampoco es que pueda hacerse pasar por un paisano de la región.

—Lo que no parezco es japonés. —Y, ante el silencio de Kit, añadió—: ¿Verdad que no lo parezco?

—¿Cuántos japoneses ha visto nadie de por aquí? Prance, viejo amigo, afrontémoslo, en estas regiones, usted es japonés.

—Pero, míreme, *no* soy japonés. A ver: ¿ando por ahí en sandalias?, ¿hago aspavientos con abanicos, hablo por medio de acertijos irresolubles, eh, algo de eso?

Kit enarcó las cejas yladeó la cabeza.

—Niéguese a asumirlo cuanto quiera, pero ¿qué pasa conmigo? Ya llevo demasiado tiempo cubriéndole las espaldas, la gente empieza a pensar que también yo soy japonés, así que ¿qué hacemos?

Entre los siberianos, una escuela de pensamiento situaba los orígenes de la misteriosa visita en Japón. Lo que de hecho no eran buenas noticias para Prance.

—Pero se avistó viniendo casi de la dirección opuesta..., desde el sudoeste —se quejó—. De China.

—¿No cree posible que estén un poco «des-orientados»? Si era un proyectil o tal vez algún tipo de rayo, puede que ni siquiera haya atravesado lo que para nosotros es el espacio normal.

—Y... ¿qué es «para nosotros el espacio normal»? se me olvida cada dos por tres.

—Arriba y abajo —dijo Kit con paciencia—, derecha e izquierda, adelante y atrás, los tres ejes que conocemos en nuestra vida cotidiana. Pero alguien podría dominar el espacio Cuaternión, tres ejes imaginarios más un cuarto término escalar que contendría energías que pocos de nosotros podríamos imaginar.

Había estado pensando, con profunda inquietud, en el arma Cuaterniona que había entregado a Umeki Tsurigane en Ostende. Para personas como Piet Woevre, el instrumento prometía un grado avanzado de destrucción, una posibilidad de entregar poblaciones numerosas a los brazos de la muerte y del compañero de ésta, el Tiempo, que era el significado más fácil que podía atribuírsele al término *w*. ¿Acaso el Suceso de Tunguska había sido causado por el disparo, intencionado o descuidado, de un arma C? No tendría por qué haber sido Umeki-san, pero sí alguien en que ella hubiera confiado. Que tal vez la hubiera traicionado. Y si alguien la había traicionado, ¿hasta qué punto? ¿Y qué suponía eso para Kit?

Tras el Suceso, Raskol'niki enloquecidos corrían por los bosques flagelándose a sí mismos y a los esporádicos espectadores que se acercaban demasiado, desvariando sobre Chernóbil, la estrella destructora conocida como Ajenjo en el Apocalipsis. Los renos redescubrieron su antigua capacidad de volar, que había desaparecido cuando los humanos empezaron a invadir el Norte. A algunos, la radiación acompañante les produjo una luminiscencia epidérmica en el extremo rojo del espectro, sobre todo alrededor del hocico. Los mosquitos dejaron de interesarse por la sangre y adquirieron el gusto por el vodka; se observaron grandes enjambres en las tabernas locales. Los relojes de pared y de pulsera iban hacia atrás. Aunque era verano, caían breves nevadas en la taiga devastada, y durante un tiempo la temperatura sufrió variaciones de manera imprevisible. Los lobos siberianos irrumpían en las iglesias en medio de los oficios, citaban con fluidez fragmentos de las Escrituras en eslavo antiguo y salían luego pacíficamente. Se contaba que les gustaba en especial el pasaje de Mateo 7, 15: «Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros disfrazados de ovejas, pero por dentro son lobos voraces». Ciertas características del paisaje de la Tierra del Fuego, en los antípodas del Tunguska Pedregoso, empezaron a aparecer en Siberia: águilas marinas, gaviotas, golondrinas de mar y petreles se posaban en las ramas de los abetos y se lanzaban en picado para pescar peces en los arroyos, pero al primer picotazo chillaban de asco y los soltaban. Escarpados acantilados de granito se alzaban inesperadamente en el bosque. Transatlánticos, sin tripulación visible, intentaban navegar por los ríos superficiales y los arroyos, y encallaban. Pueblos enteros llegaban a la conclusión de que estaban donde no debían estar, y sin muchos preparativos recogían cuanto poseían, dejaban atrás lo que no podían transportar y se internaban en la maleza, donde al poco levantaban pueblos que nadie más podía ver. Al menos no con mucha claridad.

Y desde todos los rincones de la taiga, a lo largo de todas las cuencas del Yeniséi, llegaban informes de una figura que caminaba por la devastación, no exactamente un ángel aunque sí se movía como si lo fuera, pausadamente, sin prisas, un consolador. Los relatos diferían en cuanto a si la inmensa figura era hombre o mujer, pero todos contaban que habían tenido que levantar mucho la cabeza para intentar distinguir su rostro, y que una profunda sensación de paz exenta de temor los colmaba una vez que había pasado.

Algunos pensaban que podía ser una versión transfigurada del chamán Magyakán, cuyo paradero había desconcertado a los habitantes de todo el T. Pedregoso. Nadie lo había visto desde el Suceso, su *izba* estaba vacía, y la fuerza mágica que había evitado que ésta se hundiera en la tierra, como las moradas de todo el mundo en Siberia durante el deshielo de verano, se había aplacado, de manera que la cabaña se inclinaba ahora en un ángulo de treinta grados, como un barco a punto de deslizarse bajo las olas.

Ninguno de los extraños efectos se prolongó por mucho tiempo, y a medida que el Suceso se perdía en la memoria, se empezaron a plantear dudas sobre si esto o lo otro había llegado a suceder en realidad. Al poco, el bosque había vuelto a la normalidad, el sotobosque reverdecía entre troncos de un blanco mortecino, los animales perdieron de nuevo el habla, las sombras de los árboles volvieron a apuntar en las direcciones de siempre, y Kit y Prance siguieron avanzando por ese territorio, sin tener ni idea de qué significaba eso para su misión aquí.

Kit casi se había acostumbrado a montar caballos kirguizos o, con más frecuencia, sus primos más peludos, del tamaño de un poni, casi arrastrando los pies por el suelo, cuando un día Prance y él se toparon con un grupo de pastores de renos, que guiaban el rebaño a nuevos pastos, y él inmediatamente atisbó un reno, de un blanco puro, que pareció devolverle la mirada con intensidad, antes de separarse por sí solo de los demás y acercarse trotando.

—Como si me conociera —explicaría Kit más tarde.

—Claro, Traverse —dijo Prance alegremente enloquecido—, ¿y qué le dijo?

—Cómo se llamaba: *Ssagan*.

Prance lo miró fijamente.

—Ésa es la pronunciación buriata de *tsagan*, que es «blanco» en mongol. —Se acercó a la criatura y empezó a hablar buriato, interrumpiéndose de vez en cuando como si escuchara.

A Kit no le parecía tan raro lo de hablar con un reno. Por aquí se decía que la gente lo hacía a todas horas. Tras el Suceso en el Tunguska Pedregoso, se había dado cuenta de que el ángulo de su visión era más amplio y que la estrecha senda de su vida se bifurcaba de vez en cuando en senderos laterales insospechados.

Al principio, los pastores se mostraban reacios, pues creían que *Ssagan* era la reencarnación de un gran maestro buriato. Consultaron con él durante días, los chamanes iban y venían, las esposas intervenían con consejos útiles. Finalmente, por lo que Prance pudo saber, *Ssagan* los convenció de que Kit era un peregrino que no podía seguir adelante sin que él lo guiara entre el caos del territorio.

Habían entrado en una zona extrañamente tranquila de Siberia, en la frontera mongola entre las cordilleras de Sayán y Tannu-Ola, que Prance ya había atravesado brevemente y que, según dijo, era conocida como Tuvá. Kit pensó que si alguien iba a ir montado en un reno blanco a alguna parte, había sitios peores que ése. Después de que Kit desmontara y sacara sus alforjas, *Ssagan*, como si hubiera cumplido con un deber, se dio la vuelta bruscamente y se fue por donde habían venido, a reunirse con su manada, allá donde estuviera ésta a esas alturas, sin mirar hacia atrás.

—Dice que ha hecho todo lo que puede —dijo Prance—. Su trabajo consistía en traernos hasta aquí.

Aquella noche durmieron en una cabaña de corteza de árbol con un techo puntiagudo, y al alba los despertó un canto gutural que parecía proceder del más allá. Unos tuvanos cuidaban un rebaño de ovejas. El hombre que cantaba estaba solo, pero al cabo de un rato Kit escuchó una flauta que le acompañaba. Miró a su alrededor, pero no vio a ningún flautista ni tampoco a ningún otro músico. Miró al cantante con más atención y pudo discernir movimientos de los labios que se correspondían con el sonido de la flauta. Todo procedía de la misma y única voz.

—Lo llaman *borbanngadyr* —explicó Prance—. Puede que los chamanes no sean los únicos que saben cómo estar en dos estados a la vez. Por otro lado, sí hay un flautista, pero es invisible, o un fantasma. Todo esto tiene que estudiarse más a fondo, y por eso me voy a quedar aquí un tiempo, si no le importa.

Había algo más. Prance parecía casi incómodo.

—Éste es el corazón de la Tierra —susurró.

—Curioso —dijo Kit—, yo lo único que he visto es un puñado de ovejas.

—Justamente. Tráverse, sé que hemos tenido nuestras diferencias...

—Todavía dándole vueltas a aquella historia en los bosques..., lo sabía, pero de verdad que no estaba *apuntándole*, Dwight.

—No se trata de eso. Creo que... todos los signos están aquí, debe de haberlos visto...: estos altos picos que nos rodean, la escritura tuvana que recuerda a los caracteres tibetanos, y estos budistas, que son los únicos conocidos en el mundo que hablan uigur antiguo o, ya puestos, cualquier tipo de idioma túrquico. Por todos lados, uno ve imágenes de la Rueda de la Vida... Un enclave budista tibetano en medio del Islamismo dominante. ¿Qué le sugiere eso?

Kit asintió.

—En circunstancias normales, habría sido el motivo para nuestro viaje hasta aquí, y alguien habría escrito un informe para el Teniente Coronel Halfcourt. Pero el problema para mí estos días es...

—Lo sé. Puede que ya no haya ninguna «misión». Lo que sucedió en el Tunguska Pedregoso..., no sabemos cómo reaccionaron en Kashgar, quizá Shambhala se desvaneció en ese mismo instante de su lista de prioridades. Ni siquiera sabemos cómo nos ha afectado a nosotros mismos aquí. Demasiado pronto para decirlo. En cuanto a nuestro propósito aquí..., nadie tiene el conocimiento o la autoridad para contarnos nada.

—Nosotros estamos solos —dijo Kit.

—Y separados también, me temo.

—No es nada personal.

—Ya no, ¿se trata de eso?

Mientras Kit se alejaba por una estepa descubierta, llegó el viento, y al momento escuchó de nuevo el peculiar canto gutural. Un pastor de ovejas estaba de pie,

inclinado, vio Kit, para hacer frente al viento, que soplaba a través de sus labios en movimiento, y al cabo de un rato habría sido imposible decir quién era el que cantaba, si el hombre o el viento.

Al cabo de un rato, el Teniente Prance creyó que había empezado a detectar una presencia en las alturas, que no era ni un águila ni una nube, y que lentamente se fue acercando hasta que pudo distinguir una inmensa aeronave, desde la cual una tripulación compuesta por animados jóvenes lo miraba con gran curiosidad. El Teniente Prance los saludó, y su voz sonó aguda con un punto de trémolo.

—¿Sois deidades amables?, ¿o coléricas?

—Nos esforzamos por ser amables —supuso Randolph St. Cosmo.

—Yo soy colérico —le espetó Darby Suckling—, ¿y tú, pastorcillo?

—Sólo quería decir que cada vez que aparecen —dijo Prance— estas deidades guardianas, debe mostrárseles compasión, sin tener en cuenta lo amenazantes que sean para uno personalmente.

—Nunca funciona —murmuró Darby—. Os aplastarán como a gusanos. Pero gracias de todos modos. Por nada.

—Según las fuentes tibetanas clásicas, las partes importantes del Tengyur, empezando por...

—Chico... —Darby miró a su alrededor con aire distraído, como si buscara un arma de fuego.

—A lo mejor podemos hablarlo acompañados de un Château Lafite del 99 —sugirió Randolph.

Y así subieron a Dwight Prance a un destino incierto.

Mientras tanto, Kit se había topado con una banda de *brodyagi*, antiguos convictos condenados a trabajos forzados cuya pena había sido conmutada hacía años por el exilio interior en Siberia, y que habían acabado estableciéndose en aldeas siberianas. Incapaces de vivir en la desdicha y la pobreza de la vida, optaron por la movilidad, cada uno por su propia razón, pero todos por la misma. Alrededor de 1900, ya se había abandonado oficialmente la práctica del exilio interior, pero a esas alturas todos se habían ido y lo único que querían era volver a Rusia. La forma más fácil habría sido tomar el camino deteriorado y cubierto de maleza conocido como el Trakt que recorría Eurasia y se encaminaba al oeste.

—Pero las cosas se interrumpen, surgen desvíos —explicaba su líder, un genio del hacha corta siberiana conocido sólo como «Topor», y capaz, con una sola hacha, de hacer cualquier cosa, desde talar árboles hasta tallar minuciosa y delicadamente figuras de hueso, cortar troncos de cualquier tamaño y grosor, recoger hojarasca de la taiga para la hoguera, desollar caza, picar hierbas, cortar verduras, amenazar a

funcionarios del gobierno y demás..., «algunos de nosotros llevamos muchos años por aquí, encontramos chicas de la zona, nos casamos, tuvimos hijos, los abandonamos, las lealtades con el pasado y la vida anterior en Rusia se fueron desvaneciendo, como si viviéramos una reencarnación, sólo que un poco distinta, y cierta inercia de fuga nos siguiera empujando, al oeste...».

En otros tiempos, Kit habría dicho: «Un vector». Pero la palabra ya no se le pasaba por la cabeza. Al principio, pensó en los vagabundos santos de los que le había hablado Yashmeen. Pero estos *brodyagi* no es que estuvieran poseídos por Dios, sino que simplemente eran unos locos violentos. Bebían sin parar, cualquier cosa que les cayera en las manos, aunque fuera repugnante. Habían inventado una destilería a vapor con la que podían convertir cuanto encontraran que contuviese la mínima cantidad de azúcar en una especie de vodka. Los aceites de fusel constituían uno de los mayores grupos nutricionales de su dieta. Acampaban con sacos llenos de extrañas setas rojas moteadas que les hacían emprender viajes interiores a las Siberias del alma. Aparentemente, el viaje se dividía en dos partes: la primera agradable, visualmente entretenida, espiritualmente iluminadora; la segunda llena de un horror inefable. A los fungomaniacos no parecía molestarles demasiado, pues consideraban la una el precio de la otra. Para intensificar el efecto, se bebían la orina de los demás, en la cual seguían presentes formas alquímicas del agente alucinatorio original.

Un día, Kit escuchó gritos en la taiga. Siguiendo el sonido, se topó con lo que parecía una zona despejada de maleza, pero no vio nada, si bien más tarde, avanzado el día, descubrió rastros entre los árboles, con desmontes de sólo unos centímetros. Por la noche oía silbatos de vapor, pasos misteriosos, un peso invisible que se apresuraba por el bosque, y a la mañana siguiente, en algún lugar entre los árboles, las voces de capataces, topógrafos, equipos de trabajo, que no siempre se expresaban en lenguas de la zona; es más, a veces Kit habría jurado oír frases en inglés, y al intentar darles sentido comprendió que esa vía férrea iba a ser un enlace entre el Transiberiano y el Taklamakán.

Kit se adentró en los bosques oscuros como si no le cupiese la menor duda de cuál era su camino. Con las primeras luces, se encontró en un claro sobre un río con meandros, y mucho más abajo, a través de la exhalación húmeda de la taiga, atisbo una columna de vapor de un barco fluvial...

Había dejado a los *brodyagi* kilómetros atrás, entre los árboles. Por fin, al anochecer, tropezó con un campamento de un pequeño grupo de exploración, tiendas puntiagudas, caballos de carga, una hoguera. Sin tener en cuenta el aspecto que pudiera presentar, Kit irrumpió en la zona iluminada por el fuego y le sorprendió que todos echaran mano a las armas.

—Esperad. Lo conozco. —Resultó que era Fleetwood Vibe, con un sombrero de ala ancha que lucía una cinta de piel de tigre siberiano.

Kit rechazó la comida pero gorroneó unos cuantos pitillos. Fue incapaz de evitar la pregunta:

—¿Qué tal tu padre?, ¿qué sabes de él?

Fleetwood alimentó el fuego con hojarasca.

—Ya no está cuerdo. Según parece, le pasó algo durante su estancia en Italia. Ha empezado a ver cosas. Los directores murmuran entre sí sobre dar un *coup d'état*. Los fondos del fideicomiso siguen llegando, pero ninguno de nosotros verá jamás un céntimo de su fortuna. Todo va a ir a parar a una fábrica de propaganda cristiana del sur. Nos ha repudiado a todos.

—Y 'Fax, ¿cómo lo lleva?

—Lo ha liberado. Juega como lanzador profesional, con otro nombre, en la Liga de la Costa del Pacífico. Hasta ahora le ha ido bien: un promedio de carreras limpias permitidas menor de dos, un juego sin *hit* la pasada temporada... Se casó con una camarera de Oakland.

—Una casa llena de niños, con otro de camino, nunca habrá sido tan feliz.

Fleetwood se encogió de hombros.

—Algunos han nacido para eso. Otros no pueden dejar de moverse.

En esta ocasión él no andaba en busca de otra cascada ni de las fuentes de un río, ni de un blanco testarudo en un mapa del territorio conocido, sino de una vía de ferrocarril, una vía férrea oculta que hasta el momento sólo existía como un rumor sombrío, la famosa y legendaria «Tuvá-a-Taklamakán».

—Debe de ser esa de la que he oído hablar.

—Señálamela. —Sacó un mapa, o algo parecido, casi todo dibujado a lápiz, con borrones y que se empezaba a romper por las dobleces, decorado con grasa de cocina y quemaduras de cigarrillo.

—A menos que te dirijas al Tunguska Pedregoso —dijo Kit. Ladeó la cabeza hacia el pálido cielo—. Tan cerca como puedas del lugar donde sucedió *aquello*.

Fleetwood pareció acongojado, como si alguien hubiera sido capaz de ver dentro de su propia historia y hubiera detectado, en su núcleo, la imposibilidad de ninguna redención.

—Sólo es el primer paso —dijo—, lo único que me ha traído hasta aquí. ¿Te acuerdas de que una vez, hace años, hablamos de ciudades, de lugares sin cartografiar, sacramentales...?

—Shambhala —asintió Kit—. Puede que acabe de pasar por allí. Si todavía te interesa, es Tannu Tuvá. Al menos, dejé allí a alguien al borde de la locura que estaba convencido de que ése es el lugar donde está.

—Ojalá... —A través del miedo y la culpa, una especie de perversa timidez—. Ojalá fuera la Shambhala que busco. Pero ya no tengo derecho. Entretanto me he enterado de la existencia de otras ciudades por aquí, ciudades secretas, equivalentes seculares a las tierras ocultas budistas, más indeleblemente contaminadas por el Tiempo, en las profundidades de la taiga, sólo señaladas por indicios indirectos

(cargas sin declarar, consumo de energía), antiguas ya cuando los primeros cosacos se asentaron en ellos, antes de los kirguizos o los tártaros. Casi siento los lugares, Traverse, y tan cerca que es como si en cualquier momento, por encima de mi hombro, bajo el siguiente paso despreocupado, sus puertas se abrieran..., llenas de industrias, insomnes, dedicadas a planes de los que nadie habla en voz alta, mientras uno vacila en pronunciar el nombre de la criatura de la selva que se alimenta de todas las demás criaturas...

»Hasta donde me ha sido posible triangular, se disponen en un racimo, ubicado bastante cerca del suceso del 30 de junio..., para cuestiones prácticas, su estación de tren es Krasnoyarsk. Aunque no hay reconocimiento oficial, ni se guardan registros, cualquiera que compra un billete allí para el Transsib se convierte automáticamente en sujeto de interés para la Ojrana.

El invierno anterior había intentado acercarse a las ciudades secretas. Con la luz sin esperanza de las llegadas vespertinas, entre las sombras color verdugón de Krasnoyarsk, funcionarios invisibles con sombreros de piel y pesados gabanes vigilaban los andenes, acompañaban a aquellos que disponían de salvoconducto hasta barcos rompehielos sin nombre, amarrados junto al Yeniséi helado, y rechazaban a otros como Fleetwood cuyos motivos para el viaje parecían reducirse al turismo ocioso.

—Pero ahora, a causa del Suceso, es posible que se pueda entrar..., a lo mejor las condiciones se han renegociado.

»Pase lo que pase ahí dentro, sea cual sea la intimidad de la relación con el pecado y la muerte, es a eso a lo que estoy destinado..., la meta de este largo peregrinaje, cuya penitencia es mi vida.

Kit miró a su alrededor. Los kilómetros oscuros estaban vacíos de testigos. Podría matar con facilidad al bocazas que tanto disfrutaba compadeciéndose de sí mismo. Dijo:

—Mira, aquí no eres más que otro de tantos supuestos exploradores, un hombre que vive del dinero que le mandan y que se cree demasiado sus privilegios, pero que no tiene la menor idea de qué hacer con ellos.

La luz de la hoguera apenas permitía atisbar la desesperación que asomaba en el rostro de Fleetwood, una desesperación que era una forma corrupta de esperanza, la de que aquí por fin podría encontrar su gran crisis: los insobornables hombres de las tribus, la tempestad imprevista, la tierra firme convertida en arenas movedizas, la bestia que lo había acechado a lo largo de kilómetros y de años. Si no fuera así, ¿qué otra vida podía esperar, él, un asesino más, con su dinero en acciones de Rand, destinado a frecuentar campos de golf, restaurantes con comida horrible y peor música, y a verse rodeado de los rostros envejecidos de los de su clase?

Los dos hombres podrían haber estado sentados en el corazón de la Tierra Pura sin que ninguno fuera capaz de verlo, condenados a una travesía ciega: Kit, por falta de deseo; Fleetwood, por exceso, y de signo opuesto.

Ninguno durmió mucho esa noche. Ambos fueron asaltados por sueños desagradables en los que uno, no siempre literalmente, asesinaba al otro. Se despertaron en medio de una tormenta de medianoche que ya se había llevado un par de tiendas. Los porteadores corrían por todas partes, gritando en uno o varios dialectos. Como la inercia del sueño le impedía entrar en el tiempo presente, lo primero que pensó Fleetwood fue en cumplir su deuda con el pasado. A la luz de la estrella caída el 30 de junio, a su pálida ausencia de noche, había soñado insomne con la posibilidad de otra cosa caída, como aquella que en el pasado la Expedición de Vormance, con la ayuda de él, había abatido sobre sus víctimas. Por el amor de Dios, ¿es que no podía el joven Traverse, o cualquier otro, poner fin a esto de una vez? Echó un vistazo, entre el caos del campamento azotado por el viento, al lugar donde debía de haber estado el camastro de Kit. Pero éste se había marchado en algún momento de la noche, como si se lo hubiera llevado el viento.

Tras viajar hacia el este todo el día, el *Inconvenience* descendió bajo la desolada puesta de sol, no demasiado lejos del flanco amenazante de una tormenta de arena. A primera vista, allí no parecía vivir nadie. Desde el aire daba la impresión de que se trataba de un único techo gigantesco de barro cocido, como si pudiera recorrerse la ciudad entera sin bajar a las calles invisibles. Bajo la superficie impenetrable, un mundo, apenas comprensible, seguía con su vida: en locales ocultos, los artistas de la cosmética disimulaban las manchas blancas que aparecían en la piel, pues, ya fueran debidas a la lepra o no, si se encontraban en cualquier individuo fuera del barrio de los leprosos, implicaban su ejecución sumaria...; los médicos-*rishta* extraían lombrices de Guinea pacientemente, realizando una incisión y atrapando la cabeza de la criatura de un metro de largo en una hendidura practicada en la punta de un vara, con cautela, para no romper la *rishta* y causar una infección...; los bebedores clandestinos y las esposas de los mercaderes que se sentían insaciablemente atraídas por los conductores de caravanas, que se habrían marchado mucho antes de que llegara la mañana.

A bordo del *Inconvenience* nadie durmió profundamente esa noche. A Darby le había tocado la guardia de 4.00 a 8.00, Miles trajinaba ruidosamente por la cocina de la nave preparando el desayuno y *Pugnax* estaba en el puente, mirando hacia el este, inmóvil como una piedra, cuando aconteció el Suceso y la luz del alba prematura se oscureció más allá del naranja, demasiado vaga en el espacio o en la memoria como para saber adonde mirar, hasta que llegó el sonido, desgarrando el firmamento sobre la China occidental, momento en el cual la espantosa pulsación ya había empezado a difuminarse en una mancha de extraños matices aguamarina y un murmullo de fuego graneado que repicaba en el horizonte. A esas alturas todos se habían reunido en el puente. Los envolvió un repentino viento cálido, que desapareció casi antes de que pudieran pensar en cómo salir de él. Randolph ordenó formar el Piquete de Maniobra de Despegue, y ascendieron para echar una mirada a lo que quiera que fuese aquello.

En el momento posterior al Suceso, con un cielo azul claro, lo primero que percibieron fue que la ciudad de abajo no era la misma que a la que habían llegado la noche anterior. Ahora todas las calles eran visibles. Había fuentes manando por todas partes. Cada vivienda tenía su propio jardín interior. Los mercados bullían en animada conmoción, las caravanas iban y venían por las puertas de la ciudad, cúpulas doradas de azulejos brillaban al sol, las torres ascendían como las canciones, el desierto había retrocedido.

—¡Shambhala! —exclamó Miles, y no hacía falta preguntar cómo lo sabía..., todos lo sabían.

Durante siglos, la Ciudad sagrada había permanecido invisible, envuelta en la luz de cada día, del sol, de las estrellas y de la luna, de las hogueras y las linternas eléctricas de los exploradores del desierto, hasta que se produjo el Suceso sobre el Tunguska Pedregoso, como si esas precisas frecuencias de luz que permitían que los

ojos humanos vieran por fin la Ciudad se hubieran liberado. Lo que tardarían más en comprender los jóvenes era que la gran explosión de luz también había desgarrado el velo que separaba su propio espacio del mundo cotidiano, y que por un breve instante ellos también habían compartido el destino de Shambhala, perdiendo su protección y la de su propia invisibilidad ante el día terrenal.

Se dirigieron a toda velocidad hacia el este, sobrevolando la taiga a mucha altura. Empezaron a aparecer rastros del desastre más adelante. Llegaron sobre la escena de la devastación poco después del *Bol'shaia Igra*.

—Fueron los Intrusos —afirmó Lindsay.

—Sabemos que están mucho más avanzados que nosotros en ciencias aplicadas —dijo Randolph—. Su voluntad de actuar es pura e inflexible. ¿Una catástrofe de esta magnitud está más allá de sus medios?, ¿técnicamente?, ¿moralmente?

—Al menos, esta vez no podemos decir que *nos ordenaran venir aquí* —añadió Lindsay mirando fija e intencionadamente a Darby Suckling.

—Eso no aclara precisamente la inocencia de nadie —comentó el Oficial Jurídico, pero antes de que se enzarzaran en una discusión, el dispositivo de Tesla resolló y se puso en estado activo. Miles empezó a pulsar los interruptores apropiados y Randolph tomó el megáfono.

Era el Profesor Vanderjuice, que llamaba desde la Tierra del Fuego, donde había estado midiendo las variaciones de la gravedad de la Tierra.

—¡Dínamos caóticas! —gritó—, según parece nos encontramos en los antípodas exactos del lugar donde acaeció ese Suceso. Aquí todo se ha vuelto caótico: tormentas magnéticas, todas las comunicaciones interrumpidas, el cableado de los generadores de energía se ha fundido..., en cuanto a las lecturas de gravedad, resulta difícil creérselo aunque sea tan reciente, pero... la gravedad misma sencillamente desapareció por un momento. Lanchas motoras, tiendas, cocinas, todo se fue volando por los aires, tal vez para no aterrizar nunca más. Dios, si no llego a estar pescando junto al agua, podría haberme llevado a cualquier parte.

»Ahora que Gibbs se ha ido, no queda nadie en Yale con quien consultar sobre esto —dijo el alterado académico—. Supongo que todavía es posible ponerse en contacto con Kimura, y con el Doctor Tesla. A menos que los terribles rumores que corren sobre él sean ciertos.

Según el Profesor Vanderjuice, se contaba que Tesla, al intentar comunicarse con el explorador Peary, que por entonces estaba en el Ártico, proyectó unos rayos sin identificar desde su torre de Wardencllyffe en dirección ligeramente al oeste del norte preciso, y erró su objetivo por unos pocos pero fatales grados, de manera que el rayo no alcanzó la base de Peary, situada en la isla Ellsmere, sino que atravesó la región polar y llegó a Siberia hasta alcanzar por fin el Tunguska Pedregoso.

—Y esto es lo que me desconcierta de la historia: ¿quería Tesla mandar un mensaje a Peary, enviarle una cantidad de energía eléctrica o, por alguna secreta razón, borrarlo del mapa? Hasta es posible que Tesla no tenga nada que ver, pues

ahora ni siquiera se sabe a ciencia cierta quién está en Wardencllyffe: Tesla parece haber abandonado las instalaciones después de que Morgan lo abandonara a él. Eso es todo lo que he podido averiguar en este remoto lugar de los antípodas.

—Parece propaganda capitalista —dijo Darby—. El Doctor Tesla siempre ha tenido enemigos en Nueva York. La ciudad es una pesadilla de murmuraciones, abogados de causas civiles y disputas de patentes. Y ése es el destino de cualquiera que haga ciencia en serio. Fijaos en Edison. Fijaos sobre todo en nuestro colega, el Hermano Tom Swift. Estos días pasa más tiempo en los tribunales que en el laboratorio.

—La última vez que vi a Tom parecía más viejo que yo —dijo el Profesor—. Nada como los pleitos perpetuos para envejecer a uno antes de tiempo.

Acordaron una cita en el cielo con el *Bol'shaia Igra*, sobre Semipalatinsk. Vistas desde el suelo, las dos aeronaves juntas cubrían un cuarto del cielo visible. Los chicos vestían sombreros de marta cibelina y capas de piel de lobo a juego, que habían comprado en el gran mercado de febrero en Irbit.

—¿Por qué no nos hablaron antes de los Intrusos? —preguntó Padzhitnov esforzándose por ser amable—. Lo supimos desde Venecia, podríamos haber ayudado.

—¿Y por qué iban a creerse nada de lo que les contáramos?

—Oficialmente no, claro. Siempre puede tratarse de «algún truco americano». Puede hacerse una idea de las emociones en el cuartel general: un equilibrio muy delicado de intereses, ¿quién quiere a los americanos irrumpiendo a saco, como vaqueros al galope, alterando todas las cantidades conocidas?

—Pero extraoficialmente..., usted, como hermano del cielo, ¿nos habría creído?

—¿Yo? Desde el *obstanovka* de Tunguska me creo todo. En San Petersburgo —una mirada compartida, no tanto de desdén cuanto de comprensiva resignación ante el mundo de la superficie— prefieren creer que fue un arma japonesa. El espionaje militar ruso quiere que confirmemos que fueron los japoneses, o al menos los chinos.

—Pero...

—¿Y el gobierno americano?, ¿qué piensa?

—Ya no trabajamos para el gobierno.

—*Zdorovo!* ¿Y para quién trabajan? ¿Para una gran empresa americana?

—Para nosotros mismos.

Padzhitnov lo miró con ojos entornados, que seguían siendo amistosos.

—Ustedes, los aeronautas, ¿son ahora una gran empresa americana?

Randolph se encogió de hombros.

—Supongo que todavía no del todo. Aunque con las inversiones que están llegando, no creo que tardemos mucho. Estamos mirando cosas en Suiza, en Moresnet Neutral, un par de remotos territorios isleños...

—¿Qué le parecen las acciones de Rand? ¿Estallará la burbuja? La mayor parte de nuestro dinero está ahí, y en armamento.

—Hemos estado reduciendo gradualmente nuestra exposición en Sudáfrica —dijo Lindsay—, pero últimamente lo que parece muy prometedor son los bonos del ferrocarril del Turkestán chino.

—Un *tchudak* en un bar de Kiakhta me dijo lo mismo. Estaba como una cuba, claro.

En una sucesión en cascada de tintineos y silbidos de ruidos eléctricos, el receptor sin cables ruso cobró vida. Padzhitnov respondió y al cabo charlaba a mil por hora, consultaba mapas y cartas, trazaba esbozos, calculaba. Cuando acabó, se dio cuenta de que Chick Counterfly lo miraba con extrañeza.

—¿Qué?

—¿Acaba de mantener esa conversación en abierto?

—¿En abierto? ¿Qué significa «en abierto»?

—Sin codificar —aclaró Miles Blundell.

—¡No hace falta! ¡No hay nadie más a la escucha! ¡Es un sistema «inalámbrico»!
¡Un nuevo invento! ¡Mejor que el teléfono!

—Tanto da, yo buscaría algún sistema de codificación.

—¡Mucho trabajo para nada! ¡Ni siquiera el ejército ruso hace tamaña tontería!
¡Ay, mis jóvenes colegas del globo! ¡Demasiado cautelosos, como los viejos!

Al volver de la taiga, la tripulación del *Inconvenience* descubrió que la Tierra que creían conocer se había transformado de modo imprevisible, como si lo que fuera que hubiera caído sobre Tunguska hubiera sacudido los ejes de la Creación, tal vez para siempre. Abajo, a lo largo de leguas de bosques y praderas siberianos intactos hasta entonces, vieron una considerable red de raíles, acero encajado en zonas despejadas allá abajo, brillando como los cursos de los ríos en el pasado. Humo de industrias, en tonos insalubres de amarillo, marrón rojizo y verde ácido, ascendían al cielo para lamer la parte inferior de la góndola. Los pájaros con los que antes compartían el cielo, especies migratorias europeas, habían desaparecido, dejando la región a las águilas y los halcones que los habían cazado. Inmensas ciudades modernas de cúpulas múltiples, torres de envigado descubierto, chimeneas y plazas sin árboles se extendían abajo, sin una sola criatura viviente a la vista.

Al anochecer se acercaron a las lindes de una gran flotilla aérea. Abajo, la taiga se silenciaba, como si se entregara a las horas de oscuridad y sueño. El día destilaba todavía la suficiente luz para revelar un cielo atestado de globos de transporte de mercancías, inmensos y sin tripulación, suspendidos a todas las altitudes, mientras la puesta de sol iluminaba anillos de carga y aparejos grabados con delicadeza, redes de carga y palés rebosantes que oscilaban al viento del anochecer, cada uno llevado por una envoltura distinta, unas perfectamente esféricas, otras con forma de melón, de salchichas polacas, de puros de primera, o tan aerodinámicas como peces oceánicos, o cuadradas, o puntiagudas o cosidas apretadamente en forma de poliedros estelados

o dragones chinos, sólidas, de rayas, de franjas, amarillas o escarlatas, turquesas o púrpuras, algunas de las nuevas naves equipadas ya con motores de caballos, que de vez en cuando emitían jadeos de vapor brillante, sólo el necesario para mantenerlas estables. Cada nave estaba sujeta con un cable de acero a un fragmento de material móvil en algún punto del suelo, que se desplazaba invisible por su propia vía, guiando su carga suspendida en el aire a un destino distinto, por todo el mapa de Eurasia...; mientras los chicos miraban, las envolturas más altas de la flota eran arrastradas por el avance del arco de sombra de la Tierra, y luego fluían en rápido descenso entre los flancos de seda barnizada de las otras naves, zambulléndose finalmente en el paisaje, para liberarlo de su luz cotidiana. Al poco, lo único que se veía era una constelación que se dirigía a la tierra de luces rojas y verdes en movimiento.

—Así en la tierra —comentó Miles Blundell— como en el cielo.

Tan despacio como la justicia divina, empezaron a llegar informaciones del Este, de un lugar que parecía incomprensiblemente muy al este, como si las batallas de una guerra desconocida se hubieran manifestado por fin en una única explosión, en un crescendo casi musical de una majestuosidad que sólo suele darse en los sueños. A su debido tiempo, empezarían a aparecer fotografías, como de un baño de revelado, y luego se harían circular..., más tarde correrían copias de copias, que con el tiempo se degradarían hasta parecer vulgar arte abstracto, pero no por ello seguían menos asombrosas: bosques vírgenes, los troncos de cuyos árboles, sin excepción, se habían pelado hasta quedar blancos, inclinados hasta unos inconcebibles noventa grados, aplanados a lo largo de kilómetros. Las reacciones en el Oeste fueron uniformemente discretas y perplejas, incluso entre los más conocidos charlatanes. Nadie se atrevía a decir qué era peor: que nunca hubiera pasado o que *sí hubiera pasado*, y que todos los agentes de la historia se hubieran confabulado para no dejar constancia, exhibiendo un sentido del honor, que nadie les había supuesto hasta ese momento, para guardar silencio.

Fuera lo que fuese lo que hubiera ocurrido allá abajo, se había anunciado a su manera: empezando río arriba desde Vanavara y desplazándose hacia el oeste a mil vertiginosos kilómetros por hora, a través de aquella noche sin oscuridad, de una estación sismográfica a la siguiente, por toda Europa hasta el Atlántico, a través de postes, péndulos, articulaciones universales, hilos delgados de cristal que escribían sobre rollos de papel ahumado ralentizando los mecanismos, a través de agujas de luz que grababan sobre capas de bromuro de plata, ahí estaba la prueba... En ciudades distantes del oeste, «llamas sensibles», algunas de ellas humanas, se consumían, hacían reverencias, parpadeaban tenuemente al borde casi erótico de la extinción. Se planteaban cuestiones sobre el ritmo del tiempo, la «simultaneidad» del Suceso. Los recién convertidos a la Relatividad Especial lo observaban fascinados. Aun teniendo

en cuenta la inercia de los mecanismos de grabado y los espejos, los tiempos requeridos para enfocar los objetivos, las pequeñas variaciones en la velocidad a la que se introducía el papel de bromuro, el error en los registros sismográficos casi abrazaba el «instante» en que una cantidad de energía hasta entonces inimaginable había entrado en las ecuaciones de la historia.

—Siendo la potencia igual al área bajo la curva —como creía el Profesor Heino Vanderjuice—, cuanto más breve el «instante», mayor la amplitud..., empieza a parecer una singularidad.

Otros eran menos contenidos. ¿Se trataba de Chernóbil, la estrella del Apocalipsis? ¿Un desgarró inaudito en la estepa desencadenado por incontables millones de jinetes, fluyendo hacia el oeste en un avance simultáneo? ¿Artillería alemana con un diseño secreto más poderosa en varios órdenes de magnitud de lo que jamás hubiera sospechado ningún servicio de espionaje militar? ¿O algo que no había sucedido todavía, que desbordaba de tal modo los nítidos marcos de referencia accesibles en Europa que parecía haber ocurrido en el presente pero en realidad se había originado en el futuro? ¿Se trataba, dicho toscamente, de la guerra generalizada que estaba a punto de desencadenarse en Europa el próximo verano u otoño quizás, condensada en un único suceso?

Dally Rideout, todavía abatida a causa de Kit, aunque no porque hubiera esperado recibir noticias suyas, había seguido madurando hasta convertirse en una joven aún más deseable, negociable en el mercado veneciano como una esclava circasiana en la antigua Arabia, con su tez pálida de pelirroja, una piel amoratable que invitaba a una atención violenta; su cabello, más allá de la caída indómita con la que había llegado a la ciudad, era ahora un anuncio en llamas del deseo que nadie estaba dispuesto a pasar por alto. Ese mismo día de verano, a sólo unos pasos de Ca' Spongiatosta, la había abordado un desagradable caballero con el habitual Bodeo 1894 metido en el cinturón, que no le dejó margen de maniobra alguno.

—Esta noche, en cuanto oscurezca, ¿entendido? Vendré a por ti. Más vale que lleves puesto algo bonito.

Pasó el resto del día atemorizada ante la llegada del anochecer, con *teppisti* que la seguían por todas partes sin molestarse en ser discretos.

¿A quién podía contárselo allí? Hunter Penhallow no era precisamente la mejor opción, pues andaba más preocupado que nunca con sus propios fantasmas, incapaz de recuperar recuerdos que lo eludían como si conscientemente desearan ser crueles. La Princesa había salido en una de sus aventuras diurnas y no volvería hasta la noche, momento en el que, creía Dally, más valía que estuviera ya bien escondida.

Pero esa noche no oscurecería, habría luz en el cielo hasta el amanecer. Hunter salió y se encontró con un tipo muy diferente de «luz nocturna», y pasó esas horas de cielo iluminado de un modo tan antinatural trabajando presa de un frío frenesí,

mientras por todos los canales, sobre los puentes, en los *campielli* y en los tejados, en la Riva, sobre el Lido, los huéspedes adinerados de los nuevos hoteles miraban la playa, preguntándose si aquello lo habían preparado especialmente para ellos y cuánto dinero extra les costaría, y todo tipo de artistas venecianos habían salido también, con lo necesario para pintar —acuarelas, tizas, pasteles, óleos—, todos intentando «captar» la luz de esa noche, atraparla, adquirirla, como si fuera algo por lo que tuvieran que negociar, o incluso con lo que tuvieran que negociar, lanzando miradas desesperadas hacia los cielos, como para asegurarse de que no se habían movido ni desaparecido, que ahí seguía ese regalo de tan lejos, tal vez otro Krakatoa, nadie lo sabía, tal vez el anuncio de un cambio profundo en la Creación, y ya nada sería lo mismo, o de algún advenimiento más siniestro aún, incomprensible, como el de los Cristos fijados en pintura sobre los techos, los lienzos, las paredes de yeso de Venecia...

Los gallos cantaban a intervalos, como si les recordaran al azar su deber. Los perros vagaban divertidos, o se tumbaban plácidamente junto a gatos con quienes no se llevaban muy bien de ordinario, y cada uno parecía velar el sueño del otro por turnos, sueños en cualquier caso breves. La noche era demasiado extraña. Venecianos insomnes se alineaban en los embarcaderos, donde retenían a los patrones de los vaporetti cada vez que éstos paraban, pues los creían al tanto de los sucesos de un mundo más amplio. Cuando por fin llegaron los periódicos matutinos, se agotaron en cuestión de minutos, aunque ninguno daba ninguna explicación de la fría y amable luz.

En algún lugar de las regiones ignotas de Ca' Spongiatosta:

—Estás a un paso —le advirtió la Princesa—, a un parpadeo, a un susurro de una falda, de la *mala vita*. Yo puedo protegerte, pero ¿puedes protegerte tú?

Las dos jóvenes estaban sentadas en una sala de arriba del gran Palazzo, entre sombras amortiguadas, mientras el resplandor reflejado del agua parpadeaba en el techo. La Princesa sostenía la cara de Dally entre sus manos, con levedad pero imperiosamente, entre sus palmas delicadamente enguantadas, como si el castigo por la falta de atención fuera a ser un bofetón, aunque un observador poco informado no habría sabido decir cuál de las dos, si alguna, controlaba en realidad la situación. La Princesa todavía llevaba puesto el vestido de tarde de satén gris oscuro, mientras que la chica estaba casi desnuda, con sus pequeños pechos visibles a través de las *brides picotées* de su recién comprada blusa de encaje, los pezones más oscuros de lo normal, y más definidos, como si los hubieran mordido hacía muy poco y a conciencia. En esa luz fragmentada, sus pecas parecían más oscuras, como un reverso que resplandeciera a través de su carne. Ella no respondió.

De vuelta en el puesto de Trieste, ya no del todo bienvenido en Venecia, en un laberinto que en parte se extendía bajo la calle, lleno de humo de tabaco, la mayoría

de origen balcánico, Cyprian Latewood hablaba con un criptógrafo recién llegado de nombre Bevis Moistleigh. El alumbrado de gas, que siguió encendido a lo largo de todo el día, revelaba la piedra caliza aborígen que formaba parte de ciertos muros, y extraía ambiguos destellos de luz de las manijas de las válvulas de ébano y de los cromados de los recipientes de café comunal de diseño italiano bastante antiguo, por no mencionar de las *macchinette* individuales no escondidas en archivadores. La institución funcionaba a base de café.

—¿Qué es esto? No lo sé leer..., todos estos circulitos...

—Es el alfabeto glagolítico —explicó Bevis—. Eslavo antiguo. El de los textos de la Iglesia Ortodoxa y demás. Ya llevas un tiempo por aquí. Me sorprende que no lo hayas aprendido.

—Pocas ocasiones de entrar en iglesias ortodoxas.

—Todavía no. Pero se acerca el momento.

Cyprian se dio cuenta de que ni sabía pronunciar ni entendía las series de caracteres que el joven portento de la criptografía le enseñaba, ni tal cual fueron escritos ni transliterados.

—Claro que no lo entiendes, está en código, ¿no? —dijo Bevis—. Un código endemoniado, debo añadir. Nada más verlo me di cuenta de que utiliza a la vez los dos alfabetos, el del Antiguo y el del Nuevo Estilo, y me divertí bastante hasta que reparé en que cada letra de este alfabeto también tiene su propio *valor numérico*, lo que los antiguos estudiantes judíos de la Torá conocían como «gematría». Así que, por si no amenazara ya lo bastante el antiguo equilibrio mental, el mensaje debe tomarse también como una *serie de dígitos* con que los lectores pueden descubrir en el texto ciertos *mensajes ocultos*, sumando los valores numéricos de las letras en un grupo y sustituyendo otros grupos del mismo valor, lo cual genera otro mensaje oculto. Además, esta gematría concreta no recurre sólo a la simple suma.

—Ay, Dios. ¿Qué más?

—Hay que elevar a potencias, calcular logaritmos, convertir caracteres sueltos en términos de una serie y encontrar el límite al que converge, y..., vaya, Latewood, si pudieras verte la cara que pones...

—No te cortes, por favor. Como si hubiera pocas risitas histéricas por aquí, por qué cortarse cuando se puede, ¿verdad?

—Por no mencionar coeficientes de campo, valores propios, tensores métricos...

—Vaya, podría llevar toda la vida, ¿no? ¿Cuánta gente trabaja aquí, en tu servicio?

Bevis se señaló a sí mismo, con un único dedo, sosteniéndolo como una pistola contra su cabeza.

—Ya puedes imaginarte lo rápido que pasa todo. Hasta ahora he sido capaz de descifrar una palabra, *fatkeqësi*, que significa «desastre» en albanés. La primera palabra de un mensaje interceptado hace meses, y todavía no sé qué buscaba por entonces o quién la envió siquiera. El Suceso, fuera lo que fuese, hace tiempo que

acabó, se perdieron vidas, la ropa de luto ha sido entregada a las siguientes viudas. La brigada de la Cuestión Oriental, tras pasar lo peor, se dedica ahora a ascensos, medallas, permisos y lo que se tercie, dejándonos a nosotros, barrenderos de los Balcanes entre sus escombros miserables, con toda la limpieza por hacer. ¿Irredentismo? No me hagas reír. Por aquí nada se redime jamás, o, ya puestos, nada es siquiera redimible...

—Vaya, veo que os habéis hecho muy amiguitos, ¿no? —Derrick Theign asomó la cabeza por la puerta en una visita de inspección, sin duda—, muy bien, chicos, adelante...

—Esa persona me da escalofríos —le confesó Bevis.

—Entonces ándate con cuidado.

—Bevis —Theign tenía la costumbre de pronunciar su nombre cada vez que miraba dentro del pequeño cuchitril de Moistleigh—, el rey de las novelas de aventuras. —Antes de que el criptógrafo pudiese siquiera alzar la mirada irritado, Theign ya se estaba yendo por el pasillo para tocarle las narices a otro.

—Y otra cosa curiosa —Bevis contemplaba con suspicacia la figura de Theign perdiéndose en el interior del local lleno de humo—, él me tiene trabajando en códigos italianos. Se supone que son nuestros aliados, ¿no? Pero, día tras día, todo este material naval llega a la pila de mi mesa por la mañana. En la Marina Real Italiana tienen la costumbre de codificar largos artículos de los periódicos, así que casi se puede romper el código mientras se duerme, siempre que se esté dispuesto a leer un montón de basura cada día, y luego hay que teclearlo, traducirlo tanto al inglés como al alemán, una tremenda pérdida de tiempo, ¿no te parece?

—¿Alemán? —lo preguntó sólo por ociosa curiosidad—. Bevis, ¿adónde van a parar esos mensajes descifrados, exactamente?

—Ni idea; de eso se encarga uno de los hombres de Theign. Vaya, alemán, nunca me había parado a pensarlo, se supone que ellos *no* son nuestros aliados, ¿no?

—Es otro de sus complejos jueguecitos, sin duda.

Volvieron a las series insolubles del código glagolítico. A esas alturas, bastante cafeína había llegado ya a los centros del cerebro que se ocupaban de esas cuestiones para Bevis, de manera que se sintió cómodo pasando a asuntos más importantes.

—Y además, supón que los mensajes pudieran inscribirse de algún modo en «el mundo», en un conjunto coherente en sí, análogo a un «grupo» matemático. Tendría que diseñarse y construirse una máquina capaz, claro, tal vez algo similar al Transformador Amplificador del señor Tesla. Y como el «gran mundo» no es más que una distribución, densa y sin límites prácticos, de estos símbolos, escritos precisamente en este código, cualquier error en la inscripción original, por menor que fuese, podría a su tiempo tener consecuencias inmensas, aunque no obvias inmediatamente, hasta que un día alguien se diese cuenta de un borrrón inevitable, de una cascada de falsas identidades, de una desintegración en una ausencia masiva.

Como si una gran marcha que nadie puede entender estuviera produciéndose ya, una emigración de la razón misma.

—Algo en una escala... —imaginó Cyprian.

—Hasta el momento inexpresable en el tiempo futuro de ninguna lengua. No importa en qué alfabeto esté escrito. Como nos gusta decir: «Alta susceptibilidad a variables primordiales».

—Una marcha...

—Una emigración.

—¿A...?

—O, peor..., una especie de Cruzada.

Cuando por fin salieron y fueron a cenar, Cyprian se fijó en el cielo.

—Algo raro le pasa a la luz, Moistleigh —como si fuera física que no había estudiado en la escuela, una especie de eclipse inverso que un criptógrafo pudiera explicar e incluso, posiblemente, reparar. Pero Moistleigh estaba acongojado, como las multitudes que se congregaban en la Piazza Grande y a lo largo de la Riva, mirando con nerviosismo hacia arriba de vez en cuando, pero sin fijar la mirada, porque ¿quién sabía qué tipo de atención podía despertar aquello?

Tras salir de Venecia, Reef alcanzó a Ruperta en Marienbad y durante un tiempo se reanudó la vieja y triste rutina. En las mesas de juego, ganaba más que perdía, pero al otro lado del libro de contabilidad Ruperta seguía encontrando ocasiones, algunas de las cuales podrían describirse como desesperadas, para llamar su atención. Sin embargo, ninguno de los dos corazones estaba ya por la labor, y un día ella se marchó sin decirle nada. Un dormitorio vacío, ningún mensaje en la recepción, jarrones de flores frescas esperando a la siguiente pareja feliz. La perrita faldera *Mouffette*, de quien Reef siempre había sospechado que era un gato disfrazado, había vomitado en su sombrero Borsalino.

Cuidándose de presentar un aspecto desconsolado, mientras en secreto se sentía como si acabara de salir por las puertas de chirona, Reef volvió a dar vueltas por los balnearios, fingiendo diferentes tipos de neurastenia; la que mejor resultado le daba era la Ansiedad de Ferrocarril, cuya idea consistía en afirmar que había sufrido un traumático accidente ferroviario en el pasado reciente, preferiblemente en algún país cercano del que fuera difícil encontrar información sobre el suceso, sin sufrir síntomas inmediatos hasta el día antes de presentarse ante la puerta del balneario para su ingreso, con lo cual podía elegir entre una amplia gama de afecciones, todas cuidadosamente investigadas durante su presencia en otros establecimientos similares en compañía de otros hidrópatas. La belleza de la Ansiedad de Ferrocarril radicaba en su naturaleza estrictamente mental. Los doctores del balneario sabían que ninguno de los males era verdadero, pero fingían que se dedicaban a curar lo que fuera: el despacho contable del piso de abajo estaba encantado, los matasanos creían que

estaban dando el pego, los jugadores de cartas obscenamente ricos perdían suficiente dinero semana tras semana como para sentirse absueltos de sus crímenes contra las clases trabajadoras, por no mencionar que permitía que Reef se pudiera comprar habanos importados y dejar generosas propinas.

La noche del 30 de junio, todos los neurasténicos de Europa, al dejar las bañeras eléctricas y las salas de juego para dirigirse a lo que deberían haber sido terrazas y asfalto oscuros, todavía relucientes de pies a cabeza con fimo de baño de barro radiactivo, electrodos colgándoles de la cabeza, jeringuillas colocadas por despiste a pocos centímetros de las venas, salieron de sus establecimientos para maravillarse de lo que estaba pasando en el cielo. Reef, que llevaba poco entre ellos, se encontraba en Mentone, entrando y saliendo de la peligrosa cama de una tal Magdika, la rubia esposa de un oficial de caballería húngaro conocido tanto por su disposición a ofenderse como por su habilidad con las armas de duelo. Reef ya se había familiarizado con las tejas y las rampas para la colada del Splendide, y de hecho en ese momento se encontraba pegado como una mosca a la fachada de ese establecimiento, avanzando despacio por el peligroso alféizar de una ventana mientras la voz ejercitada del marido, que había llegado inesperadamente, se desvanecía y era sustituida por otra más cósmicamente irritada, y que parecía proceder, qué raro, *del cielo*, en el que en ese instante se fijó Reef, lanzando, en el paso más precario de su trayecto, una arriesgada mirada hacia arriba y quedándose paralizado y sin aliento ante lo que vio: un cielo vespertino que había rechazado el crepúsculo y adoptado un resplandor nacarado, un equivalente luminoso de la invitación a prestar atención que Reef recibía en ese momento de una voz desde las alturas: «De verdad, Traverse, bien sabes que debes abandonar esta existencia ridícula y dedicarte de nuevo a cuestiones del mundo real como la vendetta familiar, que, aunque reprobada con la mirada por los verdaderamente virtuosos, supone, pese a todo, un uso más productivo de tu propio y precioso tiempo en la Tierra que la estúpida búsqueda de que te partan el culo, en tu caso, muy probablemente, concluyendo con la muerte a manos de un iracundo húngaro, en lugar de por otras razones de valor más duradero...», y así sucesivamente, hasta que Reef llegó al suelo, echó a correr bajo la extraña luz por el boulevard Carnolès y comprendió que corría por su vida, o, en cualquier caso, por su reanudación.

Yashmeen estaba en Viena, trabajando en un taller de confección en Mariahilf que había ganado cierta fama gracias a modelos todavía no descubiertos por las *midinettes* de París, y que por eso no se habían dispersado en el mercado mayor del Mundo. Un día redactaba una petición para un pago retrasado y se percató de una presencia fragante muy cerca.

—¡Oh! No te había oído...

—Hola, Pinky. —Lo pronunció en una nota tan grave y de algún modo austera que Yashmeen no reconoció al instante a su vieja condiscípula de Girton Noellyn Fanshawe, menos etérea que la belleza universitaria que había sido en el pasado, pero todavía sin sombrero, el cabello cortado ahora drásticamente, peinado hacia atrás, dejando al descubierto toda la cara, en cada detalle el mismo pequeño cráneo encantador de antes, cuando era un placer gozoso rebuscar entre los rizos rubios, pero ahora brutalmente accesible, inequívoco como un golpe o un disparo. Sus ojos, por tanto, enormes y hasta cierto punto borrosos bajo la luz intensa de la vida de tendera que el destino había deparado a Yashmeen.

—¡Noellyn! No tenía ni idea de que estuvieras aquí.

—Estoy por un capricho.

—¿Cómo no te he oído al entrar?

—Supongo que es por el Vestido Silencioso.

—¿Sabes?, ahora también los vendemos aquí. Tienen bastante salida.

—Y me han dicho que tú misma los recalibras.

—¿Es este que llevas? —Yashmeen ahuecó la mano detrás de una oreja y se inclinó hacia el vestido—. Da vueltas rápidas. —La chica obedeció—. No oigo nada.

—Porque es de día. Por el tráfico. Pero de noche, que es cuando más falta me hace, falla bastante.

—Avisaré al *Facharbeiter*. —Cogió un tubo-micrófono flexible de latón y ébano de su base—. Gabika, ven aquí.

Noellyn se permitió esbozar una breve sonrisa.

—Ya he dejado de decirles «por favor», también yo.

—Tú verás.

El técnico que se presentó procedente de la trastienda era joven y esbelto, con unas pestañas muy largas.

—Una mascota —dijo Noellyn—. Ojalá me interesara lo bastante, te lo pediría prestado para esta noche.

—Volvamos al salón probador. Gabika, lo necesitamos inmediatamente.

—Me recuerda un poco a Cyprian Latewood. A propósito, ¿has vuelto a ver a ese vegetal?

Pero Yashmeen sentía que sólo le apetecía compartir las noticias más generales. Se había vuelto, supuso, excesivamente cautelosa, pero existía la posibilidad de que Noellyn estuviera ahí a petición del CRETINO. O de alguien todavía más resuelto.

Yashmeen ayudó a su amiga a quitarse la ingeniosa prenda, que Gabika se llevó respetuosamente a su mesa de trabajo. Ella sirvió café de un curioso recipiente y se sentaron un momento evaluándose mutuamente.

—No acabo de acostumbrarme a verte con ese corte de chico que llevas, aunque es bonito.

—No tenía opción. No la conoces, nos conocimos el año pasado en Londres y, antes de darme cuenta, ahí estaba, completamente hechizada. Una noche, ya era tarde,

me llevó a una peluquería en Maida Vale, no me fijé en las pequeñas correas y hebillas que tenía la silla hasta que ya era demasiado tarde, y en menos de un minuto habían acabado conmigo. En el local había de esas máquinas horribles, y al principio creí que me iban a hacer una de esas nuevas «permanentes», pero mi amiga tenía otra cosa en la cabeza. «Vas a ser mi chico cautivo por un tiempo, a lo mejor dejo que vuelva a crecerte, dependiendo de cuánto tarde en aburrirme tu aspecto». La mujer de las tijeras era un encanto, pero implacable; se tomó su tiempo mientras mi amiga estaba sentada con las faldas levantadas, restregándose desvergonzadamente toda su cosa. Al cabo de un rato deseé tener las manos libres para hacer lo mismo.

—Pero ella no te dejó.

—Y eso que se lo rogué con toda mi dulzura.

—Pobre Noellyn. —Tomó la barbilla de la chica ligeramente entre el pulgar y el índice—. Cruza esas preciosas muñecas a tu espalda sólo un momento, así, anda, sé buena chica.

—Oh, pero, Yashmeen, no he venido aquí a...

—Hazlo.

—Sí, Yashmeen.

Gabika regresó con el Vestido Silencioso recalibrado y se las encontró ruborizadas y murmurando, con sus ropas en cierto desorden y un perceptible matiz de almizcle en la sala, que se mezclaba con el aroma de fondo del café preparándose. A esas alturas, estaba ya acostumbrado a esos cuadros vivos, de hecho, casi los esperaba, y quizás era eso lo que explicaba por qué llevaba casi dos años en el trabajo sin pedir un aumento de sueldo.

Al descubrir, quizá contra sus propias expectativas, que se lo estaban pasando bien de nuevo, las dos jóvenes disfrutaron de una agradable noche juntas: fueron a cenar temprano a Hopfner's y luego volvieron a los alojamientos de Yashmeen en Mariahilf. Cuando a una de ellas se le ocurrió asomarse por la ventana, tendría que haber oscurecido ya hacía mucho.

—¿Qué hora es, Yashmeen? No puede ser tan temprano todavía.

—A lo mejor el tiempo se ha ralentizado, como dicen en Zúrich. Este reloj marca las once.

—Pero mira el cielo.

Ciertamente era extraño. Las estrellas no habían aparecido, el firmamento presentaba una luminiscencia sobrecogedora, con la luz ocluida de un día de tormenta.

Se prolongó durante un mes. Aquellos que lo tomaron por una señal cósmica se encogían bajo el cielo cada anochecer, imaginándose catástrofes cada vez más disparatadas. Otros, para los que el naranja no parecía un tono propiamente apocalíptico, se sentaban al aire libre en bancos públicos, leían tranquilamente y se

acostumbraban a la curiosa palidez. A medida que pasaban las noches y no ocurría nada y el fenómeno se iba desvaneciendo lentamente, la noche recuperó los violetas oscuros de siempre, y la mayoría tuvo dificultades para recordar la previa euforia del corazón, la sensación de apertura y posibilidad, y volvió otra vez a buscar únicamente el orgasmo, la alucinación, el estupor, el sueño, para que los ayudaran a pasar la noche y a prepararse contra el día.

Hacia finales de octubre, el infierno se desató tras el anuncio de Austria de que pretendía anexionarse Bosnia. Theign asomó la cabeza por la puerta, más macilento de lo habitual:

—Necesitamos a alguien sobre el terreno —le dijo a Cyprian—. A lo mejor tenemos que sacar a alguna gente de allá.

—Y has pensado en mí inmediatamente.

—No eres mi primera opción, pero la verdad es que no hay nadie más. Puedes llevarte al joven Moistleigh si crees que necesitas un guardaespaldas.

A Bevis le alegró salir del marasmo subterráneo de sus instalaciones de criptografía.

—Sí, me sentará bien salir de este viejo tenderete de tiro al coco por un tiempo.

Sobre la mesa de Theign había una botella abierta de šljivovica, pero no les ofreció a ninguno.

—¿Qué es esto? —preguntó Cyprian.

—Un mapa de Austria-Hungría.

—Ah. ¿Y viene con lupa incluida?

—¿Cuál es la escala? —murmuró Bevis.

Theign miró la leyenda con los ojos entrecerrados.

—Parece uno a cincuenta millones, si he contado los ceros correctamente.

—Demasiados ceros para mí —murmuró Cyprian.

—En absoluto; es más, se trata del mapa ideal para el viajero, pues lo último que uno querría imaginarse es estar por ahí peleándose bajo un feroz viento montañoso cargado con un volumen gigantesco de hojas con una escala de varios centímetros a un kilómetro.

—Pero esto es tan diminuto que no sirve de nada. Es de juguete.

—Bueno, pues es lo bastante bueno para el Ministerio de Exteriores, ¿no? Es el mismo mapa que ellos utilizan. Decisiones de la mayor gravedad, destinos de imperios, incluido el nuestro, todo a partir de esta edición que tenéis delante, Major B.F. Vumb, Ingenieros Reales, 1901.

—Desde luego, explica muchas cosas del Ministerio de Exteriores —dijo Cyprian mirando fija y sombríamente el mapa—. Fijaos en Viena y Sarajevo, apenas si están separadas por un centímetro, ni siquiera hay espacio para escribir los nombres, lo único que pone es «V» y «S».

—Justamente. Lo sitúa todo literalmente en una *perspectiva distinta*, ¿verdad? Casi divina, como tú dirías...

El tono de voz, la expresión en la cara de Theign inquietaron a Bevis.

—Lo habitual en Theign —le tranquilizó Cyprian más tarde.

—No, no, a él no le importa, ¿es que no lo ves?, para él no cuenta ningún detalle, ni siquiera el mapa, sabe que no viviremos lo bastante para utilizarlo...

Una mañana, Yashmeen llegó a la tienda de Mariahilfe Straße y se encontró la puerta cerrada, más aún, con cadenas, y un aviso municipal de confiscación pegado en los escaparates que todavía no habían roto. De vuelta a su piso, la patraña, que evitaba su mirada, le pidió la documentación, afirmando que no sabía quién era.

—Frau Keuler, ¿qué está pasando?

—No sé cómo ha conseguido las llaves de este piso, pero démelas ahora mismo.

—Me las dio usted..., nos vemos cada día. Siempre he pagado puntualmente el alquiler. Por favor, ¿qué está pasando?

—Si ésas son sus pertenencias, quiero que las empaquete inmediatamente y se vaya de aquí cuanto antes.

—Pero...

—¿Quiere que llame a la policía? *Judensau*. Todos sois iguales.

¿Cerde judía? Por un momento se quedó demasiado desconcertada para comprenderlo. Viena había sido antisemita desde siempre, de punta a punta, la ciudad interior, el Ring, los Bosques de Viena, incluso, desde 1897, de manera oficial, con el partido de los «Socialistas Cristianos» liderado por el sempiterno antisemita el Burgomaestre Doctor Karl Lueger. En las elecciones nacionales del año anterior, el partido había triplicado su presencia en el Reichsrath. Ella no había tenido razones para prestar ninguna atención a todo aquello hasta ese momento; era el aire que respiraba la gente en esa ciudad, había alcanzado tal nivel de abstracción que ya ni contaba cuánta sangre judía corriera de verdad por las venas de uno. «*Wer Jude ist, bestimme ich*», como le gustaba decir a *der schöne* Karl, «Soy yo el que decide quién es judío». El odio a los judíos a veces nada tenía que ver. El antisemitismo moderno iba mucho más allá de los sentimientos, se había transformado en una fuente de energía, una tremebunda energía oscura que podía conectarse como un cable eléctrico para propósitos específicos, un medio para hacer carrera política, un factor más en los trapicheos parlamentarios sobre los presupuestos, los impuestos, el armamento, sobre cualquier cuestión, un arma para imponerse a un rival en los negocios. O, en el caso de Yashmeen, un método muy sencillo de echar a alguien de la ciudad.

Cyprian no se lo tomó con tanta tranquilidad.

—Bueno, ahora es peligroso que sigas aquí. La verdad es que lo ha sido desde hace tiempo. Hay gente peligrosa en el poder.

—¿Quién? No ese viejo y amable caballero.

—No se trata exactamente de los Habsburgo. Supongo que me refiero a los prusianófilos. Amantes del poder. Quieren presidir el fin del mundo. Pero ahora debes venir a Trieste.

Ella se rió.

—Muy oportuno. Aquí la llaman ciudad judía.

—Oh, en Viena —replicó Cyprian— creen que Shanghai es una ciudad judía.

—Pues, en realidad... —empezó ella.

La crisis de la Anexión tenía a todos en movimiento, e incluso Ratty McHugh, cuya vida, como la de todo el mundo, se regía esos días por los horarios de trenes, fue expulsado de Viena; se encontró con Cyprian en Graz en el jardín del hotel Elefant.

—Lo siento, no puedo hacer más por el momento, con este lío bosnio y demás.

—Así que Theign también causa estragos entre su propia gente, no sé de qué me extraño.

Los dos fumaban, y la consecuente neblina que se alzó entre ambos generó una atmósfera de comprensión que cada uno de ellos estaba dispuesto a aceptar sin recelo.

—Algunos de mis colegas —admitió Ratty— se lo imaginan en un tipo de trabajo distinto. Para empezar, se lleva demasiado bien con la Ballhausplatz. Bueno, los intereses habituales de los anglo-habsburgos, sobre todo Macedonia, diría uno, con bastante tristeza a estas alturas. Pero tiene recursos, es peligroso, e incluso en este momento se hacen apuestas sobre si se le puede controlar o no.

—Supongo que uno no podría matarlo por las buenas.

—Ay, Dios.

—Sólo era una broma inocente, Ratty. Ya veo que para ti no son nada fáciles estas crisis interminables.

Habían salido del jardín y cruzaban el puente hacia Murgasse, donde había un restaurante automático.

—La península balcánica es el restaurante de la casa de huéspedes de Europa —gruñó Ratty—, peligrosamente atestada, eternamente hambrienta, envenenada por los antagonismos. Un paraíso para los traficantes de armas, y la desesperación de los burócratas. Ojalá me hubieran destinado a la oficina de asuntos chinos. Pero ya veo que te mueres de ganas de que te ponga al tanto.

»Bueno, Turquía lleva casi quinientos años en Bosnia. Es un país mahometano, una provincia turca, de hecho. Era una zona de descanso para los turcos de camino al Asedio de Viena, y, claro, Viena no lo ha olvidado jamás. Hace treinta años, Austria se vengó por fin. El infame Artículo 25 del Congreso de Berlín arrebató Bosnia a Turquía y la puso bajo «protección» austriaca. Además, permitió que tropas austriacas se estacionaran en Novi Pazar, que había sido el puesto más avanzado de Turquía al oeste y al norte hacia el interior de Europa. Se daba por entendido que Austria se retiraría en algún momento y que Turquía se restablecería, aunque ninguno de los dos regímenes tenía mucha prisa. Todo parecía estable. Pero de repente en Constantinopla llegaron los Jóvenes Turcos con su revolución y, ¿quién sabía?, ¡a lo mejor hasta pretendían que se cumpliera el acuerdo! Así que Francisco José, ante la insistencia del vil Aerenthal, emite preventivamente su nueva versión del acuerdo “anexionando” Bosnia a la Monarquía Dual. Es improbable que Serbia pase por alto un acto así, y Rusia debe apoyar a Serbia, del mismo modo que Alemania tiene que cumplir sus promesas con Austria, y así sucesivamente, a ritmo de tres cuartos, hasta una guerra generalizada en Europa.

—Pero —dijo Cyprian parpadeando educadamente— ¿es que son tan torpes en Viena? Siempre me ha parecido que estaban a la última, que tenían las ideas claras, que tenían, no sé, una comprensión precisa de la situación.

—Ay, Dios. —Ratty miró a Cyprian con cierta preocupación—. Ciertamente *parecería* que tanto el Emperador como el Sultán consideran a Rusia como el enemigo común. Ninguno de esos dos caballeros me tienen como interlocutor, así que cómo voy a saberlo. Austria ha aceptado pagar una indemnización a Turquía por arrebatarle Bosnia, y además, de manera bastante inexplicable, retirar su tropas de Novi Pazar, con lo cual, de hecho, no sólo la restituye a los turcos, sino que abandona los sueños, abrigados desde hace tanto, de un enlace ferroviario de Sarajevo a Mitrovitsa, y por tanto hasta el mar Egeo. Pero signifique lo que signifique eso «de verdad», una peculiar visión austriaca de la compensación o lo que sea, el hecho es que se han anexionado Bosnia. Ese acto fatal, y los pasos que ha dado Alemania para apoyarlo, señalan el fin de la situación tal como era hasta ahora. Isvolsky y Grey quieren una conferencia. Los Dardanelos han entrado en escena, y hemos de dar por sentado que también Bulgaria... Puede que el Congreso de Berlín no esté muerto, pero si sigue vivo es con muchas reservas, a todas luces como una especie de zombi, acechando por los pasillos de Europa, cumpliendo las órdenes de sus señores. Se están haciendo apuestas, muchas de ellas sustanciales, en toda la comunidad diplomática. Se hacen quinielas del Apocalipsis Europeo entre los empleados de los servicios implicados, en cuanto a la fecha de movilización general. Este año, el que viene, pronto. Ahora ya es imparable.

Ratty lo miraba casi con una expresión suplicante, como un convertido a una región exterior de la fe que no estuviera seguro de ser comprendido por sus amigos.

—En realidad nunca te cuentan nada. Cómo iban a hacerlo; el Profesor Renfiew podía haber abrigado sospechas. En teoría. Informado de lo que creía que sabía. Pero una vez llegados hasta aquí, Cyps, metidos hasta el cuello, uno tiene que encontrar su propia forma de salir, o no, como bien puede ser el caso. Es como si hubieran intensificado la luz sólo un momento, el tiempo suficiente para ver la pavorosa magnitud de lo que hay en juego..., las dimensiones de lo posible aquí...

Cyprian entornó los ojos.

—¿Ratty?

—Me he enterado de adónde te mandan y cuáles serán tus órdenes. Haría algo, si pudiera.

Cyprian se encogió de hombros.

—Ya sé que soy un tipo de vital importancia, pero lo que más me inquieta ahora es saber quién cuidará de Yashmeen. Sus amigos, hasta donde sé, no son sus amigos. Me pregunto si alguien de tu gente...

—Claro. Pero, Cyps, tú, ahí fuera..., va a ser peligroso. —Ratty había fijado la mirada, una mirada llena de lluvia en los patios de la universidad, de humo de pipa a lo largo del río, de amaneceres deformando las tejas al otro lado de la ventana, de

pintas y botellas, de carreras de caballos ganadas y perdidas, de momentos de espléndida comprensión, casi al alcance, tragados por la noche.

—*Esto es peligroso. Mira esta gente.* —Abarcó con un gesto rápido de la mano enguantada a los ciudadanos austriacos visibles en ese momento. Frunció el ceño, negó con la cabeza—. ¿O era algo en particular?

—Theign, supongo.

—Sí. Problemas a la vista, como dicen siempre los horóscopos. Pensaba en llevarme a Yashmeen a Trieste.

—Tenemos a un par de buenos hombres allá. Y también está tu propio agente, el neo-Uskok, Vlado Clissan.

—Ya hemos entrado en contacto. Puede contarse con Vlado.

—Aborrece a Theign.

—Justamente la frase que estaba buscando.

Ratty apoyó brevemente la mano sobre la manga de Cyprian.

—Siempre te he causado más problemas de los que debería cada vez que surgía su nombre. Espero que entiendas que era sólo una novatada infantil.

Cyprian ladeó la cabeza:

—Lo infantil era creerme enamorado. Ahora ya ni siquiera creo que lo esté, Ratty, pero tengo que cerciorarme de que está a salvo. Sé que debes de tenerme por un incordio, no estáis aquí para cosas como ésta, y te lo agradezco.

—En otros tiempos, más tranquilos...

—No nos tomaríamos el Blutwurst Especial —dijo señalando con la cabeza hacia una bandeja de cristal de plomo y compartimentos de acero cromado del Automatik—. Una reacción obvia a la crisis profunda.

—Umm. Yo siempre he preferido las salchichas con salsa de casa.

Al salir de la Südbahn, ella volvió la mirada hacia las convergencias de hierro y las lámparas de señales que se perdían ya de vista. Metáfora bien visible y externa, pensó, del conjunto completo de «elecciones libres» que definen el curso de una vida humana. Un nuevo ramal cada pocos segundos, a veces visto, a veces tomado sin verlo e irrevocablemente. Desde dentro del tren uno puede levantarse y mirar atrás y ver de dónde se viene y cómo se pierde ya de vista, resplandeciente, como si siempre hubiera estado allí.

Las estaciones entraban una por una en el pasado. El túnel del Semmering, el valle del Mur, castillos en ruinas, la compañía repentina de viajeros adictos a los balnearios, los tonos chillones de la moda vacacional, la inevitabilidad de Graz. Luego hacia el sur, a través de la llanura eslovena, y de nuevo colinas arriba, otros túneles, y Liubliana, luego por los páramos hasta la meseta de Karst, primer atisbo del mar, para descender por fin a través de Opcina hasta la Estación del Sur de Trieste. Once horas y media en total, un viaje entre mundos.

Cyprian había reservado alojamiento para Yashmeen en una *pensione* de la Ciudad Vieja, detrás de la Piazza Grande. Estaba lo bastante cerca de la Piazza Cavana para que la confundieran de vez en cuando con una de las damas de la noche que trabajaban en la zona. No tardó en intimar con algunas de esas laboriosas luciérnagas. Cyprian notó un nivel de cautela neuropático que iba y venía durante sus citas. Theign pasaba por entonces más tiempo en Viena que en Venecia, pero algunas de sus criaturas sin duda andarían por allí.

Y en cuanto a cualquier ayuda de la gente de Theign, Yashmeen, al fin y al cabo, no podía hacerse ilusiones.

—No, no, Latewood, mi querido amigo, no servirá —escogiendo un momento lo bastante próximo a la partida de Cyprian a los Balcanes como para no enmascarar la contundencia del insulto, la voz cansina de Theign se iba haciendo más repugnante a medida que hablaba—, ya lo sabes. Parece que tu amiguita le interesa a la Ojrana, y en este momento la Ojrana es el grupo con el que debemos mostrar mayor consideración, con el acuerdo anglo-ruso todavía reciente, todavía tan temiblemente sensible, todos tenemos que apoyar al Ministerio de Exteriores en esto, dejando a un lado nuestros insignificantes sueñecitos y deseos personales, ¿no crees?

No sorprendió a Cyprian lo más mínimo.

—Teníamos un acuerdo —señaló con bastante calma—, y tú bien podrías ser un agente doble austriaco, un asqueroso montón de mierda. —Theign soltó uno de sus viriles bofetones, Cyprian lo esquivó, y en vez de mantener la compostura, Theign optó por hacer el ridículo persiguiendo a Cyprian por las salas y al rato por la calle, chillando amenazas físicas, pero Cyprian estaba resuelto a no aguantar más golpes y al final Theign cejó en la persecución. No era un uso útil de su tiempo.

—Supongo —gritó Theign por fin— que quieres desvincularte de tu compromiso en el acuerdo.

—No. —Lo que quería, claro, era abandonar por completo aquel proyecto corrupto, que a esas alturas era con toda seguridad más peligroso de lo que él podía calibrar o siquiera imaginar. Pero tenía que seguir en ello, aunque, por Dios, ¿por qué?

Al hablar más tarde al respecto en Viena con Max Khäutsch, Theign también sería incapaz de no encogerse de hombros con desdén, un repetitivo tic corporal que no podía controlar.

—El chico siempre ha sido un idiota. Tanto si sabe lo que le espera allí como si no tiene ni la menor idea, en cualquier caso va a seguir adelante.

—Tal vez —especuló Khäutsch con el peculiar susurro que reservaba para los cotilleos— está cansado y desea que todo acabe de una vez. No sabe hacerlo solo y quiere que lo hagamos por él.

Cyprian y Theign se habían situado en los extremos más alejados del piso de Venecia.

—¡Haz lo que te dé la gana! —gritó Theign por fin, y se marchó sin más formalidades a coger el tren que le llevaría otra vez a Viena, donde últimamente, y era un secreto a voces, pasaba cada vez más tiempo.

En circunstancias normales, eso habría bastado para que el alma de Cyprian, frágil como un vestido de Fortuny, pasara por un diminuto y brillante aro de pánico. Pero mientras su propio tren se encaminaba a través del puente de Mestre, en dirección a Trieste, en lo único que podía pensar con cierta claridad era en Yashmeen, horrorizado ante lo que estaba obligado a contarle, preguntándose qué recursos les quedaban a los que eran como ellos contra la tormenta que se avecinaba, una tormenta tan descomunal que en esta ocasión ni siquiera Theign sería capaz de eludirla.

—No son precisamente las noticias más esperanzadoras que podría darte.

Ella se encogió de hombros. Con corsé y un sombrero de plumas negras, parecía treinta centímetros más alta, y hablaba con cadencias medidas que iban en sentido contrario a los ritmos acelerados por la cafeína de Trieste. Él recordó que ella sabía valerse por sí sola. Lo lejos que estaban de Cloisters Court y de la capilla crepuscular del King's College.

—¿Y es posible que me tope con el tal Theign?

—No le he dicho que estás aquí. Aunque eso no significa que no lo sepa, claro.

—¿Crees que...?

Se interrumpió, pero él había oído la parte silenciada de la pregunta.

—¿Tus problemas en Viena? Yo no descartaría nada con ese hombre.

Ella lo miró de una manera rara.

—Vosotros fuisteis íntimos en el pasado. Pero...

—¿Si es el amor de mi vida? Yashmeen... *Tú* eres el amor de mi vida. —¿Qué acababa de decir?

Ella pareció pasarlo por alto.

—Sí, pero tú sigues haciendo todo lo que él te manda. Ahora te vas cumpliendo sus órdenes.

—«E Inglaterra está muy lejos» —citó él, no exactamente como réplica—, «y el honor no es más que una palabra».

—¿Y qué significa eso? No es a criquet a lo que juega. Vosotros, todos vosotros, dais la lata a todas horas con lo del honor. ¿Es por tener pene o algo así?

—No me sorprendería. —Pero le había lanzado rápidamente una mirada que ella supo que no debía devolverle.

—¿Y si te está mandando a una trampa?

—Demasiado complejo para Theign. Él simplemente recurriría a un navajero a sueldo.

—¿Y qué voy a hacer en Trieste? ¿En esta ciudad judía? Mientras espero que vuelva mi hombre.

En el pasado, él le habría gruñido como respuesta y, casi con toda seguridad, alguno de los dos habría pronunciado la expresión «una tarea ingrata». Pero últimamente él sentía una perversa fascinación por la Paciencia, no tanto como virtud cuanto como pasatiempo que requería una disciplina, como el ajedrez o el alpinismo. Sonrió con toda la sosería que pudo.

—¿Qué recomiendan en Chunxton Crescent?

—Han mantenido un extraño silencio.

Por un instante, fue como si se miraran desde lados opuestos de un profundo abismo en la tierra. A él le maravillaba la facilidad con la que ella podía dejar escapar la esperanza.

—Te pondré en contacto con Vlado Clissan. Él debería mantener a raya a los pelmazos habituales.

—¿Cuándo volverás de dondequiera que vayas?

—Todo es muy directo, Yashmeen, se trata de dar un salto sobre las montañas y volver, no debería llevar mucho tiempo... ¿Cómo vas a conseguir dinero?

—Soy una aventurera, el dinero nunca es un problema, ni siquiera cuando no lo tengo. ¿Y esa mirada? No me parece que tenga que ver con el «honor».

Se encontraron en el Caffè degli Specchi, donde ella se presentó, al parecer como un desafío, vestida de blanco de pies a cabeza, desde los botines de piel de cabritilla que él tenía que esforzarse por no mirar hasta el sombrero cubierto de terciopelo y la pluma de garceta blanca que lo coronaba, aunque el año se oscurecía y enfriaba, y las damas de la Piazza Grande que iban a la moda la miraban con desdén.

—No voy a agradecerte nada —le advirtió ella.

—Espero que no.

Él miró a su alrededor, al día encapotado, a la indiferencia del comercio que seguía por todas partes, con o sin ellos. Los tranvías eléctricos pasaban ruidosamente por la Piazza, camino de la estación de tren o de una de las *Rive*. Los carreteros de reparto hacían rodar barriles de café por planchas inclinadas y por los adoquines de las calles. La ciudad olía exageradamente a café. La mayoría de los paseantes parecían ataviados para alguna ocasión formal, quién sabe si ceremonial. Las sirenas de los barcos resonaban en la bahía. Barcos de vapor y velas latinas se deslizaban dentro y fuera. Militares de todas las graduaciones paseaban, se comían a las chicas con los ojos, se pavoneaban y clavaban miradas siniestras.

Ambos se encendieron un cigarrillo y se sentaron ante unas tacitas de café.

—Te he entregado a esto —señaló la escena con la cabeza—, me merezco tu maldición, no tu agradecimiento.

—Es encantador. ¿Y en qué otro sitio iba a estar? Si regresara ahora a Inglaterra, ¿qué me esperaría allí? En Chunxton Crescent creen, por alguna razón oscura para mí, que he fracasado. Nunca comprenderé los motivos del CRETINO, su política cambia de un día para otro, me ayudarán o no, no lo sé, y hasta es posible que hayan optado, por así decirlo, por jugarme una mala pasada.

—Pero esto es el Limbo. Bueno, en realidad, el Limbus, pues *in Limbo* es el ablativo...

Ella fingió que le traspasaba con la sombrilla.

—Si el Limbo es una especie de suburbio del Infierno, entonces tal vez sea el lugar perfecto para mí. Entre el fuego y las tinieblas exteriores, disfrutando del equilibrio. Hasta que tenga otro presentimiento.

—¿Fue eso lo que pasó en Viena?, ¿un presentimiento? —Se sentó parpadeando. No había llorado desde una noche de borrachera en Viena después de descubrir a Derrick Theign en brazos de una miserable *Strichmädchen* de cinco kroner que luego Theign se había esforzado en hacer pasar por una de sus colegas. Había decidido dejar de llorar por ser un lujo que no servía para nada. Pero ahora, enfrentado a esa tentativa de una alegría sofisticada, corría el peligro de echarse atrás. Encontró un par de prismáticos deportivos de lentes azules y los palmeó.

—Estaré bien —le tranquilizó ella—. Y tú también, ¿lo entiendes? O me disgustarás.

Apareció entonces un marinero de Lloyd Austriaco, bastante guapo, Cyprian tuvo que admitirlo, haciendo la ronda por los *caffes* de la Piazza, sosteniendo la campana del barco y golpeándola con un pequeño martillo y un ademán no carente de ostentación. Los pasajeros recogieron su equipaje y se dirigieron hacia el Molo San Carlo. Cyprian sentía una molesta contracción en la garganta.

—No tienes que quedarte hasta que me pierda en el horizonte —dijo con voz ronca.

Una sonrisa de labios apretados.

—Hoy tengo la agenda bastante libre.

La banda militar no facilitó las cosas. Tras detectar una afluencia mayor de lo habitual de viajeros británicos, y esperando con una infernal clarividencia hasta que Cyprian recuperó el control de sí mismo, justo cuando se volvía para decirle a Yashmeen un animado *arrivederci*, empezaron a tocar una versión para metal de *Nimrod* —¿qué si no?—, de las *Variaciones Enigma* de Elgar. A pesar de la tosquedad teutónica, en el primer acorde en séptima mayor, una incertidumbre de tono entre las trompetas aportó un matiz de inocencia involuntaria, y Cyprian sintió que el grifo se abría incontrolablemente. Era difícil saber qué pensaba Yashmeen cuando le ofreció los labios. Se concentró en no mojarle la pechera. La música los cubrió un instante en su envoltura otoñal, acallando la cháchara de los turistas, los

silbatos de vapor y el tráfico del muelle, en una expresión de amistad y despedida todo lo sincera que el corazón Victoriano era capaz de manifestar, hasta que, por fin, la banda pasó misericordiosamente a *La Gazza Ladra*. Sólo cuando Yashmeen asintió y le soltó, Cyprian se dio cuenta de que se habían estado abrazando.

—Bueno, nunca he sabido cuál era el gran misterio. —Ella se encogió de hombros—. *Los remeros del Volga*, ¿no?

—No. No, yo siempre creí que era *Auld Lang Syne*.

—Pero, por favor, no discutamos, Gonzalo.

—Claro que no, Millicent —le respondió alegremente, enseñó los dientes y arqueó una ceja.

—Mándame una postal, ¡no te olvides!

—¡En cuanto pueda! —Y, por alguna razón, añadió por lo bajini—: Vida mía.

Cuando él hubo desaparecido detrás del rompeolas, Yashmeen paseó por la Riva Carciotti, encontró un sitio tranquilo, se encendió un cigarrillo y se entretuvo un rato, resplandeciendo distraídamente sobre la escena cambiante. Una gata la siguió de regreso a su habitación y ya no se despegó de ella. La llamó *Cyprienne*, y al poco ya eran amigas íntimas.

Un día que soplaban el bora, Yashmeen, sólo por un reparador rato Δt , tuvo una recaída en su antigua zetamanía. Recordaba que Littlewood, tras luchar con un lema rebelde un invierno en Davos, a lo largo de semanas de föhn —el opuesto del bora, un viento tan seco y cálido que en algunas zonas de los Alpes suizos se le llama «siroco»—, había contado que cuando el viento se calmó durante un día, la solución, como por arte de magia, estaba allí. Y sin duda a causa del bora, conocido por estos lares como el «viento de la muerte», que descendía del Karst y que, soplando ininterrumpidamente durante el tiempo suficiente, también tendría, con los cambios necesarios de signo, su efecto sobre la mente matemática, a medida que los lóbulos cerebrales para este tipo de ejercicio empezaran a relajarse y extraños e incluso contraintuitivos pensamientos llegaran de alguna parte co-consciente con lo cotidiano, algo similar le pasó ahora a Yashmeen. Sólo por un instante, la cuestión se iluminó inequívocamente, tan evidente como la Fórmula de Ramanujan —no, porque la Fórmula de Ramanujan *era un caso particular*—, y Yashmeen supo por qué Riemann había planteado la hipótesis de *un medio* como la parte real de cada $\zeta(0)$, por qué la había necesitado, justamente en ese punto de su proceso de pensamiento...; se sintió lanzada al pasado, persiguiendo su viejo yo, casi lo bastante cerca como para acariciarlo..., y entonces, claro, había desaparecido otra vez y su nueva preocupación inmediata fue la pérdida de su sombrero, que volaba para unirse a otros cientos que migraban hacia climas más meridionales, a algún lugar de descanso tropical para sombreros, donde podrían pasar semanas de *dolce far niente* de sombreros y les crecerían plumas nuevas, recuperarían el color o encontrarían

nuevos tonos, se tumbarían y soñarían con las cabezas que el Destino había querido que ornaran... Por no mencionar la necesidad de impedir que su *manteau* se convirtiera en una especie de *antiparacaídas* que quería arrancarla del asfalto. Se quedó quieta, presa de la incredulidad, el cabello cada vez más suelto, centelleando como una aurora oscura y húmeda, esbozó una sonrisa menos perpleja que irritada y se volvió contra el viento adriático que llegaba y que, por un instante, gracias a esa pícaro conjetura, la había arrastrado a una penumbra desconocida, y pudo imaginarse, después de todo, visitando esta costa por su viento, como otro tipo de turista iría a un balneario, en busca de algún manantial milagroso, un retorno a la juventud.

Y, cómo no, fue en ese preciso instante cuando se encontró con Vlado Clissan, que iba tambaleándose a la búsqueda de refugio tras la misma puerta. El bora, como si quisiera colaborar, le levantó las faldas y las enaguas sin previo aviso cubriéndole la cara, como si una diosa clásica estuviera a punto de presentarse en una nube de *crêpe lisse*, y al instante una de las manos de Vlado la había agarrado por debajo, entre las piernas desnudas, que se abrieron más casi por reflejo, una se levantó y se deslizó a lo largo de la cadera de él para acercarlo más, mientras, bajo el viento infernal, intentaba mantener el equilibrio sobre el otro pie. Su cabello, despeinado a esas alturas, azotaba la cara de él, cuyo pene se había asomado a la lluvia y el estruendo, eso no podía estar pasando, ella sólo atisbaba su cara por momentos, su sonrisa feroz como la tormenta, él le desgarró la delicada batista de sus bragas, ella sintió cada segundo dividido por su entrada y penetración, su clítoris estaba siendo abordado de una manera poco familiar, no con brusquedad, es más, con bastante consideración, tal vez era por el ángulo..., pero ¿cómo podía pensar en geometría...? Aunque, si no mantenía algún vínculo racional, ¿dónde acabarían ambos? En el mar. Por encima de la ciudad y en el fondo del inmemorial Karst. En el fondo del Karst, a la puerta de un viñedo y una *osmizza* de su interior que servía comidas y vino, con las luces de Trieste muy abajo, un vino antiguo, de antes de Iliria, sin nombre, acabado por el viento, etéreo en su carencia de color. Y porque en esta costa el vino no había sido simplemente vino, del mismo modo que la política no había sido simplemente política, allí había todavía notas inéditas de redención, de inversión del tiempo, de intervenciones inesperadas.

—Estaba allí buscándote. Latewood me dio tu dirección.

—Él dijo que tú... —Sus recursos conversacionales flaquearon. ¿Había deseado alguna vez mirar tanto a los ojos de un hombre? ¿Qué estaba pasando? Vlado no era, debía tenerlo claro para sus adentros, en modo alguno un sustituto de Cyprian, un salto dado a la desesperada porque Cyprian se había marchado, pese a todos sus esfuerzos para persuadirle de que se quedara...

No se trataba precisamente de un lujoso hotel, ni ella dormía muy bien. El local parecía rodeado de líneas de tranvía, y el ruido era, bueno, no continuo, porque había

bastantes intervalos entre los tranvías, sino imprevisible, imaginó ella matemáticamente. Pero era la metrópolis del café del Imperio Austriaco, por no decir del mundo, y ella nunca estaba a más de media manzana del fluido antisoporífero, así que era capaz de pasar la mayoría de los días sin sumirse inoportunamente en la somnolencia, pongamos que procuraba evitar lo que, en su estado insomne y paranoico, había imaginado que debía buscar.

Vlado, que iba y venía de la ciudad a cualquier hora, se presentaba a su puerta, parecía, sólo cuando la deseaba, que resultó ser con mucha frecuencia. ¿Cómo no iba a sentirse halagada una chica? Obviamente no podía tratarse de algo tan simple como el deseo, no, pero tampoco se trataba del cuidadoso protocolo de cortejo que requería citas por adelantado. Ella había aprendido a reconocer sus pasos en las escaleras sin alfombra, entre el estampido de elefantes machos de los marineros, el arrastrarse imperioso de mercaderes donjuanes, el tempo de marcha de los militares austriacos, cada uno insistiendo en su primacía; no había modo de confundirlos con Vlado, con el crescendo sensible de su no menos ardiente acercamiento.

A esas alturas ya había escuchado bastante a través de las paredes como para saber que cuando uno tiene un orgasmo en croata lo que hay que gritar es «*Svr šavam!*», aunque no siempre se acordaba, pues a menudo la memoria quedaba, llegado el momento, desconectada.

Vlado mantenía una dirección en Venecia, un par de habitaciones en Cannareggio, en el viejo gueto, donde anidaban judíos en las plantas más altas, como impulsados hacia el cielo..., y era casi imposible de localizar. Allí pasaba ella cada vez más tiempo. Me estoy volviendo judía, pensó, todo ese antisemitismo vienés hace emerger precisamente lo que más aborrece, qué raro...

—No sé. Esperaba caballos, un secuestro en el Velebit, lobos por la noche.

Él fingió que pensaba en ello.

—No te importará que me ocupe de algunos asuntos mientras estoy por aquí, ¿verdad? Y ver los monumentos de Venecia, claro, un viaje en góndola, Florian's, ese tipo de cosas. En cuanto a lo de los lobos, podemos organizarlo, estoy seguro.

Un día tomaron el tren para Fiume y subieron al vapor correo de Zengg, con una docena de turistas alemanes y un pequeño rebaño de cabras.

—Tengo que enseñarte esto —dijo él. En realidad quería decir: «Esto es lo que soy».

Pero ella no lo entendió hasta que ya era demasiado tarde para que tuviera ninguna importancia. Al final, el estrecho paso entre la isla de Veglia y el continente se abría al canal de Morlacca, y al cabo de dos horas se bajaron en Zengg, encarando un feroz bora que se colaba por un hueco en el Velebit. Era como si el mar no quisiera dejarles entrar. Aquí, dijo Vlado, el mar, las corrientes y el viento forman una entidad con intenciones propias. Eso tenía un nombre que nunca se pronunciaba. Los

marineros de esta costa también hablaban de olas individuales, con caras y voces, que pervivían de un día para otro, en lugar de fundirse con el oleaje general.

—Olas estacionarias —conjeturó ella.

—Centinelas.

—Entonces, ¿cómo vamos a entrar en el puerto?

—El capitán es uno de los Novlians, una antigua familia Uskok. Lo lleva en la sangre. Sabe cómo tratar con ellas.

Ella contempló la ciudad en la ladera, las casas pastel, los campanarios, un castillo en ruinas en la cima. Las campanas empezaron a tañer todas a la vez. El bora llevaba el sonido hasta el vapor.

—Cada campanario de Zengg está afinado según un modo eclesiástico distinto —dijo Vlado—. Escucha las disonancias.

Yashmeen las escuchó desplazarse por el campo de tonos de metal como lentos aletazos..., y en el fondo de todo, la pulsación del mar forajido.

En la costa, parecía que todo el interior de la región Uskok, no sólo en el espacio geográfico sino también en un paraje retirado del tiempo, se hubiera reunido en la ciudad para asistir a una feria o un mercado. Las antiguas rivalidades entre Turquía y Austria, con Venecia cerniéndose enigmáticamente como siempre, eran todavía palpables, porque la península seguía siendo la mezcla de fes e idiomas que siempre había sido, y el Adriático todavía era el campo fértil donde los barcos mercantes caían presa de los lobos de la piratería que acechaban entre el laberinto de islas que tanto confundieron a los Argonautas antes incluso de que comenzara la historia.

—Hasta principios del siglo XVI vivíamos al otro lado de las montañas. Luego los turcos nos invadieron y nos echaron de nuestra tierra. Atravesamos la cordillera de Velebit y llegamos al mar, sin parar de luchar con ellos todo el tiempo. Éramos guerrillas. El emperador austriaco Fernando I nos concedió una subvención anual. Nuestra gran fortaleza estaba justo en el interior de Split, en Clissa, que es de donde procede mi nombre. Combatimos a los turcos por tierra y los mantuvimos al otro lado del Velebit, pero también aprendimos a combatirlos por mar. Nuestros barcos eran mejores, más ágiles, entraban allá donde buques de mayor calado no podían y, si teníamos que bajar a tierra, podíamos embarrancar y ocultarlos hundiéndolos, hacer lo que tuviéramos que hacer, volver, reflotarlos y marcharnos navegando. Durante generaciones defendimos la cristiandad incluso cuando Venecia no era capaz. Y fue Venecia la que nos traicionó. Llegaron a un acuerdo con los turcos, que les garantizaba su seguridad en el Adriático. Y así hicimos lo que habría hecho cualquiera. Seguimos atacando barcos, pero ahora también venecianos además de turcos. Y muchos de ellos llevaban cargamentos inesperadamente ricos.

—Erais piratas —dijo ella.

Vlado hizo una mueca.

—Procuramos evitar esa palabra. ¿Conoces la obra de Shakespeare *El mercader de Venecia*? Es muy popular entre nosotros; por supuesto, desde el punto de vista de

los Uskok, siempre esperamos hasta el final que Antonio sufra.

—Os coméis los corazones de la gente —dijo ella—, eso dicen las historias.

—¿Yo?, ¿personalmente? No. El corazón crudo es un gusto adquirido, y por entonces el término «Uskok» acabó designando la *mala vita* de toda Europa, incluidos varios *uskoks* británicos bastante famosos, algunos de los cuales, miembros de la nobleza, fueron colgados en Venecia en 1618.

—A algunos ingleses les impresionaría —supuso Yash—, mientras que otros lo atribuirían a una idiotez hereditaria.

Habían subido a las ruinas de la antigua fortaleza.

—Lo hicieron los venecianos. Colgaron Uskoks, hundieron nuestros barcos, destruyeron nuestras fortalezas. A los demás, nos dispersaron, completando lo que los turcos habían empezado. Desde entonces, durante cuatrocientos años, hemos sido exiliados en nuestra propia tierra. No tenemos ninguna razón para amar a Venecia, y aun así seguimos soñando con ella, como se dice que los alemanes sueñan con París. Venecia es la novia del mar a la que queremos secuestrar, adorar, con la vana esperanza de que corresponda algún día a nuestro amor. Pero, claro, ella nunca nos amará. Somos piratas, ¿no?, brutales y simples, demasiado apegados a las apariencias, siempre atónitos cuando la sangre mana de la herida de nuestro enemigo. No sabemos concebir ningún interior que sea su fuente, pero obedecemos sus requerimientos, llegamos por sorpresa de un Más Allá que ni imaginamos, como de uno de los ríos subterráneos del Velebit, por un laberinto de arroyos, lagos, calas y cataratas, cada uno con su propia historia, a veces más antigua incluso que la expedición de los Argonautas, antes de la historia o incluso de la posibilidad de una cronología, antes de los mapas, pues ¿qué es una mapa en ese submundo sin luz, qué peregrinaje puede marcar sus estaciones?

—Una serie de obstáculos que afrontar —dijo ella—. ¿Qué otro tipo de viaje existe?

Pasaron la noche en el hotel Zagreb. Poco después de que saliera el sol, Vlado desapareció tierra adentro en una de sus misiones políticas. Ella tomó café y una palačinka y paseó por las callejuelas de la ciudad, a mediodía, siguiendo un impulso demasiado oculto para que pudiera explicarlo, y entró en una pequeña iglesia, se arrodilló y rezó para que no le pasara nada a Vlado.

Al anochecer se sentó en una mesa en la terraza de un café, y, por la tranquilidad con la que él se acercó caminando por la placita, ella supo que había habido un momento de diversión en su jornada del que no le hablaría. En cuanto entraron en la habitación, él la abrazó, le hizo darse la vuelta, la colocó a la fuerza a cuatro patas, le levantó el vestido y la penetró salvajemente por detrás. Los ojos de Yashmeen se llenaron de lágrimas, y una gran desesperación erótica la invadió como una respiración interminable. Se corrió con la intensidad a la que se había acostumbrado con Vlado, esta vez intentando hacerlo en silencio, para que al menos eso fuera suyo, pero no lo consiguió.

—¡Me has devorado el corazón! —gritó.

Cyprian, al embarcarse desde el Molo San Carlo en el vapor expreso de Lloyd Austriaco *John of Asia*, encontró los muelles atestados de cazadores de mariposas, observadores de pájaros, viudas y divorciadas, fotógrafos, colegialas con sus tutores, todos los cuales, sin hacer un uso descabellado de los órganos de la imaginación, podía suponerse que eran espías extranjeros, pues Italia, Serbia, Turquía, Rusia y Gran Bretaña querían saber qué se estaba tramando en las instalaciones austriacas de Pola y las Bocche di Cattaro y en la costa casi infinita que se extendía entre ellas.

La figura alta y blanca de Yashmeen, con la sombrilla sobre el hombro, ya un espectro a plena luz del sol, se fundía con las multitudes que entraban y salían por los árboles entre el muelle y la Piazza Grande. Un joven abedul en un bosque sombrío. Pero él todavía siguió viendo su pálido fantasma alargándose aun mucho después de que se hubiera desvanecido detrás del faro y los rompeolas.

Si hay algo de inevitable en la llegada por mar, pensó mientras contemplaba cómo las posibilidades en tierra se estrechaban progresivamente para acabar reduciéndose al muelle o grada de destino, no hay duda de que existe una simetría especular en la partida, una *negación* de esa inevitabilidad, una apertura desde el punto de embarque, empezando por el momento en que se aligeran cabos y se desata el destino, a la vez que aparece lo desconocido y puede que hasta lo no creado por delante y por detrás, a babor y a estribor, por todos lados una expansión de la posibilidad, incluso para la tripulación del barco, que puede haber hecho esa travesía cientos de veces...

El plan era recoger a Bevis Moistleigh en Pola, la base naval austriaca a cinco horas de viaje por la costa, en la punta de la península de Istria. Bevis había ido allí haciéndose pasar por un neurasténico con pocos medios, y se había alojado en un modesto hotel junto a la Via Arsenale.

Bordearon tranquilamente la costa roja y verde de Istria, y cuando se acercaban a Pola, un oficial del buque se puso a recorrer las cubiertas advirtiéndolo a los turistas con cámaras que, por razones militares, se prohibía hacer fotografías. Cyprian se fijó en una enérgica jovencita que corría por todo el barco en un traje de marinerita translúcido de linón y encaje blancos, sin sombrero, encantando a todos a su paso, incluido él mismo, supuso. No le costó enterarse de que se llamaba Jacintha Drulov, que su madre era inglesa y su padre croata, ambos aristócratas, que desgraciadamente habían fallecido en su tierna infancia en el curso de distintos accidentes de golf, y que ahora estaba bajo la tutela de una prima de su madre, Lady Quethlock, con quien hacía poco había pasado unas breves vacaciones en Venecia antes de volver a la escuela en el Zhenski Tzrnogorski Institut de Cetinje. En cuanto Cyprian observó a tutora y pupila juntas, ciertos gestos, matices, en el roce, a veces intencionados, otras contenidos, así como tormentos infligidos públicamente de un refinamiento que él reconoció al instante, le indicaron claramente que estaba en presencia de una Lady Espía y su aprendiz. Se lo confirmaron las murmuraciones de una pareja que Cyprian

ya había calado como espías de despacho, del tipo que considerarían imperdonable el empleo de niños núbiles como «agentes» de campo.

—¿En qué está pensando esa maldita mujer?

—Zorra con suerte, la llamaría yo. Yo sí que sé lo que estoy pensando.

Cuando Bevis Moistleigh subió a bordo en Pola y vio a Jacintha, al instante y públicamente, se enamoró perdidamente. Cyprian se alegró mucho por él, claro, pues hay poca pasión en el mundo, ¿no?, pero optó por guardarse para sí sus sospechas sobre la taimada capullita de alhelí, al menos por el momento, en parte para ver cuánto podía descubrir Bevis por sí solo.

El *John of Asia* pasaba entre ciudades-isla, variaciones del tema de Venecia, cúpulas, villas y santuarios arpegiados a lo largo de la irregular costa croata, campanarios blancos y torres menos explicables, mas antiguas, más grises, erigidas contra alguna antigua visita que ya no podía definirse, y *extraños islotes en miniatura* que no solían aparecer en las cartas marinas, con antiguos edificios demasiado pequeños para el culto, la vigilancia o el encarcelamiento. Unos peces que en la zona se conocían como «golondrinas de mar» saltaban entre las crestas de las olas. Desde el salón, donde águilas bicéfalas adornaban los muebles, los cortinajes y casi cualquier sitio al que se mirara, Cyprian contemplaba el escenario en movimiento, mientras Bevis soltaba una interminable parrafada que ninguna chica, por más desesperada que estuviera por tener compañía, habría soportado sentada; sin embargo, resultaba que Jacintha parecía escuchar con una peculiar seriedad.

—Como muchos han demostrado, en especial, supongo, Baden-Powell, no puede subestimarse el valor de fingir que se vive en un estado de estulticia. Es más, Jacintha, ¿sabías que ahora existe una *rama entera* del espionaje que se llama Estulticia Aplicada? Sí, incluida mi propia escuela, una especie de centro de formación dirigido por el Servicio Secreto, en realidad cerca de Chipping Sodbury, el Moderno Instituto Imperial para la Instrucción Intensiva Ideal en Idiocia, o M.6I., como se le suele llamar.

—Cuánto más divertido, Bevis, que la aburrida academia para jovencitas a la que debo asistir, tan espantosamente normal, ya sabes.

—Pero, Jacintha, hazte la idea de que en el M.6I. ningún aspecto de la vida escolar se deja de lado, incluso la *comida* era idiota; en el refectorio, por ejemplo, la manía de las fritangas se amplió a extraños productos como bombones de chocolate y *magdalenas*, que se freían en aceite abundante...

—Vaya, así que no había pescado, Bevis.

—Por Dios, claro que no, Jacintha, eso sería «alimento para el cerebro», ¿no?, y el uniforme escolar incluía un *sombrero puntiagudo* que uno debía llevar puesto muy ceñido, especialmente cuando dormía, y una corbata indeciblemente espantosa del tipo que, en el mundo civil, sinceramente, sólo, bueno, llevarían los idiotas... La

instrucción física empezaba cada amanecer con una serie de ejercicios para cruzar los ojos, relajar los labios, andar con pasos irregulares tan variados como pasos de baile existen...

—¿Tantos? ¿De verdad? —Jacintha agitaba las pestañas.

—Déjame que te lo enseñe. —Hizo una señal a la banda—. Chicos, ¿conocéis *El idiótico*?

—¡Claro! —respondió el acordeonista—, tocamos *Idiótico* ¡y nos pagas!

La pequeña orquesta empezó a tocar el animado *two-steps* que por entonces hacía furor en la Europa civilizada, y Bevis, agarrando a Jacintha, empezó a tambalearse con poca coordinación por el salón de bolsillo, mientras la valiente jovencita hacía cuanto podía para seguirle, y ambos cantaban:

En la pista, era
un aburrimiento,
hasta que descubrimos
ese emocionante
paso exótico, que se llama
El idiótico...

¿Cabeza de alfiler?, ¿baba por la barbilla?
Pueden servirte
para dar un giro, aunque
parezca neurótico,
¡es *El idiótico*!

Coge todos esos

vales y polcas,
y guárdalos en el armario, porque
hay un atolondrado ritmo hoy...
Es el nuevo *idiótico*,
es como hipnótico,
¡a su propio aire imbécil!

(Vamos).

Pruébalo una vez y descubrirás
que has perdido la cabeza
por la moda del momento,
es única
y tan narcótica que
me atrevo a decir que...
¡harás *El*
idiótico hasta

que tengan que venir a recogerte!

—Y tengo que decirte, Jacintha, que las chicas de los bailes a los que se nos obligaba a asistir no eran, *ni de lejos*, tan animadas como tú. Muy serias, obsesionadas siempre con pensamientos oscuros. Bueno, de hecho, varias acabaron en instituciones especiales...

—Ay, Dios —gorjeó Jacintha—, qué espanto para ti, Bevis, obviamente te escapaste, ¿cómo lo lograste?

—Bueno. Ciertos acuerdos. Siempre son posibles entre caballeros, y sin resentimientos.

—Entonces, espero, conservas... —el matiz levemente extranjero que le daba a las vocales producía un efecto seductor— lo que se les supone a todos los caballeros.

Bien, el que Bevis hubiera sacado el tema de la instrucción de Idiotas no había sido una casualidad. No, no; de hecho, por muy genio de la criptografía que fuera, en otras áreas de la vida la estulticia le surgía de manera tan natural como a otro joven le saldrían bien los lanzamientos de críquet. Una chica a bordo de un buque austriaco, que asistía a una escuela zarista e iba acompañada por una noble inglesa, podía trabajar a todas luces para muchos servicios, de la Entente o no, en el clima actual de anexión y crisis, de modo que Cyprian supuso que la debida diligencia requería cierto grado de intrusión al respecto en ese momento.

Pero la joven Jacintha parecía ir siempre por delante. Se le acercó y, de pie, empezó a tirarle de la corbata con cierta insistencia.

—Vamos, Cyprian, sólo tienes que bailar conmigo.

Nadie recordaba haber visto bailar jamás a Cyprian.

—Lo siento..., ni con un mandato judicial, en realidad...

Jacintha, con la cabeza colocada en un ángulo dulcemente seductor, le suplicó como si fuera a rompersele para siempre el corazón si él no saltaba a la pista inmediatamente y quedaba como un tonto por todo el salón.

—Además... —susurró—, por más malo que creas que eres, tienes que ser mejor que tu amigo Bevis.

—Sí, tengo que serlo. Pero esos piecitos encantadores son para ser adorados, no pisoteados.

—Eso también lo veremos, con el tiempo, ¿verdad? —dijo con una mirada firme que la experiencia, sin duda, había perfeccionado hasta el punto de que los hombres se ofrecerían a pagar para que pronunciara esas mismas palabras; pero Cyprian no podía evitar pensar en Yashmeen en una conversación similar, aunque la fidelidad, si era de eso de lo que se trataba, servía de poco para moderar la erección que parecía haberle visitado en ese mismo momento. Jacintha la miró con una sonrisita casi depredadora.

Mientras tanto, en la cubierta, Lady Quethlock conversaba con otros dos espías que fingían ser idiotas.

—No, no —decía ella—, nada de oro, nada de piedras preciosas, nada de petróleo ni artefactos antiguos, sino la fuente del río más enigmático del mundo.

—¿Cuál?, ¿el Nilo? Pero si...

—El Eridano, de hecho.

—Pero ése es el antiguo Po, ¿no?

—Si ha de creerse a Virgilio, que llegó bastante tarde a la partida..., pero la geografía, lamentablemente, no lo corrobora. Si nos retrotraemos al *Argo*, en el relato que hace Apolonio de Rodas de aquel extraño paso transpeninsular del mar Euxino al Cronio, con las fuerzas de la Cólquide a la vez persiguiendo y a la espera de una emboscada, las complejidades personales de Medea y todo lo demás, los Argonautas que entran en la desembocadura del Danubio lo remontan y, de algún modo, con nervios hemos de imaginar, salen al Adriático... No puede dársele crédito, a no ser que en algún punto navegaran por un río subterráneo, con toda probabilidad el Timavo, un río que va a parar a un mar en cuya desembocadura, según Apolonio, había tantos islotes que el *Argo* apenas pudo sortearlos. El Delta del Po tiene pocos islotes así, por no decir ninguno, pero a este lado del Adriático, de hecho justo allí, a babor mientras hablamos, la historia es otra, ¿no?

—Pero Virgilio...

—Confunde el Padus con el Timavus, espero.

—Así que éstas —hizo un gesto hacia la costa que se deslizaba ante ellos— son las Islas de Ámbar de la leyenda.

—Es posible. Espero resolver la cuestión.

—Ah, la encantadora Jacintha.

—¿Tienes un momento, tía? Necesito consejo.

—Estás sudando, chica. ¿Qué has estado haciendo?

Jacintha tenía las manos a la espalda y la cabeza inclinada, una pequeña cautiva con todas las de la ley. A través de su vestido translúcido, los presentes podían ver cada delicado movimiento de sus extremidades, y estaban debidamente entretenidos.

Aunque Cyprian y Bevis habían decidido ir por la Herzegovina, pues Metković llevaba varias temporadas siendo un destino turístico poco convincente debido a la fiebre, siguieron hasta Kotor, donde desembarcaron; la compañía de Jacintha les sirvió de pretexto para no bajarse antes, en Ragusa. Cyprian, sin más que un código muy vago sobre cómo tratar la estulticia ajena, parpadeó rápidamente pero aceptó el cambio de plan.

Tras una despedida cuyo patetismo, de existir, le pasó por alto a Cyprian, un visiblemente taciturno Bevis Moistleigh y él comieron en un restaurante del puerto que servía un *brodet* local cargado de *skarpina*, anguilas y gambas, y luego fueron al muelle y contrataron un barco que los llevó por la costa sur del golfo de Cattaro, bajo todo tipo de formas de fiordo, a través de un estrecho canal conocido en la zona como

«las Cadenas», hasta la Bahía de Teodo; toda la travesía la realizaron bajo la mirada de lentes, multiplicadas hasta lo incontable, situadas en todos los puntos estratégicos, aunque los reflejos especulares que parpadeaban hacia ellos desde la orilla no eran sólo causados por dispositivos ópticos. En Zelenika se sentaron a beber grappa con sabor a salvia antes de subirse al tren para Sarajevo, que los llevó de regreso a lo largo de la costa, a través de Hum y una enfebrecida Metković, donde giraron tierra adentro y empezaron a ascender por la Herzegovina hacia Mostar, a seis horas de camino, y luego tardaron otras seis hasta Sarajevo.

En Sarajevo, sobre los árboles se alzaban pálidos minaretes. Las golondrinas trazaban senderos negros que se desvanecían en la luz vespertina, bajo la cual el río que atravesaba la ciudad parecía rojo. En el Café Marienhof, enfrente de la fábrica de tabaco, en los baños turcos, en docenas de encuentros casuales en el bazar, a todas horas, a palo seco, incapaz de evitarlo, alguien hacía comentarios sobre el ultraje austriaco.

—Viena ya no debe darse por contenta con seguir «ocupándonos» como ha hecho desde 1878, trayéndonos las bendiciones del progreso austriaco: ferrocarriles, prostitución, mobiliario espantoso...

—Hay agentes jesuitas por todas partes intentando convertirnos en católicos.

—... aun así, hasta ahora todo ha sido una especie de ilusión, como una locura amable, pues seguimos siendo una parte de Turquía, como siempre lo hemos sido.

—Y ahora la inofensiva fantasía de Austria se ha convertido en una manía suicida. Esta «anexión» es una sentencia de muerte para los Habsburgo.

—Y tal vez también para Europa...

Y así sucesivamente. El silencio, por más bienvenido que hubiera sido, habría traicionado la Ley tácita del Café, que era charlar, daba igual de qué, sin parar. Y muchas voces, este peligroso crescendo otoñal, soplaban por los valles de los ríos, seguían los trenes y las diligencias de las montañas, acosando, suplicando, inquietas, entrando como si nada para recordar tanto a nativos como a turistas lo pintoresco, excitable y abrupto que era el carácter nacional..., voces que gritaban: ¡cuidado, cuidado con el amante despierto toda la noche junto a una chica a la que desea, y que no se le entregará! ¡Cuidado con la Mano Negra y con los exaltados macedonios, cuidado incluso con las cartas del Tarot que los Gitanos echan por dinero o por diversión, cuidado con los rincones ensombrecidos del Militär-Kasino y los susurros que se oyen dentro!

Y al poco, procedente de algún punto de la ciudad, tal vez de una de las laderas, donde vivían los mahometanos, o de más allá de uno de los recodos del río, se oía una explosión. Nunca demasiado cerca, casi exóticas, como unas palabras en un idioma que no había tenido que aprenderse hasta ahora...

Aunque se ponía un fez turco siempre que la situación lo requería —en Bosnia el fez era como el velo, un emblema de sumisión, y ponérselo una de las condiciones ineludibles para hacer negocios—. Danilo Ashkil era descendiente de judíos sefardíes que habían huido de la Inquisición española hacía tres siglos y medio, y que acabaron asentándose en Salónica, que incluso entonces, pese a ser turca, ya era reconocida como un entorno acogedor para los judíos que huían. Danilo había crecido en un hogar Ma'min bastante respetable, pero no tardó en bajar al puerto e ir por ahí con «derviches», jugadores y fumadores de hachís, metiéndose en los problemas habituales y finalmente causando tantas molestias sociales a sus padres que lo mandaron a Sarajevo a vivir con una rama bosniaca de la familia, con la esperanza de que se le pegara algo de su devoción al trabajo y su piedad. Sin embargo, fiel a su destino, pronto volvió a las calles, y habiendo aprendido desde su más tierna infancia a manejarse en la confusión de lenguas entre las que se veía obligado a moverse, dominaba, ya antes de la adolescencia, no sólo el italiano, el turco, el búlgaro, el griego, el armenio, el árabe, el serbocroata y el romaní, sino también el peculiar judeoespañol conocido como *Judezmo*, y, cuando era necesario incluso podía hacerse pasar por hablante nativo de una u otra lengua sin molestarse en desmentir su supuesto origen. Mucho antes de la anexión austriaca, su habilidad con las lenguas y sus dones de permeabilidad entre todos los elementos de la población habían llamado la atención del Evidenzbüro. Para los agentes itinerantes de todas las Potencias, se había convertido en el hombre indispensable en los Balcanes, al que debía hacerse una visita. Pero ahora corría peligro y les correspondía a Cyprian y Bevis ocuparse de su seguridad.

Danilo, que había quedado con Cyprian en un café justo debajo del Castillo, se encontró a un joven pálido y sibarita, cuyo inglés universitario de certidumbres ampulosas llevaba capas sobrepuestas de matices de Viena y de las costas del Adriático. También descubrió una percepción defectuosa de la historia, frecuente entre los agentes sobre el terreno, dada su necesidad de zambullirse en el presente. Así que era la historia, la patología del Tiempo, lo que debía corregir primero.

—Sé que resulta difícil para un inglés, pero por un instante procure imaginar que, salvo en las formas más limitadas y triviales, la historia no sucede al norte del paralelo cuarenta y cinco. Lo que la Europa del Norte considera historia es en realidad bastante provinciano y de un interés limitado. Diferentes tipos de cristianos matándose entre sí y poco más. Las potencias del Norte se parecen más a administradores, que manipulan la historia de otros pueblos pero no producen nada propio. Son agiotistas de la historia, las vidas humanas son su moneda de cambio. Las vidas que de verdad son vividas, las muertes que les ponen de verdad fin, todo eso está hecho de carne, sangre, semen, huesos, fuego, dolor, mierda, locura, intoxicación, visiones, todo lo que ha estado pasando aquí desde siempre; eso es historia real.

»Ahora, imagínese una historia que no se refiere a Londres, París, Berlín ni San Petersburgo sino a Constantinopla. La guerra entre Turquía y Rusia se convierte en la guerra crucial del siglo XIX. Da lugar al Congreso de Berlín, que lleva a la crisis actual y quién sabe a qué tragedias más graves que nos aguardan. Desde aquella guerra, Austria ha soñado con lo que pasaría si los turcos fueran sus amigos. Los alemanes vienen por aquí de turismo y se maravillan de lo *Oriental* que es todo. «¡Fíjate! ¡Serbios y croatas llevan fez en sus cabezas rubias! ¡Ojos azules nos miran desde detrás del velo musulmán! ¡Asombroso!» Pero como ya habrá notado a estas alturas, en la Ballhausplatz están angustiosamente asustados. Vienen a la ciudad, esos hombres tan prácticos y llenos de certidumbres diurnas, y sólo hace falta mirarlos para saber cómo han pasado la noche, percibiendo que algo se agita en la oscuridad, formas y masas, cómo se reanudan antiguas pesadillas, y una vez más las hordas musulmanas se desplazan hacia el oeste, insaciables, para congregarse de nuevo a las puertas de Viena, tanto da que lleve siglos sin fortificar, que sobre los antiguos glaciares se hayan construido oficinas públicas y viviendas burguesas, que en los suburbios se penetre tan fácilmente como en cualquier puta austriaca..., no puede ser verdad, Dios no lo permitiría, pero de repente se les presenta una oportunidad y, presas del pánico, ¿qué es lo primero que se les ocurre hacer? Se dan la vuelta y se zampan Bosnia. Sí, ¡eso lo arreglará todo! Dejándonos a todos aquí, en el crepúsculo invernal, a la espera del primer trueno de la primavera.

Cyprian escuchaba con paciencia. Llegó Bevis y se dejó caer caviloso en una silla, sin duda pensando en su jovencita angloeslava. Cuando Danilo hizo una pausa para beber su raki, Cyprian asintió y dijo:

—Se supone que tenemos que sacarle de aquí.

—Y Viena...

—No lo sabrán muy pronto.

—Pero sí lo bastante.

—Para entonces estaremos muy lejos.

—O muertos.

—Tomaremos el tren de vía estrecha hasta Bosna-Brod, allí haremos un transbordo, volveremos a Trieste vía Zagreb.

—Un cruce bastante obvio, ¿no?

—Justamente. El último que ellos esperarían.

—Y... ¿cuántas de estas entregas han conseguido completar?

—Miles —le tranquilizó Bevis. A Cyprian le costó no clavarle la mirada que quería, y sonrió a Danilo con sólo una comisura de la boca, moviendo los ojos hacia Bevis un instante y volviéndolos a enfocar.

—Me hará falta un arma —dijo Danilo, en un tono que sugería que a continuación iba a hablar de dinero.

—Tenemos que ver a la gente de la Mano Negra —advirtió bruscamente Bevis Moistleigh, arrugando la frente para dar a entender: ¿no es obvio? El silencio que la

proposición cernió sobre ellos era casi audible, como un tamborileo. ¿Qué podía saber un criptógrafo de segundo nivel como Bevis sobre la tan temida organización serbia? A Cyprian, y no era la primera vez, se le pasó por la cabeza que Bevis había sido enviado para espiarlo, tal vez por el mismísimo Derrick Theign, tal vez por uno de los muchos elementos que a su vez espiaban a Theign.

Era un lugar común entre los espías en los Balcanes que si a uno lo enviaban a vigilar los movimientos de liberación y buscaba miembros que se convirtieran en agentes dobles y traicionaran a los suyos, la población sudeslava proporcionaba pocas posibilidades, si es que alguna. Los nacionalistas y los revolucionarios de por aquí creían de veras en lo que hacían.

—Sólo de vez en cuando puede aparecer un búlgaro, o un ruso fingiendo ser un autóctono. Un ruso vendería a su madre por un vaso de vodka.

Y, mira por dónde, ¿a quién iba a encontrarse Cyprian esa noche, comportándose con casi esa misma desesperación, sino a sus antiguos adversarios Misha y Grisha? Fue en la otra orilla del río, cerca de la Careva Ulica, en Der Lila Stern, un antiguo burdel militar austriaco reconvertido a usos más equívocos. Cyprian y Bevis bebían Žilavka con agua de seltz. Una pequeña banda de cabaret tocaba tras una llamativa joven, vocalista y bailarina con un vestuario inspirado en el harén, aunque sus velos servían más para ver a través de ellos que para ocultar.

—Vaya —comentó Bevis—, ¡es una maravilla!

—Sí —dijo Cyprian—, y ¿ves a aquellos dos rusos que vienen hacia nuestra mesa?, creo que a lo mejor quieren saldar cuentas pendientes conmigo, así que si no te importa hacerte pasar por una especie de guardaespaldas armado, tal vez uno que más bien tienda a impulsivo, me harías un favor... —dijo toqueteando con nerviosismo el Webley en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Hombre, ¡Kiprskni! —gritaron—, ¡creíamos que estabas muerto! —y otros cumplidos por el estilo. Distanto de mostrar la menor amargura por el asunto del Coronel Khäutsch, los dos, como si estuvieran encantados de reencontrar a un viejo amigo, no tardaron en informarle de que habían dejado atrás las costumbres del Prater.

—¿Matarte? —exclamó Misha—. ¡No! ¿Por qué íbamos a querer matarte? ¿Quién nos pagaría por eso?

—Y aunque si alguien pagara, no compensaría nuestro tiempo —añadió Grisha—. Es verdad que has perdido algo de peso, pero *tchistka* todavía tardará bastante.

—Tu Coronel anda por aquí ahora —mencionó Misha de pasada—. Se montó una buena escena en Viena.

Cyprian conocía la historia, que había pasado a formar parte del folclore de la profesión. Cuando por fin le llegó la hora al Coronel, sus colegas oficiales le habían dejado a solas en un despacho del Ministerio de la Guerra con una pistola cargada,

esperando el pertinente suicidio tradicional. Pero Khäutsch tomó la Borchardt-Luger y empezó a disparar a cuantos se le pusieron a tiro, y así, a tiros, salió del Ministerio, llegó a la Platz am Hof, y allí, al lado, en el Kredit-Anstalt, creyeron que era un robo, así que también se pusieron a disparar, y el Hofburg se convirtió brevemente en Dodge City, y entonces Khäutsch desapareció, según la leyenda, en el Orient Express, rumbo al este. Y ya no se le había vuelto a ver nunca más.

—Nunca más oficialmente, al menos —dijo Misha.

—El chantaje ya no funciona —dijo Grisha casi llorando—. ¿Que prefieres los de tu propio sexo?, ¿y qué importa? Como mucho, en los tiempos que corren, es otra vía para avanzar en tu carrera.

—Me temo que en el Servicio Secreto de S.M. no están tan ilustrados —dijo Cyprian.

—Turquía era un paraíso —se quejó Misha—, aquellos chicos de ojos negros como higos.

—Pero ya no es así, claro. Constantinopla es tierra baldía. Nada de joven tienen los Jóvenes Turcos, que de hecho no son más que una pandilla de viejos puritanos entrometidos.

—Aunque debo decir —comentó Cyprian— que han mostrado una contención admirable al no aplicar el baño de sangre habitual a los otomanos, salvo en casos irre recuperables como Fehim Pasha, el viejo jefe del espionaje...

—Sí, el trabajito de Brusa —dijo Grisha resplandeciente—. Tuvo bastante estilo, ¿no te parece?

Cyprian entornó los ojos.

—Vosotros dos... ¿no seríais de algún modo... *factores* en esa operación?

Misha y Grisha se miraron y se rieron entre dientes. Había algo espantoso en aquella risa. Cyprian sintió un intenso deseo de estar en otra parte.

—Debe de ser lo único en lo que han coincidido ingleses y alemanes últimamente —dijo Misha.

—Pobre Fehim —dijo Grisha, momento en el que su acompañante, que estaba sentado de cara a la puerta de la calle, empezó a comportarse extrañamente.

Cyprian, que no estaba muy dotado para las artes de la clarividencia, adivinó pese a todo quién acababa de entrar. Al cabo de un rato se arriesgó a lanzar una mirada vacilante por encima del hombro. Khäutsch llevaba un monóculo que muchos, la primera vez que lo veían, confundían con un ojo artificial, y a pesar de que echó un rápido vistazo de pies a cabeza a Cyprian, no pareció reconocerlo, aunque en ese momento eso podía formar parte de su juego.

—Eh, oye, Latewood —murmuró Bevis estirando con insistencia del brazo de Cyprian.

—Ahora no, Moistleigh, me estoy dejando llevar por la nostalgia.

Mientras anocheecía, los muecines habían estado haciendo llamadas a la oración desde sus cien torres, antes de la puesta del sol, después de la puesta del sol y una vez

más en el último momento del día. Aquí una música acompañaba de un modo similar la danza *tsifté-télli*, como si, al igual que el rezo, requiriese del cuerpo ir más allá de las simplicidades del día.

Muchos jóvenes de la ciudad parecían conocer al Coronel, si bien todos fingían timidez al acercarse a saludarlo. Por curiosidad, Cyprian se acercó también y se unió al grupo congregado vagamente alrededor de la mesa del Coronel. De cerca, se fijó en una desigualdad en el corte del bigote de Khäutsch, en lo raídos que estaban los bajos de sus pantalones y los puños de su abrigo, en las quemaduras de cigarrillo y las incursiones de las polillas, así como otras plagas más terrenales. El Coronel discurría sobre las virtudes del Decimoquinto Distrito Militar, conocido también como Bosnia.

—En Viena, en el cuartel general había siempre algún elemento prusiano, lo que hacía difíciles, por no decir imposibles, los placeres humanos. El honor de los oficiales..., el suicidio..., ese tipo de cosas. —Había empezado a abatirse sobre el grupo un silencio embarazoso—. Pero aquí uno encuentra una forma de vida más equilibrada, y los prusianófilos hacen menos daño.

Se zambulló, como haría un bebedor, en su propia historia, convertida en un detallado inventario de quejas. Las orejas no se levantaron. Cyprian cayó con frialdad en la cuenta de que, pese a todo, Khäutsch no estaba tan borracho. Sus ojos seguían mirando con tanta atención como los de una serpiente, recordando inevitables castigos que Cyprian había sufrido a manos de este monótono y desastrado pelmazo de pub, algunos de los cuales le habían parecido, por entonces, eróticos. ¿Se suponía que este recital de sollozos quejicas era una tentativa de seducción?

—¡Es importante! —Otra vez Bevis, que tiraba de él hacia su mesa.

—Lo siento, Moistleigh, ¿qué pasaba?

—La bailarina del vientre. —Hizo un gesto con la cabeza en su dirección, con la frente arrugada y seria.

—Un encanto de chica, ¿qué tiene de raro?

—¡Es un tío!

Cyprian entrecerró los ojos.

—Sí, supongo que sí. Pues me gustaría tener un pelo como el suyo.

Cuando volvió a mirar a la otra mesa, el Coronel, curiosamente, se había desvanecido.

Volvieron a su pensión, y al día siguiente Cyprian fue de hotel en hotel, hasta enterarse por fin de que Khäutsch, tras alojarse en el Europe con otro nombre, se había ido, no sin antes haber planteado un acuerdo permanente, que recurría al dinero o a amenazas de muerte, para que su siguiente dirección no fuera divulgada.

Danilo, que lo sabía todo, se presentó en la habitación de Cyprian con una advertencia.

—No sabía si inquietarle con esta noticia, Latewood, porque me parecía usted uno de esos jóvenes neurasténicos que uno se encuentra por todas partes últimamente. Pero tiene que saberlo. Le han mandado a Sarajevo con una misión falsa. El montaje se reducía a atraerle aquí, a Bosnia, donde es más fácil que le atrapen los austriacos. Sus patrones ingleses le han vendido como «agente serbio», de manera que ni ellos ni, en el clima actual, los rusos tendrán muchas ganas de librarle de su suerte. Parece que ya no le debe nada a Inglaterra. Le aconsejo que se vaya. Salve la vida.

—¿Y qué pinta el Coronel Khäutsch en esto?

Las cejas de Danilo se alzaron, su cabeza adoptó un ángulo de duda.

—Él ya tiene que tomar demasiadas precauciones por sí mismo. Pero puede que usted se sienta más cómodo fuera de la ciudad.

—Entiendo que usted nunca ha querido salir.

—Supuse que a estas alturas habrían resuelto la cuestión política. —Apartó la mirada, volvió a fijarla en él—. Aun así...

—Siga, sólo soy yo, el desechable.

—Por razones que no tiene por qué conocer, ahora me resulta más difícil quedarme.

—La crisis va a más o algo así.

Danilo se encogió de hombros.

—Tengan. Más vale que se pongan esto. —Entregó un fez a Bevis y otro a Cyprian. El de éste era tan pequeño que tuvo que encasquetárselo en la parte de atrás de la cabeza con una especie de movimiento de tornillo, mientras que el de Bevis le caía sobre los ojos y las orejas—. Esperen, intercámbiense los. —Por extraño que parezca, el cambio no resolvió el problema.

—No tiene sentido —murmuró Bevis.

—A veces pasa —comentó oscuramente Danilo—, pero más en los viejos cuentos que en nuestra época. La cabeza de un infiel lo delata *rechazando el fez*. A lo mejor es que son devotos cristianos.

—No especialmente —se quejaron Cyprian y Bevis al unísono.

—El fez lo sabe —dijo Danilo—, no pueden engañar al fez.

Dos semanas más tarde, la situación se había deteriorado dramáticamente. Cyprian y Danilo iban a la deriva y sin mapa por una región de montañas, bosques e inesperados barrancos arbolados, en algunos de los cuales, de hecho, no se habían despeñado por muy poco. Y de manera igualmente inquietante, habían perdido a Bevis. De camino a Bosna-Brod, simple e inexplicablemente había desaparecido del tren.

Buscaron por los vagones llenos de familias judías que viajaban a los manantiales minerales de Kiseljak, de ingenieros de las minas de magnesio de Cevljanovic, de mineros del carbón y el hierro, de esposas, hijos y fieles novias (una categoría que

causó una vaga inquietud a Cyprian) que iban a visitar a los presos de la cárcel de Zenica, sin encontrarlo. Temiendo previsibles problemas, Cyprian, que sólo quería seguir adelante, se había sentido obligado a bajarse y buscar a Bevis.

Danilo parecía ahora temer por su propia vida.

—Olvídese de él.

—Se suponía que éramos los dos los que le teníamos que sacar a usted de aquí.

—Sabe cuidarse solo, no tiene ninguna obligación para con él.

—¿Cómo? ¿Es que Theign también lo compró a él? —Cyprian percibió una melancolía familiar rezumando cada vez más cerca.

—Ingleses. Menudos idiotas.

—Sin embargo... —Cyprian agarró la cuerda de emergencias y, en la acalorada discusión con los guardias y revisores que siguió, fingió sufrir una especie de ataque de histeria, lo cual a veces le había funcionado, mientras Danilo contemplaba la escena como si fuera un espectáculo infantil en un parque, tan alejado de sus intereses como marionetas golpeándose con cachiporras.

La última vez que ambos recordaban haber visto a Bevis en el tren fue poco antes de llegar a Lašva, el empalme para Travnik y Jajce.

—Había un enlace esperando —dijo el revisor encogiéndose de hombros—. Su amigo pudo cambiar de tren e ir a Jajce.

Aceptó telegrafiar a la oficina de la Línea de Bosnia en Sarajevo, Cyprian y Danilo se apearon y el tren siguió camino. Ellos volvieron atrás, revisaron hoces y cuencas de arroyos hasta que se les hizo de noche, preguntaron a pescadores, guardabarreras, campesinos, vagabundos, pero nadie había visto a ningún joven inglés con un traje verde alga. Hasta mucho después de oscurecer no llegaron a Lašva, donde encontraron una posada e intentaron dormir hasta las primeras luces, antes de coger el tren de la mañana para Jajce. Cyprian miraba por las ventanillas, primero a un lado y luego al otro. Danilo no miraba con la misma resolución.

—Es posible que fuera idea suya —dijo al cabo de un rato.

—Usted será el siguiente, imagino —Cyprian replicó casi sin querer.

—Menuda elección: allá, los malditos austriacos, o aquí, su dudosa protección. En cualquier caso, estoy muerto.

En Jajce había una cascada de treinta metros y una antigua fortaleza, y la mayor parte de la ciudad se erigía sobre una colina con forma de huevo. Decidieron salir de la estación e ir al Grand-Hôtel, con la teoría de que si Bevis rondaba por las cercanías, seguramente estaría allí. El lugar parecía haber sido trasladado, como por algún oscuro arte de magia, directamente desde los Alpes austriacos. Cyprian ahuecó una oreja.

—¿Lo que oigo son cantos a la tirolesa? ¿Llevará el personal esos, esos sombreros? ¿*Lederhosen*? De hecho, *Lederhosen* en las actuales circunstancias... — Y se sumió en un instante de acalorada ensoñación.

En la recepción nadie había visto a Bevis.

—Pero esos caballeros de ahí les estaban esperando, creo.

Cyprian se dio la vuelta agachándose mientras intentaba acordarse de dónde había metido la pistola. Danilo esperaba con una sonrisa cáustica, negando de lado a lado con la cabeza mientras los dos visitantes, creando a su alrededor un vacío, se acercaban.

La Mano Negra, de eso Danilo estaba seguro.

—En tanto crean que somos agentes serbios, serán comprensivos..., *Zdravo, gospodini*.

Sin perder el tiempo en formalidades, Batko, el más corpulento, les hizo una señal para que fueran al bar del restaurante. Cyprian creyó distinguir madera oscura y cabezas con cornamentas. Batko pidió šljivovica para todos. Su compañero, Senta, sacó una agenda de bolsillo, la estudió un momento y dijo:

—Aquí está..., deben evitar todos los trenes.

—*Ne razumen* —dijo Danilo.

—Los austriacos no quieren que ninguno de ustedes llegue a la frontera croata. Han mandado vehículos motorizados y al menos una docena de hombres bien armados.

—¿Por tan poca cosa como nosotros? —dijo Cyprian.

—Nosotros, los de la... —Batko, fingiendo una mueca, dejó un latido de silencio en el que no parecía recomendable insertar «Mano Negra»—, siempre protegeremos a los nuestros. Pero ustedes son huéspedes en Bosnia y la tradición dice que los huéspedes son los últimos en morir. Y visto quién quiere matarles... —Se encogió de hombros.

—Las opciones que les quedan a partir de aquí son pocas. —Senta extrajo un mapa pequeño y deteriorado, que parecía arrancado de una guía—. Pueden ir a pie, por el río, aquí, dos días, hasta Banja Luka, y si allí les parece que pueden arriesgarse a tomar un tren, intenten llegar a Zagreb. O pueden volver por donde han venido, de regreso a través de Vakuf, hasta Bugojno, donde pueden tomar la diligencia, a través de las montañas hasta la costa y buscar un barco que les saque de Split. Hay, claro, miles de senderos practicables, y es fácil perderse, se acerca el invierno y abundan los lobos, así que la ruta de la diligencia tal vez sea la preferible, siempre que se mantengan alerta.

—Una vez que hayamos superado las cumbres —dijo Cyprian—, me sentiría cómodo en el Velebit, y conozco a gente allí. Pero supongo que no podemos contratar a un guía para esta vertiente —comentario que causó cierta diversión.

—En estos tiempos todos están muy ocupados —explicó Batko—. Si necesitaran ayuda de verdad, griten «Unión o Muerte», pero no les garantizo nada...

La charla muy pronto se volvió académica.

Cyprian y Danilo recorrieron un valle, las hojas de las laderas escarpadas cambiaban de color; los sauces junto a la orilla, ya desnudos, exhalaban melancolía; pequeñas cascadas caían ruidosas ante la retirada otoñal de los humanos y el ganado; el aire fresco y calmo; y ni el menor signo de atención no deseada desde que dejaran a Batko y Senta, rostros arrugados en triste despedida, junto a las fabricas de cloro en las afueras de la ciudad.

Al atardecer, compraron una trucha y unos cangrejos cocidos y los metieron en una bolsa, y acababan de adentrarse en un olivar donde pensaban hacer noche cuando, sin previo aviso, el aire se llenó del ronroneo a alta velocidad de munición de 9 mm Parabellum, que por el momento sólo alcanzaba superficies no humanas y rebotaba misericordiosamente en otras partes, aunque era imperativo encontrar dónde cubrirse, y ya, pues la muerte invisible acechaba por todas partes, «como Dios», se le ocurriría a Danilo más tarde. El yeso saltaba descascarillado de los muros de piedra de la carretera. Manchas de polvo blanco salían despedidas por el aire. Atravesaron el olivar a la carrera, las hojas de los árboles se agitaban nerviosas en la tormenta invisible, la fruta casi madura caía. En algún lugar, los gansos se despertaron y empezaron a graznar, como si este tipo de situaciones sólo se produjeran durante el día.

—¿Lleva pistola?

Danilo agitó una pequeña Savage del 32 del ejército portugués.

—Tanto da, sólo tengo dos cargadores.

Corrieron medio a ciegas hacia las alturas. La oscuridad los salvó. Se vieron perseguidos ladera arriba, entre rocas puntiagudas, adentrándose en el bosque y las montañas, por un terreno cada vez más silvestre, y cuestiones como el acero de aleación, la pureza geométrica del ancho de vía, los ferrocarriles, los horarios y la red ferroviaria más grande, por no mencionar la hora europea, que habían definido su día a día hasta ese momento, dejaron de importar, y se vieron arrastrados al siglo pasado. El otoño seguía su curso, los colores se oscurecían, el negro que se encuentra en el corazón de todo color se reafirmaba. Las montañas se envolvían en banderas de nubes desgarradas que parecían proceder de distantes batallas que ya habían empezado a librarse, avances de la Crisis... Las ovejas que ya se habían fundido con las sombras de las nubes por el fondo de los valles acababan de ir a refugiarse contra el invierno que ya casi había llegado a este país; las montañas de piedra caliza parecían ascender al cielo, volverse más orgullosas, a medida que bajaban las temperaturas y las primeras nieves aparecían en las alturas. El humo de las chimeneas de los fuegos de lignito se reunía en los valles. La luz de esas montañas se volvía más solemne y pavorosa hacia el crepúsculo. Los fugitivos ansiaban salir de allí, y aun así sabían que sus únicas posibilidades de escapar estaban al aire libre, lejos de los refugios, de los pabellones de caza y los balnearios. Tenían que quedarse donde las

martas se deslizaban como fantasmas de sombra en sombra, cerca de entradas de cuevas que más que ofrecer seguridad daban miedo.

Todo convergía hacia el negro, una oscuridad que no atenuaban las llamas de las velas ni el humo de madera. Cada noche comenzaba un drama, en idiomas que a veces ni siquiera Danilo llegaba a entender. Fuera de las pequeñas cuencas del interior llamadas *poljes*, donde vivían los aldeanos que tan sistemáticamente los habían evitado a la luz... ¿dónde entre esos yermos de piedra caliza había siquiera pueblos? Después de anochecer, ni un alma se aventuraba fuera para reunirse, encender un fuego, cocinar o administrar..., toda la comunidad se retiraba a guaridas, a túneles, con la indiferencia dorsal de las bestias. Las superficies calmas de los estanques de montaña reflejaban la luz de oro blanco de las estrellas, oscurecidas de vez en cuando por lo que flotara en el aire en ese desierto mineral.

Un atardecer, justo antes de la puesta de sol, alzaron la vista hacia el muro de las montañas y, a lo largo de toda la línea de horizonte de la cordillera, vieron unas extrañas manchas de luz, por todas partes, demasiado brillantes para que las causara la nieve pero no tan rojas o anaranjadas para deberse al fuego, mientras inmensas cortinas de vapor resplandeciente barrían el valle abajo, y, alzándose sobre el reflejo en el río de este pasaje incandescente, sobre un puente antiguo, por encima de su arco puro recortado en silueta, una figura humana, con capa, solitaria, inmóvil, que no esperaba, que no hacía señales, que ni siquiera miraba el espectáculo que se desarrollaba en la ladera, pero que contenía en sus severos contornos una cantidad inmensa de atención condensada, dirigida a algo que Cyprian y Danilo no veían, aunque al instante comprendieron que deberían haberlo visto.

Una noche, en una ladera negra sin nombre, los sorprendió una tormenta que había descendido del norte y un silencio premonitorio. Danilo, un urbanita toda su vida, miró alrededor, como si esperara que apareciese un vendedor de paraguas.

—*Djavola!* ¡Menudo tiempo!

—A menos que uno sea británico —señaló Cyprian—, en ese caso es como estar en casa, sí, hasta resultaba bastante acogedor... ¿Cree que los habremos perdido?

—Más bien diría que han hecho que nos perdamos. Nos han empujado hasta aquí, donde la montaña les hará el trabajo. Y de paso se ahorran unas balas.

Se habían detenido, temerosos, y se apretaban contra la piedra, resbaladiza por el hielo, y era como si hubiera sido levantada incontables eras atrás precisamente para ese momento... No llegaba luz de ninguna parte. Sabían que el terreno se abría por todas partes en barrancos cuyas paredes caían en picado. Ninguno de los dos sabía cómo bajar de ese feroz y negro precipicio.

Cuando tropezó y cayó, Cyprian se entregó por primera vez a un abrazo que no le deseaba, mientras se volvía una parte más del reino mecánico, y el cuerpo con alma en el que había creído hasta ahora se tornó de repente en mucho menos importante

que la masa, la velocidad y la fría gravedad, aquí, ante él, detrás de él, a pesar de él. Mientras la tormenta rugía por todas partes, se puso de rodillas con gran esfuerzo y, al no sentir más dolor del esperable, se levantó. Danilo había desaparecido. Cyprian lo llamó, pero la tormenta hacía demasiado ruido. Ni siquiera sabía por dónde empezar a buscar. Se quedó quieto bajo la lluvia, casi aguanieve, y pensó en rezar.

—Latewood.

No sonó muy lejos. Con cautela, cegado por la noche y la tormenta, Cyprian se movió hacia la voz. Se topó con una presencia animal, empapada y rota, que no podía ver.

—No toque nada. Creo que me he roto la pierna.

—¿Puede...?

—No puedo apoyarme en ella, acabo de intentarlo. —Hacía mucho, en habitaciones alquiladas, entre sombras de soportales, jardines públicos, comodidades burguesas en un mundo en paz, Cyprian había llegado a imaginarse dotado para oír los restos de verdad que subyacen tras las mentiras que todos cuentan en la oscuridad. Aquí, ahora, en esta negrura menos comprometida, lo que oyó de Danilo era demasiado claro—: Tiene que sacarme de aquí —dijo con un tono de voz apenas fingido; era imposible que ocultara otro significado—. Podemos servirnos de esto. —Se trataba de un antiguo Mauser que habían encontrado en una casa vacía ladera abajo.

—Pero lo necesitaremos para...

Con paciencia, Danilo se explicó. Cyprian se sacó el abrigo, que el viento casi le arrancó de las manos, luego la camisa, el frío le golpeó como un matón callejero indiferente a sus súplicas, desgarró la camisa en tiras y, con dedos que se le entumecían rápidamente, intentó atar el rifle a la pierna rota de Danilo a modo de tablilla.

—¿Puede enderezarla?

Puntas de hielo se lanzaban horizontales hacia sus caras.

—Puedo, pero no tengo claro que quiera. —Incluso con las manos entumecidas, Cyprian podía percibir la herida. Sus manos, habituadas a palpar la musculatura de las extremidades, a la delicada valoración de la perfección física, se sentían ahora incapaces de hacer frente a la necesidad de reparar el daño—. Hágalo —gritó Danilo con rabia, contra el viento. Allí no había ninguna razón para que no chillara cuanto quisiera por el dolor—. *En tu kulo Dio!*

Con la culata del rifle bajo la axila, Danilo descubrió que podía cojear distancias cortas, al menos al principio. Pero avanzaba muy despacio, le dolía demasiado, y al poco Cyprian estaba cargando de nuevo con el peso de Danilo. Sabía que tenía que seguir las bifurcaciones hasta que llegaran a un precipicio importante y entonces descender al lecho de la corriente y seguir colina abajo hasta encontrar zonas habitadas. Antes de que murieran congelados. Ésa, en cualquier caso, era la teoría. Pero ni un refugio, ni la menor bolsa de aire en calma en la que una llama durara lo

suficiente para prender, ni un saliente lo bastante amplio para permitirles cinco minutos de sueño, ninguna de esas comodidades domésticas iban a aparecer. Y había que tener en cuenta la congelación, a cada paso, a cada cambio del viento. Si se paraban un momento, se congelarían. Moverse era la clave, llegar a un lugar seguro era en ese momento un lujo demasiado remoto para incluso pensarlo. Los lobos se llamaban unos a otros, como si siguieran la pista de un menú nocturno que amablemente les habían repartido. De vez en cuando, pasada la tormenta, la luz de luna permitía ver algo y hacía resplandecer un par de ojos interesados. Sólo lo bastante para que la criatura volviera la cabeza a un ángulo diferente, como si no quisiera revelar su mirada durante demasiado tiempo. A esas alturas, Danilo tenía fiebre. Su peso iba creciendo lentamente hasta la inercia absoluta de un cadáver. A veces, inexplicablemente, ya no estaba allí.

—¿Dónde está? —Cyprian percibía cómo el viento arrastraba su voz hacia la vasta indiferencia.

—¿Dónde está? —gritó. Deseó, desesperadamente, que no hubiera respuesta.

La lluvia soplaba por el valle, al borde de la nieve, picando, fina, como un vagabundo blanco europeo con perversas intenciones.

—Esperaba, no sé, un fin de semana en el campo o algo por el estilo —dijo Cyprian—. «¿Nieve? No te preocupes, en Sarajevo la temperatura no baja de diez grados, un abrigo ligero debería bastar». Theign, cabrón, muchas gracias.

Habían encontrado un pueblo muy pequeño, una acrecencia de cantería suspendida de la ladera de una montaña, y les habían permitido pasar allí el invierno. Se iba de una habitación a la siguiente, algunas con tejado y otras sin él, por toscas escaleras y pasajes abovedados, túneles perforados en la nieve, patios embarrados, cuya construcción, iniciada hacía mucho con un simple cobertizo de campo, se había ido ampliando a lo largo de los siglos. El aguanieve y la nieve mordientes, llevadas por el viento, corrían por los barrancos, gemían entre las tejas de los tejados. El otro lado del valle a menudo era invisible, las nubes descendían en salientes afilados que se extendían como las defensas de una ciudad amurallada, todo color había desaparecido, el verano era un país de leyenda melancólica, que ya no era real ni recuperable. Perros húmedos, descendientes de ancestros que habían vivido aquí durante las Eras Oscuras, recordando muros soleados a cuya sombra se habían tumbado en el pasado, buscaban ahora la incertidumbre de la vida puertas adentro. Había explotaciones de lignito a lo largo del valle. Cyprian lo olía cuando el viento soplaba en la dirección correcta, y de vez en cuando era posible cruzar al otro lado con una mula y recoger un poco, una tarea que llevaba un día entero con un tiempo favorable, pero que por lo general se alargaba una o dos noches más; sin embargo, lo que preocupaba más a los residentes era la ubicación de las reservas de leña, un tesoro cada vez más celosamente guardado a medida que avanzaba el invierno, de ahí

que en el pueblo se considerase legítimo matar, o al menos apuntar y disparar, a cualquiera que se llevara leña que no fuera suya. El olor de humo de leña por todas partes, entre las paredes de piedra, era un signo exterior de algún acontecimiento familiar que de otro modo se habría quedado puertas adentro, bajo las contraventanas del silencio. «Ella cree que tiene frío otra vez», decían asintiendo, o: «Snežana está cociendo más patatas. Ya no deben de quedarle muchas».

Primero por la fiebre, luego, al deslizarse poco a poco y suavemente hacia el sueño, mientras iba mejorando lentamente, Danilo empezó a hablar de Salónica, la ciudad de su juventud, las mujeres junto a las fuentes por las mañanas, el pastel de *kwezo* de su madre, los desfiles por las calles de luchadores y músicos gitanos, los cafés que no cerraban.

—Al principio, intentaba volver siempre que podía, pero las responsabilidades en Sarajevo se acumulaban, y un día me desperté y me di cuenta de que me había convertido en bosnio. Ojalá pudiera enseñársela algún día, Latewood, Salónica es el mundo entero en una sola ciudad, y tiene que conocer a mi prima Vesna, canta en un antro de hachís en el Bara, la amaré como la amo yo...

Cyprian parpadeaba con educación. Nunca había surgido la cuestión del deseo, ni entre ellos ni con terceros; debía de ser por el agotamiento general que ambos jóvenes tenían que soportar a todas horas, o por el simple descubrimiento de que ninguno era el tipo del otro, o, más extraño aún, por el hecho de que, apenas conscientemente, Cyprian se había convertido en una madre para Danilo. Le sorprendió descubrir en su personalidad talentos antes insospechados, especialmente para la sopa, así como una a menudo absurda voluntad para sacrificar toda comodidad hasta cerciorarse de que Danilo estaría seguro otro rato más, por breve que fuera.

La primera liberación del deseo produjo en Cyprian el goce inesperado de un primer orgasmo. Era una noche negra y de nubes espesas, y estaba sentado velando el sueño de Danilo, como si se preparara para intervenir en cuanto fuera necesario, para entrar en los paisajes de dolor del sueño o el delirio del otro hombre. De repente, no, de repente no, más bien como uno se despierta a veces muy despacio a la conciencia de que hay luz en la habitación, se dio cuenta de que desde hacía un tiempo indeterminado ni siquiera había imaginado el deseo, su despertar, su satisfacción, la menor ocasión para ello. El desequilibrio que estaba acostumbrado a sufrir como un espacio aturdido en el sensorio del día, como si el tiempo tuviera nervios sexuales, un tramo del cual hubiera estado esperando sin dirección, de algún modo misterioso ya no estaba ahí y lo ocupaba otra cosa, una claridad, un enfriamiento general de la temperatura...

Por supuesto que pasó, como pasan los latidos del deseo, pero lo extraño es que, inesperadamente, se encontró intentando recuperarlo de nuevo, como si fuera al menos tan deseable como el deseo mismo.

Danilo se defendía bastante bien con un bastón que tenía una cabeza de lobo por empuñadura; se lo había tallado a lo largo del invierno, en fresno de las montañas, su

amigo Zaim. Un día entró en casa y se encontró a Cyprian cortando patatas, zanahorias de invierno y cebollas para hacer una sopa, y por primera vez hablaron de su viaje por las montañas.

—Fue suerte. —Cyprian se encogió de hombros—. Tuvimos suerte.

—Fue la voluntad de Dios —dijo Danilo.

—Y dime otra vez, ¿cuál de tus varios dioses fue?

—Sólo hay un Dios.

Cyprian distaba mucho de estar seguro. Pero, dada la utilidad de seguir apegado al día, se limitó a asentir y siguió picando la verdura.

Cuando volvieron a las vías paralelas de acero, se encontraron con que las líneas nerviosas eran presas de una ansiedad casi mortal: bandas de irregulares con largos rifles antiguos cuyos accesorios de latón llevaban grabados versos sagrados del Corán, unidades de bosnios católicos con Mannlicher proporcionados por sus amos austriacos, guerrilleros turcos que se encaminaban a Constantinopla y a la revolución en curso, el ejército regular austriaco acantonándose en las fronteras, parando a todo el mundo, sin la menor indulgencia hacia los turistas ingleses, que era por lo que esperaba Cyprian que le tomaran, o ni siquiera hacia los alemanes, que los había a montones, como si quisieran presenciar un espectáculo impío, una representación de la pasión sin Cristo.

Forma parte de la naturaleza de la presa, reflexionaría Cyprian más adelante, que a veces, en lugar de someterse a las exigencias de un depredador, se empeña en ponerle dificultades. En huir para salvar la vida. En disfrazarse. En desaparecer en nubes de tinta, kilómetros de matorral, agujeros en la tierra. E incluso, por extraño que parezca, en presentar batalla. Los darwinistas sociales del momento no paraban de cantar las gozosas ventajas de los colmillos y las garras ensangrentadas, pero no se mostraban tan exaltados en relación con la velocidad y el engaño, el veneno y la sorpresa.

Lo importante en cuanto a los disfraces, pensó Cyprian, era no parecer ruso. No se trataba de que las habilidades que requería vinieran a él de repente por una providencia especial, esta vez había pocas cosas que no hubiera hecho ya antes. En Bosna-Brod se vio obligado, desde debajo de un atuendo cuyo vínculo con cualquier tipo de buen gusto más valía dejar inexplorado, a interpretar el papel de la esposa de un funcionario inglés que despreciaba todo lo que no fuera de su país y, en una tesitura chillona, exigía que le permitieran reunirse con su marido, hacia quien, aunque fuera de ficción, Cyprian tuvo el cuidado y la habilidad de traslucir algo menos que completa adoración, mientras soltaba una diatriba contra todo lo bosnio, los alojamientos, la comida: «¿A quién se le ha ocurrido este espanto de cordero con espinacas?», «¿Así que este *kapama* es bueno, eh?», e incluso, como si no se diera cuenta de lo peligroso que podía resultar, contra los hombres: «¿Pero a qué sueño de

doncella pensáis responder con esos ridículos bombachos y esos pañuelos?», y lo extraño era que esos irregulares eran tan apuestos y musculosos como jamás se hubiera atrevido a soñar..., pero en ese momento importaba más localizar las armas de fuego, las visibles y las que no estaban a la vista, que probablemente serían hostiles, en cuestión de minutos, y entonces elegir, a esas alturas casi automáticamente, más de una posible vía de escape... Otras veces recurría a lo contrario del disfraz y se prestaba a una sumisión fatalista tan completa que, después de que Danilo y él hubieran superado el brete, nadie recordaba haberlos visto siquiera, si bien ahora la herida de Danilo había vuelto a hacerse notar, junto con su desesperación. Había horas en su viaje en las que Cyprian quería llorar por el sufrimiento del otro hombre, pero sabía, con la ausencia de piedad propia sobre todo del ave rapaz, que la supervivencia, en casos como el suyo, no dependía de los sentimientos.

En Belgrado se encontraron con que la navegación estaba prohibida en los dos ríos. Eso hizo que a Cyprian se le disparara la determinación irritada de salir de allí. En la niebla de finales de invierno, entre cúpulas y agujas de hierro herrumbroso y piedra, ángeles desproporcionados, quebrados, mutilados pero todavía en pie, aislados en las alturas, con rostros extraña y cuidadosamente concretos, Danilo y Cyprian se desplazaron hacia el sur por Serbia, aun sabiendo desde el primer momento que todas las carreteras de las montañas hasta la costa seguirían cubiertas de nieve durante semanas.

En Pljevlje se detuvieron sólo un día para orientarse. Había nieve en las cumbres marrones. Era una preciosa ciudad pequeña con cuatro minaretes, un campanario y el *konak* del Pachá, que se extendía por las faldas de las colinas. Las guarniciones austriacas estaban retirándose, como hacían por todo el *Sanjak* de Novi Pazar, como parte de un acuerdo con Turquía sobre la anexión: masas azules fragmentadas por la nieve caían intermitentemente, líneas que pasaban radialmente una tras otra, como si una enorme rueda apocalíptica hubiera empezado a girar por fin..., los discos del embrague se engarzaban ruidosamente, quintas parlanchinas de jovencitos con uniformes que no les quedaban bien marchaban hacia el crepúsculo general.

—Si encontráramos el modo de llegar a Kossovska Mitrovitsa —comentó Danilo—, que está a unos ciento cincuenta kilómetros de aquí, podríamos tomar el tren al sur para Salónica.

—Tu hogar de la infancia —recordó Cyprian—. Tu prima Vesna y todo lo demás.

—Años ha. Hasta ahora no lo había vivido como un exilio.

En el enero pasado, el reptiliano ministro de Asuntos Exteriores austriaco Aerenthal había conseguido por fin una concesión del Sultán para construir una línea desde la frontera bosnia, a través del *Sanjak*, hasta la cabeza de línea turca de Kossovska Mitrovitsa. Y ahora allí estaba, aquel ferrocarril conceptual sin construir

todavía, invisible bajo la nieve, los puertos de montaña y los valles, un elemento de la diplomacia que esperaba cobrar existencia material.

Cyprian y Danilo siguieron la ruta como bien pudieron. Viajaron con personal de intendencia y cantineras, a bordo del fantasmagórico material rodante de los militares y los vagones de ganado, casi siempre a pie, penosamente, hasta que un día vieron minaretes, y barracones turcos sobre una colina que se alzaba tras una ciudad anodina, y eso era Kossovska Mitrovitsa.

Allí subieron a un tren físico o material y traquetearon hacia el sur, tiritando bajo la humedad invernal, entre vaivenes y chirridos, durmiéndose y despertándose, como si estuvieran drogados, indiferentes a la comida, al humo, al alcohol... Durante todo el trayecto a través de Macedonia, pasando por estaciones de peregrinaje, por santuarios y lugares sagrados abandonados, con el viento soplando en andenes desolados, a Cyprian lo miraban de vez en cuando, aunque no de manera previsible, desde los pasos a nivel o las vías, en los arcos de las estaciones, como si fueran camaradas de armas que hubieran compartido un revés oscuramente vergonzoso en el campo del honor, pero no una derrota completa, sino como una incitación a retirarse de algún combate potencial. El destino había movido un peón, el gambito había sido rechazado, y el desaliento de lo perdido gimió en los cables telegráficos por todos los pasos, bajo la Montaña Negra de Skoplje, a través de la propia ciudad, más allá del Monte Vodno, por el valle del Vardar, a través de la región vinícola de la Llanura del Tikveš, por Demir Kapija, la Puerta de Hierro, y así hasta llegar al Egeo, al final de la línea, a Salónica, donde al salir de la niebla de nicotina y hachís de la taberna de marineros Mavri Gata, o Gato Negro, inexplicablemente vino corriendo una joven con cabello rubio, que saltó sobre Danilo y le abrazó no sólo con brazos sino también con piernas, sin parar de gritar su nombre.

—Ésta es mi prima —dijo Danilo cuando por fin dejó de sollozar lo bastante para poder hablar—, Vesna.

En otra ocasión, en otra vida, Cyprian habría respondido con el tono más mordaz: «Claro, encantado, cómo no», pero ahora no pudo reprimir una sonrisa con la boca, los ojos y los senos entre ellos. Tomó la mano de la joven.

—Tu primo me ha contado que su familia estaba aquí. Me alegro tanto como él de verte. Posiblemente más.

El alivio que sintió fue tal que rompió a llorar también. Nadie se dio cuenta.

Al llegar a Salónica, Cyprian y Danilo encontraron la ciudad reverberando todavía, como un gong que acabaran de golpear, por los acontecimientos de la primavera y el verano precedentes, cuando el sultán turco había sido obligado a restaurar la constitución, y los insurgentes conocidos como Jóvenes Turcos habían tomado el poder en su país. Desde entonces, Salónica estaba de los nervios. La ciudad era un hervidero de legiones de hombres armados con rifles, con pinta de haber sido

bruscamente despertados y que sólo estaban de paso, como si este antiguo paisaje aromático de tejados rojos, cúpulas, minaretes y cipreses en laderas escarpadas y oscuras se hubiera convertido en la pensión de mala muerte de Europa. Todo el mundo había dado por sentado que Salónica caería bajo la influencia austriaca, pues Viena soñaba con el Egeo como los alemanes soñaban con París, cuando de hecho fueron los castos jóvenes revolucionarios de Turquía quienes ya habían empezado a reimaginar la ciudad. «Disfruta de la línea del horizonte mientras puedas», dijo Danilo casi llorando, «la idea de una ciudad sin mezquitas se nos echa encima, una ciudad anodina, moderna, ortogonal, carente por completo del misterio de Dios. Vosotros, los del Norte, os sentiréis como en casa».

En el puerto, entre la estación de tren y las fábricas de gas, en las cervecerías y los bares de hachís del barrio de Bara, las chicas eran venales y de una belleza intermitente (pero asombrosamente bellas cuando lo eran), los hombres vestían trajes de un blanco o un perla chillones y zapatos a juego, cuyo immaculado brillo Cyprian comprendió que haría peligrar su vida si lo cuestionaba o siquiera hablaba de él en voz alta.

En el Mavri Gata había suficiente humo de hachís para aturdir a un elefante. Al fondo de la sala, como si estuviera detrás de un iconostasio del canto, tocaban sin descanso un oud, baglamas y una especie de dulcimer de percusión llamado santouri. La música era salvaje, de escala oriental, con los segundos y los sextos aplanados, y una especie de *portamento* sin traste en medio, y resultaba instantáneamente familiar aunque las palabras se pronunciaran torpemente en un griego carcelero del que Danilo, según confesión propia, sólo entendía una palabra de cada diez. En estas modalidades nocturnas, «rutas» las llamaban los músicos, Cyprian oía himnos no de patrias definidas, sino de la marcha a un exilio de por vida. Carreteras que esperaban la suela desgastada, la rueda recubierta de hierro, y promesas de una desdicha a una escala que las universidades de los estados mayores militares sólo ahora empezaban a imaginar.

Vesna era una llama, un foco brillante de atención conocida en la ciudad como *merakloú*.

—*Tha spáso koupes* —cantaba—, romperé todos los vasos, saldré y me emborracharé porque me hablaste...

De vez en cuando aparecían cuchillos y pistolas, aunque algunas sólo para venderlas. A los clientes apropiados se les introducían somníferos en la cerveza y les robaban todo, hasta los calcetines. Los marineros desertaban de sus buques de guerra por jovencitas de las calles que juraban desafiar a chulos o maridos sin importar lo fatales que fueran las consecuencias. Clientes más curtidos, venidos de Constantinopla por negocios, se sentaban en mesas al fondo, fumando de *argiles*, hablando para sí mismos sin mover los labios, escrutando cuantos rostros iban y venían. Su presencia (Cyprian lo supo por Danilo) no era inseparable de las actividades del Partido de los Jóvenes Turcos y su Comité de Unión y Progreso, cuyo

cuartel general estaba aquí, en Salónica. Estos jóvenes idealistas necesitaban aquí cosas más materiales, zonas de la ciudad en las que entrar y salir sin molestias, en las que sólo podían ayudarles los «chicos derviches». También estaban los alemanes, hablando ubicuamente con los agentes del Comité, demasiado pagados de sí mismos para preocuparse por identidades alteradas, presentándose simplemente como alemanes, como si el valor de la emulación fuera demasiado obvio para exigir comentario alguno. Niños albaneses con montones de *koulouria* en bandejas mantenidas en equilibrio sobre cabezas perfectamente aplanadas entraban y salían corriendo. Se rompían cristales, los platillos se golpeaban repetidamente, los *kombolói* se toqueteaban en docenas de ritmos, los pies seguían la música. Las mujeres bailaban juntas el *karsilamás*.

—¡Amán! —gritó Vesna, ululó—: ¡amáaaaán, ten piedad, te amo tanto...!

Cantaba una nostalgia tan profunda que la humillación, el dolor y el peligro dejaban de importar. Cyprian había dejado tanta emoción atrás que tardó ocho compases en comprender que era su propia voz, su vida, su pequeña victoria sobre el tiempo, transformadas en extremidades rubias, sonrisas primaverales y un corazón que latía con demasiada fiereza para reflexionar y que le llevaba hacia lo que sabía que necesitaba, sin lo que no podía vivir. *Stin ipochí*, como la canción, como tantas canciones, decía, de vuelta a aquel día... ¿Qué había pasado? ¿Dónde estaba el deseo, y dónde estaba él, él, que estaba hecho casi por entero de deseo? Contempló el alba a través de la puerta que daba a la calle, el destino cíclico de una Creación más a pequeña escala, formada a partir de la nada durante las horas oscuras con un golpe mezquino, una extorsión trivial, un paso sin fe cada vez, un pequeño mundo en el que una ciudad entera de vidas, sin pensar, alegremente, con toda su fuerza, se había invertido, y así se seguiría haciendo, noche tras noche. Era la ausencia de toda duda lo que impresionaba a Cyprian, dejando aparte el ouzo y el hachís, cuyos componentes moleculares, que ocupaban a esas alturas todas sus células cerebrales, desalentaban un análisis más cuidadoso. Era un mundo del que resultaba posible retirarse, al modo de un ángel, y sobrevolarlo a bastante altura para verlo mejor, plantearse salidas, pero de aquí, entre el humo y las olas rompientes del deseo, nadie quería salir, este pequeño mundo sin duda servía, tal vez al modo en que para algunos, como sugería una de las canciones de Vesna, los niños, aunque pequeños, aunque no menos condenados, son por siempre más que suficientes.

Finalmente se habían filtrado noticias sobre la situación de la crisis de la anexión y las actividades de los grandes. El embajador alemán se había reunido con el Zar, llevándole una nota personal del Káiser, y poco después el Zar anunció que, tras pensárselo mejor, la anexión de Bosnia no le molestaba tanto. El continente se relajó. La decisión del Zar podía tener que ver con las divisiones alemanas recientemente movilizadas que se habían situado en la frontera con Polonia, aunque eso no eran más

que conjeturas, como todo lo demás en esta fase inmóvil de la Cuestión Europea, esta pesadilla diurna hacia la que todo había convergido, tan letal como una locomotora sin luces ni señales, perturbadora como lanzas disparadas en el último momento, de la que se habían despertado a causa de algún ruido en el mundo exterior, un timbre o un animal perdido, del que tal vez nunca se sabría nada.

Si Cyprian, por brevemente que fuera, creyó que tenía derecho a un respiro, pronto se desengañó. Una noche en el Mavri Gata, Danilo se presentó con un búlgaro lúgubre y delgado como un *noodle* cuyo nombre la gente o no sabía pronunciar o no podía recordar, o no quería decir en voz alta por temor a ciertos elementos griegos de la ciudad. Entre los *dervisidhes*, debido a su aspecto, se le conocía por el nombre de Flaco Gabrovo.

—No es el mejor momento para ser búlgaro en Salónica —le explicó a Cyprian—. Los griegos, no estos *rembetes* de aquí sino los políticos que salen de la embajada griega, quieren exterminarnos a todos. En las escuelas griegas pregonan que Bulgaria es el Anticristo. Agentes griegos colaboran con la policía turca para hacer listas negras de búlgaros, y hay aquí una sociedad secreta llamada «La Organización» cuyo propósito es llevar a cabo esos asesinatos.

—Es por Macedonia, claro —dijo Cyprian.

Una antigua disputa. Los búlgaros siempre habían considerado Macedonia una parte de Bulgaria, y después de la guerra con Rusia así fue por fin... durante unos cuatro meses de 1878, hasta que el Congreso de Berlín se la devolvió a Turquía. Por su parte, los griegos creían que era griega, para lo cual invocaban a Alejandro Magno y demás. Rusia, Austria y Serbia buscaban ampliar su influencia en los Balcanes y utilizaban la Cuestión Macedonia como pretexto. Y lo más extraño de todo: las figuras más prominentes de la Organización Revolucionaria Macedonia del Interior —la ORMI—, como Gotse Deltchev, creían, ni más ni menos, que Macedonia pertenecía a los propios macedonios y merecía ser independiente de todas las potencias.

—Desgraciadamente —dijo Flaco Gabrovo—, la ORMI está escindida entre la gente de Deltchev y otros nostálgicos de la efímera «Gran Bulgaria» tal como era antes del Congreso de Berlín.

—¿Y tú qué opinas? —Cyprian ya se reía para sus adentros.

—¡Ja! —Se rieron con amargura un buen rato hasta que el búlgaro cesó bruscamente—. Los griegos creen que soy de la ORMI, ése es el problema.

—Vaya por Dios. ¿Y lo eres?

—Me falta esto —Flaco Gabrovo mantuvo el índice y el pulgar separados un centímetro, junto a la oreja derecha—. Anoche. Ha habido otras tentativas, pero no como ésa.

—Le he contado cómo salimos de Bosnia —dijo Danilo servicial.

—Ya, y yo soy la Pimpinela Escarlata, ¿no?

—Es tu destino —afirmó Vesna, que había estado escuchando.

—*Tsoupra mou*, tú eres mi destino.

—Éste es el plan —dijo Cyprian la noche siguiente en el Café Mazlum, en el muelle, adonde parecía haber acudido la ciudad entera para escuchar cantar al gran Karakas Effendi—. Puede que hayáis seguido las noticias de Constantinopla, el fermento político y todo lo demás, y os hayáis fijado en que muchos de nuestros hermanos turcos de aquí, en Salónica, han empezado a volver a su capital, en previsión de un esfuerzo a mayor escala para hacer entrar en razón al Sultán. Lo que haréis, por tanto, es poneros un fez...

—No. No. Soy un exarca.

—Danilo, explícaselo.

—Te pondrás un fez —explicó Danilo— y, pasando inadvertido en medio de toda la agitación turca, subirás a un tren para La Ciudad, y cuando llegues allí —escribió en un trozo de papel y se lo entregó—, sigue a tu nariz hasta el bazar de especias de Eminönü. Justo detrás está el muelle Stamboul, buscas este número y preguntas por Khalil. Siempre hay pesqueros del Mar Negro en Varna.

—Si es que llego a salir de Salónica con toda la gente de esa Organización vigilando.

—Nos aseguraremos de que la ORMI los vigile a ellos.

—Mientras tanto —dijo Cyprian—, tú y yo vamos a intercambiar sombreros y abrigo. Cuando salga de aquí, creerán que soy tú. Aunque, debo añadir, tu ropa ni se acerca al estilazo de la que vas a recibir. Te lo digo por si crees que no hago bastante sacrificio o algo así.

Y así Cyprian, haciéndose pasar por Flaco Gabrovo, cambió su alojamiento calle arriba por un *teké* llamado la Perla del Bara, e inmediatamente notó una mejoría en su presupuesto semanal, debido al ahorro del gasto en «cosa negra», como se conocía el hachís entre los derviches, pues lo único que tenía que hacer era pasearse un par de minutos por el pasillo e inhalar hasta que los dibujos de las alfombras orientales empezaran a retorcerse por su campo de visión con sus naranjas luminosos y azules celestes.

Aunque Vesna mantenía una intensa relación con un gángster de Esmirna llamado Dimitris, Cyprian y ella se despidieron como si uno formara parte del otro. Él no tenía ni idea de por qué. Danilo lo observó con el respeto fatalista del alcahuete hacia las leyes del azar contra las que está condenado a luchar para siempre. La bocina de vapor del barco lanzó su último aviso.

—Has hecho algo bueno —dijo Danilo.

—¿Lo del búlgaro? Me preocupa, me pregunto si siquiera podrá ponerse el fez en la cabeza.

—No creo que lo olvide nunca.

—Lo importante para él —dijo Cyprian— es volver a casa, estar entre los suyos.

Se abrazaron, pero eso sólo era la versión formal, pues su abrazo se había producido mucho antes.

Para volver a Trieste, Cyprian, que ya había tenido ferrocarril de sobra por un tiempo, tomó barcos costeros y vapores correo egeos, jónicos y adriáticos, pasando todo el tiempo que podía charlando, fumando y bebiendo con otros pasajeros, como si, de quedarse a solas, hubiera podido pasarle algo desagradable. Como si aferrándose con fuerza a lo lineal y lo cotidiano pudiera salvarse, pudieran salvarse todos. De regreso en Kotor, por ninguna razón que fuera capaz de explicar, decidió desembarcar y echar un vistazo rápido a Montenegro. En la carretera a Cetinje, se detuvo en una zona de altibajos para contemplar Kotor desde allí, y comprendió lo mucho que había deseado estar exactamente ahí, contemplando esta ciudad y bahía de encantadora inocencia, vendidas ahora a los intereses de la guerra, esta compasiva negación de la inmensa crueldad del último invierno balcánico, con la luz del sol que empezaba a durar cada día un poco más que las cinco horas que las montañas y la estación permitían.

Y todo para descubrir que, buen Dios, tras un invierno de tantas penurias y equivocaciones, Bevis Moistleigh había estado escondido en Cetinje con Jacintha Drulov todo ese tiempo, que el joven imbécil enamorado había sido capaz de llegar hasta el final del camino, en ese periodo de aguda histeria a causa de la guerra europea, por un terreno poco hospitalario, sembrado de antiguos odios tribales que nunca entendería claramente, impulsado por algo que él creía que era amor.

—Un poco de Bosnofobia, no te creas, y no me sorprende —explicó Bevis alegremente.

Los ciruelos y los granados florecían, en tonos incandescentes blancos y rojos. Las últimas manchas de nieve casi habían desaparecido de las sombras añiles de las paredes de piedra que daban al norte; cerdas y lechones corrían gruñendo alegremente por las calles embarradas. Los gorriones que acababan de ser padres atacaban a los humanos que consideraban intrusos. En un café al lado de Katunska Ulica, cerca del mercado, Cyprian, sentado a una mesa frente a la pareja de tortolitos (cuya principal diferencia con las palomas, pensó, debía de ser que éstas eran más directas cuando se cagaban encima de alguien), evitando con un gran esfuerzo personal que su expresión mostrase irritación, se vio visitado por una Revelación Cósmica, caída del cielo como mierda de paloma, a saber: que el Amor, que gente como Bevis y Jacintha sin duda concebían como única Fuerza suelta por el mundo, era de hecho más similar a las 333 000 o cuantas quiera formas distintas de Brahma adoradas por los hindúes, es decir, la suma, en cualquier momento dado, de todos los

variados semidioses del amor que millones de amantes mortales, en una danza sin límites, adoraban. Sí, y mucha suerte para todos ellos.

Sintió una extraña y sobria alegría ante la habilidad, que parecía haber adquirido recientemente, para observarse a sí mismo enfadado. Qué raro.

—Vaya, mira a Cyprian, parece bastante aturdido.

—Sí, tienes razón, ¿Cyprian?

—¿Eh? Claro. ¿Cómo no iba a estarlo?

—¿Te hemos ofendido, Cyprian? —preguntó Jacintha despreocupadamente radiante.

—Mírala —canturreó Bevis en voz baja—, ella es su misma Catástrofe Ultravioleta.

—A mí sólo me ofenden ciertos tipos de papel pintado —Cyprian sonrió apretando los labios.

—Siempre supusimos que andarías por ahí buscándonos —dijo Bevis.

Cyprian le clavó la mirada, con la esperanza de no parecer demasiado rudo.

—Porque...

—Bueno, porque no eres uno de esos malditos tipos de Theign, ¿verdad que no? Si lo fueras, a estas alturas estarías a salvo, de vuelta en algún puesto neutral, Ginebra, Nueva York o por ahí.

—Oh, Moistleigh, estaba por aquí cerca, eso es todo. Encantado de veros a los dos.

Había habido un tiempo, y de eso no hacía tanto, en que ese tipo de situaciones habrían anunciado una larga semana de náuseas y resentimiento. Pero ahora sentía, contra el rostro que tendría su alma si las almas tuviesen rostro, un brioso equilibrio primaveral, como si él estuviera en alto, manteniendo un ángulo de ataque en las posiciones avanzadas de una tormenta cuyo fin nadie había visto. Le sorprendió y no le sorprendió.

Tras amasar una modesta suma en las mesas de juego, Reef se dedicó a pasear un tiempo por Niza: se sentaba en cafés, donde bebía vino anónimo, o en bares de hotel, donde pedía Marquises de piña que acompañaba de copas de *trois-six*. Pero no se veía llevando una vida de *flâneur* para siempre. Lo que de verdad necesitaba era ir a volar algo. Aclararse las ideas. Apenas se le había ocurrido cuando vio aparecer a nada menos que su viejo ‘compañero’ Flaco del Túnel Simplon, más anarquista y pirado por la dinamita que nunca, que ya es decir.

—¡Flaco! ¿Qué andas haciendo por estos lares?

—Volví a México por un tiempo, casi la palmo en un trabajo en una refinería, tuve que gastar bastante dinero y salir pitando. Pero ¿sabes a quién vi en Tampico? ¡A tu hermano Frank! O Pancho, que es como le llaman allí. Y me pidió que te dijera que «había pillado a uno de ellos». Dijo que tú ya lo entenderías.

—Vaya, el bueno de Frank. Bien hecho. ¿Y no te mencionó a cuál?

—No, eso fue todo lo que me dijo. Tenía tres vagones cargados de explosivos que quería vender, de esos pequeños torpedos para los pozos de petróleo que llevan un cuarto de nitro cada uno, ¿sabes? Hermoso. Fuimos al mercado a comprar algunos, y él nos hizo un precio razonable. ‘*Buen hombre*’, tu hermano.

—Mira, si vuelves a verlo dile que se cuide bien el culo ahí abajo.

—Claro que lo veré. ¡Eh! En México todo el mundo vuelve a verse, ¿sabes por qué? Porque allí todo está a punto de explotar. La cerilla está encendida. Regreso en cuanto pueda.

—¿Algo importante esta vez?

—‘¡*Seguro, ése!*’ Y también muy divertido. Diversión para todos. ¿Quieres venir?

—No sé. ¿Crees que debo?

—Debes. ¿Qué coño hay que hacer aquí?

Bueno, lo primero que le venía a la cabeza era la vieja, lamentable e inacabada saga, tan desdichadamente abortada en Venecia, de Scarsdale Vibe, al que, de hecho, Reef debería estar siguiendo ahora mismo, esperando que se presentara la gran ocasión. Pero desde la marcha de Ruperta, Reef había estado trabajando sin mucha información, y es posible que Vibe ya ni estuviera a esta orilla del océano. Y desde la fría separación con Kit, su corazón, a decir verdad, tampoco había estado mucho por la labor...

—Me alojo en la ciudad vieja —dijo Flaco—, cerca de Limpia, el barco zarpa pasado mañana, ya conoces aquel bar, L’Espagnol Clignant, puedes dejar un mensaje a Gennaro.

—Sin duda será agradable, ‘*mi hijo*’ —dijo Reef—. Como en los viejos tiempos que casi recuerdo.

Flaco le miró de cerca.

—Te traes algo entre manos aquí, ¿es eso?

No había motivos para no confiar en él, dado lo que recordaba del odio inflexible de Flaco hacia todos los personajes importantes que quedaban por asesinar a ambas orillas del Atlántico.

Se sentaron en la terraza de un café detrás de la Plaza Garibaldi.

—Intento evitar lugares como éste —murmuró Flaco—. Es el típico objetivo burgués que a los anarquistas les gusta volar.

—Podríamos buscar otro sitio.

—Al infierno, confiemos en la cortesía profesional —dijo Flaco— y en las leyes de la probabilidad.

—Una cosa es intentar llegar a un acuerdo honorable con tus muertos y mantenerlo —le pareció a Reef—, y otra muy distinta ir por ahí sembrando muerte como puedas. Y no me vengas con que estoy infectado de valores burgueses. Me han acabado gustando estos cafés, con su ir y venir de la vida ciudadana, prefiero estar aquí disfrutando sin preocuparme a todas horas por si estalla una bomba... —Que es, claro, el momento exacto en que sucedió, tan inesperada y ruidosamente que durante varios días los que sobrevivieron a la explosión no estarían seguros de si había ocurrido de verdad, ni llegarían a creerse que nadie hubiera deseado sumir tal ejemplo de cortesía, fruto de una larga evolución cuidadosamente trabajada, en esa eclosión desintegradora: una lluvia densa y prolongada de trozos de cristal verde, claro, ámbar y negro, saltando de ventanas, espejos, vasos, jarras y botellas de absenta, vino, almíbares de fruta, whisky de años y orígenes variados; sangre humana por todas partes, de arterias, venas y capilares; fragmentos de hueso, cartílago y tejido blando; astillas de todos los tamaños arrancadas de los muebles; metralla de latón, zinc y cobre, tanto de placas desgarradas como de los diminutos clavos del marco de los cuadros; vapores nitrosos, fluidos sueltos de humo tan negro que no se veía a través...; un inmenso y fulgurante movimiento hacia arriba y de vuelta hacia abajo, hacia afuera y al otro lado de la calle y por toda la manzana, bajo los rayos de un completamente indiferente sol de mediodía, como un largo mensaje de heliógrafo enviado demasiado rápido para que nadie más que los ángeles de la destrucción lo leyeran.

Y la explosión dejó a estos tan grave e inesperadamente heridos burgueses llorando como niños, niños otra vez, sin más obligación que la de parecer lo bastante desamparados y dignos de compasión para conmover a aquellos que tenían los medios para defenderlos, los protectores provistos de armas modernas y disciplina inquebrantable, ¿y por qué tardaban tanto? Mientras lloraban se dieron cuenta de que podían mirarse a los ojos, como si se hubieran liberado de su necesidad de fingir madurez, necesidad en plena vigencia hasta hacía apenas unos segundos.

—Flaco, mierda, no sería uno de tus locos hijoputas, ¿verdad? —preguntó Reef mirando con interés la sangre que parecía cubrirle por entero. Se las arregló para salir arrastrándose de debajo de lo que quedaba de la mesa y agarrar a Flaco por la camisa—. ¿Todavía tienes la cabeza en su sitio?

—Es peor que volver a aquel túnel —dijo Flaco con una gran y estúpida sonrisa, a punto de ponerse a cantar como un gallo por la sorpresa de seguir vivo.

—Echemos un vistazo, a ver si... —Pero lo dijo sin demasiada esperanza. No había muchos muertos, sólo los suficientes. Flaco y Reef apartaron escombros, apagaron a golpes un par de pequeños incendios, encontraron heridos cuyas hemorragias podían detenerse con torniquetes, un par que estaban en estado de shock y tuvieron que taparlos con manteles chamuscados y manchados de sangre para darles calor, y pensando, aproximadamente a la par que la policía y algunos perros callejeros hacían acto de presencia, que habían hecho lo que podían, se marcharon. Un temprano *gregaou* se había abatido sobre la costa y, cuando el humo se hubo disipado de su cabeza, Reef pensó que podía oler la nieve en el aire.

—A algunos de estos ‘bandoleros’ —dijo Flaco sonriendo todavía— les importa un carajo a quién se lo hacen.

Reef estaba a punto de preguntar «¿Por qué?», pero de repente se mareó y tuvo que sentarse. Le dolía todo.

—Estás hecho una mierda, ‘pendejo’ —le advirtió Flaco.

—Pues ese brazo tuyo tampoco va a ganar ningún premio.

—Me parece que no me lo he roto —dijo Flaco mirándose—. ‘¡Caray!’

—Vamos a ver al colega del cuchillo —sugirió Reef. Se trataba del Professeur Pivoine, que era una especie de modisto que zurcía las heridas de la carne del vecindario tras los frecuentes choques callejeros que se producían en el Quartier Riquier. También sabía extraer balas, pero reconocía que distaba de ser un artista en ese sentido.

Encontraron los instrumentos afilados y esterilizados y al Professeur con buen ánimo para el navajeo médico. Más tarde, Reef se sumió en uno de esos estados penumbrosos en los que tenía la impresión de que su hermano Kit estaba allí, cerniéndose sobre él a casi un metro, en el aire y resplandeciendo de un modo peculiar.

—Lo siento —intentó decir Reef, con una voz paralizada como en una pesadilla cuando se apaga la luz y oímos unas pisadas y queremos decir «¿Quién anda ahí?», pero no podemos.

—No pasa nada —dijo Kit—, no has hecho nada malo. Nada que yo no hubiera hecho.

¿De qué coño estás hablando?, intentó decir, lo he hecho todo mal. Abandoné a mi bebé y a la mujer que amaba. Reef sabía que estaba llorando. Con todo por lo que podría haber llorado, y estaba llorando por eso. Era como uno de esos primeros orgasmos, un acontecimiento atemporal cuya fuerza no puede medirse. Se estremeció. Notaba las lágrimas y los mocos por toda la cara. Kit flotaba por allá arriba, junto al techo, diciendo «tranquilo, tranquilo» y otras frases para calmarlo, y entonces, al cabo de un rato, empezó a desvanecerse.

Aunque las perspectivas de los anarquistas en una revolución a tiros nunca son demasiado halagüeñas, Flaco estaba resuelto a volver a México. Antes de zarpar, Reef y él fueron cojeando a L'Espagnol Clignant para una última copa de bon voyage. Llevaban tiritas, puntos de sutura y placas ennegrecidas de sangre seca por todo el cuerpo, lo que dio motivo a Gennaro, el camarero, para al menos media hora de diversión.

—Así que te vas a quedar por aquí, a ver si puedes cargarte al capitalista con esa escopeta de cazar elefantes —dijo Flaco.

—También debería ser plato del gusto de tu gente, después de ver cómo se cepillaron a aquel chico, Tancredi.

Flaco se encogió de hombros.

—Tal vez tendría que haber tenido más cabeza.

—Qué frialdad, Flaquito. El chico ya está en su tumba, ¿cómo dices eso?

—A lo mejor estoy perdiendo la fe en que sirva ya para nada asesinar a los grandes y poderosos, es posible que sea eso, es posible que no fuera más que otro de esos sueños con los que les gusta engañarnos. A lo mejor lo único que busco ahora es una guerra a tiros normalita, con otros peones como yo a los que devolver los disparos. Al menos, tu hermano Frank tuvo el sentido común de ir a por los pistoleros a sueldo que hicieron el trabajo.

—Pero eso no significa que Vibe y los demás no se lo merezcan.

—Claro que no. Pero eso es venganza, algo personal, no una táctica en la lucha mayor.

—Tanto me da —dijo Reef—, el caso es que todavía tengo que perseguir a ese cabrón asesino.

—Pues buena suerte, *'mi hijo'*. Le daré recuerdos a Pancho cuando lo vea.

¿Debería tener más cabeza?, se preguntaba ella.

Después de semanas de antorchas deslizándose por delante de la ventana, de tormentas en las montañas, de visitas de la policía, como en una corriente eternamente descendente, el estruendo más fuerte que el llanto o las palabras, la sangre que encontraba su voz, y ninguno de los dos intentaba rescatar al otro, sino que lo buscaba, una y otra vez, para arrastrarlo más hacia el fondo, lejos de la seguridad. Antes de ir a Zengg para embarcarse de nuevo hacia Venecia, Vlado, como si hubiera intuido la existencia de un obstáculo letal, entregó a Yashmeen un cuaderno escolar verde fabricado en alguna región austriaca del imperio, con *Zeugnisbüchlein* impreso en la portada, que él llamó *El Libro de los Enmascarados*. Las páginas estaban llenas de notas de campo codificadas y fragmentos científicos ocultos de una peligrosidad que al menos podía sospecharse, aunque posiblemente más por lo que prometía que por lo que presentaba en un código tan indescifrable: el esbozo de un paisaje mental cuyas capas surgían una tras otra como de una bruma, un

país distante de dolorosa complejidad, un flujo casi incomprensible de letras y cifras que se mezclaban y confundían, por no mencionar las imágenes, desde unos bocetos casi invisibles de trazos finos como patas de arañas a otros más acabados que comprendían todo el espectro total de tintas y pasteles, de cuanto Vlado había visitado bajo las arremetidas del viento de su país, de lo que no podía parafrasearse ni siquiera en la extraña santidad de la escritura del eslavo antiguo, visiones de lo insospechado, brechas en la Creación donde acaso algo más había sido luminosamente atisbado. Formas en las que Dios quiso esconderse dentro de la luz del día, no la lista completa, pues ésta era probablemente interminable, sino encuentros casuales con detalles del mundo invisible de Dios. Sus capítulos se titulaban: «Escuchar las voces de los muertos», «Atravesar la Tierra impenetrable», «Encontrar las puertas invisibles», «Reconocer los rostros de quienes poseen el Conocimiento».

Bueno, una sabiduría secreta que él había jurado no revelar jamás, ella ya se esperaba algo por el estilo. A esas alturas sabía que en esas montañas, con siglos de sangre a sus espaldas, tales feroces empresas nunca se cuestionaban.

—Pero esto está puesto por escrito —no pudo evitar objetar—. Creía que se suponía que debía hacerse oralmente, transmitirse boca a oreja.

—Entonces tal vez sea un fraude —se rió Vlado—. Una falsificación. Como sabes, tenemos talleres llenos de calígrafos e ilustradores, atareados como enanos en una caverna, pues incluso allá en las montañas sabemos que pueden sacarse fácilmente beneficios de la credulidad de millonarios americanos y sus agentes, quienes estos días andan por todas partes con sus famosos maletines escolares rebosantes de billetes verdes, comprando cuanto ven, óleos, loza antigua, trozos de castillos, por no hablar de posibilidades de matrimonio y caballos de carreras. Así que ¿por qué no este pintoresco artefacto nativo, con sus visiones coloristas aunque indescifrables?

Ella lo acabó aceptando. Se dijo a sí misma que le atraía su humildad, su facilidad de ocultación.

Durante sus visitas a Venecia habían adoptado la costumbre de ir al cine. Iban al Teatri Minerva y al Rossini, pero su favorito era el Malibran, junto al Corte del Milion, donde la tradición situaba la casa de Marco Polo. Se sentaban en la oscuridad y veían la película rodada ahí cerca no hacía mucho, desde una góndola, por Albert Promio y su equipo de Lumière de París. En cierto momento, la imagen había entrado en el Arsenal, desplazándose como en un sueño por incontables orillas de canales marrones, entre los laberintos, los muelles y los talleres de góndolas, las pasarelas, las viejas charcas de aguas estancadas. Ella sentía el estremecimiento que recorría el cuerpo de Vlado. Él se había inclinado hacia delante para mirar fijamente, con un

grado de aprensión que ella nunca había visto, ni siquiera cuando sentía la presencia de jinetes invisibles u oía tiroteos por la noche.

Reef estaba de vuelta en Venecia antes de saber por qué. Aquí era donde todo había descarrilado, aunque su regreso a la ciudad no prometía ser más útil que el de un fantasma a un castillo. Se sentía un poco desesperado. La bomba en el café de Niza había iluminado toda una alta cordillera como un rayo en la noche, enseñándole el país por delante bajo un aspecto sombrío e incomprensible. No tenía muy claro que estuviera preparado para todo lo que las sombras ocultaran.

Había pasado por el Lido para hacer prácticas de tiro con su rifle exprés de cordita del calibre 450. Tenía que apuntar, concentrarse en dianas lejanas, con una luz vacilante y vientos traicioneros. A esas alturas, allí no había nadie que le recordase que ya no sabía ni dónde estaba su objetivo. En Venecia no había encontrado a nadie que le dijera palabra sobre Scarsdale Vibe. Paseó por varias *fondamente* a distintas horas del día buscando a Dally Rideout, pero había desaparecido. Cuando se acercó a Ca' Spongiatosta, la Principessa en persona se lo quitó de encima sin miramientos y dos *pistolieri* con librea lo echaron a patadas.

Y en ese momento, de golpe, se encabrita el agua y, en medio de un chapoteo humeante de blasfemias en italiano, emerge una especie de monstruo marino del Adriático del que desmontan dos criaturas con trajes de goma que seguidamente se acercan hasta la arena. Tras recorrer las rutas casi milagrosas conocidas por los marineros de tierra adentro desde que los Argonautas enhebraran su camino a través del continente europeo, no siempre por la superficie, Pino y Rocco estaban de regreso en la ciudad a bordo de su torpedo tripulado, que a esas alturas había aumentado un tanto de tamaño, de vuelta por fin en Venecia, un viaje facilitado por el hecho de que, en el fondo de su corazón, nunca se habían ido. Las últimas noches se los había visto por los bares de los hoteles de San Marco, bebiendo una especie de gin fizz local llamado Casanova y discutiendo sobre fútbol, y cuando cerraban los bares, en las horas que preceden al alba, se había oído a su vehículo letal aullando como un fantasma veloz por los canales y los *rii*... Esa noche habían decidido darse una vuelta hasta el Lido, donde apenas llegados empezaron a oír esas enormes explosiones desde la orilla, que, con su maniática cautela de perseguidos, los llevaron a asumir que se dirigían a ellos.

Reef se colgó cuidadosamente el rifle del hombro y asintió.

—¿Qué hay, chicos? No está mal el barquito que tenéis.

—Eso es una escopeta para cazar elefantes —dijo Pino.

—Sí, tenía entendido que éste era un país de elefantes. ¿Me equivoco?

—Íbamos al hotel —dijo Rocco señalando hacia la masa sin iluminar del Excelsior—, a tomar una copa.

—No creo que abran hasta que haga un poco más de calor —dijo Reef.

Rocco y Pino se miraron.

—Lo han tenido abierto todo el invierno —dijo Rocco—, sólo simulan que cierran.

—Durante todo el año —Pino señaló las extensiones vacías de arenas a su alrededor bajo el fresco y vacilante crepúsculo— hay cierta clientela.

Como cabía esperar, dentro del nuevo hotel de lujo, las luces centelleaban, en los pasillos reverberaban los ecos de los que no se habían ido, el deseo cobraba fugazmente la entidad de figuras apenas atisbadas que al momento se disipaban, arrastradas en su impotencia por un viento interior que las llevaba por las pistas de baile y las terrazas, a lo largo de las arcadas sombrías, donde se oía un eco de música procedente de alguna parte indeterminada, pues la tarima de la orquesta estaba vacía. Camareros de chaqueta blanca se afanaban mezclando bebidas, aunque no había nadie en la barra.

—Amenaza tormenta —los saludó Rafaello. Llevaba una orquídea púrpura en la solapa y conocía a Rocco y a Pino—. Han llegado justo a tiempo.

Poco a poco, el salón se fue llenando de refugiados harapientos, que temblaban y miraban fijamente. Avanzada la noche, se hizo evidente que los negocios dependían ahora tanto de las tormentas invernales y primaverales como en verano dependían del calor y el cielo despejado.

—Y al cabo de un tiempo —decía Pino—, nos encariñamos. Le pusimos nombre. *Il Squalaccio*. —Una vez que se le dio nombre, parecía imposible que pudieran volarlo jamás. Lo llevaron al taller, repensaron el diseño, construyeron ampliaciones por delante y por detrás, con nuevos compartimentos, instalaron un motor mayor, y al poco tenían una variedad enana de submarino.

—¿Señor Traverse? —Reef miró al espejo y reconoció a la amiga de Kit, Yashmeen, a la que había visto por última vez en el Lago Maggiore en los lejanos tiempos de Chirpingdon-Groin.

—Hola otra vez. —Estaba allí con un tipejo alto y apuesto de algún lugar de la otra orilla del Adriático. Iban camino de Trieste cuando la tormenta se desató y los lanzó a la costa de sotavento del Lido, aunque su mayor preocupación parecía ahora una lancha motora que habían visto tras sus pasos.

—Nos han seguido desde el Bacino, mantenían apagados los faros, y de no haber estallado la tormenta, posiblemente ya nos habrían hundido.

—*Attenzione* —murmuró Pino.

Un grupo de hombres habían entrado juntos, algunos se habían quedado al lado de la puerta, otros empezaron a recorrer lentamente el salón, mirando los rostros. Ella se volvió hacia Reef.

—Finge que estás fascinado.

—Claro. ¿Adónde ha ido tu socio?

—Vlado debe de haberlos visto antes que yo.

Rocco se acercó.

—*Austriaci*. Lo más probable es que anden buscándonos a Pino y a mí.

—Nos buscan a Vlado y a mí —dijo ella.

—Podemos llevaros si queréis —ronroneó Pino, como siempre incapaz de disimular sus intenciones libidinosas—. En *Il Squalaccio* pueden dormir cuatro cómodamente.

Reef recogió su escopeta de elefantes y se encaminó hacia la salida.

—Yo os cubriré, chicos. Corred en cuanto podáis. —En la playa encontró una caseta de baño abandonada y tomó posición, cogió una cerilla de madera, la sostuvo bajo la lluvia lo bastante para ablandar la cabeza y luego frotó el fósforo mojado sobre la parte de atrás y de delante de la mirilla, hasta que estuvieron lo bastante resplandecientes para ver.

Al momento, Yashmeen se agazapó a su lado, sin sombrero, respirando hondo, mientras empezaban a silbar ráfagas por las cercanías. Reef la acercó hacia sí, apoyó con firmeza el rifle en el hombro de Yashmeen y disparó un par de veces con su propia arma. En el gigantesco hotel, vieron a los austriacos de atuendos oscuros caer a la arena húmeda.

El viento llevaba el ruido del tiroteo por las playas oscuras hasta lugares tan alejados como Malamocco. Los supervivientes de un invierno a la intemperie, despreciados, expulsados, voluntariamente perdidos, estremecidos al abrigo de toscos refugios, se reunían alrededor de hogueras encendidas con restos de madera y se preguntaban en voz alta qué podía pasar.

El grupo de pistoleros pasó de largo, en dirección al malecón, donde esperaba una masa baja y oscura, visible sobre todo por la corona envolvente de humo que la rodeaba.

—Oh —gruñó ella, y Reef sintió que a la chica se le tensaban los músculos. Ella había visto a Vlado entre los austriacos, sangrando, llevado a rastras, y sabía que no debía llamarlo.

—¿Dónde está tu barco? —Ella se quedó en silencio, inmóvil—. Señorita Halfcourt. —Yashmeen por fin asintió y se levantó, mientras al fondo los gruñidos, quejas y chillidos subían de volumen para luego irse apagando lentamente.

Ella y Vlado habían encallado en la orilla de la Laguna. El pequeño bajel conservaba el mástil, pero Reef no veía manera de que llegaran a Venecia en él, aparte de remar.

—¿Queréis que os remolquemos? —Rocco, Pino e *Il Squalaccio*.

En el agua, entrecerrando los ojos para ver a través de la lluvia las luces de San Marco, dijo Reef:

—Y yo que creía que me iba a dar la gran vida. Tus amigos de allá... ¿dijiste los «austriacos»?

—Probablemente también un inglés, llamado Theign.

—No sigo muy de cerca la política, pero lo último que tenía entendido era que, a ver, que Inglaterra y Austria... ¿no están en bandos diferentes?

—No es lo que se llamaría muy oficial.

—¿Y van a por ti?, ¿es que tú tampoco eres oficial?

Ella se rió, o puede que el sonido que emitió no fuera una risa.

—Creo que sólo iban a por Vlado. —Llevaba el pelo enmarañado, el vestido desgarrado. Guardaba un lejano parecido con una dama necesitada de protección, pero Reef era cauteloso.

—¿Dónde te alojas?

—En Trieste. Pero no estoy segura de que deba volver allí.

Cuando llegaron a Venecia, la tormenta había seguido camino azotando la *terraferma*, y la luna había salido con un intenso resplandor espeluznante. Entraron con cautela en la madeja de canales, el motor desaceleró hasta emitir un quejido amortiguado; todo en la noche estaba extrañamente iluminado, como a punto de que la luz se intensificara en un resplandor menos soportable. Finalmente se metieron en una estrecha *fondamenta*.

—Os esconderemos esto en un pequeño *squero* que utilizamos —dijo Rocco—. Estará a salvo.

—Chicos, os invitaré a un gin fizz la próxima vez que nos veamos —dijo Reef tocándose el sombrero.

—Si Dios quiere —dijo Pino. El submarino enano se alejó; el barco remolcado iba en un ángulo torcido.

Subieron dos tramos de escaleras, el primero de mármol, el segundo de madera. Reef le franqueó el paso a una habitación llena de luz de luna.

—¿Tu casa?

—Algunos chicos de la costa de Amalfi, hemos hecho negocios juntos, lo tienen preparado para quien lo necesite. Un buen sitio, puede, para dos o tres días.

Encontró una botella de grappa, pero ella la rechazó con un gesto de la mano y se derrumbó en el sofá, y sólo se permitió pronunciar una vez el nombre de Vlado, en un susurro que destilaba tal fatalismo que le sorprendió hasta a ella misma.

—Podría haberse escapado en medio de aquella confusión..., te diré lo que voy a hacer, saldré y preguntaré por ahí. Ahí dentro hay una bañera, con jabón y demás, tómate tu tiempo y tranquilízate, volveré pronto...

—No estás obligado a...

—Lo sé. Imagínate que intento que un amigo de mi hermano se sienta cómodo, nada más.

Bajando por las escaleras, se concedió un par de minutos del descenso para imaginar que probablemente Kit estaría ahora mismo montado por ahí en un camello combatiendo a medio ejército de chinos gritones y tendría otras cosas en que pensar que lo que estuviera haciendo esta tan extraña y joven dama. Lo que no justificaba el modo en que Reef le había dado la espalda y se había marchado. Una mierda de comportamiento y ya ni siquiera se acordaba de por qué.

Encontró un bar que abría toda la noche, junto al Campo Santa Margherita, y que siempre había sido un buen sitio para cotilleos de última hora, hasta que el Rialto cobraba velocidad por la mañana; pidió bebidas, mantuvo los oídos atentos y de vez en cuando planteaba un par de preguntas de vaquero estúpido. Todo el mundo sabía lo del tiroteo en el Lido, y coincidían en que lo único que impedía la guerra con Austria era que no había italianos directamente implicados. El *mavrovlaco* era muy conocido y una especie de héroe forajido por esta zona, siendo, como su gente durante generaciones antes que él, un enemigo de Austria y sus ambiciones en el Adriático. Cada vez que dejaba su fortaleza de las montañas, intentaban seguirlo y apresarlo, y esta vez el mar lo había delatado, porque ningún humano lo delataría jamás.

Al volver, Reef encontró a Yashmeen dormida en el diván, con el pelo húmedo desplegado a sus espaldas sobre una toalla para que se secara. La famosa luz de luna veneciana entraba por la ventana, todo parecía esbozado en tiza. Se acercó a la ventana, le dio la espalda a la considerablemente hechizada ciudad, fumó y la miró dormir.

Llevaba un vestido suelto de batista blanca de algún tipo, transparente bajo la luz de la luna, y en su sueño se lo había levantado por encima de las caderas. Una mano reposaba entre sus piernas, que estaban un poco separadas. Sin saber cómo, Reef tuvo una erección.

Una situación delicada. En fuga, con su amado metido en algún problema de verdad, ¿y qué pensamientos deshonorosos se le ocurrían ahora a él? Ella eligió ese momento para moverse en su sueño, dándose la vuelta de modo que ahora él miraba, ay, su culo admirable, y aunque lo que debería haber hecho era irse a dar un paseo por la plaza o algo así, lo que hizo, fiel a su carácter de idiota, fue desabotonarse los pantalones y empezar a acariciarse el pene, incapaz de apartar la mirada de las pálidas nalgas y la oscura hendidura, la caída negra de cabello y el cuello desnudo, a sólo un par de pasos de distancia. Mientras llevaba el meneo hasta su *finale* grandioso, ella se dio la vuelta y lo miró con ojos brillantes y enormes, que llevaban abiertos, parecía, cierto tiempo, con las manos ocupadas del mismo modo que las suyas. Él soltó su pene el tiempo justo para encogerse de hombros, sonreír y volver sus palmas brillantes hacia arriba y hacia fuera, en un gesto que pedía, con cierto encanto, o eso le habían dicho, indulgencia.

—¿Tanto te gusta esa repugnante actividad? —preguntó ella en una tentativa de adoptar un acento girtoniano, fracasada por un temblor que no pudo contener—, ¿o acaso la vagina tiene algún interés para ti, más allá de lo meramente teórico?

Antes de que él entendiera que no era una petición de información, había dado los dos o tres pasos que importaban y estaba sobre el diván y dentro de ella, y por poco no llegó tarde, según se vio. Ella clavó los dientes, con fuerza y sin disculparse, entre su cuello y su hombro, y dejó escapar así una exclamación amortiguada y larga que era, como poco, medio gruñido. Él agarró un puñado de su pelo, que era lo que había

querido hacer desde que había entrado en la habitación, acercó su cara a la suya y, sorprendiéndose a sí mismo, pues normalmente no le gustaba besar, besó a Yashmeen hasta que ella empezó a morderle los labios y la lengua, y aún alargó el beso medio minuto más, sólo para asegurarse de qué estaba pasando.

Ella se apartó el tiempo imprescindible para sisear:

—Puerco sin principios.

Y al instante se besaban de nuevo.

Él esperaba reproches, pero ella pareció más interesada en sus cigarrillos egipcios. Encontró una cerilla y le encendió uno. Al cabo de un minuto, ella dijo:

—¿Encontraste algo?

—Poca cosa.

—Pues cuéntamelo. No soy una frágil flor silvestre americana.

—Lo han llevado al Arsenale.

Ella asintió con gravedad y, a la luz de la lámpara, él vio que su cara perdía color.

—Podríamos entrar —dijo él.

—¿Ah, sí?, ¿y luego qué?, ¿que nos disparen otra vez? —Como él no respondió, añadió—: ¿Y qué más?

Reef echó la ceniza en la vuelta de los pantalones.

—¿Te parece que vas bien vestida ahora mismo?

Ella se miró en el espejo de cuerpo entero.

—¿Es que no te gusta? Nos lo hemos montado una vez ¿y ya quieres ser mi asesor de moda?

Él exhaló un aro de humo, para ver si atraía su atención. El aro rotó, se expandió lentamente a la luz de la luna y adquirió un tono intenso de blanco espectral.

—Lo que han disparado esta noche en el Lido eran Mannlicher, así que me temo que esos amigos austriacos tuyos no habían salido sólo para pasar una noche tirando al plato. Probablemente buscaban a tu amigo Vlado, pero si ahora ya disponen de una descripción tuya...

Ella cogió un mechón de su cabello y lo examinó frente al espejo.

—En ese caso necesitaré un disfraz y parte de esto tendrá que desaparecer. —Esperó, como si él tuviera que responder—. Bien. Cuando una chica necesita un ondulado Marcel urgente, sólo hay un hombre en la ciudad que puede hacérselo.

Reef ya se había sumido en un olvido poblado de ronquidos.

Cuando ella llegó a la esquina de San Marco, justo detrás del Bauer-Grünwald, un rincón que se había puesto insoportablemente de moda, el Signor Fabrizio acababa de abrir el negocio.

—¿Y nuestro Ciprianuccio?, ¿está bien?

—En viaje de negocios —dijo ella, pero al parecer no con la calma requerida para evitar que el *parruchiere* la mirara con inquietud. Su humor no mejoró cuando se enteró de lo que ella quería. De los muchos hombres y mujeres que habían adorado el

cabello de Yashmeen, Fabrizio era el más extremista, y lo contemplaba con una mirada fanática que más valía no perturbar innecesariamente.

—No puedo cortarlo. *Macchè*, Yashmeen. ¿Cómo iba a poder?

—Pero será para ti. Podrás hacer lo que te plazca con él.

—Si me lo pones así...

Ella siguió sus ojos. Ahora ambos miraban su pene.

—No. No lo harías.

Él se encogió de hombros.

—Pues peor aún. Quiero ser rubia. Castaña como mínimo. Una *cadorina*.

—Madre de Dios bendito.

—Y si alguien es capaz de hacerlo...

La broma del pene era sólo un chistecito de Fabrizio, claro. El pelo de Yashmeen iba a tener un destino peculiar y nada deshonesto. Lo blanquearían cuidadosamente, lo rizarían de nuevo y le darían la forma de una enrevesada peluca veneciana del siglo XVIII, ideal para un disfraz de carnaval, como parte del cual aparecería en un futuro próximo, en un fatídico baile de máscaras.

Cuando el Campanile de la Piazza San Marco se desmoronó, ciertas almas venecianas con sensibilidad política sintieron que se había producido una extraña reubicación del poder. De algún modo, creían que el campanario de San Francesco della Vigna, un poco al norte del Arsenal, donde el ángel visitó a san Marcos la turbulenta noche registrada por Tintoretto, casi una réplica del que se vino abajo, había acabado sustituyéndolo como centro de poder, como si se hubiera producido una especie de golpe de Estado en el que el Arsenal y las sombrías certidumbres de la ciencia militar hubieran sustituido al Palazzo Ducale y sus más que inciertos esfuerzos humanos en pos de la virtud republicana.

Como la isla-cementerio de San Michele, visible al otro lado del agua, el Arsenal también ofrecía a la vista ciudadana un Misterio rodeado por un muro, una pared de ladrillo alta y de color claro, desnuda salvo por algún esporádico tensor decorativo o un canalón de baldosas para desaguar la lluvia, coronada por almenas con forma de alabarda de dos hojas. Alrededor del perímetro prohibido, los vecinos del pueblo de Castello seguían con sus vidas cotidianas, los perros se cagaban en los adoquines, se oían las campanas de las iglesias, los vaporetto entraban y salían, los transeúntes caminaban a la sombra del Misterio como si éste no estuviera allí, o como si estuviera pero no pudiera verse. Los mapas antiguos mostraban que lo que era visible desde las entradas no era más que una pequeña fracción de las instalaciones. Para aquellos que tenían prohibido el paso, los mapas eran como visiones de los profetas en una especie de código, una notación exterior y visible de lo que se hallaba dentro.

Vlado Clissan, consciente de la región de silencio que se extendía tras él, se arriesgó a echar una mirada a las paredes del Arsenal, que impedían el paso del

viento salado y ascendían, vacías y funcionales, hasta ocupar la mitad del cielo. Un velo de mampostería. Los misterios allí dentro. Sabía que no faltaba mucho para que una puerta, en algún punto del muro, por lo general invisible, se abriera. Él entraría con sus captores, y el siguiente mundo comenzaría.

En un rincón abandonado hacía mucho de una de las antiguas fundiciones que había habilitado como despacho, Derrick Theign se sentó en una silla plegable, con los ojos inmóviles y pálidos en una cara blanca que era capaz de relajar hasta formar una máscara nunca vista en Venecia, pero que todos, y en especial aquellos que se encontraban en la posición de Vlado, tenían que reconocer. Se sabía que ese rostro había asustado a algunos sujetos hasta el punto de que habían proporcionado información que ni siquiera tenían, confesado actos que ni siquiera habrían soñado cometer.

—Tu gente está trapicheando con secretos navales. La piratería uskok puesta al día, supongo, no tiene sentido asaltar barcos físicos cuando uno puede traficar con sus almas.

Vlado se rió.

—Si yo fuera un pirata, preferiría un barco físico que llevara un cargamento físico que diera dinero físico. Y haría tratos con intermediarios de más clase.

Es posible que Theign esperase una discusión más intelectual, aunque era evidente que, en el proceso ahora en marcha, *ya llegaría ese momento*. Charlas como ésta, que lo retrasaban todo, que daban al sujeto alguna razón para la esperanza, por fugaz que fuera, servían para proporcionar un golpe mucho más contundente al espíritu cuando el Webley hiciera por fin su aparición: esa caída en el silencio tan útil para los verdugos, una parálisis de la Voluntad o lo que fuera análogo a la Voluntad que mantenía a esta gente resistiendo tan perversamente hacia el final.

—Te vi con alguien, ¿no?, por el Lido. Apenas un vislumbre en toda la confusión, pero parecía bastante atractiva. De verdad.

—¿Te lo pareció? —Se cuidó de no parecer demasiado perplejo para no precipitar las cosas.

Theign se encogió de hombros.

—En este momento resulta más pertinente preguntar cómo te parecía a ti de atractiva. Y hasta qué punto comparte tus creencias. ¿O estaba ahí en un papel más ornamental?

—¿Me estás preguntando por qué estaría dispuesto a cambiarla?

—Por descontado, cosas así pasan de vez en cuando. Pero no quisiera insultaros a ninguno de los dos.

—No sé dónde está. Y si lo supiera, tampoco serviría de mucho...

Theign miró la cara de Vlado hasta que el desagradable pensamiento afloró por entero; luego asintió, en un gesto entre adultos.

—Tienes razón. A menos que nuestros planes para vosotros dos fueran los mismos. En ese caso, si me lo dijeras, no importaría mucho.

—Dónde está ella.

—En el caso de que lo sepas, claro.

No era lo mismo que estar en una taberna donde un enemigo te pone una pistola en la cara y te dice: «Haz las paces con Dios, porque estás a punto de morir». En una taberna, siempre, en algún rincón, casi a mano, habría una segunda pistola, o una tercera, alguna oportunidad. En este vacío sobrio y asocial, no era tan evidente esa esperanza. Aquí todas las apuestas eran a vida o muerte.

Más tarde, en Cimiez, mientras el viento del nordeste empujaba al interior de las casas a los visitantes estacionales, Yashmeen empezó a oír noticias de un tiroteo cerca del Arsenal, entre lo que podrían ser mercenarios austriacos y lo que podrían ser revolucionarios dálmatas, y puso toda su fe, como buena anarquista emocional, en la Ley de la Insuficiencia Determinista.

—¿Qué es eso? —preguntó Reef.

—Como una carta que sale sin que lo hubieras previsto.

—Oh, mierda, cariño, pero si las has estado contando cuidadosamente.

—Eso podría aplicarse para sólo cincuenta y dos cartas. Pero cuando la baraja es varios órdenes de magnitud mayor, que tal vez hasta se acerca al infinito, empiezan a emerger otras posibilidades... —Que era su modo de decir: *Vlado es inmortal. Sabe cuidarse solo, no hace falta preocuparse por él...*

Reef la examinó tras una sonrisa desconcertada que cada vez se dibujaba con más frecuencia en su rostro. Al principio, cuando ella hablaba así, él lo atribuía a una especie de creencia sin pruebas, religiosa o al menos supersticiosa. Pero luego las ruletas que salpicaban toda la Riviera, en Niza, Cimiez, Monte Carlo, Mentone, a lo largo del invierno y entrada la primavera, como cotilleos de pueblo, habían empezado a contar otra historia. Los bolsillos empezaron a romperse por las costuras a causa de todas las ganancias, que ya los desbordaban.

El método tenía su origen en una vez que ella se había subido con Lorelei, Noellyn y Faun en la Noria de Earl's Court, hacía siglos de eso, cuando apenas eran unas muchachas.

—Treinta y siete números en la rueda —le instruyó ella—. El cero es de la casa. De los otros treinta y seis, doce, si se incluyen el uno y el dos, son primos. Moviéndote en el sentido de las agujas del reloj, tomando tres números cada vez, en cada serie de tres encontrarás exactamente un número primo.

—Así que están distribuidos de manera bastante uniforme.

—Pero la ruleta da más de una vuelta. Los números se repiten una y otra vez, como un reloj muy rápido de treinta y siete horas. Digamos que treinta y siete es el «módulo» de la ruleta, como doce lo es de un reloj normal. Así que el número en el que se acaba depositando la bola de la ruleta es de hecho ese número «módulo treinta

y siete»: el resto, tras dividir por treinta y siete, de la suma total de compartimentos móviles en que la bola ha tenido una posibilidad de caer.

»Ahora, según el teorema de Wilson, el producto $(p-1)$ factorial, cuando se toma como módulo cualquier número primo p , es siempre igual a menos uno. En la rueda de la ruleta, $p-1$ es treinta y seis, y treinta y seis factorial también es el número de todas las permutaciones posibles de treinta y seis números. Por tanto, es obvio por lo antedicho que...

La interrumpió el estampido del golpe contra la mesa de la cabeza de Reef, que allí se quedó.

—No me parece que me haya seguido muy atentamente —murmuró ella. Pero prosiguió susurrándole la lección, como si prefiriera creer que él se había sumido en una ligera hipnosis. Aparentemente funcionó, porque los días siguientes él empezó a ganar en la ruleta muy por encima de las expectativas del azar. Aunque ella continuó susurrándole más consejos educativos en los momentos apropiados, ninguno de los dos volvió a mencionarlo.

Por qué Reef la encontraba tan irresistible, pese a la regla que había acabado aprendiendo de que el deseo siempre se desvanece, no era una cuestión en la que malgastara mucho tiempo recreativo. La irresistible Yashmeen llenaba el día, dejando poco tiempo para pensar. En cuanto uno de los dos traspasaba el umbral, ella se levantaba las faldas o le agarraba el pene, o sencillamente se tumbaba boca arriba, con los ojos acerados y húmedos, atrayendo su mirada con una fuerza que él no podía vencer, mientras ella se acariciaba, hasta que, sin necesidad de decidirse, él iba a por ella. Siempre él a por ella, se fijó Reef, ése era el patrón, más valía recordarlo.

Un día Yashmeen se acordó del cuaderno escolar que Vlado le había dado; tras meterlo en su equipaje lo había olvidado. Empezó a leerlo, un poco cada día, como un devoto leería un texto religioso. No lo leía con esperanza sino con terror, no con certidumbre sino con una angustia desgarrada y dolorosa por el destino de Vlado. Descubrió que podía entender algunos de los símbolos, notaciones de vectores y Cuaterniones que recordaba que Kit le había enseñado en Gotinga. Parecía tratarse de una demostración matemática clásica, que hasta podría haber realizado Riemann, salvo que por todas partes resaltaban términos que contenían el valor tiempo, como infiltrados en un baile de máscaras a la espera de que el reloj diera una hora concreta, no anunciada, para echar atrás las capas y revelar sus verdaderas identidades y su misión. En el transcurso de su lectura, había momentos en que sentía que estaba a punto de descubrir una información tan impresionante y fatal que se retiraba a propósito, procurando olvidar su propio talento para establecer las relaciones o analogías matemáticas que le permitirían seguir, adentrándose en cierta locura. A quien no conseguía olvidar era a Vlado, la mano viviente que había trazado esas

marcas sobre el papel, la mano que ella tan desesperadamente deseaba todavía sentir enterrada en su cabello, apoyada en sus labios.

Agitándose, Cyprian volvió por fin a un espejismo invernal de Venecia, tras semanas sin dormir, desaliñado, contemplando con ojos entrecerrados la ciudad deslustrada a través de la lluvia que caía en la Laguna, temblando bajo el azote del viento, con los ojos escocidos, el pelo enmarañado y una drástica necesidad de las atenciones del Signor Fabrizio, anhelando pasar un buen rato en una bañera hirviente con una botella fría de cualquier bebida alcohólica con burbujas. Era una lástima que los *galleggianti* no abrieran hasta mayo. Por el momento se dispuso a encender otro Sobranie, tosiendo repugnantemente, y bordeó la cubierta mojada intentando mantenerse en pie. Qué asco de tiempo. ¿Qué le habría visto a esa ciudad para volver? ¿A quién le importaba ya dónde estaba o si volvería alguna vez? Yashmeen, claro, era la respuesta que esperaba, pero tras su excursión por la Península descubrió que no servía de nada pensar con demasiada alegría en el futuro.

Ella ya no estaba en Trieste. Se había pasado una semana allí buscándola, por todos los lugares que se le ocurrieron, y sólo se había enterado, por boca de los socios de Vlado Clissan, quienes habían jurado vengarse, del triste destino de Vlado a manos de Derrick Theign.

—Se ha vuelto loco —dijo el primo de Vlado, Zlatko Ottician—. Ahora es peligroso para todos.

—Echaré un vistazo por Venecia. —Aunque ahora Viena fuera el lugar más probable donde encontrar a Theign. Cyprian se movía en un vacío aturrido que su piel no lograba definir con precisión. Y no mejoraba su humor el pensar que podría ser tan culpable como cualquier otro: Vlado había sido su único agente fiable, lo más parecido a un amigo que podía tenerse en esta profesión, y resultaba difícil considerar el comportamiento de Theign como otra cosa que una letal limpieza a fondo de la casa.

—Tengo que... mantenerme en pie... —¡Ahí! En ese momento exacto, atisbo al cabrón traicionero en persona, en un *traghetto*, surgiendo de las brumas, de pie en su pose habitual, como siempre demasiado ensimismado para pasar por veneciano, deslizándose ajeno al pequeño vapor y a Cyprian en su barandilla, asaltado por una rabia inesperada. La aparición se desvaneció otra vez entre la lluvia—. No, no —murmuró Cyprian—, no servirá...

Algunos cosechan el torbellino, a él le quedaba espigar la niebla borrosa, un castigo, supuso, por no haber aprendido nunca a pensar analíticamente. Ahora, cuando más necesitaba un plan inteligente, su mente se perdía en un vacío ártico petrificado. El mucho más ingenioso Bevis Moistleigh, cuyos intereses en ese momento eran en cualquier caso más precarios aún que los de Cyprian, andaría por ahí con su encantadora Jacintha, en algún lugar irritante, haciendo el tonto entre los primeros narcisos o lo que fuera. Esperar agradecimiento era, claro, cosa de bobos, uno devolvía los favores siempre al precio vigente, y la gratitud casi nunca valía mucho..., pero, bueno, qué se le iba a hacer.

El único consuelo de Cyprian en ese momento era el revólver de servicio Webley-Fosbery cargado que llevaba en su equipaje. Si tenía que pasar lo peor, que bien podía ser el caso, pues en el oficio las expectativas frustradas eran la norma, bueno, siempre podía sacar el arma de fuego, ¿no?, y usarla contra algún blanco que ya designaría cuando llegara el momento. Theign preferiblemente, pero sin descartarse tampoco a sí mismo. *Cazzo, cazzo...*

Encontró la vieja *pensione* de Santa Croce ocupada por un grupo de turistas británicos que lo tomaron por un cicerone local en busca de trabajo. El bora aullaba entre las chimeneas, como si se divirtiera. Allí nadie sabía nada de los anteriores huéspedes, pero la Signora Giambolognese, la vecina del piso de abajo, recordaba las muchas veladas de drama subido de tono, con gritos y pisotones por el piso, y saludó a Cyprian con una de sus sonrisas cansadas, como si él fuera a contarle un chiste.

—Su amigo vive en el Arsenale.

—*Macchè, nell'Arsenale...*

Ella puso ambas palmas boca arriba y se encogió de hombros.

—*Ingesi.*

Fuera de nuevo, siguiendo un repentino capricho, entró en la *calle* del *traghetto* que iba hasta la Estación de Santa Lucia y, al salir del consulado británico, vio nada menos que a Ratty McHugh, que tomó a Cyprian por un mendigo callejero y apartó la mirada al momento. Pero se volvió:

—Oh, vaya. ¿Latewood?

—Ummm.

—Tenemos que hablar. —Entraron de nuevo en la legación, hasta un remoto patio dentro de otro donde Ratty tenía un despacho—. En primer lugar, no sabes cuánto lamentamos lo que sucedió en el Arsenale. Clissan era un buen hombre, de los mejores, algo que tú debías saber mejor que nadie.

Resultó que Theign no estaba en realidad *domiciliado* en el Arsenale, sino que tenía oficinas allí que utilizaba como vivienda de paso cuando estaba en la ciudad.

—Por no mencionar que es un lugar cojonudo para recopilar cualquier información naval que uno desee pasar a sus amos austriacos.

—¿Y a la Armada italiana no le preocupa?

—Oh, es lo habitual. Piensan que él los llevará a algún aparato más grande, y él se da por satisfecho dejándoles soñar. Un poco como un matrimonio, supongo.

Cyprian se fijó entonces en un anillo de boda de oro pálido.

—Caramba. Pues felicidades, viejo amigo, un gran paso en la vida, no sé cómo se me ha podido pasar por alto en los diarios bosnios, ¿quién es la afortunada, Ratty?

—Oh, es la vieja Jenny Invert, ¿te acuerdas de ella?, íbamos juntos a Newmarket.

Cyprian entrecerró los ojos.

—La chica de Nether Wallop, Hants, un metro más alta que tú creo recordar, un genio del tiro al plato, presidenta del capítulo local de la Asociación de Aves Inanimadas...

—La misma. Se cree que soy una especie de diplomático en prácticas, así que, si llegáis a encontraros alguna vez, aunque haré cuanto pueda para que eso no suceda, no empieces de repente a, bueno, a recordar nada de..., de esto.

—Seré una tumba, amigo. Aunque ella nos sería muy útil en este momento con nuestro problemático conocido, ¿no?, con lo buena tiradora que es y todo eso.

—Sí, la última vez que bromeaste sobre el tema, Cyprian, fue en Graz, ¿no?, puede que yo no reaccionara muy bien, aunque he estado pensando desde entonces y, bueno...

—No hace falta que te disculpes, Ratty, mientras hayas entrado en razón sobre el particular, eso es lo que cuenta, ¿no?

—Se anda con mucho cuidado. Nunca sale sin al menos dos grandes simios vigilándole los flancos. Sus trayectos cambian sin razón aparente, siempre se comunica en código, que nadie ha sido capaz de descifrar todavía, pues la clave cambia también a diario.

—Si pudiera encontrar a Bevis Moistleigh, lo pondría a trabajar. Pero, como te pasa a ti, últimamente los únicos acordes de su ukelele son para *Te amo de verdad*.

—Ah, sí, espera, eso es *fa* mayor, *do* séptima y *sol* menor séptima...

—*Oca ti jebem*. —Un cumplido montenegrino que Cyprian se había encontrado repitiendo con cierta frecuencia últimamente.

Ratty le lanzó una mirada inquisitiva.

—Y tu propia, ejem...

—No.

—Sabemos que ya no está en Trieste. Se quedó aquí un tiempo, luego se marchó en compañía de un americano, no se sabe adónde, me temo. Me comprometí a vigilarla, pero...

—Una pena, Ratty, hay un círculo especial del Infierno para esas cosas.

—Sabía que lo entenderías. Mira, mañana vuelvo a Londres, pero en caso de que se abriera una línea de fuego clara... —Sacó un mazo y empezó a golpear con fuerza un gong chino que había cerca. Una persona con traje de rayas asomó la cabeza por la puerta y levantó las cejas—. Éste es mi colega Giles Piprake, no hay problema conocido que no sepa solucionar.

—Tu mujer nunca se ha quejado —murmuró Piprake.

—Éste es Cyprian, y necesita hablar con el Príncipe Spongiatosta —dijo Ratty.

—¿Ah, sí? —preguntó desconcertado Cyprian.

—Es justamente lo que dijo Ratty ante el vicario, y mira lo que pasó —dijo Piprake—. Colijo que esto va de Derrick «Elefante Travieso» Theign.

—¿Príncipe qué, has dicho? —preguntó Cyprian con cierta consternación—. ¿No se equivocaré, árbitro?

—Uno de nuestros hombres más fiables —le informó Ratty—. Theign y él eran socios habituales. Por no decir cómplices en las peores iniciativas de la empresa del mal. De hecho... —miró con nerviosismo hacia Piprake—, Theign organizó una vez

una misión para ti con el Príncipe; sí, lo sabemos. Cómo fue es algo que siempre he querido preguntarte.

—¡Aaagg! —chilló Cyprian intentando ocultarse debajo de un informe abierto sobre la mesa de Ratty.

—Qué sensible —dijo Ratty—; lleva mucho fuera del oficio... Latewood, recupera la compostura, es un buen tipo.

—Tengo que acordarme de no vestir de amarillo —dijo Cyprian para sí, como si tomara nota.

Piprake, sin parar de mover las cejas, se retiró para telefonear al Príncipe.

—Nos mantendrás informados —dijo Ratty.

Cyprian se levantó y se puso el sombrero con una floritura de music-hall.

—Ciertamente. Bueno, Ratty ta-ta, recuerdos a tu esposa.

—Ni te acerques a ella, te lo advierto, hará que te cases con alguna de sus espantosas amigas antes de que te acuerdes de la palabra «no».

La Princesa no estaban en Ca' Spongiatosta, pero el Príncipe apareció en la entrada antes de que el *valletto* le pidiese siquiera el sombrero a Cyprian, que vestía en un tono alegre y majestuoso de heliotropo no visto hasta entonces sobre la faz de la tierra.

—*Facciam' il porco* —le saludó el Príncipe, con seriedad pero, esperaba, de broma.

Ladeó la cabeza con pesar.

—*Il mio ragazzo è molto geloso.*

El Príncipe resplandeció.

—Justamente lo que dijiste la última vez, y con el mismo acento de guía de conversación para principiantes. *Qualsiasi, Ciprianino*. El Capitán Piprake me cuenta que podríamos compartir cierto interés en neutralizar los planes de un antiguo conocido mutuo que desde hace tiempo ha optado por seguir el sendero más peligroso del vicio y la traición.

Subieron al *piano nobile* y atravesaron una galería en la que colgaba la colección de simbolistas modernos del Príncipe, la cual incluía algunos óleos de Hunter Penhallow, entre los que destacaba su meditación sobre el destino de Europa, *La puerta de hierro*, en el que sombrías multitudes marchaban hacia una línea de fuga sobre la que rompía un brillo infernal.

El Príncipe le hizo gestos para que entrara en una sala remarcable por su mobiliario de Carlo Zen y los jarrones de Galileo Chini. En un rincón había un escritorio crema pálido, ornamentado con cobre y pergamino pintado con garabatos.

—Bugatti, ¿me equivoco? —dijo Cyprian.

—Es del gusto de mi mujer —dijo el Príncipe asintiendo—, yo tiendo hacia algo más ancestral.

Los sirvientes trajeron prosecco frío y vasos en una bandeja de plata antigua, y cigarrillos alejandrinos en una caja bizantina que tenía al menos cien años.

—El hecho de que él siguiera sus planes desde Venecia —dijo el Príncipe—, este reino encapotado de laberintos peatonales e inmovilismo municipal, sugiere una relación con fuerzas que ya llevaban mucho en marcha. Pero eso es sólo la máscara que ha elegido. Otras naciones, en especial los americanos, se presentan como «republicanas» y creen entender las repúblicas, pero lo que se formó aquí, grabado a fuego durante siglos de crueldad ejercida por los dogos, está más allá de su comprensión. Cada Dogo, a su vez, se convirtió en un animal sacrificial y vio cómo se le arrebatában sus propias libertades, cómo tenía que vivir su vida siguiendo un ridículamente riguroso código de conducta, y mientras podía lucir el *corno* se consolaba haciendo uso de una brutalidad resentida, esperando cada día la llegada de la fatal escolta de matones, la góndola sellada, el último puente. Su máxima esperanza, patéticamente pobre, era recalar en algún remoto monasterio y decaer hacia una penitencia cada vez mayor.

»Los dogos han desaparecido, la maldición permanece. Hoy día, algunos, que a menudo ocupan cargos desde los que pueden hacer mucho daño, no entienden que “el poder”, *lo stato*, pudo haber sido una expresión de la voluntad común, ejercida invisiblemente en la oscuridad que rodea toda alma, en la que la penitencia es un término ineludible. A menos que uno haya sufrido en su vida un castigo igual al que ha infligido a otro, hay un desequilibrio en la Naturaleza.

—Que debe ser...

Una mano principesca ascendió entre el humo del tabaco.

—Hablaba de historia veneciana. Hoy aquel antiguo mecanismo de elección y limitación del poder ya no se estila. Hoy..., supongamos que hubiera un Príncipe Heredero extranjero, por ejemplo, que odiara apasionadamente Italia y que al llegar al trono de su imperio se propusiera, sin atisbo de duda, ir a la guerra contra Italia para recuperar ciertos territorios que cree que pertenecen a su familia..., y más aún, supongamos que en Italia vivieran y trabajaran agentes de este futuro emperador, activos sobre todo en Venecia, hombres que hubieran consagrado sus vidas a promover los intereses del enemigo..., y si una vida no cuenta, tampoco importan muchas, sea cual sea su número, ni ninguna lealtad, ningún código de honor, ninguna tradición antigua, sólo la necesidad puramente perversa de los agentes de que su Señor se impusiera a toda costa...

—¿En quién puede confiarse la defensa de los intereses de la Nación? ¿En el Ejército Real? ¿En la Armada?

—En teoría. Pero un enemigo con recursos imperiales puede comprar a cualquiera.

—Si no hay nadie a quien se pueda comprar...

—Debemos recurrir a las probabilidades y preguntarnos quién es *probable que no se venda*.

Se sentaron y fumaron hasta que la sala adquirió una pátina tridimensional, como de años de delicada corrosión.

—No es un problema tan sencillo, ¿sabes? —dijo el Príncipe por fin.

—Hay amistades —pareció ocurrírsele de repente a Cyprian, que entrecerró los ojos en un gesto que se podía traducir como: *Por supuesto que no hemos estado hablando de nadie en particular.*

—Pero ¿acaso los amigos no huyen también a menudo por razones menos previsibles que un acuerdo económico? A menos que...

—He vuelto recientemente —dijo Cyprian con cuidado— de un lugar donde es mucho más difícil, al menos para las grandes Potencias, subvertir el honor personal. Un lugar menos desarrollado, sin duda, que las sofisticadas culturas de Occidente, todavía *naïve*, aunque no diría que inocente.

—¿Despreciado, insultado, incriminado? —sugirió el Príncipe.

—No requieren grandes sumas ni armas avanzadas. Poseen algo que ni siquiera todas las riquezas de Europa juntas podrían comprar.

—Pasión —asintió el Príncipe.

—¿Puedo hacer algunas pesquisas?

Reparó en que la cara del Príncipe adquiría un aire de comprensión.

—Siento lo de tu amigo.

—Sí. Bueno. Él tenía muchos amigos. Entre ellos...

Pero el Príncipe hacía ya otro de aquellos gestos principescos y, antes de darse cuenta, Cyprian se encontró de nuevo en la *salizada*.

Un día, en la Riva, delante del Metropole, Cyprian se topó inesperadamente con Yashmeen Halfcourt, del brazo de un tipo ajado y larguirucho del que, llevando como llevaba cierto tiempo en una situación de deseo insatisfecho, Cyprian tuvo que esforzarse por mantener apartada la mirada, por no mencionar el minuto y medio de desorientación que le produjo el hecho de ver a Yashmeen otra vez. Llevaba el pelo más corto y más claro, y lucía un vestido caro de tafetán color berenjena adornado con brocados de plata, mangas hasta el codo con tres o cuatro volantes fruncidos de encaje, guantes de piel de cabra de un clarete oscuro, unos preciosos botines de cabritilla del mismo tono, un sombrero con plumas también teñidas a juego, con el ala un poco inclinada, un par de rizos que oscilaban traviesamente como si se hubieran deshecho por la pasión. Mientras realizaba el inventario, Cyprian se dio cuenta con consternación de lo mucho que distaba él de estar siquiera presentable.

—Estás vivo —le saludó ella, aunque era difícil saber con cuánto entusiasmo. Yashmeen había estado sonriendo, pero ahora su actitud resultaba extrañamente seria. Le presentó a Reef, que había estado estudiándolo con el descaro que él había acabado asociando a los americanos.

—Tengo noticias de Vlado —dijo Cyprian, esperando que al menos ella no quisiera jugar a las inanidades sociales.

Ella asintió, plegó la sombrilla y se aferró al brazo de Reef.

—Aquella noche faltó muy poco, podrían haberme atrapado a mí también, y si Reef no hubiera estado allí...

—Vaya, no lo sabía —dijo, dispuesto por fin a echar un vistazo al cowboy.

—Pasaba casualmente por allí —dijo Reef asintiendo.

—Pero demasiado tarde para Vlado.

—Lo siento.

—Oh —dijo él apartando la mirada—, ya nos estamos ocupando. La cosa no ha terminado, ni mucho menos. —Y al momento se marchó furtivamente por la Riva.

Durante el siguiente par de semanas, Cyprian se las compuso para salirse un poco de madre, recuperando, aunque no a tiempo completo, su viejo oficio de sodomita remunerado. En la ciudad no faltaban hombres pálidos con gustos que él comprendía muy bien, y necesitaba el dinero, debía reunir una suma más que considerable para ir tras Theign en las debidas condiciones. Cuando su recaída en la sordidez le hubo permitido ganar lo bastante, acudió a Fabrizio para que le diera a sus rizos un aire más combativo y luego se subió al tren nocturno hacia Trieste.

Mientras cruzaba una vez más el puente de Mestre y entraba en el crepúsculo de un naranja humeante, Cyprian sintió la tristeza propia de la contemplación de un tiempo reciente ya irrecuperable. Aunque toda su vida anterior, la infancia, la adolescencia, estuviera ya finiquitada, podía seguir adelante sin que le pesara...; lo que él habría querido recuperar era la semana anterior, y la precedente a la anterior. Rehusaba, aunque no lo conseguía del todo, pensar en Yashmeen.

En Trieste, los miembros neo-Uskok, liderados ahora por el primo de Vlado, Zlatko Ottician, le acogieron con amabilidad, pues habían oído algunas versiones un tanto exageradas, ya medio folclóricas, de sus aventuras en la Penínsss.

Se sentaron a comer *gibanica* y sardinas y a beber una grappa de hierbas llamada *kadulja*. Todo el mundo hablaba un dialecto en parte de la costa de Čakavština, en parte argot marino Uskok del siglo xvii. Un idioma opaco para Cyprian, pero, mucho más importante aún, para Viena.

¿Qué hacer? Se habló largo y tendido, en los cafés y tabernas, paseando por la Riva, de métodos y medios. Ni la menor duda de que había que matar a Theign. Algunos preferían un final rápido, asesinos sin nombre en la oscuridad; mientras que otros querían que sufriera y se diera cuenta. La justicia poética habría querido que se le entregara a algún servicio famoso por su dominio de la tortura. Por más preparadas que estuvieran, ninguna de las grandes Potencias serviría, porque Theign había hecho negocios con todas de forma regular, probablemente pensando que con eso conseguiría protección. Así que el ajuste de cuentas debía proceder de una dirección menos exaltada, de las zonas inferiores de la rosa de los vientos, los sin rostro, de los despreciados, los Mavrovlachi de Croacia. La gente de Vlado.

—Tantas armas como necesites —le prometió Zlatko.

—Lo acosas hasta ponerlo al alcance de nuestras miras, nosotros nos encargaremos del resto —dijo su hermano Vastroslav.

Al revisar las relaciones austriacas de Theign, a Cyprian le fascinó la intimidad que había conseguido con la Cancillería militar del Príncipe Heredero Francisco Fernando, que dirigía desde el Belvedere de Viena una red de intrigas con vistas a remodelar el mapa de Europa mediante *protégés* como el actual ministro de Exteriores Aerenthal, el arquitecto de la Anexión de Bosnia.

—Lo que indica —susurró Cyprian para sí— que Theign debía de estar al tanto de la anexión desde mucho, muchísimo antes de que se diera el primer paso, pero fingió estar tan sorprendido como todos los demás. Era, de hecho, la primera fase de su maldita guerra europea, y me metió de pleno, hasta el punto de que yo no podía hacer nada que no condujera a mi propia destrucción. Bueno, tengo que matar a ese cabrón inmediatamente, de verdad, tengo que hacerlo.

Mientras Inglaterra y Austria-Hungría habían tenido interés en impedir que Rusia adquiriera demasiado poder en los Balcanes, parecía que Theign había sido capaz de justificar la cooperación, en el grado que fuera, con la Ballhausplatz aduciendo la Cuestión Macedonia, y por tanto evitando cualquier sospecha de traición.

Además, a lo largo de 1906 y 1907 se habían invertido cantidades todavía no justificadas de tiempo y de dinero, por no mencionar el dolor infligido, que incluía muertes anónimas en rincones poco frecuentados de las ciudades de Europa, para impedir que llegara a establecerse ningún entendimiento anglo-ruso. Para Alemania era esencial que Inglaterra y Rusia fueran enemigos eternos, y para ello los agentes más activos debieron de ser los alemanes o sus criaturas austriacas, entre los que sin duda se contaban los selectos pretorianos de Theign. Pero, con la Entente en vigor, lo más probable es que Theign, con ese don suyo de la paciencia propia del predador, estuviera a la espera de un nuevo destino. Lo mejor sería actuar cuanto antes.

Mientras las habilidades sobre el terreno de Cyprian se habían afilado a fuerza de pasarlas por la piedra de amolar de la crisis europea, las de Theign, debido al abuso de varios lujos, entre ellos la cocina vienesa, se habían embotado. Cyprian nunca podría convertirse en veneciano, pero había aprendido un par de cosas útiles, entre ellas que los rumores que tenían un valor relativo en otras ciudades aquí, en Venecia, podían tomarse como hechos científicos. Salió a Castello, se sentó en cafés y *bàcari* y esperó, y al momento apareció Theign, acompañado de su par de gorilas. Cyprian recitó las fórmulas apropiadas y se hizo invisible. Al poco, en el intrincado pero disparejo baile que empezó a continuación, se fue enterando de cada minuto de la agenda diaria de Theign, y se las arregló para acecharlo sin ser visto, a una distancia que, sin embargo, le permitía no parar de incordiarlo, contratando carteristas para hacerse con su billetero, organizando en el mercado de pescado una agresión a Theign con un desagradable abadejo, subiéndose en persona por los tejados de Venecia para lanzar una furtiva teja a la cabeza del traidor.

Una noche siguió a Theign hasta un palazzo de San Marco, cerca del Rio di San Zulian. Era el consulado austro-húngaro, por el amor de Dios. ¿Cuánto más descarado se imaginaba aquel hombre que podía ser? Cyprian decidió hacer acto de presencia.

Llevaba el Webley preparado; calculó delicadamente su posición: la mitad dentro, la mitad fuera de la niebla. Theign, como si se sintiera protegido por una misteriosa capa, no pareció sorprendido.

—Vaya, si es Latewood. Creíamos que habías muerto.

—Lo estoy, Theign; soy una aparición.

—Los informes de tu misión que han llegado al Belvedere los han deslumbrado, el Príncipe Heredero en persona...

—Ahórranos el rollo a ambos, Theign. Prepárate.

Theign retrocedió a la defensiva, pero Cyprian ya se había desvanecido.

—¡Te mueves rápido para ser un vago maricón! —gritó Theign al patio vacío. En el pasado, Cyprian habría sentido una punzada de resentimiento ante esa referencia a su antigua relación.

A medida que se aproximaba la crisis, se veía más incapaz de tolerar el día a día. No podía dormir. Cuando bebía para conciliar el sueño, se despertaba después de una hora de sueños agitados en los que Yashmeen lo traicionaba una y otra vez y lo entregaba a una organización conocida en el sueño como «Austria». Pero incluso dormido sabía que no se trataba de eso. Se despertaba imaginando que el verdadero nombre le había sido revelado, pero que la conmoción del despertar se lo había borrado de la memoria.

—Entonces, si todo va bien, será esta noche —dijo el Príncipe con una sonrisa cuya frialdad tenía más que ver con la incomodidad que con el arrepentimiento. Cyprian y él habían quedado, furtivos como en una cita secreta, a última hora de la tarde en el Giacomuzzi—. Tienes todo el derecho a estar presente.

—Lo sé. Pero con los hermanos Ottician en la ciudad, lo más conveniente es dejarles vía libre para que se resarzan.

El Príncipe le devolvió una mirada dubitativa.

—¿Deseabas algo más?

—Sólo agradecerte tus esfuerzos en esta cuestión, *Altezza*.

El Príncipe siempre había poseído el talento principesco de saber cuándo y cómo disimular su desprecio. Una cualidad muy necesaria en el mundo, no sólo porque ciertos asesinos podían ser excesivamente susceptibles ante el insulto, sino también porque, por increíble que le hubiera parecido antes, él mismo se equivocaba de vez en cuando. Un hombre que no sabe cuánto pedir es, por descontado, despreciable, pero a

veces, aunque no con frecuencia, sencillamente no querrá nada para sí, y eso hay que respetarlo, aunque sólo sea por su rareza.

—¿Vendrás a la isla la próxima semana para nuestro baile anual?

—No tengo qué ponerme.

Él sonrió, dejando que Cyprian creyera que era nostalgia.

—La Principessa te encontrará algo.

—Tiene un gusto exquisito.

El Príncipe entrecerró los ojos contemplando el cielo a través de su vaso de Montepulciano.

—En ciertas cosas, es muy probable que así sea.

En cuanto salió de la estación y puso el pie en el Ponte degli Scalzi, Theign comprendió que debería haberse quedado en Viena. Protegido, si no seguro. En ese momento, sus pretorianos estaban por todas partes, cumpliendo misiones en diversas fronteras de sus dominios, pero de ser necesario Viena misma lo habría acogido y defendido. Intentó imaginar que no había venido a Venecia, tal vez por última vez, en ningún caso a causa de Cyprian Latewood. Esas llamas ciertamente se habían extinguido hacía muchos años. Sin embargo, no estaba dispuesto a dejar que el pequeño y pálido maricón tuviera la última palabra. Latewood sencillamente había tenido la imperdonable suerte de los tontos, pero llevaba fuera del juego demasiado tiempo para merecérsela.

Al principio, Theign se sintió más irritado que alarmado ante la ausencia de Vincenzo y Pasquale. Siempre tenían la costumbre de esperarlo en el andén, y esta vez los había avisado con tiempo. Mientras subía por el puente, le asaltó la fría luz de una sospecha: tal vez les había avisado demasiado pronto, permitiendo que el mensaje fuera interceptado y fuerzas inoportunas se movilaran.

—Signor Theign, creo que se ha olvidado algo en la *terraferma*.

Desconocidos, en la punta más alta del puente. Caía la noche. No podía distinguir sus rostros con claridad.

Lo llevaron a una fábrica abandonada al borde de Mestre. Unos cómplices rondaban por todas partes, manteniéndose entre las sombras.

—Fantasmas —dijo Vastroslov—. Fantasmas industriales. Tu mundo los rechaza, así que ellos merodean por él, caminan, cantan, cuando es necesario lo despiertan de su sopor.

Poleas y árboles de transmisión oxidados con correas de cuero rotas colgaban por todas partes del techo. El suelo estaba manchado de negro por las hogueras que encendían los visitantes de paso. En una estantería metálica había varios instrumentos, entre ellos una barrena de mano, una sierra de carnicero y el Gasser montenegrino de 11 mm de Zlatko, por si fuera necesario un final rápido.

—Para evitar molestias a todos —dijo Vastroslav—, más vale que sepas que no nos interesa nada de lo que puedas contarnos. No hay nada con que puedas comprarnos. Te has metido en una larga historia de sangre y castigo, y la moneda de estas transacciones no está acuñada de metal sino de Tiempo.

—Entonces, que empiece ya, ¿no os parece? —dijo Theign.

Le arrancaron el ojo derecho con una gubia de carpintero. Se lo enseñaron antes de arrojárselo a las ratas que esperaban en las sombras.

—Faltaba un ojo del cadáver de Vlado —dijo Zlatko—. A ti te arrancaremos los dos.

»Dos ojos por uno —añadió sonriendo lúgubrementemente—, es la costumbre Uskok, porque somos unos salvajes, ¿lo ves?, aunque dentro de nada —acercó la gubia— ya no lo verás.

—Siempre que vuestra gente tortura, sólo intenta mutilar —dijo Vastroslav—. Dejar una huella del desequilibrio. Nosotros preferimos una simetría del insulto, para conferir un estado de gracia. La huella del alma.

Pronto el dolor llevó a Theign, más allá de las palabras, a emitir chillidos articulados, como si buscara una formula rapsódica que pudiera liberarle. Zlatko permanecía junto a la estantería de las herramientas, impaciente ante el enfoque filosófico de su hermano. Él habría utilizado la pistola inmediatamente y pasado el resto de la noche en un bar.

Un día, Cyprian recibió un mensaje de Yashmeen que empezaba así: «Tengo que verte». El resto no lo recordaba. Al parecer había visitado a Ratty, que le había desvelado el paradero de Cyprian.

Ella y el americano, que hoy no estaba a la vista, se alojaban en una *pensione* cerca de San Stae. Saludó a Cyprian; vestía una blusa pálida y una falda que parecían sencillas pero que debían de costar doscientas liras como poco. Llevaba el pelo cortado a la altura de los hombros. Sus ojos eran tan fatales como siempre.

—Así que el bueno de Ratty ha vuelto a la ciudad. Debes de haberlo hechizado, o quizá es que se está volviendo descuidado.

—Me alegré de verlo otra vez.

—Había pasado mucho tiempo, ¿verdad?

—Desde que Vlado y yo nos marchamos de Trieste, me parece. No lo recuerdo bien.

—No. ¿Por qué ibas a recordarlo?

—Cyprian...

—Y Vlado te cuidó muy bien, ¿verdad?

Los ojos de ella se agrandaron y de algún modo se oscurecieron.

—Me salvó la vida, y en más de una ocasión.

—En ese caso, supongo que yo tendría que rescatarte también alguna vez, y ver qué pasa.

—Él quería que tuvieras esto. —Le entregó una especie de cuaderno de escritura escolar, ajado, desvaído por los elementos: *El Libro de los Enmascarados*.

Tras dudar un momento, Cyprian lo cogió.

—¿Dijo que era para mí? ¿O sólo quieres deshacerte de él?

—Cyprian, ¿qué voy a hacer contigo? Te estás comportando como un perfecto cabrón.

—Sí —dijo él, repentinamente reacio a respirar—. Todo... es así últimamente. Nada. No he dormido. —Señaló la cama con la cabeza—. Parece que tú tampoco.

—Ah. —Le cambió la expresión—. Por supuesto, Reef y yo hemos estado follando, follamos siempre que tenemos ocasión, somos amantes, Cyprian, en todas las posturas que a ti nunca te permití. Y eso qué importa.

Se sintió rectalmente poseído por el miedo, el deseo, la esperanza irresistible. Raramente la había visto comportarse de un modo tan cruel.

—Pero yo habría hecho...

—Ya lo sé.

—... cualquier cosa que me mandaras...

—«Mandaras». Vaya, ¿y lo harías todavía? —Se acercó, tomó su barbilla temblorosa entre el pulgar y un dedo enguantados—. En ese caso, si un día te portas bien, una noche exquisita, tal vez te dejemos admirarnos desde lejos. Apropiadamente sujeto, espero, pobre Cyprian. Tienes poco que hacer.

Él guardó silencio, buscó sus ojos, apartó la mirada como ante un peligro cuya visión le resultara insoportable.

Ella se rió como si acabara de detectar, mediante la clarividencia, una pregunta.

—Sí. Él lo sabe todo de ti. Pero él no es tan fácil como yo. Por mucho que lo desees. —Él mantenía la mirada baja y no hablaba—. Dime que me equivoco.

Él se arriesgó a lanzar una mirada rápida. Los ojos de ella eran implacables. Yashmeen, que sostenía todavía su cabeza con una mano, le abofeteó con la otra, un golpe que sorprendió a ambos, pero al momento le abofeteó otra vez, repetidamente, y el aroma del cuero de los guantes inundó a Cyprian, mientras una sonrisa invadía lentamente la cara de Yashmeen, hasta que él susurró lo que ella quería oír.

—Umm. Pues ni se te ocurra mirarle sin mi permiso.

—Y si él mismo...

—¿Y si él mismo qué? Es americano. Un vaquero. Su idea del amor empieza y termina conmigo boca arriba. Para él tú no eres más que una curiosidad. Pueden pasar años antes de que se te acerque. O puede que nunca lo haga. Y mientras tanto tú tendrás que sufrir, me imagino.

—¿Y qué me dices de «Bienvenido de vuelta, Cyprian, no sabes cuánto me alegro de verte vivo» y todo lo demás?

—Eso también, me imagino.

—Quiero decir que apenas cruzo la calle para comprar un paquete de cigarrillos y tú ya estás... —Cyprian hizo un gesto con la cabeza a las elocuentes sábanas de la cama, con ojos desolados. Lo bastante desolados, esperaba.

—Te fuiste *allá* —dijo ella—, cuando no tenías por qué. ¿Cómo se supone que debía sentirme?

—Pero estábamos de acuerdo, o eso creía...

—Si tú lo dices.

Y entonces se hizo uno de aquellos silencios extraños, y algo curioso había sucedido con el tiempo, pues aunque eran las mismas personas que cuando él había subido a bordo del *John of Asia* el año anterior, eran también dos personas enteramente distintas que no tenían nada que hacer en la misma ciudad ni, mucho menos, en la misma habitación, y aun así, fuera lo que fuese lo que había entre ellos, ahora era más profundo que nunca, las apuestas eran más altas, el peligro de perder cuanto tenían se había vuelto espantosa e inequívocamente obvio.

En la balanza de un día laborable ordinario, el amor propio de Cyprian, cosa rara entre los caballerosos espías de la época, apenas había pesado mucho más que el párpado de un mosquito recién nacido. A los colegas les había asombrado una y otra vez descubrir que evitaba los círculos sociales de más clase, y que de hecho no poseía ningún atuendo formal. Aunque le encantaba hacer comentarios sobre la apariencia de los otros, sobre su atuendo y acicalamiento, Cyprian solía pasar días sin afeitarse ni cambiarse de cuello o de traje, convencido de que era casi invisible a la mirada pública. Al principio, Derrick Theign, entre otros manipuladores, había dado por supuesto que se trataba de una pose.

—«¿Quién, pequeño C.L.?» Venga ya, Latewood, incluso andrajoso como vas, no eres precisamente una droga en el mercado del deseo, los príncipes del mundo de la industria se pondrían a lloriquear ante las puntas de tus zapatos con que sólo te retocarás el pelo, por ejemplo.

—Te equivocas de marica, me temo —se limitaba a mascullar Cyprian, lo que en una persona más vanidosa habría podido interpretarse como autodesprecio. A la mayoría de los que lo veían les resultaba difícil conciliar su apetito de humillación sexual, su carnalidad específica, con lo que tenía que ser denominado como rendición religiosa del yo. Entonces apareció Yashmeen, echó un vistazo y comprendió en un latido, en el sencillo y elegante giro de una muñeca, qué estaba mirando.

La esperanza que eso encendió la pilló desprevenida; en la vida que llevaba en ese momento, era algo casi irrazonable. Pero ¿no acababa de sentir en los casinos de la Riviera el deseo de arriesgar mucho más contra apuestas mayores? Viviendo como vivía en un mundo cada día más embrutecido, que esperaba obtener la salvación en códigos y gobiernos, que cada vez se conformaba más con relatos de la burguesía suburbana y recompensas mediocres, ¿qué oportunidades tenía de encontrar a algún

otro que buscase trascender todo eso, y que ni siquiera fuera especialmente consciente de ello? Y apareció Cyprian, ni más ni menos. Querido Cyprian.

Entonces empezó a pasar algo ciertamente extraño. Durante años, Yashmeen se había visto obligada a soportar las pasiones que despertaba en los otros, contentándose con algunos momentos de diversión y prefiriendo, como un espectador en una actuación de juegos de manos, no saber muy bien cómo funcionaba aquello. El Cielo sabía que se había esforzado por ser una buena chica. Pero tarde o temprano se le acababa la paciencia. Cierta suspiro exasperado, y otro amante con el corazón roto se quedaba por el camino, revolcándose en la ciénaga erótica. Pero ahora, por primera vez, con el regreso de Cyprian, algo había cambiado, como si, con la milagrosa resurrección de él, también se le hubiera devuelto algo a ella, aunque se resistía a darle nombre.

Los hombres nunca habían supuesto un gran reto, todos sus éxitos memorables eran con mujeres. Tras haber aprendido, sin mayores desvelos, cómo manipular los deseos de la dependienta de Londres y de la altiva girtoniana, a Yashmeen le sorprendió agradablemente descubrir que el mismo enfoque también funcionaba con Cyprian, sólo que era más efectivo todavía. Se intensificó la amable fantasía de princesas y sirvientas y demás, se amplió a esferas de poder real, de dolor real. Él no parecía refrenado por los temores, siempre presentes, que ella había acabado percibiendo, los que lastraban las almas de la feminidad británica; al contrario, él incluso parecía deseoso de transgredir cualquier límite que ella pudiera concebir. Era algo que iba más allá del tradicional gusto por la flagelación esperable en cualquier escolar británico, independientemente de la edad. Era casi una indiferencia hacia el yo, en la que el deseo lo desbordaba y anulaba, y ella, al principio, pensó, como habrían pensado otras mujeres: bueno, entonces no es más que aborrecimiento de sí mismo, ¿no?, tal vez una cuestión de clases; pero no, *no se trataba de eso*. Cyprian realmente disfrutaba demasiado con lo que ella le obligaba a hacer. «¿“Odio”?», no..., no sé qué es eso», se quejaba él, contemplando consternado su propia figura desnuda ante el espejo de ella, «a no ser que sea el tuyo...». Con aquellas curvas suaves y seductoras, bien podría haber sido narcisismo, pero no, tampoco se trataba de eso. La mirada de Cyprian no buscaba el espejo, sino a Yashmeen. Al principio pensó en tapar el espejo cuando estaban juntos, pero se dio cuenta de que no importaba. Los ojos de él seguían alzándose adoradores sólo hacia ella, salvo cuando le ordenaba dirigirlos a otro sitio.

—No —susurró él.

—¿Me estás diciendo que no? Voy a darte una paliza que verás...

—No te dejaré —con la misma voz susurrante.

Ella alineó los hombros, un gesto que había descubierto que a él le excitaba especialmente.

—Muy bien. Creo que me ocuparé de ese culito desafiante. A ver, Cyprian.

—No —repetía incluso cuando sus pequeñas manos enguantadas se desplazaban con languidez hacia las sujeciones de los pantalones, se daba la vuelta, los desabrochaba lentamente y se los bajaba para ella, mirando por encima del hombro.

Él creía saber qué era estar encendido. Pero esto era una explosión sostenida que alcanzaba de vez en cuando una *brisanse* casi insoportable. Aun así, la soportaba, no tanto porque ella quisiera cuanto porque, increíblemente, se había convertido en una necesidad para la propia Yashmeen. ¿Cómo iba él a defraudarla? Parecía demasiado ridículo, pero encontraba evidencias por todas partes. Ella se comportaba como una chiquilla enamorada. Le compraba a Cyprian enormes ramos de flores y ropa interior extravagante. Lo elogiaba cuando él no estaba delante, y con lo que algunos habrían considerado una largura excesiva. Si llegaba unos minutos tarde a una cita, la encontraba temblando de ansiedad, a un paso de las lágrimas. Ninguna de las crueldades formales que a ella se le ocurrieran para castigarle podían anular el recuerdo de Cyprian de la necesidad inocultable de Yashmeen, como si él la hubiera pillado en un momento de vulnerabilidad.

—Llevo viviendo demasiado tiempo con esta maldición —le confesó a ella con el tono jadeante, casi lloroso, en el que a veces caía, el equivalente oral a arrojarse a sus pies, en busca de certezas debajo de ellos—, quién habría imaginado que existiría alguien que la comprendiera, que cumpliera sus requisitos con tanta exactitud..., con tanto respeto... El Coronel Khäutsch era cruel, al menos mientras se le mantenía la erección; Theign se daba por satisfecho con tener el poder y que lo obedecieran... Esos deseos podía entenderlos, pero, pero...

—Antes de que esto acabe —le informó ella—, si es que acaba, ya no imaginarás más, creerás. —Le divertía el tono melodramático de su propia voz, pero hasta ella misma se medio creía lo que había dicho, y sus ojos brillaban confirmándolo. Con crueldad, pero eso era lo que menos importaba. Con la excepción de un turista en Wigan en una ocasión, cuyas palabras quedaron parcialmente oscurecidas por un extraño sándwich de patatas fritas, era seguramente la declaración más romántica que nadie le había hecho a Cyprian hasta entonces.

Él seguía intentando entender. Uno podía contemplar Londres, desde las alturas de la Noria de Earl's Court al crepúsculo, mientras se encendían las luces una tras otra y se corrían las cortinas. Pasaba detrás de casi todas las ventanas a la vista, tan numerosas como las estrellas en el cielo: las inversiones del poder, las esposas imponiéndose a los maridos, los discípulos a los maestros, los soldados a los generales, los morenos a los blancos, el antiguo y esperable orden de las cosas del revés, una revolución en los términos del deseo; y aun así, a los pies de Yashmeen, eso sólo parecían las afueras..., la forma obvia o sacramental de la cuestión...

—No te pongas demasiado espiritual —le advirtió ella, aunque probablemente lo decía más para sí y sus propias esperanzas estafalarias sobre el tema—. Sabes que es tu cuerpo el que disfruta con esto —dijo acariciándolo sin ternura—, no sólo las zonas de tu cuerpo tradicionales en estos asuntos sino, poco a poco, a medida que

avance tu educación, no te quepa duda, cada centímetro cuadrado de piel, cada cabello, tanto en su sitio como dolorosamente arrancado, cada nervio anhelante...

»Otra vez —ella le dio un capirotazo con una uña escarlata y él exhaló un jadeo agudo, pero sin nada de dolor—. Estás pensando en un hombre. Dímelo.

—Sí. —Él no insistía en «el amor», pero ¿qué otra cosa podía sentirse en ese momento?—. En varios hombres para ser exactos.

—Ya. ¿Seguro que no en uno *en particular*?

Cyprian se quedó un rato en silencio.

—No. En una sombra genérica, con un físico sustancial, supongo... Eso no significa... —Se volvió hacia ella, llevado por una oleada de ternura explícita.

—Ni se te pase por la cabeza que vaya a cortarme el pelo y meterme un dildo para ti, Cyprian.

—Ni soñaría con pedírtelo. Ni con suplicártelo. —Como si no pudiera resistirse, añadió—: Claro que haría algunos cambios: el pelo, ya sabes, el vestuario, cosas de maquillaje que a ti te gustarían más...

Ella se rió, fingiendo que lo estudiaba a la luz de las velas.

—«Claro». Eres casi de mi misma talla, de huesos finos y rasgos bastante delicados, pero el cerebro que hay dentro está lleno, me temo, de poco más que de las ilusiones habituales de un niño sobre los encantos de la feminidad. Tal como eres, no serías rival para la menos clarividente de mis amigas.

—¿Y tal como podría ser?

—¿Soy tu tutora? Pues ven aquí.

Avanzada la noche se acostaban juntos contemplando las luces, las que se movían y las inmóviles, reflejadas en los canales.

—¿Qué dudas podías tener? —susurró ella—. He amado a mujeres, como tú has amado a hombres...

—Tal vez yo no diría «amado»...

—¿... y qué importa? Podemos hacer lo que imaginemos. ¿No somos el mundo del futuro? Las normas de buena conducta son para los moribundos, no para nosotros.

—No para ti, en cualquier caso. Eres mucho más valiente que yo.

—Seremos todo lo valientes que tengamos que ser.

Era mediados de abril. Hacía semanas que había acabado el Carnevale, la Cuaresma se acercaba a su fin, y los cielos eran demasiado pálidos y macilentos para llorar por el destino del Cristo cíclico; la ciudad había recuperado lentamente su normalidad sin máscaras, con un extraño y mortecino brillo sobre el pavimento de la Piazza que tenía menos de reflejo del cielo que de suave resplandor procedente de las

regiones subterráneas. Pero la comunión silenciosa de las máscaras no había acabado del todo.

En una de las islas exteriores de la Laguna, que pertenecía a la familia Spongiatosta desde hacía siglos, a más de una hora de distancia incluso en barco de motor, se erigía un palazzo que se hundía lentamente. A medianoche, entre el Sábado Santo y el Domingo de Resurrección, empezaba el contra-Carnevale secreto llamado Carnesalve, que no era una despedida sino una entusiasta bienvenida a la carne y todas sus promesas. Como objeto de deseo, como alimento, como templo, como puerta a estados más allá del conocimiento inmediato.

Sin interferencias de la autoridad, eclesiástica o civil, todo ese mundo limitado sucumbía a un imperativo enmascarado, y las identidades literales se desprendían hasta perderse por completo en el delirio. Con el tiempo, al cabo de un par de días, emergía la certeza de que siempre había existido separadamente un mundo en el que las máscaras eran reales, eran los rostros cotidianos, rostros con sus propias normas de expresión, que se conocían y comprendían entre ellos..., una vida secreta de Máscaras. No era como durante el Carnevale, cuando a los civiles se les permitía fingir que eran miembros del Mundo de las Máscaras, tomar prestada parte de esa distancia hierática, esa intimidad más profunda con los sueños acallados que disfrutaban las Máscaras. En el Carnevale, las máscaras manifestaban una indiferencia privilegiada hacia el mundo de la carne, del que uno se despedía al fin. Pero aquí, en el Carnesalve, como en el espionaje o en un proyecto revolucionario, el deseo de la Máscara era ser invisible, no amenazadora, transparente pero implacablemente engañosa, pues bajo su oscura autoridad imperaba el peligro y todo se transgredía.

Cyprian fue a la isla con el Príncipe y la Princesa en su lancha de vapor, tras subir a bordo, a la luz del crepúsculo, en el embarcadero de Ca' Spongiatosta. Durante una media hora, mientras la luna se elevaba y ocupaba el cielo, Cyprian, desorientado, tuvo la sensación de que habían ascendido muy por encima de la Laguna, de que el cielo era un yermo borroso de humo iluminado, los colores parecían más brillantes de lo esperable, y desde esa peligrosa altitud creyó ver muy abajo barcos mercantes que aceleraban, barcos con productos agrícolas que volvían a Torcello y Malamocco, vaporettes y góndolas...

Se encontraban todavía a millas de distancia, pero ya podían oír la reunión.

—Debió de ser así hace un siglo —comentó el Príncipe—, al lado de San Servolo, con todos los locos chillando.

La luz que tenían delante era de un amarillo eléctrico sucio, resplandecía sobre el agua y era cada vez más intensa a medida que se acercaban. Se detuvieron en un antiguo muelle de piedra, el palazzo condenado oscilaba sobre ellos. Los sirvientes, con antorchas, vestidos esta noche de negro como los Signori di Notte, la banda de asesinos sanguinarios del Dogo Gradenigo, los acompañaron al interior.

Cerca de la medianoche, Cyprian, luciendo un vestido de baile de tafetán negro que le había prestado la Principessa, un antifaz de cuero negro sobre los ojos, con la cintura ceñida hasta una circunferencia imposiblemente esbelta, la pequeña cara maquillada enmarcada por el corte de pelo que había imaginado el Signor Fabrizio para Yashmeen, rizado, empolvado, esculpido, entretejido de diminutas perlas y violetas de Parma, protagonizó una entrada arrolladora descendiendo en tacones altos por las escaleras de mármol, hacia el mar de máscaras y carne de abajo. Reef, arriba en una de las *loggie*, estaba a punto de encenderse un purito, pero se levantó boquiabierto, al principio sin saber muy bien quién era, con una erección que amenazaba con demoler los pantalones del disfraz de Pierrot que Yashmeen se había empeñado que llevara. Con la vaga idea de ver más de cerca, descendió hacia la conmoción general, a través de la cual apenas era audible una pequeña orquesta de baile.

—Vaya, ¿qué tal, vaquero? —Era Cyprian, quién si no, con una voz suave y divertida que se alzaba hasta un registro apropiado para los escarceos, tan cerca que Reef olía su perfume, algo floral, elusivo, nocturno... Sin tardanza, el joven, que esa noche estaba resuelto a dejarse ir, había levantado temerariamente su diminuta mano enguantada para acariciar primero los pezones de Reef, que a esas alturas se habían puesto dolorosamente rígidos, y luego, no, eso no podía estar pasando, su pene, que, lejos de encogerse ante el descarado asalto, continuaba exhibiendo ideas propias; Cyprian, con los ojos clavados hipnóticamente en los de Reef, estaba a punto de decir algo más cuando su mano juguetona fue agarrada y retirada de golpe.

—Cyprian, la de veces que te lo he dicho, y aun así sigues desobedeciéndome —susurró Yashmeen, que llevaba un antifaz de satén y hablaba tras un velo de encaje que cubría su cara desde el nacimiento del pelo hasta justo debajo de la barbilla—, ¿es que no tienes vergüenza? Sabes que ahora tendrás que sufrir las consecuencias. Venid, los dos. —Agarró a Cyprian con fuerza del codo y lo condujo a través de la multitud, momento que aprovecharon algunos de los asistentes para acariciar a la criatura que tan mal se portaba mientras intentaba pasar. Cyprian apenas podía respirar, no sólo por la constricción de su corsé y las intenciones de Yashmeen hacia su cuerpo, sino sobre todo por la presencia de Reef, la energía oscura que sentía a sus espaldas, casi rozándole. Nunca se habían encontrado en una situación similar hasta ese momento, y sus relaciones se habían limitado a las de las dos patas heterosexuales del triángulo. ¿Qué tendría ella en la cabeza? ¿Iba a obligarlo a arrodillarse y mirarlos copular? ¿Lo maltrataría como solía, pero abiertamente, delante de Reef, y sería él capaz de soportar semejante humillación? Ni siquiera se atrevía a soñarlo.

Encontraron una habitación arriba, llena de mobiliario dorado y pesados cortinajes de terciopelo oscuro. Pálidos *amoretti*, que a lo largo de generaciones habían visto de todo, holgazaneaban por el techo, dándose codazos, sonriendo, acicalándose las plumitas unos a otros, haciendo comentarios hastiados del mundo

ante el espectáculo que se desarrollaba abajo, que de hecho no se alejaba demasiado de las costumbres eróticas de estas islas.

Yashmeen se recostó entre los almohadones de un diván de terciopelo rojo, permitiendo que el ya precario bajo de su disfraz se alzara y revelara sus tan famosas piernas en calceta de seda negra, que ahora simuló inspeccionar y reajustar. Reef dio un paso adelante, puede que dos, para mejorar su vista.

—No, quédate donde estás. Ahí mismo..., bien, no te muevas. Cyprian, tesoro, tú ya sabes dónde tienes que ponerte.

Cyprian inclinó la cabeza y con gracia se levantó las faldas como si fuera a hacer una reverencia, luego se arrodilló con un gran frufrú de tafetán de seda. En las posiciones que Yashmeen les había asignado a ambos, se dio cuenta de que su cara había quedado a la altura y bastante cerca del pene de Reef, que éste, a una indicación de Yashmeen, se estaba sacando de los pantalones.

Ni de lejos duró tanto como a Cyprian le hubiera gustado. Con los años había aprendido a apreciar los preliminares, pero ahora no fue capaz más que de dar unos besos de lengua inquieta y rozar con un par de parpadeos rápidos y electrizantes de sus largas pestañas el lado inferior del órgano caliente antes de oír la orden de Yashmeen:

—Ahora rápido. En su boca, Reef, de un golpe, no más, y luego quédate totalmente quieto y deja que esta perversa y pequeña *fellatrice* haga todo el trabajo. Y tú, Cyprian, cuando se corra no debes tragarte nada, tienes que guardártelo todo en la boca, ¿entiendes?

A esas alturas, ella apenas podía mantener el tono de voz de mando, excitada como estaba tras acariciarse con sus dedos enguantados en cabritilla la yema del clítoris y los labios separados, ahora lustrosamente enmarcados por la espuma de encaje que le rodeaba las caderas.

—Los dos sois mis..., mis... —No pudo acabar, mientras Reef, que había perdido el control, estalló en un inmenso fluido acre, que Cyprian hizo cuanto pudo para acomodar en su boca tal como le habían mandado.

—Ahora ven aquí, Cyprian, arrástrate hasta mí, y que el Cielo te ayude si intentas tragártelo o dejas caer una sola gota, trae esa carita impúdica, pon la boca aquí, sí, justo aquí —mientras sus muslos poderosos se cerraban inmisericordes alrededor de su cabeza, torciéndole la peluca perfumada, su propio adorado cabello, y sus manos le apretaban la nuca para que no se apartara—. Ahora utiliza la lengua, los labios, lo que sea, pero lo quiero todo, que te salga de la boca y entre en mí, sí, porque tú no eres más que un intermediario, ¿sabes?, nunca, jamás disfrutarás de más privilegio que el de tener tu perversa boca donde está ahora, y espero, Cyprian, que no te estés tocando sin mi permiso, porque me enfadaré mucho si tú..., sí, querida criatura..., ahí, exacto... —Se quedó sin palabras por un momento, y Cyprian perdió la noción del tiempo, rindiéndose por completo a su aroma, a su sabor, al de Reef, al encierro musculoso de los muslos de ella, hasta que los separó brevemente y creyó oír pisadas

en la alfombra a sus espaldas, y entonces unas grandes manos delictivas le levantaron el vestido. Sin que se lo dijeran arqueó la espalda y dejó que Reef, preparado para montar de nuevo, le bajara las exquisitas bragas que había cosido la modista de Yashmeen con encaje veneciano de Melville & Ziffer, suplicando que nada se rasgara, y luego sintió las manos endurecidas en su trasero desnudo mientras Reef se reía y le daba palmadas.

—Vaya, quién iba a decir que esto sería tan bonito.

En una lenta y dolorosa, bueno, no exactamente dolorosa, embestida, Reef lo penetró... Pero dejémoslos a regañadientes, pues la biomecánica es una cosa y la intimidad otra muy distinta, ¿no?; sí, y además, a esas alturas Reef y Yashmeen se sonreían abiertamente y Cyprian se sentía absurdamente agradecido, sostenido entre ambos con tanta fuerza como para que el vigoroso repaso que estaba recibiendo pareciera casi, sólo casi, secundario.

Desde entonces hasta la Ascensión, el día en que Venecia volvía a desposarse todos los años con el mar, los dos jóvenes —uno que nunca había imaginado al otro, el otro que había ido más allá de la imaginación y ahora sólo esperaba que nada resultara ser demasiado «real»— reafirmaron la tercera conexión de la tríada, y ambos se preguntaban cuán cerca del «amor» estaría todo eso.

—En realidad, es sólo agradecimiento —dijo Cyprian encogiéndose de hombros—. Ella estaba pasando una mala racha y resultó que yo sabía dónde había una salida; por descontado, a ella todo le parece un milagro, pero yo sé la verdad, y tú también, supongo.

—He visto de todo —razonó Reef—. Y esto va en serio, lo tengo claro.

Cyprian, pensando que no era más que el tipo de diálogo de coqueteo al que hacía tiempo se había acostumbrado, preguntó:

—¿Has desarrollado un ojo clínico para..., para esta situación?

—Para el amor, viejo amigo. ¿Te pone nervioso la palabra?

—Más bien impaciente.

—Muy bien. Ya veremos. ¿No se supone que te gusta apostar...?

—Soy un viajero con un presupuesto muy justo en este momento, me temo.

Reef se reía entre dientes, parecía que para sí.

—No te preocupes, vaquero, no busco tu dinero. Pero cuando por fin te quites todo ese maquillaje de los ojos, no me vengas pidiendo consejo gratuito, porque seguro que no sabré qué decir.

—Y... vosotros dos... —Se las compuso para alzar ambas cejas en un gesto que esperaba que Reef interpretase como comprensión.

—Más vale que se lo preguntes a ella —dijo Reef con al menos dos expresiones luchando por hacerse un sitio en su cara—. Yo aquí sólo estoy de visita ampliada, por así decir.

—Reef tiene algo de vacacional —ella le reconoció a Cyprian—, te hace olvidar tus complejos, y es tan fascinante cuando se le encuentra en esos salones llenos de fantoches..., pero en privado es capaz de cansar a cualquiera con notable velocidad.

Un día Cyprian acababa de salir de la bañera, donde se había pasado una hora fumando y chapoteando, cuando entró Reef.

—Ella no está aquí —dijo Cyprian—. Ha ido de compras.

—No la estoy buscando a ella. —Cyprian casi ni se había dado cuenta del pene expresivamente erecto de Reef antes de que éste le agarrara del pelo y le forzara a arrodillarse con las piernas desnudas.

—No debemos, ya lo sabes..., ella se pondrá furiosa...

—¿Y qué? Mira que dejar que una mujer te baquetea así todo el tiempo..., a la mierda, si le respondieras sólo una vez... Ellas *quieren* que se les mande, ¿es que no te has dado cuenta?

En otro momento, Cyprian le habría replicado: «Vaya, ¿acaso has estado dándole órdenes últimamente? Pues no me he dado cuenta». Pero ahora, arrodillado coquetamente, se dio por satisfecho con llevarse el pene de Reef a la boca y alzar la mirada a través de las pestañas hacia su rostro distante, levemente emborronado por las lágrimas del deseo.

Al poco, Reef se había dejado ir en uno de sus numeritos de rodeo y Cyprian gritaba con la cara enterrada en una almohada de encaje, como siempre, y el aire se impregnó de intensos olores de lilas, mierda y pastel de almendras. La luz del sol del canal espejeaba en las ventanas. Yashmeen pasaba fuera toda la tarde.

—Nuestro pequeño secreto, me imagino.

—¿Es que nunca...?

—Nunca ¿qué?

—Supongo que es sólo curiosidad. ¿Cómo puede un hombre dejar que cualquiera le haga eso, sin siquiera...?

—A lo mejor tú no eras sólo cualquiera, Reef.

—Eso no importa ahora. Lo que digo es que si fuera yo, querría matar a quienquiera que quisiera hacerme eso. Mierda, *tendría que* matarlo.

—Bueno, no te preocupes, no voy a hacerte daño, por peligroso que sea.

—¿No crees que has sido...?, a ver, quiero decir, ¿no duele?

—Duele, y no duele.

—Chorradas japonesas. Gracias. Conocí a un japo místico, en San Francisco, solía hablar así a todas horas.

—El único modo de descubrir si duele, y cuánto, y todo lo demás, Reef, es probarlo, pero probablemente bastaría sugerírtelo para que te lo tomaras a mal. —En el pasado, eso habría sido un flirteo descarado, pero ahora...—. Así que no lo voy a sugerir.

Reef bizqueó.

—No te estarás refiriendo —dibujó unos círculos con los dedos— a clavármela ni nada por el estilo, ¿verdad? —Cyprian se encogió de hombros—. Pero si lo que tienes ahí ni siquiera es propiamente una polla.

—Pues mucho menos que temer. ¿No?

—¿Temer? Hijo, no se trata del dolor, mierda, vivir es dolor; sino del honor de un hombre. Cuando se trata de tu honor, es cuestión de vida y muerte. Tú no lo tienes, ¿de dónde eres?, ¿de Inglaterra?

—Tal vez es que no he sabido ver la relación entre el honor y el deseo, Reef.

Jugaba, como siempre, con medias verdades, pues Cyprian había empezado a darse cuenta de que fuera, «sobre el terreno», era precisamente su intenso deseo de que lo tomaran lo que le ofrecía una ventaja práctica, al liberarlo de la pérdida de tiempo y energía en cuestiones sobre la integridad rectal, o sobre quién en un encuentro dado sería el dominante; significara lo que significase el «honor», ya no tenía mucho que ver con esos protocolos sexuales pasados de moda. Que los otros, si querían, siguieran revolcándose en las viejas ciénagas, Cyprian trabajaba mejor sobre suelo más firme.

Por otro lado, eso animaba a la gente que no lo conocía bien a confundir la sumisión con la compasión, sobre todo en el caso de aquellos que profesaban la curiosa creencia de que los sodomitas tenían bastantes problemas propios y, por eso, nunca se aburrían escuchando los de los demás.

En muchos sentidos un producto de su isla nativa, poco dado a la intrusión nasal, Cyprian, siempre desconcertado ante la predisposición americana a confesarlo todo, hasta el mínimo detalle, a cualquier extraño, se vio convertido cada vez más en público de las confidencias de Reef.

—Y hubo un tiempo en que los veía en los trenes, a veces me sentaba a su lado, esos tipos jóvenes que viajaban de condado en condado, cruzando las líneas interestatales, supuestamente en busca de trabajo, pero que en realidad sólo estaban desesperados por escapar de todo aquello. No es que odiaran a sus hijos. Te enseñaban los ferrotipos de los chicos con mucha frecuencia, mierda, ellos amaban a los '*chavalitos*'. Puede que incluso amaran a sus esposas, también te enseñaban su foto, algunas veces posando, o con algo puesto, o sin nada, lo que las autoridades llamarían «tomada para excitar», y estaba tan claro como el escaparate de una tienda, «no está mal, ¿eh? Y si tú, que pareces un chico bastante normal, crees que ella tiene cierto aire de perversa, bueno, son muchas las posibilidades de que allí haya también algún otro con la misma opinión, tan normal como tú, que, puede que en este mismo instante, ese completo desconocido, me esté haciendo un favor sin saberlo».

»Si pudieran tranquilizarse sólo un poco, seguramente no se pondrían a charlar sobre el coño de su esposa. Pero ellos estaban siempre demasiado embelesados en sí mismos, tan desesperados por hablar que no les importaba lo que yo pensara, esperaban que yo les comprendiera, y debía de parecerles que lo hacía. Cada vez

pasaba algo que impedía que hiciera comentarios. Tal vez tenía uno de esos presentimientos psíquicos sobre el día en que me uniría a ellos.

»Siempre parecían muy preocupados. Algunos ni siquiera podían esbozar una sonrisa. Sentados bajo las alas de sus sombreros, buscando con las manos, bebiéndose una botella de cerveza tras otra de la caja que habíamos comprado entre todos y subido al tren en la última cantina junto a las vías en la que habíamos parado. O de las dos cajas. A veces, era casi una especie de fiesta, una convención, el Gran Ejército de la República Matrimonial, y unos a otros se contaban historias de batallas libradas en las fronteras, de las que se habían retirado, a veces bastante despacio, a veces con un pánico ciego que intentaban disimular. “Supongo que perdí un poco la cabeza”, “No recuerdo gran cosa de aquella semana” o “Estuve muy jodido por un tiempo”.

»Y bien, ahora estamos aquí, no tantos años después, y es mi turno de ocupar el otro asiento, marear la oreja del tipo que se sienta junto a la ventana, el que se subió en la última estación, o sea: tú.

—Mi turno de sentarme y escuchar.

—No tienes elección, colega.

Cyprian alargó la mano, seguramente sin más intención que apretar el hombro de Reef, pero éste frunció el ceño y se apartó.

—He hecho algunas putadas, Cyprian, pero ésa es la única que no tienen perdón. El modo en que mi pequeño me miró, la última vez... No es que se diera cuenta de que algo había cambiado. No era más que eso; apenas un bebé. Siempre se acostaba sin pensar jamás que yo no estaría cuando se despertara. Pero aquella mañana yo no estaba. —Cyprian y él cruzaron una mirada demasiado cargada de tensión para mantenerla mucho tiempo—. Ni siquiera sé ya por qué lo hice. Pero eso es muy fácil, ¿verdad?

—¿Cuánto de todo esto le has contado a Yashmeen?

—No más de lo que ella me cuenta de su juventud. ¿Por qué? ¿Es que estás pensando en ir corriendo a chivarte?

—Yo no, pero tal vez tú sí deberías. Algún día.

—Para ti es fácil de decir.

—A veces ocurre en la cárcel —teorizaba Reef—. Es como si, al pasarte bastante tiempo dentro, las cosas acabaran deslizándose a ese viejo triángulo de dos padres y un hijo, casi sin quererlo.

—Pero no estamos en la cárcel, ¿verdad que no?

—Claro que no. Ni siquiera sé por qué lo he dicho.

—Eres libre para irte cuando quieras —dijo Yashmeen—. Todos lo somos. Eso fue siempre lo importante.

—Puede que me sintiera libre para irme antes —dijo Reef. Pero no estaba en condiciones de mirar a los ojos a nadie.

—Tampoco sabe por qué ha dicho eso —intervino Cyprian. La expresión del rostro de Yashmeen, oscilando entre la rabia y el divertimento, no era un texto que a ninguno de los dos jóvenes les apeteciera leer en ese momento.

Lo que fascinaba a Cyprian últimamente del rostro de Yashmeen era lo que le sucedía cuando Reef y ella follaban. Cumpliendo su promesa, ella le había permitido mirarlos de vez en cuando. Como si Reef fuera un agente de transfiguración —no tanto a causa de sus porfiadas penetraciones, sino más bien en contra de éstas—, el rostro de Yashmeen, que en el pasado Cyprian había guardado como una fotografía plegada y a salvo en su memoria cotidiana, a modo de amuleto contra la desgracia balcánica, se apasionaba ahora con una exquisita ferocidad, velado de sudor, revelándole a él, como por unos rayos recientemente descubiertos, la faz de otra mujer insospechada. Un rostro no tanto poseído como desahuciado, con algún fin impreciso, por fuerzas que nunca habían tenido motivos para manifestarse.

Lejos, en el país más recóndito de su espíritu, tal vez en el co-consciente del que uno oía hablar estos días en los círculos de moda, sentía que algo empezaba a cambiar.

Ahora, tras años de evitarlo, había llegado el turno de Reef de soñar con su padre. Algo en la situación que vivía con Yash y Cyprian debía de haber soltado una costura, y el sueño vino a su encuentro. En el pasado había creído que ser el Kieselguhr Kid sustituyendo a Webb pondría en orden sus ilusiones mortales, pero no había más que ver adónde lo había llevado todo eso. Webb, incluso ya en el camino de vuelta de Jeshimon hacía tanto tiempo, aquella luminosa y estridente alucinación... ¿lo reconocería Webb ahora, reconocería todavía sus ideas políticas, sus compulsiones? En el sueño ya no estaban en los cañones fantasmales del McElmo, sino en una ciudad que no era Venecia pero tampoco ningún lugar de América, con unas calles interminables, imposibles de situar sobre un plano, con las mismas imágenes antiguas e inquietantes grabadas en sus paredes que en el McElmo, las cuales narraban una historia cuya terrible verdad no podían reconocer oficialmente las autoridades por el peligro que suponía para la cordura pública... Aquí era más oscuro de lo que podía imaginar. A lo lejos, Reef avistó una procesión de mineros con sus largos abrigos de caucho; sólo uno de ellos, que iba hacia la mitad del grupo, llevaba el cabo de vela de su casco encendido. Como postulantes con sus hábitos, avanzaban en fila india por una calle tan estrecha como una húmeda galería iluminada por delante o por detrás por la lámpara amarilla. Cuando Reef se acercó vio que el portador de la luz era Webb.

—Pequeñas victorias —lo saludó Webb—. Basta conseguir una o dos. Loar y honrar las pequeñas victorias allá donde se den, de la manera que sea.

—Pues no se han dado muchas últimamente, papá —intentó decir Reef.

—No estaba hablando de las tuyas, cabeza hueca.

Al comprender que era una tentativa de Webb de transmitir otro mensaje, como en la sesión de espiritismo en los Alpes, Reef atisbo en un único y breve instante de lucidez que ésa era la información precisa que necesitaba para volver al punto donde se había apartado del camino, hacía ya tanto tiempo. Y entonces se despertó e intentó recordar por qué era tan importante.

El plan de los tres había sido huir a la Garfagnana y vivir entre los suyos, entre lobos, anarquistas y asaltantes de caminos. Alimentarse de sopa de judías y farro, setas y castañas conservadas en el áspero vino tinto de la región. Robar gallinas, llevarse una vaca de vez en cuando. Pero al entrar en el valle del Serchio no pasaron de Bagni di Lucca, lugar de nacimiento de la ruleta europea que conocemos hoy en día, y allí su instinto de jugadores se impuso, y al instante todos habían vuelto a las andadas. Pronto, a pesar de sus mejores intenciones, nadaban en francos. A veces se los veía paseando bajo los árboles: Reef en el más sobrio de los negros, el ala del Borsalino oscureciéndole los ojos, delgado y alerta; Cyprian ondulando en blancos y pasteles, con sombrero de caza a cuadros extravagantes; Yashmeen entre los dos con un vestido de casino, cuyo tejido de gasa era de una ingravidez estival y del lila más claro, con una sombrilla que parecía utilizar como un argumento más del discurso. A veces las nubes se amontonaban sobre las montañas, espesando la luz hasta un tono gris oscuro, y cortinas envolventes de lluvia cubrían las laderas. Las golondrinas se alineaban bajo los aleros de los edificios y a lo largo de los cables del teléfono a esperar que escampara. Entonces los tres se quedaban en su alojamiento, follando, jugando, fingiendo perder lo justo para parecer normales, riñendo, aventurándose raramente en cuestiones como qué iba a ser de ellos.

Lo que les resultaba difícil no eran las grandes cuestiones —habían descubierto que los tres tendían políticamente al Anarquismo, que su visión del destino humano era pesimista, aunque incluía divagaciones humorísticas que sólo los moradores habituales de las cárceles y los jinetes de rodeo entenderían...—; lo que hacía tan complicado su día a día y podía convertir cualquier desliz en un desastre eran más bien las pequeñas contrariedades, que, debido a cierto principio homeopático de lo fastidioso, adquirían más intensidad cuanto más triviales eran. Cyprian tenía la costumbre, desde hacía mucho aunque hasta ahora nadie se hubiera fijado, de hacer comentarios irónicos sobre nada en concreto, cantando como para sus adentros al ritmo de la Obertura de *Guillermo Tell*:

Bueno, pero qué bueno, mira *que está bueno*,
bueno, pero qué bueno, mira *que está bueno*,
bueno, pero qué bueno, mira *que está bueno*, pero

que muy bueno, ¡mira *que está bueno!*

Reef suponía que era la adversidad la que le había enseñado el arte de componer exquisitas comidas de gourmet con los ingredientes que el día le ponía a mano, aunque no se tenía noticia de que los otros dos fueran de la misma opinión, y más de una vez habían preferido quedarse con hambre antes que atragantarse con un bocado de cualquiera de los horrores del menú de Reef. Lo único que Reef podía ofrecer era consistencia.

—¡Sé surlatablé! —gritaba, y ahí tenían otra prueba culinaria vespertina—. Es francés. Significa que está en la mesa.

La pasta *asciutta* estaba siempre demasiado hecha, la sopa siempre demasiado salada. Nunca aprendería a preparar un café potable. Y tampoco ayudaba que la respuesta de Cyprian al peor de esos esfuerzos fuera cantar:

¡Sí! ¡Sí! Questamuybueno, y tanto, está
muy, pero que muy bueno (que-sí-que-sí)
¡Bueno! ¡Bueno!, sí,
mira que está bueno,
pero que muy bueno, ¡mira *que está bueno!*

—Cyprian, más vale que cortes con ese rollo.

Seguía entonces un silencio, que se prolongaba hasta que Yashmeen, en su papel habitual de apaciguadora y mediadora, creía que Cyprian había acabado de cantar, y entonces decía:

—Bueno, Reef, la verdad, esta comida, ejem...

Lo que daba pie para que Cyprian prosiguiera:

Muy bueno, muy bueno, pero que muy bueno,
mira que está bueno,
pero qué bueno está...

Instante en el que Reef agarraba un plato lleno de pasta *fazool* o de tagliatelle demasiado hechos y lo arrojaba con todas sus fuerzas al otro lado de la mesa, hacia Cyprian, provocando una gran lluvia pringosa.

—Me estás empezando a hinchar las pelotas, ¿entiendes?

—Mira lo que has hecho, me lo has tirado por encima de...

—¡Oh, sois tan pueriles los dos!

—A mí no me grites, díselo a la nenaza esta.

—Cyprian...

—Déjame en paz —replicaba Cyprian haciendo muecas y quitándose la pasta de la cabeza—, no eres mi madre, ¿verdad que no?

—Por suerte para ti. Si lo fuera, habría actuando impulsivamente hace mucho, y ahora disfrutarías de un estado de salud muy distinto.

—Dale, Yash.

—Y en cuanto a ti...

—Al menos podrías explicarle lo que significa *al dente*.

—Te has dejado uno pegado a la oreja.

Un día, en Monte Carlo, Reef casi se dio de bruces con nada menos que su viejo colega anarquista de Nueva Orleans, Wolfe Tone O’Rooney, de camino a Barcelona, donde estaba a punto de estallar, como sucedía periódicamente, otra revuelta anarquista.

—Dame un momento para que encuentre mi escopeta de elefantes y unos calcetines limpios, y estaré listo.

—Hermano de clase —declaró Wolfe Tone—, te necesitamos sano y salvo. Tu destino no es estar en la *‘línea del fuego’*.

—Eh, que yo soy tan bueno disparando como cualquiera de vuestros borrachuzos.

Wolfe Tone explicó entonces que, por terrible que resultara para la causa anarquista, Barcelona era sólo un detalle secundario.

—Los gobiernos están a punto de joderlo de verdad para todos, de hacer la vida más insoportable de lo que el Hermano Bakunin jamás imaginara. Algo verdaderamente espantoso está en marcha.

—Ahí fuera. —Pero Reef no discutió. Lo cual debería haberle sorprendido más de lo que de hecho le sorprendió.

Acompañaron al anarquista irlandés hasta la frontera francesa con España, y dieron una vuelta de final de temporada por los casinos franceses. Pero junto con los misterios del Deseo, Cyprian sentía un cambio en sus términos, tenía la nítida impresión de que algo estaba llegando a su final... Las fuentes del Deseo eran tan incognoscibles como las del Éstige, Pero no más explicable era la *ausencia* de deseo, el por qué uno opta por *no buscar* lo que el mundo considera, a veces parecería que por unanimidad, que es de su propio interés.

—No eres la misma persona —le dijo Yashmeen—. Pasó algo en Bosnia. Siento..., siento que cada vez te importo menos, menos que alguna otra cosa, que algo que no dices. —Se apartó deslizándose como si le hubiera costado mucho esfuerzo decirlo.

—Pero si yo te adoro —susurró Cyprian—, y eso no puede cambiar jamás.

—En el pasado me habría preguntado hasta dónde llegarías para demostrarlo.

—Hasta donde tú digas, Yashmeen.

—En el pasado ésa habría sido justamente tu respuesta. —Aunque sonreía, la pálida frente dejaba entrever cierta premonición, cierto despertar que no tardaría en producir desolación—. Ahora es posible que ya no pregunte. Es posible que ya ni siquiera me lo pregunte.

No se trataba del numerito «ah, ¿pero lo dices de verdad?», tan habitual entre amantes. Ella se sentía abrumada por cierta profunda incertidumbre. Él estaba de rodillas, como siempre. Ella tenía dos dedos enguantados situados cuidadosamente debajo de la barbilla de él, que lo obligaban a mirarla directamente a la cara, hasta que Yashmeen lo apartó de una bofetada. La imagen clásica no había cambiado. Pero en el silencio de ambos podía detectarse una disposición tónica a levantarse o irse, a abandonar la escena, como si los papeles de un drama se hubieran redistribuido.

Reef entró en la habitación envuelto en una nube de humo de puro, miró hacia donde estaban ellos y se dirigió a otra habitación. En el pasado habría tomado la situación como una invitación, y en el pasado lo habría sido.

Un día, en Biarritz, vagando por las calles, Yashmeen oyó una música de acordeón que salía de una puerta abierta. Una curiosa certeza se apoderó de ella, y se asomó dentro. Era un *bal musette*, casi vacío a esa hora del día, salvo por un par de concentrados bebedores de vino y el acordeonista, que tocaba dulcemente un vals callejero en modo menor. La luz entraba con un ángulo muy oblicuo que bastó para revelar a Reef y a Cyprian abrazados formalmente, bailando al ritmo de la música. Reef enseñaba a Cyprian a bailar. Yashmeen pensó en dejarse ver, pero al instante cambió de opinión. Se quedó quieta y contempló a los dos jóvenes resueltos, y deseó que Noellyn pudiera verlo. «Si alguien es capaz de acabar con ese muermo abatido en la pista, Pinky», comentaría más de una vez, «ésa eres tú».

Fue por entonces cuando Yashmeen descubrió que esperaba un hijo de Reef y, como a Cyprian le hubiera gustado imaginar, en cierto sentido auxiliar, bajo una luz ambigua y como fantasía enmascarada, también de él.

La noche que lo supo con certeza soñó con un cazador que por fin había llegado, un adiestrador de águilas del desierto que venía a ejecutar ante su alma el descenso del depredador, que se abatiría sobre ella, la agarraría, se la llevaría, sostenida fuertemente con garras de comunión, sangre y destino, para arrancarla de la imperfecta esfera de Riemann que ella había confundido con todo lo existente, y la alzaría en un ángulo casi vertical de ascenso hasta los reinos del viento eterno, donde sobrevolaría, a una altitud que convertía el continente euroasiático en un pequeño mapa de sí mismo, el centelleo de los ríos, los picos de nieve, las Tian Shan y el lago Baikal y la inmensa e indestructible taiga.

Hunter y Dally se presentaron un día en Londres, llegados en el exprés de Venecia, donde el acoso de los *coglioni* armados con Bodeos no mostraba signos de decaer, la Principessa Spongiatosta parecía ansiosa por convertir a Dally en una dudosa enredadera parásita del árbol de la nobleza italiana y Dally había concluido que Kit Traverse no iba a volver de Asia en un futuro cercano, si es que volvía. Pero antes de que cruzaran los Alpes, ella ya echaba de menos Venecia como un refugiado.

Ruperta Chirpingdon-Groin fue lo bastante amable para ayudarla a encontrar una agradable y pequeña habitación amueblada en Bloomsbury, mientras que Hunter regresó al seno almidonado de unas relaciones secundarias en algún lugar al oeste de Regents Park. Pese a que nunca había deseado especialmente a Hunter para sí, Ruperta no solía aguantar ver a nadie más contento, ni aunque fuera puro fingimiento. Sin embargo, una vez convencida de que no había nada demasiado apasionado entre Dally y Hunter, Ruperta la ascendió a la categoría de Molestia Menor, lo que, viniendo de ella, era casi como decir que la admiraba, si bien Dally nunca se fió ni un pelo de 'Pert. Desde Venecia y aquel primer apretón de manos remilgado delante del Britannia, las dos habían observado una tregua cuyo propósito parecía ser el de mantener la frágil paz de espíritu de Hunter.

—Pero le caes bien —insistía Hunter—. Tendrías que dejarla que te llevara por ahí. Conoce a todo el mundo.

—Le pone un poco nerviosa vernos juntos —le parecía a Dally—. Cree que somos novios o algo así.

—¿Quién, 'Pert? Pero si es la persona más ingenuamente confiada que conozco.

—La mujer tiene celos hasta de un plato de gachas, Hunter. —Dally había visto casualmente a Ruperta hacía poco con la cara a unos centímetros de un cuenco de gachas humeantes, al que lanzaba un gruñido grave y vicioso: «Ya, sí, ahora crees que te quiere, pero espera a que te enfríes un poco, te empieces a congelar, y verás lo amable que será entonces...», mientras Clothilda, su sobrina de cuatro años, permanecía pacientemente sentada con una cuchara y una jarra de leche. Ninguna de las dos parecía sentirse incómoda, ni siquiera cuando Rupertaladeó la oreja hacia las gachas como si éstas intentaran justificarse.

—Bueno..., supongo que sólo estaban jugando. Una especie de juego del desayuno o algo así.

—Ven, querida —dijo Ruperta un día que apareció, para variar, de la nada—, hoy va a cambiar tu vida, te vas a llevar toda una sorpresa.

Dahlia se puso inmediatamente en guardia, ¿quién no? Ruperta, que se expresaba en una jerga londinense en gran medida ininteligible, los introdujo como por arte de magia en un taxi con taxímetro y, sin casi darse cuenta, Dally se encontró en una especie de siniestro salón de té en Chelsea, sentada a una mesa frente a un voluptuoso

personaje con un sombrero Fedora y un traje de terciopelo. Dally reconoció las uñas demasiado largas de un escultor.

—Señorita Rideout, esta criatura es Arturo Naunt.

—Ésta será mi próximo ángel —afirmó Arturo mirando a Dally con un brillo en los ojos que ella creyó que no volvería a ver fuera de Italia—. Dime, querida, ¿a qué te dedicas?

Dally se había fijado en que esos ingleses hacían preguntas del mismo modo que otros hacían afirmaciones, bajando el tono al final en lugar de subirlo.

—Soy una exiliada.

—De América.

—De Venecia.

—¡Un ángel veneciano! *Perfetto!*

Pero no se trataba precisamente del tipo de ángel que Dally imaginaba. 'Pert se disculpó con su habitual sonrisa prepotente y depravada, y Dally y Arturo, tras un momento de conversación inane, se encaminaron a Victoria Station. Dally llevaba su fiable Lampo en el ridículo, y temía verse obligada a lidiar en cualquier momento con un pañuelo empapado en cloroformo, pero el trayecto hasta Peckham Rye fue tranquilo, incluso entreteniendo, gracias al profundo conocimiento que mostraba Arturo de los últimos escándalos que se habían producido en el Gran Londres.

Desde la estación siguieron ladera arriba hasta un cementerio dedicado a los soldados caídos en los conflictos coloniales del siglo XIX y de lo que había transcurrido del XX, ninguno de cuyos monumentos conservaba visiblemente la verticalidad, formando un campo insensato, diseminado de tocones minerales. Citas de la obra maestra del criquet *Vitai Lampada*, de Henry Newbolt, parecían reproducirse en una losa sí y otra no, aunque lo que había venido a buscar Arturo era algo bastante distinto.

—Aquí.

Se habían detenido ante una especie de sentimental *pietà* militar, en la que un soldado de infantería a tamaño natural, con una expresión de dulzura casi insoportable en el rostro, yacía agonizante con la cabeza apoyada en el regazo de una joven encapuchada en mármol negro, con un par de alas de depredador surgiendo de su espalda, que lo consolaba gentilmente; una de sus manos acariciaba la cara del yaciente, mientras que la otra se alzaba en un curioso gesto a medio camino entre un saludo y una orden.

—Uno de mis mejores ADM —comentó Arturo.

Con lo que parecía querer decir «Ángel De la Muerte». Dally se acercó, miró bajo la capucha. Vio una cara de las que se encuentran a cualquier hora, al doblar la esquina en una ciudad o al subir a un autobús, y luego los problemas vienen solos, ¿no?: la cara de una chica que ese muchacho agonizante había soñado, la chica que atendía el fuego del hogar en una casa que se había vuelto inalcanzablemente remota,

que prometía placeres carnales inefables, al tiempo que se preparaba para conducir el espíritu de él a orillas no menos inefables, mucho más allá del crepúsculo.

—Fiona Plush —dijo Arturo—, una chica encantadora. Lamentablemente perdió la cabeza por un artista de variedades al que le gustan curvilíneas. Se la vio hace poco llevando la comida al trabajo en un maletín de viaje de pegamoide que imitaba la piel de cocodrilo. Cuanto más comía, más quería comer. Surgieron problemas de vestuario. Si miras de cerca el tratamiento de los ojos, verás que he captado el hambre ahí, y bastante bien, en mi opinión: esa falsa compasión que es la esencia del oficio de ADM, qué quieres que te diga.

—Y ahora, déjame que me salte una fase, has salido al mercado en busca de una nueva modelo.

—Tal vez también de un nuevo enfoque. Debes de haberte fijado en lo mucho que la gente admira tu pelo.

—Supongo que estás planeando deshacerte de la capucha.

—Bueno, la tradición impone que se oculte la cara, ya sabes, se trata de la Muerte, ¿no? En el mejor de los casos, se aceptaría un cráneo pelado y depende de lo propensa a las pesadillas que seas, a partir de ahí la cosa no hace más que empeorar.

—Pero este Ángel de aquí es...

—Cierto, pero es la buena de Fiona, no es culpa suya ser guapa, aunque al final tuve que adelgazarla un poco.

Durante los días siguientes visitarían otros cementerios, y cuantos más ADM de Naunt veía Dally, más raro le parecía todo. Ahí había en juego intenciones perversas, tanto procreadoras como mortales. En las enrevesadas formas del atuendo de un ADM, en ciertos momentos del día, bajo la presión de la luz poderosa, se distinguía claramente, en las sombras del vestido, la forma de un niño pequeño o, a veces, de más de uno, aferrándose a lo que podría considerarse un cuerpo indiferente. Cuando las nubes se hacían más densas, se deslizaban o se disipaban, o el día daba paso a la noche, esas figuras desaparecían o, a veces, se transformaban en otra cosa que, en cualquier caso, tampoco invitaba a una inspección más de cerca.

Dally ya había posado cierto tiempo para un escultor. En Nueva York, en uno de los templos del capitalismo del centro de la ciudad, entre las estatuas alegóricas que bordeaban cierto pasillo de mármol, todavía se la veía como *El espíritu del bimetalismo*, con una cara retocada como la de una urna ceremonial, rodeada de guirnalda, cincelada en cada iris una cuña de atención radiante dirigida a su mano derecha, que sostenía un sol y una luna simbólicos como la Justicia sostiene la balanza..., y, como las demás modelos, sin el menor rastro, en la expresión que había adoptado, de triste arrepentimiento por cómo había acabado. ¿Qué habían sido de niñas: Provisiones, Demanda, Superávit, Rendimientos decrecientes? ¿Se había sentado alguna de ellas en un porche al borde de una pradera, balanceándose en una mecedora comprada en un almacén, toda la tarde perla hasta entrada la noche, imaginando que su familia se había ido sin ella, la casa convertida en una concha,

tomada por esos lentos ritmos de madera? ¿O procedía ella de todavía más al Oeste, digamos de la región minera, y se helaba días y noches en una chabola al borde del límite de las nieves perpetuas?, ¿era así como había acabado convirtiéndose en una niña de oro y plata? ¿Se había fijado en ella el dueño de una mina o el ayudante del dueño, que después la habían llevado a la ciudad, a cualquier ciudad, para presentarla a algún amigo escultor, un zalamero que había estado en Francia, un veterano de los trapicheos de artistas y modelos, que sabía moverse por los salones de Kipperville...?

A diferencia de otras que también se dedican al oficio de modelo, ella había adoptado un enfoque de actriz, y de hecho *interpretaba* las abstracciones que le mandaban encarnar, para así «meterse en el personaje». ¿Qué interés tenía encarnar el bimetalismo a menos que leyeras cuanto pudieras sobre él? Y otro tanto con Arturo Naunt y sus ADM. Este trabajo de cuidar rebaños de almas militares..., Dally no podía evitar abordarlo desde el punto de vista del Ángel. Puede que la capucha estuviera ahí no para ocultar sino para proteger, del mismo modo que el chal de una *semeuse* clásica se extendía a veces sobre su cara para protegerla del sol, de algo que había allá arriba, potente pero desviable, cierto brillo o forma insospechada de energía..., ¿la gracia de Dios? ¿Por qué el Ángel de la Muerte, actuando como agente de Dios, tenía que taparse de la gracia? ¿De qué otra desconocida energía oscura se protegía entonces? ¿De qué anti-gracia?

Hubo fricciones desde el principio. Arturo quería reposo, inmovilidad; Dally le daba una atleta dinámica, rendida a un viento que sólo ella percibía, con un aire tontamente orgásmico debido a la velocidad.

—Bueno, no soy Charlie Sykes, ¿no? —se le oía murmurar con frecuencia. Como el rostro de Fiona Plush antes que ella, el de Dally era demasiado específico para una contemplación prolongada. Hemos visto caras como éstas, cuando cambia la luz del día, resaltando contra las paredes largas y monótonas de los almacenes de los suburbios, en días de niebla o de incendios distantes cuyas gotas de cenizas invisibles, constantes, se van acumulando blancas como la escarcha... Son rostros que parecen requerir ese desarreglo en la luz, y tal vez cierta voluntad para verlos, por más ansiosamente que los rechacen aquellos de nosotros que los ven.

Mientras tanto, 'Pert, que había intentado, con poco éxito, sembrar dudas respecto a la chica que Hunter tenía en la cabeza, también se había enterado, a través de elementos del CRETINO, de algunos detalles sobre las aventuras previas del pintor, así como sobre sus fragilidades resultantes, y se nombró a sí misma anti-musa, esperando por pura mezquindad empujar a Hunter a realizar una obra que difícilmente le granjeara la simpatía del público británico. Sin embargo, la vida de 'Pert no tardaría en sufrir cierto reajuste. En septiembre, Hunter la invitó a acompañarlo a la Catedral de Gloucester, donde, como parte del Festival de los Tres Coros de ese año, se representaría por primera vez una obra de Ralph Vaughan

Williams. Ruperta, que despreciaba la música eclesiástica, debió de intuir una posibilidad irresistible para la maldad gratuita, porque lo acompañó luciendo un vestido informal más apropiado para Brighton, con un sombrero que siempre le había parecido especialmente aborrecible pero que conservaba a mano para ocasiones como ésta. El compositor dirigía dos orquestas de cuerda dispuestas como *cantores y decani*, unos frente a otros, a través del coro y el presbiterio, con un cuarteto de cuerda entre ellos. En cuanto Vaughan Williams alzó la batuta, antes incluso de las primeras notas, algo le pasó a Ruperta. Mientras las resonancias frías inundaban la gran nave, cuerdas dobles subían y bajaban, y armonías de nueve partes invadían los huesos y los vasos sanguíneos de los asistentes, muy lentamente Ruperta empezó a levitar, pero de manera nada vulgar, emprendiendo un ascenso discreto y constante hasta aproximadamente la mitad de las bóvedas, donde, mientras las lágrimas caían sin interrupción por su cara, se mantuvo flotando sobre las cabezas del público, a la luz del otoño, durante todo el tiempo que duró la pieza. En el último y largo *diminuendo*, descendió con calma al suelo y se reintegró a sí misma, sin volver a asumir jamás su viejo papel de pelmaza insoportable. Ella y Hunter, que era vagamente consciente de que algo trascendental le había acontecido, paseaban ahora en silencio por el Severn, y transcurrieron horas antes de que ella osara decir algo:

—Nunca, jamás, debes perdonarme, Hunter —susurró—. Nunca podré pedir perdón a nadie. De algún modo, yo sola, por todos y cada uno de los malos actos de mi vida, tengo que encontrar uno bueno que equilibre la balanza. Y puede que no me quede tiempo suficiente.

En circunstancias normales, él habría discutido con buen humor su teoría de contabilidad moral. Pero más tarde juraría que la había visto rodeada por una extraña aura luminosa, y supo que no la haría desaparecer con ninguna broma. Poseedor de uno de esos oídos ingleses a los que las sonoridades en séptima bemol nunca se les escapan, Hunter se había quedado encantado inmediatamente con la *Tallis Fantasía*, siempre la amaría, pero el cambio espiritual que él necesitaba tendría que proceder de otra fuente. El tiempo subía como un río en una estación de tormentas, hasta penetrar impetuosamente con olas espumeantes por los callejones y las plazas de su alma, y no sabía si podría ascender lo bastante para escapar.

Cuando sus pinturas empezaron a hacerse raras, Dally se dio cuenta de inmediato. En las composiciones aparecían vacíos intencionados; una figura estaba a un lado del lienzo, mirando o haciendo gestos hacia el otro lado como si allí hubiera alguien, pero no había nadie. O dos sujetos aparecían juntos, pegados a un lado, mientras cerca, lo bastante para tocarlos, se abría un espacio de una luminiscencia deslumbrante, como si un elemento esencial hubiera quedado fuera de la pintura. A veces, en la parte vacía de la composición incluso desaparecía el fondo, y era la imprimatura cruda la que cobraba la cualidad de una presencia, exigiendo que la observaran...

—¿Qué es esto? —quiso susurrar Dally, temerosa por él—. ¿Qué es lo que no enseñas?

Por lo general, a quienes le interpelaban en ese sentido, Hunter solía remitirles al desbordante espacio-luz de *Dido construye Cartago* de Turner, que por aquel entonces colgaba en la National Gallery.

—Si uno tiene que robar, es aconsejable robar de los mejores.

—Ésa no me la trago, Hunter, lo siento.

—O puede que, ahora que estás bien informada sobre la obra del Ángel de la Muerte, quieras venir y posar para uno de esos espacios vacíos, si las cosas en el taller de Arturo empiezan a aburrirte.

—Pues hasta es más espeluznante que eso. —Le contó el último incidente en el taller de Chelsea. El otro día, Naunt le había pedido que prescindiera del habitual atuendo del ADM y se pusiera tan sólo un par de botas militares. Entonces, desde una habitación del fondo, surgió lo que se conocía en el oficio como un Joven Bien Dotado, también desnudo, salvo por un casco de infantería azul oscuro.

—Ya sabes la postura, Karl —le instruyó Naunt. Sin hacer comentario alguno, Karl se puso a cuatro patas y presentó su, Dally no pudo dejar de fijarse, su más que atractivo culo—. Ahora, Dahlia, ponte detrás de él y agárralo por las caderas con firmeza, sin remilgos...

—Dijiste que se pondría un dildo —le recordó Karl un tanto jadeante.

—¿Qué está pasando, Arturo? —preguntó Dally—, si no te importa compartir tus intenciones, claro.

—La ternura maternal —explicó Naunt— es ciertamente uno de los atributos del ADM, aunque no el único. La agresión anal, nada desconocida en la imaginación militar, es una expresión igualmente válida de su poder, y de hecho la sumisión que ella espera, así como una fuente de consuelo, da a veces placer al objeto de sus atenciones.

—Entonces se supone que yo...

—No te preocupes por el pene, puedo añadirlo más tarde.

—Eso espero —murmuró Karl.

—Estos artistas... —Hunter suspiró cuando ella acabó de contárselo—. Entonces, ¿vosotros dos...?

—Debe de ser por mi puritana educación americana —dijo ella—, pero sodomizar idiotas nunca ha sido plato de mi gusto.

Y quiso el destino que ella encontrara casualmente en la ciudad, esa misma noche, nada menos que a su viejo admirador, el empresario de espectáculos americano R. Wilshire Vibe, cuyas producciones, en los últimos años, habían sido mejor acogidas en el West End que en Broadway.

—Vaya, caray, vi esa cabellera desde Shaftesbury Avenue, creí que había un incendio. Podrías reunir las condiciones para hacer una *mitzvah*, joven dama. —Resultó que estaba buscando una «chica típica irlandesa» que decorase su última

iniciativa. *Los orientales ya están en Wigan*, y ninguna de las que se había presentado a los castings se ajustaba a los requisitos. El papel era de extra en el primer acto, pero además una de las figurantes en el gran número del tercer acto de *Pelirrojas traviesas*, que se representaba muy cerca, se marchaba, así que si Dally podía correr lo bastante rápido por el Strand para que le diese tiempo a cambiarse de vestuario y de maquillaje, vaya, sería la sustituta perfecta.

—Lo que llamarías «dos por el precio de uno» —dijo ella.

—Ya estamos. No estás comprometida en otra cosa ni nada, ¿verdad?

—Oh, en una especie de espectáculo religioso de aficionados, pero puedo dejarlo.

Tras hacer de figurante, pronto le dieron un par de frases, luego los ocho compases de un dúo con un chico cuya gama vocal era de media octava, fácil de seguir por la de la propia Dally, y antes de que se diera cuenta se encontró aclamada como una de las maravillas del mundo tal como éstas se definían en Shaftesbury Avenue, el Strand, Haymarket y Kings Way, aunque también la reconocían como tal los públicos suburbanos desde Camberwell Green hasta Notting Hill Gate, y a menudo gente bastante peculiar que no dudaba en abordarla en plena calle y regalarle huevos escoceses y digestivos, hacerle fotos, pedirle que firmara programas teatrales, trozos de periódicos utilizados para envolver fritadas, cabezas alegremente inclinadas de maridos. Sabedora de que nada de eso podía durar mucho más de una temporada, casi asombrada con inocencia de poder contemplar con tanta calma el ardor ajeno, como desde dentro de un espacio glacial y transparente, Dally era invitada los fines de semana a alguna de las más imponentes mansiones de la campiña británica, sin más exigencia que la de presentarse tal como era, como si su apariencia poseyera conciencia propia y hubiera que dejarla a su aire, a merced de sus impulsos; eran mansiones donde la atendía un solícito servicio doméstico, y ella asistía desconcertada a extravagantes actos de humillación de jóvenes cuyos nombres no siempre escuchaba ni, mucho menos, recordaba. Le suplicaban prendas íntimas para cosérselas a los sombreros. Los dedos de sus pies se convirtieron en objetos de adoración, no siempre en privado, lo cual la obligaba a cambiarse de medias tres o cuatro veces en el curso de una misma velada, pues se le empapaban o se le llenaban de carreras enseguida. Los hombres no eran sus únicos admiradores. Mujeres adultas, poetisas locas, bellezas de fotograbado se ofrecían a abandonar a sus maridos, soltando montones de dinero cuya magnitud se le escapaba a Dally, incluso en términos de salario por hora. Le regalaron joyas que habían reposado en las cajas fuertes de familias distinguidas durante siglos, así como raras orquídeas, consejos para invertir en Bolsa, creaciones de Lalique en ópalo y zafiro, invitaciones a remotos principados y reinos de jeques. Y siempre, no exactamente acechante pero vigilando con obstinación desde detrás de un rododendro del Himalaya o de una escultura de hielo que se fundía rápidamente, ataviado indefectiblemente con su habitual uniforme blanco tropical y su sombrero Panamá, la perseguía la figura de su más nuevo y leal

pretendiente, Clive Crouchmas, en cuyo campo gravitatorio Ruperta había sido capaz de introducir a la chica con un simple toquecito a su cigarrillo.

Desde las intrigas ferroviarias turcas, Crouchmas se había convertido en una autoridad mundial en las oscuras artes de lo que se conocía como «pedir prestado casi a perpetuidad». Era uno de los expertos más solicitados por varias Potencias, cuando él tenía a bien concederles una cita. Dado que el gasto del gobierno no estaba en absoluto desvinculado de la adquisición de armamento, también mantenía contacto, aunque no especialmente íntimo, con traficantes de la muerte como Basil Zaharov. De hecho, fue la conocida fascinación del célebre magnate de las armas por Dahlia Rideout, debida al color de su pelo, al que Zaharov era llamativamente sensible, lo que había interesado a Clive desde el principio.

—Sí, supongo que es así —Ruperta se había encogido de hombros—, aunque al final tanto dé quién sea.

—Y ella no está...

—¿Comprometida? Signifique lo que signifique eso en su caso, siempre podrías llegar a un acuerdo. Estas chicas... Siempre hay otra. Es como el inventario de un florista, ¿no?, los precios bajan cuando se acerca la hora de cerrar.

Clive se quedó allí sentado, entre la mantelería de un blanco puro, la plata perfectamente pulida y la cristalería inmaculada, con la boca ligeramente abierta. En el pasado, cuando eran niños, Ruperta le había ofrecido una libra por uno de sus soldaditos de plomo, y después de que él se lo hubiese dado, ella cogió un bate de críquet que tenía preparado y empezó, con cierta solemnidad, a golpear el soldadito. Él debería haber llorado, pero más tarde recordaría que lo que sintió fue sólo admiración, mientras tal vez pensaba en probarlo con otro. Una niña espantosa que, con el tiempo, él había llegado a considerar la causante de sus sueños más inconfesables.

Bueno, era la misma historia que con la Principessa, le pareció a Dally. ¿Es que las únicas mujeres que conocía Hunter eran alcahuetas? Resultó que hacer de querida no era ni de lejos el sórdido horror que había imaginado. Crouchmas era coser y cantar. Básicamente lo que a él le gustaba era verla masturbarse, todo muy dulce, en verdad. Ningún motivo para acudir a la policía, ¿no? Él se comportaba todo lo limpiamente que podía, respetaba sus sentimientos, no intentó instalarla en alguna pequeña y deprimente habitación amueblada de Finsbury o de los alrededores, ni se citaban en desvencijadas habitaciones de hotel, sino en barrios elegantes y adinerados, en la zona de Northumberland Avenue, en el centro del esplendor de la gran ciudad y de cuanto ésta ofrecía: el Métropole, el Victoria, ese tipo de locales, siempre flores frescas, champán vintage; la opacidad sucia de su trabajo diario, sus cientos de pequeños tratos de comadreja con intermediarios que no siempre recordaban qué nombre se suponía que estaban usando, se transmutaba en claridad y

gracia, en Dally con un caro *déshabillé* y envuelta en una cálida niebla de placer procurado por ella misma, mientras él la miraba sentado a una distancia prudencial.

Dally encontró a Lew Basnight un fin de semana en una fiesta en Bananas, la suntuosa mansión de Oxfordshire de Lord y Lady Overlunch. Ella llevaba un vestido de muselina de imprenta, que por entonces se consideraba muy chic entre los bohemios de espíritu. Los impresores de Fleet Street la utilizaban para limpiar los tipos después de cada jornada laboral; luego uno iba a buscarla a las papeleras, la llevaba a las Costureras Listas que conocía en Regent Street y se presentaba en la función ataviada con el *Globe* o el *Standard* del día, y se pasaba la noche entera averiguando si la gente estaba admirando su vestido o sólo intentaba leerlo.

Esa noche asistían miembros del CRETINO, que últimamente andaban por todas partes, como si algo fatal estuviera en marcha y eso hiciera indispensable su presencia. Dally había hecho que le echaran las cartas del Tarot hacía poco, en Earl's Court, nada de especial ni exquisito, el tipo de cartomancia por la que una dependienta pagaría seis peniques, así que cuando Lew le explicó qué clase de detective era, al menos sabía a qué se refería cuando le habló de los veintidós Arcanos Mayores.

—¿Eres uno de esos del CRETINO?

—Antes sí, pero he abierto mi propia agencia, ahora soy más un asesor en reserva por si a esa Icosaedíada le da por empezar a actuar. Siempre hay algo nuevo, aunque con el paso de los años —calculó— he acabado persiguiendo a todos, y los más sencillos han resultado los más duros de pelar, Luna, Sol y demás, así que intento evitarlos siempre que puedo.

De hecho, hoy había estado tumbado al Sol, con el sombrero calado hasta los ojos, medio adormilado o, como alguien habría dicho, meditando, desde el amanecer hasta que el áspero mediodía cayó sobre su cabeza. El Sol intentaba explicarle algo: «Más allá del habitual “eh, que soy yo. Soy yo”, claro, que es más o menos lo estándar en estos tiempos».

Esa noche, más tarde, en la mansión de los Overlunch, fue la Luna la que lo encontró, entre los invitados con frac y vestidos de Vionnet que deambulaban por los jardines de los pabellones, reflejada en la lisura de obsidiana del lago ornamental, y le llamó desde el cielo, otra vez, «Soy yo... Soy yo...», mientras se oía el lento estrépito de las cigarras gigantes en el estanque y el perro empezaba a ladrar desde cierto lugar remoto de los jardines; ahí venía la poderosa y resplandeciente Luna en persona, justo por encima de un hombro desnudo y fugaz, brillando sobre esos privilegiados de fiesta, con sus tiendas circenses de rayas, sus lámparas de pequeños cristales centelleando desde dentro de fantásticas grutas de hielo, sus guardias orientales con armas blancas y tocas y dientes deslumbrantes.

Entonces, por fin, pura e inconfundible, La Estrella.

—Soy yo...

En la práctica adivinatoria normal, La Estrella, el número XVII, que a primera vista significaba esperanza, era también un posible augurio de pérdida. Mostraba a una joven atractiva, desnuda, con una rodilla en el suelo, vertiendo agua de dos jarras; su desnudez intentaba indicar que incluso cuando se está privado de todo uno puede albergar todavía esperanzas. A.E. Waite, siguiendo a Eliphas Lévi, creía que en su sentido más oculto la carta tenía que ver con la inmortalidad del alma. A Lew, en otros tiempos, tal vez comprensiblemente, le interesó tan sólo la mujer desnuda, aunque varios asesores del CRETINO intentaron que fuera más allá. Él parecía convencido, tan fascinante era la imagen del diseñador de la baraja «Pixie» Colman Smith, de que una noche doblaría un recodo en el paisaje y allí estaría la misma conjunción exacta de tierra y agua, el árbol en la loma, el pájaro en el árbol, y también, ajena por el momento a su presencia, con el fondo de faldas de colinas y montañas a sus espaldas, esa gloriosa rubia desnuda. Curtidos practicantes del Tarot habían experimentado una alucinación similar, e incluso tenían una palabra para ella, «pixielado». «El ocupante actual de ese Arcano puede que ni siquiera sea mujer», le advirtieron repetidamente, con ningún resultado.

Dally le había estado mirando fijamente, con una expresión cada vez más radiante. Él entrecerró inquisitivamente un ojo.

—¿Qué?

—Ésa fue la última carta que pusieron boca arriba —dijo Dally—. En Earl's Court. La Estrella.

—Bueno. —Lew ladeó el pulgar hacia arriba y hacia el este, donde sin duda un objeto muy brillante y luminoso había estado desplazándose lentamente toda la noche—. Es una buena carta, sí. —Era la Estrella del Perro, Sirius, que regía esta parte del verano, y cuyas bendiciones, según la tradición, distaban de ser muy claras.

—Cuéntame —pidió ella como si se tratara de una aflicción compartida por ambos—. ¿Quién era? Cuando por fin los localizaste, ¿quién era La Estrella?

La costumbre de él, llegado a este punto, era responder:

—Bueno, puede que haya estado exagerando un poco, nunca llegué a descubrirlo del todo. —Pero, pese a que Lew hubiera preferido salir a la terraza junto al pequeño y oscuro lago y fumarse un puro a solas, tenía cierto asunto pendiente con esa joven dama.

—¿Tienes un momento, señorita Rideout?

Ella había estado pasando un rato bastante agradable hasta ese momento, pero esas fiestas solían pasar factura, y supuso que esta vez no sería diferente. Dejó la copa de champán, respiró hondo y dijo:

—Claro.

Un latido de silencio recorrió la terraza, dejando medio compás extraviado de la música que tocaba la orquesta de baile, inesperadamente disonante, manchando la velada, antes de reanudarse, ahora en 3/4, demasiado rápido para llamarlo vals o para

que nadie siguiera el ritmo, salvo los más atléticos o los locos, y en consecuencia las parejas bailaban a velocidades diferentes, intentando llegar a algún sitio reconocible al final de cada cuatro compases, mientras todos tropezaban con los muebles, las paredes, entre sí, y salían tambaleándose de los encontronazos en ángulos imprevisibles, sin parar de reírse tontamente.

—El tipo con el que viniste.

—El señor Crouchmas.

—¿Lo conoces desde hace mucho?

—¿Quién quiere saberlo?

—Sólo soy el mensajero —dijo Lew.

—¿De quién? ¿Del CRETINO?

—No, no son ellos, pero no puedo decir más.

—Clive y yo somos buenos amigos —dijo Dally, como si Crouchmas fuera uno más de sabe Dios cuántos jovencitos del West End.

—Alguna gente siente un interés muy vivo por sus negocios —dijo Lew—, y pagaría generosamente por cierta información.

—Si al menos tuviera una idea..., pero no es el caso, puesto que no me dedico precisamente a leer las páginas de economía, ni siquiera entiendo los titulares, si quieres que te diga la verdad.

—¿Y cómo llevas el alemán?

—Ni palabra.

—¿Pero lo reconoces cuando lo oyes?

—Creo que sí.

Fuera, en los terrenos oscuros, un pavo real emitió de repente un ruidoso sonido de gárgara, «Oooj(?)», y luego gritó «¡HAI!» con voz casi humana.

—El hermano Crouchmas ha establecido algunas relaciones con alemanes en el curso de los años —dijo Lew—. Empezando por los avales de los ferrocarriles turcos, amasó una buena suma durante un par de años, luego revendió las líneas directamente, o sus licencias de explotación, la mayoría a respetables empresas alemanas a través del Deutsche Bank, donde de hecho ha mantenido una cuenta personal hasta el día de hoy, que se encuentra entre las mejor provistas. Cuando se le pregunta hasta qué punto puede considerarse eso patriótico o incluso leal, responde que el Rey es tío del Káiser, y que si eso no es una conexión, le gustaría saber qué lo es.

—Pues no anda desencaminado. Pero a ver, sólo por curiosidad, ¿de cuánta «generosidad» estamos hablando?

—Oh, una buena tarifa. —Anotó una cifra en una tarjeta de visita y se la pasó, consciente de que los estaban mirando—. ¿Cómo es posible que no vea ni rastro de efusiones de lágrimas, narices levantadas, el habitual numerito de «cómo te atreves»? La mayoría de las jovencitas, a estas alturas...

—Sólo soy la pequeña putita de Clive, ¿no? ¿Qué no haría una chica así por una suma como ésta?

Ella tendría que haberse sentido mal por sus expediciones de espionaje, al menos por «traicionarle», pero por alguna razón no conseguía tomárselo tan en serio. Una y otra vez se le subrayaba, mediante Lew Basnight, que su actividad no se dirigía personalmente contra Crouchmas, que tenía más que ver con la reunión de información, tanta como fuera posible, dados los rápidos cambios en la política turca. Aunque hubiera leído alguno de los documentos, que no los leía, no habría podido saber cuánto daño, si alguno, podían hacerle a Clive.

—Alguien está visiblemente fascinado —comentó con tristeza Hunter— con las lealtades simultáneas de Crouchmas a Inglaterra y Alemania. Como si acabara de descubrir un nivel de «realidad» en el que las naciones, como el dinero en los bancos, se hubieran fundido y fueran indistinguibles; el ejemplo más obvio sería la inmensa población de muertos, tanto militares como civiles, causados por la Gran Guerra que todo el mundo espera que se abata de manera inminente sobre nosotros. Uno oye a matemáticos de los dos países hablar de «cambios de signo» cuando quieren distinguir a Inglaterra de Alemania, pero en el terreno del dolor y la destrucción, ¿qué importa la polaridad?

Era un edificio alto, más alto que cualquier otro de Londres, más alto que San Pablo, y pese a ello nadie había sido capaz de distinguirlo con la suficiente claridad para considerarlo como una «vista» que impresionaría a los turistas, se trataba más bien de un prisma de sombras de cierta solidez, que se alzaba para siempre más allá de la calle más lejana a la que uno sabía llegar. El modo preciso de entrar, no digamos ya de visitarlo, seguía siendo una cuestión oscura; de hecho, sólo lo conocían los adeptos que podían demostrar que trabajaban allí. El resto de la ciudad levantaba la vista cuanto podía, más allá de la confusión de tejas de tejados y, por descontado, allí estaba, obstaculizando masivamente la visión del cielo y de cualquier rasgo de la ciudad que se extendiera por detrás, una negrura casi de obsidiana, que se cernía sobre cuanto lo rodeaba, casi respirando, con la sensación de descenso incrustada en su estructura, no sólo cuando caía la lluvia y la nieve, sino más llamativamente en su interior, la transferencia vertical de un producto indisputado desde los niveles superiores a las zonas de carga ocultas abajo, por toboganes, por ascensores, por válvulas y conductos...; aunque la mercancía no fuera exactamente un fluido, se decía que las ecuaciones que regían su movimiento eran de naturaleza hidrodinámica.

Había llovido todo el día. En las alturas, las fachadas de cristal oscuro capturaban las formas de las nubes de tormenta que se deslizaban rápidas, como si quisieran camuflarlas, en su propia ilusión de movimiento, al modo de un barco de guerra de la

Industria navegando sobre la ciudad entre las corrientes de la tormenta. Las ventanas inclinadas filtraban una luz ahumada y violenta hasta pasillos desiertos. Dally podía buscar ahí, sala tras sala, durante días, abrir cajones y armarios y encontrar documentos extraños, de aspecto oficial, sobre acuerdos extranjeros que nunca se hicieron públicos... Una carta real, firmada por el Rey Ernesto Augusto, que concedía a una filial de la oscura empresa de Crouchmas el derecho a construir un túnel a través del Canal del Norte del Mar de Irlanda, entre Galloway y el Ulster, destinado al transporte de fuerzas militares y que además contendría un gasoducto para combustible de alumbrado. Una concesión de derechos de paso para una línea de ferrocarril a lo largo de la Península de los Balcanes, redactada en caracteres cirílicos y árabes, todo entretejido en el más delicado guillemet verde por la entidad ya inexistente de Rumelia Oriental. Una escritura de venta de una enorme parcela de suelo británico, en Buckinghamshire, un poco al este de Wolverton y al norte de Bletchley, cedida aparentemente a perpetuidad a la soberana Obock, y no una copia mecanografiada, sino la escritura original, un documento impresionante y pesado como una lámina de plomo, ornamentado con un elaborado cartucho grabado en acero, que resplandecía casi con luz tropical, en brumosos verdes, amarillos y naranjas conseguidos mediante un tratamiento del color demasiado secreto para tener siquiera nombre, y que representaba en delicado detalle palmeras, *dhow*s, nativos recogiendo sal o cargando cocos en barcos mercantes, momentos históricos como la ocupación en 1889 del fuerte de Sagallo a cargo del aventurero cosaco Atchinov y el archimandrita Païsi (rostros de miradas demasiado francas para obedecer a un simple capricho), que había acabado en un bombardeo por parte de buques de guerra franceses y siete muertos inocentes. Cajón tras cajón de madera lisa y deslizante, todos llenos de esos misterios territoriales. A nadie parecía importarle quién los abriera ni quién mirara en ellos; Dally no había encontrado guardias ni peticiones de identificación, ni siquiera cerraduras. Allí donde las había en el pasado, ahora no quedaban más que cilindros abiertos, oxidados, ocupados tan sólo por la sombría exención que dispensaba la implacable luz de lluvia bajo la cual ella se movía, respirando cautelosamente, esperando que la sorprendieran en el acto de leer datos prohibidos. Pero nadie la interrumpió allí arriba.

Fuera, el viento soplaba con ferocidad sobre estatuas para las que ella podría haber posado hacía no tanto, reproducidas aquí a centenares en una variación moderna de piedra de Portland que parecía resonar débilmente bajo las largas ráfagas, como si tañeran por la tarde sin que nadie las escuchara. Criaturas de friso, rostros de cariátide en los pisos superiores, soledad mineral. ¿Dónde podían encontrarse ojos humanos, o siquiera las lunas inexpresivas que servían de ojos para otras figuras de su clase, en estos peligrosos abismos? Debían contentarse con registrar las sombras que corrían entre las difracciones versátiles del hollín que ascendía a las cimas de esas torres, restregadas a diario por los vientos hasta dejarlas nacarinadas, tan pulidas que reflejaban las formas de las nubes al alzarse remotas sobre las oscuras, las

doradas cumbres de la ciudad, nubes perfiladas como caras, contorneadas tan nítidamente como una ovación, que se perdían más allá de los límites de la ciudad y de las vistas de las praderas glaciales, borrosas en este día de tormenta, sobre la húmeda desdicha de los campos...

El ascensor la llevó suavemente a la planta baja, pero a ella le causó la misma impresión que si ascendiera. Invisible dentro de su celebrada belleza, se deslizó por el vestíbulo y volvió a salir al clamor de la ciudad.

—¿Es ésa la joven dama, señor?

—Oh, Dios... —Clive Crouchmas con voz afligida—. Ayúdame, Dios...

—Señor, en ese caso sólo necesitaremos que nos firme esto, como prueba de que hemos realizado el servicio para el que se nos contrató.

Dally paró un taxi que la sacó de allí, los detectives se tocaron el sombrero y desaparecieron tras doblar la esquina, la lluvia arreció de nuevo, Crouchmas siguió acurrucado en el grandioso vestíbulo de estilo egipcio. Los que tenían asuntos allí iban y venían, mirándole a hurtadillas. Cayó la noche con un prolongado zumbido, resonando por las nubes bajas con un gran roce de fricción de fuerzas electromotoras, mientras por debajo se arrastraban con solemne regularidad los ómnibus, que llegaban o partían cada pocos minutos. Crouchmas se había olvidado del paraguas. Caminó bajo la lluvia hasta un local sombrío cerca de los muelles, donde nadie se fijó en lo empapado que iba, y bebió un rato; acabó en el único sitio de Londres que todavía se veía capaz de considerar como su hogar, el establecimiento de Madame Entrevue, donde, aunque peticiones insatisfechas de ciertas actividades —mutilación de pobres, sacrificios rituales—, más fáciles de conseguir en la economía a gran escala, podían ser la razón para perder algún cliente, dejaban pasar a cualquiera por raras que fueran sus necesidades. El humo de puro aromatizaba las habitaciones. Los teléfonos sonaban débilmente por pasillos no siempre visibles.

Como le pasaba últimamente, notó que sus pensamientos volaban hacia el sur, como en una alfombra mágica, a Constantinopla.

—Venderé a esa zorra a un harén, eso es lo que voy a hacer.

Que tal cosa ya no fuera posible en la Nueva Turquía no se le ocurrió en ese momento.

Madame se comportó con la comprensión habitual.

—Pero ¿de verdad creíste todo este tiempo que era por tu aspecto?, ¿por tu inagotable virilidad? Consúltalo con el espejo, Clive, y aclárate. Tienes una sólida reputación de duro, ¿por qué ponerte ahora sentimental?

—Pero ella no era una más, yo estaba de verdad...

—No lo digas, aquí dentro no utilizamos ese lenguaje.

Avanzada la noche, se topó por casualidad con el viejo «Doggo» Spokeshave.

—Bueno, si Constantinopla forma parte de tus planes, Crouchmas, el compartimento de los Coches Cama que Baz Zaharov tiene reservado debe de estar libre por un tiempo.

—Ahora los controlas tú, ¿verdad, Spokeshave?

—No creo que a él le importe, no, Crouchmas.

—¿Y dónde está B.Z., entonces?

—En Japón, según los rumores. Si no él en persona, sin duda sí su gente. En sus negocios todo es muy extraño en este momento, Crouchmas, más vale que lo sepas.

—Pero, a ver, Spokeshave, ¿no deberían tener los japos un arsenal completo a estas alturas?

—Sí, pero son ellos los que quieren venderle algo, mira tú. Todo el mundo está siendo muy misterioso al respecto. El objeto ni siquiera tiene un nombre en el que coincidan todos, salvo por una letra ce que aparece en todas las versiones, según creo. Un artefacto que cayó en sus manos hace unos años y que ahora han puesto a la venta en los términos más atractivos, casi como si...

—¿Como si no lo necesitaran, Spokeshave?

—Como si les asustara.

—Ay, Dios. Entonces, ¿a quién piensa vendérsela el bueno de Baz?

—Oh, siempre hay arribistas en el juego, ¿no?, vaya, Crouchmas, sólo tienes que mirar a tu alrededor.

—¿Quién? ¿Los turcos?

—Y cualquiera que tenga intereses en los Balcanes, no me sorprendería nada. Sobre todo si Baz lo vende lo bastante barato, nunca se sabe.

—Bueno, echaré un vistazo al asunto cuando llegue allí, no te quepa duda. Ya puestos, podrías reservarme el compartimento siete. Nunca viene mal que te consideren un íntimo del bueno de Baz, ¿no?

—No seré yo quien lo niegue, ¿verdad que no?

—Tal vez tenga que pasar un tiempo en Constantinopla —dijo con calma—, por aquellos viejos avales de los ferrocarriles otomanos otra vez. Son como espectros, nunca desaparecen del todo. Aunque el nuevo régimen los hace constar como gastos presupuestarios a tanto por kilómetro, quedan todavía cifras bonitas por cobrar, si uno sabe moverse por el laberinto de los Jóvenes Turcos. Pero la cosa tiene que hacerse en persona. Supongo que no podrás librar unos días y acompañarme.

—El nuevo espectáculo no empezará a ensayarse hasta dentro de un tiempo —dijo ella—. Déjame comprobar si puedo.

Tras una breve llamada telefónica, Lew le dio la autorización.

—Dicen que cuanto puedas averiguar allí tendrá «un valor inestimable».

—¿Eso dicen? ¿Nada de «Buena suerte, Dally, claro que pagaremos por días», o algo por el estilo?

—No, pero voy a decirte algo personal...

—Veamos, Detective Basnight.

—Guárdate las espaldas. Por favor. He oído cosas de ese Crouchmas. Nadie se fía de él.

—Hay quienes dirían que él es un viejecito amable y yo una pícara mercenaria.

—Oh, mierda, ahora estás coqueteando.

Para asegurarse de que él lo pensaba, ella le tocó suavemente la manga.

—Tendré cuidado, Lew, no te preocupes.

Últimamente él había empezado a preguntarse si no sería Dally la encarnación de La Estrella. Un anuncio de la liberación definitiva de sus obligaciones, si es que todavía existía alguna, con el CRETINO. ¿Sería la luz de su inocencia —aunque fuera una inocencia pícara— suficiente para mostrarle concluyentemente que los «Arcanos Mayores» que había perseguido durante tanto tiempo no tenían por qué haber sido necesariamente criminales ni culpables de nada? ¿Y que el CRETINO los había juzgado así por un error profundo e irreparable?

Se dijo que era su deber acompañarla a Charing Cross. Los andenes olían a vapor y humo de carbón sulfúrico. La locomotora se estremecía, muscular, de un azul prusiano bajo las farolas eléctricas. Uno o dos sonrientes admiradores le pidieron que les firmara en un puño de la camisa.

—No te olvides de traerme algunas Delicias Turcas.

—Las únicas que me sea posible disfrutar, porque la buena de D.R. no se va de vacaciones sino a trabajar. —Cuando él le pasó la maleta, ella se inclinó y le besó la mejilla—. Bueno. —Se retocó el sombrero y se dio la vuelta para subir los peldaños de hierro—. Allá voy, Constantinopla.

La idea que se le había ocurrido a Clive Crouchmas de vender a Dally a un harén no estaba mal, pero para algunos la venganza no es tan dulce como el beneficio, y no tardó en ocurrírsele que ella le sería más productiva como medio para sobornar a alguien útil. Además, los puritanos ahora en el poder en lo que algunos empezaban a llamar Estambul estaban empeñados en eliminar todos los vestigios del sultanato, y de hecho Clive se vio obligado a soportar un trato poco respetuoso en las oficinas de la Agencia de Deuda Otomana en Cağaloğlu, donde él había organizado algunas de sus, imaginaba, más bizantinas intrigas. Peor aún, otros —alemanes, lo cual no sorprendía a nadie— se le habían adelantado, y los beneficios eran magros. Ante la perspectiva de volver a Inglaterra con las manos más o menos vacías, Clive, responsabilizando a Dally de todos los contratiempos, tuvo un ataque de locura momentánea que le llevó a creer que el único medio de sacar algún provecho sería venderla en un mercado de trata de blancas en algún otro sitio, con la intermediación de elementos dispersos de la Vieja Turquía y sus colaboradores Habsburgos; finalmente, ese otro sitio resultó ser Hungría.

De algún modo, dado que su descripción de Dally incluía su famoso pelo rojo —un rasgo muy asociado a las compañeras de viaje de Basil Zaharov—, sus potenciales secuestradores Imi y Ernő habían tenido la impresión, al subir al Orient Express en Szeged y encaminarse, a hurtadillas como piratas de opereta, ambos con el peculiar sombrero Trilby negro característico de Centroeuropa, al compartimento de Dally, de que iban a secuestrar a una *chica Zaharov*, por la que el magnate internacional de las armas pagaría una generosa suma como rescate.

Mientras tanto, Kit Traverse estaba sentado en un tren de coches cama que circulaba en la otra dirección, hacia París, y que, según el horario previsto, debía de estar entrando en Buda-Pest en ese momento aproximadamente, de no ser por un leve retraso debido a misteriosas actividades revolucionarias en la línea, de modo que tanto su tren como el de Dally llegaron a la vez a Szeged. Kit se asomó por la ventanilla y vio al otro lado de las vías, en el tren de enfrente, a una atractiva pelirroja que parecía tener algún problema. Todavía faltarían unos cinco o diez minutos para la partida, así que podía pasarse por allí y ver qué pasaba.

—¡Chica Zaharov!

—No... ¿quién, yo?

—¡Chica Zaharov! ¡Pelo rojo! ¡Mira!

—Os agradecería que quitarais vuestros ganchos de carnicero de mi pelo —dijo Dally.

Los dos se miraron como si tuvieran que replantearse alguna remota posibilidad de error. Siguió un largo proceso de reflexión.

—¡Chica Zaharov! —empezaron a gritar ambos otra vez.

—Chicos —dijo un risueño Kit Traverse desde la puerta—, ¿no creéis que os habéis equivocado de compartimento?

—No puedes ser tú —dijo Dally.

Kit distinguió a una joven en un elegante conjunto de viaje, mientras la luz del sol entraba a raudales por la ventanilla del tren, a sus espaldas, encendiendo su cabello descubierto. Él enfocó la mirada hasta asegurarse de que veía a quien estaba viendo.

—Vaya.

El Nagant de 7,62 mm que llevaba metido en el cinturón no escapó a la atención ni de Imi ni de Ernö, que rápidamente reajustaron su conducta para dar a entender solvencia mental.

—Éste es el compartimento número siete, ¿no?

—Hasta ahí todo bien.

—Siempre está reservado para la Zaharov *úr* y sus apreciadas y encantadoras chicas Zaharov. ¿Viene de Viena?

—No —dijo Dally.

—Las chicas Zaharov siempre suben en Viena.

—Bueno, pues ya veis...

—Imi, Crouchmas *úr* dijo «chica Zaharov», ¿no?

—Eso dijo.

—Usted —Imi se volvió hacia Kit— ¿es el señor Zaharov? Crouchmas *úr* nos dijo que estaba en otro sitio.

—¿Os ha enviado Clive Crouchmas? Qué sapo miserable —afirmó Dally.

—Vamos a ver, *Fönök* —dijo Ernö con voz confidencial, fingiendo dirigirse a Kit en un aparte—, pongamos que quisiéramos comprar un submarino...

Y al instante Imi tenía una pequeña FN Browning en la mano.

—*Bocsánat*.

—Para empezar, yo no soy Basil Zaharov, el famoso mercader de la muerte, y ella no es una chica Zaharov, sino, mi esposa Euphorbia, y, sí, tenemos la intención de pasar nuestra luna de miel en Constantinopla, el Ministerio de la Guerra británico fue tan amable de conseguírnos este acomodo, que está libre esta semana debido a que el señor Z., como ya habéis comentado, se encuentra en otro lugar...

El *chef de brigade* asomó la cabeza en ese momento, y las armas se desvanecieron de golpe.

—¿Madame..., messieurs? Saldremos dentro de poco. —Los saludó permitiéndose una mirada inquisitiva y fija dirigida a todos.

—Caballeros, discúlpenme un momento, por favor —dijo Dally empujándolos como a gallinas al pasillo.

—Estaremos jugando a *kalabriás* en el salón de fumadores —advirtió Ernö—. Nos gustaría aclarar esto antes de llegar a la Porta Orientalis.

—Os habéis equivocado de personas —cantó cansinamente Kit—, preguntad por ahí, al encargado, a los revisores, a todo el mundo.

—Si los ha sobornado —señaló Imi—, siempre podemos pagar más que usted.

—No si en realidad fuera Basil Zaharov. —Kit, resistiéndose al impulso de guiñar un ojo, se retiró al pasillo. Como enigma lógico no lo habrían aceptado en Gotinga, pero aquí le daría cinco minutos más de margen, y era todo lo que le hacía falta.

Saltó del tren de Dally a tiempo para ver cómo el suyo desaparecía por las vías hacia París, Francia, así que le pareció que debía quedarse ahí, en —¿cómo se llamaba el sitio?— Szeged, por un tiempo.

Años más tarde ambos serían incapaces de coincidir en la versión de cómo se habían encontrado en la línea de tranvía Széchenyi-Tér, huyendo hacia el corazón de la ciudad. Kit sabía que ése era el tipo de historia que los abuelos cuentan a los nietos, de la que suele haber también una versión de la abuela, más práctica y menos propensa a producir aburrimiento... Lo cual es como decir que lo que Kit recordaba era que había realizado una peligrosa maniobra evasiva mientras comandos de homicidas húngaros, famosos por su estatura y su tendencia a disparar, no dejaban de aparecer en momentos inesperados durante la huida; mientras que Dally sólo recordaba haberse puesto rápidamente un par de botas más resistentes y haber guardado algunas cosas imprescindibles en un maletín, que le arrojó a Kit, y que después saltó a las vías cuando el tren, ya en marcha, salía de la estación, le tomó la mano y partieron. No fue hasta llegar a Kiskúnfélegyháza, una hora más tarde, cuando Imi y Ernő se dieron cuenta de que la joven pareja había desaparecido.

Mientras corrían por las vías, el corazón les latía con violencia. En eso sí coincidían.

Kit, de hecho, ya estaba en fuga. Había vivido en Constantinopla, sirviendo en la barra del Hôtel des Deux Continents, junto a la Grande Rue, en la orilla europea o zona de garitos del Cuerno de Oro, en Pera, tanto tiempo que casi había acabado creyendo que su vida había encontrado por fin el equilibrio. La gente de por aquí hablaba del destino, pero para Kit era una cuestión de inmovilidad.

Le había llevado su tiempo, desde las Tierras Altas de Kazaj a la Estepa Kirguiza y la Depresión del Caspio, con breves trayectos en pequeños vapores a lo largo de la costa de Anatolia, con la Ciudad invisible por delante de él, atrayéndole a su campo cada vez con más fuerza, mientras sentía el peso del respeto, de la historia, el filo brillante y nervioso de la revolución, hasta que dobló el último cabo y entró en el Bósforo, con sus palacios y sus pequeñas bahías y mezquitas y su tráfico marítimo, bajo la Torre Gálata, y atracó por fin en Eminönü.

Pera era una ciudad fronteriza consumada, un pequeño Estado, un microcosmos de los dos continentes, con todos, griegos, judíos, sirios, armenios, búlgaros, persas y alemanes, haciendo de las suyas. Desde la dramática marcha del «Ejército de la Libertad» de Salónica a Constantinopla para reprimir la amenazadora contrarrevolución del Sultán, las cosas habían estado cambiando bruscamente, tanto

en el bar del Pera Palace como, en menor grado, en el Deux Continents. Aunque el Comité de la Unión y el Progreso había dejado de ser una organización clandestina, las conspiraciones, el tráfico de hachís, las palizas en callejones y los asesinatos seguían estando a la orden del día.

En el seno del CUP, otomanistas, nacionalistas y panislamistas luchaban por el poder, y por su parte, huelguistas, *komitadji*, socialistas y docenas de otras facciones reivindicaban su sitio en la Nueva Turquía. Todos acababan pasando por el Deux Continents tarde o temprano.

Habría sido esperar demasiado que los traficantes de armas no tomaran nota de una situación como ésta, así que no fue raro que una noche Kit se encontrara preparándole un cóctel de champán nada menos que al distinguido Viktor Mulciber, al que había visto por última vez en un cafetín de Ostende hacía cinco o seis años. Utilizaba un tipo de gomina para el pelo menos sutil, si cabe, que antes, llenando incalculables metros cúbicos de espacio, que de otro modo habría resultado tolerable, con su miasma química con olor a flores. Quedó claro que Viktor recordaba a Kit más como ingeniero que como matemático.

—¿Qué es lo que te retiene aquí?, ¿te gusta la ciudad?, ¿se trata de una chica?, ¿de un muchacho de los baños griegos?, ¿del hachís local?

—Sigue. —Kit se encogió de hombros.

—Ahora mismo, para los ingenieros, parece un mercado favorable. Para los de aviación en concreto. ¿Tienes alguna experiencia en eso?

—Gotinga. Pasé un tiempo en el laboratorio del Doctor Prandtl, en el Instituto de Mecánica Aplicada. Todo bastante teórico.

—Cualquier empresa de aviación del mundo te pasaría al instante un cheque en blanco, se arrodillaría y te suplicaría del modo más humillante posible que pusieras el precio que quisieras.

El tipo era un vendedor, aunque no estaba claro qué quería venderle a Kit.

—¿Le interesaría a alguna en particular?

—Desde la exhibición aérea en Brescia del año pasado, Italia parece el lugar más apropiado. Pilotos como Calderara y Cobianchi están diseñando sus propios aparatos, algunas fábricas de coches y constructores de motocicletas están entrando en el negocio. —Anotó una dirección en el dorso de una de sus tarjetas—. Ésta se encuentra en Turín, es un buen sitio para empezar.

—Muy amable por su parte, caballero.

—No hace falta que te arrastres, chico, hay una prima para el intermediario, y es bueno para el negocio.

En circunstancias normales, Kit se habría guardado la tarjeta en el bolsillo, la habría perdido y habría seguido con su vida en la ciudad, oscilando entre Europa y Asia, cómodo como un lento aleteo, si no hubiera sucedido lo que sucedió unas noches después. Cuando se dirigía a casa tras su jornada en el Deux Continents, pasó por delante de un *meyhane*, un salón lleno de borrachos donde estaba tocando una

banda de gitanos, y de repente, acompañado por una ráfaga de humo resinoso, un joven salió volando por la puerta y fue a parar justo delante de Kit, que casi se cayó al suelo. Tras el joven salieron tres hombres, dos empuñando sendas pistolas y otro lo bastante corpulento como para que no le hiciera falta ninguna. Kit no tenía ni idea de quién era quién, pero por un antiguo reflejo relacionado con las probabilidades, que últimamente no le atraían mucho, sacó su Nagant; eso distrajo al trío lo bastante para permitir que la presa se escapara por un estrecho pasaje abovedado. Los dos que llevaban pistola corrieron tras él, el tercero se quedó mirando.

—Sabemos dónde trabajas —dijo por fin en inglés—. Te has metido en la discusión equivocada. Ándate con cuidado.

A la noche siguiente alguien le robó la cartera. Gorilas callejeros visiblemente perturbados se abalanzaban sobre él desde ángulos insospechados. *Politissas* que antes le guiñaban el ojo encontraban excusas para mirar a otro sitio. Un día, Yusuf, el gerente, le llamó aparte.

—El hombre cuya vida creíste salvar anoche —dijo haciendo un gesto elocuente— era un enemigo del CUP, y ahora lo eres tú también. —Entregó a Kit un fajo de libras turcas y un billete de tren con destino a Buda-Pest—. Es todo lo que puedo hacer. ¿Te importaría dejarme la receta del cóctel que inventaste?

—«Amor en las Sombras de Pera» —dijo Kit—. No es más que Crema de Menta y cerveza.

Y así, sin darse cuenta, se encontró en Szeged jugando a hacerse el héroe. Con la salvedad de Dally, claro.

Sin saber quién los perseguía ni, en el caso de Kit, por qué, siguieron adelante hasta que salieron de la ciudad, después continuaron a lo largo de un pequeño canal de riego bordeado de sauces y finalmente entraron en un campo de paprika.

—Y, dime, ¿adónde te dirigías? —preguntó ella por fin—, ¿a París?, ¿a Inglaterra?

—A Italia —dijo Kit—, a Venecia.

En ese momento Dally recordó la promesa que, más o menos, ella le había inducido a hacer a él en algún instante del año anterior, pero no tuvo el valor para comentarlo, visto que no podía decirse que ella le hubiera esperado. ¿En qué había estado pensando para haberse marchado de Venecia?, ¿acaso se había vuelto loca? Kit la estaba mirando como diciéndole..., pero entonces, inesperadamente, lo que dijo fue:

—No te acuerdas, lo sé.

Ella fingió que miraba los campos de paprika, que maduraban hacia un rojo que no podía compararse con el de su cabello... o, ya puestos, con el de sus labios (se le ocurrió en ese momento a Kit), e intentó recordar la última vez que había sentido tanta flojedad en las piernas.

—Claro que me acuerdo.

Ya estaban demasiado cerca de no darse la vuelta y fundirse en un abrazo tan fluido como la solución de un enigma. Allí, en el silencio anterior a las clamorosas semanas en que la cosecha se adueñaría de los campos, con las plantas de paprika agitándose audiblemente bajo las calurosas brisas de las planicies, fueron los únicos en sorprenderse de cómo se les habían adelantado sus propios cuerpos, de lo impacientes que éstos estaban con sus respectivas mentes, que los habían mantenido separados.

—No sé si es una buena idea, me refiero a que tu vestido, con todo este polvo...

—Oh, es una tierra espléndida —le informó ella entre besos—, tiene buen tacto, huele bien..., mira todos estos pimientos de por aquí, les encanta..., se quitará, no sé por qué te preocupa..., oh, Kit...

Kit, con los pantalones bajados y los zapatos todavía puestos, ya había entrado y reentrado, y demás, y el ciclo, ahora tan exclusivamente de ambos, húmedo, intenso e impetuoso, se alejó como un remolino del tiempo que otros amantes con menos apremios debían conocer, hasta que al poco, en un momento de calma, negándose a separarse de la cópula, yacían en un cálido refugio incompleto del sol del mediodía, entre la luz y la sombra, rodeados de las hileras de plantas bajas y el olor de la tierra.

Cuando ella recordó cómo se hablaba, dijo:

—¿Dónde has estado, en Siberia o por ahí?

—En realidad...

—Ya me lo contarás más tarde.

Sólo pudieron llegar a un bosquecillo de acacias cercano antes de tener que besarse y al poco follar otra vez.

—Debe de ser por toda esta paprika —conjeturó Kit.

Entonces volvieron a Szeged y se alojaron en una habitación de tres kroner y medio del Grand-Hôtel Tisza.

—Para los jóvenes *újházaspár* ingleses —anunció en voz alta Miklós, el recepcionista, pasando por alto todas las manchas agrícolas y dándoles un par de entradas—, ¡cortesía del hotel! ¡Un magnífico espectáculo esta noche en el Varosi Színház! El incomparable Béla Blaskó, nuestro famoso actor de Lugos, que canta y baila en una nueva opereta recién llegada de Viena. Si hubieran estado aquí la semana pasada, habrían visto a Béla haciendo de Romeo... —Sacó un periódico local y lo abrió por la página de la crítica teatral—. Fíjense, dijeron «amante feroz..., apasionado...», pero no hace falta que se lo diga a ustedes dos, ¿verdad que no?

—Bueno —objetó Kit.

—Anda, vayamos —replicó Dally maliciosamente—, será divertido.

Resultó que era un espectáculo bastante bueno, aunque ellos no llegaron a entenderlo del todo. Se preocuparon de cenar antes, bastante temprano, en el paseo junto al río que llevaba al Színház, en el Café-Restaurant Otthon. En lugar de menú, un camarero telépata llamado Pityu les sirvió vino, pan y cuencos llenos de una milagrosa combinación de pescado, paprika y pimientos verdes.

—Esto no es una sopa normal —dijo ella—, ¿qué es?

—*Hálaszlé* —dijo Pityu—, sólo se hace aquí, en Szeged; tres tipos de pescado, todos del río.

—Y sabías...

—Yo lo sé todo —se rió el camarero—, o puede que nada, mi inglés se vuelve a veces un poco raro. Pero vuestros amigos Imi y Ernő han vuelto a Buda-Pest, así que al menos no tendréis que preocuparos de ellos.

—Entonces también debes de saber que yo no soy una chica Zaharov —dijo Dally ejercitando las pestañas.

—Mi madre, que sigue viviendo en Temesvár, diría que tu destino es mucho más exigente.

La opereta, todo un éxito en Viena por entonces, se titulaba *El Burgher King*, y en ella, el rey de un país de ficción de Europa Central, que se sentía alejado de su pueblo, decide mezclarse con sus súbditos disfrazado como un miembro más de las clases medias urbanas.

—¿Y por qué no de campesino, Su Alteza?, ¿o de gitano o de obrero?

—Uno requiere cierto grado de comodidades, Schleppingsdorff. Si uno se pasa el día entero trabajando y durmiendo, no le quedará tiempo para la observación, y menos aún para la reflexión... ¿no crees?

Entre las alegres canciones de borrachera y las baladas sentimentales de amor, destacaba el vigoroso vals que se había convertido rápidamente en himno para las admiradoras de escaparates vienesas:

*Machen wir ein-en Schaufen-sterbum-mel,
Ü-berweifen sie irgendwas Fum-mel, auf
Straßen und Gassen, lass uns nur lauf-en
Al-les anstarren, aber nichts kauf-en...*

En uno de esos alegres paseos por los escaparates, el monarca camuflado conoce a Heidi, una horripilante burguesita, y se enamora de ella, pero, como era de esperar, está casada. Los consejeros reales son presa del pánico, forman un trío y cantan *molto agitato*. Uno de ellos, Schleppingsdorff, decide disfrazarse también y finge que se enamora de la doncella, la mejor amiga de la H.B., Mitzi. Desgraciadamente, es de Heidi de quien Schleppingsdorff se queda prendado al instante, mientras Mitzi, ya obsesionada con el Burgher King, cumple con la formalidad de devolver las atenciones de Schleppingsdorff, para de ese modo estar cerca del B.K. y abalanzarse a la primera señal de peligro, que ella intenta forzar animando a Schleppingsdorff en su intento de conquistar a Heidi. Entretanto el bajo cómico, el marido, llamado

Ditters, corre de aquí para allá, intentado averiguar qué se trae su mujer entre manos, y no tarda en enloquecer por el esfuerzo. Todo es muy divertido.

El primer acto se cerraba con el joven Béla Blaskó, que interpretaba al Burgher King, luciendo un sombrero de seda ladeado y haciendo girar un bastón delante de un grupo de bailarines y cantantes que interpretaban el enérgico:

No hace falta estar tan alicaído,
pasa la noche en la ciudad,
que el Dan-ubio no es tan triste y azul,
no si haces lo que yo:
sal a la *ucca*,
date un paseo por la avenida,
verás que el latir de la ciudad
pone una síncope en tu zapato,
busca a una de esas damas austrohúngaras,
tan superficialmente profundas,
por donde andan los gigolós,
demasiado espabilados para dormirse.
Lo único que te hace falta es
una alegre chica del Imperio para pasar el rato,
que te diga si es de día o de noche,
y escaparte en un crucero, ¡de
esta tristeza azul austrohúngara!

Una canción que, al bajar el telón del primer acto, había hipnotizado a Dally sumiéndola en un estado de ojos desorbitados.

—No es que no haya visto nunca un actor principal encantador, los he visto a montones, pero este tipo es el no va más, te lo digo yo, ¡y húngaro!

Kit supuso que sería eso.

—Pero ¿por qué le muerde el cuello a la buena de Heidi, a qué venía todo eso?

—¿Es algo que hacen por aquí? Tú eres el que ha ido a la universidad. —Su mirada al borde de lo que uno llamaría inocencia.

Kit le devolvió la mirada intentando reprimir la sonrisa bobalicona que estaba a punto de adueñarse de su cara.

—Bueno, es un poco difícil de decir, tengo el húngaro un poco oxidado y demás, pero... ¿no te parece que ella estaba, no sé..., buscándoselo?

—¿El qué? ¿Que le mordiera el cuello? —preguntó adoptando, sin saber por qué, su acento inglés de fin de semana en el campo.

—Bueno, veamos...

—Kit, ¿qué demonios estás...? —Pero lo dijo apartándose el pelo de la cara y estirando el cuello para ponerlo a su alcance. En cierto instante se percataron de que

la función se había reanudado, y el Burgher King y sus colegas proseguían con la habitual intriga melodiosa.

Kit y Dally estaban en un palco, y nadie parecía mirarlos. Ella se dejó caer de rodillas y empezó a llenarle los pantalones de colorete y saliva. Los dedos de él se perdieron entre sus cabellos. Los latidos de ambos martilleaban más alto que la música.

—Esto es una locura —susurró Kit.

—Vamos —convino ella.

Volvieron a la habitación sin nada que los entretuviera, salvo un botones con un ramo de gladiolos y las habituales sujeciones del atuendo. Por primera vez pareció que Kit se tomaba un minuto para admirarla en su plena desnudez y en todo su esplendor. Pero no más de un minuto, porque ella corrió hacia él, lo arrastró a la cama, se le echó encima a horcajadas y empezó a cabalgarlo en una prolongada serie de calor, risas, maldiciones y gritos en un idioma propio que Kit estaba demasiado alterado para traducir. Al poco ella se había desmoronado hacia delante en un largo beso, y su cabello despeinado los rodeaba como un nimbo incendiado.

—¿Son pecas? ¿Por qué brillan así?

—Un recuerdo de la paprika —murmuró ella, y al instante se quedó dormida, completamente desnuda y empapada, en sus brazos.

La mejor opción, les pareció a ambos, era mantenerse alejados de la estación de Szeged y remontar el río en un vapor hasta Szolnok, tomar el tren regional para Buda-Pest y desde allí ir en el nocturno con coches camas que vadeaba el lago Balaton hasta Pragerhof, donde tomarían el tren Graz-Trieste e irían en segunda clase a Venezia.

Un trayecto enrevesado, por decir algo. Pero el lago Balaton era demasiado atractivo para obviarlo. Se bajaron del tren en Siófok y al poco ya estaban inclinados sobre el agua, junto con cientos de familias de vacaciones.

—Un desvío precipitado.

—Pues tendríamos que movernos más rápido.

—Trenes atestados de turcos chillones ocupan la línea.

—Agitando espadas, fusiles Mauser y demás.

A esas alturas ya se estaban mirando a los ojos. Otra vez. Aquello no parecía tener fin. El sol se puso, los pequeños veleros atracaban en sus muelles, otros bañistas se fueron, los *fogások* se zambullían cerca para ver qué pasaba, y su desconcertante contemplación no paraba. En algún lugar, en una terraza, tocaba una banda de baile. Las luces se encendieron en los restaurantes que daban a la orilla, en jardines y habitaciones de hotel, y ahí se quedaron Kit y Dally hasta que apareció la primera estrella; como si ésta les recordara todo lo que tenían que desear, volvieron bajo el

techo de su habitación, que era donde, en esta exuberante fuga, pasaban la mayor parte del tiempo.

—Alguien te andará buscando, ¿no? —dijo Kit.

—No estoy segura. A algunos les resultaría más cómodo que no me encontraran nunca, creo.

El sol que atravesaba la ventana la iluminaba a contraluz mientras paseaba por la pequeña habitación, observando a Kit con atención. Tras haber sido objeto de demasiada atención por parte de instancias peculiares, Dally había aprendido a andarse con cuidado con lo que contaba a los hombres; entretanto, esperaba con cierto nerviosismo que Kit le empezase a preguntar por su colorista pasado. Él no parecía buscar pelea, pero los hombres eran como las tormentas en el mar, que las tienes encima antes de verlas venir, y allí estás, anegada y perpleja. Decidió contarle lo que podía. ¿En quién más había confiado? La gente confiaba en los demás hasta que la traicionaban, pero la alternativa, no confiar jamás en nadie, te convertía en otro Clive Crouchmas, y en el mundo ya había bastantes.

—Kit, ¿cuánto quieres saber de lo que he estado haciendo? —¿De verdad había preguntado eso?

—¿Cuánto podría entender?

—Una gran parte serían altas finanzas internacionales.

—Ah. Así que, vaya, nada que ver con funciones de una variable compleja, o algo por el estilo, supongo.

—Casi todo sumas y restas, pero se pone un tanto...

—Tienes razón, claro, me perdería...

—No, escucha... —Mentalmente se agarró la nariz, dobló los dedos de los pies y se zambulló como una bala de cañón en su historia con Clive Crouchmas. Kit escuchó con atención y no sufrió visiblemente un ataque de celos—. Le espiaba para cierta gente —concluyó—, y él lo descubrió.

—Entonces, ¿es peligroso, tu viejo novio?

—Es posible. Yo podría volver a Londres. Se supone que tendría un pequeño papel en una nueva obra, pero ahora mismo no sé si debería. Tal vez lo mejor sea mantenerse aparte por un tiempo.

—Lo que yo había estado pensando...

Ella se calló de golpe, los suaves músculos se le tensaron, los dorados cabellos microscópicos a lo largo de sus piernas desnudas se pusieron alerta bajo la luz del sol.

—... es: ¿cómo vamos a conseguir dinero hasta que encontremos algún trabajo en Italia?

—Oh. No tenemos problemas de dinero. Que no te quite el sueño. —Pero, para ser justos, ella le concedió un minuto y medio tal vez para que dijera algo desagradable como: «*Su* dinero» o «¿Qué tuviste que hacer por él?», antes de

acercarse resueltamente y de puntillas a donde él estaba sentado y, tras agarrarle el pelo con las dos manos, tirar de su piadosamente silenciosa cara hacia la fragancia de su coño.

La luz no entraba exactamente del modo que uno esperaría en las iglesias, no llegaba mediada por las imágenes sagradas de las vidrieras sino por las hojas nuevas de los árboles del exterior, los huecos abiertos en el adobe por la artillería federal, las sombras fugaces accidentales de pájaros y nubes. Era Semana Santa en la Sierra, todavía gélida por la noche pero tolerable durante el día. A veces soplaba una brisa desde la montaña. Esta parte de Chihuahua era por el momento un lugar seguro. Aunque los federales habían expulsado a las fuerzas de Madero de Casas Grandes, no tenían ninguna gana de luchar a campo abierto y provisionalmente permanecían en sus guarniciones.

Casi cada día moría aquí alguno de los que habían participado en la reciente batalla. Los heridos yacían en hileras irregulares sobre el antiguo suelo de baldosas, el sacerdote y el médico pasaban entre ellos una vez al día, las mujeres del pueblo se acercaban cuando podían —cuando no había ningún niño al que cuidar, ningún ‘novio’ con el que estar o al que despedir, ningún fallecido en la familia al que llorar— e intentaban limpiar las heridas y cambiar las vendas, aunque los materiales estériles eran objetos de lujo a este lado de la frontera.

Un día Frank se despertó de un sueño en el que corría, corría sin esfuerzo ni dolor a una velocidad que ni siquiera alcanzaban los caballos, no como perseguido ni como perseguidor, sino que corría por correr, por el placer de la carrera, supuso. Mientras siguiera avanzando de ese modo, ligero, ingrátido, sabía que nunca tendría problemas de ningún tipo. Por delante de él, parecía extenderse una concentración de luz, algo así como una ciudad después de anochecer, y se preguntó qué podría ser. Al ritmo que corría, no tardaría en llegar. Pero de repente se encontró de vuelta sobre el suelo de la iglesia fría y en ruinas, inmovilizado y hambriento, entre los olores de los heridos y moribundos, mientras se le acercaba un rostro que estaba a punto de reconocer, y que llevaba en la boca un cigarrillo mexicano barato, se lo encendía en ese momento y a continuación se lo tendía a Frank.

—Los vi traerte. —Era el chamán indio El Espinero, que en el pasado le había enseñado a volar.

—Vaya, ‘¿qué tal, amigo?’. —Frank tomó el cigarrillo e inhaló todo lo profundamente que pudo, dado el estado de sus costillas, al menos una de las cuales parecía rota.

El ‘brujo’ asintió y se encendió uno para sí.

—Crees que estás soñando, ‘¿verdad?’. Pues no, mi pueblo está ahí arriba. —Movié los ojos hacia las montañas—. Pasé un tiempo en Durango, pero ahora estoy aquí, reconociendo el terreno para Don José de la Luz Blanco. —Hizo un rápido inventario de los daños de Frank—. Tú estuviste con él y con Madero en la batalla.

—Sí. Debería haber estado en otro sitio.

—Pero te recuperarás. Es sólo una bala.

—Una más de las que me hacía falta. Luego me caí del caballo y me pasó por encima otro caballo, y después vino lo demás.

—Los caballos de Chihuahua son los mejores del mundo, pero son listos, y un hombre en el suelo significa poco para ellos, a menos que sea un tarahumara. Nos respetan porque nosotros corremos más.

—Pues ese caballo tuvo el detalle de arrastrarme hasta un canal de riego... — Frank exhaló el humo en un fugaz rayo de sol y el ‘brujo’ observó cómo se desvanecía con paciente interés.

—Alguien te busca.

—¿Tengo que ponerme en pie de un salto y salir pitando?

El Espinero se rió.

—Sí, eso creo. Es tu otra Estrella.

—¿Está aquí?

Ajá, y del brazo de un tipo mexicano increíblemente apuesto. Nada sorprendente. Frank deseó quedarse dormido otra vez.

—Éste es Rodrigo.

—‘*Mucho gusto.*’ —Frank asintió. Bueno, no podía esperarse que viajara sola toda la vida, ¿verdad que no?, y además estaba, Dios, ten piedad, aún más hermosa ahora que hace, ¿hace cuánto?, dos años, casi tres, con el sol dándole en el rostro y en el cabello, destilando una gran seguridad en sí misma, sin el pequeño y delicado revólver del calibre 22 bajo su vestido de damisela, reemplazado ahora por un práctico Colt sujeto a una, no pudo evitar fijarse, de las dos interesantes piernas en calzones de montar de pana.

El bueno de Rodrigo bajaba la mirada hacia Frank con cierto desdén, tal vez el de un mexicano de la clase terrateniente hacia un jinete vagabundo gringo que se ha dejado pisar por uno o más caballos, de manera que en el ambiente no dejaba de respirarse cierta rivalidad. Y no es que Frank se lo echara en cara, al menos no mucho.

—Llevas un vestido muy bonito, Estrella, pero ¿adónde fue a parar toda aquella moda de alta costura?

—Oh, ella y yo llegamos a una bifurcación y nuestros caminos se separaron, es por toda esa moda de la silueta recta que se lleva hoy en día; ni toda la sabiduría del oficio de modista, triste pero cierto, puede meter a una vieja vaquera como yo en nada tan estrecho: cuando intento dar pasos normales, hago saltar los puntos que alguien se pasó toda la noche dando.

—¿Y cómo va el negocio?

—Últimamente soy más diplomática —señaló desganadamente con la cabeza hacia Rodrigo—; la gente de Madero parece haber confundido a éste con otro, un pez gordo de los federales. La verdad es que se equivocó de camino. Así que ahora todos estamos regateando.

—Intercambio de prisioneros; ¿se paga bien?

—A veces —lo dijo haciendo un esfuerzo, Frank se fijó, para que Rodrigo no viera su mirada. ¿Creía que Frank se molestaría si no se trataba estrictamente de negocios? Y, de ser así, cuánto le preocupaba lo que pensara Frank y todo lo demás.

—¿Qué fumas ahora?

—Pitillos. Ten, quédate el paquete.

Frank se durmió y cuando volvió a despertarse todos se habían marchado, también El Espinero. Stray había metido los cigarrillos debajo de la camisa enrollada que él utilizaba a modo de almohada para guardarlos, lo que le pareció un detalle tan tierno que deseó haber estado despierto para verlo.

Al día siguiente ella volvió a presentarse, y Frank tardó un minuto en identificar a su nuevo acompañante, debido a una barba y un mechón de cabello sobre el cual se sostenía a duras penas su sombrero.

—Este harapiento esperpento de anarquista pendenciero dice que te conoce.

—Por Dios, si es Ewball Oust, ¿no? —dijo Frank—. No me digas que...

—Sí, lo intercambie por Rodrigo, que ahora va de vuelta a la mansión familiar en Texas. Otro que se me escapa. ‘Adiós, mi guapo’... —Se encogió de hombros y fingió estar triste—. Frank, dime que he conseguido una ganga a cambio.

—Bueno, dame un minuto.

—Creía que estabas herido o algo así, ‘*compinche*’, eso no parece mucho peor que unas ampollas en los pies. —Ewball se las había ingeniado para conservar una cantimplora de hojalata llena de tequila lejos de las atenciones de los federales, y alegremente sirvió unas ‘*copas*’ para todos.

Stray miró a Ewball, sacudió la cabeza y fingió suspirar consternada.

—Tal vez vuelva al tráfico de armas después de todo.

—Soldados de a pie como yo los hay a patadas —reconoció Ewball como si tal cosa—. Pero para el material bélico sin duda estás en el lugar apropiado. La artillería, sólo como aperitivo. Los ‘*federales*’ nos machacan con obuses, ametralladoras, metralla de explosión retardada; lo mejor que podemos hacer es lanzar cartuchos de dinamita y confiar en el Señor.

—Podría mirar por ahí. ¿De qué tamaño de pieza estamos hablando?

—El calibre no sería tan importante como la movilidad, necesitamos algo fácil de desmontar y transportar en mulas; no sé si conocerás la ametralladora de montaña Krupp, algo por el estilo no estaría mal.

Ella tomaba notas.

—Ajá, ¿qué más?

—Desinfectante —dijo Frank, con un poco de fiebre hoy—, tantos carros cisterna como puedas encontrar. Además de medicinas para el dolor, de cualquier clase, láudano, paregórico, mierda, cualquier cosa que lleve opio, este jodido país va camino de sufrir mucho.

—Tabaco —añadió Ewball.

Al cabo de un rato empezaron a discutir sobre los anarquistas y la reputación que tenían de comportarse de una manera tosca, por ejemplo tirando bombas a gente a la que no habían sido presentados.

—Hay muchos tipos que se merecen saltar por los aires, sin duda —opinó Ewball —, pero hay que ir a por ellos de una manera profesional, todo lo demás sería comportarse como ellos, masacrar inocentes, cuando lo que nos hace falta es masacrar a los culpables. Quién dio las órdenes, quién las llevó a cabo, nombres y paraderos exactos, y luego a por ellos. Eso sería sencillamente comportarse con honestidad.

—¿Y no llaman nihilismo a eso? —objetó Stray.

—Bonito, ¿verdad? Sobre todo cuando los verdaderos nihilistas están trabajando para los propietarios, porque son ellos los que no creen ni en una mierda, para ellos nuestros muertos no son más que muertos, tan sólo una Camisa Ensangrentada más que agitar ante nosotros, para mantenernos haciendo lo que quieren, pero nuestros muertos no dejan de pertenecernos, nos persiguen todos los días, ¿no lo veis?, y tenemos que serles leales, no nos perdonarían que nos apartáramos del camino.

Frank no había visto nunca así a Ewball, aquello era algo más que lloriqueos de borracho; puede que Ewb llevara dedicado a esto más años de lo que él creía que llegaría a vivir, y con el tiempo había reunido, supuso Frank, un número considerable de muertos que ahora consideraba suyos. No era lo mismo que el interludio de dos segundos de Frank con Sloat Fresno en el Bolsón de Mapimí hacía cinco, no, seis años. ¿Cuánto había avanzado Frank desde entonces? Deuce Kindred todavía seguía por ahí, tal vez aún con Lake, tal vez, a estas alturas, ya no.

A la noche siguiente, Frank se despertó en medio de una larga disertación que Ewball le estaba dando a Stray sobre la teoría y la praxis anarcosindicalista, y en el crepúsculo sintió una melancolía extrañamente familiar que durante un instante no pudo ubicar, hasta que, por el pasillo, entre los heridos, con la carita cálidamente iluminada por el cigarrillo que llevaba en la boca, vio venir a su antropóloga del este favorita, Wren Provenance.

—Sabía que debería haber sido más moderado con el láudano esta noche —la saludó.

Wren vestía botas de soldado, pantalones de campesino, una camisa de hombre que le venía varias tallas grande y a la que le faltaban unos cuantos botones, y nada de ropa interior o alguna prenda similar que velase a la mirada del espectador desprevenido sus inmaculados y pequeños senos, aunque Ewball y Frank, procurando mostrarse caballerosos, intentaban no mirar, o al menos no durante demasiado rato seguido.

Ella había estado en Casas Grandes, el yacimiento arqueológico que había junto a la carretera donde se había librado la reciente batalla del mismo nombre, bajo los auspicios semioficiales de Harvard, estudiando las ruinas misteriosas que, según se creía, habían construido refugiados huidos del país mítico de Aztlán, más al norte.

—Creía que te encaminabas a los Mares del Sur —dijo Frank.

—Supongo que no era lo bastante romántico.

Cuando Madero y su pequeño ejército llegaron aquí, sus colegas masculinos, uno tras otro, algunos disculpándose por encima del hombro, ya habían huido para que no los mataran.

Stray la había estado estudiando con cierto interés.

—¿Y tú por qué no te marchaste? —preguntó.

—Oh, seguramente estaba demasiado ocupada. Mucho ruido, destellos de luz, pero la verdad es que no era peor que el clima, una condición más del terreno a la que adaptarse para trabajar, y lo que importa es el trabajo.

—Ya, pero ¿qué vida social llevas? Y no quiero parecer indiscreta.

—La que se presente —Wren se encogió de hombros—, o la que no se presente. Ahora mismo, en realidad, dormir ha emergido como la cuestión más importante.

—Se sabe que llega así, que «emerge». Bonita pulsera india.

—Jaspe y turquesa. Uno de los clásicos diseños zuñís.

—Umm. ¿Cuánto pagaste?

—Fue un regalo.

—Un viajante.

—¿Por qué lo dices?

—En todas las estaciones de tren al oeste de Denver, los indios los venden.

—Menuda serpiente mentirosa y taimada. Me hizo creer que era muy..., no sé, especial.

—Todos son así, querida. Incluso el bueno de Frank.

—Maldito seas tú también, entonces, Frank.

Las damas se lo estaban pasando en grande. Al cabo de un rato Frank se encontró fumando un cigarrillo tras otro, los Buen Tonos que llevaba Stray, intentando no encogerse visiblemente. Las costillas le palpitaban y pensó que más le valía no reírse demasiado, aunque tal como iban las cosas, no parecía que eso fuera un problema.

Llegó un campesino con un mensaje para Stray. Ésta se levantó, cogió su maletín de campo y se lo colgó de una correa al hombro.

—El negocio nunca para. Ewball, más vale que no vayas muy lejos, los chicos de Don Porfirio a lo mejor te quieren pillar de nuevo.

Cuando creyó que ella ya no podía oírle, Ewball dijo:

—Creo que le gusto.

—Bueno, eres guapo, pero no podrías hacerle sombra a Rodrigo —le pareció a Frank.

—A ti no te importa, ¿verdad, compadre?, quiero decir que viendo lo que hay entre tú y la buena de Wren...

—Puede que lo estés viendo del revés —dijo Wren con una sonrisa inmóvil y ojos brillantes—. Pero gracias de todos modos, Ewball, siempre es un halago para el amor propio de una doncella descubrir que ha mantenido alejadas a dos personas que debían estar juntas, para quienes, de hecho, según todo principio antropológico válido, es una violación antinatural de la realidad científica no estar juntas. Dime, Frank, ¿eres estúpido o estás ciego?

—¿Esas son las opciones? Umm... Déjame pensar.

Ewball agitó una botella de cerveza hacia Wren.

—La respuesta es «estúpido». Siempre lo ha sido. ¿Quieres otra cerveza, eh, *‘tetas de muñeca’*?

—Pues sí, sería todo un detalle por tu parte, eh, *‘pinga de títere’*.

—Oh, oh —dijeron Ewball y Frank al unísono.

—Dime, ¿recuerdas esos pequeños cactus?

El Espinero llevaba un rato sentado a oscuras, sonriendo a Frank, con ojos que reflejaban más luz de la que había.

—Pido disculpas por haber esperado hasta que preguntaras. Pero el *hikuli* no es para todos.

¿Había traído él alguno consigo? ¿El Conejo de Pascua trae huevos de colores? Al poco, Frank se encontró en una extraña pero familiar Ciudad, un arco externo de almacenes bajos hasta las montañas, que descendía a una cuadrícula de amplios bulevares, canales y plazas, a una de las cuales llega ahora paseando, entre las gentes en peregrinación que entran y salen de la ciudad, un aprendiz de médico que parece el propio Frank pero tal como era antes, antes de que los Días Rotos se abatieran sobre la tierra y la gente, llevando una pequeña bolsa de cuero que contiene los Manuscritos sagrados que le confiaron el día que dejó a los cerdos hozando en la tierra, su madre susurraba, mientras le daba la bolsa, antes de que él se diera la vuelta y se marchara por el sendero, se volvió una vez para mirar, tal vez dos, cuando sus hermanas ya enfrascadas en los quehaceres de primera hora de la mañana menguaban en la distancia, entre las laderas verdes, y pronto escucha a alguien tocar un instrumento de junco cuya simplicidad de madera conmueve su corazón, y luego encuentra una recua de mulas que se dirige a la Ciudad, la hilera de animales empieza a subir y bajar lentamente por la cordillera bajo el sol amarillo, que recalienta y suelta el olor intenso del cilantro aplastado en balas y de las ristras de chile, todo ello destinado a cazuelas de barro que se colocarían en largas mesas comunales en los sótanos de los Templos de la Ciudad, cubiertos con techos bajos de toscas viguetas, sombreados en marrón oscuro, que huelen a heno con aroma de almizcle y a los que se sigue la pista desde el lujoso corral de los Sagrados Jabalíes; la recua de mulas en su viaje colina arriba

lleva también tallos de maguey, recién cosechados por los *tlachiqueros*, y pieles lustrosas de castores de los pantanos que resplandecen oscuras bajo las sujeciones de lona, mercancías para trocar por terciopelo, brocados de oro y plata y plumas gigantes de loros, muy amarillas, rojas y verdes, loros enormes, la envergadura de cuyas alas oscurece el sol, cada pluma de un solo color, arrancadas lejos de aquí con gran riesgo personal, en una precariedad de piedra y espacio azotado por el viento, de debajo de las alas del ave, mientras sobrevuelan desplegando garras del tamaño de lanzas ceremoniales, de hecho las mismas plumas que se recogen para mayor gloria del círculo interno del sacerdocio conocido como los Hallucinati, a quienes les gusta salir a pasear en grupo por las noches para impresionar a los visitantes de los barrios exteriores, o a aquellos que, como este «Frank», venidos de las tierras bajas o de más allá, acuden en tropel a la ciudad sólo para contemplar a la jerarquía de paseo y a sus asistentes femeninas, que se han pasado horas maquillándose los ojos a imitación de los colores de los loros, pintándose las órbitas con dibujos amarillos brillantes y franjas de color rojo y crecientes verdes, el pelo echado atrás desde frentes infantiles suavemente convexas, chicas sagradas, algunas de ellas bellezas tan celebradas que provocan discusiones durante los descansos para tomar coca en las recuas de mulas, pues el café no es el único estimulante que se encuentra en estas caravanas, donde todo el mundo se mueve y habla muy rápido y, como la misteriosa Capital a la que se dirigen, evita dormir o incluso echar una cabezadita; anhelan un tiempo de ‘paseo’ después de que los factores hayan recogido sus cargas, para salir a la hora que quieran y descubrir que es imposible saber siquiera si es de día o de noche, pues la propia Ciudad está por entero puertas adentro y a nadie salvo a los Astrólogos más antiguos se le permite mirar al cielo. Los cafés están abiertos en las esquinas de todas las calles, las doncellas ceremoniales se reúnen entre los servicios, docenas en cada mesa, los gongs y las campanas de los templos suman sus timbres y ritmos al bullicio urbano. «Frank» vaga por todo eso, encantado con todo, los tenderetes que venden mangos y frutas estrelladas, aguamiel fermentado en cuencos de terracota, ‘*ristras*’ de chiles de color púrpura oscuro colgados a secar, semillas aromáticas de un verde perla que se trituran en morteros de piedra pesada, cabezas de cadáveres y esqueletos de azúcar sin refinar que los niños van corriendo a comprar con monedas de obsidiana grabadas con retratos de Hallucinati notables, y que se llevan corriendo, mascando los dulces huesos astillados que la luz tenue de aquí atraviesa como si fueran ámbar, tenderetes de los que cuelgan por todas partes panfletos de colores vivos, ilustrados, sin ningún orden aparente, con caricaturas de narraciones eróticas y de asesinatos, heliógrafos teñidos a mano en luminiscentes violetas, azafranes y negros como el carbón, con vetas de óxido y verde húmedo... Él empieza a leer, o no exactamente a leer, una de esas historias... Es el cuento del Viaje desde Aztlán, y al momento ya no está leyendo sino participando en una confabulación con uno de los sumos sacerdotes, descubriendo que esta ciudad todavía no ha cobrado vida del todo, ahora mismo no es más que un momento de descanso de adobe monocromo, pues la ciudad

chillona y brillante que esperaban encontrar un día, Frank se da cuenta, está siendo soñada colectivamente por la comunidad en su huida, a sus espaldas dejan un terror que no procede de la tierra que creían conocer y respetar, y por delante de ellos, en algún punto, esperan una señal que les confirme que se han escapado verdaderamente, que han encontrado su mejor destino, en el que el águila conquistaría a la serpiente, y los intrusos, satisfechos tras haber asaltado y ocupado Aztlán, abandonarían la persecución y seguirían con su propia metamorfosis en extraterrestres alados o semidioses malignos o gringos, mientras el pueblo fugitivo se vería liberado de la oscura necesidad de comprar su seguridad arrancando corazones de vírgenes sacrificiales en la cumbre de pirámides y todo los demás.

En un momento dado, realizó una maniobra, como un pájaro que trazara un círculo en el aire para posarse, salvo que todo ocurrió en un espacio mental. Allí delante, a contraluz, parecía estar Wren, que le ofrecía la misma publicación. «Te he traído una lectura ligerita». El texto estaba escrito en un alfabeto que él no conocía, y acabó mirando las ilustraciones, eróticas y de asesinatos, que reproducían las aventuras de una joven llamada una y otra vez a defender a su pueblo contra unos invasores deformes que preferían luchar entre las sombras y a los que nunca se mostraba con claridad.

Al poco, sobre su hombro, notó que El Espinero también seguía atentamente el texto. Por último dijo:

—Ten, tómalo.

—No, es para ti. Para que no olvides dónde estabas ahora.

—Pues ya que lo dices... —pero sobrevino una especie de estupor temporal y el ‘*brujo*’ se desvaneció. La «revista» era ahora un periódico de Ciudad de México en blanco y negro de hacía unos días, que no contenía nada sobre Casas Grandes ni la batalla que se había librado allí.

Stray estaba cada vez más fascinada por Ewball, aunque, como le recordaba cada vez que podía, él no era su tipo. Tras haber sido canjeado con éxito por Rodrigo, cuya familia, en muestra de agradecimiento, había sido más que generosa en cuanto a la tarifa de Stray, no había ninguna razón real para que Ewball se quedara por allí, con tantos asuntos anarquistas de importancia, de eso ella estaba segura, que lo reclamaban en otros sitios.

—Oh, no lo sé —masculló él—, digamos que son una especie de vacaciones, supongo. Además, la Revolución va bastante bien por sí sola.

Un buen día desaparecieron los dos, y más tarde se supo que habían partido juntos en el tren de Juárez en medio de exhibiciones públicas de afecto. Quién optó por quedarse allí no fue otra que Wren Provenance. Como una madre con un niño pequeño, iba a ver a Frank cuando éste se ponía en pie y daba los primeros pasos, y era ella la que iba con él de paseo en caminatas que los alejaban cada vez más de la iglesia en ruinas, hasta que, un día, lo que estaba claro para todos los demás que iba a pasar acabó pasando, y se encontraron junto a un arroyo bajo los sauces y los álamos

follando entusiasmados, mientras una amplia variedad de animales salvajes los contemplaba con interés.

—Así. —Se quitó los pantalones y lo montó a horcajadas—. No pongas esa cara de sorpresa, soy yo, ¿te acuerdas? —Las manos de uno en el pelo del otro, las manos por todas partes y, ya puestos, también los besos, ¿habían besado antes con tanta ansiedad? Mordiscos, arañazos, palabras tal vez sin sentido; después ninguno se acordaría.

—Vaya, ¿cómo ha podido pasar?

Ella lo miró. Su impulso fue decirle: «A mí no me preguntes, nunca me pasa, de hecho tiendo a olvidarlo durante largos periodos...», que, ni que decir tiene, se correspondía con el monólogo de horas más tarde, cuando se quedara a solas con sus pensamientos. Pero en ese momento se abstuvo de compartir nada de eso con Frank.

—Bueno —dijo un par de minutos de meditación después—, mientras no sea archivado bajo el epígrafe de buenas obras o algo por el estilo...

—Frank.

Ella había estado tumbada con la cara apoyada en su pecho pero ahora se incorporó, como para verlo mejor. Y no podía ni quería dejar de sonreír.

—Empiezo a creer que ese Ewball tenía razón. No te has estado tomando tus píldoras de la estupidez diarias, ¿verdad que no?

—Muy bien. —La atrajo de nuevo hacia sí—. Muy bien.

El áspero zumbido llenó el valle. Todo el mundo levantó la mirada. El biplano se hizo visible poco a poco, como si emergiera de la nítida nada de la historia.

—¿Qué coño es eso? —se preguntó Frank.

Aunque era la primera vez que el aparato pasaba por allí, los tarahumaras parecían saber qué era. Tal vez trajera cualquier cosa, algo tan desagradable que resultaba desconocido en la guerra moderna, que ya era de por sí bastante desagradable. En los años venideros, los habitantes señalarían los acontecimientos según hubieran ocurrido antes o después de la llegada del avión.

El Espinero le llevó a Frank un bastón confeccionado con un trozo de roble procedente de una zona más alta de la Sierra.

—Un gringo llamaría a esto «bastón de paseo», pero los tarahumaras los utilizan como *bastones para correr*, cuando las piernas empiezan a dolernos y ya no podemos correr tanto como un caballo al galope.

Como siempre, Frank no supo hasta qué punto tenía que tomárselo en serio. Pero sin duda el bastón tenía algo de brujería, porque cuanto más lo usaba Frank, menos tenía que usarlo.

—¿Qué significa eso? —preguntó Wren.

—La magia nativa te pone nerviosa, ¿eh? Menuda antropóloga estás hecha.

Cuando ella estuvo segura de que él podía montar a caballo, le agarró por la pechera de la camisa y dijo:

—Escucha, voy a tener que volver a mi trabajo.

—En Casas Grandes.

—Me parece haber visto a un par de miembros del antiguo equipo por los alrededores.

—¿Te importa si te acompaño?

—No sabía que te interesara.

El yacimiento todavía mostraba los signos de la precipitada partida, aunque, como había dicho Wren, un par de lelos de Harvard ya andaban husmeando por el perímetro. Al ver en tal estado de deterioro aquellas ruinas de barro, que ya habían comenzado a deslizarse hacia el abandono desde mucho antes de que apareciera el primer español, Frank comprendió inmediatamente que era ahí adonde le había llevado el *hikuli* la otra noche, que era eso lo que El Espinero había querido que él viera, lo que, pese a su malhumorada y testaruda inmunidad a todo lo extra-literal, tuvo que empezar a ver y recordó haber visto, si es que quería tener al menos una oportunidad de salvar su alma.

Se acercaron a unas ruinas inmensas, a todas luces dispuestas en el ángulo recto más preciso posible.

—Éste era el edificio principal —dijo ella.

—Vaya. Se entiende por qué se llamaba '*Casas grandes*'. A ojo, yo diría que medía casi dos hectáreas.

—Y tenía al menos tres plantas de altura cuando se construyó. Algunos de los otros alcanzaban cinco o seis.

—Y éstos eran los mismos tipos que...

—Ya ves lo gruesos que eran los muros. No iban a dejar que los atraparan dos veces.

—Pero si fueron ellos los que acabaron en el Valle de México, entonces esto era una escala, y tampoco perduró.

—Nadie lo sabe. Y por el momento también siento mucha curiosidad por esos asentamientos mormones que aparecen de repente por toda esta zona de la Sierra Madre.

—Igual que en el McElmo —dijo Frank.

—Alguien más académico —supuso ella— se plantearía al menos por qué la odisea de los mormones y la huida de los aztecas tienen tantos puntos en común. —No pareció que la idea le hiciera mucha gracia.

—A lo mejor hablo de ello con El Espinero. Y aquellos dibujos... ¿has encontrado alguno aquí?

Ella sabía a qué dibujos se refería.

—Cerámica, herramientas de piedra, afiladores de cuerno, pero ni rastro de las criaturas que dibujaban en las paredes de roca más al norte, tan ausentes que, de hecho, resulta sospechoso. Como hecho a propósito. Como si estuvieran desesperados por negar aquello que los perseguía, y por eso se negaran a representarlo de ninguna manera. De ese modo acaba estando por todas partes, pero invisible.

Por un instante él comprendió, como si lo rozara la brisa levantada por un ala indefinida que pasara ante su cara, que la historia de este terrible continente, desde el Océano Pacífico hasta los hielos del Ártico, era esta misma historia de exilio y migración, el hombre blanco avanzando sobre el indio, las corporaciones del este avanzando sobre el hombre blanco, y sus incursiones con barrenas y dinamita adentrándose en las costuras profundas de las montañas sagradas, de la tierra sagrada.

Wren tenía una pequeña casa al borde de la ciudad, con una parcela verde, madreselva que ascendía por las paredes y una bonita vista de la cordillera, a menos de dos kilómetros por carretera de las ruinas de Casas Grandes. Frank se pasaba los días por ahí haciendo chapuzas, algo de carpintería y enyesado, reparaciones de los daños causados en su mayor parte por la batalla, y las noches en la cama con Wren, disfrutando todo lo decentemente que sabía de los goces de la jodienda doméstica. A veces buscaba su cara dormida, atrapada en pesares más antiguos que ella misma, y le hubiera gustado saber cuánto le costaría establecer un perímetro en cuyo interior ella pudiera soñar con tranquilidad, porque Wren hacía mucho ruido por las noches. Pero lo único que de verdad sabía hacer, como antes que él Webb y Mayva, era pasar de una decepción a la siguiente, afrontando cada una lo mejor que podía. Wren seguía su propio sendero, y él temía que en algún punto ella fuera a buscar algo demasiado lejos, al otro lado de un cañón o de un arroyo invisible para los demás, y se metiera en el cruel país de los intrusos, el de la gente con alas, las serpientes parlantes, los lagartos venenosos que nunca perdían una batalla. No iría a parar a ninguna ciudad con iluminación sobrenatural, sino a un territorio ocupado de manera implacable, a una vida de esclavitud apenas y despectivamente disfrazada, que con el tiempo la incluiría a ella misma. Él sabía que en la historia secreta de largo peregrinaje y lucha de Wren, él sólo aparecía en el mismo sendero provisionalmente. Comprendiendo que ella deseaba protegerlo contra lo que yaciera en su lúgubre destino, él sintió una extraña punzada de gratitud.

Estas aprensiones, tan fugaces y difíciles de recuperar como los sueños, fueron confirmadas por El Espinero, a quien Frank visitaba de vez en cuando en Temósachic, donde el '*brujo*' lo llevaba a recoger hierbas cuyos nombres olvidaba en cuanto los oía, como si se protegieran a sí mismas frente a algún futuro desafuero gringo, y cuando la estación cambió, el marido de Estrella le enseñó a acechar antílopes al estilo de los tarahumaras, cubierto con piel de antílope, y cada vez que

tenían ocasión de mirarse el uno al otro, Estrella miraba a través de él, más allá y alrededor de él, como si fuera invisible, y al cabo de un tiempo acabó comprendiendo que efectivamente lo era.

—Salvo —le avisó El Espinero— para la joven Wren. Ella te verá en cualquier circunstancia.

—Aunque nosotros...

—No estaréis juntos demasiado tiempo. Eso ya lo sabes. Pero ella siempre te verá. He leído las espinas y lo dicen. —Miraron una pareja de pájaros carpinteros gigantes que se estaban comiendo un árbol a conciencia.

—Los profesores para los que trabaja regresan al otro lado en septiembre —dijo Frank— y poco después el trabajo acaba por este año. Ya no sé más. Debería advertirla de algún peligro, protegerla, pero...

El Espinero sonrió.

—¿Es tu hija?

—Cómo voy a...

—También he mirado las espinas de tu vida, Panchito. Camináis por senderos muy diferentes. El tuyo, tal vez, no es tan extraño como el suyo.

Frank sabía que cada vez que el '*brujo*' le hablaba a un blanco de «senderos» no estaba pensando demasiado amablemente en el ferrocarril, que, como la mayoría de su pueblo, aborrecía por destruir la tierra y lo que en el pasado había crecido y vivido allí. Frank lo respetaba, ¿quién en un momento u otro no había odiado el ferrocarril? Penetraba y separaba ciudades, manadas salvajes y cuencas, creaba pánicos económicos y ejércitos de hombres y mujeres sin trabajo, y generaciones de ciudadanos sombríos y endurecidos, sin principios, que gobernaban con un poder sin restricciones; el tren se llevaba todo indiscriminadamente, para venderlo, para sacrificarlo, para dejarlo fuera del alcance del amor.

Wren se subió al tren de Juárez un día de finales de octubre. Frank había pensado acompañarla a caballo al menos hasta el Cruce de San Pedro, pero llegado el momento descubrió que no podía.

—Saludaré de tu parte a las chicas de Market Street —dijo ella, y aunque su beso se alargó durante lo que podrían haber sido horas, tenía tan poco que ver con el tiempo del reloj que ella ya estaba a kilómetros de distancia sobre esos raíles antes incluso de que sus labios se rozaran.

Reef, Yashmeen y Cyprian, tras pasar unas semanas provechosas en Biarritz y Pau antes de la pausa estacional en que los turistas ingleses dejaban paso a los del continente, volvían ahora hacia el este, a los casinos de la Riviera, y pasaron por el balneario anarquista de Yz-les-Bains, oculto cerca de las faldas de los Pirineos, entre escarpadas laderas cubiertas con viñas de maduración tardía, cuyos brotes eran protegidos de las primeras heladas por soportes que parecían crucifijos con guirnaldas. Columnas blancas y pasajes abovedados en sombras surgían de las brumas de un *gave* alegremente ruidoso, situado a poca distancia valle arriba, más allá del cual se hallaba el punto de partida de una ruta secreta y segura que entraba y salía de España. Veteranos de la lucha de Cataluña, antiguos residentes de Montjuich, devotos del hachís de camino a Tánger, refugiados de lugares tan lejanos como Estados Unidos y Rusia, todos encontraban alojamiento en este venerable oasis sin que les cobraran, aunque en la práctica incluso aquellos que estaban en contra de la mercantilización del refugio humano sacaban a menudo modestas sumas en una docena de monedas y se las dejaban a Lucien, el conserje.

En la ciudad, en una plaza elíptica que se abría inesperadamente, al sol de media tarde y sus largas sombras, habían acampado docenas de pequeños grupos, como bañistas junto al mar, con sus ollas de café, hogueras para cocinar, petates, flores en macetas, toldos y tiendas. A Reef podría haberle recordado un campamento minero en los primeros tiempos de una veta de plata, de no ser por esos jóvenes solemnes, que mostraban una austeridad, una *penultimancia* ante un futuro inefable, una Idea Única, cuya fuerza superaba a todo lo demás. Aquí no se trataba de oro ni de plata, sino de otra cosa. Reef no acababa de entender del todo de cuál.

Agrupado cerca de uno de los focos de la elipse, un coro ensayaba una especie de contra-Te Deum, más *desperamus* que *laudamus*, que daba noticia del frío y la oscuridad que se avecinaban. Reef creyó reconocer rostros de los túneles, Yashmeen de los tiempos de Chunxton Crescent, mientras que Cyprian, tras un momento en blanco, se asombró al descubrir nada menos que al bueno de Ratty McHugh, con una barba aparentemente suya, sandalias y un gorro de los pastores de cabra locales.

—¿Ratty?

—Aquí soy «Reg». —Lo que a Cyprian le llamó la atención, más que cualquier cambio de atuendo, fue el brillo de un despertar del espíritu, algo que Ratty, liberado inequívocamente de la rígida máscara de su viejo yo burocrático, todavía estaba aprendiendo a contener—. No estoy disfrazado, no, éste es mi verdadero yo; la carrera profesional en el gobierno, todo eso se acabó para mí, y, a decir verdad, por culpa tuya, Cyprian. El modo en que trataste a Theign fue toda una inspiración para muchos de nosotros, de repente hubo vacantes de personal por todo Whitehall, que en algunos departamentos casi equivalió a una deserción en masa. A menos que hayas trabajado allí, no puedes hacerte una idea de la alegría que sentí al liberarme por fin de aquello. Fue como ir en patines sobre hielo; una buena mañana, sencillamente me

deslicé por la puerta del director, al que ni siquiera recordaba haber abierto antes, irrumpí en una reunión, me despedí, de camino a la salida besé a la mecanógrafa, que no sólo me devolvió el beso, sino que dejó lo que estaba haciendo y se vino conmigo. Lo dejó todo, así, de buenas a primeras. Sophrosyne Hawkes, un encanto de chica; ahí está.

—Y esa joven de rostro familiar con la que está hablando, ¿no es...?

Ratty resplandeció.

—Sí, ciertamente es la señora McHugh, mi querida esposa, a la que le encantará volver a verte. Mientras tanto, ¿necesitas alguna ayuda para sacarte las cejas de debajo del sombrero?

—Sí, de verdad, Cyprian —dijo Yashmeen—, tú precisamente.

—No estaba...

—En realidad tuve un poco de suerte —dijo Ratty—, no fue algo que hubiera planeado o ni siquiera mereciera. Volví a casa aquella noche con la buena de Sophrosyne esperando un baño de sangre, pero las dos se llevaron bien desde el principio. Misterios de la feminidad. Nos pasamos toda la noche despiertos contándonos nuestros más profundos, bueno, casi más profundos, secretos, y resultó que desde el principio, ya antes de que nos casáramos, de hecho, Jenny había sido una especie de criptosufragista, y cada vez que iba a «visitar a su madre», las dos acudían en realidad a manifestaciones o insultaban a voz en grito a los ministros del gobierno o rompían escaparates, o cosas así.

—¿Por qué no me lo contaste antes? —había preguntado Ratty.

—Tu cargo, querido Reginald. No habría sido muy oportuno para ti, la verdad; a ver, me refiero a que atacábamos Whitehall cada dos por tres, ¿no?

—Pues ahora es todo tuyo, mi cebolla picante. Puedes ir y dar los martillazos que te plazca, aunque sugeriría algo más sutil, como lo que hacen los ladrones: un poco de melaza y papel de envolver para evitar los cortes de los cristales rotos, ya sabes...

—¿Y tampoco te importaría si fuera a prisión, sólo por un ratito?

—Claro que me importaría, me espantaría, mi galletita energética, pero intentaría sobrellevarlo de algún modo. —Y así se alargaron hasta la náusea.

Cuando Jenny salió por fin de la prisión de Holloway luciendo el broche de honor diseñado por Sylvia Pankhurst para las veteranas de aquel lugar deprimente, Ratty, tras escuchar rumores y prestar atención a mensajes que previamente habría ignorado o desechado como disparates sobrenaturales, había descubierto el camino a un sendero secreto que, con el tiempo, conduciría al alegre ménage hasta aquí, a las tierras ocultas de Yz-les-Bains y más allá.

—¿Y entonces ahora trabajas para...?

Ratty se encogió de hombros.

—Míranos. Supongo que trabajamos los unos para los otros. Sin rangos, sin títulos, sin cadena de mando..., sin estructura, en realidad.

—¿Y cómo planeáis las cosas? —quiso saber Yashmeen—, ¿cómo asignáis las tareas o coordináis los esfuerzos? Ese tipo de cosas.

—Sabiendo lo que hay que hacer. Lo que por lo general sólo requiere sentido común.

—Se parece a lo que decía John McTaggart Ellis McTaggart —murmuró ella.

—La sala de descanso estudiantil de una facultad, sin maestro —recordó Ratty—. Umm. Bueno, puede que no exactamente.

—Y cuando salís a trabajar, ¿qué soléis llevar? —era lo que Reef quería saber.

—Se pillá lo que se puede —supuso Ratty—, cualquier cosa, desde pequeñas pistolas de espiga antiguas hasta el último modelo Hotchkiss. Mejor pregúntale a Jenny, ella es más militar de lo que yo he sido jamás, e incluso es mejor tiradora ahora que de jovencita.

—Y a veces —la esperanza en la voz de Reef quedó clara para todos— también... ¿voláis algo?

—No muy a menudo. Hemos optado por un papel más revolucionario, ayudando a lo que ya está en marcha.

—¿Que es qué?

—La sustitución de gobiernos por otras formas de organización más prácticas —respondió Ratty—, algunas que ya existen, otras que empiezan a emerger, cuando es posible trabajando a través de las fronteras nacionales.

—Como la IWW —recordaba vagamente Reef de alguna discusión en el camino.

—Y el CRETINO, supongo —dijo Yashmeen.

—Las opiniones varían en cuanto al CRETINO —dijo Jennifer Invert McHugh, que se había acercado—. Muchas de estas fraternidades místicas acaban como criaturas de los gobiernos que las acogen.

—Mientras no paran de predicar la no vinculación —coincidió Yashmeen.

—Entonces es que has estado...

—En una, pero sin llegar a creérmelo, espero.

—Sorprende la cantidad de ex CRETINOS con los que uno se topa.

—Una elevada tasa de traición personal —imaginó Yashmeen.

—Ay, Dios.

—Uno se recupera. Pero gracias por preocuparte.

—Un legado, me parece, de esas antiguas estructuras exclusivamente masculinas. Malogró las esperanzas del Anarquismo durante años, os lo aseguro, mientras no admitió a mujeres nunca tuvo la menor oportunidad. En algunas comunidades, de las que hay ejemplos bastante célebres, lo que parecía ser un consenso perfecto y sin jerarquía, un milagro de telepatía social, era en realidad el resultado de una única autoridad masculina entre bastidores que daba las órdenes, y de unos miembros que deseaban cumplirlas, todos aceptando trabajar en silencio e invisibles para preservar su ficción anarquista. Sólo con el transcurso de los años, tras la muerte del líder, surgía la verdad.

—¿Y por tanto?

—Pues que no existió. No podía, no con esa clase de basura patriarcal.

—Pero con mujeres en la ecuación... —la provocó Yashmeen.

—Depende. Si una mujer sólo está ahí bajo el hechizo romántico de algún barbudo inútil, entonces habrá croquetas de puré en la cocina y bombas en el sótano.

—Pero...

—Pero si ella es capaz de pensar críticamente —dijo Sophrosyne—, de mantener a los hombres ocupados donde son más útiles, aunque los hombres no sepan la mitad de las veces dónde lo son. En ese caso sí hay una oportunidad.

—Siempre que los hombres sean capaces de deshacerse de la ilusión del «nosotros sí sabemos qué es lo mejor» —dijo Ratty—, y la dejen sencillamente para el basurero.

—La basurera —dijeron Jenny, Sophrosyne y Yashmeen casi a la vez.

Al día siguiente, Reef, Cyprian y Ratty estaban en el campo de golf anarquista, durante un torneo de Golf Anarquista, un deporte que en ese momento hacía furor en el mundo civilizado, en el cual no había una secuencia determinada, más aún, ni siquiera un número fijo de hoyos, y las distancias también eran flexibles, así que algunos hoyos estaban a sólo distancia de *putter*, mientras que otros estaban a incontables cientos de metros y requerían de mapa y brújula para encontrarlos. Se sabía que muchos jugadores acudían allí por la noche y excavaban hoyos nuevos. Los participantes solían preguntar: «¿Te molesta si no jugamos hasta el final?», y luego iban y golpeaban las pelotas en cualquier momento y en cualquier dirección que les apeteciera. La gente se veía constantemente acribillada por disparos de aproximación que llegaban como tiros desde los lugares más inesperados.

—Es divertido —dijo Reef mientras una vieja pelota grumosa de gutapercha le pasaba zumbando a unos centímetros de la oreja.

—Se da el caso —había intentado explicarle Ratty— de que recientemente hemos conseguido un mapa que nos está dando muchos quebraderos de cabeza.

—«Conseguido» —dijo Cyprian pensativo.

—De cierta gente de Tánger, que seguramente pensarían que ya te he contado demasiado...

—Si no estuvieran... —sugirió Cyprian.

Ratty encontró su pelota, caída entre los matojos.

—Oh, todavía viven. En alguna parte. O eso esperamos. —Apuntó y volvió a apuntar a la pelota desde varias direcciones—. Se parece un poco al billar, ¿verdad? Me parece que tiraré a aquella de allá. —Señaló a una bandera lejana—. No os molesta el paseo, ¿verdad?

—Bueno, ¿y de qué es el mapa? —preguntó Reef mirando con los ojos entrecerrados la tarjeta de anotación de puntos, que se había ofrecido ingenuamente a

llevar, pero que había perdido toda lógica de notación hacía ya tres hoyos, o puede que seis.

—¿Aparentemente? Del «Congo Belga» —respondió Ratty observando cómo su pelota se cortaba y se desviaba hacia un *green* distinto del que había elegido—. Pero está codificado, en realidad se trata de la Península de los Balcanes, mira, al menos hasta ahí hemos sabido descifrar; ya habíamos visto informes sobre mapas de formas bidimensionales, que son invariables, y tan silenciosamente familiares como un rostro humano. También son frecuentes en los sueños, como ya os habréis dado cuenta.

—Así..., dada una forma más ancha en el norte, que se va estrechando hacia el sur...

—Correcto.

—Podría ser Bosnia —dijo Cyprian.

—El sur de Texas —dijo Reef.

—Entonces, más allá de la simple geografía, está la casi intolerable tiranía sobre la gente a la que verdaderamente pertenece la tierra, una tierra que, generación tras generación, ha estado absorbiendo su trabajo, recogiendo los cadáveres que ese trabajo causa, junto con beneficios obscenos, que quedan para otros hombres, por lo general más blancos.

—Austriacos —dijo Cyprian.

—Lo más probable. Las líneas de ferrocarril también tienen que ver, es como leer tibetano antiguo o algo así...

Avanzada esa noche, los búhos, llamados allí «gatos ululantes», cantaban por todo el pequeño valle. Hacia medianoche la cascada se hacía más ruidosa. Las ventanas se oscurecían una por una en Yz-les-Bains. En los alojamientos de Coombs De Bottle, el humo del tabaco volvía el aire opaco.

Coombs sabía, casi desde que aceptara el empleo en el Ministerio de la Guerra, que sus días allí estaban contados y eran pocos. En cuanto conoció las estadísticas sobre los anarquistas víctimas de sus propias bombas, empezó a plantearse entrar en contacto con la comunidad de dinamiteros para instruirles en Seguridad en la Fabricación de Artefactos, y cierto conflicto de intereses se hizo obvio para todos en el laboratorio del Ministerio de la Guerra, salvo para el propio Coombs.

—Pero éstos son anarquistas británicos —intentó argumentar—, no es lo mismo que si fueran italianos o españoles, ¿verdad que no?

—Una inteligente apelación al racismo británico —dijo Coombs ahora—, pero no funcionó, así de resueltos estaban a ponerme de patitas en la calle.

Si eso era un mapa, no se parecía a ninguno que Cyprian hubiera visto en su vida. En lugar de topónimos, lo que había eran cientos de lo que parecían mensajes breves. Todo estaba reproducido en un único color, el violeta, pero con distintos sombreados en las diferentes partes. Pequeños dibujos, casi como los de las tiras humorísticas de

los diarios, que representaban situaciones intrincadas que Cyprian sabía que era fundamental entender, pero no podía. Tampoco había hitos geográficos ni carreteras reconocibles.

Coombs De Bottle levantó la lámpara y sostuvo el mapa con un ángulo diferente respecto a la luz.

—Verás una línea horizontal en negrita, a lo largo de la cual está previsto que ocurran ciertos desagradables acontecimientos atribuidos a «Alemania», a menos que alguien lo impida. Y aquí, mira estos pequeños segmentos oscurecidos...

—Minas terrestres —dijo Reef.

—Seguramente. Muy bien. ¿Cómo lo sabes?

—Todos estos círculos torcidos —dijo Reef señalándolos con la ceniza de su puro —, como lo que los chicos de artillería llaman «elipse de incertidumbre». Es posible que cada uno de ellos marque la dirección y el alcance del daño que esperan.

—Por eso creemos que podrían referirse a gas venenoso.

Reef silbó.

—Así que es posible que éstos señalen la dirección del viento.

—¿De dónde sale este mapa? —preguntó Yashmeen.

—En última instancia, de Renfrew —dijo Ratty—, que lo consiguió de un antiguo estudiante, que lo recibió de otro, y así sucesivamente. Uno más de esos plexos transnacionales...; a estas alturas la red de Renfrew se extiende por todo el planeta, y no me extrañaría que también por otros planetas.

—El problema de estas historias con gas venenoso —dijo Coombs— es que uno siembra estos siniestros campos y luego, con extraña frecuencia, se olvida. Un avance se transforma en una retirada, y en el curso de la caída uno puede verse de manera muy clásica reventado por su propio petardo. Su modo de funcionamiento también resulta un tanto vago. ¿Se manejan por control remoto?, ¿eléctrico?, ¿se disparan por el peso de un tanque o de un pie humano?, ¿se lanzan como un cohete a las alturas, donde estallan en nubes invisibles?

Cyprian había estado estudiando el mapa de cerca con una lupa Coddington.

—Entonces aquí el segmento-línea de interés parece que está etiquetado como «Línea Crítica»... Yashmeen, ¿no es ésa la jerga de Riemann?

Ella miró el mapa.

—Con la diferencia de que ésta es horizontal y está dibujada en una cuadrícula de latitud y longitud, en lugar de ser valores reales frente a imaginarios, donde Riemann decía que se encontrarán todos los ceros de la función ζ .

En ese momento Cyprian la estaba mirando a la cara, justo cuando ella no dijo «encontrarían» sino «encontrarán», y se percató de su inocente expresión de fe, porque aquello no podía llamarse de otro modo, ¿no?, los ojos dilatados como platos por un instante, los labios vulnerablemente separados, el aspecto de santa de una pintura que él sólo le había visto cuando Reef se ocupaba de ella. La función Zeta podía ser tan inaccesible para ella ahora como un antiguo amante. Él nunca

entendería nada de eso, pero sabía reconocer que esa función tenía la extraordinaria capacidad de absorber la mente de ella, sus energías, hasta una buena parte de su vida. Yashmeen vio que él la miraba, y sus ojos volvieron a tensarse. Pero el daño estaba hecho, y durante una hora Cyprian creyó que no podría vivir sin ella.

Volvió a concentrarse en el examen del mapa. Al cabo de un rato dijo:

—Aquí hay otra extraña especie de nota, en letra cursiva muy pequeña. «Sin haber podido aprender las lecciones de esa época ahora mítica, sabiendo que los goces tendrían que pagarse en años posteriores una y otra vez, enfrentándose a situaciones como la actual, negociando en moneda estropeada con los rostros imperiales demasiado desgastados para expresar la menor delicadeza de sentimientos, así ha descendido el Congo Belga a su destino».

—¿Qué —preguntó Reef amablemente—, *quesignificaeso*?

—Recuerda: cuanto aparece en este mapa representa otra cosa —dijo Coombs De Bottle—. Esta «Katanga» podría ser Grecia. Los «Alemanes» también podrían ser austriacos. Y esto de aquí —señaló el centro del mapa—, nuestra preocupación actual, esta zona relativamente pequeña, sin definir en anteriores comunicaciones...

—«... ha sufrido recientemente un cambio de estatus administrativo» —leyó Cyprian a través del dispositivo de aumento.

—¿Novi Pazar? —conjeturó Ratty.

—¿Por qué, Reg?

Ratty, que descubrió que todavía le gustaba hablar del trabajo, se encogió de hombros con timidez.

—Una antigua y persistente pesadilla, me temo. Los conflictos surgen con Turquía, pongamos que por Macedonia; las fuerzas turcas tienen que salir de Novi Pazar para desplegarse en el sur, y sabemos que al menos tres divisiones serbias están preparadas para marchar y ocupar el Sanjak. Algo que no sería bien visto por Austria, que de hecho está más que impaciente por intervenir con sus tropas, forzando a la serie habitual de Potencias a venir a la carrera...

—La guerra total en Europa.

—Eso mismo.

—¿Y bien? —dijo Yashmeen—, ¿y por qué no dejarles tener su guerra? ¿Por qué iba a preocuparse cualquier anarquista que se precie por ninguno de esos gobiernos con su caldo mezquino e incestuoso de reyes y césares?

—Por nuestro propio interés —dijo Ratty—. Los anarquistas serían los grandes perdedores, ¿no? Las corporaciones industriales, los ejércitos, las armadas, los gobiernos, todos se mantendrían como siempre, o serían todavía más poderosos. Con una guerra generalizada entre naciones, cada pequeña victoria lograda por el Anarquismo hasta ahora quedaría reducida a polvo; actualmente incluso los capitalistas más lerdos saben que el Estado-nación centralizado, que era un concepto tan prometedor hace sólo una generación, ha perdido toda credibilidad entre la población. El Anarquismo es ahora la idea que conquista todos los corazones, y

alguna de sus versiones acabará envolviendo todas las sociedades gobernadas centralmente, a menos que el gobierno haya sido desbordado ya, pongamos, por sistemas familiares como la *zadruga* de los Balcanes. Si una nación quiere perdurar, ¿qué otras medidas puede tomar más que movilizar a la población y declarar la guerra? Los gobiernos centrales nunca estuvieron pensados para la paz. Su estructura es la de un estado mayor, la misma que la de un ejército. La *idea nacional* se basa en la guerra. Una guerra general europea, en la que cada trabajador en huelga se convierte en un traidor, se ondean banderas amenazadas, se airea el miedo a la profanación de los suelos sagrados de las patrias, será el pretexto ideal para borrar el Anarquismo del mapa político. La idea nacional renacería. Uno se estremece ante las formas pestilentes que surgirían después, desde la ciénaga de una Europa en ruinas.

—Me pregunto si es el «*Interdikt*» de Renfrew y Werfner otra vez, atravesando la Península, a la espera de que lo desencadenen.

—Entonces —pensó Reef— alguien tendría que ir y desmontarlo.

—El fosgeno se descompone violentamente si se expone al agua. Ése sería el método más simple, aunque en caso de fallar uno podría hacerlo explotar antes de que hiciera ningún daño, lo que podría resultar un poco delicado...

—¿Cómo puede desencadenarse el proceso sin que cause daño? —objetó Yashmeen—. Según el mapa, a menos que el mapa sea un mal sueño, el «*Interdikt*» atraviesa el corazón de Tracia. Esto es espantoso. Espantoso.

Jenny y Sophrosyne miraron con atención, seguramente reconociendo tras la voz de Yashmeen la silenciosa conversación interior que mantenía desde que se habían conocido. Ratty y Reef estaban en un rincón, dando caladas a sendos puros, mirando educadamente. Sin embargo, Cyprian había detectado la misma nota que las mujeres, pues desde el anuncio del embarazo de Yashmeen llevaba un registro de cada gramo de peso que ella ganaba y de su distribución, de los cambios en su rostro, de la caída de su cabello cuando se movía y de cómo reflejaba la luz, de cómo dormía, qué comía o dejaba de comer, sus lapsos y ataques de mal humor, así como otras variables tan personales que las anotaba codificadas. No albergaba ninguna duda sobre los motivos que la empujaban a emprender esa misión, y sabía perfectamente a quién creía ella que salvaría.

La observación de cerca y la preocupación silenciosa eran una cosa, y los consejos gratuitos otra, pero llegó el momento en que Cyprian creyó que debía decirle algo.

—¿Te has vuelto loca o qué? —Así abordó el tema—. No puedes pretender en serio tener un bebé ahí fuera. Es primitivo. Como si lo tuvieras en la jungla. Tendrás que estar cerca de ayuda médica competente...

Ella no se enfadó, más bien sonreía como si se preguntara por qué había tardado tanto en decirle eso.

—Todavía vives en el siglo pasado, Cyprian. Todos los pueblos nómadas del mundo saben cómo tener a sus hijos cuando se encuentran en marcha. El mundo que

vendrá ya ha llegado. Nosotros estamos aquí, en él. Mira alrededor, mi querido Cyprian.

—Oh, ya veo, ahora voy a tener que empollarme todo lo que haya sobre partería moderna, ¿es eso?

—Bueno, no te haría ningún daño, te lo digo en serio. —Él pareció tan perplejo, por no decir cariacontecido, que ella se rió y tomó su diminuta barbilla en su antiguo estilo autoritario—. Vamos, no tendremos ningún problema, espero.

A su regreso de Bosnia, Cyprian se había jurado que nunca volvería a la Península Balcánica. Cuando le daba por imaginar alicientes —sexuales, financieros, honoríficos— que podrían llevarle a cambiar de opinión, le asombraba comprobar que no había nada que el mundo pudiera ofrecerle que él deseara lo bastante. Intentó explicárselo a Ratty:

—Si la Tierra estuviera viva, si tuviera una conciencia planetaria, entonces la «Península Balcánica» podría fácilmente representar lo que esta conciencia desea más oscuramente para su propia destrucción.

—Como la frenología —supuso Ratty.

—Sólo una forma de locura llevaría a alguien al este ahora mismo, a meterse en las fauces de lo que casi con seguridad está pasando allí. ¿No tendrá tu gente ninguna misión disponible para una ciudad de un tamaño razonable, como, por ejemplo, París, donde las opciones menos burguesas sean fáciles de llevar a cabo, y ciertamente no tan peligrosas?

—A ver —dijo Ratty reconociendo tal vez un componente retórico—, sabes que eres lo más parecido que tenemos a un Curtido Veterano de los Balcanes.

Desde que en Salónica, en el Mavri Gata, descubriera que Vesna, la prima de Danilo, lejos de ser una figura de la desesperación y el autoengaño, era completamente real, y que cualquier cosa era por tanto posible otra vez, incluyendo, por qué no, la marcha hasta Constantinopla y la creación de un mundo nuevo, Cyprian había empezado a «relajarse en su destino», como decía él. Con cierta ansiedad, calculó cuánto le quedaba de juventud, apostura y encanto, y se preguntó si le serviría para llegar al menos a la siguiente estación del peregrinaje, aunque eso, ahora lo sabía, lo sabía con una certidumbre interior, ya no era lo que importaba, y en todo caso no estaba en sus manos. Los jóvenes y deseables tendrían que comportarse como siempre habían hecho, pero sin el pequeño C.L., o eso parecía.

Sin embargo, los votos contra la Península Balcánica, hechos en un momento de cierto acaloramiento, podían, según parecía, modificarse.

—¿Cómo iríamos? —preguntó Cyprian, como si la cuestión sólo le interesara en un sentido técnico.

Ratty asintió y le hizo un gesto para que se acercara a un alegre individuo que había estado comiendo bullabesa como si acabara de recibir la noticia de una

inminente escasez de pescado.

—Saluda al Profesor Sleepcoat, que ahora interpretará para ti una interesante pieza al piano.

El Profesor se acercó al Pleyel que había junto a la ventana y rápidamente tocó una escala de octava en las teclas blancas de *fa* a *fa*.

—¿La reconoces?

—Una melodía pegadiza —dijo Cyprian—, pero no es correcta del todo, ¿verdad?

—El Profesor empezó a tocarla de nuevo—. Ahora sí.

—Justamente, este *si* natural —lo aporreó dos o tres veces— debería ser bemol. En el pasado era una nota prohibida, no sé si lo sabes. Te golpeaban en los nudillos si la tocabas. O te hacían algo aún peor si estabas en la Edad Media.

—Así que es uno de los antiguos modos litúrgicos.

—Lidio. En las canciones y bailes populares de los pueblos de los Balcanes, ni más ni menos, aunque los otros modos medievales estén bien representados, se percibe esta extraña y drástica ausencia de material lidio; en nuestra investigación, hasta la fecha, no hemos encontrado ni rastro. Un tanto misterioso para nosotros. Como si todavía siguiera prohibido, o tal vez incluso fuera temido. El intervalo que nuestro torpemente no bemolizado *si* hace con *fa* era conocido por los antiguos como «el demonio en la música». Y cada vez que lo tocamos para alguien ahí fuera, aunque sólo lo silbemos, o se va corriendo y gritando o nos agrede físicamente. ¿Qué es lo que escuchan que les resulta tan inaceptable?

—Entonces tu plan —sugirió Cyprian— es ir hasta allí y responder a eso.

—Y también investigar ciertos rumores recientes sobre un culto neopitagórico que contempla el lidio con un horror especial. No es de extrañar que suelen preferir el llamado modo frigio, bastante común por toda la región. —Volvió a dirigirse al teclado—. De *mi* a *mi* en las teclas blancas. Fíjate en la diferencia. Resulta que coincide con una melodía para lira que algunos atribuyen a Pitágoras, y su origen podría remontarse a Orfeo en persona, que al fin y al cabo era nativo de Tracia y con el tiempo fue adorado allí como un dios.

—A la vista —añadió Yashmeen— de las similitudes, por no decir la identidad, entre las enseñanzas pitagóricas y las órficas.

Las cejas del Profesor se alzaron. A Yashmeen le pareció de justicia mencionar su antigua relación con el CRETINO.

—Sería un verdadero placer —dijo llenando hasta el borde un vaso de bistro con el Jurançon blanco local— tener a una ex neopitagórica en nuestra excursión. Hacernos cierta idea de lo que nuestros homólogos balcánicos del CRETINO podrían pensar y todo lo demás.

—Si es que existen.

—Oh, yo creo que sí. —Rozó brevemente la manga de ella.

—Alerta de fascinación —murmuró Cyprian. Reef y él estaban muy familiarizados con el guión que se desarrollaba cuando alguien conocía a Yashmeen.

Siempre, según iban rotando las horas sociables y se contraían hasta la madrugada, la fascinación inicial, a medida que progresaba la velada, se convertía gradualmente en intimidación y perplejidad.

—Estaré en la barra —dijo Reef.

Yz-les-Bains era de hecho uno de los pocos lugares del continente europeo donde un anarquista sobrio podía encontrar un Cocodrilo decente (cantidades equivalentes de ron, absenta y los licores de uva conocidos como *trois-six*), uno de los cócteles tradicionales de los anarquistas, cuya invención afirmaba haber presenciado Loïc, el camarero, un veterano de la Comuna de París.

Así que la idea —«de quién» fuera ya no importaba— consistía en desplegarse en Tracia entre un grupo de coleccionistas de canciones no demasiado mundanos, a una hora tardía del crepúsculo europeo, lo cual no estaba exento de riesgos, para abordar a los campesinos de la zona y apremiarlos a que cantaran o tocaran algo que sus abuelos les hubieran cantado o tocado. Aunque el Profesor Sleepcoat parecía desconectado de la política del momento, sí le había llegado noticia de que, al menos desde 1900, las búsquedas de material musical se habían generalizado en todas las naciones de Europa, y ciertamente se percibía en sus modales un matiz de impaciencia, como si se le estuviera acabando el tiempo.

—Bartók y Kodály en Hungría, Canteloube en Auvernia, Vaughan Williams en Inglaterra, Eugénie Lineff en Rusia, Hjalmar Thuren en las Islas Feroe, y otros muchos, a veces sencillamente porque es posible, dadas las recientes mejoras en la grabación portátil de sonido.

Pero también se respiraba un ambiente de urgencia en el extranjero, si bien nadie hablaba de ello sobre el terreno, como si el trabajo tuviera que hacerse rápidamente, antes de que el legado de canciones de cada pueblo se perdiera para siempre.

—Supongo que seré vuestro escolta —dijo Reef—, aunque no os haría daño a ninguno de los dos poneros al día en algún tipo de ferretería personal, a efectos de cubrirnos la espalda; Cyprian, tú te encargarás de la navegación, y Yash, bueno, supongo que habrá alguna tarea que te podamos encomendar...

Si no hubiera estado ya acostumbrada al concepto que Reef tenía de la burla cariñosa, Yashmeen habría reaccionado con rabiosa indignación ante un comentario como ése. Ahora se limitó a sonreír formalmente y dijo:

—En realidad, resulta que soy el verdadero corazón palpitante de esta misión. —Lo cual era cierto.

Como siempre, Reef se extendió sobre lo que, salvo por su carencia de análisis, habría pasado por hostilidad de clase, aunque por lo general tenía más que ver con el modo en que un cabrón trajeado le había estado mirando ese día. Cyprian no tenía la menor convicción política, y los comentarios al respecto, si no podían convertirse en un chiste, no le merecían ningún interés. Yashmeen era, sin duda, la que compartía

más profundamente las creencias anarquistas por aquí. No se hacía ilusiones sobre la inocencia de los burgueses, pero aun así se aferraba a una fe ilimitada en que era posible ayudar a la Historia a cumplir sus promesas, incluida, algún día, la justicia para los oprimidos.

Se trataba de la antigua necesidad que ella tenía de algún tipo de trascendencia; la cuarta dimensión, el problema de Riemann, el análisis complejo, todo eso se había presentado como una vía de escape de un mundo cuyos términos no podía aceptar, donde habría preferido que incluso el deseo erótico no tuviera consecuencias, al menos ninguna de tanto peso como el deseo de tener un marido, hijos y todo lo demás, que parecía acuciar a otras jóvenes de la época.

Pero los amantes no podían contarse como influencias trascendentes, y la historia había seguido adelante con su propia agenda implacable. Ahora, en Yz-les-Bains, Yashmeen se preguntaba si habría encontrado un tardío alivio temporal, una esperanza de ir más allá de las formas políticas hacia una «unicidad planetaria», como le gustaba expresarlo a Jenny.

—Ésta es nuestra propia era de las exploraciones —decía— en el país sin cartografiar que espera más allá de las fronteras y los mares del Tiempo. Emprendemos nuestros viajes hacia allí a la luz tenue del futuro, y volvemos a la época burguesa y su inmensa ilusión de seguridad para contar lo que hemos visto. ¿Qué son todos nuestros «sueños utópicos» sino formas defectuosas de viaje en el tiempo?

Tras una fiesta de despedida que se alargó toda la noche y sería recordada por una inocencia todavía a salvo de toda causa y efecto, salieron en un amanecer tormentoso y, cogidos del brazo, recorrieron los adoquines resbaladizos de las callejuelas, pasaron bajo puentes para peatones, subieron y bajaron tramos de escaleras iluminados por una luz húmeda, hasta sus habitaciones, para intentar dormir unas horas antes de partir para la Península.

Luego subieron al tren y las agujas les fueron dando paso una tras otra, como un mago que enseñara una carta a los espectadores sin estar muy seguro de hasta qué punto querían que los engañara, porque esta vez ninguno de ellos encontraba el modo de disfrutar de la habitual suspensión de la incredulidad del turista ante un espectáculo de variedades; en realidad ya no se trataba de «viajar», sino de tres tipos de necesidad.

Y no eran tanto las vistas de la Europa invernal que desfilaban aceleradas por las ventanillas cuanto el folleto que tenía lugar cuando las persianas del coche cama se bajaban. La antigua fantasía del Orient Express disponible cualquier noche en cualquier music-hall de Europa.

A la salida de Zagreb, Yashmeen, como si percibiera que algo llegaba a su final, con su hermoso culo levantado por Reef, que acababa de penetrarla, le hizo gestos a

Cyprian para que se acercara y, sin más preliminares, por primera vez, se metió su pene, ya dolorosamente erecto, en la boca.

—Oh, vaya, Yashmeen, esto no es...

Ella se detuvo, desencajando la boca por un instante, y le clavó una mirada a un tiempo dura y cariñosa.

—El embarazo lleva a una mujer a hacer cosas extrañas —se explicó—. Concédemelo. —Y reanudó la mamada y, para el inmenso goce de Cyprian, también le mordió, primero con suavidad pero al poco cada vez con mayor fuerza, así que él no tardó en alcanzar el clímax sobrecogido por ese dolor hábilmente calculado, con Reef, excitado por lo que veía, no muy a la zaga, gritando «¡Yuuupi!», como tenía por costumbre.

—Sí, debería haberlo imaginado —añadió Cyprian, casi sin aliento.

—La norma —le recordó ella cuando parecía a punto de plantear la cuestión de los papeles y «lugares» un poco más tarde, al acercarse ya a Beogrado— es que no hay normas.

Y más o menos en ese instante, y por accidente, claro, Cyprian captó la mirada de Reef.

—Que no se te ocurran ideas raras —dijo Reef en un tono inmediatamente hosco.

—La verdad es que tienes un culo atractivo —musitó Cyprian—, del tipo musculoso y tirando a pequeño...

—Mierda —dijo Reef negando con la cabeza—. Se me ha acabado el apetito. A ver si os aclaráis los dos, voy al salón de fumadores, a echarme un purito.

—Pues aquí tienes un bonito panetela —Cyprian no pudo evitar el comentario— a tu entera disposición.

—¿Eso? Eso ni siquiera es un Craven A. —Y Reef se fue indignado, pero ni de lejos tan irritado como fingía. Porque Yash tenía razón, claro. No había normas. Ellos eran quienes eran, y punto. Desde hacía cierto tiempo, cada vez que Yash y él follaban cara a cara, ella se las componía para echar la mano hacia atrás y meterle un dedo, mierda, a veces hasta dos, allí mismo, bien adentro, y a él le parecía que no siempre estaba tan mal. Y, para ser sinceros, de vez en cuando se preguntaba cómo sería si Cyprian se lo follaba a él para variar. Claro. No tenía por qué pasar, pero, bien pensado..., era como el billar, supuso, tenías los tiros directos, con los cortados y efectos laterales que los acompañaban, pero aparte había que esperar carambolas, massés y bolas sorpresa que veías por el rabillo del ojo volviendo hacia ti para chocar en ángulos imprevistos, desde bandas en las que a veces ni siquiera habías pensado, dirigiéndose a troneras que nunca habías imaginado...

Y la verdad era que Reef, pese a lo mucho que hablaba, se había encariñado del chico. Había cabalgado con hombres cien por cien '*machos*', de pelo en pecho, con los que resultaba infinitamente más difícil llevarse bien. Susceptibles, sentimentales ante cualquier tontería —música de cantina, historias de animales—, malvados que chuleaban a sus mujeres con lágrimas en los ojos mientras recogían el dinero, y si

pasabas cierto tiempo en compañías así o acababas desarrollando una inmensa paciencia o te volvías violento.

Lo que le sorprendía de este trío, lo que en realidad no entendía, era que seguía esperando sentirse celoso por algo, pues en el pasado se había portado siempre como un mezquino hijoputa cuando se daban este tipo de situaciones con tres implicados, ni siquiera recordaba cuántas noches, el atisbar una lámpara que se apagaba tras la cortina de una ventana, o dos cabezas juntas en una calesa a un kilómetro de distancia, había sido presa de un arrebató homicida por culpa de los celos. Y después se despertaba en cualquier antro con el pelo empapado en vómitos, no siempre suyos. Pero entre ellos tres la cosa era distinta, los celos ni siquiera habían aparecido, es más, no podrían aparecer nunca. En el pasado habría pensado algo así como: bueno, claro, ¿cómo va a sentir celos un hombre de un mariquita como Cyprian? Pero a medida que lo iba conociendo, Reef vio que Cyprian sabía defenderse cuando era menester, y no todo tenía que ver con el Webley que Reef sabía que llevaba encima. Un par de veces, inesperadamente, lo había visto abandonar la pose de histeria teatral que utilizaba en el día a día y mostrar un frío dominio de sí mismo: lo vio tensarse y respirar controladamente, mientras los acechadores profesionales que rondaban delante de los casinos, entre las sombras, esos que esperaban a los incautos y los pagados de sí mismos, se desvanecían entre murmullos, o los flâneurs que hablaban en jerga se sumían en el silencio y se les borraba la sonrisa de la cara, sabedores de que Cyprian había entendido cada una de sus palabras, pero sin ganas de averiguar hasta qué punto se las iba a tomar como algo personal.

En Beograd se unieron al Profesor Sleepcoat y su grupo, que incluía al técnico Enrico, las estudiantes voluntarias Dora y Germain, y un contable llamado Gruntling que estaba allí debido a la insistencia de la Universidad, que no quería que se repitieran los excesos en el presupuesto del último viaje, la mayoría de ellos anotados en la columna llamada «Misceláneos» y cuyos detalles el Profesor Sleepcoat no acababa de recordar.

En Sofía se bajaron en el andén de la Tsentralna Gara y se encontraron con una ciudad re-imaginada tras los treinta y pico años que habían pasado desde la expulsión de los turcos: los callejones sinuosos, las mezquitas y las casas bajas habían dado paso a una cuadrícula de calles amplias y diáfanas y de obras públicas a gran escala que europeizaban la ciudad. Al entrar, Cyprian contempló entristecido el bulevar Knyaginya Mariya Luiza, que parecía lleno de perros callejeros y bebedores en diferentes fases de envenenamiento etílico.

—Antes era mucho peor —le tranquilizó el Profesor—. Arthur Symons la llamó la calle más espantosa de Europa, pero de eso hace mucho, y todos sabemos lo sensible que es Arthur.

—Tiene algo de Omaha —le pareció a Reef.

Al día siguiente, Gruntling acudió al banco y se quedó hasta la hora de cierre, y luego el grupo se encaminó hacia el norte, a las colinas.

Cada mañana, el contable sacaba una bolsa de levas búlgaras de plata y extraía veinticinco.

—Esto es sólo una libra —se quejaba el Profesor.

—Muy bien —decía Gruntling pasándole las monedas—, pues entonces esto es un kilo. Procure no gastarlo todo en el mismo sitio.

—Son cinco dólares —dijo Reef—, no sé de qué se queja.

La mayoría de los desembolsos eran en monedas más pequeñas, stotinki de níquel y bronce, para las comidas durante el viaje —*kebabcheta*, *banichka*, *palachinki*, cerveza— y para pagar algún sitio donde dormir por las noches. Por unos pocos stotinki, también podía encontrarse un niño dispuesto a girar la manivela que movía el dispositivo de grabación mediante un reductor y un volante que suavizaba las variaciones de tono.

—Es como mover el fuelle del órgano de la iglesia en el siglo pasado —le pareció al Profesor Sleepcoat—. Sin todos esos pilluelos anónimos no habríamos tenido a Bach.

Comentario que le hizo merecedor de una mirada de Yashmeen, quien en otras circunstancias le habría preguntado dulcemente en qué medida creía él que la cultura occidental había dependido a lo largo de toda la historia de ese tipo de trabajo vergonzosamente mal pagado. Pero no se trataba de una discusión que ya nadie tuviera tiempo ni ganas de mantener.

Un anochecer que el Profesor seguía fuera trabajando hasta tarde, escuchó a lo lejos, en el valle, a alguien que cantaba con una joven voz de tenor. Al principio lo tomó por un típico *kanástánc* de porqueros transilvanos que habría llegado hasta ahí salvando cordilleras y siguiendo cursos fluviales, pero al instante respondió otra voz joven, de una gama más aguda, de chica, y durante lo que se prolongó el crepúsculo, las dos voces cantaron de un lado al otro del pequeño valle, a veces antifonales, otras juntas, en armonía. Eran pastores de cabras, y sus palabras eran en un dialecto del barrio de los campesinos de Sofía cantadas en una melodía frígia que el Profesor nunca había oído, y que supo que jamás volvería a oír, no, al menos, de ese modo, sin mediación e inmune al Tiempo. Y como lo poco que pudo entender fueron palabras que sólo los jóvenes tenían derecho a cantar, inevitablemente recordó su propia juventud ya fenecida, que había pasado antes de que tuviera ocasión siquiera de darse cuenta, y por eso fue capaz de percibir, bajo el sonido, una intensa conciencia de pérdida, como si la distancia que separaba a los cantantes fuera mayor que la anchura del valle, algo que sólo podía salvarse mediante una iniciativa al menos tan metafísica como la canción, como si Orfeo se la hubiera cantado a Eurídice en el Infierno, llamándola allá abajo entre vapores embriagadores, por cursos de agua que retumbaban helicoidalmente, levantando ecos entre la piedra caliza esculpida con fantasía, a lo largo de incontables generaciones, por el Tiempo personificado como un

демиurgo y servidor de la Muerte. Y el equipo de grabación, claro, y Enrico estaban en la posada. Pero en realidad no era necesaria ninguna grabación, porque los dos cantantes habían repetido la canción varias veces, hasta bien entrada la noche, para que se grabara en los surcos de la memoria del Profesor Sleepcoat, justo al lado de los dedicados a los lamentos, las penas y demás.

Más tarde, el Profesor parecía no poder quitarse a Orfeo de la cabeza.

—Él no se acababa de creer que ella deseara de verdad volver con él para vivir de nuevo en el mundo de la superficie. Tuvo que darse la vuelta y mirar, sólo para asegurarse de que ella venía.

—La típica inseguridad masculina —lloriqueó Yashmeen.

—La típica codicia femenina acaba imponiéndose al final, así es como yo lo he interpretado siempre —comentó Gruntling.

—Oh, él es el Señor de la Muerte, por lo que más queráis, ahí no pinta nada el dinero.

—Jovencita, el dinero pinta en todas partes.

La principal tarea para Reef, Cyprian y Yashmeen ahora mismo era localizar la línea *Interdikt* e inutilizarla. El campo estaba lleno de indicios, indicaciones erróneas a propósito: cualquier espejismo de algo antinaturalmente recto, resplandeciendo sobre el terreno, podía mandarlos contra molinos de viento y hacerles desperdiciar sus preciosas horas. La gente del pueblo se mostraba bastante amistosa hasta que Cyprian sacaba el mapa, entonces apartaban la mirada e incluso temblaban, y empezaban a hablar en dialectos que de golpe se habían vuelto opacos. El uso de términos como «fortificación» y «gas» raramente resultaba fructífero, hasta con aquellos que no tenían miedo a hablar con ellos.

—No los busquéis —les advertían con frecuencia—, si ellos quieren ya os encontrarán. Pero mejor que no os encuentren.

La buena gente que escuchaba esas charlas volvía la cara, se santiguaba repetida y compulsivamente y hacía otros gestos menos familiares con las manos, algunos muy complejos, como comentarios manuales que se llevaran haciendo desde tiempos antiguos.

Finalmente, un día su suerte dio un giro. Estaban en Veliko Târnovo, donde el Profesor había ido a estudiar una variante de la danza nupcial *ruchenitsa*, de la que se rumoreaba que tenía síncopas, hasta el momento no grabadas, en las 7/8 subyacentes. Era mediados de febrero, el día de San Trifón, que coincidía con un ritual de poda de las viñas. Todos bebían *dimyat* y *misket* caseros contenidos en cubas y bailaban a los sonos de una pequeña banda local formada por tuba, acordeón, violín y clarinete.

Reef, que no perdía ocasión de taconear, salió a bailar con una variedad de atractivas parejas que casi parecían haber formado una cola. Yashmeen, pasado ya la mitad del embarazo, se daba por satisfecha con sentarse bajo un toldo y ver lo que

pasaba. Cyprian miraba y no miraba a los jóvenes del pueblo que en el pasado habría considerado deseables, cuando inesperadamente lo abordó un hombre delgado y bronceado, engalanado para la boda.

—Te conozco —dijo Cyprian.

—Salónica. Hace dos años. Me salvaste la vida.

—Vaya, eres «Flaco Gabrovo». Pero creo recordar que lo único que hice fue buscarte un fez que te encajara bien.

—Pensaba que a estas alturas estarías muerto.

—Hago lo que puedo. ¿Eres tú el que se acaba de casar?

—La hermana pequeña de mi mujer. Con un poco de suerte podrá trabajar toda la cosecha antes de tener el primero. —Sus ojos no habían parado de desviarse hacia Yashmeen—. ¿Es tu esposa?

—No tengo esa suerte. —Y los presentó.

Flaco contempló sonriente el vientre de Yash.

—¿Para cuándo?

—En mayo, creo.

—Ven a alojarte con nosotros cuando llegue. Mejor para ti, para el bebé y sobre todo para el padre.

—Aquí está el hombre en persona —dijo Cyprian con toda la alegría de que fue capaz.

Reef fue felicitado y convidado a quedarse con Flaco y su familia, que tenían una pequeña granja de rosas cerca de Kazanlâk, en el corazón del Rozovata Dolina, o Valle de las Rosas. Cyprian, que había estado habitando en un mapa personal de escala uno a uno de la Península desde que llegaron, se puso alerta al instante. El Valle se extendía de este a oeste, entre los Montes Balcanes y la Sredna Gora, y ciertamente era un lugar tan probable como cualquier otro donde buscar el *Interdikt*.

Esperó el momento idóneo para abordar la cuestión con Flaco.

—¿Habéis notado algo raro por ahí fuera?

Posiblemente con una vaga idea de la profesión de Cyprian:

—Es interesante que lo preguntes. Hemos visto gente que no debería andar por ahí. Alemanes, creemos. —Se interrumpió antes de mirar directamente a Cyprian y añadir—: Traen maquinaria.

—Pero no maquinaria agrícola.

—Alguna parece eléctrica. También militar. Dínamos, largos cables negros que entierran. Nadie quiere desenterrarlos para ver qué son, aunque corrieron rumores de que algunos *mutri* locales tenían pensado ir a robar lo que pudieran y llevarlo a Petrich, en la frontera con Macedonia, donde puede venderse casi todo. En algún punto entre Plovdiv y Petrich, desaparecieron junto con lo que llevaran. No se los ha vuelto a ver. En el mundo de la delincuencia en Bulgaria, estas cosas suelen tenerse en cuenta, y se toman las medidas apropiadas, pero en este caso al día siguiente todo se olvidó. Es la primera vez que alguien ve a esa gente asustarse por algo.

- ¿Crees que sería muy difícil echar un vistazo sin que nadie lo supiera?
—Puedo enseñártelo yo mismo.
—¿No tienes miedo?
—Tú verás si hay algo de lo que tener miedo o no.

Pese a saber desde el principio que sucedería en algún momento del viaje, cuando anunciaron que había llegado la hora de marcharse, el Profesor Sleepcoat se mostró desolado.

—Debería haberme dado cuenta de que no tenía que salir esta vez —gruñó—. Es como el juego de las sillas musicales. Salvo que la música se paró hace dos años.

—Mantendremos el oído alerta, tal vez encontremos material lido —prometió Yashmeen.

—Tal vez ya no exista. Tal vez haya desaparecido para siempre. Tal vez ese hueco en el contínuum musical, ese silencio, sea el primer anuncio de algo espantoso, de lo que ese silencio estructural sólo sea una inofensiva metáfora.

—¿Contará en Yz-les-Bains que nosotros...?

—Es parte de mi cometido. Pero os echaré de menos.

Incluso para los autóctonos, acostumbrados a idiotas charlatanes del norte y del oeste con atuendo de turista, los tres parecían seriamente apasionados, como si se comportaran no como querían sino como debían, en respuesta a las silenciosas voces del deber. ¿Quién podía saber, al encontrarlos en cualquiera de aquellos pueblos de las colinas, subiendo, descendiendo, sin dar un paso en terreno llano, pensando en la siguiente comida sólo cuando debían hacerlo, las caras ensombrecidas por las alas de los sombreros de paja urdida, visibles desde los lados o por debajo a la luz del sol que reflejaban los antiguos adoquines o la tierra abrasada, en regiones que con demasiada frecuencia presentaban resonancias angélicas..., qué andaban haciendo por ahí tan tarde, a una hora tan avanzada ya de la historia, cuando hacía tanto que todos los demás habían regresado, se habían retirado o volvían a estar inmersos en las ásperas certidumbres que sus tierras, más al oeste, estaban preparando o ya habían preparado...?

La granja de Flaco, por lo que Reef dedujo tras un rápido examen que a esas alturas ya hacía sin pensar, disfrutaba de una buena posición estratégica, en un pequeño valle, con un arroyo que corría desde la Sredna Gora bordeado por otras pequeñas granjas, cada una con su propio perro asesino, no muy lejos de una carretera que se desplegaba en curvas lentas, salpicada de vez en cuando con un árbol y su sombra, y había gansos por todas partes, que se movían junto a la carretera o escapaban de las emboscadas siseando y graznando, mientras que el tráfico que pasaba podía verse fácilmente a kilómetros de distancia, la mayor parte formado por

carretas de las granjas y jinetes uniformados o irregulares, todos los cuales llevaban como mínimo un rifle, todos ellos conocidos de la zona, que se llamaban entre sí por sus diminutivos.

La granja era un hervidero de niños, aunque cuando Cyprian los contaba, nunca veía más de dos. Su madre, Zhivka, tenía buena mano con las rosas, y mantenía una parcela en la parte de atrás de la casa donde realizaba experimentos de hibridación, que había empezado hacía años cruzando *R. damascena* con *R. alba*. Tenía nombres para todas, les hablaba y al cabo de un tiempo, cuando la luna y el viento eran favorables, Cyprian oía que le respondían.

—En búlgaro, claro, así que no entendí nada.

—¿Quieres contarme algo? —murmuró Yashmeen, enorme como una barcaza, tras haber pasado un día incómodo.

—Estaban hablando de ti y del bebé. Según parece será niña.

—Sí, ésta es una bonita maceta, espera un momento, no te muevas mucho...

A medida que se acercaba el momento, las mujeres de las granjas vecinas se acercaban más a Yashmeen, mientras Reef salía en busca de la diversión que hubiera en esas regiones y Cyprian se contentaba con las iglesias, los rosales de dos metros de alto, las largas puestas de sol, la noche de un azul acerado. Los hombres lo evitaban. Cyprian se preguntó si, en un trance que ya no recordaba, habría ofendido a alguno, quizá mortalmente. No se trataba, de eso estaba seguro —y tal vez fuera lo único de lo que podía estar seguro—, de que la severidad dibujada en los rostros que se volvían hacia él no fuera la del deseo. Ésa era una ilusión cuyo consuelo ya no se permitía en las que a veces parecían ser sus últimas horas. Además, le importaba un pimiento. Había dejado de buscar compañía erótica. Otra cosa, tal vez, pero follar con desconocidos ya no le preocupaba mucho.

El bebé nació durante la cosecha de la rosa, a primera hora de la mañana, cuando las mujeres ya habían regresado de los campos; nació en medio de una fragancia todavía no adulterada por el calor del sol. Desde el primer momento sus ojos se entregaron abiertos y enormes al mundo que la rodeaba. Lo que Cyprian había imaginado como terrorífico o, en el mejor de los casos, repugnante, resultó ser a la hora de la verdad irresistible, con Reef y él a cada lado de la antigua cama, cada uno sosteniendo una mano de Yashmeen mientras ella se alzaba para afrontar las oleadas de dolor, a pesar de las mujeres que murmuraban y querían a los hombres fuera de allí. En el infierno, si podía ser.

La placenta acabó en la tierra bajo un rosal joven. Yashmeen llamó Ljubica al bebé. Avanzada la jornada, entregó su hija a los hombres.

—Tened. Quedáosla un rato. Se dormirá.

Reef sostuvo cuidadosamente a la recién nacida, como recordaba haber sostenido a Jesse la primera vez, cambiando de pie de apoyo y moviéndose con cautela por la

pequeña habitación, ladeando la cabeza ante la inclinación del techo, y al poco se la pasó a Cyprian, que la tomó con sumo cuidado, sorprendido de lo bien que se ajustaba a sus manos la levedad de la criatura, casi levitando, pero más aún le sorprendió la familiaridad del gesto, como si eso ya hubiera sucedido incontables veces. No se atrevía a decirlo en voz alta. Pero por un breve instante sintió una especie de certidumbre, extraída a una oscuridad exterior, como si se llenara un espacio que él no había sabido definir hasta entonces, antes de que ella estuviera allí, la diminuta Ljubica dormida.

Sus pezones se pusieron de repente especialmente sensibles, y se sintió desbordado por una oleada de sentimientos, un deseo de que ella se alimentara de su pecho. Respiró hondo.

—Tengo un... —susurró—, un... —Estaba seguro—. La conocí antes, previamente, tal vez en esa otra vida fue ella la que me cuidó, y ahora el equilibrio se restaura...

—Oh, le das demasiadas vueltas a todo —dijo Yashmeen—, como siempre.

Durante buena parte de ese verano, Reef y Cyprian estuvieron buscando el esquivo «campo de minas austriaco». Pasaban por parcelas de tabaco y campos de girasoles, lilas silvestres en flor, gansos graznando, calles de pueblos. Perros peludos se les acercaban corriendo desde los pastos de ovejas, ladrando como homicidas. A veces Yashmeen los acompañaba, pero cada vez con mayor frecuencia se quedaba en la granja, ayudando en los quehaceres cotidianos, al lado de Ljubica.

Cuando las rosas estuvieron recogidas y Flaco Gabrovo tuvo por fin tiempo, cumplió su palabra y llevó a Reef y a Cyprian hasta un promontorio, azotado por el viento, que dominaba una llanura sin árboles. Junto a una pequeña cabaña se elevaba una torre de treinta metros de altura que sostenía una antena de hierro negra y toroidal.

—Esto no estaba aquí antes —dijo Flaco.

—Me parece que es uno de los aparatos de Tesla —dijo Reef—. Mi hermano trabajaba en eso.

Dentro de la cabaña de transmisión había un par de operadores con la oreja casi pegada a los altavoces, escuchando atentamente lo que al principio parecían sobre todo parásitos atmosféricos. Pero, cuanto más escuchaban los visitantes, más les parecía oír de vez en cuando palabras en varios idiomas, entre ellos el inglés. Cyprian negó con la cabeza, sonriendo si no con incredulidad sí en una educada tentativa de no ofender.

—Está bien —dijo uno de los operadores—. Muchos en la profesión creen que son voces de los muertos. Hasta Edison y Marconi creían que el sistema inalámbrico sintónico podía llegar a desarrollarse como un medio de comunicación con los espíritus de los difuntos.

Reef pensó inmediatamente en Webb, y en la sesión de espiritismo en Suiza, y en sus comentarios jocosos a Kit acerca de telefonar a los muertos.

Desde fuera llegó un estruendo mecánico.

—Motocicletas —dijo Cyprian—, a juzgar por la vibración. Iré a echar un vistazo, ¿os parece?

Seis o siete motoristas en trajes de faena de cuero a los que el tiempo y el terreno no había hecho sino darles más estilo, montando motocicletas de cuatro cilindros trucadas: los identificó de inmediato como miembros de la unidad de élite «para el acecho» de Derrick Theign, el RRAYO, a los que había visto por última vez en la estación de Trieste.

—¿Eres tú, Latewood? —Detrás de unos anteojos ahumados, Cyprian reconoció a Mihály Vámos, un antiguo as de la escalada en el circuito húngaro. Habían pasado algún tiempo juntos en Venecia, el suficiente, esperaba, bebiendo hasta avanzada la noche, ayudándose a salir del inesperado canal, paseando por los pequeños puentes a la luz de la luna, fumando, intentando decidir qué hacer con Theign.

—*Szia, haver* —Cyprian asintió—. Lleváis unas máquinas muy bonitas últimamente.

Vámos sonrió.

—No como aquellas pequeñas Puch que nos hacían montar al principio. Gangas de un intermediario Habsburgo amigo de Theign, se averiaban cada dos por tres. Estas nuevas son FN, modelos experimentales, ligeras, duras, rápidas. Mucho mejores.

—¿La fábrica de armas belga?

—Oh, claro, son armas. —Miró a Cyprian—. Me alegra ver que todavía andas por ahí buscándote problemas. Ciertamente te estamos agradecidos.

—¿Por...?

Vámos se rió.

—No recibimos noticias muy detalladas de lo que le pasó a Theign. Un día dejaron de llegar mensajes del puesto de Venecia y desde entonces hemos estado actuando de manera independiente. Pero según parece nos hiciste un favor a todos.

Cyprian le ofreció un cigarrillo local y ambos se encendieron el suyo.

—Pero ¿todavía sigues en tu cargo aquí? ¿Y si empezara la lucha? ¿Cómo puede esperarse que yendo solo...?

Vámos hizo un gesto hacia el transmisor de Tesla.

—El Ministerio de la Guerra mantiene instalaciones de recepción en la costa de Sussex y enlaces por cable con Londres. Creíamos que tú estarías allí a estas alturas, de vuelta en Inglaterra, feliz y a salvo, bebiendo té en algún jardín. ¿Quién en sus cabales querría andar por aquí?

Parecía inútil no sacar el tema del *Interdikt*. Sin dar nombres ni fechas, Cyprian le hizo a Vámos un rápido resumen de lo que había estado haciendo.

—Ah, eso. —Vámos se quitó los anteojos y se los limpió en la camisa mientras fingía mirar atentamente el cielo—. Por aquí lo llaman el *Zabraneno*. Quienquiera que lo instalara, el caso es que ya no pertenece a nadie; los alemanes y los austriacos se han desentendido y fingen que no saben nada, la gente de la región está aterrorizada, los turcos envían sus sondeadores cada mes aproximadamente, creyendo que es como la Gran Muralla China, levantada para impedir que ellos invadan la región. Los británicos, como siempre, se muestran contradictorios con respecto a su utilidad. Ninguno de nosotros sabe cómo desmantelarlo, así que lo mejor que podemos hacer es esperar, mandar patrullas, de este a oeste, de oeste a este, cuidar de que nadie lo ponga en marcha por accidente.

—¿Y alguna vez ha...?

Vámos adoptó una expresión desacostumbradamente solemne.

—Se comporta como si estuviera vivo. Sabe cuándo alguien se acerca y toma medidas para protegerse. De cualquiera que pase de cierto radio. Nosotros hemos aprendido a entrar, pero para lo que nos sirve... Supongo que querrás verlo.

Flaco Gabrovo recordó que tenía una cita con un representante de una fábrica de esencia de rosas de Filópolis, y se marchó tras disculparse. Cyprian y Reef se subieron cada uno detrás de uno de los motoristas del RRAYO, que los condujeron rugiendo a través de las faldas de las colinas de la Sredna Gora, entre árboles recubiertos de hiedra, un siniestro tapiz de criaturas verdes encorvadas y encapuchadas que tenían algo de animales familiares pero estaban deformados, eran irreconocibles e intranquilizadores, y parecían observar a los motoristas, a sólo un aliento de descubrir sus rostros de debajo de sus capuchas verdes oscuras...

Y arrastrándose por las lindes..., o de hecho saliendo y entrando laboriosamente como la lanzadera de un telar por toda la urdimbre del campo de visión, extendiéndose por los hilos invisibles y cruzados en los que todo lo que existe se despliega, Cyprian, bajo el viento poco amable, con los dientes recubiertos de una amplia variedad de insectos vivos, presenciaba distorsiones, desplazamientos, rotaciones... Ahí había algo más, a punto de aparecer, algo que, comprendió, siempre había estado ahí, pero a lo que él no había sido receptivo...

—Pararemos aquí —dijo Mihály Vámos— y seguiremos andando, con cuidado.

En fila india, avanzando en zigzag, como si contaran los pasos, se acercaron a una larga estructura de cemento erosionado, llamativamente oscuro en este desacostumbrado frío estival, una repetición de elementos que en su totalidad estaban lúgubrementemente dispuestos en la misma dirección, como si esperaran a intrusos desconocidos pero no por ello merecedores de misericordia.

Vámos los llevó a una especie de casamata ampliada, construida no hacía mucho pero que ya empezaba a herrumbrarse. Dentro, en las sombras ocreas de la tarde, comunicados desgarrados que en el pasado habían voceado urgencias seguían sujetos a un antiguo tablón de anuncios enmarcado, aunque muchos ya se habían caído y habían ido a parar a los rincones. Los túneles conducían al interior de una oscuridad

de piedra, hacia estructuras contiguas que no estaban indicadas, y se extendían a lo largo de kilómetros en lo que se anunciaba con toda claridad como una inmensa barrera fortificada.

En un almacén encontraron cientos de bombonas nuevecitas, sin rastro de polvo, todas con la etiqueta fosgeno.

—Son de verdad —dijo Vámos—. El fosgeno ya ha dejado de ser exótico, hay plantas que lo producen por todas partes, no es más que cloro y monóxido de carbono. Con acceso a la suficiente corriente eléctrica, es fácil producir cloro a partir del agua salada, y el monóxido de carbono puede recuperarse a partir de casi cualquier proceso de combustión. Los expones ambos a la luz, y ya tienes fosgeno.

—Nacido de la luz —dijo Cyprian como si estuviera a punto de entender algo.

—Parece que, después de todo, ésta no es un arma de gas —dijo el *motoros*—. «Fosgeno» es en realidad una palabra en código para luz. Aquí hemos aprendido que es la luz el verdadero agente destructivo. Aparte de eso, los creadores del *Zabraneno* se han movido en el mayor de los secretismos, aunque los pocos trabajos teóricos publicados parecen ser alemanes, y se remontan a los primeros estudios sobre el alumbrado urbano; sin embargo, por entonces le dedicaban gran atención al Éter, utilizando como modelo las ondas de choque que atraviesan el aire en una explosión convencional, buscando métodos similares para intensificar localmente la presión de la luz en el Éter... Por la experiencia militar con proyectores, se sabía con qué eficacia una luz de esa potencia podía producir desconcierto y miedo. El paso siguiente era encontrar un modo para proyectarla como una corriente de energía destructiva.

—El miedo en una forma letal —dijo Cyprian—. Y si todas estas unidades, a lo largo de esta línea, explotaran a la vez...

—Una gran cascada de ceguera y terror que arrasaría el corazón de la Península Balcánica. Jamás ha sucedido nada igual. La fotometría es todavía demasiado primitiva para que alguien sepa cuánta luz se desplegaría o lo intensa que sería..., se situaría en torno a varios millones de candelas por pulgada cuadrada, pero sólo son suposiciones, expresiones de pánico militar en realidad.

—Dios —dijo Reef.

—Puede que no.

Flaco había mencionado unos cables negros.

—Pero por aquí no veo ninguna fuente de luz.

La mirada que recibió de Vámos no era de las que Cyprian recordaría con tranquilidad.

—Sí. Raro, ¿verdad?

Al salir, Vámos dijo:

—¿Es esto lo que te mandó buscar tu gente?

—No dijeron nada de códigos —dijo Cyprian con una furia contenida—, más malditos códigos aún.

Los motoristas los dejaron en un cruce de carreteras cerca de Shipka.

—*Sok szerencsét, Latewood* —dijo Vámos asintiendo. Según el protocolo de estas situaciones, puede que sobre todo en Tracia, uno no se daba la vuelta a mirar. Al poco, el ruido de los motores se había desvanecido y el viento reanudó su aleteo.

—¿Qué vamos a decirle a Yash? —se preguntó Reef.

—Que no pudimos encontrarlo. Fingiremos que seguimos buscando por un tiempo, pero en las direcciones equivocadas. Debemos mantenerla a ella y al bebé lejos de esto, Reef. En algún momento, diremos que la misión es un fracaso y volveremos a...

—¿Has perdido el hilo, colega? —preguntó Reef al cabo de un rato.

—Me estaba preguntando qué le diremos a la gente de Ratty. Ellos tienen una impresión más que equivocada de lo que está pasando, ¿no?

—Suponiendo que esos chicos de las motocicletas nos hayan contado «la verdad verdadera».

—Ahora son los guardianes de la cosa. Ya puestos, de todo este triste e incomprensible caos balcánico. No quieren la misión, pero la tienen. No quiero creerles, pero les creo.

A partir de entonces, en los momentos en que no tenía ninguna ocupación urgente, Cyprian se encontraba esperando de repente un inmenso estallido de luz, tóxica e implacable, que despojaría el cielo de todo detalle, una imagen de la que ni siquiera se libraba en sueños.

Cuando reanudaron la marcha, a Reef le encantó ver lo fácilmente que se adaptaba el bebé al viaje. Ljubica lloraba por las mismas razones que cualquier otro bebé, pero no más, como si conociera su destino de nómada y no viera motivos para oponer resistencia alguna. En cuanto aprendía a asir un determinado objeto, lo primero que hacía era tirarlo. Aunque era algo que Reef necesitaba y no necesitaba precisamente entonces, la niña le recordaba a su hijo Jesse en Colorado.

—Te estás comportando como si fuera tu segunda oportunidad —dijo Yashmeen.

—¿Qué tiene de malo?

—El que te creas con derecho a tenerla.

«¿Y quién dice que no lo tenga?», estuvo a punto de espetarle, pero se lo pensó mejor.

Se dirigían al este, hacia el Mar Negro, con una vaga idea de establecerse en Varna, para así reanudar la antigua vida de balneario, y ganarse unos cuantos leva con un poco de juego tranquilo y demás, siempre que se lo permitiera el bebé.

—Alguien dijo que el palacio de verano del Rey está allí.

—Y...

—Todavía es verano, ¿no? Cuando el Rey está en la ciudad, siempre hay moscas, ¿no lo sabías?, es un antiguo proverbio.

El tema del *Interdikt* no había vuelto a surgir. El nacimiento de Ljubica había situado la cuestión, al menos para Yashmeen, muy abajo en su lista de prioridades. El que tampoco ninguno de los dos hombres sacara el tema le indicaba que tal vez todos pensarán lo mismo. Hasta un neurólogo aficionado que los observara en ese momento habría diagnosticado una *folie à trois* posparto. El resto del mundo buscaba dónde refugiarse, los sueños de los burgueses y de los trabajadores adoptaban formas terribles, todos los profetas coincidían en que se aproximaba la tormenta... ¿en qué estarían pensando estos tres? Y, por si fuera poco, con un bebé al que cuidar. Menudos irresponsables, por no decir completamente hebefrénicos.

Había una carretera en perfecto estado que llevaba hasta el mar, pero por alguna razón no podían seguirla. Así que continuaron ascendiendo, adentrándose en los Montes Balcanes, incluso volvieron sobre sus pasos hacia el oeste, como si obedecieran ciegamente a una brújula fatalmente sensible a las anomalías.

A ciertas horas del mediodía, ramas de pino con oscuras vetas de sombras se alzaban temblorosas hacia ellos como los brazos de los muertos incontables, no tanto suplicando como exigiendo, casi amenazando. Los pájaros de la región no cantaban desde hacía generaciones, de hecho nadie que estuviera vivo recordaba un tiempo en el que hubieran cantado, y esos cielos pertenecían ahora a las rapaces. El país estaba bien preparado para lo que no tardaría en abatirse sobre él.

Muy por encima de los tejados de teja roja de Sliven, tras ascender entre nubes de mariposas curiosas por conocer el estatus de Ljubica, que ella hacía lo posible por explicarles, salieron a una extraña formación abovedada de piedra de unos ocho metros de alto, y en cuanto la vio, Ljubica se puso como loca, agitó brazos y piernas y empezó a hablar en su idioma.

—Claro —dijo Reef—, vayamos a echar un vistazo.

La acurrucó en un brazo y junto a Yashmeen se encaminó a la formación rocosa; Ljubica empezó a mirar hacia arriba y hacia fuera cuando pasaban por debajo. Al volver encontraron a Cyprian charlando y fumando con un par de chicos que holgazaneaban por allí.

—¿El arco bajo el que habéis pasado? Lo llaman *Halkata*. El Anillo.

Ella creyó reconocer el tono de la voz de Cyprian.

—Oh, no, otra maldición local. Lo que nos faltaba. —Pero él la miraba fijamente, sin ganas de hablar, con los ojos encendidos—. Cyprian...

—Si pasas por debajo con alguien, los dos, o todos, por lo que parece, estaréis enamorados para siempre. Tal vez sea tu idea de una maldición, pero no la mía.

—Entonces, vamos. Es tu turno.

Apenas pudo conseguir que su sonrisa no pareciera triste.

—Y cualquiera que pase por la arcada solo, según mis informantes aquí presentes, cambia de sexo. No sé en qué situación me dejaría, Yashmeen. Tal vez no me haga demasiada falta tal confusión. La última vez que estuve aquí —prosiguió más tarde aquella noche, en Sliven, en una habitación que habían tomado para pasar la noche en

una casa antigua junto a Ulitsa Rakovski—, tuve que reprimir mis impulsos durante la estancia, pues las expectativas balcánicas sobre el sexo son un tanto, cómo diría, radicales. Detalles que uno sencillamente habría pasado por alto en Cambridge o Viena requerían aquí la más apremiante atención, y tuve que adaptarme rápidamente. Imagina mi posterior sorpresa cuando descubrí que eran las mujeres, que parecían no tener ningún poder, las que en realidad manejaban el cotarro. ¿Qué significaba eso, entonces, para la lealtad de alguien a ambos sexos a la vez?

—Ay, Dios. —Y Ljubica también se reía. Reef había salido a tomar algo a una *krâchma*. Yashmeen y Cyprian se miraban con parte del antiguo, ya «antiguo», temblor especulativo.

Un día, en las alturas de los Montes Balcanes, desafiando a los depredadores de los cielos, oyeron por primera vez el canto de un pájaro, una especie de tordo búlgaro, que cantaba en escalas modales, atento al tono, a veces durante minutos seguidos. Ljubica escuchaba atentamente, como si reconociera un mensaje. De repente asomó la cabeza fuera del chal de ganchillo con el que Cyprian la cubría y miró hacia arriba y hacia atrás. Siguieron su mirada hasta un antiguo edificio, destruido y reconstruido más de una vez a lo largo de los siglos, erigido sobre un profundo cañón, al que parecía imposible llegar a través de los rápidos del río y las escarpadas paredes de roca pelada. Al principio ni siquiera estaban seguros de qué estaban viendo debido a las cambiantes cortinas de bruma lanzadas hacia arriba por la estruendosa colisión de agua y roca.

—Tenemos que volver atrás —le pareció a Reef—, subir hasta la cima e intentar llegar descendiendo.

—Me parece que veo un acceso —dijo Cyprian.

Los condujo por una madeja de caminos de cabras. Aquí y allá habían tallado escalones en la piedra. Al poco, audibles por encima del rugido hirviente que sonaba a sus pies, les llegaron unas voces corales, y entonces encontraron un sendero, despejado de maleza y de los restos de rocas caídas, que ascendía a la luz lentamente declinante hacia un oscuro arco de musgo por encima de ellos, bajo el cual se veía una figura con túnica de monje y las manos extendidas, las palmas hacia arriba, como si presentara una ofrenda invisible.

Reef había sacado un paquete de Byal Sredets y le ofreció al monje, que extendió un dedo y luego, preguntando con las cejas, otro, y tomó dos cigarrillos, sonriendo.

—*Zdrave* —le saludó Cyprian—, *kakvo ima?*

Recibió una larga y fija mirada de valoración. Por fin el hombre habló con un inglés de acento universitario:

—Bienvenidos a casa.

El convento pertenecía a una secta que descendía de los antiguos bogomilos que no abrazaron la Iglesia de Roma en 1650, como la mayoría de los demás *Pavlikeni*, sino que optaron por pasar a la clandestinidad. A lo largo de los siglos, a su fe particular se le habían sumado elementos más antiguos, más nocturnos, que se remontaban, se decía, al semidiós tracio Orfeo y a la época de su desmembramiento, que se había producido no lejos de allí, a orillas del río Hebrus, conocido hoy día como Maritza. Los rasgos maniqueos se habían acentuado, y quienes se refugiaban ahí vivían perseguidos por la inflexible doblez de todas las cosas. Parte de la disciplina de los postulantes consistía en permanecer intensamente consciente, en todo momento del día, de las casi insoportables condiciones de la lucha cósmica que ineludiblemente, libraban la oscuridad y la luz detrás del mundo visible.

Yashmeen, en la cena de esa noche, soltó un discreto grito de reconocimiento al ver la prohibición vigente en el convento de comer judías, una norma de la dieta pitagórica que, recordaba, también se observaba en el CRETINO. Al poco, pudo descubrir más *akousmata* pitagóricas, lo que indicaba claramente un origen común. Tampoco le pasó por alto que el hegumeno, padre Ponko, llevaba el Tetractis tatuado en la cabeza.

Él estaba más que dispuesto a hablar de la Orden.

—En cierto momento, Orfeo, que nunca se sintió cómodo con las historias que no pudieran cantarse, cambió de identidad, o se fundió lentamente con otro semidiós, Zalmoxis, que en Tracia se tenía por el único Dios verdadero. Según Herodoto, que lo oyó de griegos que vivían cerca del Mar Negro, Zalmoxis había sido un esclavo del propio Pitágoras que, tras recibir su libertad, se dedicó a amasar una gran fortuna, regresó aquí, a Tracia, y se convirtió en un magnífico profesor de la doctrina pitagórica.

Había un icono de Zalmoxis en la iglesia, donde Yashmeen y Reef encontraron a Cyprian después del servicio vespertino, arrodillado en el suelo de piedra, ante el iconostasio tallado, mirándolo fijamente como si fuera una pantalla de cine donde desfilaran las imágenes y las historias se desplegaran, y él debiera seguirlas. Rostros sin sombra de Zalmoxis y los santos. Y, tal vez, en un segundo vistazo, un descubrimiento de lo que había más allá de la luz, de lo que yacía dentro de la misma madera, de lo que se tenía el deber de liberar...

Yashmeen se arrodilló a su lado. Reef se quedó de pie cerca, sosteniendo y acunando despacio a Ljubica. Al cabo de un momento, Cyprian pareció volver a la luz ordinaria de las velas.

—Sí que pareces devota. —Cyprian sonrió.

—Ah, me estás tomando el pelo.

Él se encogió de hombros.

—Sólo estoy sorprendido.

—De encontrarme en un lugar sagrado. Yo, tan trivial, tan marujil. ¿Te has olvidado de la iglesia de Krâstova Gora, donde me enteré no sólo de que mi bebé sería niña, sino de exactamente cómo sería su cara? Me arrodillé y recibí eso, Cyprian, y ruego que tú llegues a experimentar alguna vez un momento de iluminación remotamente parecido.

Se levantaron y salieron del nártex, los tres, con Ljubica, al aroma del mirto en el crepúsculo más profundo.

—Cuando os vayáis —dijo Cyprian con tranquilidad—, no os acompañaré.

Al principio, ella no captó la calma de su voz, creyó que sólo estaba enfadado, y estaba a punto de preguntarle qué le había hecho, cuando él añadió:

—Tengo que quedarme aquí, eso es todo.

Aunque no osó decir nada, Yashmeen ya sabía que aquello sucedería. Había empezado a sentir que Cyprian se iría ya desde su gira por los casinos franceses, como si él hubiera descubierto un camino de vuelta, no una reversión a nada conocido, sino un modo de recuperar una vida que podía haber olvidado o cuya existencia hubiera pasado por alto, y que le estaba esperando; y Yashmeen había acabado entendiendo poco a poco que no podría acompañarle allá donde fuera, y observó con impotencia cómo cada día la distancia se agrandaba un poco más. A pesar de sus esperanzas más temerarias. Si él hubiera estado gravemente enfermo, al menos ella lo habría reconocido y cumplido con su deber para con él, pero esa lenta partida, como si se alejara en las ciénagas del Tiempo, entre la miasma hedionda, entre olores que iban directamente a la parte más antigua del cerebro, invocando recuerdos más remotos que su presente encarnación, había empezado, mucho antes de la llegada de Ljubica, a abrumarla.

—Podría ser —dijo Cyprian todo lo amablemente que creyó necesario— que Dios no siempre nos exija que vaguemos por ahí. Podría ser que a veces se dé una... ¿dirías una «convergencia» a una especie de tranquilidad, no sólo en el espacio sino también en el Tiempo?

Amable o no, Yashmeen se tomó el comentario como un reproche personal. Su condición de apátrida se había desplegado para ella como un cielo desde el alba hasta el fin del día, sin sombras, un vagabundeo en el que ella sólo consideraría su hogar la red de espíritus comprensivos que habían excavado espacios bajo sus propias precarias moradas para acogerla por un par de noches. Que no siempre estarían ahí cuando los necesitara.

Por su parte, Reef pensaba que Cyprian tan sólo había descubierto una nueva forma de dar la nota, y que pronto se dedicaría a otra cosa.

—Así que estás pensando en hacerte monja. Y... ¿no se supone que te tendrían que cortar algo?, no sé...

—Me aceptan tal como soy —dijo Cyprian—; se acabaron para siempre esas agotadoras cuestiones de sexo.

—Eres libre —conjeturó Yashmeen.

Cyprian se disculpó.

—Sé que contabas conmigo. Aunque sólo fuera como masa corporal, otro árbol en el cortavientos. Me siento como si acabara de caerme y te dejara al descubierto...

—Sabes que eres muy listo —dijo Reef—, es difícil creer nada de lo que dices.

—Otro vicio británico. Eso también lo siento.

—Bueno, no puedes quedarte aquí. Mierda, sé Bernadette de Lourdes si quieres, pero no aquí. Ya sé que es tu parcela particular, pero, por lo que más quieras, echa un vistazo alrededor. Se va a armar una buena, mi intuición nunca me engaña en eso. No es nada telepático sino profesional. Se ven malditos Mannlicher por todas partes.

—Oh, no habrá ninguna guerra.

Cualquiera de ellos podría haber dicho: «Pero ¿es que no ves que es imposible defender este lugar, que no hay vías de retirada claras, que no hay forma de escapar?». Cyprian debía de saber a esas alturas lo que pasaba con los conventos en tiempos de guerra. Sobre todo por allí, donde no había habido más que masacres y represalias durante siglos. Pero así era la política balcánica. Aquí eran más importantes otras cuestiones.

—Han adaptado la *σχημα* —explicó Cyprian—, el rito de iniciación ortodoxo, a sus creencias, mucho más antiguas. En la historia órfica del origen del mundo, la Noche precedía a la creación del Universo, era la hija del Caos, los griegos la llamaban *Νυξ* y los tracios antiguos la adoraban como una deidad. Para una postulante de esta orden, la Noche es su prometida, su amada, aunque en realidad uno busca convertirse no en su novia, en absoluto, sino en una especie de sacrificio, de ofrenda a la Noche.

—¿Y a nosotros —Yashmeen hizo una pausa como para dejar que el término «ex amantes» resonara en silencio— se nos permitirá la entrada?, ¿en tu ceremonia?

—Podrían faltar meses, incluso años todavía. En el rito Oriental, le cortan el pelo a la novicia, y luego ella misma se lo teje en una especie de faja que lleva bajo el hábito, alrededor de la cintura, para siempre. Lo cual significa que antes incluso de que me tengan en cuenta como postulante, debo dejar que me crezca el pelo y, dada mi actual medida de cintura, podría requerir cierto tiempo.

—Si te oyeras... —dijo Reef.

—Sí, Cyprian, qué vano, de verdad, se supone que vas a renunciar a todo eso.

Cogió dos puñados de la grasa en cuestión y los contempló con dudas.

—El padre Ponko admite que la norma del largo del pelo no tiene nada que ver con la consagración, sólo sirve para concedernos un margen de tiempo para pensar sobre el paso que vamos a dar, que no lo puede dar cualquiera.

—Que os corten el pelo no es nada —anunció el hegumeno un día a las postulantes reunidas— comparado con el Voto de Silencio. Hablar, para las mujeres, es una forma de respirar. Renunciar a eso es el mayor sacrificio que puede hacer una mujer. Pronto entraréis en un país que ninguna de vosotras conocéis y pocas podéis imaginar, el reino del silencio. Antes de cruzar esa fatídica frontera, a cada una de

vosotras se os permite una pregunta, una sola. Pensadla bien, hijas mías, y no desperdiciéis esta oportunidad.

Cuando le llegó el turno a Cyprian, se arrodilló y susurró:

—¿Qué es lo que nace de la luz?

El padre Ponko lo observaba con una expresión de pena excepcional, como si hubiera una respuesta que él no podía dar de ninguna manera, a no ser que quisiera provocar el cumplimiento de una profecía espantosa.

—En el siglo XIV —dijo midiendo las palabras— nuestros grandes enemigos eran los hesicastas, unos monjes contemplativos que bien podrían haber sido budistas japoneses: se sentaban en sus celdas a mirarse, literalmente, el ombligo, esperando verse envueltos en una luz gloriosa que, creían, sería la misma que Pedro, Santiago y Juan habían contemplado en la Transfiguración de Cristo en el Monte Tabor. Tal vez se plantearan una pregunta parecida a la tuya, como una especie de *koan*. ¿Qué es lo que nació de esa luz? Curiosamente, si uno lee los relatos del Evangelio, en los tres casos el énfasis no se pone en el exceso de luz sino en su falta, pues la Transfiguración ocurrió, en el mejor de los casos, bajo una peculiar penumbra. «Llegó una nube y los eclipsó», según dice Lucas. Esos *omphalopsychoi* puede que vieran una luz sagrada, pero su vínculo con la Transfiguración es dudoso.

»Ahora tengo que preguntarte a mi vez: cuando algo nace de la luz, ¿qué nos permite ver esa luz?

Resultó, como Yashmeen no tardó en captar, que el padre Ponko abordaba el relato de la Transfiguración según la versión del Antiguo Testamento. Él no se hacía ilusiones con respecto a la religiosidad de ella, pero siempre estaba dispuesto a charlar con los incrédulos.

—¿Conoce la idea de la Shekhinah..., la que mora?

Yashmeen asintió; sus años en el CRETINO le habían proporcionado un conocimiento amplio pero superficial en cabalismo británico.

—Es el aspecto femenino de Dios. —Con los ojos encendidos, le habló del papel trascendental que se le daba en Chunxton Crescent a la carta número II de los Arcanos Mayores del Tarot, conocida como La Papisa, y de las debutantes de Mayfair que se presentaban allí los sábados por la noche con velos y peculiares tocados sin tener la menor idea de lo que aquello significaba—. Algunos creían que tenía que ver con el movimiento de las sufragistas y hablaban en términos vagos de «igualdad»..., otros, sobre todo hombres, acudían por las implicaciones eróticas de una diosa judeocristiana, y esperaban orgías, azotes, atavíos de color negro brillante y demás, así que para ellos todo se desvanecía en una especie de bruma masturbatoria.

—Siempre se corre ese riesgo —convino el padre Ponko—. Cuando Dios oculta su rostro, se dice que «se lleva» la Shekhinah. Porque es ella la que refleja su luz, es la Luna de su Sol. Nadie puede resistir la luz pura, ni, menos aún, verla. Sin que ella la refleje, Dios es invisible. Ella resulta esencial para que él pueda hacer algo en el mundo.

Desde la capilla llegaron voces que cantaban lo que el hegumeno había identificado como un *canone* de Cosme de Jerusalén, que databa del siglo VIII. Yashmeen se quedó muy quieta en el patio, como esperando a que pasara un ligero vértigo, si bien ya sabía que ese vértigo era hasta cierto punto inherente a aquel lugar, una condición de residencia. Ella reconocía ahí que lo que el CRETINO siempre había pretendido ser no era más que un pobre esbozo teatral.

—Hábleme del reflejo —se oyó murmurar a sí misma.

El tiempo presente le parecía cada día menos accesible, mientras las postulantes rodeaban a Cyprian y él se alejaba cada vez más de ella, como arrastrado por una ola que pasara a través de algún medio invisible e imponderable... Y Ljubica, que contemplaba la vida cotidiana del convento como si supiera exactamente qué estaba pasando, que se había quedado dormida incontables veces con uno de sus dedos alrededor de un dedo de Cyprian, ahora tenía que buscar otros modos de volver a lo que ella recordaba de los reinos de lo todavía-no-creado.

El hegumeno parecía conocerla de una anterior metempsicosis.

—El planeta con luna —dijo el hegumeno—, el electrón planetario. Si la autosemejanza resulta ser una propiedad integrada en el universo, tal vez el sueño sea, después de todo, una forma de muerte, repetida con frecuencia diaria en lugar de generacional. Y vamos adelante y atrás, como sospechaban los pitagóricos, entrando y saliendo de la muerte como de los sueños, pero mucho más despacio...

Sin recursos para expresar sus sentimientos hacia Cyprian, Reef se dedicó a hacer planes prácticos.

—Estamos pensando en dirigirnos al oeste, a través de las montañas, hasta la costa adriática. ¿Hay aguas termales u hoteles de lujo que nos puedas recomendar?

—Depende de cuán al norte tengáis pensado ir. Yo nunca voy al sur de Montenegro. Oh, pero a lo mejor queréis esto.

Era el Webley-Fosbery del 38 que le había acompañado desde Bosnia.

Reef fingió que lo examinaba con atención.

—Es un bonito hierro. ¿Estás seguro de que no te gustaría quedártelo?

—¿Para qué? Las Novias de la Noche no llevan revólveres reglamentarios en su equipamiento.

—Pues a mí se me ocurren un par de utilidades...

—Pero Reef. —Le puso una mano en el hombro—. Eso es lo que no debes hacer.

Los dos hombres se miraron a los ojos, más tiempo del que ninguno de los dos recordaba haberlo hecho nunca.

Cyprian los acompañó hasta el río. Sobre ellos, las nubes habían empezado a envolver el convento y la iglesia, como para negarles la posibilidad de pensárselo dos

veces. La mañana parecía oscurecerse hacia un equivalente balcánico de la Transfiguración.

Ella le pasó a Ljubica a Cyprian, que la sostuvo con toda la ceremonia y la besó ruidosamente en la barriga, como siempre, y, como siempre, la niña chilló.

—No me recuerdes —le aconsejó—. Yo me encargaré de todo el recuerdo. —De vuelta en los brazos de Yash, ella le sonrió con calma, y él supo que sólo le quedaban unos minutos antes de que el arrepentimiento le llevara a cometer un error—. Id con cuidado. Procurad manteneros fuera de Albania.

Como asaltada por un temor antiguo, Yashmeen gritó:

—¡Por favor, no mires atrás!

—No tenía intención.

—Lo digo en serio. No debes mirar. Te lo suplico, Cyprian.

—O él te llevará abajo, quieres decir. Hasta América.

—Siempre con tus chistecitos —dijo Reef con una risa forzada.

Y ninguno de ellos miró atrás, ni siquiera Ljubica.

Y Cyprian fue llevado tras una inmensa puerta sin eco.

Durante días, Reef y Yashmeen se sumieron en la pena por separado, sin poder siquiera hablar de ello. Reef abandonó su búsqueda incansable de posibles garitos, y cuando llegaba la noche y la luz gris caía como ceniza fina, se sentaba con el corazón roto, preferiblemente puertas adentro, junto a una ventana, a veces con la niña en brazos.

—No lo vi venir —dijo Reef por fin—, pero supongo que tú sí.

—No fue por nosotros —dijo ella—. Por nada que hiciéramos. Nada que pudiéramos haber hecho.

—No me vengas con que todo se reduce a «debe de amar a Dios más que a nosotros».

—No, porque no creo que sea así. —Ella ya había empezado a llorar.

—A ver, Dios no suele acercarse a la carrera para morderle el culo a la gente, pero, si lo hiciera, mira...

—Reef. Cyprian nos amaba. Todavía nos ama.

Por alguna razón, ninguno de los dos vio ya motivo alguno para ir a la costa del Mar Negro. Se dieron la vuelta y se encaminaron al oeste. Una noche, Reef se encontró a Yashmeen sentada junto a una pila de ropa de Cyprian que iba a tirar, examinando pieza por pieza, con pena.

—¡Podría simular que soy él para ti! —gritó, aunque no tan alto como para despertar a Ljubica, con una esperanza en la voz tan intensa que él no habría sabido como responder a ella—. Podría ponerme sus camisas, sus pantalones, tú los desgarrarías, me tomarías por el culo y me follarías la boca e imaginarías que él...

—Cariño..., por favor... No voy a hacerlo... —Si quieren que les diga la verdad, a él también estaban a punto de saltársele las lágrimas.

Reef había empezado a abrazarla con una ternura que ella sólo le había visto cuando acunaba a Ljubica. No soy su hija, se quejó, pero lo hizo para sus adentros, incluso mientras se acurrucaba aún más en su abrazo.

Siguieron camino hasta salir de la llanura de Tracia, se adentraron en los montes Ródope y luego en la cordillera de Pirin, que cruzaron hacia Macedonia. Algunos días la luz era inmisericorde. Una luz tan saturada de color, cargada de tal tensión, que no podía aguantarse durante mucho tiempo, como si fuera peligroso estar a campo abierto con una luz como ésa, como si cualquiera expuesto a ella corriera el riesgo de que se lo llevara si no directamente a la muerte sí a una transformación como mínimo grave. Una luz como ésa tenía que recibirse con juicio: demasiada, con demasiada constancia, agotaría el alma. Desplazarse bajo ella sería luchar contra el tiempo, el fluir del día, el momento arbitrariamente asignado de la oscuridad. A veces, Reef se preguntaba si alguien habría desencadenado por fin el *Interdikt*, y si éstos serían sus restos...

A mediados de octubre, tras declarar la guerra a Turquía, divisiones serbias, griegas y búlgaras invadieron Macedonia, y el día 22, los combates entre serbios y turcos eran intensos en los alrededores de Kumanovo, al norte. Mientras tanto, las fuerzas búlgaras presionaban hacia el sur, hacia la frontera turca y, más allá, Adrianópolis.

Y así, cada día presentaba a Reef, Yash y Ljubica una gama más reducida de posibilidades, pues se veían empujados por los movimientos de las fuerzas hacia el oeste y el sur. Corrían rumores por todas partes, una tormenta de rumores espantosos que salían de las reuniones que se realizaban en las esquinas de las calles y los pozos...

—Para impedir esto nos habían mandado aquí —dijo Yashmeen—. Lo que debe de significar que hemos fracasado y la misión ha terminado.

—Ahora la misión es sencillamente salir de aquí —supuso Reef. Empezó a pasarse las mañanas en cualquier *mehana*, encrucijada o lugar de reunión que tuviera a mano, intentando enterarse de todas las noticias que pudiera para decidir cuál era la dirección más segura que tomar—. El problema es que vienen desde todas las direcciones: los serbios desde el norte, los griegos desde el sur, los búlgaros desde el este. Los turcos huyen por todas partes, no debería de prolongarse mucho, pero es un caos.

—Entonces seguimos hacia el oeste.

—Es la única opción. Intentar escabullirnos entre los ejércitos. Luego, si lo conseguimos, ya nos preocuparemos de los albaneses.

Los combates se habían alejado oblicuamente de ellos, desde Filípolis hacia la frontera turca y Adrianópolis. Ellos se desplazaron hacia el sur, en el vacío parcial, por detrás del Segundo Ejército de Ivanov, que se desplegaba a la derecha del avance general.

Entraron en Macedonia. Incluso los cuervos guardaban ahora silencio. Al dirigirse hacia el oeste a través de Strumica y Valandovo, encontraron huertos de granados llenos de refugiados, siguieron más allá hasta el valle del Vardar y entraron en la región vinícola de Tikveš, donde acababa de recogerse la cosecha.

Según los rumores, los serbios habían derrotado a los turcos en Kumanovo, pero no se habían dado prisa en aprovecharse de esa ventaja. El campo estaba lleno de soldados turcos que se habían separado de sus unidades o habían huido, todos con aspecto profundamente desdichado, muchos heridos, algunos a punto de morir. Se decía que ahora el objetivo de los serbios era Monastir, lo cual significaba que habría combates también hacia el oeste.

Reef se dedicó a rapiñar armas allá donde podía, fusiles del ejército y de caza, Mauser y Mannlicher, así como armas de fuego más antiguas, algunas con inscripciones árabes o decoradas con cuerno de alce o marfil de colmillo de oso, munición de todos los calibres, de 6,5 a 11 mm, que en ocasiones encontraba en campamentos abandonados, pero que cada vez con más frecuencia arrebatava a cadáveres que habían empezado a aparecer en número creciente, como inmigrantes en un país donde eran temidos, detestados, implacablemente explotados.

Mientras el paisaje se volvía cada vez más caótico y letal, las corrientes de refugiados se desbordaban. Otra huida precipitada y pavorosa en ocasiones que, en los sueños colectivos, en las leyendas, se deformaría en el recuerdo y se imaginaría posteriormente como peregrinaje o cruzada... El terror oscuro por detrás se transmutaba en una brillante esperanza por delante, y la brillante esperanza se convertiría con el tiempo en un delirio popular, puede que, algún día, nacional. Pero no dejaría de contener, incrustada e invisible, la antigua oscuridad, demasiado espantosa para afrontarla, y que acabaría creciendo y emergiendo disfrazada, vigorosa, perversa, destructiva, inextricable.

—Hay combates justo delante, así que más vale que nos andemos con cuidado —informó Reef.

Cada día los acercaba un poco más al horizonte de lo inimaginable. A esas alturas toda Europa podía estar en guerra. Nadie lo sabía.

Cuando Ljubica oyó sus primeras explosiones desde lo alto de las montañas situadas al noroeste, entre Veles y Prilep, aunque no estaba dormida, pareció

despertarse de la vigilia misma, los ojos se le abrieron de par en par, soltó una carcajada.

—De haberla soltado otro niño —dijo su madre intentando no sentirse demasiado ofendida—, la habría descrito como escandalosa.

—La ha heredado de su abuelo —dijo Reef asintiendo—, es una niña dinamita. Lo lleva en la sangre.

—Me alegra ver que los dos os lo pasáis en grande. ¿Qué tal si intentamos que no nos pille ninguna de esas explosiones?

Se estaba preparando una gran batalla, y Reef, Yash y Ljubica se dirigieron a las zonas de retaguardia. Se unieron a las procesiones que recorrían las llanuras, entre zanja estancadas, carretas de granja empujadas y tiradas por los hijos más jóvenes, llenas hasta los topes de muebles que acabarían quemándose para dar calor a medida que los días se hicieron más fríos y el terreno más elevado, perros enfrascados en interminables negociaciones sobre qué había que vigilar y cuáles eran los objetivos más legítimos, que formaban jaurías para robar ovejas, dispersándose a la llegada del perro pastor del rebaño. Los cañones Krupp resonaban en la lejanía, viejas de las aldeas vagaban por las laderas, las aves de presa patrullaban los cielos con insistencia.

Tras ser derrotados en Kumanovo, tres cuerpos del ejército turco habían huido hacia el sur, hacia la ciudad fortificada de Monastir, uno de los últimos bastiones turcos en Europa, perseguidos por el Primer Ejército Serbio, que tenía órdenes de aniquilarlos. Mientras el Sexto Cuerpo se encaminó directamente a Monastir, el Quinto y el Séptimo se desplegaron en las montañas al norte para combatir e intentar ralentizar a las fuerzas serbias que se acercaban por Kicevo y Prilep. Siguió una fase de combates en las montañas, sobre todo en el Paso de Babuna, por encima de Prilep.

Una mañana se despertaron con las primeras luces en medio de un tiroteo de una intensidad que pocos habían visto y que nadie habría esperado jamás en este anticuado mundo de armas de cerrojo. Entre las frenéticas detonaciones de Mauser contra Mauser, había algo nuevo sobre la Tierra. Ametralladoras, el futuro de la guerra. Ametralladoras Madsen rusas y algunas Rexer montenegrinas. Era la devastación y la caída final del proyecto otomano, de los siglos de Turquía en Europa, las últimas guarniciones caían una tras otra...

—¿Qué es esto? —susurró ella, apretando al bebé contra sí.

—Oh, sólo son unas abejas, cariño —dijo Reef adoptando la sonrisa pícara que, aparentemente, nunca le abandonaba—. Abejorros serbios, cuídate de mantener agachadas tu cabeza y la de la niña.

—Ya. —Ella le siguió la corriente; tampoco es que pudiera hacer otra cosa en ese momento—. Eso es todo. —Ljubica temblaba pero guardaba silencio, como determinada a no llorar.

—Llevas la Webley a mano, ¿no? —intentó no gritar demasiado. Sólo si se acercan mucho, le había dicho él a ella cuando se la dio. De otro modo, estamos a salvo. ¿Se acercarían mucho esa vez?

Los soldados corrían gritando, presas del pánico o del fervor bélico, ya fueran serbios o turcos, nadie iba a sacar la cabeza para mirar.

Obuses Howitzer empezaron a caer cerca. No era un fuego graneado, pero sólo con un obús bastaba.

—En cuanto rectifiquen la línea y la distancia —dijo ella—, tendríamos que abandonar la zona.

—Me parece —dijo Reef— que quieres decir «el alcance y la puntería», cariño.

—Son términos de críquet —explicó ella—. Jugué un poco en Girton hace un millón de años. Mi sueño secreto siempre fue jugar en un equipo de nómadas como I Zingari...

Habían tomado por costumbre hablar con ese aire relajado en los momentos de peligro. Que eso engañara a Ljubica siquiera un momento estaba por ver, pero mantenía ocupados a Reef y a Yash. Como los pasos terribles de un ángel invisible, las explosiones se iban acercando. Los obuses ya eran bien visibles, se elevaban y caían lentamente y a plomo en el otoño monocromo, descendiendo siempre con un alarido silbante y áspero. Finalmente, uno cayó tan cerca que todo el ruido letal de aquel día se concentró en una fracción de segundo, y Ljubica cambió de opinión y empezó a llorar, se soltó de los brazos protectores de su madre y asomó la cara para ver qué era aquello, chillando, no de miedo sino de rabia. Sus padres la contemplaban con aturrida fascinación. Fue un minuto antes de que se dieran cuenta de que el fuego de ametralladora había cesado. Aún se oía artillería, pero ahora mucho más lejos.

—No vas a dejar de darnos sorpresas, ¿verdad? —dijo Reef tomando a Ljubica y besando sus ojos anegados en lágrimas con calculada dulzura—. Se acabaron los abejorros, pequeña. —Cuando todo quedó en silencio, se le ocurrió algo—. Vuelvo enseguida. —Y se marchó en la dirección de la que había venido el fuego de ametralladora. Ljubica arrugó la frente, agitó un brazo y emitió una especie de inquisitivo «¿Ah?».

—Las necesidades de tu padre son sencillas —explicó Yashmeen—, y no me sorprendería que..., vaya, sí, mira, justo lo que pensaba. Mira lo que ha traído papá a casa.

—Un milagro —dijo Reef—, está intacto. —Sostuvo en alto un rifle de aspecto peculiar cuyo cañón parecía mucho más ancho de lo normal, aunque resultó ser una funda perforada para refrescar el arma—. Amigos, les presento el rifle ametrallador Madsen. Llevaba tiempo oyendo hablar de él. Todas las divisiones de caballería rusas acostumbraban a llevar algunos, pero finalmente decidieron deshacerse de ellos y una buena parte fue a parar a este mercado, sobre todo a Montenegro, donde se conocen como Rexer. Fijaos. Quinientos disparos por minuto en automático, y cuando el cañón se calienta demasiado...

Sacó un duplicado del cañón, desmontó retorciendo el primero y lo sustituyó. También se las había apañado para rapiñar varios cargadores semicirculares, cada uno con cuarenta balas.

—Me alegro por ti, claro —dijo Yashmeen.

—Oh, y esto. —En algún lugar en ese campo ceniciento, entre los cadáveres, la sangre, el humo de cordita y los fragmentos de acero, había encontrado una parcelita de flores silvestres, y le entregó a cada una un ramito. Ljubica empezó a comerse el suyo inmediatamente, y Yash se quedó mirando a Reef hasta que se le humedecieron demasiado los ojos, que se enjugó con la manga.

—Gracias. Deberíamos ponernos en marcha.

De vez en cuando, a lo largo de las semanas siguientes, se preguntarían, aunque sin encontrar nunca el momento de sentarse y aclararlo, si la dispensa que habían sentido cuando Cyprian estaba con ellos, la libertad para actuar de manera extraordinaria, se debía a que estaban viviendo en un mundo a punto de abrazar su final, más cerca de la libertad del suicida que de la del espíritu indómito.

El invierno se les echaba encima. La guerra imprevisible por todas partes. Se refugiaban a menudo en los chamizos de los sarakatsàni, porque eran estas gentes sin país, sin ciudad natal, sin domicilio fijo, los nómadas de la Península, quienes velaban por ellos, quienes compartían su propia comida, su tabaco, su espacio para dormir. Yashmeen les daba tarros de confitura de rosa que Zhivka les había preparado, milagrosamente llegados hasta allí sin haberse roto, y ellos le regalaron un artilugio de madera para llevar bebés que podía sujetarse a la espalda, tarea en la que se turnaban ella y Reef, que había empezado a llamar a Ljubica «la indita». Ljubica iba subida allí como en una atalaya, llamando la atención de sus padres hacia jinetes, perros pastores y ovejas, gotas de lluvia..., el obstinado acompañamiento de la caballería y la artillería de campaña, a los lados, por detrás. Al final llegaron al Paso de Bukovo y bajaron a la ciudad de Ohrid, junto al lago homónimo de aguas claras y rizadas por el viento, entre tejados rojos, acacias y callejones, su clamor urbano, que no incluía armas, tan bienvenido como el silencio. Desertores turcos dormían en la playa, rondaban por las mezquitas, intercambiaban armas por cigarrillos.

Había llegado a haber cuarenta mil turcos en Monastir, instruidos por alemanes al mando del legendario Liman von Sanders, cuyos planes incluían mandar a sus criaturas asesinas a Ucrania cuando llegara el momento de entrar en guerra con Rusia. Un título inquietante, el de haber sido instruido en las artes de la muerte masiva por alemanes. Pero ahora los serbios sabían que podían derrotarlos.

Miraron al otro lado del lago, a los picos negros, ya con un poco de nieve. Un abismo se había abierto en las nubes, a través del cual se filtraba la luz, un torrente

vertical de luz que hendía toda la gama de matices imaginables de gris que habitaban el cielo, como si le presentara al día una serie de posibilidades que rara vez, si alguna, se veían.

—Es Albania —dijo ella. Cyprian les había advertido que se mantuvieran alejados de Albania. Todos se lo habían repetido. No es que los habitantes hubieran dejado de mostrarse tan acogedores y hospitalarios como siempre, pero estaba en marcha algún tipo de revolución en el norte, contra los turcos; los griegos habían invadido y ocupado el sur, y buena parte de la lucha era informal, mediante rifles de largo alcance—. Debe de haber alguna carretera asfaltada por alguna parte, aunque es probable que nos lleve directamente a los combates más encarnizados.

—Veamos. Invierno en las montañas, sin mapa, con todos disparando contra todos.

—Más o menos.

—Mierda, hagámoslo.

Antes de partir por la orilla del lago, como si estuvieran por allí de vacaciones, compraron tarjetas postales ilustradas con escenas de la guerra, y sellos, cada uno de los cuales iba impreso en dos o tres lenguas, además de en los alfabetos turco y cirílico, con sobrecargas provisionales, así como tipografía romana. Algunas de las fotografías mostraban escenas espantosas de masacre y mutilación, reproducidas no en sencillo blanco y negro sino en tonos variados de verde, un verde bastante fluorescente, a decir verdad: cráteres de obuses, hombres sin extremidades en hospitales de campaña, cañones gigantescos, aviones que volaban en formación... Las enviaron por correo, con la certeza y convencimiento de que ninguna llegaría, a Yz-les-Bains, Chunxton Crescent, Flaco Gabrovo y Zhivka, Frank y Mayva en Estados Unidos, Kit Traverse y Auberon Halfcourt, y al Hotel Tarim, en Kashgar, en el Turquestán chino.

En el extremo sur del lago, siguieron el sendero hasta Sveti Naum y entraron en Albania. El tráfico era continuo en ambos sentidos: refugiados mahometanos expulsados de sus casas en Albania por los invasores griegos, y soldados turcos que huían de la derrota en Monastir hacia el sur, buscando la fortaleza en Yanina, el último vestigio del Imperio Otomano en Europa y el único lugar seguro que les quedaba aquí, en el Epiro. Los guardias fronterizos, cuando prestaban alguna atención, dejaban pasar a todos con un encogimiento de hombros. Para empezar, ya ni siquiera estaban seguros de quién era su superior.

Reef, Yash y Ljubica habían entrado en un teatro de guerra donde todo el mundo disparaba a todo el mundo, no siempre por razones que las víctimas acabaran de comprender, aunque estar bastante cabreado parecía bastar.

Les tendieron una emboscada fuera de Pogradeci, de camino a Korça; fue obra de una banda de irregulares, no más de media docena, según calculó Reef, aunque la

distinción entre guerrilleros y simples salteadores de caminos ya no servía de mucho.

—Tápale las orejas al bebé un momento, ¿quieres, cariño?, vamos a practicar un poco el tiro al plato —dijo Reef encajando de un golpe el cargador en el rifle Madsen y, después de haber acomodado a todo el mundo detrás de unas rocas junto a la carretera, mientras murmuraba algo así como «por fin», empezó a disparar en modo semiautomático, pero muy pronto, cuando los atacantes empezaron a maldecir y dispersarse, el atractivo de la palanca de cambio situada delante del protector del gatillo se hizo irresistible, y Reef entró en los dominios de las quinientas balas por minuto; sin embargo, antes de que pudiera gritar nada demasiado alegre, el cargador se había agotado, y eso que el cañón ni siquiera estaba caliente, y fueran quienes fueran los asaltantes, se habían evaporado.

—Es lo que mejor sabe hacer, ya ves —murmuró Yashmeen como si se lo dijera a Ljubica.

Un poco más adelante, en la misma carretera, se toparon con un destacamento del ejército griego que acudía a investigar el fuego de ametralladora que creían haber oído. Desde que empezara la guerra, grupos de soldados griegos se habían situado por todo el sur de Albania, que ellos consideraban el Epiro, una región perteneciente a cierta idea de Grecia más abstracta a esas alturas que sus propios hogares y familias. Reef, con el Madsen escondido bien lejos de la vista, se encogió de hombros e hizo gestos vagos en la dirección en que se habían ido los emboscados, y pronto había conseguido un paquete de cigarrillos y un viaje en una carreta de suministros hasta Korça, en ese momento ocupada por los griegos.

Tras pasarse toda la noche temblando bajo una tienda hecha jirones, se levantaron temprano y salieron de nuevo al alba gélida y a la carretera. Más allá de Erseka empezaron a subir la Cordillera Gramoz, con hayas sin hojas a merced de los vientos, cada vez más fuertes; los picos invernales resplandecían tan desolados como los Alpes, y al otro lado, donde se los conocía como Cordillera Pindó, se extendía Grecia.

Cuando el sol ya se estaba poniendo encontraron una granja que parecía desierta, hasta que Reef volvió de recoger leña y descubrió a Ljubica sentada junto a uno de esos perros pastores salvajes y de malas pulgas conocidos en Macedonia como *šarplaninec*.

Los perros de aquí eran famosos por morder antes de ladrar, Cyprian había insistido sobre ello..., pero ahí estaba Ljubica, toda sociabilidad, hablando en su idioma personal, mientras el animal, que era hembra y se parecía un poco a una osa greñuda parda y rubia, con un rostro bastante amable, la escuchaba con sumo interés. Cuando Reef se aproximó, ambas volvieron la cabeza para mirar, educada pero inequívocamente como advertencia, y la perra alzó las cejas y chasqueó la lengua, lo que alguien de la época de los túneles le había dicho a Reef que significaba «no» en albanés.

—Vale, vale. —Reef retrocedió y volvió a atravesar el umbral de la puerta.

Pasarían muchos años antes de que supiera que la perra se llamaba *Ksenija*, y que era la íntima amiga de *Pugnax*, cuyos socios humanos, los Chicos del Azar, habían estado vigilando invisible pero atentamente el avance de la familia de Reef en su exfiltración de la Península Balcánica. La tarea de la perra en esa coyuntura era poner a todo el mundo a salvo sin que se notara.

Al día siguiente, Reef había salido a reconocer el terreno, mientras Yash y Ljubica permanecían escondidas valle arriba, cuando desde algún sitio le llegó olor de humo de leña y oyó asnos, y antes de que se diera cuenta tenía a aquellos tres albaneses encima.

—Vaya, *tungjatjeta*, amigos —saludó Reef intentando recordar su albanés de túnel y esbozando su encantadora sonrisa para todo.

Los albaneses también sonreían.

—Me follo a tu madre —le saludó el primero.

—Yo te follo a ti y luego me follo a tu madre —dijo el segundo.

—Vaya, chicos, siempre sois tan... amistosos —dijo Reef—. ¿Qué pasa? —Llevaba un enorme Gasser montenegrino de 11 mm en el cinturón, pero ése, le pareció, no era momento para echarle mano. Los hombres llevaban rifles Mannlicher antiguos y un Gras, probablemente arrebatados a griegos muertos. Se habían enzarzado en una discusión, y Reef creyó entender vagamente que versaba sobre quién le iba a disparar, aunque nadie parecía demasiado ansioso, imaginaba que a causa de la escasez de munición, sobre todo para el Gras, de 11 mm como su revólver, que bien podría ser que fuera lo único que buscaran. Así que todo quedaba entre los Mannlicher. Se pusieron a buscar entre el barro trozos de paja apropiados para echárselo a suertes. El abrigo más cercano era una zanja con una berma que se encontraba diez metros a su derecha, pero entonces Reef captó el resplandor del cañón de un rifle justamente allí, y luego de otros dos más.

—Oh, oh —dijo—, parece que aquí ya no pinto nada. ¿Cómo decís vosotros? *Një rosë vdekuri*, ¿no?

Eso le dio minuto y medio de gracia, lo que resultó suficiente, porque una voz empezó a gritar su nombre en algún sitio, y al momento una figura enjuta salió sin prisa de detrás de un muro de piedra.

—¿Ramiz?

—*Vëlla!* ¡Hermano! —Corrió hasta Reef y lo abrazó—. ¡Éste es el americano que me salvó la vida en el túnel suizo!

Los tres hombres armados parecieron decepcionados.

—¿Significa eso que no vamos a matarlo?

—Te hacía en América a estas alturas —dijo Reef.

—Mi familia, ¿cómo iba a dejarla? —Resultó que el pueblo estaba habitado por refugiados de todo el país, del norte y del sur, objetivos de venganzas de sangre a los que había resultado imposible permanecer más tiempo como prisioneros en su propia casa, y que habían decidido que crear un recinto del tamaño de una aldea entre todos

sería el mejor modo de disponer de un poco más de espacio para moverse mientras seguían respetando el Kanun de Lekë Dukagjin. Una comunidad fundada en la suspensión de la venganza.

—Has tenido suerte —dijo Ramiz—, por lo general los desconocidos no llegan a acercarse tanto.

—Sólo buscaba pasar un par de noches con cierta seguridad —dijo Reef, y le puso al tanto sobre Yash y Ljubica.

—Estás loco, mira que andar por aquí habiendo tantos griegos sueltos por estas colinas... —Sirvió *rakia*—, *Gëzuar!* ¡Tráelas a las dos aquí! ¡Hay sitio de sobra!

Reef volvió a la aldea con Yash y Ljubica cuando empezaba a nevar, y durante los días siguientes la nieve los retuvo allí. Cuando por fin pudieron continuar viaje, él había aprendido un poco más de dialecto tosco y a tocar *Jim Along Jo* al clarinete, instrumento del que al parecer todos en la aldea poseían uno, y algunos de los hombres se reunían la noche después de cenar y lo tocaban en armonía de tres o cuatro partes mientras bebían *rakia*.

Reef y Yashmeen se encontraron haciendo frente a la nieve que descendía, con una persistencia de camaradas demasiado incondicional por ambas partes como para considerarla honorable, con frecuencia de espaldas al viento, altos, silenciosos, inclinados sobre sus propios corazones, sobre aquella pequeña vida que se había convertido en su deber, sin imposición, surgida simplemente de los giros de su destino, para protegerla, y parecía que no sólo de la tormenta, porque más tarde, refugiados un momento, en Pérmeti o Gjirokastra, ambos recordarían haber sentido la presencia de una fuerza consciente e inquisitiva que no era la tormenta, ni el invierno ni la promesa de más de lo mismo para quién sabía cuánto tiempo..., sino otra cosa, algo malvado y mucho más antiguo que el paisaje o cualquier raza que hubiera pasado en peregrinaje involuntario por allí, algo que devoraba todo cuanto se pusiera al alcance de su voracidad y lo cagaba destinándolo al olvido.

En el pasado, Reef había sido tristemente famoso en todo Colorado como el más desafortunado pescador al oeste de la Gran Divisoria, pero en este viaje había traído un anzuelo desde Yz-les-Bains, y al poco de comenzar a lanzarlo se encontró con que, contra todas las expectativas, día sí día no conseguía atrapar alguna especie de trucha de río. La nieve iba y venía, pero cuando se iba era para dar paso a una lluvia fría y deprimente. Un raro día de sol, cerca de una ciudad en el valle de Vjosa, Yash y él se permitieron un momento de descanso sólo para mirar.

—Me quedaría aquí para siempre.

—Eso no me suena muy nómada.

—Pero míralo. —Muy pintoresco, supuso Reef: una docena de minaretes que se elevaban brillantes entre los árboles, un riachuelo que atravesaba el pueblo y del que se veía el fondo, la luz amarilla de un café en el crepúsculo que podía llegar a ser su

rincón, los olores, el murmullo y la antigua certidumbre de que la vida, por más que se redujera de vez en cuando a la condición de ser presa inteligente, era preferible a la plaga de águilas que empezaban a apoderarse de la tierra.

—Eso es lo peor —dijo Yashmeen—, es demasiado hermoso.

—Espera y ya verás Colorado.

Ella lo miró y, tras un par de latidos, él le devolvió la mirada. Ljubica estaba en brazos de Reef; apretó la mejilla contra su pecho y observó a su madre como hacía cuando sabía que Yash estaba a punto de llorar.

Dejaron atrás Gjirrokastër y empezaron el largo descenso por los toboganes de las montañas hacia el mar Adriático, mezclándose durante parte del camino con los turcos que todavía se dirigían al sur. Ahora había un alto el fuego en vigor entre todas las partes salvo Grecia, que todavía intentaba tomar Yanina, el último bastión turco en el sur. A esas alturas, la mitad de los soldados del ejército turco estaban muertos, heridos o habían caído prisioneros, y el resto se encaminaba con desesperación a Yanina. Reef les dio los cigarrillos que le quedaban. Era todo lo que tenía. Se guardó uno, puede que dos.

Finalmente atravesaron el Paso Muzina, y allí estaba el mar y las casas encaladas que ascendían desde la profunda curva de la pequeña bahía de Agli Saranta.

En la ciudad caía una lluvia invernal, que, en las montañas, sabían que sería nieve, mientras Ljubica dormía envuelta en una piel de lobo, y ellos tenían la sensación de estar todavía en movimiento, llevados por un transporte invisible, siguiendo un sendero retorcido y complicado, interrumpido de vez en cuando por estancias en lugares de reunión semipúblicos como ése, llenos de capas de humo de tabaco rancio, discusiones políticas sobre cuestiones oscuras..., una sensación de encierro azul fluorescente, con la única vista al exterior de una ventana que daba a la bahía, y más allá al mar embravecido.

Encontraron al capitán de un pesquero que aceptó llevarlos a Corfú la siguiente vez que zarpara, y dejarlos en la ciudad. Con un viento invernal del norte que bajaba de las montañas, erizando el estrecho con olas picadas que se sumaban a un ya de por sí peligroso oleaje, se dirigieron al sur por el canal, con el viento por babor. Reef, que no estaba acostumbrado al mar, se pasó la travesía vomitando, a menudo cara al viento, ya fuera porque no le importaba o porque no podía esperar. Cuando estuvieron a cubierto bajo el Pantokratoras, el viento perdió fuerza, y al cabo de una hora habían alcanzado por fin un lugar seguro, la ciudad de Corfú, donde lo primero que hicieron fue ir a la iglesia de San Spiridion, santo patrón de la isla, para encender velas y dar las gracias.

Pasaron allí el resto del invierno y se quedaron hasta entrada la primavera, con su sol radiante; un día salieron a la gran explanada y vieron un partido de críquet con el equipo visitante XI, venido de Lefkas, todos los jugadores de blanco y nada que

hiciera pensar en la oscuridad o la sangre, durante todo el bendito el partido... Ljubica lanzaba exclamaciones en su demótico de bebé viajero cada vez que el bate y la pelota entraban en contacto. Al final del partido, poco del cual, incluido quién había ganado, Reef fue capaz de discernir, los del equipo de Lefkas regalaron a cada uno de sus respectivos rivales uno de los salamis con pimienta picante que habían hecho famosa la isla.

Persistiendo detrás de todas las declaraciones materiales del mundo, los Compasivos dieron pasos para restablecer el contacto con Yashmeen. Como si la misión balcánica nunca hubiera sido descubrir los campos de minas austriacos secretos, sino que Cyprian se convirtiera en novia de la Noche, que Ljubica naciera durante la cosecha de rosas, y que Reef y Yashmeen la llevaran sana y salva hasta Corfú —y en ese caso habrían cumplido con éxito la «verdadera» misión, de la cual la otra, la de las minas y demás, no sería más que lo que los Compasivos gustaban de llamar una metáfora—, un día, mientras Ljubica y Yashmeen estaban sentadas en un café junto a la Explanada, allí apareció Auberon Halfcourt, con una botella de gaseosa de jengibre, trotando en un simón, como si acudiera a una cita... Fue su nieta la primera que lo vio, al reconocer el caballo, que, como los demás caballos de la zona, llevaba un sombrero de paja por el que le asomaban las orejas.

Tras darles los besos de rigor, Halfcourt se sentó.

—Pero ¿qué estás haciendo en Corfú? —preguntó Yashmeen con sonriente asombro.

—Esperándote. —Empujó hacia ella un trozo ajado de cartón verdoso.

—Mi postal. ¿Así que llegaste a recibirla?

—Uno de los rusos que leía habitualmente mi correo desde el día que llegué a Kashgar consideró esto más importante que cualquier cosa que pudiera decir el Gobierno de Su Majestad. Me telegrafió al instante. —Ella había escrito: «Esperamos llegar al Adriático».

—Lo que significaba aquí o a Durazzo, pero Durazzo se ha convertido últimamente en un casus belli, así que uno se sumió en un trance y convocó los antiguos poderes, ya sabes, y salió Corfú.

—Ya, y esto —hizo un gesto para abarcar los soportales parisinos, el paraíso frondoso y bien regado— no tuvo nada que ver.

Se sentaron y bebieron ouzo en el crepúsculo. Arriba, en el viejo fuerte veneciano, sonó el cañonazo de retreta. Las brisas agitaban los cipreses y los olivos. Los corfiotas paseaban por todas partes.

—Verte otra vez... —dijo él—, antes creía que sería uno de esos momentos de rendición al destino, con un resultado desagradable garantizado. Sin embargo, eso no evitaba que lo quisiera. —No se habían visto desde antes de 1900. Fuera cuales fuesen sus sentimientos, los de ella ahora no estaban tanto en conflicto cuanto expandidos. Su amor por Ljubica era impenetrable e indivisible como un número primo, así que cualquier otro amor debía ser reevaluado en consecuencia. En cuanto a

Halfcourt—: No soy el que era —dijo—. Allí era el servidor de la avaricia y la fuerza. Un mayordomo. Un pastelero. Mientras me creía un militar profesional. El único amor que me permitían era indiferenciable del comercio. Me estaban destruyendo y yo no lo sabía.

—¿Has renunciado a tu puesto?

—Mejor aún: he desertado.

—¡Padre!

—Mejor aún —prosiguió movido por una especie de impulso alegremente sereno—: se creen que estoy muerto. Con la colaboración de mi colega ruso Volodya, también estoy cómodamente establecido, gracias a una transacción con jade, tu mineral homónimo, cariño mío, que está destinado a que lo consideren legendario algún día. Puedes verme como el hombre que hizo saltar la banca en Montecarlo. Y...

—Oh, sabía que habría algo más. —Ella tuvo la certidumbre de que tenía un lío con una mujer.

Como si le hubiera leído el pensamiento a su hija, el viejo renegado exclamó:

—Y por los cielos que ahí viene, ¡justo ahora!

Yashmeen se dio la vuelta para ver acercándose por la Explanada, empequeñecida por su sombra a la puesta de sol, a una diminuta asiática vestida toda de blanco, que los saludaba con la mano.

—Ese tipo americano que llevó tu carta a Kashgar es el que nos presentó. Me lo encontré el año pasado en Constantinopla, de camarero en un bar. Y allí estaba Umeki. Ah, sí, mi berenjenita japonesa.

Ciertamente era Umeki Tsurigane, que había sido enviada a la embajada japonesa en Constantinopla, como «agregada matemática» en cierta misteriosa misión en nombre del *establishment* técnico de su país, cuando un día entró casualmente a primera hora de la noche en el bar del Deux Continents, y allí estaba Kit Traverse delante de un espejo tan largo como la sala, agitando el contenido de una coctelera plateada.

—Se suponía que te morirías de vergüenza.

—Hago lo que puedo —dijo Kit poniendo una copa y una cerveza ante ella—, ¿whisky y cerveza como siempre, mademoiselle?

—¡No! ¡Cóctel de champán! ¡Esta noche parece más apropiado!

—Me tomaré uno contigo.

Él podría haber querido preguntar sobre el arma C, el Suceso de Tunguska y demás, y durante una copa y un par de sorbos de otra pareció que reverdecían los viejos tiempos, con la salvedad de que Auberon Halfcourt se presentó entonces en su huida clandestina de Rusia y:

—No sé lo que pasó —le dijo ella a Yashmeen—. ¡Me fascinó! —Y su vida dio un giro radical.

—El sueño de un viejo bribón —añadió Halfcourt cariñosamente. Pero Yashmeen estaba observando cómo la joven miraba a su padre, y lo diagnosticó como un caso de auténtica manía erótica. Lo que Halfcourt sentía exactamente era, como siempre había sido, un misterio para ella.

Encontraron a Reef en una taberna junto a la bahía de Garitsa. Ljubica, que estaba a punto de cumplir un año y acababa de ponerse en pie, se agarró a un taburete del bar y, con una sonrisa ladeada que sugería que eso no era nada nuevo para ella, contempló a su padre, que bebía ouzo y ponía al día a unos corfiotas en las complejidades de Leadville Fan-Tan.

Yash presentó a Umeki con las cejas levantadas y un discreto gesto con la mano que curiosamente recordaba a un cuchillo de carnicero amputando un pene, mientras Reef se limitaba a devolver la sonrisa como siempre hacía con cualquier joven atractiva al alcance de sus coqueteos.

—Tu hermano —sonrió Umeki— es... camarero... ¡y un alcahuete!

—Ya sabía yo que todo aquel rollo de las matemáticas serviría para algo. Ten, permíteme que libere indecentemente a estos señores de un par más de leptas, quizá tengamos bastante para la cena.

Se sentaron en una mesa larga y comieron *tsingarelli*, polenta, *yaprakia* y un estofado de pollo con hinojo, membrillo y panceta que Nikos, el dueño y cocinero, afirmó que era una antigua receta veneciana de hacía siglos, cuando la isla pertenecía a Venecia; y Reef le dio a su hijita sorbitos de Mavrodaphne, que no la durmieron sino que, de hecho, la alborotaron, pues empezó a tirar de la cola de *Hrisoula*, la por lo general imperturbable gata de la taberna, hasta que empezó a maullar quejándose. Una pequeña banda de *rembetika* llegó con un cantante, y al instante Yash y Ljubica estaban bailando juntas una especie de *karsilamás*.

Avanzada la velada, Halfcourt llevó a Yashmeen aparte.

—Antes de que me preguntes por Shambhala...

—A lo mejor no iba a preguntarte. —Le brillaban los ojos.

—Pues mira, para mí Shambhala resultó no ser un objetivo sino una ausencia. No el descubrimiento de un lugar sino el acto de abandonar el lugar sin futuro donde me hallaba. Y en esa transición llegué a Constantinopla.

—Y tu línea de universo se cruzó con la de la señorita Tsurigane. Y así.

—Y así.

Cuando convinieron en separarse, Stray y Ewball ya no se acordaban de por qué habían huido juntos. Stray recordaba que tenía algo que ver con sus primeras nociones de la vida anarquista y la promesa de una *mayor invisibilidad*, que, por lo que ella sabía, podía extenderse al mundo entero. En la época de los conflictos en las minas del sur de Colorado, ella había establecido su propia red de fuentes de suministros médicos, iniciada en la época de la revolución de Madero y que llegó a contar con un médico local, un hospital del sindicato y un farmacéutico por aquel entonces comprensivo. Stray siempre había tenido el don de saber en quién confiar y hasta qué punto, y ahora utilizaba su talento como negociadora para conseguir comida y medicinas allá donde se necesitaran en aquellas campañas todavía imprecisas de la revolución al norte de la frontera, y ciertamente la posibilidad de una vasta red de apoyo oculta tenía su atractivo práctico.

No se trataba exactamente de una experiencia religiosa, pero de algún modo, poco a poco, acabó entregándose a su antigua necesidad de cuidar de la gente. No lo hacía por una compensación económica, tampoco para que se lo agradecieran. Su primera norma era «No me lo agradezcas». La segunda, «No te atribuyas el mérito de nada que salga bien». Un día se despertó comprendiendo con la claridad del aire que si una persona estaba dispuesta a renunciar a que se reconocieran sus méritos, entonces había muy pocos límites al bien que era posible hacer.

Stray se había acostumbrado a descubrir los intereses reales que subyacían tras aquellos que se manifestaban, y buscaba formas de conciliarlos. Aunque los intereses en conflicto en la región minera estaban bastante claros, a ella le costó bastante descifrar cuáles eran los motivos de Ewball para querer volver ahí. El beneficio y el poder no eran objetos del deseo para él, aunque Stray nunca se creyó que no quisiera ser líder de algo, o tener acceso a recursos de algún tipo. Pero sus motivaciones anarquistas, fueran cuales fuesen, eran invisibles. A ella nunca se le pasó por la cabeza que a él sencillamente le gustara meterse en líos.

Sin que le causara una decepción especialmente amarga, enseguida se dio cuenta de que Ewball también asumía la visión anarquista del amor, el matrimonio, el tener hijos y demás.

—Considérame un recurso educativo —le dijo.

—Por Dios, Ewball, sabes muy bien que todo se reduce a tu polla —le replicó ella.

Sin embargo, debido a ciertos sentimientos ambiguos que por entonces estaba empezando a comprender, a Ewball se le ocurrió un día, tras una ausencia medible en años, hacer una visita a su familia en Denver, pues se le había metido en la cabeza que Stray tal vez quisiera conocer a sus padres, lo cual no era cierto, ni de lejos. Y así, un día de entre semana con nubes de lanilla, habiendo avisado por teléfono de su visita con apenas media hora de antelación, se presentaron ante su familia.

La residencia de los Oust era todavía bastante nueva, grande y con tejado cruzado a dos aguas, una torre redonda y un montón de ornamentos de torneados y tablillas, y lo bastante espaciosa para acomodar un número indeterminado de Oust y Oust políticos en cualquier momento dado.

La madre de Ewball, Moline Velma Oust, abrió la puerta en persona.

—¿Ewball *Junior*? Bueno, pasa tu trasero al salón.

—Ésta es mi madre. Ma, la señorita Estrella Briggs.

—Bienvenida a nuestra casa, señorita Briggs. —Los Oust llevaban cierto tiempo viviendo en Denver, pues Leadville se encontraba en franca decadencia, había montones de casas en venta allá donde miraras, sin compradores—. ¿Te acuerdas de la que teníamos enfrente? Colocaron el rótulo de EN VENTA, cogimos un cronómetro, llevaba menos de cinco minutos en el mercado y ya la habían vendido por diez mil. Pues ahora ni pagando conseguirías que alguien viviera en ella.

Moline había tomado como modelo a la leyenda del Condado de los Lagos, Baby Doe Tabor, y se veía a sí misma vestida de luto, pero con estilo, en una bocamina, con un rifle sobre las rodillas, defendiendo la propiedad familiar y, por extensión, los días de gloria de una ciudad legendaria, hasta el amargo final. Pero por el momento su marido, Ewball padre, había mostrado poco interés en ser Haw Tabor, es decir, en estar muerto.

—Veo que admira nuestro piano Steinway, señorita Briggs. ¿Sabe tocar, por casualidad?

—No mucho, acompañamientos de canciones básicamente.

—Soy una auténtica entusiasta de los *lieder* de Schubert... Oh, tóquenos algo, ¿quiere?

Stray apenas había tocado cuatro compases de una melodía de la época titulada *I'm Going to Get Myself a Black Salome* cuando Moline recordó que tenía que ver la mayólica, a la que quitaban el polvo hoy.

—Refugiados mexicanos, ya sabe, a veces es tan difícil..., oh, querida, sin ánimo de ofender, espero que usted no sea una de sus..., quiero decir...

Habiéndose topado con este tipo de situaciones un par de veces, Stray intentó salvar ésta como pudo.

—Ewball es un encanto —dijo de repente—, pero ¿no es verdad que a veces trae a casa a chicas de lo más peculiar?

Moline pareció relajarse y le regaló un guiño y una sonrisa ladeada.

—Ya veo que se ha hecho una idea general. Ewball no tiene noción del dinero, y hay jovencitas de ideología sindicalista que tienen un instinto especial para detectarlo.

—Señora Oust —dijo Stray con calma—, no voy detrás del dinero de nadie, ya tengo bastante, gracias, la verdad es que soy yo la que paga todas las cuentas de la cantina últimamente, y no me importaría que se lo comentara al bueno de Ewb, pues imagino que debe de ser por su educación.

—*Bueno.* —Finalmente fue a echar un vistazo a aquella mayólica. Sin embargo, o bien era el tipo de alma bienintencionada incapaz de enfadarse durante mucho tiempo, o bien Stray le pareció un cambio para mejor, o puede incluso que tuviera la capacidad de atención de una ardilla listada, porque el caso es que al cabo de un par de minutos había vuelto con una limonada en una jarra de vidrio tallado y vasos a juego, y despidió a una de las chicas con la mano—. *‘Tá bien, no te preocupes, m’hija.’*

—*Tú.* —Un hombre de mediana edad con tirantes, sosteniendo un puñado de cartas con matasellos americanos, apareció en la puerta con la cara enrojecida, estremeciéndose y a punto de explotar.

—Qué hay, papá.

La presentación de Stray no desvió al mayor de los Oust de sus furiosas intenciones.

—Ewball, qué coño —dijo agitando el fajo de correspondencia.

—A ver, padre —intervino Moline—, ¿cuántos hijos escriben a casa con tanta regularidad como el nuestro aquí presente?

—De eso se trata. ¡Cabeza de chorlito! —le espetó. Como coleccionista de sellos medianamente obsesivo, su disgusto con su hijo había pasado del desconcierto a una rabia casi homicida. Según parecía, el joven Ewball había estado utilizando sellos de franqueo de la Serie Panamericana de 1901, que conmemoraba la exposición de ese nombre de Buffalo, Nueva York, en la que el anarquista Czolgosz había asesinado al presidente McKinley. Esos sellos llevaban viñetas grabadas de lo último en transporte, trenes, barcos y demás vehículos modernos, y, por error, algunas de las denominaciones de uno, dos y cuatro centavos se habían impreso con esos motivos centrales boca abajo. Mil sellos de Navegación Rápida por el Lago, 158 de Expresos Rápidos y 206 de Automóviles, todos del revés, se habían vendido antes de que se descubrieran los errores, y antes de que la demanda de coleccionistas disparase los precios bastante más arriba del tejado, Ewball, sensible al simbolismo anarquista, había comprado y acaparado tantos como pudo encontrar para mandar sus propias cartas.

—¡Incluso los que estaban sin error! —gritó Ewball padre—, cualquier mentecato sabe conservar los sellos en buen estado, sin estampar, la goma original intacta, por el amor de Dios; de otro modo, en el mercado secundario el valor se va a la mierda. Cada vez que mandabas una de esas cartas aquí desperdiciabas cientos, puede que miles de dólares.

—Justamente era eso lo que quería, señor. La inversión simboliza la ruina. Aquí hay tres máquinas, falsos ídolos de la fe capitalista, literalmente boca abajo, junto con una referencia, indirecta, claro, a la muerte a tiros del miserable secuaz de Mark Hanna, ese resuelto enemigo del progreso humano...

—¡Yo voté por McKinley, maldita sea!

—Si te arrepientes sinceramente, el pueblo, en su sabiduría, te perdonará.

—¡Grrr!

Ewball padre tiró las cartas por los aires, se puso a gatas y se abalanzó chillando contra Ewball hijo, en cuyo tobillo hincó los dientes sin la menor vacilación. Éste, con considerable dolor, intentó con el otro pie pisar repetidamente la cabeza de su padre, mientras ambos hombres llenaban el aire del salón con un lenguaje inadecuado para el lector sensible, por no mencionar para las damas presentes, quienes, tras recogerse las faldas, y moviéndose con suma cautela, intentaban separar a los contendientes, cuando de golpe el curioso espectáculo edípico se vio interrumpido por un ruidoso disparo.

Una mujer, con un sencillo vestido henrietta gris oscuro, tranquila y confiada, había entrado en el salón sosteniendo una pistola de tiro Remington. El humo del disparo se elevó hacia el techo, del que todavía descendían los últimos restos de una fina lluvia de yeso, iluminada de tal modo por la ventana de atrás que brevemente se formó una nube brillante. Stray levantó la cabeza y vio que había varios orificios más en el techo además del recién creado. Los Oust, padre e hijo, habían dejado de pelearse y se habían puesto de pie como pidiendo disculpas, no tanto el uno al otro como a ese árbitro maternal que acababa de poner fin a su diversión.

—Se me ocurrió pasarme por aquí. —Y deslizó el cañón de veinticinco centímetros del arma bajo la cinta del delantal de muselina blanca que llevaba puesto.

—Como siempre, señora Traverse —dijo Mamá Oust—, estamos en deuda con usted. Por favor, no se preocupe por el techo, estábamos pensando en darle un repaso de todos modos.

—Se me acabaron las balas de aire comprimido, he tenido que utilizar un 22 corto.

—Nada que reprocharle, estoy segura. Y ya que está aquí, tal vez no le importe conocer a nuestra invitada, la señorita Briggs. A ella quizá le apetecería ver el Salón Chino, ¿no cree? Estrella, querida, si necesita cualquier cosa, la señora Traverse es una santa que hace milagros, esta casa sería sencillamente un caos sin ella.

Cuando se quedaron a solas, Mayva dijo:

—Sólo nos hemos visto una vez, en Durango.

—Reef y yo siempre pensábamos en ir a visitarte a Telluride en cuanto naciera el bebé, pero cuando no era una cosa era otra...

—He sabido muchas cosas de ti a lo largo de los años, Estrella. Siempre me imaginé que Reef acabaría con una de esas chiquitas que caminan un poco más cerca del Abismo..., pero aquí estás tú, una joven dama con clase.

—Supongo que debes de echarle de menos.

—Sí, pero una nunca sabe quién va a aparecer. ¿Cómo está mi nieto?

—Ten, mira. —Stray tenía instantáneas de Jesse que siempre llevaba en el bolso.

—Oh, el pequeño rompecorazones. Si es clavado a Webb.

—Puedes quedártelas...

—Oh, no, eso sería...

—Siempre tengo copias.

—Bueno, te lo agradezco. Pero ¿cómo es que está ya tan crecido?

—No me lo recuerdes.

Estaban en el Salón Chino, recargado de cortinajes, cubrecamas y telas con diversos motivos «chinos».

—Ewball y Frank, según tengo entendido, cabalaron juntos de vez en cuando.

—Hace un tiempo todos estuvimos en México. A Frank le dieron algunos golpes, pero nada grave.

Mayva levantó la mirada con torpeza, esperanzada.

—Sé que estuvo allí para ocuparse de aquel asesino que contrataron los patrones. ¿Sabes si encontró también al otro?

—Creo que no. Nos vimos metidos en una especie de batalla. Frank se cayó del caballo. Tardó un tiempo en recuperarse.

Mayva asintió.

—Es el paciente de la familia. —Miró directamente a los ojos de Stray—. Supongo que es todo lo que podemos hacer.

Stray puso la mano sobre la de Mayva.

—Alguien pillará a ese Deuce Kindred algún día, y también al señor Vibe, no me sorprendería. La gente tan mala tiene la capacidad de atraer el mal sobre sí misma tarde o temprano.

Mayva cogió a Stray del brazo y todos bajaron a la cocina.

—Puedes imaginarte lo feliz que me sentí al trabajar aquí, en la mansión de un millonario. Los conocí en el tren cuando se mudaban de Leadville. Empecé a jugar con los pequeños. Me había olvidado de cuánto lo echaba de menos. Sin darme ni cuenta, ahí estaba la buena de Moline abriéndome su corazón. Le preocupaba la vida en Denver: los vicios de la gran ciudad, las escuelas para los niños, la cocina extraña, y de algún modo se le metió en la cabeza que yo era perfecta para todo eso. Resulta que es buena persona, lo bastante buena, sólo un poco caprichosa de vez en cuando. Y él, supongo, tampoco está mal del todo, tratándose de un plutócrata.

Demasiado rápido para darse cuenta, los años habían transformado a Mayva de aquella chica nerviosa con ojos de extranjera en esta ama de llaves tranquila y entrada en carnes de un hogar próspero que bien podría haber estado situado a medio camino del este, al abrigo de las chispas y el hollín de los trenes, donde desempolvaba los retratos y los chismes, sabía cuánto costaba todo, a qué minuto exacto se despertaba cada uno de los hijos de los Oust (todos menos uno, tal vez, el que tenía un destino) y adónde era probable que hubiera ido cada miembro de la familia cuando no estaba en la casa...; sus ojos, en el pasado cautivadores, se habían hundido, como las criaturas del campo vuelven al redil al final del día, en cuencas suaves como almohadas, pero seguían alerta allá dentro, guardando mil secretos sobre estos viejos Territorios nunca ocupados, y sobre lo inevitable, justo desde el momento en que aparecieron las primeras gentes del este, que era la traición de la vida de cada día, que tanto había

costado ganarse, reconvertida en la penitencia suburbana y burguesa a la que habían accedido hacía mucho los recién llegados. Los niños a su cuidado nunca vieron más allá de la amable y siempre atareada viejecita, nunca la imaginaron en Leadville montando aquellos líos...

—Vivíamos en una cabaña por encima del límite de las nieves, en Navidad llevábamos a casa un pequeño pino piñonero para que hiciera las veces de árbol, cazábamos una perdiz nival para que hiciera las veces de pavo. La tormenta fuera, la electricidad azul clara entrando por la tubería de la cocina. Al pequeño Reef le encantaban las ráfagas de truenos, agitaba los brazos, chillaba «¡Ah! ¡Ah!» cada vez que uno caía como una bomba. Más tarde, ante las explosiones de las minas, fruncía un poco el ceño, como si dijera: «¿Dónde está el relámpago, dónde está la lluvia?». Era un encanto.

Mayva sacó los ferrotipos del bebé. Reef con un vestido de bautismo, puede que un gorro de marinerito, el atuendo habitual para esos casos, porque era un bebé muy dulce, dijo su madre, aunque al cumplir tres o cuatro años, Stray no dejó de notarlo, ya casi tenía la cara que siempre iba a tener, esa expresión torcida y grabada a martillo, como si se hubiera propuesto tenerla así, incluso ya de niño.

—¿Crees que volverá? —preguntó Mayva.

La cocina estaba fresca y tenuemente iluminada. La tarde pareció tranquila por un instante, sin padre ni hijo dándole que te pego, los quehaceres del mediodía todos cumplidos, Moline echándose una siesta en alguna parte. Stray acogió a la mujer mayor en sus brazos, y Mayva, con un gran suspiro de ojos secos, apoyó la frente en el hombro de la chica. Y siguieron así, en silencio, hasta que en algún lugar de la casa se oyeron una serie de estampidos y algunos gritos, y el día recomenzó.

A pesar de las advertencias lanzadas por el Departamento de Estado americano para que todos los gringos cruzaran inmediatamente con sus traseros al otro lado de la frontera, Frank se quedó en Chihuahua. Mientras sus huesos se soldaban y él atendía a su vida romántica y, hasta podría decirse, espiritual, la Revolución de Madero había avanzado, en concreto al sur de la Capital, donde sin perder tiempo asumió las fantasías de una democracia liberal tal como la conciben los profesionales urbanos. Los antiguos aliados fueron dejados de lado, cuando no repudiados, denunciados o enchironados. Sobre todo en Chihuahua hubo muchas quejas, o más bien rabia, entre la gente que sabía cuánto les había costado llevar a Francisco Madero al Palacio Presidencial, y que ahora veían cómo los sueños por los que habían bajado de Sierra Madre a luchar eran obviados o directamente traicionados. Al poco se reunieron en las ciudades grupos numerosos de gente armada con pancartas y carteles; algunos rezaban TIERRA Y JUSTICIA, otros TIERRA Y LIBERTAD, otros sólo TIERRA, pero siempre aparecía en alguna parte aquella palabra: ¡TIERRA! Estallaron pequeñas rebeliones, algunos ex maderistas volvieron a empuñar sus viejos Mauser, y pronto eran tantos que ni se podían contar. Muchos se rebelaban en nombre del ex ministro desafecto Emilio Vázquez, así que al cabo de un tiempo cualquier revuelta recibía automáticamente la etiqueta de «vazquista», aunque el propio Vázquez había huido a Texas y ahora era más bien un testafarro.

En Chihuahua, la colección de vagabundos, salteadores de caminos, luchadores de las montañas y magonistas irreductibles con los que había estado Frank en la época de la batalla de Casas Grandes seguía por allí, o al menos la mayoría. Madero estaba ahora muy lejos, hechizado por su nuevo poder, convertido, en una versión más elegante de Porfirio Díaz. Tarde o temprano habría que afrontarlo. *‘La revolución efectiva’* todavía estaba por venir. Hacia finales de año, desde Morelos llegó hasta el norte la noticia de que Emiliano Zapata había movilizado un ejército en la región y emprendido una insurrección en toda regla contra el gobierno. Algunos de los antiguos compadres de Frank se encaminaron rápidamente a Morelos, pero a todos aquellos a los que les gustaba disparar a los federales todavía podían encontrar diversión de sobra allí mismo, en Chihuahua.

El propio Frank no tardó mucho en llegar a Jiménez, al sur de Chihuahua, como miembro de una unidad irregular que combatía en nombre de Pascual Orozco, quien había sido una pieza importante de la revolución de Madero en Chihuahua y ahora también estaba en rebelión abierta contra el gobierno. Frank se les había unido en Casas Grandes, donde un antiguo magonista llamado José Inés Salazar estaba formando un pequeño ejército. En febrero se fundieron con las tropas que mandaba el antiguo subgobernador del Estado, Braulio Hernández, que acababa de ocupar Santa Eulalia, una ciudad con minas de plata. A principios de marzo las fuerzas conjuntas controlaban Ciudad Juárez y amenazaban ya Chihuahua. El gobernador huyó presa del pánico; Pancho Villa, todavía leal al gobierno de Madero, intentó atacar la ciudad

pero fue rechazado por Pascual Orozco, que finalmente dio el paso definitivo tras meses de indecisión. Salazar y Hernández reconocieron a Orozco como comandante en jefe de lo que a esas alturas era ya un ejército de dos mil hombres, y Orozco se nombró a sí mismo gobernador del Estado.

En cuestión de semanas, el ejército se había cuadruplicado, y llegaban noticias de nuevos movimientos insurgentes, que ahora se llamaban orozquistas, por todo el país. La marcha sobre Ciudad de México parecía inminente. El ministro de la Guerra de Madero, el antiguo maestro de esgrima José González Salas, se puso al mando de la campaña contra Orozco. A mediados de marzo estaba en Torreón con seis mil hombres, a unos 250 kilómetros por la línea férrea Central Mexicana del cuartel general rebelde en Jiménez, y las escaramuzas empezaron.

Frank se fijó en lo desmesurada y largamente que se había carcajeado El Espinero cuando se enteró de que él se dirigía a Jiménez. Frank ya estaba acostumbrado a esa reacción y había aprendido a esperar para ver qué significaba. Resultó que la región de los alrededores de Jiménez era famosa desde los tiempos de Cortés por sus meteoritos, entre ellos los encontrados en San Gregorio y La Concepción, y uno gigantesco conocido como el Chupaderos, cuyos fragmentos, que en conjunto pesarían unas cincuenta toneladas, se habían llevado a la Capital en 1893. Los buscadores de meteoritos peinaban esa zona aún hoy, y seguían encontrando nuevos. Era como si existiera un dios de los meteoritos que hubiera considerado a Jiménez merecedora de su especial atención. Frank empezó a cabalgar en su tiempo libre hasta el Bolsón de Mapimí, para echar un vistazo. Recordaba el cristal gigante de espato de Islandia que El Espinero le había enseñado unos años atrás y que le había acabado conduciéndole hasta Sloat Fresno. Puede que lo hubiera visto aquí, o tal vez muy cerca, Frank nunca había hecho un mapa y ahora no se acordaba.

Encontró y recogió la piedra más rara que había visto en mucho tiempo: negra y picada por entero, lisa en algunas partes y tosca en otras. Lo bastante pequeña para caber en una alforja. Se suponía que no le decían nada esas cosas, pero cada vez que la tocaba, aunque fuera ligeramente, oía una especie de voz.

—¿Qué haces aquí? —parecía decirle.

—Estás muy lejos de tu casa para preguntar eso.

Una punta del ataque gubernamental avanzaba por el Ferrocarril Central Mexicano.

—Condiciones perfectas para la *‘máquina loca’* —le pareció al General Salazar; ése era el término técnico para designar una locomotora cargada de dinamita y lanzada a mucha velocidad contra el enemigo—. Buscad a ese gringo. —Solían recurrir a Frank por sus conocimientos de ingeniería, y lo convocaron a la tienda del

General—. Doctor Pancho, si no le importa ponerse a las órdenes de Don Emilio Campas, va a partir hacia el sur con algunos hombres, y es posible que necesitemos su consejo.

—‘A sus órdenes.’

Frank empezó a buscar una locomotora de vapor apropiada para modificarla y encontró una máquina de maniobras que acababa de desplazar un tren de mercancías para la línea de Parral; la llevó a una vía muerta donde ya le esperaba su equipo, un par de veteranos de Casas Grandes que compartían la fe magonista en la política mediante la química y sabían dónde poner los paquetes de cartuchos y tirar la mecha para causar el mayor efecto, y el trabajo básico se acabó en media hora.

Iban por delante de otro tren que transportaba soldados, acompañado de alguna caballería, ochocientos hombres en total, hacia el sur, a la frontera de Durango. El sol martilleaba las tierras yermas. Cuando llevaban recorridos unos cincuenta kilómetros, entre Corralitos y Rellano, se toparon con un tren blindado cargado de ‘*federales*’, que se dirigía hacia el norte. El tren que iba detrás del de Frank frenó en seco, los hombres armados se bajaron, la caballería se desplegó a derecha e izquierda. Frank dejó que su propia locomotora redujera un poco la velocidad mientras miraba hacia atrás y veía cómo Salazar alzaba la espada y luego la bajaba, produciendo un gran destello de luz del desierto, blanca y dorada, que casi podía oírse.

—‘¡Andale, muchachos!’ —aulló Frank, que sacó algunas cerillas y empezó a encender mechas. Tras arrojar a la máquina lo que quedaba de carbón y leña y comprobar los indicadores, el resto del equipo saltó afuera.

—¿No viene, Doctor Pancho?

—Ahora mismo —dijo Frank. Aceleró al máximo y la locomotora empezó a cobrar velocidad. Bajó al estribo y estaba a punto de saltar cuando le vino a la cabeza una idea peculiar. ¿Era éste el «sendero» en el que pensaba El Espinero, este concreto kilómetro de vía donde de repente el día se había vuelto extradimensional? El país cambió, ya no era la abstracción desierta de un mapa sino velocidad, aire que soplaba con fuerza, el olor de humo y vapor, un tiempo cuya sustancia se condensaba a medida que pasaba más y más rápido, todo perfectamente inseparable de la certeza de Frank de que saltar o no ya no importaba, de que pertenecía a lo que estaba pasando, al aullido que le llegó de más adelante cuando el maquinista del tren federal se apoyó sobre su bocina de vapor, al que él respondió automáticamente con la suya, de modo que ambas se fundieron en un único e inmenso acorde que recogió el momento entero, los ‘*federales*’ uniformados de marrón saltaban de su tren y se desparramaban por los alrededores, la pequeña máquina enloquecida se estremecía en su frenesí, la válvula de regulación ya no era capaz de regular nada, y de algún sitio salió un bicho de la velocidad ciega, se metió en la aleta derecha de la nariz de Frank y volvió a traerlo al día.

—Mierda —susurró, se dejó ir, cayó, se golpeó con el suelo, rodó con una velocidad insensata que no era la suya, suplicando que no se le rompiera la pierna

otra vez.

La explosión fue magnífica, metralla y restos humanos y de animales volaron por todas partes, el vapor recalentado salió disparado a través de un millón de humeros irregulares que se formaban entre los fragmentos en movimiento, un inmenso hemisferio hecho jirones de polvo gris, que la sangre iba tiñendo de rosa, se elevó y expandió, y los supervivientes se tambaleaban a su alrededor cegados y tosiendo lastimosamente. Algunos disparaban a nada, otros habían olvidado dónde estaban los cerros o los gatillos, o hasta qué eran. Más tarde se estimó que sesenta *'federales'* habían muerto instantáneamente y que el resto quedó, como poco, desmoralizado. Hasta los buitres, demasiado asustados, tardaron varios días en acercarse. El Vigésimo Batallón se amotinó y mató a dos de sus oficiales, se tocó retirada y todo el mundo salió pitando como pudo de vuelta a Torreón. El General González, herido y deshonrado, se suicidó.

Frank encontró un caballo vagando por el Bolsón apenas en mejor estado que él mismo, y volvió tambaleándose en plena noche al campamento orozquista, donde todos estaban borrachos o dormidos, o delirando en un sueño de victoria que incluso Frank, pese a su agotamiento, comprendía que era una locura. Un par de semanas más tarde, tres mil rebeldes de Orozco atacaron el cuartel general de Pancho Villa en Parral para aniquilar a los últimos leales a Madero en la región. Villa, superado ampliamente en número, sensatamente dejó la ciudad antes de que llegaran, pero eso no impidió que saquearan Parral, dinamitaran casas, robaran y asesinaran. Frank se perdió los festejos, pues había encontrado un vagón de mercancías vacío en los depósitos y se había dormido, medio esperando que al despertarse estuviera en alguna región nueva de la República, lejos de todo aquello.

Cuando llegaron noticias de que Madero, pese a sus muchas dudas, había elegido a Victoriano Huerta para comandar una nueva ofensiva contra los orozquistas, Frank, que no tendía a caer presa del pánico, empezó a ponerse un poco nervioso, recordando su breve altercado con algunos de los esbirros de uniforme de Huerta hacía siete u ocho años. Aunque en esa región la esperanza de vida de un bandido militar era comparable a la de un roedor de campo, el tal Huerta continuaba reapareciendo una y otra vez, como si contara con el favor de una junta militar de antiguos dioses especialmente crueles. Cuando las fuerzas de Huerta llegaron y ocuparon Torreón, Frank supo que la insurgencia de Orozco estaba prácticamente condenada. Como los *'federales'* se demoraban en Torreón, algunos recuperaron cierta esperanza en Jiménez, pero Torreón era la clave para cualquier avance hacia el sur contra la Capital, sin ella no habría victoria rebelde posible. Huerta tenía cañones, Orozco no.

Como era de esperar, en las semanas siguientes, mientras Huerta avanzaba lentamente hacia el norte desde Torreón, la fortuna orozquista empezó a torcerse. Cada vez que los rebeldes entraban en combate, eran derrotados, las deserciones

aumentaban, hasta que finalmente, en Bachimba, la táctica de la ‘*máquina loca*’ falló, y con ella todas las esperanzas de Orozco. Huerta volvería triunfante a la Capital.

Mucho antes, si Frank hubiera sido un poco sensato, habría admitido que ya bastaba, habría vuelto al norte y dejado México a su suerte. No se le ocurría nada que lo retuviera ahí; Wren, a quien no había olvidado pese a las abundantes y brutales diversiones que tenía a su alcance, estaba al Otro Lado, más allá de una frontera no tanto política cuanto creada por el cañón imperdonable que el Tiempo tallaba en su fluir. Pascual Orozco, aunque Frank le deseaba lo mejor, incluyendo el milagro mexicano consistente en seguir vivo, no era un político por quien él arriesgaría su vida. Pero, entonces, ¿qué valor tenía su vida? ¿Por quién o por qué la pondría en juego?

Pasaba cada vez más tiempo en el depósito ferroviario en las afueras de Jiménez, como un vaquero descerebrado, mirando los trenes, contemplando las vías vacías. Un día compró un billete sólo de ida a la Capital, se subió al tren y se dirigió al sur. Ningún grito de ‘*adiós, compañero*’, buena suerte, Frank; nada por el estilo. Algún otro disfrutaría de su ración diaria, un par de puñados de judías, eso era todo.

En la Capital, en un restaurante oscuro y retirado, cerca de la estación, Frank se topó con Günther von Quassel, al que no veía desde Tampico. Günther se estaba bebiendo una jarra de cerveza alemana importada. Frank pidió una botella de Orizaba local.

—Vaya, Günni, qué coño andas haciendo por aquí, creía que estabas en Chiapas cultivando café y todo lo demás.

—Vine por negocios, y ahora no puedo volver. Cada vez que hay líos en Oaxaca, y últimamente pasa con mucha frecuencia, se cortan las líneas ferroviarias a Chiapas. Mi estancia de una noche se prolonga inesperadamente. Así que rondo por las estaciones de tren, con la esperanza de deslizarme a través de un resquicio de las leyes de la probabilidad.

Frank masculló algo sobre el tiempo que había estado por el norte.

—Ah. Unos días animados, supongo.

—Últimamente no mucho. Ahora no soy más que otro orozquista desempleado.

—Hay trabajo en la finca, si te interesa. Si es que alguna vez podemos volver allá. Te pagaríamos generosamente.

—¿Ser una especie de capataz de plantación, manteniendo a raya a los nativos díscolos? ¿Tengo que llevar un látigo o algo así? Me parece que no, Günni.

Günther se rió y agitó la jarra, salpicando con espuma el sombrero de Frank.

—Claro, como norteamericano, tienes que sentir *nostalgia de los tiempos de la esclavitud*, pero en el mercado altamente competitivo en que se ha convertido el café, no podemos permitirnos quedarnos anclados en el pasado. —Günther explicó que antes de que una cosecha dejara el ‘*cafetal*’, a las «cerezas» de café se les tenía que

quitar su revestimiento exterior rojo y pulposo, así como una capa apergaminada de debajo, y por último lo que se llamaba la «piel de plata», dejando por fin la semilla exportable. Antes todo ese trabajo se hacía a mano, pero ahora lo realizaban con mayor eficacia diversos tipos de máquinas. La plantación de Von Quassel estaba en fase de mecanizarse, y la maquinaria, incluidos motores estacionarios, generadores eléctricos, bombas hidráulicas y una pequeña pero creciente flota de vehículos a motor, requeriría mantenimiento sistemático.

—Mucho trabajo para un ‘guerrillero’ hecho polvo —le pareció a Frank.

—Instruirías a tu propio equipo, *natürlich*. Cuanto más sepan ellos, menos trabajas tú, todo el mundo sale ganando.

—¿Y qué pasa con los zapatistas, ronda alguno por ahí?

—No exactamente.

—¿Aproximadamente, entonces? Más vale que me lo cuentes.

Teniendo en cuenta la cantidad de insurrecciones contra el régimen de Madero en curso por todo el país, Chiapas, hasta ahora, y según Günther, estaba tranquilo, y la violencia allí adoptaba la forma habitual de o bien vendettas familiares o bien lo que unos llamaban «bandidaje» y otros «redistribución», dependiendo de quién lo hacía y a quién se lo hacían. No obstante, a finales del año anterior había estallado una rebelión seria cerca, en Oaxaca, que era fruto de una disputa entre Che Gómez, el alcalde y ‘jefe político’ de Juchitán, a algo más de trescientos kilómetros al oeste de la plantación de Günther, y Benito Juárez Maza, el gobernador de Oaxaca, que el año anterior había intentado sustituir a Gómez enviando tropas federales a Juchitán. El ‘jefe’ resistió, y en los combates que siguieron, un destacamento de refresco federal fue aniquilado, así que finalmente hubo que recurrir a la caballería y la artillería para recuperar el control de la ciudad. Mientras tanto, el ejército chegomista se había hecho con el control del resto de la región. Madero, que tampoco le tenía demasiado aprecio al gobernador, había invitado a Gómez a Ciudad de México, con un salvoconducto federal, para aclarar las cosas. Pero Gómez sólo había recorrido unos kilómetros en ferrocarril a través del istmo de Tehuantepec cuando lo interceptaron hombres de Juárez Maza, que lo detuvieron y asesinaron.

—Eso no puso fin a la rebelión. Los federales están ahora cercados en Juchitán y un par de ciudades más, mientras varios miles de chegomistas irreductibles dominan el campo, incluida, cuando quieren, la línea de ferrocarril. Y por eso en este momento Chiapas está aislado del resto del país.

Comieron en un salón iluminado desde arriba por una antigua claraboya con un armazón de hierro forjado y cristales desgastados. Viejos empleados municipales, periodistas y gente por el estilo se habían reunido en mesas más pequeñas en apartados y fumaban cigarrillos y bebían madrileños. La luz, dorada al principio, se

oscureció poco a poco. Llegó la lluvia casi a la vez que la sopa y rompió contra el cielo.

—Me cuesta pedir favores a no ser que la situación sea desesperada —dijo Günther—, pero la cosecha está en marcha; mi capataz, estoy convencido, es un criptozapatista, y me vuelvo loco todas las noches imaginando qué andan haciendo todos.

—¿Hay algún modo de volver?

—Puedo hablar con alguien.

Tras el café y los puros, cuando dejó de llover, cruzaron las calles mojadas, entre motoristas enloquecidos que corrían arriba y abajo por las avenidas, ómnibus de color de barro y taxis colectivos de diez centavos, irregulares armados en coches privados, tropas de cadetes a caballo, polleros venidos del Valle de México que guiaban rebaños de pavos con varas de sauce entre el tráfico, hasta que entraron por fin en el nuevo y espléndido Hotel Tezcatlipoca, donde un conocido de Günther, Adolfo «El Reparador» Ibargüengoitia, uno de los numerosos empresarios que acababan de aparecer, trabajando entre balas, como a ellos les gustaba decir, para resolver los problemas creados por la revolución y la re-revolución, tenía una suite en el ático con vistas al Parque Chapultepec y más allá. Hombres angustiados con trajes oscuros, que habían acudido allí, aparentemente, como Günther, necesitados de un reparador, rondaban por allí envueltos en una neblina de humo de tabaco. Ibargüengoitia, por el contrario, vestía un traje blanco a medida y zapatos de cocodrilo a juego. Gritando «*Wie geht's, mein alter Kumpell!*», abrazó a Günther e hizo un gesto para que entraran él y Frank. Una joven se levantó distraídamente mientras una camarera traía champán en un cubo de hielo, y Günther e Ibargüengoitia pasaron más allá de una puerta de ébano para hablar.

Frank se fijó que en una de las ventanas había un telescopio en un trípode, apuntado, parecía, al oeste, hacia el nuevo Monumento de la Independencia Nacional, una alta columna de granito que dominaba la Reforma, con una figura alada y dorada arriba del todo, en teoría la Victoria, aunque todo el mundo la llamaba «El Ángel», de unos siete metros de alto, casi a la misma altura a la que se encontraba Frank en ese momento. Frank entrecerró un ojo para mirar a través del ocular y descubrió que el campo de visión lo ocupaba por entero la cara del Ángel, que miraba directamente a Frank, una cara de oro batido, más propia del reino de las máscaras ceremoniales que de los rostros humanos específicos, y aun así era *un rostro que él conocía*. Con el otro ojo, Frank veía El Ángel en pie bajo la luz del sol que perdía fuerza, vertiginoso con su pesadez de bronce y oro, como si estuviera a punto de levantar el vuelo sin previo aviso y sin misericordia directamente hacia él, mientras por detrás un alto pico de cúmulos derivaba lentamente hacia arriba. Frank tuvo la impresión de que le estaba advirtiéndole que se preparase para algo. La inexpresiva cara dorada miraba a la suya intensamente, y aunque los labios no se movieron, lo oyó hablar en un español

rápido, campanillero y distorsionado por tonos de metal, del que sólo pudo distinguir las palabras «*‘máquina loca’*», «*‘muerte’*» y «*‘tú’*».

—¿Señor? —Cuando volvió a enfocar la mirada, fuera quien fuese la persona que había hablado se había ido ya. Aparentemente, debía de haber estado agazapada en un rincón alejado de la ventana, respirando humo de tabaco y ajena a lo demás. Frank se levantó y vio a Günther al otro lado de la habitación dándose un abrazo de despedida con el Reparador.

—No puedo garantizarte que una banda de *‘sinvergüencistas’* locales no vaya a asaltarte, claro —decía Iburgüengoitia—, pero... son tiempos imprevisibles, *‘¿verdad?’*.

En el ascensor, al bajar, Günther miró a Frank con algo parecido a una expresión divertida.

—Has estado mirando ese Ángel —dijo por fin—. Una táctica poco sensata, me parece.

Resultó que Iburgüengoitia había organizado todo para introducirlos en Chiapas en un barco de cabotaje que salía de Vera Cruz y pasaba por Frontera y Tabasco, y desde allí irían en *‘diligencia’* a Villahermosa, Tuxtla Gutiérrez y, a través de la Sierra, hasta la costa del Pacífico. Llegaron al *‘cafetal’* una semana más tarde, a caballo, alrededor del mediodía, y el capataz, que casi arrastró a Günther para bajarlo de la silla, empezó con una larga retahíla de problemas, mientras que Frank, antes de darse cuenta, ya estaba contemplando una máquina de hacer pulpa extrañamente diseñada cuyo manual de funcionamiento estaba en alemán, junto a un par de trabajadores al cargo que no parecían captar que Frank no tenía la más remota idea de por qué no funcionaba ni, mucho menos, de cómo arreglarla.

El motor estacionario estaba bien, los ejes, poleas, cintas y pedales, desgastados pero funcionaban, las tuberías del depósito donde las cerezas de café se empapaban en agua estaban limpias y la bomba también funcionaba, así que tenía que tratarse de un problema de diseño de la propia máquina o del modo en que alguien la había puesto en marcha. Tras una hora frustrante de montaje y desmontaje, Frank se inclinó sobre la máquina y susurró: «*‘Tu madre chingada puta’*», miró a su alrededor un par de veces y le soltó a la cabrona una patada teatralmente furtiva. Como si hubiera recuperado abruptamente el sentido, la máquina se estremeció, se puso en marcha y el gran cilindro en cuestión empezó a rotar. Uno de los indios abrió la válvula del depósito y las cerezas de café empezaron a fluir a través de él en un torrente rojo de textura parecida a la de las judías rojas, para salir más adelante como pulpa mezclada con semillas todavía en su supuesto pergamino, preparadas para las siguientes fases de lavado y batido.

Por descontado, también presentaban distintas dificultades las máquinas que se encargaban del batido, secado, enrollado, frotado y cribado, pero a lo largo de las dos semanas siguientes, Frank fue dominando los ejes, engranajes y ajustes rodantes de esa pesadilla de la Edad de la Maquinaria que Günther seguía llamando «el futuro del

café», e incluso aprendió un par de palabras de alemán técnico. Aquel año la cosecha de café se realizó sin incidentes, y se metió en sacos de arpillera preparados para los intermediarios.

Fuera arreciaba la tormenta política, y de vez en cuando entraba como una ráfaga por la ventana. Muchos de los trabajadores emigrantes de la finca eran juchitecos que admiraban a Zapata además de al martirizado Che Gómez. Avanzado el otoño, indios chamulas que luchaban por la zona de San Cristóbal en su desventurada rebelión contra Tuxtla habían empezado a aparecer sin orejas, que era el castigo impuesto por haber perdido la reciente Batalla de Chiapa de Corzo. Frank encontró un par de ellos dispuestos a aprender el trabajo, y al poco se encargaban ya de las faenas técnicas más pesadas, lo que le dejaba más tiempo para ir a la ciudad a relajarse, aunque nunca estaba seguro de lo que pasaba cuando no los vigilaba a la luz, porque, pese a lo peculiares que eran los tarahumaras, algunas de estas tribus de Chiapas hacían que parecieran tan monótonos como profesores de metalurgia. Aquí había enanos y gigantes, y ‘*brujos*’ que adoptaban la forma de gatos silvestres o mapaches o se multiplicaban a sí mismos por docenas. Frank lo había visto, o creía que lo había visto.

En este tramo concreto de declive hacia el Pacífico, Tapachula era *la* ciudad; si uno quería relajarse o armarla buena, o las dos cosas a la vez, iba a Tapachula. Frank solía pasar el rato en una cantina llamada El Quetzal Dormido, bebiendo brandy de maguey de Comitán o el licor destilado ilegalmente que era conocido como *pox*, de gusto al principio asqueroso pero al cabo de un rato bastante potable, y bailando o encendiendo panetelas para una chica llamada Melpómene que había salido de las ruinas y luciérnagas de Palenque, y había ido a parar primero a Tuxda Gutiérrez y luego, con ese instinto para reconocer una ciudad en auge que poseen algunos jóvenes y que les permite saber dónde se gasta el dinero más a la ligera en un momento dado, a Tapachula, en cuyas cercanías había cacao, café, caucho y plantaciones de bananas, así que la ciudad siempre vibraba con recolectores, peones que sacudían los árboles, trabajadores de viveros, cribadores de judías, *guayuleros* y operadores de centrifugadoras, sin que nadie mostrase el menor ánimo de moderación.

Melpómene le habló a Frank de los escarabajos luminosos gigantes llamados *cucuji*. Todas las noches en el campo que rodeaba Palenque, iluminando los kilómetros de ruinas ocultas entre los árboles de la selva, se veían millones de ellos, con cuerpos que brillaban de punta a punta, tanto que con la luz de uno solo podía leerse el periódico y con seis se iluminaba una manzana de una ciudad.

—O eso me contó una vez un ‘*tinterillo*’ —sonrió a través del humo de un Sin Rival—. No sé leer, pero tengo un árbol lleno de *cucuji* en mi patio. Ven. —Y le guió hacia la parte de atrás y por un callejón adoquinado hasta un camino de tierra. De

repente, delante de ellos, por encima de las copas de los árboles, brilló una luz amarilla verdosa, que se encendía y apagaba—. Sienten que llego —dijo.

Doblaron una esquina y allí había una higuera, llena, hasta donde Frank podía ver, de miles de esos grandes escarabajos luminosos, que primero centelleaban resplandecientes y luego se oscurecían, una y otra vez, todos al unísono. Se dio cuenta de que si miraba fija y largamente al árbol, perdía el sentido de la escala y era casi como estar mirando una inmensa ciudad, como Denver o la capital mexicana, por la noche. Sombras, profundidades...

Melpómene le contó que las indias de Palenque capturaban y amaestaban a los escarabajos, les ponían nombres a los que ellos aprendían a responder, los metían en jaulas para llevarlos como lámparas por la noche, o se los colocaban en el cabello bajo velos transparentes. Las noches se poblaban así de mujeres iluminadas, que podían moverse por el bosque como si fuera de día.

—¿Y todos estos bichos de aquí tienen nombres?

—La mayoría —le lanzó una mirada de advertencia para que no se burlara—. Incluso hay uno que se llama como tú, ¿quieres conocerlo? ¡*Pancho*!

Uno de los fragmentos de luz se separó del árbol, voló y aterrizó sobre la muñeca de la chica, como un halcón. Cuando el árbol quedó a oscuras, *Pancho* también se apagó.

—‘*Bueno*’ —le susurró ella—, no prestes atención a los otros. Quiero que te ilumines sólo cuando yo te lo diga. Ahora. —El bicho, obediente, se encendió—. Ahora apágate. —Y *Pancho* obedeció otra vez.

Frank miró a *Pancho*. *Pancho* le devolvió la mirada, aunque quién sabe qué era lo que veía.

No habría sabido decir cuándo exactamente, pero en un momento dado, Frank comprendió que ese portador de luz era su alma, y que las luciérnagas del árbol eran las almas de cuantos habían pasado por su vida, aunque fuera a distancia, aunque fuera por un latido y medio, y que existía un árbol así para cada persona en Chiapas, aunque eso indicara que la misma alma tuviera que vivir en varios árboles, pues todas acababan conformando en realidad una única alma, del mismo modo que la luz era indivisible.

—Del mismo modo —amplió Günther— que nuestro Salvador informó a sus discípulos, sin que se le torciera el gesto, que el pan y el vino eran indistinguibles de su cuerpo y de su sangre. La luz, en cualquier caso, ocupa entre estos indios de Chiapas una posición análoga a la de la carne entre los pueblos cristianos. Es *tejido vivo*. Como el cerebro es la expresión exterior e invisible del Alma.

—Demasiado alemán para mí —masculló Frank.

—Piénsalo: ¿cómo es posible que todos se enciendan y apaguen a la vez?

—¿Buena vista, reflejos rápidos?

—Es posible. Pero recuerda que en esas montañas también hay tribus que, se sabe, habitualmente mandan mensajes a lo largo de cientos de kilómetros,

instantáneamente. Y no a la velocidad finita de la luz, entiéndeme, sino con un intervalo cero de tiempo.

—Creía que eso era imposible —dijo Frank—. Hasta la telegrafía sin hilos requiere un poco de tiempo.

—La Relatividad Especial tiene poco sentido en Chiapas. Es posible, después de todo, que la telepatía exista.

Es posible, después de todo. Frank quería comentárselo a Melpómene la siguiente vez que se pasara por el Quetzal Dormido, pero ella se le adelantó.

—Esta noche habrá una pequeña perturbación —dijo.

—‘*Caray*’, ¡tu ‘*novio*’ ha vuelto a la ciudad!

Ella le echó la ceniza del cigarrillo.

—Son esos mazatecos otra vez. Ahora mismo se está formando una banda con la intención de marchar hacia aquí. Deberían llegar poco después de medianoche.

—Mazatán, eso está a veinticinco kilómetros. ¿Cómo sabes qué está pasando allí «ahora mismo»?

Ella sonrió y se dio unos golpecitos en el centro de la frente.

A eso de la medianoche hubo gritos, explosiones y varios disparos, que se acercaban a la ciudad desde el oeste.

—¿‘*Qué*’ mierda pasa? —preguntó Frank un poco adormilado a esas alturas—. Oh, perdóname, ‘*querida*’, quería decir ¿‘*Qué chingada*’ pasa?, faltaba más.

Melpómene se encogió. Frank se asomó por la ventana. Mazatecos, sin duda, y con malas intenciones.

Los expertos en política tendían a etiquetar los resentimientos manifestados regularmente por Mazatán contra Tapachula como otra rebelión «vazquista», aunque la gente de por aquí lo entendía más bien como uno de esos rencores enconados entre ciudades que hervían a fuego lento en Chiapas desde mucho antes de que llegaran los españoles. Es posible que últimamente, más excitados por el clima de rebelión nacional, algunos elementos de Mazatán hubieran estado pasándose días y noches tramando planes para atacar Tapachula, limpiar ambas orillas de la ciudad y matar al ‘*jefe*’ local. Pero sus planes, por alguna razón, nunca tenían en cuenta a las fuerzas voluntarias de autodefensa de Tapachula, que estaban allí esperándolos cada vez, y en ocasiones llegaban a perseguirlos hasta el mismo Mazatán, y hasta habían ocupado la ciudad para aumentar la humillación.

—Es casi como si lo supieran de antemano —comentó Frank asombrado—. ¿Quién los avisa?, ¿tú?, ¿quién te lo dice a ti?

Pregunta que recibió como respuesta una sonrisa enigmática y poco más. Pero Günther se lo había estado pensando.

—Es como el teléfono —comentó—. Ni siquiera «como», es el teléfono. Una red de indios en comunicación telepática. No parece que le afecte la distancia. Da igual cuánto se aleje uno de ellos, el organismo mayor y único permanece intacto, coherente, conectado.

El invierno llegó en el calendario, pero no en la '*tierra caliente*'. Aun así, algo como un acortamiento de los días, una defección de la luz del sol, estaba dándose en los espíritus de cuantos vivían en el '*cafetal*'. Iba a pasar algo. Los indios empezaron a intercambiarse extrañas miradas y a evitar los ojos de los demás.

Una noche, Frank estaba sentado cerca de la higuera de Melpómene, contemplando el espectáculo de los *cucuji*, y, en cierto momento, del modo en que uno se sume en el sueño, cayó en un trance y, esta vez sin *hikuli*, se encontró de vuelta en la misma versión del Tenochtitlán antiguo a la que le había llevado antes el cactus de El Espinero.

Su misión era una cuestión de vida o muerte, pero sus detalles se le escapaban por alguna razón. Sabía que tenía que encontrar el camino a una parte de la ciudad oculta a la mayoría de sus habitantes. Lo primero que tenía que hacer era pasar bajo un arco ceremonial, que, según creía, sería arrasado algún día, del mismo modo que los españoles habían destruido todas las construcciones aztecas de Tenochtitlán. El Arco era de piedra caliza pálida, con una escultura triunfal encima, una figura siniestra, toda curvas, cabellera, alas y telas, sobre un carro. Reconoció la cara dorada del Ángel de la Cuarta Glorieta de Reforma, pero supo que se trataba de otro Ángel. En su función de puerta, la construcción parecía definir dos partes distintas de la Ciudad tan inconmensurables como la vida y la muerte. Cuando «Frank» pasó por debajo, el Arco adquirió una luz fantasmal y se hizo más alto y sustancial.

Se encontró en una parte de la Ciudad donde reinaba el salvajismo y se desconocía la misericordia. Figuras con túnicas le miraban fijamente al pasar, con una especie de odio inquisitivo. Se oía fuego de artillería y disparos, tanto cercanos como más alejados. La sangre salpicaba las paredes. En el aire flotaba un olor a cadáveres, gasolina y carne quemada. Quería desesperadamente un cigarrillo, pero no le quedaban. Buscó la puerta a sus espaldas, pero había desaparecido. De vez en cuando, un peatón alzaba temeroso la mirada hacia el cielo y gritaba o corría a esconderse, pero cuando Frank miraba hacia arriba, no veía nada más que una sombra que se acercaba desde el norte, como una tormenta, cubriendo cada vez mayor parte del firmamento estrellado. Sabía qué era, pero no encontraba el nombre en su memoria.

Llegó al borde de una gran plaza, que se perdía en la madrugada sin luz, casi vacía de vida, entre dos edificios oficiales pero sin nombre, con fachada de *tezontle* y *tepetate* volcánicas, y ambos monumentos, pese a su modesta altura y su indiferencia emocional, resultaban tan intimidantes y ocultaban quizás intenciones tan crueles como las pirámides más antiguas de ese valle. Ahora se oían tiros, más o menos continuos, y Frank no sabía qué hacer. Ninguno de los dos enigmáticos edificios ofrecía el menor refugio. Se imaginó ante sí la extensión mortal de las horas oscuras que debía pasar allí, hasta que los gallos cantaran y el cielo retuviera lentamente más luz y tal vez revelara la silueta, en los tejados mellados, de figuras humanas que podrían haber estado allí desde el principio, atentas a las hostilidades.

Cuando Frank volvió al mundo indicativo, allí estaba Melpómene con noticias de la Capital sobre el golpe de Huerta, y poco a poco se le hizo evidente que los dos misteriosos edificios de su visión eran el Palacio Presidencial, donde Madero se había refugiado con fuerzas leales, y el arsenal conocido como la Ciudadela, a dos kilómetros y medio al oeste, donde los rebeldes encabezados por Félix Díaz, el sobrino de Porfirio Díaz, se habían atrincherado. Entre ellos se extendía el centro de la Capital, un espacio de combates que causarían miles de muertos, dejados donde caían, a la intemperie, que se prolongarían durante diez días de aquel mes de febrero y que se conocerían más adelante como la Decena Trágica. La sombra sobre sus cabezas, la misma que llevaba todos esos siglos persiguiendo a los aztecas y sus descendientes en su larga huida hacia el sur, llegó por fin a cernerse en el cielo sobre el Valle de México, sobre la Capital, y se dirigió hacia el este desde el Zócalo para detenerse sobre la penitenciaría llamada «*‘el palacio blanco’*», donde finalmente se condensó en las ráfagas de calibre 38 que mataron a Madero y Pino Suárez y llevaron a Huerta al poder; pese a la larga y terrible lucha, y a la fe popular tan inmerecida, había acabado permitiendo que la serpiente se impusiera, después de todo.

Optó por no quedarse a ver qué tipo de precio, si alguno, pondría el nuevo régimen a su cabeza, y así Frank dejó México a bordo de un barco cafetero que zarpó de Vera Cruz, oculto en la bodega entre varios sacos de carga. Cuando llegó a Corpus Christi, estaba tan excitado de respirar polvo de café que le entraron ganas de hacer a la carrera todo el camino hasta Denver.

—Quédate en Texas —le rogó una bailarina de fandango llamada Chiquita mientras atravesaba a toda prisa San Antonio.

—Querida en circunstancias normales no querría otra cosa porque México en el pasado mi segundo país *‘mi otra tierra’* como decimos por allí me ha hecho más consciente de San Antonio hogar del Álamo la cuna de la independencia de Texas y todo lo demás sin entrar en detalles de quién robó qué a quién estoy seguro de que entenderás que tarde o temprano alguien en alguna cantina sacará el tema puede que no más que con un movimiento de ojos en el espejo de ahí pero será una promesa de negocios en el futuro próximo que podría abarcar cualquier cosa desde el precio de una cerveza a la vida de uno de nosotros mira tú... —Momento en el cual, en cualquier caso, ya había salido por la puerta y estaba a medio camino de San Ángelo.

En cuanto llegó a Denver, fue al banco a comprobar si algo del dinero que había estado enviando había llegado desde México, y para su asombro encontró una bonita suma de calderilla en su cuenta. Además del salario de Günther y un par de comisiones por la compra de maquinaria pesada, estaban los diez dólares al día en oro que la gente de Madero le había pagado en 1911 en Chihuahua, que parecían incluir un extra por caerse del caballo. Que él supiera, era la primera vez que le pagaban por ser estúpido. ¿Había algún futuro en eso?

Una noche, Frank estaba en un bar de la calle Diecisiete cuando se encontró, quién iba a decirlo, con el Doctor Willis Turnstone, el pretendiente rechazado en el pasado por Lake, la hermana de Frank, que acababa de salir de su turno en un hospital cercano.

—Veo que prefieres apoyarte más en esa pierna que en la otra —dijo el Doc al cabo de un rato.

Frank le contó la historia.

—¿Puedes hacer algo al respecto?

—Si yo no puedo, mi socio sí. Es un colega chino, lo cura todo clavándote agujas de oro por todas partes. Te quedas tumbado como un puercoespín y, sin darte cuenta, al levantarte te pones a bailar el fox trot y ya no paras en toda la noche.

—Agujas. Tengo que pensármelo un poco.

—Aquí tienes su tarjeta. Yo estoy al doblar la esquina, pásate un día y le echamos un vistazo.

Tras algunos comentarios sociales, el Doc dijo:

—¿Te has dado cuenta de que no te he preguntado ni una vez por tu hermana?

—Te lo agradezco. Supongo que ya lo has superado. Ojalá pudiera decir lo mismo.

—Superado y de qué manera. Estoy prometido y voy a casarme con el más perfecto de los ángeles. No sabría cómo empezar a describértela. Oh, Frank, es adorable en todos los sentidos. Madre, musa y amante, todo en una, ¿te lo imaginas? No, claro, no puedes. Vaya, de repente se te ha puesto mala cara.

—¿No habrá una escupidera para vomitar?

—Aquí no se puede, normas de la casa.

La consulta del Doc Turnstone estaba a manzana y media del Mercy Hospital, en un tercero.

—Malas hierbas son los enfermos imaginarios —se rió entre dientes su colega el Doctor Zhao—. Veamos su lengua. Ajá. —Tomó ambas muñecas de Frank y durante un rato estuvo estudiando sus pulsaciones—. ¿Cuánto hace que está embarazado?

—¿Cómo?

—¡Estaba bromeando!

La puerta se abrió y una joven con uno de esos *chapeaux* de terciopelo oscuro que se veían ya por toda la ciudad asomó la cabeza.

—Hola, cariño, eres tú... ¡Aaahhh! ¡Tú!

—Yo no —gorjeó el Doctor Zhao—. Y tu novio ha ido a hacer una consulta domiciliaria. ¡Oh! ¡Debes de referirte a este paciente!

—¿Qué tal, Wren? ¿Te molesta que no me levante ahora mismo? —Todas esas agujas debían de haberle hecho algo a Frank. En circunstancias normales, a un hombre se le habría partido el corazón, puede que incluso le hubiera saltado hecho trizas, al encontrarse a una antigua novia llamando «cariño» a otro hombre, y, por si fuera poco, médico. Pero lo que estaba sintiendo en realidad era un extraño reflejo de cotilla pueblerino que le hizo pensar: vaya, vaya, Wren y el Doc, me pregunto cómo les irá y demás.

—Frank, espero que no estés...

A él siempre le había gustado esa torpeza de marisabidilla..., como si los celos fueran algo que sólo los personajes de los libros supieran tratar y cuando uno se los topaba en el mundo, vaya, pues se viera bastante perdido...

—Cuéntame —dijo un tanto adormecido—, ¿cómo os conocisteis, par de tortolitos?

—Tengo que ir a destilar unas hierbas chinas —murmuró el Doctor Zhao—. Voy a dejar abierta esta puerta. ¡Más vale que os portéis bien!

—Volví a Estados Unidos —dijo Wren—, me presenté en el hospital para pasar un examen médico que me exigían en Harvard. Resultó que Willis estaba de guardia, nos cruzamos en el pasillo, nos miramos el uno al otro y...

—‘¡Epa!’ —sugirió Frank. Él había tenido noticias del fenómeno pero nunca lo había visto.

Wren se encogió de hombros, justamente como una desamparada víctima femenina del Destino.

—Willis es bueno —dijo—. Un buen hombre. Ya lo verás. Y conoce a tu amiga Estrella. Los dos participan en no sé qué misterioso proyecto en la cuenca minera.

Muy bien, ahora hablaba de algo interesante. Los plutócratas, según parecía, malditas fueran sus almas si es que tenían, habían vuelto a las andadas, esta vez en el sur de Colorado, donde era carbón y no oro lo que los hombres buscaban bajo tierra arriesgando sus vidas y su salud, y los mineros ahora solían venir de Austria-Hungría y los Balcanes, más que de Cornualles y Finlandia. Desde el pasado septiembre, el sindicato de mineros estaba en huelga contra la Rockefeller’s Colorado Fuel and Iron Company; desde noviembre, el yacimiento de Trinidad estaba bajo la ley marcial. Ambos bandos tenían muchos rifles, y la Guardia Nacional del estado disponía también de ametralladoras. Los tiroteos y las escaramuzas habían sido constantes, cuando el tiempo lo permitía: las tormentas de aquel invierno habían sido feroces y letales, incluso para Colorado. Las familias desahuciadas de las viviendas de la empresa se habían pasado todo el invierno en colonias de tiendas en las afueras de Ludlow y Walsenburg. Stray había ido allí al principio de la huelga y se había instalado en una de las tiendas en diciembre, desoyendo los consejos de todos los que la querían.

—Que es un número considerable de personas —dijo el Doc Turnstone.

—¿Te importaría decirme qué hace allá abajo?

—Hay una especie de plexo informal de gente trabajando cuanto pueden para ayudar a los huelguistas. Comida, medicinas, municiones, cuidados médicos. Todo es voluntario. Nadie saca provecho ni cobra nada, ni siquiera se lleva ningún mérito o agradecimiento.

—Me recuerda México.

—Me parece que tú ya has tenido bastante de esas historias.

—No, mierda. Ahora, chicos, a ver si me arregláis esta pierna.

—Casualmente hay un pequeño convoy que se dirige a Walsenburg, y andan escasos de personal.

—Pues ya me estoy yendo.

—Anda por allí un viejo colega tuyo, Ewball Oust.

—Bueno. Ésta debe de ser mi semana, ¿verdad?

Se encontraron, como habían quedado, en Pagosa Springs.

—¿Cómo va la pierna? —dijo Ewball.

—Todavía patea cuando me pisa algún cabrón del norte. —Frank asintió vagamente en dirección al pene de Ewball—. ¿Y cómo va esa tercera pierna?, ¿o no debería preguntar?

Si Ewball había esperado que la cuestión de Stray no surgiera, no lo dejó entrever.

—Oh —dijo fingiendo que examinaba el cañón defectuoso de un arma de uno de los cargamentos—, otro de los grandes errores de mi vida, supongo. Nunca debí interferirme como lo hice.

—Parecía una buena idea por entonces.

—Ya estamos otra vez. Pero ahora es toda tuya, socio. —Ewball dio un par de coces y añadió—: Siempre lo fue.

—Ahora me entero, Ewb. —Pero ¿quién, aparte de la propia Stray, lo podría saber mejor que Ewb ahí presente?, o eso empezó a pensar Frank, en cualquier caso.

Manteniendo un ojo alerta para evitar a los vigilantes de las minas, a los Ku Kluxers, a los detectives de las compañías y a otras sabandijas variadas, ascendieron con el pequeño convoy, formado por mulas y carretas, hasta el Paso de Wolf Creek y luego descendieron al Valle de San Luis. Pasaban las noches sin dormir, pues sin duda los perseguían jinetes, aunque hubiera luna menguante.

—Otra cosa que tienes que saber. —Ewball removió reflexivamente los posos de la olla de café con el termómetro del Cuerpo de Transmisiones que había robado y que le gustaba utilizar para alcanzar la temperatura correcta.

Frank resopló.

—Esto no tiene fin, ¿qué más?

—Tu madre. Está en Denver, trabajando para la mía...

—Vaya, no me digas que no es genial. —La respuesta habitual habría sido algo así como «Creía que tu madre trabajaba en los bares de putas de Denver», pero ya

había pasado la época para esos cumplidos.

—... y ella y Stray parece que tuvieron una larga y bonita charla.

—Llevaste a Estrella a conocer a tu familia.

—Ella ni siquiera quería, tenía que haberlo pensado mejor.

—Lo que deberías hacer es cuidarte mejor las espaldas, Ewb, es esa Fiebre Burguesa que te está corroyendo.

—Ahora todo eso pertenece al pasado. Sí, ha acabado del todo. Y otra cosa sobre Stray, ¿te he contado alguna vez que...?

—Ewb.

Y sin más demora, el sol había vuelto a salir y el café se había congelado en la olla tras la larga noche.

El paso por la Cuenca del San Luis fue nervioso. En la lejanía aparecían de vez en cuando jinetes cuyos sombreros, guardapolvos y monturas se fundían con el terreno, recorriendo a toda velocidad la llanura sin árboles, cada uno encaminado en una dirección ligeramente distinta, los menos reflexivos vistiendo ropa oscura que resaltaba contra el paisaje de ceniza, pues a cualquiera, incluso en una pequeña elevación, le habría costado resistirse a la tentación de considerar a esos jinetes blancos para el rifle. Como si los jinetes más aventureros estuvieran dispuestos a jugársela al viento, a la precisión de las mirillas de los tiradores y al tamaño de la descarga, o sencillamente a que el terreno elevado estaba demasiado lejos, contra la simple recompensa de esa bien conocida exaltación del espíritu cuando te disparan y no te dan.

No se veía tanta vigilancia ociosa como en los viejos tiempos, ahora parecía haber mucho en juego. Allá donde no podían fiarse del telégrafo, los mensajes tenían que seguir llegando a su destino. Los Winchester, Remington y Savage tenían que hallarse en las manos apropiadas. Figuras importantes que procuraban eludir el Denver & Río Grande, infestado de hombres de Pinkerton, tenían que ser escoltados por esos senderos sin refugios.

Fue un alivio superar Fort Garland, salir de la llanura y ascender de nuevo al terreno irregular. Llevaron la recua por la cordillera Sangre de Cristo sobre el paso North La Veta, bajo una luz acerada, con intensidades amarillas entre las columnas púrpuras de nubes..., los Picos Españoles se alzaban por delante al otro lado del valle, y las cumbres nevadas de la cordillera Culebra se encadenaban y se perdían de vista hacia el sur. Y a sus pies, al momento, en un recodo del camino, los primeros tejados de Walsenburg, el tepe dejando sitio a las tablillas de las casas, más allá de las cuales, atrincheradas y desoladas, se extendían las cuencas mineras.

Scarsdale Vibe se dirigía a la sección local de la Alianza de Defensa Patronal, la Confederación Huérfano-Las Animas, conocida como la CHULA, que se había reunido en el casino de un exclusivo complejo turístico de aguas termales cerca de la Línea Divisoria Continental. Unos enormes ventanales dejaban ver y enmarcaban un escenario montañoso como ilustraciones de postales teñidas a mano por un equipo traído del otro lado del mar y formado sólo por hombres ligeramente daltónicos. La clientela parecía compuesta mayoritariamente por blancos estadounidenses, de riqueza visible, veraneantes del este y más allá, aunque a un observador podría perdonársele que creyera reconocer rostros más habituales de los bares de los grandes hoteles de Denver o algunos que tampoco habrían desentonado en los peores antros de Arapahoe.

Era una hora avanzada de la noche, las damas se habían retirado hacía mucho, y con ellas la necesidad de andarse con eufemismos.

—Claro que los utilizamos —Scarsdale bien metido en lo que ya era su habitual sermón político—, los enjaezamos y los sodomizamos, fotografiamos su degradación, los mandamos arriba, a las vías, y abajo, a minas, alcantarillas y mataderos, los ponemos debajo de cargas inhumanas, cosechamos su músculo, su vista y su salud, dándoles como muestra de nuestra generosidad unos años miserables de espiguelo. Claro que lo hacemos. ¿Por qué no? Sirven para poco más. ¿Qué probabilidad hay de que lleguen a la madurez, de que se eduquen, de que engendren familias, de que mejoren la cultura o la raza? Nosotros tomamos lo que podemos mientras podemos. Miradlos, llevan la marca de su destino absurdo a la vista. La estúpida música del juego de las sillas está a punto de detenerse, y serán ellos los sorprendidos, torpemente, la mayoría carentes de oído musical y ni siquiera remotamente conscientes de lo que pasa, y muy pocos, si alguno, con la sensatez de abandonar la partida a tiempo y buscar refugio antes de que sea demasiado tarde. Porque puede que entonces ya no haya refugio.

»Lo acapararemos todo —añadió haciendo el esperado gesto con el brazo—, este país entero. El dinero habla, la tierra escucha, allá donde se agazape el anarquista, donde cabalgue el cuatrero, nosotros, pescadores de americanos, lanzaremos nuestras redes de malla perfecta de diez acres, nivelada y a prueba de gusanos, preparada para construir sobre ella. Allá donde indeseables y patanes desconocidos se arrastren tras sus miserables sueños comunistas, los buenos ciudadanos de las praderas llegarán como redes desbordantes a estas colinas, limpios, laboriosos, cristianos, mientras nosotros, mirándolos en sus pequeños bungalows de vacaciones, moraremos en los palacios suntuosos que corresponden a nuestro rango, cuya construcción pagará el dinero de sus hipotecas. Cuando las cicatrices de estas batallas se hayan borrado hace mucho, y las escorias estén cubiertas de matojos de hierba y flores silvestres y la llegada de las nieves ya no sea la maldición anual sino una promesa, esperada ansiosamente por la afluencia de aficionados acaudalados a las diversiones

invernales, cuando los ramales brillantes del teleférico hayan sometido todas las laderas, y todo sea fiesta y deporte saludable y ganado eugenésicamente seleccionado, ¿quién quedará ya para recordar a la farfullante basura del Sindicato, a los cadáveres congelados cuyos nombres, falsos en cualquier caso, se habrán desvanecido para siempre?, ¿a quién le importará que en el pasado unos hombres lucharan como si una jornada de ocho horas, unas cuantas monedas más al final de la semana, lo fueran todo, merecieran soportar el viento implacable bajo el tejado desvencijado, las lágrimas helándose en el rostro de una mujer desgastado prematuramente hasta el estupor, el llanto de niños cuyos buches nunca fueron satisfechos, cuyo futuro, el de aquellos que sobrevivieron, se redujo siempre a trabajar hasta reventar para nosotros, servirnos, alimentarnos y criarnos, recorrer las vallas remotas de nuestras fincas, hacer guardia entre nosotros y aquellos que pudieran entrometerse o cuestionarnos? —Podía haber echado una mirada provechosa a Foley, atento entre las sombras. Pero Scarsdale Vibe no buscó los ojos de su viejo y fiel secuaz. Raramente lo hacía ya—. El Anarquismo pasará, su raza degenerará hasta el silencio, pero el dinero engendrará dinero, crecerá como las campánulas azules en el prado, se extenderá, brillará y tomará fuerza y postrará a todo ante él. Es sencillo. Es inevitable. Ya ha empezado.

Al día siguiente, en su tren privado, el *Juggernaut*, descendió todos los niveles desde el reino de la teoría hasta las crudas realidades invernales de Trinidad para ver qué pasaba sobre el terreno, y mirar a la cara al monstruo anticapitalista. Se tenía a sí mismo por un hombre práctico, no un teórico, y nunca se había arredrado ante «el mundo real», como a él le gustaba llamarlo.

De camino al yacimiento de Trinidad, paseando entre los coches, Scarsdale abrió una puerta de la parte de atrás de un vagón y allí, en el vestíbulo, estaba aquello: era un ser mucho más alto que él, con el rostro horriblemente corroído como si lo hubieran quemado en los bordes, cuyos rasgos no se hallaban en el lugar exacto donde deberían. Era el tipo de presencia maligna que antes le habría sumido en un pavor del que, estaba seguro, no habría salido con la voluntad intacta. Pero en esta ocasión sólo sentía curiosidad. Scarsdale, miró directamente a los ojos de la figura y levantó un dedo como si fuera a hablar, mientras el otro pasaba por delante de él y se disponía a seguir por el pasillo del vagón.

—Espera —dijo Scarsdale asombrado—, quería hablar contigo, fumar un puro, hacer un poco de vida social.

—Ahora no. Tengo otras cosas que hacer. —El acento no era americano, pero Scarsdale no supo situarlo. Y luego la aparición se desvaneció, dejando al magnate aturdido ante su propia falta de miedo e incapaz de imaginar que eso no había sido hecho a propósito contra él, con la pretensión, como siempre, de destruirle. ¿Quién podía estar detrás a esas alturas, en la fase a la que habían llegado las cosas?

Foley llegó parpadeando, despertado por algo que había oído.

—Aquí, en el *Juggernaut*, había alguien que no debería estar —le dijo Scarsdale a modo de saludo.

—Lo he recorrido de arriba abajo una docena de veces —dijo Foley.

—No importa, Foley, todo está en manos de Jesús, ¿no? De hecho, puede pasar en cualquier momento y, para serte sincero, ansío ser uno de esos muertos perversos.

Foley sabía exactamente qué significaba eso. En los campos de batalla, tras el combate, con el suelo cubierto de balas de cañón, él había buscado la compañía de fantasmas a miles, todos llenos de resentimientos, vagando o parados junto a la puerta de los cementerios y las granjas abandonadas, allá donde era más probable que supervivientes medio enloquecidos los vieran, pues algunos de ellos no estaban seguros de qué lado de la línea apenas visible caminaban... No era la compañía que él hubiera elegido. Al principio atribuyó el deseo de Scarsdale de estar entre ellos a la ignorancia del civil. Pero no tardó mucho en ver que Scarsdale los comprendía mejor que él.

Tras dejar el cargamento en Walsenburg, Frank y Ewball cabalgaron hasta Trinidad para echar un vistazo. Había milicianos por todas partes, jóvenes de aspecto infeliz con uniformes manchados y harapientos, sin afeitar, insomnes, buscando excusas para acosar a los huelguistas, que eran griegos y búlgaros, serbios y croatas, montenegrinos e italianos.

—En Europa —explicó Ewball— todos ellos andan matándose entre sí por unos enredos políticos que escapan a la comprensión de cualquiera. Pero en cuanto llegan aquí, antes de que puedan decir «¿Qué hay?», se olvidan de esos odios antiguos, se olvidan por completo, y se convierten en hermanos de armas, porque comprenden inmediatamente qué es lo que pasa.

Por alguna razón seguían viniendo al oeste, a estas cuencas mineras, y los dueños hacían correr historias sobre francotiradores de la guerra de los Balcanes y demás, y sobre luchadores de las montañas griegos, serbios de costumbres crueles, búlgaros con fama de gustar de innombrables prácticas sexuales, sobre todas aquellas razas extrañas que llegaban allí y hacían desdichadas las vidas de los pobres e inocentes plutócratas, que sólo intentaban salir adelante como todos los demás. Si algunos de esos mineros inmigrantes ya habían intervenido en acciones militares allá de donde procedían, ¿por qué venían aquí, a estos cañones dejados de la mano de Dios? No era por los tres dólares al día, se ganaba más en las ciudades, y seguro que tampoco era para morir en explosiones, derrumbamientos y enfermedades pulmonares ni porque hubieran elegido acortar sus vidas extrayendo carbón para que algún propietario viviera como un señorito, así que ¿por qué venían aquí precisamente? La única explicación que tenía sentido para Ewball, que se había estado comportado de una forma cada vez más rara a medida que se acercaban a Trinidad, era que algunos de ellos tenían que estar ya muertos, eran bajas de la lucha en los Balcanes.

—Para los muertos inquietos, como ves, la geografía no importa, todo es un asunto inacabado, por todos lados hay cuentas que saldar, porque la historia de esos pueblos balcánicos está hecha de venganza, de ida y vuelta, familias contra familias, y nunca acaba, así que aquí tienes esta población de fantasmas balcánicos, muertos a tiros, yo qué sé, en alguna montaña de Bulgaria o de donde sea, sin la menor idea de dónde están ni de adónde van, lo único que sienten es *ese desequilibrio*, que algo está mal y hay que enderezarlo de nuevo. Y como la distancia no importa, se presentan allá donde haya una lucha parecida, esa misma historia de asesinatos de ida y vuelta, y podría ser algún lugar de China del que nunca oiremos hablar, y también podría ser aquí mismo, a una manzana de distancia, justo en las profundidades de Estados Unidos.

—Ewball, tío, menuda cháchara de loquería.

En Trinidad, Frank se fijó en un tipo que estaba en el porche del hotel Columbian, corpulento, adusto, oscurecido por el sol y apoyado desgarbadamente en la pared, contemplando el tráfico de la calle con una altiva mirada de desprecio.

—Ni cobrando le buscaría las cosquillas a ese tío —comentó Frank.

—¿Estás seguro?

—Oh, oh. Ewb, ¿qué es esa mirada en tu cara?

—El caballero resulta ser Foley Walker, el devoto secuaz del viejo amigo de tu familia, el señor Scarsdale Vibe.

—Bueno, eso da que pensar. —Frank se bajó el ala del sombrero y pensó en ello —. ¿Significa eso que Vibe también está en la ciudad?

—Alguien tiene que andar por ahí dirigiendo ese circuito de champán y faisanes, asegurándose de que los patrones no pierdan su tensión. Rockefeller no pudo, pero el bueno de Vibe se siente tan feliz como una mosca en la mierda.

Encontraron una cantina en la calle y entraron. Ewball parecía sumido en un estado de impaciencia casi juvenil.

—¿Y bien? —dijo por fin—, ¿qué?, ¿vas a hacer dos muescas o qué?

—Podrían ser tres si hay que llevarse por delante a ese Foley. ¿Es tan espantoso como parece?

—Peor. Dicen que Foley es un cristiano renacido, así que puede hacer el mal que le venga en gana porque Jesús está al caer y nada que pueda hacer un humano es tan terrible como para que Jesús no lo perdone.

—Pero tú andarás cerca cubriéndome la espalda, ¿verdad?

—Vaya, Frank, todo un detalle por tu parte pedírmelo.

Se registraron en el hotel Toltec. Frank sabía que al final se dirigiría a Ludlow a buscar a Stray, pero en ese momento la posibilidad de que Vibe ofreciera un blanco bastante claro parecía prioritaria. Decidieron vigilar las idas y venidas del magnate.

Mientras reconocían el terreno, en una ocasión creyeron atisbar fugazmente a Mother Jones en persona, a la que subían a empujones a un tren que salía de la ciudad, una escena por entonces cómica porque ella tenía amigos entre los trabajadores del ferrocarril por toda la línea, que la dejarían subir o bajar allá donde quisiera. Lo que a Frank le llamó la atención de esa dama de cabello cano fue su actitud de a-la-mierda, un amor a la travesura que debía de haber conservado intacto y protegido del paso de los años, de los plutócratas y de lo que los apólogos a sueldo de estos últimos llamaban la «vida», como si supieran lo que era; un amor que debía de haber protegido como a un crío, como a la niña que ella había sido...

Una pequeña jauría de perros bajaba dando vueltas a toda velocidad por Main Street, como si los empujara un tornado en miniatura. Últimamente había más perros que nunca en la ciudad. Como si alguien hubiera considerado urgente sacarlos de los cañones, donde se avecinaban problemas que a ellos ni les iban ni les venían.

En estos establecimientos turísticos exclusivos siempre tenían habitaciones, pequeñas y despojadas, recámaras contiguas, antesalas donde ultimar sus asuntos letales, adonde los miembros de la troupe podían ir a prepararse, camerinos donde no había frase que recordar, capillas sin Dios...

Tras varias sesiones de cuidadosa observación, Ewball había decidido que la mejor hora para ir a por Scarsdale sería justo después de comer.

—Come en el hotel, luego Foley y él dan un corto paseo hasta la oficina de la Colorado Fuel and Iron, donde pasan la tarde estudiando qué maldades perpetrar. Hay un pequeño espacio entre los edificios, podría sorprenderlos ahí.

—¿Tú?

Y así se planteó la delicada cuestión de quién dispararía a quién.

—Bueno, es tuyo si nos atenemos a las leyes de la venganza, claro —dijo Ewball—, en fin, si es eso lo que quieres.

—¿Y por qué no iba a quererlo?

La desconfianza había empezado a rezumar y al poco saturó a Ewball:

—No lo sé. Sólo digo que es posible que Vibe sea un blanco fácil, el objetivo difícil sería Foley. Todo depende de cuánto quieras trabajar tú.

—¿Quieres cargarte a Vibe?, ¿y que yo me ocupe de Foley? Pues tienes mi bendición, Ewb, y sin resentimientos, me da igual lo que diga la gente luego.

—¿A qué te refieres, Frank?

—Oh, ya sabes, esos rollos psicológicos. —Frank se fijó en que la sonrisa de Ewball ya no era lo que se diría amistosa—. Una forma de recuperar a tu padre y todo lo demás. Ideas del este, gilipolleces, claro.

Ewball pensó en ello un momento.

—Aquí —encontró una moneda de cuarto de dólar de plata—, lo echaremos a suertes, así de fácil.

Dos hileras enfrentadas de escaparates retrocedían hasta el fondo de la calle de tierra compacta. Allá donde acababan los edificios, no se veía nada sobre la superficie de la calle, ni horizonte, ni campo, ni cielo invernal, sólo un brillo intenso que ocupaba el vacío, un halo de gloria del que podía emerger o que podía absorber cualquier cosa, un portal de transfiguración plateada, como si se desplegara desde el punto de vista de (imaginemos) un pistolero abatido.

Frank decidió pedir prestado un Peacemaker del 44 a Ewball en lugar de utilizar su Smith & Wesson, que necesitaba un nuevo resorte de la varilla expulsora. Todos aquellos años, cuando Reef y él habían dejado que Mayva guardara el viejo Colt Confederado de Webb, Frank había pensado en llevar encima los cartuchos que tenía todavía dentro. Habían tintineado por todas partes, entrando y saliendo de alforjas, de bolsillos de guardapolvos, maletines y cartucheras, y Frank nunca los había utilizado, ni siquiera con Sloat Fresno, diciéndose que los llevaba encima sólo para recordar a Webb. No se trataba de que se estuviera engañando a sí mismo: estaban destinados a Deuce, claro. Pero a no ser que el pequeño reptil regresara a la escena del crimen, ¿existía alguna posibilidad de que Frank llegara a utilizarlos?

A falta de Deuce, Scarsdale Vibe ya le servía, pero era inútil explicárselo a Ewb, que se mantenía aferrado a extrañas variantes teóricas de los principios anarquistas y no había forma de que se bajara del burro. Frank se apostó en el estrecho callejón, entre la tienda de un fotógrafo y un comercio de granos y semillas, mientras que Ewball se situó enfrente y esperó al magnate imperial que había bajado los pulgares sobre Webb Traverse hacía diez años.

Pasaron por delante de la boca del callejón tan deprisa que Frank casi no los vio. Salió tras ellos y dijo:

—Vibe.

Los dos hombres se dieron la vuelta, Foley sacando ya lo que Frank tardó un segundo en reconocer como una Parabellum alemana, segundo que bastó para informarle de que pasaba algo raro. Ewball se acercaba sin darse prisa desde el otro lado de la calle, utilizando una carreta que pasaba para ocultarse, con la mano izquierda apoyada sobre el cañón de su arma, casi como si rezara.

Incluso en una ciudad llena de anarquistas asesinos que lo odiaban más que a Rockefeller, Scarsdale no había creído necesario ir armado por aquellas calles. En su tono autoritario habitual, en el momento justo en que precisamente no debería haberlo adoptado, ladró:

—Bueno, los estás viendo tan claramente como yo, Foley. Encárgate de ellos.

Como respuesta, Foley se apartó girando sobre sus talones, alineó la boca de la Luger con el corazón de su patrón y descargó la primera bala. Scarsdale Vibe le miró, casi como si sólo sintiera curiosidad:

—Señor, Foley...

—¡Jesús es mi Señor! —gritó Foley, y apretó el gatillo, procediendo a vaciar las ocho balas en lo que, después de la primera, ya era un acto innecesario. Como si volviera a su hogar ancestral tras un largo y agotador viaje, lo que había sido Scarsdale Vibe se acomodó boca abajo en la nieve y el hielo sucios de la calle, en el olor de caballos y excrementos de caballos, para reposar.

Foley se quedó un momento mirando el cadáver, mientras los ciudadanos huían a la carrera, algunos a buscar al alguacil, otros a esconderse.

—Ah, y otra cosa —fingió que le hablaba, con un tono extrañamente alegre.

Frank, que había contado los tiros, asintió.

—Usted dirá.

—Espero que no os importe, pero hoy es día de paga, y yo llevo en la cola muchos más años que vosotros.

Un pelotón de la milicia se acercaba por la calle, y a Frank y Ewball, que habían guardado sus revólveres bajo los abrigos, no les costó mezclarse con los vecinos nerviosos de Trinidad. Foley esperaba, con paciente buen humor, mirando la sangre de Scarsdale, casi negra bajo esta luz de mediados de invierno, que fluía formando un marco líquido a su alrededor.

—Menuda vergüenza —murmuró Ewball—, ¿cómo voy a andar ahora con la cabeza alta?

—Querías ser tú el que lo hiciera —aventuró Frank.

—Peor aún. —Miró profundamente a Frank como si esperara, a estas alturas de su relación, que éste mostrase alguna habilidad para leer el pensamiento—. No se trataba tan sólo de un tiroteo más —dijo en voz baja.

—Pues para mí ha sido más que suficiente —dijo Frank, que no quería entrar en demasiados detalles.

Stray llevaba ya algún tiempo en Trinidad cuando se enteró de la existencia de la colonia de tiendas de Ludlow. La colonia se había levantado a finales de septiembre, al inicio de la huelga. Poco a poco se fue colocando el entarimado, se cavaron letrinas, se tendió una línea telefónica hasta la oficina del Sindicato en Trinidad. Desde principios de octubre, después de algunos tiroteos entre los guardias de la mina y la gente de las tiendas, ambos bandos habían empezado a almacenar armas y municiones. Llegaba el invierno. Los tiroteos prosiguieron.

—¿Estás segura de que no quieres quedarte en la ciudad? —dijo la Hermana Clementia.

—Déjame que me acerque hasta allí con una carreta —dijo Stray— y echaré un vistazo.

Sólo un vistazo. Pero ella ya sabía que era allí donde tenía que estar. Aproximadamente al mismo tiempo que se instaló en una de las tiendas, el gobernador declaró la ley marcial, y al poco cerca de mil hombres, entre infantería, caballería y tropas de apoyo, al mando de una marioneta de la Colorado Fuel and Iron de nombre John Chase, que se hacía llamar «General», habían levantado campamentos en las afueras de Trinidad y Walsenburg.

Stray descubrió que la colonia constaba de ciento cincuenta tiendas en las que vivían unas novecientas personas, sobre todo familias, salvo en las zonas reservadas a los solteros, como la de los griegos, que tendían a mantenerse aislados y a relacionarse únicamente en su propio idioma. Una familia acababa de irse de una tienda, así que allí se mudó Stray. Antes de que anoheciera, se sentó junto al lecho de una niña montenegrina de unos tres años, con fiebre y la nariz llena de costras, e intentó darle un poco de sopa.

Por la mañana, su vecina Sabine y ella llevaron ropa de cama a una tienda de enfrente. Stray alzó la mirada hacia los terrenos elevados y vio emplazamientos armados en todas direcciones.

—No me gusta nada —murmuró—, es un campo de tiro descubierto por todas partes.

—Todavía no nos ha disparado nadie —comentó Sabine, más o menos en el mismo instante en que alguien lo hizo.

No se trataba de que Stray hubiera llegado a pensar alguna vez que la protegía un encantamiento. Pero cada vez que salía a la luz del día, las balas zumbaban a su alrededor sin alcanzarla, y se acostumbró a la tierra que saltaba en pequeñas explosiones a su paso, a los silbidos decrecientes de la munición desperdiciada que rebotaba. Al principio se ponía tan nerviosa que soltaba lo que llevara en las manos y corría a protegerse. A medida que fue avanzando el invierno, aprendió a cruzar zigzagueando todo el campamento, con los brazos cargados de palas para la nieve, mantas, gallinas vivas, puede que cinco litros y medio de café caliente, en una cafetera de hojalata equilibrada sobre la cabeza, sin que se le derramara ni una gota. A veces estaba casi segura de que los francotiradores apostados en las lomas jugaban con ella. Llegó a reconocer a los que querían coquetear por lo mal que le disparaban. Un día, al volver de una de esas excursiones, adivinen quién se presentó.

—Hola, mamá.

—¿Cómo coño has llegado aquí?

—Por la línea Colorado y Southern. No te preocupes, me colé en el tren, no me costó un centavo. Me alegro de verte, mamá.

—Jesse, esto es una locura. No tienes por qué estar aquí. Willow y Holt te necesitan.

—Allí no hay mucho que hacer. Todo el trabajo duro que nos tocaba a Holt y a mí, a Pascoe y a Paloverde, lo hicimos antes de que llegaran las nieves.

—Esto es peligroso.

—Más motivo entonces para que alguien te guarde la espalda.

—Igualito que tu padre. Maldito vendedor de aceite de serpiente. Nunca se os puede convencer de nada. —Lo miró a la cara, algo que hacía cada vez más a medida que él crecía, cuando tenía la oportunidad—. No me malinterpretes, no es que seas su vivo retrato ni nada por el estilo, al menos no todo el tiempo, pero, de vez en cuando...

Los focos de la empresa situados en las torres empezaron a barrer las tiendas durante toda la noche.

—Mamá, me está volviendo loco. No me deja dormir.

—Antes odiabas la oscuridad.

—Era un niño.

La milicia de Colorado le estaba dando mala fama a la luz. La teoría militar afirmaba que enfocar al enemigo con reflectores permitía verlo mientras se le cegaba para que no te viera, concediéndote una inestimable ventaja tanto táctica como psicológica. En las tiendas, aquel crudo invierno se buscaba la oscuridad tanto como el calor o el silencio. A muchos la oscuridad les acabó pareciendo una forma de compasión.

Finalmente, una noche Jesse sacó su fusil de repetición y salió a explorar.

—Voy a dar una vuelta para echar un vistazo —fue lo que le dijo a su madre, quien, en otros tiempos había utilizado esa misma frase con frecuencia.

Poco después, pasada la medianoche, Stray, que se había acostumbrado a dormir con todo tipo de ruidos, soñó que oía la detonación aislada de un único disparo de rifle, y se despertó en medio de una bendita oscuridad. Poco más tarde, Jesse se acercó de puntillas y con cuidado se acurrucó a su lado, mientras ambos fingían que ella dormía. Ella le había enseñado a no atribuirse el mérito de nada si podía evitarlo, lo que no impidió que al día siguiente él fuera por ahí con una sonrisa de comemierda en la cara, que a ella le recordó a la que esbozaba Reef cuando creía que se había salido con la suya.

Fue el invierno en que todos comieron guiso de liebre. Las listas de huelguistas incluían unos veinte mil hombres, mujeres y niños. El viento ocupó los campos de Trinidad y se adueñó de ellos, y el frío se tornó más crudo. Las tormentas de principios de diciembre fueron las peores que nadie recordara. La nieve se amontonaba hasta un metro veinte de altura en algunos lugares. Las tiendas se desmoronaban bajo su peso. A mediados de mes, empezaron a aparecer rompehuelgas, traídos en vagones de ganado desde lugares tan remotos como Pittsburgh, Pensilvania, aunque muchos de ellos eran de México, y venían escoltados

por la Guardia Nacional desde la frontera; les habían prometido de todo, no les habían contado nada.

—Es como Cripple Creek otra vez —comentaban aquellos que se acordaban. Por entonces, hacía diez años, los esquirols eran esclavos e italianos, algunos de los cuales se habían quedado y se habían unido al Sindicato, y ahora eran ellos los que hacían la huelga.

—Y aunque sea el deber de todos partirle la cabeza a cualquier mexicano mantenido en la total ignorancia que haya sido traído para robaros vuestro trabajo —predicaba el Reverendo Moss Gatlin, que, siendo de los que no se perdían una buena pelea, llevaba allí desde que se había convocado la huelga—, también tenemos que entender lo eminentemente práctica a largo plazo que es la paciencia cristiana, si gracias a ella podemos mejorar la educación del esquirol estúpido, igual que a vuestras propias ofendidas cabezas, en Cripple y las San Juan, se les metió a golpes la lección de que un empleo es sagrado, se obtenga como se obtenga, incluso el de un esquirol, porque implica la rigurosa obligación de oponerse a partir de entonces a las fuerzas de la propiedad y a las fábricas del mal, con los medios que estén a vuestro alcance, sean cuales sean.

Ya más envejecido, utilizaba bastón, pero todavía acudía cojeando a la batalla, celebraba servicios dominicales regulares delante de las tiendas y además daba sermones a medianoche en cantinas afectas.

A lo largo de enero, el humor entre los milicianos se fue avinagrando, como si alguien supiera qué iba a pasar. Se violaron mujeres, los niños que se burlaban de los soldados eran atrapados y apaleados. A cualquier minero pillado en un descuido se le acusaba de vago y maleante, se le detenía y se le agredía, o cosas peores. En Trinidad, la caballería de la milicia estatal cargó contra un grupo de mujeres que se manifestaban en apoyo de la huelga. Varias de ellas, algunas poco más que niñas, fueron acuchilladas con sables. A otras las metieron en la cárcel. Gracias a la misericordia de Dios, o por simple suerte, ninguna murió.

Un día, Jesse volvió a la tienda presa de una extraña euforia distante, nada que hiciera feliz a su madre, porque le recordaba a la que había visto en demasiados artistas de la pistola desquiciados cuando creían haber encontrado el desafío definitivo.

—He visto el Death Special, mamá.

Se trataba de un vehículo blindado sobre el que corrían variados rumores, muy temido, con dos ametralladoras Colt montadas delante y detrás, que la agencia de «detectives» Baldwin-Felts había concebido para penetrar y controlar multitudes mal predispuestas, así como para aligerar su tamaño. Ya había pasado por allí barriendo la colonia con fuego de ametralladora, desgarrando las tiendas de lona y matando a algunos huelguistas.

Jesse y su amigo Dunn, que habían salido a explorar, encontraron a un par de Guardias Nacionales en una cabaña galvanizada, trabajando en el motor del Death

Special. Eran corpulentos, rubios, francos, y se comportaron bastante amistosamente, aunque no podían ocultar su desprecio hacia la gente para cuya muerte se había diseñado ese vehículo. Dunn creía que sabía cómo aprovecharse de los adultos, y llevaba un bolsillo lleno de monedas para demostrarlo. Pero Jesse se dio cuenta de que estos dos sabían quiénes eran y de dónde venían Dunn y él; con sólo una mirada a esas caras enrojecidas y esos ojos saltones comprendió que, llegado el momento, no podría salvar su vida, ni la de su madre ni la de Dunn, apelando a nada que esos adultos sintieran por los niños, ni siquiera por sus propios hijos... Fingir que mantenían una amigable charla con blancos potenciales de su Death Special era una demostración de maldad que ninguno de los dos niños había ni sospechado en adultos hasta ese momento.

Resultó que había una flota entera de Death Special, versiones mejoradas del modelo original, que era poco más que un descapotable con planchas de acero a los lados. En cuanto a éste, los dos mecánicos no podían conducirlo, eso correspondía a los oficiales, pero de vez en cuando, para realizar algunas comprobaciones funcionales, se les permitía hacer varios kilómetros a campo abierto y reventar unos mezquites.

—Con un rifle es demasiado personal —dijo uno de los Guardias—, cuando los apuntas por la mirilla uno por uno, tienes un minuto para conocerlos antes de cumplir con tu deber, pero con esta maquinita..., no te ha dado tiempo de desenganchar el dedo del gatillo y ya ha disparado diez o veinte balas, así que no hace falta apuntar con cuidado, simplemente eliges la zona que quieres reventar, incluso con los ojos cerrados si te apetece, tanto da, y ella lo hace todo por ti.

Aunque no paraban de alardear de la maquinaria en la que estaban trabajando, a los niños les pareció un tanto extraño que también hablaran del Death Special como si fuera una pobre víctima a merced de una turba inmensa y peligrosa.

—Aunque lo rodearan, aunque dispararan a las llantas, podríamos resistir dentro hasta que llegara ayuda.

—O abrírnos paso entre ellos, salir al otro lado —añadió el segundo— y escapar.

—¿Estás con la gente de las tiendas, hijo? —preguntó inesperadamente su amigo.

Los hombres habían llamado «hijo» a Jesse toda su vida, y siempre le había parecido más o menos insultante. Sólo un hombre tenía derecho a llamarlo así, pero ¿dónde mierda estaba? Jesse tenía que ser muy cuidadoso para que no se le notara lo mucho que le molestaba.

—Nanay —dijo con bastante naturalidad antes de que Dunn pudiera abrir la boca—, somos de la ciudad.

El miliciano miró a su alrededor, al campo desolado y cubierto de cicatrices que se extendía hasta demasiado lejos.

—¿La ciudad? ¿Y qué ciudad es ésa, hijo? ¿Trinidad?

—Pueblo. Hemos bajado del tren, yo y mi socio —señalando a Dunn, que no había cerrado todavía la boca.

—Ah, sí —dijo el otro—. Viví un tiempo en Pueblo. ¿A qué escuela vais?

—A la Central, ¿a cuál si no?

—Chicos, ¿no os parece que os habéis pasado con los novillos?

—No se lo diré a nadie si tú no se lo dices. —Jesse se encogió de hombros.

Antes de irse, robó dos balas de ametralladora del calibre 30, una para él y otra para su madre, imaginando que mientras esas dos balas concretas no se dispararan, Stray y él estarían a salvo de cualquier daño.

Frank estaba en Aguilar, en la línea férrea entre Walsenburg y Trinidad, en la cantina 29 de Luglio —llamada así por el día de 1900 en que Bresci, un anarquista, asesinó al rey Humberto de Italia—, para ver una tal vez imaginaria ametralladora, de la que se decía que era una Benet-Mercier refrigerada por aire, todavía dentro de la caja de envío, caída de algún modo de una carreta de suministro en Pueblo. La mayoría de los clientes eran italianos, y por el momento todo el mundo bebía grappa y cerveza y hablaba de la situación en el cañón, en la mina Empire, que, como cualquier parte en esta campiña helada y en huelga, era bastante desdichada, por no decir peligrosa. Al otro lado de la sala, un leñador calabrés borracho yacía inconsciente en el regazo de una joven mal vestida pero muy atractiva, es más, familiar, componiendo un cuadro vivo que a muchos en el local, pero no a Frank, les recordaba a la famosa escultura la *Pietà* de Miguel Ángel. Al ver la prolongada mirada fija de Frank, la Madona del bar gritó:

—¡Lo siento, Frank, tendrás que hacer cola, pero, mierda, la noche es joven!

—Me dijeron que andabas por aquí, Stray, pero no te había reconocido con esa ropa.

—No es demasiado cómoda en la silla de montar, pero por esta región ayuda parecer una hermanita de la caridad.

—Quieres decir que no es probable que ellos disparen a...

—Oh, mierda, te dispararán en cuanto te vean. Pero este color gris se funde mejor con el entorno, así que eres un blanco más difícil.

—Vine aquí con Ewball, pero se volvió a marchar. —Frank creyó que debía decirlo.

Ella se deslizó por debajo del italiano que tenía sobre el regazo.

—Invítame a una copa de lo que estés tomando y yo te contaré la sórdida historia entera.

—Ewb mencionó algo sobre... —le llevó un rato pensar cómo decirlo.

—Joder, lo sabía —dijo ella por fin—, le rompí el corazón, ¿verdad? No dejo de repetirme: «Stray, tienes que controlar esa mierda», luego sigo como si nada y lo hago de todos modos. —Asintió y levantó el vaso.

—A mí me pareció un tanto confuso. Pero no sabría decir si con el corazón roto.

—¿No te ha pasado nunca, Frank?

—Oh, muchas veces.

—¿Cómo está esa damita tuya, la profesora?

Frank, sin pretenderlo, inició un largo recitado sobre Wren y el Doc Turnstone. Stray encendió un cigarrillo y le miró con los ojos entornados a través del humo.

—A ver, estás seguro de que ella no te ha roto... el corazón ni nada. —Durante mucho tiempo, ella se había imaginado a Frank como un Reef sin la vena de loco, hasta que se dio cuenta de que tampoco era tan fácil de clasificar...; que persiguiera a Sloat Fresno había sido una sorpresa, como lo había sido su implicación en la revolución de Madero, y ahora ahí estaba, en la cuenca minera a punto de explotar—. ¿Tienes pensado quedarte por aquí o te vuelves a Denver? —preguntó.

—¿Hay alguna razón para que me quede por aquí un tiempo?

—¿Te refieres a algo aparte de la guerra que va a estallar en cualquier momento?

Se miraron un buen rato el uno al otro hasta que ella sacudió la cabeza.

—Supongo que no tienes nada que hacer en Denver.

—Lo que me recuerda: ¿cómo está mi madre?, me enteré de que la viste hace un tiempo allí.

—Quiero mucho a Mayva, Frank. Sobre todo teniendo en cuenta que se trata de alguien a quien veo una vez cada diez años. Deberías escribirle alguna vez.

—¿Debería?

—Nunca has visto a Jesse, ¿verdad que no?

—También soy un mal tío —dijo Frank ladeando la cabeza.

—No me refiero a eso, Frank. —Ella respiró hondo, como si fuera a zambullirse en una habitación llena de fuego—. Estos días estamos viviendo en las tiendas, por si se te ocurre hacernos una visita.

Frank procuraba conservar la calma para que no se le notaran las oleadas de pulsaciones que le recorrían de arriba abajo. Mantenía la expresión serena.

—Bueno, si sigues ahí...

—¿Y por qué no iba a seguir...? —Y entonces ella se calló, porque la respuesta era ya bastante clara.

—Suponía que lo sabías. Tienen pensado arrasar la colonia entera, y antes de que acabe la semana, eso es lo que tengo entendido.

—Pues en ese caso más vale que nos visites pronto.

Y así fue como Frank se encontró arrastrándose junto a la sombra monjil de ella, bajo el ataque amarillo ácido de los rayos de los reflectores, a través de la nieve que se fundía y se volvía a helar, tras haber pensado en recuperar de sus alforjas tan sólo un paquete de cigarrillos, una lata de tabaco y tantos cartuchos como pudo guardarse en el cuerpo para los Krag y los Police Special modificados que había conseguido.

Jesse no estaba cuando llegaron a la tienda, pero a Stray no le preocupaba.

—Seguramente estará por ahí con esos balcánicos de los que se ha hecho amigo. Celebran su Pascua o algo así. Le han enseñado a moverse por la noche muy bien. No

corre mucho peligro. Puedes dormir ahí, junto a la cocina. Si vuelve, normalmente no hace mucho ruido.

Frank tenía la vaga intención de mantenerse despierto para ver qué aspecto tenía Stray por debajo de aquellos telares de monja de hospital, pero debía de estar más cansado de lo que creía. Durmió hasta que el gallo de alguien se soltó y llegó la áspera luz del día.

Acababa de poner el pie fuera de la tienda para ir a mear cuando atisbo un rostro que le pareció salido del pasado, un tipo siniestro que bajaba al trote por la ladera con el uniforme de la milicia, sombrero de ala estrecha, polainas y camisa de campaña, de frente alta, ojos sin pestañas y una boca fina en una auténtica cara de lagarto. Una cara que no merecía ni cinco centavos de piedad.

Frank señaló con la cabeza y preguntó a Kosta, que estaba al otro lado de la letrina, meando.

—¿Quién es ese hijo de puta? Lo he visto en alguna parte.

—Es el cabrón de Linderfelt. Cuando ataquen esta noche, vendrá el primero gritando ¡A la carga! Linderfelt es el demonio.

Frank se acordó entonces.

—Él estaba en Juárez, al mando de unos mercenarios que se llamaban a sí mismos «la legión americana»; se precipitó, intentó atacar la ciudad antes que Madero y más tarde emitieron una orden de búsqueda y captura por saqueador. Tuvo que cruzar la frontera a toda prisa. Creía que habría sido pasto de los zopilotes hacía tiempo.

—Pues ahora es teniente de la Guardia Nacional.

—Tiene su lógica.

—Además, los zopilotes tienen más sentido común.

El tiroteo había empezado con las primeras luces, no tardó en generalizarse y prosiguió en espasmos a lo largo de todo el día.

La milicia estaba en Water Tank Hill, con un par de ametralladoras. Sus tiradores formaban una hilera a lo largo de un saliente, más arriba. Había unos huelguistas apostados en una zanja de la línea de ferrocarril, al este, que tenían a los Guardias Nacionales bastante bien enfilados, pero la milicia estaba más arriba, y a lo largo de todo el día se mantuvo el punto muerto. Los pensamientos de todos se centraban ya en la noche que se acercaba.

—No sé hasta qué punto van a ser caballerosos cuando el sol se ponga —dijo Frank.

—Se transformarán en otra cosa —dijo ella.

Jesse entró retorciéndose por debajo de un lado de la tienda con un Winchester de repetición, sin aliento.

—Intenté bajar a la zanja de la vía. Arrastrándome boca abajo. Me quedé sin balas. ¿Quién es éste?

—Éste es Frank Traverse. Es el hermano de tu padre. Acaba de llegar para participar en algunos de los festejos.

El chico buscó una cantimplora de agua y bebió un buen rato.

—Me ha estado calentando la cabeza sobre ti, Jesse —dijo Frank.

Jesse se encogió de hombros, en un gesto muy ensayado.

—Qué es esto, parece un viejo Krag.

—Tienen varias cajas llenas —recordó Stray—, si no me equivoco, las que yo les vendí hace años.

—A veces les coges cariño —dijo Frank con calma—. Lo bueno de un Krag, ¿sabes?, es la retrocarga, un detalle muy útil cuando hay mucho movimiento, sólo tienes que abrirla así, en cualquier momento, soltar tus balas, y todas se alinean y se empujan una por una, y se cargan cada vez que accionas el cerrojo. Ten, prueba.

—Quiere venderte una —dijo Stray.

—Estoy satisfecho con mi Winchester, gracias —dijo Jesse—. Pero, claro, déjame, mientras no desperdicie la munición de nadie. —Cogió el Krag y apuntó por la solapa de la tienda hacia un lejano grupo de jinetes, caballería aparentemente uniformada aunque con ningún uniforme que Frank conociera, apuntó, los encajó en la mirilla, respiró con cuidado y fingió que soltaba un disparo, «¡Bam!», y cargaba otra bala. Frank ya no podía enseñarle gran cosa.

Más tarde Frank se puso a revisar las armas de fuego, con Stray arrodillada a su lado.

—Quería decir... —dijo Frank.

—Oh, ya lo has estado diciendo, no te preocupes.

Él la miró más de cerca, sólo para distinguir su cara.

—Es un buen momento para comentarlo.

—¿Pasa algo por ahí que debería saber? —gritó Jesse desde la otra punta de la tienda.

—En cuanto oscurezca lo bastante —dijo Frank—. Justo antes de que se enciendan todas las luces, nos pondremos en movimiento. Iremos hacia el norte, a aquella torrentera ancha de allá arriba.

—¿Huir? —Jesse le clavó una mirada furiosa.

—Justamente —dijo Frank.

—Los que huyen son los cobardes.

—Algunos sí. A veces no son lo bastante valientes para correr. Has andado por ahí. ¿Cuántos cobardes has visto que estén dispuestos a salir corriendo hacia ahí?

—Crees que...

—Creo que podemos llegar a ese arroyo. Luego todo consiste en mantenerse a distancia de Linderfelt.

—¿Quieres echar un vistazo fuera de la tienda por nosotros? —preguntó Stray.

El niño miró fuera con cautela.

—Me parece que faltan un par de minutos para que enciendan los proyectores.

—Pues ahora es un buen momento —dijo Frank—. No nos queda mucho que hacer aquí.

—Dunn —se acordó Jesse.

—¿Dónde está? —dijo Stray, que cogió una pistola y munición mientras buscaba su sombrero.

—Aquí —dijo Dunn desde detrás de la cocina.

Todos salieron por los laterales de la tienda. Un pequeño grupo de jinetes pasaba al galope, una propulsión hacia delante de músculo y pellejo, cascos como armas agrupadas. Debían de ser de la milicia del estado, u hombres de Baldwins, del pelotón del sheriff, del Ku Klux Klan o de cualquiera de los grupos de rangers voluntarios. Había oscurecido demasiado para distinguirlos. Llevaban antorchas. De las llamas se elevaba un humo espeso y negro. Como si la intención no fuera iluminar sino proyectar negrura.

Ahora el tiroteo era continuo. El humo de los rifles se alzaba desde las posiciones de los Guardias Nacionales, en el aire frío. No servía de mucho saber dónde estaban, porque en nada los tenían delante mismo, en una de sus cargas inmisericordes, que sólo se producían a oscuras, y cuando estaban seguros de causar víctimas.

Jesse corrió y casi estaba a salvo cuando una figura mellada se interpuso en su camino, una mano le agarró del brazo y otra le puso la boca metálica y fría de un 45 reglamentario en la cabeza.

—¿Adónde vamos tan deprisa, pequeño macarroni?

—Suéltame.

—Tú eres el chico que se pasaba por la tienda. —La boca del arma seguía sin moverse. Jesse intentaba pensar en cómo salir de ésa sólo con dolor, puede que con algo roto o cortado pero que sólo tardara un tiempo en curarse.

—Hoy nos has estado disparando, ¿verdad, hijo?

—Vosotros me habéis disparado a mí —dijo Jesse.

Recibió una mirada de ojos enrojecidos. La pistola se apartó, y Jesse se tensó ante lo que, temía, le esperaba.

—Estoy jodidamente cansado. Tengo hambre. A ninguno de nosotros nos han pagado desde que hemos venido a esta mierda de sitio.

—A mi eso me suena.

Se quedaron quietos como si sólo estuvieran escuchando el tiroteo alrededor.

—Saca tu culo anarquista de mi vista —dijo por fin el soldado—, y si sabes rezar, reza por que no vuelva a verlo a la luz del día.

—Gracias, señor —Jesse no creyó que hiciera ningún daño con esa respuesta.

—Me llamo Brice. —Pero a esas alturas Jesse corría ya demasiado rápido para decirle cómo se llamaba él.

Se refugiaron con varios centenares más, al menos por unos minutos, en el arroyo ancho que corría al norte de la ciudad, esperando una pausa en el tiroteo para llegar a algún lugar más seguro. Pero la milicia intentaba tomar el puente de acero que cruzaba el arroyo, lo que cortaba cualquier posible huida hacia el oeste. Los reflectores entraban y salían de la torrentera, proyectando sombras negras que al pasar cerca casi podían percibirse como una brisa. De vez en cuando, algún niño subía para ver qué estaba pasando en las tiendas, y tenían que chillarle para que volviera.

Frank notó que alguien le ponía la mano en el hombro y al principio creyó que era Stray. Pero cuando miró apenas pudo distinguirla a través de las agujas de la nieve primaveral, protegiendo a Jesse con su cuerpo. No había nadie cerca de él. Bien podría haber sido la mano de un huelguista muerto extendida a través de la cortina mortal para buscar algo en la Tierra que tocar, cualquier cosa, y había dado la casualidad de que esa cosa fue Frank. Tal vez fuese la mano del mismísimo Webb. Webb y todo lo que había querido hacer con su vida, y todo lo que le habían arrebatado, y todos los caminos por los que habían partido sus hijos... Frank se despertó a los pocos segundos y vio que se le había estado cayendo la baba por encima de la camisa. No era momento para ensoñaciones.

Stray y el niño medían aproximadamente lo mismo, Frank se dio cuenta por primera vez. Jesse se había quedado dormido a sus pies. A poco menos de un kilómetro, todas las tiendas habían sido incendiadas, una por una, por los héroes de la Compañía B de Linderfelt. Una luz rojiza e impura saltaba y se desplazaba por el cielo, y los soldados emitían gritos de triunfo animal. Los disparos seguían desgarrando la peligrosa noche. A veces daban en algún blanco, y huelguistas, niños y sus madres, y hasta soldados y guardias del campamento, recibían balazos o combatían las llamas, y caían en la batalla. Pero todo aquello, cada baja, una por una, sucedió bajo una luz a la que la historia se mantendría ciega. Las únicas versiones serían las de la milicia.

Stray abrió los ojos y vio que Frank la estaba mirando. Ella lo miró también, y ambos estaban demasiado cansados para fingir que no era deseo, incluso allí, en medio del infierno.

—Cuando tengamos un momento —empezó a decir ella, pero luego pareció perder el hilo.

Frank percibió la espantosa y deslumbrante ocasión que quizá nunca más volverían a rozar. Era lo último en que debía pensar en ese momento.

—Los dos tenéis que llegar a la casa de tu hermana, ¿vale? —dijo Frank por fin—. Es lo único de lo que tienes que preocuparte ahora, todo lo demás puede esperar.

—Voy contigo, Frank —dijo Jesse con una voz vencida por el agotamiento.

—Tienes que ir con tu madre, ayudarla a salir de aquí entera.

—Pero la lucha no ha terminado.

—No, no ha terminado. Pero tú ya llevas un largo día de dura pelea, Jesse, y estas damas de aquí, con bebés y demás, necesitan un tirador de confianza que las cubra hasta que lleguen a aquel pequeño rancho al otro lado de las vías. No tengas miedo, ya habrá más pelea, todos tendrán su parte.

Sabía que la mancha pálida de la cara del niño estaba vuelta hacia él, y a Frank le alegró no tener que ver su expresión.

—Ahora que ya sé llegar a la casa de tu tío Holt y tu tía Willow, gracias al mapa que me dibujaste, iré para allá en cuanto nosotros hayamos acabado.

Ambos escucharon el «nosotros», no era el que les hubiera gustado, sino el que se refería al otro colectivo de sombras, exhaustas, que apenas se mantenían en pie, que entre todas no hablaban ni media docena de palabras en inglés, arrastrando por la tierra las culatas de los fusiles, avanzando en fila india hacia el este por el camino de carretas que llevaba a las Black Hills, esforzándose por mantenerse agrupados.

—Estaremos allá arriba —dijo señalando con la cabeza hacia las colinas—; se supone que hay un campamento de movilización por alguna parte. Jesse, ahora tú te encargas de todo... —Y el niño corrió a abrazarlo con inesperada fiereza, como si pudiera abrazarlo todo, la noche cerca de su final, el refugio del arroyo, abarcarlo y retenerlo, invariable, y Frank sintió que el chico se esforzaba por no llorar, y luego hizo que lo soltara, se apartó y volvió a aquella alba de espanto. Stray estaba justo detrás de él.

—Muy bien, Estrella. —Puede que su abrazo no fuera tan íntimo ni desesperado, pero no recordaba ningún beso tan sincero, ni tampoco tan cargado de pena.

—Pasan trenes hacia el sur a todas horas —dijo ella—; estaremos bien.

—En cuanto pueda, yo...

—No te preocupes, Frank. Jesse, ¿quieres llevar esto? —Y se fueron, y él ni siquiera estaba seguro de cuánto les había costado no volver la vista atrás.

Aquel verano había sido memorable por las altas temperaturas. Europa entera se abrasaba. Las uvas maduraban en la viña hasta volverse pasas de la noche a la mañana. Las pilas de heno cortado y empacado ya en junio ardían espontáneamente. Los incendios atravesaban el continente como regueros de pólvora, saltando fronteras, salvando cadenas montañosas y ríos con total impunidad. Los cultos naturistas estaban espantados ante la posibilidad de que el luminar que adoraban los hubiera traicionado y ahora planeara conscientemente la destrucción de la Tierra.

El *Inconvenience* había sido informado de la existencia de una corriente ascendente de aire sobre los desiertos del África septentrional de un tamaño e intensidad sin precedentes. Masas de aire de los Alpes, de las Montañas de la Luna y de las cumbres balcánicas se veían arrastradas para alimentar el gran ascenso térmico, y una aeronave, incluso del tamaño del *Inconvenience*, sólo tenía que aproximarse al flujo, la antigravedad sahariana se encargaba del resto. Lo único que en realidad hacía falta era dejarse ir.

Hubo discusiones, ni que decir tiene, sobre la financiación. A esas alturas, los chicos eran bastante autónomos. La Oficina Nacional había escatimado tanto en las asignaciones presupuestarias que la tripulación del *Inconvenience*, tras una reunión que duró cinco minutos, incluido el tiempo que llevó preparar el café, había votado finalmente por desafilarse. Y no fueron los únicos en tomar esa decisión. En realidad, desde hacía algún tiempo, a lo largo y ancho del mundo, la organización había derivado en una laxa suma de agentes independientes que sólo compartían el nombre y la insignia de «Chicos del Azar». No hubo reacciones por parte de la jerarquía. Era como si la dirección Nacional hubiera abandonado sus despachos, allá donde hubieran estado, si es que estuvieron en alguna parte, sin dejar una nueva dirección. Los chicos gozaban de plena libertad para definir sus propias misiones y negociar sus tarifas, cuyo monto ahora se quedaban en su totalidad, en lugar de entregar la mitad o incluso más a la Nacional.

Eso aumentó de forma reseñable la entrada de ingresos, lo cual, junto con los recientes avances en motores más livianos y de más caballos de potencia, había permitido que el *Inconvenience* ampliara considerablemente su tamaño: ahora sólo el comedor ocupaba más espacio que la góndola entera de la versión anterior de la nave, y la cocina también había crecido hasta ser casi tan enorme. Miles, en sus funciones de intendencia, había instalado refrigeradores de las mejores marcas y cocinas de hidrógeno de último modelo, y contratado a un equipo de cocineros de primera categoría, del que formaba parte un antiguo sous-chef del famoso Tour d'Argent de París.

La reunión de esa noche era para decidir si introducir el *Inconvenience* en la gran corriente ascendente sobre el Sáhara sin que nadie les pagara por adelantado. Miles llamó al orden en la sesión golpeando un gong chino comprado años atrás a una secta de asesinos en activo en aquel país, durante la intervención secreta pero decisiva de

los chicos en la Rebelión de los Bóxers (véase *Los Chicos del Azar y la ira del colmillo amarillo*), e hizo rodar un carrito con champán refrigerado, al tiempo que rellenaba los vasos de todos con un Balthazar de Verzenay de 1903.

—Nada de «a ver lo que sale», hermanos del cielo —se quejó Darby, cuya fijación por la legislación contractual había alcanzado a esas alturas quizá las lindes de la obsesión insana—. No estamos en esta historia gratis. Si no hay cliente, no hay viaje.

—¿Es que ya no queréis vivir más aventuras, chicos? —metió baza *Ksenija*, la compañera de *Pugnax*, aunque lo ladró en macedonio. Poco antes, *Pugnax* se había encontrado con la ferozmente bella perra pastora *šarplaninec* y la había convencido para que subiera a bordo del *Inconvenience*. A veces él creía que la había estado esperando toda la vida, que ella siempre había estado allí, moviéndose en una zona apenas visible, entre los paisajes que se extendían y pasaban bajo la nave, perdida en las profundidades, entre los campos de diminutas vallas o setos, los tejados de paja o de teja, el humo de cientos de fuegos humanos, las montañas sombrías y escarpadas, interpretando por el día el antiguo minueto con los rebaños...

La votación fue unánime: se aventurarían en la corriente ascendente y amortizarían los costes de los gastos generales. Según parecía, Darby había votado en contra de sus propios principios legales.

Dado que nadie había medido todavía las fuerzas que probablemente habría en juego, en circunstancias normales ningún navegante de los cielos en sus cabales se habría aventurado a menos de doscientos kilómetros del fenómeno del desierto, y apenas habían disuelto los chicos el Piquete de Despegue cuando empezaron a sentir los temblores en el casco, que al instante se convirtieron en sacudidas de excitación metálica, como si hubiera accedido a una inimaginable libertad, mientras la nave se veía asida y arrastrada hacia abajo por la Península Balcánica, cada vez más rápido hacia el sudoeste por el Mediterráneo y la costa de Libia, directamente hacia la inmensa masa vertical situada en algún punto por delante.

Los que no estaban de guardia se encontraban en las ventanas del Gran Salón y miraban fijamente la nube cilíndrica extrañamente roja que se elevaba, como un siniestro luminar, muy por encima del horizonte: arenas a estribor que ascendían eternamente, brillantes y calamitosas, en pura ascensión aerodinámica, vacía, silenciosa y por siempre precipitándose hacia arriba, el anti-paraíso...

Y mientras entraban en la masa de aire y se veían arrastrados, Chick Counterfly recordó sus primeros días a bordo del *Inconvenience*, y la oscura admonición de Randolph de que ir hacia arriba era como ir hacia el norte, y su propia suposición de que uno podía ascender lo bastante para descender a la superficie de otro planeta. O, como había dicho el Comandante por entonces: «Otra “superficie”, pero terrestre... demasiado terrestre».

El corolario, según había concluido Chick hacía ya mucho, era que cada estrella y cada planeta que vemos en el Cielo no es más que el reflejo de nuestra única Tierra a

lo largo de una trayectoria distinta del espacio-tiempo minkowskiano. Por tanto, viajar a otros mundos es viajar a versiones alternativas de la misma Tierra. Y si ir hacia arriba es como ir hacia el norte, con la variable común de que hace frío, la dirección análoga en el Tiempo, si nos atenemos a la Segunda Ley de la Termodinámica, debería ser ir del pasado al futuro, en la dirección de una entropía creciente.

Ahora, en el sofocante calor de la tormenta de arena, Chick estaba en el puente volante, con equipo de protección para el desierto, y tomó algunas lecturas del termómetro, midiendo la altitud mientras tanto con un simpiezómetro antiguo pero fiable, recuperado del naufragio del primer *Inconvenience* tras la poco conocida Batalla de Desconocido, en California.

Con la visibilidad apenas mejorada, a Chick le consternó descubrir que la columna de mercurio del instrumento estaba más alta, indicando un aumento de la presión atmosférica y, por tanto... ¡una menor altitud! Aunque la nave todavía era empujada por una corriente de aire ascendente, como Chick informó con cierta urgencia a Randolph, de algún modo también *estaba descendiendo* a una superficie que nadie veía. El Comandante de la aeronave mascó y se tragó medio frasco de pastillas de bicarbonato de sodio y se paseó por el puente.

—¿Alguna sugerencia?

—Todavía tenemos nuestro equipo Hipops de la misión en el Asia Interior —se le ocurrió a Chick—. Al menos, podría permitirnos ver algo.

Rápidamente, el Comandante y él se pusieron el conjunto extrañamente futurista formado por un casco, lentes, depósitos de aire y alimentadores de energía eléctrica, lo cual permitió a ambos aeronautas comprobar que la nave estaba ciertamente a punto de chocar contra una cordillera de montañas que parecían masas de obsidiana negra, que resplandecían con reflejos rojizos de luz y cuyas crestas afiladas como navajas se extendían a lo largo de kilómetros antes de desvanecerse en un crepúsculo vaporoso.

—¡Alivien la nave! —gritó Randolph, y Miles y Darby se apresuraron a obedecer mientras las ominosas luces rojas destellaban tras ellos, como lava fundida en una época de cataclismos geológicos.

Tras superar el peligro «por los pelos», como tenían por costumbre, Randolph y Lindsay se reunieron en la sala de mapas para ver si encontraban algún mapa que se ajustara al terreno, hasta el momento desconocido para todos ellos, sobre el que la nave navegaba en esos instantes.

Tras un repaso exhaustivo que se alargó toda la noche, la Comisión de Navegación, formada por ellos dos, determinó que la nave había llegado casi con toda probabilidad a la Contra-Tierra o Tierra Pitagórica postulada en el pasado por Filolao de Tarento para que el número de cuerpos celestes sumaran diez, que era el número pitagórico perfecto.

—Filolao creía que sólo un lado de nuestra Tierra estaba habitado —explicó Chick—, y resultaba que daba la espalda a la Otra Tierra, que él denominó Antichton, razón por la cual nadie la veía nunca. Ahora sabemos que la verdadera razón era la órbita del planeta, la misma que la nuestra salvo que a ciento ochenta grados, de manera que el Sol está siempre entre ambos.

—¿Es que acabamos de atravesar el Sol volando? —preguntó Darby en un tono que sus compañeros de nave reconocieron como un prelude a un cuarto de hora de comentarios sobre el juicio, por no decir la cordura, del Comandante.

—Puede que no —dijo Chick—. Es más probable que se trate de algo así como ver a través del Sol con un telescopio de alta resolución, con tal claridad que ya no somos conscientes más que del Éter entre nosotros.

—Oh, como unas gafas de rayos-X —se rió Chick tontamente—, sólo que distinto.

—Antichton —anunció Miles como un revisor de tranvía—. La Otra Tierra. Cuidado al bajar.

Era como en los tiempos de la Banda Musical de Armónicas otra vez. Estaban en la Contra-Tierra, en ella y sobre ella, pero al mismo tiempo en la Tierra que nunca, parecía, habían dejado.

Como si todos los mapas y cartas se hubieran vuelto repentinamente ilegibles, el pequeño grupo llegó a la conclusión de que, en cierto sentido no del todo geográfico, se habían perdido. Depositados por la gran corriente ascendente sahariana en un planeta del que no sabían qué posibilidades tendrían de regresar, algunos días los chicos casi creían encontrarse sanos y salvos de vuelta en casa, en la Tierra, pero otros días descubrían una República Americana —cuyo bienestar creían estar obligados a defender— que había caído de manera irrevocable en manos del mal y de los imbéciles, hasta tal punto que tenían la sensación de que no podían, después de todo, haber escapado a la gravedad de la Contra-Tierra. Juramentados por su Protocolo Fundacional para no interferir nunca en los asuntos de las «marmotas», contemplaban aquello con impotencia y una depresión del espíritu desconocida hasta entonces para ellos.

Sus misiones contractuales empezaban a reportarles menos ingresos que otras fuentes que nada tenían que ver con el cielo: alquiler de propiedades en la superficie, intereses de préstamos de negocios, ingresos por inversiones a largo plazo..., y los chicos habían empezado a preguntarse si sus tiempos de aventuras por todo el globo no habrían pasado a la historia cuando, una noche a principios del otoño de 1914, los visitó un sombrío agente ruso que atendía al nombre de Baklashchan («Un alias», les aseguró, «que han utilizado los tipos más amenazantes»), que los informó de la misteriosa desaparición de su antigua némesis amistosa el Capitán Igor Padzhitnov.

—No se sabe dónde está desde el verano —dijo Baklashchan—, y nuestros agentes se han quedado sin pistas. Nos preguntábamos si alguien que se dedicara al mismo tipo de trabajo tendría más oportunidades de dar con él. Sobre todo dada la situación actual del mundo.

—¿La situación actual del mundo? —Randolph frunció el ceño. Los chicos se miraron con desconcierto los unos a los otros.

—¿No..., no están al tanto de...? —empezó Baklashchan, pero luego dudó, como si recordara una cláusula de sus instrucciones que le prohibiera compartir cierta información. Sonrió como disculpa y les entregó un informe que contenía los últimos movimientos observados de la nave de Padzhitnov.

Pese al «Décimo primer Mandamiento» que regía entre los aventureros independientes de la época, los chicos acordaron sin la menor vacilación hacerse cargo del caso. El pago inicial era en oro, que Baklashchan había cargado en un camello bactriano, que esperaba con paciencia a la sombra proyectada por el *Inconvenience* junto a una luna casi llena.

—Y, por favor, dele recuerdos al Zar y a su familia —recordó Randolph al emisario—. Recordamos con afecto su hospitalidad en el Palacio de Invierno.

—Los veremos muy pronto —dijo Baklashchan.

En el largo viaje que seguiría, que con el tiempo abarcaría la mayor parte de la Isla-Mundo, a los chicos no les pasaría inadvertido que algo ciertamente peculiar estaba ocurriendo en la Superficie. Con cada vez más frecuencia se hacían necesarios los desvíos. Tramos enteros de cielo estaban señalizados como prohibidos. De vez en cuando llegaban, desde ningún lugar inmediatamente visible, grandes explosiones de una intensidad profunda y nunca vista que hacía que los elementos estructurales de la aeronave crujieran y se estremecieran. Miles empezó a toparse con inesperadas escaseces cuando realizaba las compras. Un día su proveedor de vino más fiable le dio alarmantes noticias.

—Los envíos de champán han sido suspendidos indefinidamente. Toda la región de cultivo ha sido sembrada de trincheras.

—Trincheras —dijo Miles, como si fuera un término técnico extranjero.

El mercader miró hacia atrás un buen rato y puede que hubiera seguido hablando, pero ya no se le oía con claridad. Miles era consciente de que eso, como tantas otras cosas, tenía que ver con los términos del contrato en gran medida tácito establecido entre los chicos y su destino, como si, hacía mucho, tras haber aprendido a volar, al alzarse liberados de sus vínculos con el mundo indicativo de abajo, hubieran pagado con una exoneración de toda lealtad a él y a cuanto ocurriera en la Superficie. Cambió el pedido decantándose por vino sin gas de España, y el *Inconvenience* siguió volando, dando bandazos de un lado a otro por todo el contra-planeta, tan extraño y aun así tan familiar, con el esquivo Padzhitnov siempre un par de pasos por delante.

—Y otra cosa rara —anunció Chick una noche en su habitual repaso semanal de los avances del caso—: los viajes del Capitán Padzhitnov —dijo dando golpecitos

con un puntero sobre el mapa que abarcaba el mamparo de proa entero de la cámara de oficiales del *Inconvenience*— han coincidido en gran medida con los nuestros a lo largo de los años. Eso no tiene nada de sorprendente. Pero, si nos fijamos sólo en los meses anteriores a su desaparición, en todos los sitios donde habíamos estado ese año —señaló uno por uno—, la Riviera, Roma, San Petersburgo, Lvov, los Altos Tatras, el bueno de Padzhy había estado también. Allá donde no hemos estado, él no parece haber dejado huella alguna.

—¡Espléndido! —soltó Darby—. Ahora nos perseguimos a nosotros mismos.

—Siempre supimos que venía tras nuestros pasos —Lindsay se encogió de hombros—, es probable que esto sólo sea más de lo mismo.

—Esta vez no —afirmó Miles, que se sumió de nuevo en su silencio habitual y sólo recuperó el hilo de la idea meses más tarde, una noche junto a la costa de Cirenaica, mientras Chick y él estaban en el saliente de popa compartiendo un cigarrillo y contemplando la luminosidad del mar—. ¿Dan pavor los fantasmas porque nos acercan del futuro un elemento (en el sentido vectorial) de nuestras propias muertes? ¿Son acaso en parte, de manera imperfecta, nuestros propios egos muertos, arrojados al pasado, en un retroceso de la superficie del espejo al final, para perseguirnos?

Chick, que consideraba que lo metafísico no entraba en sus competencias, optó por asentir y resopló educadamente.

Y no sería hasta algunos meses más tarde, en las brumas funestas sobre el Oeste de Flandes, cuando Miles recordaría de repente su soleada excursión en bicicleta de hacía ya mucho con Ryder Thorn, que aquel día estaba poseído por un trágico aire de profeta.

—Thorn sabía que volveríamos aquí. Que habría algo aquí a lo que tendríamos que prestar atención. —Miró alrededor, como si bastara con desearlo para descubrirlo, a través de la grisácea luz de lluvia, a un terreno que se revelaba de vez en cuando entre las nubes como un mar envenenado llevado a la calma—. Esos pobres inocentes —exclamó en un susurro afligido, como si una ceguera se hubiera sanado sola de golpe, permitiéndole por fin ver el horror que transpiraba sobre el suelo—. Antes, al principio de todo esto..., deben de haber sido unos simples chavales, muy parecidos a nosotros... Sabían que estaban ante un gran abismo cuyo fondo nadie podía ver. Pero se arrojaron a él igualmente. Dando vítores y riendo. Era su propia «Aventura» grandiosa. Eran los héroes juveniles de una Narración del mundo; irreflexivos y libres, se precipitaron a esas profundidades por decenas de millares, hasta que un día se despertaron, los que seguían con vida, y en lugar de encontrarse posando con nobleza ante cierta geografía moral dramática, se vieron arrastrándose presas del pánico en una trinchera de barro, rodeados de ratas, oliendo a mierda y a muerte.

—Miles —dijo Randolph con cierta preocupación—. ¿Qué es? ¿Qué ves ahí abajo?

Pocos días después, en algún punto por encima de Francia, Miles estaba casualmente de guardia en la cabina de Tesla cuando, sin previo aviso, apareció una mancha roja por delante de ellos agrandándose lentamente en el cielo vaporoso, y Miles, sin pensárselo dos veces, empezó a gritarle:

—*Neizvestnyi Vozdushnyi Korabl! neizvestnyi vozdushnyi korabl!* —que significaba «¡Aeronave desconocida!, ¡aeronave desconocida!» en ruso, aunque a esas alturas no era nada «desconocida» para Miles, claro.

Una voz familiar respondió:

—¿Nos andabais buscando, chicos del globo?

Era el viejo *Bol'shaia Igra*, no hace falta decirlo, que ahora había aumentado varias docenas de veces su antiguo tamaño. El blasón de los Romanov había desaparecido de su envoltura, que ahora era una sencilla y casta extensión de un rojo saturado, y el nombre de la nave había cambiado a *Pomne o Golodayushchiki*.

—Recordad la hambruna —explicó el Capitán Padzhitnov, cuyo anterior esplendor atlético parecía haberse vuelto más fosforescente, como si surgiera de una fuente menos material que la sangre.

—¡Igor! —saludó alegremente Randolph—. *Dobro pozhalovat*. —Mientras en alguna parte del bajel ruso, una campana, un modelo a escala de la famosa Campana del Zar de Moscú, regalada a la tripulación por el Zar Nicolás II en persona, empezó a tañer.

—Significa «¡Ven y llévate!» —dijo el Capitán—. Sería un honor para nosotros que compartierais nuestro almuerzo.

Había remolacha y sopa de repollo, trigo sarraceno preparado como gachas y pan negro, del que se había fermentado también un extraño tipo de cerveza con sabor a arándanos, y, en el centro de la mesa, donde los chicos solían tener una jarra de limonada, un enorme cántaro de vodka de la destilería de la nave.

La relación con la Ojrana se había interrumpido hacía mucho, contó Padzhitnov, y estos días la nave y la tripulación volaban por toda Europa y el Asia Interior, pero ya no arrojaban ladrillos sino que lanzaban comida, ropa y, desde que había estallado una gran epidemia de gripe de la que los chicos no tenían noticia todavía, suministros médicos, y lo hacían suavemente en paracaídas que caían en las poblaciones que las necesitaran allá abajo.

—Alguien nos contrató para encontrarte —le dijo Randolph sin rodeos—. Nuestras instrucciones eran notificarlo en cuanto lo hiciéramos. Pero todavía no hemos informado. ¿Debemos hacerlo?

—Si les dices que no puedes encontrarlos, ¿les deberás dinero?

—Noooo, les hicimos eliminar todas las cláusulas de penalización —dijo el Oficial Jurídico Suckling.

—Si es quien creemos que es —dijo riéndose profesionalmente entre dientes el Oficial de Espionaje de la nave, Pavel Sergueievich—, enviarán equipos de asesinos en cualquier caso. La venganza es mejor que los escombros.

—El nombre de Baklashchan no me suena, pero su tipo es reconocible —dijo Padzhitnov—. Es otro *podlets*, un arribista. Miles de ellos nos han denunciado, miles más nos denunciarán. En la época del Zar, con la Ojrana, nuestro estatus siempre estuvo en cuestión... En la actualidad creo que somos fugitivos, enemigos declarados de quien sea que esté ahora en el poder.

—Entonces, ¿dónde está vuestra base de operaciones? —preguntó Chick.

—Como buenos bandidos, tenemos guaridas en las montañas. Un *Shtab* en Suiza, aunque no seamos la Cruz Roja, que tampoco son ningunos santos y se financiaban de hecho con los beneficios del café y el chocolate, un gran negocio en Ginebra hasta 1916, cuando todos, salvo nosotros, fueron detenidos y deportados. Ahora vamos de vuelta allí, por si te interesa. Te enseñaremos nuestros Alpes privados. Parece una montaña sólida, pero está hueca por dentro, repleta de contrabando. ¿Te gusta el chocolate? Te hacemos un buen precio.

De vuelta a bordo del *Inconvenience*, los chicos se reunieron en la sala de oficiales para decidir qué harían a continuación.

—Hemos firmado un contrato —les recordó Lindsay a todos—. Que sigue en vigor. O bien entregamos al Capitán Padzhitnov a las autoridades de su país, o bien lo llevamos a un lugar seguro y nos convertimos también en fugitivos de la justicia.

—Puede que Rusia ya no sea su país —señaló Darby—, puede que de lo que esté huyendo ya no sea la «justicia». Tú eso no lo sabes, cabeza de chorlito.

—Puede que no lo sepa con la certidumbre con la que la opinión pública sabe de la preferencia de tu madre por los genitales de los animales del zoológico más corpulentos y menos refinados —replicó Lindsay—. Sin embargo...

—Oooh —murmuraron los demás chicos.

De una estantería cercana, Darby ya había sacado un volumen legal, que empezó a hojear.

—Sí. Cito de la Ley Inglesa sobre la Difamación de Mujeres de 1891...

—Caballeros —suplicó Randolph. Hizo un gesto hacia más allá de las ventanillas, donde obuses de artillería de largo alcance, que hasta hacía bien poco eran objetos misteriosos, destellaban con los colores de la avanzada hora de la tarde, y se los veía alcanzar las cimas de sus trayectorias y detenerse en el aire por un instante antes de la zambullida letal de vuelta a la Tierra. Entre los distantes sonidos de las explosiones repetidas, se oía también el zumbido estridente e indiferenciado de los aviones militares. Abajo, por todo el campo en el que se libraba la batalla, se encendían los primeros proyectores nocturnos—. No hemos firmado ningún contrato que incluyera nada de esto —les recordó Randolph a todos.

Las dos aeronaves llegaron a Ginebra en convoy. El gran espectro silencioso del Mont Blanc se alzaba vigilante por detrás de la ciudad. La tripulación de Padzhitnov estaba acuartelada al sur del río, en la parte más antigua de la ciudad, donde algunos

de sus miembros habían vivido como estudiantes universitarios durante los años previos a la Revolución. Los chicos se instalaron finalmente en una planta entera de suites contiguas con vistas al lago, en el antiguo Helvetia Royale, uno de los grandes hoteles turísticos suizos que en el pasado, antes de la guerra, estaban atestados de visitantes de Europa y América.

A pesar de la gripe y la escasez, la ciudad bullía con toda clase de trapicheos. Cada calle ofrecía múltiples oportunidades de que alguien abordara a cualquiera para hacer un negocio con carbón, leche o cartillas de racionamiento. Espías, especuladores y estafadores se mezclaban con refugiados e inválidos hospitalizados de todas las potencias beligerantes. Desde 1916 estaban en vigor acuerdos entre Gran Bretaña, Alemania y Francia que permitían intercambiar y repatriar a los prisioneros de guerra gravemente heridos a través de Suiza, mientras que los heridos leves podían quedar internados bajo custodia suiza. Después de oscurecer habían empezado a aparecer trenes de transporte, que traqueteaban por el país con frecuencia a gran velocidad, transportando a los tísicos, los que padecían neurosis de guerra y los imbeciles. Los niños de los pueblos se escapaban de sus camas, y las tabernas se vaciaban para que los clientes se acercaran a las vías y vieran pasar los oscuros y martilleantes convoyes por el pueblo. Cada vez que los trenes se detenían para subir a bordo a un nuevo contingente de pasajeros o para situarse bajo los andamiajes verde oscuros que sostenían unos depósitos esféricos extrañamente puntiagudos, y así abastecerse de agua, aparecían ciudadanos salidos de la nada con flores, botellas de schnapps casero y chocolate atesorado durante años para los enfermos achacosos cuyos nombres nunca sabrían. Quizá sospecharan que su país era el escenario de un gran experimento sobre las posibilidades de la compasión en las profundidades de la guerra, puede que simplemente sintieran cierta necesidad de estar ahí y contribuir con lo que bien pudieran.

En Europa, la gran Tragedia seguía a toda prisa, iluminada por llamas de fósforo y explosiones de obuses, orquestada con el grave *ostinati* de la artillería sobre el fondo coral del staccato del fuego de ametralladoras, del que de vez en cuando llegaban leves indicios entre bastidores, junto con los olores de cordita, gas venenoso y cuerpos pudriéndose. Pero aquí, en la Suiza cotidiana, estaba la otra cara del tapiz, una versión práctica y andrajosa del gran espectáculo de más allá de sus fronteras. Uno podía imaginarse el drama, tener sueños terribles, inferir de aquellos que salían de sus números lo que podrían haber estado haciendo allí. Pero ahí, entre bastidores, el asunto era de una naturaleza distinta.

El *Pomne o Golodayushchiki* tenía trabajo de sobra, y el Capitán Padzhitnov se alegró de pasarle el exceso al *Inconvenience*. Al principio, la mayor parte de ese trabajo eran misiones de transporte de mercancías: traer volando bienes que a los suizos ya no les resultaba fácil importar, como azúcar, grasa para cocinar, pasta... Los chicos pasaban mucho tiempo esperando en ciudades fronterizas como Blotzheim, aunque también hacían muchos vuelos por el interior del país,

redistribuyendo heno durante las hambrunas de heno y queso durante los periodos de escasez de queso, que en los últimos años de guerra se habían vuelto crónicos. Al cabo de un tiempo, las misiones se expandieron más allá de las fronteras, para traer naranjas desde España o trigo desde Argentina. Un día apareció Padzhitnov y, tan autoritario como siempre, anunció:

—¡Ha llegado la hora de los ascensos, chicos del globo! Se acabó el reparto de mercancías..., a partir de ahora os dedicaréis a mover personal.

De vez en cuando, explicó el Capitán, se presentaba una *osobaia obstanovka*, una «situación especial», su término militar favorito, en el curso de la cual resultaba desaconsejable un intercambio de internados por tren.

—Ciertas personas de interés que no pueden ser repatriadas de cualquier manera. Ya me entendéis.

Los rostros siguieron inexpresivos, salvo el de Miles, que asentía gravemente.

—Si careciéramos de los mapas y cartas necesarios —dijo—, podríais prestárnoslos.

—*Konechno*. Lamentamos que nuestra nave ya no se adapte a las velocidades exigidas por una *situación especial*.

Al poco se encontraron sobrevolando en plena noche campos de prisioneros de guerra en los Balcanes. Volvieron a visitar Siberia, por primera vez desde el Suceso de Tunguska, para negociar la liberación de miembros capturados de la fuerza expedicionaria nipo-americana, y también contribuyeron decisivamente a la reinstauración del gobierno del Almirante Kolchak desde Omsk. Les dispararon con todo, desde cañones con más de ciento cincuenta kilómetros de alcance hasta pistolas de duelo, sin resultados, pues eran tiros impulsivos en su mayoría y no siempre realizados por alguien que tuviera una idea precisa de a qué estaba disparando. Fue una nueva experiencia para los chicos, y al cabo de un tiempo aprendieron a no tomárselo de manera más personal que el mal tiempo o los mapas erróneos. A ninguno se le ocurrió, hasta que lo señaló Miles, que su participación en la guerra europea no había empezado de verdad hasta que se refugiaron en territorio neutral.

Una mañana en Ginebra, por la calle, Padzhitnov, tras una larga noche en las tabernas que había junto a los muelles del río, y Randolph, resuelto madrugador en busca de un brioche y una taza de té, se cruzaron por casualidad. La ciudad estaba bañada en una luz extrañamente circunspecta. Los pájaros llevaban ya mucho despiertos y dedicados a sus cosas, pero con discreción. Los vapores del lago evitaban tocar las sirenas. Los tranvías parecían desplazarse sobre ruedas neumáticas. Un silencio sobrenatural se cernía sobre las agujas, las montañas, el mundo conocido.

—¿Qué está pasando? —se preguntó Padzhitnov.

—¿Hoy? Nada especial. —Randolph se sacó del bolsillo un calendario eclesiástico del tamaño de un folleto que utilizaba para tomar notas—. Me parece que

hoy es San Martín.

Hacia mediodía, la campana de la catedral de San Pedro conocida como La Clémence empezó a tañer. Al poco se le habían unido todas las campanas de la ciudad. En Europa, algo llamado armisticio había entrado en vigor.

Una vez que acabaron las hostilidades, las ofertas de contratos, que previamente les habían sido tan esquivas a los chicos, empezaron a llegar a montones. El *Inconvenience* siguió yendo y viniendo de Suiza en el mismo tipo de misiones de auxilio y repatriación que lo habían ocupado antes, pero ahora tenían también encargos de civiles, más cercanos a la tradición de sus antiguas aventuras. En el vestíbulo del Helvetia Royale merodeaban a todas horas espías y representantes comerciales con los puños llenos de francos y proposiciones de una generosidad desconocida para el mundo antes de 1914.

Un día, a la hora de la comida, cuando Darby se disponía a gritar: «¡Fondue otra vez, no!», *Pugnax* entró paseando en las cubiertas del comedor con una luz misteriosa en los ojos y un sobre grande en la boca, con membretes en relieve, sellado con cera y un blasón dorado a la vista.

—¿Qué es? —se preguntó Randolph.

—¡Rff rff rr RR-rff! —comentó *Pugnax*, lo que los chicos interpretaron que significaba: «¡Parece dinero!».

Randolph examinó pensativamente la carta.

—Una oferta de trabajo, en Estados Unidos —dijo por fin—. En la soleada California, nada menos. Los abogados que la envían no revelan los nombres de sus clientes, ni tampoco está claro qué vamos a hacer exactamente, aparte de esperar instrucciones una vez que lleguemos allí.

—Y, eeeiihh... ¿cuánto ofrecían? —preguntó Darby.

Randolph sostenía la hoja en alto para que todos la vieran. La suma, claramente visible, representaba alrededor del doble del patrimonio neto combinado de todos los presentes a bordo.

—Algo ilegal, se diría —advirtió Lindsay.

—Obviamente, esta oferta tendrá que ser sometida al más exhaustivo examen moral y jurídico —declaró Darby, fingiendo que fijaba la mirada en la suma una vez más—. Muy bien, a mí todo me parece correcto.

La perspectiva de un trabajo bien remunerado en California, que hasta ese momento había sido para los chicos un lugar mítico y remoto, pronto venció escrúpulos tan insensibles como los de Lindsay, aunque, en cuanto conciencia de la tripulación, no pudo evitar la pregunta:

—¿Quién se lo dirá al Capitán Padzhitnov?

Todos miraron a Randolph. Randolph contempló su reflejo bulboso en el servicio de té de plata durante un rato y finalmente dijo:

—Ratas.

La sonrisa y el encogimiento de hombros de Padzhitnov resultaron llamativos por la ausencia de amargura.

—No os hace falta mi autorización —dijo—. Siempre habéis sido libres de marcharos en cualquier momento.

—Pero da la sensación de que estemos abandonándote, Igor. Desertando... —Agitó la mano con cierta desesperación, como para incluir a las poblaciones a la espera, a todas aquellas almas a la deriva, huérfanos y tullidos, desprotegidos, enfermos, hambrientos, encarcelados, locos, a los que aún había que ayudar a conseguir la seguridad.

—La guerra no ha terminado. Puede que nunca termine. Las consecuencias tal vez no tengan fin. Mí tripulación se ha pasado cuatro años, una educación universitaria, aprendiendo a convivir con el hambre, la enfermedad, las ciudades destrozadas, todo lo que ahora debe seguir a lo que ha ocurrido. El horror, el sinsentido..., pero hemos aprendido. Puede que a ti te educaran de otra forma. Tus propias obligaciones tal vez impliquen consecuencias distintas.

—Consecuencias americanas.

—*Nebo-tovarishch*. —Una mano en el hombro—. No puedo..., preferiría no... imaginármelo.

Y así, una noche, en el instante en que aparecían las primeras estrellas, el *Inconvenience* se elevó de las orillas del lago Ginebra y puso rumbo oeste sudoeste.

—Tendríamos que coger los vientos dominantes del oeste en la costa de Senegal —opinó Lindsay, que era el Oficial Meteorólogo.

—¿Os acordáis de cuando íbamos allá donde nos llevara el viento? —dijo Randolph—. Ahora sólo tenemos que encender los motores y dejarles hacer.

—Nuestros clientes —les recordó Lindsay a todos— han insistido en que lleguemos a la costa del Pacífico cuanto antes, los costes del viaje sólo están cubiertos en el contrato hasta cierta suma, por encima de la cual nosotros somos los responsables.

—Eeeiihh, ¿qué idiota ha puesto una cláusula como ésa ahí? —dijo con desprecio Darby.

—Fuiste tú —se rió Lindsay entre dientes.

Al cruzar las Rocosas, encontraron en los cielos una repetición invisible del terreno físico que tenían a sus pies. Las ráfagas tridimensionales de aire frío seguían el mismo dibujo que los cursos de los ríos de abajo. Las corrientes de aire ascendían las laderas soleadas de las montañas en los mismos ángulos inclinados en que el aire más frío se escurría por las laderas sombreadas. A veces se quedaban atrapados en este ciclo y sobrevolaban la línea de la cordillera en grandes círculos verticales hasta que Randolph ordenaba poner los motores en marcha.

Pero no resultó fácil, pues el viento quería arrastrarlos hacia el sur e innumerables metros cúbicos de combustible se gastaron contra el imperativo del viento del norte antes de que Randolph, calculando que habían agotado sus reservas de energía, entregara el futuro inmediato de la nave al viento y se dejaran llevar por encima del Río Bravo hasta los cielos del viejo México. Y así fueron empujados hacia delante, ante vientos de oscuro dolor, con una voluntad tan caprichosa como los relámpagos de calor nocturnos en el horizonte.

Fue justo en ese momento de desconcierto espiritual cuando los rescataría, sin previo aviso, aquí, «Al sur de la frontera», la Fraternidad de Eteronautas.

¿Cómo pudieron llegar a cruzar sus trayectorias? Más adelante, ninguno de los chicos recordaría dónde había pasado, en el transcurso de qué ascenso tóxico, en medio de qué clamor de riñas que a esas alturas ya se habían vuelto rutinarias, cómo habían tropezado con esta formación de chicas voladoras, vestidas como novicias religiosas en tonos crepusculares, que aparecieron girando, dispersas ante la masa de la aeronave que ocultaba las estrellas, con alas metálicas fervorosamente rítmicas, oscilando, algunas pasando tan cerca que los chicos pudieron contar los pernos sobre los engranajes, oír el chirrido rotante de las unidades de energía auxiliares de nitronaftol, y se pusieron rígidamente atentos a los vislumbres de carne de chica atlética desnuda. Y no se trataba de que esas alas, con sus miles de «plumas» elípticas perfectamente cosidas a máquina, ni siquiera a esta titubeante luz filtrada de mugre, pudieran llegar a confundirse con alas de ángeles. Las chicas, serias, cada una vestida con cabritilla negra y cromados de níquel bajo los ineludibles arneses de vuelo, cada una portando en la frente una diminuta lámpara eléctrica con la que ver su panel de control, se reagruparon y se alejaron hacia la noche que ya caía. Aun así, ¿devolvieron las miradas a la pesada aeronave impulsada por motor? Ceños fruncidos, coqueterías, vago presentimiento de que era entre ellas, estas sombrías jóvenes, donde al fin y al cabo los Chicos estaban destinados a encontrar esposa, a casarse y tener hijos y llegar a abuelos, justamente entre esta hermandad errante, cuyas componentes, según los términos de su oscuro compromiso, nunca deben descender a la Tierra, y cada noche anidan juntas en los tejados de la ciudad, como una bandada de pinzones de febrero, pues habían aprendido a encontrar, en todo lo que los tejados dejaban en el exterior, el hogar de los huidos y los rechazados, a cubierto de la intemperie, de los ataques de la luz de luna, de unos depredadores verticales más oscuros, nunca soñados del todo, procedentes de otros mundos.

Se llamaban Trinitaria y Prímula, Alegría, Llama y Viridiana, y cada una había llegado a esa hermandad de mujeres eteristas a través de los misterios de la inoportunidad: un tren que llegaba tarde, una carta de amor en el momento inapropiado, un testigo policial alucinado y cosas así. Y ahora ahí estaban esos cinco chicos aeronautas, fascinados por la forma de volar de las chicas. Grandes olas atravesaban el Éter, explicó Viridiana, y una persona podía alcanzarlas y dejarse llevar por ellas, del mismo modo que el viento marino lleva al águila, o que las olas

del Pacífico, según se dice, llevan a los surferos de Hawai. Las alas de las chicas eran antenas etéricas que percibían en el medio, casi microscópicamente, una serie de variables que incluían el índice de saturación de la luz, la reluctancia espectral y el Número de Reynolds de éter normalizado.

—Estas variables son a su vez reenviadas a un dispositivo de cálculo —dijo Viridiana— que controla los parámetros de nuestras alas, ajustándolas «pluma» por «pluma» para maximizar la ascensión etérica...

—Tendría que haber sido eterista —susurró Chick para sí.

—Los gases no son el futuro —dijo Viridiana—. Quemar dinosaurios muertos y lo que comieran no es la respuesta, Chico Cigüeñal.

Inmediatamente empezó a instruirle en la eterodinámica que permitía volar a las chicas.

—El Éter —explicó Viridiana—, como la atmósfera alrededor de la aeronave, puede producir sustentación y resistencia sobre la Tierra mientras se desplaza por el espacio. Ya desde el Experimento Michelson-Morley se ha especulado sobre una capa límite.

—Que la superficie irregular del planeta —empezó a comprender Chick entonces—, con las montañas y demás, crea torbellinos para evitar que se separe...

—Y también sabemos que su grosor es proporcional a la viscosidad cinemática, expresada en metros cuadrados por segundo, lo cual hace que el Tiempo sea inversamente proporcional a la viscosidad, y lo mismo para el grosor de la capa límite.

—Pero la viscosidad del Éter, como su densidad, puede ser insignificante. Lo que quiere decir una capa límite muy fina, acompañada por una considerable dilatación del Tiempo.

Darby, que estaba escuchando sin querer, acabó por alejarse sacudiendo la cabeza.

—Ni que fueran Sidney y Beatrice Webb.

—Así como un ascenso muy rápido —había proseguido Viridiana—, de cero a la velocidad que tenga el viento etéreo predominante. De manera que para encontrarlo en toda su potencia, uno no tendría que alejarse mucho de la superficie planetaria. En nuestro caso no mucho más arriba del nivel de los tejados.

Chick y Viridiana resultarían ser los más problemáticos o volubles de los cinco emparejamientos. Chick a veces se comportaba como si su corazón estuviera otra vez de vuelta a los escenarios de sus anteriores aventuras, y en el presente de Viridiana no faltaban lapsos en el pluscuamperfecto sentimental.

Lindsay Noseworth, el gamomaniaco diagnosticado, sería el más gravemente afectado de todos, ya ante la primera visión fugaz y de reojo del aspecto de Prímula. «Prímula Noseworth», pronto se le oyó susurrar una y otra vez, «Prímula Noseworth...», sin que ningún rincón de la nave ni ningún instante del día se vieran libres de ese extasiado pasmo. El equivalente sonoro del tatuaje de un marinero.

En cuanto a Miles: «Oh, Alegría», la avisaron alegremente, «¡siempre ha sido un ganso cuando llegaban las cosas profundas!». (A los sentimientos manifiestos de Miles, aunque anotados, no se les encontraba el sentido con facilidad).

Entretanto, fue Trinitaria la que se sintió fascinada por el en cierto modo distraído Randolph (el genio para la cocina y los conocimientos de hierbas de la joven, ejercitados con paciencia, curarían con el tiempo su dispepsia).

Llama y Darby constituyeron un «objeto» furiosamente apasionado desde el principio, y la antigua *mascotte*, por primera vez en compañía de una mujer, no se encontró ni cortado ni, de hecho, *vertiginosamente aturdido*, sino con recursos aéreos que parecían ser enteramente propios.

—¿He perdido el sentido común —se preguntaba Llama—, para andar aquí sola con un tipo como tú? —Lo miraba de cerca pero no sin cariño, enmarcada por las tejas de los tejados de su alojamiento nocturno, que se alejaban derramándose en lo que podría ser un retroceso infinito, con el esplendor herrumbroso del cielo de última hora profundizándose mientras estaban allí y, le pareció a Darby, esperaban, aunque se le escapaba el qué. Mientras, las cocinas se encendían visiblemente a sus pies, el humo de leña empezaba a filtrarse y salía de la punta de las chimeneas, los gritos de los niños repartidores de periódicos subían desde las calles, penetrantes como una canción. Los arpegios de las campanas, cada una con su propio, antiguo y precioso nombre en el dialecto local, se sumaron a la algarabía. Grandes discos de aves cansadas por el día se inclinaban y planeaban girando sobre las plazas grandes y pequeñas, rozados por la penúltima luz un momento, expulsados de ella al siguiente.

Por la mañana, con todas las chicas a bordo, el viento había cambiado. Como Lindsay confirmó tres veces más, ahora tardarían sólo unos minutos de arco en llegar a su destino en California.

Y así volaron hacia el noroeste y una noche miraron y contemplaron una extensión incalculable de luces, que, según sus cartas, se conocía como la Ciudad de Nuestra Señora, Reina de los Ángeles.

—¡Por todos los cielos! —exclamó Trinitaria—, ¿cómo puede existir nada igual sobre la Tierra?

—En cierto sentido ahí radica el problema —dijo Chick—. En lo de «sobre la Tierra».

Mientras cruzaban el continente, los chicos expresaron su sorpresa ante lo mucho que se habían contaminado de luz los territorios nocturnos que pasaban por debajo, más de lo que ninguno recordaba: farolas aisladas y madejas de luz de gas habían dado paso al alumbrado eléctrico de las calles, como si grupos avanzados del día de trabajo invadieran progresivamente y se instalaran en el interior indefenso de la noche. Pero ahora, por fin, volando sobre el sur de California y contemplando la incandescencia que fluía hacia el norte desde los hogares de las afueras y las plazas

de las ciudades, los campos de deporte, los cines, los depósitos ferroviarios y las estaciones, los tragaluces de las fábricas, los aerofaros, las calles y avenidas con hileras de faros de automóviles en un continuo movimiento más allá de cualquier horizonte, se sentían testigos incómodos de una conquista definitiva, un triunfo sobre la noche cuya razón nadie podía acabar de comprender del todo.

—Puede que tenga que ver con los turnos de trabajo —supuso Randolph—, cada vez más horas, quiero decir que se trabaja más allá de las horas de luz del día.

—Mucho más empleo —comentó Lindsay entusiasmado—, como para indicar la gran expansión de una ya prodigiosa economía americana; para nosotros son ciertamente buenas noticias, dada la considerable porción de nuestro capital invertido ahí.

—Sí, el sudor de las marmotas, la miseria y las tumbas prematuras —dijo Darby con desdén—, eso es lo que nos mantiene volando por aquí arriba, aunque con estilo, eso sí.

—Pues ciertamente es un sistema empresarial que no te ha tratado mal, Suckling. Sus triviales defectos, que todavía te sientes obligado a criticar por nada, permanecen para el resto de nosotros misericordiosamente oscuros, por no decir de hecho incomprensibles.

Darby parpadeó con ingenuidad.

—Eeeiihh, ¿Noseworth?

—No lo digas. Me gusta tanto el modo subjuntivo como a cualquiera, pero dado que el único uso que tú le das es un vulgarismo de tres palabras, más vale no pronunciarlo...

—Oh. Y entonces, ¿qué te parece «Que viva el capitalismo»? ¿viene a ser lo mismo, ¿no?

Como si se lo permitiera la absorción de una cantidad crítica de esa luz implacable. Miles habló, y lo hizo con una voz que casi se rompía bajo una emoción difícil de comprender.

—Lucifer, hijo de la mañana, portador de la luz... Príncipe del Mal.

Lindsay, como Oficial Teológico de la Nave, empezó a explicar servicialmente cómo los primeros Padres de la Iglesia, en su deseo de relacionar el Antiguo y el Nuevo Testamento en tantos puntos como fuera posible, intentaron establecer una correlación entre el epíteto de Isaías para el Rey de Babilonia y la visión de Cristo, según Lucas, de Satán cayendo como un relámpago de los cielos.

—Complicado aún más por el uso que hicieron los astrónomos antiguos del nombre de Lucifer para designar a Venus cuando aparece como lucero del alba...

—Eso es etimología —dijo Miles todo lo educadamente que le fue posible—. Pero en cuanto a su persistencia en el corazón humano, inmune al tiempo...

—Disculpadme, ¿de qué —preguntó Darby simulando que levantaba la mano— *coño* está hablando?

Randolph alzó la mirada de un mapa y comparó lo que había visto con el paisaje de luz que se extendía por abajo.

—Ahí parece haber unas instalaciones aeronáuticas, cerca de Van Nuys, que podrían servirnos. Caballeros, sean tan amables de formar el Piquete de Maniobra.

Al final resultó que el cheque enviado por los abogados fue devuelto, y además descubrieron, tras varias averiguaciones, que su dirección de correo no existía. Los chicos se encontraban por el momento sin trabajo en un peculiar rincón del planeta que podría o no ser el suyo.

—Otra vez hemos hecho el tonto —gruñó Darby—. ¿Cuándo vamos a aprender?

—Todos teníais mucha prisa —replicó Lindsay con suficiencia.

—Me parece que dedicaré el día a pasear —dijo Chick— y a hacer un poco de turismo.

A eso de mediodía, paseando por Hollywood y sintiendo un hambre repentina, se puso en fila fuera de un animado local de perritos calientes llamado Links, donde, oh sorpresa, se topó con su padre, «Dick» Counterfly, al que no había visto desde 1892 o por ahí.

—Por todos los diablos —exclamó el Counterfly mayor—, mira que ha llovido desde los tiempos de Thick Bush, Alabama.

—Casi treinta años de agua.

—Creía que serías más alto ahora.

—Parece que le van bien las cosas, señor.

—Llámame Dick, todo el mundo me llama así, hasta los chinos. Mierda, a ellos les va mejor. El tratado de estado de Mississippi fue el principio de nuestras respectivas fortunas. ¿Ves aquella maravilla de ahí?

—Parece un Packard.

—¿No es una hermosura? Anda, iremos a dar una vuelta.

«Dick» vivía en una mansión estilo Beaux-Arts en West Adams con su tercera esposa, Treacle, que era de la edad de Chick, o puede que más joven, y se mostró excepcionalmente atenta con él.

—¿Otro gin fizz, Chick?

—Gracias, ya me he tomado uno —dijo Chick, que añadió—: Treacle —en voz más baja.

—¿Qué haces con las pestañas? Pareces lo bastante mayor para jueguecitos.

—Venid. —«Dick» los condujo a una sala contigua tenuemente iluminada, donde había una enorme máquina, dominada por un disco metálico que giraba a toda velocidad, de casi dos metros de alto y llena de agujeros redondos dispuestos en espiral con una luz de arco muy brillante por detrás, y una batería de pilas de selenio que cubría una pared entera.

«Dick» se acercó a un panel de interruptores y a unas esferas de indicadores pálidamente iluminadas y empezó a darle a la manivela del armatoste.

—No es que en realidad haya inventado nada, todas las piezas estaban ya en el mercado; por ejemplo, ese disco de Nipkow lleva por ahí desde 1884. Lo único que hice fue ver cómo todo encajaría en un único paquete, por así decirlo.

Chick miró con gran curiosidad científica la imagen parpadeante que apareció en una pantalla al otro lado de la sala del disco giratorio, y vio lo que parecía un mono alto con un sombrero de marinero con el ala hacía abajo que caía de un palmera sobre un hombre más viejo muy sorprendido, el patrón de algún bajel, a juzgar por el sombrero que llevaba.

—He captado a ése cada semana por esta hora —dijo «Dick»—, pero a veces parece proceder, ya sé que te parecerá raro, de algún sitio que no está en la superficie de la Tierra sino en...

—Perpendicular —sugirió Chick. Se dio cuenta de que Treacle se había sentado muy cerca de él en el sofá, se había desabotonado muchos botones del vestido y parecía muy agitada. Y en lugar de mirar los puntos de luz, que se revelaban más rápidos de lo que el ojo humano podía seguir, parpadeando con distintas intensidades una tras otra para crear una única imagen en movimiento enmarcada, estaba mirando fijamente a Chick.

Éste esperó hasta el final de la transmisión, significara lo que hubiese significado, y se disculpó por no poder acompañarlos esa noche. Treacle le enrolló la corbata y le besó en la boca. Al día siguiente, «Dick» estaba en el campo aeronáutico de Van Nuys antes del toque de diana, haciendo ruidos impacientes con el motor del Packard.

—Me gustaría que conocieras a un par de tipos.

Aceleraron hacia el océano y más o menos a medio camino de la curva de la Bahía de Santa Mónica, encontraron un complejo de cobertizos y laboratorios galvanizados, justo encima de la playa, que resultaron ser un centro de investigación dirigido por dos excéntricos ancianos, Roswell Bounce y Merle Rideout.

—Hola, Roswell, ¿qué haces con la escopeta?

—Creía que eras otra persona.

—Han vuelto los matones, ¿eh? —dijo «Dick» con expresión preocupada.

—Comentaste que si alguna vez necesitábamos refuerzos, nos podrías recomendar a alguien —dijo Merle.

—Y el momento ha llegado, sin duda —dijo Roswell.

—Sí. Bueno, en la ciudad hay un detective que es un genio —dijo «Dick»—, él sabrá qué hay que hacer. Yo también lo tengo a sueldo. Le echa un ojo a Treacle por mí.

Chick lanzó una mirada inquisitiva a su padre. Estaba a punto de comentar lo animada y sociable que parecía la chica, pero se lo pensó mejor a tiempo.

—¿Y si, pongamos, las cosas llegan a un punto en que haya que utilizar armas de fuego? —murmuró Roswell.

—No le hagáis caso —dijo Merle en tono de susurro—. Una antigua forma de paranoia.

—Mejor que anclar por ahí creyéndome que estoy a prueba de balas.

—Bueno, armado o no, Lew Basnight es vuestro hombre. —De una ajada cartera, «Dick» extrajo un fajo de tarjetas de visita y las hojeó—. Aquí está su número de teléfono.

Dentro, Chick abrió los ojos de par en par: ¡era el laboratorio de los sueños de todo niño! Vaya, si el local hasta *olía* a científico, esa mezcla ya familiar de ozono, gutapercha, productos químicos disolventes, aislamientos. Los estantes y las superficies de las mesas de trabajo estaban repletas de voltamperímetros, reóstatos, transformadores, lámparas de arco enteras y en piezas, carbonos a medio usar, quemadores de calcio, pastillas oxono, imanes de alta tensión, alternadores comprados y caseros, bobinas vibradoras, fusibles e interruptores, prismas de Nicol, válvulas generadoras, sopletes para soplar vidrio, pilas Thalofide de la Marina, tubos Aeolight nuevos caídos del camión de reparto, componentes del Blattnerphone británico y toneladas de otras cosas que Chick no recordaba haber visto jamás.

Merle y Roswell los condujeron a la parte de atrás del laboratorio a través de puertas de triple cerradura, hasta un pequeño taller ocupado por una misteriosa máquina, cuya seguridad les había quitado un poco el sueño últimamente, pues había llamado la atención, según parecía, de cierta oscura empresa criminal con base en, los inventores tenían pocas dudas, Hollywood.

—Veamos, cada sujeto fotográfico se mueve —explicó Roswell—, aun cuando esté quieto. Respira, refleja la luz, pasa algo. Hacer una fotografía es como lo que los profesores de matemáticas llaman «calcular la diferencial» de una ecuación de movimiento: congelar ese movimiento en el muy pequeño espacio de tiempo que requiere el obturador para abrirse y cerrarse. Así que pensamos lo siguiente: si tomar un foto es como hacer una primera derivada, entonces tal vez podríamos encontrar algún modo de hacer lo contrario, empezar con la foto fija y luego *integrarla*, recuperar su original primitivo completo y soltarlo de vuelta a la acción..., incluso de vuelta a la vida...

—Trabajamos dándole todas las vueltas posibles —dijo Merle—, pero no fue hasta que el viejo Lee De Forest añadió ese electrodo de rejilla a la válvula de Fleming cuando todo empezó a adquirir sentido. Entonces pareció bastante claro que con una válvula triodo, un resistor de entrada y un condensador de retroalimentación, por ejemplo, se podía construir un circuito en una placa de prueba tal que si elegías tu resistencia y capacitancia correctamente, podías pasar un sencillo voltaje alterno por la rejilla, llamémosla «seno de t », y conseguir menos coseno de t a la salida.

—De manera que, en teoría, el resultado —acertó Chick— puede ser la integral indefinida de cualquier señal que se introduzca en la rejilla.

—Ahí está —dijo Roswell asintiendo—. Ten mucho ojo con éste, «Dick». En cualquier caso, como la electricidad y la luz vienen a ser más o menos lo mismo, en realidad sólo tramos diferentes del espectro, pensamos que si podíamos conseguir ese efecto de integración con la electricidad, entonces también podríamos hacerlo utilizando la luz, ¿o no?

—Mierda, tenéis mi permiso, faltaba más —exclamó «Dick» Counterfly.

Para alguien de temperamento profesoral, el paso siguiente habría sido encontrar analogías en el mundo de la óptica para el triodo de De Forest, el condensador de retroalimentación y otros componentes físicos del circuito en cuestión. Pero con Roswell se daba un caso asombrosamente avanzado de paranoia *querulans* que había que tener en cuenta. Uno veía crispase sus orejas, siempre señal inequívoca de actividad mental, pero su mente no trabajaba, de eso ya se había dado cuenta Merle, en nada de una manera directa. Fragmentos de anteriores aplicaciones, modulados por apariciones judiciales defectuosamente recordadas, florecían y fluían como un caleidoscopio ocupando y desocupando su atención. Rostros de abogados a los que les tenía algo menos que afecto, es más, a los que, pese a los años transcurridos, todavía soñaba con asesinar, flotaban ahora distorsionados a través de sus pensamientos. Por no mencionar la inspiración que sacaba, no siempre explicablemente, de las piezas de ferretería que no paraban de llegar, más o menos legalmente, al taller. Uno de los dos inventores locos preguntaba: «¿Qué coño vamos a hacer con esto?», y el otro se encogía de hombros y respondía: «Nunca se sabe», y allí quedaba la pieza, encima de algún estante o dentro de algún armario, y, como era de esperar, un día necesitaban algo que convirtiera la luz infrarroja en electricidad, o que la refractara en un ángulo concreto de polarización, y allí, invisible bajo un montón de chismes acumulados con el paso del tiempo, estaría el objeto en cuestión.

Merle acababa de poner en marcha un pequeño generador con motor de gasolina, colocó dos carbonos en ángulo recto y los separó otra vez con un arco cegador chisporroteando entre ambos. Realizó unos ajustes en las lentes. En la pared apareció una foto ampliada del centro de L.A., monocromática y fija. Merle balanceó los carbonos, dio la vuelta a unos mandos, sacó de una caja de seguridad de la pared un cristal rojo brillante, lo llevó hasta un recipiente platinoide y con cuidado lo depositó en su sitio.

—Lorandita, sacada de Macedonia antes de las Guerras Balcánicas, puro arsenosulfito de talio, de calidad más pura de la que ya pueda encontrarse. —Los tubos de vacío destellaron con un escalofriante tono púrpura. Surgió un zumbido de dos o tres fuentes, no precisamente armónico—... Ahora, mirad. —Tan suavemente que Chick ni lo vio, la foto cobró vida. Un caballo levantó un casco. Un tranvía emergió de la inercia. Los vestidos de los paseantes empezaron a agitarse bajo la brisa.

—¿No es lo más increíble que jamás hayáis visto? —gritó «Dick» Counterfly, cuya creciente familiaridad con el artilugio sólo había hecho que incrementara su

asombro. Una tras otra, y durante la siguiente media hora, Merle fue proyectando transparencias en las paredes, que no tardaron en llenarse de escenas de la vida americana, incuestionablemente en movimiento. El efecto combinado era el de una población bulliciosa del tamaño de una pequeña ciudad. Dentro de cada imagen, bailaban, se peleaban en cantinas, bebían, jugaban a billar, trabajaban en sus empleos diarios, merodeaban, follaban, paseaban, comían en vagones restaurante, subían y bajaban de tranvías, jugaban al pinacle, tanto en blanco y negro como en color.

En los años transcurridos desde que descubrieran el proceso, les confió Merle, había acabado por comprender que había emprendido una misión para liberar las imágenes no sólo de las fotografías que él tomaba, sino de cuantas se encontraba, como el príncipe que con su beso libera a la Bella Durmiente y la despierta. Una por una, por todo el país, reaccionando a su voluntad, las fotos temblaban, se estremecían, empezaban a moverse, al principio despacio y luego acelerando, los paseantes caminaban hasta salir del fotograma, los carruajes seguían su camino, los caballos cagaban en la calle, los espectadores que daban la espalda revelaban sus rostros, las calles se oscurecían y se encendían las lámparas de gas, las noches se alargaban, las estrellas giraban, pasaban, se disolvían en el amanecer, las reuniones familiares en mesas festivas se desparramaban en borracheras y sobras, los dignatarios que posaban para sus retratos parpadeaban, eructaban, se sonaban las narices, se levantaban y abandonaban el estudio del fotógrafo y, finalmente, como todos los demás sujetos liberados de esas fotos, reanudaban sus vidas, aunque claramente hubieran salido fuera del alcance de la lente, como si toda la información necesaria para describir un futuro aún indefinido hubiera estado ahí, en la «instantánea» inicial, con una precisión a escala molecular o atómica cuyo límite, de tenerlo, todavía no había sido alcanzado.

—Aunque uno pensaría que, dado el tamaño de grano —señaló Roswell—, tarde o temprano nos quedaremos sin resolución.

—Podría ser algo que forme parte de la naturaleza del propio Tiempo —conjeturó Chick.

—Se me escapa por completo —sonrió Roswell—, aquí no somos más que unos vejetes.

—A bordo de mi nave hay un hombre, Miles Blundell, que a menudo tiene una percepción de estos asuntos mucho más profunda que la mayoría. Me gustaría contarle lo de vuestro invento, si no os importa.

—Siempre y cuando no tenga nada que ver con el negocio de las imágenes —dijo Roswell.

—Más vale que busquéis al Detective Basnight, y pronto —dijo «Dick» cuando se marchaban—, a veces le basta con hacer una llamada telefónica.

—Pues sería mejor que se cargara a alguien —sugirió Roswell con un gorjeo en la voz.

Mientras se encaminaban hacia el Packard por la niebla, Chick le dijo a su padre:

—Menos mal que nunca he tenido una instantánea tuya, esos tipos podrían enseñarme qué has estado haciendo todos estos años.

—Lo mismo digo, retoño. —Cuando estaban a punto de subir al automóvil, «Dick», como si acabara de ocurrírsele, dijo—: A lo mejor te apetecería conducir un poco.

—Me da vergüenza reconocerlo, pero no sé.

—Si te vas a quedar mucho tiempo en L.A. más vale que aprendas. —Encendió el motor—. Te enseño si quieres. No cuesta mucho.

De vuelta en el campo de aviación, encontraron el *Inconvenience* envuelto en un resplandor de excepcionales frecuencias de luz eléctrica que florecían en la fragante noche del desierto. De la cocina de la nave llegaban olores de comida. «Dick» apoyó la cabeza en el volante un momento.

—Supongo que tengo que volver con la buena de Treacle.

—¿Quieres subir y cenar a bordo, papá? Esta noche hay judías, gambas y arroz, al estilo *bayou*. Te presentaré a Viridiana, bueno, si es que me ha devuelto la palabra, y luego podemos alzar la nave y dar una vuelta por la Cuenca...

Para su sorpresa, después de tantos años separados, el rostro de su padre no era tan ilegible como Chick habría esperado.

—Vaya, creía que nunca ibas a preguntármelo.

Las oficinas de Lew en L.A. estaban en uno de esos nuevos edificios de postín que se levantaban en Broadway, con ascensores y electricidad por todas partes, y daban a un inmenso patio interior coronado por un tragaluz con forma de cúpula que dejaba pasar unos azules y dorados más intensos que las desvaídas tonalidades desérticas que se veían por la ciudad. La suite exterior verdeaba con palmeras enanas y dieffenbachia, y había tres niveles de seguridad que traspasar, con una recepcionista con falsa apariencia de sílfide en cada uno. Esas chicas trabajaban también en los estudios de cine de Hollywood como intérpretes «dobles» cada vez que una escena, según quienes pagaban los seguros de la película, podía poner en peligro a una estrella femenina; por ejemplo, cuando ésta se veía obligada a colgarse de la cornisa de un rascacielos o a conducir un coche de dos plazas por encima de las vías, adelante y atrás, ante una locomotora que se acercaba a toda velocidad. Thetis, Shalimar y Mezzanine, cuyos conjuntos a la moda de estenógrafas modernas ocultaban cuerpos diseñados para el placer de los íntimos, así como para la incomodidad de los desconocidos, eran conductoras expertas, poseían armas con licencia y pies tan seguros como mulos del Gran Cañón, que sabían bajar por una escalera con tacones altos hasta una sala de baile de hotel sin tropezar, aunque a veces, para divertirse, a la alocada de Mezzanine le gustaba fingir caídas, e interpretaba chillones descensos de diez metros sólo para atraer la atención de la multitud.

En la misma calle estaba el edificio de la Pacific Electric y su nuevo Coles P.E. Buffet, donde le gustaba desayunar a Lew, cuando podía. Cuando no podía, solía deberse a una noche larga y agitada, tras pasar lo que él mismo admitía que era una peligrosa sesión de bebida a una edad avanzada, a poco del comienzo de la Prohibición.

Lew se había quedado en Londres cuanto había podido, pero cuando la Guerra hubo terminado, Gran Bretaña, Europa..., todo le parecía un sueño. Podía oler aquellos bistecs con claridad desde el otro lado del Atlántico y por la línea ferroviaria de Erie, y le desconcertó lo mucho que había tardado en acordarse de que Chicago era su hogar. Cuántas vueltas había dado por ahí. Volvió para descubrir que White City Investigations había sido comprada por una corporación del este y ahora se dedicaba básicamente a proporcionar «seguridad industrial», un término que significaba partirlle la cara a aquellos que estaban en huelga o simplemente se lo planteaban, y los agentes vestían ahora uniformes marrones de dos tonos y llevaban Colt automáticos. Nate Privett se había jubilado y vivía en Lincolnwood. Si alguien quería verlo tenía que llamar a su secretaria personal y fijar una cita.

No es que a Lew le fueran mal las cosas. Le llegaba un montón de dinero de algún lugar de ultramar, algunos decían que eran intereses del juego, otros mencionaban el tráfico de armas o bandas dedicadas a la extorsión; la historia siempre se contaba según lo que el narrador pensara de Lew.

Pero bastaron un par de años en L.A. para convertirlo en un viejo cabrón más de la región, de esos que lucen un bronceado intenso: había visto cosas, participado en ciertas actividades en los lavabos de los acaudalados, en las laderas traseras de las dunas de las ciudades de playa, en los barrios de chabolas, en las mesetas de las alturas del desierto, en los callejones de Hollywood llenos de frondosas plantas exóticas, que hacían que Chicago pareciera tan inocente como un patio de escuela. Todavía conservaba la fe en su propia tosca clarividencia, en su puntería y rapidez con una pistola. Se acercaba en coche a una sierra, cerca de la playa, y practicaba con frecuencia. De vez en cuando, a damas de aquí y allá de la Cuenca de L.A. — antiguas actrices de cine, agentes inmobiliarias, chicas malas que conocía casualmente durante sus investigaciones— no les importaba, por táctica o interés, pasar media hora con él en la cama o, con más frecuencia, directamente en alguna piscina tenuemente iluminada, pero aquello no tenía nada que ver con lo que su alienista, el Doctor Ghloix, llamaba relaciones a largo plazo.

Él sabía que por aquellos días otros colegas de profesión, los que trabajaban para ambos bandos hasta que olvidaban de parte de quién estaban, que habían acabado contándose, algunos de ellos, entre los más viles de los viles, vivían ahora en paz en esta costa occidental, con sus largos bigotes grises rasurados, y se estaban enriqueciendo con negocios inmobiliarios sólo un poco más legales que los robos de trenes de los que habían vivido antes... Bandidos más modestos, pero en el pasado letales, se habían instalado en pequeñas casas en las llanuras alrededor de Pico con sus esposas joviales y amantes de las tartas, contratados colina arriba como asesores de guión para las fabricas de sombras que transformaban despiadadamente aquellos tiempos antiguos y salvajes en bobinas inofensivas de entretenimiento parpadeante. Lew había creído que nunca llegaría ese día, pero ahí estaba.

—Parece una especie de Negro —anunció Thetis—. Otra vez.

—¿Es eso una desaprobación, señorita Pomidor?

Ella se encogió de hombros.

—No me molestan cuando son contrabandistas. Saben comportarse como caballeros. Pero estos músicos de jazz...

—Si no está en el repertorio de Erno Rapée, no quiere saber nada —comentó Shalimar—. Mezzanine, ahora, siempre sale con esos tipos.

—Cuando has probado un negro —canturreó Mezzanine en una especie de melodía de blues—, a todos les coges apego.

—¡Mezzanine Perkins! —Las chicas simulaban quedarse boquiabiertas por la conmoción.

Chester LeStreet llevaba un traje gris claro luminoso de estambre, camisa y pañuelo en el mismo matiz vivo de fucsia, sombrero Homburg teñido de crema y

corbata pintada a mano. Lew, que tenía agujeros en los calcetines desde el fin de semana, buscó sus sandalias y se las puso rápidamente.

Chester le lanzó una mirada resplandeciente por encima de las gafas de sol oscuras con montura de carey.

—Ésta es la historia. Toco la batería en la banda del Vertex Club en South Central, ¿no lo conocerá por un casual?

—Claro, es el antro de Tony Tsangarakis, el caso del Estrangulador Sincopado de hará dos o tres años. ¿Cómo anda el griego?

—No ha vuelto a ser el de antes. Basta que oiga un golpecito en la puerta para que su dentadura empiece a castañetear sin parar.

—Tengo entendido que cerraron el caso.

—Tan firmemente como las puertas de San Quintín, pero ahí está la cosa. ¿Se acuerda de la señorita Jardine Maraca, la cantante de la orquesta por entonces?

—Compañera de habitación de una de las víctimas, creo recordar, dejó la ciudad porque supuestamente temía por su vida.

Chester asintió.

—No había vuelto a saber nada de ella desde entonces..., hasta anoche, en cualquier caso. De repente llama al club en una conferencia desde un motel de Santa Bárbara y cuenta la historia descabellada de que la otra chica, Encarnación, sigue viva, que la ha visto, se controla lo bastante para no contarle por ahí, pero ahora alguien la persigue. Tony se acuerda de usted del lío anterior, y se pregunta si podría encargarse de esto.

—¿Tiene algún interés personal en este asunto, señor LeStreet, si me permite la pregunta?

—Sólo cumplo un encargo del jefe.

—¿Tiene alguna fotografía de la señorita Maraca?

—Tony me dio ésta. —El músico de jazz buscó en un maletín y le pasó a Lew lo que parecía una fotografía publicitaria, con dobleces y huellas de pulgares, una de esas fotografías satinadas de veinte por veinticinco que se ven en la vitrina del vestíbulo delante de los pequeños night clubs, rodeada de brillo. Técnicamente sonreía, pero mostraba esa rigidez de Hollywood que Lew había aprendido a reconocer como miedo al poder de otro.

—Una joven bastante atractiva, señor LeStreet.

El músico se quitó las gafas de sol y fingió que examinaba la fotografía un instante.

—Supongo que sí. Antes de mi época, claro.

—Es posible que algunos de sus colegas de por aquí todavía la recuerden. Me pasaré por el local una de estas noches. Primero supongo que me acercaré en coche a Santa Bárbara. ¿Ha dicho dónde se alojaba?

—En el Royal Jacaranda Courts, al lado de la Autopista de la Costa.

—Ah, sí, el viejo R.J..., bien, gracias, y dígame al griego que no se preocupe.

Fue en la época justo anterior al terremoto, y Santa Bárbara todavía reflejaba mucha menos luz de la que estaba a punto de reflejar bajo la filosofía de estuco y viga de la reconstrucción que seguiría. En ese momento, el lugar yacía soñando en una oscuridad de vegetación demasiado regada, con las pendientes residenciales envueltas en hiedra hacia los bolsillos infestados de ratas del dinero viejo de California, un pasado implacablemente ocultado. Debido al tramo en ángulo recto de la línea de costa conocido como el Rincón, el océano se extendía hacia el sur en lugar de al oeste, así que uno tenía que rotar noventa grados con respecto al resto del Sur de California para ver la puesta de sol. Este ángulo, según Scylla, una astróloga conocida de Lew, era el peor de todos los aspectos posibles y condenaba a la ciudad a revivir interminablemente los mismos ciclos de avaricia y traición que en los tiempos de los primeros barbareños.

El Royal Jacaranda estaba todavía más desvencijado de lo que Lew recordaba, y, cómo no, bajo una dirección distinta.

Un niño que debía de encontrarse de vacaciones de verano estaba sentado encerando meticulosamente una tabla de surf de tres metros que ocupaba la mayor parte de la oficina.

—Jardine Maraca. ¿Sabes cuándo se fue?

Miró en el registro.

—Debió de ser antes de que llegara yo.

—Echaré una ojeada a la habitación, si no te importa.

—Claro.

Volvió a concentrarse en su tabla. Un buen trozo de secoya.

En la punta más alejada del patio había un mexicano con una manguera, charlando con una de las gobernantas. Todavía no habían hecho la habitación de Jardine. Había dormido sobre la cama, pero no en ella. Lew recorrió el espacio, esperando y sin esperar sorpresas. La pequeña cómoda con armario sólo contenía un par de horquillas y una etiqueta de precio del departamento de sombreros de Capwell's. En el estante sobre la pila del baño había un tarro de crema facial vacío. Lew no vio nada anormal ni en la taza ni en la cisterna del retrete. Pero tuvo una idea. Volvió a la recepción, hizo girar una moneda nueva brillante de cincuenta centavos delante del chico y le pidió que le dejara hacer una llamada. Conocía a un traficante de maría filipino en el sur del estado que sabía mirar en las profundidades de una taza de váter igual que otros adivinadores mirarían una bola de cristal o los posos del té, y adivinar las cosas más raras, la mayoría de ellas inútiles, pero a veces tan iluminadoras que podían revelar los secretos mejor guardados, sin que hubiera modo a este lado de lo sobrenatural que lo explicara. Los policías de L.A. respetaban el don de Emilio lo bastante para hacerle descuentos en los sobornos que le exigían a cambio de no molestarlo en sus trapicheos con mercancías agrícolas.

Emilio respondió al primer timbrazo, pero Lew apenas pudo entenderle con el alboroto que se oía de fondo. Lew sabía que era probablemente la chica, pero sonaba como una turba irritada. Hoy, Emilio y ella habían estado discutiendo desde que amaneciera y en ese momento él se alegró de poder salir un rato de casa. Se presentó en el Royal Jacaranda en una vieja bicicleta, seguida por un nimbo de humo de porro.

—Creía que nunca volvería a ver este sitio.

—¿Ah? Déjame adivinar, alguna entrega de hierba que se torció...

—No, aquí es donde pasamos nuestra luna de miel. Un lugar maldito, por lo que a mí se refiere.

En cuanto entró en la habitación, Emilio se puso muy raro.

—Hazme un favor, Lew, coge esa colcha y tapa el espejo, ¿vale? —Encontró una toalla en el baño e hizo lo mismo con el pequeño espejo que había sobre el lavamanos—. A veces son como pulgas —murmuró doblando una rodilla y levantando con cuidado la tapa del retrete—, les gusta saltar. De este modo todo se centra en un único sitio...

Lew sabía que no era conveniente rondar por allí. Salió, se apoyó en el estuco iluminado por el sol, se fumó un Fatima y miró a las gobernantas avanzar por la hilera de habitaciones hacia él. Pero mantenía un oído atento a Emilio, que le había parecido, aunque era difícil asegurarlo, nervioso o algo así.

Ahora Emilio estaba al lado de Lew.

—¿No tendrás uno de tus cigarrillos de civil por ahí?

Se quedaron allí de pie, fumaron y escucharon cómo la mañana perdía su temprana promesa.

—Ten —Emilio le pasó una dirección de L.A. que había garabateado con cierto nerviosismo sobre una postal con la fotografía del Royal Jacaranda—. Esto es lo que aparecía una y otra vez.

—¿Estás seguro?

—Requetetotalmente seguro, caballero. No me pidas que vuelva a confirmarlo. Y más vale que te lo pienses dos veces, Lew.

—Feo, ¿eh?

—Muy feo, grande..., muchos cadáveres. —Tiró la colilla del cigarrillo a un charco de agua de la manguera al que todavía no había llegado el sol—. Hace que un hombre aprecie las discusiones con su mujer, sólo te digo eso.

—Gracias, Emilio. Mándame la factura.

—‘*Tu mamá*’. Te cobraré en efectivo, ahora mismo, quiero empezar a olvidarme de esto en cuanto pueda.

De vuelta en la oficina, Lew se encontró a Thetis muy nerviosa.

—Te ha estado llamando un loco, con la voz presa de un pánico total, cada diez minutos, como si utilizara un reloj de arena. De hecho, tendría que volver a llamar —

miró dramáticamente su reloj de pulsera—, justo... dentro de...

El teléfono sonó. Lew le dio unas paternales palmadas en el hombro a Thetis y cogió el auricular.

La voz aterrorizada pertenecía a Merle Rideout, que vivía en la playa y se describía a sí mismo como inventor.

—Me gustaría ir a su oficina, pero me siguen, así que cualquier encuentro tendrá que parecer accidental. ¿Conoce Sycamore Grave, al norte de Figueroa?

—Antes era un lugar precioso para las chicas de Iowa.

—Lo sigue siendo. Me alegro de que coincidamos en algo.

Lew comprobó un pequeño Beretta de calibre 6,35, por si acaso.

—Parece que se respira cierta irritación en el aire, jefe —dijo Shalimar—, ¿necesita algún refuerzo?

—Qué va, sólo tengo que hacer un par de paradas rápidas. Pero... —Copió la dirección que le había dado Emilio en su cuaderno de citas—. Si no vuelvo antes de cerrar, tal vez una de vosotras podría acercarse en coche y echar un vistazo. Llevad la metralleta.

Merle llevaba allí desde antes de la Guerra, y en cierto momento se había dado cuenta de que poco a poco había ido mutando hasta convertirse en un cítrico híbrido sin ningún valor comercial. Un día, poco antes de que la Guerra estallase en Europa, se topó casualmente con Luca Zombini en un taller eléctrico de Santa Mónica. Luca trabajaba en uno de los estudios en algo llamado «efectos fotográficos especiales», en su mayor parte fondos pintados en cristal y demás, y aprendía cuanto podía sobre la grabación de sonido.

—Pásate por casa, prepararemos algo. Erlys se alegrará de verte y podrás ver a todos los chicos, salvo a Bria, que ha vuelto al este siguiendo su carrera en banca internacional, por no mencionar a varios banqueros internacionales.

Erlys tenía el cabello mucho más corto, según se fijó, y llevaba un peinado a la moda, hasta donde él podía decir, con rizos que le caían suavemente sobre la frente.

—Casi no has cambiado.

—Más vale que dejes de coquetear conmigo o tendré que llamar a gritos a mi marido.

—Glups.

Intentando no considerar a Merle como un obseso envejecido que no sonreía tanto como debería, le puso al corriente de lo que sabía de Dally, que vivía en Londres y le escribía cada cierto tiempo.

Nunzi llegó chirriando al cabo de un rato en un biplaza que había vivido ya mejores tiempos, y luego, uno tras otro, Merle fue saludando a los demás niños a medida que iban llegando de la escuela.

—¿No te has casado, Merle?

—Mierda —chasqueó los dedos—, sabía que me faltaba algo por hacer.

Ella bajó la mirada a la punta de los dedos de sus pies, alegremente descubiertos en unas sandalias playeras. Los colibríes entraban y salían a toda velocidad de las buganvillas.

—Cuando nosotros...

—No, no, no, 'Lys, aquello habría acabado mal. Lo sabes. Primera plana, grandes titulares, continuaciones indignadas durante años. Encontraste una ganga a tiempo con el viejo comosellame, en el lugar oportuno en el momento oportuno. Y esos críos también son geniales, todos y cada uno. Esa Nunzi..., empiezo a pensar que sé todo lo que tengo que saber y... —Por fin sonreía un poco.

—Últimamente empiezan a dejarme un poco de tiempo —dijo ella—. Me queda un minuto para mirarme al espejo, y es como encontrarme con alguien que casi conozco. Pero —él sabía qué iba a decir— echo mucho de menos a Dahlia.

—Sí. Yo también. En cuanto a mí, ella tenía que irse cuando lo hizo, no podía esperar, pero aun así...

—No sé cómo agradeceréte, Merle, ella resultó tan...

—Oh, mierda, ella tiene apenas, ¿cuántos años?, veintitantos, le sobra tiempo para meterse en alguna maldad a gran escala, si es eso lo que quiere.

—Es una estrella en la escena londinense. —Erlys sacó un álbum de terciopelo con recortes de periódicos y revistas ingleses, programas teatrales y fotos publicitarias.

Él se sentó y movió la cabeza ante las imágenes de la señorita Dahlia Rideout, sorprendido por que hubiera conservado el nombre, apretando los ojos con fuerza hasta empequeñecerlos, como si sometiera las fotografías a un cuidadoso examen.

—Ándese con cuidado, Olga Nethersole —dijo en voz baja—. ¡Atrás señora Fiske!

Luca llegó con una bolsa de comida.

—Buenas noches, Profesor —saludó Merle con una rápida sonrisa social.

—Si alguien me hubiera avisado de que venías, te habría dejado preparar la cena —dijo Luca.

—Podría pelar algo. O trincharlo.

—Casi todo lo cultivamos aquí mismo. —Salieron por la puerta de atrás a un jardín de tamaño considerable, lleno de largos pimientos verdes de freír, plantas de albahaca grandes como arbustos, calabacines por todas partes, alcachofas con sus puntas emplumadas agitándose a un viento que llegaba del desierto, berenjenas que resplandecían ultravioletas en las sombras, tomates con el aspecto de las ilustraciones a cuatricomía que se exhibían en el mercado. Había un granado, una higuera y un limonero, todos con fruto. Luca buscó la manguera y dio a todo una rociada vespertina, ayudándose del pulgar para lanzar un amplio abanico de agua sobre la parcela entera. Recogieron tomates, pimientos, orégano y unos ajos, y lo llevaron

todo en un cesto de paja a la cocina, donde Merle encontró un cuchillo y se puso a picarlo.

—¿Dónde está Cici? —preguntó Erlys.

—Tuvo una llamada a última hora del estudio. —Resultó que Cici estaba interpretando a uno de los Pequeños Convictos, personajes de una serie popular de comedias de una bobina sobre una banda de fugados de un reformatorio que andan por ahí haciendo buenas acciones, pero que al principio son siempre malinterpretadas como actos delictivos por los cómicos policías que persiguen a los niños. Cici interpretaba el papel no de un niño italiano, sino de uno chino llamado Dou Ya. El chico italiano, Pippo, lo interpretaba un negro. Y así sucesivamente. Algo que tenía que ver con la película ortocromática. Cici había desarrollado un estilo de farfullar «chino» muy particular, que desquiciaba a todos en la casa.

—Cici, es una película muda, no hace falta que...

—¡Es para meterme en el personaje, papá!

Cici se convirtió en el favorito de Merle, aunque con los años procuró mantener sus visitas a un ritmo medido. No quería convertirse en el Tío Merle de todos, y no era que las horas se le hiciesen interminables, aunque el trabajo por entonces se había convertido en una fuente más de peligros que de ingresos, que era el motivo por el que, finalmente, Roswell y él decidieron ceder y contratar a un detective privado.

Como nunca se había sentido ciudadano de ningún estado en concreto, Merle tendía a presentarse en todos los picnics regionales de los que se enteraba. Tanto daba de dónde viniera la gente que iba conociendo, su carreta y él ya habían pasado por allí como mínimo una vez. Algunos incluso lo recordaban, o al menos eso decían. Todo quedaba en casa.

Paseaba ahora bajo los sicomoros, entre los humos de cocina, fijándose con calma en todos los rostros de americanos medios, dejándose envolver como en una vieja chaqueta por una nostalgia que no era suya pero que aun así le sentaba bien. Habían estado bebiendo cerveza de abedul y zumo de naranja, y habían comido pimientos rellenos a los que gustaban de llamar «mangoes», guisos de judías cocidas o macarrones y queso cheddar, pasteles de piña, panes recién salidos de los hornos caseros cubiertos con servilletas a cuadros. Allí, en el Grove, preparaban salchichas de frankfurt, hamburguesas, bistecs y trozos de ternera en hogueras de leña, vertiendo salsa de barbacoa de vez en cuando, bebían de barriletes de cerveza, jugaban a las herraduras, gritaban a sus hijos, o entre ellos o a nadie, sólo por gritar, sobre todo si no llovía, algo que no parecía pasar nunca, y ésa era una de las grandes diferencias para ellos, sin truenos, ni ciclones, ni pedrisco, ni nieve, los tejados de las casas del Sur de California apenas se inclinaban porque no tenían nada que quitarse de encima...

Lew encontró a Merle hablando de recetas de ensalada de patatas con un grupo de iowaianos.

—Hay que madrugar, es necesario haberlos cocido y marinado en aceite, vinagre y mostaza durante al menos tres o cuatro horas antes incluso de plantearse nada con la mayonesa, las especias y lo demás. —Mientras que otras filosofías sostenían que ingredientes como el tocino y el apio eran esenciales, o que la crema agria era preferible a la mayonesa, y a esas alturas se había entablado una animada discusión, y cuantos pasaban y la oían se impacientaban por decir la suya, esposas y madres que en otras circunstancias eran amables, pero también viejos veteranos de las comidas campestres, enzarzados en discusiones a gritos con cocineros de restaurantes de carretera que preparaban decenas de kilos de ensalada de patatas al día para camioneros que se habían olvidado de lo que era una comida como era debido, incluso más que los jornaleros estacionales..., y todos los que tenían una opinión también parecían haber llevado consigo su propia tarrina de ensalada de patatas, y puntuaban sus argumentos con un tenedor bien cargado de una receta particular, que metían casi a la fuerza en la boca de algún hereje de la ensalada de patatas...

—Tenga, pruebe esto y dígame si estas pequeñas patatas rojas marcan o no la diferencia.

—Los huevos cocidos están bien siempre que no se utilicen las claras, sólo las yemas, mezcladas con la mayonesa, no sólo hace que sepa mejor sino que le da también mejor aspecto, y si encuentra estos granos de pimienta verde...

Pese a ser un hombre de apariencia tranquila, Merle tomaba algunas precauciones que se diría eran fruto de la ansiedad. Tras una serie de instrucciones rápidamente susurradas, Lew volvió a donde había aparcado, condujo hasta un solar cerca de la oficina, cambió de coche, regresó por el otro lado del Grove para recoger a Roswell y finalmente aparcó cerca de una parada del Pacific Electric, donde se subieron al tranvía eléctrico para recorrer lo que quedaba hasta la playa.

Merle y Roswell intentaron explicarle la situación a Lew, pero, por lo que pudo entender, fue como si se lo hubieran contado en chino. Contempló con dudas el artilugio en cuestión.

Entonces se le ocurrió algo.

—A ver, si tuviera una, bueno, una foto normal y corriente de alguien, y quisiera saber dónde está ahora mismo y qué está haciendo...

—Claro —dijo Merle—, sólo tenemos que marcar el año y la hora del día que nos interesa, entonces todo se acelera, y se pasa del momento en que se tomó la fotografía al presente en cuestión de segundos.

—En ese caso quizá podáis ayudarme —dijo Lew sacando la foto de revista de Jardine Maraca—, ¿creéis que funcionará con ésta?

—Déjame llevarla a la cámara oscura un momento —dijo Roswell—, haremos una copia transparente y veremos qué podemos sacar.

Lo que sacaron fue a Jardine, elegantemente vestida en algo brillante y ceñido, subiéndose a un Modelo T y conduciendo hacia el este por un reconocible Sunset Boulevard, bajo inmensas columnas acanaladas con elefantes rampantes encima y varios platós aún más gigantescos, de hecho alucinatorios, de la película *Intolerancia*, luego siguió casi hasta el centro de la ciudad, giró a la izquierda en Figueroa, cruzó el río, pasó el Monte Washington y fue por Highland Park hasta Eagle Rock, hizo dos o tres giros que Lew también situó y se detuvo por fin delante de una puerta de hierro en una pared de piedra de arroyo con un rótulo encima que rezaba CAREFREE COURT. Dentro, entre palmeras y eucaliptos, había una docena de bungalows de estilo Revival Misionero agrupados en torno a una piscina con una fuente de la que salían chorros pulsantes de agua a un cielo gris borroso...

Jardine se sentó un momento, como si mantuviera una larga charla consigo misma, tal vez sobre alguna elección que tuviera que hacer y que le estaba resultando más difícil de lo que había creído.

—Y no sólo podemos desplegar la historia futura de estos sujetos —decía Roswell—, también podemos invertir el proceso y mirar a su pasado.

—Una fotografía del cadáver de un asesinado —se le ocurrió a Lew—, ¿y podríais ver el suceso, atraparlo en el acto?

—Empiezas a entender por qué ciertos intereses podrían sentirse amenazados. Todos esos antiguos misterios del pasado como, por ejemplo, el atentado del *Times*..., lo único que haría falta es tener una instantánea de la Primera y Broadway donde estaba el antiguo edificio, y hacerla retroceder a finales de septiembre de 1910, justo antes de la bomba...

—¿Podría ir tan atrás?

Roswell y Merle se miraron entre sí.

—¿Lo habéis hecho?

—Era de noche —dijo Merle un poco avergonzado—. Podría haber sido cualquiera.

—... la única vertiente un poco peliaguda —dijo Roswell— es encontrar el término constante en lo primitivo, que la diferenciación ha llevado a cero. Por lo general, para mirar hacia el pasado se debe tener un valor negativo. Pero a menos que acertemos de pleno, siempre existe la posibilidad de que esos pequeños seres que aparecen en las imágenes escojan senderos distintos que los originales.

Momento en el cual Lew recordó por fin la bilocación: cómo hacía mucho tiempo, en Inglaterra, incluso se había encontrado de vez en cuando entrando y saliendo de esas bifurcaciones. Los desvíos de lo que todavía consideraba su vida oficial y supuesta. Sin embargo, desde su vuelta a Estados Unidos, como si no

hubieran sido más que vívidos sueños, esos viajes paralelos habían ido espaciándose hasta interrumpirse por completo, y tampoco tenía a nadie con quien hablar de ellos, así que no le quedaba más opción que ocuparse de sus asuntos cotidianos y no pasar mucho tiempo meditando. Pero ahí parecían estar esos antiguos poderes de bilocación surgiendo de nuevo, sólo que de manera distinta.

—¿Quieres decir —intentando controlar un temblor en la voz, haciendo aspavientos más amplios de lo que hubiera querido para señalar la imagen viva de Jardine, que todavía esperaba— que podrías ver a alguien viviendo una vida totalmente diferente?

—Claro, si quisieras —Roswell le miró con tal desconcierto que casi parecía irritado—, pero ¿por qué?

—Ahora que ya has visto funcionar el aparato —dijo Merle—, te pondré al tanto de por qué te hemos pedido que vengas. Últimamente están pasando por aquí cosas bastante raras. En el callejón hay gorilas, de pie, fumando, vigilando. Recibimos llamadas telefónicas en plena noche, pero nunca hay nadie al otro lado del hilo. Cruzan coches por delante, sedanes cerrados, con ventanillas tintadas, muy despacio, y algunas matrículas las hemos visto más de una vez. Y además, durante la jornada de trabajo, siempre hay alguien que suelta un par de palabras de advertencia, o de preocupación, nunca demasiado altas, sin mover nunca los labios.

—Lo que en resumen —dijo Roswell Bounce— viene a decir que no queremos toparnos con el mismo triste destino que Louis Le Prince, que a finales de los años ochenta logró poner a punto su propio aparato de cine, básicamente el mismo que tiene hoy la industria: películas en bobinas, perforación en ruedas dentadas, movimiento intermitente y demás. Un día se sube al Exprés París-Dijon y no se vuelve a saber de él. Su esposa intenta averiguar qué ha pasado, todo el mundo calla, y siete años después lo declaran legalmente muerto, un par de piezas de sus máquinas llegan a los museos, algunas de las patentes ya están archivadas, pero todo lo demás se ha desvanecido misteriosamente junto al bueno de Louie.

—Y vosotros creéis que alguien está de hecho...

—Oh, lo siento, ¿crees que se trata de mi P.Q. otra vez?, por el infierno en llamas, Basnight, tienes ya una larga carrera de sabueso, has visto de todo, y debes de haber conocido a alguno de los peces gordos de los estudios, así que, dime, ¿a ti qué te parece?

—Que primero intentarían robarlo, teniendo en cuenta que el «robo», según se define en esta ciudad, incluye el pago en efectivo e incluso puede tratarse de una suma muy generosa.

—Pero hacer que todo desaparezca —dijo Roswell— podría no bastarles.

—¿Qué os hace pensar que han descubierto algo? ¿Hay registros archivados? ¿Habéis hablado con algún abogado sobre solicitud de patentes?

—¡Ja! Si alguna vez te topas con un abogado al que puedas fiarle una moneda caída de la pandereta de un ciego, vaya, pues de paso nos pillas un cerdo con alas y

nos los llevaremos a los dos de gira para hacernos ricos.

—Parece un poco arriesgado, eso es todo.

—¿Alguna idea sobre lo que hacer a continuación?

—Puedo apostar algunos talentos de la intimidación aquí fuera, pero aunque no sean del Sindicato, como todos los demás en esta ciudad, al cabo de un tiempo siempre entra mucha *mazuma* y todos se venden, así que tendríamos que pensar en soluciones a largo plazo.

—Pero, mierda, hay reservas inagotables de sinvergüenzas en los estudios, cada chico de los recados es un productor a la espera de que algo pase, no podríamos matarlos a todos...

—Estaba pensando más bien en encontraros cierta protección legal.

—Si necesitáramos un milagro, le mandaríamos un telegrama al papa —dijo Roswell.

Era una hora avanzada de la tarde cuando Lew llegó en coche a la dirección que le había dado Emilio. Aparcó a las puertas de un bungalow de estilo chalet con un pimentero en el patio, subió y llamó educadamente a la puerta delantera. Y le sorprendió, todo lo que podía sorprenderse a esas alturas, el glamour malicioso del rostro que apareció abruptamente. Cuarenta largos, atractiva, pero también lo que con reticencia había acabado reconociendo como atormentada. Tal vez debería haberse dado la vuelta y marcharse, pero en lugar de eso se quitó el sombrero y preguntó:

—¿Alquilan esta casa?

—Hasta ahora no. ¿Cree usted que debería alquilarse?

Lew fingió que miraba su agenda.

—Usted debe de ser...

—La señora de Deuce Kindred. —La pantalla de la puerta proyectaba sobre su cara una extraña neblina rectilínea, que de alguna manera se extendía a su voz, algo que, por ninguna razón que pudiera imaginar cuando lo pensó más tarde, tomó como una señal sexual, y le provocó una erección allí mismo, en el porche delantero...

—¿He venido al lugar equivocado? —Vio cómo parpadeaba.

—Eso es fácil de saber.

—¿Está su marido en casa?

—Entre. —La mujer retrocedió un paso y se dio la vuelta, con el principio de una sonrisa de la que ella, casi con desprecio, no le permitió ver las fases siguientes, y lo condujo a través de la luz oliva del pequeño salón delantero hacia la cocina. Oh, iba a ser tan sórdido como el infierno, supo Lew por sus sensaciones en ese momento. Al principio creyó que tenía que ser por él, por su atractivo sexual de tipo duro, pero al cabo de un rato comprendió que en esta costa no había nada personal, sólo que sucedía mucho. Ella llevaba medias enrolladas hasta justo por encima de las rodillas, al estilo *flapper*. Se paró a un paso de la luz del sol amarilla y agradable que entraba a

raudales en la cocina, y se quedó quieta en esa penumbra, dándole la espalda, con la cabeza inclinada, la nuca desnuda bajo el pelo corto de salón de belleza. Lew se acercó, le levantó el dobladillo de la falda y lo subió hasta arriba.

—Bien. ¿Adónde han ido a parar los preliminares?

—¿Usted qué cree?

—A lo mejor quiere ponerse a cuatro patas.

—Inténtelo, jodido animal.

—Vaya, así que se trata de eso, ¿eh?

—Si a usted no le importa.

A él no le importaba. Ella estaba claro que no iba a colaborar, forcejeó todo el rato y de manera, hay que reconocerlo, bastante convincente, gritando «qué vergüenza» tal, «bestia» pascual, «repugnante» nueve o diez veces, y cuando acabaron, o al menos acabó Lew, ella se contoneó y dijo:

—No irá a quedarse ahí dormido, espero. —Se levantó, entró en la cocina y preparó café. Se sentaron en un rincón acogedor, y Lew finalmente abordó la cuestión de Jardine Maraca y la peculiar reaparición de su compañera de piso Encarnación...

—Seguramente habrá oído hablar de esas fiestas salvajes —dijo Lake— que la gente del cine celebra en la playa o en sus mansiones de las colinas, salen a todas horas en las revistas de escándalos.

—Sí, claro, las orjijías sexuales de Hollywood.

—Me parece que se pronuncia con una ge más suave, pero ése es el concepto. Deuce me llevó un par de veces, aunque, como explicó consideradamente, más bien se trata de no llevar a tu propia esposa. Según parece, Encarnación era una asidua de esos asuntos, hasta que el Estrangulador Sincopado empezó a desmadrarse, y entonces la chica desapareció.

—Ahora tengo entendido que ha vuelto a salir a la superficie.

—Creía que era una de...

—Una de las víctimas, sí, eso pensaban todos. ¿Cree que su marido podría haberse enterado de algo?

—Ese que frena en la calle es él, puede preguntarle.

Deuce irrumpió dando pisotones, un cigarrillo pegado al labio inferior, con el porte de los tipos peso gallo. Lew vio una funda de hombro con un Bulldog dentro, más que probablemente un arma de empresa.

—Vaya, ¿qué habéis estado haciendo? —preguntó mirando más risueño que amenazante hacia Lew. Éste se había convertido en un experto en maridos celosos, y el que tenía enfrente era lo más parecido a uno totalmente indiferente que había visto en los últimos tiempos.

—¿Te acuerdas de la preciosa de Encarnación? —dijo Lake por encima del hombro mientras salía de la cocina.

—Bonitas tetas, la estrangularon en Santa Mónica —dijo Deuce rebuscando en la nevera—, hasta donde sé sigue muerta.

—Mire, de eso se trata... —empezó Lew.

—¿Quién le dijo que viniera a molestarnos? —dijo Deuce haciendo saltar el tapón de una botella de cerveza para subrayar la pregunta.

—Es sólo rutina. Una larga lista de nombres.

—Así que es un sabueso.

—Todo el día.

—Ni siquiera estoy seguro de habérmela follado, esas ardientes mexicanas le dan a uno demasiado trabajo, ¿no le parece?

—¿Así que era como si sólo la viera de lejos y muy de cuando en cuando? ¿Como una masa de cuerpos retorciéndose o algo así?

—Usted lo ha dicho.

—Perdone que le pregunte —dijo Lew asintiendo, en lo que esperaba no fuera un gesto ofensivo hacia el arma de fuego bajo la chaqueta de Deuce, que no se había quitado—, pero ¿a qué tipo de trabajo se dedica, señor Kindred?

—Seguridad, lo mismo que usted. —Lew mantuvo las cejas alzadas amistosamente hasta que Deuce añadió—: En Consequential Pictures.

—Un trabajo interesante, diría.

—Sería bastante agradable si no fuera por esa pandilla de descerebrados anarquistas que intentan crear sindicatos cada vez que uno les da la espalda.

—Es imperdonable, no me cabe duda.

—Que quieran sindicatos en Frisco, nos la pela —dijo Deuce—, pero aquí, desde que los bastardos irlandeses pusieron la bomba en el *Times*, se ha abierto la veda, y pretendemos que siga así.

—Hay unos estándares que mantener.

—Lo ha entendido.

—La pureza.

Eso provocó en Deuce una mirada de soslayo de desagrado.

—¿Se ha divertido ya bastante por aquí, señor Basnight? Si lo que busca es diversión de verdad, salga en la oscuridad de la noche, con esos dinamiteros macarronis por todas partes. Vea si es eso lo que le va.

—Tienen a muchos de ellos en el negocio del cine, ¿verdad?

—No me gusta ese tono de voz, caballero.

—Pues es el único que tengo. ¿No será que lo que de verdad quiere hacer es dirigir?

Error. Ahí estaba Deuce con su pistola, una pequeña maldición de cinco tiros con todas las recámaras que Lew veía llenas. Había tenido un día muy largo, pero a la vista de la rabia en el rostro de Deuce, puede que no fuera a alargarse mucho más.

—Sí, y el guión sigue así: entró por la fuerza en mi casa, agente, le hizo insinuaciones a mi esposa, lo único que hice fue actuar en defensa propia.

—Bueno, a ver, señor Kindred, si he hecho algo que...

—¿Señor B.? ¿Todo bien?

—¿Qué coño? —Deuce se dejó caer de la silla y se metió debajo de la mesa.

Era Shalimar, que se había acordado de traer la metralleta.

—Es que le gusta comprobar si estoy bien —dijo Lew—, no ha disparado a nadie desde, oh, desde hace una semana.

—A ver, querido, si ayer mismo hubo aquel tiroteo en Culver City.

—Oh, pero mi niña, corría tan deprisa que no le diste por kilómetros.

—Me parece que voy a dejarles, um... —Deuce se alejó arrastrándose por el patio.

En realidad sólo se había pasado por casa para tomarse una cerveza y para un afeitado rápido, y al poco había vuelto a salir, buscando lo que le ofreciera la noche a su cara apurada. Lake no sabía nada más. Para cenar tomó un sándwich de mortadela e intentó escuchar un rato la radio, luego se acercó a la ventana, se sentó y esperó que la luz se desaguara sobre la amplia cuenca, machacada todo el día por el sol hasta sumirse en una quiescencia recalentada muy parecida a ella misma. Lake había dejado de creer en causas y efectos, y empezaba a descubrir que lo que la mayoría de la gente tomaba como una realidad continua, del periódico de una mañana al de la siguiente, nunca había existido. Estos días a menudo no sabía si vivía en un sueño del que no podía salir o si se había despertado y ya no podría volver al sueño. Y así pasaba las interminables tardes de cielos despejados y ominosos entre sueños, haciendo sus apuestas en el Casino Universal del Sueño para adivinar cuál de ellos la sacaría de allí y cuál la llevaría definitivamente por mal camino.

Por su parte, Deuce, cuando estaba en casa, tendía a gritar mucho. Al principio, Lake se lo tomó literalmente, por no decir como algo personal, pero luego, durante años, no le hizo caso, y por fin se le ocurrió que, a su modo, Deuce estaba intentando despertarse de su propia vida.

Una noche, él pasó de un sueño que nunca recordaba al medio de otro que había tenido toda la noche, un remolino oscuro de fumaderos de opio, extranjeras lascivas, chicas con ropa interior mínima, música de jazz llena de tintineantes notas *achinadas*. Una situación agotadora y sangrienta a la que él se acercaba todo lo que se atrevía, mientras sentía que iba a pasar algo. Sabía que si iba un poco más allá sería destruido.

Pensó en «levantarse» y buscar a alguien que le explicara qué pasaba. Pero tenía que andarse con cuidado, porque no sabía si todavía estaba soñando. A su lado, había una mujer tumbada que parecía muerta. Estaba solo con un cadáver, y comprendió que él debía de haber tenido algo que ver, de algún modo, aunque sólo fuera por no haber impedido lo que le había pasado a ella. La sangre lo cubría todo, y en alguna parte todavía estaba húmeda.

Cada vez que se obligaba a darse la vuelta y mirarla a la cara para ver si la conocía, se distraía. Oía voces, una investigación ya en marcha, en algún punto de la mansión, una construcción cilíndrica de la arquitectura moderna estilo Hollywood,

puede que de unos quince metros de ancho, tres o cuatro plantas de alto, suelo de madera, una escalera que subía en espiral por el interior de la pared circular de piedra, hasta arriba, entre el polvo y las sombras donde debería estar el techo, pero en su lugar había un enorme tragaluz, por el que entraba la luz temprana con su color rosado sucio.

Al principio, los investigadores, un dedicado grupo de jóvenes californianos, sólo querían hacerle «unas preguntas». Nunca se identificaban por sus nombres ni decían para quién trabajaban, no llevaban uniformes ni insignias ni graduaciones, pero su sinceridad era incuestionable. Tras su impertérrita buena educación, Deuce vio que le consideraban culpable... y, mierda, él también. Pero no parecían dispuestos a detenerle todavía, se tomaban su tiempo, seguían sus propias rutinas, sus protocolos. Sin decírselo explícitamente, le hicieron saber que el cuerpo al lado del cual se había despertado no era el primero.

—Soy un agente no oficial —les repetía, pero la lengua y las cuerdas vocales se le petrificaban, y cuando buscaba su estrella de ayudante nunca la encontraba.

Cada vez que uno de ellos le sonreía, sentía escalofríos. Aquellos tipos brillaban con un fulgor siniestro, como las lámparas de arco de alto amperaje de los estudios, mientras desde algún lugar invisible, dirigiéndolos, más allá de las lindes del sueño, fluía tal vez un poder ilimitado.

A medida que los interrogatorios se hacían cada vez más complejos, menos versaban sobre el crimen, el castigo, los remordimientos que sintiera Deuce, la compasión por las víctimas...; ahora se reducían a su propia necesidad de impedir que su relación con el crimen, todavía misteriosa, llegara a revelarse jamás. Hasta ahí había llegado. Pero no había modo de que él pudiera pedírselo. Y, por lo que sabía, toda la ciudad estaba ya al tanto. A la espera.

¿Dónde estaba la policía de L.A.? Esperaba, escuchando con atención a medida que su esperanza se desvanecía, oír sirenas, motocicletas sin el sonido amortiguado. Tarde o temprano, un sonido de un motor real procedente de la calle traía esa liberación y él se encontraba de vuelta en las sombras pálidas, bajo la custodia indiferente del día.

Lake ha soñado más de una vez con un viaje al norte, siempre a la misma ciudad subártica y a una eterna lluvia fría. Siguiendo una antigua costumbre, las jovencitas del pueblo toman bebés prestados de las madres para jugar a dar a luz y a ser mamás. Son chicas tan fértiles que a veces basta con que piensen en un pene para quedarse embarazadas. Así que pasan sus días de otoño jugando a simular una vida familiar. Las madres tienen así tiempo libre, y a los bebés les encanta.

Un gran río gélido atraviesa la ciudad. A veces se hiela, a veces se llena de icebergs en miniatura que pasan a una velocidad pavorosa entre olas a menudo tan altas como las del mar. No están claros los límites entre los mundos que se extienden

por encima y por debajo de la superficie del agua. Una partida de exploradores se dirige río arriba y Lake, que se les une, tiene que dejar a un marido o un amante, tal vez a Deuce, con otra mujer, por quien él podría fácilmente abandonarla para siempre... Cuando llega el momento de regresar, ya no es posible volver por donde han venido, y tienen que desviarse, durante varios días, a través de un gran pantano helado, y cada instante que pasa aumentan las posibilidades de que él ya no esté en el pueblo, de que esta vez la haya dejado por la otra..., no tiene nadie en quien confiar, el resto del grupo se muestra indiferente, sólo les preocupan los detalles de su misión..., impecablemente distantes, vestidos con ropa impermeable de abrigo de lona negra, incapaces de la menor comprensión o, es más, de cualquier reconocimiento humano, la ignoran..., pero al final consigue volver a la ciudad, y él sigue allí. La rivalidad no ha sido más que una ilusión. Son amantes como siempre... Aleluya.

Se despierta durante un breve instante. Lluvia o viento, una luz inesperada, Deuce que vuelve de algún sitio del que nunca habla, algún negocio, imagina ella, en las colinas... La hora se torna otra vez profunda, la oscuridad y el viento que de nuevo mueve las ramas del pimentero en el patio, mientras ella se desliza otra vez de regreso al viaje hacia el norte, la ciudad gris ahora temerosa por un niño al que han encontrado atrapado bajo el hielo..., por alguna razón no hay herramientas ni maquinaria para quebrarlo, y el hielo tiene que ser trabajosamente fundido con sal de roca, sacado a la superficie helada con convoyes de trineos tirados por perros..., día y noche prosigue el trabajo, el niño es claramente visible bajo el hielo que se funde, boca arriba, borroso y esperando, serenamente acusador..., por fin lo liberan, aunque tal vez sea demasiado tarde, porque parece muy quieto, los médicos especialistas se ponen a trabajar, se organizan vigiliass delante de su casa..., las iglesias se llenan con gente del pueblo que reza.

Lake vuelve de un extravío sin palabras y atemporal, tal vez de un sueño dentro de otro sueño, por siempre irrecuperable, a la resurrección: la ciudad ruidosa, la población alegre, rayos de luz del color del acero cromado que se abaten sobre las calles, una visión que se desliza sobre el suelo desde un ángulo alto, imágenes que se interrumpen para dar paso a una escena en la que el niño se reúne con sus padres, y luego se reanudan para acompañar un himno para coro y orquesta, al principio en tono menor, pero pronto se dispara a un estribillo en modo mayor, media docena de notas perfectas, que siguen con Lake cuando ella emerge a la primera proyección oblicua de la luz del sol por las llanuras, una declaración de intenciones, un anuncio de un peso que pronto aumentará más allá de lo soportable...

Deuce no había venido en toda la noche. Esperara o dejara de esperar ella lo que fuera de ese día, él no lo sabría por Lake. Antes ella creía que habían elegido, ambos, resistirse a toda penitencia a manos de otros. Reservarse para ellos solos lo que el tiempo les deparara, el oscuro y excepcional destino. En vez de eso, se hallaba sola

en el tipo de sueño recurrente del que una muy sufrida heroína de cine esperaría despertar para descubrirse por fin embarazada.

Un par de días más tarde, Lew fue hasta Carefree Court. Era una hora avanzada, la luz declinaba, el viento de Santa Ana calentaba el aire. Las palmeras se agitaban enérgicamente, y las ratas en sus nidos se aferraban para no caer. En el crepúsculo, Lew se aproximó por un patio bordeado de bungalows con tejados de teja, arcadas de estuco y el verdor de los arbustos, que se intensificaba a medida que desaparecía la luz. Oía sonidos de cristalería y de conversaciones.

De la piscina llegaba la algarabía de la diversión líquida: chillidos femeninos, exclamaciones profundas desde trampolines altos y bajos. Los festejos, esta noche, no se limitaban a un solo bungalow. Lew escogió el más cercano, cumplió la formalidad de llamar al timbre, pero tras esperar un rato entró, y nadie se fijó.

Era una reunión imposible de entender al principio, ni siquiera para un curtido sabueso de L.A. como Lew: damas de la alta sociedad vestidas con conjuntos de los sótanos de Hamburger rechazados hasta por las *flappers*, *flappers* auténticas con disfraces de extras —tocados hebreos, vestidos de bailarinas de la danza del vientre, pies descalzos y sandalias— que procedían del rodaje de alguna gran producción bíblica, viejos adinerados en jirones y sin afeitar como los pordioseros de la calle, gorriones en trajes a medida y gafas de sol aunque el sol ya se hubiera puesto, negros y filipinos, mexicanos y palurdos, rostros que Lew reconocía de las fotografías de los archivos policiales, rostros que también podrían reconocerlo a él de historias pasadas que prefería no recordar, y ahí estaban todos, comiendo enchiladas y perritos calientes, bebiendo zumo de naranja y tequila, fumando cigarrillos con la punta de corcho, gritándose a la cara unos a otros, exhibiendo cicatrices y tatuajes, recordando en voz alta delitos imaginados o planeados pero raramente cometidos, insultando a los republicanos, insultando a la policía federal, a la estatal y a la local, insultando a los trusts empresariales más importantes, y Lew no tardó en empezar a hacerse una idea, pues ¿no eran ésos justamente los tipos que, hacía mucho tiempo, él había dedicado su vida a perseguir, a ellos y a sus primos del campo y la ciudad?, tipos a los que había perseguido por la maleza, por lechos de arroyos y por helados callejones de mataderos recubiertos de costras endurecidas de grasa y sangre pertenecientes a generaciones de ganado, desgastando pares y más pares de zapatos hasta que finalmente entendió de qué iba todo de verdad, y reconoció en ese instante el crimen que había sido su propia vida, y al alcanzar esa lucidez sobre sí mismo, lucidez que era un pecado mortal en ese momento y ese lugar, se dinamitó a sí mismo igual de inequívocamente.

Poco a poco comprendió que lo que tenían todos los presentes en común era haber sobrevivido a un cataclismo del que ninguno de ellos hablaba directamente: un

atentado con bomba, una masacre tal vez orquestada por el gobierno de Estados Unidos...

—No, no fue Haymarket.

—No fue Ludlow. No fueron los disturbios de Palmer.

—No fue y no fue. —Regocijo general.

En el centro de toda la turbulencia estaba un viejo caballero con una barba blanca como la nieve y grandes cejas enmarañadas bajo un sombrero negro de ala ancha que nadie en la sala había visto que se quitara jamás. La luz incidía sobre él de un modo extraño, como si estuviera en otro sitio, prestando tan sólo su imagen a la reunión. A Lew le recordaba la carta del Tarot del ermitaño con la linterna, un personaje de anciano sabio que de vez en cuando había estado cerca del camino que Lew creía que estaba tomando su vida, pero cuando lo miraba le asustaba tanto que hizo cuanto pudo para evitar incluso un saludo amistoso. Resultó que era Virgil Maraca, el padre de Jardine.

—A veces —decía Virgil—, me gusta perderme en ensoñaciones de cuando la tierra era libre, antes de que la secuestraran los republicanos cristianos capitalistas para sus perversos propósitos a largo plazo...

—¿Y para qué sirve eso? —objetó alguien—. No son más que sueños de viejo. De eso ya hay de sobras. Lo que tenemos que hacer es salir y matarlos, uno por uno, provocándoles tanto dolor como sea posible.

—Nada que discutir. Para ti es más fácil decirlo, claro.

—Empezando por el atentado del *Times*..., nunca me convencerás de que no lo organizó Gray Otis en persona, sobornó a los McNamara para que se comieran el marrón y al Hermano Darrow para que cambiara la declaración. Todo fue un plan urdido para destruir el sindicato de trabajadores en el sur de este estado. Desde aquel fatídico diciembre de 1911, el negocio del cine, el crecimiento urbano, el petróleo, los cítricos, toda gran fortuna de por aquí ha sido o financiada o mantenida basándose en salarios de hambre.

—Pero veinte trabajadores del periódico murieron en aquella explosión.

—Veinte o dos mil, ¿qué le importaba al bueno de Otis siempre que consiguiera a cambio su paraíso eterno de esquirolas, aquí mismo?

Lew no perdía de vista, aunque a distancia, a Jardine Maraca, que se movía sigilosamente entre los invitados, sonreía, bebía champán californiano en un vaso de zumo, que había venido para visitar a su padre en esta reunión de forajidos...; pero de algún modo más intenso que los *déjà vus* cotidianos, le asaltó la vieja sensación de estar en dos sitios a la vez, revivida de nuevo, y ni siquiera estaba seguro de si recordaba esta situación o, peor aún, la *preveía*, de manera que tenía que preocuparse por la posibilidad de que no sólo Jardine Maraca estuviera muerta sino también de que su asesinato *no hubiera sucedido todavía*... Se acercó aún más. Ella olía a humo de cigarrillo. Sweet Caporals. Intensa, bruscamente, le recordó a Troth, su ex esposa de hacía tanto.

Ella alzó la mirada, directamente a sus ojos, como si le planteara un desafío. Como si, en este rincón templado del país, que no envejecía nunca, donde todo estaba permitido, ella estuviera sin embargo prohibida.

—Se supone que estoy intentando dar contigo.

—Para... —Si ella sabía el nombre, era reacia a decirlo en voz alta.

—Tony Tsangarakis. La vieja banda del Vertex Club, estaban preocupados por ti.

—Debes de ser lo bastante inteligente para no tragarte esa tontería. ¿Cuánto hace que hablaste con Tony?

—No he hablado con él todavía. Pero un caballero negro llamado LeStreet...

—Ah... —Durante un instante su cara pareció vaciarse de esperanza. Pero al momento recuperó el viejo lustre de fotografía de publicidad.

—Chester y Encarnación estuvieron casados, durante un par de semanas. Eso no lo convierte en sospechoso, desde luego. Pero la historia todavía le retumba en la cabeza. Así que no sería él precisamente el primero al que yo recurriría.

—Bien, ¿y qué puedo hacer para ayudarte?

—Ya estoy perfectamente cuidada, lamento decirlo.

—Oh, oh.

—Encarnación sólo volvió por un tiempo —dijo Jardine—, sólo el necesario para declarar quién fue. Un canalla que trabaja de sabueso para los estudios llamado Deuce Kindred. La policía lo acaba de detener por una serie completa de homicidios cometidos durante orgías. Una chica, hace mucho, tal vez alguien del estudio, podrían haberle encubierto, a cambio de una obediencia incondicional futura, pero lo que ha hecho le valdrá una sentencia de muerte. Nuestros heroicos defensores de la ley en L.A. son tan corruptos como los demás, pero sólo para los delitos menores.

—Al menos necesitarás que alguien te saque de la ciudad.

Quedaron en un sitio a una determinada hora, pero Jardine ya tenía otros planes. Como contarían los periódicos más adelante, fue al aeropuerto de Glendale, robó la avioneta Curtís JN de un actor, despegó y se alejó volando a baja altura —la gente de un parque de atracciones local recuerda haberla visto pasar sobre sus cabezas—; más tarde se informó de que había seguido las vías interurbanas hacia el este, acercándose con espíritu despreocupado a los postes eléctricos, a las líneas de tejados, a las chimeneas y a otros objetos peligrosos, y cada vez se había alzado hacia el cielo en el último instante. Se desvaneció sobre el desierto, creando un silencio imponente.

La siguiente vez que Lew quedó con Merle en la playa, llevó una fotografía de Troth, un viejo retrato de estudio de gelatina de plata. Lo había guardado en un viejo manual de alquimia, de manera que se conservaba en bastante buen estado. No sabía cómo preguntar, ni siquiera qué tenía que preguntar.

—Me siento como un maldito muerto de hambre de un cuento que encuentra un genio que le concede tres deseos, más valdría que olvidaras que he dicho nada.

—No. No, está bien. Haré una transparencia, pasaremos un poco de luz por ella y veremos qué sacamos. ¿Querías volver aquí, a... alrededor de 1890, por lo que parece?, la verdad es que recuerdo ese estudio de Chicago... ¿o a lo mejor podríamos retroceder todavía más, o...?

Merle lo dejó caer tan suavemente que Lew se hizo apenas una idea imprecisa de que le había leído el pensamiento.

—Lo que comentabas de enviar estas imágenes en diferentes vías..., con otras posibilidades...

—Eso es el Recalibrado del Término Constante, o RTC, cada vez que lo intentamos Roswell sale del taller y se va a la taberna clandestina más cercana, no tiene paciencia con esa parte. Todavía estamos aprendiendo, pero el proceso parece inherente a la naturaleza de la plata. Cuando todavía era un joven alquimista, pasé por What Cheer, Iowa, y me encontré con un espagirista de la vieja escuela llamado Doddling, que me enseñó cómo conseguir que la plata creciera como un árbol. Árbol de Diana, lo llamaba él, diosa de la Luna y todo lo demás. Era increíble. Se cogía un poco de plata, se amalgamaba con mercurio, se añadía la cantidad y la densidad justas de ácido nítrico, y a esperar. Que me parta un rayo si no empezaba a echar ramas como un árbol, sólo que más rápido, y al cabo de un tiempo incluso hojas.

—Ramas —dijo Lew.

—Ante tus ojos... o lentes, porque se necesitaba algún aumento. Doddling decía que se debía a que la plata está viva. Tiene sus propias ramificaciones, elecciones que hacer, igual que el resto de nosotros.

»Esto es imagen muda, acuérdate. No la oirás.

Puede que no..., pero a lo mejor...

En medio de un entorno técnico corrompido por motivos que distaban de ser elevados, por lo general mercenarios, para «partir contra el viento enemigo» (según lo describían los primeros relatos épicos del viaje en el tiempo), tenía que aparecer de vez en cuando algún relato de máquina del tiempo compasivo, un viaje realizado en nombre del amor, sin ninguna expectativa de éxito ni, menos aún, de recompensa.

Bien, como si el terrible fluir del tiempo hubiera sido saltado en un instante atemporal, sin más problemas que cambiar a otra vía..., Troth estaba viva, en cierto modo más tangible que la memoria o la pena, eternamente joven, mientras seguían cortejando, antes de caer presas del Tiempo, todo en una cascada tan imparable como el deshielo de primavera, y no tardó nada en comprender que lo que veía eran imágenes aceleradas de la cara y el cuerpo de Troth, del cabello alargándose hasta formar pródigas masas rubias que luego tenían que recogerse, y soltarse, y volverse a sujetar, y otra vez, una mujer tras otra pasando las últimas horas del día iluminadas por lámparas, los reductos de guinga a cierta edad, los afeites, redefiniciones, emergencias y disfraces, hoyuelos, arrugas y huesos visibles bajo la piel, el rostro de cada año abatiéndose sobre el del siguiente en una caída que cortaba la respiración...

—Pero... No lo entiendo... ¿Quieres decir aquella vez que el tranvía chocó? ¿O el invierno que tuve fiebre? —Hablaban con calma, la mirada baja, como estupefacta por lo que fuera que la hubiera traído hasta ahí, casi demasiado joven para la mujer que él recordaba, inocente todavía de su inmortalidad. La luz parecía haberse concentrado preferencialmente alrededor de su cara y cabello dorado. Se imaginó a sí mismo tocándola a través de los rayos de luz saturados de polvo, una luz no tanto óptica cuanto temporal, lo que fuera que transportara el Éter del Tiempo, que alzaba cruelmente una barrera sin masa entre ellos. Era posible que ella ya no supiera quién era él, lo que habían vivido juntos. ¿Lo que oía era la voz de Troth? ¿Podía verlo ella desde el lugar adonde hubiera viajado en las brumas matemáticas?

Merle levantó la mirada de los controles, rozó el ala de un sombrero imaginario.

—Parece una de las maravillas de la ciencia. Pero habiendo pasado por lo que tú estás pasando, se me queda corta, ojalá fuera más, ojalá.

Y al final de la jornada laboral, cuando todas las fuentes de luz parecían haberse retirado tan lejos como podían, alargando las sombras cuanto querían, y Roswell había salido a hacer su ronda de acogedoras tabernas clandestinas, como tenía por costumbre casi todas las noches, Merle puso en marcha el Integroscope una vez más y sacó una de las fotografías que conservaba de Dally, tomada cuando ella tenía unos doce años, allá en Little Hellkite, en las San Juan, donde se la veía de pie junto a una tubería en la nieve, no sólo sonriendo para la cámara sino riéndose a carcajadas de algo que Merle intentaba recordar desde entonces pero no podía. Tal vez en algún lugar del aire invisible volaba una bola de nieve que él acababa de arrojarle.

Aunque solía contentarse con estar juntos en el pasado de ambos, antes de que ella se marchara, esta noche decidió recorrer todo el trayecto hasta el día de hoy, en un acelerado borrón desde su época en Telluride y Nueva York, Venecia y la Guerra, hasta esta misma noche, con la salvedad de que allí, en París, era por la mañana, y ella salía de su habitación, iba a la estación de metro y viajaba hasta una parada en una *banlieue* donde, a decenas de metros de altura, se alzaba imponente y abruptamente la antena de un transmisor inalámbrico de un millón de vatios, un artefacto ya olvidado de la Guerra, donde él creyó reconocer un alternador Béthenod-Latour, y bajo la torre un pequeño estudio con geranios en las ventanas donde Dally bebió café, se comió un brioche y se sentó junto a un panel de control mientras un operador con uno de esos bigotes puntiagudos franceses encontraba las coordenadas para Los Ángeles, y sin saber muy bien cómo, Merle, de pie ahora, tambaleándose, estremeciéndose en una oleada de certidumbre, llegó al otro lado del laboratorio y, tras toquetear el receptor de radio, cuyos tubos resplandecieron en una neblina de añil, encontró la banda y la frecuencia, y de repente la imagen de sus labios mudos en la pared se deslizó suavemente hasta la sincronización y se puso a hablar. Una lejana voz de mujer adulta que se propagaba por el Éter de la noche con tanta claridad como

si estuviera en la misma habitación. Él la miró, sacudiendo lentamente la cabeza y ella le devolvió la mirada, sonriente, hablando sin prisa, como si, de algún modo, también pudiera verlo.

Cinco
Rue du Départ

—... él te habría pedido mi mano —decía Dally—, es de ese tipo de chicos, pero no podíamos llegar a ti ni aunque hubiéramos sabido dónde estabas.

Habría sido como lanzar una botella al océano, con la diferencia de que ella sabía que Merle estaba ahí. Aunque se hacía una idea bastante precisa de las probabilidades de que no estuviera, teniendo en cuenta la Guerra, el océano, el continente norteamericano y un espectro de radio que parecía expandirse cada vez que miraba. Pero, pese a todo, los rayos que emergían muy lejos, por encima de ella, encontraban el camino franco hacia él, franco y directo.

René fumaba un Gauloises tras otro y la estudiaba a través del humo. La consideraba una especie de médium espiritual, que hablaba con los muertos. A todas luces se trataba de un uso no permitido del equipo, pero a decir verdad era un aparato nuevo, el ejército tenía algo que ver, y todo parecía ir un poco a la deriva. Esas transmisiones no anotadas —y Mademoiselle Rideout sabía que no era la única que las hacía en París— ofrecían la ocasión para hacer presentaciones, permitían que los componentes chocasen y se anulasen parcialmente, y aprendiesen de las expectativas de los demás, además de servir para buscar valores medios, adaptar y ajustar una rutina que facilitara el trabajo en equipo, distribuir sensatamente la energía y enviar fielmente las señales.

Cuando acabó, Dally se marchó con un au 'voir, despidiéndose torpemente con la mano sin darse la vuelta; la torre de radio ascendía imponente y vertical, como su prima la Torre Eiffel, visiblemente desproporcionada respecto al entorno, y ella, con la cabeza levemente inclinada, volvió a la estación del Métro. No tenía nada más que hacer en ese barrio aparte de llamar a Merle a través de las dimensiones. Empezó a tararear la melodía de Reynaldo Hahn perteneciente a *Ciboulette* y que iba sobre la suburbanización de la pasión, que todo el mundo canturreaba esa temporada: «*C'est pas Paris, c'est sa banlieue*».

Cuando llegó a Montparnasse, iba silbando *J'ai deux amants*, de la última producción de Sacha Guitry.

—'Jour, Dally —saludó una joven bonita en pantalones.

—'Jour, Jarri.

Un grupo de americanos se detuvo a mirar.

—Escuse muá, pero ¿no es usted La Jarretière?

—Oh, sí, pero eso fue antes de la... ¿de la Guerra? Yo bailaba con ese nombre.

—Pero si decían que había muerto...

—Y..., y de una manera muy espantosa...

La joven sorbió por la nariz.

—Grand Guignol. Querían ver sangre. Utilizábamos... frambuesa en almíbar. Mi vida se estaba complicando..., muerte y renacimiento como una persona distinta, o eso parecía, algo verdaderamente *pintiparado*. Necesitaban un *succès de scandale*, y a mí no me importó. Una joven belleza destruida antes de su hora, algo para que la

mente masculina eternamente adolescente pudiera divertirse. *Mon Dieu!* —cantó—. *Que les hommes sont bêtes!* —A cuyo tramo final se unió Dally, cantando la armonía.

La comedia musical estaba en auge en el París de la posguerra, y al cabo de un tiempo Dally se movía por su, bueno, por su *banlieue*. Por entonces tenía un pequeño papel en *Fossettes l'Enflammeuse*, una opereta de época de Jean-Raoul Oeuillade, sobre un tipo de seductora adolescente y rebelde, bastante familiar a esas alturas, una especie de vampiresa infantil que bebe, fuma, toma cocaína y demás..., que había sido llevada a los escenarios de Nueva York por el célebre empresario teatral R. Wilshire Vibe, con el título de *Hoyuelos*, aunque Dally se había molestado en aprender a imitar a la estrella, Solange St.-Emilion, cantando a pleno pulmón el primer número importante de *Fossettes*:

Casse-cou! C'est moi!
Ce'p'ti'j'm'en fou'-la-là!
Casse-cou, mari, tes femmes aussi
Tous les autres n'importe quoi!

Dally subió a su piso, al lado de la rue du Départ, entró en la cocina y preparó café. Acababa de contarle a Merle la historia íntegra de su vida desde que lo había dejado en Telluride, y qué lamentable espectáculo... Debía estar pensando en Merle, pero por alguna razón era Kit quien ocupaba sus pensamientos.

Junto a la ventana había estanterías con un juego de cuencos y bandejas de terracota de una tienda de Turín, un regalo de bodas que Kit y ella se habían hecho a sí mismos. La primera vez que los vio, ella sintió una satisfacción inmediata. Estaban barnizados en un tono muy alegre de verde, no, mejor dicho, era como si el color procediese de cristales pulverizados sensibles a las ondas de radio, capaces de traer de vuelta la voz de Kit cantando «No será un matrimonio con estilo...», mientras ella pensaba: Así somos nosotros. No tenemos que seguir preocupándonos, y luego, en voz alta, añadía: «Gracias a Dios sabes cocinar».

Se casaron en 1915 y fueron a vivir a Turín, donde Kit consiguió un empleo trabajando en el diseño del bombardero italiano. Al cabo de un par de años sucedió el desastre de la batalla de Caporetto, cuando pareció que los austriacos descenderían a saco desde las montañas y seguirían avanzando tranquilamente hasta Venecia. A esas alturas ninguno de los dos recordaba por qué se habían casado, o seguían casados, y no les consolaba lo más mínimo saber que casi todos cuantos conocían estuvieran sufriendo la misma desdicha. Le echaron la culpa a la Guerra, claro, y era verdad hasta cierto punto. Pero..., bueno, Dally también había perdido un poco la cabeza y hacía estupideces. Un día se encontraba en la fábrica cuando una pequeña falange de hombres con trajes negros salió por una puerta metálica, y entre ellos reconoció a Clive Crouchmas.

Como muchos otros antes que ella, Dally tenía una tolerancia muy baja — inocentemente baja, teniéndolo todo en cuenta— para los complejos y el trabajo que suponía aguantarlos. Y sabía que las exigencias de Clive serían todo lo mínimas que una chica pudiera soñar. ¿Felicidad conyugal?, ¿líos con otros hombres?, ningún problema para Clive. Estaba, claro, aquel turbio asunto del pasado, cuanto intentó venderla como esclava blanca, pero ambos comprendían ahora que aquel había sido tal vez su único instante de genuina pasión ciega, y todo el mundo tiene derecho al menos a uno, ¿no es así?, y, bien mirado, al final Clive lo agradeció, y a Dally casi le divirtió.

No se trataba sólo de que Clive hubiera envejecido, sino que en el juego de elevadas apuestas de la vida que había escogido, había acabado con menos fichas de las esperadas, sin llegar a ser el mayor perdedor de la noche, pero muy lejos de lo que en el pasado creía que le correspondía por derecho. Así que ella tampoco estaba por la labor de agudizar su desastre.

Mientras su esposa volvía con alguien con quien no debería, Kit se pasaba el día en la fábrica o bien andaba dando vueltas por ahí, y casi sin que se dieran cuenta la Guerra había terminado, Dally estaba en París y Kit en algún lugar de Ucrania occidental, empeñado en una grandiosa búsqueda de algo que ella desconocía por completo. Lo que sí sabía era que allí seguían los combates. Él le enviaba cartas, con sellos y matasellos distintos cada vez, y de vez en cuando daba la impresión de que iba a volver, pero ella no tenía claro si quería que lo hiciera o no.

Esa mesa de la cocina no era sitio para pasar el mediodía. Cogió unos cuantos francos de debajo de uno de los platos verdes y salió de nuevo a la calle, mientras un aeroplano volaba por encima, susurrando con serenidad para sí. A unas manzanas estaba el bulevar y su café preferido, L'Hémisphère, donde ella había descubierto que con sólo sentarse a una mesa en la terraza, al cabo de poco, su vida, o al menos fragmentos de ella, se repetían a sí mismos, de una forma levemente distinta, y aparecía justamente la gente que «necesitaba» ver de nuevo, como si el café de mala fama fuera uno de esos lugares elegidos de los que hablaban los místicos orientales. Aunque bien podría ser que los otros también «necesitaran» verla a ella, a veces sólo pasaban como fantasmas y la miraban directamente, sin reconocerla.

Por esos días una numerosa población americana pululaba a todas horas por París, intercambiando direcciones, verdaderas o falsas. Algunos podrían ser fantasmas de la Guerra con asuntos pendientes en la ciudad. Pero la mayoría eran jóvenes americanos, ilesos, niños con dinero que gastar pero sin la menor idea de qué podía o no podía comprar, que caminaban inseguros como por un oscuro paseo bordeado de sauces hacia una especie de Club Europa de los tullidos, los gaseados y los atormentados por la fiebre, cuyos miembros habían realizado el rito de iniciación en la guerra, el hambre y la gripe española. Afortunadamente, en L'Hémisphère no había teléfono, porque el dueño lo consideraba otra especie de plaga que se propagaría y con el tiempo destruiría Montparnasse. ¿Dónde sería entonces posible dejar una nota

a Octave, el camarero, con plena confianza en su persona? En cuanto los americanos se enteraban de que no había teléfono, tendían a desplazarse hacia la esquina del bulevar Raspail y los cafés más reputados, como el Dôme, la Rotonde, la Coupole y el Select.

Sentada ahí, tras una taza de café, Dally podía darle vueltas libremente a su pasado, con la plena confianza de que una vez sumida en esa urdimbre de deseos sensatos y descabellados sólo se vería interrumpida en el momento justo, antes de que todo se volviera demasiado mustio.

Cuando llegaron a Turín, Kit había echado un solo vistazo y ya se sentía en casa.

—¿No te parece increíble un sitio como éste? Ni una sola calle torcida hasta donde alcanza la mirada.

Bien podría haber sido Denver. Las montañas estaban cerca, y había energía hidroeléctrica por todas partes.

—Un círculo jodidamente bien cerrado —fue lo que murmuró para sí—, ¿no te parece?

Kit fue a la dirección que le había dado Viktor Mulciber en Constantinopla y le contrataron en el acto, y al poco aplicaba sus conocimientos en vectores a cuestiones como la resistencia al viento, la estabilidad lateral y la longitudinal, y demás... Se topó con un par de rostros conocidos del laboratorio del Doctor Prandtl en Gotinga, que habían huido de Alemania por pavor pacifista ante lo que se avecinaba y se consolaban pensando que las aeronaves de guerra italianas sólo se utilizarían contra Austria, que, en cualquier caso, era la responsable de la Guerra. Le dieron la bienvenida con una ducha ceremonial de cerveza y la solemne instrucción: «Cada sección de ala que vas a encontrarte parece un círculo tras una transformación de Zhukovski. Los diseños de la superficie sustentadora son un secreto vergonzoso. No se lo cuentes a nadie».

Cerca estaba estacionada una pequeña *squadriglia* de monoplanos Bleriot, veteranos de la guerra italo-turca, en la que se habían dedicado básicamente a vuelos de reconocimiento sobre la Cirenaica, y que mostraban orgullosamente algunos orificios de bala del fuego de rifles de las tribus. Kit pronto se hizo amigo de los miembros del equipo de tierra, que no le ponían objeciones a que de vez en cuando alzara el vuelo en uno de los aparatos.

Un día, Dally y él habían mantenido un intercambio de impresiones adulto sobre el tiempo que ella pasaba con Clive Crouchmas. Kit había conocido al pájaro y no le caía bien, aunque dado que no existía una máquina del tiempo que funcionara, no veía el modo en que pudiera negarle a Dally su pasado. Un sacrificio bélico más, quería creer.

—Sube conmigo, Dal —dijo con una voz que cambió de repente, aunque ella no habría sabido decir en qué tono.

—¿Te has vuelto loco?

—Lo digo en serio. Es fácil, te meto a escondidas, y además ya va siendo hora de que aprendas a volar, hasta es posible que te guste. —En su rostro apareció una expresión de súplica que ella no supo reconocer, un momento de desamparo que ella sólo comprendería cuando ya fuera demasiado tarde.

—Los austriacos abaten aviones, Kit.

—A nosotros, no. A ti y a mí, no.

Más tarde ella también recordaría haberse sentido a la vez apenada e irritada por tanta ingenuidad y estupidez, y se preguntaría si debería haberse dejado llevar por la compasión, aunque a largo plazo ésta los habría corroído, más que los ataques de rabia y las constantes peleas, que al menos tenían algo de vida. Esta vez ella se limitó a encogerse de hombros, entró en la otra habitación y se emperejó de nuevo para una «invitación a cenar» con Crouchmas, en el Cambio, casi con toda seguridad, pensó.

Kit se fue a pasear cabreado por la ciudad y, como tenía por costumbre, se refugió en un bar del malecón, en I Murazzi, cerca del puente del Po. Su amigo Renzo ya estaba allí, bebiendo un brebaje de vermú.

Sobre el suelo, Renzo siempre parecía un tipo un poco flemático, tal vez clínicamente deprimido, sin mucho que decir, que dormía mucho, pero en presencia de cualquier tipo de avión se animaba visiblemente. En cuanto empezaban a rodar por la pista, era todo sonrisas y exaltación, y cuando las ruedas despegaban del suelo, su personalidad había experimentado una transformación casi polar. Había volado con una numerosa sucesión de *bombardieri*, pocos de los cuales sobrevivían a la primera misión, muchos presas de crisis nerviosas mucho antes de que avistaran siquiera los objetivos.

—Voy a explicarte dónde radica el problema de tener que asomarse y buscar algo sobre lo que tirar una bomba: uno no consigue la precisión, y además no va lo *bastante deprisa* cuando alcanza el blanco, lo que uno quiere es la mayor energía cinética posible, *vero*?

Kit bizqueó.

—Me estás hablando de...

—*Una picchiata!*

—¿Qué es eso?

—Un picado muy pronunciado, pero no como cuando bajas en un giro, aquí se trataría de *controlar toda la caída*: sueltas la bomba todo lo cerca del blanco que se pueda y luego subes abruptamente para alejarte de la explosión. ¿Se te ocurre cómo modificar *mía bella* Caproni para eso?

—¿Un picado de morro?, eso es una locura, Renzo. Demasiada tensión en todos los puntos equivocados, las abrazaderas se romperían, las superficies no lo soportarían, las alas se caerían, el motor se pararía o explotaría...

—*Si, certo*, pero aparte de eso...

Kit ya estaba esbozando y garabateando. A esas alturas, Renzo se fiaba plenamente de él. Ya le había ayudado a sustituir los motores Isotta Franchini por Packards de cuatrocientos caballos de potencia, y también se le había ocurrido cómo montar dos ametralladoras Revelli más en la cola y bajo el vientre del aparato, que era un bombardero triplano muy grande con cinco tripulantes, cariñosamente llamado *Lucrezia*, por la heredera homicida de los Borgia.

—*Andiamo* —dijo Renzo, que se levantó de golpe—. Te lo enseñaré.

—En ese Caproni, no —objetó Kit.

—Subiremos al SVA.

—Eso lleva una armadura triangulada..., no sé yo si...

—*Macchè*...

Tenía razón, claro. Una vez que estuvieron en el aire, guiados por la única luz espeluznante de la punta de la Mole Antonelliana, Kit empezó a comprender qué estaba haciendo ahí arriba.

—No creo que podamos apuntar al Cambio, ¿verdad que no? —No era probable que siguieran allí, pero en cualquier caso parecía un blanco razonable.

—Nada más fácil. —Renzo se ladeó hacia la Piazza Carignano—. ¡Agárrate, cowboy! —añadió apoyándose alegremente sobre el mando mientras se lanzaban en un picado que revolvería cualquier estómago.

Pronto iban tan rápido que algo le pasó al tiempo, y tal vez se deslizaron durante un breve intervalo en el Futuro, el Futuro conocido por los Futuristas Italianos, con acontecimientos sobreimpresionados y la geometría tensada irracionalmente en todas las direcciones, entre ellas un par de añadidas, mientras seguían hacia el Infierno, un Infierno que nunca podría contener a la joven esposa abducida de Kit, al que él nunca podría llegar para rescatarla, que era de hecho el Infierno del Futuro, adoptando sus ecuaciones funcionales, desprovisto por una explosión de fuego de todo lo emocional o accidental...

Y entonces Renzo los había detenido, con una estremecedora embestida de la hélice a la cola contra la integridad del armazón, y planeaban sobre el río como si fuera un paseo dominical.

Kit entendió el atractivo. Cómo no. La velocidad pura. La incorporación de la muerte a lo que de otro modo sólo sería una atracción de feria.

¡Bombardear en picado
la ciudad
sí que es
diver!
Ver cómo se dispersan,
ver cómo corren,
oírlos gritar cuando
disparamos la ametralladora, compañero,

y podemos alzarnos
cuando queramos,
y salir disparados
desde tan cerca del suelo
que casi te das en la nariz,
¡bombardeemos en picado el día entero!

—¿Oíste anoche aquel avión? —le preguntó ella por la mañana.

—Menudo ruido, ¿verdad?, ¿cómo reaccionó tu novio? Bueno, quiero decir, cómo no reaccionó.

Ella le clavó una mirada fiera.

—Mierda, eres un cabrón.

Kit trabajó a ratos en el interesante problema de cómo sacar a un triplano gigantesco de un picado de morro, y salió con Renzo en dos o tres *picchiate* más, en especial en agosto de 1917, durante una huelga de inspiración bolchevique de los trabajadores de las fábricas de armas de Turín.

—Oigamos uno de esos gritos de cowboy —sugirió Renzo, y Kit accedió mientras descendían ruidosamente sobre una gran manifestación. Los huelguistas se dispersaron como hormigas en un hormiguero, atrapados en el foco de un rayo más letal que la luz del sol. Kit lanzó una arriesgada mirada a Renzo, desquiciado incluso cuando estaba en reposo, y vio que ahí, acercándose a la velocidad del sonido, se metamorfoseaba en otra cosa..., un caso de posesión. En ese momento, Kit tuvo una iluminación fruto de la velocidad. Todo era político.

La huelga de Turín fue aplastada sin piedad, los huelguistas fueron asesinados, heridos, enviados al ejército, sus prórrogas anuladas. La *picchiata* de Renzo tal vez había sido la primera y más pura expresión en la Italia septentrional de Cierta Palabra que no existiría del todo hasta dentro de un par de años. Pero, de algún modo, como un murmullo precognitivo, una voz soñada, había entrado provisionalmente en el Tiempo.

—Ya viste cómo se dispersaban —dijo Renzo más tarde—. Pero nosotros, no. Nosotros permanecemos enteros, únicos, irrompibles. *Un vettore, si?*

—No si no hubieras virado a tiempo. Si hubiéramos chocado...

—Oh. —Renzo rellenó el vaso—. Todo eso es para el otro mundo.

En octubre sucedió el desastre de Caporetto, del que Renzo responsabilizó a los huelguistas.

—Incorporarlos a las brigadas fue el error más lamentable que pudo cometer el Ejército. Dejarles difundir sus mentiras envenenadas sobre la paz.

Había dejado de llevar ropa de civil. Ahora iba siempre de uniforme. Las águilas parecían uno de los motivos prominentes.

Un día, unos niños los llamaron desde la calle. Dally se acercó a la ventana. Allí abajo había una hermosa mujer con un sombrero de antes de la Guerra que llevaba de la mano a una niña de unos cinco años, y con ellas parecía ir el capullo del hermano travieso de Kit, Reef, a quien ella había visto por última vez marchándose con malos modos de Venecia. Protegiéndose los ojos del sol, preguntó:

—¿Eres Dahlia?

Estaban allí como refugiados. La mayor parte de los combates se libraban en el nordeste, de manera que habían venido al oeste, hasta Turín, donde Reef se había enterado que trabajaba su hermano por un aviador que conoció en un bar.

—¿Domenico? Y qué coño ha andado haciendo, pensaba que a estas alturas estaría permanentemente boca abajo.

—Dijo que le habías ayudado una vez, algo así como que había intentado mear por una ventana sobre un oficial superior...

—No era la primera vez, es una especie de pasatiempo para él, no sé cómo se lo hará en tiempos de paz.

—Escucha, antes de que...

—No. —Kit se aferró a su hermano en un ‘*abrazo*’ pospuesto—. No. Quédate aquí el tiempo que necesites.

Reef había estado trabajando para el ejército italiano en un paisaje alpino totalmente irreal, tendiendo cables aéreos conocidos como *teleferiche*.

—Es otra vez como el frente occidental, pero vuelto del revés: en Francia intentaron desbordarse por los flancos unos a otros hasta que no quedó sitio por el que pasar salvo el mar. Aquí los austriacos y nosotros hicimos lo mismo, pero en vertical, cada ejército intentó conseguir un terreno más alto que el otro, hasta que, cuando nos dimos cuenta, todos estaban en las cimas de estas *blancas y escarpadas cumbres montañosas* con los culos helados al viento, sin ningún sitio al que ir.

—Salvo al cielo —dijo Yashmeen.

Las esposas se llevaban estupendamente, se miraban sin ningún deseo ni sospecha en particular pero aun así compulsivamente, como si hubiera algo que fuera a revelarse en cualquier instante.

—Los dos estudiasteis juntos en Alemania.

—Él se dedicaba a vectores, yo a teoría de los números, apenas nos veíamos. — Las dos mujeres, que mantenían el contacto visual, empezaron a sonreír, en lo que Reef consideró el principio de una complicidad que habría que vigilar.

—Pero tú eres la chica por la que él se batió en duelo.

—*Casi* se batió en duelo. Pero ¿qué te dijo él?

—Puede que exagerara un poco —dijo Kit.

—Y tú eres la chica que él rescató de aquel ejército de húngaros homicidas.

—No exactamente. Kit, estoy empezando a tener ciertas dudas.

—Sí, más vale que vigiles esa mierda —Reef asintió riéndose con un Di Nobili en la boca.

Para celebrarlo, fueron a cenar todos al Ristorante del Cambio, conocido en la ciudad como «la vieja dama». Desde que Kit y Renzo habían simulado bombardear en picado el local, Kit se había empeñado en comer allí al menos una vez por semana. No había ternera desde hacía años, pero a pesar de la escasez, Alberto era capaz de servirles *agnolotti*, risotto, guiso de setas y tagliarini, y era temporada de trufas, así que había algunas también, casi pidiendo perdón. Todo el mundo bebía mucho Nebbiolo. La ciudad estaba llena de una luz amarilla ácida y de precisas sombras negras dentro de los soportales. Los proyectores acariciaban el cielo.

Un día, al bajar del Caproni de Renzo, con qué inesperado conocido de los viejos tiempos iba a toparse Kit más que su antiguo compañero de clase en Yale Colfax Vibe, que aunque ahora mediaba la treintena y era oficialmente demasiado mayor, había podido alistarse en calidad de aviador como para compensar el aplazamiento de incorporación comprado por su padre cincuenta años antes. El Servicio Aéreo del Ejército de Estados Unidos planeaba mandar unos quinientos jóvenes candidatos a piloto a Italia para que se instruyeran en Capronis, y Colfax se encontraba ahí para inspeccionar el terreno por adelantado. Salvo por un leve tono grisáceo en las puntas, no mostraba más huellas del paso de los años.

'Fax pronto montó una liga de béisbol en Turín. Kit y él se aficionaron a pasarse por Carpano's un par de veces por semana para beberse un *punt e mes*. 'Fax, de un modo muy extraño y personal, había acabado asimilando la muerte de Scarsdale a manos del factótum de confianza de su familia, Foley Walker, pero no hablaba de ello, y tampoco se mostraba especialmente afectado delante de Kit.

Ante la intención austriaca de ocupar Venecia y el Véneto, los italianos resistían con tal ferocidad que finalmente Kit se sintió tan avergonzado que abandonó su neutralidad de ingeniero y empezó a realizar misiones de vuelo, unas veces como tripulante de Renzo, otras solo. Durante un tiempo se dejó seducir por el picado de morro futurista, con su estética de sangre y explosión.

—Pues para eso bien podrías haberte quedado en Colorado —dijo Dally—. Aquí o allí sigues con esa tradición familiar.

—¿Cómo dices? —Sentía curiosidad por saber hasta dónde quería llegar.

—Las bombas —dijo ella—. Bombas en la familia. Al menos Reef y tu padre las ponían donde hacían algún bien.

—Austriacos. —Kit creyó que bastaba como explicación.

—Tus hermanos de armas. No es a ellos a quien hay que bombardear, mierda, hasta yo sé eso.

—Entonces sálvame.

—¿Qué?

—Si soy un tipo tan lastimosamente perdido, ayúdame al menos a volver al buen camino. Explícame cómo.

Ella lo intentó. Más tarde creyó que iba a conseguirlo. Pero en cuanto él volvió a sacar a colación su historia con Clive Crouchmas, ella replicó con algún golpe bajo sobre Yashmeen, y a partir de entonces todo fueron voces más altas, y la salvación fue lo último en lo que pensó ninguno de los dos.

Tras la siguiente misión de vuelo, al volver al piso se encontró con que ella se había marchado. *Me voy a París. Te escribo pronto.* Ni siquiera firmó con su nombre.

Entonces él estuvo preocupado durante semanas, recordando lo mucho que habían afectado a Dally las noticias de que el *S. S. Persia* había sido torpedeado por un Capitán de submarino llamado Max Valentiner, un lobo del norte que había descendido a los campos mediterráneos, y que entre los desaparecidos estaba su colega Eleanor Thornton, que había servido de modelo para la figura que adornaba el capó del Rolls-Royce, conocida como el Espíritu del Éxtasis. Por fin, recibió una postal de París, con la dirección provisional de Dally, y volvió a dormir por las noches.

Cruzando un mar que recientemente se había vuelto peligroso y contingente, en el que ya no se estaba a merced de longitudes desconocidas o de tempestades imprevistas sino de submarinos, donde el terror de la travesía había pasado de estar en manos de Dios a las de la armada alemana, Reef, Yashmeen y Ljubica volvían a Estados Unidos haciéndose pasar por inmigrantes italianos. En Ellis Island, Reef, pensando que tanto su inglés como su italiano podían meterle en problemas, se mostró indeciso y mudo tanto tiempo que le escribieron una gran letra I, de Idiota, con tiza en la espalda. Luego, unos minutos después, alguien en uniforme del servicio de aduanas —Reef nunca llegó a verle bien la cara— se acercó corriendo entre el gran hervidero de rabia y voces con una esponja húmeda y se la borró, salvando a Reef, como él mismo no tardaría en descubrir, de que lo enviaran de vuelta a Europa, pues en aquellos tiempos se consideraba que un idiota era una Carga probable para el Erario Público y que les costaría dinero a los contribuyentes americanos.

—Espera —dijo Reef—, ¿quién eres tú?

—Me llaman «El Borrador».

Reef acabó pensando que se había tratado de un acto amable por parte de un criptoanarquista que, por las razones que fuera, trabajaba para el gobierno pero todavía era capaz de reconocer y echar una mano a un colega prófugo. Y no es que la Idiotéz no hubiera sido una cobertura útil o, en su caso, una calificación demasiado errada. Habían llegado en plena paranoia anticomunista, con el Terror al Rojo y las

redadas del fiscal Palmer, y al poco empezaron a plantearse cómo podía haberseles ocurrido volver.

Se dirigieron al oeste, Reef impulsado por su antigua fe en el vector que señalaba hacia allá, buscando algún lugar, alguna penúltima ciudad profunda a la que la red capitalista/cristiana no hubiera llegado todavía. Un día, en una estación de tren en Montana durante una tormenta de nieve, se encontraron nada menos que a Frank, Stray y Jesse, que habían pensado lo mismo.

—¿Os parece bien que vayamos con vosotros? —dijo Reef.

—Mierda, claro —dijeron Frank y Stray casi a la par—. Aunque, bueno, tendría que preocuparme por mi reputación —no pudo evitar añadir Frank—, ya sabes: que me vean en tu compañía y demás.

Jesse no pareció muy sorprendido pero sin duda sí irritado.

—¿Y cómo te parece que sienta encontrarte con algo así de golpe?

—Supongo que podría habértelo presentado como tu tío Reef —dijo Frank—, pero últimamente no te has dejado engañar con facilidad.

—Pero ¿cómo le llamo? «Papá» no parece muy lógico, ¿verdad?

Frank, que se moría por estrujar al chico en un largo abrazo, dejó la mano sobre el hombro de Jesse un rato.

—Mira, antes me habría bastado con un simple «Frank», luego pasaste a llamarme «papá», y yo no es que lo prohibiera, porque es un gustazo oírlo. Lo es. A lo mejor algún día lo entenderás. Mientras tanto podrías llamarle «señor», hasta que se sienta tan incómodo que diga: «Oh, bueno, llámame Reef o algo así».

Y así se resolvió el asunto. Con el tiempo, Reef sería capaz de transmitir fragmentos de sabiduría paterna, como enseñarle a barajar cartas o a reconocer a un detective a sueldo de las empresas, y Jesse y él pasarían algunos buenos ratos juntos en los arroyos de la región, aunque ninguno de ellos era un pescador de primera, y apenas si pescaban lo bastante para contentar a los perros, pero el Umpqua en particular tenía una forma mágica de transformar a pescadores mediocres en maestros consumados, y así ayudó a que Reef y Jesse aprendieran a convivir en agradable silencio, algo que, según acabarían admitiendo, era mucho más de lo que ambos habían esperado.

Yashmeen, que empezaba a perder los filos de su acento europeo, descubrió que estaba embarazada otra vez, lo que ambas mujeres interpretaron como una señal de que nada en su vida juntos iba a descomponerse demasiado a causa de las dudas de nadie. Sobre todo fijándose en que Reef había vuelto a andar por ahí en su bien conocido aturdimiento. Habían observado a los hermanos día a día, atentas a las señales de rabia larvada, y comprendieron al cabo de un tiempo que ellos habían estado haciendo otro tanto con ellas. Yashmeen se encariñó especialmente de Ginger, la hija de Frank y Stray, y del bebé Plebecula. Ljubica y Ginger tenían aproximadamente la misma edad, y se llevaban bastante bien, con la salvedad de alguna riña esporádica. Las niñas pasaban horas con el bebé, a veces simplemente

mirándola. Sus otras miradas las reservaban para Jesse, que de golpe se había encontrado con un par de hermanitas con las que lidiar. A veces empezaban a reírse y él no podía evitar pensar que se reían de él.

—No se ríen de ti —le tranquilizaron las dos mujeres.

—Ljubica quiere casarse contigo —dijo Yash—, pero no le digas que te lo he dicho.

—Eso le dará algo que pensar al Sheriff —murmuró Jesse, que extrañamente no sabía qué hacer con sus manos.

—No te preocupes, se le pasará —dijo Yash—. Pero ándate con cuidado.

—Tu trabajo, en realidad —añadió Stray—, consistirá en mantener un ojo atento cuando ellas empiecen a asomar por la puerta con flores, oliendo a gomina, a ron de malagueta y demás.

—Siempre me toca cargar con trabajo y más trabajo —gruñó Jesse con satisfacción.

Pasaron un tiempo en el bosque de secoyas y luego un poco más en un pueblo de la Península de Kitsap, en la punta más alejada del mapa de Estados Unidos; más allá, ya sólo quedaba Alaska o la Columbia Británica.

Jesse llevó a casa como deberes del colegio «escribir un ensayo sobre *Qué significa ser americano*».

—Ay, ay, ay. —A Reef le asomó aquella expresión en la cara, la misma que le aparecía a su padre antes de salir para alguna de sus actividades de dinamitero—. Veamos ese lápiz un momento.

—Ya he acabado. —Lo que Jesse había escrito era:

Significa hacer lo que te mandan y aceptar lo que te dan y no hacer huelga porque si la haces sus soldados te dispararán.

—¿Eso es lo que llaman una «frase de entrada»?

—No, eso es todo lo que hay.

—Oh.

Volvió a casa con la mejor nota, una A+.

—El señor Becker estaba en Coeur d'Alene en los viejos tiempos. Me parece que se me olvidó mencionar el detalle.

—Deberíamos fundar nuestra pequeña república —dijo Yash un día—. Separarnos.

—Sí, pero, para qué engañarnos —Stray, que nunca suspiraba mucho, suspiró—, esas cosas nunca salen bien. Es una idea estupenda mientras dura la provisión de opio, pero tarde o temprano aparece de por medio la sencilla y vieja mezquindad personal. Alguien seca el pozo, alguien le hace chiribitas al marido equivocado...

—Ay, Dios. —Yashmeen se apretó las manos contra el pecho como si buscara palpitaciones.

—No, no, no, nosotros ya estamos por encima de eso, espero.

Siguió una larga y afectuosa mirada. Nadie habría dicho «la esposa equivocada». Mientras tanto, ni la maternidad ni el peligro político habían apagado el deseo de Yash por otras mujeres, aunque las exigencias prácticas del día lo solían circunscribir a la esfera de los ensueños. Por su parte, Stray recordaba haber disfrutado un par de momentos delirantes, por lo general en habitaciones de hotel de ciudades bastante al este de allí, con mujeres más jóvenes, ruborizadas y temblorosas, que se fingían desamparadas.

El momento se estiraba, como si se despertara de una larga siesta en algún sitio.

—¿Estamos a punto de cometer una estupidez aquí? —preguntaría una de ellas al cabo de un rato.

—Eso es lo que espero, sin duda —respondería la otra.

—*'Soir, Dally.*

Era Policarpe, un viejo conocido de Kit, creía ella, de los tiempos de Bélgica.

—He salido a mirar escaparates. Parecías a punto de ensimismarte. No puedo permitírtelo.

Le sirvió un coñac. Se sentaron y contemplaron el bulevar iluminado. Policarpe trabajaba para un periódico socialista. La muerte no se había instalado en sus ojos, pero los había visitado con frecuencia.

—Estamos en el Infierno, ¿sabes? —dijo como si tal cosa.

—Pues todos creen que por fin hemos salido de él —dijo ella.

Se encogió de hombros.

—El mundo se acabó en 1914. Como los muertos inconscientes, que no saben que están muertos, así nosotros tampoco nos hemos dado cuenta de que estamos viviendo en el Infierno desde aquel agosto espantoso.

—Pero esto... —hizo un gesto que abarcó la próspera y bulliciosa ciudad—, ¿cómo iba esto a ser...?

—Pura ilusión. Cuando la paz y la abundancia se den otra vez por sentadas, en tu momento más lánguido de máxima rendición, la auténtica realidad se abatirá sobre ti. Veloz y sin piedad.

De repente, miró al otro lado de la calle y buscó sus gafas.

—He tenido una alucinación, obviamente. Por un momento me pareció ver a tu anterior marido.

Sí que lo había visto. Kit había regresado a París inesperadamente, tras pasar un tiempo en Lvov, que antes había sido la metrópolis de Galitzia y últimamente era la capital de la breve República de Ucrania Occidental.

Después de que Dally se fuera, y también Reef y su familia, Kit siguió como soldado, o más bien como ingeniero, solo, salvo por un interludio con la amiga de Dally, Fiametta, que había trabajado con ella en el hospital. Hasta que un día terminó

la Guerra, y por entonces ya había conocido a un algebrista, un tipo raro y obsesivo, llamado E. Percy Movay, que no paraba de hablar sobre un famoso grupo de matemáticos de Lvov, en la salvaje frontera del ya fenecido imperio austro-húngaro. Y así fue como Kit descubrió el Café Escocés y el círculo de locos más o menos pirados que lo frecuentaba, y allí una noche conoció una implicación asombrosa del Axioma de Elección de Zermelo. Era posible, en teoría, se lo habían demostrado sin asomo de duda, tomar una esfera del tamaño de un guisante, cortarla en varios trozos de forma precisa y reunirlos en otra esfera del tamaño del sol.

—Porque una emite luz y la otra no, ¿no te parece?

Kit se quedó desconcertado.

—No sé, no sé.

Pasó un rato pensándolo. Zermelo había sido docente en Gotinga cuando Kit estaba allí y, como a Russell, le preocupaba el conjunto de todos los conjuntos que no son miembros de sí mismos. También era célebre en las cervecerías por su teoría de que ninguna expedición podría llegar jamás a ninguno de los polos debido a que la cantidad de whisky necesaria era directamente proporcional a la tangente de la latitud. Como la latitud polar era de 90° , implicaba un valor que se aproximaba al infinito, Q.E.D. A Kit no le sorprendió que la peculiar paradoja pudiera remontarse en cierto modo hasta Zermelo.

—Pero subconjuntos asombrosos, amigos, entendéis lo que significa, ¿no? Los místicos indios, los ламas tibetanos y demás, todos tenían razón desde el principio, el mundo que creemos conocer puede diseccionarse y reagruparse en cualquier número de mundos, cada uno de ellos tan real como «éste».

Kit tardó un poco en localizar al orador, y se sintió agradablemente perplejo al ver, surgiendo de detrás de una gigantesca jarra de cerveza, la cara del Profesor Heino Vanderjuice, ahora extrañamente juvenil, con el pelo oscuro de nuevo, salpicado sólo de unos mechones grises, y su antiguo andar vacilante y encorvado en clase transformado en un porte altivo y responsable.

—Pero si es el señor Traverse. La última vez que te vi partías hacia Gotinga.

—Me alegro de verlo de nuevo, señor —dijo Kit abrazándolo—. Aquí.

—Lejos de las garras de Vibe, no me cabe duda de que has querido decir eso.

—Bueno, sobre todo me alegro de verlo vivito y coleando.

—Lo mismo digo, joven colega. —Tomaron otra ronda, salieron del Café Escocés y empezaron a pasear más allá de la Universidad hacia el Parque Klinski—. Con tantos muertos —reflexionó el Profesor al cabo de un rato—, es como si les faltara un poco al respeto, pero me alegro de que Scarsdale Vibe se cuente ahora entre ellos. Aunque la compañía sea demasiado buena para él. Mi único pesar es no haber sido yo mismo quien al final se lo cargase.

Kit se iba a encender un cigarrillo pero interrumpió el gesto.

—No sabía que quisiera matarlo.

El Profesor se rió entre dientes.

—Lo intenté una vez, debió de ser después de que te marcharas para Alemania. Una especie de recaída en un odio desbocado, comprendí lo fácilmente que me había comprado, halagándome para que me creyera un igual de Tesla, aunque de la polaridad opuesta. Con el desprecio de Vibe, que no el mío. Furioso conmigo mismo, más aún con Vibe, busqué mi viejo Cok de la Armada de acción simple y me subí al exprés matinal para Nueva York; con la vaga idea de volverlo contra mí una vez que hubiera acabado con él. Llegué a Pearl Street, encontré un tejado cercano y me puse a esperar. Pero sucedió algo curioso. Sólo había dado trece pasos para subir a donde estaba, y me di cuenta de que no me encontraba sobre un tejado sino en un patíbulo, como si de algún modo ya hubiera llevado a cabo mi humilde *attentat*, me hubieran detenido, juzgado y condenado por él, y ahora estuviera aguardando la pena definitiva. ¡Y luego hablan de anomalías en el Tiempo!

»Aquello parecía algún lugar fuera de Nueva York, uno de esos viejos juzgados de condado con una gran cúpula dorada. Se estaba congregando una multitud, una banda militar tocaba marchas y canciones, los niños vendían limonada, banderas americanas, mazorcas de maíz, perritos calientes y demás. Todos podían verme, pero nadie parecía prestarme demasiada atención. Entonces la cúpula del juzgado empezó a elevarse, o a expandirse hacia el cielo, hasta que al cabo de un momento vi que de hecho era la bolsa de gas esférica de un globo gigantesco, que se alzaba lentamente por detrás de la cúpula, donde había estado oculta. Una especie de conjetura del guisante y el sol de nuevo, sólo que distinto. Por descontado, eran los Chicos del Azar, y no era la primera vez que acudían a mi rescate, aunque por lo general lo hacían a causa de mis despistes profesoriales, cuando me caía de acantilados o dentro de impulsores giratorios... Pero esta vez me habían salvado la vida, me habían rescatado de la vida barata y deshonrosa que yo había consentido llevar. Ni que decir tiene, el joven Suckling fingió que no era nada: «Eeeiihhh, el viejo loco anda haciendo de las suyas otra vez, si esa de seis disparos no estaba ni cargada»; pero el caso es que me salvaron.

Las multitudes vespertinas fluían sin prisas por el parque. En algún lugar un acordeón tocaba un *hopak* con modulaciones de jazz. Niños pequeños jugaban a tirar de las trenzas a las niñas y escapar corriendo, y parejas poco mayores se apartaban de la luz, abrazándose. Tiempos de paz.

—Los chicos andan cerca. —El Profesor Vanderjuice escrutó serenamente el cielo todavía pálido—. Suelo tener un presentimiento cuando es así. A lo mejor los conoces y te das una vueltecita. Te llevarán a donde quieras.

Siguieron surgiendo más implicaciones de lo que Kit había empezado a considerar como una «Situación Zermelo».

—Nos decimos que Lemberg, Léopol, Lvov, Lviv y Lwów son todos nombres distintos de la misma ciudad —dijo E. Percy Movay una noche—, pero lo cierto es que cada una es una ciudad diferente, con normas muy precisas de transición de unas a otras.

Desde Tuva, donde había escuchado el canto inexplicablemente articulado por partida doble, y a lo largo de aquellos tiempos de desconcierto, mientras otros hombres, perplejos, maldecían rutinariamente o buscaban sus penes sin darse cuenta o rompían a llorar sin razón aparente, Kit había empezado a emitir desde el fondo de la garganta un único tono grave, tan profundo como podía, tan prolongado como le permitía el aliento. A veces creía que si lo consiguiera hacer bien le transportaría a «donde debía estar verdaderamente», aunque no se hacía una imagen muy clara de dónde era eso. Cuando lograba emitirlo el tiempo suficiente, empezaba a sentir que entraba en un estado nítidamente distinto.

Un día, el Profesor Vanderjuice desapareció. Algunos afirmaban haber visto que se lo llevaban por los cielos. Kit fue a Glowny Dworzec y subió a un tren que se dirigía al oeste, aunque pronto se bajó, cruzó las vías para cambiar de andén y esperó otro que se dirigiera al este, hasta que al cabo de un rato se encontró subiendo y bajando de trenes con destinos de los que cada vez estaba menos seguro.

Era como la convergencia de una función compleja. Él recuperaba la conciencia durante breves intervalos y luego volvía a sumirse en un régimen de hambre, alucinación y ausencia mental. No siempre sabía dónde estaba o, algo especialmente inquietante para un viejo vectorista, en qué dirección iba. Podía recuperar vagamente el sentido y descubrir que viajaba por el Danubio, a través de la Puerta de Hierro, en la barandilla de un vapor bamboleante mientras miraba las paredes de roca del Desfiladero de Kazán, llevado al interior de los rápidos rugientes, y el río, batido hasta quedar convertido en bruma, se elevaba para envolverlo, como la capa protectora de un dios...; otras veces podía hallarse de repente viendo el lago Baikal, o ante una frontera fría al menos igual de pura e intransigente. Comprendía que la otra orilla de este «Baikal» sólo era accesible a los espíritus intrépidos. Llegar hasta allí y volver sería como sobrevivir al fin del mundo. Desde ese lugar preciso en la costa era posible «ver» en la otra orilla una ciudad, cristalina, redentora. Había música, misteriosamente audible, tonal pero deliberadamente quebrada en disonancias, exigente, como si cada nota se empeñara en que le prestaran atención. Y de vez en cuando, durante los breves periodos en que recuperaba la lucidez, sólo pensaba en Dally, consciente de que estaban separados, pero incapaz de recordar por qué.

Unas semanas más tarde, empezó a recibir visitas de una especie de sombra enmarcada suspendida en el aire vacío, un umbral transparente, que se le acercaba a tal velocidad que sabía que no siempre sería capaz de evitarla. Un día, por fin, todavía vacilante, decidió acercarse, y entonces, asustado, perdió el equilibrio y, atrapado de repente por la gravedad, cayó en la apertura curiosamente ortogonal, exclamando «¿qué es esto...?»; para asombro de los espectadores, se transformó en una parpadeante transparencia, que fue menguando hasta adquirir la forma de una especie de cono grácil y atravesó precipitadamente por la punta lo que parecía una diminuta o tal vez sólo distante ventana de plasma brillante. Kit, por su parte, descubrió que seguía teniendo el mismo tamaño mientras la apertura luminosa

empezaba a crecer, hasta que ésta se desbordó y lo envolvió en antiguos tonos herrumbrosos y rojos, que destellaban como el latón a través de una neblina interior, luego se recompuso y él se encontró en una tranquila habitación de hotel de París, con alfombras del Asia Interior en un suelo de madera, olor a tabaco y *ganja*, y un viejo erudito que llevaba fez y gafas de media luna, inclinado sobre un álbum de sellos suntuosamente encuadernado, lo que los coleccionistas denominaban un «clasificador», en el que Kit vio una serie de sellos de correos de Shambhala en perfecto estado, sin fijasellos y soberbiamente centrados, todos con la goma original de árboles de la zona, emitidos en series completas que empezaban poco antes del Congreso de Berlín (1878), con escenas genéricas del campo shambhaliano, flora y fauna, montañas, cascadas, gargantas que daban entrada a lo que los budistas llamaban tierras ocultas.

El hombre del fez se dio la vuelta al fin y le hizo un gesto extrañamente familiar con la cabeza.

—Lord Overlunch. Encantado de conocerle.

—¿Qué acaba de pasar? —Kit se sentía mareado. Miró a su alrededor un poco espantado—. Estaba en Lwow.

—Discúlpeme, pero usted estaba en Shambhala. —Le pasó una lupa a Kit y le señaló un sello en concreto, cuya viñeta delicadamente grabada mostraba un mercado con varias figuras humanas. Caballos y camellos bactrianos bajo un cielo con sol y nubes.

—Me gusta mirarlos con lupa al menos una vez a la semana, hoy he notado algo distinto en este sello de diez dírhams y me preguntaba si alguien, algún rival, habría entrado aquí mientras yo estaba fuera y lo habría sustituido por una variante. Pero, claro, descubrí inmediatamente qué había cambiado, la cara que echaba en falta: la suya. Lo sé bien ahora, y es que es, si no le molesta que lo diga, el rostro de un antiguo conocido...

—Pero yo no estaba...

—Bueno, bueno. Un gemelo entonces, quizás.

Lord Overlunch estaba en la ciudad por la venta de Ferrary, un acontecimiento importante en la historia de la filatelia, para echar un vistazo aunque no para pujar por el sello amarillo de tres skilling sueco.

—Y para reencontrar unos cuantos rostros del pasado, ya sabe. Desde que pasó la Dama Española, lo bastante cerca para sentir la brisa de su vestido, e intenté no distinguir el rostro detrás de la mantilla negra, uno se ha obsesionado, me temo, con saber quién está encima de la tierra y quién debajo.

—¿Y cómo he vuelto yo aquí?

—Así reaparece la gente últimamente. Los trenes no siempre funcionan. Los cambios de aguja no siempre se colocan en el lugar apropiado. —Miró su reloj—. Dios mío, llego tarde. Tal vez le apetecería ser mi invitado esta noche en Chez Rosalie. Le gustará conocer a una encantadora amiga americana, la señorita Rideout,

que fue una de las primeras que descubrió Montparnasse después de la Guerra. Algo relacionado con un marido... —y en ese momento dedicó a Kit una sonrisa inequívocamente amistosa—, y tanto que sí, según me han dicho. Venga, ¿vendrá?

Las parejas habían salido a bailar un vals titubeante en medio del tráfico, a pesar de los rótulos visiblemente situados que lo prohibían. De un night club cercano salían los compases acompañados de un '*bandoneón*', ubicuos en Montparnasse ese año, del melancólico pero pegadizo tango:

Vege-tariano...

Nada de sis ys o peros
¿huevos y lácteos?, ah, no,
más bien raíces y puerros.

El asado '*prohibido*',
el lomo, tabú,
¿por qué no te has comido
a los que son como tú?

Nunca se le ha visto
babeando ante
el Châteaubriand...
ni tener querencia
a la ternera picada en tostada, a los bistecs y
chuletas, ¡a-di-ós! Vege

—taria-no...

Olvídate de Argentina,
nunca habría dicho «¡o-
lé!» a esa cuisine...
Los gauchos os maldicen,
todavía me obsesionáis,
pero sigo adelante, oh...
¡vegetaria-no!

Imaginemos un vector para ellos, que atravesase lo invisible, lo «imaginario», lo inimaginable, transportándolos sanos y salvos a este París de la posguerra donde los taxis, veteranos abollados del mítico Marne, ahora sólo llevan a amantes y alegres borrachos, y una música al son de la cual no se puede desfilar suena sin parar toda la noche, en los bares y *bals musettes* para los bailarines que siempre estarán allí, y las noches serán lo bastante oscuras para cualesquiera visiones que transpiren por ellas, que ya no serán quebradas por la luz desplazada desde el Infierno, y las dificultades que encuentren no entrañarán más peligros que el abrir y cerrar muchas puertas o

muy pocas. Un vector que atraviesa la noche hasta una mañana de pavimentos regados, pájaros que se oyen por todas partes pero no se ven, olores a horno de pan, luz verde filtrada, un patio todavía en sombras...

—Míralos ahí abajo.

—Toda esa luz.

—Toda esa gente bailando.

Los Garçons del 71 celebraban su convención anual en París. La tripulación del *Inconvenience* estaba invitada. Los festejos se celebrarían no en el suelo sino sobre la Ciudad, en una gigantesca, aunque invisible, reunión de aeronaves.

Su lema era: «Presentes, pero invisibles».

—Los Chicos lo llaman idea supranacional —explicó Penny Black, con los mismos ojos inmensos e ingenuos de cuando era niña, y que hacía poco había sido ascendida a almirante de una flota de aeronaves después de que los Vagabundos del Cielo se hubieran fusionado con los Garçons del 71—, para trascender literalmente el antiguo espacio político, el espacio-mapa de dos dimensiones, subiendo a la tercera.

—Desgraciadamente —se apresuró a añadir ansioso Lindsay—, hay otra escuela de pensamiento que contempla la tercera dimensión no como una avenida de trascendencia sino como un medio para repartir explosivos.

—Ya se ve cómo le ha cambiado el matrimonio —comentó Prímula Noseworth.

—En todo caso me alegra ver que una pandilla de inútiles como vosotros habéis recuperado la sensatez —Penny sonrió malévola—. Llama, a ver, ¿quieres andarte con cuidado con el bueno de Darby?, él es uno de los rápidos.

—¿Quién?, ¿esta tortuga? —dijo haciéndole cosquillas en un lugar de confianza entre las costillas—. Si no para de quejarse diciendo que me muevo demasiado deprisa para él, que nunca paro en casa, que siempre estoy metida en algún lío, y todo lo demás. Y yo le digo: pues léete el Acuerdo.

Se refería al documento por el que las chicas habían aceptado unir su destino al del *Inconvenience*, con la condición de que ellas siempre trabajarían de manera independiente. Ellas serían fragatas, los chicos un acorazado; ellas serían filibusteras e irregulares, los chicos el Alto Mando Militar. Los chicos seguirían navegando, manteniéndose casi siempre en la nave, en una ilusión de poder ejecutivo, y las chicas se alejarían en ángulo recto respecto al curso oficial del *Inconvenience* para seguir sus aventuras, entrando en el Exterior, a menudo con gran riesgo, y regresando de sus misiones como comandos exhaustos a su Base Principal.

Después de que todos pusieran sus sellos en el documento, Miles abrió magnums de Puisieulx brut de 1920.

Un día, Trinitaria descubre que espera un bebé, y luego, como en una composición coral en canon, las otras chicas anuncian una tras otra que también están embarazadas.

Y así siguen volando. A estas alturas, la nave ha crecido hasta convertirse en una pequeña ciudad. Hay vecindarios, hay parques. Hay hasta chabolas. Es tan grande que cuando la gente del suelo la ve en el cielo, sufre un ataque de ceguera histérica selectiva y acaba por no verla en absoluto.

Los pasillos se convertirán en un hervidero de chiquillos de todas las edades y tamaños que corren arriba y abajo por los diferentes puentes, divirtiéndose y chillando. Los más serios aprenden a pilotar la aeronave, otros, que no han nacido para el Cielo, se limitan a pasar el rato entre las visitas a la superficie, sabedores de que sus destinos estarán abajo, en el mundo finito.

La maquinaria del propio *Inconvenience* se pone al día constantemente. Debido a los avances de la teoría de la relatividad, se ha incorporado la luz como fuente de energía motriz, aunque no es exactamente carburante, y como medio de transporte, aunque no es exactamente un vehículo; se diría que mantiene una relación con la aeronave parecida a la del océano con un surfista en una tabla: un principio de diseño que adoptaron a partir de las unidades de Éter que llevan a las chicas de aquí para allá en misiones cuyos pormenores no siempre comparten del todo con el «Alto Mando».

Los contratos que la tripulación ha firmado últimamente, bajo la supervisión taciturna y obsesiva de Darby, son cada vez más prolíficos, y acaban por desbordar los límites de la mesa principal en las cubiertas de comedor; y de vez en cuando se ven obligados a viajar ciertamente muy lejos. Vuelven a la Tierra, a no ser que se trate de la Contra-Tierra, con una especie de *congelación mnemónica*, conservando sólo impresiones pasmadas de una nave que sobrepasa las tres dimensiones habituales, y atracan, siempre precariamente, en una serie de estaciones remotas, perdidas en el espacio infinito, que en conjunto forman una ruta a cierto destino, y tanto la nave como los muelles se desplazan precipitándose a velocidades que nadie desea ni imaginar, sometidos a fuentes invisibles de gravedad poderosas como tormentas, que les permiten recorrer distancias con las que sólo se sienten cómodos los astrónomos; pero cada vez el *Inconvenience* vuelve intacto, en el seno brillante y desplegado como una flor de un hiper-hiperboloide perfecto que sólo Miles es capaz de ver en su integridad.

A las generaciones de descendientes de *Pugnax* y *Ksenija* —entre los que al menos uno de cada camada seguiría una carrera profesional como perro del cielo— se les habían unido los de otros perros, así como gatos, pájaros, peces, roedores y otras formas de vida menos terrestres. Sin dormir nunca, clamoroso como un día de fiesta sin fin, el *Inconvenience*, que en el pasado había sido un vehículo para el peregrinaje celeste, se ha transformado en su propio destino, un lugar donde cualquier deseo

expresado es, al menos, escuchado, aunque no siempre atendido. Pues si todos los deseos se hicieran realidad significaría que, en la Creación conocida, el bien, ni buscado ni recompensado, habría evolucionado, y sería al menos más accesible para nosotros. A bordo del *Inconvenience* nadie hasta ahora ha visto la menor señal. Saben —Miles está seguro— que está al caer, como un aguacero que se acerca, pero es invisible. Pronto descubrirán que la presión baja en el manómetro. Sentirán que el viento cambia. Se pondrán las gafas ahumadas para la gloria de lo que llega para separar el cielo. Vuelan hacia la gracia.



THOMAS PYNCHON nació en Nueva York en 1937, y de él apenas se sabe que estudió ingeniería y literatura en la Universidad de Cornell, donde fue alumno de Vladimir Nabokov (aunque éste no recordara haberlo tenido en clase), que redactó folletos técnicos para la compañía Boeing, que envió a un cómico a recoger el National Book Award, y que vive en Nueva York. Tusquets Editores ha publicado la integridad de su obra de ficción, compuesta por las novelas *Vineland*, *La subasta del lote 49*, *El arco iris de gravedad*, *V.*, *Mason y Dixon* y *Contraluz*, y el libro de cuentos *Un lento aprendizaje*. *Vicio propio*, su novela más reciente, adopta las claves genéricas de la novela negra, por más que en esta elegía a los años sesenta no haya cejijuntos detectives alcoholizados y la protagonice un memorable hippy fumeta, tierno, desacomplejado, ingenuo pero más espabilado de lo que parece y con un sentido natural de la justicia.